

VIAJE AL OESTE

LAS AVENTURAS DEL REY MONO

ANÓNIMO DEL SIGLO XVI

Traducción del chino de Enrique P. Gatón e Imelda Huang-Wang

Ediciones Siruela, Libros del Tiempo

España, 2004

Prólogo

Viaje al Oeste: La novela total

1

Esta nueva edición de *Viaje al Oeste* viene a llenar un vacío tan enorme como la novela en sí, pues estamos hablando de todo un clásico de la literatura universal que, hasta épocas muy recientes, ha permanecido desconocido para los lectores españoles.

El asunto es todavía más grave si se tiene en cuenta que el Rey Mono, uno de los protagonistas de la narración, es en China un personaje tan popular como lo pueden ser entre nosotros Don Quijote y Sancho Panza: ni algo menos ni algo más. Y cuando los personajes literarios llegan a esa forma absoluta de la fama es porque son capaces, por sí mismos, de representar a toda una cultura y hasta de incluir en su mecánica lógica y mitológica claves fundamentales para interpretar esa misma cultura.

Por lo demás, *Viaje al Oeste* es la recreación, profusamente detallada, del mito de Xuanzang (Hsüan-Tsang): el monje que partió hacia la India en busca de los verdaderos textos budistas. Se trata de un viaje evidentemente incierto (para los personajes que lo protagonizan y para el lector que los sigue), jalonado por toda clase de catástrofes interiores y exteriores, y en el que le acompañan tres discípulos. El Rey Mono es uno de ellos. Posee poderes mágicos que le permiten llevar a cabo setenta y dos transformaciones de su apariencia y está capacitado para «identificar a los demonios en un abrir y cerrar de ojos», como suelen decir los chinos, que desde el primer emperador a los tiempos de Mao se han especializado en identificar demonios de toda suerte y en clasificarlos, siguiendo operaciones mentales no tan diferentes a las que empleaba el venturoso Emanuel Swedenborg para clasificar a las poblaciones angélicas. En China los demonios formaban una auténtica multitud. En términos específicos, se trata de una creencia muy alejada de nuestra cultura, pero no en términos generales, ya que en los evangelios el mismo Jesucristo hace varias referencias a la «multitud» de demonios que pueden asaltar a las almas descuidadas. Se trata, con toda evidencia, de demonios diferentes pero que tienen en común su naturaleza perturbadora y posesiva.

Como otras grandes narraciones del Reino del Medio, *Viaje al Oeste* es una creación del período Ming, el más glorioso de la novela china, y es al mismo tiempo la obra de todo un pueblo, como la muralla china y como el mismo imperio, en la que intervienen muchos creadores, hasta cristalizar como narración plena de sentido y perfectamente estructurada en el siglo XVI, gracias a la probable intervención del escritor Wu Chengen, que la dotó de una poderosa estructura. En ese y otros aspectos se trata de una creación parecida a la que llevó a cabo la Grecia arcaica con la *Iliada* y la *Odisea* hasta su fijación definitiva en Homero.

Pero su relación con las dos epopeyas griegas es sólo parcial ya que, como narración en

sí, *Viaje al Oeste* se emparenta más con dos novelas fundamentales de Occidente: *Don Quijote* y *Tristram Shandy*. Ni estoy hablando de una relación sólo formal ni de una relación sólo de fondo; estoy hablando de una relación estructural que implica una concepción del tiempo con la que ya no estamos demasiado familiarizados.

2

Da la impresión de que en Europa todo cambió, en la estructuración de las novelas, con la aparición de *El Lazarillo de Tormes*, que impone una configuración narrativa en el fondo absolutamente racional, dando la impresión de que la historia está trascurriendo en «el tiempo real» y creando justamente por eso un enorme «efecto realidad».

Que esa novela sea hija de Renacimiento no ha de extrañarnos, ya que en el fondo fue el primer «siglo de las luces» de la civilización occidental. Pero desde entonces la novela europea no ha podido despegarse del «efecto realidad» que crea *El Lazarillo* y del empeño en dotar la narración de una gran coherencia, más allá o más acá de la misma historia, como llega a ocurrir hasta con Kafka, que es la razón llevada a su extremo más absurdo.

Lejos de esa estructuración del tiempo de la vida y el tiempo narrativo, *El Quijote* consigue, además de un efecto realidad periódicamente renovado en el transcurso de la novela, una relativización del tiempo, no tan excesiva como en *Tristram*, pero sí lo suficientemente amplia y elástica como para que el lector pueda entrar en una «duración» a veces vaporosa y vasta, y a veces relampagueante y concentrada, que la novela occidental sólo vuelve a recuperar plenamente con en *Ulises* de Joyce.

Y bien, el tiempo narrativo en el que entramos cuando empezamos a leer *Viaje al Oeste* es también muy relativo y a la vez alcanza dimensiones absolutas.

Como todas las novelas chinas del mismo período, como *En los márgenes del Agua* o *El romance de los Tres Reinos*, la narración avanza pausadamente y se ramifica en cientos de personajes de todas las clases sociales y de todas las formas de existir astrales y reales. Borges definió *El sueño del pabellón rojo* (otra de las grandes novelas chinas) como una narración «prácticamente infinita»: de igual manera podría definirse *Viaje al Oeste*. En ese sentido, son novelas que más que entrar en el tiempo de la «realidad» y su sucesión de hechos (de *pragmas*), entran en el tiempo de la existencia y su sucesión de demoras, desconciertos y repeticiones: los que Kierkegaard llamaba «la seriedad del existir», que se revela siempre de naturaleza trágica, como ocurre en *Viaje al Oeste* y como ocurre también en las grandes novelas occidentales ya mentadas.

3

Intentar imponer un tiempo ampliamente narrativo y «prácticamente infinito» al tiempo fragmentado y neurótico de la «realidad» es un empeño que entre nosotros sólo lo ha intentado el ingeniero Benet con *Herrumbrosas lanzas* y que se hace cada vez más difícil, también en China, ya que desde la aparición de los primeros relatos de Lu Xin, el lector chino descubrió la «racionalidad» narrativa de estilo occidental que aportaba Xin así como su fulminante «efecto realidad», y ahora la novela en China tiende a ser concebida en un tiempo real y metal muy parecido al nuestro. Desde esa óptica, Lu Xin llevó a cabo para los chinos una operación muy parecida a la que Mishima perpetró en la cultura japonesa: racionalizó y sistematizó la narración, introduciendo en ella el «tiempo» occidental.

Pero en *Viaje al Oeste* estamos lejos de esa concepción del tiempo narrativo, porque no es un tiempo que se pueda ver desde el lugar de los hechos. Es más bien un tiempo concebido desde el lugar del conocimiento y de su aliento irregular y muchas veces errático. Y es que el conocer, a diferencia del vivir, evoluciona en un tiempo lleno de

arrugas, casi en un tiempo fractal, de una elasticidad desmedida, o fuera de toda medida, siguiendo un camino que, por ser el de la iluminación, está lleno de sombras que le exceden, como si siguiese esos versos terribles del primer poema del Tao que viene a decir:

Ser y no ser surgen del mismo fondo,
y ese fondo único se llama oscuridad.
Oscurecer esa oscuridad,
he ahí la puerta de la clarividencia.

4

Dicho lo cual, que el lector se prepare para salir de nuestro tiempo pragmático en cuanto acceda al primer capítulo de esta enorme novela que, en parte porque quiere ser una imagen del Mundo y en parte porque lo es, comienza refiriendo el origen del cosmos con frases casi bíblicas: «En el principio sólo existía el Caos. El Cielo y la Tierra formaban una masa confusa, en la que el todo y la nada se entremezclaban como la suciedad en el agua».

Una forma de contar el origen que tiene mucho que ver con los versos del Tao que acabamos de referir. De hecho parecen la misma reflexión, si bien desde ángulos diferentes, y que a su vez guardan muy estrecha relación con himnos védicos de unos mil años antes de Jesucristo.

5

Y que el lector se prepare también para fondear en el misterio de la muerte y de la vida desde una profundidad que está mucho más allá de nuestra sistematización del mundo, indisolublemente vinculada al espíritu griego que nos funda filosóficamente y que crea las marcas que van a determinar toda nuestra cultura. Porque el tiempo en el que va a entrar ni es lineal ni es circular, es más bien un tiempo en espiral, pero que en lugar de comenzar por el corazón mismo de la espiral comienza por su círculo más abierto, el que refiere la creación de todo el universo, y luego va estrechando sus aros comunicantes hasta detenerse en los seres, o en algunos seres, que pueblan ese vasto universo que quisieran descifrar, y a cuyas revelaciones y manifestaciones van asistiendo en el vasto curso de la novela, tan vasto como los grandes ríos chinos.

Aunque si hemos de hacer honor a la estructurada desmesura de *Viaje al Oeste*, más que un río tiende a parecer un océano de significados en el que no importa perderse una y cien veces pues lo relevante, como en el poema *Itaka* de Kavafis, es el viaje mismo, un viaje que tiene su destino y su dirección, pero que olvidamos a menudo por la fascinación que va ejerciendo sobre nosotros cada momento del camino, en su purísima demarcación de su propio sentido, que ha de ser absorbido en su absoluta dimensión de instante en el seno del tiempo como agua en el seno de las aguas.

6

Y tras este breve paseo por el curso «ilimitado» de la novela volvamos a sus personajes y a sus fuentes. Inspirada en remotas leyendas budistas sobre los viajes de Xuanzang y las piezas teatrales Yuan y Ming basadas en él, la novela no es ajena al tono épico, si bien se trata de una épica tan desmitificadora que más que con los griegos tendría que ver con la teoría de la distanciaci3n ir3nica que escritores como D3blin pusieron en boga en la primera mitad del siglo pasado.

Y al igual que esa épica de D3blin (que luego imit3 Brecht), *Viaje al Oeste* va dibujando una dial3ctica de la luz en su lucha contra todos los poderes de las sombras.

Dialéctica implícita en todos los protagonistas y muy especialmente en el Rey Mono, en el que los chinos de la época de Mao quisieron ver, con la simpleza que los caracterizaba, «la lucha del pueblo contra las dificultades así como su persistente desafío a la autoridad feudal». Difícilmente se puede concebir una apreciación tan brutal y tendenciosa de *Viaje al Oeste*, si bien la novela no oculta en ningún momento los antagonismos y antagonías de la sociedad china, la corrupción y la crueldad oscurísima y fundamental que sustenta el mundo objetivo y objetual y que en *Viaje al Oeste* tiende a conformar una relación especular con el mundo fantasmal, así como con el antes y el después de la vida, en esa abismal prolongación de la existencia que fueron desarrollando primero el hinduismo y luego el budismo y el taoísmo, y que se concreta en la idea de reencarnación.

7

Para terminar hablaré de las virtudes terapéuticas de esta novela, capaz de sacarnos del tiempo ortopédico que nos está tocando vivir y de conducirnos a un tiempo inmensamente relativo, inmensamente abierto, que curiosamente tiene más que ver con el tiempo que está descubriendo ahora mismo la ciencia que con el tiempo lineal que ha ido configurando la novela occidental durante un buen trecho de su historia, y que la nueva ficción debiera superar con más rigor y más esplendor que en el período de entreguerras del siglo pasado.

Viaje al Oeste nos obliga a afrontar el hecho literario desde dimensiones que pueden resultar muy enriquecedoras para los autores y lectores de ahora, pues lo liberan, durante todo el venturoso tiempo de la lectura, del mundo de los objetivos inmediatos y de las evidencias reductoras y reduccionistas que caracterizan nuestra época, en beneficio de un universo saturado de diamantes, en los que se concentran y dispersan, se dispersan y se concentran siglos y siglos de mitología y especulaciones filosóficas y religiosas, siglos y siglos de sentido y sin - sentido, de luces y de sombras, condensándose en una novela donde a la vez que se narra la inmensa historia del cosmos se dibuja la trayectoria de cuatro personajes fundamentales en busca de las verdades más puras y más perdidas. Una novela que incluye, al final, la conquista de la inmortalidad y que termina con una descripción impagable del paraíso, donde no faltan los coros de los seres agradecidos que han obtenido la liberación. Un fin que la novela persigue desde el principio, cuando habla del Caos original que va a tener su espejo en el caos fundamental de cada ser, pero un fin al que el narrador no tiene prisa por llegar, pues la verdad está siempre algo más lejos, como los ojos del Buda de cristal y como la luz inmanente del mundo, que reinaba al principio y que presidirá también el final, cuando el inmenso juego de abalorios del universo vuelva a su dimensión original y el coro del final de la novela enmudezca por exceso de plenitud, bajo un cielo lleno de buenos augurios en el que halla fundamento y destino la alquimia interior, y en el que encuentran su término todas las modificaciones del mundo convertido en sustancia absolutamente transparente y absolutamente llena de su propio vacío.

8

Dije para terminar y no termino, pues no quisiera dejar en el lector la idea de que nos hallamos ante una narración más alegórica todavía que *La Divina Comedia* y absolutamente metafísica. No, no. *Viaje al Oeste* tiene su dimensión iniciática y su dimensión alquímica, pero ante todo es una novela de personajes y de peripecias, donde se ponen en funcionamiento todos los registros narrativos posibles, y presidida por un gran sentido del humor, que halla sus mejores efectos en Puerco y el Rey Mono. Y de no ser ante todo y sobre todo una novela, perfectamente accesible a pesar de su

esoterismo, sus personajes no serían tan populares. Y no en vano el Rey Mono recorre todos los espacios de la ficción china, desde la novela, a la poesía, desde la poesía al cuento y a la ópera, y ha habido familias de actores que durante generaciones y generaciones han obtenido su sustento gracias a las representaciones de óperas en relación con el Rey Mono, finalmente presente entre nosotros gracias a la traducción de Enrique P. Gatón e Imelda Huang - Wang, que hacen funcionar en castellano la extraordinaria maquinaria verbal que se pone en marcha en esta prodigiosa novela que ahora tienes en tus manos, lector.

Jesús Ferrero

Introducción

VIAJE al Oeste (Hsi - You Chi) es uno de los grandes monumentos de la literatura china. Su elaborado entramado de prosa y poesía, en el que hallan eco la lírica, la épica, la sátira, la filosofía y la religión, lo convierte en un mosaico que refleja fielmente el abigarrado universo oriental, cuyos límites y características más peculiares vuelve a redefinir de una forma totalmente original. Sin personajes tan representativos como Tripitaka, Sun Wu-Kung, Chu Ba-Chie o Sha Wu-Ching, el teatro, la ópera, la danza, la pintura y las restantes manifestaciones artísticas del Extremo Oriente perderían, en efecto, parte de sus temas más recurrentes y una de sus claves hermenéuticas más representativas.

Ésa es, precisamente, una de las señas de identidad de las obras que denominamos clásicas: convertirse en punto de encuentro de toda una serie de corrientes culturales, a las que dotan de una nueva vitalidad que hace posible su permanencia en el tiempo. Sin su inestimable aportación las culturas decaen y se revisten de ese aire añejo de trasto inservible que se respira en muchos museos. Para que eso no ocurra, se precisa un rebrote de la imaginación que devore con su fuego lo antiguo y haga posible que las generaciones futuras se sigan identificando con el resplandor de su luz.

Dentro del ámbito cultural chino *Hsi - You Chi* realizó esta función con una fuerza mayor que esos cuatro clásicos desconocidos en la «aldea occidental», que llevan por título *Ching - Ping - Mei, La investidura de los dioses (Feng - Shen Yen - I)*, *En las márgenes del agua (Shuei - Hu Chuan)* y *El romance de los tres reinos (San - Kwo Chi - Yi)*. Su preeminencia arranca, a nuestro entender, del hecho de que supo integrar con más perfección en sus páginas los postulados de las corrientes ideológicas que más han contribuido a moldear el espíritu chino: el confucianismo, el taoísmo y el budismo.

Si bien es cierto que ninguna de sus manifestaciones artísticas, por muy nimia que pueda parecer, escapa a la influencia de uno o varios de dichos referentes hermenéuticos, en el caso que nos ocupa se entremezclan de tal forma con la acción que los protagonistas se convierten en auténticas personificaciones de sus postulados, sin que por ello pierdan la fuerza tópica de los individuos de ficción. Semejante actitud traduce, en definitiva, esa corriente medieval, iniciada a comienzos de la dinastía Suei (581 - 618) por el emperador Yang - Chien (581 - 604), que consideró en plano de igualdad a las tres religiones más influyentes («san - chiao kwei - I») y que encontró eco en obras tan partidistas de una corriente determinada como el *Tao - Tsang, o Canon taoísta*.

Se equivocan, por tanto, los críticos japoneses, con Tanaka Kenji a la cabeza, que han querido ver en la novela que comentamos una obra de corte moderno, en el sentido de

que expresa un rechazo de lo religioso y una afirmación de lo humano. De hecho, la relación de *Hsi - You Chi* con esas corrientes de pensamiento - particularmente el taoísmo y el budismo - va más allá del mero marco epistemológico o de una supuesta intencionalidad alegórica, para dar razón tanto de la estructura de la obra como de la de cada uno de sus capítulos. Pretender, como hicieron Hu - Shr y Lu - Xün, que se trata de un mero divertimento de corte satírico es renunciar a la riqueza que encierra el texto, reduciéndolo a una sola lectura unidireccional. Con ello se prescindiría, al mismo tiempo, de una de las claves explicativas de su éxito e influencia a lo largo de los siglos.

I. *Influencia taoísta*

Sin llegar a los extremos de Chen Yüan - Chr, Chen Shr - Ping o Cheng Shu - Chen, que, a finales de la dinastía Ming (1368 - 1644) y principios de la Ching (1644 - 1911), afirmaron que la obra no era más que una guía de alquimia interna («nei - dan»), influida por las enseñanzas del I Ching y las teorías del yin y el yang, es preciso resaltar el fuerte sabor taoísta y budista que impregna cada una de sus páginas. Esto se aprecia en el mismo nombre de los protagonistas, un detalle de capital importancia, si tenemos en cuenta que los nombres propios designan cualidades esenciales de los individuos y que, por lo tanto, tienden a cambiar a lo largo de la vida de los mismos. Eso explica la abundancia onomástica de la que gozan los personajes de cierta relevancia.

Chen Hsüan-Tsang, el monje cuyo peregrinaje a la India en busca de escrituras sagradas describe la novela, es conocido también como Tripitaka y San - Tsang. Esta última denominación posee una acepción tanto budista como taoísta. En conformidad con la primera, el nombre aludiría a su función de Peregrino en busca de textos búdicos, ya que literalmente significa «tres colecciones de escritos». Según la segunda, haría referencia a la antropología taoísta, puesto que designa a los tres elementos constitutivos del ser humano: el «ching» (o esencia), el «chi» (o energía vital), y el «shen» (o espíritu).

En su sentido más estricto, el «ching» se refiere al esperma y a las secreciones vaginales, que, como ocurre con el «chi» (energía vital producida por los pulmones, el corazón, el bazo, el hígado y los riñones), deben conservarse en el interior del cuerpo y mantener entre sí un perfecto equilibrio. Por lo que respecta al «shen», hay que decir que desde tiempos muy remotos los chinos creían en la existencia de dos tipos diferentes de almas: el «huen», que provenía del éter y a él retornaba cuando se producía la muerte, y el «phe», que tenía su origen en la tierra y a ella volvía en el momento de la defunción. Por influencia astrológica, a partir de la dinastía Han (206 a. C. - 220 d. C.) se establecieron tres clases distintas de «huen» y siete de «phe».

a) La alquimia interior

Si significativo es el nombre del maestro, no lo son menos los de los discípulos. Por su categoría de tales, a todos les corresponde el apellido del primero, Sun, aunque a lo largo de la narración se siga llamando a uno Chu («cerdo», por su inconfundible aspecto de tal) y a otro Sha («arena», en clara alusión al lugar en el que acepta el magisterio del monje Peregrino). El patronímico Sun hace referencia a la doctrina del «embrión sagrado» («shen - tai»), término del que se valían los practicantes de la alquimia interna para designar el último estadio del proceso que conduce a la inmortalidad.

La expresión está íntimamente relacionada con el «chi», que, además del sentido esbozado anteriormente, hace referencia a la respiración interior de quien ha conseguido el equilibrio ideal entre los componentes básicos de su ser. Eso le capacita la

recuperación del modo respiratorio que poseía en el seno materno, con lo que adquiere un estado de perenne regeneración y continuo inicio de la vida. Con ello se hace realidad la expresión, tantas veces repetida en el texto, de tomar el yin para alimentar el yang, «tsai - yin pu - yang».

Dada la conexión de esos dos principios con los grandes órganos internos, lo que, en realidad, se afirma, es una profunda relación entre los procesos de la alquimia interna («nei - dan») y las fases lunares, interpretadas a la luz de los trigramas y hexagramas del I Ching. Dicha relación fue establecida por los alquimistas Ching - Fang (77 - 37 a. C.) y Yü - Fan (164 - 233) y desarrollada posteriormente durante los siglos iii y iv en obras como *Tsan - Tung - Chr*, de Wei Bai - Yang, *Hsi - Tse - Chuan*, de Meng - Hsi y Chiao - Gen, y *Yüan - Chiang Tse Er - min Pian*, de Wang Ching - Shen.

No cabe duda de que tanto Sun Wu-Kung como Chu Ba-Chie y el Bonzo Sha son seres que han alcanzado la inmortalidad poniendo en práctica los principios de la alquimia interna, pero no debe olvidarse tampoco que, por negligencias anteriores a su encuentro con el maestro Tripitaka, han sido sometidos a diferentes castigos, de los que se regenerarán gracias al viaje que entonces inician. Toda la empresa supone, pues, un paso del «hsiou - Tao» (o «perfección del Tao») al «hsiou - hsin» (o «perfección del corazón»). Con ello se exige a sus participantes un replanteamiento de su adquirida inmortalidad y un retorno ineludible a los principios morales que la hicieron posible.

b) La doctrina de las «Cinco Fases»

Si esos puntos son relevantes a la hora de conocer la naturaleza exacta de la empresa y de sus personajes, no lo es menos la identificación de cada uno de ellos con los elementos constitutivos de cuanto existe («wu - hsing»: el fuego, el aire, la tierra, la madera y el agua), para comprender el modo de actuación de los mismos, así como las tensiones existentes entre ellos y el propio desarrollo de la novela.

Esta personificación no es gratuita, sino que se desprende claramente de títulos de capítulos como el XXXII, el XL, el XLVII y el LII. En ellos se identifica explícitamente a Wu-Kung con el metal, a Wu-Neng con la madera y a Wu-Ching con la tierra. El calificativo «madre» que a veces los precede obedece a la íntima relación que existe entre cada una de esas «Cinco Fases» («wu - hsing»). Ninguna de ellas puede existir, en efecto, sin el concurso de la que le precede, pero, al mismo tiempo, todas ellas pueden ser destruidas por la que les sigue. La madera, por ejemplo, surge del agua, pero puede ser destruida por el fuego, al que alimenta y que, a su vez, puede ser sofocado por el agua.

Eso pone de relieve la unidad que debe reinar entre los protagonistas - no debe olvidarse que tanto el caballo-dragón como Tripitaka asumen la personalidad de los dos «hsing» restantes, así como las tremendas tensiones que surgen a lo largo de la Peregrinación y que llegan a poner en peligro el éxito de la empresa, particularmente las descritas en los capítulos XXX, XXXI, XL y LVII.

A la luz de esa doctrina encuentran, igualmente, una justificación las batallas y los encuentros con monstruos, que componen el cuerpo principal de la obra, más allá del número de pruebas a las que debe someterse el maestro por su falta de atención en una reencarnación previa. Las armas («shen - ping») son, en efecto, una parte constitutiva del ser del inmortal, como se aprecia claramente en el *Feng - Shen Yen - I*, ya que pueden con ellas «domar tigres y dominar dragones», eufemismo empleado para denominar los procesos de alquimia interna.

Cuanta más alta sea la perfección del Tao alcanzada, más maravilloso y poderoso será el arma que blanda el inmortal, puesto que se trata, en realidad, de una prolongación de

su íntimo «ching». Se comprende, así, la singularidad de la «complaciente barra de los extremos de oro», de la que Wu-Kung, personificación del «hsing» metal, se siente tan orgulloso, por haber servido al emperador Yü para fijar los límites al mar y a las restantes masas acuosas.

Las bravatas que preceden a la batalla, lejos de constituir un mero recurso psicológico para minar la seguridad de los oponentes, es, en realidad, una declaración del nivel de «hsiou - Tao» alcanzado por cada uno de los contendientes. De ahí que Wu-Kung haga uso de todos los recursos a su alcance, algunos tremendamente divertidos e ingeniosos, para hacerse con los «shen - ping» de sus adversarios. Semejante gesto supone la apropiación de todo el potencial de sus espíritus, con lo que su grado personal de perfección se ve substancialmente incrementado y su mérito se va tornando progresivamente tan grande como la culpa que dio origen a su castigo.

Puede repugnar a la mentalidad occidental el hecho de que batallas tan sangrientas que acaban con los sesos del derrotado esparcidos por el suelo sean expresión de una espiritualidad sublime, pero la verdad es que el mismo enfrentamiento nace, no del deseo de solventar por medio de las armas un conflicto cualquiera, sino de la necesidad imperiosa de continuar avanzando por el camino («tao») de la perfección. Eso es algo que tampoco comprenden al principio los príncipes del capítulo LXXXVIII, el más crítico de todos, por cuanto los tres seguidores de Tripitaka pierden sus armas a manos de un monstruo ladrón.

c) Estructuración de los capítulos

Semejante evento no constituye una anécdota dentro de la larga tradición de los «Chi - kwai» (o «crónicas de lo maravilloso»), sino una confirmación de que el desarrollo de la acción, las relaciones de los protagonistas y la propia estructura de los capítulos dependen, en gran medida, de la visión taoísta que subyace en toda la obra.

Los capítulos presentan, en efecto, una estructuración que mantiene puntos de coincidencia con los de las otras novelas monumentales del mismo período, pero poseen peculiaridades propias derivadas del taoísmo. La influencia de los principios de esa escuela se aprecia incluso en los títulos. Además de su típica función de síntesis de lo que va a suceder en cada uno de ellos, ofrecen una interpretación taoísta de esos mismos acontecimientos, que, en una lectura rápida, no parecen querer superar los límites del puro divertimento. No faltan, en efecto, referencias explícitas a la raíz divina, a la moralidad del Tao, a la vuelta a los orígenes como medio de perfección espiritual, a los Ocho Trigramas, a las Cinco Fases, al «mono de la mente», al carácter depredador de los sentidos (concepto tan propio del budismo como del taoísmo, según se desprende de los escritos de Chuang - Tse), al «caballo de la voluntad», al Gran Inmortal, a la dependencia y tensión existentes entre cada uno de los «wu - hsing», a la compenetración entre el yin y el yang, a la rectificación de la mente como medio de alcanzar la inmortalidad, al carácter distorsionador de la inteligencia, a las dificultades para mantenerse inactivo en todo momento, a la búsqueda constante de la perfección, al alejamiento de los orígenes producido por el sometimiento a las pasiones, a la naturaleza de la «madre madera», a la debilidad ontológica de cuanto existe, al embrión sagrado, a la derrota de la mente a manos del fuego, a los Tres Puros, a la acción conjunta del «metal» y la «madera», a la nutrición del yin por parte del yang, al retorno al propio modo de ser, a la fuente de los diferentes elixires de inmortalidad...

Esta somera enumeración constituye por sí misma un catálogo de los temas que más preocupaban al taoísmo. Sin embargo, donde mejor se aprecia el sentido taoísta de anécdotas aparentemente triviales es en los poemas que abren los capítulos, articulan, -

a lo largo de su desarrollo - sucesos que están teniendo lugar en escenarios diferentes, y los concluyen inmediatamente antes de las repetitivas fórmulas de conexión entre los mismos.

La acción se halla estructurada alrededor de estos pequeños poemas. No podía ser de otra forma, ya que, en el fondo, se trata de auténticas claves hermenéuticas, que descubren el sentido profundo que se esconde tras el más trivial de los avatares a los que se van viendo sometidos los Peregrinos. La mayoría de las veces su interpretación resulta desconcertante, pero ese es uno de los muchos recursos de los que se vale el autor para mantener vivo el interés y armonizar, con un claro sentido dramático, lo filosófico y lo humanístico. Su importancia es tal que vienen resaltados en el texto con expresiones introductorias como «de todo esto disponemos de un poema explicativo, que afirma», «según reza el poema» y otras similares.

Su explicitación contrasta con el silencio con el que son presentados los otros poemas que aparecen en la obra, a pesar de ser mucho más numerosos y ofrecer una mayor variedad compositiva. Abarcan, de hecho, todos los modos poéticos tradicionales, sin que falten ejemplos de «chüe - chü» (composiciones de cuatro versos de cinco o siete sílabas), ni de «lü - shr» (estrofas de ocho versos pentasílabos o heptasílabos), ni de «pai - lü» (poemas de gran extensión y rima única), ni de «tsu» (poemas de metraje irregular y marcado contenido lírico), ni de «fu» (prosa rimada).

Como ocurre en las otras grandes obras de la novelística china, estos poemas se hallan mezclados con la prosa, manifestando una clara influencia de las formas teatrales antiguas y de los métodos proselitistas de los «pien - wen» budistas (pequeñas composiciones rimadas que expresan en verso doctrinas expuestas anteriormente en prosa). Sus funciones abarcan desde la descripción de escenarios de cierta relevancia para la acción a la enumeración de consecuencias imprevistas de sucesos aparentemente triviales, pasando por la singularización de momentos trascendentes dentro de la trama, la constatación de características tanto físicas como morales de los personajes, y la alusión a acontecimientos que van a tener lugar en capítulos siguientes.

Por su carácter eminentemente descriptivo, y ante la imposibilidad de conservar en español los ritmos propios del chino, hemos optado por traducirlos en prosa, sin que por ello hayamos pasado por alto el buen hacer poético del autor. En él resuenan con fuerza los versos de poetas tan destacados como Yü - Liang (289 - 340), Yüan - Hung (328 - 376), Tao - Chie (367 - 427), Kwo - Pu, Wang - Wei (701 - 761), Li - Bai (701 - 762), Du - Fu (712 - 780), Li - She, Hao - Yü (768 - 824), Xia - Tao, Lin He - Ching (967 - 1028), Lu Ding - Bei (1037 - 1101), Chin - Kwang (1049 - 1100), Lu Dung - Bai (1086 - 1102), Hsin Chi - Chr (1140 - 1207), Yüan Hao - Wen (1190 - 1257) y otros de difícil identificación en el texto.

d) Zoomorfismo de los protagonistas

Tan rico trasfondo literario no debe hacernos perder el hilo taoísta que hilvana toda la trama. En efecto, la identificación de los personajes principales con las Cinco Fases explica, a nuestro entender, por qué un héroe religioso popular como Tripitaka es acompañado en su largo viaje por unas figuras animales, que terminan restándole, particularmente Sun Wu-Kung, el primero de sus discípulos, todo protagonismo. Éste es uno de los puntos más estudiados por los especialistas, sin que haya podido llegarse hasta ahora a una explicación concluyente, debido, quizá, a un profundo desconocimiento de las creencias populares.

En la narración poética de la dinastía Sung (960 - 1280) *Da - Tang San - Tsang Chü - chin Shr - hua* se alude ya a la figura de un discípulo mono que ayuda al maestro a

seguir adelante con su empeño. En el mismo siglo xiii el poeta Liou Ke - Chuang (1187 - 1269) alude incluso a la necesidad de que eso sea así, pero no explica las razones de semejante aserto. Tampoco lo hacen los textos de principios de las dinastías Tang (618 - 907) y Ming (1368 - 1644), que hablan de un mono blanco dotado de poderes extraordinarios, ni quienes han querido ver un precedente de Sun Wu-Kung en la divinidad acuática Wu Chr - Chi, o en ciertos personajes del *Ramayana*, o en alguno de los seguidores animales de Mu - Lian.

Aunque es probable que el autor de la novela conociera alguna de estas figuras - al dios acuático se le menciona, de hecho, en el capítulo LXVI, al tiempo que los textos hallados en Tun - Huang confirman la penetración en China de los personajes del *Ramayana* -, de la propia lectura del texto no se deduce una influencia significativa de esos seres de ficción en la gestación de los protagonistas de la novela o su característico modo de actuar. La explicación debe buscarse, según nuestro modo de ver, tanto en la identificación de los protagonistas con cada uno de los «wu - hsing», como en la estrecha relación que guardan con los principios de la alquimia interna.

Según el *Nei - dan Huan - yüan Chüe (Fórmula para que el elixir interno retorne a los orígenes)*, el metal está relacionado con la secreción («chi») de los pulmones, la madera con la del hígado, y la tierra con la del bazo. Por otra parte, de la combinación de las secciones celestes («tian - kan») y de las divisiones terrestres («di - chr») se deduce que a la fase metal le corresponde la hora «shen», o del mono, a la fase madera la hora «hsi», o del cerdo, y a la fase tierra la hora «wu».

El autor ha tomado, pues, el simbolismo zoomórfico de esas medidas horarias para determinar los rasgos psicológicos de los protagonistas y dotarlos de una profunda carga taoístico - mística. Eso explica la sorprendente necesidad que Liou Ke - Chuang atribuía al carácter animal de los seguidores de Tripitaka. Sin él la novela perdería gran parte de la viveza, originalidad y humor que la han hecho tan atractiva a lo largo de los siglos. Por muy inmortal y poderoso que sea Sun Wu-Kung, la práctica totalidad de sus travesuras carecerían de sentido si, en vez de ser realizadas por un mono humanizado, lo fueran por un maestro taoísta de ilimitados recursos. Los mismo habría que decir del cerdo Chu Ba-Chie, pues su ingenuidad, su desmedida afición a la comida, su rijosidad y su inveterada tendencia a hacer el ridículo se compaginarían muy mal con la personalidad de alguien que, en una existencia previa, había sido nada menos que almirante de la flota celeste.

Sin las travesuras de un mono capaz de dominar setenta y dos formas diferentes de metamorfosis y la tozudez de un cerdo cuya única ilusión es tener siempre la panza llena, *Viaje al Oeste* no sería más que un adusto tratado de alquimia interior conservado en alguna colección cualquiera gracias al afán recopilador de algún emperador letrado. Hubiera perdido, así, ese atractivo que ha hecho posible su lectura durante siglos, hasta llegar a constituirse en uno de los clásicos indiscutibles de la humanidad, aunque, a decir verdad, su fuerza arranca, no tanto de su innegable vena humorística, como de la base ideológica seria que la sustenta.

II. *Influencia budista*

Si *Viaje al Oeste* ha resistido los avatares que han sacudido a la sociedad china desde el advenimiento de los Ching (1644 - 1911) hasta nuestros días, ha sido, en efecto, debido a la vitalidad de las dos corrientes de pensamiento que empapan cada una de sus páginas. Si el taoísmo hubiera sido coto cerrado de alquimistas e investigadores ociosos de lo exotérico, y no una fuerza que contribuyó a crear ese universo que conocemos por el nombre de cultura china, la novela sería un simple divertimento olvidado hace ya

mucho tiempo.

Lo mismo debe afirmarse del budismo. Sin él la empresa que llevan a cabo nuestros héroes carecería totalmente de sentido, ya que su empeño estriba precisamente en la consecución de los textos sagrados de esa corriente religiosa.

a) El Tripitaka histórico

No es, por tanto, circunstancial que toda la obra esté llena de referencias a los clásicos budistas, particularmente al *Sutra del corazón* con el que el Tripitaka histórico guardaba una estrecha relación, como se desprende de una atenta lectura del capítulo xix. Esto es de capital importancia, puesto que desde sus primeras líneas afirma que «la forma es idéntica al vacío y el vacío no difiere de la forma». Precisamente el nombre del Peregrino, Wu-Kung, quiere decir «el que abre sus ojos al vacío», significando con ello tanto la irrealidad de lo fenoménico, como la falta de consistencia ontológica de cuanto existe.

Se siguen, así, los principios «sunya», «sunnyata» y «maya» de la escuela Yogacara, a la que perteneció Chen Hsüan-Tsang, el histórico Tripitaka. Presentaba, en realidad, una visión elitista de la salvación, por cuanto afirmaba que no todos los hombres estaban capacitados para alcanzar el estado búdico. Estos principios se encontraban expuestos en el *Mahayana - samparigraha Sastra (Shr - Da - Cheng Luen)*, que el joven Hsüan-Tsang había estudiado, junto con el *Nirvana Sutra (Nie - pan Ching)*, en el Monasterio de la Tierra Pura de Loyang.

Ambos textos expresan, en realidad, una visión contrapuesta de la iluminación, ya que este último no sólo afirmaba la posibilidad de que todos los hombres alcanzaran el estado de «buda», sino que establecía que, una vez entrado en el «nirvana», el creyente seguía conservando su antiguo «yo». El deseo de solventar tan angustiosa contradicción fue, precisamente, lo que movió al monje Hsüan-Tsang a iniciar el largo camino hacia la India, pues estaba convencido que la respuesta se hallaba en el *Yogacarya - bhumi Sastra (Yü - Chia Sr - di Luen)*.

Esto pone de manifiesto las inquietudes intelectuales de un hombre que, habiendo nacido en Henan hacia el año 596 en el seno de una familia de funcionarios, conocía a la perfección los clásicos confucianos a la temprana edad de ocho años y abrazó a los trece el estado monacal, influido por el fervor de su hermano. Juntos viajaron de Loyang a Chang-An, movidos por un deseo de profundización en el conocimiento de los textos sagrados, muchos de los cuales habían sido traducidos por Chu Shr - Hsing (siglo ni), Fa - Hsien, Huei - Gen (363 - 443), Dharmakshema de Pei - Liang (siglo v) y un grupo de budistas de la época Yüan - Chian (424 - 453).

Los tiempos que le tocaron vivir a Hsüan-Tsang fueron de los más influyentes de toda la historia china, ya que coincidieron con la dinastía Suei (581 - 618) y los años iniciales de la dinastía Tang (618 - 907). En tan corto período temporal se consiguió la reunificación de China, la unificación de su vida económica, el restablecimiento de una cierta homogeneidad cultural y el resurgimiento de las comentes religiosas tradicionales. Aunque se consideró a las tres exponentes principales de estas últimas en plano de igualdad, el advenimiento de la dinastía Suei supuso un fuerte afianzamiento del budismo, ya que durante el reinado del emperador Yang - Chien (581 - 604) se construyeron infinidad de templos, se facilitó la labor proselitista de los monjes y el número de conversos aumentó considerablemente.

En este ambiente de efervescencia intelectual y religiosa Hsüan-Tsang decidió emprender el peligroso viaje hacia la India, pero el emperador Tai-Chung (627 - 649), que acaba de acceder al poder, le niega, por motivos de seguridad, el permiso para

abandonar su territorio. El joven monje sueña, sin embargo, que cruza el océano montado en una flor de loto y que una brisa sagrada le lleva hasta la misma cumbre del Monte Sumeru, donde Indra tiene establecido su paraíso. Eso le mueve a abandonar en secreto su patria hacia finales del año 627, disfrazado de mercader en una caravana que recorría la ruta de occidente, pasando por lugares tan representativos como Turfan, Darashar, Tashkent, Samarkanda, Bactria, Kapisa y Cachemira.

Tras cuatro años de penoso Peregrinar llega, finalmente, al reino de Magadha, donde se dedica, durante cerca de un lustro, al estudio de los textos sagrados en compañía del anciano maestro Silabhadra, o Chie - Hsien, como es conocido entre los chinos. Después de dieciséis años en los que, según la leyenda, convirtió con su palabra encendida a todo tipo de facinerosos, decide regresar a China con un total de seiscientos cincuenta y siete textos budistas, no sin antes solicitar el perdón del emperador Tai-Chung.

El encuentro entre ambos personajes tuvo lugar en Loyang en los primeros meses del año 645. Admirado de sus profundos conocimientos de geografía, política y economía el emperador le ofreció un ventajoso puesto de funcionario, que él rechazó oportunamente para retirarse al monasterio de Hung-Fu y posteriormente al de Tse - En. Allí se dedicó, durante los dieciocho años que aún le quedaban de vida, a la traducción de los textos que él mismo se había procurado, dejando a su muerte, acaecida en el año 644, una obra que abarcaba la versión china de setenta y cuatro textos fundamentales del budismo, el tratado titulado *Cheng Wei - Shr Luen* y una relación de las peculiaridades de las tierras que en su día recorrió titulada *Da-Tang Hsi Yü-Chi*. El propio Tang Tai-Chung escribió su famoso *Shen-Chiao Hsü* como prólogo a la traducción del *Yogacarya - bhumi Sastra*, del que se ofrece una versión en el último capítulo de la novela.

b) Estructuración de la obra

No es el único caso, ya que en el capítulo xxiii hay una clarísima referencia al *Wen - shu Shr - Li Wen - ching*, en la que se discuten las ventajas de la renuncia a la familia («chu - chia») sobre su aceptación («tsai - chia»). Por si no bastara eso, las alusiones a la visión budista de la realidad son constantes a lo largo de toda la novela. No faltan, en efecto, en sus páginas menciones explícitas a su antropología, su moral, su filosofía, sus leyendas, su escatología y sus exigencias religiosas. No podía ser de otra forma en una obra que tiene por protagonistas a cuatro monjes empeñados en sufrir todo tipo de calamidades por conseguir los textos más representativos del budismo.

La conexión es, sin embargo, mucho más profunda que lo que esa simple anécdota pudiera dar a entender. La propia estructura de la novela depende, de hecho, de los temas esenciales del budismo religioso, es decir, el poder misericordioso de Buda, la necesidad de acumular méritos para alcanzar la iluminación y la exigencia de hacer de la vida un continuo retorno a Buda, a fin de escapar al determinismo reencarnatorio.

En torno a estas ideas centrales se hallan estructuradas, efectivamente, las cinco partes temáticas que podemos distinguir en la obra: la primera abarcaría desde el capítulo i al vii, en los que se narra el nacimiento de Sun Wu-Kung, sus esfuerzos por alcanzar la inmortalidad, sus travesuras en los Cielos, su enfrentamiento con los ejércitos celestes, su definitiva derrota a manos de Buda y su confinamiento en las raíces de la Montaña de las Cinco Fases.

La segunda comprendería el capítulo VIII, en el que Buda declara su intención de hacer llegar su doctrina a las lejanas tierras del este, el viaje de Kuang Shr - Ing en dicha dirección y la elección de los cuatro seres que han de acompañar al maestro a lo largo de su difícilísima empresa.

La tercera se extendería desde el capítulo ix al xii, que versan sobre el nacimiento de Hsüan-Tsang, la venganza de los asesinos de sus padres, el viaje del emperador Tang Tai-Chung a los infiernos, su determinación de ayudar a los espíritus hambrientos, la aparición de la Bodhisattva Kwang-Ing y el encargo hecho a Tripitaka de procurarse los textos sagrados.

La cuarta cubriría a los capítulos xii a xcvii, que describen el viaje de los Peregrinos, su encuentro con los monstruos empeñados en imposibilitar el triunfo de su empresa y la ayuda prestada por diferentes divinidades para que puedan superar con éxito las ochenta y una pruebas impuestas al antiguo discípulo de Sakyamuni.

La última, finalmente, abarcaría desde el capítulo xcvi al c, que relatan la culminación del viaje, el encuentro de los Peregrinos con Buda, su vuelta a China con las escrituras y su ascensión al panteón búdico.

Las partes primera, segunda y tercera ponen de relieve la gran misericordia de Buda. En un primer momento puede llamar la atención la desproporción entre la culpa y las penas impuestas a los futuros Peregrinos, que, para nuestra sensibilidad actual, más parecen producto de la crueldad que de una ternura sin límites. Basta, sin embargo, comparar la inflexible determinación de las divinidades taoístas con el carácter abierto de las decisiones de Buda para comprender el sentido misericordioso de las mismas. A la base del viaje se encuentra, en efecto, un sentimiento de compasión hacia los habitantes de las Tierras del Este, que mueve a Tathagata a seleccionar a un Peregrino y a escoger cuidadosamente los discípulos que han de posibilitar el éxito final de la empresa.

Es en este punto de arranque donde mejor se aprecia esa pátina de profunda misericordia que recubre los ocho primeros capítulos. Todos los protagonistas, sin excepción, son seres que han cometido faltas dignas de un castigo eterno, habida cuenta de su envidiable estado de inmortales. Su reprochable conducta pone de manifiesto un hecho desconcertante, que han constatado todas las religiones: cuanto más cerca se encuentra uno de las cumbres de la perfección, más alta es la probabilidad de que termine convirtiéndose en un exponente del mal. No hay una tradición religiosa en la que no exista la desazonante figura de los ángeles caídos, seres que, habiendo gozado de una envidiable perfección, jamás conseguirán escapar del terrible castigo al que los condujo su única negligencia.

A la luz de esta condena inflexible hay que considerar esa segunda oportunidad que se da a Wu-Kung, Wu-Ching y hasta al propio Tripitaka. Sun Wu-Kung es plenamente consciente de la singularidad de tan inesperada propuesta. Por eso no tarda en convertirse en el más acérrimo defensor de la empresa, levantando constantemente los ánimos de sus compañeros y arrancando, con su proverbial buen humor lo mejor de sus complejas personalidades. Su fidelidad al maestro se asienta, pues, sobre esa consciencia del poder misericordioso de Buda, que se extiende, incluso, a muchos de los monstruos a los que se ve obligado a derrotar.

La figura de Kwang Shr - Ing es, en este sentido, paradigmática. Defensora a ultranza de la vida y compasiva hasta extremos inimaginables en otras deidades orientales, no sólo acude en ayuda de los Peregrinos cuando solicitan su intervención, sino que llega también a prestar oídos a los gritos de los monstruos que en un principio se oponían a ellos.

c) Méritos e iluminación

Esto, de alguna forma, contribuye a aumentar los méritos de los antiguos inmortales caídos en desgracia, pues al éxito en el campo de batalla hay que añadir el sometimiento

de sus adversarios a los postulados de perfección del budismo. Tan importantes eventos tienen lugar a lo largo de la cuarta parte de la novela, la más extensa de todas, ya que abarca nada menos que setenta y seis capítulos.

En ellos el maestro pasa por las ochenta y una pruebas que le han sido impuestas por su imperdonable falta de quedarse dormido, en una reencarnación anterior, durante una sesión doctrinal de Sakyamuni, y los discípulos hacen acopio de esos méritos que harán posible su regeneración definitiva.

Aunque es cierto que esta actitud refleja el esquema de los cuentos de «nobles caídos en desgracia» («kuei - tan liou - lei - tan»), con sus secciones bien diferenciadas de derrota, exilio y retorno glorioso, la explicación definitiva hay que hallarla en los propios postulados del budismo. Puede sorprender el carácter pasivo y un tanto desabrido del maestro, pero la verdad es que, por su condición monacal y su profundo conocimiento de los postulados místico - morales del taoísmo, no le está permitido anhelar nada, ni siquiera la consecución del envidiable estado nirvánico. En cuanto se rindiera, en efecto, al menor deseo, caería en las tierras movedizas de la imperfección y sus pasos resultarían insuficientes para abandonar el fango.

Los discípulos, por el contrario, se hallan libres, gracias a su condición de inmortales en proceso regeneratorio, de esas exigencias de impassibilidad mística y pueden hacer extensivos al maestro, por los profundos lazos que los atan a él, los méritos que reportan sus constantes esfuerzos.

En ellos se aprecia, al mismo tiempo, esa característica de repercusión social que el budismo atribuye a todo acto virtuoso, con el fin, precisamente, de escapar a esa exigencia ineludible de inactividad pasiva. Las épicas batallas de los Peregrinos con los monstruos siempre tienen, directa o indirectamente, consecuencias positivas para los seres que vivían sometidos a su despótico dominio. Su variedad abarca de la liberación de criaturas indefensas a la apertura de un camino a través de la cordillera o la solución de una terrible sequía.

Lo que se hace, en realidad, con este constante énfasis en las exigencias de la moralidad budista es poner un contrapunto social al marcado individualismo taoísta. En efecto, la idea de que todo el universo se halla encerrado en el interior del cuerpo conduce inevitablemente a la negación del «otro» a lo largo del camino que lleva a la perfección. La necesidad de un maestro posee un carácter absolutamente transitorio, que concluirá con el establecimiento del nuevo inmortal a un territorio montañoso, al que únicamente tendrán acceso sus servidores y soldados.

Como se aprecia en todos los capítulos que componen esta larguísima cuarta parte, esos diablillos no son más que una prolongación de la propia personalidad del monstruo al que sirven. De hecho, cuando éste desaparece, se tornan tan impotentes como animalillos del bosque, lo que son, en realidad, en muchos casos. Esta personalidad compartida la poseen hasta los mismísimos servidores del Hermoso Rey de los Monos, que se muestran invencibles, cuando él está presente, y caen en un deplorable estado de esclavitud, cuando deciden seguir los inciertos pasos de otro maestro.

d) El retorno a Buda

Esta fragilidad ontológica encuentra una cierta solución en el hincapié que la moralidad budista pone en la maduración de la bondad («kusalamula») y en la acumulación de méritos que repercuten en el bienestar ajeno («puyam - karati» o «chia - kuo»). Esa proyección social es de una importancia capital, ya que evita el sometimiento a la tiranía del deseo en la práctica del bien y supone un anticipo de la entrada del creyente en la comunidad de todos los «budas», «wan - Fuo».

Lo que se le exige, por tanto, es una vida de continuo retorno a Buda, cosa que consiguen los Peregrinos en la última parte del libro. Supone, en realidad, una culminación de las cuatro secciones que la preceden pues, sin esa actitud básica de «valerse de la mente para cuestionar a la mente» («i - hsin wen - hsin») o esa otra complementaria de «dominar al mono de la mente y al caballo de la voluntad», nunca podría accederse a la Montaña del Espíritu.

Tan importantísimo evento tiene lugar en los tres últimos capítulos de la obra, que constituyen una reafirmación del poder misericordioso de Buda, dado que los Peregrinos no sólo consiguen la remisión de su antigua culpa, sino que alcanzan un estado de gloria muy superior al que poseyeron entonces. Las protestas de Ba-Chie no son más que expresión de su carácter ingenuo e inestable, que continúa dominándole después de haber alcanzado el estado búdico. Esta actitud, que comporta una clarísima alusión a los postulados del *Nirvana Sutra*, es una nueva confirmación de que, si bien cuanto existe se encuentra revestido de vacío y de nada, todo puede convertirse en vehículo de iluminación y de constante retorno a Buda.

III. Influencias literarias

a) Antecedentes

A esta idea obedece la estructura de la novela, si bien el número de sus capítulos dimana de la identificación del cien con el concepto de perfección. No podía ser de otra forma en una obra que llegó a ser conocida como «La Iluminación del Budismo y el Tao de los Sabios», en clara contraposición al Tao de los Inmortales. Sin duda alguna, quien así la definió tenía presente la gesta histórica del monje Hsüan-Tsang y las perspectivas novelescas que ofrecía una hazaña semejante.

Ésta debió de calar muy pronto en la imaginación popular, haciendo que fuera contada, una y otra vez, en los atrios de los templos y en las representaciones dramáticas que tenían lugar en sus explanadas durante las festividades religiosas. Aunque carecemos de pruebas concretas sobre dicho proceso de gestación, las probabilidades de que así haya ocurrido son, ciertamente, muy altas, si tenemos en cuenta que tal fue el camino seguido por otros muchísimos personajes de ficción.

Lo que sí podemos afirmar con toda certeza es que en una fecha tan temprana como el siglo X encontramos un breve relato sobre el monje Hsüan-Tsang en una recopilación de narraciones cortas de diferente signo titulada *Tai - ping Kuang - chi*. De ella se desprende la temprana conexión entre el monje viajero y el *Sutra del corazón*, que le es entregado por un santón cubierto de harapos como remedio eficaz contra los ataques de todo tipo de monstruos y animales feroces, así como contra los obstáculos naturales que pudieran presentársele a lo largo del camino.

Aunque la narración carece de la viveza característica de las tradiciones orales, la empresa del monje viajero debió de ser una de las preferidas del pueblo, a juzgar por lo que cuenta el poeta Ou Yang - Hsiou (1007 - 1072). Según él, en tiempos del emperador Shr - Cheng (954 - 959) el Monasterio de Shou - Ling había sido un palacio, del que sólo quedaron las pinturas que narraban la gesta del monje Hsüan-Tsang, cuando entraron en él las fuerzas que derrocaron a los Chou (905 - 960). Tan desconcertante respeto en unos soldados lanzados de lleno a la típica rapiña de los vencedores da cuenta de la veneración que despertaba el recuerdo del maestro entre el pueblo llano.

Los primeros textos de su hazaña que han llegado hasta nosotros son obra del siglo XIII y llevan por título *Hsin - tiao Da - Tang San - Tsang Fa - shr Chü - ching Chi* (*Nueva Relación de la Procuración de Escrituras llevada a cabo por Tripitaka, Maestro de la*

Ley del Gran Tang) y *Da - Tang San - Tsang Fa - shr Chü - ching Chi* (*Narración Poética de la Procuración de Escrituras por parte de Tripitaka del Gran Tang*). Como ha ocurrido con no pocos antecedentes de otros monumentos literarios chinos, ambos textos se han conservado durante siglos en Japón, concretamente en el monasterio de Kao - Shan, que se levanta al noroeste de Kioto. A principios del presente siglo fueron nuevamente dados a la luz, atrayendo inmediatamente el interés de los investigadores.

Habida cuenta de la proximidad geográfica de Japón al continente y su pertenencia al mismo ámbito cultural, esa nación se sintió fuertemente atraída por la extraordinaria producción literaria china. Su ansia por las novedades llevó a algunos señores feudales y comerciantes influyentes a fletar barcos con el único propósito de agenciarse las obras de ficción que iban apareciendo al otro lado del estrecho. Los contactos comerciales eran, en efecto, muy frecuentes y solían efectuarse principalmente a través de los puertos del sur, que han conservado, desde principios de la dinastía Suei hasta nuestros días, una fuerte vocación ultramarina.

El ambiente de esos enclaves marítimos favorecía el intercambio cultural, ya que todo resultaba insuficiente para entretener el obligado ocio de los marineros. Los narradores de historias populares hacían su agosto en los mercados y en los atrios de los templos, lo mismo que las compañías teatrales, con la inestimable ayuda de la música y la danza, las mismas historias que recitaban los bardos. De esa forma, se crearon dos corrientes paralelas de una misma trama, que unas veces tenía su punto de arranque en un hecho histórico y otras en anécdotas tan antiguas como las etnias que componían el gran mosaico antropológico chino.

Para que cristalizaran las novelas monumentales que hoy conocemos, se precisó posteriormente la aportación de un literato bien dotado para la síntesis, que recopilara todas esas corrientes, las estructurara de un modo armónico y las dotara de una unidad derivada de su propio modo de concebir la realidad. Así se explica el carácter coral de muchas de estas creaciones. Lo que, de momento, nos interesa recalcar es que no constituye ninguna excepción el hecho de haber sido hallados en un monasterio japonés los dos precedentes de *Viaje al Oeste* mencionados anteriormente.

Entre ellos existen muy pocas diferencias temáticas, aunque el segundo ofrece una mayor riqueza literaria, al mezclar porciones en prosa con secciones en versos «chüe - chü» heptasílabos. Dividido en diecisiete partes, el relato poético narra el azaroso viaje del monje Hsüan-Tsang a través de regiones míticas antes de alcanzar la India, donde obtiene un total de cinco mil cuarenta y ocho rollos de escritura. Con ellos regresa al monasterio de Hsian - Lin. Allí tiene la enorme fortuna de recibir las enseñanzas del *Sutra del corazón* de labios del buda Dipamkara, lo cual le da nuevos ánimos para proseguir el viaje de vuelta. No tarda en alcanzar Loyang, donde el emperador le concede el título de Maestro Tripitaka.

Lo que realmente nos interesa de esta primitiva versión del siglo XIII es la introducción de ciertos temas, que aparecen más desarrollados en la versión definitiva: el discípulo mono dotado de poderes extraordinarios, que alcanza al final el título de Gran Sabio; el sombrero, el báculo y la escudilla de las limosnas, que el maestro recibe de manos del devaraja Mahabrahma; la lucha del mono con un monstruo que es, en realidad, un esqueleto; su victoria sobre un tipo de pelaje albino, obtenida gracias al ingenioso método de introducirse en sus intestinos y desgarrarle, sin ninguna piedad, el estómago; el encuentro de los Peregrinos con un personaje que recuerda al Bonzo Sha; su paso por un reino de mujeres, donde Manjusri y Samantabhadra ponen a prueba la virtud del maestro; el robo de los melocotones sagrados de Wang - Mu - Niang - Niang perpetrado por el mono; la apariencia infantil del «ren - sheng» y los equívocos a lo que ello conduce.

Algunos de esos temas encuentran, igualmente, eco en el *Yung - le Da - dien*, recopilación de textos literarios realizada entre los años 1403 y 1408 por orden del emperador Chang - Tse, que recoge, por el propio carácter de ese tipo de obras, materiales de una antigüedad superior a un siglo. Aunque sólo se conservan de ella unos cuantos fragmentos, los casi mil doscientos caracteres que hacen alusión al «viaje al Oeste» muestran un sorprendente parecido con el contenido de los capítulos ix y x de la obra definitiva. En éstos se narra, en efecto, la triste suerte seguida por los padres de Hsüan-Tsang y la salvación de éste en las aguas de un río; la discusión sobre las ventajas que encierran sus diferentes modos de vida entre un pescador llamado Cheng - Shao y un pescador que responde al nombre Li-Ting; la desobediencia del Rey Dragón y su posterior condena; la ejecución de la misma por parte del primer ministro Wei - Chang (580 - 643), cuando inesperadamente se abandona al sueño en medio de una partida de ajedrez con el emperador Tang Tai-Chung; la pérdida de credibilidad de este último y su descenso a los infiernos.

Aunque los fragmentos llegados hasta nosotros resultan insuficientes para juzgar la influencia de este antecedente en la obra final, encierra un alto interés el hecho de que se encuentren agrupados en torno al nombre *Hsi - You Chi*. Eso hace pensar en la existencia de una obra del mismo título y contenido similar al de la novela que hoy conocemos, que circuló con notable éxito por los círculos de influencia cultural china. A pesar de que, desgraciadamente, ese supuesto texto se ha perdido, tenemos referencias de su existencia en una versión popular de novelas chinas de los siglos xiv y xv, que se conserva en la universidad de Seúl y que responde al título de *Pu - tung Shr Yüan - chie*. En ella se incluyen clarísimas alusiones a los capítulos XLIV, XLV y XLVI de la novela definitiva, así como descripciones de los muchos demonios a los que debe hacer frente el maestro, incluido el propio Ba-Chie. Es más, el relato coreano menciona el gran éxito obtenido por ese perdido *Hsi - You Chi*, ya que los lectores se pegaban por hacerse con las entregas que componían la obra completa.

No podía ser de otra forma, pues, como ya hemos mencionado anteriormente, existían versiones teatrales paralelas, que avivaban, si no creaban, los deseos de lectura de la novela. Se conservan seis obras escritas para la escena que guardan alguna relación con *Viaje al Oeste*. Todas ellas son, sin embargo, fragmentarias y de dudosa procedencia, si exceptuamos un guión de veinticuatro actos, perteneciente al género «tsa - chü», que lleva el mismo título que el libro. Conservado durante siglos en un monasterio de Japón, volvió a ver la luz en 1927, siendo atribuido en un principio a Wu Cheng - Ling, de la dinastía Yüan (1280 - 1368), y posteriormente a Yang Ching - Hsien.

Lo importante para nuestro propósito es que la obra teatral contiene ya los personajes y temas más importantes de la versión novelística, centrándose particularmente en la trágica muerte de los padres de Hsüan-Tsang y su posterior venganza, el encargo imperial de ir en busca de las escrituras, la entrega al maestro del caballo - dragón, la protección prestada por diferentes deidades, el caos al que somete el mono a los cielos y su posterior conversión gracias a la intervención directa de Kwang Shr - Ing, el hambre insaciable de Ba-Chie, su ingenuidad y su irresponsable modo de actuar.

A medida que nos adentramos en el siglo xvi, se aprecia una progresiva fijación de los temas y personajes, aunque varíe significativamente la extensión de las diferentes versiones y no exista unanimidad sobre su fecha de publicación o su posible independencia. Cabe mencionar, a este respecto, el *San - Tsang Chu - shen Chüan - chuan* (o *Biografía completa de San - Tsang*), novela atribuida a Yang Chi - He y publicada posiblemente a finales de siglo en Fijian. Forma parte del grupo de narraciones conocidos como «Sz - You Chi» (Los cuatro viajes), compuesto por el *Dung - You Chi* (*Viaje al Este*), *Nan - You Chi* (*Viaje al Sur*) y *Bei - You Chi* (*Viaje al Norte*). Todas

estas obras tienen en común el número de capítulos y el carácter mitológico de su trama, ya que describen el viaje de cuatro figuras legendarias a otros tantos puntos del espacio.

Otro texto a tener en cuenta es el *Tang San - Tsang Hsi - yu Shr - ni Chuan* «Crónica de la liberación de Tripitaka Tang durante su Peregrinación al Oeste», cuya compilación se atribuye Hou Ding - Chen. De una longitud similar al *San - Tsang Chu - shen Chiian - chuan*, presenta notables coincidencias con el capítulo ix de la versión monumental, en el que se narran las desgracias acaecidas a los progenitores del monje Peregrino y su posterior salvación.

De la importancia de tan triste suceso se hace eco también el *Hsi - You Cheng - Tao Shu* (*Libro del viaje al Oeste, o de la Iluminación del Tao*), recopilado por Huang Tai - Hung y Wang Hsiang - Hsü, aunque hoy se reconoce que su publicación fue posterior a la de la versión de cien capítulos. Con toda probabilidad ésta vio la luz en Nankín el año 1592, siendo su editor Shr De - Tang, su prologuista Chen Yüan - Chr, y su impresor Tang Kuang - Lu. Todos ellos reconocen, por razones obvias, las extraordinarias virtudes literarias de una obra que constituye el punto final de una tradición desarrollada entre los siglos vii y xv en una doble versión teatral y novelística. Ambas exaltaron, de una forma cada vez más alejada de la realidad, la gesta viajera de un monje imbuido de inquietudes investigadoras.

El caso no es único en la novelística china. Al contrario, la práctica totalidad de sus obras más significativas han pasado por un largo período de gestación oral que, con el transcurso del tiempo, ha ido tomando cuerpo de escritura en dos géneros literarios diferentes. Su influencia ha sido, por fuerza, mutua, ya que las representaciones, con sus recitados, sus cantos y sus danzas, constituían auténticos laboratorios, en los que se analizaban cuidadosamente las reacciones del público. Se mantenían e, incluso, se ampliaban las partes que mayor interés despertaban, en detrimento de las que hallaban un eco menor. La competencia entre las diferentes compañías era muy fuerte y eso hacía que se recibiera con los brazos abiertos cualquier nueva sugerencia. Las aportaciones de los narradores y los dramaturgos se aceptaban con sorprendente rapidez como algo propio, ya que se desconocía el concepto de propiedad intelectual. Las tramas argumentales eran, por tanto, algo que estaba al alcance de la mano de cualquiera, como la luz del sol o el agua que caía de las nubes.

b) Autoría de la novela

A tal actitud abierta contribuían, igualmente, tanto el método de aprendizaje empleado por los propios literatos como la baja estima en la que se tenía a la novela y a sus creadores. El ideal literario chino no estribaba, en efecto, en la novedad de la trama o de los medios expresivos empleados, sino en la identificación con los modelos anteriores. Esa postura conducía inevitablemente a una repetición exhaustiva de las obras del pasado, en las que se introducían por igual crasos errores y aciertos geniales. A estos últimos hay que atribuir tanto la deslumbrante vitalidad de la literatura china como su posterior decadencia, ya que no existe, en efecto, mayor enemigo de las artes que la rutina.

De ella se libró, afortunadamente, el autor de la versión definitiva, consiguiendo integrar en una obra de cien capítulos los temas más sobresalientes de una larga tradición multiseccular. Teniendo en cuenta el carácter fragmentario de los antecedentes que han llegado hasta nosotros, nunca sabremos qué aportaciones son originales suyas y cuáles se deben a la labor de los hombres de letras que le precedieron. De lo que sí estamos seguros es de su profunda capacidad literaria, ya que realizó una difícilísima síntesis de materiales sumamente diversos, a los que fundió en el crisol de la genialidad

con el fuego de la poesía, el drama, la filosofía y la religión.

A pesar de su reconocida maestría, su personalidad continúa siendo un misterio. No podía ser de otra forma en una época en la que la novela era considerada un mero divertimento del populacho, indigno por completo de las clases superiores. Aunque existen referencias indicativas del alto interés que los intelectuales sentían por ese tipo de narraciones, públicamente seguían afirmando la superioridad de la poesía y los relatos históricos, con su pesada carga didáctica y moralizante.

Mostrar la más mínima curiosidad por las historias que tanto deleitaban al pueblo hubiera supuesto un auténtico suicidio intelectual, pues el valor de las grandes obras del pasado se asentaba tanto sobre sus innegables valores estéticos, como sobre el prestigio de los hombres de letras que las patrocinaron. Ésta no era un actitud exclusiva del ámbito literario, sino que se extendía a todas las artes. Las grandes muestras pictóricas se convirtieron, de hecho, en espacios en los que los grandes poetas, calígrafos y políticos de su tiempo estampaban sus sellos y sus opiniones. La firma de un hombre de prestigio valía mucho más que la profundidad de esas visiones plasmadas sobre un rollo de seda para poder ser, más que vistas, meditadas. Poco podía aportar a una obra de arte la aprobación de la gente sencilla que llenaba los mercados y se agolpaba en las explanadas de los templos.

Sin embargo, para llevar a cabo la armonización de elementos tan dispares como son los que componen el *Viaje al Oeste*, se precisaba la aportación de un literato experimentado y de gran capacidad expresiva. Se han barajado, a este respecto, muchos nombres, pero ninguno ha despertado un interés tan vivo como el de Wu Cheng - En. Nacido hacia el año 1500 en Shan - Yang, distrito perteneciente a la prefectura de Huai - An - Kiangsu -, ejerció diferentes puestos en la administración, alcanzando en 1544 un cargo de grado medio en el departamento de finanzas. Adscrito al movimiento «Hou Chi Tse» («Los Siete Sabios de los últimos tiempos»), que propugnaba la imitación de los modelos clásicos, fue conocido y respetado por su facilidad poética, su desbordante buen humor y su interés por lo fantástico y exotérico.

Todos estos elementos se hallan presentes en cada una de las páginas de la obra que nos ocupa, pero su asignación a Wu Cheng - En se basa en las compilaciones imperiales posteriores a su muerte, acaecida en 1582. La primera en establecer esa conexión entre el literato y *Hsi - You Chi* fue el Diccionario Geográfico de Huai - An, que vio la luz durante el reinado del emperador Tian - Chi (1621 - 1627).

A finales de ese mismo siglo vuelve a atribuírsele la autoría de la novela en el *Cian - ching - tang Shu - mu*, un catálogo de obras literarias, aunque aparece registrada en la sección geográfica y el epígrafe histórico. Bajo esa misma adscripción se halla incluida en un nuevo Diccionario Geográfico de Huai - An, recopilado en tiempos del emperador Kanghsi (1662 - 1722), así como en el Diccionario Geográfico del Distrito de Shan - Yang, compilado, a su vez, durante el reinado del emperador Tung - Chr (1862 - 1874).

De estas conexiones se hicieron eco escritores tan prestigiosos como el crítico Wu Yü-Chin (1698 - 1773) y el especialista en literatura clásica Ding - Yen (1794 - 1875).

Sorprende, a pesar de todas estas referencias, que ni Shr De-Tang, ni Chen Yüan-Chr, ni Tang Kuang-Lu, ni el respetado crítico Li - Chr no sólo no mencionen a su contemporáneo Wu Cheng - En como autor de la novela, sino que explícitamente declaran que desconocen el nombre del literato que la redactó. Por otra parte, la obra a la que se refiere el Diccionario Geográfico de Huai-An de principios del siglo xvii podría muy bien tratarse de una versión más del *Hsi-You Chi*, distinta de la que hoy conocemos. De todas formas, no podrá aventurarse una hipótesis fiable hasta que no se haya completado la investigación sobre las conexiones existentes entre los componentes internos de la novela y los de los escritos de Wu Cheng - En que han llegado hasta

nosotros. De momento, lo único que puede afirmarse es la probabilidad de que el autor de la obra sea, en efecto, el literato fallecido diez años antes de su publicación con la longitud y estructura que hoy conocemos.

Bástenos recalcar que constituye el punto final de una larga tradición iniciada mil años antes, que tomó diferentes formas expresivas con el paso del tiempo. Constituye, de esa forma, una síntesis armoniosa de los modos de hacer chinos de los siglos vii al xv, abarcando dinastías tan ricas, literariamente hablando, como la Swei (581 - 618), la Tang (618 - 907), la Sung (960 - 1280), la Yüan (1280 - 1368) y la Ming (1368 - 1644).

Lo que han hecho, en realidad, obras tan señeras como *La Investidura de los dioses*, *En las márgenes del agua*, *Ching Ping Mei* y *Viaje al Oeste* ha sido recoger lo mejor y más significativo de su universo cultural y proyectarlo hacia el futuro con esa fuerza que sólo la imaginación es capaz de dar. Así se convirtieron no sólo en punto de llegada, sino en principio de una nueva vitalidad literaria, que cristalizó en la rica producción literaria de la dinastía Ching (1644 - 1911). Por eso forman parte del patrimonio de la humanidad, a pesar de la condena de desconocimiento a la que, una y otra vez, las ha sometido el centralismo cultural occidental.

ENRIQUE P. GATÓN E IMELDA HUANG

Bibliografía

EDICIONES DE LA OBRA COMPLETA

Hsin - ke guan - ban kuan - Chiang da - dhze Hsi - you Chi (Nueva edición ilustrada e impresa en caracteres de tipo oficial del Viaje al Oeste), editada por Shr De - Tang, Nankín 1592.

Er - ke guan - ban Tang San - Tsang Hsi - you Chi (Segunda edición del Viaje al Oeste de Tripitaka Tang), editada por Chu Chi - Yüan a principios del siglo xvii.

Li Zhuo - Wu hsian - sheng piping Hsi - you Chi (El Viaje al Oeste comentado por el maestro Li - Zhi), Suchow, alrededor del año 1625.

Hsi - you Chi chen - kuan (El auténtico sentido del Viaje al Oeste), editada por Chen Shr - Bin en 1694.

Hsin - shuo Hsi - you Chi (Nuevo Viaje al Oeste revisado), edición prologada por Zhang Shu - Sheng, 1749.

Hsi - you Chi yüan - shr (Sentido original del Viaje al Oeste), editada por Liu Yi - Ming, 1810.

Rung - yi Hsi - you Chi cheng - chr (Sentido auténtico del Viaje al Oeste simplificado), editado por Zhang Han - Chang, Dhsin - Tang 1839.

Hsi - you Chi long - men hsin - chuan (Recitado del Viaje al Oeste junto a la puerta del dragón), editado hacia el año 1904.

Hsi - you Chi (Viaje al Oeste), prologada por Hu - Shr, Ya - Dung Tu - shu - kuan, Shanghai 1921.

Hsi - you Chi (Viaje al Oeste), Dhzuo - jia, Pekín 1954.

Hsi - you Chi (Viaje al Oeste), Ren - min Wen - Hsüe, Pekín 1980.

Hsi - you Chi chr - yi (Explicación del sentido del Viaje al Oeste), Kwan - Chen Chu - ban - she, Taipei 1976.

Hsi - you Chi (Viaje al Oeste), Ren - min Wen Hsüe, Pekín 1980. *Hsin - shuo Hsi - you Chi chr tu - hsiang* (Nuevo Viaje al Oeste revisado e ilustrado), Peijing - shr Chung - kuo Shu - dien, Pekín 1985.

TRADUCCIONES EN LENGUAS OCCIDENTALES

1. Traducciones de capítulos sueltos

PAVIE, Théodore, *Choix de contes et nouvelles*. París 1839. (Selección de los capítulos IX y X.)

GILES, Herbert A., *A History of Chinese Literature*. Londres 1901. (Selección de los capítulos VII y XCVIII.)

WIEGER, León, *Folklore chinois moderne*. He - Kien 1909. (Selección de los capítulos X al XII.)

SOULIE DE MORANT, Georges, *Essai sur la littérature chinoise*. París 1912. (Selección de los capítulos X y XI.)

RICHARD Timothy, *A Mission to Heaven*. Shanghai 1913. (Versión muy libre de los siete primeros capítulos.)

HAYES, Helen M, *The Buddhist Pilgrim's Progress*. Nueva York 1930. (Versión incompleta y muy libre.)

Hsu SUNG - NIEN, *Anthologie de la littérature chinoise*. París 1933. (Selección de los capítulos VI y LXI.)

Ou ITAI, *Le Román chinoise*. París 1933. (Selección del capítulo VI.)

KAO, George, *Chines Wit and Humour*. Nueva York 1946. (Versión libre de los siete primeros capítulos.)

YANG, Gladys y HSIEN - YI, *Pilgrimage to the West*. Chines Literature I y V. 1961 y 1966. (Selección de los capítulos XXVII y LIX.)

HSIA, C. T., y BIRCH, Cyril, *The Temptation of Saint Pigsy*. Nueva York 1972. (Traducción del capítulo XXIII.)

2. Traducciones incompletas

WALEY, Arthur, *Monkey, Folk Novel of China*. Londres 1943. (Versión clásica de la que faltan los capítulos XVI, XVII, XX, XXI, XXIII al XXXVI, XL al XLIII, L al XCVII.)

AVENOL, Louis, *Si Yeou Ki ou le Voyage en Occident*. París 1957. (Versión en cien capítulos, de la que faltan muchas porciones, tanto en prosa como en verso.)

HERZFELDT, Johanna, *Die Pilgerfahrt nach dem Westen*. Rudolstadt 1962. (Versión libre que sigue las pautas de la traducción de Arthur Waley.)

NOVOTNA, Zdena, *The Monkey King*. Versión checa de la que se hizo una traducción al inglés en 1964. (Pensada para los jóvenes, carece de muchos capítulos.)

3. Traducciones completas

A. ROGACEV y V. KOLOKOLOV, *Putesestvije na zapad*. Moscú, 1959. ANTHONY C. YU, *The Journey to the West*. Chicago - Londres 1977 - 1983.

W. J. F. JENNER, *Journey to the West*. Pekín 1982 - 1986.

ANDRE LEVY, *La Pérégrination vers l'Ouest*. París 1991.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

1. Ámbito general

BARY, William - Theodore de, *Sources of Chinese Tradition*. Londres, 1960.

BODDE, Derk, *Festivals in Classical China*. Princeton y Hong Kong 1975.

CHOU WEI, *Chung - kuo bing - chi - shr - Kao* (Historia de las armas chinas), Pekín 1957.

EBERHARD, Wolfram, *Beiträge zur kosmologischen Spekulation Chinas in der Han - Zeit*, en *Baessler Archiv* 16 (1933).

HERRMAN, Albert, *An Historical Atlas of China*. Chicago 1966.
HUCKER, Charles O., *Governmental Organization of the Ming Dynasty*. Harvard 1958.
NEEDHAM, Joseph, *Science and Civilisation in China*. Cambridge 1954 - 1980.
PORKERT, Manfred, *The Theoretical Foundations of Chinese Medicine: Systems of Correspondence*. Cambridge, Massachusetts 1974.
SCHAFER, Edward H., *Pacing the Void. Tang Approaches to the Stars*. Berkeley 1977.
VARIOS, *Chung - yao chr* (Relación de medicinas chinas). Pekín 1959 - 1961.

2. *Ámbito budista - taoísta*

BEAL, Samuel, *The life of Hiuen - tsiang*. Londres 1911.
BLOFELD, John, *Taoismo. The Quest for Immortality*. 1979.
CHEN, Kenneth, *Buddism in China. A historical Survey*. Princeton 1964.
DESPEUX, Catherine, *Les Lectures Alchimiques du Hsi - yu chi*. Würzburg 1973.
ECKE, G. y DEMIÉVILLE, P., *The Twin Pagodas of Zayton*. Cambridge, Massachusetts 1935.
EÜCHIRO, Ishida, *The Kappa Legend*. Pekín 1950.
GROUSSET, Rene, *In the Footsteps of the Buddha*. Nueva York 1971.
HWANG SHENG - FU, *Tang - tai Fuo - chiao duei chang - chr chr yin - hsiang* (Influencia política del budismo durante la dinastía Tang). Hong Kong 1959.
HWANG CHR-KUNG, *Chung - kuo de Shuei - shen* (Espíritus acuáticos chinos). Shanghai 1934.
LIANG CHI - CHAO, *Chung - kuo In - du chr Chiao - tung* (Relaciones entre China y la India). Taipei 1966.
DE MALLMANN, Marie - Thérèse, *Introduction a l'etude d'Avalo - kiteq - vara*. París 1948.
REN CHI - TANG, *Han Tang Fuo - chiao sz - hsiang luen - chi* (Ensayo sobre el pensamiento budista durante las dinastías Han y Tang). Pekín 1963.
SUZUKI, D. T., *Outlines oí Mahayana Buddhism*. Nueva York 1963.
TAI YÜAN - CHANG, *Hsien - hsüe tse - dien* (Diccionario del estudio de los inmortales). Taipei 1962.
TANG YUNG - DUNG, *Han Wei Liang - Chin Nan - bei Caho Fuo - chiao shr* (Historia del budismo durante las dinastías Han, Wei y Chin del Norte y del Sur). Shanghai 1937.
VARIOS, *Buddhist and Taoist Influences on Chinese Novéis*. Wiesbaden 1962.
VEITH, Usa, *The Yellow Emperor's Classic of Internal Medicine*. Berkeley 1974.
WALEY, Arthur, *The Real Tripitaka and Other Pieces*. Londres 1952.
WATTERS, Thomas, *On Yuan - Chwangs Travel's in India*. Nueva Delhi 1973.
WEINSTEIN, Stanley, *Imperial Patronage in the Formation of Tang Buddhism*. New Haven 1973.
WELCH, Holmes Y SEIDEL, Anna, *Facets of Taoism: Essays in Chinese Religión*. Londres 1979.
WEN DUNG - TSE, *Chung - In Fuo - chia Chiao - tung Shr* (Historia de las relaciones entre China y la India). Taipei 1968.
WRIGHT, Arthur, *Buddhism in Chinese History*. Stanford 1959.
-, *The Formation of Sui Ideology*. Chicago 1957.
-, «Fu - I and the Rejection of Buddhism», en *Journal of the History of Ideas XII* (1951).
-, «Tang Tai - tsung and Buddhism», en *Perspectives on the Tang*. Londres 1973.

3. *Ámbito literario*

BIRCH, Cyril, «Some Formal Characteristics of the hua - pen Story», en *Bulletin of the School of Oriental and African Studies 17* (1955).

- CRUMP, James I., «The Conventions and Craft of Yüan Drama», en *Journal of the American oriental Society* 91 (1971).
- , «The Elements of Yüan Opera», en *Journal of Asian Studies* 17 (1958).
- CHAO TIEN - CHI, *Hsi - you Chi tan - wei* (Estudio del Viaje al Oeste). Taipei 1983.
- CHEN YIN - KE, *Hsi - you Chi Hsüan-Tsang di - tse de ku - shr yen - bien* (Estudio de los discípulos de Tripitaka durante el Viaje al Oeste). Pekín 1930.
- CHENG CHEN - DE, *Hsi - you Chi de yen - hua* (Estudios del Viaje al Oeste). Pekín 1933.
- CHENG MING - LI, *Hsi - you Chi tan - yuan* (Análisis del Viaje al Oeste). Taipei 1982.
- DUDBRIDGE, Glen, «The Hsi - yu Chi Monkey and the Fruits of the Lost Ten Years», en *Chinese Studies* 6 (1988).
- *The Hsi - yu Chi. A Study of Antecedents to the Sixteenth Century Chinese Novel*. Cambridge 1970.
- «The Hundred - chapter Hsi - yu Chi and its Early Versions», en *Asia Major* 14 (1969).
- EBERHARD, Wolfram, *Die Chinesische Novelle des 17 - 19*. Ascona 1948.
- EOYANG, Eugene, «The Solitary Boat. Images of Self in Chinese Nature Poetry», en *Journal Asian Studies* 32 (1973).
- FENG YU - LAN, *Chung - kuo che - hsüe shr* (Historia de la Filosofía China). Hong - Kong 1959.
- HANAN, Patrick, *The Chinese Short Story. A Critical Theory in Outline*. Cambridge, Massachussets 1973.
- , «The Yün - men Chuan. From Chantefable to Short Story», en *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 36 (1973).
- HSIA, C. T., *The Classic Chinese Novel. A Critical Introduction*. Nueva York 1968.
- HSIA, C. T. y HSIA, T. A., *New Perspectives on Two Ming Novéis. Hsi - yu Chi y Hsi - yu Pu*. Madison 1968.
- Hsu CHING, «WU Cheng - En nian - bu» (Biografía de Wu Cheng - En), en *Ren - min Wen - Hsüe*. Pekín 1980.
- Hu SHR, *Bai - hua Wen - hsüe Shr* (Historia de la literatura en lengua coloquial). Shanghai 1928.
- , *Hsi - you Chi kao - cheng* (Estudio crítico del Viaje al Oeste). Hong - Kong 1923 y 1962.
- HWANG MENG - WEN, *Sung - dai bai - hua hsiao - hsuo yen - chiou* (Investigaciones sobre la novela coloquial de la dinastía Sung). Singapur 1971.
- Koss, Nicholas, *The Xiyou Ji in its Formative Stages: The Late Ming editions*. Bloomington 1981.
- Kuo SHAO - YÜ, *Chung - kuo wen - hsüe pi - ping shr* (Historia Crítica de la Literatura China). Shanghai 1947.
- LEGG, James, *The Chinese Classics*. Taipei.
- LEV, Sylvain y CHAVANNES, Edouard, *L'itinéraire d'Ou - K'ong*. 1985.
- LÉVY, André, «On the Question of Authorship in Chinese Traditional Fiction», en *Chinese Studies* 6 (1988).
- Liu HSIU - YE, *WU Cheng - En Shr - wen chi* (Relación de los escritos de Wu Cheng - En). Pekín 1958.
- Liu TSUEN - YANG, «The Prototypes of Monkey», en *Toung Pao* 51 (1964).
- «Taoist Self - cultivation in Ming Thought», en *Seli and Society in Ming Thought*, editado por W. Theodore de Bary y la Conferencia sobre el Pensamiento Ming. Nueva York 1970.
- , «Wu Cheng - En, His life and Career», en *Toung Pao* 53 (1967).

- Lu HSÜN, *Chung - kuo hsiao - shuo de Li - shr de bien - chien* (Evolución histórica de la Novela China). Hong - Kong 1924 y 1957.
- MAIR, Victor H, «Tun - huang Manuscripts and the Kózanji Journey to the West», en *Cahiers d'Extreme Asie* 3 (1987).
- PLACKS, Andrew H., *Allegory in Hung - lou Meng and Hsi - yu Chi*. Princeton 1974.
- PRUSEK, Jaroslav, «The Creative Methods of Chinese Mediaeval Story Tellers», en *Chinese History and Literature*. Dordrecht 1970.
- SA MEN - WU, *Hsi - you Chi yü chung - kuo ku - dai cheng - chr* (El Viaje al Oeste y la política china antigua). Taipei 1969.
- SOYMIE, Michel, «Notes d'iconographie chinoise: les acolytes de Ti - tsang», en *Arts Asiatiques* 16 (1967). VARIOS, *Chung - wen da tse - dien* (Gran Diccionario de la Lengua China). Taipei 1973.
- *Chiian Tang Shr* (Poesía completa de la dinastía Tang). Tainan 1974.
- *Selí and Society in Ming Thought*. Nueva York 1970.
- WAGNER, Rudolf, *The contemporary Chinese Historical Drama. Four Studies*. Berkeley 1990.
- WENG TU - CHIEN, «Combined indices to the Authors and Titles of Books in Two Collections of Taoist Literature», en *Harvard - Yenching Institute Sinological Index Series* 25 (1935).
- YEN TUN - I, *Hsi - you Chi he ku - dien hsi - chü de kuan - hsi* (Relaciones entre el Viaje al Oeste y el teatro antiguo). Pekín 1954. Yü, Anthony C, «Narrative Structure and the Problem of Chapter Nine in the Hsi - you Ch», en *Journal of Asian Studies* 34 (1975).
- ZHANG BEI - HENG, *Bai - huei - ben Hsi - you Chi shr fou Wu Cheng - En dhzuo - jia* (¿Es Wu Cheng - En el autor del Viaje al Oeste de cien capítulos?). Pekín 1983.
- ZHANG CHING - ER, *Hsi - you Chi ren - wu yen - chiou* (Análisis de los personajes del Viaje al Oeste). Taipei 1984.

CAPITULO I

CUANTO EXISTE TIENE SU ORIGEN EN LA RAÍZ DIVINA. EL TAO SURGE DIRECTAMENTE DE LA FUENTE MISMA DE LA MORALIDAD

La escritura dice:

«En el principio sólo existía el Caos. El Cielo y la Tierra formaban una masa confusa, en la que el todo y la nada se entremezclaban como la suciedad en el agua. Por doquier reinaba una espesa niebla que jamás logró ver ojo humano y a la que Pan - Ku 1 consiguió dispersar con su portentosa fuerza. Lo puro quedó entonces separado de lo impuro y apareció la suprema bondad, que esparce sus bendiciones sobre toda criatura. Su mundo es el de la luz. Quien a él se acerca descubre el camino que conduce al reino del bien. Mas el que quiera penetrar en el secreto del principio de cuanto existe debe leer *La crónica de los orígenes*» 2

En ella se afirma que en el reino del Cielo y la Tierra el tiempo se divide en períodos de ciento veintinueve mil seiscientos años. Cada uno de ellos es subdividido, a su vez, en doce épocas de diez mil ochocientos años de duración, que responden a los siguientes nombres: Dhzu, Chou, Yin, Mao, Chen, Sz, Wu, Wei, Shen, Yu, Hsü y Hai 3. Pese a su enorme amplitud, todas ellas tienen su equivalente en el repetitivo ciclo de los días. Así, a la de Dhzu le corresponden las primeras horas de la mañana, cuando la oscuridad es total y aún no se aprecia ningún atisbo de luz; el gallo canta a la hora de Chou; a la de

Yin comienza a clarear; el sol sale, finalmente, a la de Mao; a la de Chen es completamente de día y los hombres se disponen a tomar el desayuno; quien trabaja lo tiene ya todo planeado a la hora de Sz; a la de Wu el sol alcanza su cenit; la tarde comienza a declinar a la de Wei; a la de Shen las familias se reúnen alrededor de la mesa para la colación vespertina; el sol se pone a la de Yu; a la de Hsü desaparecen del todo los últimos vestigios del crepúsculo; finalmente, la gente se retira a descansar a la de Hai, abriendo las puertas, así, a un nuevo ciclo. Es el mismo que siguió el mundo en sus lejanos y, al mismo tiempo, tan cercanos orígenes. De hecho, al final de la época de Hsü el Cielo y la Tierra yacían en un estado de confusión total, en el que la nada y el todo se entremezclaban de una forma absolutamente incomprensible para nosotros. Después de cinco mil cuatrocientos años de constante oscuridad se produjo el advenimiento de la época de Hai, también conocida como Caos, porque durante su dominio no existían seres humanos ni ninguna de las dos esferas por las que ahora nos regimos. Hubieron de pasar otros cinco mil cuatrocientos años para que terminara una época tan tenebrosa y lentamente comenzaran a actuar las fuerzas creativas de la luz. Semejante milagro empezó a producirse durante la de época de Dhzu, pero lo hicieron entonces con tanta timidez que no es extraño que Shao - Kang - Chr 4 afirmara:

Ningún cambio se produjo en el centro mismo del Cielo, cuando el invierno llegó a las regiones de Dhzu. El principio masculino permanecía todavía dormido y nada de cuanto existe había salido aún a la luz.

Pero cuando, después de otros cinco mil cuatrocientos años, la primavera se enseñoreó de la época de Dhzu, el firmamento echó sus inamovibles raíces y la luz pudo, finalmente, formar el sol, la luna, las estrellas y los restantes cuerpos celestes. No es extraño, por tanto, que se diga que el Cielo comenzó a existir en época tan numinosa. La siguieron otros cinco mil cuatrocientos años, durante los cuales el firmamento se solidificó para siempre. Lo mismo ocurrió con la tierra durante la época de Chou. De ahí que se afirme con entusiasmo en el I Ching: ¡Qué maravillosos son los principios masculino y femenino! De ellos, siguiendo el mandato del Cielo, surgieron finalmente todas las cosas».

Hubieron de pasar, sin embargo, otros cinco mil cuatrocientos años después del advenimiento de la época de Chou, para que se condensaran ciertas innominadas materias y dieran, así, principio a los cinco elementos esenciales: el agua, el fuego, el metal, la madera y la tierra. Antes de que concluyera una época tan extraordinaria, hubieron de transcurrir otros cinco mil cuatrocientos años, al cabo de los cuales amaneció la época de Yin y todo cuanto conocemos comenzó a surgir y a crecer, como si siguiera la voz de una eterna primavera. No es extraño, por tanto, que diga el *Libro del cómputo del tiempo*: «El numen celeste descendió y ascendió el terrestre. Se unieron, así, el Cielo y la Tierra y de su copulación surgieron todas las cosas».

En aquella época el Cielo y la Tierra eran tan brillantes como la luz misma y cada uno encerraba dentro de sí los dos principios del yin y del yang, a cuya unión todo debe su existencia. Durante los cinco mil cuatrocientos años que siguieron, en efecto, aparecieron las bestias, los animales y los hombres. De esta forma, quedaron establecidas para siempre las tres fuerzas que rigen los destinos de la naturaleza: el Cielo, la Tierra y el Hombre, que, como queda dicho, vio la luz durante la milagrosa época de Yin.

Después de que Pan - Ku pusiera en orden el universo entero, finalizara el mandato de los Tres Reyes y los Cinco Emperadores y hicieran públicas sus por doquier respetadas disposiciones morales, el mundo fue dividido en cuatro grandes continentes. El del este llevaba el nombre de Purvavideha, Aparagodaniya el del oeste, Jambudvipa el del sur y,

finalmente, Uttarakuru el del norte. En este libro sólo nos ocuparemos, por obvias razones, del situado en el este del mundo. En el otro extremo del océano que lamía sus costas, se hallaba la renombrada nación Ao-Lai, muy cerca de la cual, en el centro mismo de un plácido mar de serenas aguas, se levantaba la famosa Montaña de las Flores y Frutos. Había surgido en el momento mismo de la formación del mundo y ahora formaba parte de un conjunto de diez islotes, que con el tiempo dieron origen a las Tres Islas ⁶. Su belleza era impresionante. No es extraño, por tanto, que el poeta escribiera sobre ella:

Su majestad compite con la serenidad del mismo océano, como si fuera el emperador de los mares. Las olas rompen contra su costado, como montañas de plata que el golpe transforma en diminutas escamas de nieve, lanzando a los peces contra las rocas y sacando de su sueño de profundidad a las serpientes marinas. En su parte suroccidental se aprecian llamativas planicies cargadas de serenidad, mientras que al este todo es abruptez de picos que se arrojan con mal disimulada fiereza en el mar. Los que permanecen, orgullosos, en tierra seca se visten, a la hora del crepúsculo, de tintes violáceos, que esconden su inaccesible bravura pétreo. En sus cumbres cantan, emparejados, los fénix, mientras que a su pie descansan los solitarios unicornios. Por doquier se oye el lamento de los faisanes, que buscan, desesperados, las cuevas en las que habitan los dragones. Toda la isla está poblada de extraordinarios animales que muy pocas veces se ven en otras partes, como los longevos ciervos, las inmortales zorras, las divinas lechuzas o las cigüeñas de negro plumaje. En ese lugar extraordinario la hierba nunca se seca ni las flores se marchitan. La primavera es allí eterna y adondequiera que se dirija la mirada puede verse el verdor de cipreses y pinos, aliados incondicionales de la vida. Los melocotoneros están siempre en flor, las viñas se rompen bajo el peso de su propio fruto, la hierba de los pastos se mantiene siempre fresca y los bambúes alcanzan tales alturas que a veces llegan a frenar la loca carrera de las nubes. Éste es, en verdad, el privilegiado lugar donde el Cielo se apoya y la Tierra descansa de sus muchas fatigas, un paraíso en el que convergen más de cien ríos.

En la cumbre misma de esa extraordinaria montaña había una roca inmortal. Tenía una altura de treinta y seis pies y medio y un perímetro de veinticuatro pies justos. Semejantes medidas no eran casuales, ya que se correspondían exactamente con los trescientos sesenta y cinco días del año solar y las veinticuatro horas ⁷ que marcan el quehacer cotidiano del hombre. Poseía, además, nueve agujeros profundos y otros ocho de menor longitud, que encontraban su equivalente numérico en las Nueve Constelaciones y en los Ocho Planetas que habitan los palacios celestes. Aunque no crecía sobre ella vegetación alguna, durante mucho tiempo había sido alimentada con las mismas semillas del Cielo y la Tierra y la fuerza extraordinaria del sol y la luna. Finalmente, por acción directa de lo alto, quedó embarazada y empezó a crecer en su interior un embrión sobrenatural. Tras largo período de gestación, se abrió inesperadamente un día y dio a luz un huevo de piedra del tamaño aproximado de un balón. Expuesto a la fuerza de los elementos, se transformó en un mono de piedra, exactamente igual a los que hoy conocemos. No pasó mucho tiempo antes de que aprendiera a correr y a subirse a los árboles. Cuando hubo dominado a la perfección tan difíciles técnicas, se inclinó, reverente, ante los cuatro puntos cardinales y entonces se produjo el milagro: de sus ojos salieron dos rayos potentísimos que llegaron hasta el mismísimo Palacio de la Estrella Polar. Su luz era tan fuerte que llamó la atención del Benéfico Señor del Cielo, el divino Emperador de Jade, que se hallaba reunido con sus ministros en el Palacio de Nubes de los Arcos de Oro, concretamente en la Sala del Tesoro de la Niebla Divina. Sorprendido por su brillo extraordinario, ordenó a Mil Ojos y a Oídos de Viento que abrieran la Puerta Sur del Palacio Celeste y averiguaran de dónde provenía semejante fenómeno. Los dos capitanes cumplieron la orden sin pérdida alguna de tiempo y, tras analizar cuidadosamente la situación, regresaron al lado de su señor y le informaron, diciendo:

- Vuestros indignos servidores han obedecido al pie de la letra el mandato que de vos

han recibido y han averiguado que esos potentísimos rayos provienen de la Montaña de las Flores y Frutos. Ese lugar, como sabéis, se encuentra en la región de Ao-Lai, al este del continente de Purvavideha. En esa montaña singular hay una roca inmortal que, extrañamente, ha dado a luz un huevo de piedra. Lo más asombroso, sin embargo, es que los elementos han actuado sobre él y lo han convertido en un mono de piedra. Los rayos que os han molestado han partido precisamente de sus ojos, pues, al inclinarse ante los cuatro puntos cardinales, han adquirido tal viveza que su luz ha alcanzado hasta el mismísimo Palacio de la Estrella Polar. Pero no os preocupéis. El mono en cuestión se ha puesto a comer y a beber y pronto perderá todo su poderío.

- No lo creo yo así - replicó el Emperador de Jade con misericordiosa complacencia -. Las criaturas del mundo que yacen a nuestros pies surgieron de la copulación del Cielo y la Tierra y es natural que de vez en cuando nos sorprendan con su desconcertante modo de actuar.

Para entonces el mono había aprendido a caminar, a correr y a saltar de una parte a otra. Se alimentaba de frutos y plantas y bebía de los múltiples ríos y arroyos que surcaban la isla. La mayor parte del tiempo la pasaba cortando flores y subiéndose a los árboles en busca de frutas. No tardó, sin embargo, en entablar amistad con el tigre, el lagarto, el lobo, el leopardo y el ciervo, aunque consideraba a las otras especies de monos como su auténtica familia. Por la noche dormía en cuevas que abandonaba en cuanto el sol emergía por la línea del horizonte y daba comienzo la mañana. El tiempo transcurría con lentitud, pues, como bien reza el dicho popular, «en lo alto de las cumbres el río avanza y retrocede con tanta regularidad que allí nadie es realmente consciente del paso de los años».

Una mañana, sin embargo, hizo tanto calor que no encontró mejor manera de escapar al bochorno que ponerse a jugar con otros monos a la sombra de unos pinos. Descubrió entonces, sorprendido, lo mucho que se parecía a ellos. Su manera de divertirse era prácticamente la misma. Algunos, de hecho, saltaban de rama en rama en busca de frutos, mientras que otros pasaban el tiempo tirándose piedrecitas o arrojándose pequeñas pinas. A veces se llegaban hasta la playa y otros lugares arenosos y se ponían a construir extrañas pagodas de arena. No era tampoco raro que persiguieran a las libélulas y corrieran, como locos, detrás de las lagartijas. No se olvidaban, sin embargo, de inclinarse ante el Cielo, presentando, así, sus respetos a los dignos budas que lo habitan. Pero no por ello dejaban de ser animales revoltosos y estropeaban a placer las viñas y otros árboles que crecían, lujuriosos y exhuberantes, a su alrededor. Cuando se cansaban de eso, se tumbaban en mullidos lechos de hierba y se ponían a buscarse unos a otros pulgas y parásitos. Cuando, tras mucho escarbar en sus tupidos pelajes, encontraban alguno, se lo comían con avidez o, simplemente, lo mataban con las uñas. Otros preferían, no obstante, espulgarse solos. Para ello se llegaban hasta el tronco de un pino y se restregaban una y otra vez contra él, hasta que el ardor desaparecía y la sensación de malestar remitía. Lo que más les gustaba, pese al peligro que ello entrañaba, era jugar y perseguirse entre los pinos. Ya tendrían tiempo después de desprenderse de todos los parásitos que pudieran coger en sus interminables correrías en las verdes aguas de los arroyos. Así lo hicieron aquella mañana, llegándose hasta uno de los torrentes de la montaña. Al ver la fuerza de la corriente y los tumbos que daba el agua entre las rocas, como melones que se destrozaran sin cesar contra las piedras, se quedaron asombrados y comenzaron a ponderar su extraña belleza. A nadie debe sorprenderle que hablaran. Si, como reza el dicho tradicional, «las bestias tienen su lenguaje y las aves el suyo», ¿qué hay de extraño en que los monos se comuniquen entre sí con palabras? Los monos se dijeron, pues, unos a otros:

- Puesto que no sabemos de dónde viene toda esta agua y hoy no tenemos nada que

hacer, lo mejor es que remontemos su curso y, así, descubramos dónde se encuentra su fuente. ¿No os parece que será una manera estupenda de pasar el tiempo?

Todos aceptaron, entusiasmados, la idea y, dando grandes voces de júbilo, siguieron montaña arriba el desconocido curso del torrente. Los monos caminaban en familias y no tardaron en dar con su fuente: una impresionante catarata, cuya visión les hizo enmudecer. Se elevaba en el paisaje como una altísima columna, de la que emergían bellísimos arcos iris que el viento hacía cambiar constantemente de posición. A su base danzaban miles de olas blancas, que hacían pensar en brisas realmente inexistentes y en la bravura de desconocidos ríos lunares. Su brillo recordaba, en efecto, al de la dama de la noche y teñía levemente de blanco el profundo verdor del paisaje en el que se hallaba enclavada. Se sospechaba la existencia de poderosos afluentes que la alimentaban, pero la sensación que más dominaba en quien tuviera la suerte de contemplarla era la de una hermosísima cortina que alguien hubiera colgado de las mismas nubes. A la vista de tan inesperado milagro, los monos empezaron a aplaudir y a exclamar, entusiasmados:

- ¡Qué maravilla! ¡Qué increíble belleza! Su agua nace directamente del seno de la montaña y va a desembocar, sin lugar a dudas, en la lejana placidez del Gran Océano.

Otros añadieron con inamovible certeza:

- El que se atreva a cruzar esa impresionante cortina y vuelva sano y salvo a contarnos las maravillas que tras ella se esconden será nuestro rey. ¿Hay alguien dispuesto a hacerlo?

Nadie respondió a semejante reto. Hubieron de lanzarlo tres veces al viento, antes de que surgiera, desde muy atrás, el mono de piedra y gritara con voz potente:

- ¡Yo lo haré! ¡Yo cruzaré la cortina de agua y volveré a deciros lo que hay detrás de ella!

Era un mono realmente valiente. No es extraño que su fama se haya mantenido viva de generación en generación, hasta llegar, intacta, a nuestros días. Cuando se lanzó contra la columna de agua, lo hizo con tan arrogante seguridad que parecía un rey trasponiendo la puerta de su propio palacio. Cerró los ojos, tomó impulso y saltó a través de la cascada. Cuando sintió que ninguna gota lamía ya su cuerpo de piedra, volvió a abrirlos y comprobó, asombrado, que estaba ante un puente que brillaba con la misma fuerza que el sol. Increíblemente, se acercó a él con paso inseguro y vio que estaba hecho de láminas de hierro. El agua que fluía bajo su arco manaba de un agujero y se perdía en la distancia, dando, tal vez, nacimiento a la espléndida catarata que acababa de trasponer. De un salto se encaramó en lo alto del puente y desde allí descubrió un paradisiaco lugar, que, sin duda, debía de ser el palacio de alguna persona importante. Yacía entre una tenue neblina, que le otorgaba una pátina que recordaba a la vez al azul puro del cielo y al verdor frío del jade. A juzgar por el número de sus ventanas, debía de tener innumerables habitaciones, aunque no se veía ni a uno solo de sus posibles moradores. Sus muros habían sido cuidadosamente labrados con motivos florales, que se repetían, como en un espejo, en el frondoso jardín que lo rodeaba. Estaba tan cuidado que por fuerza tenía que habitar alguien en tan espléndida mansión. Cerca del muro principal, en efecto, se veían rescoldos todavía vivos de una hoguera, una mesa llena de copas, botellas, platos, cuencos y restos de comida, y un número indeterminado de asientos de piedra de hechura exquisita. Un poco más allá crecían unas cuantas matas de bambú, tras las que se apreciaba el eterno verdor de un grupo de pinos y la olorosa belleza de cuatro o cinco ciruelos. Pese a su innegable sensación palaciega, aquel lugar tenía toda la apariencia de un hogar.

El mono de piedra lo estuvo mirando durante un largo rato, sin dar crédito a lo que veía. Cuando se hubo cerciorado de que no se trataba de sueño alguno, se llegó, de un salto, hasta el centro mismo del puente y, más seguro de sí mismo, miró a izquierda y

derecha. Fue así como descubrió una inscripción de piedra que decía: «Ésta es la tierra sagrada de la Montaña de las Flores y Frutos, la Caverna Celeste que esconde la Cortina de Agua».

El mono de piedra no cabía en sí de contento. Había descifrado el misterio de aquel extraordinario lugar y decidió regresar a comunicárselo a sus hermanos. Se dio la vuelta a toda prisa, volvió a cerrar los ojos y, tomando impulso, atravesó, una vez más, el muro de agua.

- ¡Qué suerte he tenido! ¡Qué maravilloso golpe de suerte! - exclamó, entusiasmado, cuando nuevamente se halló en la otra parte.

- ¿Qué hay al otro lado? - preguntaron los monos, rodeándole impacientes -. ¿Qué profundidad tiene allí el agua?

- ¿El agua? - repitió el mono de piedra, riendo -. En ese mundo apenas hay agua. Sólo he visto un puente hecho de láminas de hierro, desde el que se vislumbra una espléndida mansión celestial.

- ¿Qué quieres decir con eso? - volvieron a preguntar los otros monos.

- El agua que pasa por debajo del puente del que os hablo - respondió el mono de piedra, sin dejar de reír - mana de un agujero en la roca y es tan abundante que ciega totalmente su arco. A un lado del puente se levanta una espléndida mansión de piedra, rodeada de un magnífico jardín lleno de árboles y flores. Junto a su puerta principal hay mesas de piedra con todo tipo de enseres para cocinar: hornos, cacharros, cazuelas, bancos, platos... Lo más asombroso es que están hechos de pedernal, como la inscripción que figura en el centro mismo del puente y que reza: «Ésta es la tierra sagrada de la Montaña de las Flores y Frutos, la Caverna Celeste que esconde la Cortina de Agua». Opino, por tanto, que se trata del lugar ideal para quedarse a vivir. Es extremadamente apacible y de una amplitud tal que puede albergar a miles y miles de seres de toda edad y condición. Asentémonos en él y olvidémonos para siempre de los avatares a los que el Cielo nos tiene sometidos. Allí nos protegeremos del viento y encontraremos abrigo contra la lluvia, porque en ese paraíso la nieve es desconocida y no hiela jamás. En él todo parece poseer el brillo del oro y hasta la niebla es luminosa como los rayos de la luna o el aliento mismo del trueno. ¿Qué hay de extraño, pues, en que las flores nunca se marchiten y estén siempre tan lozanas como las crestas de los pinos?

- Si es verdad lo que dices, ¿a qué esperamos para entrar en ese mundo? - exclamaron los otros monos, alborozados -. Salta tú primero y condúcenos hasta él.

El mono de piedra no se hizo de rogar. Cerró los ojos, tomó impulso y se perdió tras la cortina de agua, gritando:

- ¡Adelante, muchachos! ¡Seguidme todos!

Así lo hicieron los más valientes. Otros, sin embargo, se echaron atrás, como si dudaran de lo que les había dicho su nuevo rey y no se atrevieran a seguir su ejemplo. Afortunadamente al final pudo más la curiosidad que el miedo y, sin dejar de gritar y de dar palmadas, se lanzaron también hacia lo desconocido. Todos fueron a parar encima del puente, pero no estuvieron allí mucho tiempo, porque pronto se abalanzaron sobre los hornos y platos de piedra, luchando maleducadamente por los tazones y las sillas. Fue una suerte que estuvieran hechos de piedra; de lo contrario, hubieran quedado reducidos a añicos en muy poco tiempo. La batahola era francamente indescriptible y sólo amainó cuando a los monos les fueron fallando las fuerzas y se echaron a descansar tranquilamente en la hierba. El mono de piedra se sentó entonces en el sitio más elevado que pudo encontrar y les dijo con ademán solemne:

- Caballeros, como vos bien sabéis y el dicho reza, quien no goza de confianza no puede realizar hazaña alguna. Vosotros mismos acordasteis no hace mucho que quien

traspusiera la cortina de agua y volviera a cruzarla sin sufrir daño alguno sería nombrado vuestro rey. Pues bien, yo lo he hecho no una vez, sino dos y he tenido, incluso, la delicadeza de traerlos a vivir a un lugar tan privilegiado como éste, para que gocéis de sus maravillas y criéis sin ningún sobresalto a vuestras familias. ¿Cómo es posible, pues, que no os arrodilléis ante mí y me presentéis vuestros respetos? ¿Es que habéis olvidado tan pronto vuestra promesa? ¿Qué clase de mono es el que no cumple su palabra?

Al oírlo, todos los monos se sintieron profundamente avergonzados y, cruzando las manos sobre el pecho, se postraron humildemente en la tierra. A continuación le fueron presentando sus respetos uno por uno, empezando por los de más edad y terminando por los más jóvenes. Cuando hubieron terminado, se inclinaron, reverentes, ante él y gritaron todos a una:

- ¡Viva nuestro rey!

De esta forma, fue entronizado el mono de piedra, que empezó a ser conocido a partir de aquel mismo momento como el Hermoso Rey de los Monos. Así lo atestigua un antiguo poema, que dice:

Una vez que todo hubo surgido de la copulación del Cielo y la Tierra, apareció una roca divina de la unión de la luna y el sol. Pronto se transformó en un huevo, que, con el paso del tiempo, se fue convirtiendo en un espléndido mono. Su inteligencia era tan profunda que llegó a penetrar en el misterio del Gran Tao y a conocer el secreto del mismísimo elixir de la vida. Nadie ha visto jamás los rasgos de su espíritu, porque carece totalmente de forma, pero su obrar es de todos conocido y jamás ha dejado de ser ensalzado por doquier. Su recuerdo perdurará de edad en edad, porque es un rey sabio cuyo dominio se extiende más allá de las imprecisas fronteras del fluir eterno.

Sin pérdida de tiempo el Hermoso Rey de los Monos seleccionó a los más valientes e inteligentes de sus súbditos y los nombró ministros y oficiales. Todos aceptaron esos nombramientos sin envidia ni rencor y se pusieron a recorrer el nuevo mundo que les había tocado en suerte habitar. Su existencia no podía ser más idílica. Por la mañana recorrían la Montaña de las Flores y Frutos, retirándose a descansar a la Caverna de la Cortina de Agua cuando la noche caía y todo yacía en la oscuridad. Los monos vivían en una armonía perfecta, sin mezclarse con otras bestias y animales, celosos de su independencia y pendientes solamente de su propia felicidad. Durante la primavera recogían flores, frutos durante el verano, en el otoño bayas y nueces, y raíces⁸ en el invierno. ¿Qué más podían pedir?

El Hermoso Rey de los Monos llevaba gozados trescientos o cuatrocientos años de una existencia tan plácida cuando un día, mientras asistía a un banquete rodeado de los otros monos, se puso de pronto tan triste que las lágrimas empezaron a fluir libremente por sus mejillas. Los monos se llegaron hasta él, alarmados, e, inclinándose con más respeto que de costumbre, le preguntaron:

- ¿Se puede saber qué es lo que os pasa, gran señor?

- Aunque he de admitir que ser vuestro dueño ha traído la paz a mi espíritu - respondió el Rey de los Monos -, la incertidumbre del futuro se ha apoderado de él y ha plantado en mi corazón la semilla de la inquietud.

- ¡Vamos, majestad! - exclamaron los monos, soltando la carcajada -. ¿Cómo es posible que no estéis satisfecho con la vida que llevamos? Habitamos una montaña inmortal, enclavada en una tierra sagrada, y por la noche descansamos en una cueva que pertenece a los mismísimos dioses. ¿Es que no os satisfacen los banquetes que ofrecemos a diario en honor vuestro? Hasta los inmortales tienen envidia de nuestra existencia. Ni siquiera los fénix o los unicornios tienen poder alguno sobre nosotros y, lo que es más importante, hemos escapado totalmente a la influencia del hombre. ¿Qué

bendición puede haber más grande que esta independencia de la que ahora gozamos?
¿Cómo podéis afirmar que os preocupa el futuro?

- Es verdad que no estamos sujetos a las disposiciones humanas ni somos los esclavos de ningún animal y que ni siquiera la vejez tiene poder alguno sobre nosotros - admitió el Rey de los Monos -. Pero eso no quiere decir que hayamos escapado a la influencia de Yama, el Rey de Ultratumba. ¿De qué nos habrá servido vivir tanto tiempo, si, a la postre, hemos de morir? ¿No comprendéis que, a pesar de nuestra paradisiaca existencia, no nos contamos entre el número de los inmortales?

Al oírlo, los monos se llevaron, aterrados, las manos a la cara y empezaron a llorar desconsoladamente. La inquietud de su rey se había apoderado también de su espíritu, atormentados por el insoportable pensamiento de su propia desaparición. Sin embargo, cuando más desgarradores sonaban sus gritos, se adelantó uno de los monos de rango inferior e, inclinándose ante su señor, dijo con estremecedora convicción:

- Como muy bien sabe vuestra graciosa majestad, dentro de las cinco clases de seres vivos 9 que existen, sólo hay tres que han logrado escapar a la tiranía de Yama, el Rey de Ultratumba.

- ¿Sabes tú cuáles son? - le preguntó, sorprendido, el Rey de los Monos.

- Por supuesto que sí - respondió él -. Solamente hay que estar un poco familiarizados con la religión para conocer esas verdades. Los únicos que no están sujetos a la muerte son los budas, los inmortales y los sabios. Tan sólo ellos han conseguido romper la férrea rueda de la transmigración, escapando, de una vez por todas, a la serie infinita de nacimientos y muertes que nos aguarda a los demás y poseyendo una existencia tan larga como la del Cielo, la Tierra, las Montañas y los Cursos de Agua.

- ¿Sabes dónde viven esos seres tan extraordinarios? - volvió a preguntar el Rey de los Monos.

- No hay que salir de las tierras de Jambudvīpa para dar con ellos - contestó el mono religioso -. Habitan, de hecho, en las cavernas de las montañas inmortales de ese lejano continente.

- En ese caso - concluyó el Rey de los Monos, temblando de satisfacción y esperanza -, mañana mismo abandonaré esta montaña y partiré en su busca. Daré con ellos, aunque tenga que recorrer toda la tierra y alcanzar los mismos confines del mar. Cuando lo haya hecho, permaneceré a su lado hasta que me hayan transmitido el secreto de la eterna juventud y, así, me libraré para siempre de la inquebrantable tiranía del Rey Yama.

Su entusiasmo por escapar a las redes de la transmigración y convertirse en un gran sabio en todo similar al mismo Cielo se apoderó de todos sus súbditos, que empezaron a aplaudir, entusiasmados, mientras se decían unos a otros:

- ¡Qué maravillosa idea ha tenido nuestro soberano! Mañana recorreremos de cabo a rabo la montaña, recogeremos todos los frutos y bayas que encontremos y daremos un espléndido banquete de despedida a nuestro Gran Rey.

En cuanto hubo amanecido, los monos partieron, en efecto, a la búsqueda de melocotones, frutos, hierbas aromáticas y raíces dulces. Recogieron, además, orquídeas, crisantemos y toda clase de flores exóticas y adornaron con ellas la enorme mesa de piedra que había junto al muro principal de la mansión. Fue allí exactamente donde tuvo lugar el rutilante convite de despedida. El aroma de los vinos se confundía con el de las cerezas, rojas de madurez y de lúbrica tentación, y el de las ciruelas de fina piel y pulpa dulce. A su lado se veían ramas de lechías¹⁰, algunas todavía en flor; espléndidas peras doradas, que recordaban, por su forma, cabezas de sonrientes conejos; hermosos dátiles, palpitantes como corazones de pollo recién arrancados; olorosos melocotones, dulces como el mismísimo elixir de la vida; fresas cargadas de acidez y dulzura al mismo tiempo, que traían a la memoria el ambiguo sabor de ciertos quesos y la mantecosa

suavidad de la nata; inmensas sandías, cargadas del rubor de doncellas de su pulpa y de las lágrimas de azabache de sus semillas; sabrosísimas granadas, que, una vez abiertas, parecían extraños seres preñados de rubíes; espléndidos racimos de uva, que se convertían en mosto nada más tocarlos, ahogando en su zumo, como el vino, la sed y la ansiedad; naranjas pintadas de sol, que rivalizaban en luminosidad con la amarillenta fiereza de las nueces y las almendras; toda clase de frutos, semillas y bayas llenaba, en definitiva, la espléndida mesa de mármol, que se extendía, con coqueta gallardía, paralela al muro anterior de la casa. De nada puede presumir el buen gusto de los humanos, comparado con el que aquel día hicieron gala los traviesos monos de la montaña.

El rey ocupó la cabecera de la mesa, mientras los demás fueron tomando asiento según su rango y edad. El banquete duró un día entero. El vino corrió como los torrentes y todos los monos se turnaron en servir a su soberano, que en ningún momento dio muestras de sentirse medianamente ebrio. A la mañana siguiente su sobriedad era, de hecho, absoluta. Se levantó muy temprano, convocó a todos sus súbditos y les dio instrucciones muy precisas para el viaje, diciéndoles:

- Cortad unos cuantos pinos y construid una balsa con ellos. Como pértiga usaré la vara de bambú más larga que podáis encontrar. Ya sabéis que el mar es profundo y el viaje por fuerza ha de durar muchos días. Por eso, habréis de preparar también gran cantidad de bayas y frutos con los que poder alimentarme.

Cuando todo estuvo dispuesto, montó en la balsa y, de un poderoso golpe de pértiga, se adentró en las aguas del océano inmenso. El viento le ayudó en su intento, soplando con fuerza en dirección al extremo sur del continente de Jambudvipa. El poema habla claramente de su gesta, diciendo:

El mono que debe su existencia a lo alto abandonó la montaña en la que habitaba y gobernó con pericia su balsa, hasta que logró colocarla en las mismas manos del viento. Impulsado por su fuerza, surcó los mares en busca de la inmortalidad. Esa ansia se había enseñoreado de su espíritu, expulsando de él cuantas cuitas nos aferran a los demás mortales a la tela de araña de la existencia. Su corazón y su mente habían sido predestinados a realizar grandes gestas. Por eso, se vaciaba ahora de todo y se lanzaba a la nada de la distancia en busca del inaprensible misterio de los orígenes y la muerte.

La suerte guió su derrota con gesto seguro. Durante días no dejó de soplar, de hecho, un fuerte viento del sureste que llevó su balsa hasta las costas del noroeste, en el extremo mismo del continente de Jambudvipa. Cansado de tan largo periplo, tomó un día la pértiga y, tras comprobar que las aguas habían dejado de ser profundas, saltó de la balsa y nadó con fuerza hacia la playa. El lugar bullía con una animación extraordinaria. Adondequiera que se dirigiera la mirada podía verse gente atareada. Algunos se afanaban pescando; otros, cazando patos salvajes; quien se dedicaba a la busca de almejas, cavando pacientemente en la arena; el de más allá hacía diques, para que el agua, al secarse, dejara su poso de sal. Al ver acercarse al Rey de los Monos, fiero como un espíritu y torpe como una bestia, abandonaron sus redes y sus cubos y corrieron, despavoridos, a esconderse. Sólo uno de ellos, que estaba cojo y no tenía miedo a nada, siguió en su sitio, sin prestarle la menor atención. Con inusitada pericia el mono le despojó de sus ropas, dejándole totalmente desnudo y poniéndoselas él como mejor pudo. No tardó mucho en acostumbrarse a ellas y, de esta forma, pudo pasar más desapercibido entre los hombres, cuyas costumbres y modos de vida llegó a dominar casi a la perfección. Recorrió ciudades y pueblos, se adentró en lonjas y mercados, habló con unos y trabó amistad con otros, descansó durante la noche y llenó la barriga durante el día, pero en ningún momento se olvidó de los budas, los inmortales y los sabios, poseedores del secreto de la eterna juventud. Fue así como descubrió que los

hombres sólo corrían detrás del lucro y la fama, sin importarles para nada el fatídico fin que les aguardaba. Ni uno solo de los que conoció mostró jamás la más mínima preocupación por la muerte, como si nunca hubiera de acaecerle a él.

¿Cómo era posible que su búsqueda de fama y fortuna no acabara jamás? El ansia por las riquezas y el poder los tiranizaba como un gobernador sin entrañas, pero ellos se ofrecían, gustosos, a su juego, levantándose temprano de sus lechos y volviendo a ellos al anochecer. Por conseguir una sola moneda de cobre no les importaba montarse en sus mulos y cabalgar durante días sin fin. Su avaricia carecía de toda medida. El que había llegado a primer ministro soñaba con ser rey y el que había alcanzado ya el trono aspiraba a convertirse en dios. ¡Pobres seres infelices, sedientos del reconocimiento y el honor, absurdos ignorantes de la inevitable llamada de Yama! Su ceguera los obligaba, incluso, a amontonar riquezas y fama para sus hijos y nietos, como si éstos no hubieran de padecer la misma enfermedad. ¿Por qué nadie escapaba de esa locura y se detenía a pensar en el implacable fin que le aguardaba?

Con tan deplorable actitud a su alrededor no es extraño que la búsqueda del Rey de los Monos se tornara totalmente inútil. ¿Cómo iba a dar con el secreto de la inmortalidad, si nadie se preocupaba por ella? Pero no se desanimó. Durante ocho o nueve años no hizo otra cosa que recorrer pueblos y cruzar ciudades, hasta que, finalmente, llegó hasta el extremo opuesto del desconcertante continente de Jambudvipa. Ante él se extendía la interminable placidez del Gran Océano Occidental. Era tan inmenso que sintió la urgencia de adentrarse en sus aguas, seguro de que los inmortales habitaban más allá de la línea del horizonte. Sin pérdida de tiempo construyó una nueva balsa, similar a la que había usado en su anterior periplo, y se lanzó, ilusionado, a las aguas. Tras muchos meses de penosa navegación, arribó, por fin, a las lejanas costas del continente de Aparagodaniya, situado en el extremo occidental del mundo. Pero parecía estar totalmente deshabitado y su entusiasmo sufrió un serio revés. Con gesto cansado se adentró en la tupida selva que se extendía al otro lado de la playa y descubrió una impresionante montaña, cuya cresta se perdía entre las nubes y cuya base se hallaba firmemente anclada en la espesa vegetación que todo lo cubría. Su inmarcesible belleza le hizo recuperar la esperanza y se lanzó a la conquista de su cumbre, sin importarles para nada el peligro que podían suponer los lobos, las alimañas, los tigres y las panteras que, sin duda alguna, habitaban en sus faldas. El Rey de los Monos no temía a nada. A medida que ascendía, iba descubriendo un paisaje de indescriptible hermosura y eso le hizo olvidarse definitivamente de las bestias.

La montaña formaba, en realidad, parte de una amplísima cordillera, cuyos picos se alzaban en la distancia alineados como lanzas de un ejército a punto de entrar en batalla. En algunos reverberaba el sol, como si realmente estuvieran hechos de acero, mientras que otros se hallaban cubiertos de una espesa niebla azulada, que hacía presentir la inminencia de una lluvia torrencial. Sin embargo, lo que a todos identificaba era el profundo verdor de la impenetrable vegetación que los cubría. Sus árboles, viejos como el mismo mundo, tenían sus ramas entrelazadas y junto a ellos pasaba una inextricable red de veredas que no conducían a parte alguna. Los pinos y los bambúes se contaban por millares, dando sombra protectora a una hierba que había crecido sobre aquella tierra sagrada durante millares de años y a unas flores que no dejaban de abrirse, sin importarles para nada la estación o la hora del día. A ello había que sumar la escondida sinfonía de los pájaros, el límpido susurro de los arroyos, la fresca risa de las hojas de los árboles al ser sacudidas sin cesar por el viento. Pero se sentía, al mismo tiempo, el silencioso formarse de las orquídeas en lo profundo de los despeñaderos y la inaudible ascensión de los musgos y líquenes por los resbaladizos muros de los terraplenes. La montaña era un ensordecedor canto a la vida y ella misma parecía palpar, como si

formara parte del cuerpo de un gigantesco dragón. Por fuerza tenía que ser la escondida residencia de algún ser eminente.

Eso pensaba, al menos, el Rey de los Monos, cuando llegó, por fin, a la cumbre de montaña tan singular. Jadeante por el esfuerzo, miró con curiosidad a su alrededor y le pareció oír, de pronto, una voz de hombre, que provenía del interior de la selva que se extendía a su derecha. Se lanzó hacia ella a toda velocidad y, azuzando el oído, comprobó que no se había equivocado. Con beatífica despreocupación alguien estaba cantando una canción, que decía:

Soy un amante empedernido del ajedrez, pero lo que más me gusta es cargar el hacha al hombro " y recorrer los bosques. Adoro el sonido del acero al descuartizar la madera fresca; sin embargo, lo que de verdad me apasiona es dirigirme a la entrada del valle, sudando bajo el peso de la leña que he de cambiar por vino a mis vecinos. Entonces me siento tan feliz que río despreocupadamente, como si, en vez de un hombre, no fuera más que un chiquillo. No me importa que la cercanía del invierno haya pintado los caminos de escarcha y las cumbres de nieves venerables. Mi mundo es el bosque y en él voy desgranando la plácida monotonía de mi existencia. Tumbado mirando a la luna, las raíces de pino me sirven de almohada y su dureza terrosa me brinda tan muelle descanso que duermo de un tirón hasta el amanecer. Entonces asciendo, seguro, hasta las mesetas y escalo los altísimos picos que las sustentan en busca de madera para la fortaleza irresistible de mi hacha. Cuando he logrado reunir la suficiente, la cargo sobre mis hombros y me dirijo, sin dejar de cantar, hacia el mercado, donde la cambio por unos celemines de arroz. Jamás discuto su precio, porque no busco el enriquecimiento ni el propio provecho, y el honor es para mí tan baldío como las rocas que se precipitan torrenciamente abajo, cuando se produce un alud. Mi vida se ha aliado con la sobriedad, siguiendo el camino trazado por los inmortales y los respetables maestros taoístas, que explican *La corte amarilla* " sentados plácidamente en el suelo.

Cuando el Rey de los Monos lo oyó, se llenó de una profunda alegría y se dijo, esperanzado:

- ¡Así que los inmortales se esconden en este lugar! ¿Quién lo hubiera dicho?

Penetró aún más en el bosque y así llegó, sin ser visto, hasta donde estaba el leñador blandiendo su hacha. Lo primero que le llamó la atención fue su extraña indumentaria. El sombrero que lucía en la cabeza estaba hecho totalmente de hojas y de ramitas de bambú recién cortadas. La saya que cubría su cuerpo era de algodón basto y ceñía su cintura un tosco cinturón de seda sin teñir. Un par de sandalias de paja cubría sus pies, toscos como las raíces de árboles centenarios, que contrastaban fuertemente con el brillante filo de su pesadísima hacha. Al hombro llevaba un gigantesco haz de leña, tan llamativamente voluminoso que no cabía la menor duda de que aquel hombre era uno de los mejores leñadores que existían. El Rey de los Monos abandonó su escondite y, levantando la voz, dijo:

- ¡Eh, inmortal, no te vayas! Necesito que me enseñes tu secreto, porque la muerte me aterra y no me deja vivir tranquilo.

¿Inmortal yo? - exclamó el leñador, tan avergonzado que dejó caer al mismo tiempo al suelo el hacha y el haz -. ¡Infeliz de mí! ¿Cómo voy a ser un inmortal, si apenas tengo lo suficiente para vestirme y alimentarme?

- Si no eres un inmortal, ¿cómo es que hablas su misma lengua? - preguntó el Rey de los Monos, a su vez, sorprendido.

- ¿Qué he dicho yo para que te hayas hecho una idea tan equivocada de mí? - replicó el leñador -. Que yo sepa, mi lengua es tan tosca como la de los animales que nos rodean.

- Vamos. No seas tan humilde - contestó el Rey de los Monos -. Nada más entrar en el bosque, te he oído cantar una canción que, poco más o menos, terminaba así: «Mi vida se ha aliado con la sobriedad, siguiendo el camino trazado por los inmortales y los respetables maestros taoístas, que explican *La corte amarilla* sentados plácidamente en el suelo». Todo el mundo sabe que ese libro contiene los secretos del taoísmo. ¿Cómo

ibas a conocer, pues, su existencia, si no fueras un inmortal?

- Yo no sé absolutamente nada de esas cosas - respondió el leñador, después de reírse todo lo que quiso -. Esa canción que dices forma parte de un largo poema titulado *Una corte habitada totalmente por capullos*, que me enseñó un vecino mío. El sí que es un inmortal y, al verme tan abrumado y cargado de preocupaciones, se apiadó de mí y me aconsejó que lo recitara cuando estuviera al límite de mis fuerzas. Según me dijo, su belleza traería la paz a mi espíritu y al punto desaparecerían todos mis problemas. Precisamente un poco antes de que tú aparecieras, me sentía un poco deprimido y me puse a cantarla. Lo que menos sospechaba es que alguien pudiera estar oyéndome.

- Si, como afirmas, eres vecino de un inmortal - indagó, una vez más, incrédulo, el Rey de los Monos -, ¿cómo es que no sigues sus enseñanzas? ¿No sería más práctico que dominaras el secreto de la eterna juventud, en vez de dedicarte al aprendizaje de extraños poemas que no conducen a ningún sitio?

- ¿Para qué quiero yo una juventud eterna? - replicó el leñador -. Mi vida siempre ha sido muy dura. Hasta los ocho o nueve años dependí de mis padres. Precisamente entonces, cuando estaba empezando a comprender qué era esto de la vida, murió mi padre, y mi madre no volvió a casarse nunca más, así que no tuve ningún otro hermano. ¿Qué remedio me quedaba, salvo ponerme a trabajar como un loco y tratar, así, de sacar adelante a la familia? Mi madre siempre ha sido para mí lo más importante y no voy a abandonarla ahora que su edad es muy avanzada. Para colmo de males, los campos que poseo son muy pedregosos y apenas producen lo suficiente para alimentarnos ella y yo. Así que me veo obligado a adentrarme en el bosque todos los días en busca de madera, que después cambio en el mercado por unos cuantos celemines de arroz. Lo cocino yo mismo. No es que se me dé muy bien, pero con el tiempo he logrado adquirir cierta práctica e, incluso, he llegado a convertirme en un maestro en el arte de preparar el té. ¿Comprendes ahora por qué no puedo dedicarme a las terribles ascesis que propugna mi ilustre vecino?

- Eso no tiene nada que ver - concluyó el Rey de los Monos -. Por lo que acabas de contarme, colijo que eres una persona extremadamente piadosa y no me cabe la menor duda de que, más tarde o más temprano, serás recompensado como mereces. Ahora, si no te importa, me gustaría que me condujeras hasta donde vive el inmortal. Así podré presentarle mis respetos y pedirle que me transmita sus valiosísimas enseñanzas.

- Está muy cerca de aquí - explicó el leñador -. El frondoso lugar en que nos encontramos es conocido como la Montaña del Corazón y la Mente. En ella hay una cueva llamada de las Tres Estrellas y la Luna Menguante, dentro de la cual habita un inmortal que responde al nombre de venerable Subodhi. A lo largo de su longeva existencia ha adoctrinado a miles de discípulos y actualmente calculo que siguen sus enseñanzas unas treinta o cuarenta personas. Su casa está a siete u ocho millas de aquí. Precisamente este camino lleva directamente hasta allí. Síguelo sin desviarte a la derecha o a la izquierda y te aseguro que, antes de que te des cuenta, habrás llegado ante su puerta.

- ¿Por qué no me llevas tú? - le suplicó el Rey de los Monos, agarrándole, nervioso, de la saya de algodón -. Si saco algún provecho de esta visita, prometo recompensarte por todas las molestias que te has tomado conmigo.

- ¡Cuidado que eres cabezota! - protestó el leñador -. Acabo de decírtelo y todavía no quieres entenderlo. ¿No comprendes que, si te acompaño, perderé un tiempo precioso y no podré cuidar de mi madre como es debido? Tengo que cortar toda la madera que pueda para cambiarla por arroz. ¿No te das cuenta de que soy muy pobre? Lo siento mucho, pero no puedo ir contigo.

El Rey de los Monos comprendió que no había nada que hacer y se dirigió al camino

que le había señalado el leñador. Era extremadamente estrecho y seguía un trazado muy sinuoso e irregular, como si hubiera sido creado por una cabra. Con no poca dificultad avanzó por él y a las siete u ocho millas vislumbró la entrada de una cueva. Estaba enclavada en un paraje espléndido, en el que la neblina brillaba como si se hubiera apoderado de parte de la luz de la luna y el sol. Los cipreses se contaban por millares y a su lado podían verse pujantes brotes de bambú, que dotaban a todo el paisaje de una refrescante sensación de agua de lluvia. Junto a la boca de la cueva se extendía una tupida alfombra de flores de toda especie, que rivalizaban en belleza con el perenne verdor de la hierba, tan profundo que parecía de jade. Una legión de musgos y líquenes se aferraba a las rocas, otorgándoles una venerable apariencia de ancianos de luengas barbas y ademán sereno. En la lejanía parecía oírse el mítico canto de los fénix, mientras el rítmico crotoar de la cigüeñas se adueñaba de todas las marismas y ascendía, rauda, hacia los cielos, cargados de nubes que recordaban bordados multicolores. Se presentía la cercanía de blancos cervatillos, leones de oro y elefantes de jade, como si aquel sagrado lugar fuera, en realidad, un remedo del paraíso.

El Rey de los Monos se percató en seguida de que la puerta de la cueva estaba firmemente cerrada y de que por sus alrededores no se apreciaba ningún vestigio de presencia humana. Todo yacía en una serenidad total, como si acabara de producirse el mismo momento de la creación. Al volverse, vio que en lo alto del acantilado en el que se hallaba enclavada la gruta había un enorme cartel de piedra. Tenía aproximadamente una altura de treinta pies y una anchura de ocho, y en él había sido escrito con artísticas letras de inusitado tamaño: «La Montaña del Corazón y la Mente. La Caverna de las Tres Estrellas y la Luna Menguante».

Eso pareció complacer sobremanera al Rey de los Monos, que se dijo, ilusionado:

- En verdad es de fiar la gente que habita esta tierra, pues, en contra de lo que yo esperaba, existen realmente la montaña y la cueva de ese nombre.

Se acercó un poco más a la gruta, pero no se atrevió a romper la paz que se respiraba en el ambiente, llamando desconsideradamente a la puerta. Prefirió, pues, seguir gozando de él. Se subió a un pino de un acrobático salto, cogió una pina y se puso a comer tranquilamente el tesoro de piñones que encerraba. Al poco rato oyó el chirrido de una puerta y, volviendo a toda prisa la cabeza, vio salir de la cueva a un joven inmortal. Su figura era graciosa en extremo y todos sus rasgos poseían una finura propia de príncipes o de grandes señores. Llevaba dos cintas de seda atadas a la cabeza y vestía una túnica tan amplia que el batir de sus pliegues se confundía con el mismísimo soplo del viento. Tanto su cuerpo como su rostro aparecían nimbados de una extraña luz, verdadero trasunto de la inteligencia universal, que le hacían ajeno a cuanto le rodeaba, sin perder del todo su conexión con ello. Parecía tener la edad del mundo y, al mismo tiempo, la tímida inexperiencia del adolescente. Daba la impresión de estar por encima de todo dolor, impasible a la felicidad y a la desgracia, pero levantó, de pronto, la voz y gritó:

- ¿Se puede saber quién está ahí metiendo ruido?

El Rey de los Monos saltó a toda prisa del pino e, inclinándose ante él, respondió:

- Soy yo, un humilde buscador de inmortalidad, que lamenta sinceramente haberos molestado.

- ¿De verdad estás interesado en el Tao? - volvió a preguntar el joven, soltando la carcajada.

- Así es - reconoció el Rey de los Monos.

- No necesitabas contestarme - afirmó el joven -. Ya lo sabía. Precisamente hace unos minutos mi maestro se disponía a impartirnos sus enseñanzas, cuando se volvió, de pronto, hacia mí y me dijo: «Ahí fuera hay alguien que quiere penetrar en los secretos del Tao. Sal y dale la bienvenida en mi nombre y en el de todos los inmortales que aquí

habitamos». Así que he supuesto que serías tú.

- En efecto - contestó el Rey de los Monos, sonriendo, satisfecho -. ¿Quién otro podría ser?

- En ese caso - concluyó el joven -, sígueme.

El Rey de los Monos se arregló las ropas como mejor pudo y entró en la cueva detrás del inmortal, que le condujo a través de un complicado entramado de pasillos y grandes salas, en las que habían sido labrados artísticos arcos de piedra. Algunas estaban totalmente vacías, mientras que otras mostraban el abigarrado lujo que sólo se ve en los palacios. El Rey de los Monos no tuvo oportunidad de gozar de su belleza, porque el joven caminaba muy deprisa y él no quería perderse en aquel inextricable laberinto. Por fin, tras muchos giros y vueltas, llegaron ante una espléndida plataforma de jade verde, sobre la que se hallaba sentado el venerable Subodhi. Su porte era solemne y a su alrededor se hallaba una pequeña cohorte de no menos de treinta inmortales de rango inferior. Ninguno podía, no obstante, compararse con él. Bastaba con mirarle para percatarse de la profundidad de su inteligencia y de la desconcertante pureza de su mente. Se sentía palpablemente que era un ser sin principio y que jamás tendría fin, siempre meditando en la auténtica sabiduría del total abandono¹³. Eso otorgaba a su figura una apacible apariencia, en la que los contrarios coexistían, creándose y destruyéndose al mismo tiempo. El todo y la nada se aunaban en su venerable cuerpo de auténtico Buda, que, sin duda alguna, poseía la misma edad del universo. ¿Qué importaba que hubiera surgido varios milenios después del período de Dhzu? El maestro Subodhi era el auténtico Gran Sacerdote de la Iluminación.

En cuanto el Rey de los Monos le vio, se echó inmediatamente rostro en tierra y, sin dejar de golpear el suelo con la frente, dijo:

- Sois, de verdad, el maestro más sabio que existe. Permitidme, pues, contarme entre el número de vuestros discípulos.

- ¿De dónde eres? - le atajó en seguida el anciano venerable -. Si quieres convertirte en discípulo mío, tendrás que decirnos primero tu nombre y el país del que procedes.

- Vuestro humilde servidor - contestó el Rey de los Monos con desacostumbrado respeto - procede de la Cueva de la Cortina de Agua, que se halla en la Montaña de las Flores y Frutos en el país de Ao-Lai del lejano continente de Purvavideha.

- ¡Echadle inmediatamente de aquí! - gritó entonces el anciano venerable -. No es más que un impostor y un mentiroso redomado. ¡No comprendo cómo puede estar interesado en la iluminación de nuestra pura doctrina!

- ¡Yo jamás he dicho una mentira en toda mi vida! - protestó el Rey de los Monos, golpeando con su frente el suelo con más energía que antes -. ¡Creedme! La respuesta que acabo de daros es tan auténtica y verdadera como el sonido de vuestra propia voz.

- ¡No mezcles mi voz con tus embustes! - bramó, ofendido, el anciano venerable -. ¿Cómo quieres que creamos que procedes del continente de Purvavideha, si entre éste y el nuestro se extienden dos grandes océanos, separados por el inmenso continente de Jambudvīpa? Es prácticamente imposible hacer un viaje tan largo. ¿No lo comprendes?

- Vuestro humilde servidor - respondió el Rey de los Monos, sin atreverse a levantar la vista del suelo - ha invertido más de diez años en llegar hasta aquí. En todo ese tiempo ha tenido que vadear mares y cruzar un sinnúmero de regiones de todo tipo.

- Admito que tan interminable viaje pueda hacerse en etapas - reconoció el anciano venerable, más calmado -. Pero para determinar si es verdad o no lo que dices, me gustaría saber cuál es tu natural.

- Mi carácter es de lo más apacible - explicó el Rey de los Monos, repentinamente animado -. Si alguien me insulta, ni siquiera me inmuto, y, si me golpea en la cara, jamás se lo tengo en cuenta. Yo, señor, soy de los que piensan dos veces las cosas antes

de hacerlas y, de esta forma, logro dominar a tiempo los ataques de ira. Puedo asegurarnos que toda mi vida he seguido al pie de la letra este principio: «No cedas jamás al mal humor, porque es la fuente misma de la infelicidad».

- Se ve que labia no te falta - reconoció el anciano venerable -. Sin embargo, al preguntarte sobre tu natural, no me refería a tu carácter, sino al nombre de tus padres.

- Yo no tengo padres, gran señor - contestó el Rey de los Monos.

- ¿Quieres decir que has surgido de un árbol? - preguntó el anciano venerable, burlón.

- Por supuesto que no - respondió el Rey de los Monos, sin prestar atención a su extraño tono de voz -. Yo debo mi existencia a algo tan humilde como una roca de la Montaña de las Flores y Frutos. Durante milenios fue considerada como inmortal, pero un día se abrió de repente y de ella salí yo.

Esa respuesta pareció complacer grandemente al anciano venerable, que dijo:

- Bien. Eso aclara tu origen. No puede decirse que no seas una criatura afortunada, pues muy pocos pueden preciarse de tener al Cielo y a la Tierra como padres. Ahora, si no te importa, me gustaría verte andar.

El Rey de los Monos se puso inmediatamente de pie e, irguiéndose cuanto pudo, dio un par de vueltas alrededor de la plataforma de jade. Al ver su andar renqueante, el anciano venerable soltó la carcajada y dijo:

- Aunque los rasgos de tu rostro son de atractiva apariencia, hay que reconocer que, por tu modo de andar, te pareces a un mono que sólo se alimentara de piñones. Por cierto, eso me da una idea. Como todavía no tienes nombre propiamente dicho y tu aspecto es el de una bestia, te llamaremos Hu. Ahora, si quitamos su radical y descomponemos en dos los caracteres que lo forman, tenemos las palabras «ku» y «üe», que, como tú bien sabes, significan respectivamente «anciana» y «hembra». Ahora bien, como una mujer anciana es incapaz de concebir, opino que lo mejor es que te apellides Sun. Te voy a explicar con más claridad por qué me inclino por este nombre y no por aquél. Si lo sometemos al mismo proceso que la palabra Hu, descubriremos que está formado por los caracteres «tzu» y «si», que significan «muchacho» y «bebé». Precisamente dentro de la tradición taoísta ocupa un lugar muy destacado la llamada doctrina de la infancia. De ahí que me haya parecido tan apropiado apellidarte Sun.

- ¡Qué bien! - exclamó el Rey de los Monos, alborozado, sin dejar de inclinarse ante su venerable maestro -. Por fin he recibido un apellido conforme a mis características personales. Sin embargo, quisiera pedirnos un nuevo favor. Puesto que llamar a uno por su apellido resulta demasiado formal y vos, por fuerza, habréis de regañarme con cierta frecuencia, para que os resulte menos violento ordenarme cuanto deseéis, me gustaría poseer también un nombre como todo el mundo.

- Déjame pensar - dijo el anciano venerable, mirándole fijamente a los ojos -. A todos mis otros discípulos les he dado un nombre, basado en los doce principios que integran mi tradición doctrinal y el rango que ellos ocupan dentro de la misma. Por cierto, tú perteneces al décimo.

- ¿Qué principios son esos? - preguntó interesado el Rey de los Monos.

- Lo ancho, lo grande, lo sabio, lo inteligente, lo verdadero, lo adecuado, lo natural, lo acuoso, lo agudo, lo despierto, lo completo y lo alerta - contestó, solemne, el anciano venerable -. Tú, como acabo de decirte, perteneces al décimo grupo, o sea, a «lo despierto», que se expresa con el carácter «wu». De ahí que el nombre que te haya buscado sea el de Wu-Kung, que significa «despierto a la nada». ¿Te parece bien?

- ¡Es realmente espléndido! - volvió a exclamar una vez más el Rey de los Monos, llorando casi de agradecimiento -. De ahora en adelante todo el mundo me conocerá como Sun Wu-Kung - y así fue.

Su nombre no podía ser, en efecto, más apropiado para la nueva actividad en la que

ahora se embarcaba. La escritura, de hecho, afirma: «Cuando el mundo comenzó a existir, no había nombre alguno. Para quebrar, pues, la indestructible muralla de la no - existencia, es preciso despertar a la nada».

El Rey de los Monos estaba entusiasmado con su nuevo nombre y le consumían las ansias por penetrar en el misterio del Tao. Pero esto es materia del capítulo siguiente.

CAPITULO II

COMPRENSIÓN TOTAL DE LA EXTRAORDINARIA DOCTRINA DE SUBODHI 1.
LA DESTRUCCIÓN DE MARÁ 2 Y LA VUELTA A LOS ORÍGENES CONDUCEN A LA
UNIDAD DEL ESPÍRITU

En cuanto hubo recibido su nuevo nombre, el Hermoso Rey de los Monos se puso a saltar, loco de alegría, inclinándose repetidas veces ante Subodhi en señal de agradecimiento. El Patriarca ordenó a los allí reunidos que sacaran a Sun Wu-Kung y le enseñaran a humedecer con agua la tierra y el polvo, a hablar con propiedad y a comportarse con la cortesía exigida en un lugar como aquél. El grupo de inmortales hizo cuanto se les había pedido y Sun Wu-Kung se inclinó ante sus respetables condiscípulos, que sin pérdida de tiempo le adecentaron un lugar en el corredor para que pudiera dormir. A la mañana siguiente empezó a aprender las artes del lenguaje y la etiqueta, a memorizar escritos sagrados, a discutir sobre aspectos doctrinales, a practicar caligrafía y a quemar incienso. A esto se reducía su rutina diaria. Cuando se lo permitían sus obligaciones, barría los suelos, limpiaba de maleza el jardín, plantaba flores, podaba árboles, recogía madera, hacía fuego, iba en busca de agua y servía de beber a quienes con él vivían. No carecía absolutamente de nada y, así, sin que él mismo se diera cuenta, transcurrieron seis o siete años. Un día el Patriarca subió al estrado, tomó asiento, llamó a su alrededor a todos los inmortales y empezó a instruirlos en los principios de la gran doctrina. Sus palabras estaban tan cargadas de elocuencia que inmediatamente brotaron de la tierra lotos de oro. Con extraordinaria sutileza expuso la doctrina de los tres medios 3, sin omitir el más mínimo detalle. Con indescriptible elegancia movía a derecha e izquierda su abanico de rabo de ciervo 4, mientras su portentosa voz alcanzaba la altura del Noveno Cielo. A ratos disertaba sobre el Tao, para hacerlo a continuación sobre el Zen. Para él era absolutamente natural armonizar los principios de las tres escuelas 5. Desentrañar el sentido exacto de una sola palabra podía conducir a una vida más intensa y a un conocimiento infinitamente más profundo.

Wu-Kung, que había acudido también a escuchar las enseñanzas del maestro, se sentía tan emocionado por lo que oía que empezó a rascarse la oreja y a manosearse la cara. Una sonrisa de satisfacción la cruzaba de oreja a oreja. Sin poderse contener, se puso a bailar a cuatro patas, pero el Patriarca lo vio y, levantando la voz, le preguntó de pronto: - ¿Se puede saber por qué estás saltando y bailando como un loco, en vez de escuchar lo que estoy diciendo?

- Os juro que vuestro discípulo estaba atendiéndoos respetuosamente - explicó Wu-Kung -. Pero, al oír cosas tan maravillosas como las que salían de vuestra boca, me ha sido imposible contener la alegría y he empezado a saltar y a bailar sin darme cuenta. Humildemente solicito vuestro perdón, maestro.

- Quisiera saber - replicó el Patriarca - si de verdad has entendido lo que acabo de exponer. ¿Cuánto tiempo llevas en esta cueva?

- Vuestro discípulo - respondió Wu-Kung - posee una memoria muy débil y no recuerda el número de estaciones que lleva aquí. A decir verdad, tampoco me interesa mucho. Sin embargo, puedo deciros que, cuando el fuego expira en la estufa, suelo ir a

una montaña a recoger leña. Es un espléndido lugar cubierto de melocotoneros y siempre que he ido me he hartado de sus dorados frutos. Creo que en total han sido siete las veces que he hincado mis dientes en un melocotón.

- El lugar del que hablas se llama la Montaña del Melocotón Maduro - concluyó el Patriarca - y, si has comido siete veces de su fruto, quiere decir que has estado aquí por lo menos siete años. ¿Qué clase de taoísmo te gustaría aprender?

- Estoy sometido totalmente a las decisiones de mi respetable maestro - contestó Wu-Kung -. Vuestro discípulo aprenderá cuanto esté impregnado de sabor taoísta. Para él eso es lo más importante.

- Dentro de la tradición taoísta - explicó el Patriarca - existen trescientas sesenta clases diferentes que pueden conducir directamente a la Iluminación. Desconozco cuál de ellas te gustaría seguir a ti.

- Estoy sometido a la voluntad de mi respetable maestro - repitió Wu-Kung -. Para vuestro discípulo no hay virtud mayor que la obediencia.

- ¿Qué te parece si te enseño la práctica de la División del Arte? - preguntó el Patriarca.

- ¿Qué es eso de la División del Arte? - inquirió Wu-Kung.

- La División del Arte - explicó el Patriarca - trata de invocaciones a los inmortales, de prácticas adivinatorias basadas en el uso de tallos de diferentes plantas y del aprendizaje de los secretos que conducen a la práctica del bien y al rechazo del mal.

- ¿Puede esa práctica conducir a la inmortalidad? - preguntó Wu-Kung.

- No - respondió el Patriarca.

- Entonces no la aprenderé - concluyó Wu-Kung.

- ¿Qué te parece si te enseño la práctica de la División de las Escuelas? - preguntó, a su vez, el Patriarca.

- ¿Qué significa la División de las Escuelas? - volvió a inquirir Wu-Kung.

- La División de las Escuelas - explicó el Patriarca - incluye las enseñanzas de los confucianos, budistas, taoístas, dualistas, mohístas y alquimistas. Todos ellos estudian escrituras y recitan plegarias. Algunos consultan a sacerdotes, mientras que otros invocan directamente a personajes del reino del espíritu.

- ¿Puede esa práctica conducir a la inmortalidad? - preguntó, una vez más, Wu-Kung.

- Si lo que deseas es la inmortalidad - contestó el Patriarca -, esta práctica es como insertar una columna en el interior de un muro.

- Yo, como bien sabéis - replicó Wu-Kung, humilde -, soy una persona simple que desconoce los modos de hablar más ordinarios. ¿Podéis explicarme qué es eso de insertar una columna en el interior de un muro?

- Cuando alguien levanta un edificio y quiere que sea muy firme - dijo el Patriarca, condescendiente -, inserta columnas rectas en el interior de los muros. Pero, cuando, con el paso del tiempo, la ruina se apodera de él, la columna participa también de su inmediata destrucción.

- Lo que queréis decir con eso - concluyó Wu-Kung - es que no son, en absoluto, duraderas. No estoy muy inclinado, pues, a aprender esos principios.

- ¿Qué te parece si te enseño la práctica de la División del Silencio? - sugirió, una vez más, el Patriarca.

- ¿Cuál es su finalidad? - preguntó Wu-Kung.

- Cultivar el ayuno y la abstinencia, la quietud y la inactividad, la meditación y el arte de cruzar las piernas, el control del idioma y la dieta vegetariana - explicó el Patriarca -. Para su consecución se aconsejan prácticas de yoga, series de ejercicios en posición erecta o en decúbito, inmersión en un estado de absoluta quietud, meditación individual y cosas por el estilo.

- ¿Puede todo ello proporcionar la inmortalidad? - insistió Wu-Kung.

- Esas prácticas en nada aventajan a la utilidad de unos ladrillos que todavía se hallan

por cocer en el interior de un horno - respondió el Patriarca.

- ¡Cuidado que os gusta perder el tiempo conmigo, maestro! - exclamó Wu-Kung, soltando la carcajada -. ¿No acabo de deciros que desconozco totalmente el modo de hablar de la gente ordinaria? ¿Qué queréis decir con eso de ladrillos que todavía se hallan por cocer en el interior de un horno?

- Es posible que las tejas y ladrillos que se encuentran dentro de un horno tengan ya la forma que les es propia - respondió el Patriarca -. Pero si no son purificados por el fuego, cualquier lluvia torrencial puede destruirlos el día menos pensado.

- O sea - concluyó Wu-Kung -, que carecen de consistencia. No me interesa aprender esas prácticas.

- ¿Qué te parece si te enseño la práctica de la División de Acción? - sugirió, sin desanimarse, el Patriarca.

- ¿Qué es eso de la División de Acción? - repitió Wu-Kung.

- Abarca infinidad de actividades - dijo el Patriarca -, entre las que cabe mencionar la recogida del yin para dar de comer al yang, el tensamiento del arco y la descarga de la flecha. Se extiende también a la experimentación con ciertas fórmulas de alquimia, la consecución de mercurio rojo, la fabricación de la piedra otoñal⁶, la toma de leche de recién desposada y otras prácticas por el estilo.

- ¿Pueden proporcionar una vida larga? - preguntó Wu-Kung.

- Tratar de conseguir la inmortalidad de prácticas como éstas es como mirar a la luna desde el agua - contestó el Patriarca.

- ¡Dale con lo mismo, maestro! - exclamó Wu-Kung -. ¿Queréis explicarme qué es eso de mirar a la luna desde el agua?

- Cuando la luna está alta, es natural que se refleje en el agua - respondió el Patriarca -. Tratar de descubrir en ella todos sus misterios es vana ilusión, ya que no se trata más que de un puro reflejo.

- Tampoco aprenderé eso - concluyó Wu-Kung.

Cuando el Patriarca lo oyó, lanzó un grito y, dando un salto, se bajó del estrado. Apuntó a Wu-Kung con la vara que llevaba en las manos y se encaró con él, diciendo:

- ¿Qué clase de mono caprichoso eres tú? ¡No me gusta aprender esto, no me gusta aprender lo otro! ¿Se puede saber qué es lo que quieres?

Se acercó aún más a él y le dio tres golpes en la cabeza. Se llevó después las manos a la espalda y abandonó el salón, cerrando las puertas tras sí y dejando fuera a los que habían acudido a escucharle. Ante tan inesperada reacción, se volvieron, furiosos, hacia Wu-Kung y empezaron a regañarle, diciendo:

- ¡Maldito mono! ¡Todo lo echas a perder! ¿No puedes tener un poco más de educación? El maestro estaba dispuesto a enseñarte prácticas mágicas. ¿Por qué te has negado a aprenderlas y te has puesto a discutir con él? ¿Quién sabe, ahora que le has ofendido, cuándo volverá a salir por aquí?

Todos estaban en contra suya y le despreciaron y ridiculizaron cuanto quisieron. Wu-Kung, sin embargo, no se sintió molesto y respondió a sus insultos con la más amplia de las sonrisas. Sin que se percataran de ello, el Rey de los Monos había resuelto el misterio de la extraña conducta del maestro; de ahí que no se enfadara con ninguno de sus compañeros y mantuviera a raya su lengua. Cayó en la cuenta de que, al golpearle tres veces seguidas, el maestro le había instado a estar preparado para la tercera vigilia; al mismo tiempo, al llevarse las manos a la espalda y retirarse a sus aposentos, cerrando tras sí las puertas, le había ordenado que hiciera uso de la puerta trasera para recibir sus enseñanzas en secreto.

Wu-Kung pasó el resto del día en compañía de los otros discípulos delante de la Caverna de las Tres Estrellas, esperando ansiosamente la caída de la noche. Cuando la

tarde dio, por fin, paso a las sombras, se retiró inmediatamente a descansar con los otros. No pasó mucho tiempo antes de que, tras cerrar los ojos, su respiración se hiciera regular y se quedara totalmente quieto, dando a entender, así, que estaba profundamente dormido. Como en la montaña no había ningún encargado de marcar el paso del tiempo ni la ininterrumpida sucesión de las vigiliadas, tuvo que fiarse de sus propios cálculos para medir el lento fluir de las horas. Para ello contó pacientemente el número de veces que sus pulmones inhalaban y exhalaban el aire. A eso de la hora de Dhzu⁷, se levantó sin hacer ruido, se vistió, abrió con cuidado la puerta y salió a la serenidad de la noche. Levantó la cabeza y vio brillar a la luna y al rocío formarse, puro y frío, sobre la calma que todo lo envolvía. En el interior del bosque descansaban las solitarias lechuzas, mientras en lontananza se escuchaba el fluir gentil de una fuente. El débil titilar de las luciérnagas quebraba, con fuerza de dardos, el escudo de la oscuridad. Por entre las nubes pasaron volando caligráficas columnas de patos salvajes. Era exactamente la hora de la tercera vigilia, la más indicada para buscar la Verdad y el Camino Perfecto.

Wu-Kung se dirigió a la parte de atrás por un sendero que le era hartamente familiar y descubrió con indescriptible regocijo que la puerta estaba entornada.

- No me he equivocado - se dijo, fuera de sí de contento -. El maestro tiene, en verdad, la intención de transmitirme sus enseñanzas. De lo contrario, no habría dejado la puerta abierta.

De tres zancadas se llegó hasta ella y la traspuso con indescriptible cuidado. Caminó de puntillas hasta la cama del Patriarca, pero, para su sorpresa, le encontró dormido, el cuerpo hecho un ovillo y mirando hacia la pared. Wu-Kung no se atrevió a molestarle, limitándose simplemente a arrodillarse ante su cama. Al poco rato el Patriarca se despertó, estiró las piernas cuanto pudo y murmuró para sí:

- ¡Qué duro es esto! ¡No hay cosa más oscura que el Camino! El elixir de oro⁸ es incapaz de iluminar la más humilde de las cosas. Quien se empeña en enseñar profundos misterios a un hombre imperfecto está condenado a privar a las palabras de sentido, cansar inútilmente la boca y secar para siempre su lengua.

- Maestro - dijo Wu-Kung en seguida -, vuestro discípulo lleva mucho tiempo arrodillado, esperando a que os despertéis.

En cuanto el Patriarca oyó la voz de Wu-Kung, saltó del lecho y se vistió a toda prisa.

- ¿Otra vez tú, maldito mono? - exclamó, sentándose con las piernas cruzadas -. ¿Por qué no estás descansando en la parte de delante? ¿Se puede saber qué es lo que has venido a hacer aquí?

- Ayer - contestó Wu-Kung - vos mismo, delante del estrado y en presencia de todos vuestros discípulos, me mandasteis que, a eso de la tercera vigilia, viniera por la puerta de atrás para ser instruido en los misterios del Tao. Si no llega a ser por eso, ¿cómo iba a haberme atrevido a llegar hasta vuestra cama?

Cuando el Patriarca lo oyó, se sintió muy satisfecho y se dijo:

- Este tipo pertenece, en verdad, a la progenie del Cielo y la Tierra. De lo contrario, ¿cómo ha podido enterarse tan claramente de mis intenciones?

- A excepción de vuestro humilde discípulo - insistió Wu-Kung -, no hay aquí nadie más. ¿Por qué no sois bondadoso conmigo y me enseñáis el camino que conduce a la vida sin fin? Si así lo hacéis, jamás olvidaré tan inmenso favor.

- Haber solucionado tan rápidamente el enigma que te propuse es una indicación clara de que has sido elegido para dominar el misterio que tanto te desazona - afirmó el Patriarca -. Me siento orgulloso de poder transmitírtelo. Acércate y escucha con cuidado. Voy a enseñarte el extraordinario camino de la vida sin fin.

Wu - Fung tocó varias veces seguidas el suelo con la frente en señal de gratitud, se lavó los oídos y, arrodillándose ante la cama, se dispuso a escuchar lo más atentamente que

pudo.

- Aprende bien el secreto de esta fórmula a la vez maravillosa y verdadera: fortalece y haz uso de las fuerzas vitales; en eso radica todo. El poder absoluto reside en el semen, el aliento y el espíritu. Cuida de ellos con sumo celo y total seguridad; que no haya en ti el menor escape de esas fuerzas. ¡Evita, ante todo, que se dispersen! ¡Manténlas siempre firmes en el interior de tu cuerpo! Haz tuya mi enseñanza y el Camino se desarrollará por sí mismo dentro de ti. No echés en saco roto las fórmulas verbales, tan eficaces a la hora de dominar la concupiscencia y de conducirte al reino de la pureza, donde la luz es absolutamente brillante. Entonces podrás encaminarte hacia el estrado sobre el que descansa el elixir y te será dado disfrutar de la luna⁹. La luna sostiene el conejo de jade y el sol obliga a esconderse al gallo. La serpiente y la tortuga¹⁰ se enlazan con firmeza, ¡se entrelazan como si entre ellos no existiera la distancia! Férreas son las fuerzas vitales. Cuando seas capaz de mantenerlas unidas en tu cuerpo, podrás plantar lotos de oro en el interior de las llamas. ¡Reúne y haz uso inverso de las Cinco Fases¹¹! Cuando lo hayas logrado, serás, según tu conveniencia, un buda o un inmortal.

En aquel mismo instante le fue revelado a Wu-Kung el misterio de los orígenes. Su mente se llenó del espíritu y la felicidad descendió sobre él. Anotó cuidadosamente en su memoria todas las fórmulas verbales que le habían sido confiadas y, tras inclinarse ante el Patriarca, tocando repetidamente el suelo con la frente en señal de gratitud, salió de su aposento por la puerta de atrás. Vio entonces que la porción oriental del cielo estaba empezando a llenarse de luz, aunque aún eran visibles los rayos de oro que provenían de la Vía Láctea. Siguiendo el mismo camino que había hollado horas antes, volvió a la parte de delante, abrió con cuidado la puerta y, sin hacer el menor ruido, se coló dentro. Se sentó después en su cama y, echando a un lado las mantas, empezó a gritar:

- ¡Es de día ya! ¡Vamos! ¡Hay que levantarse!

Todos estaban profundamente dormidos y ninguno se enteró de que Wu-Kung había recibido tan extraordinaria revelación. Él mismo contribuyó a confundirlos haciendo el tonto cuanto pudo después de levantarse. Pero no echó en saco roto lo que había aprendido en secreto, practicando series de ejercicios respiratorios antes de la hora de Dhzu y después de la de Wu¹².

De esta forma, pasaron tres años, al cabo de los cuales el Patriarca subió de nuevo al estrado y empezó a adoctrinar a su nutrido número de discípulos. En esta ocasión disertó sobre las parábolas y las discusiones escolásticas, prestando, al mismo tiempo, especial atención a la tupida red de interrelaciones de la conducta externa. Cuando más embebido parecía estar con ese tema, se detuvo de pronto y preguntó:

- ¿Se puede saber dónde está Wu-Kung?

- Aquí, maestro - respondió él, acercándose al estrado y poniéndose de rodillas.

- ¿Qué tipo de arte has estado practicando últimamente? - volvió a preguntar el Patriarca.

- Vuestro discípulo - contestó, una vez más, Wu-Kung - ha empezado recientemente a captar la naturaleza de todo cuanto existe, poniendo, así, firmes cimientos a su interminable edificio de conocimiento.

- Si en tu búsqueda de los orígenes has penetrado ya en la naturaleza del dharma - afirmó, maravillado, el Patriarca -, quiere decir que, de hecho, te hallas dentro de la substancia divina. Sin embargo, debes precaverte contra el peligro de las tres calamidades.

Al oír eso, Wu-Kung se puso a meditar y tras larga deliberación se atrevió, por fin, a decir:

- Me temo que vuestras palabras no son del todo exactas, ya que he oído decir con

cierta frecuencia que quien es versado en el conocimiento del Tao y sobresale en la práctica de la virtud posee la misma edad que los Cielos, el fuego y el agua no pueden hacerle el menor daño y se encuentra totalmente libre de enfermedades. Si esto es así, ¿cómo es posible que aún corra el peligro de las tres calamidades?

- Lo que has aprendido no es magia ordinaria - contestó el Patriarca -. Lo que tú has hecho ha sido apoderarte de los mismísimos poderes creativos del Cielo y la Tierra y penetrar en los oscuros misterios del sol y la luna. Te aseguro que tu éxito a la hora de mezclar el elixir es algo que los dioses y los demonios no pueden, simplemente, permitir. Aunque conservarás tu apariencia y verás substancialmente alargada tu edad, una vez que hayan transcurrido quinientos años el Cielo enviará sobre ti la desgracia y te alcanzará el poder destructor del rayo. Así que debes tratar de ser lo suficientemente inteligente y evitar de antemano que eso suceda. Si lo consigues, tu edad será, en verdad, la misma que la del Cielo; de lo contrario, tu vida terminará en ese mismo instante. Una vez que hayan transcurrido otros quinientos años, el Cielo enviará sobre ti un fuego que te consumirá. Ese fuego, por supuesto, no es natural. Se le conoce por el nombre de Fuego de Yin y surgirá del interior de las plantas de tus propios pies. De allí ascenderá por tu cuerpo hasta alcanzar el hueco de tu corazón, reduciendo a polvo tus entrañas y tus huesos a pura ruina. De esta forma, habrá resultado totalmente superflua la ardua labor de todo un milenio. Transcurrirán después otros quinientos años y entonces soplará sobre ti la desgracia del viento. No se trata de un viento del norte, o del sur, o del este, o del oeste; tampoco es uno de los vientos que caracterizan cada una de las estaciones ni los conocidos como vientos de las flores, de los sauces, de los pinos o de los bambúes. Recibe el nombre de Viento Poderoso; penetra en el cuerpo por la parte superior de la cabeza, lo atraviesa totalmente y circula libremente por sus nueve aperturas ¹³. Tu carne y tus huesos se disolverán como la cera y todo tu cuerpo desaparecerá. Debes, por lo tanto, evitar a toda costa estas tres calamidades.

En cuanto lo hubo oído Wu-Kung, los pelos se le pusieron de punta Y, arrodillándose respetuosamente ante su maestro, dijo:

- Os ruego que os apiadéis de mí y me enseñéis la manera de evitar esas tres calamidades. Si así lo hacéis, os juro que jamás olvidaré tan alto favor.

- Lo que me pides no es tan difícil de conseguir - replicó el Patriarca -. Sólo que, como tú eres diferente del resto de la gente, no puedo enseñártelo.

- ¿En qué soy diferente del resto de la gente? - protestó Wu-Kung -. Poseo una cabeza redonda que apunta directamente hacia el Cielo y unos pies más o menos cuadrados que me permiten caminar sobre la Tierra. Tengo, además, entrañas, nueve aperturas y diferentes cavidades. ¿Queréis explicarme qué diferencias existen entre los demás y yo?

- Aunque, ciertamente, pareces un hombre - contestó el Patriarca -, tienes el rostro un poco hundido.

Los monos poseen, en efecto, una cara angulosa, mejillas casi planas y una boca muy protuberante. Wu-Kung se palpó el rostro con la mano y, soltando la carcajada, replicó:

- Se ve que el maestro no sabe equilibrar las cosas. Si bien es cierto que poseo un rostro más hundido que el de los seres humanos, tengo la boca más saliente, lo cual, de alguna forma, me sirve de compensación.

- Muy bien. No se hable más de eso - dijo entonces el Patriarca -. ¿Qué método te interesaría aprender? Existe, por una parte, el Arte del Cucharón Celeste, que abarca treinta y seis transformaciones, y el de la Multitud Terrestre, que alcanza las setenta y dos.

- A vuestro discípulo siempre le ha atraído más atrapar peces - confesó Wu-Kung -, así que creo que aprenderé el Arte de la Multitud Terrestre.

- En ese caso - concluyó el Patriarca -, acércate y te enseñaré unas cuantas fórmulas - y

le susurró al oído algo de lo que ninguno de nosotros ha oído hablar jamás.

El Rey de los Monos, sin embargo, pertenecía a esa clase de personas que, una vez aprendida una sola cosa, son capaces de deducir al instante otras cien. Inmediatamente memorizó las fórmulas y, después de practicarlas con singular constancia, logró dominar las setenta y dos transformaciones.

Un día, cuando el Patriarca y varios de sus discípulos se encontraban admirando la caída de la noche delante de la Caverna de las Tres Estrellas, el maestro preguntó de pronto:

- ¿Qué tal van tus prácticas, Wu-Kung?

- Gracias a la profunda benevolencia de mi maestro, vuestro discípulo ha alcanzado por fin la perfección - respondió Wu-Kung -. Ahora soy capaz de elevarme por el aire como la niebla y volar.

- Déjame ver cómo vuelas - pidió el maestro.

Ansioso por mostrar sus habilidades, Wu-Kung se elevó a una altura de cincuenta o sesenta metros, salto que rubricó con una graciosa vuelta de campana. Anduvo después por entre las nubes durante el tiempo que suele durar una comida y se desplazó hasta alcanzar una distancia de tres millas aproximadamente. A continuación descendió de su altura, yendo a caer justamente delante del Patriarca.

- Esto, maestro - dijo, doblando satisfecho las manos a la altura del pecho -, es lo que se llama volar a la altura de las nubes.

- ¡Qué va a llamarse eso volar por las nubes! - exclamó el Patriarca, soltando la carcajada -. Deberías decir, más bien, gatear por las nubes. Como bien afirman los dichos antiguos, «el inmortal recorre el Mar del Norte por la mañana y llega a Tzang - Wu por la noche». Si a ti te lleva por lo menos medio día recorrer tres millas escasas, es natural que concluya que lo que tú haces es gatear por las nubes. ¿No te parece?

- ¿Qué queréis decir con eso de que «el inmortal recorre el Mar del Norte por la mañana y llega a Tzang-Wu por la noche»? - preguntó Wu-Kung.

- Los que pueden de verdad volar por las nubes - explicó el Patriarca - son capaces de partir por la mañana del Mar del Norte, viajar por el del Este, el del Oeste y el del Sur y volver de nuevo a Tzang-Wu, lugar que se refiere, en realidad, a Ling-Ling, que está situado en el Mar del Norte. Podrás afirmar con propiedad que eres capaz de viajar por las nubes, cuando puedas recorrer los cuatro mares en un solo día. De lo contrario, lo único que haces es gatear. ¿Lo entiendes? ¡Sólo gatear!

- ¡Pero eso es extremadamente difícil! - exclamó Wu-Kung.

- En el mundo no existe nada difícil - sentenció el Patriarca -. Sólo la mente hace que muchas cosas lo parezcan.

Al oír esas palabras, Wu-Kung se echó rostro en tierra y, golpeando repetidamente el suelo con la frente, imploró con humildad:

- Maestro, si se hace un favor a alguien, es natural que se lleve hasta sus últimas consecuencias. Os suplico, por tanto, que tengáis la amabilidad de enseñarme las técnicas que facilitan el vuelo por las nubes. Si lo hacéis, tened por cierto que jamás olvidaré tan alto favor.

- Cuando los inmortales desean volar por las nubes - explicó el Patriarca -, lo primero que hacen es dar un fuerte pisotón sobre la tierra y en seguida se elevan. Tú, por el contrario, das un salto. Así que, para enseñarte a dar vueltas de campana por las nubes, tendré que acomodarme a tu peculiar forma de obrar.

Wu-Kung hundió aún más su rostro en el polvo y arreció en sus súplicas. Emocionado, el Patriarca le confió una fórmula verbal, diciendo:

- Haz el signo mágico, recita el embrujo, aprieta el puño con fuerza, sacude el cuerpo y, así, cuando saltes hacia arriba, la voltereta que des te llevará a una distancia de ciento

ocho mil millas.

En cuanto lo oyeron los que estaban a su alrededor, exclamaron, envidiosos:

- ¡Qué suerte tiene Wu-Kung! Si aprende ese pequeño truco, podrá ganarse la vida llevando misivas de un lugar a otro y entregando los documentos que le confíen. Con eso tiene ya el futuro asegurado.

Había empezado a oscurecer y el maestro se retiró al interior de la cueva acompañado de sus discípulos. Wu-Kung, sin embargo, practicó las enseñanzas recibidas durante toda la noche sin parar, hasta que logró dominar la técnica del salto por las nubes. A partir de entonces, disfrutó de una libertad completa, gozando de su recién adquirido estado de inmortal.

Un día al principio del verano todos los discípulos se reunieron a discutir debajo de los pinos y le preguntaron:

- ¿Se puede saber, Wu-Kung, qué clase de méritos acumulaste en tu anterior reencarnación para que el maestro te susurrara el otro día al oído la manera de evitar las tres calamidades? ¿Has aprendido ya todo lo que te enseñó?

- Por supuesto que sí - respondió Wu-Kung, sonriendo -. Ya sabéis que soy incapaz de engañar a nadie y menos aún a vosotros, que sois mis hermanos. Gracias, en primer lugar, a las enseñanzas del maestro y a mi propia dedicación después, he llegado a dominar todo cuanto me transmitió.

- ¿Por qué no nos haces una pequeña demostración ahora que estamos todos aquí reunidos? - sugirió uno de los discípulos.

Wu-Kung se sintió profundamente halagado y se dispuso de buena gana a hacer gala de sus recién adquiridos poderes.

- Elegid vosotros mismos la prueba - dijo él -. ¿En qué queréis que me transforme?

- ¿Por qué no en un pino? - volvieron a sugerir ellos.

Wu-Kung hizo el signo mágico, pronunció el embrujo, sacudió el cuerpo y al instante se convirtió en un pino. Poseía una copa tan amplia que en ella se acumulaban los vapores de las cuatro estaciones. Su altura era tal que se perdía en la immaculada pureza de las nubes. Aquel árbol en nada recordaba al travieso mono del que había surgido. Tanto es así que sus ramas mostraban los estragos de la escarcha y la acción destructora de la nieve.

En cuanto se hubieron repuesto de su sorpresa, los discípulos empezaron a aplaudir y a reír como locos, mientras exclamaban maravillados:

- ¡Qué mono más extraordinario! ¡Es francamente increíble!

Estaban tan entusiasmados que no cayeron en la cuenta de que sus gritos habían molestado la meditación del Patriarca, que salió corriendo y blandiendo su báculo.

- ¿Puede saberse quién está creando tanto alboroto? - preguntó, enfadado.

Su voz sonó tan autoritaria que los discípulos dejaron al punto de reírse, se arreglaron la ropa lo mejor que pudieron y se inclinaron respetuosamente ante él. Wu-Kung volvió a adquirir su forma habitual y, abriéndose camino entre sus compañeros, dijo:

- Para vuestra información, respetable maestro, estamos aquí reunidos discutiendo. No hay entre nosotros nadie que no pertenezca al grupo de vuestros humildes servidores.

- Así que sois vosotros los que estáis chillando y gritando, comportándoos de una manera totalmente impropia de personas consagradas a la práctica del Gran Arte - bramó el Patriarca -. ¿Acaso no sabéis que los que cultivan el Tao no deben abrir la boca para no perder su fuerza vital, ni mover la lengua para evitar todo tipo de discusiones? ¿Por qué estabais riéndoos de esa forma tan vulgar?

- No podemos esconderos la verdad de lo sucedido - confesaron todos a coro -. Estábamos pasándolo en grande con Wu-Kung, que accedió gustoso a hacernos una demostración de sus extraordinarios poderes. Le sugerimos que se convirtiera en un

pino y así lo hizo él sin rechistar. Eso hizo que nos sintiéramos tan entusiasmados que, sin darnos cuenta, empezamos a aplaudir como locos. Lo que menos sospechábamos es que estuviéramos molestándoos. ¿Qué otra cosa nos queda que suplicar humildemente vuestro perdón?

- ¡Apartaos todos de mi vista! - volvió a bramar el Patriarca -. Tú, Wu-Kung, no. Quédate aquí. ¿Qué pretendías conseguir convirtiéndote en un pino? ¿Acaso crees que te enseñé esa habilidad especial para divertir a la gente? Supón que alguien te hubiera visto. Lo más seguro es que te hubiera preguntado que cómo lo habías conseguido. Tú mismo lo hubieras hecho, de estar en su lugar. ¡Reconócelo! Lo malo es que después te suplicarían que les confiaras el secreto y, si no lo hicieras, terminarían buscándote la ruina. Ahora mismo tu vida corre un grave peligro, sin ir más lejos, y todo por tu incomprendible irresponsabilidad.

- Os pido que me perdonéis - suplicó Wu-Kung, golpeando el suelo con la frente.

- No soy yo quién para condenarte - afirmó el Patriarca -, pero debes abandonar inmediatamente este lugar.

Cuando Wu-Kung lo oyó, las lágrimas empezaron a fluir de sus ojos.

- ¿Adonde puedo ir yo, maestro? - preguntó, sollozando lastimosamente.

- Al lugar del que viniste - respondió el Patriarca -. Allí es donde debes volver.

- Yo vine de Purvavideha, el Continente del Este - declaró Wu-Kung, su memoria refrescada por las palabras del maestro -, de la Caverna de la Cortina de Agua de la Montaña de las Flores y Frutos, que se alza en el país de Ao-Lai.

- Regresa cuanto antes allí y salva tu vida - le aconsejó el Patriarca -. No puedes permanecer aquí por más tiempo.

- Permitidme que os diga, respetable maestro - se atrevió Wu-Kung a decir -, que durante más de veinte años he estado ausente de mi hogar y que es, por tanto, natural que sienta deseos de volver a ver a mis súbditos y a los seguidores que un día tuve. Pero, a pesar de todo, no me atrevo a marcharme, ya que no os he agradecido bastante la profunda generosidad con la que siempre me habéis tratado.

- No hay nada que agradecer - trató de tranquilizarle el Patriarca -. Lo único que te pido es que no te metas jamás en ningún lío y, si no logras evitarlo, que nunca menciones a nadie mi nombre.

Viendo que no había más que hacer, Wu-Kung se inclinó ante el Patriarca y se dispuso a abandonar la compañía de sus discípulos.

- Una vez que te hayas marchado de aquí - le anticipó el Patriarca -, tarde o temprano terminarás haciendo el mal. No me importa la clase de crímenes en la que te verás involucrado. Lo único que te prohíbo es que menciones que has sido discípulo mío. Si en alguna ocasión llegas a pronunciar simplemente la mitad de mi nombre, ten por seguro, mono maldito, que yo me enteraré y te haré arrancar la piel a tiras. Quebraré después cada uno de tus huesos y sepultaré tu espíritu en la Oscuridad de los Nueve Pliegues, de la que no lograrás escapar incluso después de sufrir diez mil tormentos.

- Jamás osaré mencionar vuestro nombre - declaró Wu-Kung -. Diré que yo mismo, sin necesidad de maestro alguno, he aprendido cuanto sé.

En cuanto hubo dado las gracias al Patriarca, Wu-Kung se dio la vuelta, hizo el signo mágico, se elevó hacia lo alto y dio una vuelta de campana sobre las nubes. Semejante salto le hizo dirigirse directamente hacia Purvavideha y en menos de una hora pudo avistar la Montaña de las Flores y Frutos y la Caverna de la Cortina de Agua. Lleno de alegría, el Hermoso Rey de los Monos se dijo a sí mismo:

- Abrumado por el peso de huesos mortales abandoné un día este lugar. Ahora regreso a él liviano como una pluma gracias a la influencia del Tao. ¡Qué pena que en este mundo de calamidades y desdichas nadie se decida a desvelar el misterio de la inmortalidad, tan

claro para todo aquel que busca! ¡Cuan duro me resultó cruzar el océano a la ida y con cuánta facilidad lo he hecho hoy en mi viaje de vuelta! Todavía resuenan en mis oídos los consejos de la despedida y ya estoy viendo las profundidades que rodean el Continente del Este. ¡Jamás imaginé que pudiera contemplarlas tan pronto!

Wu-Kung disminuyó la velocidad de su nube y fue a aterrizar justamente en el centro de la Montaña de las Flores y Frutos. Apenas había puesto el pie en ella, cuando empezó a oír el gruñir de las garzas y el grito de los monos; mientras el canto de aquéllas se elevaba limpiamente hacia los cielos, el lamento de éstos llenó su espíritu de profunda tristeza. Levantó la voz y dijo:

- ¡He vuelto, mis queridos pequeños! ¡De nuevo estoy entre vosotros!

Inmediatamente empezaron a salir de los riscos del acantilado, de la salvaje belleza de las flores y arbustos, y de la espesura de los bosques y árboles decenas de miles de monos de todos los tamaños, que rodearon sin pérdida de tiempo a su Hermoso Rey. Todos se arrodillaron respetuosamente ante él, golpeando el suelo con la frente, mientras gritaban:

- ¡Qué despreocupación la vuestra, gran rey! ¿Por qué habéis estado ausente durante tanto tiempo, dejándonos abandonados y suspirando por vuestra vuelta, como alguien que estuviera muñéndose de hambre o de sed? Hemos sido últimamente maltratados por un monstruo que ha tratado de apoderarse de nuestra Caverna de la Cortina de Agua. Hemos luchado contra él con la fuerza que da la desesperación, pero, a pesar de todo, se ha adueñado de muchas de nuestras posesiones, ha secuestrado a no pocos de nuestros jóvenes y nos ha privado del necesario descanso, forzándonos a vigilar nuestras propiedades día y noche. ¡Es una suerte que por fin hayáis regresado, gran rey! Si hubierais estado ausente un año más, la cueva de la montaña habría pasado totalmente a manos de esa bestia.

En cuanto Wu-Kung lo oyó, montó en cólera y preguntó, enfurecido:

- ¿Qué clase de monstruo es ése que se comporta de una forma tan desconsiderada? Contádmelo con todo detalle y os juro que os daré cumplida venganza.

- Para información vuestra, gran rey - dijeron los monos, sin dejar de golpear el suelo con la frente -, ese tipo se hace llamar el Monstruoso Rey de los Desastres y vive al norte de aquí.

- ¿A qué distancia aproximadamente? - inquirió Wu-Kung.

- No lo sabemos - respondieron los monos, atemorizados -. Hace su aparición con la velocidad de las nubes y se vuelve a marchar con la celeridad de la niebla, del viento y de la lluvia, del rayo y del trueno.

- En ese caso - concluyó Wu-Kung -, id a divertirlos un rato. No tengáis miedo. De ese tipo me encargo yo.

El Rey de los Monos volvió a elevarse hacia lo alto, dio un salto de campana y se dirigió hacia el norte, hasta que finalmente vio una escarpada y alta montaña. Su picuda cumbre parecía cortar el aire, como si fuera un gigantesco cuchillo de piedra. De sus laderas manaban arroyuelos que se precipitaban, salvajes, sobre despeñaderos de incalculable profundidad. En sus turbulentas aguas se miraban miríadas de flores y árboles cargados de exótica elegancia. En algunos puntos los pinos igualaban el verdor de los bambúes. A la izquierda, el dragón parecía extremadamente dócil y tranquilo, domesticado casi, mientras a la derecha el tigre daba muestras de gentileza y sumisión. A veces se veía arando a bueyes de acero y por doquier crecían flores de monedas de oro. El aire transmitía canciones melodiosas de aves extrañas, al tiempo que el fénix hacía frente a la dureza del sol. Con el continuo martilleo del tiempo el agua había pulido y bruñido rocas, que a veces adquirían formas grotescas y otras, extrañas y fieras. El mundo está plagado de espléndidas montañas en las que las flores no dejan de

madurar y crecer, de abrirse y después morir. Ningún lugar, sin embargo, era comparable a aquél. Al mirarlo, se tenía la impresión de que jamás había sido tocado ni por las cuatro estaciones ni por las ocho épocas¹⁴. Dentro de las Tres Regiones¹⁵ aquél era el Monte de la Primavera del Norte, donde se halla ubicada la Caverna del Vientre de Agua, que se alimenta de las Cinco Fases¹⁶.

El Hermoso Rey de los Monos se puso a contemplar la arrobadora belleza de tan espléndido espectáculo, pero no pudo gozar mucho de ella. Alguien parecía estar hablando y bajó por la montaña para ver de quién se trataba. Fue así como descubrió la Caverna del Vientre de Agua, que se hallaba a los pies de un acantilado extremadamente empinado. Justamente delante de la gruta había varios diablillos bailando, que se echaron a correr en cuanto vieron a Wu-Kung.

- ¡No corráis! - les gritó éste -. Antes de que os escondáis, es preciso que escuchéis el mensaje que quiero transmitir. Soy el único señor de la Caverna de la Cortina de Agua, que, como sabéis, se encuentra en la Montaña de las Flores y Frutos, justamente al sur de aquí. Sé que vuestro Monstruoso Rey de los Desastres, o como quiera llamarse, ha estado molestando a mis súbditos y he decidido llegarme hasta sus dominios con el único propósito de dejar, de una vez por todas, las cosas claras.

Al oír eso, los diablillos se lanzaron al interior de la caverna y empezaron a gritar:

- ¡Soberano señor, ha sucedido algo desastroso!

- ¿Se puede saber de qué desastre estáis hablando? - preguntó, sorprendido, el Monstruoso Rey.

- Fuera de la caverna hay un mono que se ha arrogado el título de señor de la Caverna de la Cortina de Agua, ubicada en la Montaña de las Flores y Frutos. Dice que habéis estado molestando a sus súbditos y que ha venido a ajustaras las cuentas.

El Monstruoso Rey soltó la carcajada y dijo, grosero:

- He oído a menudo decir a esos monos que tenían un rey que había ido a aprender los secretos del Gran Arte. Según parece, acaba de regresar. ¿Queréis decirme cómo va vestido y qué clase de armas usa?

- Ninguna, gran señor - contestaron los diablillos -. Lleva la cabeza descubierta, viste una túnica roja con una faja amarilla y calza un par de botas negras. Da la impresión de no ser ni monje, ni seglar, ni taoísta, ni inmortal. Está tan loco que ha venido a exigiros cuentas con las manos totalmente vacías.

Cuando el Monstruoso Rey lo oyó, ordenó a sus diablillos, sonriendo con malicia:

- Traedme las armas y la coraza.

Los diablillos obedecieron sin rechistar y le ayudaron a ponerse el peto y el casco. Cuando todo estuvo dispuesto, agarró su cimitarra y abandonó la cueva, seguido de todos sus súbditos.

- ¿Dónde está el señor de la Caverna de la Cortina de Agua? - preguntó, elevando la voz y abriendo los ojos cuanto pudo.

Wu-Kung se percató en seguida de que el Monstruoso Rey llevaba en la cabeza un casco de oro negro, sobre el que reverberaban los rayos del sol. Su cuerpo aparecía cubierto por una túnica de seda, también negra, que se balanceaba al capricho de la brisa. Su pecho estaba protegido por una armadura de hierro negro, sujeta a los flancos por férreas cinchas de cuero. Sus pies habían sido embutidos en unas botas de perfecto acabado y tan grandes como las que en su día usaron los más afamados guerreros de la historia. Medía alrededor de treinta pies de altura y el perímetro de su cintura superaba con creces los veinte palmos. En sus manos portaba una espada de afilada hoja y perfecta hechura. No cabía duda. Aquél era, por el temor que inspiraba y el miedo que levantaba, el terrible Monstruo de los Desastres.

- ¿De qué te sirven unos ojos tan grandes, si eres incapaz de ver a un mono tan viejo

como yo? - se burló el Rey de los Monos.

El Monstruoso Rey se volvió hacia él y, al verle, soltó la carcajada y exclamó:

- Apenas mides cuatro pies de altura, dudo que hayas cumplido los treinta años y te presentas ante mí con las manos vacías. No comprendo cómo puedes ser tan insolente. ¿Con qué piensas doblegarme? ¿Con tu fanfarronería?

- ¡Qué estúpido monstruo eres! - replicó Wu-Kung -. Se nota que estás tan ciego como una oruga de tierra. Crees que soy pequeño y no sabes que puedo alcanzar la altura que me dé la gana. Piensas que estoy totalmente desarmado y olvidas que con sólo estas dos manos soy capaz de arrancar a la luna del lugar que ocupa en el cielo. Pero no te preocupes. Sólo deseo hacerte probar la fuerza de mis puños.

Apenas había acabado de decirlo, cuando se elevó por los aires y descargó un terrible golpe sobre la cara del monstruo. Con increíble agilidad el Rey de los Desastres se hizo a un lado y dijo, burlón:

- Para mí no eres más que un enano ridículo. Si quieres usar únicamente tus puños, allá tú. Yo prefiero servirme de mi cimitarra. Aunque, mirándolo bien, iba a resultarme demasiado fácil dividirte en dos con ella. Así que, si me dejas quitármela, mediremos a golpes nuestras fuerzas.

- Ésa es una decisión que te honra - contestó Wu-Kung -. Vamos. ¿A qué esperas para atacarme?

El Monstruoso Rey saltó hacia la izquierda y soltó uno de sus golpes, que Wu-Kung esquivó con inigualable maestría. Se lanzó después sobre él y los dos se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo terrible. Wu-Kung sabía que es fácil fallar los golpes de lejos, mientras que los de cerca son tan seguros y efectivos como el desprendimiento de una roca. De esta forma, consiguió propinarle en el pecho una serie de puñetazos secos, que hicieron tambalear al monstruo. Sintiendo inseguro, éste se olvidó de lo acordado y echó mano de su cimitarra. La blandió con las dos manos y a punto estuvo de cortarle la cabeza a Wu-Kung, que logró agacharse cuando la cuchilla estaba penetrando ya en su carne. Después, viendo que la fiereza de su enemigo iba en aumento, decidió usar la técnica conocida como «cuerpo más allá del cuerpo». Sin pérdida de tiempo, se arrancó unos cuantos pelos, se los metió en la boca, los masticó hasta reducirlos a trozos minúsculos y, escupiéndolos con fuerza, gritó:

- ¡Cambiad de forma!

Al punto se convirtieron en doscientos o trescientos monos de reducido tamaño, que empezaron a dar vueltas alrededor de los dos luchadores. Cuando alguien adquiere el cuerpo de un inmortal, es capaz de abandonar su propio espíritu, convertirse en lo que desee y realizar todo tipo de portentos. Dado que el Rey de los Monos había llegado a la plena comprensión del Gran Arte, cada uno de los ochenta y cuatro mil pelos de su cuerpo tenía la propiedad de adquirir la forma o substancia que le viniera en gana. Los pequeños monos que acababa de crear poseían una vista tan fina y una rapidez tal de movimientos que hasta la espada y la lanza resultaban impotentes contra ellos. Con asombrosa celeridad se lanzaron contra el Monstruoso Rey y empezaron unos a agarrarle, otros a empujarle, éstos a echarle la zancadilla, aquéllos a darle patadas y puñetazos, los de más allá a tirarle del pelo y a punzarle los ojos, y los restantes a tirarle de las narices y ponerle toda clase de obstáculos para hacerle perder el equilibrio. Todos formaban una masa confusa cuya única finalidad era distraer la cambiante atención del Monstruoso Rey.

Aprovechándose de la confusión, Wu-Kung le arrebató la cimitarra de las manos y, blandiéndola con fuerza en el aire, asestó un tremendo golpe en la cabeza del monstruo, que al instante cayó por tierra dividido en dos partes iguales. Se volvió después contra los diablillos que habían corrido a refugiarse en el interior de la cueva y los mató a

todos, sin dejar uno solo. Sacudió entonces su cuerpo y los monos, convertidos otra vez en pelos, se reintegraron al lugar que habían ocupado antes de que comenzara la batalla. Sólo quedaron junto a él los que habían sido arrancados de la Caverna de la Cortina de Agua y llevados hasta allí a la fuerza por el Monstruoso Rey.

- ¿Se puede saber lo que estáis haciendo en un lugar como éste? - les preguntó Wu-Kung.

- En cuanto os marchasteis en busca de la inmortalidad - respondieron sollozando los treinta o cincuenta monos que allí había -, el monstruo estuvo hostigándonos durante más de dos años, hasta que finalmente nos obligó a venir aquí con todas nuestras posesiones. ¿No os habéis percatado que esos utensilios que hay desperdigados por el suelo pertenecen, en realidad, a nuestra cueva? Fijaros, por ejemplo, en esas cazuelas y cuencos de piedra. Todos nos fueron robados por la bestia.

- Si es verdad lo que decís, cargad cuanto antes con ellos - decidió Wu-Kung e inmediatamente prendió fuego a la Caverna del Vientre de Agua. No pasó mucho tiempo antes de que hubiera quedado reducida a cenizas. Se volvió entonces hacia sus súbditos y les ordenó -: Seguidme. Es hora ya de regresar a casa.

- ¿Cómo vamos a volver? - preguntaron todos, asustados -. Cuando vinimos aquí, lo hicimos en las alas de un viento muy fuerte, que nos obligó a flotar por el aire como nubes sin destino. No sabemos qué dirección debemos tomar ahora.

- Todo eso no fue más que un truco de ese monstruo - replicó Wu-Kung -. Pero no es preocupéis. Ahora también yo estoy versado no sólo en él, sino en diez mil más. Así que no tengáis miedo. Cerrad los ojos y agarraos bien.

El Rey de los Monos recitó un conjuro, se montó en un viento recio y cabalgó en él durante unas décimas de segundo. Aminoró después la velocidad de la nube y, volviéndose a sus súbditos, dijo:

- Ya podéis abrir los ojos.

Los monos sintieron bajo sus pies la dureza de la tierra firme y, obedeciendo el mandato de su señor, comprobaron, asombrados, que estaban otra vez en su lugar de origen. Locos de alegría, corrieron por senderos totalmente familiares a reunirse con los que los esperaban ansiosamente en las cuevas. De esta forma, la alegría volvió a florecer en la Caverna de la Cortina de Agua. Agradecidos, todos los monos fueron al encuentro de su rey y le presentaron humildemente sus respetos. El vino corrió como las aguas de un arroyo en aquel espléndido banquete de bienvenida, cuyo plato principal lo constituyeron frutos y bayas. Cuando le preguntaron cómo había derrotado al monstruo y liberado a los jóvenes, Wu-Kung se lo contó sin perder un solo detalle y ellos, entusiasmados, irrumpieron en una interminable andanada de aplausos.

- ¿En dónde habéis estado? - le preguntaron, cuando se hubo hecho el silencio -. Jamás nos pasó por la cabeza que pudierais adquirir tales poderes.

- El año que partí de vuestro lado - explicó Wu-Kung - navegué por las olas del Gran Océano Oriental, hasta que finalmente llegué a Aparagodaniya, el Continente del Oeste. Posteriormente me trasladé a Jambudvipa, el Continente del Sur, donde me instruí en el modo de obrar de los humanos, aprendiendo a usar estas ropas que ahora llevo puestas y estos zapatos que calzo. Sin embargo, ocho o nueve años discurrieron las nubes sobre mi cabeza y yo continuaba sin saber un solo principio del Gran Arte, así que opté por cruzar el Gran Océano Occidental y logré arribar a las costas de Aparagodaniya, el Continente del Oeste 17. Larga fue mi búsqueda, pero tuve por fin la inmensa fortuna de toparme con un viejo Patriarca que tuvo la delicadeza de enseñarme la fórmula para alcanzar la edad misma del cielo y hacerme, así, inmortal.

- ¡Qué suerte la vuestra! - exclamaron los otros monos, felicitándole efusivamente -. Casos así no se dan ni siquiera después de pasar diez mil penalidades.

- Lo que más me llena de satisfacción, no obstante - volvió a decir Wu-Kung, sonriendo -, es que ahora sé a qué familia pertenecemos todos.

- ¿A cuál? - preguntaron ellos, entusiasmados.

- A la de los Sun - contestó él -. Así que mi nombre completo es Sun Wu-Kung.

Al oírlo, todos los monos se pusieron a aplaudir y exclamaron, presos de una contagiosa alegría:

- Si vos sois el mayor de los Sun, nosotros somos los Sun menores. Nuestra es la familia de los Sun, Sun se llama nuestra nación y ese mismo nombre lleva, por fuerza, esta caverna.

Tan grande era su entusiasmo que, para honrar al mayor de su estirpe, trajeron cuencos de todos los tamaños llenos de vino de coco y de uva, de flores y de toda clase de frutos. La suya era, en verdad, una familia feliz, que poseía el nombre admirable del que acababa de retornar a sus propios orígenes. Semejante gloria sólo está reservada a nombres inscritos por los dioses en el Cielo.

Quien no sepa lo que pasó a continuación y desconozca la suerte que corrió Wu-Kung debe escuchar lo que se relata en el próximo capítulo.

CAPÍTULO III

LOS CUATRO MARES Y LAS MIL MONTAÑAS SE INCLINAN EN SEÑAL
DE SUMISIÓN. LOS NOMBRES DE DIEZ ESPECIES ¹ SON BORRADOS DEL INFIERNO
DE LA OSCURIDAD DE LOS NUEVE PLIEGUES ²

Después de haber dado muerte al Monstruoso Rey de los Desastres y de arrebatarle su enorme cimitarra, Wu-Kung comenzó a practicar a diario el arte de la guerra con sus súbditos, enseñándoles a hacer lanzas con bambúes afilados, a fabricar espadas de madera, a confeccionar banderas y estandartes, a formar patrullas, a avanzar y retirarse, y a montar campamentos. Durante mucho tiempo estuvo adiestrándoles en estas artes, pero un día dejó de hacerlo de repente. Se volvió taciturno y callado y, tras mucha deliberación, llegó a la siguiente conclusión:

- De momento esto no es más que un simple juego, pero la cosa puede llegar a ponerse realmente seria. Supongamos que, sin nosotros saberlo, ofendemos a los reyes de los hombres o a los líderes de las bestias, o que, simplemente, toman estos ejercicios militares como una amenaza y se levantan en armas contra nosotros. ¿Cómo vamos a poder hacerles frente con lanzas de bambú y espadas de madera? Por fuerza, debemos poseer armas auténticas. ¿Qué podríamos hacer para conseguirlas?

Wu-Kung había hecho estas reflexiones en voz alta y el nerviosismo se apoderó inmediatamente de todos sus súbditos.

- Opinamos que vuestros puntos de vista son totalmente acertados dijeron, alarmados -. ¿De dónde podríamos sacar las armas que necesitamos?

No habían terminado de decirlo, cuando se adelantaron cuatro de los monos más ancianos - dos hembras vestidas con túnicas rojas y dos machos con el torso descubierto -, se inclinaron ante su rey y dijeron con respeto:

- Si es eso lo que os preocupa, no hay cosa más sencilla de resolver.

- ¿De verdad? - exclamó Wu-Kung, sorprendido.

- Así es, señor - contestaron los cuatro monos -. A doscientas millas de nuestra montaña, viajando en dirección este, se encuentra el país de Ao-Lai. En él hay un rey cuyo ejército lo componen infinidad de soldados y hombres, de lo cual deducimos que los herreros de su reino deben de contarse a millares. Si fuerais allí, podríais comprarle las armas que necesitamos o, en último caso, encargárselas. De esa forma, no os sería

muy difícil instruirnos después en su uso y, así, defenderíamos esta montaña contra cualquier intruso y la legaríamos en su día a nuestra descendencia.

Esas palabras devolvieron la alegría a Wu-Kung, que se apresuró a decir a sus súbditos:

- Vosotros quedaos aquí divirtiándoos. Creo que voy a hacer un pequeño viaje.

No había acabado de decirlo, cuando dio un acrobático salto y, en menos de lo que canta un gallo, cubrió las doscientas millas que le separaban del lugar del que le habían hablado sus consejeros. Allí se levantaba, en efecto, una ciudad de calles anchas, mercados llamativamente grandes, casas prácticamente incontables y arcadas numerosas. Un enjambre de gente llenaba hasta su último rincón, totalmente ajeno a la pureza del cielo y a la dureza del sol.

- No muy lejos de aquí tiene que haber infinidad de armas - se dijo Wu-Kung -. Lo mejor sería bajar a comprarlas, pero eso me resultaría mucho más penoso que obtenerlas por medio de mis artes mágicas.

En seguida hizo el signo que tan buen resultado le había dado en ocasiones anteriores y recitó el embrujo que lo completaba. Después se volvió hacia el suroeste y, tras llenar los pulmones de aire, sopló con todas sus fuerzas. Al punto se levantó un viento huracanado que arrastraba piedras y rocas, como si estuvieran hechas de paja. Su potencia era terrible. Al mismo tiempo, se formó sobre el mundo una densa capa de nubes, que oscureció por completo la tierra. De los mares y ríos surgieron unas nubes tan altas que hasta los peces y los cangrejos sintieron el peso del terror. En los bosques de la montaña las ramas se quebraron a millares, infundiendo pánico a tigres y lobos. Los mercaderes y comerciantes abandonaron sus tiendas y almacenes y huyeron despavoridos. No se veía un solo hombre en todo el espacio que la vista abarcaba. Incluso el mismo rey abandonó la sala del trono, retirándose a sus aposentos a todo correr. Para no ser menos, todos los oficiales del reino se encerraron en sus casas a cal y canto. El viento era tan fuerte que hizo tambalear el trono milenario de Buda y sacudió los cimientos de la Torre de los Cinco Fénix.

En el país de Ao-Lai todo el mundo, desde el rey al más insignificante de sus súbditos, estaba aterrorizado. Por doquier las familias se encerraban tras la seguridad de las puertas de sus casas, sin que nadie se atreviera a salir. Wu-Kung redujo la velocidad de la nube en la que viajaba y entró en el palacio imperial por la principal de sus puertas. No le costó mucho trabajo dar con la sala de armas. De un solo golpe derribó el pesado portón que la cerraba y vio que en su interior se apilaban incontables armas de todas clases y tamaños: cimitarras, lanzas, espadas, hachas de guerra, guadañas, látigos, baquetas, tambores, arcos, flechas y otras armas arrojadas. Semejante visión satisfizo plenamente a Wu-Kung, que volvió a decirse:

- No sé por dónde empezar. Hay tanto material aquí que lo mejor será que me valga de mi magia para transportarlo.

Se arrancó un puñado de pelos, los masticó hasta reducirlos a diminutos cachitos y después los escupió, al tiempo que recitaba el embrujo y gritaba con todas sus fuerzas:

- ¡Transformaos!

Al instante se convirtieron en monos pequeñitos, que empezaron a adueñarse de las armas. Los más fuertes cargaron con seis o siete, mientras que los más débiles sólo pudieron hacerlo con dos o tres. Pero todos actuaron con tanta efectividad que a los pocos segundos estaba vacía la que había sido la mayor armería del mundo. Wu-Kung volvió a montarse en la nube y, tras recitar las palabras mágicas, convocó a un viento recio, que transportó a todos los monos al lugar del que habían partido.

Los que se habían quedado, divirtiéndose, en la cueva de la Montaña de las Flores y Frutos oyeron el silbido del viento y levantaron, sorprendidos, la cabeza. Al ver venir por el aire aquel inmenso ejército de monos diminutos, cayeron presa del pánico y

huyeron en todas direcciones. Afortunadamente, Wu-Kung descendió de su nube, sacudió graciosamente el cuerpo y todos los trocitos de pelo se reincorporaron a él, como si nunca le hubieran abandonado. Las armas quedaron apiladas justamente enfrente de la montaña.

- ¿Se puede saber de qué tenéis miedo? - preguntó Wu-Kung, levantando la voz -. Salid a recoger vuestras armas.

Más animados, los monos sacaron las cabezas de sus refugios y vieron a Wu-Kung, solo, de pie sobre terreno firme. Venciendo su timidez, se acercaron a él y, tras saludarle con sumo respeto, le preguntaron qué había pasado. Wu-Kung les explicó que se había servido, simplemente, de un viento poderoso para poder transportar hasta allí las armas. Emocionados, le dieron las gracias y en seguida se lanzaron sobre el preciado acero recién traído del lejano país de Ao-Lai. Mientras unos agarraban las cimitarras, otros echaban mano de las espadas, hachas y lanzas, tensaban los arcos y dejaban volar libremente las flechas. Los monos pasaron todo aquel día jugando con las armas, tan excitados que no dejaron de chillar ni un solo segundo.

A la mañana siguiente formaron filas y Wu-Kung los fue contando uno por uno. De esta forma, pudo comprobar que su ejército estaba compuesto por cuarenta y siete mil infantes. Semejante fuerza impresionó vivamente a todas las bestias de la montaña - lobos, insectos, tigres, leopardos, ciervos de todas las clases, zorros, gatos salvajes, leones, elefantes, simios, osos, antílopes, jabalíes, búfalos verdes de un solo cuerno, yeguas salvajes y mastines gigantes -. Encabezados por los reyes de los demonios de más de setenta y dos cavernas, acudieron todos en tropel a presentar sus respetos al Rey de los Monos. A partir de entonces le pagaron tributos todos los años y acudieron a su llamada al principio de cada estación. Algunos de ellos se unieron, incluso, a sus maniobras, mientras que otros prestaron más atención al aprovisionamiento de tan vasto ejército. De esta forma, toda la Montaña de las Flores y Frutos se fue haciendo tan fuerte como un recipiente de hierro o una ciudad de metal. Los reyes de los demonios se encargaron de ofrecerle tambores, cascos y estandartes de mil y un colores. En ningún momento se descuidó la formación militar, que se prolongó durante días y días.

Pero el Hermoso Rey de los Monos no se sentía satisfecho. Reunió a todos sus seguidores y les dijo:

- Todos sois ahora auténticos maestros en el uso del arco y las flechas. Las armas no encierran para vosotros ya secreto alguno. Comprenderéis, por tanto, que esta cimitarra no acabe de gustarme. Más que una ayuda, es un completo engorro. ¿Qué puedo hacer?

Los cuatro monos ancianos se acercaron a él y le dijeron:

- Vos sois un sabio celeste y es natural que no encontréis de vuestro agrado las armas de la tierra. Nos preguntamos, sin embargo, si seríais capaz de emprender un largo viaje a través de los mares.

- Dado que domino a la perfección los secretos del Tao, no ofrecen para mí ningún misterio las setenta y dos transformaciones. El salto por encima de las nubes posee, además, un poder sin límites. Eso sin contar con que estoy totalmente familiarizado con la magia de las apariciones y el arte de la ubicuidad. Eso me permite caminar libremente por los cielos, penetrar en el interior de la tierra, moverme bajo el sol y la luna sin proyectar sombra alguna e incluso introducirme en el corazón de los minerales y piedras. El agua no puede ahogarme y el fuego es incapaz de abrasarme. ¿Cómo va a existir un lugar al que yo no pueda ir?

- Es una suerte que poseáis esos poderes, porque el agua que discurre bajo este puente de hierro va a desembocar directamente en el Palacio del Dragón del Océano Oriental. Si os atrevierais a llegar hasta allí, tened por seguro que el viejo dragón os proporcionaría el arma que necesitáis y que, sin duda alguna, será de vuestro total

agrado.

Al oír esto, se le iluminó el rostro a Wu-Kung, que exclamó decidido:

- Estoy dispuesto a hacer ese viaje cuanto antes.

Sin pensarlo dos veces, se encaramó a la baranda del puente, determinado a hacer uso de la magia de la división de las aguas. Hizo el signo mágico con los dedos y se lanzó a la corriente del río, que se abrió como una puerta ante él. De esta forma, no le fue difícil llegar hasta el mismísimo fondo del Océano Oriental. Caminó por él un corto trecho, topándose con un oficial que le preguntó, sorprendido:

- ¿Se puede saber qué clase de sabio eres tú, que apartas las aguas como si fueran mieses en sazón? Dímelo claramente para que pueda anunciar tu llegada.

- Soy el sabio Sun Wu-Kung de la Montaña de las Flores y Frutos - respondió el Rey de los Monos -, uno de los vecinos de tu señor, el viejo dragón. Me cuesta trabajo creer que no me hayas reconocido.

El oficial corrió entonces al interior del Palacio de Cristal de Agua e informó a su rey, diciendo:

- Ahí fuera está un sabio que dice llamarse Sun Wu-Kung, de la Montaña de las Flores y Frutos, y que pretende ser vecino vuestro. Dado lo impulsivo de sus modales, no me extrañaría lo más mínimo que se presentara ante vos sin ser invitado a entrar.

Al oír eso, Ao-Kuang, el Rey Dragón del Océano Oriental, se levantó en seguida de su trono y salió a dar la bienvenida a huésped tan ilustre, acompañado por incontables hijos y nietos de dragones de la más alta estirpe, una cohorte de gambas - soldado y lo más selecto de sus generales - cangrejo.

- Entrad, inmortal, y honradnos con vuestra compañía - dijo su excelencia.

El cortejo se dirigió al interior del palacio y, tras ofrecer a Wu-Kung el sitio de honor y un vaso de té, el rey le preguntó con suma cortesía:

- ¿Cuándo fuisteis instruido en los misterios del Tao y qué clase de magia celeste habéis recibido?

- Al poco de nacer, abandoné mi familia para dedicarme a la práctica del Gran Arte - contestó Wu-Kung -. No es extraño, por tanto, que ahora posea un cuerpo sin principio ni fin. Últimamente he estado adiestrando militarmente a mis súbditos con el fin de proteger la montaña que habitamos, pero desgraciadamente no he podido encontrar un arma apropiada para mí. Ha llegado, sin embargo, hasta mis oídos que mi honorable vecino, que lleva viviendo en este palacio de jade verde y pórticos de nácar desde tiempo inmemorial, por fuerza ha de poseer alguna arma celeste de sobra. Precisamente me he tomado la libertad de molestaros, para ver si eso es cierto o no.

El Rey Dragón no podía desoír una petición tan justa. Se volvió, pues, a uno de sus comandantes y le ordenó traer una cimitarra con la empuñadura llamativamente larga, que deferentemente regaló a tan ilustre visitante.

- Si no os importa - dijo entonces Wu-Kung -, me gustaría otro tipo de arma, porque, a decir verdad, no soy muy diestro con las cimitarras.

El Rey Dragón volvió a ordenar a un teniente - pescadilla y a un sirviente - anguila que trajeran un tridente de nueve puntas. Al verlo, Wu-Kung saltó de su asiento, lo cogió con las dos manos y ensayó unos cuantos golpes. Pero se lo devolvió casi inmediatamente, diciendo, decepcionado:

- Lo encuentro demasiado ligero. No se ajusta como debiera a mi mano. ¿Os importaría traerme otra arma?

- ¿Estáis seguro de lo que decís? - exclamó el Rey Dragón, soltando la carcajada -. Este tridente pesa más de tres mil seiscientos kilos.

- Aun así, no se ajusta como debiera a la mano - repitió Wu-Kung - ¡No logro dominarlo a mi gusto!

El Rey Dragón empezó a impacientarse y, una vez más, ordenó a un almirante - brema y a un brigadier - carpa que trajeran un hacha enorme, que pesaba alrededor de siete mil doscientos kilos. Cuando Wu-Kung la vio, corrió hacia ella y la tomó en sus manos. De nuevo ensayó unos cuantos golpes, pero su impresión no parecía ser mejor que la de la vez precedente. Decepcionado, dio un golpe en el suelo con el astil y exclamó:

- Lo encuentro todavía ligero. ¡Demasiado ligero!

- ¡Pero inmortal! - protestó el Rey Dragón, desconcertado -. En todo el palacio no hay un arma más pesada que esta hacha.

- ¡Vamos, vamos! - replicó Wu-Kung, sonriendo -. Como reza el dicho antiguo, «al Rey Dragón nunca le faltan tesoros». Haced el favor de buscarme otra cosa distinta y, si lográis encontrar algo que realmente me guste, tened por seguro que os ofreceré un buen precio por ello.

- Os digo que aquí no tengo más armas - insistió el Rey Dragón.

Mientras estaban en ese tira y afloja, se presentaron la madre dragón y su hija, diciendo:

- Claramente se ve que éste no es un sabio cualquiera. No necesitamos recordaros que en el tesoro de nuestro océano hay una pieza de hierro mágico que marca la profundidad del Río Celeste³. Precisamente estos últimos días ha estado brillando de una forma muy rara. ¿No querrá decir eso que debe ser confiada a tan eminente sabio?

- Ésa - explicó el Rey Dragón - es la medida de la que se valió el Gran Yü⁴ para determinar la profundidad de los ríos y océanos, cuando dominó a la Inundación. Se trata, ciertamente, de una pieza de hierro mágico. Pero ¿queréis decirme para qué le va a servir a nuestro vecino?

- Eso a nosotros ni nos va ni nos viene - replicó la madre dragón -. Dásela y que haga con ella lo que le plazca. Lo más importante ahora es hacerle salir del palacio cuanto antes.

El Rey Dragón se mostró totalmente de acuerdo con ella y, volviéndose de nuevo hacia Wu-Kung, le habló del origen de tan preciado tesoro.

- Si es verdad lo que dices, ¿a qué esperas para sacarla y dejármela ver? - preguntó Wu-Kung, impaciente.

- ¡Ninguno de nosotros puede moverla! - exclamó el Rey Dragón, agitando las manos -. Es tan pesada que ni siquiera podemos moverla del sitio. Me temo que tendréis que ir vos personalmente a verla.

- ¿Dónde está? - volvió a preguntar Wu-Kung, decidido -. Llévame cuanto antes a su lado.

El Rey Dragón le condujo sin dilación al corazón mismo del tesoro del océano, donde vieron el cegador resplandor de mil rayos de luz dorada.

- Ahí la tenéis - dijo el Dragón, señalando el punto del que surgía tan extraordinaria brillantez -. Es eso que reluce como el mismísimo sol.

Ilusionado, Wu-Kung se arremangó las ropas y fue directamente a tocarla. Pudo comprobar, así, que se trataba de una barra de hierro de más de veinte pies de largo y tan gruesa como una cuba. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, la levantó con las dos manos y dijo:

- Es demasiado larga y un poco gruesa. Si fuera un poquitito más delgada y algo más corta, sería, francamente, ideal para mi propósito.

No había acabado de decirlo, cuando la barra se redujo por sí misma unos cuantos pies y se tornó misteriosamente más fina.

- Un poco más resultaría ideal - volvió a decir Wu-Kung, pasándosela de una mano a otra.

La barra se dobló, una vez más, a sus deseos. Visiblemente complacido, Wu-Kung la sacó del tesoro del océano y se puso a examinarla detenidamente. De esta forma,

descubrió que estaba hecha de hierro puro y negro y que sus dos extremos eran de oro sin mácula. En uno de ellos precisamente había sido grabada la siguiente inscripción: "La complaciente barra de las puntas de oro. Peso: trece mil quinientos kilos".

- Esto sin duda alguna quiere decir - pensó Wu-Kung, loco de alegría - que la barra es capaz de satisfacer todos mis deseos.

Mientras caminaba, no dejaba de susurrarse a sí mismo, al tiempo que cambiaba el tesoro de mano:

- Sería maravilloso, si sólo fuera un poco más corta y una pizca más delgada.

Cuando, por fin, abandonó la sala del tesoro del océano, la barra no sobrepasaba los veinte pies de largo y su grosor no era superior al de un cuenco de arroz. Wu-Kung la asió con las dos manos y empezó a dar pases y fintas, como si estuviera luchando contra un enemigo mortal. Tan absurdo combate duró hasta que de nuevo se encontró en el interior del Palacio de Cristal de Agua. El Rey Dragón estaban tan asustado que empezó a temblar de miedo; las princesas dragones, por su parte, no sabían dónde meterse. Hasta las tortugas escondieron sus cabezas dentro del caparazón y los peces, gambas y cangrejos huyeron a refugiarse en lugares que creían seguros. Wu-Kung, sin dejar de la mano un solo segundo su preciado tesoro, se sentó en el Palacio de Cristal de Agua y dijo, sonriendo, al Rey Dragón:

- Estoy en deuda con mi espléndido vecino por su extraordinaria amabilidad.

- No habléis así - le suplicó el Rey Dragón -. Al fin y al cabo, ¿qué es lo que he hecho por vos?

- Esta barra de hierro es, ciertamente, magnífica - replicó Wu-Kung -. Sin embargo, desearía pedir os un nuevo favor.

- ¿Qué clase de favor es ese que solicita un inmortal de vuestra categoría? - preguntó el Rey Dragón.

- Si no llego a tener esta espléndida barra de hierro - contestó Wu-Kung -, no habría sacado a relucir el tema. Pero ahora que me he convertido en su afortunado dueño, he caído en la cuenta de que las ropas que llevo no cuadran con arma tan magnífica. ¿Qué puedo hacer? Si tuvierais por ahí algún tipo de atavío guerrero que darme, tened por seguro que os lo agradecería de todo corazón.

- Me temo que en eso no podré complaceros - respondió el Rey Dragón.

- Un único invitado es incapaz de molestar a dos anfitriones - afirmó Wu-Kung -. Aunque pretendáis no tener lo que os pido, sabed que estoy dispuesto a quedarme aquí hasta que lo haya conseguido.

- ¿Por qué no os tomáis la molestia de ir a otro océano? - le suplicó el Rey Dragón -. A lo mejor allí encontraréis lo que deseáis.

- Visitar tres hogares es mucho más cansado que estar sentado en uno - sentenció Wu-Kung -. Os suplico, por tanto, que me facilitéis el ropaje que preciso.

- Pero yo no dispongo de él - insistió el Rey Dragón -. Si lo tuviera, tened la seguridad de que ya os lo habría regalado.

- Así que ésas tenemos, ¿eh? - exclamó Wu-Kung, amenazante -. ¿Quieres que pruebe mi hierro en ti?

- No levantéis contra mí vuestra mano - suplicó, nervioso, el Rey Dragón -. No la levantéis. Permitidme ver si mis hermanos disponen de algún tipo de atavío militar que os guste. Si es así, os lo regalaremos con muchísimo gusto.

- ¿Quiénes son tus respetables hermanos, si puede saberse? - preguntó Wu-Kung, despectivo.

- Ao -Chin, Rey Dragón del Océano Austral, Ao -Shun, Rey Dragón del Océano Septentrional, y Ao -Jun, Rey Dragón del Océano Occidental.

- No pienso ir a verlos - dijo Wu-Kung, decidido -. Como muy bien reza el dicho, "dos

en mano son mucho mejor que tres en promesa". Lo único que quiero es que busques algo apropiado y me lo des. Eso es todo.

- Os aseguro que no tenéis necesidad de ir a parte alguna - trató de tranquilizarle el Rey Dragón -. Aquí mismo, en mi palacio, tengo un tambor de hierro y una campana de oro. Cuando preciso de algo, los hago sonar y al instante se presentan mis hermanos.

- Si es así - concluyó Wu-Kung -, cuanto antes toques el tambor y tañas la campana, mejor.

Un general -tortuga salió inmediatamente a sonar la campana, mientras un mariscal hacía otro tanto con el tambor. Apenas habían dejado de vibrar los instrumentos, cuando hicieron su aparición en el patio exterior del palacio los Reyes Dragón de los Tres Océanos.

- Querido hermano - preguntó Ao-Chin, alarmado -, ¿quieres explicarnos qué es lo que te ha hecho batir el tambor y tañar la campana?

- Es demasiado largo de contar, hermano - respondió el viejo dragón -. Tengo conmigo a cierto sabio procedente de la Montaña de las Flores y Frutos. Se presentó de improviso ante mí, afirmando que era vecino mío, y me pidió que le facilitara un arma apropiada a sus dotes militares. Le ofrecí un tridente de acero y un hacha de guerra, pero aquél le pareció demasiado pequeño y ésta, excesivamente ligera. Finalmente él mismo se apropió de la barra de hierro celeste que marcaba la profundidad del Río Celeste y empezó a hacer fintas y pases, como si se encontrara en el corazón mismo de una refriega. Ahora se ha sentado en el palacio y dice que no lo abandonará hasta que no le haya provisto de un ropaje apropiado para la batalla. Lo malo es que yo no dispongo de ninguno. Ésta es la razón por la que he hecho sonar el tambor y la campana y os he invitado a venir. Si alguno de vosotros tiene lo que ese sabio anda buscando, os agradecería que se lo dierais cuanto antes. Así podría deshacerme de él de una vez por todas.

Cuando Ao - Chin lo oyó, montó en cólera y dijo:

- Convoquemos a nuestro ejército y hagámosle prisionero.

- ¡Ni se te ocurra hacer semejante locura! - exclamó, alarmado, el viejo dragón -. No quiero oír hablar de eso. Un pequeño golpe con su barra de hierro es prácticamente mortal. Simplemente con tocarla, la piel se desgarran y los músculos quedan reducidos a puros guñapos. ¡Esa arma es invencible!

- Si es así - concluyó Ao -Jun, el Rey Dragón del Océano Occidental -, opino que lo más prudente será no mover ni un solo dedo en su contra. Démosle el atavío militar que busca y librémonos cuanto antes de él. Después presentaremos una queja formal ante el Cielo y él se encargará de darle el castigo que merece.

- Tienes razón - convino Ao-Shun, el Rey Dragón del Océano Septentrional -. Aquí tengo un par de zapatos para andar por las nubes del color de la raíz del loto.

- Yo he traído una coraza y una cota de malla de oro - confesó Ao-Jun, el Rey Dragón del Océano Occidental.

- Y yo un yelmo, también de oro, coronado por un manojito de plumas de fénix - dijo, a su vez, Ao-Chin, el Rey Dragón del Océano Austral.

Al viejo dragón se le iluminó el rostro de alegría y se metió a toda prisa en el Palacio de Cristal de Agua con tan singulares regalos. Wu-Kung se puso en seguida el yelmo con las plumas, la coraza de oro y los zapatos de andar por las nubes y, echando mano de la barra, se abrió paso entre los dragones, haciendo como si estuviera luchando y gritando con todas sus fuerzas:

- ¡Lamento haberos molestado!

Los Reyes Dragón de los Cuatro Océanos estaban furiosos por tan desconsiderado comportamiento. Entraron en el palacio y redactaron una queja formal, de la que, por el

momento, no hablaremos aquí.

El Rey de los Monos, mientras tanto, volvió a abrirse camino por las aguas y fue a parar directamente a la cabecera del puente de hierro. Los cuatro monos ancianos estaban esperando pacientemente, al frente de todos los demás, a su esforzado señor. Cuando más distraídos estaban, vieron saltar de pronto a Wu-Kung de las aguas. Su cuerpo estaba tan seco como si jamás se hubiera zambullido en ellas. Los monos se sintieron tan desconcertados que, echándose rostro en tierra, empezaron a gritar:

- ¡Qué cosas es capaz de hacer nuestro gran rey! ¡Qué maravillas!

Radiante de satisfacción, Wu-Kung tomó asiento en su trono, colocando la barra de hierro justamente delante de él. Como no tenían otra cosa que hacer, los monos se acercaron, tímidos, y trataron de levantar el tesoro de su señor. Todo resultó inútil. Era como si una libélula se hubiera empeñado en sacudir las ramas de un árbol de hierro. Ni un solo milímetro lograron moverla. Desconcertados, empezaron a morderse los dedos y a chascar la lengua, diciendo:

- ¡Qué pesado es esto! ¿Cómo te las has arreglado para traerlo hasta aquí?

Wu-Kung se llegó hasta la barra, extendió las manos y la cogió sin ninguna dificultad. Después, soltando la carcajada, respondió:

- A cada cosa le corresponde un dueño. Esta maravilla ha ocupado, durante nadie sabe cuántos miles de años, el centro mismo del tesoro del océano. Últimamente ha estado brillando con machacona insistencia, pero para el Rey Dragón no se trataba más que de un trozo de hierro negro, aunque para nadie era un secreto que había servido para marcar la profundidad del Río Celeste. Ni el Dragón ni sus súbditos podían moverlo del sitio y me pidieron que lo hiciera yo solo. Al principio esta pieza única medía más de quince pies y poseía un grosor mayor que el de una cuba, pero, una vez que hube manifestado mi deseo de que fuera un poco menor, así lo hizo ella. Y no en una sola ocasión o dos, sino en tres. Cuando, por fin, pude examinarla con cierto detenimiento, vi que en uno de sus extremos tenía grabada la siguiente inscripción: "La complaciente barra de las puntas de oro. Peso: trece mil quinientos kilos". Apartaos un momento, que voy a pedirle que cambie otro poco más.

La cogió a continuación en sus manos y gritó:

- ¡Hazte más pequeña, más pequeña!

Al instante se redujo hasta adquirir el tamaño de una diminuta aguja de bordar, lo suficientemente pequeña para ser escondida en un oído sin ser vista. Al verlo, los monos exclamaron, atemorizados:

- ¡Es extraordinario! ¿Por qué no te la sacas de la oreja y juegas un poco más con ella?

El Rey de los Monos así lo hizo. La colocó cuidadosamente en la palma de una mano y, de nuevo, le ordenó:

¡Hazte mayor! ¡Más grande, más grande!

Ella le obedeció en seguida y volvió a adquirir el grosor de una cuba y una largura que superaba con creces los veinte pies de largo. Wu-Kung estaba tan encantado con ese juego que abandonó el puente a toda prisa y salió al exterior de la caverna. Agarró fuertemente la barra con las manos y se puso a practicar la magia de la imitación cósmica. Se inclinó con respeto y volvió a gritar con fuerza:

- ¡Crece cuanto puedas!

En un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo adquirió una altura de diez mil pies, su cabeza se hizo tan grande como el Monte Tai, su pecho se convirtió en rugosidad de escarpadas cumbres, sus ojos se transformaron en rayos, sus dientes en espadas y hachas, y su boca parecía un cuenco de sangre. La barra que sostenía en sus manos había alcanzado un tamaño tal que su extremo más alto tocaba el trigésimo tercer cielo y el más bajo se adentraba en el décimo octavo nivel del infierno. Los tigres, leopardos, lobos, toda clase

de animales reptantes, los monstruos de la montaña y los reyes demonios de las setenta y dos cavernas estaban tan asustados, al ver semejante portento, que inmediatamente se tiraron rostro en tierra y presentaron sus respetos al Rey de los Monos, golpeando sin parar el suelo con la frente. Satisfecho de tanta sumisión, Wu-Kung volvió a adquirir la forma que le era habitual, reduciendo, al mismo tiempo, la barra de hierro al tamaño de una minúscula aguja de bordar, que se guardó inmediatamente en el oído. Sin más, regresó a la caverna que constituía su morada. Los reyes demonios de las otras cuevas estaban, sin embargo, tan asustados que continuaron durante un buen rato golpeando, sumisos, la tierra con la frente.

Para festejar el regreso de su señor, los monos desplegaron sus estandartes, batieron los tambores e hicieron sonar con toda su potencia las sonajas y los gongs. Al mismo tiempo, le ofrecieron un espléndido banquete, del que no faltó manjar exquisito alguno. Las copas rebosaban de vinos de frutas y del sabroso zumo de los cocos. El banquete duró varios días, hasta que, cansados de tanto comer, decidieron reanudar sus prácticas militares. El Rey de los Monos nombró comandantes de sus tropas a los cuatro ancianos, correspondiendo a Ma y a Liu, las dos hembras, el cargo de mariscales, y a los dos machos, Peng y Pa, el de generales. A los cuatro les fueron encomendadas tareas de tanta importancia como la defensa del campamento y el mantenimiento de la disciplina entre la tropa. De esta forma, el Rey de los Monos pudo dedicarse sin ninguna preocupación a caminar por las nubes, cabalgar en el rocío, visitar los cuatro mares y retozar a sus anchas por diez mil montañas. No obstante, no echó en saco roto sus aficiones militares, entrevistándose continuamente con los héroes y guerreros más afamados, con los que estableció lazos de profunda amistad, sirviéndose a veces del remedio infalible de su magia. Selló, al mismo tiempo, alianzas con otros seis monarcas tan poderosos como el Rey - Monstruo Toro, el Rey - Monstruo Dragón, el Rey - Monstruo Garuda, el Rey León de la Melena Larga, la Reina de los Monos y el Rey de los Simios Gigantes. Juntos formaron la Hermandad de los Siete. A diario se reunían a discutir de asuntos tanto militares como civiles, brindaban sin parar a la salud de todos ellos, cantaban delicadísimas canciones y bailaban al son de antiquísimos instrumentos. Se reunían al amanecer y se despedían en cuanto se hacía de noche. No había placer del que no se privaran, viajando a veces diez mil kilómetros para experimentar uno nuevo. Para ellos la distancia, simplemente, no existía. Como muy bien afirma el dicho, "un mero movimiento de cabeza supera los tres kilómetros, mientras que un giro del cuerpo equivale a ochocientos".

Un día los cuatro comandantes recibieron la orden de preparar en su caverna un espléndido banquete, al que fueron cumplidamente invitados los otros seis reyes. Sin pérdida de tiempo fueron sacrificados gran cantidad de caballos y vacas, que después se ofrecieron al Cielo y a la Tierra. Los comensales bebieron hasta caerse borrachos por el suelo, mientras grupos de diablillos no cesaban de cantar ni de bailar. El convite resultó tan perfecto que, después de despedir a sus ilustres huéspedes, recompensó a los comandantes con espléndidos regalos. Se tumbó después bajo un grupo de pinos que crecían, altivos, junto al puente de hierro y no tardó en quedarse dormido. Al verlo, los cuatro ancianos llamaron en seguida a todos los monos y les ordenaron que formaran un apretado círculo alrededor de su señor. Nadie se atrevía a levantar la voz por temor a despertarle.

El Hermoso Rey de los Monos vio acercarse en sueños a dos hombres con una citación en la mano en la que podían leerse estos tres caracteres: Sun Wu-Kung. Se llegaron hasta él y, sin mediar una sola palabra, le ataron con una cuerda y se lo llevaron a rastras. El espíritu del Hermoso Rey de los Monos forcejeó cuanto pudo, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. No tardaron en llegar a los lindes de una ciudad. Sin saber

por qué, el Rey de los Monos levantó la cabeza y vio un letrero de metal en el que habían sido grabados los siguientes caracteres: "Ésta es la Región de la Oscuridad".

El Hermoso Rey de los Monos recobró del todo la consciencia y dijo:

- La Región de la Oscuridad es la morada de Yama, el Rey de la Muerte. ¿Se puede saber por qué me habéis traído aquí?

- Muy sencillo - respondieron los dos hombres -. Ha finalizado tu etapa en el Mundo de la Vida y hemos recibido la orden de arrestarte.

- Yo soy el Mono y estoy por encima de las Tres Regiones y de las Cinco Fases. Por lo tanto, Yama no tiene jurisdicción alguna sobre mí. ¿Cómo es posible que os haya ordenado arrestarme? ¡Carece de poder para ello!

Pero los hombres no le hicieron el menor caso. Continuaron empujándole y tirando de él, decididos a hacerle entrar por la fuerza en la ciudad. El Rey de los Monos se puso furioso, al ver la desconsideración con que le trataban. Sacó la barra de hierro, la hizo crecer hasta que hubo alcanzado el grosor de un cuenco de arroz, la elevó por encima de su cabeza y la dejó caer sobre los dos desgraciados, que al punto quedaron reducidos a pura ceniza. Después se libró de la cuerda y, con las manos totalmente libres, entró a saco en la ciudad, blandiendo la barra. Al verlo, demonios con cabeza de toro se escondieron aterrorizados, mientras otros con cara de caballo encontraban refugio donde buenamente podían. Un destacamento de soldados fantasma lograron llegar al Palacio de la Oscuridad y gritaron, jadeantes por su empavorecida carrera:

- ¡Se ha producido una gran calamidad! ¡Un incalificable desastre! Un dios del trueno, con la cara cubierta totalmente de pelo, ha entrado en la ciudad como un torbellino y se dirige hacia aquí.

La noticia alarmó de tal manera a los Diez Reyes del Mundo Inferior que se estiraron un poco las ropas y salieron a ver qué era lo que pasaba. Al ver la aguerrida y fiera figura de Wu-Kung, se pusieron en fila, siguiendo escrupulosamente el rango que ocupaban en el reino de la muerte, y, después de saludarle con inesperado respeto, le preguntaron:

- ¿Os importaría decirnos cuál es vuestro nombre?

- Soy Sun Wu-Kung, sabio de origen celeste procedente de la Caverna de la Cortina de Agua, ubicada en la Montaña de las Flores y Frutos - contestó el Rey de los Monos -. ¿Se puede saber qué clase de funcionarios sois vosotros?

- Somos los Emperadores de la Oscuridad - respondieron, a su vez, los Diez Reyes, haciendo una reverencia -, los Señores del Mundo Inferior.

- Decidme cada uno vuestro nombre, si no queréis que os dé una paliza - amenazó Wu-Kung.

- Somos - replicaron los Diez Reyes a la vez - el Rey Chin-Kuang, el Rey del Río de los Orígenes del que todo surgió, el Rey del Imperio de los Sung, el Rey de los Espíritus Vengadores, el Rey Yama, el Rey de los Rasgos Idénticos, el Rey del Monte Tai, el Rey de los Mercados de la Ciudad, el Rey del Cambio Total y el Rey de la Rueda-que-no-cesa-de-girar.

- Puesto que todos sois miembros de la realeza - les increpó Wu-Kung -, deberíais ser un poco más inteligentes y saber a quién recompensáis y a quién castigáis. ¿Cómo es posible que seáis incapaces de distinguir el bien del mal? Yo he penetrado en los secretos del Tao y he recibido en recompensa la inmortalidad. Poseo, por tanto, la misma edad que los Cielos, encontrándome al otro lado de las Tres Regiones y de las Cinco Fases. ¿Por qué habéis ordenado, pues, mi arresto?

- Tratad de controlaros, por favor - le sugirieron los Diez Reyes -. Como comprenderéis, la cosa no es tan sencilla. En este mundo hay muchísima gente con el mismo nombre y el mismo apellido. ¿No se os ha ocurrido pensar que, quizás, nuestros

emisarios os hayan confundido con otro?

- ¡Tonterías! - exclamó Wu-Kung, más malhumorado todavía -. El dicho afirma que "yerran el magistrado y el funcionario, pero no el hombre del que éstos dependen". Enseñadme los libros en el que anotáis los nacimientos y las defunciones. Venga, rápido. No me hagáis perder el tiempo.

Los Diez Reyes le invitaron en seguida a entrar en el palacio a comprobarlo por sí mismo. Con paso decidido y sin soltar un solo segundo la barra, Wu-Kung se adentró en la Mansión de la Oscuridad y tomó asiento, mirando hacia el sur, en el principal de sus salones. Los Diez Reyes hicieron llamar al juez encargado del libro de registros y le ordenaron que lo trajera para examinarlo. Sin pérdida de tiempo, el oficial salió por una puerta lateral y regresó a los pocos segundos con cinco o seis volúmenes de documentos y legajos, en los que constaban todos los datos sobre las diez especies de seres vivos. Con inesperada destreza Wu-Kung los fue recorriendo uno por uno - animales de pelo corto, de pelo largo, con alas, reptantes, con escamas -, pero no pudo encontrar entre ellos su nombre. Con idéntico resultado revisó los datos sobre los monos, cosa que no le sorprendió en absoluto, ya que, aunque su apariencia era humana, no era propiamente un hombre; aunque poseía pelo corto, su morada trascendía a la de los animales de ese reino; aunque se parecía a las bestias, no era súbdito del unicornio; y aunque, de alguna forma, su apariencia recordaba a la de los seres que vuelan, su destino no estaba fijado por los caprichos del fénix. Tuvo, pues, que examinar con cuidado una serie de legajos aparte, entre los que encontró finalmente, bajo el epígrafe "espíritu mil trescientos cincuenta", el nombre de Sun Wu-Kung. En su expediente se leía: "Mono de piedra engendrado por el Cielo. Edad: trescientos cuarenta y dos años. Final feliz".

- Yo no sé exactamente la edad que tengo - afirmó Wu-Kung -, ni me interesa. Lo único que quiero es borrar cuanto antes mi nombre de aquí. Así que haced el favor de traerme un pincel.

El juez obedeció con presteza. En menos que pestañea un tigre le alcanzó un pincel, que él llenó en seguida de tinta. Tomó después los legajos de los monos y tachó los nombres de todos los que pudo, antes de tirar los papeles al suelo y decir con manifiesto desprecio:

- Espero no tener que volver a hacerlo. En modo alguno estoy sujeto a vuestro capricho. ¡Recordadlo! - y, agarrando su barra de hierro, abandonó la Región de la Oscuridad.

Los Diez Reyes no se atrevieron a impedírselo ni osaron dirigirle otra vez la palabra. Consideraron más oportuno acudir directamente al Palacio de la Nube de Jade y consultar al Rey Ksitigarbha sobre lo ocurrido. En su ánimo estaba informar al Cielo de tan desagradable incidente, asunto del que, por el momento, no trataremos.

El Rey de los Monos estaba a punto de abandonar la ciudad, cuando tropezó de pronto con unas zarzas y cayó lastimosamente al suelo. Eso hizo que se despertara al instante, dándose entonces cuenta de que todo había sido un sueño. Mientras se desperezaba a sus anchas, oyó que los cuatro comandantes y otros monos más gritaban, aliviados:

- ¿Puede saberse cuánto vino bebisteis ayer? Habéis dormido toda la noche de un tirón. ¿Cómo es posible que no os hayáis despertado ni una sola vez?

- ¿Qué tiene de especial dormir como un tronco? - replicó Wu-Kung -. Nada, ciertamente. Lo más desazonador, no obstante, ha sido que he soñado que dos hombres me arrestaban y que no me percaté de sus intenciones hasta que no estuvimos en la Región de la Oscuridad. Hice entonces una demostración de fuerza, llegándome hasta el mismísimo Palacio de la Muerte y encarándome directamente con sus Diez Reyes. Les exigí que me dejaran examinar los legajos de los nacimientos y defunciones y taché todos nuestros nombres. Así que esos tipos no tienen ya ningún poder sobre nosotros.

Todos los monos se postraron rostro en tierra y empezaron a golpear el suelo con la

frente en señal de gratitud. A partir de entonces muchos monos de la montaña dejaron de envejecer, manteniéndose siempre saludables y jóvenes, dado que sus nombres no estaban ya registrados en el Mundo Inferior. Cuando el Hermoso Rey de los Monos dio por concluido su relato de lo ocurrido, los cuatro comandantes se lo contaron, a su vez, a los reyes demonios de las otras cuevas, quienes vinieron al instante a expresarle su profundo agradecimiento. Lo mismo hicieron los restantes miembros de la Hermandad de los Siete a los pocos días. Todos estaban encantados de que sus nombres no figuraran ya en los registros de los Diez Reyes. En prueba de reconocimiento, ofrecieron un espléndido banquete a su esforzado hermano, de cuyo fausto no hablaremos aquí.

Sí lo haremos, por el contrario, del Venerable Sabio Celeste, el Emperador de Jade del Dignísimo Deva, quien a los pocos días convocó audiencia pública en la Sala del Tesoro de la Niebla Divina, situada en pleno centro del Palacio de Nubes de los Arcos de Oro. Apenas habían tomado asiento los oficiales celestes, cuando se presentó de improviso el inmortal taoísta Chiu Hung-Chr y anunció con segura voz:

- Majestad, Ao-Kuang, Rey Dragón del Océano Oriental, acaba de llegar al Palacio Transparente y solicita ser recibido inmediatamente por vos, para entregaros un informe urgente.

El Emperador de Jade ordenó que fuera conducido a su presencia y a los pocos segundos Ao-Kuang, solemne, hizo su entrada en el Salón de la Niebla Divina. Tras presentar sus respetos, un paje tomó el informe y lo puso directamente en manos del Emperador de Jade, quien lo leyó de un tirón de principio a fin.

Procedente de la región del Océano Oriental, que se halla en Purvavideha, el Continente del Este, acude respetuosamente ante vos vuestro humilde siervo el dragón Ao-Kuang, con el fin de informar al Eminente Señor del Cielo de lo siguiente: Sun Wu-Kung, inmortal sin escrúpulos, originario de la Montaña de las Flores y Frutos y residente actualmente en la Caverna de la Cortina de Agua, ha ofendido seriamente a vuestro humilde servidor, entrando por la fuerza en su mansión de agua. Haciendo uso de la intimidación, exigió la entrega de un arma mágica. No contento con eso, demandó posteriormente, valiéndose de escalofrantes amenazas, un atavío militar apropiado. Sin ninguna consideración aterrorizó a toda mi familia e hizo huir a mis tortugas. No os digo más que el Dragón del Océano Austral se puso a temblar como una hoja sacudida por el viento, el del Océano Occidental cayó presa del más indescriptible horror, el del Océano Septentrional se vio obligado a inclinar la cabeza en señal de sumisión, y vuestro humilde servidor, Ao-Kuang, no tuvo más remedio que doblar el cuerpo en prueba de total sometimiento. Aparte de eso, hubimos de regalarle una barra mágica de hierro, un yelmo de oro coronado por plumas de fénix, una cota de malla del mismo metal y unos zapatos para andar por las nubes. Tratamos después de despedirle de la forma más cortés que conocemos, pero él, empeñado en demostrar sus conocimientos marciales y su dominio de la magia, tuvo la desfachatez de decirnos: "Perdonad, si os he molestado". He de reconocer que ninguno éramos un contrincante adecuado para él y que, ni aun juntando nuestras fuerzas, hubiéramos sido capaces de dominarle. Vuestro siervo solicita, por tanto, de vuestro incuestionable sentido de la justicia, cumplida venganza para nuestro agravio, suplicándoos humildemente que enviéis cuanto antes un destacamento de soldados celestes a prender a ese monstruo. De esta forma, volverá a florecer la tranquilidad en todos los océanos y la prosperidad se extenderá por todas las Regiones Inferiores. Éste, y no otro, ha sido precisamente el fin que nos ha movido a entregaros el presente informe.

Cuando el Emperador Celeste hubo concluido su lectura, se volvió hacia su súbdito y le ordenó:

- Podéis regresar a vuestro océano con la seguridad de que mis generales se encargarán

de arrestar cumplidamente al culpable.

El Rey Dragón se despidió de su soberano, tocando el suelo con la frente en señal de gratitud, y abandonó el palacio. No había transpuesto la última de sus puertas, cuando el Inmortal Go, el Maestro Divino, se adelantó y anunció, solemne:

- Acaba de llegar a presentar un informe a su majestad el Rey Chin-Kuang, Oficial de la Oscuridad y protegido del muy venerable Rey Ksitigarbha, Alto Comisario del Mundo Inferior.

Una muchacha de jade se llegó hasta él, tomó el informe y se lo entregó al Señor del Cielo, quien lo leyó de cabo a rabo de un tirón.

- La Región de la Oscuridad - comenzaba afirmando el escrito - es la porción más inferior de la Tierra. De la misma forma que los Cielos están reservados para los dioses, la Tierra pertenece de lleno al dominio de los espíritus. De esta forma, la vida y la muerte se van sucediendo de una manera totalmente cíclica. Las bestias y los animales están continuamente naciendo y muriendo. El macho y la hembra son los encargados de tan extraordinario proceso, principios creativos en los que todo nacimiento y transformación tienen su origen. Tal es el orden de la naturaleza, que en modo alguno puede ser alterado. Pero de pronto ha irrumpido en nuestros dominios Sun Wu-Kung, un funesto mono de origen celeste, residente actualmente en la Caverna de la Cortina de Agua, en la Montaña de las Flores y Frutos, y cultivador asiduo de todo tipo de maldad y violencia, y se ha negado a aceptar nuestras irrevocables decisiones. Valiéndose de la magia, se libró de los espíritus mensajeros de la Oscuridad de los Nueve Pliegues, llegando a aterrorizar incluso, por pura fuerza, a los Diez Piadosos Reyes que la gobiernan. Pero fue aún mayor la confusión que trajo al Palacio de la Oscuridad, ya que, haciendo uso de tan censurables métodos, se apropió del Libro de los Nombres y borró de él todos los monos que pudo. Como consecuencia se ha perdido el necesario control sobre esa especie, que ahora goza de una desproporcionada vida larga, y la rueda de la transmigración se ha visto detenida con inesperada brusquedad, ya que han sido eliminados del mundo de los simios el nacimiento y la muerte. Sabemos que, al presentaros este informe, corremos el riesgo de atraer vuestro enfado sobre nuestras cabezas, pero hemos considerado que hacerlo era nuestro deber. Por tanto, humildemente nos atrevemos a sugeriros que enviéis cuanto antes vuestro ejército contra ese usurpador. De esa forma, la vida y la muerte quedarán, una vez más, bajo nuestro control y el Mundo Inferior volverá a recobrar la seguridad que desde siempre poseyó. Os presentamos este informe con el mayor de los respetos.

En cuanto el Emperador de Jade lo hubo leído, se volvió a su súbdito y le ordenó:

Podéis regresar al Mundo Inferior. Os aseguro que mis generales detendrán a ese culpable y le darán su merecido.

El Rey Chin-Kuang volvió a tocar el suelo con la frente, en señal de gratitud, y abandonó el palacio de su señor. En cuanto se hubo marchado, el Gran Deva convocó a su consejo de inmortales y les preguntó:

- ¿Sabe alguno de vosotros cuándo nació ese mono alborotador y en qué reencarnación comenzó su largo camino hacia la perfección? ¿Cómo es posible que haya llegado en tan poco tiempo a alcanzar un dominio semejante del Gran Arte?

Apenas había acabado de hablar, cuando dieron un paso al frente el Ojo de los Mil Kilómetros y el Oído del Viento Férreo y dijeron a coro:

- Ese es el mono de piedra que nació bajo la acción directa del Cielo hace aproximadamente trescientos años. A pesar de su origen, no parecía tener poderes especiales, por lo que desconocemos dónde ha podido adquirir el conocimiento del que ahora hace gala y que ha terminado convirtiéndole en un inmortal. Para él no encierra secreto alguno amaestrar tigres y dominar dragones, a la luz de lo cual no resulta tan

sorprendente que altere por la fuerza los Registros de la Muerte.

- ¿Quién de mis generales está dispuesto a bajar a detenerle? - volvió a preguntar el Emperador de Jade.

No había acabado de hacerlo, cuando dio un paso al frente el Espíritu Sempiterno del Planeta Venus y, postrándose rostro en tierra, dijo:

- Altísimo Soberano, todos los seres de las Tres Regiones que disponen en sus cuerpos de nueve aperturas son capaces de alcanzar la inmortalidad a través del simple ejercicio. No es raro, por tanto, que ese mono lo haya logrado, máxime cuando el mismo Cielo y la Tierra colaboraron en la formación de su cuerpo, el sol y la luna fueron los encargados de modelar sus rasgos y él mismo posee una cabeza que señala directamente a los Cielos, unos pies que se apoyan en la Tierra Para andar y se alimenta de neblinas y rocío. ¿En qué se diferencia de un ser humano, ahora que incluso puede dominar dragones y amaestrar tigres? Permitid a vuestro siervo recordaros que siempre os habéis mostrado generoso con todos los seres. ¿Por qué no hacéis público, pues, un decreto de reconciliación, le ordenáis después venir a estas Regiones Celestes y le concedéis algún cargo de tipo oficial? De esta forma, su nombre quedará consignado en el registro y podremos controlarle mejor. Si se muestra respetuoso con vuestras decisiones, será recompensado convenientemente y adquirirá una posición más alta. Si, por el contrario, se rinde a la desobediencia, le arrestaremos sin pérdida alguna de tiempo. De esta forma, nos ahorraremos, en primer lugar, una expedición militar y, en segundo, daremos entre nosotros la bienvenida a un inmortal con el decoro que merece.

- Vuestros puntos de vista son acertados y prudentes - comentó, complacido, el Emperador de Jade -. Tened por seguro que los seguiremos al pie de la letra.

Se volvió a continuación al Espíritu Sideral de las Canciones y le ordenó que redactara inmediatamente el decreto, nombrando acto seguido mensajero del mismo a la Estrella de Oro del Planeta Venus. En cuando el documento estuvo concluido, éste lo tomó en sus manos y abandonó el Palacio Celeste por su Puerta Sur. Sin pérdida de tiempo se montó en su nube santa y descendió, como una exhalación, hasta la Caverna de la Cortina de Agua en la Montaña de las Flores y Frutos. Allí se encontró con varios monos, a los que informó:

- Soy un mensajero celeste, enviado directamente desde lo alto, y traigo conmigo una orden imperial en la que se invita a vuestro rey a acudir sin pérdida de tiempo a las Regiones Superiores. Así que, cuanto antes se lo comunicáis, mejor para todos.

Los monos se fueron pasando unos a otros la orden, hasta que llegó al corazón mismo de la caverna y uno de ellos pudo, por fin, informar a su señor:

- Ahí fuera hay un hombre con un escrito en sus manos, que dice ser un enviado del Cielo y afirma traer una invitación de parte del Emperador para vos.

Al oírlo, el Hermoso Rey de los Monos se sintió profundamente halagado y dijo:

- Precisamente estos dos últimos días he estado cavilando sobre la posibilidad de hacer un pequeño viaje a los Cielos y resulta que ahora viene un enviado de lo alto a invitarme. No puede decirse que mi suerte sea mala.

A toda prisa se arregló un poco las ropas y salió a dar la bienvenida a tan ilustre huésped. La Estrella de Oro se llegó hasta el centro mismo de la caverna y se mantuvo todo el tiempo de pie, sin dejar de mirar hacia el sur.

- Yo - anunció, solemne - soy la Estrella de Oro del Planeta Venus y he descendido a la Tierra para entregaros en mano este decreto de reconciliación de parte del Emperador de Jade e invitaros a ascender al Cielo, donde recibiréis uno de los nombramientos más altos reservados a los inmortales.

- Agradezco sobremanera la inesperada visita de la Estrella de Oro - replicó Wu-Kung, sonriendo. Se volvió después a sus súbditos y les ordenó -: Preparad un banquete para

nuestro ilustre visitante.

La Estrella de Oro, sin embargo, rechazó tan halagadora invitación, diciendo:

- Como portador de un documento imperial, no me está permitido permanecer aquí mucho tiempo. Me temo que debo pedir que vengáis conmigo inmediatamente. Ya tendremos más adelante ocasión de charlar y divertirnos juntos, cuando hayáis sido ascendido a la alta posición que el Emperador os tiene reservada.

- Vuestra presencia entre nosotros es un incalificable honor - dijo, ceremonioso, Wu-Kung -. Me da no sé qué dejaros marchar con las manos vacías.

Poco más podía hacer. Convocó a sus cuatro comandantes y les exhortó:

- No os olvidéis de adiestrar a los más jóvenes y, ante todo, estad tranquilos. Voy a subir al Cielo a ver si encuentro allí un lugar en el que podamos vivir todos juntos.

Los cuatro comandantes se inclinaron ante él en señal de acatamiento y el Rey de los Monos, montándose en la misma nube que la Estrella de Oro, se elevó a toda prisa. Guiado por su acompañante, ascendió hasta el punto más alto del Cielo, el reservado a los inmortales de mayor rango, donde se encontró con la sorpresa de que su nombre había sido escrito en los incontables rollos de papel que cubrían las columnas de nubes. Desconocemos qué cargo le fue confiado por la benevolencia del Emperador Celeste. Quien desee saberlo deberá escuchar atentamente las explicaciones que se ofrecen en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

¿CÓMO PODÍA SENTIRSE SATISFECHO DE SU NOMBRAMIENTO COMO PI-MA? SU DESCONTENTO, A PESAR DE SER CONOCIDO COMO EL SOSIA DEL CIELO

La Estrella de Oro del Planeta Venus abandonó la caverna acompañada por el Hermoso Rey de los Monos y juntos se remontaron por encima de las nubes. A Wu-Kung, sin embargo, le pareció que viajaban demasiado despacio y dio su famosa voltereta. Pronto adquirió una tremenda velocidad que le permitió dejar muy atrás a la Estrella de Oro y llegar primero a la Puerta Sur de los Cielos. Cuando, después de bajar de su nube, se disponía a entrar en el palacio, aparecieron el Devaraja Virudhaka, Pang, Liu, Kou, Pi, Tang, Hsin, Chang, Tao y otros héroes celestes con espadas, cimitarras, hachas y espadas en las manos. Con ademán fiero se llegaron hasta él, cortándole la entrada e impidiéndole seguir adelante.

- ¿Qué clase de estafador es ese tal Estrella de Oro? - exclamó, malhumorado, el Rey de los Monos -. Si, como dice, he sido invitado a venir aquí, no comprendo cómo todos éstos vuelven contra mí sus espadas y lanzas, negándose a dejarme entrar.

No había acabado de airear tan justa protesta, cuando la Estrella de Oro llegó jadeando. Wu-Kung se volvió, furioso, contra él y le recriminó, diciendo:

- ¿Por qué me has engañado? Si estoy aquí, es porque tú mismo me informaste de que el Emperador de Jade te había entregado un decreto de reconciliación para mí. Si eso es cierto, ¿cómo es posible que me cierren éstos la entrada y se empeñen en no dejarme pasar?

- Ante todo tratad de calmaros - le aconsejó la Estrella de Oro, sonriendo -. Puesto que antes no habéis estado en el Palacio Celeste ni poseéis un nombre apropiado, es natural que no os conozcan los guardianes. ¿Cómo van a dejaros pasar, si sois un perfecto desconocido para ellos? En cuanto os hayáis entrevistado con el Honorable Veda y éste os haya confiado una responsabilidad oficial, vuestro nombre aparecerá en las listas de los inmortales y podréis entrar y salir cuando buenamente os plazca. ¿Quién va a atreverse entonces a cortaros la entrada?

- Todo eso me parece muy bien - admitió Wu-Kung, más calmado -. Pero, visto cómo me han tratado, no pienso entrar solo.

- En ese caso, lo haré yo con vos - concluyó la Estrella de Oro, agarrándole de la mano. De esta forma, se dirigieron hacia la puerta. Cuando estaban a pocos pasos de ella, la Estrella de Oro levantó la voz y dijo con todas sus fuerzas -: ¡Abrid las puertas, guardianes del Palacio Celeste, y dejad entrar a este respetable inmortal! Procede de la Región Inferior y ha sido llamado por el Emperador de Jade en persona para hacerle entrega de un decreto de reconciliación.

El Devaraja Virudhaka y los otros héroes celestes depusieron al punto las armas y se hicieron a un lado para dejar pasar a visitantes tan ilustres. De esta forma, el Rey de los Monos terminó creyendo lo que se le había dicho. Guiado por la Estrella de Oro, entró, por fin, en el palacio, quedándose admirado ante tanta belleza. Era la primera vez que visitaba la Región de lo Alto y le impresionó vivamente la magnificencia del Salón Celeste, donde diez mil dardos de luz dorada giraban, como un torbellino, formando un impresionante arco iris de coral. La atmósfera poseía una delicada tonalidad azul, producida por miles de capas de aire sagrado. ¡Qué espléndida era, en verdad, la Puerta Sur! Estaba cubierta de brillantes teselas de color verde oscuro y coronada por impresionantes almenas de jade. A sus dos lados se veían apostadas veintenas de centinelas, algunos tan altos que sus cuerpos sobresalían por encima de los bastiones y, todos, armados con arcos y otras armas arrojadizas. Adondequiera que se dirigiera la vista podían verse seres celestes protegidos por armaduras de oro y sosteniendo en sus aguerridas manos hachas, látigos, cimitarras y espadas.

Pero si impresionante era el exterior de la corte, su interior lo superaba con creces. Sus salones parecían jardines en los que sólo crecían enormes pilares, en los que habían sido esculpidos dragones de un color rojo brillante con escamas de oro puro que relucían al sol. En sus amplios espacios abiertos se habían levantado puentes llamativamente largos, sobre los que revoloteaban fénix de cabeza rojiza y plumaje de vivos y múltiples colores. A ratos una neblina brillante reflejaba la trémula luz del cielo, para tornarse verde a continuación y hacerse tan densa que llegaba a oscurecer el tímido parpadeo de las estrellas.

En tan maravilloso lugar se elevaban las treinta y tres mansiones celestes ¹, que poseen nombres tan significativos como Nube Desperdigada, Vaisravana, Pancavidya, Suyama, Nirmanarati... y en cuyo caballete del tejado se apreciaba la presencia de una bestia de oro. También podían verse allí las setenta y dos salas del tesoro, designadas con nombres tales como Reunión Matutina, Vacío Sobrenatural, Preciosa Luz, Rey Celeste, Divino Maestro... y cuyas columnas poseían frisos de unicornios de jade. Allí, igualmente, crecían flores que llevaban abiertas sin marchitarse más de mil milenios, y hierbas exóticas, usadas en la preparación de diferentes elixires, que no habían perdido su verdor durante los últimos diez mil años.

Wu-Kung pasó junto a la Torre Dedicada al Gran Sabio, donde pudo ver las túnicas de seda de color púrpura, brillantes como estrellas relucientes, las gorras con forma de reptil, cargadas de oro y de piedras preciosas, las horquillas de jade, los zapatos de nácar, los fajines bermellones y los ornamentos dorados. Cuando se escuchaba el tañir de las campanas de oro, cruzaban el patio color escarlata brillante los uniformes de los Tres Jueces del Reino Inferior ², mientras que, cuando se oía el redoble de los tambores celestes, lo hacían diez mil sabios de la corte, prestos a servir al Emperador de Jade.

Wu-Kung pasó también junto al Salón del Tesoro de la Niebla Divina, donde las puertas y marcos eran de jade, y las puntas y clavos que los unían, de oro puro. Sus pasillos y corredores se contaban por millares y por doquier se veían esculturas y relieves de una perfecta y elegante hechura. Poseía tres y cuatro aleros, tan espaciosos

que en cada uno de ellos cuidaban de sus crías los dragones y los fénix. En su punto más amplio se abría una espléndida cúpula redonda, gigantesca calabaza de oro color púrpura, bajo la que las diosas protectoras tendían sus abanicos y las doncellas de jade colgaban sus velos de inmortales.

La apariencia de los mariscales celestes que supervisaban la marcha de la corte era feroz, y digna la de los diez mil oficiales entre cuyas responsabilidades sobresalía la de proteger el trono. Ninguno prestaba, sin embargo, atención especial a una fuente de cristal llena hasta rebosar de píldoras del elixir de la Gran Mónada, junto a la que había varios jarrones de cornalina con ramas retorcidas de coral sobresaliendo por la grácil apertura de sus bocas. En aquel salón celeste podía contemplarse todo género de objetos extraños, absolutamente diferentes de los que pueden encontrarse en la tierra, tales como arcadas de oro, carrozas de plata, capullos de coral, plantas de jaspe con brotes tiernos de jade... Para mayor asombro, un conejo de lapislázuli se acercó al trono para presentar sus respetos al Rey de los Cielos, mientras un cuervo de oro vino volando a rendir pleitesía al Gran Sabio. ¡Qué inmensa suerte la del Rey de los Monos, al ser admitido en los misterios del reino celeste, él, que en nada era tenido en el mundo de los hombres!

La Estrella de Oro del Planeta Venus condujo al Hermoso Rey de los Monos a la Sala del Tesoro de la Niebla Divina, de donde fueron llevados, sin dilación alguna, a la presencia del Señor del Cielo. Al verle, la Estrella se echó inmediatamente rostro en tierra. Wu-Kung, por su parte, permaneció de pie, rascándose irrespetuosamente la oreja, mientras su compañero de viaje informaba a su señor del resultado de sus gestiones.

- Vuestro humilde siervo - dijo la Estrella de Oro - ha traído consigo, según vuestro deseo, al inmortal caprichoso.

- ¿Quién es ese inmortal caprichoso del que hablas? - preguntó el Emperador de Jade, condescendiente.

Sólo entonces se avino Wu-Kung a hacer una pequeña inclinación y respondió con altanería:

- ¿Quién otro podía ser más que yo?

Los funcionarios celestes enmudecieron, escandalizados, y comentaron entre sí, malhumorados:

- ¡Qué mono más maleducado! No sólo no se ha postrado ante el trono, sino que, encima, tiene la desfachatez de responder sin que nadie le haya preguntado. ¡Habrase visto tanta insolencia! ¡Es digno de pena de muerte!

- Sun Wu-Kung es un inmortal caprichoso, procedente de las Regiones Inferiores, que ha adquirido hace muy poco la apariencia humana - dijo el Emperador de Jade, saliendo al paso de sus comentarios -. Es lógico, por tanto, que desconozca la etiqueta de la corte, por lo que opino que esta vez debemos pasar por alto su insolente ignorancia.

- Nos parece acertada la decisión de su majestad - replicaron los funcionarios celestes.

Dándose cuenta de lo difícil de su situación, Wu-Kung dobló las manos sobre el pecho e hizo una profunda inclinación, al tiempo que musitaba una ininteligible expresión de gratitud. El Emperador de Jade se volvió entonces a sus subordinados y les ordenó que miraran si había algún puesto vacante que pudiera ocupar Sun Wu-Kung. Al punto se adelantó el Espíritu Estrella de Wu-Chü, que informó con tembloroso respeto:

- En todas las dependencias del Palacio Celeste no hay una sola posición vacante, gran señor. Sólo en los establos parece haber necesidad de un supervisor.

- En ese caso - concluyó el Emperador de Jade -, que se haga cargo de las caballerizas imperiales 4 y que cuide lo mejor que pueda de los caballos.

Todos los cortesanos alabaron la sabia decisión del emperador, menos, por supuesto, el

propio Mono, al que, sin embargo, no le quedó más remedio que hacer una profunda reverencia y expresar en voz alta la incondicionalidad de su gratitud. El Emperador de Jade se volvió entonces al Espíritu del Planeta Júpiter y le ordenó que acompañara a su nuevo oficial a los establos.

El Rey de los Monos siguió al Espíritu hasta las caballerizas, dispuesto a cumplir con sus nuevas responsabilidades lo mejor que pudiera. En cuanto la Estrella de Júpiter le hubo dejado solo, convocó a todos sus subordinados - caballerizos, mozos y palafreneros - y les pidió que le pusieran al tanto de la situación de los establos. Pudo comprobar, así, que el número de caballos celestes superaba con mucho el millar, contándose entre ellos animales de la valía de Hua-Lian, Chr - Ching, Lu-Ar, Hsien-Li, Tzu-Hsiang, Chüe-Te, Yao-Niao, Esposas de Dragón, Golondrinas Rojas, Alas Dobladas, Cascos de Plata, Amarillos Voladores, Castañas, Más-rápidos-que-las-flechas, Liebres Rojas, Más-veloces-que-la-luz, Luces Saltarinas, Sombras de Bóveda, Dispersadores de Niebla, Perseguidores de Viento, Destruidores de Distancia, Alas Voladoras, Provocadores de Vientos, Brisas Huracanadas, Relámpagos Deslumbrantes, Gorriones de Cobre, Nubes Flotantes, Libélulas Multicolores, Tigres Pintados, Quitadores de Polvo, Escamas Púrpura ⁵ y ejemplares procedentes de todos los rincones de la región de Ferghana ⁶. Eran animales que, como los ocho corceles y los nueve sementales, carecían totalmente de rival en un radio de mil kilómetros a la redonda. Los caballos celestes superaban en finura a todos los demás, a pesar de asemejarse su relincho al ulular del viento y poseer su galope la indescriptible fortaleza del trueno. Sin cesar hollaban la escarcha y se remontaban por encima de las nubes con inalterable brío.

El Rey de los Monos repasó cuidadosamente las listas de los animales a su cargo y realizó una detenida inspección de todas las instalaciones. Las personas a su cargo eran incontables, encargándose unos de obtener las provisiones; otros de lavar y cepillar a los caballos, cortar el heno y prepararles la comida; y otros, finalmente, de velar por la buena marcha de todo el establecimiento. Desde el primer día el nuevo "pi-ma-wen" ⁷ no descansó ni un solo momento, supervisando personalmente el cuidado de los animales, preocupándose durante el día de su estado y velándoles con paternal diligencia por la noche. A los que querían dormir los hacía espabilarse y después les daba de comer, mientras que a los que deseaban galopar los hacía entrar en los establos y no los dejaba salir. De esta forma, consiguió que, en cuanto le veían, se comportaran con una docilidad inexplicable y todos engordaron al cabo de muy poco tiempo.

Así transcurrió aproximadamente medio mes y los oficiales encargados de los otros departamentos decidieron que había llegado ya la hora de felicitarle por sus logros y admitirle definitivamente en su círculo de inmortales. Le ofrecieron, pues, un espléndido banquete, al que no faltó ninguno de los personajes más famosos de la corte. Cuando llegó el momento de los brindis, el Rey de los Monos aprovechó la ocasión para preguntarles:

- ¿Qué lugar ocupa dentro del funcionariado ese cargo de "pi-ma-wen" que yo ostento?
- Exactamente el mismo que su título - respondieron ellos, burlones.
- Sí, pero ¿cuál es su grado? - insistió él.
- Tu cargo carece totalmente de grado - explicaron ellos.
- ¿Queréis decir que es tan alto que los supera a todos y no hay ninguno sobre él? - volvió a preguntar el Rey de los Monos.
- ¡De ninguna manera! - exclamaron ellos, soltando la carcajada -. Tu posición es... ¿cómo diríamos...? reacia a toda clasificación.
- ¿Qué implicáis con eso de que es reacia a toda clasificación? - inquirió, una vez más, el Rey de los Monos.
- Nada - contestaron ellos -. Sólo que es la última de todas. Consideradlo fríamente y os

daréis cuenta de que vuestra responsabilidad consiste en cuidar exclusivamente de caballos, cosa que, en realidad, puede hacer cualquiera. Ya veis, desde vuestra llegada os habéis dedicado en cuerpo y alma a esa tarea y ¿qué recompensa habéis recibido hasta la fecha? ¡Ninguna! Si lográis que los animales engorden, como máximo os dirán que no está mal. Pero, si adelgazan o sufren algún tipo de lesión, os echarán una buena bronca y hasta es posible que os lleven ante el juez y os hagan pagar una multa considerable.

Al oír eso, al Rey de los Monos le dio un vuelco el corazón y exclamó, rechinando los dientes con amargura:

- ¿Cómo es posible que se me trate con tanto desprecio? En la Montaña de las Flores y Frutos se me tenía por un rey y era respetado como un patriarca. ¿A quién se le ocurrió traerme hasta aquí con engaños para cuidar simplemente de animales y caballos? ¿Por qué han tenido que tratarme así, cuando todo el mundo sabe que poseo cualidades para ser más que un vulgar mozo de cuadra, un trabajo de rango inferior que sólo desempeñan los menos inteligentes y los más jóvenes? ¡No volveré a ejercerlo nunca más! ¡Me niego a ello! ¡Ahora mismo me marchó!

Ciego de cólera, dio una tremenda patada a la mesa sobre la que había sido servido el banquete y se sacó de la oreja la barra de hierro, que, en un abrir y cerrar de ojos, adquirió el grosor de un cuenco de arroz. Repartiendo golpes a diestro y siniestro, salió de los establos imperiales y se dirigió hacia la Puerta Sur. Como sabían que ahora ostentaba el grado de "pi-ma-wen", los guardianes celestes no se atrevieron a echarle el alto y le dejaron abandonar libremente el Palacio Celeste.

En menos de lo que uno mueve un dedo, se montó en la nube y regresó a toda prisa a la Montaña de las Flores y Frutos. Desde el aire vio a los cuatro comandantes ejercitando a las tropas, en compañía de los Reyes Monstruos de las otras cavernas, y, levantando la voz, les gritó:

- ¡Abridme paso! ¡Vuestro rey acaba de llegar!

Al instante todos los monos se echaron rostro en tierra y empezaron a golpear el suelo con la frente. Después le condujeron con gran fanfarria al interior de la cueva, donde le ofrecieron un espléndido banquete de bienvenida. Complacido, el Rey de los Monos se sentó en su trono y los representantes de sus súbditos le dijeron, respetuosos:

- Recibid nuestra más sincera enhorabuena, gran señor. Habiendo residido más de diez años en las regiones de lo alto, es natural que demos por supuesto que hayáis obtenido infinidad de honores allá arriba, honores que, de alguna manera, a todos nos afectan.

- ¿Cómo que diez años? - exclamó el Rey de los Monos, sorprendido -. Sólo he estado ausente algo más de medio mes.

- Cuando uno vive en el Cielo, gran señor - le hicieron recapacitar algunos de sus súbditos -, pierde totalmente la conciencia del tiempo. Un día allá arriba equivale, por lo menos, a un año de la tierra. ¿Podemos preguntaros qué cargo habéis desempeñado durante vuestra ausencia?

- ¡No me habléis de eso! - contestó el Rey de los Monos, sacudiendo las manos -. ¡Me da vergüenza decíroslo! El Emperador de Jade no sabe apreciar el valor de las personas. Al ver mi apariencia de mono, me confió un cargo llamado "pi-ma", que en realidad significa caballerizo mayor de sus establos. Se trata de un trabajo tan poco considerado que ni siquiera entra dentro de la categoría de funcionario imperial. Por supuesto, yo no lo sabía, cuando me hice cargo de él; incluso llegué a pasármelo bien en los establos. Pero, cuando hoy pregunté a los otros inmortales sobre la consideración que merecía y descubrí que se trataba de una posición que no inspiraba el menor respeto, me puse tan furioso que de un solo golpe derribé la mesa del banquete que me estaban ofreciendo y renuncié a mi cargo. Ésa es la razón por la que ahora me encuentro de vuelta entre

vosotros.

- Nos alegramos de que así sea - dijeron, entusiasmados, los monos -. ¡Bienvenido a vuestro hogar! En esta cueva sagrada encontraréis el respeto y la felicidad que se os han negado en ese otro sitio. No tiene sentido abandonarla para convertirnos en un simple mozo de cuadra.

- ¡Traed vino inmediatamente y brindemos a la salud de nuestro gran rey! - gritaron otros.

Cuando más animados estaban, bebiendo y charlando alegremente, se presentó uno de sus súbditos y le informó, diciendo:

- Ahí fuera, gran señor, hay dos demonios con un solo cuerno, que desean veros.

- Hacedlos pasar - ordenó el Rey de los Monos.

En cuanto los demonios lo oyeron, se arreglaron un poco las ropas y se precipitaron al interior de la caverna, postrándose respetuosamente al ver a Sun Wu-Kung.

- ¿Se puede saber para qué queréis verme? - les preguntó el Hermoso Rey de los Monos.

- Hace ya bastante tiempo que deseábamos entrevistarnos con vos, pero no nos atrevíamos a solicitar una audiencia - confesaron los dos demonios -. Hoy, por fin, hemos oído que el Emperador Celeste os ha ofrecido un importantísimo cargo en su corte y que habéis regresado con más honores de los que un día partisteis. Eso nos ha animado a venir a regalaros esta túnica roja y gualda y a unirnos, así, a vuestra celebración. Si no tenéis inconveniente en tratar con gente tan vulgar y rastrera como nosotros, nos encantaría entrar a vuestro servicio, aunque sólo fuera como perros o animales de carga.

Gratamente complacido por su sinceridad, el Rey de los Monos aceptó el regalo, que se puso allí mismo, mientras los demás le rendían pleitesía. Su satisfacción era tan grande que, sin pensarlo dos veces, nombró a los demonios Comandantes de la Vanguardia y Mariscales de los Regimientos de Choque.

- ¿Podemos preguntaros - dijeron humildemente sus dos nuevos subordinados, después de darle las gracias - qué cargo habéis desempeñado en el Cielo durante todo este tiempo que allí habéis pasado?

- El Emperador de Jade no sabe apreciar la valía de las personas que a él se acercan - contestó el Rey de los Monos -. No es de extrañar, por tanto, que sólo me nombrara "pi-ma" de sus establos.

- ¿Cómo es posible? - exclamaron, escandalizados, los dos demonios -. Con los poderes que vos poseéis ¿y únicamente os confió el cuidado de sus caballos? No hay nada que pueda impedirnos asumir el rango de Gran Sabio, Sosia del Cielo.

El Rey de los Monos no podía ocultar su profunda satisfacción. Era, de hecho, tan grande que le resultaba prácticamente imposible refrenar su entusiasmo y no ponerse a aplaudir. Se volvió, sonriendo, a sus cuatro comandantes y les ordenó:

- Haced inmediatamente un estandarte que diga "El Gran Sabio, Sosia del Cielo", y colocadlo en un sitio bien visible. De ahora en adelante queda abolido el título de Gran Rey, debiendo hacer uso de esa otra denominación todo aquel que quiera dirigirse a mí. Que se informe de ello a los Reyes Monstruo de las otras cavernas y, así, se evitarán enojosos malentendidos.

Al día siguiente el Emperador de Jade convocó a sus cortesanos y se dispuso a escuchar los informes de los responsables de los diferentes departamentos. Apenas había tomado asiento, cuando hizo su aparición en el patio rojizo el Maestro Chang 8, seguido del encargado en funciones de las caballerizas imperiales y uno de sus ayudantes. Los tres se echaron rostro en tierra y dijeron a su excelencia:

- Ayer Sun Wu-Kung, el inmortal al que confiasteis el cuidado de vuestros establos,

consideró que su posición no era adecuada a sus muchas cualidades y abandonó el Palacio Celeste con una actitud que no dudamos en calificar de auténtica rebeldía.

No había acabado de decirlo, cuando se presentó el Devaraja Virudhaka al frente de los guardianes de la Puerta Sur e informó a su señor, diciendo:

- Por razones que escapan a nuestra comprensión, el nuevo "pi-ma" abandonó ayer el palacio y aún no ha regresado.

Al oír eso, el Emperador de Jade montó en cólera y les ordenó:

- Vosotros y vuestros subalternos podéis regresar a vuestros puestos. Os aseguro que esa bestia no quedará sin castigo, porque pienso enviar un grupo de soldados a detenerle.

El Devaraja Li 9 y el Príncipe Nata dieron entonces un paso al frente y dijeron con indescriptible respeto:

- A pesar de no pertenecer al grupo de vuestros más destacados súbditos, solicitamos permiso para llevar a cabo la detención de ese monstruo.

Impresionado por su valentía, el Emperador de Jade nombró al Devaraja Li-Ching jefe supremo de la expedición y ascendió al Príncipe Nata a Presidente de la Asamblea de los Inmortales. Ambos quedaron constituidos, así, responsables de la fuerza que, sin dilación alguna, debía descender a las Regiones Inferiores y llevar a buen término el mandato del Emperador.

Tras golpear repetidamente el suelo con la frente, solicitaron permiso para retirarse y fueron a despedirse de los suyos. Pasaron a continuación revista a las tropas, nombrando al Dios Espíritu Todopoderoso, Jefe de la Vanguardia; al General Panza de Pez, Comandante de la Retaguardia, y al General de los Yaksas, Oficial de Enlace 10. Sin más demora, abandonaron el Palacio por la Puerta Sur y se dirigieron directamente a la Montaña de las Flores y Frutos. Tras escoger un lugar adecuado para el asentamiento del campamento, el Dios Espíritu Todopoderoso recibió la orden de atacar. El general se ajustó la armadura, tomó su hacha, que sólo usaba en defensa de la virtud y el orden, y se dirigió, decidido, hacia la Caverna de la Cortina de Agua. Delante de ella vio una gran multitud de monstruos - entre los que se contaban lobos, insectos, tigres, leopardos y otras alimañas semejantes -, saltando, lanzando alaridos y agitando sin cesar sus espadas y lanzas.

- ¡Malditas bestias! - gritó el Dios Espíritu Todopoderoso -. Id a informar al "pi-ma-wen" que acaba de llegar un general del Cielo con la orden específica de arrestarle. Decidle en nombre del Emperador de Jade que se rinda y salga lo más rápidamente posible. De lo contrario, todos vosotros seréis pasados por las armas.

Los monstruos se precipitaron en desbandada al interior de la cueva e informaron a voz en grito a su señor:

- ¡Qué desgracia! ¡La mala fortuna está a punto de cebarse en nosotros!

- ¿Se puede saber de qué estáis hablando? - preguntó, sorprendido, el Rey de los Monos.

- Ahí fuera - explicaron lo mejor que pudieron - hay un guerrero celeste que dice venir en nombre del Emperador de Jade a arrestaros. Exige, por tanto, que salgáis cuanto antes y os rindáis, si no queréis que sean sacrificadas todas nuestras vidas.

El Rey de los Monos se puso en seguida de pie y ordenó con gesto marcial:

- ¡Traedme mis aparejos de batalla!

Sin pérdida de tiempo se ajustó sobre la cabeza el yelmo de oro rojo, protegió su pecho con la coraza de oro amarillo, se calzó los zapatos de andar por las nubes y tomó en sus manos la barra de hierro con los extremos dorados. En seguida reunió a todo su ejército, lo dispuso en orden de batalla y lo condujo al exterior de la caverna. Al verlo, el Dios Espíritu Todopoderoso se quedó mudo de espanto. La apariencia del Rey de los Monos

era tan impresionante que no podía apartar los ojos de él. Jamás había visto una figura tan magnífica como la suya. La coraza de oro que cubría su cuerpo brillaba como si fuera un remedo del sol, lo mismo que el yelmo dorado que protegía su cabeza. Tan impresionante atuendo no desdecía en nada de la barra con los extremos de oro que sostenía en sus manos, ni de los zapatos de hollar nubes que calzaban sus pies. Para colmo, sus ojos brillaban con la furia de mil estrellas en llamas y por encima de sus hombros sobresalía la empinada dureza de sus dos orejas, que habían empezado ya, como todo su cuerpo, a metamorfosearse. Su voz sonaba, de hecho, a repique de campanas, resultando extremadamente difícil reconocer en ella al "pi-ma" de protuberante boca y dientes separados, que había cometido la osadía de autotitularse Sabio Sosia del Cielo. Pese a todo, el Dios Espíritu Todopoderoso no se arredró y preguntó con fuerte voz:

- ¿Me reconoces, mono maldito?

- ¿Qué clase de dios sin personalidad eres tú? - replicó en seguida el Gran Sabio -. Creo que jamás nos hemos visto, así que harías bien en decirme cuanto antes tu nombre.

- ¿Qué quieres dar a entender con eso de que no me conoces, mono engreído? - volvió a preguntar el enviado celeste -. Soy el Dios Espíritu Todopoderoso, Jefe de la Vanguardia del Ejército Celeste al mando del Honorable Li-Ching, enviado por el Emperador de Jade para obtener tu rendición. Así que despréndete cuanto antes de todas tus armas y sométete al beneplácito celeste, si no quieres que todas las criaturas de esta montaña sean pasadas a cuchillo. ¡Tú mismo quedarás reducido a polvo en unos segundos, si osas abrir la boca para decir un simple no!

- ¿Qué tipo de imprudente inocentón eres tú? - bramó el Rey de los Monos, furioso -. ¡Deja de fanfarronear y de darle a la lengua, de una vez! Podría borrarte de este mundo con sólo tocarte con mi barra, pero, puesto que aún no te he dicho lo que tengo que decirte, te perdonaré de momento la vida. Regresa cuanto antes al Cielo y dile de mi parte al Emperador de Jade que no tiene el menor respeto por la auténtica valía. Mírame a mí, por ejemplo. Mis capacidades son prácticamente infinitas y, sin embargo, sólo accedió a confiarme el cuidado de sus caballos. ¿Has visto las palabras que he hecho bordar en mi estandarte? Expresan lo que de verdad soy. Te prometo, por tanto, que, si se me concede una posición acorde con lo que ellas significan, depondré mis armas y volverá a florecer la paz en el universo. Pero si, por el contrario, el Emperador de Jade no accede a mis peticiones, no pararé de luchar hasta que haya puesto mis pies en la Sala del Tesoro de la Niebla Divina y me haya sentado en su trono de dragones.

Al oír esas palabras, el Dios Espíritu Todopoderoso abrió los ojos cuanto pudo y se volvió en la dirección en la que soplaba el viento. Fue así como descubrió en el exterior de la caverna un enorme mástil del que colgaba un estandarte gigantesco en el que podía leerse: "El Gran Sabio, Sosia del Cielo". El dios soltó la carcajada y exclamó con mal contenido desprecio:

- ¡Estúpido mono! ¡Es increíble lo fatuo y arrogante que has llegado a ser! ¿Cómo se te ha ocurrido arrogarte el título de Gran Sabio, Sosia del Cielo, cuando eres incapaz de hacer frente al poderío destructor de mi hacha? - y lanzó contra su cabeza un certero revés.

Pero El Rey de los Monos era un guerrero experimentado y no se arredró. Paró el golpe sin ninguna dificultad con la barra de hierro, dando así comienzo a un apasionante encuentro. Las dos armas eran, en verdad, inigualables. Una, la barra, se llamaba Complaciente y la otra, el hacha, había recibido el nombre de Proclamadora de la Virtud. Las dos se encontraron repetidamente y ninguna mostró la menor debilidad ni dio muestras de ser superior a la otra. Si la una poseía extraordinarios poderes secretos, la otra no le iba a la zaga, mostrando abiertamente su poderío y su fuerza. Quienes las

usaban eran, en verdad, espléndidos guerreros. Su concentración en cada golpe era tanta que parecían sabios volcados sobre un códice. Pero no era menor su fiereza. En cada encuentro los dos resoplaban neblinas y nubes, levantando a su alrededor oleadas de barro y tormentas de arena. No podía ser de otra forma, ya que ambos eran guerreros celestes. Pero el poder metamorfoseador del Rey de los Monos no conocía límites y, a la postre, terminó imponiéndose a su rival. La barra de hierro parecía un dragón jugando en el agua y el hacha se asemejaba a un fénix rebanando flores con limpieza, pero el Dios Espíritu Todopoderoso, a pesar de ser conocido en todo el mundo, no era contrincante para el Gran Sabio. Con un solo golpe de su barra era capaz de hacer desaparecer al cuerpo más fornido.

El Dios Espíritu Todopoderoso comprendió pronto que no tenía nada que hacer contra un rival tan formidable. Sin embargo, continuó defendiéndose lo mejor que pudo. El Rey de los Monos lanzó un terrible mandoble contra su cabeza, que él detuvo oportunamente con su hacha; pero no pudo evitar que el astil se le partiera en dos y no le quedó más remedio que dejar el campo libre, huyendo vergonzosamente para salvar la vida.

- ¡Estúpido! - gritó, despectivo, el Rey de los Monos -. No creas que has logrado escapar por tu propia industria. Si no te he rematado, ha sido porque quiero que regreses junto a tu señor y le transmitas mi mensaje.

Corrido de vergüenza, el Dios Espíritu Todopoderoso regresó al campamento y fue inmediatamente a ver al Devaraja Li-Ching. Resollando como un animal herido, se arrodilló ante él y dijo:

- Ese "pi-ma" posee, en verdad, extraordinarios poderes mágicos. Los ha usado en contra mía y me ha resultado imposible dominarle. Deshonrado y derrotado, suplico ahora vuestra clemencia.

- ¡No hay perdón para quien no sabe comportarse con hombría en el campo de batalla! - exclamó el Devaraja Li con acrimonia -. Sacadle fuera y ejecutadle.

El Príncipe Nata dio entonces un paso al frente e, inclinándose respetuosamente ante su superior, suplicó clemencia, diciendo:

- Dejad apagar los rescoldos de vuestra ira y perdonad al Dios Espíritu Todopoderoso la parte de culpa que haya podido tener en su vergonzosa derrota. Permitidme, al mismo tiempo, entrar en combate y así descubriremos si lo que afirma es verdad o no.

Li-Ching no echó en saco roto su consejo y, volviéndose hacia el Dios Espíritu Todopoderoso, le ordenó que se retirara a su tienda y esperara allí la notificación de su decisión definitiva. El Príncipe Nata, mientras tanto, vistió su armadura y salió a toda prisa del campamento, camino de la Caverna de la Cortina de Agua.

Wu-Kung estaba licenciando a sus tropas, cuando levantó de pronto la vista y le vio acercarse con una fiereza que no cuadraba en absoluto con su extremada juventud. Su cabello apenas le llegaba, de hecho, a la altura de los hombros y los mechones que le caían por la frente aún acentuaban más su aspecto aniñado. Era meridianamente claro, sin embargo, que poseía una mente rápida e inteligente, que no desdecía en nada de la nobleza y elegancia de su porte. Quien le veía caía en seguida en la cuenta de que se trataba de un inmortal tan auténtico como el fénix o el unicornio, del que muy bien podía pasar por hijo. Por sus venas corría la sangre del dragón y eso le hacía poseedor de rasgos muy poco comunes incluso entre los inmortales. Lo tierno de su edad no era obstáculo para que dominara a la perfección seis clases de magia guerrera. Para él no encerraba secreto alguno volar, dar magníficos saltos y metamorfosearse en lo que buenamente le viniera en gana. No había nada de extraño en que el Emperador de Jade le hubiera nombrado Presidente de la Asamblea de los Inmortales.

Al verle acercarse, Wu-Kung levantó la voz y le preguntó con visible sorna:

- ¿Se puede saber de quién eres tú hermano y qué es lo que pretendes, viniendo a llamar a mi puerta?

- ¡Maldito mono rebelde! - gritó el Príncipe -. ¿Acaso no me reconoces? Soy Nata, el tercer hijo del Devaraja Li-Ching, y me encuentro aquí no por voluntad propia, sino por expreso deseo del Emperador de Jade, que me ha ordenado venir a arrestarte.

- ¿Arrestarme tú a mí? - replicó Wu-Kung, soltando la carcajada -. No sabes ni lo que dices, joven príncipe. Todavía no se te han caído los dientes de leche ni el lanugo se ha desprendido de tu cuerpo, y ¿te atreves a hablarme con esa insolencia? Debería darte un castigo ejemplar, pero no voy a hacerlo. No pienso pelear contigo. Lo que sí te pido es que eches un vistazo a las palabras que hay bordadas en mi estandarte, para que después se las transmitas al pie de la letra al Emperador de Jade. Si se aviene a concederme la posición que ellas reclaman, no tendréis que luchar contra mí, porque yo mismo depondré las armas. Pero, si se niega a satisfacer mis deseos, ten por seguro que mis armas me conducirán directamente hasta el mismísimo Salón del Tesoro de la Niebla Divina.

Nata levantó la vista y leyó con asombro la inscripción "El Gran Sabio, Sosia del Cielo". Semejante atrevimiento le hizo perder los estribos y exclamó con desprecio:

- ¿Qué clase de poder tienes tú para arrogarte semejante título? Has de saber que no te tengo el menor miedo. Y lo que es más: voy a hacerte tragar mi espada.

- Eso no me asusta - contestó Wu-Kung, burlón -. Me quedaré quieto, cuanto tú lances tus estocadas contra mí, y estoy seguro de que ni siquiera me rozarás.

Semejante baladronada sacó fuera de sí al joven Nata, que gritó, furioso:

- ¡Que mi cuerpo se transforme!

Y al instante se convirtió en un terrible personaje de tres cabezas y seis brazos, con los que blandía otras tantas armas: una espada para matar monstruos, una cimitarra para descuartizar bestias, una cuerda para atar espíritus rebeldes, un látigo para domar demonios, una bola afiligranada y una rueda de fuego, con las que organizó un mortífero ataque frontal.

- ¡Vaya! - exclamó Wu-Kung, sorprendido ante tan inesperado despliegue de efectivos -. Se ve que el muchachito conoce unos cuantos trucos. Pero no hay por qué alarmarse. También yo soy un experto mago - y gritó con todas sus fuerzas -: ¡Transformación!

En un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en una horrenda criatura de tres cabezas y seis brazos, que sostenían, amenazadores, las tres barras de hierro en las que se mutó el arma de los extremos de oro que en su día le regaló el Rey Dragón del Océano Oriental. No es extraño que el encuentro fuera tan feroz; la tierra se puso a temblar y las montañas se vieron sacudidas hasta en sus raíces. ¡Jamás se había visto una batalla como la que aquel día ofrecieron el Príncipe Nata y el Hermoso Rey de los Monos! Los dos debían al mismo origen su fuerza y en ningún momento rechazaron el cuerpo a cuerpo. Rápida era la espada de matar monstruos, letal la cimitarra de descuartizar bestias, mortal como una serpiente voladora la cuerda de atar espíritus rebeldes, destructora como dardos ígneos la bola de fuego y enloquecedora la rapidez con la que giraba la bola afiligranada; pero las tres barras de hierro del Gran Sabio cubrieron con efectividad sus flancos y se mostraron invencibles en la defensa de su retaguardia. La batalla estaba tan igualada que era imposible pronosticar con certeza un vencedor. Con el fin de romper el punto muerto al que parecía haber llegado, la infatigable mente del Príncipe ordenó a sus seis armas mágicas que se convirtieran en cientos y miles de millones, y que atacaran, todas a una, la cabeza de su adversario. Impertérrito, el Rey de los Monos soltó la carcajada e instó a sus tres barras de hierro a que se multiplicaran primero por mil, después por diez mil y, finalmente, por un número que superaba todo cálculo. Así pudo hacer frente al ataque de su enemigo, llenándose el cielo de un enjambre tan

numeroso de dragones danzarines que los Reyes Monstruos de las diferentes cavernas sintieron un pavor mortal y corrieron a refugiarse en sus bien protegidas guaridas. Su actitud no tenía, en realidad, nada de cobarde. El cansado aliento de los dos contendientes se semejaba a nubes espesas y el rápido movimiento de sus múltiples brazos recordaba al viento huracanado. Sus feroces gritos movían a espanto a todos cuantos los oían, incluidos los soldados de ambos bandos que sostenían los estandartes de sus señores. Si cabe, su pavor era aún mayor, porque nadie podía predecir el lado del que iba a caer la suerte ni a quién correspondería la gloria de la victoria.

Haciendo uso sin cesar de sus poderes sobrenaturales, el Príncipe y Wu-Kung resistieron sin desmayar más de treinta asaltos. Las seis armas de aquél se convirtieron en diez mil, pero otro tanto hicieron las tres barras de éste. Todas ellas desplegaron su mortífera efectividad en la altura, entrechocándose en el aire como meteoros o gotas de lluvia. Sin embargo, ni siquiera tan asombrosa táctica fue capaz de establecer un claro vencedor. A la larga, fue Wu-Kung quien dio muestras de poseer un ojo y una mano más certeros. Cuando más encarnizada parecía ser la batalla, se arrancó un pelo del pecho y gritó:

- ¡Transfórmate!

Al instante se convirtió en una copia tan perfecta de sí mismo que terminó engañando al propio Nata. De un formidable salto, el auténtico Wu-Kung se colocó detrás de él y le asestó un golpe terrible en el brazo izquierdo con la barra. Dueño aún de todos sus poderes mágicos, Nata oyó el silbido del hierro y trató a toda prisa de esquivarlo, pero no logró hacerse a un lado con la suficiente rapidez y el arma terminó hiriéndole. El dolor le hizo perder la magia y, recogiendo como pudo sus seis armas, huyó, derrotado, hacia su campamento.

El Devaraja Li-Ching había estado contemplando desde lejos el desarrollo de la batalla y, al ver lo mal que se le estaban poniendo las cosas a su hijo, trató de acudir en seguida en su ayuda, pero el Príncipe se lo impidió, diciendo:

- Ese "pi-ma-wen" posee, en verdad, poderes extraordinarios. Ya has visto. Ni siquiera yo, que domino a la perfección las artes mágicas, he logrado dominarle. Es más, ha sido él quien me ha batido a mí, produciéndome esta herida horrorosa en el hombro.

- Si es tan poderoso como afirmas - replicó el Devaraja, perdiendo el color de su rostro -, nadie podrá derrotarle jamás.

- Aún hay abierta una puerta a la esperanza - dijo el Príncipe -. Delante de su caverna ha colocado un enorme estandarte, en el que puede leerse: "El Gran Sabio, Sosia del Cielo". Él mismo ha afirmado con insoportable fanfarronería que, si el Emperador de Jade se aviene voluntariamente a concederle ese título, al punto depondrá las armas y la paz quedará restablecida. Pero, si se niega a ello, continuará luchando hasta poner su blasfemo pie en la mismísima Sala del Tesoro de la Niebla Divina.

- En ese caso - concluyó Li-Ching -, lo más aconsejable es suspender de momento las hostilidades e informar cuanto antes al Emperador de Jade de lo que ha dicho. Siempre habrá tiempo después de volver con más soldados y reducirle de la forma que sea.

El Príncipe sentía tal dolor en el hombro que no quería ni oír hablar de batallas. Estaba totalmente agotado y, con ayuda de su padre, inició el camino de vuelta a los Cielos para informar al Emperador Celeste de todo lo ocurrido.

El Rey de los Monos, mientras tanto, regresó victorioso a su montaña. No tardaron en venir a felicitarle los Reyes Monstruos de las otras setenta y dos cavernas y sus orgullosos seis hermanos, quienes festejaron su triunfo con un pantagruélico banquete.

- Si yo, que soy vuestro hermano menor - les dijo con mal contenida satisfacción -, ostento el título de Gran Sabio, Sosia del Cielo, no hay razón alguna para que no participéis vosotros también de mi gloria.

- ¡Tenéis razón! - exclamó el Rey Toro -. A partir de ahora me llamaré el Gran Sabio, Reflejo del Cielo.

- Yo seré conocido como el Gran Sabio Señor del Océano - afirmó, a su vez, el Rey Dragón.

- Yo asumiré el título de Gran Sabio Unido al Cielo - anunció, entusiasmado, el Monstruo Garuda.

- Yo seré respetado como el Gran Sabio, Señor de la Montaña - proclamó, orgulloso, el Rey León.

- Yo seré recordado como Gran Sabio de la Brisa Serena - dijo la Reina de los Monos.

- Yo tomaré el nombre de Gran Sabio, Azote de los Dioses - declaró, sonriendo, el Simio Gigante.

A partir de entonces los Siete Grandes Sabios gozaron de total libertad para hacer lo que les viniera en gana y asumir los títulos que más les gustaran. Entre bromas y caprichos pasaron juntos el día y después cada cual se retiró a su morada.

Li-Ching y el Príncipe Nata se dirigieron en aquel mismo momento al Salón del Tesoro de la Niebla Divina, para presentar, en compañía de los oficiales de su ejército, un informe de lo ocurrido al Señor del Cielo.

- Siguiendo vuestros deseos - afirmaron con indescriptible respeto -, descendimos a las Regiones Inferiores al frente de un nutrido grupo de soldados con el fin de arrestar a Sun Wu-Kung, el inmortal rebelde. Lo que menos podíamos sospechar entonces era que pose - vera una fuerza descomunal, que ha hecho inútiles todos nuestros esfuerzos por llevar a buen término la misión encomendada. Suplicamos, por tanto, a vuestra majestad que tenga a bien multiplicar nuestros efectivos, para que podamos, de esta forma, darle el castigo al que se ha hecho acreedor.

¿Cómo es posible que solicitéis refuerzos para dominar a un vulgar mono? - preguntó el Emperador de Jade, sorprendido.

- Nuestro vergonzoso fracaso es, en verdad, merecedor de la pena de muerte - confesó el Príncipe, destacándose del grupo -. Ese mono vulgar, como vos mismo decís, posee una barra de hierro que le hace prácticamente invencible. Con ella derrotó primero al Dios Espíritu Todopoderoso e hirió después a vuestro siervo en un hombro. Se siente tan seguro con ella que ha hecho colocar un enorme estandarte a la puerta de su caverna en el que aparece escrito lo siguiente: "El Gran Sabio, Sosia del Cielo". Incluso llegó a decirme que, si vos accedéis a concederle un rango tan alto, depondrá en seguida las armas y establecerá una alianza con vuestro reino. De lo contrario, seguirá luchando y no parará hasta que no haya puesto su blasfemo pie en esta Sala del Tesoro de la Niebla Divina.

- ¿Cómo se atreve ese mono rebelde a ser tan insolente? - exclamó el Emperador de Jade, sin creer del todo lo que oía -. Que se reúnan mis mejores generales y le ejecuten sin tardanza.

Apenas hubo acabado de decirlo, la Estrella de Oro del Planeta Venus dio un paso al frente y dijo:

- El mono rebelde tiene, ciertamente, una lengua muy ligera, pero no conoce la diferencia entre lo que está bien y lo que no lo está. Incluso si enviamos nuevos efectivos a luchar contra él, dudo mucho que logremos dominarle sin sufrir nosotros mismos cuantiosas pérdidas. Opino, por lo tanto, que lo más aconsejable sería que os mostrara benigno y le hicierais llegar una nueva oferta de reconciliación. ¿Qué podéis perder, en definitiva, nombrándole Gran Sabio, Sosia del Cielo? Al fin y al cabo, se trata de un título carente totalmente de rango.

- ¿Qué quieres decir con eso de que carece de rango? - preguntó, una vez más, el Emperador de Jade.

- Que por muy rimbombante que pueda sonar eso de Gran Sabio, Sosia del Cielo, no llevará aparejados ninguna responsabilidad oficial ni tipo alguno de compensación económica. Además, para nosotros supondrá una ventaja tremenda, ya que podremos controlarle con más facilidad y haremos cuanto esté de nuestra mano para hacerle desistir de la arrogante locura que ahora le domina. De esa forma, el universo y los océanos volverán a gozar de nuevo de la paz y la tranquilidad que siempre les ha caracterizado.

- Tus palabras son acertadas - reconoció el Emperador de Jade -. Seguiremos tus consejos al pie de la letra - y encargó a la Estrella de Oro que fuera él quien se encargara de hacer llegar a Wu-Kung su imperial decisión.

Sin pérdida de tiempo la Estrella abandonó el palacio por la Puerta Sur, encaminándose, una vez más, hacia la Montaña de las Flores y Frutos. Comprobó con sorpresa que habían cambiado bastante las cosas en el exterior de la Caverna de la Cortina de Agua y que todo había adquirido un marcado tono militar. Toda la región estaba, de hecho, llena de monstruos de la más variada especie, armados hasta los dientes de espadas, cimitarras, flechas y lanzas. En cuanto la vieron, empezaron a lanzar gruñidos y a saltar, al tiempo que algunos arrojaban contra él sus mortíferas armas. La Estrella de Oro tuvo, pues, que levantar la voz, diciendo:

- ¡Escuchadme bien! Soy un enviado de lo alto y traigo un mensaje del Señor del Cielo para el Gran Sabio.

Los monstruos corrieron entonces al interior de la caverna y anunciaron al Rey de los Monos:

- Ahí fuera hay un anciano que dice venir de lo alto con un mensaje del Emperador de Jade para vos.

- Hacedle entrar en seguida - exclamó Wu-Kung, excitado -. Debe de ser el mismo emisario de la otra vez, o sea, la Estrella de Oro del Planeta Venus. El Cielo no es muy dado a los cambios. Aunque en mi anterior visita a ese reino no fui tratado con el respeto que merecía, llegué a familiarizarme con sus formas de actuar y pude comprobarlo en más de una ocasión. De todas formas, estoy convencido de que ha venido con mejores intenciones que la vez precedente.

Sin pérdida de tiempo ordenó a sus subalternos que cogieran los estandartes y dispusieran las tropas en línea de revista entre el batir de los tambores y el entrechocar de las armas. Se puso después el yelmo, se ajustó la coraza - que escondió oportunamente bajo su túnica roja y gualda - y, tras calzarse las botas de andar por las nubes, salió a la boca de la caverna. Allí se inclinó con inesperada cortesía y dijo, levantando la voz:

- Pasad, Estrella de Oro. Os pido disculpas por no haber salido antes a recibirlos.

La Estrella respondió a sus saludos con una inclinación y entró decidido en la cueva, donde, sin dejar de mirar hacia el sur ¹¹, informó a su anfitrión:

- Creo que es mi deber ponerlos al corriente de todo lo sucedido. Una vez que rechazasteis el cargo que os había sido encomendado y os ausentasteis por decisión propia de los establos imperiales, los responsables de las caballerizas se vieron en la precisión de informar de lo ocurrido al Emperador de Jade. Al oírlo, su majestad montó en cólera y exclamó, ofendido: "El funcionariado está montado de tal manera que a un cargo de rango inferior le siga al poco tiempo otro de orden superior. ¿Qué hay de malo en este sistema, para que él se atreva a subvertirlo tan descaradamente?". Vuestro abandono fue tomado, pues, como una rebelión abierta. De ahí que se organizara la campaña militar que contra vos dirigieron el Devaraja Li-Ching y el Príncipe Nata. Por supuesto, ambos desconocían vuestro tremendo poder y, consecuentemente, sufrieron una vergonzosa derrota, de la que oportunamente informaron al Cielo, junto con el

hecho de que habíais hecho colocar a la puerta de vuestra cueva un estandarte en el que expresabais vuestro natural deseo de ser considerado el Gran Sabio, Sosia del Cielo. En honor a la verdad, he de deciros que muchos funcionarios se negaron a ceder a vuestra petición, así que, arriesgándome a levantar las iras del Señor del Cielo, me atreví a sugerirle que sería mucho más conveniente para todos renunciar al uso de la violencia y concederos el rango que vos mismo exigíais. Como era de esperarse de su portentosa inteligencia, el Emperador de Jade aceptó mi punto de vista sin reserva alguna, y ése es el motivo por el que ahora me cabe el inmenso placer de venir a veros.

- Bastantes quebraderos de cabeza os di ya la última vez que me visitasteis, para que de nuevo volváis a confiar en mí - contestó Wu-Kung, sonriendo -. Mi gratitud por lo que habéis hecho es, pues, inexpressable. De todas formas, perdonad que insista: ¿verdaderamente están dispuestos allí arriba a concederme el título de Gran Sabio, Sosia del Cielo?

- Puedo aseguraros que tan alto rango ha sido aprobado por el Emperador de Jade en persona - respondió la Estrella de Oro -. Lo hizo precisamente momentos antes de que partiera para acá. Lo único que puedo deciros para quebrar vuestra reticencia es que me hago responsable de todo lo que ocurra.

Wu-Kung se mostró muy complacido de sus palabras, aunque lamentó seriamente que la Estrella de Oro no aceptara el banquete que tenía pensado dar en su honor. No le quedó, pues, más remedio que montar en la nube sagrada de la Estrella de Oro y dirigirse a la Puerta Sur, donde fue recibido por una representación de generales y soldados celestes con las manos dobladas sobre el pecho en señal de respeto. Sin prestarles apenas atención, continuó su camino hacia la Sala del Tesoro de la Niebla Divina. Allí la Estrella de Oro del Planeta Venus se echó rostro en tierra e informó a su señor de sus gestiones, diciendo con el máximo respeto:

- Siguiendo vuestros deseos, vuestro humilde servidor ha traído hasta aquí al "pi-ma" Sun Wu-Kung.

- Que Wu-Kung se acerque - ordenó el Emperador de Jade, para añadir en un tono más formal -: Te concedo el título de Gran Sabio, Sosia del Cielo, posición de gran altura a la que ninguna otra aventaja en dignidad. Por ello debes tratar de controlar tus maleducados impulsos y hacer siempre gala de una conducta digna.

El Rey de los Monos se inclinó, respetuoso, y expresó su más sincero agradecimiento por la gracia recibida. El Emperador de Jade se volvió entonces hacia los dos arquitectos imperiales, los funcionarios Chang y Lou, y les ordenó levantar la residencia oficial del Gran Sabio, Sosia del Cielo, en la parte derecha del Jardín de los Melocotones Inmortales. La mansión que erigieron constaba de dos grandes salones - uno llamado de la Paz y el Silencio, y el otro de la Serenidad de Espíritu -, atendidos por un auténtico enjambre de sirvientes y funcionarios. El Emperador de Jade mandó, al mismo tiempo, a los Espíritus de los Cinco Polos que acompañaran a Wu-Kung a tomar posesión de su nuevo cargo, regalándole, en señal de amistad, dos botellas del mejor vino y diez ramilletes de flores de oro. A pesar de ello, le recordó con energía que debía dominar su natural rebelde y abstenerse de todo tipo de conducta indecorosa. El Rey de los Monos acató con inesperada sumisión esos consejos y se retiró con los cinco espíritus a tomar posesión de sus nuevas responsabilidades. Para celebrarlo, abrió las botellas de vino y brindó con ellos por el brillante futuro que se le avecinaba. Cuando los espíritus hubieron regresado a sus respectivos palacios, se dispuso a gozar sin medida de los innumerables placeres que el Cielo le ofrecía, libre ya por completo de toda cuita y preocupación. Su nombre figuraba para siempre en el Libro de la Vida Sempiterna, del que nunca sería tachado para caer en el infierno del olvido.

De momento desconocemos lo que ocurrió después. Quien quiera descubrirlo tendrá que

escuchar con atención lo que se dice en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V

AL ROBAR EL ELIXIR, EL GRAN SABIO ENTORPECE LA CELEBRACIÓN DEL FESTIVAL DEL MELOCOTÓN. MUCHOS DIOSSES TRATAN DE ATRAPAR AL MONSTRUO REBELDE DEL CIELO

A pesar de su elevada posición, el Gran Sabio no dejaba de ser un mono salvaje. Para él no tenía sentido alguno el grado que pudiera ocupar su rimbombante título ni la cuantía a la que ascendía su asignación oficial. Se daba por contento con que su nombre estuviera inscrito simplemente en el Libro de los Altos Cargos Imperiales. En su residencia oficial no carecía absolutamente de nada, gozando a manos llenas del regalo con que le trataban sus subordinados y criados. Sus únicas preocupaciones consistían en comer tres veces al día y en dormir profundamente por la noche. Como carecía de deberes y responsabilidades, pasaba el tiempo visitando a sus amigos en sus espléndidos palacetes, abriendo continuamente el círculo de amistades y estableciendo sin cesar nuevas alianzas con sus iguales. Cuando se encontraba con los Tres Puros 1, se dirigía a ellos con un respetuoso "vuestra reverencia"; cuando se topaba con los Cuatro Emperadores 2, lo hacía con un sumiso "vuestra majestad". Por lo que a los Nueve Planetas 3, los Generales de los Cinco Puntos Cardinales 4, las Veintiocho Constelaciones 5, los Cuatro Guardianes del Mundo 6, las Doce Divisiones Horarias 7, los Cinco Ancianos de las Cinco Regiones 8, los Espíritus Estrella de Todo el Universo y los incontables dioses de la Vía Láctea respecta, los consideraba hermanos suyos y como a tales los trataba. A ninguno echaba en saco roto. A veces visitaba a los que habitaban en la zona oriental, para hacer al día siguiente lo mismo con los que residían en la occidental. Cuando se cansaba de festines y charlas, caminaba sin rumbo fijo por las nubes y así transcurrían, llevaderas, las horas.

Un día temprano por la mañana, cuando el Emperador de Jade celebraba su habitual audiencia, se presentó el inmortal taoísta Hsü Ching-Yang, quien, tras tocar repetidamente el suelo con la frente en señal de acatamiento, dijo visiblemente preocupado:

- El Gran Sabio, Sosia del Cielo, no tiene ninguna responsabilidad y malgasta lastimosamente su tiempo. Se ha hecho amigo de todas las estrellas y constelaciones del cielo, a las que llama amigas suyas, sin tener en cuenta para nada su posición o su rango. Eso es francamente preocupante, ya que lo único que puede resultar de tanta ociosidad son desórdenes y travesuras sin cuento. ¿No sería prudente, con el fin de evitar tan lamentable posibilidad, asignarle algún tipo de responsabilidad?

El Emperador de Jade asintió en silencio y envió a buscar en seguida al Rey de los Monos.

- ¿Qué recompensa habéis pensado darme, para hacerme venir tan precipitadamente a vuestra presencia, majestad? - preguntó, meloso, Wu-Kung.

- Nos hemos percatado - contestó el Emperador de Jade - de que, dado que no tenéis nada que hacer, vuestra vida se está tornando un tanto indolente, así que hemos decidido confiarle una pequeña responsabilidad. A partir de hoy te encargarás, a título puramente temporal, del cuidado del Jardín de los Melocotones Inmortales. Vigílalos día y noche y que tu diligencia no decaiga ni un solo segundo. Esto es lo que todos esperamos de ti.

El Gran Sabio se inclinó con respeto y, tras dar las gracias, solicitó permiso para retirarse. Estaba tan ilusionado que no pudo controlar su impaciencia y corrió a echar un primer vistazo al Jardín de los Melocotones Inmortales. Pero, para su sorpresa, el

espíritu a cargo del jardín le echó el alto, preguntándole:

- ¿Se puede saber adonde va el Gran Sabio?

- El Emperador de Jade me ha confiado el cuidado de este lugar - contestó él - y he venido a inspeccionar el estado en el que se encuentra. El espíritu abandonó al instante su actitud recelosa y le saludó con el respeto que personaje tan singular merecía. Hizo venir después a todos los sirvientes encargados de remover la tierra, regar los árboles, cuidar de los melocotones y desbrozar y limpiar el suelo, y entraron juntos en el jardín, no sin antes saludar al Gran Sabio, golpeando repetidamente el barro con la frente.

Wu-Kung se quedó atónito ante lo que vieron sus ojos. Todas las ramas estaban llenas de delicadas flores y de atractivos frutos, cuyo peso las hacía doblarse peligrosamente. Parecían atractivas bolas de oro que competían en belleza con el sensual carmín de los capullos. Los árboles que los sustentaban siempre estaban en flor y daban constantemente fruto. Mil años tardaban en madurar y duraban en sazón otros diez mil. Los que habían alcanzado primero la madurez poseían la graciosa viveza de rostros enrojecidos por el vino, mientras que los demás escondían su promesa de futuros dulzores en el verdor opalino de su piel, que reverberaba sin cesar bajo el embrujo del sol. Al pie de los árboles se veían flores y hierbas, a las que el constante fluir de las estaciones no lograba arrebatarse su primigenio color. A derecha e izquierda podían, igualmente, contemplarse caprichosas construcciones de una altura tal que sus cumbres se perdían en el seno mismo de las nubes. Aquél era, en verdad, un jardín plantado no por mano humana, sino por la Reina Madre del Estanque de Jaspe 9.

Tras gozar de tan espléndido espectáculo durante largo rato, el Gran Sabio se volvió hacia el espíritu y le preguntó:

- ¿Sabes el número exacto de árboles que hay aquí?

- Tres mil seiscientos - contestó el espíritu -. En la parte delantera hay un total de mil doscientos árboles, pero sus flores son muy pequeñas y sus frutos no se hallan aún en sazón. Como vos bien sabéis, estos melocotones maduran una vez cada tres mil años y quien tiene la fortuna de probarlos se convierte al instante en un inmortal iluminado por el Tao; sus miembros se tornan hermosos y su cuerpo se fortalece. En la parte central hay otros mil doscientos árboles de flores más grandes y frutos más almibarados, que maduran una vez cada seis mil años. Quien los prueba asciende a los cielos con el vapor de la escarcha y jamás envejece. En la parte de atrás, por último, crecen otros mil doscientos árboles de frutos surcados por mil venillas de color púrpura y el hueso de un atractivo color amarillo pálido. Éstos son can especiales que sólo maduran una vez cada nueve mil años y quien los come puede alcanzar sin ninguna dificultad la edad del cielo, de la tierra, del sol y de la luna.

Gratamente impresionado por estas explicaciones, el Gran Sabio realizó un detallado inventario de todos los árboles, así como de los templetos y construcciones que se alzaban en aquel paradisíaco jardín. Sólo cuando estuvo totalmente concluido, se decidió a retirarse a descansar a sus aposentos. Pero estaba tan embelesado por lo que había visto que a partir de aquel día pasó más tiempo en ese lugar que en la comodidad del palacio, reduciendo considerablemente las visitas a sus amigos y suprimiendo casi totalmente sus viajes.

Un día comprobó, entusiasmado, que más de la mitad de los melocotones de los árboles más viejos habían madurado y sintió la irreprimible tentación de arrancar uno y probar su sabor. Pero el espíritu del jardín y sus propios servidores jamás se separaban de él y consideró impropio hacerlo delante de ellos. Urdió, por tanto, un plan y, volviéndose hacia sus seguidores, les preguntó:

- ¿Por qué no me esperáis fuera y me dejáis descansar aquí un poco?

Los inmortales accedieron a su petición y abandonaron el jardín. Con increíble

celeridad el Rey de los Monos se despojó de sus vestiduras y trepó a lo alto del árbol más grande que pudo encontrar. Escogió los melocotones maduros de mayor tamaño y se puso a comerlos tranquilamente, sentado en una rama. Sólo cuando se hubo saciado del todo, saltó de nuevo al suelo, se puso las ropas y ordenó a su legión de acompañantes que regresaran con él a su lujosa mansión. Al cabo de dos o tres días, repitió la operación, hartándose otra vez de fruta.

Al poco tiempo la Reina Madre decidió abrir de par en par la cámara de sus incontables tesoros y ofrecer un banquete con motivo del Gran Festival de los Melocotones Inmortales, que iba a celebrarse, como siempre, en el Palacio del Estanque de Jaspe. Muy excitada por la inminencia de la fecha, ordenó a sus doncellas de la Túnica Roja, Túnica Azul, Túnica Blanca, Túnica Negra, Túnica Púrpura, Túnica Amarilla y Túnica Verde coger un cesto cada una e ir al Jardín de los Melocotones Inmortales a recoger fruta para el festival. Las Siete Doncellas se llegaron hasta la puerta de la huerta y, al ver allí al espíritu y a los sirvientes y oficiales del Sosia del Cielo, dijeron:

- Venimos de parte de la Reina Madre a coger unos melocotones para la fiesta.

- Esperad un momento, por favor - les pidió el espíritu -. Este año han cambiado un poco las cosas. Para empezar, el Emperador de Jade ha confiado el cuidado de todo esto al Gran Sabio, Sosia del Cielo, y debemos darle cuenta de vuestra llegada, antes de que os dejemos pasar.

¿Y dónde está el Gran Sabio, si puede saberse? – preguntaron las doncellas.

En el jardín, descansando - respondió el espíritu -. Se sintió un poco indispuerto y se echó a dormir un rato bajo el frescor de los árboles.

- En ese caso, vayamos cuanto antes a buscarle - concluyeron las doncellas -. Estamos muy ocupadas y no podemos perder tiempo.

El espíritu entró con ellas en el jardín, pero, por mucho que lo intentó, no logró dar con el Gran Sabio. En el sitio en el que se había despedido de él sólo había un gorro y una túnica tirados por el suelo. Aunque levantó la vista hacia las copas de los melocotoneros, no pudo ver a nadie, porque, después de hartarse de fruta, Wu-Kung se transformó en una figura de dos centímetros de alto y, protegido por el follaje, se quedó plácidamente dormido en una rama.

- Aunque no encontremos al Gran Sabio, nosotras no podemos volver con las manos vacías - afirmaron con decisión las doncellas inmortales -. Nos encontramos aquí por voluntad imperial y, sintiéndolo mucho, no estamos dispuestas a defraudarla.

- Tienen razón - dijo uno de los sirvientes -. Sería faltar a la etiqueta y al respeto. Además, al Gran Sabio le gusta moverse por ahí y lo más seguro es que haya ido a visitar a unos amigos. Así que lo mejor es que entréis ahora a recoger los melocotones. Ya le diremos nosotros que habéis estado aquí, cuando le veamos.

Las doncellas agradecieron semejante gesto de confianza y se adentraron en el bosquecillo a coger las frutas. Llenaron dos grandes cestos con los melocotones de los árboles plantados en la parte delantera y otros tres más con los que se encontraban en la del centro, pero, al ir a hacer otro tanto con los de la parte de atrás, encontraron que casi no tenían fruto y la mayoría de sus flores yacían lastimosamente por el suelo. Sólo quedaban unos pocos melocotones tan verdes que estaban totalmente cubiertos de pelusa y tenían un tamaño francamente ridículo. Los demás se los había comido tranquilamente el Rey de los Monos. A pesar de ello, las Siete Doncellas no se desanimaron y continuaron su búsqueda. Por fin, en una rama que crecía en dirección sur encontraron un único melocotón, cuyo color era mitad blanquecino y mitad rojizo. Alborozadas por tan inesperado hallazgo, la Doncella de la Túnica Azul tiró para abajo de la rama, la de la Túnica Roja arrancó la fruta con cuidado y volvió a dejar la escuálida ramita en su sitio. Pero aquél era precisamente el lugar que había escogido el

Gran Sabio para su siesta y, al sentirse zarandeado, recobró al instante su forma habitual, echando rápidamente mano de su barra de hierro, que en un abrir y cerrar de ojos adquirió el grosor de un cuenco de arroz.

- ¿Puede saberse de dónde habéis salido vosotras, monstruos infames? - preguntó, blandiendo en el aire su mortífera arma -. ¿Quién os ha dado permiso para venir a robar mis melocotones?

Aterrorizadas, las Siete Doncellas se arrodillaron al instante y trataron de explicarle con voz temblorosa:

- ¡Calmaos, Gran Sabio, por favor! Nosotras no somos monstruos, sino las Siete Doncellas Inmortales. Si hemos osado entrar en vuestros dominios, ha sido porque la Reina Madre nos ha enviado a coger las frutas que necesita para el Gran Festival de los Melocotones Inmortales, ocasión que ella aprovecha para abrir de par en par la cámara de sus innumerables tesoros. Pero no creáis que nos hemos colado sin consultar con nadie. Nada más llegar, fuimos a ver al espíritu del jardín, quien nos informó de vuestro ascenso y con quien tratamos inútilmente de encontraros. Por temor a que la Reina Madre malinterpretara el motivo de nuestra tardanza, decidimos no esperaros más y nos pusimos a coger los melocotones. Sabemos que obramos mal y, por eso, solicitamos ahora humildemente vuestro perdón.

Semejante explicación satisfizo profundamente al Gran Sabio, quien al punto cambió su enfado en delicadeza y les suplicó, gentil:

- Levantaos, por favor, del suelo, divinas doncellas. ¿A quién suele invitar la Reina del Cielo a su banquete, cuando abre la cámara de sus incontables tesoros?

- El año pasado - respondieron las doncellas, temblorosas todavía - los invitados fueron: Buda, las Bodhisattvas, los monjes santos, los patriarcas del Cielo Occidental, Kwang-Ing del Polo Sur, el Santo Emperador de la Gran Misericordia del Este, los Inmortales de los Diez Continentes y de las Tres Islas, el Espíritu de las Tinieblas del Polo Norte, el Gran Inmortal de la Cornucopia Amarilla del Centro Imperial y los Ancianos de los Cinco Puntos Cardinales. Éstos fueron los comensales más distinguidos, ya que también tomaron parte en el banquete los Espíritus de los Cinco Polos, los Tres Puros, los Cuatro Reyes Deva, el Deva Celestial de la Gran Mónada y los demás moradores de las Ocho Cavernas Superiores. Procedentes de las Ocho Cavernas Intermedias asistieron el Emperador de Jade, los Nueve Héroe y los Inmortales de las Montañas y los Mares, mientras que de las Ocho Cavernas Inferiores hicieron acto de presencia el Señor de las Tinieblas y los Inmortales Terrestres. Damos por sentado, pues, que este año tomarán parte en el Festival de los Melocotones Inmortales todos los dioses y devas, cualquiera que sea su rango o el lugar en el que habitan.

- ¿Sabéis si estoy invitado yo? - preguntó el Gran Sabio, sonriendo con delectación.

- La verdad es que no hemos oído mencionar vuestro nombre - respondieron las doncellas, encogiéndose de hombros.

- ¡Yo soy el Gran Sabio, Sosia del Cielo! - protestó Wu-Kung, irritado -. ¿Cómo es posible que se hayan olvidado de mí en una ocasión tan señalada como ésa?

- Bueno - contestaron las doncellas, temblando de pies a cabeza -. Nosotras sólo hemos contado a los comensales del año pasado. Este año no sabemos lo que ocurrirá. A lo mejor son los mismos o a lo mejor no.

- Tenéis razón - contestó el Gran Sabio más calmado -. Creedme que no os echo la culpa de nada a vosotras. Podéis quedaros aquí todo el tiempo que queráis, mientras yo voy a cerciorarme de si he sido invitado o no.

Apenas hubo acabado de decirlo, realizó un gesto mágico encaminado a inmovilizar a la gente y recitó un conjuro que transformaba a los seres vivientes en estatuas. Al

instante quedaron paralizadas las Siete Doncellas Inmortales, los ojos totalmente abiertos por la sorpresa y tan quietas como los troncos de los melocotoneros entre los que se hallaban. Sin pérdida de tiempo el Gran Sabio salió del jardín, montó en su nube sagrada y tomó el camino del Estanque de Jaspe. Desde la altura vio el velo brillante de la neblina santa y el mudo desfile de nubes de cinco colores. Los graznidos de las grullas, inmaculadamente blancas, resonaban en toda la amplitud de los Nueve Cielos, mientras en la distancia se apreciaba, entre el trémulo batir de mil hojas, la roja delicadeza de otros tantos capullos en flor. A la derecha surgió, de pronto, de entre la neblina, la figura de un inmortal. Poseía un rostro llamativamente hermoso Y unos rasgos tan atractivos que recordaban al siempre sorprendente resplandor de un arco iris suspendido en el aire. Se trataba del Gran Inmortal de los Pies Descalzos ¹⁰ y, según todos los indicios, se dirigía también al Gran Festival de los Melocotones Inmortales.

Al verle acercarse, el Gran Sabio urdió en seguida un plan y, sin darse a conocer - era del todo necesario que nadie averiguara su asistencia al festival -, inclinó la cabeza con respeto y le preguntó:

- ¿Se puede saber adonde va un inmortal de tanta sabiduría como vos?

- A la Fiesta de los Melocotones - respondió el Gran Inmortal -. He recibido la invitación de la Reina Madre y me dirijo hacia su palacio.

- Se ve que no estáis enterado de lo que voy a deciros - replicó el Gran Sabio -. Conocedor de que no existe nada superior en velocidad a mis volteretas, el Emperador de Jade me ha pedido que salga a los caminos a informar a todos los invitados de su deseo de reunimos primero en el Salón de la Luz Perfecta, con el fin de ensayar las ceremonias que forzosamente han de preceder al banquete.

El Gran Inmortal era extremadamente honesto y sincero y no dudó de la veracidad de lo que oía. Sin embargo, no pudo evitar su sorpresa y exclamó:

- ¡Qué cosa más rara! Otros años ensayábamos en el Estanque de Jaspe y era allí mismo donde dábamos las gracias. ¿Por qué en éste tenemos que pasar por el Salón de la Luz Perfecta antes de sentarnos a comer? - pese a todo, no le quedó más remedio que cambiar de dirección e ir al palacio del Emperador de Jade.

Loco de contento por su triunfo, el Gran Sabio recitó un conjuro y, con un simple movimiento del cuerpo, se revistió de los rasgos del Gran Inmortal de los Pies Descalzos. Disfrazado de esta guisa, no pasó mucho tiempo antes de que llegara, por fin, a la cámara del tesoro. Tras aparcar su nube, entró en aquella con paso inseguro. En seguida percibió el embriagante aroma de oleadas de perfume y contempló el caprichoso arabesco que la neblina celeste dibujaba en una terraza de jade profusamente adornada. Aquella era una cámara en la que confluían todas las fuerzas vitales. A ella acudían y se remontaban sin cesar las formas etéreas de los fénix, sacudiendo con sus vuelos interminables flores de pétalos de oro y tallos de jade. En el interior de la sala podían verse un espléndido biombo que representaba los Nuevos Fénix al atardecer, un jarrón de jade verde con más de mil flores y una mesa con incrustaciones de oro de cinco colores, sobre la que descansaban hígados de dragón, médulas de fénix, zarpas de oso y labios de simio, junto con toda clase de manjares exquisitos y frutos del más variado y tentador color.

Todo yacía en un orden perfecto, por lo que podía deducirse que aún no había llegado ninguna de las deidades invitadas. El Gran Sabio cayó preso de la armonía que allí se respiraba y durante cierto tiempo no hizo otra cosa que contemplar, embobado, la belleza que se extendía ante su vista. Pero sintió, de pronto, el tentador aroma del vino y, volviendo la cabeza hacia el larguísimo pasillo que se abría a su derecha, vio a los funcionarios vinateros y a los especialistas en hacer fermentar los cereales. Aparentemente hacía mucho que habían terminado de hacer el vino y estaban dando las

últimas órdenes a los encargados de traer agua y a los criados que la calentaban, para limpiar con ella las cubas y los jarros de beber. El ambiente estaba cargado de un aroma tan denso y añejo como la esencia misma del jade y el Gran Sabio no pudo evitar que la saliva le destilara por las comisuras de la boca. Sentía la irresistible tentación de probar tan generoso zumo, pero no se atrevía a hacerlo con tanta gente como había alrededor de los barriles. Desesperado, decidió valerse de la magia. Se arrancó, pues, unos cuantos pelos, se los metió en la boca y, después de triturarlos con paciencia, los escupió, al tiempo que decía:

- ¡Transformaos!

Al instante se convirtieron en un enjambre de insectos provocadores de sueño, que atacaron a los desprevenidos vinateros y aguadores. Todos ellos quedaron sumidos en un profundo sopor. La fuerza huyó de sus brazos, sus cabezas se inclinaron pesadamente, sus párpados se hundieron y todo rastro de vigor desapareció de sus cuerpos. Sin pérdida de tiempo, el Gran Sabio cogió los manjares que pudo y se adentró, corriendo, en el amplio pasillo en el que se alineaban las cubas y las tinajas, donde se puso a beber con inimitable dedicación. No tardó en emborracharse del todo, pero conservó la suficiente lucidez como para reprocharse lo que acababa de hacer, diciendo:

- ¡Muy mal, muy mal! Dentro de poco llegarán los invitados y, si me ven aquí, lo más natural es que se enfaden conmigo y me pongan de vuelta y media. ¿Qué pasará, si me pescan con las manos en la masa? Lo mejor es que vaya cuanto antes a casa y descanse allí lo que pueda.

Pero el Gran Sabio se encontraba totalmente a merced del vino y, entre trastabilleos y tumbos, terminó perdiéndose. En vez de entrar en la Mansión del Sosia del Cielo, se metió en el Palacio Tushita. Afortunadamente cayó pronto en la cuenta de su equivocación y se dijo, entre temeroso y sorprendido:

- El Palacio Tushita se encuentra en la parte más alta de los treinta y tres cielos, concretamente en el Paraíso Inmutable, donde tiene su residencia nada menos que el mismísimo Lao-Tse. ¿Cómo es posible que haya llegado hasta aquí? No importa. Siempre he querido entrevistarme con ese anciano, pero nunca se me ha presentado la ocasión. No voy a desaprovecharla ahora que estoy en su casa. Así que lo mejor es que pase a visitarle.

Se arregló la ropa lo mejor que pudo y volteó la puerta de entrada. Pero Lao-Tse no se encontraba en casa en aquellos momentos. El palacio estaba, de hecho, vacío, porque el Maestro había ido con el anciano Buda Dipamkara a impartir una conferencia en el Altísimo Estrado del Elixir del Montículo Rojo, a la que asistieron, rodeándolo, muchos jóvenes, oficiales y funcionarios celestes. El Gran Sabio discurrió a sus anchas por la mansión hasta que, finalmente, llegó al laboratorio de alquimia. Tampoco allí encontró a nadie, pero no tardó en descubrir rescoldos de fuego en un horno junto a la chimenea, y, a su lado, cinco calabazas huecas, en las que se echaba el elixir ya refinado.

- ¡Qué suerte la mía! - se dijo, alborozado, el Gran Sabio -. Éste es el mayor tesoro de los inmortales. Desde que comprendí los secretos del Tao y dominé el gran misterio de la identidad absoluta de lo interno y lo externo, siempre he querido fabricar un poco de elixir de oro para aliviar el sufrimiento de las gentes, pero nunca me ha sido posible. Siempre he estado demasiado ocupado en otras cosas, pero hoy, por fin, la suerte me ha sonreído y ha puesto en mis manos este maravilloso regalo. Puesto que Lao-Tse no está en casa, tomaré unas cuantas píldoras a ver a qué saben.

Ni corto ni perezoso, vació las calabazas y comió lo que había en su interior, como si se tratara de soja frita. Al instante sintió los efectos del elixir, notando cómo le desaparecía la borrachera, y volvió a reprenderse con dureza:

- ¡Muy mal, muy mal! Con mi inconsciencia me he hecho acreedor a un castigo más

grande que el cielo. Si el Emperador de Jade se llega a enterar, me daré por contento de seguir con vida. Lo que debo hacer es huir cuanto antes y regresar sin pérdida de tiempo a las Regiones Inferiores de las que procedo. Allí, por lo menos, soy rey.

Sin pensarlo dos veces, salió corriendo del Palacio Tushita y abandonó el Cielo por la Puerta Occidental, para no levantar ninguna sospecha, invisible a los guardias por obra y gracia de su profundo conocimiento de la magia. Aceleró el descenso de su nube y no tardó en llegar a la Montaña de las Flores y Frutos. Desde la altura vio el flamear de las lanzas y estandartes y comprendió que sus cuatro lugartenientes y los setenta y dos reyes de las otras cavernas estaban realizando sus acostumbradas maniobras militares. Cuando sus pies hubieron tocado el suelo, levantó la voz y los llamó, diciendo:

- Acabo de regresar. ¡Venid a mi lado inmediatamente!

Los monstruos abandonaron sus armas al punto y, echándose rostro en tierra, exclamaron:

- ¡Qué despego el de vuestro corazón, Gran Sabio! Ni siquiera una vez se os ha ocurrido venir a visitarnos y ver qué tal nos iban las cosas en todo este tiempo que habéis estado ausente. ¿Cómo podéis habernos olvidado tan pronto?

- ¿Se puede saber de qué estáis hablando? - los reprendió el Gran Sabio -. Mirándolo bien, no hace tanto que me ausenté de vuestro lado.

Sin dejar de hablar, se dirigieron al interior de la caverna, donde prepararon un espléndido banquete de bienvenida, al que asistieron todos los monos. A la hora de los brindis los cuatro comandantes se echaron rostro en tierra, en señal de acatamiento, y volvieron a preguntarle:

- ¿Qué cargo habéis desempeñado esta vez? Suponemos que habrá sido muy importante, ya que, de lo contrario, no habríais pasado en el Cielo más de un siglo.

- ¿Cómo que más de un siglo? - replicó el Gran Sabio, burlón -. He estado allí medio año como máximo. ¿Es que os habéis vuelto todos locos?

- Un día en el cielo es como un año en la tierra - afirmaron los cuatro comandantes.

- Si vosotros lo decís... - concluyó el Gran Sabio, para añadir en un tono más animado - : Me complace comunicaros que en esta ocasión el Emperador de Jade se mostró conmigo mucho mejor dispuesto que la vez anterior. No tuvo el menor reparo en concederme el título de Gran Sabio, Sosia del Cielo, haciendo construir para mí una espléndida mansión a la que dotó de guardianes y de todos los criados necesarios para la buena marcha de lugar tan lujoso. No os digo más que tenía dos espléndidos salones, uno llamado de la Paz y el Silencio y el otro conocido como de la Serenidad de Espíritu. Después, cuando descubrió que llevaba una vida de ocio total y absoluta relajación, me confió el cuidado del Jardín de los Melocotones Inmortales y ahí comenzaron mis problemas. No hace mucho la Reina Madre celebró el Gran Festival de los Melocotones y, según todo lo que sé, cometió la indelicadeza de no invitarme. Pero, en definitiva, no me importó, porque, de todas formas, me dirigí en secreto al Estanque de Jaspe y me tomé toda la comida y todo el vino que habían preparado. Después me marché de allí y fui a parar a la mansión de Lao-Tse, donde, igualmente, terminé con todas las píldoras de elixir que había almacenadas en cinco calabazas huecas. Temí que eso pudiera haber ofendido al Emperador de Jade, así que en seguida decidí abandonar el cielo y regresar aquí.

Los monstruos se sintieron encantados con su relato y le ofrecieron un nuevo banquete a base de frutas y de licor. A toda prisa llenaron un cuenco de piedra con vino de coco y se lo ofrecieron al Gran Sabio. Pero éste lo escupió en seguida y exclamó con una mueca de asco:

- ¡Qué mal sabe! ¡Tiene un gusto horroroso!

- Mucho nos tememos - dijeron entonces los comandantes Peng y Pa - que os habéis

acostumbrado en demasía al sabor del vino y de la comida celestiales. Eso explica que encontréis tan detestable el licor de coco. Con razón afirma el dicho: "Sabroso o no, es agua de mi hogar".

- Y vosotros - sentenció el Gran Sabio, emocionado -, "familiares o no, todos pertenecéis a mi casa". Por eso, quiero que corráis mi misma suerte. Esta mañana, cuando estaba divirtiéndome a lo grande en el Estanque de Jaspe, me metí por un pasillo lleno de tinajas y cubas que contenían un vino extraordinario, cuyo sabor ni siquiera podéis imaginar. Dejadme volver allí y os aseguro que robaré unas cuantas botellas y os las traeré aquí abajo. Ese vino es tan especial que media copa de él es suficiente para que quien lo pruebe viva una eternidad sin envejecer lo más mínimo.

Los monos no cabían en sí de contento. El Gran Sabio salió entonces de la caverna, dio un acrobático salto y fue a parar al lugar en el que iba a celebrarse el Festival de los Melocotones Inmortales. Amparado en la invisibilidad que le otorgaba su magia, se adentró en el pasillo del Palacio del Estanque de Jaspe y vio que los vinateros, fermentadores de cereales, aguadores y demás criados estaban todavía dormidos y roncando como animales. Tomó entonces cuatro botellas - dos en cada mano - y, montando en su nube, regresó sin ser visto a la caverna de los monos. De esta forma, también ellos pudieron celebrar su propio Festival del Vino Inmortal, del que, por sus excesos, no diremos nada aquí, salvo que cada uno tomó unas cuantas copas.

Sí nos extenderemos, sin embargo, sobre la suerte corrida por las Siete Doncellas Inmortales, quienes estuvieron sometidas a la magia inmovilizadora de Wu-Kung durante un día completo. Cuando se vieron, por fin, libres de su maleficio, cogieron los cestos de frutas y corrieron a informar a la Reina Madre de todo lo ocurrido.

- Perdonad que nos hayamos retrasado tanto - dijeron, avergonzadas -, pero es que el Gran Sabio, Sosia del Cielo, nos retuvo en el jardín, valiéndose de sus artes mágicas.

- ¿Cuántos cestos de melocotones habéis traído? - preguntó la Reina Madre, pasando por alto el incidente.

- Solamente dos de los más pequeños y tres de los medianos - contestaron ellas -. De los grandes no quedaba ni uno solo en el jardín, de lo cual dedujimos que el Gran Sabio se los había comido todos. Precisamente cuando estábamos buscándole, se presentó ante nosotras de improviso, amenazándonos con darnos una paliza. Más calmado, nos preguntó después que a quién habíais invitado al banquete de este año y nosotras le facilitamos los nombres de los comensales del año pasado. Fue entonces cuando nos inmovilizó con un encantamiento, desconociendo adonde se marchó o lo que hizo después. Lo que sí podemos afirmar es que nos hemos visto libres de su hechizo hace tan sólo un momento y que nos ha faltado tiempo para venir a informaros.

En cuanto la Reina Madre lo hubo oído, fue inmediatamente a ver al Emperador de Jade y le presentó un retablo completo de cuanto había ocurrido. No había terminado de describirlo, cuando se presentó el grupo de vinateros e informó, escandalizado, a su señor:

- No sabemos quién lo ha hecho, pero el caso es que todos los preparativos del Festival de los Melocotones Inmortales han quedado destrozados. Lamentamos poner en vuestro conocimiento que el zumo de jade, los ocho manjares exquisitos y el centenar de platos especiales han sido robados o se los ha comido alguien.

Nadie pudo reaccionar ante tan grave informe, porque en ese mismo momento hicieron su aparición los cuatro preceptores reales, que anunciaron con ademán solemne:

- Acaba de llegar el Supremo Patriarca del Tao.

El Emperador de Jade y la Reina Madre se pusieron inmediatamente de pie y salieron a recibirle. Tras presentarles, a su vez, sus respetos, Lao-Tse dijo:

- En su humilde casa este anciano taoísta tenía guardada una cantidad indeterminada de

Elixir de Oro de los Nueve Cambios n, que deseaba ofrecer a vuestra majestad en el próximo Festival del Mercurio. Extrañamente, ha sido robada por alguien desconocido, y me he creído en la obligación de venir a informaros personalmente de hecho tan lamentable.

Las palabras de Lao-Tse conmovieron profundamente al Emperador de Jade, que, no obstante, hubo de recibir a los criados y colaboradores del Sosia del Cielo, quienes dijeron, alarmados, después de echarse por tierra y tocar repetidamente el suelo con la frente:

- El Gran Sabio Sun no se ha presentado en todo el día en su residencia oficial. Salió de ella ayer por la mañana y todavía no ha regresado. Lo más desazonante, sin embargo, es que no sabemos adonde puede haber ido.

Estas palabras añadieron aún más leña a la hoguera de inquietudes del Emperador de Jade, que vio aumentada su profunda preocupación al oír decir al Gran Inmortal de los Pies Descalzos:

- Respondiendo a la invitación de la Reina Madre, me dirigía al lugar del festival, cuando me topé con el Gran Sabio, Sosia del Cielo, que me dijo que vuestra majestad le había ordenado salir a los caminos a decir a todos los invitados que fuéramos al Salón de la Luz Perfecta a ensayar las ceremonias previas a la celebración del banquete. Siguiendo sus instrucciones, me dirigí a ese lugar, pero no vi ni el carro de dragones ni el carruaje de fénix de vuestra majestad, por lo que me he apresurado a venir a encontrarme con vos aquí.

Esta declaración terminó por desbordar la paciencia del Emperador de Jade, que no pudo por menos de exclamar, asombrado:

- ¡Ese tipo es francamente increíble! ¡No sólo falsea mis órdenes, sino que, encima, engaña a mis colaboradores más cercanos! ¡Que el Ministro de Detección localice cuanto antes su paradero!

El funcionario abandonó inmediatamente el palacio e inició una exhaustiva investigación, que le condujo a la siguiente conclusión, que él mismo se encargó de transmitir a su majestad:

- La persona que ha alterado tan profundamente el orden y la paz celestiales no es otra que el Gran Sabio, Sosia del Cielo - y aportó todas las pruebas que le habían llevado a acusación tan grave.

El Emperador de Jade se puso furioso y, volviéndose hacia los Cuatro Devarajas, les ordenó que reforzaran los efectivos de Li-Ching y del Príncipe Nata. Sin pérdida de tiempo, llamaron a filas a las Veintiocho Constelaciones, a los Nueve Planetas, a las Doce Divisiones Horarias, a los Intrépidos Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, a los Cuatro Guardianes del Tiempo ¹², a las Estrellas del Este y del Oeste, a los Dioses del Norte y del Sur, a las Deidades de las Cinco Montañas ¹³ y de los Cuatro Ríos ¹⁴, a los Espíritus Estrella de Todo el Universo y a más de cien mil soldados celestiales. A todos ellos se les ordenó confeccionar dieciocho redes cósmicas, dirigirse con ellas a las Regiones Inferiores, rodear completamente la Montaña de las Flores y Frutos, capturar al rebelde y someterle a la inapelable decisión de la justicia. Todos los dioses pasaron revista a sus tropas y abandonaron el Palacio Celeste. Expedición tan selecta constituía un espectáculo francamente impresionante. El polvo que levantaba oscurecía el cielo, imitando el poder difuminador de la niebla. Resultaba inconcebible que semejante cortejo de guerreros celestiales se dirigiera a la tierra mortal con el único propósito de castigar la impía conducta de un mono que había osado ofender al más Alto de los Señores. Allá iban los Cuatro Grandes Devarajas, y los Intrépidos Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales; los Cuatro Grandes Reyes constituían el estado mayor, mientras que los Intrépidos tenían bajo su mando a un número incontable de soldados.

Li-Ching impartía órdenes sin cesar desde el corazón mismo del ejército, sabedor de que el valiente Nata capitaneaba las fuerzas de la vanguardia. La Estrella de Rahu era responsable de las patrullas de reconocimiento y, justamente al otro extremo de la serpiente multicolor que formaban los soldados en pie de guerra, la Estrella de Ketu cubría los puntos débiles de la retaguardia. El espíritu que reinaba entre la tropa era excelente. Soma, la luna, se mostraba ansiosa por entrar en combate, lo mismo que Aditya, el sol, radiante de valentía y de prestancia, las heroicas Estrellas de las Cinco Fases, los temerarios Nueve Planetas y los esforzados Dhzu, Wu, Mao y Yao, Divisiones Horarias, famosos por su fuerza descomunal. Por el este se veía cabalgar a las Cinco Plagas ¹⁵, y a las Cinco Montañas por el oeste. Los Seis Dioses de la Oscuridad cubrían el flanco izquierdo, mientras el derecho era protegido por el arrojo de los Seis Dioses de la Luz. Para no ser menos, los Dioses Dragón limpiaban de enemigos las alturas, encargándose los Cuatro Ríos de los de las Regiones Inferiores. Las Veintiocho Constelaciones cabalgaban juntas en apretada formación. Aunque difíciles de identificar entre la nube de polvo, era fácil intuir la presencia de los capitanes Citra, Svati, Visakha y Anuradha, de los intrépidos Revati, Asvini, Apabharani y Krttika, y de los muy capaces guerreros Uttara - Asadha, Abhijit, Sravana, Sravistha, Satabhisa, Purva - Prosthapada, Uttara-Prosthapada, Rohini, Mulabarhani, Purva - Asadha, Punarvasu, Tisya, Aslesa, Magha, Purva - Phalguni, Uttara - Phalguni y Hasta. Todos ellos blandían espadas y lanzas, en prueba de su afán por entrar en combate. Deteniendo cada cual la nube en la que viajaba, pusieron su sagrado pie en este mundo mortal y acamparon justamente delante de la Montaña de las Flores y Frutos. ¡Qué grave error cometió el mutable Rey de los Monos, al hacerse con el vino de los dioses, robar el elixir y rebelarse en su guarida! Por haber arruinado el Gran Festival de los Melocotones Inmortales, cien mil soldados celestes se disponían a extender la red de Dios sobre él.

Li-Ching ordenó detener la marcha, desplegando todos sus efectivos alrededor de la montaña. El cerco era tan apretado que ni siquiera una gota de agua podía escapar, sin ser vista, de la Montaña de las Flores y Frutos. No obstante, como medida precautoria, toda la región fue cubierta con las dieciocho redes cósmicas, tras lo cual los Nueve Planetas se lanzaron al ataque. Al frente de sus tropas, se dirigieron directamente hacia la entrada de la cueva, donde se toparon con un destacamento de monos de toda edad y tamaño, haciendo cabriolas y dando saltos.

- ¡Eh, vosotros! - gritaron los Espíritus Celestes con ademán autoritario -. ¿Podéis decirnos dónde está el Gran Sabio? Somos dioses de las Regiones Superiores y hemos venido a arrestarle. Así que decidle que se rinda y salga inmediatamente. De lo contrario, todos vosotros seréis pasados a cuchillo.

Aterrados, los monos corrieron al interior de la cueva e informaron a su rey, sin dejar de gritar como locos:

- ¡Qué desgracia, Gran Sabio! ¡Qué negro destino se ha abatido, de pronto, sobre nosotros! Ahí fuera hay nueve dioses de aspecto marcial que dicen venir de las Regiones Superiores con el único fin de arrestaros.

El Gran Sabio estaba bebiendo una de las botellas que había traído del cielo, con sus cuatro lugartenientes y los reyes de las setenta y dos cavernas y, levantando la copa, dijo en un tono sorprendentemente tranquilo:

- Si dispones hoy de vino, no esperes a emborracharte mañana. Procura, ante todo, que la desgracia no venga a acampar delante de tu misma puerta.

No había acabado de decirlo, cuando entró, saltando, otro grupo de diablillos y anunciaron con irrefrenable nerviosismo:

- Esos nueve dioses están tratando de provocarnos con palabras hirientes y lenguaje

obsceno.

- No les prestéis ninguna atención - les aconsejó el Gran Sabio, soltando la carcajada -. Entreguémonos hoy a los placeres de la poesía y el vino, y no prestemos atención a lo que pueda darnos gloria y fama.

Aún estaban en sus labios esas palabras, cuando hizo su aparición un nuevo grupo de diablillos, que le comunicaron con manifiesta inquietud:

- Los nueve dioses acaban de echar abajo la puerta y están tratando de abrirse camino hacia el interior de vuestro reino.

- ¡Malditos dioses sin sentimientos! - gritó el Gran Sabio, furioso -. ¿Es que no saben lo que es la educación? Sucediera lo que sucediese, estaba decidido a no enfrentarme a ellos. ¿Por qué han tenido que venir a provocarme y a burlarse de mí en mis propias narices?

Con inesperada decisión se volvió hacia el Demonio del Unicornio y le ordenó que se lanzara contra los asaltantes al frente de los reyes de las setenta y dos cavernas, determinando que él mismo y sus cuatro lugartenientes se harían cargo de la retaguardia. Sin pérdida de tiempo, el Rey Demonio condujo a la refriega a su ejército de ogros y monstruos, pero cayeron en una emboscada tendida por los Nueve Planetas y no pudieron avanzar más allá de la cabecera del puente de hierro. Cuando más desesperada parecía la situación, apareció el Gran Sabio, blandiendo la barra de hierro y gritando, imperioso:

- ¡Haceos a un lado y dejadme pasar!

La barra se había tornado del grosor de un cuenco de arroz y había adquirido una longitud de más de doce pies de largo. Dando mandobles a derecha e izquierda, el Gran Sabio se lanzó al centro mismo de la refriega con tal determinación que ninguno de los Nueve Planetas se atrevió a hacerle frente, no quedándoles más remedio que retroceder en desbandada. Cuando, por fin, lograron reagrupar sus tropas, se volvieron hacia su agresor y le recriminaron con airada voz:

- ¡Maldito "pi-ma"! ¿Es que has perdido totalmente el juicio? ¿No comprendes que has quebrantado las diez normas? 16. Te hartaste primero de melocotones y de vino después, impidiendo, así, la celebración del Gran Festival de los Melocotones Inmortales. No contento con eso, robaste a Lao-Tse el elixir de la inmortalidad y tuviste el atrevimiento de saquear las bodegas imperiales para esparcimiento puramente personal. ¿No te das cuenta que lo único que has hecho ha sido acumular pecado sobre pecado?

- Reconozco que es verdad cuanto decís - reconoció el Gran Sabio -. Pero ¿queréis explicarme qué es lo que pretendéis con semejante despliegue bélico?

- El Emperador de Jade nos ha ordenado conducir contra ti nuestras tropas y llevarte prisionero a su presencia. Ríndete y perdonaremos la vida a todos esos extraños seres que te acompañan. De lo contrario, destruiremos tu caverna y allanaremos por completo la montaña en la que se halla enclavada.

- ¡Qué fanfarrones estáis hechos! - bramó el Gran Sabio, furioso -. ¿Tan grande consideráis el poder de vuestra magia para osar decir palabras tan absurdas como éstas? ¡Ya os enseñaré yo lo que es bueno! ¡No os vayáis, que quiero que probéis el sabor de mi barra!

Los Nueve Planetas organizaron un ataque conjunto, pero el Hermoso Rey de los Monos no se arredró. Agarró con fuerza la barra de hierro y, sin dejar de golpear a derecha e izquierda, luchó denodadamente con los Nueve Planetas, hasta que éstos, presa del agotamiento, se dieron media vuelta y huyeron, abandonando en el campo las armas. Al límite de sus fuerzas, lograron regresar sanos y salvos al campamento, donde informaron a Li-Ching de lo ocurrido, diciendo:

- ¡Ese maldito Rey de los Monos es, en verdad, un luchador de primera categoría!

Aunque hemos hecho todo cuanto estaba de nuestra arte, no hemos podido con él y nos hemos visto obligados a aceptar nuestra derrota.

Li-Ching ordenó entonces a los Cuatro Devarajas y a las Veintiocho Constelaciones entrar en acción. El Gran Sabio no perdió por eso la calma, mandando, a su vez, al Demonio del Unicornio, a los Reyes Monstruo de las setenta y dos cavernas y a sus cuatro lugartenientes que colocaran sus efectivos en orden de batalla delante mismo de la puerta de su cueva. La batalla que a continuación se desarrolló fue de las más feroces que jamás han contemplado los siglos. Era como si, en verdad, estuvieran enfrentándose un frío y huracanado viento, y una niebla oscura y densa. Aquí se veía el ondear de banderas y estandartes; allí se apreciaba el reverbero cegador de lanzas y hachas de guerra. Sin fin se sucedían hilera tras hilera de armaduras que brillaban como flamas bajo los implacables rayos del sol, y de cascos guerreros que parecían campanas de plata, cuyos tañidos resonaban con fuerza en los cielos. Aquel interminable fluir de fieros soldados con sus impresionantes cotas de malla recordaba al implacable avance de los glaciares aplastando la tierra. Por doquier se veían cimitarras gigantes, rápidas y luminosas como el rayo; lanzas tan afiladas que eran capaces de horadar las nubes o de traspasar el tibio velo de la neblina; hachas de guerra en forma de cruz; látigos, inquietos y siempre alerta como pestañas de tigre, con sus mangos enhiestos como hileras de plantas de cáñamo; espadas verduzcas de bronce y puntas de lanzas, tan abundantes que constituían un tupido bosque de muerte; arcos y ballestas de curvo diseño; veloces flechas con plumas de águila en uno de sus extremos; infinidad de artilugios guerreros y armas arrojadizas, tan mortales como picaduras de serpientes, capaces de matar y de producir heridas que ni siquiera el tiempo llegaba a curar. Por encima de todas ellas sobresalía, no obstante, la complaciente barra de hierro del Gran Sabio, que no dejaba de moverse en todas las direcciones, quebrando huesos y destrozando cuerpos. La batalla se prolongó hasta que los pájaros dejaron de revolotear en el aire, los tigres y lobos corrieron a esconderse en el interior de las selvas y todo el planeta quedó oscurecido por la ingente cantidad de polvo, rocas y suciedad que flotaba en el ambiente. El estruendo era tal que hasta el Cielo y la Tierra se echaron a temblar y dioses y demonios se sintieron profundamente alarmados.

La batalla comenzó al amanecer y duró hasta mucho después de que el sol se hubiera puesto tras las lejanas estribaciones del oeste. El Demonio del Unicornio y los reyes de las setenta y dos cavernas fueron capturados por las fuerzas celestes. Sólo lograron escapar los cuatro comandantes y el travieso batallón de monos, que salvaron la vida escondiéndose en lo más profundo de la Caverna de la Cortina de Agua. El Gran Sabio, por su parte, mantuvo durante largo tiempo a raya a las fuerzas de los Cuatro Devarajas, de Li-Ching y del Príncipe Nata con la sola ayuda de su barra de hierro. Al ver que se echaba encima la noche y todavía estaba todo por decidir, se arrancó unos cuantos pelos del cuerpo, se los metió en la boca y, tras triturarlos con los dientes, los escupió, gritando:

- ¡Transformaos! - y al instante se convirtieron en varios miles de Grandes Sabios, tan iguales a él que todos portaban una barra de hierro idéntica a la suya. En un abrir y cerrar de ojos, rechazaron al Príncipe Nata y derrotaron a los Cinco Devarajas.

Victorioso, el Gran Sabio recuperó todos los pelos y corrió al interior de la cueva. No había llegado a la cabecera del puente de láminas de hierro, cuando le salieron al encuentro sus cuatro lugartenientes, seguidos de todo el contingente de monos, que se echaron rostro en tierra y, a manera de bienvenida, tres veces se rindieron al llanto y otras tantas se abandonaron a la risa.

- ¿Se puede saber por qué, al verme, os ponéis a reír y a llorar? - preguntó, sorprendido, el Gran Sabio.

- Cuando esta mañana nos enfrentamos a los Reyes Deva - contestaron los cuatro comandantes -, el Demonio del Unicornio y los reyes de las setenta y dos cavernas cayeron prisioneros de los dioses. Sólo nosotros logramos salvar la vida, y ése es el motivo por el que nos hemos echado a llorar. Al veros, por otra parte, regresar triunfante y sin un solo rasguño, se ha apoderado de nosotros tal alegría que no hemos podido evitar soltar la carcajada.

- En la vida de un soldado - sentenció el Gran Sabio - la victoria y la derrota son una misma y única experiencia. De ahí que rece el antiguo dicho: "Es posible que puedas dar muerte a diez mil de tus enemigos, pero también perderás a tres mil de tus propios aliados". Además, han sido los tigres, los leopardos, los lobos, los insectos, los tejones, los zorros y animales por el estilo los que han caído prisioneros, no los monos. De hecho, ninguno de nosotros ha resultado herido. ¿Para qué apenarnos? Con eso no conseguiremos absolutamente nada. Es cierto que hemos logrado rechazar a nuestros adversarios, pero no lo es menos que su campamento aún no ha sido levantado y continúa firmemente anclado en la tierra, a los pies mismos de esta montaña. No debemos, por tanto, ceder a triunfalismos fáciles ni abandonar nuestra propia defensa. Lo más aconsejable en estos momentos es que comáis todo lo que queráis y descanséis las horas que podáis. Así conservaréis toda vuestra energía intacta. Mañana, en cuanto amanezca, voy a capturar, con ayuda de mi magia, a algunos de esos generales celestes y, así, daremos oportuna venganza a nuestros compañeros de armas.

Más tranquilos, los cuatro comandantes y el grueso del ejército de monos tomaron unas cuantas copas de vino de coco y se retiraron a descansar, por lo que, de momento, no hablaremos más de ellos.

Una vez que los Cuatro Devarajas hubieron ordenado el repliegue de sus ejércitos, dando, así, por terminada la lucha de aquel día, todos los comandantes acudieron a sus tiendas a informarles de los resultados obtenidos en la refriega. Fue de esta forma como se enteraron de que habían capturado gran cantidad de leones, elefantes, lobos, zorros y toda clase de animales reptantes; sin embargo, comprobaron consternados que no había ningún mono entre ellos. Se tomaron entonces medidas para proteger adecuadamente el campamento, terminaron de levantar las tiendas y se recompensó a los oficiales que más se habían distinguido en la pelea. Al mismo tiempo, se ordenó a los soldados a cargo de las redes cósmicas que llevaran campanas y que exigieran el santo y seña a todos los que se acercaran a ellos. A la espera del combate del siguiente día, se extremó la guardia, manteniendo férreo el cerco que habían montado alrededor de la Montaña de las Flores y Frutos. La situación se mantenía, pues, como al principio: con su rebelión, el irrespetuoso mono había alterado los principios armónicos que regían los cielos y la tierra, mientras la red se mantenía extendida día y noche sobre su cabeza.

De momento, no sabemos lo que ocurrió a la mañana siguiente. Quien quiera conocerlo debe escuchar con especial atención lo que se narra en el próximo capítulo.

CAPITULO VI

KWANG-ING, INVITADA DE HONOR AL BANQUETE, SE INTERESA POR LO SUCEDIDO. HACIENDO USO DE SU PODER, EL PEQUEÑO SABIO DOMINA AL GRAN SABIO

No hablaremos, de momento, del asedio al que los dioses tenían sometido al Gran Sabio. Sí lo haremos, sin embargo, de la Compasiva Dispensadora, la Eficiente Bodhisattva Kwang-Ing de la Montaña Potalaka de los Mares del Sur 1. Era una de los invitados de honor de la Reina Madre al Gran Festival de los Melocotones Inmortales y,

al entrar en la cámara del tesoro acompañada de su fiel discípulo Huei-An, comprobó, estupefacta, que la sala yacía en el más absoluto desorden y que las mesas habían sido volteadas a placer. De hecho, ninguno de los invitados allí presentes parecía atreverse a tomar asiento, prefiriendo enfrascarse en una movida y acalorada discusión. Al ver entrar a la Bodhisattva, la saludaron con cortesía y la pusieron al tanto de lo ocurrido con la mayor brevedad que les fue posible.

- Puesto que, según parece, este año no va a haber ni brindis ni festival, creo que lo mejor que podemos hacer es ir a visitar al Emperador de Jade - sugirió Kwang-Ing.

Los dioses no pusieron ningún reparo en seguirla y, sin mediar ninguna palabra más, se dirigieron a la Sala de la Luz Perfecta, donde la Bodhisattva se encontró con los Cuatro Preceptores Celestes y el Inmortal de los Pies Descalzos. A grandes rasgos la informaron de la expedición enviada por el Emperador de Jade contra el monstruo y de la intranquilidad que su tardanza estaba provocando en las dependencias imperiales.

- Me gustaría entrevistarme con el Emperador de Jade - dijo entonces la Bodhisattva -. ¿Seríais tan amable de anunciarle mi llegada?

Sin pérdida de tiempo, el Preceptor Chiou-Hung-Chr se dirigió a la Sala del Tesoro de la Niebla Divina, de donde volvió a salir a los pocos segundos para informar a Kwang-Ing que el Señor del Cielo la estaba esperando. Al recibir el anuncio de su visita, Lao-Tse se sentó al lado del emperador, mientras la Reina Madre fue a ocupar deferentemente un asiento que había detrás del trono. Kwang-Ing no tardó en entrar, seguida de los otros dioses, y, tras presentar sus respetos al Emperador de Jade y saludar a Lao-Tse y a la Reina Madre, preguntó con la llaneza que le era habitual:

- ¿Queréis explicarme por qué ha sido suspendido el Gran Festival de los Melocotones Inmortales?

- Siempre que lo hemos celebrado, todos lo hemos pasado maravillosamente - contestó el Emperador de Jade -. Pero este año un mono engreído ha destrozado todos los preparativos, no dejándonos otra cosa que una insoportable frustración.

- ¿Podéis decirme de dónde procedía ese mono? - volvió a preguntar la Bodhisattva.

- Surgió de un huevo de piedra colocado en la cumbre de la Montaña de las Flores y Frutos, ubicada en el país de Ao-Lai en el Continente de Purvavideha - respondió el Emperador de Jade -. En el momento mismo de su nacimiento surgieron de sus ojos dos rayos de luz dorada que llegaron hasta el Palacio de la Estrella Polar. A pesar de todo, no le prestamos mucha atención y nos olvidamos de él. Más tarde, sin embargo, se convirtió en un monstruo capaz de derrotar al Dragón y de domar al Tigre, y tan osado que hizo borrar su nombre del Libro de la Muerte. Posteriormente, cuando los Reyes Dragón y los Príncipes del Mundo Inferior acudieron a mí a quejarse de su vergonzosa conducta, tomé la decisión de apresarle sin dilación alguna, pero la Estrella de la Vida Perdurable nos hizo ver que todos los seres de las Tres Regiones que poseen nueve aperturas son capaces de obtener la inmortalidad y decidí ayudarle a conseguirla, trayéndole a las Regiones Superiores. Para empezar, le nombré encargado de los establos imperiales, pero él opinó que ese puesto era demasiado bajo para sus muchas capacidades y abandonó por su cuenta el Cielo. Ante rebelión tan descarada, envié contra él a Li-Ching y al Príncipe Nata con la orden de arrestarle y traerle a mi presencia. Sin embargo, lo pensé después mejor y le hice llegar un acta de reconciliación, invitándole nuevamente a venir a las Regiones Superiores y concediéndole el título de Gran Sabio, Sosia del Cielo, un nombramiento totalmente honorífico que no llevaba aparejado ningún tipo de responsabilidad. Eso fue una grave equivocación, porque se pasaba todo el día vagueando y llegamos a temer que tanta ociosidad pudiera excitar su natural pendenciero y violento. Para evitarlo, le confiamos el cuidado del Jardín de los Melocotones Inmortales, pero, una vez más, hizo caso

omiso de las normas celestes, comiéndose todos los melocotones de los árboles más viejos. Fue entonces cuando se iniciaron los preparativos para el banquete de este año, al que, por cierto, no fue invitado, porque se trataba de una persona sin asignación fija. Aun así, se las arregló a las mil maravillas para engañar al Inmortal de los Pies Descalzos y presentarse en el Estanque de Jaspe, haciéndose pasar por él. Después dio rienda suelta a su travieso natural, dando buena cuenta de toda la comida y bebiéndose todo el vino que le apeteció. Incluso tuvo el atrevimiento de robar el elixir de Lao-Tse y de llevar a su inmundada caverna una gran cantidad de vino imperial para disfrute y esparcimiento de sus hermanos los monos. Eso hizo colmar el vaso de mi paciencia, por lo que decidí enviar a cien mil soldados con redes cósmicas para capturarlo. Sin embargo, todavía no hemos recibido ningún informe sobre el desarrollo de la batalla y mucho nos tememos que todo no ha ido para nosotros tan bien como esperábamos.

La Bodhisattva se volvió entonces hacia su discípulo Huei-An y le ordenó:

- Baja inmediatamente a la Montaña de las Flores y Frutos y entérate de cómo se encuentra la situación militar en estos momentos. Si el enemigo no ha sido aún sometido, presta a los guerreros celestes toda la ayuda que precisen. En cualquiera de los casos, regresa en seguida a informarnos sobre cómo va todo.

Huei-An se arregló las ropas lo mejor que pudo y, montando en su nube, abandonó a toda prisa el palacio con una barra de hierro en las manos. No tardó en llegar a la montaña, donde pudo ver las redes cósmicas y un enjambre de centinelas con campanas en las manos que no dejaban de gritarse unos a otros el santo y seña. El cerco de la montaña era tan perfecto que resultaba prácticamente imposible que una simple gota de agua escapara de él. Apenas hubo puesto el pie en el suelo, Huei-An levantó la voz y dijo:

- ¡Eh, centinelas! ¿Os importaría anunciar mi llegada? Soy el Príncipe Moksa, hijo segundo de Li-Ching, conocido también por Huei-An, discípulo predilecto de Kwang-Ing de los Mares del Sur, y he venido a informarme de la situación militar.

Sin pérdida de tiempo, los centinelas de las Cinco Montañas dieron cuenta a sus superiores de su llegada, encargándose las Constelaciones de Acuario, Escorpio e Hidra de llevar directamente ese anuncio hasta el mismísimo comandante en jefe de todo el ejército. Li-Ching dio la orden de abrir un pequeño postigo en las redes cósmicas para permitir el paso a visitante tan ilustre. Estaba empezando a clarear ya por el este, cuando Huei-An pudo, por fin, postrarse en tierra ante los Cinco Devarajas. Concluidos los saludos, Li-Ching le abrazó cariñosamente y le preguntó:

- ¿Se puede saber de dónde vienes, querido hijo?

- Es muy largo de contar - contestó Huei-An -. Bastaos saber que acompañé a la Bodhisattva al Gran Festival de los Melocotones Inmortales, pero, al ver el lamentable estado en el que había sido sumido el Estanque de Jaspe, la Madre Misericordiosa fue a ver al Emperador de Jade, seguida por mí y muchos otros dioses. El Señor del Cielo le puso en seguida al tanto de lo ocurrido y le habló de vuestra expedición a las Regiones Inferiores con el fin de apresar a ese mono engreído. Sin embargo, como en el Cielo aún no se había recibido noticia alguna sobre la marcha de la misma, la Bodhisattva me pidió que viniera a indagar sobre la situación en la que se encuentran nuestras armas.

- Nada más llegar - explicó Li-Ching -, asentamos el campamento en el lugar en el que ahora nos encontramos. Los Nueve Planetas montaron en seguida un ataque, pero ese tipo desplegó todo el arsenal de sus formidables poderes mágicos y tuvieron que dar marcha atrás, totalmente derrotados. Ante eso, yo mismo me lancé a la refriega, pero también me rechazó, aunque la batalla duró hasta bien entrada la noche y él solo hubo de hacer frente a más de cien mil guerreros celestiales. Como habrás comprendido, hizo un uso magistral de esa magia que llaman de la división corporal. Cuando nos

reagrupamos, pudimos comprobar que habíamos apresado un gran número de lobos, tigres, leopardos, reptiles y animales semejantes, pero no a mono alguno. Hoy todavía no hemos reanudado las hostilidades.

No había acabado de decirlo, cuando llegó un soldado procedente de la puerta del campamento y anunció con voz temblorosa:

El Gran Sabio ha dispuesto su destacamento de monos en orden de batalla y está ahí fuera provocándonos.

El Príncipe y los Cinco Devarajas ordenaron el inmediato despliegue de las tropas. Moksa agarró entonces a su padre por la manga y dijo:

- Aunque la Bodhisattva me ordenó venir a recoger información, también me permitió que os prestara cuanta ayuda precisara para el combate. Si bien es verdad que no tengo mucho de estrategia, me gustaría ver cómo lucha ese Gran Sabio.

- Supongo que algo habrás aprendido en tantos años como llevas junto a la Bodhisattva - replicó Li-Ching -. Pero, por lo que más quieras, ¡ten cuidado! Ese monstruo es muy especial.

- No temas. No me ocurrirá nada - trató de tranquilizarle Huei-An -. A bestias más peligrosas que él me he enfrentado a lo largo de mi vida.

Impaciente por entrar en acción, agarró la barra de hierro con las dos manos, se ajustó la vestimenta, profusamente bordada, y, abandonando sus filas, gritó con voz segura:

- ¿Quién es el Gran Sabio, Sosia del Cielo?

- ¡Este viejo mono que tienes delante de las narices! - respondió Wu-Kung, arrogante -. ¿Y tú quién eres, para osar preguntarme una cosa tan obvia?

- Yo soy Moksa, el hijo segundo de Li-Ching - contestó el Príncipe -. También se me conoce por el nombre de Huei-An, ya que soy el discípulo preferido de la Bodhisattva Kwang-Ing y he dedicado mi vida a la defensa de la fe que ella representa.

- Si lo que dices es cierto - replicó el Gran Sabio -, ¿me quieres explicar por qué has abandonado tu centro de formación en los Mares del Sur para venir a verme?

- Mi Maestra quería informarse sobre la situación aquí abajo y me envió en busca de noticias frescas - respondió Moksa -. Pero, al ver que no eres más que un pobre fanfarrón, me he decidido a capturarte yo mismo y poner, así, fin a todas tus baladronadas.

- ¿Cómo te atreves a hablarme de esa forma? - exclamó el Gran Sabio -. ¿No sabes, acaso, que soy el mejor guerrero de todo el cosmos? Pero no huyas. Antes tienes que probar el sabor de mi barra de hierro.

Moksa no se alteró lo más mínimo. Levantó la suya y paró diestramente el golpe mortal que se le venía encima. Los dos resultaron ser excelentes luchadores. Lo demostraron ampliamente en el centro de la falda de la montaña, enfrente justamente de la puerta principal del campamento. Pocas veces se había visto, en verdad, una confrontación tan fiera y equilibrada. Idénticas parecían las armas, aunque el hierro en el que habían sido forjadas era totalmente diferente. Lo mismo podía decirse del carácter y rectitud moral de los hombres que las blandían. El conocido como Gran Sabio era un apóstata que había renegado de su primigenia condición de inmortal. Su oponente, por el contrario, había curtido su recto modo de ser en la escuela de la misericordiosa Kwang-Ing. No había que extrañarse, pues, de que su barra de hierro hubiera salido de la fragua de los Seis Dioses de las Tinieblas y de los Seis Dioses de la Luz, que la formaron golpeándola con mil martillos a la vez. La magia de la del Gran Sabio no le iba a la zaga, ya que había servido para marcar la profundidad del mismísimo Río Celeste. Se comprendía que ninguna obtuviera una ventaja apreciable. Los encuentros se sucedían, interminables, y nadie lograba salir vencedor. Los golpes, constantes, fieros, rápidos como un huracán, certeros y, a la vez, inútiles, recordaban al monótono tamborilear de

la lluvia. A un lado del campo de batalla las banderas y estandartes ondeaban gallardos, mientras que del otro surgía un constante oleaje de batir de tambores. Cada bando expresaba, además, su tensión de un modo totalmente distinto: el nerviosismo forzaba a los miles de soldados celestes a formar círculos, cosa que contrastaba llamativamente con las rectas hileras que constituían las legiones de monos. En ambos la excitación era, sin embargo, la misma. Sobre ellos caían con idéntica profusión el polvo feroz de la batalla. Era como una densa y oscura niebla que se fuera extendiendo por toda la tierra para ascender después hasta las mismísimas puertas del Palacio Celeste. Si fiera había sido la lucha del día anterior, más feroz y violenta fue aún la de esa mañana. ¡Qué digna de envidia resultó ser la habilidad guerrera del Rey de los Monos, que logró, por fin, derrotar a Moksa, haciéndole huir para salvar la vida!

Cincuenta o sesenta veces cruzaron sus armas sin desfallecer el Gran Sabio y Huei-An. Poco a poco, no obstante, los brazos y hombros del Príncipe fueron rindiéndose al cansancio y llegó un momento en el que no pudo seguir luchando. Comprendiendo que todo era inútil, abandonó el campo, dignamente derrotado. El Gran Sabio se volvió entonces hacia los suyos y, tras hacerlos formar en estricto orden de batalla, procedió a asegurar los accesos al interior de la caverna. Los guerreros celestes, por su parte, se hicieron a un lado para dejar pasar al príncipe, que, sudoroso y jadeante, fue al encuentro de los Cuatro Devarajas, de su padre Li-Ching y del Príncipe Nata, para decirles con voz entrecortada por el cansancio:

- ¡Ese Gran Sabio es un auténtico maestro! El poder de su magia es, ciertamente, incalculable. Lamento no haber podido derrotarle, aunque sé que ser batido por un enemigo superior nunca debe resultar vergonzoso.

Vivamente impresionado por el aspecto que ofrecía su hijo, Li-Ching escribió una carta al emperador solicitando refuerzos, que confió al Príncipe Moksa y al Rey Demonio Mahabali. Ninguno de los dos quiso demorar su partida hacia el Cielo. Hicieron un pequeño orificio en las redes cósmicas y, tras montarse en la nube sagrada, iniciaron a toda prisa el viaje de vuelta. No tardaron en llegar al Salón de la Luz Perfecta, donde se encontraron con los Cuatro Preceptores, que, sin pérdida de tiempo, los condujeron directamente a la Sala del Tesoro de la Niebla Divina. Tras los saludos de rigor, le preguntó la Bodhisattva:

- ¿Has podido averiguar algo sobre la situación de nuestras tropas?

- Obedeciendo vuestros deseos - respondió Huei-An -, descendí a la Montaña de las Flores y Frutos, donde, tras lograr penetrar en las redes cósmicas, solicité ser conducido a presencia de mi padre, a quien oportunamente informé de vuestras intenciones al enviarme allí. Inmediatamente me puso al tanto de todo, diciendo: "Durante todo el día de ayer estuvimos luchando con ese Rey de los Monos. Cuando al caer la tarde nos reagrupamos, pudimos comprobar que habíamos apresado un gran número de lobos, tigres, leopardos, reptiles y animales semejantes, pero no a mono alguno". No había terminado de decirlo, cuando fuimos informados de que ese monstruo exigía, de nuevo, entrar en combate. Ni corto ni perezoso, cogí mi barra de hierro y salí a enfrentarme con él. Hasta cincuenta o sesenta veces llegamos a cruzar nuestras armas, pero, al final, no pude dominarle y hube de regresar al campamento, derrotado. Eso ha movido a mi padre a enviarnos al Rey Demonio Mahabali y a mí en busca de ayuda.

La Bodhisattva no hizo ningún comentario, limitándose a sacudir ligeramente la cabeza y a sopesar la gravedad de la situación. El Emperador de Jade, por su parte, terminó de leer el escrito de Li-Ching y, soltando la carcajada, exclamó, despectivo:

- ¡Es ridículo solicitar nuevos refuerzos! ¿Qué tiene de especial ese mono, para que cien mil soldados celestes sean incapaces de vencerle? No me cabe en la cabeza que Li-Ching pida más tropas para poder cumplir su misión. ¿Quiere alguien decirme qué

batallón podemos enviarle?

- No le deis más vueltas a la cabeza - dijo Kwang-Ing con las manos dobladas sobre el pecho, apenas hubo terminado de hablar -. Creo que puedo recomendaros a un dios, que, con toda seguridad, dominará a ese mono.

- ¿Se puede saber en quién estáis pensando? - preguntó el Emperador de Jade, escéptico.

- En vuestro propio sobrino, majestad - contestó la Bodhisattva -, en Er-Lang 2, el Maestro Inmortal de la Sagacidad Absoluta, que, como bien sabéis, ha fijado su residencia en el nacimiento del Río de las Libaciones, en la Prefectura de Kwang, donde goza a manos llenas de las ofrendas que le hacen los moradores de las Regiones Inferiores. No necesito recordaros que antaño mató él solo a seis monstruos y que actualmente es el Presidente de la Hermandad de la Montaña de los Ciruelos, así como señor de más de mil doscientos dioses con cabeza de planta, cuyos poderes mágicos son incalculables. No obstante, ese inmortal es un tanto orgulloso y sólo se decidirá a capturar a ese monstruo, si, de una manera individualizada, le enviáis la orden de presentarse con sus tropas en la escena de la batalla. Si así lo hacéis, tened por seguro que terminará abatiendo a vuestro enemigo.

El Emperador de Jade redactó a toda prisa la orden, que confió al Rey Demonio Mahabali para que se la hiciera llegar cuanto antes a su destinatario. Mahabali montó en su nube y se dirigió hacia el nacimiento del Río de las Libaciones. Le llevó poco menos de media hora alcanzar el lugar en el que habitaba el Maestro Inmortal. Al verle acercarse, los demonios que guardaban las puertas de la mansión corrieron a informar a su señor, diciendo:

- Acaba de llegar un mensajero con un escrito del emperador para vos.

Er-Lang y sus hermanos abandonaron al punto sus asientos y salieron a recibir a Mahabali, quien les entregó una carta del Señor del Cielo, en la que se decía:

El Gran Sabio, Sosia del Cielo, un mono procedente de la Montaña de las Flores y Frutos, se ha declarado en abierta rebeldía. Al robar el elixir, hartarse de melocotones y emborracharse con el vino imperial, esa bestia ha impedido la celebración del Gran Festival de los Melocotones Inmortales. Por ese motivo, hemos enviado contra él cien mil soldados celestes con dieciocho redes cósmicas y la orden expresa de cercar su montaña y apresarle, pero hasta este momento presente la victoria no ha sido todavía asegurada. Por medio de la presente, pedimos, pues, a nuestro muy digno sobrino y a sus hermanos que se desplacen cuanto antes a la Montaña de las Flores y Frutos y con su aportación contribuyan a la definitiva derrota de ese monstruo. En caso de que el éxito sonría vuestros esfuerzos, seréis ascendidos y recompensados con generosidad.

Visiblemente complacido, el Maestro Inmortal se volvió hacia el Rey Demonio y le dijo:

- Regresa cuanto antes a palacio e informa a tu señor de que puede contar en esta empresa con mi humilde aportación.

Después hizo llamar a los seis miembros de la Hermandad de la Montaña de los Ciruelos - los cuatro mariscales Kang, Chang, Yao y Li, y los dos generales Kuo-Shen y Chr-Chien - y les dijo, una vez que hubieron tomado asiento:

- El Emperador de Jade ha decidido enviarnos a la Montaña de las Flores y Frutos a detener a un mono rebelde. No perdamos, pues, ni un solo minuto y dirijámonos allí cuanto antes.

Diligentes como siempre, los hermanados convocaron a sus soldados, sacaron los halcones y las traillas de perros, cogieron los arcos y las flechas, que siempre tenían a punto, y, montándose en un viento huracanado, cruzaron en un abrir y cerrar de ojos el Océano Oriental. Al llegar a la Montaña de las Flores y Frutos, se toparon con las redes

cósmicas y gritaron a los guardias:

- Hemos sido enviados por el Emperador de Jade a capturar al mono rebelde. Abridnos, pues, la puerta del campamento y dejadnos pasar.

Los guardianes transmitieron el mensaje a sus superiores hasta llegar a oídos de los Cinco Devarajas, que salieron a recibirlos a los mismísimos lindes del campo. Tras intercambiar los saludos de rigor, indagaron cuanto pudieron sobre la situación militar, encargándose Li-Ching de ofrecerles un cuadro más o menos completo de la misma.

- Ahora que yo, el Pequeño Sabio, me encuentro entre vosotros - dijo, socarrón, el Maestro Inmortal -, voy a iniciar una carrera de transformaciones con nuestro rebelde enemigo. Ustedes, caballeros, deben mantener la red bien sujeta por todas partes, menos por su sección superior, que ha de quedar totalmente al descubierto. No se preocupen por mí. Si soy derrotado, no es necesario que acudan en mi ayuda, ya que de eso se encargarán mis propios hermanos. De la misma manera, si la suerte me sonríe y termino ganando, serán también ellos quienes asuman la responsabilidad de atar a la bestia. Lo único que preciso es que el Devaraja Li-Ching se mantenga en el aire a media altura con el espejo de reflejar monstruos. Es de esperarse que, si nuestro mono es derrotado, trate de huir a algún lugar muy alejado de aquí. Es preciso, por tanto, que su imagen quede reflejada con toda claridad en el espejo; de esta forma, no le perderé de vista.

Los devarajas ocuparon entonces los cuatro puntos cardinales, mientras todos los guerreros celestes se alinearon siguiendo formaciones previamente establecidas. A la cabeza de sus hermanos los cuatro mariscales y los dos generales, el Maestro Inmortal abandonó sus filas y se puso a increpar al Gran Sabio. Previamente había ordenado al resto de su ejército extremar la vigilancia sobre el campamento, encareciendo muy especialmente a los dioses con cabeza de planta que tuvieran preparados los halcones y los perros. Una vez asegurados esos extremos, el Maestro Inmortal se dirigió a la parte delantera de la Caverna de la Cortina de Agua, donde vio un destacamento de monos dispuestos de tal forma que daban la impresión de ser un dragón enroscado. Justamente en su parte central se levantaba, orgulloso, el estandarte con el lema: "El Gran Sabio, Sosia del Cielo".

- ¡Qué monstruo más engreído! - exclamó el Maestro Inmortal, al verlo -. ¿Cómo habrá podido atreverse a otorgarse a sí mismo el título de Sosia del Cielo?

- Déjate ahora de eso - le aconsejaron los seis miembros de la Hermandad de la Montaña de los Ciruelos -. No hay tiempo para la alabanza o el reproche. Es hora ya de que nos enfrentemos a ese mono.

Cuando los monos vieron al Maestro Inmortal delante justamente de su campamento, corrieron a avisar a su señor. Sin pérdida de tiempo, el Rey de los Monos echó mano de la barra de hierro, se ajustó la coraza de oro, se calzó las botas de andar por las nubes y, tras colocarse en la cabeza el yelmo de oro, dio un tremendo salto que le llevó fuera de su propio campamento. Desconcertado ante la finura de sus rasgos y la elegancia de su vestimenta, Wu-Kung no podía apartar los ojos de su nuevo adversario. Se trataba, en efecto, de un hombre de semblante comedido y gentil, cuyas orejas le llegaban hasta los hombros y cuyos ojos, siempre alerta, emanaban una luz cegadora. Su cabeza aparecía protegida por un yelmo de tres fénix volando a diferente altura, que resaltaba la palidez amarillenta de su ropaje. Calzaba unas botas hechas a base de tiras de oro, que no desdecían en nada de sus medias de dragones enroscados. Ocho emblemas ³, apretados como ramos de flores, adornaban su cinturón de jade. Llevaba colgando de la cintura una ballesta que recordaba la graciosa curvatura de la luna nueva, y en las manos portaba una lanza de doble filo muy semejante a un tridente. Tales eran las armas de un hombre, que, de un solo tajo, hendió la Montaña de los Melocotones para salvar a su madre, - que, con un solo proyectil, derribó dos fénix de Dhzung-Le; que, con su

ingenio, mató a ocho monstruos, engrandeciendo la ola expansiva de su fama; y que, cultivador fiel de la amistad, creó la Hermandad de los Siete Sabios de la Montaña de los Ciruelos. Poseía una mente tan profunda que en nada consideraba ser un pariente directo del Cielo. De hecho, su orgulloso e independiente natural le llevó a fijar su residencia a orillas del Río de las Libaciones. Así era el magnánimo y comprensivo Sabio de la Ciudad de Chr 4, maestro en el difícil arte de las mutaciones, un inmortal al que todos conocían por el nombre de Er-Lang.

Cuando el Gran Sabio le vio, agarró con fuerza la barra de hierro y gritó, despectivo:

- ¿Qué guerrerucho eres tú y de dónde vienes, para que te atrevas, sin más, a retarme?

- Se nota que, ciertamente, tienes ojos, pero que los usas muy poco - replicó el Maestro Inmortal -. ¿Cómo es posible que no me hayas reconocido? Soy Er-Lang, sobrino del Emperador de Jade y Rey de los Espíritus Ilustres por nombramiento directo de su majestad. De él he recibido también la orden de venir a detenerte, maldito mono rebelde. ¿No percibes la proximidad de tu fin?

- Recuerdo que hace años - comentó el Gran Sabio, despectivo - la hermana del Emperador de Jade se enamoró de un mortal llamado Yang, con el que después se casó y al que al poco tiempo dio un hijo varón. ¿Quieres decir que eres tú el joven del que se cuenta que partió en dos la Montaña de los Melocotones con la única ayuda de su hacha? Ciertamente me gustaría medir mis fuerzas contigo, pero no tengo nada contra ti. Podría destruirte ahora mismo con mi barra de hierro, sin embargo, voy a ser generoso contigo y perdonarte la vida. Es vergonzoso arrojar al campo de batalla a una persona tan joven como tú. ¿Por qué no dices a los Cuatro Grandes Devarajas que salgan a dar la cara ellos?

- ¡Maldito mono! - exclamó el Maestro Inmortal, herido en su amor propio. ¿Cómo te atreves a ser tan insolente? ¡Prueba el sabor de mi acero! - y lanzó, de improviso, un terrible tajo de su lanza, que el Gran Sabio detuvo, levantando oportunamente la barra de hierro.

La lucha en la que los dos se enfrascaron fue digna de auténticos campeones. Er-Lang, el dios de la Ilustre Gentileza, gallardo y de elevado espíritu, desafió al Hermoso Rey de los Monos, el Gran Sabio Sosia del Cielo, tan valiente que a nadie temía y a todos estaba dispuesto a enfrentarse. Tan pronto como se vieron, sintieron el ardiente deseo de medir sus hercúleas fuerzas. Ambos ignoraban quién era el mejor guerrero, pero aquel día iba a brindarles, por fin, la oportunidad de descubrir quién era el más fuerte y quién el más débil. Sus armas entrecucharon a derecha y a izquierda, arriba y abajo, sin descanso ni tregua. La barra de hierro parecía un dragón volador, mientras que la lanza recordaba a los movimientos de un fénix. A un lado se habían colocado, animosos, los Seis Hermanos de la Montaña de los Ciruelos, mientras el otro lo ocupaban los Cuatro Generales. Ambos grupos agitaban sin cesar sus estandartes y banderas entre el batir de los tambores, el sonido de los gongs y los gritos de ánimo. Las dos armas, mientras tanto, buscaban penetrar en la carne del contrario, pero se lo impedían sus continuas fintas y rechazo. ¿Qué otra cosa podía esperarse de piezas tan maravillosas como la barra de hierro de los extremos de oro, portento de los mares, capaz de metamorfosearse y de volar hasta las mismísimas cumbres de la victoria? Un solo descuido podía conducir a la muerte y hacer que la suerte se disolviera, como la niebla, para siempre.

Más de trescientas veces seguidas midieron sus armas el Maestro Inmortal y el Gran Sabio, sin que la victoria se inclinara por ninguno de los dos bandos. El inmortal consideró, por tanto, llegado el momento hacer uso de sus poderes mágicos y, con una simple sacudida del cuerpo, se convirtió en un gigante de más de cien mil pies de altura. Al mismo tiempo, su rostro adquirió una extraña coloración verde, sus dientes se hicieron tan afilados como sables y toda su figura, incluido el cabello, se tornó de un

color rojo oscuro. Blandiendo con ambas manos la lanza de los dos cortes y las tres puntas, lanzó un tremendo golpe contra la cabeza del Gran Sabio, pero éste, haciendo también uso de su poderosa magia, se transformó en una figura tan alta y con los mismos rasgos que la de Er-Lang. La barra de hierro experimentó un cambio parecido, adquiriendo un tamaño tan grande que parecía la columna del Monte Kwen-Lun, sobre la que se asientan los cielos. Sólo así podía hacer frente a los mandobles del inmortal. Tan inesperada visión produjo tal espanto en los mariscales Ma y Liu que no pudieron seguir sosteniendo en sus manos los estandartes. Lo mismo les ocurrió a los generales Peng y Pa, quienes parecieron olvidarse, de pronto, de cómo usar la cimitarra y la espada. Viendo que la situación se estaba volviendo complicada para su hermano, Kang, Chang, Yao, Li, Kuo-Shen y Chr-Chien ordenaron a los dioses con la cabeza de planta que soltaran a los halcones y a los perros y los lanzaran contra los monos que protegían la Caverna de la Cortina de Agua con arcos y flechas. El ataque resultó tan efectivo que los cuatro comandantes de los monos huyeron en desbandada, cayendo prisioneros entre dos y tres mil monos, que, en la confusión, abandonaron sus escudos, tiraron sus lanzas y arrojaron al suelo sus espadas. Después, sin dejar de correr ni gritar, algunos trataron de escapar montaña arriba, mientras otros buscaron refugio en el interior de la caverna. Era como si un gato salvaje hubiera caído por la noche en un nido de pájaros y todos se hubieran elevado hacia las estrellas, llenando el cielo del oscuro batir de sus alas. La Hermandad de la Montaña de los Ciruelos obtuvo, así, una victoria total y completa.

Al ver el Gran Sabio la lamentable suerte que habían corrido sus monos, sintió que una profunda tristeza se abatía sobre su corazón y el valor fue, poco a poco, abandonándole. Sin ánimos para continuar la lucha, recobró su forma normal y, dándose la vuelta, huyó, arrastrando la pesada barra de hierro. Al verlo, el Maestro Inmortal le persiguió a grandes zancadas, sin dejar de gritar:

- ¿Adonde vas, cobarde? Si te rindes ahora, te será perdonada la vida.

Pero el Gran Sabio, lejos de detenerse a reanudar la lucha, corrió lo rápido que pudo. Cerca de la entrada de la cueva se topó con los mariscales Kang, Chang, Yao y Li, y con los generales Kuo-Shen y Chr-Chien, que estaban precisamente tratando de cortarle la retirada y le gritaron:

- ¿Adonde crees que vas, mono maldito?

Comprendiendo la gravedad de su situación, el Gran Sabio redujo la barra de hierro al tamaño de una aguja de bordar y se la escondió en un oído. Después, con un breve estremecimiento del cuerpo, se convirtió en un pequeño gorrión, que fue a esconderse a la rama más alta de un árbol. Desconcertados, los seis hermanos le buscaron por todas partes, pero no pudieron encontrarle.

- ¡Hemos perdido al monstruo! - repetían con visible nerviosismo -. ¡Hemos perdido al monstruo!

Cuando más agitados parecían, se les acercó el Maestro Inmortal y les preguntó:

- ¿En qué punto concreto le habéis perdido de vista?

- Aquí mismo - contestaron ellos -. Le teníamos acorralado y de pronto desapareció.

Er-Lang abrió cuanto pudo su ojo de fénix y inspeccionó con cuidado el lugar. De esta forma, no tardó en descubrir que el Gran Sabio se había convertido en un gorrión y se hallaba posado en la rama más alta de un árbol. En un abrir y cerrar de ojos recobró su forma habitual y se desprendió del peso de su ballesta. Pero todavía no había tocado ésta el suelo, cuando se convirtió en un halcón con las alas extendidas, presto a caer sobre su presa. El Gran Sabio sacudió entonces su plumaje y se transformó en un cormorán, que se elevó con rapidez hacia la altura. En cuanto Er-Lang lo vio, batió con fuerza sus alas y se metamorfoseó en una gaviota gigantesca, capaz de adentrarse en las nubes y capturar con el pico todo cuanto en ellas se escondiera. El Gran Sabio se vio obligado,

pues, a descender y, tras mutarse en un pececillo, se dejó caer en un arroyuelo. Er-Lang se llegó en seguida hasta el borde del agua, pero no pudo descubrir ni su sombra y se dijo:

- Por fuerza ese mono ha tenido que meterse en el agua y transformarse en un pez, una gamba o algo por el estilo. Así que lo mejor que puedo hacer es cambiar yo mismo de apariencia.

Y, ni corto ni perezoso, tomó la forma de un halcón pescador, que batió con fuerza las aguas que discurrían río abajo. Ajeno a ese nuevo cambio, el Gran Sabio se dejó, mientras tanto, arrastrar por la corriente. Pero, al alzar de pronto la vista, vio a un pájaro que parecía cometa verde - aunque sus plumas no eran del todo verdes -, recordaba por su tamaño a una garceta - aunque su plumaje era, más bien ralo - y se asemejaba a una grulla vieja - aunque sus patas carecían de la tonalidad roja de las de esos animales.

Ése debe de ser Er-Lang, que anda buscándome - se dijo, y al instante se dio media vuelta, nadando en dirección contraria.

Pero, al hacerlo, dejó escapar unas cuantas burbujas, que no pasaron desapercibidas para el Maestro Inmortal, quien pensó:

- Ese pez parece una carpa, aunque su cola no es roja, se asemeja a una perca, aunque sus escamas no forman figura alguna, recuerda a una anguila, aunque en la cabeza no tiene ninguna estrella, y es idéntico a una brema, aunque sus agallas carecen totalmente de cerdas. ¿Por qué ha tratado, además, de escaparse, en cuanto me ha visto? ¡Sin duda es el mono rebelde! - y se zambulló en el agua, intentando agarrarle con el pico.

Pero el Gran Sabio logró esquivarle a tiempo y se transformó en una serpiente de agua, que nadó rápidamente hacia la orilla, perdiéndose al punto entre la alta hierba que allí crecía. Cuando Er-Lang comprobó que todos sus esfuerzos habían resultado en vano y que una serpiente salía precipitadamente de las aguas, dedujo sin lugar a dudas que el Gran Sabio había vuelto a metamorfosearse. Se volvió lo más rápidamente que pudo y se convirtió en una grulla gris con la cabeza roja, que trató de devorar a la serpiente con las aceradas pinzas de su pico. Una vez más, el Gran Sabio logró conjurar el peligro, transformándose en una avutarda moteada, que se quedó estúpidamente quieta en las turbias aguas de la orilla. Cuando Er-Lang vio que el mono había tomado la forma de un animal tan vulgar - de todos es conocido que las avutardas moteadas ocupan el rango más ínfimo dentro del mundo de las aves y que su promiscuidad es tan notoria que no dudan en aparearse indiscriminadamente con fénix, halcones y grajos -, se negó a acercarse a él. Volvió a asumir la figura que le era habitual, tensó cuanto pudo su arco y lanzó un proyectil contra el pájaro, que salió despedido por los aires.

Pero hasta de una situación tan comprometida como ésa sacó provecho el Gran Sabio. Mientras caía rodando colina abajo, se las arregló para metamorfosearse una vez más, convirtiéndose en esta ocasión en un pequeño templo dedicado a la deidad local. Su boca, abierta del todo, se transformó en el pórtico, sus dientes en las puertas, su lengua en la imagen del Bodhisattva y sus ojos en las ventanas. El rabo le planteó, sin embargo, un serio problema, que solucionó poniéndolo erecto y convirtiéndolo en un mástil. El Maestro Inmortal mientras tanto, se lanzó en su persecución montaña abajo, pero, en vez de la avutarda que acababa de abatir, se encontró sólo con un pequeño templo. Desconcertado, abrió cuanto pudo su ojo de fénix y lo analizó detenidamente. Nada parecía anormal. Todo se ajustaba a la perfección a ese tipo de construcciones religiosas. Pero, al ver el mástil que se alzaba en la parte posterior, soltó la carcajada y se dijo:

- Es el mono. No me cabe la menor duda. De nuevo está tratando de engañarme, el muy embaucador. He visto muchos templos a lo largo de mi vida, pero jamás me he topado con ninguno que tuviera un mástil en esa parte, de lo que deduzco que debe de tratarse

de un nuevo truco de ese animal. ¿Para qué arriesgarme a entrar en su interior y dejar que me triture, una vez que me halle dentro? Lo que debo hacer es destruir sus ventanas con los puños y derribar todas sus puertas de una patada.

Al oír eso, el Gran Sabio se puso muy nervioso y exclamó:

- ¡Qué bruto estás hecho! ¿No comprendes que las puertas son mis dientes y las ventanas mis ojos? ¿Quieres explicarme qué es lo que voy a hacer, cuando los hayas reducido a añicos? - y, dando un gran salto, volvió a perderse de nuevo en la altura.

El Maestro Inmortal levantó la cabeza, tratando de dar con él, pero todo resultó inútil. En esto, llegaron hasta donde él estaba los cuatro mariscales y los dos generales y le preguntaron:

- ¿Has atrapado ya al Gran Sabio, hermano?

- Hace un momento ese mono rebelde trató de engañarme, convirtiéndose en un templo - contestó, sonriendo, el Maestro Inmortal -. Cuando me disponía a destrozarse las ventanas y derribar la puerta de una patada, dio un salto y desapareció de mi vista. Todo esto está resultando un poco extraño. ¿No os parece?

Los recién llegados se unieron a la búsqueda, pero tampoco ellos pudieron encontrar el menor rastro del desaparecido.

- Vosotros quedaos aquí vigilando - les sugirió el Maestro Inmortal -, mientras yo voy allí arriba a buscarle.

Se montó en una de las nubes y se elevó hacia lo alto. A medio camino entre la tierra y el cielo se topó con Li-Ching y Nata, que sostenían el espejo de reflejar monstruos y les preguntó:

- ¿Habéis visto al Rey de los Monos?

- No ha subido hasta aquí - contestó el Devaraja -. Te lo aseguro. He estado mirando todo el rato el espejo.

Después de hablarles del extraño duelo de metamorfosis que habían tenido y de la captura del resto de los monos, el Maestro Inmortal concluyó:

Por último, se convirtió en un templo, pero se escapó cuando estaba justamente a punto de atraparlo.

Li-Ching volvió a girar el espejo y, tras mirar en él con detenimiento, urgió al inmortal, diciendo:

- ¡Rápido, Maestro! Daos prisa. Valiéndose de sus poderes de invisibilidad, el mono ha logrado romper el cerco y se dirige a la desembocadura del Río de las Libaciones.

El Gran Sabio, en efecto, no tardó en llegar a ese punto y, con una leve sacudida del cuerpo, se convirtió en el propio Er-Lang. De esta guisa, bajó de la nube y se dirigió directamente al santuario. Los demonios que lo atendían no notaron ninguna diferencia con el auténtico Er-Lang y le dejaron el paso franco. Todos ellos, de hecho, se echaron rostro en tierra y golpearon repetidamente el suelo con la frente en señal de bienvenida. Con su desenvoltura habitual se sentó en el trono y empezó a examinar las diferentes ofrendas: tres clases distintas de carne presentadas por Li - Hu, el sacrificio votivo ofrecido por Chang-Lung, la petición de un hijo hecha por Chao - Chia y la súplica de curación dirigida por Chien - Ping. Mientras estaba inspeccionándolas, llegó alguien e informó, sobresaltado:

- ¡Acaba de llegar otro Santo Padre!

Presos del pánico, todos los demonios corrieron a ver si era verdad. Sin dejar de sonreír, el Maestro Inmortal les preguntó:

- ¿Ha venido aquí ese rebelde que se hace llamar el Gran Sabio, Sosia del Cielo?

- No hemos visto a ningún gran sabio - respondieron los démonos, desconcertados -. Lo único que podemos decir es que ahí dentro hay otro Santo Padre, examinando las ofrendas.

El Maestro Inmortal se precipitó hacia el interior. Al verle aparecer, el Gran Sabio adquirió su forma habitual y dijo con pasmosa tranquilidad:

- Es inútil que os sigáis molestando. Ahora éste se llama el Templo de Su Wu-Kung.

Sin hacer el más mínimo comentario, alzó la lanza de los dos cortes y las tres puntas y descargó un tremendo golpe, que el Rey de los Monos esquivó oportunamente, al tiempo que sacaba de la oreja la diminuta aguja de bordar que había sido su barra de hierro. Con una simple sacudida, adquirió, una vez más, el grosor de un cuenco de arroz. Wu-Kung la asió con firmeza y, de nuevo, volvió a enzarzarse con Er-Lang en un terrible cuerpo a cuerpo. El combate comenzó justamente en la misma puerta del templo y continuó por nubes y neblinas hasta alcanzar la Montaña de las Flores y Frutos. Los contendientes no dejaron de intercambiarse golpes e insultos durante todo el trayecto. Los Cuatro Devarajas se sintieron tan sorprendidos por su súbita aparición que inmediatamente se pusieron en guardia. No pasó mucho tiempo antes de que los mariscales unieran sus fuerzas a las del Maestro Inmortal en su intento por cercar al Hermoso Rey de los Monos, gesta de la que, por el momento, no hablaremos más aquí.

Sí lo haremos, sin embargo, del demonio Mahabali, quien, tras solicitar al Maestro Inmortal y a sus Seis Hermanos que se hicieran cargo de la ingrata tarea de dominar al monstruo rebelde, regresó a la Región Superior a informar del resultado de sus gestiones. El Emperador de Jade estaba hablando en el Salón del Tesoro de la Niebla Divina con la Bodhisattva Kwang-Ing, la Reina Madre y un nutrido grupo de funcionarios y, sin poder contener el nerviosismo, preguntó, muy excitado:

- Si, como afirmáis, Er-Lang ha entrado ya en combate, ¿cómo es posible que no hayamos recibido todavía ningún informe más?

- Si me permitís invitaros, a vos y al Patriarca del Tao, a asomarnos a la Puerta Sur - contestó Kwang-Ing con las manos dobladas sobre el pecho, tratando de tranquilizarle, podréis ver por vos mismo cómo van las cosas.

- Excelente sugerencia - exclamó, complacido, el Emperador de Jade.

Hizo traer la carroza imperial y, en compañía del Patriarca, de Kwang-Ing, de la Reina Madre y de un número considerable de funcionarios, se dirigió a la Puerta Sur, donde fue recibido con sumo respeto por los soldados y guardianes allí estacionados. Tras abrir la verja, comenzaron impacientes a otear la distancia, logrando ver, con las limitaciones impuestas por las circunstancias, las redes cósmicas, de las que los soldados tiraban con fuerza y que cubrían todo el campo visual, al Devaraja Li-Ching y al Príncipe Nata, que sostenían a media altura el espejo de reflejar monstruos, y al Maestro Inmortal y a sus hermanos, que trataban de acorralar al Gran Sabio en medio de una lucha salvaje. La Bodhisattva se volvió hacia Lao-Tse y le preguntó:

- ¿Qué opináis de mi recomendado Er-Lang? Personalmente tengo la certeza de que es lo suficientemente fuerte para reducir al Gran Sabio y que, tarde o temprano, terminará capturándole. Sin embargo, creo que es obligación mía ayudarle a conseguir la victoria y asegurarnos, así, de que el enemigo sea tomado prisionero.

- ¿Cómo pensáis hacerlo y de qué arma vais a serviros para conseguirlo? - preguntó, a su vez, Lao-Tse.

- Muy sencillo - contestó la Bodhisattva -. Dejaré caer el florero inmaculado que uso para sostener mi ramita de sauce y, cuando le pegue al mono ese, seguro que le derriba, si es que no termina con él. De esta forma, Er-Lang, el Pequeño Sabio, no tendrá ninguna dificultad en capturarlo.

- ¿Habéis considerado que vuestro florero es de porcelana? - replicó Lao-Tse -. Lo que decís está muy bien, si le pega en la cabeza. Pero ¿qué pasará si cae sobre la barra de hierro? ¿No se hará, acaso, añicos? Opino que lo mejor es que no hagáis nada y me permitáis a mí ayudarle a vencer.

- ¿Poseéis vos un arma? - exclamó, sorprendida, la Bodhisattva.

- Por supuesto que sí - contestó Lao-Tse y, tras arremangarse la manga izquierda, se quitó un brazal y añadió -. Esta arma está hecha de acero rojo y fue confeccionada mientras fabricaba el elixir, por lo que está totalmente cargada de fuerzas telúricas. Puede transformarse en lo que uno quiera, es totalmente resistente a la acción del fuego o el agua y posee la capacidad de entrar en el misterio de muchas cosas. Se llama, de hecho, cortador o atrapador de diamantes. El año que traspuse el Paso de Han-Ku, me fue de muchísima ayuda para lograr la conversión de los bárbaros, ya que día y noche fue prácticamente mi único guardaespaldas. Si me permitís, lo tiraré ahora mismo y golpearé con él a esa bestia.

Apenas hubo acabado de decirlo, Lao-Tse dejó caer el brazal, que fue dando tumbos por las nubes, hasta ir a parar al mismísimo campo de batalla de la Montaña de las Flores y Frutos, concretamente en la cabeza del Gran Sabio. El Rey de los Monos estaba enfrascado en una lucha feroz con los Siete Sabios y no se dio cuenta en absoluto de que había caído algo del cielo y le había golpeado justamente en la coronilla. Sin embargo, de pronto se sintió incapaz de seguir manteniéndose en pie, y cayó al suelo, como si hubiera tropezado con algo. Aun así se las arregló para ponerse de pie y se disponía ya a emprender la huida, cuando el perrillo del Santo Padre Er-Lang se abalanzó sobre él y le mordió en la pantorrilla. De esta forma, fue derribado por segunda vez y se quedó tumbado en el suelo, sin dejar de maldecir e insultar, diciendo:

- ¡Maldita bestia! ¿Por qué no vas a lamer a tu dueño, en vez de venir a morderme a mí?

Se dio unas cuantas vueltas y de nuevo trató de levantarse, pero los Siete Sabios se lanzaron sobre él y le sujetaron con fuerza. Le ataron a toda prisa y, con la ayuda de un cuchillo, le rompieron el esternón, evitando, así, que pudiera seguir metamorfoseándose. Lao-Tse recuperó su atrapador de diamantes y pidió al Emperador de Jade que volviera al Salón de la Niebla Divina en compañía de Kwang-Ing, la Reina Madre y el resto de los inmortales. En la Región Inferior, mientras tanto, los Cinco Grandes Devas replegaron las tropas, levantaron el campamento y corrieron a felicitar a Er-Lang, diciendo:

- Vuestro logro ha sido, en verdad, magnífico, Pequeño Sabio.

- ¿Qué es lo que he conseguido, en definitiva? - replicó Er-Lang -. Esta victoria jamás hubiera sido obtenida sin vuestra colaboración. Lo más importante, de todas formas, es que la autoridad imperial ha quedado definitivamente restablecida.

- No hay nada más que decir - dijeron casi a coro Kang, Chang, Yao y Li -. Lo que ahora tenemos que hacer es llevar a este tipo ante el Emperador de Jade a ver qué es lo que decide.

- Me temo, mis respetables hermanos - contestó el Maestro Inmortal -, que puesto que carecéis de título, no podréis entrevistaros con el Emperador de Jade. Entregádselo a los guardias celestes y que se encarguen de hacerlo ellos. Yo voy a ir con los Devarajas a las Regiones Superiores a redactar un informe. Mientras tanto, vosotros podéis registrar minuciosamente toda la montaña. En cuanto la hayáis limpiado de monstruos, regresad al Río de las Libaciones. Me uniré con vosotros para celebrarlo, tan pronto como haya dado cuenta de nuestra hazaña y haya recibido la oportuna recompensa.

Los cuatro mariscales y los dos generales aceptaron, sin rechistar, su plan. El Maestro Inmortal montó entonces en la nube con los otros dioses y juntos iniciaron su triunfal viaje de vuelta al cielo. En todo el camino no dejaron de sonar canciones de victoria. En cuanto pusieron el pie en el patio exterior del Salón de la Luz Perfecta, uno de los preceptores celestes fue corriendo a anunciar su llegada al Emperador, diciendo:

- Los Cuatro Grandes Devarajas que han logrado capturar al Gran Sabio, Sosia del

Cielo, esperan impacientes las órdenes de vuestra majestad.

El Emperador de Jade determinó que el prisionero fuera llevado por el demonio Mahabali y los guardias celestes al barracón de ejecutar monstruos, donde debía ser descuartizado y posteriormente cortado en trocitos. Tal era el castigo que la ley divina determinaba para los embusteros y los rebeldes. ¡Con qué rapidez se esfuman las hazañas de los héroes!

No sabemos qué le ocurrió al Rey de los Monos. Quien desee averiguarlo tendrá que escuchar lo que se dice en el próximo capítulo.

CAPÍTULO VII

EL GRAN SABIO ESCAPA DEL BRASERO DE LOS OCHO TRIAGRAMAS. EL MONO DE LA INTELIGENCIA ENCUENTRA SOSIEGO BAJO LA MONTAÑA DE LAS CINCO FASES

Siempre debe huirse de la astucia, porque la fortuna y la fama están prefijadas de antemano. La verdad y un obrar recto son producto de la virtud y a veces llegan a alcanzar la edad misma el cosmos. La arrogancia, por el contrario, atrae la cólera del Cielo. Lo importa que su reacción parezca tarda en producirse; siempre termina dándose. Su implacabilidad es tan cierta como la de la venganza. Si preguntáramos al Señor del Este por qué existen tantas tribulaciones y dolores, nos respondería que porque el orgullo no encuentra límites a sus ambiciones y, de esta forma, subvierte el orden del mundo y se mofa de la Ley.

Hablábamos de cómo el Gran Sabio, Sosia del Cielo, fue conducido por los guardias celestes a los barracones de ejecutar monstruos, donde fue atado a una columna que se usaba precisamente para torturarlos. Allí le sajaron con una cimitarra, le descuartizaron con un hacha, le travesaron con una lanza y le estoquearon con una espada, pero no lograron hacerle el menor daño. Su cuerpo continuó tan incólume como si acabara de levantarse del lecho. Al ver que el acero no podía nada contra él, el Espíritu del Polo Sur pidió a los dioses de la Sección el Fuego que le redujeran a cenizas, pero, pese a sus esfuerzos, no obtuvieron mejores resultados. Se ordenó entonces a las deidades de la Sección del Trueno que lanzaran contra él sus rayos, pero no resultó chamuscado ni uno solo de sus cabellos. Desesperados, los guardias y el Demonio Mahabali corrieron a informar al Emperador de Jade, diciendo:

- No sabemos, majestad, dónde ha podido el Gran Sabio obtener ese poder para proteger su cuerpo. El caso es que le hemos sajado con una cimitarra, descuartizado con un hacha, entregado al fuego y sometido al castigo de los rayos, y no hemos logrado destruir ni uno solo de sus cabellos. ¿Qué podemos hacer?

- Éste es, ciertamente, un problema de muy difícil solución - exclamó el Emperador de Jade, visiblemente preocupado -. ¿Qué medida puede tomarse contra una criatura de esa especie?

Lao-Tse se acercó entonces a él y dijo:

- Era de esperarse que eso ocurriera. Al fin y al cabo, ese mono se comió los melocotones de la inmortalidad y se bebió todo el vino imperial. Robó, además, el elixir divino, del que tomó cuantas píldoras quiso, tanto en estado bruto como elaboradas. Probablemente todo ello fue refinado en su estómago por el fuego de Samadhi 1, formando una masa única. Al ser, posteriormente, digerida y asimilada por su organismo, adquirió una constitución diamantina, que no puede ser destruida con facilidad. Lo más aconsejable, pues, en este caso es que me permitáis llevarme y meterle en el Braseró de los Ocho Triagramas, donde le someteré a todo tipo de fuego.

Eso le hará destilar el elixir que lleva dentro y su cuerpo podrá ser, entonces, reducido a cenizas y fundido como un simple trozo de metal.

En cuanto el Emperador de Jade lo hubo oído, ordenó a los Seis Dioses de las Tinieblas y a los Seis Dioses de la Luz que soltaran al prisionero y se lo entregaran a Lao-Tse, quien se retiró inmediatamente a satisfacer los deseos imperiales. Al respetable Sabio Er-Lang, mientras tanto, se le recompensó con un centenar de capullos de oro, cien botellas de vino celeste, diez docenas de píldoras de elixir y un elevado número de valiosísimos tesoros, tales como perlas finísimas y bordados delicados, que él compartió generosamente con sus hermanos. Tras expresar su profundo agradecimiento, el Maestro Inmortal regresó a la desembocadura del Río de las Libaciones, por lo que, de momento, no volveremos a hablar más de él.

Apenas hubo llegado al Palacio Tushita, Lao-Tse desató al Gran Sabio, le quitó el arma que llevaba clavada en el esternón y le obligó a meterse en el Brasero de los Ocho Triagramas. Se volvió entonces hacia los sirvientes que cuidaban de él y hacia el joven encargado de mantener viva la llama y les ordenó hacer un fuego gigantesco para dar, así, comienzo al proceso de fusión. En el interior del brasero había ocho compartimentos que correspondían exactamente a los ocho diagramas de Chien, Kan, Ken, Chen, Sun, Li, Kuen y Tuei. Astutamente el Gran Sabio se metió como pudo en el compartimiento correspondiente al triagrama Sun, que simboliza el viento. De todos es sabido que, cuando la brisa sopla, el fuego no termina de cuajar, levantando un humo denso que enrojece los ojos y termina por darles un aspecto que, de alguna manera, recuerda a las llamas. De ahí que algunas veces se les aplique el calificativo de ojos de fuego y pupilas de diamante.

De esta forma, fue pasando el tiempo y, sin que nadie se diera cuenta, llegó el día cuadragésimo noveno ², que marcaba el final de todo el proceso alquímico. Lao-Tse se llegó, pues, hasta el brasero y lo abrió para sacar un poco de elixir. En aquel momento el Gran Sabio se estaba tapando los ojos con las manos y derramando lágrimas sin parar. Al oír ruidos, levantó la vista y vio luz. Sin poderse contener, dio un tremendo salto, que acabó con el brasero por tierra, produciendo un ruido ensordecedor. Libre del suplicio, el Gran Sabio se dirigió hacia la puerta de la habitación, mientras los desconcertados encargados de avivar el fuego trataban inútilmente de retenerle. Uno tras otro fueron apartados de la manera más brutal de su camino. Parecía tan fiero y salvaje como un tigre preso de un ataque, o un dragón de un solo cuerno con fiebre. Lao-Tse corrió también a detenerle, pero lo único que consiguió fue un empujón que le lanzó patas arriba contra el suelo, mientras el Gran Sabio escapaba tranquilamente. Se sacó a continuación la barra de la oreja, la sacudió con fuerza una sola vez y al poco rato adquirió el grosor de un cuenco de arroz. Con ella en las manos se lanzó, una vez más, contra el Palacio Celeste, luchando con tal fiereza que los Nueve Planetas corrieron a esconderse, mientras los Cuatro Devarajas desaparecían prudentemente de la circulación. Con razón el poema ensalza al Rey de los Monos, diciendo:

Este ser cósmico posee en tal grado de perfección todos los dones de la naturaleza que pasa sin dificultad alguna por diez mil trabajos y fatigas. Inmenso e inmóvil como el Vacío Absoluto, a la vez perfecto e inmutable, recibe el nombre de Abismo Primigenio. Pese a no poseer un cuerpo de mercurio, fue refinado durante mucho tiempo en un brasero, demostrando así su naturaleza inmortal, muy superior al resto de todas las criaturas vivientes. Aunque es capaz de metamorfosis infinitas, prefiere transformarse en quietud. Por igual rechaza los tres refugios ³ y los cinco mandamientos ⁴.

Un segundo poema afirma:

De la misma manera que la luz de lo alto llena toda la amplitud del espacio inabarcable, así su arma se ajusta a su mano poderosa. Se alarga o se acorta siguiendo los deseos de su dueño, crece o se encoge obedeciendo las órdenes de su voluntad.

Uno más dice lo siguiente:

El cuerpo metamorfoseado de un mono se desposa con la mente humana. La inteligencia es un mono; no hay verdad más profunda que ésta. El Gran Sabio, Sosia del Cielo, no es una quimera. ¿Cómo iba a ayudarle el puesto de "pi-ma-wen" a expresar sus inigualables dones? El Caballo trabaja en compañía del Mono: la Inteligencia y la Voluntad deben estar firmemente enjaezadas; la una jamás debe excluir a la otra. Para entrar en el Nirvana, todo cuanto existe ha de seguir este camino: vivir bajo dos árboles idénticos 5 en compañía de Tathagata 6.

Esta vez el Rey de los Monos no mostró respeto alguno por la posición que pudieran ocupar las personas con las que se topaba. A fuerza de golpes se fue abriendo camino, sin que ningún dios fuera capaz de detenerle. Así logró llegar hasta el Salón de la Luz Perfecta. Al aproximarse al de la Niebla Divina, le salió al encuentro Wang Ling-Kwan, ayudante del Maestro de Cámara, que afortunadamente se encontraba en aquellos instantes de servicio. Al ver acercarse al Gran Sabio, le salió al paso tratando de detener su camino con su impresionante látigo dorado.

- ¿Se puede saber adonde vas, mono travieso? - le gritó, retante -. Aquí estoy yo para evitar que seas tan insolente.

El Gran Sabio no le dejó decir una sola palabra más. Levantó la barra de hierro y descargó sobre él un tremendo golpe, que Ling-Kwan esquivó con la ayuda de su látigo. Así iniciaron una lucha salvaje que estremeció hasta los mismísimos cimientos del Salón de la Niebla Divina. Fue un encuentro a muerte entre un patriota con fama de grande y un rebelde de nombre no menos notorio. Tanto el pecador como el justo se enzarzaron en un duelo sangriento, ansiosos por mostrar sus dotes de guerreros que a nada temían. Pese a la rapidez de su látigo, el paladín celeste se encontraba en desventaja con respecto a la contundencia de la barra de hierro. Pero era un dios de venganza y no dudó en enfrentarse con su voz de trueno al mono conocido por el Gran Sabio, Sosia del Cielo. Ambas armas, por otra parte, habían sido forjadas en la mismísima casa de Dios y poseían una fuerza superior a la de diez mil ejércitos. Bien lo demostraron aquel día ante las aterrorizadas puertas del Salón del Tesoro de la Niebla Divina. Los dos contendientes se habían fijado una meta y estaban dispuestos a sacrificarlo todo por conseguirla. Uno se había propuesto tomar al asalto el Palacio Celeste, mientras que el otro hizo suya la responsabilidad de defender tan sagrado lugar. Por eso luchaban con desaforada saña, dando dos pasos hacia delante y otros dos hacia atrás, sin dejar de blandir con inigualable destreza sus armas.

Los dos contendientes estuvieron guerreando durante largo tiempo, pero ninguno fue capaz de obtener una clara ventaja sobre el otro. El ayudante del Maestro de Cámara, sin embargo, había logrado dar cuenta de lo que estaba ocurriendo a la Sección de Truenos, que en seguida envió a treinta y seis dioses del rayo a ayudarle. Sin pérdida de tiempo rodearon al Gran Sabio y empezaron a acosarle con todos sus efectivos. Pero el Rey de los Monos no se arredró. Agarrando con más fuerza aún su barra, repartió golpes sin cesar en todas las direcciones, incluida su espalda. Pero los atacantes eran muchos y el acoso de sus cimitarras, lanzas, espadas, hachas de guerra, látigos, mazas y flechas se hacía cada vez más intenso y difícil de sostener. Ante tan comprometida situación, el Gran Sabio sacudió una sola vez su cuerpo y se convirtió en una criatura de seis brazos y tres cabezas. Hizo otro tanto con la barra de hierro y al instante se multiplicó por tres, haciéndolas girar con tanta rapidez que los dioses del rayo hubieron de renunciar a su ataque. Las tres barras hacían, de hecho, las veces de impenetrables escudos. La

velocidad de los giros las habían tornado tan sólidas que hasta la luz se reflejaba en ellas como si, en realidad, forjaran un todo continuo. No podía esperarse táctica menor de un guerrero al que el fuego era incapaz de quemar y el agua de ahogar. Era, en verdad, como una deslumbrante perla sagrada, contra la que las lanzas y espadas no tenían el menor poder. Sin embargo, en sus manos estaba obrar el bien o abandonarse al mal. Si se decidía por lo primero, muy bien podía llegar a ser un buda; si, por el contrario, elegía lo segundo, corría el peligro de convertirse en un ser con cuernos y totalmente cubierto de pelo. Metamorfoseándose continuamente, atacó a cuantos se le pusieron por delante, sin que ninguno de los guerreros celestes o los dioses del rayo pudieran echarle mano.

Todo el fragor de la batalla llegó pronto a oídos del Emperador de Jade, quien sin pérdida de tiempo ordenó al Ministro Errante de Inspección y al Maestro Inmortal de las Alas Sagradas ir a la Región del Oeste e invitar al anciano Buda a venir a dominar al monstruo. En cuanto recibieron la orden, los dos sabios se dirigieron directamente a la Montaña del Espíritu. Tras saludar a los Cuatro Budas Vajra y a los Ocho Bodhisattvas delante justamente del Templo del Tesoro del Trueno, les suplicaron que tuvieran la delicadeza de anunciar su llegada. Sin perder un solo minuto, los dioses se presentaron en el Estrado del Tesoro del Loto e informaron de todo a su señor. Tathagata les invitó a presentarse ante él, y los dos sabios se inclinaron tres veces seguidas ante Buda.

- ¿Queréis explicarme qué es lo que ha movido al Emperador de Jade a enviaros hasta aquí?

- Hace muchísimo tiempo - contestaron los dos sabios - en la Montaña de las Flores y Frutos nació un mono, que con el paso de los días llegó a poseer una gran cantidad de poderes mágicos. Sintiéndose seguro, reclutó un enorme ejército de monos, que sumieron al mundo en un perfecto caos. El Emperador de Jade le ofreció entonces un acta de reconciliación y le nombró "pi-ma" de sus establos. Pero él pensó que éste era un puesto demasiado bajo para sus muchas cualidades y abandonó el cielo en un acto de indiscutible rebeldía. Sin pérdida de tiempo fueron enviados a capturarlo el Devaraja Li-Ching y el Príncipe Nata, pero no lograron su objetivo y hubo de proclamarse de nuevo una segunda amnistía, a consecuencia de la cual le fue concedido el título de Gran Sabio, Sosia del Cielo, grado que no llevaba aparejada ninguna responsabilidad. Al poco tiempo, no obstante, se le confió el cuidado del Jardín de los Melocotones Inmortales, pero terminó con casi todos. No contento con eso, se dirigió al Estanque de Jaspe, donde dio buena cuenta de la comida y el vino del festival, haciendo imposible su celebración. Medio borracho, logró introducirse en el Palacio Tushita y, sin que nadie le viera, robó el elixir de Lao-Tse, abandonando al poco tiempo por segunda vez el cielo. De nuevo el Emperador de Jade se vio en la necesidad de enviar contra él a más de cien mil guerreros celestes, que, pese a lo elevado de su número, no lograron dominarle. Afortunadamente Kwang-Ing sugirió el envío inmediato de Er-Lang y sus seis hermanos al campo de batalla. Luchando con indescriptible bravura consiguieron rodearlo, pero sus poderes metamórficos eran tantos que se les escapaba una y otra vez. Sólo cuando Lao-Tse dejó caer sobre su cabeza su trampa de diamantes, logró por fin Er-Lang capturarlo y llevarle ante el Emperador, que le condenó a ser descuartizado. Sin embargo, aunque fue estoqueado con una cimitarra, golpeado con un hacha, entregado al fuego y sometido a la acción del rayo, no sufrió el menor rasguño. Lao-Tse obtuvo entonces permiso para llevarse y refinarle como al oro. El brasero estuvo, de hecho, cerrado durante cuarenta y nueve días, pero no consiguió nada contra el mono rebelde. En cuanto fue levantada su tapa, abandonó de un salto el horno de los Ocho Triagramas y empezó a aporrear a los guardas celestes, llegando hasta el Salón de la Luz Perfecta. Al ir a entrar en el de la Niebla Divina, le salió al encuentro Wang Ling-Kwan,

ayudante del Maestro de Cámara, enzarzándose con él en una lucha terrible en la que también participaron los treinta y seis generales del rayo. Con indudable sentido militar se replegaron a su alrededor, pero hasta este momento no han logrado avanzar ni un solo paso. La situación se ha tornado tan desesperada que el Emperador de Jade ha optado por suplicaros que acudáis en defensa de su trono.

Cuando Tathagata lo oyó, se volvió hacia los bodhisattvas y les dijo:

- Quedaos aquí en el templo principal y que ninguno abandone su postura contemplativa. Mi obligación es ir a hacer frente a ese demonio y, así, salvar al emperador.

Pidió a Ananda y a Kasyapa que le acompañaran y partió al punto hacia el Palacio Celeste. Nada más trasponer las puertas del Salón de la Niebla Divina, llegó hasta sus oídos el ensordecedor fragor de la lucha. Por doquier se oían juramentos y gritos. El Gran Sabio continuaba manteniendo en jaque a los treinta y seis dioses del rayo. El Patriarca Budista lanzó entonces una orden dharma, diciendo:

- Que los dioses del rayo dejen de luchar al instante y que el Gran Sabio se acerque hasta mí, para que pueda preguntarle sobre la clase de poderes divinos que le asisten.

Los luchadores bajaron en seguida las armas, rompiendo el orden de batalla que habían mantenido hasta entonces. El Gran Sabio volvió a adquirir la forma que le era habitual y, acercándose furioso al anciano, le preguntó de malos modales:

- ¿Se puede saber quién eres tú, para que, sin más ni más, te atrevas a detener la batalla con el fin de interrogarme?

- Yo soy Sakyamuni - respondió Tathagata, sonriendo -, el Venerable de la Región Occidental de la Suprema Felicidad. Si ahora me encuentro aquí, es porque he oído hablar de tu atrevimiento, de tu falta absoluta de respeto y de tus continuos actos de rebelión contra el Cielo. Así pues, respóndeme sin tardanza a las siguientes preguntas: ¿Dónde naciste? ¿En qué lugar aprendiste el Gran Arte? ¿Por qué te muestras tan violento y contrario a las normas?

- Yo - contestó el Gran Sabio, extrañamente calmado - fui engendrado por el Cielo y la Tierra, mágicamente unidos para darme el ser, y vi la luz en la Montaña de las Flores y Frutos. En la Caverna de la Cortina de Agua establecí mi hogar, pero busqué después la amistad y los conocimientos de un gran maestro, que tuvo a bien iniciarme en las enseñanzas del Misterio. Con él aprendí a hacer eterna mi vida, a metamorfosearme y a convertirme en el ser que me viniera en gana. Por eso, encontré demasiado estrechos los caminos de la vida mortal en la tierra y me propuse habitar en el cielo de jade verde. Sin embargo, descubrí con amargura que no me estaba permitido morar en el Salón de la Niebla Divina, ya que, como ocurre entre los hombres, a un rey le sucede otro y sólo a él le está permitido residir en tal palacio. ¡Pero yo no acepto normas semejantes! El honor está íntimamente ligado al poder y únicamente debería ser rey quien es capaz de guerrear y obtener la victoria.

- ¡Tú no eres más que un mono con espíritu! - exclamó, despectivo, el Patriarca Budista, soltando la carcajada -. ¿Cómo puedes ser tan presuntuoso y aspirar a hacerte con el respetable trono del muy honorable Emperador de Jade? Desde su más tierna juventud empezó a practicar actos de piedad, pasando después por la amarga experiencia de mil setecientas cincuenta kalpas ⁸, cada una de las cuales posee una duración de ciento veintinueve mil seiscientos años. Puedes calcular tú mismo los siglos que tardó en alcanzar la altísima posición de la que ahora goza. Tú no eres más que una bestia, que ha obtenido en esta reencarnación un envoltorio humano. ¿Cómo te atreves, entonces, a aspirar a lo que nunca podrás alcanzar y está totalmente por encima de tus posibilidades? Tu actitud constituye una pura blasfemia y, consecuentemente, terminará acortando significativamente tu vida. Arrepiéntete, ahora que todavía tienes tiempo, y

deja de decir tonterías. Date cuenta de que tu lengua puede conducirte a la ruina y hacer que tus muchas cualidades se esfumen como la neblina.

- Aunque el Emperador de Jade se haya dedicado a la ascesis desde su más tierna edad - replicó el Gran Sabio -, no le debería estar permitido permanecer aquí para siempre. Como muy bien reza el dicho, "muchas son las vueltas que da la realeza y nadie me asegura que el año próximo no vaya a tocarme a mí". Así que lo que puedes hacer es decirle que abandone cuanto antes su trono y me entregue a mí el Palacio Celeste. Eso pondrá fin a todo el conflicto. De lo contrario, continuaré luchando y no habrá paz jamás.

- Aparte de la inmortalidad y de tu capacidad metamórfica, ¿qué otros poderes posees para osar usurpar el trono de esta región santa? - preguntó el Patriarca Budista.

- ¡Muchísimos! - contestó el Gran Sabio con rapidez -. Domino setenta y dos transformaciones y poseo una vida que se mantendrá inmutable durante más de diez mil kalpas. Sé, además, andar por las nubes y con un solo salto soy capaz de desplazarme a una distancia de ciento ocho mil kilómetros. ¿Te parece poco para que pueda ocupar el trono del cielo?

- Hagamos una apuesta - replicó el Patriarca Budista -. Si eres capaz de caer de mi mano derecha de un solo salto, te consideraremos todos el vencedor. No tendrás que seguir guerreando, porque yo mismo pediré al Emperador de Jade que se venga a vivir conmigo al oeste y te deje a ti el Palacio Celeste. Si, por el contrario, eres incapaz de abandonar mi mano, regresarás a las Regiones Inferiores, donde deberás someterte a unas cuantas kalpas más, antes de volver a causar problemas.

- ¡Qué tonto es este Tathagata! - se dijo el Gran Sabio, al oírlo -. Una sola de mis volteretas puede transportarme a más de ciento ocho mil kilómetros y su mano sólo se encuentra a un pie de distancia. ¿Cómo no voy a poder salir de ella? ¡Es ridículo! - levantó la voz y Preguntó con ansiedad -: ¿Te atendrás después a lo convenido?

- Por mi parte no habrá ningún problema - contestó Tathagata y extendió su mano derecha, que poseía aproximadamente el tamaño de una hoja de loto.

El Gran Sabio, por su parte, dejó a un lado la barra de hierro y, tras hacer acopio de todas sus fuerzas, dio un salto que le llevó justamente al centro de la mano del Patriarca.

- La primera parte ya está cumplida - dijo -. Ahora sólo queda la segunda - y de nuevo volvió a elevarse por los aires.

Su velocidad era tanta que parecía una banda de luz surcando las nubes. El mismo Patriarca Budista tuvo que aguzar la vista cuanto pudo para verle desplazarse como un torbellino. Su fantástico salto condujo al Gran Sabio hasta una región de aire verdoso sostenida por cinco enormes columnas de un color rosáceo como la piel. Cuando se acercaba hacia ellas, se dijo, alborozado:

- Éste debe de ser el fin del mundo. Regresaré junto a Tathagata y le obligaré a cumplir lo acordado, permitiéndome habitar para siempre en el Palacio de la Niebla Divina.

Pero, cuando se disponía a iniciar el camino de vuelta, se detuvo de pronto y exclamó:

- ¡Un momento! Si he de negociar con Tathagata, lo mejor es que deje aquí una prueba de que he llegado hasta este lugar.

Sin pérdida de tiempo se arrancó un pelo y, tras echarle una bocanada de aire mágico, gritó:

- ¡Transfórmate! - y se convirtió en un pincel de escribir mojado en tinta, con el que escribió en grandes letras en la columna del centro: "El Gran Sabio, Sosia del Cielo, ha llegado hasta este lugar".

Una vez que hubo acabado de escribirlo, recuperó el pelo y con una falta de respeto total dejó un charco de espumeante orina de mono en la base de la primera columna. Después dio un salto hacia atrás y fue a parar al lugar del que había partido. Sin bajarse

de la mano de Tathagata, levantó la voz y dijo:

- Como puedes apreciar, he ido y he vuelto. Así que dile al Emperador de Jade que me entregue el Palacio Celeste cuanto antes.

- ¡Maldito mono meón! - le regañó Tathagata -. ¿Quieres decirme cuándo has abandonado la palma de mi mano?

- ¡Cómo puedes ser tan ignorante! - replicó el Gran Sabio, sorprendido -. He ido hasta el mismísimo fin de los cielos, donde he encontrado cinco columnas del color rosáceo de la piel, que sostenían una masa de aire verdoso. Por cierto, para que no hubiera dudas sobre la veracidad de lo que afirmo, he dejado allí una prueba irrefutable de mi visita. ¿Te atreves a ir conmigo a verlo?

- No hay necesidad de ir a ninguna parte - contestó Tathagata, burlón - - Baja un poco la cabeza y mira.

El Gran Sabio así lo hizo y, tras aguzar cuanto pudo sus ojos de fuego y sus pupilas de diamante, vio que en el dedo medio de la mano derecha del Patriarca Budista había sido escrito: "El Gran Sabio, Sosia del Cielo, ha llegado hasta este lugar".

Al mismo tiempo, llegó hasta sus narices un olorcillo acre a orina de mono procedente de la conjunción entre los dedos pulgar e índice. Desconcertado, el Gran Sabio exclamó: ¿Cómo es posible? Yo mismo escribí esas palabras en las columnas sobre las que el cielo se apoya. ¿Cómo es que ahora aparecen en uno de tus dedos? Lo más seguro es que hayas utilizado conmigo poderes de adivinación. La verdad es que, si no lo veo, no lo creo. Déjame volver otra vez allá a comprobarlo.

Sin pérdida de tiempo, se agachó para coger impulso, pero, cuando estaba a punto de iniciar el salto, el Patriarca Budista le dio un capirotazo que le lanzó fuera de la Puerta Oeste. Sus cinco dedos se convirtieron, al mismo tiempo, en las Cinco Fases del metal, la madera, el agua, el fuego y la tierra. Se transformaron, de hecho, en una cordillera de Cinco Picos, llamada la Montaña de las Cinco Fases, que cayeron sobre él y le aprisionaron con fuerza, haciendo imposible su huida. Ananda, Kasyapa y los dioses del rayo juntaron las manos y exclamaron, aliviados:

- ¡Maravilloso! ¡Fantástico!

Desde que surgió de un huevo de piedra se empeñó en adquirir hábitos humanos, proponiéndose como meta el aprendizaje del Camino de la Verdad. Durante más de diez mil kalpas habitó en un lugar donde por doquier florecían el quietismo y la paz. Pero un día cambió de pronto y empezó a derrochar vigor y fuerza. Su afán era alcanzar la más alta de las posiciones y ascendió hasta el mismísimo corazón del Cielo, donde se burló de los sabios, robó las píldoras de la inmortalidad y destruyó las relaciones que mantenían en orden el cosmos. Esclavo del mal, encuentra Por fin su castigo, del que nadie sabe cuándo podrá escapar.

Una vez libre del Rey de los Monos, el Patriarca Budista Tathagata se volvió hacia Ananda y Kasyapa y les ordenó volver con él al Paraíso Occidental. En ese mismo momento acudieron corriendo a su encuentro Tian-Pang y Tian-Yu, dos enviados del Salón de la Niebla Divina, que le dijeron:

- Tened la amabilidad de esperar un momento, por favor. La carroza de nuestro señor está a punto de llegar.

Al oírlo, el Patriarca Budista se dio media vuelta y adoptó una postura de reverente espera. Al poco rato apareció una carroza tirada por ocho fénix multicolores y cubierta por un dosel en el que resaltaban nueve gemas brillantes. Del cortejo que le acompañaba surgían himnos majestuosos cantados por las incontables gargantas del coro celestial. Una lluvia de capullos caía sobre él. Entre nubes de incienso se llegó hasta donde se encontraba Buda y el Emperador de Jade pudo, por fin, darle las gracias, diciendo:

- Estamos en deuda con vos por haber hecho desaparecer al monstruo con la fuerza de

vuestro poderoso dharma. Permitidnos gozar del placer de vuestra presencia un días más y así podremos invitar a los otros inmortales al banquete que pensamos dar en vuestro honor.

No atreviéndose a rechazar tan galante ofrecimiento, Tathagata dobló las manos a la altura del pecho y dio las gracias al Emperador de Jade con estas palabras:

- Acudí aquí en respuesta a vuestra orden, Respetable Veda, no por voluntad propia. El éxito de la operación, por otra parte, se debe a vuestra buena fortuna y a la cooperación de los otros dioses. No hay nada de lo que yo pueda alardear. ¿Cómo voy a ser digno de vuestra gratitud?

El Emperador de Jade se volvió a los dioses del rayo y les ordenó que, sin pérdida de tiempo, hicieran llegar invitaciones para el banquete de acción de gracias a los Tres Puros, a los Cuatro Ministros, a los Cinco Ancianos, a las Seis Mujeres Funcionarios, a las Siete Estrellas, a los Ocho Polos, a los Nueve Planetas y a las Diez Capitales, así como a los mil inmortales y a los diez mil sabios que tenían fijada en el cielo su residencia. Al mismo tiempo, se pidió a los Cuatro Grandes Preceptores Imperiales y a las Divinas Doncellas de los Nueve Cielos que abrieran las puertas de oro de la Capital de Jade, el Palacio del Secreto Primigenio y las Cinco Moradas de la Luminosidad Sempiterna. Tathagata ocupó el sitio más elevado del Estrado Espiritual de los Siete Tesoros, mientras que los demás dioses se fueron sentando, según su posición y edad, alrededor de una espléndida mesa, en la que se sirvieron hígados de dragón, médula de fénix, zumo de jade y melocotones inmortales.

Al poco rato hicieron su aparición, entre un mar de banderas y estandartes, y bajo dosel, el Respetable Puro de los Orígenes, el Honorable Puro de los Tesoros Espirituales, el Exaltado Puro de la Virtud Mortal los Maestros Inmortales de las Cinco Influencias, los Espíritus Estrella de las Cinco Constelaciones, los Tres Ministros, los Cuatro Sabios, los Nueve Planetas, los Consejeros de la Derecha y de la Izquierda, el Devaraja y el Príncipe Nata. Todos portaban en sus manos espléndidos tesoros, perlas magníficas, frutos de la longevidad y exóticas flores, que regalaron agradecidos a Buda, inclinándose ante él y diciendo:

- Reverenciamos, Tathagata, vuestro insondable poder, que ha sido capaz de dominar al Rey de los monos. Agradecemos, al mismo tiempo, al Muy Digno y Respetable Veda la amabilidad que ha tenido al invitarnos a un banquete tan espléndido como éste. ¿Sería mucho pedir al Honorable Tathagata que diera un nombre a este convite?

- Si es eso lo que deseáis - respondió Tathagata, condescendiente -, que esta comida sea recordada como el "Gran Banquete de la Paz Celestial".

- ¡Qué nombre tan espléndido! - exclamaron a coro los inmortales -. Éste es, en verdad, el Gran Banquete de la Paz Celestial.

A continuación tomaron asiento y se sirvió el vino. Tras los brindis se procedió al reparto de ramos de flores, entre el sonar de instrumentos y el tañir de cítaras. Aquél fue, en verdad, un espléndido banquete, del que un viejo poema dice:

Si a causa de un mono fue suspendida la celebración del Festival de los Melocotones Inmortales, la del Banquete de la Paz Celestial superó con mucho las expectativas que aquél había levantado. Rodeados de halos brillantes, flameaban sin cesar las banderas de dragones y las carrozas de fénix, inmersas en el torbellino de indescriptibles luces sagradas. De las bocas de los inmortales salían ritmos preñados de dulzor, que resaltaban, punteándolos, los nobles sonos de flautas de jade. Una nube de incienso ambrosíaco se cernía sobre reunión tan divina. ¡Bendita sea la corte celestial por la paz que anega al mundo!

Cuando más entretenidos estaban comiendo y bebiendo, se presentó la Reina Madre a la cabeza de una auténtica legión de doncellas celestes. Sin dejar de cantar ni bailar, se

inclinaron respetuosamente ante Buda y dijeron:

- El mono echó a perder la celebración del Festival de los Melocotones Inmortales. Nos sentimos, pues, en deuda con vos por haberle dominado y castigado como se merecía. Es poco lo que podemos ofrecer como muestra de agradecimiento en una ocasión tan festiva como la celebración del Banquete de la Paz Celestial. Aceptad, por lo tanto, estos pocos melocotones inmortales, que nosotras mismas hemos arrancado con nuestras propias manos de los árboles que los alimentaron durante milenios.

Los frutos que le ofrecieron, mitad rojos y mitad verdes, despedían un atractivo aroma dulzón, que no dejaba duda alguna sobre su origen. Pese a poseer una edad que superaba con mucho los diez mil años, aventajaban en todos los órdenes a los que crecen junto al Arroyo de Wu-Ling ¹⁰. Incomparable era su dulzura, inimitable su color, irrepetible su delicadeza de venillas cárdenas y su piel de inmarcesible terciopelo. ¿Cómo podía ser de otra forma, si eran capaces de prolongar la vida y hacer que una edad se identificara con la del cielo? ¡Feliz quien se los llevara a la boca, porque jamás experimentaría el sabor de la muerte!

El Patriarca Budista agradeció a la Reina Madre su regalo, juntando las manos e inclinándose respetuosamente la cabeza. Emocionada, se volvió hacia las doncellas celestes y las animó a seguir cantando y bailando. Todos los inmortales presentes en el banquete aplaudieron entusiasmados. Remolinos de incienso llenaban los espacios que separaban las mesas, compitiendo su aroma con el de las flores y pétalos que sin cesar caían sobre las cabezas de los comensales. ¡Qué esplendorosa se mostraba la Capital de Jade con sus arcadas doradas y los valiosísimos regalos que albergaba! Todos los invitados poseían la misma edad de los cielos; algunos, incluso, la superaban en más de diez mil kalpas. ¿Cómo iban a saber de tribulaciones y penas?

La Reina Madre pidió a las doncellas que siguieran cantando y bailando, mientras los vasos de vino se alzaban en brindis y las copas tintineaban como campanas. Poco a poco empezó a expandirse un aroma tan embriagador que las Estrellas y Planetas se pusieron de pie, los dioses y Buda se olvidaron del licor y todos levantaron, asombrados, la vista. En el aire apareció de improviso la figura venerable de un anciano que sostenía en sus manos la planta exuberante de una vida imperecedera. En su calabaza guardaba el elixir de los diez mil años y en su libro aparecían listas de nombres con más de doce milenios de existencia. El cielo y la tierra mostraban toda su fuerza en el interior de su caverna, mientras el sol y la luna alcanzaban su perfección en sus crisoles y retortas. Podía recorrer los Cuatro Mares y hacer de las Diez Islas su hogar. A menudo se emborrachaba durante la celebración del Festival de los Melocotones, pero, cuando se despertaba, la luna seguía luciendo tan brillante como siempre. Tenía una cabeza alargada, constitución débil y unas orejas muy grandes. Se llamaba la Estrella de la Vida Perdurable del Polo Sur. Tras saludar al Emperador de Jade, se llegó hasta donde estaba Tathagata y le mostró su gratitud, diciendo:

- Cuando supe que Lao-Tse se había llevado consigo a ese mono engréido al Palacio Tushita para refinarle como al oro, pensé que todo había terminado. Jamás imaginé que pudiera escaparse y que fuerais precisamente vos el que terminara sometiéndole con vuestra bondad. He venido a congratularos, en cuanto he tenido noticia de la celebración de este banquete. Mis regalos son, ciertamente, pobres para vuestros méritos, pero os suplico tengáis a bien aceptar esta planta de jaspe, esta raíz de loto de jade verde y este elixir de oro.

Con razón el poema dice:

Sakya recibió el loto de jade verde y la medicina de oro. Su edad es la misma que la de las arenas del Ganges. El brocado de los tres carromatos que conducen a los seres vivos por el penoso camino de la reencarnación n está lleno de alusiones a la felicidad eterna. Las guirnaldas de los

nueve grados de recompensa celeste expelen un aroma de vida sin fin. Él es el auténtico maestro de la Escuela San-Lung 12 y su morada está en el cielo del vacío y de la forma. No en balde el universo y la tierra le consideran su señor. De su cuerpo de diamante fluyen la felicidad y la vida.

Tathagata aceptó, complacido, su agradecimiento y la Estrella de la Vida Perdurable fue a ocupar el asiento que tenía reservado. De nuevo corrieron arroyos de vino y se repitieron los brindis, interrumpidos momentáneamente por la llegada del Gran Inmortal de los Pies Descalzos. Tras presentar sus respetos al Emperador de Jade, se llegó hasta donde se encontraba el Patriarca Budista y dijo:

- Es inexpresable el agradecimiento que siento por vuestro dharma, por haber dominado a la bestia. Para mostraros mi reconocimiento no dispongo de otra cosa que de dos peras mágicas y de algunos dátiles de fuego, que os ruego aceptéis.

De ahí que afirme el poema:

Fragantes son, en verdad, las peras y los dátiles que el Inmortal de los Pies Descalzos ofrendó a Amitabha, el de los años sin fin. El Estrado de Loto de los Siete Tesoros posee la seguridad de las montañas y su Trono de Flores está totalmente recamado en oro. La edad de quien sobre él se sienta aventaja a la del cielo y la tierra, y su buena fortuna es tan inmensa como el océano. En esto no hay falsedad ni engaño. En él alcanzan el culmen de su plenitud la felicidad y la larga vida. Su morada de eterna dicha se asienta en las Regiones del Oeste.

Tathagata agradeció al Inmortal sus presentes y pidió a Ananda y a Kasyapa que los pusieran con los otros. Se llegó después hasta donde estaba el Emperador de Jade y le expresó su gratitud por el espléndido banquete que había dado en su honor. Para entonces todos los invitados estaban ya un poco borrachos. En esto llegó uno de los Espíritus de la Inspección Universal y anunció, muy excitado:

- ¡El Gran Sabio acaba de sacar la cabeza!

- No hay por qué preocuparse - le tranquilizó el Patriarca Budista.

Sacó a continuación de sus mangas un rollo en el que habían sido escritas con letras de oro las siguientes palabras, "Om mani padme hum" 13, y se lo entregó a Ananda, ordenándole que lo colocara en la cumbre de la montaña bajo la que se hallaba enterrado el Gran Sabio. El deva cogió el rollo y lo llevó a la Montaña de las Cinco Fases, donde lo ató con fuerza a una roca cuadrangular que había justamente en su cima. Al punto echó nuevas raíces y tapó todas sus grietas, aunque dejó libre el espacio suficiente para que su prisionero pudiera respirar y moverse un poco. Una vez cumplida su misión, Ananda regresó al palacio imperial e informó a su señor, diciendo:

- El rollo ha sido atado fuertemente en el lugar que me indicasteis.

Tathagata se despidió entonces del Emperador de Jade y de los otros dioses y abandonó la Puerta Celeste, seguido de los dos devas. Compadecido, no obstante, de la suerte del Gran Sabio, pronunció una fórmula mágica y al punto acudieron a su presencia el espíritu del lugar y los Intrépidos Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, a los que mandó vigilar día y noche la Montaña de las Cinco Fases. Les ordenó, al mismo tiempo, que alimentaran al prisionero con bolas de hierro, cuando tuviera hambre, y le dieran a beber cobre fundido, cuando le atacara la sed. Una vez que se hubiera cumplido el tiempo de su castigo, acudiría a liberarle un enviado del cielo y ellos habrían de acatar la orden sin rechistar.

El mono rebelde sufrió, de esta forma, el castigo debido a su rebelión. Fue precisamente Tathagata quien doblegó su blasfemo orgullo, encerrándole bajo el peso de una montaña. Para hacer frente a las inclemencias del cielo, se alimenta con bolas de hierro y se moja los labios en cobre fundido. Duro y amargo es el castigo, pero él se siente feliz de estar aún vivo. Si algún día logra obtener la libertad, se pondrá al servicio

de Buda y emprenderá un larguísimo viaje hacia el Oeste.

Orgulloso de sus extraordinarios poderes, dominó al dragón y domesticó a los tigres. No es extraño que encontrara favor y respeto en la Capital de Jade. Pero él destrozó tan envidiable confianza, robando los melocotones y el vino sagrados y sumiendo a los cielos en un insoportable desorden. Por eso, ahora purga sus culpas en la lobretez de una cárcel de rocas. Sólo sus buenas obras podrán liberarle de tan extremo castigo, haciendo que sus ojos vuelvan a contemplar de nuevo la luz. Para eso, sin embargo, habrá de esperar la llegada de un monje santo procedente de la ilustre corte de los Tang. No sabemos ni el mes ni el año en que su culpa se vio, por fin, expiada. Quien quiera descubrirlo, tendrá que escuchar con atención lo que se dice en el próximo capítulo.

CAPITULO VIII

PARA LA OBTENCIÓN DE LA FELICIDAD SUPREMA EL BUDA SOBERANO HA CREADO LAS ESCRITURAS. KWANG-ING RECIBE LA ORDEN DE DIRIGIRSE HACIA CHANG-AN 1

Quien sea capaz de reflexionar se asombrará de ver que una vida de preocupaciones constantes sólo conduce al vacío, a la vejez y a la muerte. Es como tratar de hacer un espejo, puliendo bloques de piedra, o amontonar nieve para llenar con ella los graneros. ¡Cuántos jóvenes caen presa de engaño tan burdo! ¿Acaso puede una pluma sorber la vastedad del océano o una semilla de mostaza contener el Monte Sumeru? 2 Ante tales preguntas el Dhuta Dorado 3 sonrío, condescendiente. Quien ha recibido la iluminación está por encima de los diez estadios y los tres carros que surcan los senderos de la reencarnación. Por el contrario, el que no se esfuerza por conseguirla está sujeto a las cuatro formas de nacimiento 4 y a las seis maneras de comenzar una nueva existencia 5. ¿Quién ha escuchado bajo un acantilado sin riscos o un árbol sin sombra el canto del cuclillo saludando el albor de la primavera? Peligrosos son los caminos de Tzao-Chr 6 y oscuras las nubes que se ciernen sobre el Chiou – Ling 7, donde las voces carecen de sonido, como la catarata de los diez mil pies, la flor de loto al abrirse, o la cortina empapada de incienso que cuelga en un viejo templo. Quien llegue a comprender el misterio de los orígenes, podrá contemplar con sus ojos los tres tesoros 8 y al Rey Dragón.

La melodía que acompaña este poema "tzu" es el "Su-wu-man".

Una vez que Tathagata se hubo despedido del Emperador de Jade, regresó a toda prisa al Monasterio del Trueno, donde salieron a recibirle los tres mil budas, los quinientos arhats, los ocho reyes de diamante y los incontables bodhisattvas que lo habitaban. Portando estandartes, baldaquinos bordados, objetos valiosísimos y flores inmortales, acudieron en filas a darle la bienvenida bajo los dos Árboles sala. Tathagata descendió entonces de su nube sagrada y les dijo:

He estudiado las Tres Regiones con sabiduría y espíritu de comprensión y he llegado a la conclusión de que la esencia de todo cuanto existe carece por completo de consistencia. A esta norma no escapan ni siquiera los seres inmateriales, ya que nada posee una naturaleza aislada. Nadie puede comprender, sin ir más lejos, la supresión del mono rebelde. Al fin y al cabo, son características de todo ser vivo el origen, el nacimiento, el nombre y la muerte.

Apenas hubo acabado de hablar, emitió un rayo de luz beatífica 9, llenando el espacio de cuarenta y dos arcos iris blancos, que formaron de norte a sur un resplandeciente puente de luz. Al verlo, todos los presentes se echaron por tierra en señal de sumisa adoración. Tathagata subió entonces a su Estrado de Loto, por encima del cual no había ningún otro, y tomó asiento con la serenidad solemne que le era habitual. Los tres mil budas, los quinientos arhats, los ocho reyes de diamante y los cuatro bodhisattvas doblaron respetuosamente las manos a la altura del pecho y se acercaron a su maestro.

Tras inclinarse, una vez más, ante él, preguntaron:

- ¿Quién era el rebelde que sumió al Cielo en un caos e impidió la celebración del Festival de los Melocotones?

- Un mono soberbio originario de la Montaña de las Flores y Frutos - respondió Tathagata -. Su maldad había adquirido grados difíciles de imaginar y su poderío había alcanzado cotas imposibles de describir. Tanto que todos los guerreros celestes fueron incapaces de dominarle. Aunque Er-Lang pudo, por fin, apresarle y Lao-Tse trató de refinarle como al oro, nadie logró infligirle el menor daño. Cuando llegué, estaba haciendo un auténtico alarde de poderío y de fuerza ante un grupo de desconcertados dioses del rayo. Tras detener la lucha y preguntarle por su pasado, me respondió que poseía poderes mágicos, que le capacitaban para metamorfosearse en el ser que le viniera en gana y caminar por las nubes ciento ochenta mil millas seguidas. Le aposté a que, pese a todo, no era capaz de saltar de mi mano y él, fanfarrón, aceptó sin pensárselo dos veces. Una vez que le tuve en mi palma, le agarré con fuerza e hice que mis dedos se convirtieran en la Montaña de las Cinco Fases, bajo la que ahora se encuentra prisionero. En cuanto se enteró de lo que había hecho, el Emperador de Jade me abrió de par en par las puertas de oro de su palacio y ofreció en mi honor el Gran Banquete de la Paz Celestial, al que asistieron infinidad de inmortales. Acabo precisamente de abandonar el trono para volver a vuestro lado.

Todos se sintieron complacidos ante tales palabras. Tras deshacerse en alabanzas a Buda, se fueron retirando, según rango, a continuar con los deberes que les habían sido confiados. Una niebla santa se extendió por toda la tierra de Tien-Chu ¹⁰, mientras la luz del arco iris se posaba sobre el Respetable, también conocido como el Primero del Occidente, el Maestro de la Escuela de la No-forma. En su reino de equilibrios a menudo se ha visto a monos negros ofreciendo frutos, a ciervos rabilargos sosteniendo flores en la boca, a fénix azulados bailando como doncellas, a pájaros de mil colores cantando, a tortugas llenas de espíritu alardeando de su edad, y a grullas divinas recogiendo agárico. Juntos disfrutaban de la paz que se respira en la tierra sin mácula de Jetavana ¹¹, en el Palacio del Dragón y en las inmensas riberas del Ganges, donde cada día florecen las flores y los frutos maduran a cada hora. Allí se abandonan a la práctica del silencio para volver a la existencia plena y alcanzar el auténtico gozo. Ni mueren, ni nacen, ni crecen, ni encogen. En ese mundo de bendiciones las nieblas se posan y se levantan, pero a las estaciones se les niega la entrada en él y el tiempo no existe. El poema afirma:

Aquí todos los movimientos son libres y fáciles y han dejado de existir el dolor y las penas.
Amplios y abiertos son los campos del paraíso, donde jamás han puesto su pie de esperanza y
agonía ni la primavera ni el otoño.

El Patriarca Budista se quedó a vivir en el Monasterio del Trueno, enclavado en el corazón de la Montaña del Espíritu. Un día llamó a su alrededor a los budas, los arhats, los guardianes, los bodhisattvas, los reyes de diamante, las monjas y monjes mendicantes y les dijo:

- Desconozco el tiempo exacto que ha pasado desde que dominé al mono soberbio y pacifiqué el cielo. Calculo, de todas formas, que sobre la tierra ha debido de transcurrir por lo menos un milenio. Hoy es el día décimo quinto del primer mes del otoño y quisiera compartir con vosotros el cuenco que he preparado para celebrar la fiesta de los bienaventurados. Lo he llenado con más de cien clases de flores exóticas y un millar de frutos extraños. Espero que tengáis a bien aceptar mi humilde ofrecimiento.

Todos doblaron al tiempo las manos sobre el pecho y se inclinaron ante Buda tres veces seguidas. Tathagata pidió entonces a Ananda que cogiera las flores y frutos y los

repartiera entre los presentes con la ayuda de Kasyapa. En prueba de agradecimiento, los bienaventurados ofrecieron al Respetable sus poemas. El de las bendiciones afirmaba:

La estrella de la bendición brilla con fuerza ante el Más Venerable 12, el único capaz de gozar de una dicha sempiterna y total. Sus incontables virtudes duran lo mismo que el cielo, de donde mana la fuente inagotable de su gozo. Sus inabarcables campos de bendición se hacen aún más numerosos con el paso de los años, mientras la profundidad del océano de su felicidad permanece inalterable durante siglos. El mundo está lleno de sus bendiciones y todo cuanto existe se beneficia de ellas.

El poema de la riqueza decía:

Sus riquezas, como reza la alabanza de los fénix, superan en peso a las montañas y proclaman por doquier su larga vida. De la misma forma que su cuerpo se torna cada vez más saludable, su fortuna aumenta sin cesar, esparciendo por el mundo el brillo de su paz. Sus riquezas alcanzan los cielos, poseen el mismo nombre del mar, son ambicionadas por todos, no conocen ni medida ni límite y otorgan valor a un sinfín de naciones y tierras.

El poema de la longevidad afirmaba:

La Estrella de la Longevidad ofreció sus dones a Tathagata, del que emana la luz que produce la vida sin fin. Los frutos de la longevidad descansan sobre un frutero en el que se refleja la divinidad. Sus capullos, recién arrancados, adornan el tronco de loto. ¡Qué hermosos y bien compuestos son los poemas que la ensalzan! Las canciones que la alaban sólo pueden ser interpretadas por mentes privilegiadas. Su duración supera a las de la luna y el sol, las montañas y el mar, con los que a veces se la compara.

Tras ofrecerle sus poemas, los bodhisattvas pidieron a Tathagata que les revelara el misterio de las fuentes y de los orígenes. Buda abrió, condescendiente, la boca y se dispuso a extender el gran dharma y a proclamar la Verdad. Con la serena dulzura que caracterizaba todos sus actos, les habló de la maravillosa doctrina de los tres medios, de las cinco skandhas 13 y del Sutra Surangama. Mientras lo hacía, los dragones del cielo bajaron de sus alturas y empezaron a revolotear, en círculo, sobre sus cabezas; al mismo tiempo, cayó sobre todos los asistentes una densa lluvia de flores. En verdad la doctrina del Zen es tan luminosa como el reflejo de la luna en un millar de ríos, y la auténtica esencia de las cosas es tan pura y amplia como el firmamento en un día sin nubes.

Cuando hubo terminado de adoctrinar a sus seguidores, Tathagata les dijo:

He observado detenidamente los Cuatro Grandes Continentes y he llegado a la conclusión de que la moralidad de sus habitantes varía mucho de un lugar a otro. Los que moran en Purvavideha, el del Este, adoran a la Tierra y al Cielo y son pacíficos y honrados. Los de Uttara-kuru, el del Norte, aunque parecen gozar destruyendo toda forma de vida, lo hacen movidos por su propia necesidad de subsistencia. De hecho, poseen una mente bastante apagada y una voluntad llamativamente apática, por lo que, en el fondo, son incapaces de hacer daño a nadie. Los de Aparagodaniya, el del Oeste, no son avaros ni muestran una desmesurada tendencia a matar. Son gentes que controlan sus impulsos y dominan sus instintos. No existen, por supuesto, entre ellos iluminados de primer orden, pero es seguro que la gran mayoría alcanzará una edad muy avanzada. Los que, por el contrario, habitan en Jambudvipa, el del Sur, son propensos a la lascivia, a las contiendas, al sacrificio de animales y a toda clase de mal obrar. Están atrapados en las arenas movedizas de la maledicencia y en el proceloso mar de la difamación. No obstante, en mi poder tengo tres grandes cestos de escrituras sagradas capaces de

persuadir al hombre para que inicie una vida de virtud y buenas obras.

Cuando los bodhisattvas lo oyeron, doblaron las manos a la altura del pecho e, inclinándose con respeto, le preguntaron:

- ¿Sobre qué versan los tres cestos de escrituras de los que habláis?

- Uno - respondió Tathagata - está lleno de vinaya, que trata del cielo; otro de sastras ¹⁴, que hablan de la tierra; y el último, de sutras, que poseen la virtud de salvar a los condenados. Contienen un total de treinta y seis divisiones escritas en quince mil ciento cuarenta y cuatro rollos. Son escrituras que instan al cultivo de la verdad y constituyen la puerta que conduce a la suprema felicidad. Yo mismo iría a llevárselas a los habitantes de las Tierras del Este, pero son tan estúpidos y hacen tal mofa de la Verdad que desconocen los dictámenes más básicos de nuestras leyes y se burlan abiertamente de la auténtica escuela del Yoga. Necesitamos, por tanto, a alguien con suficiente peso moral para que vaya a esa parte del mundo y encuentre a un creyente auténtico, al que pedirá el tremendo sacrificio de trasponer las mil montañas y de vadear los mil ríos que le separan de aquí para venir a recoger las escrituras. De esta forma, los moradores del este recibirán la iluminación y podrán gozar de tantas bendiciones como granos de arena forman una montaña o gotas de agua constituyen la inmensidad de un océano. ¿Quién de vosotros está dispuesto a emprender ese viaje?

No había terminado de decirlo, cuando la Bodhisattva Kwang-Ing se llegó hasta el Estrado de Loto y, tras presentar sus respetos a Buda, dijo:

- Aunque mis luces no son muchas y me considero la más indigna de vuestros discípulos, me ofrezco voluntaria para ir a las Tierras del Este y encontrar al Peregrino que buscáis.

Sorprendidos, los otros budas alzaron la cabeza y vieron que la Bodhisattva poseía una inteligencia acrisolada en la práctica de las cuatro virtudes ¹⁵: un cuerpo ennoblecido por la perfecta sabiduría, una orla de perlas y jade, pulseras aromáticas decoradas con piedras preciosas de mil y una especies, un pelo negro recogido en un llamativo moño que recordaba a un dragón descansando, y un elegante fajín al que la brisa hacía ondular como si se tratara de una pluma de fénix. Sobre su túnica de seda blanca resaltaba el verdor de los botones de jade, que competían en belleza con su falda de terciopelo, orlada de brocados de oro. La línea de sus cejas poseía la curvatura de la luna nueva, sus ojos parecían haber robado su fulgor a las estrellas, su rostro, pálido como el jade, emitía destellos de felicidad plena, y sus frescos labios traían a la memoria el imposible recuerdo de dos relámpagos rojos. En las manos sostenía un florero sin mácula, del que continuamente fluía néctar, y un brote nuevo de sauce, al que el paso del tiempo no lograba marchitar jamás. Sólo ella era capaz de mantener en jaque a las ocho aflicciones y, así, redimir a las gentes. Grande era su compasión por el que sufre y su fama se extendía más allá de los Mares del Sur, donde tenía establecida su morada, en las mismas laderas del Monte Tai. Si un pobre la invoca, acude solícita en su ayuda y le libra de sus angustias. Su corazón de orquídeas se complace en el fresco verdor de los bambúes y su natural casto se deleita con la vistaria. Es la misericordiosa señora de la Montaña Potalaka, la Inmortal Kwang-Ing de la Caverna del Sonido de las Mareas.

Tathagata se sintió encantado de su ofrecimiento y le dijo:

- No hay persona mejor cualificada que tú para hacer un viaje como ése. Precisamente, antes de que te acercaras a mí, estaba pensando: grandes son los poderes mágicos de la Honorable Kwang-Ing. ¡Qué bien resultaría todo, de ser ella la encargada de llevar a cabo tan trascendente misión!

¿Deseáis hacerme alguna recomendación para el viaje? - preguntó la Bodhisattva, ansiosa por partir.

Fíjate con cuidado en el camino. Procura no viajar a mucha altura, manteniéndote en

una posición intermedia entre las nubes y la neblina. De esa forma, podrás ver con toda claridad las montañas y los cursos de agua y te será más fácil calcular las distancias exactas. Es preciso que facilites todos los datos que puedas a la persona elegida para venir a buscar las escrituras. Aun así, el viaje le resultará difícil y peligroso en extremo, por lo que creo que mis cinco talismanes le servirán de muchísima ayuda.

Se volvió a Ananda y Kasyapa y les ordenó que trajeran una túnica bordada y un bastón con nueve anillos de marcado corte sacerdotal. Al entregárselos a la Bodhisattva, añadió:

- Dáselos a la persona que elijas. Si se mantiene firme en su intención de venir a por las escrituras, la túnica le ayudará a no caer en la infatigable Rueda de la Transmigración. Por otra parte, una vez que empuñe el bastón, se verá libre del veneno y de toda sustancia ponzoñosa.

La Bodhisattva se inclinó y tomó los regalos en sus manos. Tathagata sacó entonces tres pequeñas escamas y agregó:

- Estos tesoros son para ti. Aunque parezcan iguales, sus usos son totalmente distintos y cada uno posee un conjuro diferente. Con ésta, por ejemplo, hay que recitar el llamado ensalmo de oro, a ésta hay que aplicarle el conocido como constrictivo, y ésta sólo se torna efectiva cuando va acompañada del conjuro prohibitivo. Si te encuentras por el camino con algún monstruo con poderes mágicos, hazle ver lo erróneo de su obrar y convéncele para que acompañe en su viaje al hombre que ha de venir en busca de las escrituras. Si se opone a convertirse en discípulo tuyo, ponle en la cabeza una de estas coronas y recita el conjuro apropiado. Eso será suficiente. La cabeza se le hinchará como una burbuja y sentirá un dolor tan fuerte que creerá que le va a estallar el cerebro de un momento a otro. Eso le hará ver la conveniencia de rendirse a tus deseos.

La Bodhisattva volvió a inclinarse, agradecida, y abandonó la estancia. En cuanto se hubo marchado, Buda llamó a su discípulo Huei-An y le ordenó que no se separara de ella en ningún momento. Huei-An poseía una enorme barra de hierro que pesaba más de mil libras, y cumplió con tal fidelidad el deseo de su maestro que no se apartó del lado de la Bodhisattva ni de día ni de noche, convirtiéndose, de hecho, en su guardaespaldas. Agradecida, la diosa de la misericordia le regaló una ramita de sauce. Dobló después la túnica de seda y se la cargó a la espalda, guardando con cuidado las tres escamas. A continuación tomó el bastón y empezó a descender por las laderas de la Montaña del Espíritu. De esta forma, dio comienzo un viaje que concluiría con la vuelta de un discípulo de Buda, empeñado en cumplir su promesa, mientras el anciano de la Cigarra de Oro sostenía en sus manos la candana ¹⁶.

Al llegar al pie de la montaña, la Bodhisattva fue recibida a la puerta del Templo Taoísta de Yü-Chen por el Gran Inmortal de la Cabeza de Oro con todos los honores. Aunque aceptó el vaso de té que le ofreció el inmortal, no quiso demorarse mucho y dijo:

- Tathagata me ha ordenado ir a las Tierras del Este a buscar a una persona que esté dispuesta a venir hasta aquí en busca de las escrituras sagradas.

- ¿Cuándo calculas que llegará ese hombre? - preguntó el inmortal.

- No lo sé exactamente - respondió la Bodhisattva -. Me figuro que tardará dos o tres años por lo menos.

Se despidió del inmortal y emprendió el vuelo a una altura que no superaba la de las nubes ni era inferior a la de la neblina. De esa forma, podría recordar después el camino con más claridad y calcular con exactitud la distancia. De su viaje existe un poema que dice:

Su búsqueda se extendió durante más de diez mil millas. No es fácil decir de antemano quién será la persona elegida para cumplir tan alta misión. Jamás existió un seleccionador de hombres

más cuidadoso que ella. ¿Por qué no puedo ser yo el afortunado? Disertar sobre el Tao cuando no se cree en él con firmeza es tan vacuo como hablar sobre algo que no se conoce. Si el hado me reservara tan alto destino, gritaría mi fe hasta destrozarme la garganta y vomitar la bilis y el hígado.

Pronto llegaron a la región del Río de la Corriente de Arena ¹⁷. Desde la altura la Bodhisattva vio una gran masa de agua y, volviéndose hacia Huei-An, comentó:

- Este lugar es muy difícil de cruzar. La persona seleccionada para venir en busca de las escrituras por fuerza ha de poseer unos huesos quebradizos y una carne mortal. ¿Cómo va a ser capaz de vadear un río tan ancho como éste?

- ¿Cuántas millas de anchura calculáis que tiene? – preguntó Huei-An.

La Bodhisattva detuvo su nube y miró con atención. Así descubrió que aquel río inmenso llegaba por el este hasta las costas arenosas, unía por el oeste los reinos bárbaros, alcanzaba por el sur las tierras de Wu-I y se aproximaba por el norte a la nación de los tártaros. Poseía una anchura que superaba las ochocientas millas y su longitud alcanzaba varios miles más. El agua corría por su cauce como si la tierra hubiera sufrido una tremenda sacudida. En algunos puntos su corriente era tan violenta que las olas que levantaba recordaban a una montaña luchando por ponerse de pie. Aquella era una masa de agua vasta, interminable, inmensa e inabarcable. El sonido que producía su torrencera podía oírse a muchos kilómetros de distancia. Sus aguas eran tan fieras que ni la balsa de un dios podía cruzarlas. Hasta a una simple hoja de loto le hubiera resultado imposible mantenerse a flote en ellas. Por su cauce sólo discurrían tallos macerados de hierba sin vida. Como si la propia naturaleza comprendiera toda la magnitud de su fuerza destructora, el sol se veía cubierto, en los lugares por los que pasaba, por una masa de nubes amarillentas que oscurecían significativamente sus orillas. ¿Cómo iban a pasar por allí las caravanas de mercaderes o iban a osar los pescadores levantar sus chamizos? Sobre sus bancos de arena jamás descendían los gansos salvajes. Ni siquiera los monos se llegaban hasta ellos, prefiriendo abreviar en lugares más lejanos. Sólo unas hierbas salvajes de flores rojizas crecían en tan peligrosos parajes, salpicadas, de vez en vez, por la blancura de las lentejas de agua.

La Bodhisattva estaba mirando, desconsolada, el espectáculo que ofrecía el río, cuando de pronto se oyó un violento chapoteo y saltó fuera del agua un monstruo espantoso y terrible. Tenía un rostro entre negro y verdoso, de aspecto fiero, y un cuerpo, ni demasiado corto ni demasiado largo, de constitución a la vez vigorosa y nervuda. Sus ojos brillaban como las ascuas de un brasero; su boca, irregular y amenazante, recordaba a la jofaina llena de sangre de un carnicero; sus lentes, salientes como un cabo que se adentra en el mar, parecían cuchillos afilados; su pelo, desmelenado totalmente, poseía una escalofriante coloración rojiza; y sus pies, descalzos, traían a la memoria la frialdad de los muertos. Rugió una sola vez y su bramido sonó tan amenazante como el fragor del trueno, mientras movía las patas con tal rapidez que parecían un remolino de viento.

Con un garrote en las manos, tan diabólica criatura corrió hacia la orilla y trató de agarrar a la Bodhisattva. Afortunadamente Huei-An se interpuso en su camino y, blandiendo la barra de hierro, le gritó, autoritario:

- ¡Detente!

La bestia no se arredró. Levantó su garrote y se enzarzó con él en una fiera y terrible batalla, como jamás se había visto en el Río de la corriente de arena. Mientras la barra de hierro de Moksa se alzó para defender la justicia y la ley, la del monstruo lo hizo para mostrar su enorme poderío. Ambos eran como dos serpientes de plata moviéndose con agilidad a lo largo de las márgenes del río. Mientras éste quiere hacer valer sus derechos como señor de la Corriente de Arena, aquél sólo desea proteger a Kwang-Ing

y, así, aumentar sus ya incontables méritos. Uno levanta tormentas de espuma y forma olas gigantescas, mientras el otro vomita neblinas y escupe viento. El cielo y la tierra sucumben a su influjo y el sol y la luna, oscurecidos por fenómenos tan portentosos, pierden parte de su benéfica luminosidad. El garrote del monstruo es tan fiero como un tigre blanco saliendo de la montaña; la barra de hierro, por el contrario, parece un dragón de tonos amarillentos interponiéndose en su camino. Aquél arranca del suelo la hierba, penetrando tanto en ella que deja al descubierto las guaridas de las serpientes. Ésta acorta, derribándolos, el vuelo de los milanos y secciona en dos los altos pinos del bosque. La lucha se extiende hasta que la oscuridad se torna espesa y en el cielo empiezan a titilar las estrellas. Para entonces una densa neblina se ha posado sobre la tierra, sumiendo cuanto en ella se asienta en un mundo sin contornos. Pero eso no parece importar ni al perenne morador de las aguas, luchador aguerrido y fiero, ni al sempiterno habitante de la Montaña del Espíritu, que busca en este combate su primer triunfo.

Los dos se midieron durante veinte o treinta asaltos, pero ninguno obtuvo una ventaja ostensible. Desconcertada, la bestia detuvo momentáneamente sus embates y preguntó a su contrincante:

-¿De dónde eres tú? No son muchos, ciertamente, los que se atreven a enfrentarse a mí.

- Yo - respondió Moksa - soy el segundo hijo del Devaraja Li-Ching. Aunque mi nombre es Moksa, soy más conocido por Huei-An, como se me llama en el mundo religioso al que pertenezco. Precisamente acompañe a mi maestra a las Tierras del Este en busca de alguien que quiera ir a recoger las escrituras sagradas a la Montaña del Espíritu.

- ¡Ahora caigo! - exclamó el monstruo, reconociéndole -. Durante mucho tiempo has seguido las enseñanzas de Kwang-Ing, llevando una vida de sacrificios y privaciones en los bosquecillos de bambú de los Mares del Sur. ¿Se puede saber cómo has llegado hasta aquí?

- ¿No te das cuenta que ésa es precisamente la maestra de la que antes te hablaba? - replicó Moksa -. Si te fijas un poco, verás que es Kwang-Ing en persona la mujer que está de pie en la orilla.

Al oírlo, el monstruo se disculpó lo mejor que pudo y arrojó a un lado su garrote. Después dejó que Moksa le agarrara del cuello y le condujera, dócil, ante la serena figura de la Bodhisattva. Se inclinó, respetuosamente, ante ella y, sin atreverse a levantar la vista del suelo, dijo:

- Os suplico tengáis a bien perdonarme. Permitid que os explique por qué he obrado así. Aunque parezca lo contrario, yo no soy ningún monstruo, sino el Mariscal-que-levanta-la-cortina, encargado de salir a recibir a la carroza de fénix del Emperador de Jade en el Salón de la Niebla Divina. Durante la celebración del Festival de los Melocotones Inmortales cometí el error de romper una copa de cristal y el Emperador me condenó a recibir ochocientos latigazos, desterrándome a continuación a las Regiones Inferiores y convirtiéndome en la bestia que ahora soy. Pero eso no es todo. Cada siete días manda contra mí una espada voladora, que me atraviesa el pecho y el costado más de cien veces, antes de regresar al lugar del que partió. De ahí que presente el lamentable estado que veis. Lo más difícil de soportar, de todas formas, es el frío y, sobre todo, el hambre, que me fuerza a salir del agua cada cierto tiempo en busca de algún caminante al que devorar. Lo que menos me imaginaba es que fuerais vos y vuestro discípulo los que tratábais de cruzar hoy mi río.

- Se te expulsó de los cielos por tu pecado - le reprendió la Bodhisattva -. Lejos de arrepentirte, has continuado destrozando vidas, por lo que puede decirse que lo único que has hecho en todo este tiempo ha sido añadir ofensa al pecado. Como te ha

explicado mi discípulo, por orden de Buda me dirijo a las Tierras del Este en busca de una persona que quiera ir a recoger las escrituras sagradas. ¿Por qué no te acoges a mí, te amparas en las buenas obras y acompañas, como discípulo, al elegido, cuando vaya al Paraíso Occidental a pedir las escrituras a Buda? Si lo haces, ordenaré a la espada voladora que deje de molestarte. Además, eso te ayudará a amontonar méritos, que harán olvidar tu pecado al Emperador de Jade, y recobrarás tu antiguo puesto. ¿Qué opinas de lo que acabo de decirte?

- Estoy ansioso por recomenzar una vida virtuosa - confesó el monstruo -. Pero he devorado en este lugar a tantos seres humanos que opino que para mí ya no hay perdón posible. Por aquí han pasado incontables personas que iban en busca de escrituras sagradas y a todas me las he comido. Sus cabezas yacen en el fondo de este río de arena, pues ya sabéis que sus aguas son tan especiales que ni siquiera los patos pueden flotar en ellas. De todas formas, ha habido nueve que han permanecido a flote, reacias totalmente a hundirse. Éste es un hecho milagroso, que debía haberme hecho reflexionar. Pero, en vez de eso, las até con una cuerda y ahora, cuando me encuentro aburrido y sin saber qué hacer, me divierto jugando con ellas. Si alguien se entera, seguro que nadie más se atreve a pasar por aquí y las escrituras no podrán reemprender el camino de vuelta. ¿No pondrá eso en peligro mi propio futuro?

- ¡Qué tontería! ¿Cómo no van a atreverse a pasar por aquí? - exclamó la Bodhisattva -. Lo que tienes que hacer es colgarte esas cabezas alrededor del cuello. Ya les encontraremos alguna utilidad, cuando llegue la persona que hayamos elegido.

- En ese caso - concluyó el monstruo más tranquilo -, acepto recibir tus enseñanzas.

La Bodhisattva le tocó entonces en la cabeza y le hizo entrega de los mandamientos. Se tomó a la arena como testigo y se le concedió el nombre religioso de Sha Wu-Ching ¹⁸, entrando, así, a formar parte del mundo de los iluminados. Una vez que la Bodhisattva se hubo ido, se lavó el corazón y, de esa forma, quedó purificado. Nunca más volvió a dar muerte a nadie, dedicándose a partir de entonces a esperar con impaciencia la llegada del hombre de las escrituras.

La Bodhisattva y Moksa continuaron, mientras tanto, su largo camino. Al cabo de cierto tiempo se toparon con una montaña muy alta, de la que manaba un olor tan fétido que les fue imposible escalarla a pie. Cuando se disponían a montar en sus nubes para trasponerla volando, se levantó de improviso un viento fortísimo y apareció ante ellos otro monstruo de aspecto feroz. Poseía unos labios carnosos y tan retorcidos como hojas secas de loto, unas orejas tan grandes como abanicos de junco, unos ojos brillantes de torva y cruel mirada, unos dientes llamativamente separados y tan afilados como limas de acero puro, y una boca tan larga y ancha como una olla. En la cabeza llevaba un morrión de oro sujeto a la barbilla con tiras de cuero, que, como las que le ajustaban al cuerpo la armadura, parecían estar hechas con piel de serpiente. En la mano sostenía un tridente, que recordaba a una zarpa abierta de dragón. De su cintura colgaba un arco con la forma de una media luna, que le otorgaba un aire a la vez orgulloso y terrible. Su apariencia era la de un luchador tan despiadado y cruel que hasta los mismos dioses se hubieran sentido intimidados al verle.

Se lanzó sobre los dos viajeros con la rapidez de la brisa y, sin mediar la menor advertencia, levantó su terrible tridente y lo dejó caer con fuerza sobre la Bodhisattva. Afortunadamente Huei-An desvió el golpe con la barra de hierro, al tiempo que gritaba, enfurecido:

- ¡Maldito monstruo! ¿Cómo puedes ser tan insolente? Si quieres luchar, dispuesto estoy a hacerte probar el poder de mi barra.

- ¡No sabes con quién estás hablando, monje estúpido! - replicó el monstruo -. Deberías ser un poco más prudente, porque te advierto que mi tridente es invencible.

Los dos se lanzaron a la lucha con una fiereza que hizo temblar a la misma ladera de la montaña. Su encuentro fue de los más magníficos que haya presenciado la historia. Si el monstruo exhalaba bravura, Huei-An no le iba a la zaga. La barra de hierro buscaba el corazón de su enemigo, mientras el tridente se afanaba por desgarrar el rostro de su agresor. Sus movimientos, veloces como el rayo, hacían volar el barro y levantaban hacia lo alto nubes de polvo que oscurecían el cielo y la tierra. Los dioses y los demonios se sintieron aterrados ante tanta violencia. El tridente emitía un ruido de muerte, al girar sin cesar en el aire, brillante como el parpadeo de una estrella. La barra de hierro, por el contrario, negra como el corazón de la noche, volaba en las manos de un príncipe. El hijo de un Devaraja, defensor de la fe en Potalaka, se enfrentaba al espíritu de un gran mariscal, que moraba en una caverna transformado en monstruo. Sus méritos guerreros eran tan similares que nadie podía decir quién iba a resultar vencedor y quién iba a salir derrotado.

Cuando más encarnizada parecía ser la batalla, Kwang-Ing dejó caer desde el aire unas cuantas flores de loto y al instante se separaron el tridente y la barra. Asombrado ante semejante portento, el monstruo preguntó a toda prisa:

- ¿De dónde sois? He de reconocer que el truco ese de las flores es francamente extraordinario.

- ¡Maldita bestia de ojos ciegos y cuerpo mortal! - exclamó Moksa -. Soy discípulo de la Bodhisattva de los Mares del Sur y éstas son flores de loto que acaba de arrojar mi maestra. ¿Acaso no las reconoces?

- ¿La Bodhisattva de los Mares del Sur? - repitió el monstruo -. ¿Te refieres a Kwang-Ing, la que aleja de nosotros las tres calamidades y nos salva de los ocho peligros?

- ¿Quién otra podría ser? - contestó Moksa, malhumorado.

La bestia al instante arrojó el tridente, agachó la cabeza e, inclinándose con respeto, dijo:

- ¿Puedes indicarme, respetable hermano, dónde está la Bodhisattva? Si tuvieras la amabilidad de presentarme a ella, te estaría infinitamente agradecido.

Moksa levantó la cabeza y señaló hacia arriba, diciendo:

- ¿No la ves ahí?

El monstruo se echó rostro en tierra y, sin dejar de golpear el suelo con la frente, suplicó a gritos:

- ¡Perdonadme, Bodhisattva! ¡No tengáis en cuenta este pecado!

Kwang-Ing descendió inmediatamente de su nube y, acercándose a él, le preguntó:

- ¿De dónde eres y por qué te has atrevido a interponerte en mi camino, puerco salvaje o lo que seas?

- Yo no soy ninguna bestia - contestó el monstruo, humilde -, sino el antiguo Mariscal de los Juncales Celestes ¹⁹. El Emperador de Jade me mandó azotar más de dos mil veces seguidas con un mazo y me desterró después a este mundo de polvo y sombras, porque en cierta ocasión me emborraché y me puse a coquetear con la Diosa de la Luna ²⁰. Eso me obligó a buscar un nuevo cuerpo en el que reencarnarme. Pero, sin saber cómo, me perdí y fui a parar al vientre de una jabalina. No es extraño que me hayáis confundido con un puerco salvaje. Yo mismo me asusté tanto, al ver el aspecto que tenía, que maté a mordiscos a la cerda que me dio a luz y al resto de la camada. Me apoderé después de esta montaña y he pasado mis días devorando gente. Lo que menos me esperaba es que un día fuera a encontrarme con vos. ¡Apiadaos de mí, Bodhisattva! ¡Os lo suplico!

- ¿Cómo se llama esta montaña? - preguntó la Bodhisattva.

- El Montículo Bendito, señora - respondió -. En ella hay una cueva conocida como los Senderos de Nubes, en la que antaño habitó la anciana Luán. En cuanto se enteró de que

era un maestro de las artes marciales, vino en seguida a pedirme que me hiciera cargo del lugar, siguiendo al pie de la letra el consejo del dicho, que dice: "Quien mora en la casa de su mujer debe permanecer de espaldas a la puerta". La pobre murió al cabo de un año, dejándome en herencia la totalidad de la cueva. Como os digo, he vivido en este lugar durante muchísimo tiempo, pero aún no he aprendido a valerme por mí mismo y me he visto obligado a devorar a infinidad de gente. ¡Os pido me perdonéis un pecado tan horrendo, señora!

- Existe un viejo proverbio, que reza: "Quien ansíe poseer un mañana, en todo momento debe obrar con rectitud". No sólo has puesto en tu contra a las Regiones Superiores, sino que, encima, te has dedicado a matar a todo bicho viviente que ha tenido la mala fortuna de pasar por aquí. ¿No comprendes que crímenes tan horrendos no pueden quedar sin castigo?

- ¡El mañana! ¿Qué me importa a mí el mañana? - exclamó la bestia -. Si te hago caso, lo más seguro es que termine alimentándome del aire. Si mal no recuerdo, existe otro proverbio, que dice: "Si sigues las normas de la corte, lo más seguro es que mueras apaleado; si respetas las leyes de Buda, ten por cierto que morirás de inanición". Así que es mejor que me dejes marchar. Prefiero seguir devorando viajeros a convertirme en un esqueleto viviente. ¿Qué me importan a mí, en definitiva, dos crímenes más, o tres, o mil, o diez mil? ¡Qué más da!

- Hay otro proverbio - replicó la Bodhisattva -, que afirma: "El cielo ayuda a quien está lleno de intenciones rectas". Te aseguro que, si decides volver al camino de la virtud, jamás pasarás hambre y tu cuerpo estará más sano y orondo que ahora. En el mundo hay cinco clases distintas de grano, capaces de aliviar el hambre. No comprendo por qué tienes que alimentarte de seres humanos.

Al oír estas palabras, la bestia se sintió como quien se despierta de un sueño y dijo, apenada:

- ¡No sabes cuánto me gustaría seguir el camino de la verdad! Pero he ofendido tanto al cielo que mis oraciones han perdido todo su valor.

- Si estoy aquí - trató de consolarle la Bodhisattva -, es porque Buda me ha ordenado ir a las Tierras del Este en busca de una persona que venga a recoger las escrituras sagradas. Si accedes a convertirte en discípulo suyo y a acompañarle hasta el Paraíso Occidental, ten por cierto que tus pecados te serán perdonados y no volverás a padecer ninguna de las desgracias que ahora te afligen.

- ¡Por supuesto que accedo! ¡Claro que sí! - exclamó la bestia con pinta de cerdo, entusiasmada.

La Bodhisattva le puso entonces las manos sobre la cabeza y le hizo entrega de los mandamientos. Tomando después a su propio cuerpo por testigo, le otorgó el nombre religioso de Chu Wu-Neng ²¹. A partir de aquel momento se convirtió en un budista ferviente, ayunando cuanto pudo, siguiendo escrupulosamente una dieta vegetariana, absteniéndose con firmeza de las cinco comidas prohibidas ²² y de los tres alimentos desaconsejados ²³, y esperando con impaciencia la llegada del viajero de las escrituras.

Satisfechos por la labor realizada, la Bodhisattva y Moksa se despidieron de Wu-Neng y continuaron su vuelo a media altura entre las nubes y la neblina. Al poco rato vieron a un dragón joven pidiendo auxilio y, acercándose a él, la Bodhisattva le preguntó, sorprendida:

- ¿Qué dragón eres tú y por qué te encuentras aquí?

- Soy el hijo de Ao-Jun, el Rey Dragón del Océano Occidental - respondió él -. Sin darme cuenta, quemé el palacio y con él ardieron muchas de las perlas más valiosas que escondían los mares. Mi padre envió, enfurecido, un informe a la Corte Celeste, acusándome de desobediencia grave, y el Emperador de Jade me ha hecho colgar del

cielo y me ha propinado trescientos latigazos. Lo más desesperante, sin embargo, es que piensa ejecutarme dentro de unos días. ¡Salvadme, por favor, Bodhisattva!

Sin pérdida de tiempo, Kwang-Ing y Moksa se dirigieron a toda velocidad hacia la Puerta Sur del Palacio Celeste, donde fueron recibidos por los preceptores Chiou y Chang, que les preguntaron:

- ¿Se puede saber adonde vais?

- Esta humilde religiosa - respondió la Bodhisattva - desearía tener una audiencia con el Emperador de Jade.

Al punto los dos preceptores fueron a anunciar su llegada y el propio Emperador de Jade salió a los pocos segundos a recibirla. Tras saludarle con el respeto que en ella era habitual, la Bodhisattva dijo:

- Esta humilde religiosa se encuentra viajando por orden de Buda hacia las Tierras del Este, para hallar a una persona que esté dispuesta a ir en busca de las escrituras sagradas. Acabo de encontrarme con un dragón colgado del cielo y he venido a pedirlos que le perdonéis la vida y, en vez de ajusticiarlo, me lo entreguéis a mí. Podría ser un espléndido medio de transporte para el Peregrino que voy a buscar.

No había acabado de decirlo, cuando el Emperador de Jade concedió el indulto al prisionero, ordenando a los centinelas celestes que le pusieran en libertad y se lo entregaran a la Bodhisattva. Kwang-Ing agradeció al Emperador su gesto, mientras el joven dragón se echaba rostro en tierra y golpeaba sin cesar el suelo con la frente, prometiéndole obediencia y sumisión eternas. La Bodhisattva le mandó a vivir en un torrente de la montaña con el encargo de que, cuando pasara el Peregrino que iba a buscar, se transformara en un caballo blanco y le llevara hasta el Paraíso Occidental. El joven dragón obedeció sin tardanza la orden, zambulléndose en el lugar que se le había ordenado.

La Bodhisattva y Moksa dejaron atrás la montaña y continuaron su viaje hacia el este. Al poco rato se toparon con diez mil rayos de luz dorada y mil capas de vapor brillante. Profundamente impresionado por su belleza, Moksa se volvió, excitado, hacia su maestra y le dijo:

- Ese lugar tan espléndido debe de ser la Montaña de las Cinco Fases. De hecho, puedo ver desde aquí las palabras que hizo escribir en ella Tathagata.

- Así que ése es el sitio en el que se halla encerrado el Gran Sabio, Sosia del Cielo, que sembró el caos en las alturas y evitó la celebración del Festival de los Melocotones Inmortales.

- Así es - confirmó Moksa.

Curiosos, se llegaron hasta su cumbre y vieron el rollo en el que habían sido escritas las palabras mágicas "Om mani padme hum". La Bodhisattva suspiró y recitó el siguiente poema:

Arrepentido esté el mono impío, que se mofó de la ley y temerariamente buscó convertirse en un gran héroe. Esclavo del orgullo, destruyó el Festival y sembró el desconcierto en el Palacio Tushita. Ninguno de los diez mil soldados celestes fue digno rival para él, eterno sembrador de terror en las nueve esferas del Cielo. ¿Cuándo volverá, prisionero del Soberano Tathagata, a conocer la miel de la libertad y a probar de nuevo la fuerza de su poder?

Estas palabras parecieron molestar el silencioso meditar del Gran Sabio, que, levantando la voz, preguntó desde el fondo mismo de la montaña:

- ¿Se puede saber quién está ahí arriba componiendo versos, que hablan tan claramente de mis errores?

La Bodhisattva abandonó entonces la seguridad de la cima y se puso a mirar, picada por la curiosidad. Junto a un repecho rocoso vio sentados al espíritu del lugar, al dios de

la montaña y a los centinelas celestes encargados de la custodia del Gran Sabio. En cuanto se percataron de su presencia, se levantaron de sus asientos y corrieron a recibirla, inclinándose, respetuosos, ante ella. Después la condujeron hasta el sitio donde permanecía encerrado el Gran Sabio. Agachó la cabeza y vio que estaba recluido en una especie de caja de piedra, que, aunque le permitía hablar con claridad, le impedía totalmente moverse.

- ¡Eh, tú! ¿Me reconoces? - preguntó la Bodhisattva.

- ¿Cómo no voy a reconocerte? - respondió el Gran Sabio, sacudiendo la cabeza y abriendo cuanto le era posible sus fieros ojos de pupilas de diamante -. Tú eres la Poderosa Intercesora, la Misericordiosa Bodhisattva Kwang-Ing de la Montaña Potalaka de los Mares del Sur. Gracias, muchas gracias por haberte acordado de mí y venir a verme. En este lugar el tiempo pasa muy despacio y los días duran como años, porque ni uno solo de mis conocidos se ha atrevido a llegarse hasta aquí a hacerme una visita. ¿Te importaría decirme de dónde vienes?

- He recibido la orden de Buda de ir a las Tierras del Este a buscar a una persona que esté dispuesta a venir a recoger las escrituras - contestó la Bodhisattva -. Al pasar por aquí, me acordé de que estabas encerrado en esta montaña y decidí hacerte una pequeña visita y, de paso, descansar un poco.

- Tathagata me engañó - dijo el Gran Sabio con amargura - - Llevó más de quinientos años bajo esta montaña, sin poderme mover ni hablar con nadie. Os suplico que tengáis un poco de compasión y me libréis de este tormento.

- Tienes que reconocer que tus pecados fueron muchos - comentó la Bodhisattva -. Además, si te dejo en libertad, me temo que volverás otra vez a las andadas y entonces tu suerte será peor que la de ahora.

- No, no - negó el Gran Sabio con decisión -. Ahora conozco el significado de la palabra penitencia. Apiadaos de mí y mostradme el sendero justo, ya que actualmente mi único deseo es entregarme de lleno a las prácticas religiosas.

Cierto es que, cuando en el corazón de un hombre florece el más mínimo deseo, en seguida llega a conocimiento del cielo y la tierra. Si la virtud o el vicio carecieran de sanción, el universo sería, en verdad, injusto.

Cuando la Bodhisattva hubo escuchado esas palabras, se sintió embargada por una inmensa alegría y dijo al Gran Sabio:

- La escritura dice: "Una palabra justa siempre obtiene respuesta, mientras que una injusta sólo encuentra oposición". Si, en verdad, tienes el propósito que acabas de expresarme, espera a que llegue a la Nación de los Tang, en las Tierras del Este, y encuentre al hombre que ha de venir en busca de las escrituras. Le diré que, cuando pase por aquí, te ponga en libertad y tú te convertirás en discípulo suyo. Respetarás las enseñanzas y recitarás sin cesar los mil nombres de Buda, dando así comienzo a una nueva vida de recogimiento y mortificación. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

- ¡Por supuesto que sí! - exclamó el Gran Sabio.

- Si has de dedicarte a la práctica de la virtud - continuó diciendo la Bodhisattva -, forzoso es que tengas un nombre religioso.

- Ya lo tengo - respondió el Gran Sabio -. En religión se me conoce como Sun Wu-Kung.

- Antes que tú - comentó la Bodhisattva - hubo otras dos personas que, al abrazar nuestra fe, recibieron precisamente nombres que giraban alrededor del carácter "Wu". Supongo que no les molestará que tú también lo poseas. En fin, no se me ocurre nada más que decirte. Sintiendo mucho, he de continuar mi camino.

Así fue como el Gran Sabio aceptó el credo budista, convirtiéndose en un iluminado.

La Bodhisattva y Moksa emprendieron el vuelo y se dirigieron hacia el este, llegando a

los pocos días a Chang-An, la capital de la Gran Nación de los Tang. Dejando a un lado las nubes que hasta allí les habían llevado, se convirtieron en dos monjes mendicantes cubiertos de llagas supurantes ²⁴ y, de esta guisa, entraron en la ciudad. Hacía poco que el sol se había puesto. Al pasar por una de las calles, vieron el templo del espíritu local y entraron en él. Alarmados, los demonios que guardaban las puertas y el mismo espíritu se echaron rostro en tierra y, sin dejar de golpear el suelo con la frente, les dieron respetuosamente la bienvenida. A continuación el espíritu local corrió a informar de su presencia al dios guardián de la ciudad y a las deidades de los otros templos de Chang-An. En cuanto supieron de quién se trataba, corrieron en tropel a presentarle sus respetos, diciendo:

- Perdonadnos, Bodhisattva, por haber tardado tanto en venir a recibirlos.

- Está bien, está bien - respondió la Bodhisattva -. Quedáis perdonados, pero ninguno debe revelar mi presencia en esta ciudad. He venido hasta aquí, por orden expresa de Buda, en busca de un hombre que quiera ir a recoger las escrituras sagradas. Me temo, pues, que tendré que quedarme entre vosotros, hasta que haya encontrado a la persona adecuada. Calculo, de todas formas, que no me llevará más de un par de días o tres.

Más tranquilos, los dioses regresaron a sus residencias habituales, no sin antes aconsejar al espíritu local que, con el fin de hacer pasar totalmente de incógnito la estancia de la maestra y su discípulo en la ciudad, fijara durante unos días su morada en el templo del dios protector de la misma.

No sabemos qué clase de persona eligió la Bodhisattva para llevar a cabo la alta misión que Buda le había encomendado. Quien quiera averiguarlo deberá escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IX

AL IR A TOMAR POSESIÓN DE SU CARGO, CHEN KWANG-JUI SE TOPA CON LA DESGRACIA. AL SER VENGADOS, LOS PADRES RECIBEN EL PREMIO DEBIDO A SUS DESVELOS

La ciudad de Chang-An, situada en la Provincia de Shen-Si, era el lugar en el que, generación tras generación, los emperadores habían establecido su capital. Desde los tiempos de los Chou, los Chin y los Han había sido embellecida sin parar. Ocho ríos ¹ confluían en ella, dándole un aire de incomparable belleza. En aquel entonces ocupaba el trono el Emperador Tai-Chung ², de la Gran Dinastía de los Tang, otorgándose a su reinado el nombre de Chen-Kwan. Llevaba trece años gobernando, siendo aquél el conocido como Chi-Sz. Su reino gozaba de paz y de todas las regiones venían gentes a ofrecerle tributos. No había ni un solo habitante de la tierra que no se considerara súbdito suyo.

Un día Tai-Chung se sentó en el trono e hizo llamar a su presencia a todos sus colaboradores. Tras presentarle sus respetos, el primer ministro Wei-Cheng ³ se adelantó y dijo:

- Puesto que el mundo goza por doquier de paz y tranquilidad, sería conveniente restablecer la antigua costumbre de los exámenes y fijar fechas concretas para su celebración. A ellos serían invitados los intelectuales más distinguidos, para, una vez seleccionados los de conducta más recta y profunda inteligencia, confiarles las altas responsabilidades de la administración y el gobierno.

- Vuestro punto de vista es totalmente acertado - comentó Tai-Chung e inmediatamente hizo público un documento en el que se invitaba a acudir a Chang-An, a examinarse, a todos los versados en los escritos confucianos, a cuantos fueran capaces de escribir con

elegancia y estilo, y a los que hubieran aprobado los tres grados 4, sin distinción de edad, profesión o punto de origen. La orden alcanzó hasta el último rincón del imperio, fijándose en todas las prefecturas, ciudades y pueblos.

Así, llegó también a un pequeño lugar llamado Hai-Chou, donde habitaba cierto joven llamado Chen-Er, conocido igualmente como Kwang-Jui, quien, tras leer el documento imperial, corrió a casa de su madre, apellidada Chang, y le dijo:

- De la corte ha llegado un anuncio 5, convocando exámenes en todas las provincias del sur para la selección de las personas más inteligentes y virtuosas. Con tu permiso, he decidido presentarme a esas pruebas tan importantes. Si consigo obtener un puesto de cierta relevancia, todos os sentiréis orgullosos de mí, nuestro apellido adquirirá un lustre que jamás tuvo, mi esposa recibirá el título de dama, mi hijo no tendrá que temer nada en el futuro, y nuestra casa será respetada como si fuera un templo. Todo esto resume las aspiraciones que siempre he tenido. Deseaba que lo supieras antes de marcharme.

- Sé bien, hijo mío - respondió la madre -, que una persona educada "estudia cuando es joven, y se busca la vida cuando ha madurado". Creo que deberías seguir tú también las enseñanzas de este proverbio. Procura tener cuidado durante el viaje y vuelve a casa en cuanto hayas conseguido la posición que ansias.

Kwang-Jui ordenó al criado que empaquetara todas sus cosas y, tras despedirse de su madre, emprendió el viaje, ilusionado. Al llegar a Chang-An, vio que los exámenes habían comenzado ya y sin pérdida de tiempo se dirigió al gran salón en el que tenían lugar. Aprobó las primeras pruebas, pasando directamente a las que se celebraban en la corte. Éstas versaban sobre política administrativa y, tras reñidísima competición con otros candidatos tan inteligentes como él, obtuvo el primer puesto. De esta forma, consiguió el título de "chuang-yüen" 6, firmado por el propio Emperador de los Tang en persona. Después, siguiendo la costumbre, recorrió la ciudad durante tres días a lomos de un caballo.

El cortejo pasó junto a la casa del primer ministro Yin Kai-Shan 7, que tenía una hija llamada Wen-Chiao, aunque era conocida por todos como Man Tang-Chiao. Aún no se había casado. Precisamente en aquel mismo momento se disponía a escoger marido, arrojando desde lo alto de una torre engalanada de flores y guirnaldas una pequeña pelotita profusamente bordada. Al ver la prestancia viril de Kwang-Jui y enterarse de que se trataba del nuevo "chuang-yüen", se sintió atraída por él y arrojó la bolita de los bordados, con tan buena suerte que fue a parar sobre el sombrero de seda negra de Kwang-Jui. Al instante se extendió por toda la zona una alegre música de laudes y flautas, festiva como cíclico renacer de la primavera, mientras decenas de sirvientas y doncellas se lanzaban torre abajo, tomaban por las bridas el caballo de Kwang-Jui y le conducían al interior de la residencia del primer ministro, donde iba a tener lugar la celebración de la boda. Al punto abandonaron sus aposentos el alto funcionario imperial y su esposa, reunieron al maestro de ceremonias y a todos los invitados, y entregaron a la muchacha a Kwang-Jui como esposa. Los contrayentes se inclinaron ante el Cielo y la Tierra, se saludaron con respeto y se arrodillaron ante los padres de la novia. Visiblemente satisfecho, el primer ministro dio un fastuoso banquete y todos los invitados celebraron tan feliz evento hasta bien entrada la noche. Para entonces los dos novios habían abandonado ya la sala del convite y se habían retirado, agarrados de la mano, a la cámara nupcial.

A la mañana siguiente muy temprano el emperador tomó asiento en la Sala del Tesoro de las Chimeneas de Oro y, tras convocar a todos los consejeros, tanto militares como civiles, preguntó:

- ¿Adonde debemos enviar al nuevo "chuang-yüen"?

- Hemos descubierto que existe una vacante en Chiang-Chou - respondió el ministro

Wei-Cheng -. Os suplico que le concedáis a él ese puesto.

Tai-Chung le nombró gobernador de Chiang-Chou, ordenándole que partiera hacia allí con la mayor brevedad posible. Tras agradecer al emperador tan alto honor, Kwang-Jui abandonó la corte y se dirigió a toda prisa a la casa del primer ministro a informar de todo a su esposa. No tardó en despedirse de sus suegros y no pasó mucho tiempo antes de que se dirigiera, acompañado de su mujer, hacia su nuevo destino.

Cuando iniciaron el viaje, la primavera estaba tocando ya a su fin. Una leve brisa sacudía el delicado verdor de los sauces, mientras el rojo de fuego de las flores se veía salpicado por diminutas gotas de lluvia. Puesto que su hogar les pillaba de camino, Kwang-Jui hizo un alto en su casa, con el fin de saludar a su madre. Los nuevos esposos se inclinaron ante ella con respeto y, loca de alegría, la madre exclamó:

- Enhorabuena, hijo mío. Partiste solo y vuelves acompañado de una esposa bellísima.

- Confiando únicamente en el poder de tu bendición - replicó Kwang-Jui, emocionado -, conseguí el inmerecido título de "chuang-yüen". Cuando recorría por orden imperial las calles de la ciudad, acerté a pasar junto a la mansión del ministro Yin, con tan buena suerte que me cayó en la cabeza una pequeña bolita llena de bordados. El ministro en persona salió a recibirme y me entregó a su hija por esposa. Posteriormente Su Majestad me nombró gobernador de Chiang-Chou y hacía allí me dirijo a tomar posesión de mi cargo. Para nosotros sería un gran honor poder contar con tu compañía.

La señora Chang sintió en su corazón el fulgor de la alegría y en seguida se puso a empaquetar sus cosas. El viaje no se demoró mucho. A los pocos días de camino llegaron a la Posada de las Diez Mil Flores 8, cuyo dueño era un tal Liou Siao-Er. La señora Chang se sintió indispuesta de repente y dijo a su hijo:

- No me encuentro bien. ¿Por qué no descansamos aquí un par de días o tres, antes de seguir adelante?

Kwang-Jui aceptó su sugerencia sin rechistar. A la mañana siguiente se encontró fuera de la posada con un hombre que vendía una carpa de un atractivo color dorado. Pensando en su esposa, se la compró por una ristra de monedas. Cuando se disponía a cocinarla, se percató de que la carpa pestañeaba como si estuviera viva. Asombrado, pensó:

- He oído decir que, cuando un pez o una serpiente pestañean de esta forma, es una señal inequívoca de que no se trata de un animal común.

Fue, pues, de nuevo en busca del pescador y le preguntó:

- ¿Te importaría decirme dónde has pescado este pez?

- De ninguna manera - respondió el pescador con sencillez -. Lo he cogido en el río Hung, que se encuentra aproximadamente a quince kilómetros de aquí.

Kwang-Jui corrió hacia el lugar indicado y dejó en libertad al pez. En cuanto regresó a la posada, se lo contó todo a su madre, que comentó, satisfecha:

- Estoy francamente orgullosa de lo que has hecho. Es una obra buena dejar en libertad a los seres vivos.

- Tienes razón - respondió Kwang-Jui, para añadir en un tono diferente -: Llevamos tres días en esta posada y estoy francamente preocupado, porque la orden del emperador era urgente. No me queda más remedio que reemprender el camino mañana. Me gustaría saber si estás recuperada del todo.

- Aún no me encuentro bien - respondió la señora Chang -.

Además el calor ha empezado a apretar de firme y me temo que eso agravará mi enfermedad durante el viaje. ¿Por qué no alquilas una casa y me dejas aquí con un poco de dinero hasta que recobre totalmente las fuerzas? Vosotros podéis continuar el camino. Puedes venir a buscarme, si quieres, para el otoño, cuando haga un poco más de fresco.

Kwang-Jui discutió del asunto con su esposa y, según lo convenido, alquiló una casa, en la que alojó a su madre. Tras entregarle algo de dinero, se despidieron de ella y continuaron su camino. La fatiga del viaje volvió pronto a apoderarse de sus cuerpos, aunque no tardaron en llegar a las orillas del río Hung. Para cruzarlo solicitaron los servicios de dos barqueros, llamados Liou-Hung y Li-Piao, que se ofrecieron, gustosos, a llevarlos en su barca. Sucedió que Kwang-Jui había sido predestinado en su anterior reencarnación a toparse con la desgracia, concretada en estos dos malhechores. Tras ordenar a su criado que montara todo el equipaje en la barca, Kwang-Jui y su esposa se dispusieron a montar en ella. Liou-Hung se percató en seguida de la extraordinaria belleza de la señora Yin. Su rostro recordaba, en efecto, a la luna llena, sus ojos poseían el sereno atractivo del agua de otoño, su boca se asemejaba por su color y tamaño a las ciruelas, y su cintura, delicada y estrecha, era como un sauce joven. Sus rasgos eran tan atractivos que, por verlos, los peces eran capaces de dejarse hundir y los patos salvajes de plegar las alas y caer, como piedras, sobre el suelo. Su belleza era tan perfecta que la luna se escondía al verla, y las flores más hermosas se sentían avergonzadas. Liou-Hung se puso de acuerdo con Li-Piao y dirigieron la barca hacia una zona apartada, donde esperaron con impaciencia la caída de la noche. Mataron entonces al criado y asesinaron a golpes a Kwang-Jui, arrojando a continuación sus cuerpos al agua. Cuando la mujer vio que habían matado a su marido, trató de zambullirse en el río, pero Liou-Hung actuó con rapidez y logró retenerla a su lado.

- Si accedes a mis deseos, no te ocurrirá nada - le dijo, pasándole el brazo por la cintura -. De lo contrario, te partiré en dos con este cuchillo que tengo en las manos.

A falta de un plan mejor, la mujer consintió y se entregó a Liou-Hung. El ladrón llevó entonces la barca a la orilla sur y se la entregó a Li-Piao. Vistió después las ropas de Kwang-Jui, cogió sus credenciales y continuó el camino hacia Chiang-Chou, acompañado de la señora.

El cuerpo del criado asesinado fue arrastrado río abajo por la corriente, mientras que el de Chen Kwang-Jui se hundió y fue a parar al fondo, donde fue avistado al poco rato por un yaksa que estaba de patrulla. Sin pérdida de tiempo corrió al palacio del dragón e informó de lo ocurrido a su rey, que estaba precisamente en aquellos momentos celebrando audiencia pública, diciendo con voz entrecortada:

- Un literato acaba de ser molido a palos cerca de la desembocadura del río Hung por alguien no identificado y su cuerpo yace en el fondo totalmente inerte.

El Rey Dragón ordenó que le fuera traído el cadáver y, tras examinarlo con cuidado, exclamó, furioso:

- ¡Este hombre es mi benefactor! ¿Cómo ha podido ser asesinado? Como suele decirse, "la amabilidad hay que recompensarla con la misma moneda". Debo devolverle a la vida y, así, pagarle el inestimable beneficio que me hizo él ayer.

Sin pérdida de tiempo, redactó una carta para el espíritu local y el dios protector de Hung-Chou, en la que les suplicaba encarecidamente que le entregaran el alma del literato, para devolverle, así, a la vida. Éstos ordenaron, a su vez, a los demonios que dieran el espíritu de Chen Kwang-Jui al yaksa que les había llevado la carta y que, feliz por el éxito de su gestión, condujo a la desconcertada alma al Palacio del Cristal de Agua. Allí tuvo lugar una audiencia con el Rey Dragón.

- ¿Cómo te llamas y de dónde venías? - le preguntó -. ¿Por qué has llegado hasta aquí y cuáles son las causas por las que has sido apaleado con tanta brutalidad?

- Mi nombre - contestó Kwang-Jui, después de saludar respetuosamente a su anfitrión - es Chen-Er, aunque todo el mundo me conoce por Kwang-Jui. Procedo de la villa de Hung-Nun, en Hai-Chou. En los últimos exámenes imperiales he obtenido el título de "chuang-yüen" y, en consecuencia, el emperador me ha nombrado gobernador de

Chiang-Chou, hacia donde me dirigía en compañía de mi esposa a tomar posesión de mi cargo. Lo que menos me sospechaba, al coger la barca para cruzar el río, es que ese malvado barquero llamado Liou-Hung se prendara de mi esposa y tramara quitarme la vida. Cuando más descuidado estaba, me molió a golpes y arrojó después mi cuerpo a las aguas. Os suplico, señor, que os apiadéis de mí.

- Así que eso es lo sucedido - exclamó, indignado, el Rey Dragón. Aunque no lo creáis, soy la carpa dorada que salvasteis ayer.

Sois, por tanto, mi benefactor. Os encontráis, ciertamente, en una situación muy difícil, pero no existe razón alguna que me impida acudir en ayuda vuestra.

Apartó a un lado el cuerpo de Kwang-Jui y le puso en la boca una perla mágica para evitar que se descompusiera y facilitar, así, el reencuentro con su alma. De esta forma, podría vengarse más adelante.

- Mientras tanto - añadió el Rey Dragón -, tu espíritu puede quedarse de oficial en mi palacio.

Agradecido, Kwang-Jui se echó rostro en tierra y golpeó repetidamente el suelo con la frente. El Rey Dragón, por su parte, preparó un espléndido banquete de bienvenida, al que invitó a sus más directos colaboradores.

Mientras esto sucedía en el reino de las aguas, la señora Yin empezó a sentir tal odio por el bandido Liou que su único deseo era poder comer su carne y dormir sobre su piel. Sin embargo, como estaba encinta y no sabía aún si se trataba de un varón o de una hembra, no le quedó otro remedio que someterse contra su voluntad a su despreciable raptor. Su llegada a Chiang-Chou se produjo a los pocos días. Todos los funcionarios salieron a recibirlos, ofreciéndoles a continuación un opíparo convite en la mansión del gobernador. A los brindis Liou-Hung dijo con falsa modestia:

- Como bien sabéis, no soy más que un simple hombre de letras. Dependo, pues, de vuestra ayuda y de vuestras sugerencias para llevar adelante mis responsabilidades de gobierno.

- Semejante humildad os honra, señor - contestaron los funcionarios -. Nadie desconoce que habéis sido el primero en los exámenes y que poseéis una de las cabezas más privilegiadas de todo el reino. No dudamos, por tanto, que consideraréis al pueblo como hijo propio vuestro y, de esta forma, vuestras decisiones serán acertadas y vuestros pronunciamientos totalmente justos. Todos dependemos de vuestra capacidad de mando. ¿A qué viene, pues, mostrarse tan humilde?

El banquete duró hasta bien entrada la noche.

El tiempo fue transcurriendo veloz. Un día los deberes oficiales de Liou-Hung le llevaron hasta un lugar muy remoto de su circunscripción. Como siempre, la señora Yin se quedó en la mansión. Se sentó en uno de los templetos que había en el jardín y empezó a pensar con tristeza en su marido y en su suegra. De pronto, se sintió presa de una fatiga tremenda y comenzó a experimentar un dolor tan fuerte en el vientre que perdió la consciencia y cayó al suelo. De esa forma, dio a luz a un hijo. En ese momento le pareció oír que alguien le susurraba al oído:

- Man Tang-Chiao, escucha con cuidado lo que voy a decirte. Soy el Espíritu de la Estrella Polar y he venido a entregarte este hijo por orden expresa de la Bodhisattva Kwang-Ing. Un día su nombre será conocido en toda la tierra, ya que no habrá término de comparación entre él y un mortal ordinario. Cuando regrese el bandido Liou, lo más seguro es que quiera hacer daño al niño. Tienes que hacer todo lo que puedas por impedirlo. Sé valiente y no tengas miedo. Tu marido ha sido salvado por el Rey Dragón. Dentro de poco volveréis a reunirlos, - de eso puedes estar segura. Llegará el día en el que todo lo torcido será enderezado y todos los crímenes castigados. ¡No olvides jamás mis palabras! Ahora despiértate, ¡despiértate cuanto antes!

La voz se hizo lejana y dejó de oírse. La señora se despertó y guardó lo que había oído en el cofre de su corazón. Tomó al niño en sus brazos y lo apretó con fuerza contra su pecho, sin saber exactamente qué hacer para protegerle. En cuanto regresó Liou-Hung, quiso ahogarle, pero la mujer se lo impidió, diciéndole con estudiada astucia:

- Hoy es muy tarde ya. Déjale vivir hasta mañana. Al fin y al cabo, para tirarle al río siempre hay tiempo.

Fue una suerte que a la mañana siguiente Liou-Hung fuera de nuevo solicitado por unos asuntos urgentes, que le mantuvieron alejado del palacio todo el día. Entre desesperada y aliviada, la mujer se dijo:

- Si sigue aquí el niño, cuando vuelva el bandido, su vida correrá un gravísimo peligro. Lo mejor que puedo hacer es abandonarle en el río y dejar a la muerte o a la vida que sigan su propio curso. Quizás el cielo se apiade de su suerte y envíe en su auxilio a alguien que le cuide y se ocupe de él. ¡Quién sabe si en el futuro volveremos a encontrarnos de nuevo! Pero es la única solución.

Temiendo no poder reconocerle después, se mordió un dedo y con su propia sangre escribió una carta, en la que constaban con claridad el nombre de los padres, la lamentable historia de su familia y las trágicas razones por las que había sido abandonado. Para mayor seguridad, le arrancó con los dientes un dedito del pie izquierdo. Cogió después una túnica, envolvió con ella a la criatura y la sacó de la mansión, sin que nadie los viera. Afortunadamente el palacio no estaba muy lejos del río. Al llegar a la orilla, no pudo contener el llanto y las lágrimas fluyeron, veloces, por sus mejillas. Cuando se disponía a arrojar al niño a las aguas, vio una tabla junto a la ribera. La cogió, ató en ella al niño, poniéndole en el pecho la carta escrita con sangre, y, tras encomendarle a los cielos, dejó que la corriente le arrastrara río abajo. Se sentía tan abatida que durante mucho tiempo no pudo moverse del sitio. Poco a poco fue, no obstante, recobrando las fuerzas y regresó a la mansión con paso lento y los ojos anegados en lágrimas.

La tabla se deslizó, segura, aguas abajo, hasta venir a detenerse por sí sola junto al Templo de la Montaña de Oro. El guardián de ese monasterio era un monje llamado Fa-Ming. Había llegado a cultivar con tal constancia la virtud y a comprender con tal perfección el sentido de los libros sagrados que para él no encerraba secreto alguno el misterio de la inmortalidad. Estaba sentado en actitud meditativa, cuando de pronto oyó el llanto de un niño. Se levantó a toda prisa y corrió hacia el río para ver lo que pasaba. Fue así como descubrió junto a la orilla al bebé atado a la tabla. Sin pérdida de tiempo le sacó del agua e inmediatamente se percató de la carta escrita con sangre que llevaba en el pecho. Tras leerla con inusitada avidez, dio a la criatura el nombre de "El-que-flota-en-el-río" y se lo entregó a una piadosa mujer para que le alimentara y cuidara de él. La carta quedó en su poder, celosamente guardada. El tiempo fue pasando tan rápido como el vuelo de una flecha y las estaciones se sucedieron con la rapidez con que la lanzadera se desliza por el telar. "El-que-flota-en-el-río" llegó, así, a cumplir dieciocho años. El guardián del monasterio le rapó entonces la cabeza y le invitó a entregarse a una vida de ascetismo y meditación, dándole el nombre religioso de Hsüan-Tsang. En cuanto hubo recibido la bendición y aceptado los mandamientos, Hsüan-Tsang se lanzó con entusiasmo por las sendas del Camino recto.

Un día, cuando la primavera estaba tocando ya a su fin, varios monjes se reunieron a la sombra de los pinos a discutir sobre los principios del Zen y a debatir acerca de los misterios que constituían el tema constante de sus meditaciones. Uno de ellos, sintiéndose incapaz de resolver los enigmas que Hsüan-Tsang le fue magistralmente presentando, perdió la paciencia y exclamó, malhumorado:

- ¿Quién te crees que eres? Ni siquiera sabes cómo te llamas ni conoces el nombre de

tus padres. ¿Cómo te atreves a venir aquí a dártelas de grande? Eres un don nadie. ¿Te enteras? ¡Un don nadie!

Desolado, Hsüan-Tsang corrió al interior del templo y, arrodillándose ante su maestro, dijo con los ojos anegados en lágrimas:

- Aunque todo ser humano debe su existencia y cuanto es a las Cinco Fases y a las fuerzas del yin y el yang, tiene que ser después educado por sus padres. ¿Cómo es posible que haya en el mundo una persona que carezca de padre y madre, como yo?

Esgrimiendo estos argumentos, insistió con tanta firmeza a su mentor para que le revelara el nombre de sus progenitores que éste terminó diciéndole:

- Si, en verdad, deseas saber quiénes son tus padres, vente conmigo a mi celda.

Hsüang-Tsang le siguió hasta su cuarto. El anciano monje se encaramó entonces a una viga y bajó una caja pequeñita. La abrió y sacó una carta escrita con sangre y un vestido, que entregó a Hsüang-Tsang, sin decir palabra alguna. Éste desdobló la carta y la leyó con cuidado. De esta forma, descubrió los nombres de sus padres y la inesperada tragedia que se había abatido sobre sus vidas. Sin dejar de llorar, se dejó caer en el suelo y exclamó:

- ¿Cómo puede llamarse hombre quien es incapaz de vengar a sus propios padres? Durante dieciocho años he ignorado sus nombres y hoy, por fin, he descubierto que mi madre todavía vive. De todas formas, jamás habría alcanzado esta edad, de no haber sido salvado y cuidado por vos. Permitidme, pues, ir en busca de mi madre. Os prometo reconstruir después este monasterio con las limosnas que saque pidiendo y, así, os devolveré en parte cuanto habéis hecho por mí.

- Si deseas conocer a tu madre - contestó el viejo maestro -, coge la carta y el vestido y vete a pedir a la mansión del gobernador de Chiang-Chou. Allí encontrarás a la mujer que te dio el ser.

Hsüan-Tsang aceptó el consejo de su maestro y fue a mendigar a Chiang-Chou. Quiso el cielo que Liou-Hung estuviera fuera del palacio cuando él llegó y, de esta forma, madre e hijo pudieron reencontrarse con la ternura que el momento requería. Precisamente la noche anterior a su llegada la señora Yin había tenido un sueño en el que vio la luna menguante hacerse llena otra vez y se dijo, esperanzada:

- ¡Qué raro! Hace muchísimo tiempo que no recibo noticias de mi suegra, mi marido ha sido asesinado y mi hijo arrojado a las aguas. ¿Querrá decir eso que alguien le salvó de morir ahogado y ha cuidado de él durante todo este tiempo? Si es así, ahora tendrá alrededor de dieciocho años. ¿Quién sabe? Quizás ha decidido el Cielo que nos encontremos de nuevo dentro de poco.

Mientras pensaba en eso, oyó, de pronto, a alguien recitando sin parar fragmentos de las escrituras a la puerta de sus aposentos, al tiempo que gritaba:

- ¡Una limosna para este monje mendicante! ¡Una limosna, por favor! En cuanto pudo, la señora se llegó hasta él y le preguntó:

- ¿De dónde vienes?

- Yo, señora - respondió Hsüan-Tsang, humilde -, soy uno de los muchos discípulos de Fa-Ming, guardián del Monasterio de la Montaña de Oro.

- ¿Así que eres discípulo del guardián de ese templo? - repitió ella y le invitó a entrar en la mansión, donde le dio de comer algunas verduras y un poco de arroz.

Mirándole con atención, descubrió que en sus ademanes y en su forma de hablar había un algo que le recordaba a su marido. Intrigada, ordenó a las criadas que se retiraran y volvió a preguntarle:

- ¿Cuándo abandonasteis a vuestra familia para convertirlos en servidor de la verdad: de niño o de mayor? ¿Cómo os llamabais antes de entrar en religión? ¿Viven aún vuestros padres?

- Jamás dejé a los míos, ni de mayor, ni de joven - contestó Hsüan-Tsang -. A decir verdad, tengo una ofensa que vengar tan grande como el cielo y tan profunda como el mar. Aunque no lo creáis, mi padre fue asesinado y mi madre raptada. Si he venido aquí, ha sido porque mi maestro, el guardián Fa-Ming, me dijo que podría encontrarla precisamente en la mansión del gobernador de Chiang-Chou.

¿Sabes cómo se llama tu madre? - indagó, una vez más, la señora.

- Yin Wen-Chiao - contestó Hsüan-Tsang -. Mi padre pertenecía a la familia de los Chen y se llamaba Kwang-Jui. A mí todo el mundo me conoce por "El-que-flota-en-el-río", aunque mi nombre religioso es Hsüan-Tsang.

- Yo soy Wen - Chiao - afirmó la señora, emocionada -. Pero permíteme que insista. ¿Qué prueba puedes darme de tu identidad?

Al oír que era su madre, Hsüan-Tsang dio un salto y, echándose rostro en tierra, lloró, diciendo:

- ¿Cómo es posible que ni mi propia madre me crea? Si deseáis una prueba, aquí tenéis este vestido y esta carta escrita con sangre.

Wen - Chiao los cogió con mano temblorosa y en seguida comprendió que eran auténticos. Llorando de alegría, se abrazó a él y gritó:

- ¡Mi hijo ha vuelto! ¡Mi hijo ha vuelto! - sin embargo, su gozo se tornó pronto en ansiedad y le urgió, diciendo -: ¡Vete de aquí en cuanto puedas, hijo! ¡Aléjate de este lugar!

- Durante dieciocho años he estado buscando a mis padres - replicó Hsüan-Tsang, sorprendido -, y ¿ahora, que te encontrado, quieres apartarme de tu lado? ¡No podría soportar una nueva separación! ¿Es que no lo comprendes?

- ¡Márchate en seguida! - insistió ella -. ¡Huye de aquí, como si todo tu cuerpo estuviera en llamas! Si vuelve el bandido Liou, seguro que te matará. Te diré lo que vamos a hacer. Mañana fingiré estar enferma y le diré que debo acudir sin tardanza a tu monasterio a entregar cien pares de zapatos a los monjes, fruto de una promesa que hice hace cierto tiempo. Así podremos hablar con más tranquilidad.

Hsüan-Tsang aceptó el plan y, despidiéndose respetuosamente de su madre, regresó al templo en el que vivía. La señora Yin le vio marcharse con una mezcla de ansiedad y gozo. A la mañana siguiente, con el pretexto de estar enferma, se quedó en la cama, negándose a tomar nada de comer. Liou-Hung entró en sus aposentos y le preguntó por la causa de tan inesperada dolencia.

- De joven - respondió ella - prometí hacer entrega de cien pares de zapatos a un monasterio, pero no llegué a cumplir esa promesa. Hace aproximadamente cinco días soñé que un monje venía a exigirme lo prometido con un cuchillo en la mano y desde entonces no me he sentido muy bien.

- ¿Es eso todo? - exclamó Liou-Hung -. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Se dirigió al salón de audiencias y ordenó a los superintendentes Wang y Li que en el plazo de cinco días cien familias de la ciudad deberían hacerles entrega de un par de zapatos cada una. Cuando estuvieron dispuestos, la señora Yin dijo a Liou-Hung:

- Muy bien. Ya tengo los zapatos. Ahora sólo me queda llevarlos a un monasterio. ¿Sabes si por aquí cerca hay alguno en el que pueda cumplir mi promesa?

- En Chiang-Chou hay dos - contestó Liou-Hung -: el de la Montaña de Oro y el de la Montaña Quemada. Puedes ir al que quieras.

- Hace tiempo oí decir que el de la Montaña de Oro era muy bueno. Así que creo que iré a ése - concluyó la señora.

Sin pérdida de tiempo, Liou-Hung ordenó a los superintendentes Wang y Li que prepararan un bote. La señora Yin escogió a la criada de más confianza y subió a bordo del pequeño barco. Los remeros palearon con fuerza y la embarcación abandonó la

orilla, camino del Monasterio de la Montaña de Oro.

El día del encuentro con su madre Hsüan-Tsang regresó al templo a toda prisa y contó al maestro Fa-Ming cuanto había sucedido. A la mañana siguiente llegó una doncella de la casa del gobernador anunciando el arribo de su señora al monasterio a cumplir una promesa. Todos los monjes salieron, alborozados, a darle la bienvenida. La señora entró en el templo y, tras presentar sus respetos al bodhisattva, ofreció un espléndido banquete vegetariano. Ordenó después a la doncella que pusiera las medias y los zapatos en bandejas y los llevara al salón principal del monasterio. Allí volvió a rezar con edificante devoción y, antes de que los monjes se retiraran a sus quehaceres, pidió al maestro Fa-Ming que distribuyera entre ellos los regalos. En cuanto Hsüan-Tsang vio que todos se habían marchado y que no quedaba ninguno en el salón, se acercó a su madre y se arrodilló ante ella. La señora le pidió entonces que se quitara los zapatos y las medias y comprobó que, en efecto, le faltaba el dedo meñique del pie izquierdo. Una vez más, madre e hijo se abrazaron y lloraron durante largo rato de alegría. Llamaron después a Fa-Ming y le dieron las gracias por haber cuidado de él durante todos aquellos años.

- Me temo - dijo entonces el maestro - que este encuentro puede llegar a oídos del bandido. Conviene, por tanto, obrar con rapidez para evitar represalias.

La señora se volvió entonces a su hijo y le dijo:

- Toma este anillo y vete a Hung-Chou, un lugar que se encuentra aproximadamente a mil quinientas millas al noroeste de aquí. En la Posada de las Diez Mil Flores hallarás a una anciana llamada Chang, que es tu abuela paterna. Espero que no haya muerto todavía. He escrito también una carta que quiero que lleves a la capital de los Tang. Su destinatario es el primer ministro Yin, mi padre y, por lo tanto, abuelo tuyo. No te será difícil dar con él. Su mansión se encuentra a la izquierda del Palacio de Oro. Entrégale la carta y pídele que consiga del Emperador Tang que envíe caballos y hombres a arrestar al bandido que trajo la desgracia sobre nuestra familia. De esta forma, será vengado tu padre y tu vieja madre recobrará su perdida libertad. No puedo entretenerme más ahora. Si lo hago, ese bribón puede sospechar algo y ponerse conmigo como una fiera.

Una vez dicho esto, salió del templo, montó en la barca y regresó a su mansión. Hsüan-Tsang la vio partir con lágrimas en los ojos. Corrió en busca de su maestro y le pidió permiso para poner cuanto antes en marcha el plan de su madre. Una vez obtenido su beneplácito, se dirigió a Hung-Chou, donde, tras buscar la Posada de las Diez Mil Flores, interrogó a Liou Siao - Er, la persona que la atendía, diciendo:

- Hace bastante tiempo se hospedó aquí un caballero llamado Chen, cuya madre, según tengo entendido, se quedó en vuestro establecimiento. ¿Podéis decirme qué ha sido de ella?

- Como bien afirmáis - respondió Liou Siao-Er -, la mujer a la que os referís fue huésped mía durante cierto tiempo. Después se volvió ciega y durante tres o cuatro años no me pagó absolutamente nada por el hospedaje. Ahora vive en un alfar derruido que hay cerca de la Puerta Sur y se gana la vida mendigando por las calles. Lo que no comprendo es cómo el caballero pudo dejarla abandonada, sin dar señales de vida ni mandar a nadie a por ella.

Hsüan-Tsang no esperó ni un solo segundo para dirigirse a todo correr hacia el viejo alfar de la Puerta Sur. Al oírle, la anciana dijo, sorprendida:

- Tu voz se parece muchísimo a la de mi hijo Chen Kwang-Jui.

- Eso no es nada extraño - respondió Hsüan-Tsang -, ya que soy el hijo único de Chen Kwang-Jui, esposo de la señora Wen-Chiao.

- ¿Por qué tu padre y tu madre no regresaron a por mí? - pregunto la anciana con

amargura.

- Mi padre fue molido a palos por unos bandidos, uno de los cuales obligó a mi madre a aceptarlo por esposo - contestó Hsüan-Tsang, apenado.

- ¿Cómo has averiguado mi paradero? - volvió a preguntar la anciana.

- Mi madre me dijo dónde encontraros - respondió Hsüan-Tsang -. Me entregó, además, una carta y un anillo para vos.

La anciana lo cogió con mano temblorosa y, sin poder contener las lágrimas, dijo:

- Mi hijo era una persona de mucha inteligencia y exquisita sensibilidad. Al principio pensé que había abandonado el camino del bien, dejando de lado sus obligaciones filiales. ¿Cómo iba a sospechar que había sido brutalmente asesinado? ¡Bendito sea el Cielo, que no se ha olvidado de mi infortunio y ha permitido a mi nieto venir en mi auxilio!

- ¿Cómo os quedasteis ciega? - inquirió Hsüan-Tsang, emocionado.

- ¡Pensaba tan a menudo en tu padre! - exclamó la anciana -. Día y noche le estuve esperando, pero él no apareció. Al comprender que nunca jamás regresaría, lloré tanto que los ojos se me quedaron, finalmente, secos.

Hsüan-Tsang cayó entonces de hinojos y, elevando los ojos al cielo, exclamó:

- Tened compasión de Hsüan-Tsang, que, a pesar de haber cumplido ya los dieciocho años, aún no ha vengado la infamia caída sobre sus padres. Siguiendo el plan de mi madre, me he llegado hoy hasta aquí y, así, he encontrado a mi abuela. Compadeceos de tanto sufrimiento y haced que sus ojos recobren la vista.

En cuanto hubo terminado la plegaria, tocó los ojos de su abuela con la punta de la lengua y al punto se tornaron tan vivos y brillantes como antes. Al ver la prestandia del joven monje que tenía delante, la anciana exclamó:

- ¡En verdad eres nieto mío! ¡Eres exactamente igual que mi hijo Kwang-Jui!

De esta forma, su alegría se vio teñida de la pesada tristeza del recuerdo. Hsüan-Tsang la sacó del viejo alfar y la llevó a la posada de Liou-Er, donde alquiló una habitación para ella. Al despedirse, le hizo entrega de una cierta cantidad de dinero, diciendo:

- No preocupes por nada. Estaré de vuelta en menos de un mes - y continuó su camino hacia la corte.

No le fue difícil encontrar la casa del primer ministro Yin, en la parte oriental de la ciudad imperial. Se llegó hasta el funcionario que guardaba la puerta y le dijo:

- Soy pariente del primer ministro y he venido a hacerle una visita

El funcionario corrió a avisar a su señor, que exclamó, sorprendido:

- ¿Un monje? ¡Yo no estoy emparentado con monje alguno!

Pero su esposa le informó en seguida, visiblemente excitada:

- Anoche soñé que nuestra hija Man Tang-Chiao regresaba a casa. ¿No querrá eso decir que nuestro yerno nos envía una carta por medio de ese monje?

Al primer ministro no le quedó más remedio que hacerle entrar. En cuanto Hsüan-Tsang se halló en su presencia, se echó en tierra llorando, al tiempo que sacaba la carta de entre su túnica y se la entregaba al primer servidor del emperador. El ministro empezó a leerla y, a medida que progresaba en su lectura, los ojos se le iban anegando en lágrimas, hasta romper finalmente en un irrefrenable llanto.

- ¿Puede saberse qué es lo que pasa, excelencia? - preguntó su esposa, sorprendida.

- Este monje que ves aquí - respondió el primer ministro, emocionado - es nuestro nieto. Chen Kwang-Jui, nuestro yerno, fue asesinado por unos bandidos y nuestra hija Man Tang - Chiao forzada a desposarse con su asesino.

Al oír tan escalofriantes nuevas, la mujer se echó también a llorar y él hubo de consolarla, diciendo:

- Sé fuerte y trata de consolarte. Mañana por la mañana presentaré un informe a nuestro

señor y yo mismo iré a la cabeza de las tropas que han de vengar ultraje tan imperdonable.

Al día siguiente el primer ministro redactó un documento, que presentó al Emperador y en el cual se leía:

- El yerno de vuestro humilde servidor, el "chuang-yüen" Chen Kwang-Jui, fue asesinado a palos por el barquero Liou-Hung, cuando se dirigía a tomar posesión de su nuevo cargo en Chiang-Chou, acompañado de su familia. No contento con semejante felonía, forzó a mi hija a acostarse con él, haciéndose pasar por mi yerno y usurpando su puesto durante muchísimos años. A la vista de tan trágico y conmovedor suceso, suplico de vuestra Majestad permiso para partir cuanto antes con caballos y hombres hacia esa provincia, con el fin de castigar, como se merecen, a los culpables.

En cuanto el Emperador de los Tang hubo leído el informe, montó en cólera, convocó a sesenta mil soldados imperiales y ordenó al ministro Yin que se dirigiera a Chiang-Chou al frente de tan abultada fuerza de castigo. El ministro obedeció la orden sin dilación, partiendo aquel mismo día hacia tan alejada provincia. Viajando de día y descansando de noche, no tardaron en llegar a ella. Acamparon en la vertiente norte del río y aquella misma noche el primer ministro hizo llamar a su campamento al Juez y al Jefe Militar de Chiang-Chou. Tras explicarles las causas de la expedición, les pidió su ayuda, cruzando a continuación el río y rodeando la mansión de Liou-Hung antes de que se hubiera hecho de día. Liou-Hung estaba todavía dormido, cuando los soldados irrumpieron en sus dependencias privadas entre el batir de tambores y el tronar de las armas de fuego. Liou-Hung fue detenido, antes de que pudiera oponer la menor resistencia. Sin pérdida de tiempo el primer ministro le condujo al campo de ejecuciones, mientras el ejército acampaba en las afueras de la ciudad.

El colaborador del emperador se dirigió después al salón principal de la casa, donde tomó asiento a la espera de que apareciera su hija. Ella corrió, entusiasmada, a su encuentro, pero, antes de llegar a la sala, se sintió invadida por la vergüenza y trató de ahorcarse allí mismo. En cuanto Hsüan-Tsang se enteró, corrió al lado de su madre y, arrodillándose ante ella, le dijo:

- Tu padre y tu hijo hemos traído las tropas hasta aquí con el único fin de vengar a tu marido. El bandido ha sido, de hecho, capturado ya. ¿Por qué quieres morir ahora? Si lo haces, no podré seguir viviendo yo tampoco.

Al poco rato apareció también el primer ministro y, al tratar de consolarla, afirmó ella:

- Una mujer debe seguir a su marido a la tumba. Mi marido fue asesinado por ese bandido y, sin embargo, yo me entregué vergonzosamente a él. He de reconocer, no obstante, que sólo me ataba a la vida el niño que llevaba en mi seno y que en aquellos momentos me ayudó a soportar mi tremenda humillación. Ahora que se ha hecho ya hombre y mi anciano padre ha vengado mi humillación al frente de sus tropas, no me queda otra ilusión que terminar con mi vida, cumpliendo, así, el deber que para con mi marido tengo.

¡Hija mía! - exclamó el primer ministro, conmovido -. ¿Cómo puedes hablar de vergüenza? No tenías elección. ¿Es que no lo comprendes? A pesar de lo ocurrido, tu virtud permaneció intacta, ya que en ningún momento alteraste tus pensamientos ni te rendiste al oportunismo.

Padre e hija se abrazaron llorando, mientras Hsüan-Tsang era incapaz de contener la emoción. Secándose las lágrimas, el primer ministro dijo:

- No debéis preocuparos más. Tengo en mi poder al culpable y ahora mismo voy a disponer, con vuestro permiso, de él.

Levantándose, se dirigió con paso decidido al lugar de las ejecuciones. Para regocijo suyo, el Jefe Militar de Chiang-Chou había hecho detener también al pirata Li-Piao, que

aparecía custodiado por un nutrido grupo de centinelas. Complacido, el primer ministro ordenó dar a Liou-Hung y a Li-Piao cien latigazos con una vara larga. Los acusados firmaron entonces una confesión, en la que relataron hasta en sus más mínimos pormenores la forma como habían dado muerte a Kwang-Jui. A continuación Li-Piao fue clavado en un potro de madera y, tras ser expuesto en la plaza pública a la mofa de todos los viandantes, fue descuartizado y su cabeza colocada en lo alto de una pica para escarnio de todos los malhechores. Liou-Hung, por su parte, fue conducido al sitio exacto donde había dado muerte a Chen Kwang-Jui y se le arrancó el corazón y el hígado, que fueron ofrecidos allí mismo en libación. Seguidamente se quemó un escrito en el que se ensalzaban las altas cualidades de Chen Kwang-Jui y sus cenizas fueron arrojadas a las aguas.

Incapaces de apartar los ojos del río, los tres se rindieron al llanto, resonando sus sollozos varios kilómetros corriente abajo. Eso alertó a un yaksa que se hallaba patrullando las aguas. Se llegó hasta allí, cogió el espíritu del escrito y se lo llevó al Rey Dragón. En cuanto lo hubo leído, llamó a una tortuga mariscal y le ordenó que fuera a buscar a Kwang-Jui.

- ¡Enhorabuena, excelencia! - exclamó el rey, al verle -. En este preciso instante vuestra esposa, vuestro hijo y vuestro suegro están ofreciéndoois sacrificios en la orilla misma del río. Voy a dejar en libertad a tu espíritu y, así, recobrarás la vida. No quiero, de todas formas, que te marches con las manos vacías, por lo que te suplico que aceptes, como prueba de amistad y agradecimiento, esta perla que concede todos los deseos ¹⁰, dos perlas ordinarias, diez piezas de seda o sirena ¹¹, y un cinturón de jade con incrustaciones de nácar. Hoy será para ti un gran día, pues volverás a reunirte con tu esposa, tu madre y tu hijo.

Kwang-Jui le dio las gracias, vivamente emocionado, y el Rey Dragón ordenó a un yaksa que acompañara a su cuerpo hasta la desembocadura del río, donde habría de reunirse con su espíritu. El yaksa cumplió inmediatamente la orden y abandonó el palacio de las aguas.

En aquel mismo momento, tras llorar durante interminables horas a su marido, la señora Yin trató de suicidarse de nuevo, arrojándose a las aguas. Su intento habría resultado exitoso, de no mediar la intervención de Hsüan-Tsang, que la agarró oportunamente del talle. Cuando estaban forcejeando, vieron un cuerpo muerto venir flotando hacia la orilla. La señora se inclinó a toda prisa para echar un vistazo. Al comprender que se trataba del cadáver de su marido, intensificó sus aullidos de dolor. Cuantos estaban a su alrededor se volvieron, compungidos, hacia ella y entonces comprobaron, asombrados, que Kwang-Jui abría lentamente los puños y estiraba las piernas. Al poco rato todo el cuerpo comenzó a moverse y no pasó mucho tiempo antes de que se sentara tranquilamente en la orilla, para asombro y consternación de todos los presentes. Kwang-Jui abrió los ojos y, al ver llorando a la señora Yin, a su suegro, el primer ministro, y a un monje joven al que no conocía, preguntó:

- ¿Por qué habéis venido aquí?

- Todo esto tiene su origen en el momento mismo en que los bandidos os asesinaron a palos. Al poco tiempo di a luz a este hijo nuestro, que tuvo la enorme fortuna de ser educado por el guardián del Monasterio de la Montaña de Oro. Fue él precisamente el que me lo presentó y yo le envié en busca de su abuelo. Cuando mi padre se enteró de lo ocurrido, acudió a la corte y consiguió que le fuera asignado un destacamento de tropas para venir a arrestar a los bandidos. No hace ni cinco minutos que hemos arrancado el hígado y el corazón al Principal culpable y os lo hemos ofrecido en libación. ¿Queréis explicarnos vos ahora cómo os las habéis arreglado para volver de nuevo a la vida?

- Está relacionado con la carpa dorada que compré, cuando nos hospedamos en la

Posada de las Diez Mil Flores. Como recordarás, la puse en libertad. Lo que menos me sospechaba yo es que aquel pez fuera, nada más y nada menos, que el Rey Dragón. En cuanto los bandidos me arrojaron al río, acudió, agradecido, a mi rescate y ahora me ha devuelto el espíritu, cargándome de regalos valiosísimos, que traigo aquí conmigo. Desconocía totalmente que hubieras dado a luz. por lo que a mi suegro respecta, le agradezco de todo corazón haberme vengado. Es, francamente, inexpresable la alegría que ahora me embarga. Los tiempos de sufrimiento parecen haber pasado, por fin.

Cuando se enteraron de lo ocurrido los funcionarios de la provincia, acudieron en tropel a darle la enhorabuena. Agradecido, el primer ministro les ofreció un espléndido banquete, tras lo cual inició aquel mismo día la marcha de vuelta, acompañado de todas sus tropas. Al pasar por la Posada de las Diez Mil Flores, el colaborador del emperador ordenó detener el ejército, para que Kwang-Jui y Hsüan-Tsang fueran a buscar a su anciana madre. Precisamente la noche anterior la mujer había soñado que volvía a florecer un árbol totalmente seco y aquella misma mañana oyó cuchichear sin cesar a las urracas detrás de su casa. Eso la hizo preguntarse, ilusionada:

- ¿Querrá decir que mi nieto viene a buscarme?

No había acabado de pensarlo, cuando se presentaron el caballero y el muchacho. El joven monje señaló a la anciana y dijo con una mezcla de orgullo y respeto:

- Aquí tienes a mi abuela.

En cuanto Kwang-Jui vio a su madre, se inclinó ante ella y después la abrazó con indecible ternura. Madre e hijo estuvieron llorando de alegría durante un buen rato. Tras contarse lo que había sucedido, pagaron al posadero lo que se le adeudaba y continuaron el viaje hacia la capital. Lo primero que hicieron Kwang-Jui, su esposa y su madre, al llegar a la mansión del primer ministro, fue ir a saludar a su respetable señora. La mujer estaba fuera de sí de alegría. Llamó a los criados y les ordenó preparar un banquete como no se había visto jamás en toda la ciudad.

- Es mi deseo - dijo el primer ministro a la hora de los brindis - que este convite reciba el nombre de Fiesta de la Reunión, porque ciertamente lo es y toda nuestra familia participa de tan indescriptible alegría.

A la mañana siguiente muy temprano el Emperador de los Tang celebró su habitual audiencia y el ministro Yin se adelantó para informar oportunamente de cuanto había sucedido en el curso de su misión. Recomendó, igualmente, que le fuera concedido a Kwang-Jui un puesto acorde con sus muchas cualidades, cosa a la que accedió emperador, nombrándole Vicecanciller de la Secretaría de Estado. De esta forma, seguiría a la corte adondequiera que se desplazara y se encargaría de llevar a la práctica todas sus decisiones.

Hsüan-Tsang, decidido a caminar por los puros senderos del Zen, fue enviado al Monasterio de la Bendición Infinita para continuar con su vida de meditaciones y ascesis. Al poco tiempo, sin embargo, la señora Yin consiguió, por fin, consumir sus intentos de suicidio, y él regreso al Monasterio de la Montaña de Oro a dar las gracias al maestro Fa-Ming por cuanto había hecho por él.

No sabemos cómo se desarrollaron las cosas a partir de entonces. Quien quiera averiguarlo deberá escuchar con atención las explicaciones que se brindan en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO X

EL ANCIANO REY DRAGÓN TRANSGREDE LAS ÓRDENES DEL CIELO. EL PRIMER MINISTRO WEI ENVÍA UNA CARTA A UN FUNCIONARIO DE LA MUERTE

No hablaremos, de momento, de Kwang-Jui en su nuevo puesto ni de la fuerte ascesis a la que se entregó Hsüan-Tsang. Sí lo haremos, sin embargo, de dos dignísimas personas, que habitaban a orillas del río Ching, a las afueras de la ciudad de Chang-An. Uno era un pescador llamado Chang-Shao, y el otro, un leñador conocido por el nombre de Li-Ting ¹. A pesar de la aparente humildad de sus oficios, ambos eran intelectuales sin titulación oficial, gentes de la montaña que habían llegado a dominar la técnica de la lectura. Un día, después de haber vendido el uno la leña que traía a la espalda y el otro las carpas que llevaba en su cesta de pescador, coincidieron en una pequeña taberna de Chang-An y bebieron hasta ponerse un poco alegres. Con una botella cada uno en la mano siguieron con paso indeciso las orillas del río Ching, camino de casa.

- Soy de la opinión, hermano Li - dijo Chang-Shao -, que los que se esfuerzan por conseguir la fama perderán su vida en tan loco empeño, los que se afanan por obtener fortuna perecerán a causa de las riquezas, los que se empeñan en amontonar títulos correrán los mismos riesgos que quien duerme abrazado a un tigre, y los que luchan por recibir favores oficiales serán como quien camina con serpientes dentro de las mangas. Cuando uno se detiene a pensar fríamente, descubre que sus vidas no pueden compararse con la tranquila existencia que llevamos nosotros en la altura azul de las montañas o junto a la serena pureza de las aguas. Nosotros nos regocijamos en nuestra propia pobreza y pasamos los días sin afanarnos por nuestro destino.

- Hay mucho de verdad en lo que acabas de decir, hermano Chang - replicó Li-Ting -. Pero la serena pureza de tus aguas no puede compararse con la altura azul de mis montañas.

- Es al revés, querido amigo - contestó, raudo, Chang-Shao -. No existe término de comparación entre tus altas montañas azules y mis puras aguas serenas. Como prueba, voy a citarte un poema "tsu", que constituye la letra de la canción "Tier-Lian-Hua" ² y que dice así: "He cruzado más de diez mil millas de aguas cubiertas de neblina en mi pequeño bote de vela, oyendo solamente el murmullo del agua y el travieso chapotear de los peces. He purificado así mi corazón, privándole de todo deseo de fama o riqueza, complaciéndome únicamente en la estilizada belleza de las espadañas y los juncales. ¿Existe, acaso, placer mayor que ir contando las gaviotas que vuelan por encima de nosotros? Mi esposa y mis hijos unen sus risas despreocupadas a las mías, mientras van pasando ante nosotros orillas cubiertas de sauces y remansos repletos de juncos. Cuando el viento y las olas se amansan, me invade la dicha del sueño que no anhela la gloria ni se ve perturbado por la vergüenza o la miseria".

- Insisto en que la serenidad de tus puras aguas no es superior a la belleza de mis montañas azules - recalcó Li-Ting -. Yo también apporto como prueba otro poema "tsu", que es, igualmente, parte de la letra de la canción "Tier-Lian-Hua", que dice: "En una parte cubierta de pinos del bosque profundo escucho el canto sin letra de la oropéndola, vibrante como el lamento dulce de la flauta. Pálidos rojos y verdes brillantes anuncian la inminente eclosión de la primavera. No existe transición alguna entre el verano y ella, así de rápido pasa el tiempo entre las frondas. Después hace su entrada el otoño en el palacio del bosque con su fragancia de flores doradas y su perenne invitación a la alegría. El frío invierno hace acto de presencia con la misma rapidez con que uno chasca los dedos. Nadie le domina, no recibe órdenes de nadie. Es tan libre como yo mismo en el eterno fluir de las cuatro estaciones".

- Yo me ratifico - contestó el pescador - en que tus montañas azules no son nada comparadas con mis aguas puras. De ellas saco todo el gozo que una persona sabia pueda desear. Para que te convenzas, te cito este poema "tsu", letra del "Che-Ku-Tien": "Sólo me bastan el agua y las nubes del país de las hadas. El bote a la deriva Y los remos en descanso me hacen sentir en mi hogar. Con mi cuchillo parto el pescado fresco

y cocino tortugas verdosas. En este universo, que es el mío, me alimento de cangrejos color púrpura, de gambas rojas, de brotes verdes de junco, de retoños de plantas acuáticas, aunque mis preferidas son las cabezas de pollo, las raíces de loto, las tiernas hojas del apio, las puntas de flecha y las flores del niao-ying".

- Me temo que tus aguas serenas en nada aventajan a mis montañas azules - volvió a repetir el leñador -. Sólo ellas son capaces de traer la alegría a mi corazón. Como prueba, yo también echo mano de un poema "tsu" del "Che-Ku-Tien", que dice: "En las cumbres escarpadas que rozan las orillas del cielo he construido mi hogar de ramas y hierba. El sabor de aves en salazón y patos ahumados supera al de tortugas y cangrejos; la carne de antílopes, liebres y ciervos es diez mil veces más fina que la de gambas y pescados. Nada hay comparable a las aromáticas hojas de chun ³, a los amarillentos brotes del lien ⁴, a los tallos tiernos del bambú, al té de la montaña, a las ciruelas color púrpura, a los rojos melocotones, a los albaricoques maduros, a los ácidos dátiles, a las peras dulces y a los frutos silvestres".

- Tus montañas azules - remachó el pescador - no aventajan en nada a mis aguas serenas. Puedo citarte otro poema "tsu" del "Tian-Sien-Tsu", que afirma textualmente: "A bordo de un bote cualquiera me desplazo adonde me apetece. No temo las ondulaciones de las olas ni la ceguera temporal de la niebla. Me sirvo de redes y anzuelos para conseguir pescado fresco, el manjar más sabroso que existe, sin necesidad de acudir a asados ni a salsas. Aparte del agua comparto mi hogar con un hijo joven y una esposa ya vieja. Cuando la pesca es abundante, voy a los mercados de Chang-An y la cambio por vino, que bebo hasta perder la razón. Con algas me abrigo, me tumbo en el agua y ronco al dormir. Ninguna preocupación me asalta. Yo no busco la pompa ni ansío la gloria".

- Estás muy equivocado - le corrigió el leñador -. Tus aguas serenas son inferiores a mis montañas azules. Yo también dispongo de un poema del "Tian-Sien-Tsu" como prueba. "Al pie de la colina - dicen los versos - tengo construida una casa de ramas de pino, de orquídeas, e bambú y de ciruelas. En busca de leña seca dejo atrás bosquecillos Y luego a las cumbres de las montañas. Sin nadie que me controle, vendo lo que deseo, los precios dependiendo de mi sola voluntad. Gasto el dinero en vino, que luego almaceno en vasijas de barro y jarros de arcilla. Con la mente adormecida, me tumbo después a la sombra de los pinos, Ningún pensamiento me abrumba, los éxitos o los fracasos no me importan, nada de este mundo me turba."

- Tu vida en la montaña, hermano Li - volvió a decir el pescador - no es tan placentera como la que yo llevo junto a las aguas. Te cito como testimonio, un poema "tsu", que se canta con la música del "Sin-Chiang-Yüe": "Las flores tupidas de las zarzamoras brillan a la luz de la luna, mientras el viento sacude los amarillentos juncales. El río Chu, totalmente dormido, refleja el azul distante del cielo. Meto la mano en sus aguas y hago vibrar su encaje de estrellas. Peces de todo tamaño vienen a enredarse en mis redes; las percas pican en tropel mis anzuelos. No hay manjar más exquisito que ellas. ¿Qué hay de extraño en que la despreocupación de mi risa se extienda por ríos y lagos?"

- Tu vida junto a las aguas, hermano Chang - contestó el leñador -, no es tan placentera como la que yo llevo en la montaña. La prueba la tienes en este otro poema "tsu", que se acompaña con la música del "Sin-Chiang-Yüe": "Por caminos cubiertos de enredaderas y hojas voy cortando madera que cargo a la espalda. Formo hatillos de leña con troncos de sauce carcomidos por los insectos y ramas de pino desgajadas por el viento. Son promesa de calor en el invierno. Libre soy de cambiarlos por licor o dinero".

- Aunque he de reconocer que tu vida en las montañas no está mal del todo - admitió el pescador -, no es tan tranquila ni encantadora como la que yo llevo junto al agua. Al poema "tsu" de la canción "Lin-Chiang-Sian" te remito. "La marea llevará lejos de aquí

mi bote - dicen los versos -. Dejo descansar los remos y mi canción, como un remedo de la luna, se eleva en el lienzo de la noche. ¡Con qué elegancia se mueve sobre las aguas el astro menguante! La gaviota duerme tranquila en su nido, ajena al manto de flores que se extienden por el cielo. Mi sueño crece como los juncales vírgenes de las islas en las cuales me acuesto. Nada lo quiebra. La altura del sol no ejerce sobre él la menor influencia. Trabajo cuando me apetece y descanso cuando quiero. Nadie tiene tanta libertad de espíritu ni tan envidiable regalo del cuerpo."

- La tranquilidad y el encanto de tu vida - sentenció el leñador - no son nada comparados con los que rigen mis días en lo alto de la montaña. También yo aduzco como prueba la parte del "Lin-Chiang-Sian" que dice: "En las mañanas de otoño arrastro, despreocupado, mi hacha por los senderos cubiertos de escarcha. En el frío de la noche regreso a mi hogar, portando a la espalda el peso del haz, la frente orlada de flores salvajes. La oscuridad no me importa, cuando vuelvo a hollar los caminos que me llevan a casa. Cuando abro su puerta, la luna aparece en el cielo. Mi mujer y mi hijo salen a recibirme con amplias sonrisas de felicidad. Me reclino después sobre una cama de paja con un tronco por almohada. En cuanto abro los ojos, me espera ya una cena de peras cocidas y mijo estofado. La bebida recién escanciada en el cazo me ayudará a meditar sobre lo inalterable de mi felicidad".

- Todo lo que afirman estos poemas - comentó entonces el pescador tiene que ver con nuestro propio sustento, con lo que hacemos para ganarnos honradamente la vida. Pero mis momentos de ocio son mucho más abundantes que los tuyos. Si lo dudas, aquí tienes un poema "shr" que lo dice claramente: "Tumbado, miro con atención el azul del cielo y el majestuoso vuelo de las garzas blancas. Amarrada está mi barca en la orilla y entreabierto la puerta de mi hogar. A la sombra de la vela enseñó a mi hijo a preparar los sedales y a arreglar los anzuelos. Cuando los remos descansan, mi esposa y yo ponemos las redes a secar al sol. Mi mente está en calma, porque veo la tranquilidad de las aguas; me siento seguro, porque contemplo la benignidad de los vientos. Mi abrigo de algas y mi sombrero de bambú son infinitamente mejores que los trajes cortesanos y sus delicados fajines teñidos de púrpura".

- Tus momentos de ocio - replicó el leñador - no pueden, de ninguna manera, compararse con los míos. También dispongo yo, como prueba de lo que afirmo, de un poema "shr" que dice: "Tumbado, miro con atención el vuelo de nubes blancas con forma de sauce. Cierro después la puerta de bambú de mi cabaña y, sentado en el frescor de la paja, me pongo a pensar en lo que quiero. Cuando me apetece, saco los libros y enseñó a mi hijo a leer; cuando tengo invitados, charlo con ellos y jugamos después al ajedrez; cuando me encuentro excitado, recorro senderos cubiertos de flores y me pongo a cantar; cuando me entristezco, subo a las verdes montañas con el laúd y comienzo a tañer. Mis sandalias son de paja, de cáñamo mis fajas, y de tosco tejido el calor de mis mantas. Las prefiero, sin embargo, a la seda, porque mi corazón aquí está libre y yo soy mi único dueño".

- Li-Ting - concluyó, por fin, Chang-Shao -, "afortunados somos, en verdad, al poder divertirnos con canciones como éstas y al no preocuparnos por la urgencia del oro" 5. Sin embargo, todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido recitar fragmentos de poemas, que nos servían tanto al uno como al otro para defender nuestros puntos de vista. ¿Por qué no declamamos al alimón una poesía más larga y vemos cómo se desarrolla esta discusión entre un pescador y un leñador?

- ¡Me parece una idea excelente, hermano Chang! - exclamó Li-Ting -. ¿Por qué no comienzas tú?

- Mi bote descansa sobre verdes aguas, cubiertas de niebla y de olas rizadas.

- En las altas montañas e inaccesibles mesetas tengo yo establecida mi casa.

- Me encanta contemplar los arroyos y los puentes, mientras la marea primaveral por doquier se extiende.
- Yo saco placer de las altas cordilleras cubiertas de nubes al amanecer.
- Me alimento de carpas pescadas en la Lung-Men lejana 6.
- El fuego de mi hogar se alimenta con tacos de madera seca.
- El anzuelo y la red servirán para alimentarme en la vejez.
- Me serviré del hacha hasta que mi cabeza se vea cubierta de canas.
- Tumbado en mi barco, observo el frágil volar de los patos.
- Recostado en verdes parajes, escucho el canto de los cisnes salvajes.
- Jamás me he rendido a la tentación de la alevosa maledicencia,
- Nunca ha navegado mi barco por los procelosos mares del escándalo.
- Cuando mis redes se van secando, parecen estar hechas de brocados.
- En rugosas piedras afilada, como el sol brilla la hoja del hacha.
- Bajo la brillante nube de agosto a menudo pesco solo.
- En los solitarios arroyos de la montaña sólo el viento me acompaña.
- Cuando la pesca es exitosa, la cambio por vino que bebo con mi esposa.
- La madera que me sobra la cambio por una botella que con mis hijos comparto.
- Si canto, movido por mi propio deseo lo hago.
- La música de mis baladas sólo la dicta mi alma.
- Llamándoles hermanos mayores, a menudo invito a los otros pescadores.
- Hermanos míos son todos los hombres que habitan en los bosques.
- Pasamos el tiempo inventando juegos nuevos.
- Nosotros creamos palabras, que mezclamos con el vino de las jarras.
- A diario me alimento de gambas cocidas y de cangrejos.
- Cada día me regalo con el sabor de aves y patos.
- Mi esposa prepara té que ella misma me da a beber.
- Mi mujer cuece el arroz con las ramas que la tormenta desgajó.
- En cuanto amanece, cojo la caña y salgo a pescar peces.
- En cuanto el sol se eleva, tomo el hacha y voy a buscar leña.
- Vestido, tras la lluvia, con abrigo de algas, corro a atrapar carpas.
- Antes de que se levante el viento, intento derribar pinos secos.
- Ajeno a leyes y normas, llevo una vida de juegos y bromas.
- Ante las reglas del mundo, me comporto como si fuera sordomudo.
- Espera un momento, por favor, hermano Li - dijo entonces Chang-Shao -. Hace un momento empecé yo la primera línea del poema. Justo es que ahora tú hagas lo mismo. ¿Por qué no comenzamos de nuevo?
- El hombre del campo, aunque parezca locura, está enamorado del viento y de la luna.
- Un hombre sabio cede su orgullo a los arroyos y a los lagos.
- Mi heredad es el ocio y busco el esparcimiento ante todo.
- Desprecio la maledicencia y me gozo en la paz de la conciencia.
- En noches de luna soberana duermo tranquilo en mi cabaña de paja.
- Cuando el cielo oscurece y no se ve nada, yo me protejo con mi abrigo de algas.
- Libre de alegrías y penas, hallo compañía entre pinos y ciruelas.
- Mis mayores amistades son las gaviotas, las garcetas y las demás aves.
- Mi corazón no ampara ansias de fortuna ni de fama.
- Jamás he oído los sonos de las armas y los tambores.
- Sin cesar escancio vino para librarme del frío.
- Tres veces al día me llevo a la boca la comida.
- Para mi propio sustento dependo de la madera que vendo.
- Vivo de lo que pesco con mis sedales y anzuelos.

- Con ayuda de mi hijo al hacha le saco filo.
- Tras vaciarla de peces, mi familia remienda las redes.
- Cuando la primavera renace, me gusta contemplar el verdor de los sauces.
- En el calor de la tarde me encanta mirar el frescor de los juncuales.
- Los bambúes recién plantados me libran del bochorno del verano.
- Las flores nuevas del loto me refrescan en agosto.
- Cuando desciende la escarcha 7, la suerte de las aves ya está echada.
- En la Fiesta del Doble Nueve mi esposa cocina cangrejos que nadie vende.
- Cuando el invierno se aproxima, duermo hasta bien entrado el día.
- No me abruma los calores ni del frío los rigores.
- En el año no hay un día que no recorra las colinas.
- No existe estación en la que no are los lagos con mi timón.
- ¡Ay si los sabios conocieran el placer de cortar leña!
- Cuando tiro del sedal, imagino ser un inmortal.
- No hay fragancia igual a la de las flores que crecen en mi portal.
- La proa de mi barca va abriendo senderos de verde agua.
- De mi vida satisfecho, no busco de los ministros el asiento 8.
- Mi mente es tan fuerte y equilibrada como una ciudad amurallada.
- Contra el asedio deben protegerse las ciudades que más se enorgullecen.
- Por muy alto que esté un ministro, debe someterse a los mandatos del divino.
- ¡Qué raro placer es gozar de las montañas y del mar!
- Agradecidos estamos, por ello, a los dioses, a la Tierra y al Cielo.

Los dos hombres continuaron recitando al alimón infinidad de canciones y poemas. Cuando llegaron al punto en que sus caminos se separaban, se inclinaron con respeto y, así, se despidieron.

- Querido hermano Li - dijo Chang-Shao, al hacerlo -, cuídate y ten precaución con los tigres, cuando subas por las montañas. Lamentaría sobremanera que sufieras un accidente, ya que, como reza el dicho, "nadie nos asegura que vayamos a encontrar mañana al amigo con el que hoy nos topamos en la calle".

- ¿Qué clase de amigo eres tú? - exclamó Li-Ting, enfadado, al escuchar esas palabras -. Las personas que se aman de verdad ni siquiera sacan a relucir cosas tan desagradables como las que tú acabas de decir. ¿A quién se le ocurre pensar que pueda caer, sin más, en las garras de un tigre? ¿Te gustaría que te dijera que tu barco se va a hundir, cuando menos lo esperes, en el río?

- Eso nunca pasará - respondió Chang-Shao, riendo -. El cielo siempre anuncia cuándo va a haber tormenta.

- De acuerdo. Se ve que hoy no la va a haber - admitió Li-Ting -. Pero ¿quién te asegura que no se va a desatar sobre la tierra una epidemia? ¿Cómo estás tan seguro, por otra parte, de que no vas a sufrir un accidente?

- Dices eso - contestó Chang-Shao - porque no tienes ni idea de lo que puede ocurrirte cuando cortas leña. Yo, por el contrario, cuando pesco puedo predecir exactamente lo que va a suceder. Te aseguro que ningún accidente va a cebarse sobre mí.

- ¡No me hagas reír! - exclamó, burlón, Li-Ting -. Tu trabajo es uno de los más traicioneros que existen. Un pescador siempre se está jugando la vida. No comprendo cómo puedes tener esa seguridad con respecto al futuro.

- Mira - replicó Chang-Shao, condescendiente -. Voy a decirte algo que tú no sabes. En Chang-An hay un adivino, que suele sentarse en la calle de la Puerta Oeste a predecir el futuro a quien quiera pedírselo. Yo le regalo todos los días una carpa dorada y él, agradecido, consulta para mí los palillos que lleva guardados en la manga. Siguiendo sus consejos, no hay vez que lance las redes que no las saque repletas de pescado.

Precisamente fui a consultarle esta mañana y me dijo que las echara esta vez en la curva que hace el río Ching. Me aconsejó, igualmente, que echara el sedal en dirección oeste, si quería regresar a casa cargado de gambas y peces. Por cierto, cuando suba mañana a la ciudad, compraré vino y volveré a reunirme contigo - y se separaron, restablecidas las paces.

Sin embargo, como afirma el proverbio, "lo que se dice en el camino lo escucha quien se halla entre la hierba". Así, dio la casualidad que esta última parte de la conversación fuera oída por un yaksa que se encontraba de patrulla por el río Ching y corrió al Palacio de Cristal de Agua a informar a su señor, gritando:

- ¡Qué desgracia! ¡Qué tragedia tan inesperada!

- ¿Se puede saber de qué estás hablando? - le preguntó, sorprendido, el Rey Dragón.

- Vuestro siervo - contestó el yaksa, excitado - estaba patrullando el río, cuando oyó por casualidad la conversación que mantenían un pescador y un leñador. ¡Hablaban de algo realmente horrible! Según el pescador, en la calle de la Puerta Oeste de la ciudad de Chang-An hay un adivino que nunca falla en sus predicciones. Sabedor de sus poderes, el pescador le da todos los días una carpa. Él consulta entonces los palillos que lleva escondidos en la manga y le dice el lugar exacto en el que debe arrojar las redes. ¿Comprendéis el peligro que corremos? De continuar así, en poco tiempo terminará con todos nuestros hermanos del agua. ¿En dónde encontraréis vos entonces seres que quieran vivir en las regiones acuáticas? Nadie saltará por encima de las olas y vuestro poder se irá haciendo cada vez menor.

El Rey Dragón se puso tan furioso que quiso coger la espada e ir en aquel mismo momento a Chang-An a matar al adivino. Fue una suerte que sus hijos y nietos, los ministros - cangrejo y los consejeros - gamba, el juez - perca y el gobernador - carpa se encontraran a su lado y trataran de disuadirle, diciendo:

- Controlad vuestra justa ira, majestad. Razón tiene el proverbio cuando afirma: "No creas nada de cuanto oigas". Además, si marcháis así hacia Chang-An, os seguirán las nubes y la lluvia, y las gentes que allí viven gritarán horrorizadas. ¿Queréis ofender al Cielo con tan irreflexiva conducta? Puesto que poseéis el poder de aparecer y desaparecer, y de transformaros en lo que os dé la gana, nuestra sugerencia es que toméis la forma de un intelectual y que vayáis a esa ciudad a averiguar qué es lo que pasa. Si, en verdad, existe esa persona, lo mejor que podéis hacer es matarla cuanto antes. De no ser cierto, no hay necesidad alguna de sacrificar a gente inocente.

Tras pensarlo mejor, el Rey Dragón aceptó su sugerencia. Dejó la espada a un lado y despidió a las nubes y a la lluvia. Nadó con fuerza hasta la orilla del río y, con una simple sacudida del cuerpo, se transformó en un literato de blanca túnica y rasgos llamativamente viriles. Su altura era superior a la normal, su caminar, pausado y sereno, denotaba un espíritu reflexivo, y toda su figura exhalaba firmeza de ánimo y dominio del cuerpo. Su docto discurso constituía una alabanza continua a Confucio, a Mencio y a la virtuosa conducta del duque de Chou y del Rey Wen 9. Con su túnica de seda y su gorro de personaje importante, salió del agua y se dirigió a pie hacia la calle de la Puerta Oeste de la ciudad de Chang-An, donde encontró a una gran muchedumbre rodeando a un hombre, que decía con suave y contenida voz:

- Los que pertenecen al signo del dragón tendrán buena suerte, mientras que los nacidos bajo el del tigre deberán hacer frente a incontables desgracias. Por otra parte, los que vieron la luz a la hora de Yin, Chen, Sz y Hai verán florecer todos sus asuntos y la fortuna no les dejará de la mano, cosa que no ocurrirá con los que, en el momento de su nacimiento, sufrieron la influencia del planeta Júpiter.

En cuanto el Rey Dragón lo oyó, supo que se encontraba en el lugar en el que solía sentarse el adivino. Se dirigió hacia él y, abriéndose, como pudo, paso entre la gente,

vio que las cuatro paredes de la habitación estaban cubiertas de piezas maestras de caligrafía, entre las que se apreciaba alguna que otra pintura de excelente corte. Del pebetero salía un humo incesante, cuyas volutas contrastaban con la quietud del agua purificada que guardaba un recipiente de porcelana. Lugar destacado ocupaba un retrato de Kwei-Gu ¹⁰, colgado un poco más alto que dos dibujos de Wang-Wei. La piedra para diluir la tinta, traída directamente desde Tuan-Chr ¹¹, no desdecía en absoluto del pincel de cerdas erizadas que se veía a su lado. Se apreciaba que aquel hombre dominaba gran número de técnicas adivinatorias, ya que, junto a bolas de cristal, podían descubrirse números de Kuo-Pu ¹² y otros clásicos de la adivinación. Conocía, además, los hexagramas, dominaba los ocho triagramas, estaba al tanto de las leyes que rigen los Cielos y la Tierra, y hasta era capaz de distinguir el modo de obrar de dioses y demonios. Ante él tenía una bandeja, en la que aparecían reseñadas las horas cósmicas. Su mente les asignaba los planetas y astros que les correspondían con la rapidez propia de un genio. No cabía duda de que contemplaba, como en un espejo, las cosas pasadas y las que aún estaban por venir. No encerraba para él secreto alguno, como les ocurre a los dioses, saber qué casa iba a ser levantada y cuál derruida, quién iba a nacer y quién a morir, cuándo iba a llover y cuándo a hacer bueno... Los espíritus y los dioses tenían que sentirse, por fuerza, alarmados ante tanta omnisciencia. En letras claras aparecía escrito su nombre: Yüan Shou-Chang.

No era otro que el tío de Yüan Tien-Kang, el astrónomo oficial del imperio. Se trataba de un hombre de agradable presencia y muy versado en toda clase de artes. No en balde era conocido hasta el último rincón del reino y gozaba de gran favor en la ciudad de Chang-An. Sin vacilar, el Rey Dragón entró en su tienda. Tras el consabido intercambio de saludos, fue invitado a ocupar el asiento de honor. Mientras un criado servía el té, el maestro le preguntó:

- ¿Qué os gustaría saber?

- Predecidme, por favor, el tiempo que va a hacer - contestó el Rey Dragón.

El maestro consultó sus palillos y, al fin, dijo:

- La niebla difuminará las copas de los árboles y un velo de nubes borrará las colinas. Si deseas lluvia, mañana verás satisfecho tu deseo.

- ¿A qué hora ocurrirá eso y cuánta agua caerá? - insistió el rey.

- A la hora del dragón empezarán a arremolinarse las nubes - volvió a contestar el maestro - y a la de la serpiente se escuchará el trueno. La lluvia comenzará a caer a la del caballo y a la de la oveja ¹³ habrá ya cesado. Caerán en total cuarenta y ocho gotas de lluvia por cada metro cuadrado.

- Te aconsejo que no bromees - exclamó el Rey Dragón -. Si mañana llueve a las horas que has dicho y la cantidad que tú mismo has fijado, te daré cincuenta bolsas de oro en señal de gratitud. Pero, si te equivocas en una sola gota, ten por seguro que echaré abajo la puerta y haré añicos el cartel que tienes pegado en el dintel. Además, te expulsaré de Chang-An por embaucador y no podrás seguir engañando a la gente.

- Me parece correcto que así lo hagáis - replicó el maestro con amabilidad -. Ahora, si lo deseáis, podéis marcharos. Regresad mañana después de la lluvia.

El Rey Dragón se despidió de él y regresó a su mansión de agua. En cuanto se enteraron de su llegada, acudieron a saludarle sus ministros y colaboradores más directos y le preguntaron:

- ¿Cómo se desarrolló vuestro encuentro con el adivino?

- Es verdad que existe esa persona - contestó el Rey Dragón -, pero puedo aseguraros que se trata de un auténtico fanfarrón. Le pregunté que cuándo iba a llover y él me respondió que mañana. Volví a preguntarle sobre la hora y la cantidad de lluvia que caería y él contestó que a la hora del dragón empezarían a arremolinarse las nubes, a la

de la serpiente se escucharía el trueno, a la del caballo comenzaría a caer la lluvia y cesaría a la de la oveja. Por lo que a la cantidad de agua respecta, precisó que caerían exactamente cuarenta y ocho gotas de lluvia por metro cuadrado. Así que le aposté que, si acertaba, le daría cincuenta bolsas de oro, pero que, si se equivocaba en algo, le echaría abajo la puerta y después le expulsaría de Chang-An, para que no pudiera seguir engañando a la gente.

- ¡Pero vos sois el jefe supremo de los ocho ríos, el Gran Rey Dragón encargado de la lluvia! - exclamaron sus subalternos, soltando la carcajada, divertidos -. Sólo depende de vos que llueva o deje de hacerlo. ¿Cómo ha podido ser tan tonto ese hombre? ¡Seguro que pierde!

Los hijos y los nietos del dragón estaban celebrando con los peces y cangrejos la victoria cierta de su señor, cuando se oyó en lo alto una voz que decía:

- ¡Llega un mensajero celeste con una orden para el Rey Dragón del río Ching!

Todos alzaron la cabeza y vieron al emisario, elegantemente vestido con una túnica de oro, dirigirse a la mansión de agua con la carta del Emperador de Jade en las manos. El Rey Dragón se enderezó las ropas lo mejor que pudo y quemó un poco de incienso. Tras hacer entrega del envío, el mensajero se elevó en el aire y desapareció. El Rey Dragón abrió la orden y leyó, atónito:

- Mandamos al Príncipe de los Ocho Ríos que prepare truenos y lluvia y los deje caer mañana sobre la ciudad de Chang-An.

Lo más asombroso era que las horas y la cantidad de agua que aparecían en el documento coincidían exactamente, hasta el más ínfimo detalle, con las predicciones hechas por el adivino. El Rey Dragón se sintió tan abatido que perdió el conocimiento, como si fuera una doncella mal alimentada. Cuando volvió a recobrar la consciencia, dijo, entristecido, a sus súbditos:

- ¿Quién iba a pensar que en ese mundo de polvo hubiera una persona dotada de una inteligencia tan portentosa? ¡Cuesta trabajo creer que posea un conocimiento tan perfecto de las leyes que rigen el cielo y la tierra! ¡Lamento confesar que me ha derrotado!

- Calmaos, por favor - le aconsejaron los ministros -. No es tan difícil como parece deshacerse de ese adivino. De hecho, acabamos de idear un plan que puede acallar para siempre a ese tipo.

Una vez que el Rey Dragón hubo preguntado de qué se trataba, el ministro que había hablado por todos respondió:

- Si la lluvia tarda en producirse mañana una décima de segundo o cae una gota menos de lo pronosticado, dejará de cumplirse la predicción y vos habréis ganado la apuesta. ¿No es así? ¿Quién os impedirá entonces derribar su puerta y echarle a la calle?

El Rey Dragón aceptó, complacido, la sugerencia y dejó de preocuparse. Al día siguiente llamó al Duque del Viento, al Señor del Rayo, al Joven de las Nubes y a la Madre del Rayo y les mandó acompañarle hasta la ciudad de Chang-An. Pero esperó a la hora de la serpiente para desplegar las nubes, a la del caballo para hacer resonar el trueno, a la de la oveja para dejar caer la lluvia, y a la del mono para dar por terminada la tormenta. Además, sólo permitió que cayeran cuarenta gotas de agua por metro cuadrado, exactamente ocho menos de las que le habían sido ordenadas.

Una vez acabada la lluvia, el Rey Dragón despidió a sus ayudantes, descendió de las nubes y, tras tomar otra vez la forma del literato vestido de blanco, se dirigió, furioso, a la calle de la Puerta Oeste. De un terrible empujón, echó abajo la puerta de la tienda de Yüan Shou - Chang y empezó a destrozar cuanto encontraba a su paso, incluidos los pinceles, la tinta y los cuadros. El maestro ni siquiera se movió; permaneció sentado, como si la cosa no fuera con él. Eso hizo que el Rey Dragón se sintiera más enfadado

todavía y, volviéndose hacia el lugar donde se encontraba, bramó, despectivo:

- ¡Ya sabía yo que no eras más que un profeta de pacotilla, un impostor que anda engañando por ahí a las gentes sencillas! Tú mismo has visto que no se ha cumplido ni una sola de tus predicciones. ¿Qué más pruebas necesitamos para demostrar que eres un farsante? Me refiero, por supuesto, a lo que me dijiste ayer sobre la lluvia de esta tarde. No sólo has fallado en la hora, sino en la cantidad de agua caída. ¡Eres un auténtico embustero! No comprendo cómo sigues ahí sentado tan tranquilo. Deberías echar a correr, antes de que llame al alguacil y te haga ejecutar.

Yüan Shou-Chang no movió un solo dedo. Pese a la gravedad de la acusación, era claro que aquellas palabras no produjeron en él el menor signo de alarma. Al contrario, permaneció tranquilo y sonriente, sosteniendo la mirada a su acusador. Por fin, se aclaró la garganta y dijo:

- No tengo miedo, porque no he hecho nada que merezca la pena de muerte. El que debería estar temblando eres tú. ¿Crees que no sé quién eres? Puedes engañar a otros, pero no a mí. En cuanto te vi, supe que no eras un literato vestido de blanco, sino el mismísimo Rey Dragón del río Ching. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Al cambiar la hora y la cantidad de lluvia, has desobedecido la orden del Emperador de Jade y transgredido las leyes del cielo. Si hay alguien aquí digno de ser pasado a cuchillo eres tú, no yo. ¿Cómo te atreves a venir a echarme en cara algo de lo que únicamente tú eres culpable?

Al oír eso, el Rey Dragón sintió tal pánico que el corazón empezó a latirle con fuerza y todos los pelos se le pusieron de punta. Temblando, se dejó caer en el suelo y suplicó al maestro, diciendo:

- No toméis a mal lo que acabo de decir, por favor. No sé en qué estaba pensando. Simplemente se trataba de una broma. Ahora veo, sin embargo, que lo que yo consideraba un juego inocente era, en realidad, un crimen horrendo. ¿Qué puedo hacer ahora que, como vos mismo habéis dicho, he transgredido las leyes del cielo? ¡Por lo que más queráis, salvadme la vida! De lo contrario, jamás me moveré de aquí.

- ¿Quién te ha dicho que yo puedo salvarte? - replicó Yüan Shou-Chang. Lo único que está en mi mano es indicarte una posible forma de solucionar tan serio problema. Eso es todo.

- Te prometo que haré cuanto digáis - contestó el Rey Dragón.

- En principio - dijo Yüan Shou-Chang -, deberás ser ejecutado, por orden del juez Wei-Cheng, a la una menos cuarto de la tarde. Si quieres salvar el pellejo, lo único que puedes hacer es acudir cuanto antes al Emperador Tang Tai-Chung y pedirle clemencia. Supongo que no desconoces que Wei-Cheng es ministro suyo y que, por lo tanto, le debe obediencia en todo.

El Rey Dragón salió a toda prisa de la tienda de Yüan Shou-Chang con los ojos anegados en lágrimas. En aquel mismo instante el sol, rojo como la misma felicidad, se estaba poniendo. Una neblina densa se iba extendiendo lentamente por las montañas, mientras los cuervos regresaban a sus nidos y los viajeros buscaban un sitio en el que pasar la noche. Los gansos salvajes habían encontrado ya cobijo en la arena y la vía láctea se hacía cada vez más visible. En la lejanía se apreciaban las luces mortecinas de una aldea. En los templos el viento nocturno iba apagando, una a una, todas las candelas, desperdigando después el olor a humo. Más cerca un hombre soñaba que se había convertido en una mariposa¹⁴ y se marchaba volando. La luna iba moviendo de lugar la sombra de las flores de un jardín. En lo alto, mientras tanto, las estrellas se habían multiplicado por mil. Era medianoche y la oscuridad se había enseñoreado de todo.

El Rey Dragón del río Ching, sin embargo, no regresó a su mansión de agua. Esperó,

suspendido en el aire, hasta la hora de la rata. Descendió entonces de las nubes y se dirigió a la puerta del palacio. En aquel mismo momento el Emperador Tang estaba soñando que se encontraba fuera del palacio paseando entre las sombras de flores que proyectaba sobre el suelo la luna. El Dragón tomó la forma de hombre y corrió hacia él. Tras echarse rostro en tierra, empezó a gritar:

- ¡Misericordia, majestad! ¡Sed clemente con mi vida!

- Si supiera quién eres - respondió Tai-Chung -, tal vez podría acceder a tu petición.

- Como vos, también yo soy un dragón - gimoteó el principal habitante del río Ching -. La maldición pesa ahora sobre mi cabeza, porque desobedecí la orden del cielo. En consecuencia, vuestro súbdito el juez Wei-Cheng ha recibido el mandato de ejecutarme, por haber atentado contra el orden cósmico. Ésa es la razón por la que ahora acudo a vos, pidiendo clemencia.

- Si, como dices, Wei-Cheng va a ser el encargado de hacer justicia - concluyó Tai-Chung -, ten por seguro que tu vida no correrá el menor peligro. Márchate y deja de preocuparte.

Encantado, el Rey Dragón se levantó a toda prisa del suelo y abandonó el palacio, profundamente agradecido. Tai-Chung se despertó al poco tiempo y no paró de darle vueltas a lo que acababa de soñar. Sin embargo, habían pasado ya tres quintos de la hora de la quinta vigilia y hubo de recibir en audiencia a todos sus ministros. El humo del incienso y otras plantas aromáticas formaba graciosas volutas entre los arcos de fénix y ascendía después hacia las cúpulas de dragón, mientras la luz nueva se reflejaba en los delicados biombos de seda. La neblina no se había levantado todavía de las banderas y estandartes, adornados con llamativas plumas. Por los pasillos avanzaban funcionarios tan virtuosos como los mismísimos Yao y Shuen ¹⁵. Todos seguían el ritual de los Han y los Chou, cortes a las que también pertenecía la música que se escuchaba en un segundo plano. Legiones de criados iban encendiendo, de dos en dos, las lámparas, mientras grupos doncellas, vestidas con trajes de llamativos colores, preparaban abanicos. La luz llenaba los salones del unicornio y daba vida a los biombos decorados con pavos reales. Antes de aparecer el emperador, todos los presentes lanzaron hurras y vítores. Se oyó a continuación, tres veces seguidas, el restallar de un látigo y las cabezas se inclinaron al unísono hacia el lugar en el que se levantaba el trono. Un aroma a flores se extendió por todo el palacio, mientras los coros entonaban cánticos de alabanzas y hacía su entrada el cortejo, precedido de estandartes de perlas y jade. El palanquín real, adornado con los abanicos del dragón y el fénix, y la montaña y el río, avanzó entonces por entre las filas de cortesanos, nobles y refinados, y de generales, aguerridos y valientes. Todos ellos vestían de rojo. El espectáculo era tan magnífico que nadie dudaba de que el sello de oro y los fajines color púrpura con los emblemas del sol, la luna y las estrellas iban a durar millones de años, exactamente los mismos que la tierra y el cielo.

Una vez que los ministros hubieron presentado sus respetos al emperador, se retiraron a un lado y permanecieron de pie, cada cual ocupando el sitio que le correspondía según su rango. Tang Tai-Chung les fue escudriñando uno por uno con sus penetrantes ojos de dragón. Entre los funcionarios civiles figuraban Fang Süan-Ling, Du Hu-Hwei, Sü Shr - Chi, Sü Ching-Chung y Wang Kwei, y entre los militares Ma San-Pao, Duan Chr-Sien, Yin Kai - Shan, Cheng Yao-Chin, Liou Hung-Chr, Hu Ching-De y Chin Shu-Pao. Todos ellos permanecían en pie, en actitud reverente y sumisa. El emperador se extrañó de no ver a Wei-Cheng y, volviéndose hacia Sü Shu-Chi, le hizo una seña para que se acercara y le dijo:

- Esta noche he tenido un sueño muy raro. Se presentó ante mí un hombre que afirmó ser nada más y nada menos que el Rey Dragón del río Ching. Dijo, además, que había desobedecido las órdenes del cielo Y que, en castigo, iba a ser ejecutado por el juez

Wei-Cheng. Me suplicó, por tanto, que le salvara la vida, cosa a la que accedí. ¿Cómo es que precisamente hoy no ha acudido a mi llamada Wei-Cheng?

- Es posible que vuestro sueño sea más cierto de lo que creéis - respondió Shu-Chi -. Así que, si deseáis cumplir lo prometido, lo mejor que podéis hacer es llamar a Wei-Cheng y mantenerle todo el día a vuestro lado. Si no le dejáis marchar, sin duda alguna el dragón de vuestros sueños logrará salvar la vida.

Encantado, el emperador de los Tang hizo llamar a la corte al juez Wei-Cheng. La noche anterior Wei-Cheng había estado estudiando los movimientos de las estrellas. Cuando se disponía a quemar un poco de incienso, oyó gritar a las garzas y, levantando la vista, vio a un mensajero celeste con una orden del Emperador de Jade en la mano. En ella se le conminaba a que ejecutara al viejo dragón del río Ching exactamente a la una menos cuarto de la tarde. Agradecido al cielo por tan alto honor, el primer ministro se preparó para cumplir tan trascendente misión, bañándose y no probando en todo el día nada de comer. Sacó, además, su espada mágica y la afiló una y otra vez, purificando, de esta forma, su espíritu. Sabía que toda preparación era poca y decidió no asistir aquel día a la audiencia imperial. Por eso, le dio un vuelco el corazón, cuando vio llegar a un oficial de la corte con la orden de presentarse inmediatamente ante el emperador. No se atrevió a desobedecerla y, tras cambiarse de ropa a toda prisa, siguió al funcionario hasta el interior del palacio. Tras presentar sus respetos al Hijo del Cielo, se echó rostro en tierra y, sin dejar de golpear el suelo con la frente, pidió perdón por no haber acudido aquel día a su puesto.

- Te perdono - contestó el Emperador de los Tang -, porque eres, en verdad, uno de nuestros más dignos siervos.

Al poco rato se dieron por terminadas las audiencias y los ministros se fueron retirando, uno tras otro. Sólo a él le fue negada la venia para hacerlo. Es más, se le invitó a subir al palanquín de oro y, en compañía del emperador, entró en uno de los salones interiores, donde discutieron de las medidas a adoptar para la mejor defensa del imperio y otros asuntos de estado. A medio camino entre la hora de la serpiente y la del caballo, el emperador ordenó a sus sirvientes que trajeran un tablero de ajedrez, diciendo:

- Daos prisa, porque deseo echar una partida con el más digno de mis súbditos.

En cuanto los criados hubieron cumplido la orden, un grupo de concubinas sacaron las piezas y las fueron colocando sobre el tablero. Tras expresar su agradecimiento por el honor que se le hacía, Wei-Cheng tomó asiento y empezó el juego. Los dos movieron las piezas con precaución, siguiendo en todo momento las instrucciones del Clásico del Ajedrez, en el que se afirma:

El ajedrez ayuda a desarrollar la disciplina y la prudencia. En este sentido, las piezas más fuertes deberán colocarse en el centro, las más débiles a los lados, y las menos poderosas en los extremos. Existe una regla de oro, muy conocida por todo buen jugador que dice: "Es preferible perder una pieza que una ventaja ya adquirida. Cuando se ataca por el lado izquierdo, es preciso mantener bien protegido el derecho. Sólo podrá hablarse de retaguardia cuando se tenga una vanguardia realmente fuerte, para lo cual es necesario poseer, a su vez, una retaguardia segura. Los dos extremos están íntimamente unidos, pero se debe ser flexible en sus movimientos y, ante todo, se ha de tratar de evitar que ambos se estorben. Una formación desplegada no tiene por qué estar fuera de control, mientras que una concentración de filas no debe ser causa de una ausencia total de flexibilidad. Antes que concentrarse en la defensa de una pieza, es aconsejable, si se quiere ganar, renunciar a ella. De la misma manera, es preferible quedarse quieto a moverse sin propósito alguno. Cuando te halles en inferioridad numérica con respecto a tu contrincante, debes tratar, ante todo, de sobrevivir. Cuando, por el contrario, eres tú el que te encuentras en esa situación ventajosa, has de esforzarte por sacar el mejor partido que puedas de ella. Quien tenga a mano la victoria no prolongará inútilmente la lucha, de la misma forma que el que domine una posición evitará la confrontación directa, el que sepa luchar no sufrirá la derrota, y el que conozca que va a perder no se rendirá al pánico. No es raro que en el ajedrez se empiece

obteniendo una ventaja considerable, para terminar totalmente derrotado. Si el enemigo reagrupa sus fuerzas, sin ser atacado, es señal clara de que tiene intención de lanzarse a la ofensiva; si abandona, por otra parte, la defensa de una pequeña porción de su territorio, es muy posible que esté buscando la anexión de otro mayor. Si hace sus movimientos sin pensar, con ello demuestra que es una persona irreflexiva; no hay mejor manera, pues, de buscar la derrota que ceder a su propio modo de obrar. Con razón afirma el **Libro de las Odas**: "Aproxímate con la máxima precaución, como si estuvieras acercándote a un barranco profundo".

"El tablero de ajedrez - dice el poema - es la tierra, y el cielo las piezas. En los colores blanco y negro está simbolizado todo el universo. Cuando el juego alcanza las cumbres de la sutileza, suelta la carcajada el Inmortal que nunca juega.

El emperador y su ministro estuvieron sentados ante el tablero hasta la una menos cuarto, sin que ninguno de los dos pudiera arrojarse una diferencia notable. Wei-Cheng dejó caer, de pronto, la cabeza sobre la mesa y se puso a dormir. Al verlo, Tai-Chung soltó la carcajada y dijo:

- Se nota que nuestro hombre de confianza se entrega con tal dedicación a las tareas de estado que hasta se olvida de descansar. No es extraño que el sueño haya terminado venciendo su resistencia y le dejó dormir cuanto quiso.

Al poco rato, sin embargo, Wei-Cheng abrió los ojos tan repentinamente como los había cerrado y, echándose rostro en tierra, exclamó alterado:

- ¡Soy merecedor de mil penas de muerte! No comprendo cómo he podido dormirme en vuestra presencia. Os pido perdón por el tremendo insulto que acabo de lanzar contra vos.

- ¿Insulto dices? - repitió Tai-Chung, sonriendo -. Levántate y continuemos jugando. Creo que debemos olvidarnos de la partida anterior y empezar otra nueva. ¿No te parece?

Wei-Cheng agradeció al emperador su benevolencia y volvió a ordenar las piezas sobre el tablero. Cuando se disponían a hacer el primer movimiento, se escucharon unos gritos terribles fuera de la gran sala en la que se encontraban. Antes de que pudieran preguntar qué pasaba, aparecieron los ministros Chin Shu-Pao y Sü Mou-Kung con una cabeza de dragón chorreando sangre. La arrojaron delante del emperador y dijeron:

- Hemos visto a los mares perder profundidad y a los ríos secarse, pero jamás habíamos contemplado hasta ahora una cosa tan rara como ésta.

- ¿En dónde la habéis encontrado? - preguntó Tai-Chung, poniéndose en seguida de pie.

- En el sur del pasillo de los Mil Pasos - respondieron a coro Shu-Pao y Mou-Kung -. Estábamos allí charlando, cuando, de pronto, cayó de las nubes esta cabeza de dragón. Hemos creído que deberíais verla, por eso la hemos traído hasta aquí.

- ¿Qué significa esto? - volvió a preguntar, severo, el Emperador de los Tang, volviéndose a Wei-Cheng,

- Este dragón - contestó Wei-Cheng, echándose rostro en tierra - acaba de ser ejecutado por vuestro humilde siervo, mientras dormía.

- ¿Mientras dormías? - repitió el Emperador de los Tang, entre temeroso y sorprendido -. Mientras dormías no apreció el menor movimiento de tu cuerpo. Ni siquiera te vi echar mano de la espada o la cimitarra. ¿Cómo pudiste ejecutar a ese dragón?

- Aunque mi cuerpo se encontraba junto a vos, con los ojos cerrados y volcado sobre el tablero de ajedrez, la verdad es que mi espíritu abandonó mi cuerpo. Una nube sagrada le estaba esperando y le llevó hacia el barracón de ejecución de dragones. Los soldados celestes le habían atado ya y mi espíritu no tuvo más que decir: "Se te ha condenado a muerte por haber desobedecido las órdenes del cielo. Por mandato del mismo voy ahora a poner fin a tu vulgar vida". El dragón escuchó la sentencia temblando. Encogió después las garras y así esperó la muerte. El espíritu de vuestro siervo se arremangó la túnica, echó un paso atrás y levantó la espada, que dejó caer al instante con fuerza sobre

el cuello del acusado. Así se explica que haya descendido de los cielos esa cabeza de dragón que tenéis ahí delante.

En cuanto Tai-Chung hubo escuchado estas palabras, sintió a la vez satisfacción y tristeza. Satisfacción por tener como ministro a un hombre de la categoría de Wei-Cheng - ¿cómo iba a preocuparse de la seguridad del imperio, teniendo a su lado a colaboradores de tanta valía? -. Y tristeza, porque había prometido salvar al dragón y no había podido evitar que acabara sus días de una forma tan lamentable. Tuvo, pues, que forzarse a sí mismo para ordenar a Shu-Pao que colgara la cabeza en el mercado y que la viera todo el pueblo de Chang-An. Después, siguiendo la costumbre, recompensó a Wei-Cheng y despidió a los otros ministros.

Aquella noche se retiró a sus aposentos con una extraña sensación de derrota. No podía quitarse de la cabeza al dragón llorando y suplicando clemencia. Jamás había imaginado que los hechos fueran a desarrollarse de esa manera ni que, a la larga, el dragón fuera a terminar ajusticiado. Tras darle vueltas en la cabeza una y otra vez, el emperador se sintió física y mentalmente agotado. A eso de la hora de la segunda vigilia, se oyó el lamento de alguien que lloraba a las puertas mismas del palacio y Tai-Chung sintió un remordimiento aún mayor. En sueños vio al Rey Dragón del río Ching con la cabeza chorreando sangre en las manos y gritando lastimosamente:

- ¡Devuélveme la vida, Tang Tai-Chung! ¡Devuélvemela! Ayer me diste tu palabra de que ibas a salvarme. ¿Por qué ordenaste al juez que me ejecutara? Voy a llevarte conmigo al Reino Inferior, donde expondré mi caso y tú sufrirás el castigo que mereces.

Agarró a Tai-Chung con tanta fuerza que éste no podía moverse, aunque lo intentó, desesperado, una y otra vez. Todo su cuerpo estaba cubierto de sudor por el esfuerzo. Cuando parecía estar todo perdido, apareció por el sur un enjambre de nubes olorosas, en las que viajaba una sacerdotisa taoísta. Con inesperada rapidez se llegó hasta ellos y empezó a agitar una delicada ramita de sauce. Al verla, el dragón sin cabeza huyó a toda prisa por el noroeste, sin dejar de llorar ni de lamentarse a voz en grito. La sacerdotisa no era otra que la Bodhisattva Kwang-Ing, que había acudido a las Tierras del Este en cumplimiento de la orden de Buda de encontrar a una persona dispuesta a ir por las escrituras. Acababa de acomodarse en el templo del espíritu protector de la ciudad de Chang-An, cuando oyó gritar a los demonios y llorar a los espíritus. Comprendiendo que el emperador estaba en peligro, acudió a toda prisa en su ayuda, logrando ahuyentar al dragón maldito. Pese a todo, el antiguo señor del río Ching se dirigió a la Corte del Reino Inferior a presentar su queja.

Tai-Chung se despertó tan excitado que sólo podía gritar:

- ¡Fantasmas! ¡Espíritus!

Sus gritos aterrorizaron de tal manera a las reinas de los tres palacios, a las concubinas de las seis cámaras y a los eunucos que las servían, que no volvieron a pegar ojo en toda la noche. No tardó mucho, afortunadamente, en sonar la quinta vigilia y todos los funcionarios de la corte, tanto civiles como militares, se reunieron en la sala de audiencias. Esperaron, impacientes, hasta el amanecer, pero el emperador no apareció. Eso hizo que todos se sintieran presos de una desazón y de un temor francamente indescriptibles. Por fin, cuando el sol estaba a punto de alcanzar su cenit, llegó la notificación imperial, en la que se decía:

Los ministros están excusados hoy de atender sus obligaciones de estado. Lamento haberles tenido tanto tiempo esperando, pero la verdad es que no me encuentro muy bien.

Así transcurrieron cinco o seis días. La inquietud de los funcionarios había llegado a tal punto que decidieron acudir a la corte, sin ser llamados, a indagar por sí mismos sobre lo que estaba ocurriendo. Cuando se disponían a entrar, apareció la Reina Madre y

ordenó que fueran en busca del médico imperial. Todos se quedaron a la puerta en espera de nuevas noticias. Al poco rato salió el doctor y se lanzaron hacia él, inquiriendo sobre el estado de tan augusto enfermo.

- El pulso de su majestad - respondió el médico, visiblemente preocupado - es extremadamente irregular. Tan pronto aparece débil como se lanza a un ritmo francamente alocado. Lo más alarmante, sin embargo, es que musita no sé qué sobre fantasmas y no queda absolutamente nada de aliento en sus vísceras. Mi diagnóstico es que dentro de siete días, a lo sumo, morirá.

Los ministros palidecieron, al oír tan infaustas nuevas. Su alarma aumentó de grado, cuando tuvieron noticia de que Tai-Chung había mandado llamar a Sü Mou-Kung, Wu Kuo-Kung y Yü Chr-Kung. Los tres acudieron a toda prisa al palacio y el emperador les dijo en un tono casi inaudible, que denotaba su gran esfuerzo por hacerse entender:

-Desde los dieciocho años he conducido mis ejércitos hasta el último rincón de la tierra. Muchas han sido, pues, las calamidades a las que me he visto sometido. Sin embargo, puedo aseguraros que jamás me he topado con algo tan extraño como ahora me está ocurriendo.

Aunque no lo creáis, me he visto atacado por fantasmas y espíritus.

- Cuando asentasteis las bases de vuestro imperio - contestó Yü Chr-Kung -, hubisteis de dar muerte a infinidad de gente. ¿No os parece ridículo temer ahora a los espíritus?

- Sé que puede sonar descabellado - insistió Tai-Chung -, pero por la noche los fantasmas no dejan de aullar ni de tirarme ladrillos. Durante el día no se muestran tan agresivos. Pero os juro que, cuando oscurece, no puedo soportar sus locuras.

- Tranquilizaos, majestad - le aconsejó Shu-Pao -. Esta noche haremos guardia junto a vuestra puerta Ching-De 16 y yo y veremos de qué se trata todo esto.

Tai-Chung aceptó, agradecido, la sugerencia y los otros ministros se retiraron, sin hacer el menor ruido. Aquella noche los dos funcionarios imperiales se pusieron las corazas y los yelmos y, agarrando las mazas y las hachas, se colocaron a ambos lados de la puerta del dormitorio imperial. Su apariencia no podía ser más marcial. Sus yelmos de oro brillaban como si estuvieran hechos de fuego, lo mismo que las corazas, que parecían haber sido confeccionadas con escamas de dragón. Sus petos, incrustados de perlas y piedras preciosas, se asemejaban a las nubes en las que viajan los dioses, realzando la belleza de los fajines de seda, que llevaban ceñidos a la cintura. Uno poseía unos ojos de fénix, que, al mirar hacia lo alto, hacían llenar de temor a las estrellas. Los del otro eran oscuros, pero su fulgor recordaba al rayo y su brillo traía a la mente la blancura de la luna. Ambos eran excelentes guerreros. No es extraño que con el tiempo terminaran convirtiéndose en guardianes de las puertas y protectores del hogar.

Toda la noche la pasaron junto a la puerta de su señor, pero no vieron nada extraño. De esta forma, Tai-Chung pudo dormir tranquilamente desde la puesta a la salida del sol. Agradecido, les hizo entrar a sus aposentos privados y les dijo:

- Desde que caí enfermo no había vuelto a dormir como la pasada noche. Estoy en deuda con vosotros. Ahora, si lo deseáis, podéis retiraros a descansar. Así os encontraréis en disposición de hacer guardia a mi puerta, en cuanto anochezca.

Los dos generales obedecieron los deseos de su señor y durante dos o tres noches no se apartaron del dormitorio imperial. De esta forma, la paz se abatió sobre el palacio. Pero el apetito de Tai-Chung disminuyó alarmantemente y su enfermedad se agravó aún más. Consideró, por tanto, que el sacrificio de sus súbditos era innecesario y, llamándoles de nuevo a su presencia, junto con los ministros Du y Fang, les dijo:

- Aunque estos dos últimos días he descansado bien, me temo que no ha sido agradable para vosotros manteneros en vela toda la noche. Así que he decidido, para que también vosotros podáis dormir, que un artista pinte vuestro retrato y lo coloque en las jambas de

mi puerta. Espero que no tengáis ninguna objeción que hacer.

Los ministros cumplieron inmediatamente su voluntad y llamaron a los dos mejores pintores del imperio, para que retrataran a los dos generales con sus atavíos de guerra. En cuanto las pinturas estuvieron dispuestas, las colocaron en los batientes de las puertas y durante las dos o tres noches siguientes no se produjo el menor incidente. A la cuarta, sin embargo, volvió a oírse en la parte de atrás del palacio un persistente ruido de tejas y ladrillos rotos, que terminaron minando la quebradiza salud del emperador. En cuanto hubo amanecido, llamó, una vez más, a sus ministros y les dijo:

- Para alivio de todos, durante los últimos días no se ha producido el menor incidente en la parte delantera del palacio. Pero anoche volvieron a escucharse en la de atrás unos ruidos tan espantosos que por poco no acabo perdiendo el juicio.

- Eso es porque Ching-De y Shu-Pao estaban haciendo guardia en la puerta principal - se aventuró a decir Mou - Kung, adelantándose -. Si queréis que cesen totalmente los ruidos, deberéis colocar a Wei-Cheng en la puerta de atrás.

Tai-Chung aceptó la sugerencia y ordenó a Wei-Cheng que no se moviera aquella noche de la puerta trasera. Fiel al mandato imperial Wei vistió sus ropas de guerrero y montó guardia en el lugar indicado, sosteniendo en sus manos la espada con la que había dado muerte al dragón. Difícilmente podía encontrarse otra figura más heroica que la suya. Un turbante de satén verde cubría su frente; su túnica, plagada de bordados, aparecía sujeta a la cintura por un llamativo cinturón de jade, y sus mangas, hechas de un tejido tan fino que parecía confeccionado con piel de garza, flotaban al viento como ingrátidos copos de nieve. Su aspecto era tan aguerrido que superaba en prestancia a los mismísimos Lü y Shu ¹⁷. Sus pies iban embutidos en unas botas negras de piel muy suave y flexible, en sus manos portaba una espada tan afilada que no se sabía dónde terminaba su filo, y sus ojos, brillantes como la llama, escudriñaban una y otra vez la oscuridad. ¿Cómo iban a atreverse los demonios a acercarse a él?

La noche, de hecho, fue pasando y no hizo acto de presencia el menor fantasma. Aun así, la situación del emperador se fue haciendo cada vez más crítica. Su enfermedad empeoró tanto que la reina llamó a todos los ministros y ultimó con ellos los detalles del funeral. El mismo Tai-Chung hizo acudir a su cabecera a Sü Mou-Kung y le confió todos los asuntos de estado y la futura educación del príncipe heredero, como había hecho Liou-Pei con Chu Ke-Liang ¹⁸. Una vez cumplido ese trámite, se bañó y se cambió de ropa, esperando resignado la llegada de su hora. Wei-Cheng se adelantó entonces y, tirándole del manto, le dijo:

- No os apenéis, majestad. Tengo conmigo algo que os garantizará una vida larga.

- Mi enfermedad - replicó Tai-Chung, totalmente entregado - ha alcanzado un punto crítico, del que jamás podré recuperarme. Mi vida está acabándose por momentos. ¿Cómo puedes aconsejarme que no me rinda al desaliento?

- Tengo aquí una carta - contestó Wei-Cheng - que quiero que entreguéis a Tswei-Chüe, uno de los jueces del Reino Inferior, en cuanto lleguéis a los infiernos.

- ¿Quién es ese Tswei-Chüe? - preguntó Tai-Chung, cada vez más débil.

Fue uno de los principales colaboradores de vuestro difunto padre - respondió Wei-Cheng -. Empezó su carrera como magistrado de Tsu-Chou, siendo después ascendido a vicepresidente del Consejo de Ritos. Cuando vivía, me cupo el alto honor de contarme entre sus amigos más íntimos. Sé que ahora desempeña el cargo de juez de la capital del Reino Inferior, siendo responsable del registro de los vivos y difuntos. Me lo ha dicho él personalmente, ya que nos vemos en sueños con cierta frecuencia. Entregadle esta carta y estoy seguro de que no echará en saco roto la amistad que nos une y os permitirá regresar al mundo de los vivos.

Al oír esas palabras, Tai-Chung tomó, esperanzado, la carta y se la guardó entre las

mangas. No había acabado de hacerlo, cuando cerró los ojos y expiró. Las reinas y concubinas de los tres palacios y las tres cámaras, el príncipe heredero y las dos filas de funcionarios, tanto militares como civiles, se vistieron de luto y empezaron a llorarle. El féretro imperial fue colocado en el Salón del Tigre Blanco. Sin embargo, no hablaremos ahora de las ceremonias que siguieron ni de cómo se desarrollaron las exequias.

Quien quiera saber cómo se produjo la vuelta a la vida del Emperador Tang Tai-Chung debe escuchar con atención lo que se dice en el próximo capítulo.

CAPITULO XI

TRAS RECORRER EL MUNDO INFERIOR, TAI-CHUNG VUELVE A LA VIDA. UNA VEZ HECHA LA OFRENDA DE MELONES Y OTROS FRUTOS, LIOU-CHÜAN CONTRAE NUEVAS NUPCIAS

Cien años transcurren como las aguas de un arroyo. Todo lo que queda de una vida de esfuerzos es espuma y humo. El rostro poseía ayer la viveza de los melocotones y hoy las sienas aparecen cubiertas de copos de nieve. La vida, como el continuo afanarse de las termitas, no es más que pura ilusión. Cuando el cuco empieza a cantar, se acerca la hora del regreso. A pesar de todo, la práctica del bien ayuda a prolongar la vida de una forma que nos es desconocida. Sólo sabemos que quien se entrega a la virtud encontrará la ayuda del Cielo.

En un abrir y cerrar de ojos el espíritu de Tai-Chung abandonó la Torre de los Cinco Fénix. Todo estaba borroso y oscuro. Por un momento tuvo la sensación de encontrarse rodeado de guardias imperiales, que le invitaban con insistencia a tomar parte en una partida de caza. Tai-Chung aceptó, complacido, y les siguió al galope. Cabalgaron juntos durante cierto tiempo y, de pronto, desaparecieron tanto los hombres como los caballos, dejándole solo. Desorientado, vagó por campos abandonados y llanuras desoladas. Trató de buscar inútilmente el camino de vuelta y entonces oyó que alguien le gritaba desde atrás:

- ¡Aquí, Emperador de los Tang! ¡Por aquí!

Tai-Chung volvió la cabeza y vio a un hombre con un gorro de seda blanca en la cabeza, del que colgaban unas tiras extrañas de seda negra, y a la cintura un cuerno de rinoceronte sujeto con atractivas hebillas de oro. Vestía una túnica, igualmente de seda, que expedía una luz santa, lo mismo que la tablilla de marfil que llevaba en las manos. Calzaba, además, un par de botas de suelas blancas, muy apropiadas para andar por las nubes y encaramarse en lo alto de la neblina. Junto al corazón portaba el libro de la muerte y la vida, donde está fijado el destino de cada uno. Su pelo, abundante y suelto, parecía formar un halo alrededor de la cabeza, mientras su barba flotaba con libertad al viento, marcando la línea del mentón. Aquel hombre había sido primer ministro de los Tang y ahora colaboraba estrechamente con el Rey del Hades. Tai-Chung se dirigió hacia él, y la aparición echándose rostro en tierra, dijo:

- Perdonadme, majestad, por haber tardado tanto en daros la bienvenida.

- ¿Se puede saber quién eres y por qué has tenido que salir a recibirme? - preguntó Tai-Chung.

- Hace aproximadamente medio mes - contestó el hombre - el espíritu del dragón del río Ching presentó contra vos una querrela en el Salón de las Sombras, por haber permitido su ejecución, después de haber acordado que ibais a salvarle la vida. En consecuencia, el rey Chin-Kwang envió un destacamento de demonios con la orden de arrestaros y conducirnos al Tribunal de los Tres Jueces. En cuanto me enteré, vine corriendo a recibirnos. Os reitero mis excusas por llegar tan tarde, pero la verdad es que no os esperaba hoy.

- ¿Cómo te llamas y cuál es tu rango? - volvió a preguntar Tai-Chung.

- En vida - respondió el hombre - serví al emperador que os precedió como magistrado de Tsu - Chou, antes de ser nombrado vicepresidente del Consejo de Ritos. Mi nombre completo es Tswei-Chüe y desempeñé el cargo de juez en la Ciudad de la Muerte.

Al oír eso, Tai-Chung se puso muy contento. Corrió hacia él con las manos extendidas y, ayudándole a levantarse del suelo, dijo:

- Lamento que hayas tenido que molestarte por culpa mía. Por cierto, Wei-Cheng, que actualmente es uno de mis principales colaboradores, me ha entregado una carta para ti, que ahora mismo me complazco en entregarte.

El juez le dio las gracias y le preguntó que dónde la tenía guardada. Tai-Chung la sacó de entre las mangas y se la entregó sin mayor dilación. Tswei-Chüe se inclinó, agradecido, y leyó con vivo interés:

- Vuestro indigno hermano Wei-Cheng os envía la presente con la frente baja por el respeto que se debe a un juez tan alto como vos, el Honorable Tswei-Chüe y amantísimo hermano nuestro. Cada vez que recuerdo nuestro pacto de hermandad, me vienen a la mente vuestro semblante y vuestra voz, que, por otra parte, siempre tengo presente en mi corazón. De todas formas, muchos son los años que han pasado desde la última vez que escuché vuestra equilibrada forma de hablar. Lo único que he podido hacer en todo este tiempo ha sido preparar unas cuantas frutas y verduras y ofrecérselas como sacrificios en las múltiples festividades que jalonan nuestro calendario, aunque, si he de seros sincero, dudo mucho que hayan llegado hasta vos. Os estoy, no obstante, profundamente agradecido, ya que bastantes pruebas me habéis dado en sueños de no haberme olvidado. Si no me llegáis a haber tenido presente en vuestro corazón, ¿cómo me iba a haber enterado de la alegría de vuestro ascenso? Desgraciadamente entre los mundos de la luz y de las tinieblas media una distancia tan grande que nos es imposible trasponerla para poder vernos cara a cara, cosa que lamento de todo corazón. El motivo por el que ahora he decidido escribiros ha sido la repentina muerte de nuestro muy digno emperador, el nunca suficientemente encomiado Tai-Chung, a quien me cabe el honor de servir. Doy por supuesto que su caso será revisado por el Tribunal de los Tres Jueces, por lo que no le será difícil encontrarse con vos. A nuestra pasada amistad me remito para suplicaros encarecidamente que hagáis cuanto esté en vuestra mano para conseguir que su majestad vuelva de nuevo a la vida. Si así lo hacéis, aumentará mi cariño por vos y os estaré eternamente agradecido.

En cuanto hubo leído la carta, el juez exclamó, entusiasmado:

- No sabéis cuánto admiro al juez Wei-Cheng por haber ejecutado tan limpiamente el otro día al viejo dragón. No necesito deciros que le estoy muy agradecido por cuanto hizo por mis hijos después de mi muerte. Puesto que me ha escrito esta carta intercediendo en vuestro favor, tened por seguro que regresaréis a la vida y una vez más volveréis a ocupar el trono de jade.

Tai-Chung se lo agradeció con la cortesía que en él era de esperarse. Mientras hablaban, vieron acercarse a dos jóvenes vestidos de azul portando estandartes y banderas. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca para ser oídos, levantaron la voz, diciendo:

- Traemos una invitación para vos de parte del Rey de este Mundo Inferior.

Tai-Chung y el juez Tswei se volvieron hacia los dos jóvenes y entonces aquél se percató de la cercanía de una inmensa ciudad. En una de sus puertas figuraba una inscripción, visible desde muy lejos y escrita en letras de oro, que decía: "La Región de las Sombras. Puerta de los Espíritus".

Sin dejar de agitar los estandartes, los de las túnicas azules condujeron a Tai-Chung al interior de la ciudad. Mientras avanzaban por ella, vieron acercarse al anterior

emperador, Li-Yüan, a su hermano mayor, Chien-Chang, y a otro de sus hermanos muertos, Yüan-Chr Sin dejar de gritar "¡Aquí llega Shr-Min! ¡Aquí llega Shr-Min!", se llegaron hasta él y empezaron a pegarle, exigiendo venganza ². Tai-Chung estaba tan desconcertado que no pudo hacer nada por escapar. Afortunadamente el juez Tswei llamó a un demonio con la cara azul y los dientes retorcidos y alejó a los atacantes de mala manera. De esta forma, pudieron continuar el viaje.

No habían andado más de dos o tres millas, cuando llegaron a un edificio muy alto con las tejas verdes. Su apariencia era magnífica, en verdad. Una neblina de mil colores cubría su parte más alta, penetrando en cada uno de sus huecos y dotándolo de una atractiva coloración rojiza. De los aleros, brillantes como el mismo sol, salían cabezas de animales salvajes. Las puertas, con grandes bloques de jade blanco por dintel, aparecían adornadas con múltiples hileras de clavos de oro. De las ventanas salía una especie de humo brillante y las cortinas que cubrían sus vanos poseían un fulgor que las asemejaba a rayos de una tormenta sobrecogedora. Las torres eran tan altas que se adentraban, prácticamente invisibles sus remates, en el azul del cielo. Eso no era obstáculo para apreciar que una laberíntica red de pasillos enlazaba los diferentes salones. De enormes pebeteros de bronce de tres patas ³, profusamente decorados, salían fragantes nubes de incienso, que ascendían, en caprichosas volutas, hacia lo alto. Todos sus zaguanes estaban iluminados con llamativas lámparas de seda roja. A la izquierda hacían guardia fieros guerreros con cabeza de toro, mientras que de la defensa de la parte derecha se encargaban horripilantes guardianes con cara de caballo. Para guiar a los espíritus por semejantes laberintos, habían sido colgados de la pared incontables letreros de oro. En el más grande, colocado en un lugar prominente, podía leerse: "Puerta Central del Infierno. El Salón de la Oscuridad del Príncipe del Hades".

Mientras Tai-Chung observaba con detenimiento lugar tan peculiar, del interior llegó el tintineo de los cinturones de jade, seguido del aroma misterioso del incienso divino, y empezaron a bajar las escaleras, precedidos por dos pares de antorchas, los Diez Reyes del Mundo Inferior. Sus nombres eran: el Rey Chin-Kuang, el Rey del Río de los Orígenes, el Rey del Imperio de Sung, el Rey de los Espíritus Vengadores, el Rey Yama, el Rey de los Rasgos Idénticos, el Rey del Monte Tai, el Rey de los Mercados de la Ciudad, el Rey del Cambio Total, y el Rey de la Rueda-que-no-cesa-de-girar. Una vez que hubieron abandonado el Salón del Tesoro del Palacio de la Oscuridad, se inclinaron ante Tai-Chung, dándole, de esta forma, la bienvenida. Le invitaron a continuación a ocupar el puesto de honor, cosa a la que él se negó con encomiable modestia. Pero ellos insistieron una y otra vez, diciendo:

- Vos, majestad, sois emperador de hombres en el Mundo de la Luz, mientras que nosotros no somos más que meros reyes de espíritus en el de las Tinieblas. No hay razón alguna para que nos mostréis tanta deferencia.

- Me temo - replicó Tai-Chung - que con mi conducta os he ofendido a todos. No me es lícito escudarme en la etiqueta, sacando a relucir las diferencias existentes entre los hombres y los espíritus, y el Mundo de la Luz y el de las Tinieblas.

Una vez que sus protestas fueron atendidas, Tai-Chung se decidió, por fin, a entrar en el Salón de la Oscuridad. Los Diez Reyes tomaron asiento, según su rango, invitando a su ilustre huésped a hacer otro tanto. El Rey Chin-Kuang dobló entonces las manos a la altura del pecho y, acercándose a él, dijo:

- El dragón del río Ching os acusa, majestad, de no haberle salvado la vida, cuando prometisteis así hacerlo. ¿Tenéis algo que alegar en vuestra defensa?

- Es verdad que, como decís - contestó Tai-Chung -, le aseguré que nada le ocurriría, cuando acudió a mí en sueños en busca de ayuda. De todos es conocido que fue hallado culpable de los crímenes que se le imputaban, encargándose al juez Wei-Cheng de

llevar a cabo la ejecución. Con el fin de evitar que ésta tuviera lugar, invité al juez a echar una partida de ajedrez, sin contar con que Wei-Cheng podía cumplir en sueños sus obligaciones. Fue una estratagema realmente ingeniosa y, así, aunque hice todo cuanto pude, me fue imposible evitar que el dragón fuera ajusticiado. Confieso que yo fui el primer sorprendido.

- Incluso antes de que el dragón naciera - dijeron los Diez Reyes, inclinándose -, quedó escrito en el Libro de la Muerte, que guarda celosamente la Estrella del Polo Sur, que había de ser ajusticiado por un juez mortal. Lo hemos sabido desde siempre, pero el dragón presentó sus cargos contra vos e insistió para que fuerais traído ante el Tribunal de los Tres Jueces e hicierais las alegaciones que considerarais oportunas. En realidad, su caso ha sido revisado y se encuentra ya de camino hacia su nueva reencarnación. Lamentamos haber tenido que obligaros a realizar este viaje y os pedimos nuestras más sinceras disculpas.

En cuanto hubieron terminado de hablar, ordenaron al juez encargado de los Libros de la Vida y la Muerte que trajera el expediente del emperador, con el fin de ver el tiempo que aún le quedaba de estancia entre los vivos. El juez Tswei se retiró a toda prisa a sus dependencias y examinó, una a una, la duración de todos los reinados de los reyes del mundo, que figuraban en sus libros. Sobresaltado, descubrió que la del Gran Emperador Tang Tai-Chung del Continente Austral de Jambudvipa estaba a punto de terminar, ya que debía morir el año decimotercero del período Chen-Kwan. Rápidamente cogió el pincel y añadió dos trazos más. Al ver los Diez Reyes que debajo del nombre de Tai-Chung figuraba el número treinta y tres, le preguntaron con manifiesta intranquilidad:

- ¿Cuánto tiempo hace que ocupáis el trono?

- Trece años - respondió Tai-Chung.

- En ese caso - concluyó el Rey Yama -, no tenéis por qué preocuparos. Aún os quedan veinte años de vida. Una vez que vuestro caso ha sido revisado, no nos queda más que enviaros de vuelta al Reino de la Luz.

En cuanto Tai-Chung lo oyó, se inclinó en señal de gratitud, mientras los Diez Reyes ordenaban al juez Tswei y al Mariscal Chou que le condujeran otra vez al mundo de los vivos.

Antes de abandonar el Salón de la Oscuridad, Tai-Chung se volvió hacia los Diez Reyes y les preguntó:

- ¿Qué les va a pasar a los que habitan en mi palacio?

- Nada - respondieron los Diez Reyes -. Todos alcanzarán una edad muy avanzada, menos tu hermana pequeña, que, según parece, no vivirá mucho.

- Poco hay que pueda hacer para expresaros mi gratitud, una vez que haya llegado al Mundo de la Luz - dijo Tai-Chung, inclinándose de nuevo -. Si os apetece, puedo ofrecer os unos cuantos melones y otras clases de fruta.

- No sabéis cuánto os lo agradeceríamos - respondieron, encántalos Diez Reyes -. Aquí tenemos melones del este y del oeste, pero nos faltan de los del sur.

- Nos preocupéis - les tranquilizó Tai-Chung -. En cuanto haya regresado, os enviaré los que pueda - e, inclinándose una vez más ante ellos con las manos dobladas a la altura del pecho, inició el camino de vuelta.

El mariscal iba delante con una bandera de guiar espíritus, mientras que el juez Tswei cerraba el cortejo, para poder proteger mejor a Tai-Chung. Cuando estaban a punto de abandonar la Región de las Sombras, éste se percató de que seguían otro camino distinto del empleado a la venida y preguntó, alarmado, al juez:

- ¿Qué pasa? ¿Es que nos hemos perdido?

- Por supuesto que no - respondió el juez, sacudiendo la cabeza -. El Mundo de las Tinieblas está organizado así. Siguiendo la ruta que os trajo hasta aquí, os resultaría

prácticamente imposible el regreso. Estamos tratando de apartaros de la zona de la Rueda de la Transmigración, para evitar que caigáis en la trampa de una nueva reencarnación. De ahí que estemos dando tantas vueltas.

Ante tales palabras, a Tai-Chung no le quedó más remedio que seguir la ruta que le trazaban. Pero volvió a sentirse preso de la duda, cuando a los pocos kilómetros se toparon con una montaña altísima, cubierta de nubes oscuras y de una neblina amenazadoramente negra. Tai-Chung se volvió hacia el juez Tswei y le preguntó, visiblemente preocupado:

- ¿Qué monte es éste?

- Es la Montaña de la Sombra Perpetua de la Región de la Oscuridad - contestó el juez.

- ¿Crees que podremos trasponerla sin ningún contratiempo? - insistió Tai-Chung, atemorizado.

- No debéis preocuparos - respondió el juez, tratando de tranquilizarle -. Estamos aquí precisamente para guiaros.

Temblando de miedo, Tai-Chung comenzó a ascender por sus laderas, siguiendo de cerca a los otros. Fatigado, levantó la cabeza y vio que era extremadamente escarpada y muy difícil de escalar. La rugosidad de las rocas que formaban su falda superaba con mucho a la de los Picos de Shu 4, pudiendo apreciarse que su altura aventajaba a la de las cumbres de Lu. No existía montaña como ella en el Mundo de la Luz, pues resultaba aterradora incluso para un lugar tan tenebroso como la Región de la Oscuridad. Por doquier se veían matorrales de espinas, bajo los que buscaban abrigo los demonios, y terrazas escalonadas de rocas retorcidas, en las que había fijado su residencia toda clase de monstruos. No se oía el menor sonido, como si estuviera totalmente deshabitada o no anidaran en ella las aves ni las bestias cuidaran allí de sus camadas. Sólo se sentía la presencia de un viento frío y de aquella persistente neblina de color negro. No cabía duda alguna de que eran emanaciones de seres diabólicos, que respiraban agazapados en cualquier parte. No existía la menor belleza en sus tétricos paisajes. Adondequiera que se dirigiera la vista, sólo se veía desolación y abandono. A su lado no había ninguna otra montaña, ni picos, ni cumbres, ni cuevas, ni arroyuelos, ni hierba, ni alturas que se perdieran en el cielo, ni atrevidos viajeros empeñados en escalar sus cimas, ni fuentes de agua que pronto se convertirían en torrentes. En los roquedales se amontonaban los espectros, como náufragos desesperados de un naufragio, al igual que los fantasmas en las inaccesibles cuevas. En lo que habían sido los lechos de los ríos, ahora secos, buscaban refugio las almas perdidas. A media altura se oía por doquier el salvaje griterío de seres con cabeza de toro y cara de caballo. Medio escondidos, gemían desconsoladamente los espíritus hambrientos 5 y las almas que pasaban necesidad. El juez pasaba entre ellos, repartiendo órdenes a derecha e izquierda, mientras el mariscal les gritaba, autoritario. Si no llega a ser por su ayuda protectora, Tai-Chung jamás habría cruzado la Montaña de la Sombra Perpetua.

Una vez que la hubieron dejado atrás, llegaron a un lugar, donde había infinidad de habitaciones y salas. Los gritos de tristeza se hacían insoportables y sumían el corazón en un auténtico mar de terror.

- ¿Cómo se llama este lugar? - preguntó, temblando, una vez más Tai-Chung.

- Éste - respondió el juez en seguida - es el Infierno de los Dieciocho Pliegues, que se halla exactamente detrás de la Montaña de la Sombra Perpetua.

- ¿Y eso qué quiere decir? - insistió Tai-Chung.

- Está bien - asintió el juez -. Si te empeñas, te lo voy a explicar. Éste es el infierno del tormento, de la culpa insoportable y del fuego que no se extingue. Todo el dolor y la desolación que en él reinan es producto de los miles de pecados que cometieron en vida los que ahora se encuentran inmersos en sus mazmorras. Todos ellos comenzaron su

sufrimiento nada más morir. En el infierno de las lenguas arrancadas y de la piel desollada pagan su culpa, entre lamentos, sollozos y gritos, los traidores, los rebeldes, los que murmuran contra el cielo y los que hablan como Buda y poseen un corazón de serpiente. En el infierno de la trituración y la molienda sufren condena de descuartizamiento y dislocación de dientes y huesos los que, para obtener beneficios, engañan, mienten, lisonjean y halagan. En el infierno del hielo y la mutilación reciben castigo - la cara mugrienta, el cabello alborotado, el ceño fruncido y un aspecto repugnante - los que esquilman en el peso a los no precavidos y, así, atraen la ruina sobre sus cabezas. En el infierno del aceite hirviendo y la oscuridad total purgan sus culpas, sometidos a espantosas convulsiones, los que en vida oprimieron violentamente a la gente de bien. En el Infierno Avici 6, en el del estanque de sangre y en el de balanzas y pesos, son sometidos a atroces tormentos - la piel desgarrada, los huesos al aire, los miembros cortados y los tendones seccionados - los que, movidos por la avaricia, cometieron asesinatos o quitaron la vida a animales u hombres. Tan horribles fueron sus delitos que en miles de años no podrán lavar sus culpas. Todos están atados fuertemente con cadenas y, en cuanto hacen el menor movimiento, se echan sobre ellos los demonios del pelo rojo, los que tienen cabeza de toro y los que poseen cara de caballo y les traspasan el cuerpo con lanzas larguísimas, espadas tan afiladas que no se sabe dónde termina su hoja, picas de acero y hachas de bronce. Se ceban en ellos, hasta que los rostros se les contorsionan de dolor y la sangre fluye en abundancia. Ellos gritan a la tierra y al cielo, pidiendo clemencia, pero no obtienen la menor respuesta. Se ve así que el hombre jamás debería traicionar su propia conciencia, ya que los dioses lo ven y lo conocen todo. Tarde o temprano, el vicio y la virtud terminan recibiendo el pago que merecen. Se trata, simplemente, de una mera cuestión de tiempo.

Al oír esas explicaciones, Tai-Chung se sintió profundamente afectado. Continuaron caminando y al poco rato se toparon con un destacamento de soldados-demonio, que portaban estandartes y banderas y que, extrañamente, se habían arrodillado a lo largo del camino. Sin atreverse a levantar la vista del suelo, dijeron, respetuosos:

La guardia del puente se siente muy orgullosa de daros la bienvenida.

El juez les ordenó que condujeran a Tai-Chung al otro lado del Puente de Oro. El emperador movió un poco la cabeza y vio que poco más allá, había otro de plata, por el que transitaban unos cuanto viajeros de aspecto justo y honesto. También ellos se dejaban guiar por una cohorte de banderas y estandartes. En el lado opuesto se veía otro puente, bajo el que bullían remolinos y olas de sangre. Un viento gélido lo sacudía de continuo, mientras se escuchaban alaridos y gemidos que ponían los pelos de punta. Tai-Chung se detuvo, impresionado, y preguntó:

- ¿Cómo se llama ese puente?

- Ése, majestad - contestó el juez -, es el Puente-sin-retorno 7. Grabáoslo bien en la memoria, pues es preciso que habléis de él a vuestros súbditos, cuando hayáis llegado al Mundo de la Luz. Bajo sus arcos fluye una inmensa cantidad de agua, que nadie puede vadear, porque, a lo encrespado de sus olas, hay que añadir ese aire frío que cala hasta los huesos. Eso sin contar el insoportable hedor que surge de su lecho. Quizás por ello, no hay embarcación que se aventure a transportar hombres de una orilla a otra. Sólo se aventuran a acercarse a él espíritus condenados de pies descalzos y pelo enmarañado. Aunque mide varios kilómetros de largo, su anchura no es superior a tres palmos, elevándose a una altura que sobrepasa los trescientos metros. Se calcula que la profundidad de las aguas que fluyen bajo su destartada estructura alcanza más de mil brazas. Pese a ello, carece de barandilla y lo más peligroso es que muy cerca de su plataforma hay una legión de demonios encadenados, que tratan de devorar a cuanto hombre se atreve a transitar por ella. Fíjate, además, en esos guardias de aspecto feroz

que hay junto al puente y en esos espíritus condenados que luchan inútilmente contra las aguas. No hay nada que pueda mover más a compasión. Se nota que han sido despeñados desde muy alto, porque el precipicio que conduce al cauce del río está cubierto de ropas de todos los colores. ¡Qué suerte más amarga la suya! Están condenados por toda la eternidad a mantenerse en ese estado, luchando, al mismo tiempo, para evitar ser devorados por perros de hierro y serpientes de latón, que se alimentan exclusivamente de ellos. Con razón dice el poema que aquí se confunden los alaridos de los fantasmas y de los demonios, entremezclados con el fragor de olas de sangre de más de trescientos metros. En el Puente-sin-retorno montan guardia incontables legiones de aguerridos caras-de-caballo y cabezas-de-toro.

En cuanto el juez hubo terminado de hablar, los guardianes del puente volvieron a sus puestos. Tai-Chung no hizo el menor comentario. Se limitó a mirar, horrorizado, y a sacudir la cabeza en silencio. Estaba tan aterrado que siguió al juez y al mariscal a lo largo del puente-sin-retorno y el Reino del Estanque de Sangre como un auténtico autómatas. Afortunadamente no tardaron en llegar a la Ciudad de la Muerte, donde poco a poco se fue elevando un clamor de voces, que decían:

¡Li Shr-Min se acerca! ¡Viene Li Shr-Min!

Al oír semejante griterío, Tai-Chung sintió que le abandonaban las fuerzas y no se veía con ánimos para seguir adelante. De pronto se interpuso en su camino un enjambre de espíritus, algunos sin cabeza, otros con los miembros arrancados y las espaldas destrozadas, que gritaban, amenazadores:

- ¡Devuélvenos la vida! ¡Devuélvenosla!

Preso del pánico, Tai-Chung trató de echarse a correr y de esconderse en el primer sitio que encontrara, pero se acordó del juez y, volviéndose hacia él, le suplicó, desesperado:

- ¡Sálvame, juez Tswei! ¡Sálvame!

- Éstos, majestad - le explicó el juez -, son los espíritus de príncipes, ladrones y bandidos de los más diferentes lugares, que murieron de una forma violenta y ahora no tienen quien se ocupe de ellos. Dado que carecen totalmente de posesiones o dinero están condenados a pasar hambre y frío por toda la eternidad. Si su majestad quisiera hacerles un pequeño donativo, se verían libres de sus angustias y se convertirían en aliados vuestros.

- ¿De dónde voy a sacar yo ahora dinero, si he venido totalmente con las manos vacías?

- protestó Tai-Chung.

- Eso es fácil de solucionar - contestó el juez -. En el Mundo de los Vivos habita un hombre que tiene depositada en este Reino de la Oscuridad una gran cantidad de oro y plata. Si queréis, podéis solicitarle un préstamo, del que yo actuaré como garante y que vos distribuiréis, generoso, entre estos fantasmas hambrientos. De esta forma, aparte de otras ventajas futuras, os dejarán seguir adelante sin ningún contratiempo.

- ¿Quién es ese hombre del que habláis? - preguntó Tai-Chung.

- Es oriundo del distrito de Kai-Feng, en la provincia de Honan, y responde al nombre de Siang-Liang - respondió el juez -. Calculo que aquí abajo tiene alrededor de trece almacenes llenos de oro y plata. Una vez que os halléis en el Mundo de la Luz, no os será difícil devolverle lo que ahora toméis prestado.

Tai-Chung aceptó, complacido, esa sugerencia y, sin pérdida de tiempo, firmó un recibo que entregó al juez. En él se aceptaba como préstamo todo el oro y la plata que había en uno de los almacenes y que el gran mariscal distribuyó en seguida entre todos los espíritus. Mientras lo hacía, el juez levantó la voz y les dijo:

- Repartíos como mejor podáis estas monedas de plata y oro y usadlas de la forma que consideréis más oportuna. A cambio sólo os pido que dejéis seguir adelante al Gran Padre de los Tang, al que aún le quedan muchos años de vida. Precisamente le estoy

acompañando al Reino de la Luz por orden expresa de los Diez Reyes. De toda formas, os garantizo que, en cuanto llegue al mundo de los vivos, celebrará por vosotros una ceremonia fúnebre y, así, podréis alcanzar más pronto vuestro descanso. Así que, por lo que más queráis, no nos causéis más problemas.

Una vez recibidos el oro y la plata, los espíritus se hicieron a un lado y les dejaron continuar su camino. Satisfecho, el juez se volvió hacia el mariscal y le mandó ondear la bandera usada para guiar a las almas. De esta forma, pudo por fin Tai-Chung abandonar la Ciudad de la Muerte. El sendero que siguieron era ancho y de un firme muy apropiado para caminar, permitiéndoles avanzar con más rapidez de la que hasta entonces habían logrado.

Tras viajar durante mucho tiempo, llegaron al cruce de los Seis Senderos de la Transmigración. Levantando la vista, vieron una cantidad incontable de gente montada en nubes sagradas. Muchos vestían trajes y capas profusamente bordados y algunos llevaban colgando de la cintura peces de oro y otros amuletos taoístas. Entre ellos había monjas, monjes, personas normales y toda clase de animales, aves, espíritus y fantasmas. Como si de un arroyo se tratara, pasaban por debajo de la Rueda de la Transmigración y cada cual iba a parar al sendero que le había sido designado de antemano.

- ¿Qué significa todo esto? - preguntó el Emperador de los Tang, sorprendido.

- Debéis tomar buena cuenta de todo esto y hacerlo público después en el Reino de los Vivos - contestó el juez -. Ahora que vuestra mente ha recibido la iluminación, estáis en una posición envidiable para comprender que la naturaleza de Buda es inmanente a todo cuanto existe. El lugar en el que nos encontramos se llama el cruce de los Seis Caminos de la Transmigración. Mediante ella, los que obran el bien son promovidos a la categoría de inmortales, los que conservan hasta el final su espíritu patriótico obtienen como recompensa la nobleza, los que ponen en práctica los principios de la piedad filial vuelven a la vida como seres privilegiados, los que son justos y honrados se reencarnan de nuevo como seres humanos, los que se complacen en la práctica de la virtud consiguen riquezas incalculables, mientras que los que se rinden al vicio y se entregan a la violencia terminan convirtiéndose en auténticos demonios.

- ¡Qué recompensas tan maravillosas encierra el bien obrar! - exclamó el Emperador de los Tang, suspirando y sacudiendo la cabeza -. La vida virtuosa jamás abre las puertas a la enfermedad. Es preciso, pues, mostrarse amable con todos, practicar la caridad y no rendirse a los malos pensamientos. Poco será cuanto se haga por erradicar la maldad. Quien afirme que no existe la retribución es un ciego loco.

El juez le condujo entonces hasta la entrada del sendero que conducía a la nobleza y, tras postrarse de hinojos ante él, dijo:

- Es por aquí por donde debéis continuar. A mí no me está permitido acompañaros un solo paso más, pero sí puede hacerlo el Gran Mariscal Chou.

- Lamento que hayáis tenido que hacer un viaje tan largo por mi culpa - se disculpó el Emperador de los Tang, agradecido.

- Cuando hayáis regresado al Mundo de la Luz - le recordó el juez -, no os olvidéis de celebrar la ceremonia por esas almas olvidadas que carecen de techo y hogar. Por lo que más queráis, no lo echéis en saco roto. Sabed que, si en la Región de la Oscuridad no se oye el más mínimo murmullo sobre lo erróneo de vuestra conducta, la porción del Mundo de la Luz que os ha tocado regir gozará de paz y prosperidad. Si en vuestra vida hay algo que no se ajusta a la virtud, debéis cambiarlo cuanto antes y enseñar a vuestros súbditos a obrar siempre con rectitud. De esta forma, podréis tener la seguridad de que vuestro imperio no se tambaleará jamás y vuestra fama se mantendrá viva durante generaciones y generaciones.

El Emperador de los Tang se comprometió a seguir cada una de sus recomendaciones y se despidió, emocionado, del juez Tswei. El Gran Mariscal Chou le tomó entonces del brazo y le hizo entrar por la puerta que marcaba el inicio del sendero que le había sido asignado. A los pocos metros se toparon con un caballo de tintes parduzcos, ensillado y con las riendas a punto. Sin pérdida de tiempo, el mariscal ayudó al emperador a montar y el caballo salió disparado como una flecha hacia delante, alcanzando al poco rato las orillas del río Wei. Dos carpas doradas estaban jugueteando entre las olas y el emperador, complacido de tan bucólico espectáculo, tiró de las riendas y se puso a observarlas.

- Daos prisa, majestad, y volved a vuestra ciudad ahora que todavía disponéis de tiempo - le urgió el mariscal.

Pero el emperador no le hizo el menor caso, negándose a seguir adelante. Desesperado, el mariscal le agarró de la pierna y gritó:

- ¿A qué estáis esperando? ¡Moveos, de una vez! - y le dio un empujón, que le hizo perder los estribos, cayendo cuan largo era en el cauce del río Wei. De esta forma, abandonó la Región de las Sombras y regresó al Mundo de la Luz.

Mientras tanto, Sü Mou-Kung, Chin Shu - Pao, Hu Ching - De, Duan Chr - Sien, Ma San - Pao, Cheng-Yao-Chin, Gao Shr-Lien, Li Shr-Chi, Fang Süan-Ling, Du Hu-Hwei, Siao Yü, Fu I, Chang Tao-Yüan, Chang Shr-Heng y Wang - Kwei, las mayores autoridades civiles y militares de la dinastía Tang, se habían reunido en el Palacio Oriental a llorar al emperador muerto, junto con el príncipe heredero, la reina, las damas de la corte y el maestro de ceremonias del Salón del Tigre Blanco. Discutieron, al mismo tiempo, sobre la conveniencia de hacer pública en todo el imperio la muerte del Hijo del Cielo y elevar cuanto antes al trono al príncipe heredero. Wei-Cheng tomó entonces la palabra y dijo:

- Es preciso que no obremos con precipitación. Si cunde la alarma en las diferentes ciudades y distritos, es posible que nos encontremos con reacciones desagradables que no habíamos previsto. Sugiero, por tanto, que esperemos un día más. Estoy convencido, por otra parte, de que nuestro señor no puede tardar ya mucho en regresar a la vida.

- ¿Se puede saber de qué estáis hablando, ministro Wei? - le preguntó, burlón, Sü Ching-Chung -. Como muy bien afirma el proverbio, "nadie puede recoger el agua derramada ni hacer volver a la vida a un hombre muerto". ¿Qué pretendéis conseguir, regalándonos los oídos con tonterías como las que acabamos de escuchar?

- Respetable señor Sü - contestó Wei-Cheng -. Desde muy joven me he dedicado al estudio de las ciencias de la inmortalidad y puedo aseguraros que, según mis cálculos, la hora de su majestad aún no ha llegado.

No había acabado de decirlo, cuando del interior del féretro salió una voz, que decía:

- ¡Me estás ahogando! ¿Para esto te has tomado tantas molestias conmigo?

Tan sobresaltados se sintieron los funcionarios y tan aterradas las damas, que sus rostros se tiñeron al punto de una extraña coloración amarillenta, que recordaba a la de las zarzamoras en el otoño. Sus cuerpos perdieron, al mismo tiempo, toda la energía y se quedaron tan flácidos e indefensos como los brotes nuevos del sauce al principio de la primavera. Al príncipe heredero le temblaban tanto las piernas que era incapaz de sostener en sus manos el cetro y seguir adelante con los ritos. Otro tanto le pasó al maestro de ceremonias, que perdió el sentido y cayó, desplomado, al suelo. Muchas de las damas perdieron igualmente el conocimiento, como si fueran hibiscos recién brotados sacudidos por un viento salvaje. Otras se dejaron caer contra las paredes, como margaritas aplastadas por una lluvia repentina. Los señores se quedaron petrificados, temblando de miedo y sin apenas fuerzas para seguir manteniéndose en pie. Todo el Salón del Tigre Blanco parecía un puente con las tablas rotas y el estrado sobre el que

descansaba el catafalco, un templo recién arrasado.

Raro fue el que no se echó a correr en dirección contraria a la que se encontraba el ataúd. Sólo el recto Sü Mou-Kung, el cerebral primer ministro Wei, el valiente Ching-Chung y el sanguíneo Ching-De lograron armarse de valor y, llegándose hasta el féretro, gritaron:

- Si hay algo que os molesta, decídnoslo y trataremos de resolverlo de la mejor manera que podamos. Pero, por favor, dejad de aterrorizar a vuestros familiares, comportándoos como un fantasma.

- ¿Quién ha dicho que se está comportando como un fantasma? - protestó Wei-Cheng -. ¡Lo que ocurre es que su majestad acaba de regresar al mundo de los vivos! ¡Rápido! ¡Traed algunas herramientas para abrir esto!

Levantaron la parte de arriba del ataúd y vieron que Tai-Chung, en efecto, estaba gritando, preso de una profunda agitación:

- ¡Me estás ahogando! ¿Es que no hay nadie que me ayude?

- No temáis, majestad - dijeron Mou-Kung y los otros, levantándole con cuidado -. Es sólo un sueño. Además, aquí estamos nosotros para defenderos.

El Emperador de los Tang abrió entonces los ojos y exclamó, totalmente abatido:

- No podéis haceros ni idea de lo que he pasado. Por poco no me ahogo después de haber escapado por los pelos del ataque de unos demonios malévolos.

- No tengáis miedo, majestad - le aconsejaron los ministros -, si eso os hace sentir mejor, podéis contarnos lo que os pasó en el agua.

- Íbamos montados a caballo y, al llegar al río Wei, me detuve a contemplar dos carpas que estaban jugando en el agua - explicó Tai-Chung -. Aprovechando mi distracción, ese traidor de Chou me tiró del caballo de un empujón y fui a parar a la corriente, donde por poco no me ahogo.

- Me temo, majestad - dijo entonces Wei-Cheng -, que aún no os habéis librado del todo de la influencia de los muertos - y ordenó traer una medicina para calmar y a la vez fortalecer su espíritu.

Se le sirvió a continuación un preparado de arroz y, sólo cuando lo hubo tomado dos o tres veces, volvió a recobrar la consciencia y el pleno dominio de todos sus sentidos. El Emperador de los Tang permaneció tres días y tres noches en el Reino de la Muerte, antes de regresar otra vez al Mundo de los Vivos. Sobre tan extraordinario suceso existe un poema, que dice:

¡Cuánto ha cambiado el mundo desde la época antigua! Infinidad de reinos han surgido y después se han desplomado a lo largo de toda la historia. El paso del tiempo ha sido, incluso, testigo de las incontables maravillas de los Chou, los Han y los Tsin. Pero, por muy grandes que éstas hayan sido, no se pueden comparar con la vuelta a la vida del Emperador de los Tang.

Al caer la tarde, cuando el emperador se retiró a descansar, los ministros se decidieron, por fin, a volver a sus casas. A la mañana siguiente se despojaron de sus ropas de luto y acudieron a la corte, en cuanto hubo amanecido, luciendo sus espléndidas túnicas rojas, sus llamativos sombreros negros, sus atractivos fajines color púrpura y sus innumerables adornos de jade y oro. Tai-Chung, por su parte, durmió toda la noche de un tirón, de tal manera que, cuando se hizo de día, se sintió totalmente recuperado. Como si nada hubiera ocurrido, se puso la corona, una lujosa túnica de color rojo oscuro, un artístico cinturón de jade verde procedente de la Montaña Azul y unas botas de cuero de una sola pieza. La majestad de su porte superaba con mucho a la de todos los personajes de la corte juntos, pudiéndose afirmar que su figura resumía toda la grandeza de su espléndido reinado. ¡Qué extraordinariamente justo y recto era el Emperador de los Tang, el majestuoso Li Shr-Min, que volvió del Mundo de los Muertos!

En cuanto se hubo vestido, el emperador se dirigió en su palanquín de oro al Salón del Tesoro, donde convocó a todos sus ministros, que gritaron, entusiasmados, nada más verle:

- ¡Viva el emperador!

Los vítores se repitieron tres veces. Cuando se hubo restablecido el silencio, el emperador levantó la voz y dijo:

- Si alguien tiene algún asunto que exponer, que se acerque y me entregue el correspondiente informe. En caso contrario, la audiencia se da por terminada.

Inmediatamente se adelantaron los funcionarios Sü Mou-Kung, Wei-Cheng, Wang-Kwei, Du Hu-Hwei, Fang Süan-Ling, Yüan Tien-Kan, Li Chuen-Feng, Sü Ching-Chung, Yin Kai-Shan, Liou Hung-Chr, Ma San - Pao, Duan Chr-Sien, Cheng-Yao-Chin, Chin Shu-Pao, Hu Ching-De y Süe Jen-Kwei. Se echaron rostro en tierra ante las escalinatas de jade blanco y preguntaron con sumo respeto:

- ¿Podéis explicarnos por qué habéis permanecido dormido durante tanto tiempo y qué es lo que os ha hecho despertar?

- El mismo día que Wei-Cheng me entregó la carta - contestó Tai - Ghung, condescendiente - sentí cómo mi espíritu abandonaba estos salones y corría al galope detrás de una partida de caza de guardias imperiales. Pero tanto los hombres como los caballos desaparecieron al poco rato y me vi rodeado de mi padre, el anterior emperador, y de mis hermanos ya fallecidos. Si no llega a ser por la oportuna llegada de un personaje vestido totalmente de negro, seguro que no habría podido escapar de ellos. El hombre que me libró de la furia de mi hermano era el juez Tswei-Chüe, a quien hice en seguida entrega de la carta que me había dado Wei-Cheng para él. Mientras leía, aparecieron unos cuantos jóvenes vestidos de azul con varios estandartes en las manos, que nos condujeron al Salón de la Oscuridad, donde fuimos recibidos por los Diez Reyes del Mundo Inferior. Ellos me informaron de que la razón por la que había sido convocado a su presencia obedecía a que el dragón del río Ching había presentado contra mí una querrela por haber permitido que fuera ejecutado después de haberle dado mi palabra de que no le iba a pasar nada. En cuanto les expliqué lo que, en realidad, había sucedido, me dieron garantías de que mi caso sería sobreseído por el Tribunal de los Tres Jueces. Pidieron después al juez Tswei que mirara en los libros de la Vida y la Muerte el tiempo que aún me quedaba de residir en la tierra, tras lo que el Rey Yama concluyó que mis días no habían finalizado todavía. De hecho, se ha asignado a mi reinado una duración de treinta y tres años, de los que solamente han transcurrido trece. En consecuencia, los Diez Reyes ordenaron al juez Tswei y al Gran Mariscal Chou que me trajeran de vuelta a este mundo. Tras despedirme de ellos, prometí hacerles una ofrenda de melones y otras frutas, en señal de agradecimiento. No nos habíamos alejado mucho del Palacio de las Tinieblas, cuando nos topamos con el infierno en el que habitan los que han traicionado a su patria, los que no se han mostrado respetuosos con sus padres, los que jamás se han preocupado de la práctica del bien, los que han esquilado a sus semejantes, los que se han dedicado a engañar a los demás, los que han alterado en beneficio propio los pesos y las medidas y, en definitiva, todos los violadores, ladrones, embusteros, hipócritas, libertinos, gente de mal obrar y quebrantadores de la ley. Todos sufrían al mismo tiempo infinidad de torturas, entre las que cabe citar el fuego, el aceite hirviendo, el agua caliente, la soga, la cadena, la sierra y la piedra de moler. Su número ascendía a varias decenas de miles y, si he de ser sincero, no pude aguantar por mucho tiempo su horripilante visión. Un poco más adelante cruzamos la Ciudad de la Muerte, donde residen todos los bandidos y asaltadores que ha habido en la tierra. Haciendo honor a su pasado oficio, nos cortaron el paso y se negaron a dejarnos seguir adelante, si no les daba una considerable cantidad

de dinero. Afortunadamente, el juez Tswei accedió a actuar de garante y, así, pude pedir prestado un almacén entero lleno de oro y plata a un tal Siang, que habita en la provincia de Honan. Los espíritus parecieron satisfechos y nos permitieron proseguir nuestro camino. De todas formas, el juez Tswei me insistió que, cuando me encontrara en el Mundo de la Luz, debía realizar una serie de ofrendas a esos espíritus abandonados, para que obtengan cuanto antes la salvación. Así llegamos al punto en el que se entrecruzan los Seis Senderos de la Transmigración. Allí el mariscal Chou me hizo montar en caballo tan rápido que, más que galopar, parecía volar. No es extraño que no tardáramos casi nada en alcanzar las orillas del río Wei. En el agua había dos carpas jugueteando y me quedé mirándolas un momento. Aprovechando mi abstracción, el mariscal me agarró de la pierna y me arrojó al cauce, haciéndome regresar de esa forma a la vida.

Todos los ministros felicitaron al emperador por su buena estrella y enviaron noticia de lo ocurrido a todos los rincones del imperio, de donde se recibieron entusiásticas muestras de adhesión. Emocionado, Tai-Chung decretó una amnistía general para todos los presos de su reino. No contento con eso, pidió una lista de todos los condenados a muerte, cuyo número, según los datos suministrados por el Departamento de Justicia, ascendió exactamente a cuatrocientas personas. Antes de ser ajusticiados, Tai-Chung les concedió un año de libertad, para que volvieran junto a sus familias y pusieran en orden todas sus posesiones y asuntos. El agradecimiento de los reos fue tan sincero como el olor que se eleva de la tierra, al ser empapada por la lluvia. A tan acertada decisión siguió un nuevo decreto, por el que la corona se comprometía a cuidar y a velar por el bienestar de todos los huérfanos. Concedió, al mismo tiempo, la libertad a más de tres mil doncellas y concubinas del palacio, a las que desposó con dignos oficiales de sus ejércitos. A partir de entonces su reinado fue auténticamente virtuoso, como afirma el poema:

¡Grande es, en verdad, la virtud del Gran Soberano de los Tang! Bajo su férula el pueblo llano ha conocido más prosperidad que bajo la de los mismísimos Yao y Shun. Quinientos 9 condenados a muerte han salido de la prisión, mientras que han abandonado el palacio imperial más de tres mil doncellas. Todos los funcionarios le desean larga vida y los ministros alaban la rectitud de sus juicios. Tanta bondad de corazón por fuerza ha de contar con el beneplácito del cielo, haciendo que la prosperidad alcance hasta la decimoséptima generación.

Después de poner en libertad a los presos y a las doncellas de la corte, Tai-Chung hizo público un nuevo decreto, que mandó fijar en todo el imperio y en el que se decía:

A pesar de ser, ciertamente, vasto, el universo está regido por el sol y la luna. De la misma forma, el mundo, aunque inmenso, debe su orden a la virtud y al bien obrar. Si es el provecho personal lo que rige todos tus actos, ten por seguro que encontrarás tu castigo en esta misma vida. Si, por el contrario, cuanto das supera a cuanto recibes, la felicidad te aguarda no sólo en el cercano recodo de la vida futura, sino también en el de ésta. La máxima sabiduría consiste en seguir siempre los dictámenes de la conciencia. Diez mil hombres violentos no se pueden comparar con uno sencillo y bueno. ¿De qué te sirve estudiar aplicadamente los sutras, si no practicas la misericordia ni el bien? ¡Vano es aprender las enseñanzas de Buda si sólo pretendes hacer daño a los demás!

A partir de entonces no hubo en todo el imperio una sola persona que no se entregara a la práctica de la virtud. Al tiempo que se hacía público este decreto, salió a la luz otro nuevo en el que se pedía la cooperación de un voluntario para llevar las frutas y los melones prometidos a la Región de las Sombras. Días antes Tai-Chung había hecho llegar, por medio de Hu Ching-De, Duque de Koten, todo el oro y la plata contenidos en un almacén al distrito de Kai-Feng, provincia de Honan. De esta forma, quedó saldada

la cuenta que había contraído con Siang-Liang.

A los pocos días de haber aparecido este último decreto, se presentó voluntario un hombre para llevar los melones al Reino de la Muerte. Era originario de la región de Chün-Chou, se llamaba Liou-Chüan y pertenecía a una familia extremadamente rica. La razón de ofrecerse para llevar a cabo una misión tan sacrificada fue que su esposa Li Chuei-Lien había dado una horquilla de oro como limosna a un monje justamente delante de su casa. Cuando Liou-Chüan le hizo ver lo indiscreto de su irresponsable conducta, ella se sintió tan apenada que entró corriendo en la casa y se ahorcó, dejándole con dos niños pequeños que no dejaban de llorar día y noche. Al verlos en ese estado, Liou-Chüan experimentaba unos remordimientos tan insoportables que había decidido abandonar la vida y cuanto poseía para llevar los melones al Reino Inferior. Contento de poder ayudarlo, el emperador le mandó ir al Pabellón de Oro. Allí le colocaron dos melones en la cabeza, le metieron un poco de dinero por las mangas y le dieron a tomar una cantidad adecuada de veneno. Su alma no tardó en llegar con la fruta ante la Puerta de los Espíritus, donde le salieron al encuentro unos demonios guardianes, que le preguntaron:

- ¿Quién eres tú y por qué te has atrevido a llegar hasta aquí?

- Yo - respondió Liou-Chüan - vengo de parte del Emperador Tang Tai-Chung a entregar esta fruta y estos melones a los Diez Reyes del Mundo Inferior.

Al oírlo, los demonios cambiaron de actitud y le condujeron, con grandes muestras de reconocimiento, a la Sala del Tesoro del Palacio de la Oscuridad. Cuando, por fin, se halló en presencia del Rey Yama, le hizo entrega de la fruta, diciendo:

- He venido desde muy lejos, por orden del Emperador de los Tang, a traerlos estos melones como prueba de agradecimiento por la hospitalidad con que los Diez le tratasteis.

- Ese emperador Tai-Chung es, ciertamente, un hombre de palabra - exclamó, visiblemente complacido, el Rey Yama, Tras aceptar los melones, preguntó al emisario su nombre y el lugar en el que había nacido, a lo que contestó:

- Vuestro humilde siervo es originario de la zona de Chün-Chou y se llama Liou-Chüan. Puesto que su esposa se ahorcó, dejándole al cuidado de un par de hijos, decidió sacrificar cuanto poseía por el bien de la patria, ayudando al emperador a traer estos melones en señal de gratitud.

Nada más oír esas palabras, los Diez Reyes mandaron llamar a la mujer de Liou-Chüan, que compareció al poco rato ante ellos escoltada por dos guardias-demonio. De esta forma, volvieron a reunirse los dos esposos en el mismísimo Palacio de la Muerte. Tras hablar de cuanto había sucedido, se volvieron hacia los Diez Reyes y les agradecieron la amabilidad que habían tenido con ellos. El Rey Yama hizo traer los libros de la Vida y la Muerte y comprobó que tanto el marido como la mujer debían alcanzar una edad muy avanzada. Se volvió rápidamente hacia uno de los guardias-demonio y le ordenó que les condujera de nuevo al Mundo de la Luz, pero el guardia protestó, diciendo:

- Eso es prácticamente imposible ya, señor. Li Chuei-Lien lleva vanos días en el Mundo de las Tinieblas y, por consiguiente, su cuerpo ha dejado de existir. ¿Queréis decirme cómo va a poder seguir viviendo en el mundo?

- Eso tiene fácil arreglo - respondió el Rey Yama, sonriendo -. Li-Yü-Ying, la hermana menor del emperador, está a punto de morir. Toma prestado su cuerpo y dáselo a esta mujer. Así no tendrá ningún problema.

El guardia-demonio obedeció sin rechistar y condujo a Liou-Chüan y a su esposa de vuelta al mundo de la vida. No sabemos cómo se produjo acontecimiento tan señalado ni lo que sucedió después. Quien desee, pues, seguir el hilo de la historia deberá escuchar con atención lo que se dice en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XII

EL EMPERADOR DE LOS TANG CELEBRA LA GRAN FIESTA POR LOS DIFUNTOS.
KWANG-ING CONVIERTE A LA CIGARRA DE ORO

Envueltos en un remolino de viento negro, el guardia-demonio condujo a Liou-Chüan y a su esposa directamente a la ciudad de Chang-An. El demonio dejó el espíritu del hombre en el Pabellón de Oro, llevando el de Chuei-Lien al interior del palacio. En aquel preciso instante la princesa Yü-Ying estaba dando un paseo por entre los setos de flores. Sin pérdida de tiempo, el demonio se abalanzó sobre ella y le arrancó el alma, sustituyéndola por la de Chuei-Lien. Una vez cumplida su misión, regresó a toda prisa a la Región de las Sombras.

Al ver caer a la princesa Yü-Ying, las criadas supusieron que había muerto y corrieron hacia el Salón de las Campanas de Oro a informar a la reina de lo ocurrido, gritando:

- ¡La princesa se ha caído y se ha matado!

Presa del pánico, la reina acudió, a su vez, a Tai-Chung, quien exclamó, suspirando y sacudiendo la cabeza:

- ¡Así que era verdad lo que me dijeron! Pregunté al Rey de las Tinieblas si corrían algún peligro los miembros de mi familia y me respondió: "Todos alcanzarán una edad muy avanzada, menos vuestra hermana menor, cuyos días están, lamentablemente, contados". Se ve que no se han equivocado mucho.

Todo el palacio se puso a llorar a la princesa. Sin embargo, cuando legaron al punto exacto en el que había caído, comprobaron, asombrados, que aún respiraba. Tai-Chung se volvió entonces hacia sus acompañantes y les urgió, loco de alegría:

- ¡Dejad de llorar! ¡No la alarméis! - se inclinó después sobre ella y, levantándole la cabeza con cuidado, añadió -: Despierta, hermana Despierta.

La princesa se dio la vuelta y dijo, como hablando entre sueños:

- No vayas tan deprisa, esposo mío. Espérame.

- Todos estamos a tu lado, hermana - contestó Tai-Chung, tratando de darle ánimos -. Tranquilízate. Te prometo que no te abandonaremos - y le levantó un poco más la cabeza.

La princesa abrió entonces los ojos y, mirando a su alrededor, exclamó, malhumorada:

- ¿Quién te ha dado permiso para tocarme? ¿Se puede saber quién eres?

- Yo soy tu hermano - respondió, desconcertado, Tai-Chung -, y ésa que ves ahí, tu cuñada.

- ¿Desde cuándo tengo yo un hermano y una cuñada? - replicó la princesa, más enfadada todavía -. Yo soy Li Chuei-Lien y mi marido, Liou-Chüan, ambos originarios de Chün-Chou. Hace aproximadamente tres meses di a un monje como limosna una de mis horquillas de oro justamente delante de nuestra casa. Mi marido lo vio y me regañó severamente por no haber obrado con la discreción que se espera de una mujer casada. Eso me hizo sentir tan deprimida que corrí a mi habitación y me colgué con una tira de seda blanca, dejando dos niños que lloraban sin cesar día y noche. Afortunadamente, cuando mi esposo descendió a la Región de la Oscuridad a entregar los melones del Emperador de los Tang, el Rey Yama se apiadó de nosotros, permitiéndonos volver juntos a la vida. Mi marido venía un poco más adelante que yo. Traté de ponerme a su altura, pero tropecé y caí al suelo. ¿Dónde está él? ¿Por qué te atreves a tocarme, si no me conoces de nada? ¡No comprendo cómo puede haber personas tan maleducadas!

- Mi hermana ha debido de perder el juicio al caerse - comentó Tai-Chung con los que se hallaban a su alrededor -. No comprendo cómo puede decir, si no, tantos desatinos - y

ordenó llevarla al interior del palacio, para que, sin pérdida de tiempo, le fuera aplicado un remedio. Pero no habían llegado a la puerta, cuando vino corriendo uno de los sirvientes y dijo, muy alterado:

- Majestad, el hombre que enviasteis con los melones ha vuelto a la vida y está ahí fuera esperando vuestras órdenes.

Sin saber qué camino tomar, el Emperador de los Tang ordenó traerle inmediatamente a su presencia. Liou - Chüan se echó rostro en tierra y él le preguntó:

- ¿Hiciste el encargo que te pedí?

- Vuestro siervo - respondió Liou-Chüan - fue directamente a la Puerta de los Espíritus con los melones en la cabeza. Al enterarse del propósito de mi visita, los guardias que la custodiaban me condujeron al Salón de las Sombras, donde fui recibido por los Diez Reyes del Mundo Inferior en persona. Les entregué los melones y ponderé cuanto pude vuestra generosidad y el sentido tan alto de la gratitud que poseéis. El Rey Yama se mostró muy complacido y, a su vez, alabó vuestro modo de obrar, diciendo: "Ese Tai-Chung es, en verdad, un hombre de palabra".

- ¿Qué viste en la Región de las Sombras? - volvió a preguntar el emperador.

- No me adentré mucho en ella y no pude, por tanto, ver gran cosa - contestó Liou - Chüan -. El Rey Yama me interrogó sobre mi nombre y mi lugar de nacimiento. Yo entonces le expliqué que me había ofrecido voluntario para llevar a cabo vuestra promesa, porque mi esposa se había suicidado, dejándome solo con los niños. Al oír eso, ordenó a un guardia-demonio que trajera inmediatamente a mi mujer. De esta forma, pudimos, por fin, reunimos en el Salón de la Oscuridad. Mientras tanto, echaron un vistazo al Libro de la Vida y la Muerte y vieron que ambos estábamos destinados a llegar a una edad muy avanzada; consiguientemente, una vez más ordenaron al guardia-demonio que nos acompañara, pero esta vez a las mismísimas puertas de la vida. Yo me adelanté y perdí de vista a mi esposa, que, por cierto, no sé dónde se ha metido.

- ¿Dijo el Rey Yama algo sobre tu mujer? - preguntó, de nuevo, Tai-Chung, alarmado.

- No mucho - volvió a contestar Liou-Chüan -. Lo que sí recuerdo es que el guardián comentó que Li Chuei-Lien llevaba ya tanto tiempo muerta que, por fuerza, su cuerpo tenía que estar ya corrupto del todo. Pero el Rey Yama le tranquilizó, diciendo: "Li Yü-Ying, la hermana del emperador, está a punto de morir. Que use su cuerpo para volver a la vida". Yo, por mi parte, puedo aseguraros que no sé quién es vuestra hermana ni dónde vive. Y, por supuesto, no voy a mover un solo dedo por encontrarla.

Satisfecho por tales informaciones, Tai-Chung se volvió hacia los funcionarios que le rodeaban y dijo:

- Al despedirme del Rey Yama, le pregunté sobre la suerte que aguardaba a todos los habitantes del palacio, a lo que respondió que sólo mi hermana corría un peligro inminente de muerte. Su vaticinio acaba de cumplirse, ya que, como todos sabéis, ha muerto de una caída en el jardín. De todas formas, cuando acudí en su auxilio, pareció recobrar la consciencia y gritó, visiblemente angustiada: "No vayas tan deprisa, esposo mío. Espérame". Todos pensamos que la caída la había trastornado, pero, al preguntarle de nuevo sobre lo ocurrido, contestó exactamente lo que acaba de decir Liou-Chüan.

- Si es verdad cuanto nos habéis contado - concluyó Wei-Cheng -, es muy posible que la esposa de Liou-Chüan haya vuelto a la vida, tomando prestado el cuerpo de vuestra augusta hermana. ¿Por qué no hacéis venir a la princesa y vemos qué es lo que tiene que añadir a todo esto?

- Ahora está dentro del palacio, tomando una medicina - informó Tai-Chung. Aun así, varias damas de la corte fueron a buscarla a sus aposentos y la encontraron gritando:

- ¡Yo no necesito tomar ninguna medicina! ¡Dejadme salir de aquí! Ésta no es mi casa. La mía está hecha de ladrillo y, por supuesto, no tiene que ver absolutamente nada con

ésta, tan amarillenta que parece tener ictericia y tan cubierta de adornos que da la impresión de ser un templo. ¡No quiero seguir aquí!

Todavía seguía gritando, cuando cuatro o cinco damas y dos o tres eunucos la obligaron a salir a la fuerza de sus aposentos y la llevaron ante el emperador, que le preguntó:

- ¿Reconoces a tu marido?

- ¿Cómo no lo voy a conocer? - respondió ella -. Hemos estado prometidos desde pequeños y hemos tenido un niño y una niña. ¡Estaría bueno que ahora no supiera quién es!

El emperador ordenó que la soltaran y la princesa se lanzó escaleras abajo hacia el sitio donde se encontraba Liou-Chüan. Se agarró a él con todas sus fuerzas y le preguntó:

- ¿Dónde has estado y por qué no me esperaste? Me caí al suelo y, cuando abrí los ojos, me encontré con toda esta gente, que no hace más que decir tonterías. ¿Puedes explicarme a qué se debe todo este embrollo?

Liou-Chüan no salía de su asombro. Aquélla era, ciertamente, la forma de hablar de su esposa, pero no se parecía en absoluto a ella y no se atrevía a reconocerla como tal. El Emperador de los Tang se echó pues, las manos a la cabeza y exclamó:

- Los hombres han visto a la tierra abrirse y a las montañas partirse por la mitad, pero jamás ha contemplado nadie este espectáculo de un muerto hablando por boca de un vivo.

¡Qué buen gobernante era aquel hombre! Cuando comprendió la situación, cogió el ajuar de su hermana, joyas incluidas, y se lo entregó a Liou-Chüan. Era como si le hubiera dado una dote. De hecho, se le dispensó de todas sus obligaciones para con la corona y se le permitió llevar a su casa a la que hasta entonces había sido una princesa. Ambos le dieron las gracias echándose por tierra ante los escalones de jade y regresaron, felices, a su hogar. Acerca de suceso tan sorprendente existe un poema, que dice:

Toda la vida del hombre está prefijada de antemano. Nada de cuanto en ella ocurre es obra del azar: su duración, sus múltiples avatares, la hora de su comienzo y el momento exacto de su fin. No es extraño que Liou-Chüan regresara a la vida, una vez presentados los melones, ni que, tomando el cuerpo de otra persona, Li Chuei-Lien reviviera.

Yü Chr-Kung, mientras tanto, se dirigió con un enorme cargamento de oro y plata al distrito de Kai-Feng, provincia de Honan, en busca de Siang-Liang. Allí descubrió que éste se ganaba la vida vendiendo agua, mientras su esposa, apellidada Chang, se dedicaba a la venta de loza delante mismo de su casa. De todo el dinero que ganaba sólo se quedaban con lo imprescindible para vivir, dando el resto en limosna a los monjes o quemándolo para beneficio de los espíritus. De esta forma, fueron acumulando mérito tras mérito, ya que, aunque en el Mundo de la Luz eran gente pobre y sin ninguna influencia, en el de las Tinieblas gozaban de gran consideración y sus riquezas eran prácticamente incontables. Cuando vieron acercarse a su puerta a Yü Chr-Kung con todo aquel oro y aquella plata, se sintieron totalmente desconcertados. Pero su asombro subió de tono, al contemplar su esplendido séquito de funcionarios imperiales montados en soberbios alazanes. No comprendían que personajes tan importantes se llegaran hasta su humilde casa medio derruida para hacerles entrega de tan magnífico tesoro. Se echaron, pues, rostro en tierra y empezaron a golpear el suelo con la frente, de donde les levantó Yü Chr-Kung, diciendo:

- Por muy importantes que parezcamos, somos nosotros los que debemos arrodillarnos ante vos. De hecho, venimos de parte del emperador a devolveros todo el oro y la plata que en su día le prestasteis.

- Aunque os parezca mentira - respondió el hombre, temblando de pies a cabeza -, yo

jamás he prestado dinero a nadie. ¿Cómo voy a aceptar, sin más ni más, un tesoro como éste?

- Para nadie es un secreto que sois, en verdad, muy pobres - admitió Yü Chr-Kung -. Pero también sabemos que todo el dinero que no necesitáis para vuestra subsistencia lo empleáis en limosnas y en papel moneda para los espíritus. De esta forma, y sin que, quizá, vosotros mismos lo sepáis, habéis ido acumulando en la Región de la Oscuridad una enorme fortuna. No es extraño, pues, que, cuando al cabo de tres días y tres noches el Emperador Tang-Tai-Chung regresó sano y salvo de la muerte, reconociera haber tomado prestado uno de vuestros almacenes repletos de oro y plata. Su cantidad se corresponde exactamente con la que ahora traemos aquí. Comprobadlo por vosotros mismos y así podremos regresar a informar de todo al emperador.

Siang-Liang y su mujer se negaron a hacer semejante cosa, alzando los brazos al cielo y diciendo:

- Si aceptamos todo este oro y esta plata, seguro que moriremos. Por otra parte, ¿qué prueba podéis ofrecernos de que nuestro padre el emperador nos pidió prestado en el otro mundo todo este dinero? ¡No, no! Comprendedlo, pero no podemos aceptarlo.

- Su majestad nos explicó - insistió Yü Chr-Kung - que actuó de garante del préstamo el juez Tswei. Si dudáis de nuestra palabra, podéis preguntárselo a él directamente, pero, por lo que más queráis, aceptad esto de una vez.

- No tocaré una sola de esas monedas, ni aunque me maten - replicó Siang-Liang con firmeza.

Comprendiendo que todas las razones eran inútiles, envió un emisario a la capital para que informara de todo al emperador. Cuando Tai-Chung se enteró de que Siang-Liang se negaba a aceptar la fortuna que había puesto en sus manos, exclamó, admirado:

- ¡Qué persona más virtuosa!

Sin pérdida de tiempo, hizo pública una orden, en la que se pedía a Hu Ching-De que empleara todo aquel dinero en la erección de un templo y de un santuario, así como en el mantenimiento de todos los oficios religiosos que en ellos tuvieran lugar. De esta forma, confiaba poder saldar definitivamente la deuda que había contraído con los Siang. La orden no tardó en llegar a manos de Ching-De, el cual la leyó mirando hacia la capital, para que todos se enteraran de su contenido. Con todo aquel dinero adquirió aproximadamente cincuenta acres de tierra, en los que construyó un templo, que recibió el nombre de Siang-Kwo. A su izquierda levantó, igualmente, un santuario, que dedicó a los Siang, con una inscripción labrada en piedra en la que se afirmaba que tales construcciones habían sido erigidas bajo la supervisión de Yü Chr-Kung. Tal es el origen del Gran Templo de Siang-Kwo¹, que aún hoy se mantiene en pie.

Cuando los trabajos estuvieron concluidos, se informó de ello a Tai-Chung, que se mostró altamente complacido. Convocó después a no pocos de sus más directos colaboradores y les confió la publicación de una orden, por la que se invitaba a todos los monjes del imperio a tomar parte en la Gran Ceremonia de la Tierra y el Agua, que se iba a celebrar por todos los espíritus olvidados que habitaban en la Región de las Tinieblas. La orden alcanzó hasta el último rincón del reino, interesándose los gobernadores de las diferentes provincias en enviar a Chang-An, con el fin de tomar parte en la ceremonia, a los monjes de su territorio más famosos por su vida virtuosa. En menos de un mes todos se congregaron en la capital del imperio. Tang Tai-Chung pidió entonces a Fu-I², historiador oficial de la corte, que escogiera al monje más digno de todos para presidir la ceremonia. Pero, en vez de eso, Fu-I sometió al trono un informe, en el que se dudaba de la bondad de las doctrinas de Buda y en el que, entre otras cosas, se decía:

Las enseñanzas importadas de occidente no reconocen la relación existente entre el gobernante y sus súbditos y el hijo y su progenitor. Con el principio de los Tres Caminos y los Seis Senderos embaucan a los tontos y a los simples, prometiendo una felicidad venidera y enfatizando los pecados del pasado. Al cantar en sánscrito, por otra parte, sólo buscan una forma de escape. Nosotros afirmamos, sin embargo, que, si bien el nacimiento, la muerte y la misma duración de la vida son hechos fijados por la naturaleza, las situaciones de riqueza y opulencia son obra exclusiva de la voluntad humana. No están ordenadas, como algunos quieren hacernos creer, por el propio Buda. En tiempos de los Tres Reyes y los Cinco Emperadores nadie conocía las enseñanzas budistas y, sin embargo, los gobernantes eran sabios, los súbditos leales, y sus reinados llamativamente largos. El culto de los dioses extranjeros no se estableció hasta el período Ming-Di 3 de la Dinastía Han, cuando se permitió a los monjes occidentales la propagación de sus doctrinas. Se trató, en realidad, de una auténtica invasión de enseñanzas foráneas, que no merecen en absoluto ser practicadas.

Una vez leído este informe, Tai-Chung lo sometió a la consideración de varios funcionarios de probada inteligencia, entre los que se encontraba el ministro Siao-Yü. Tras estudiar detenidamente el documento, éste se arrojó a los pies del trono y dijo:

- Las enseñanzas budistas, que, dicho sea de paso, han florecido en dinastías previas a la nuestra, sólo buscan la práctica del bien y la supresión total del mal. Constituyen, por tanto, una garantía para nuestra propia supervivencia y no deben ser, en absoluto, rechazadas, sino más bien lo contrario. Después de todo, Buda es uno de los sabios más grandes que han existido, y para nadie es un secreto que quien desprecia a estos hombres de bien termina convirtiéndose en un ser sin principios. Sugiero, pues, que el autor de este informe sea severamente castigado.

Fu-I se enzarzó con Siao-Yü en una acerba discusión, afirmando que el principio de todo buen obrar estribaba en el respeto al gobernante y a los propios padres. Buda, por el contrario, abandonó a los suyos y dejó de lado a su familia. Desafió, de hecho, al Hijo del Cielo y se valió del cuerpo que había recibido de sus padres para rebelarse precisamente contra ellos. Siao-Yü, continuó diciendo Fu - I, aunque no había, ciertamente, nacido en la selva, al aceptar la doctrina de la negación paternal, había hecho realidad el dicho que afirma que un hijo ingrato carece, en realidad, de padres. Siao-Yü, por su parte, dobló las manos a la altura del pecho e, inclinándose ante su adversario, dijo en tono solemne:

- El infierno ha sido creado precisamente para personas como ésta -

Tai-Chung hizo venir entonces a su presencia al Gran Chamberlán Chang Tao-Yüan y al Presidente de la Cancillería y les preguntó si las prácticas budistas eran o no eficaces a la hora de obtener los favores del cielo, a lo que los dos funcionarios respondieron:

- Buda predicó la pureza, la benevolencia, la compasión, las buenas obras y la engañosa apariencia de cuanto existe. Fue al emperador Wu 4 de la Dinastía Chou del Norte a quien correspondió poner en orden las Tres Religiones. Incluso Da-Huei, el Gran Maestro Chan, alabó la doctrina de lo oscuro y distante. Por otra parte, durante generaciones se ha dado culto a bienaventurados tales como el Quinto patriarca 5, que, según afirma la tradición, tomó forma humana, o Bodhidharma 6, que, como vos bien sabéis, se mostró en todo su esplendor sagrado. Desde los tiempos más antiguos se ha sostenido, pues, que las Tres Religiones son igualmente dignas de respeto y deben ser apoyadas sin reserva. Ahora os compete a vos tomar la decisión que juzguéis más oportuna.

- He de reconocer que vuestras palabras están cargadas de razón - concluyó Tai-Chung, complacido -. Quien ose seguir disputando sobre esto será castigado sin ningún miramiento.

En consecuencia, se ordenó a Wei-Cheng, Siao-Yü y Chang Tao-Yüan que reunieran a todos los monjes budistas, para que eligieran entre ellos al de virtud más probada y

prepararan cuanto fuera preciso para la ceremonia. Antes de retirarse, los tres se echaron rostro en tierra, agradeciendo al emperador el alto honor que les hacía. A esa época se remite la ley que determina que todo aquel que calumnie a un monje o hable mal del budismo será condenado a quebrantamiento de brazos.

A la mañana siguiente los tres funcionarios imperiales se pusieron manos a la obra. Reunieron a todos los monjes en el Estrado de La Montaña y el Río y seleccionaron al que ellos consideraban de mayor mérito y virtud. Antiguamente se había llamado la Cigarra de Oro, un nombre de origen a todas luces divino, pero, por no prestar la debida atención a las enseñanzas de Buda, se vio obligado a padecer la existencia en este mundo de polvo. Cayó, pues, en las redes de la transmigración y se hizo hombre. Sin embargo, antes de llegar a la tierra y de que se cumpliera el tiempo de su nacimiento, fue perseguido ya por la mala fortuna. Su padre, un funcionario de Hai-Chou, fue asesinado por unos bandidos, teniendo su madre que lanzarle a las aguas para salvarle. La corriente trató de arrojarle contra las peñas y las olas hicieron cuanto pudieron por ahogarle, pero logró llegar a la Montaña de Oro y allí su suerte cambió. El guardián del monasterio que se alzaba en tan reputada isla le sacó del agua y se encargó personalmente de su educación. A los dieciocho años conoció, por fin, a su madre, informando posteriormente a su abuelo de las afrentas sufridas por dama tan respetable. Al tratarse de uno de los principales servidores de la corte, obtuvo el mando de un ejército que acabó con los malvados que la habían vejado. Para que su dicha fuera completa, a los pocos días retornó a la vida su padre Kwang-Jui. ¡Qué emocionante resultó el reencuentro de toda la familia! Hasta el mismo emperador se sintió conmovido e hizo que sus nombres fueran inscritos en la Torre de Ling-Yeny, junto a los de las personas más ilustres de todo el reino. Por su valentía le fueron ofrecidos varios cargos públicos, que él rechazó uno tras otro, prefiriendo retirarse al Monasterio de Hung-Fu y dedicarse a la búsqueda del Camino de la Verdad. Este fiel servidor de Buda había sido conocido en su niñez por el nombre de "El-que-flota-en-el-río" y ahora todos le llamaban Chen Hsüan-Tsang.

Ése precisamente fue el elegido por la congregación de monjes para presidir la ceremonia por los difuntos desamparados. Su elección no pudo ser más acertada, ya que Hsüan-Tsang era un hombre que había vivido en un monasterio desde su más tierna infancia, había seguido una dieta vegetariana todos los días de su vida y había respetado los mandamientos desde el momento mismo de abandonar el claustro materno. Su padre, Chen Kwang-Jui, había obtenido el grado de "chung - yüen" y el posterior nombramiento de Secretario de la Cámara Legislativa, pero él rechazó riqueza y honores para dedicarse de lleno a la consecución del nirvana. No podía encontrarse, pues, una persona de mejor pasado familiar ni con más alto sentido moral. Conocía, además, miles de escrituras y sutras y la práctica totalidad de los cánticos e himnos budistas.

Satisfechos de tan acertada elección, los tres funcionarios condujeron a Hsüan-Tsang ante el emperador. Tras cumplir rigurosamente con la complicada etiqueta de la corte, se echaron rostro en tierra y dijeron:

- Siguiendo vuestros deseos, vuestros indignos súbditos han escogido para presidir la ceremonia a un monje de muy reconocida virtud, que responde al nombre de Chen Hsüan-Tsang.

- ¿No será el hijo del Gran Secretario Chen Kwang-Jui? - exclamó Tai-Chung después de un largo y meditativo silencio.

- Así es, señor - respondió "El-que-flota-en-el-río", echándose también rostro en tierra - . Mi padre ocupa el cargo que acabáis de mencionar.

- ¡No podía haberse realizado una elección más apropiada! - volvió a exclamar Tai-

Chung, visiblemente complacido -. Dudo que haya en el mundo un monje de mayor virtud que tú. Desde este momento quedas nombrado Máximo Expositor de la Fe y Supremo Representante de Todos los Monjes.

Hsüan-Tsang volvió a lanzarse rostro en tierra, tocando repetidamente el suelo con la frente en señal de gratitud. Como emblemas de su nuevo cargo, recibió una túnica tejida con hilos de oro de cinco colores, un sombrero Vairocana ⁸ y un cinturón de perlas y jade. Se le pidió, al mismo tiempo, que seleccionara a los monjes de más probada virtud y los nombrara acaryas ⁹. Una vez realizada tan importante misión, había de dirigirse con todos los demás al Monasterio de la Metamorfosis, donde debía celebrarse la ceremonia con la celeridad que permitieran los hados consultados.

Tras inclinarse una vez más ante el emperador, Hsüan-Tsang abandonó el palacio y se dirigió al Monasterio de la Metamorfosis. Llamó a todos los monjes y juntos se pusieron a preparar las camas, levantar los estrados y ensayar la música. Fijándose en cómo actuaban, seleccionó a mil doscientos de entre los más diligentes, formando con ellos tres grupos, que ocuparon la parte de atrás, el centro y la porción delantera del salón en el que iban a celebrarse las ceremonias. De esta manera, se dieron por terminados los preparativos y, tras consultar a los hados, se determinó que la fecha más propicia para la celebración del Gran Festival de la Tierra y el Agua era el tercer día del noveno mes. Se estableció, asimismo, que la ceremonia se extendería a lo largo de cuarenta y nueve días, ya que ésa era la cifra resultante de multiplicar el número sagrado siete por sí mismo. De todo eso se informó oportunamente a Tai-Chung, quien acudió al monasterio el día y hora prefijados, acompañado de sus parientes y altos funcionarios, tanto civiles como militares. Con sumo respeto todos los grandes dignatarios quemaron incienso y escucharon la lectura de los textos sagrados. De todo ello tenemos como testimonio un poema, que afirma:

Cuando la estrella de Chen-Kwan cumplió los trece años de edad, el emperador convocó a todos sus súbditos para escuchar los Libros Sagrados. El Salón de la Gran Promesa parecía un remedo del cielo. Todos se reunieron en tan espléndido templo por deseo y gracia del mismo emperador. La Cigarra de Oro presidió los oficios que tanto bien había de reportar a los espíritus de los condenados. Habló de la necesidad de obrar siempre el bien y se extendió en la exposición de los Tres Modos de Vida.

Así pues, en el año decimotercero del período Chen - Kwan, cuando el noveno mes entraba en la zona de chia-sü y su tercer día marcaba la hora de kwei-mao, el Máximo Expositor de la Fe, Chen Hsüan-Tsang, mandó llamar a los mil doscientos monjes de la probada virtud que previamente había seleccionado y se reunió con ellos en el Monasterio de la Metamorfosis de la ciudad de Chang-An, donde les expuso el sentido de los sutras sagrados. Tras celebrar su habitual audiencia, el emperador abandonó la Sala del Tesoro de la Campana de Oro y, montando en su carruaje de dragones y fénix, se dirigió hacia el monasterio, seguido de muchos de sus funcionarios, tanto civiles como militares. En cuanto llegaron, escucharon con respeto los textos y quemaron incienso. El cortejo imperial arrastraba tras sí todas las bendiciones del cielo. Su esplendor era tal que parecían flotar en el aire diez mil saetas de luz purísima, que competían en fulgor con el mismo sol. Una brisa de buenos augurios soplaba por los lugares por los que pasaba. Daba la impresión de que nacía de los solemnes movimientos de los mil señores cubiertos de jade que abrían y cerraban la marcha. A derecha e izquierda oteaban las banderas y estandartes que sostenían aguerridos soldados, armados con espadas, hachas y mazas. Su fiereza contrastaba con el rojo delicado de las lámparas de seda y la artística urna de incienso que perfumaba los lugares por los que pasaba la augusta persona. Todos se movían con indescriptible

solemnidad. Los dragones volaban y danzaban los fénix, mientras los halcones se elevaban hacia lo alto y las águilas extendían, majestuosas, sus alas. Parecía como si quisieran proteger a un soberano tan justo y bondadoso que la felicidad que trajo a su pueblo superaba con mucho a la de sus antepasados Yü y Shun ¹⁰; sus decisiones fueron siempre tan equilibradas que aseguraron la paz para siempre, rivalizando con el mismísimo Yao. No es extraño que cuantos le rodeaban vistieran lujosísimas túnicas, que, sin embargo, no lograban superar en belleza a la suya, llena de dragones bordados, que parecían adquirir vida con sus movimientos. Las placas de jade, los gorros plagados de perlas, los fajines color púrpura profusamente bordados, los medallones de oro y los abanicos de plumas de fénix contribuían a hacer creer que aquél era, en verdad, un cortejo descendido directamente cielo. Mil filas de soldados protegían el trono, encargándose dos hileras de mariscales de su defensa más inmediata. Todo era poco para este emperador, sincero y justo, que inclinaba la cabeza ante Buda y no dudaba en quemar incienso en su honor ni en buscar, afanoso, los frutos de la virtud.

Pese a lo complicado de su marcha, el cortejo imperial no tardó en llegar al monasterio. El emperador ordenó entonces que cesara la música y, bajando de la carroza, se dirigió a presentar sus respetos a Buda, seguido de todos los funcionarios, con varillas de incienso en las manos. Tras inclinarse tres veces seguidas, levantaron la cabeza y miraron a su alrededor, sorprendidos de la solemnidad de aquel extraordinario recinto sagrado. Por doquier se apreciaba el flamear de banderas y estandartes, tan brillantes que parecían surgir directamente del sol o del mismo seno del rayo. La imagen de oro de Lokaj-yestha ¹¹ constituía una auténtica invitación al recogimiento, aunque resultaba difícil precisar si era más o menos impresionante que las de los arhats, esculpidas en jade. Todos los jarrones estaban llenos de flores sagradas, que conferían al templo una refrescante sensación de bosque formado no por árboles, sino por delicados bordados. De los pebeteros surgían nubes aromáticas de incienso de madera de sándalo que se elevaban hacia lo alto. La transparencia de su color contrastaba con el rojo de las bandejas sobre las que descansaban las serenas pirámides de frutas maduras o de pastelitos y dulces. Los monjes no se cansaban de entonar sutras sagrados por el bienestar de los espíritus abandonados.

Tai-Chung y el resto de los funcionarios imperiales levantaron las varillas y se inclinaron, primero, ante el cuerpo dorado de Buda para prestar, después, sus respetos a los arhats. El Maestro de la Ley y Máximo Expositor de la Fe, Chen Hsüan-Tsang, acudió entonces a dar la bienvenida a Tai-Chung, seguido del resto de los monjes, que volvieron a ocupar sus sitios en cuanto hubo concluido dicha ceremonia. A continuación se hizo entrega a Tai-Chung de un documento, en el que se leía:

Dado que el budismo está asentado sobre el nirvana, fácil es colegir que la virtud suprema es vasta e inabarcable. El espíritu de los limpios y puros se mueve con toda libertad, pasando sin cesar de una a otra de las Tres Regiones. Existen diez mil transformaciones y un millar de cambios, todos ellos regulados por las fuerzas del yin y el yang. Inabarcables son, en verdad, la substancia, la función, la auténtica naturaleza y la permanencia de tales fenómenos. ¡Qué dignos de lástima piedad son, por otra parte, los espíritus olvidados! Para aliviar su sufrimiento y siguiendo los deseos de Tai-Chung, hemos escogido y reunido a diferentes monjes cuya responsabilidad consistirá en proclamar la Ley y meditarla sin cesar. De esa forma, quedarán abiertas de par en par las puertas de la salvación y se llenarán hasta el borde los recipientes de la misericordia, librando, así, a las gentes del Mar de la Aflicción y salvándolas de la condena de los Seis Senderos. Todos volverán entonces al sendero de la Verdad y gozarán de las bendiciones del cielo. Bien sea por obra de la acción, el descanso o la inactividad total, la meta es alcanzar la unión con las esencias puras y convertirse en una de ellas. Ésta es, pues, una ocasión única, ya que quien tome parte en estas ceremonias tendrá un anticipo de los enormes placeres que se saborean en la ciudad celestial, se verá libre del castigo infernal, ascenderá sin ninguna demora a las regiones de la suprema felicidad y se moverá con toda libertad por las comarcas del oeste.

Con razón afirma el poema: "Para obtener la salvación tan sólo son necesarios un pebetero de incienso y unos cuantos escritos dotados de poder liberador. Al proclamar la ley inabarcable, atraemos sobre nosotros la gracia del cielo, el perdón de nuestras culpas y la redención de nuestra futura pena. ¡Que nuestra nación disfrute de la incomparable bendición de una paz duradera!".

Conmovido por lo que acababa de leer, Tai-Chung se volvió hacia los monjes y les dijo:

- Permaneced firmes en vuestra entrega y no abandonéis jamás el servicio de Buda. Si así lo hacéis, tened por seguro que no habréis luchado en vano y que recibiréis de mí una espléndida recompensa.

Los mil doscientos monjes se echaron rostro en tierra y empezaron a golpear el suelo con la frente en señal de gratitud. Después de tomar las tres comidas vegetarianas que prescribía la ley, el Emperador de los Tang regresó a su palacio. La celebración propiamente dicha debía tener lugar a los siete días y decidió esperar en sus habitaciones la llegada de tan fausto momento, cuando sería invitado de nuevo a presidir las ofrendas y ritos. Otro tanto hicieron sus más inmediatos servidores, quienes abandonaron el palacio imperial apenas hubo empezado a caer la noche. Por el poniente sólo se veía una estrecha franja de luz y el rápido vuelo de unas cuantas grajillas que regresaban a sus nidos. Una red de silencio se abatía sobre la ciudad, mientras se iba llenando poco a poco de luces y el tiempo parecía detenerse. No había hora mejor para que los monjes Chan 12 se dedicaran a sus prácticas meditativas.

A la mañana siguiente el Maestro de la Ley volvió a ocupar de nuevo su estrado y llamó a los restantes monjes a su lado, para continuar con la recitación de los sutras. No se distinguió en absoluto de la del día anterior, por lo que no insistiremos más sobre ello.

Sí hablaremos, por el contrario, de la Bodhisattva Kwang-Ing del Montaña Potalaka de los Mares del Sur, quien, tras recibir la orden de Tathagata de buscar a una persona digna que se comprometiera a ir a por las escrituras, recorrió de arriba abajo la ciudad de Chang-An sin encontrar a nadie auténticamente virtuoso. Cuando estaba ya a punto de perder la esperanza, oyó decir que Tang Tai-Chung había mandado traer a la corte a los monjes de más probada virtud con el fin de celebrar una gran ceremonia por los difuntos. Su entusiasmo subió, además, de tono, cuando se enteró de que el bonzo escogido para presidir los oficios no era otro que el conocido por el nombre de "El-que-flota-en-el-río". La Bodhisattva no desconocía que había sido uno de los principales discípulos de Buda, que había tenido la mala fortuna de caer en las redes de la transmigración. Loca de contento, cogió los tesoros que le había entregado Buda y, acompañada por Moksa, salió a venderlos a las principales calles de la ciudad.

"¿Qué clase de tesoros eran éstos?", se preguntará, sin duda alguna, el lector. Para su información diremos que se trataba de la túnica cubierta de bordados y de gemas rarísimas, y del bastón de los nueve anillos. Por prudencia no puso en esta ocasión a la venta las tres escamas, que se tornaban poderosísimas con el ensalmo de oro y los conjuros constrictivo y prohibitivo. Medida, ciertamente, prudente, teniendo en cuenta que la ciudad estaba llena de monjes sin ninguna formación, que no habían sido elegidos, por eso mismo, para tomar parte en la gran ceremonia por los difuntos. Uno de ellos, de hecho, al ver a la Bodhisattva, que había tomado la forma de un bonzo cubierto de llagas y heridas, descalzo, con la cabeza sin cubrir y vestido de andrajos, se llegó hasta ella y le preguntó, señalando la lujosísima túnica:

- ¿Cuánto pides por eso, cerdo?

- El precio de esta túnica es de cinco mil piezas de plata - respondió la Bodhisattva - y el de este bastón dos mil.

- ¡Tú estás mal de la cabeza! - exclamó el monje, soltando la carcajada -. Desde luego, hay que ser un lunático para pedir siete mil piezas de plata por dos cosas tan corrientes como éstas. No valen eso ni aunque te conviertan en inmortal o te transformen en el mismísimo Buda. Lo mejor que puedes hacer es llevártelas a casa, porque estoy seguro de que nadie te las va a comprar.

La Bodhisattva ni se preocupó de discutir con él. Cogió la mercancía y continuó andando, seguida de Moksa. Al poco rato llegaron a la Puerta de la Flor Oriental, donde se toparon con el ministro Siao-Yü, que volvía de la corte. Delante de él iban unos hombres gritando que dejaran libre la calle, pero la Bodhisattva se negó con firmeza a hacerse a un lado. Permaneció de pie en el centro mismo de la calzada con la túnica en las manos. El ministro por poco no la arrolla con el caballo. Afortunadamente tiró a tiempo de las riendas y, sorprendido ante la deslumbrante belleza de la túnica, pidió a sus acompañantes que indagaran el precio de pieza tan extraordinaria.

- Por la túnica quiero cinco mil piezas de plata - respondió la Bodhisattva - y dos mil por el bastón.

- ¿Se puede saber qué tienen de especial para que valgan tan caros? - preguntó Siao-Yü.

- Esta túnica es tan peculiar - contestó la Bodhisattva - que para algunos puede resultar demasiado cara y para otros totalmente gratis. Depende de según se mire.

- ¿Cómo que depende de según se mire? - repitió Siao-Yü.

- Quien la use - afirmó la Bodhisattva - no conocerá el sufrimiento del infierno ni caerá víctima de la violencia o de animales tan feroces como los tigres y los lobos. Si, por el contrario, se la pone un bonzo que sólo piensa en gozar de la vida, o un monje que hace caso omiso de las leyes y mandamientos, o cualquiera que se burle de Buda o de los sutras, añadirá más leña a su ya de por sí abultada condena.

- Eso está muy bien - admitió el ministro -, pero ¿qué quieres decir con eso de que para algunos puede resultar demasiado cara y para otros totalmente gratis?

- El que no sigue las Leyes de Buda - sentenció la Bodhisattva - o no muestra ningún respeto por las Tres Joyas deberá pagar siete mil piezas de plata, si quiere hacerse con mi túnica y mi bastón. El que, por el contrario, respete las Tres Joyas, se complazca en la práctica del bien y obedezca al pie de la letra las normas de Buda merece disfrutar de tesoros como los que yo ahora vendo. Con mucho gusto le regalaré la túnica y el bastón y, de esta forma, nos hermanaremos en la bondad.

Comprendiendo que aquél era un hombre de extremada virtud, Siao-Yü desmontó del caballo y, tras saludarle respetuosamente, dijo:

- Mi nombre es Siao-Yü y os pido disculpéis las molestias que puedo haberos causado. Nuestro emperador es una de las personas más religiosas que existen, inquietud de la que participamos todos cuantos tenemos el alto honor de servirle en la corte. De hecho, acaba de dar comienzo la Gran Ceremonia de la Tierra y el Agua y he pensado que esta túnica le vendría que ni pintada a Chen Hsüan-Tsang, el Máximo Expositor de la Fe. ¿Por qué no me acompañas al palacio y solicitamos una audiencia con el emperador?

La Bodhisattva aceptó, complacida, y, dándose la vuelta, entró otra vez por la Puerta de la Flor Oriental. En cuanto les vio aparecer, el Guardián de la Puerta Amarilla corrió a informar de su llegada. Inmediatamente fueron conducidos a la Sala del Tesoro, donde Siao-Yü y los dos monjes cubiertos de llagas esperaron con impaciencia la aparición del emperador.

- ¿Qué es ese asunto tan importante del que queréis hablarme? - preguntó Tai-Chung, en cuanto hubo tomado asiento.

- Cuando salía por la Puerta de la Flor Oriental - respondió Siao-Yü, echándose rostro en tierra -, me topé con estos dos monjes, que estaban vendiendo una túnica y un bastón de marcado corte sacerdotal. En seguida pensé que podría usarlos Hsüan-Tsang durante

la ceremonia y ése es el motivo por el que ahora me encuentro ante vos.

Visiblemente complacido, Tai-Chung preguntó por el precio de la túnica, a lo que la Bodhisattva respondió, sin inclinarse ni agachar la cabeza siquiera, lo mismo que Moksa:

- La vestimenta cuesta cinco mil piezas de plata y dos mil el bastón.

- ¿Qué tienen de especial para que su precio sea tan alto? - volvió a Preguntar Tai-Chung.

- Si un dragón vistiera un solo hilo de esta túnica, jamás sería devorado por bestia alguna. Es más, si una garza se dejara colgar de una de sus hebras, podría alcanzar el mundo en el que habitan los dioses. Quien se sienta sobre esta túnica, recibirá al instante el saludo respetuoso de diez mil dioses, y quien se la ponga, tendrá la compañía de los Siete Budas ¹³. Por otra parte, ha sido confeccionada con seda de gusanos tan blancos como el hielo e hilada por artesanos de la más alta cualificación. Por si eso no fuera suficiente, fue tejida por muchachas inmortales ayudadas por doncellas celestes. Fueron ellas las que unieron las diferentes partes, llenándolas después de artísticos y complicados bordados. No es extraño, pues, que sus colores sean tan finos y brillantes como capullos. Ponéosla, si así lo deseáis, y os veréis envuelto en una neblina de color rojizo, que desaparecerá en cuanto os la hayáis quitado. Esta pieza fue formada a las mismísimas puertas de los Tres Cielos y obtuvo el aura mágica que la envuelve delante de las Cinco Montañas. Lleva incrustadas hojas de loto traídas del Oeste y las perlas que la adornan brillan como planetas y estrellas. En sus cuatro esquinas lleva otras tantas perlas que emiten luz por la noche y que rivalizan en pureza con la esmeralda que ocupa su punto más alto. Podéis mantenerla guardada o ponéosla para recibir a los sabios. Pero sabed que, en el primer caso, emite una luz muy similar a la del arco iris, que traspasa todos los baúles y envoltorios, y, en el segundo, que es capaz de asustar a la vez a los dioses y a los demonios. Esto no tiene nada de extraño, habida cuenta de que lleva cosidas perlas de tanto valor como la radhi, la mani ¹⁴, la que limpia el polvo, la que detiene a los vientos, la que recuerda a la cornalina roja, la que posee el color púrpura del coral y la Sariputra, que emite luz por la noche. Todas ellas son tan perfectas que parecen haber robado su blancura a la luna y al sol su tonalidad rojiza. El aura que la rodea alcanza hasta el mismísimo cielo, penetrando, como un torrente, por todas sus puertas. Su brillo otorga la perfección a cuanto existe. Cuando ilumina las montañas y los arroyos, arranca de sus guaridas a los tigres y a los leopardos, - cuando su luz se extiende por los mares y llega hasta las islas, pone en movimiento a los dragones y peces. Por si esto fuera poco, a ambos lados lleva colgando dos cadenas de oro puro, cerrando el cuello un redondelito de jade tan blanco como la nieve. Ésta es, en definitiva, la túnica de la que afirma el poema: "Sólo existe una verdad: la de las Tres Joyas y la de los Seis Senderos, por los que transitan sin cesar las cuatro clases de criaturas que existen. Quien ha recibido la iluminación conoce y respeta las leyes de Dios y del hombre; un espíritu iluminado ¹⁵ es capaz de emitir destellos de la auténtica sabiduría. Si el propio Buda ha ordenado la confección de esta túnica, ¿cómo van a poder afectar los diez mil kalpas al monje que la lleve puesta?

- Todo eso está muy bien - replicó el Emperador de los Tang, visiblemente complacido

-. Pero ¿puedes explicarme qué tiene de especial ese bastón de los nueve anillos?

- Como bien has reparado - contestó la Bodhisattva -, mi bastón tiene nueve protuberancias de vid que no envejece, separadas por otros tantos anillos de hierro y bronce. Quien lo sostiene en sus manos se mantiene siempre joven, cosa nada extraña si se tiene en cuenta que el Quinto Patriarca vagó con él por los cielos y que Lo-Po ¹⁶ lo llevó consigo a los infiernos, cuando fue en busca de su madre. Jamás se ha manchado con el polvo rojizo de este mundo, aunque fue usado por el monje-dios en su ascensión

a la Montaña de Jade 17.

Impresionado, el emperador ordenó extender la túnica ante él para poder examinarla de arriba abajo con cuidado. Se trataba, en verdad, de una pieza única. Tai-Chung no había visto en su vida cosa igual y, armándose de valor, dijo a la Bodhisattva:

- No quiero engañarte. Soy un ferviente admirador de la Religión de la Misericordia, a cuya propagación he dedicado no pocos esfuerzos. Estos últimos días, sin ir más lejos, he hecho reunir en el Monasterio de la Metamorfosis a no pocos bonzos, para que profundicen en el estudio de la Ley y se dediquen de lleno a la recitación de los sutras. Entre ellos se halla un hombre de una virtud extraordinaria que responde al nombre de Hsüan-Tsang y quisiera regalarle estos dos tesoros que tú tienes. Te prometo que no los deseo para mí. ¿Cuánto pides, de verdad, por ellos?

- Si, como decís, se trata de un hombre de muy probada virtud - concluyeron la Bodhisattva y Moksa, doblando las manos a la altura del pecho y dando las gracias a Buda -, con mucho gusto le regalaremos esta túnica y este bastón. Tratándose de un clérigo tan humilde, no aceptaremos por ellos ni una sola moneda - y se dio la vuelta, tratando de encontrar la salida.

El emperador pidió a toda prisa a Siao-Yü que le hiciera volver en seguida. Cuando el ministro hubo cumplido el encargo, se levantó de su asiento y dijo con manifiesta intranquilidad:

- Antes dijisteis que la túnica valía cinco mil piezas de plata y el bastón dos mil. Ahora que os habéis convencido de que estamos realmente interesados en comprarlos, nos salís con que no queréis aceptar nada de dinero a cambio. Si pensáis que vamos a hacer uso de la fuerza para hacernos con ellos, estáis muy equivocados. Nosotros no pertenecemos a ese tipo de hombres. Os pagaremos la suma que en un principio nos pedisteis y que, por lo que más queráis, esperamos aceptéis sin reserva alguna.

- Se ve que no me habéis entendido bien - replicó la Bodhisattva levantando las manos a manera de saludo -. Hace cierto tiempo hice la promesa de que, si me topaba con alguien que se regocijara en la práctica del bien y en el servicio de Buda, le regalaría estos tesoros. Es claro que vuestra majestad está ansioso por ver aumentada su virtud y hacer triunfar en vuestro reino la causa budista. Creo, en consecuencia, que ha llegado el momento de cumplir lo prometido. Dejaré en vuestras manos esos tesoros y me marcharé con los bolsillos tan vacíos como cuando vine.

El emperador comprendió su actitud y no quiso seguir insistiendo. Ordenó, sin embargo, preparar en su honor un espléndido banquete vegetariano, pero la Bodhisattva lo rechazó con tanta firmeza que, una vez más, hubo de desistir de su empeño. Se despidió de Tai-Chung con la amabilidad que la caracterizaba y se retiró al templo del espíritu local.

A eso del mediodía Tai-Chung celebró una nueva audiencia, a la que quiso que asistiera Hsüan-Tsang. Wei-Cheng fue el encargado de transmitirle la orden imperial. El Maestro de la Ley estaba cantando sufras y recitando geyas 18, cuando la recibió, pero al punto lo dejó todo y siguió al ministro.

- Lamento sinceramente haberos arrancado de vuestras meditaciones - se disculpó el emperador con respeto -. Pero esta mañana Siao-Yü se encontró con un par de monjes que se empeñaron en regalarme una túnica llena de bordados y un bastón de nueve anillos, que deseo, a mi vez, poner en vuestras manos. No dudo que os serán de mucha utilidad, mientras que para mí no encierran la menor ventaja.

Por toda respuesta, Hsüan-Tsang se echó rostro en tierra y empezó a golpear el suelo con la frente en señal de gratitud. Eso dio ánimos a Tai-Chung para seguir diciendo:

- Si tuvierais la amabilidad de ponérselo para ver qué tal os queda...

El monje extendió la túnica y se la puso con la rapidez de quien está acostumbrado a

cambiarse de ropajes rituales. Con el bastón en las manos su figura adquirió tal prestancia que tanto el emperador como sus súbditos se quedaron boquiabiertos. En verdad parecía un auténtico hijo de Tathagata. ¡Qué elegancia la de su porte, qué finura la de su estampa! La túnica de Buda se ajustaba a su cuerpo como el guante a una mano. Su esplendor era tal que abarcaba el mundo entero y el brillo de sus colores alcanzaba hasta el último rincón del universo. Adondequiera que se dirigiera la vista podían verse innumerables hileras de perlas, espléndidamente conjugadas con los adornos de oro y los bordados de extraño y llamativo diseño. Un artístico anillo de oro unía los dos extremos del cuello, de finísimo terciopelo, en el que aparecían representadas las más altas jerarquías de los cielos. Según se iba descendiendo, disminuían progresivamente los rangos, correspondiendo a las estrellas las porciones izquierda y derecha de tan especialísima túnica. Jamás hubo en la tierra hombre con tan buena fortuna como Hsüan-Tsang. Digno de lucir tan espléndido tesoro, parecía un arhat viviente recién llegado del oeste. No exagera quien afirme que recordaba al mismísimo Buda con su bastón de nueve anillos y su sombrero Vairocana. Tan entusiasmados estaban todos los funcionarios, tanto civiles como militares, que, poniéndose al mismo tiempo de pie, gritaron enardecidos:

- ¡Bravo!

Semejante reacción complació sobremanera a Tai-Chung, que pidió al Maestro de la Ley que no se quitara la túnica ni dejara a un lado el bastón. No contento con eso, hizo venir a dos regimientos de guardias de honor y les confió la escolta de personaje tan distinguido y respetable. Inmediatamente abandonaron el palacio, dirigiéndose al monasterio por las calles más importantes de la ciudad. El cortejo era tan brillante que parecía como si acabara de entrar en ella un nuevo "chuan-yüen". Todos los comerciantes y mercaderes de Chang-An, los príncipes y los nobles, los intelectuales y los hombres de letras, los caballeros entrados en años y las muchachitas que hacía muy poco aún eran niñas, se agolpaban a lo largo del camino, tratando de verle.

- ¡Qué monje! - exclamaban, entusiasmados -. Parece un arhat que acaba de descender a la tierra.

Hsüan-Tsang parecía inmune a tales halagos. Imperturbable, continuó su camino hacia el monasterio, donde fue recibido por los otros bonzos de pie, arrancados de sus asientos por la sorpresa. En cuanto le vieron aparecer con aquella túnica y aquel bastón de nueve anillos, pensaron que era el mismísimo Rey Ksitigarbha¹⁹ y formaron un camino de cabezas respetuosamente inclinadas. Sin detenerse, Hsüan-Tsang se dirigió al salón principal, donde quemó incienso en honor de Buda y habló del tremendo cariño del emperador por los más inertes tesoros de sus súbditos. Una vez terminada su arenga, cada cual regresó al sitio que le había sido asignado. Al poco rato el círculo de fuego comenzó a ponerse por el occidente. La oscuridad fue difuminando poco a poco los árboles, mientras en toda la capital se escuchaba el primer tañido de la campana. Sonó tres veces seguidas y, de pronto, cesó todo tipo de actividad humana, sumiendo todas las calles en un progresivo silencio. Sólo en el Templo Principal se apreciaba el trémulo latir de una llama. En la quietud que se abatía sobre la ciudad, únicamente los monjes se disponían a recitar sutras, a domar demonios y a poner a prueba su espíritu.

El tiempo transcurrió como el agua entre los dedos y llegó el día de la Gran Ceremonia por los Difuntos. Hsüan-Tsang hizo llegar al emperador un escrito, en el que le invitaba a ofrendar incienso. Tai-Chung hizo preparar en seguida sus carrozas y se dirigió al monasterio, seguido de todos sus funcionarios, tanto civiles como militares, sus parientes y las damas de la corte. Sabedores de la importancia del acto, todos los habitantes de la ciudad - jóvenes y ancianos, plebeyos y nobles - acudieron en tropel al monasterio a escuchar las explicaciones de los textos sagrados. La misma Bodhisattva

dijo a Moksa:

- Hoy es el día de la gran ceremonia. Su importancia es de tal magnitud que creo que ha llegado el momento de mezclarnos entre la multitud y averiguar unas cuantas cosas que nos interesan: primero, si la función resulta tan solemne como promete, - segundo, si la Cigarra de Oro es realmente digna de los tesoros que le he confiado, y tercero, si el budismo que predica se ajusta a las enseñanzas del Maestro o sigue el rumbo de sus propias pasiones y apetencias.

Sin más, se dirigieron al monasterio. Aquella vuelta de dos seres excepcionales a un lugar sagrado era como el reencuentro, largamente aplazado, de dos íntimos amigos. Al entrar en el templo, su sorpresa no tuvo límites. Jamás habían sospechado que en la capital de una gran nación como aquella pudiera existir un monasterio que superaba en magnificencia al de Sadvarsa ²⁰ e incluso al Jardín de Jetavana en Sravasti. No tenía nada que envidiar al reputado templo de Caturdisah ²¹, en el que resonaban sin cesar la música sagrada y los cánticos budistas. La Bodhisattva se dirigió hacia un lado del estrado y se puso a observar fijamente a la Cigarra de Oro. A su alrededor todo permanecía inmaculadamente puro, sin una sola mota de polvo. Hsüan-Tsang, el Gran Maestro, ocupaba un lugar destacado, al que iban acercándose, sin ser vistos, los espíritus a los que sus oraciones acababan de redimir. Un poco más atrás escuchaban sus explicaciones con suma atención los personajes más importantes de la ciudad. Todos, jóvenes y ancianos por igual, parecían reconfortados por lo que oían. Jamás habían sospechado que la limosna poseyera tanto valor y la misericordia gozara de tanta estima en el Paraíso.

Todo ello confirmó a la Bodhisattva que aquél era un hombre superior a los demás. Era maravillosa la forma como hablaba de las pruebas por las que todo ser tiene que pasar en este mundo de sombra y polvo; de la universalidad de la Ley, tan extensa que podría cubrir todas las colinas y alcanzar hasta el último rincón del espacio. Su énfasis estaba puesto en el continuo examen de la vida y en la práctica incansable del buen obrar. De esta forma, podía conseguirse el favor del cielo y la bendición de lo alto.

El Maestro de la Ley pasó después a recitar el "Sutra de la Vida y de la Liberación de los Difuntos", para disertar a continuación sobre la "Crónica del Tesoro Divino para obtener la Paz Nacional". Concluida dicha lectura, explicó el sentido de no pocos pasajes del **Tratado sobre el mérito y el buen obrar**. La Bodhisattva se acercó entonces un poco más al estrado y, haciendo bocina con las manos, gritó:

- ¡Eh, tú, bonzo! Parece que sólo sabes hablar del Pequeño Medio. ¿Es que no tienes ni idea del Grande?

Hsüan-Tsang se alegró de que se le hiciera esa pregunta y, bajando del estrado, se dirigió hacia la Bodhisattva y le dijo, tras saludarla con respeto:

- Perdonad, respetable maestro, que no os haya tratado con la consideración que merecáis. Respecto a la cuestión que me habéis planteado, os diré que, si he disertado sobre el Pequeño Medio, ha sido porque todos los aquí reunidos saben de qué se trata, mientras que desconocen totalmente lo relativo al Grande. Yo mismo, reconociendo mi ignorancia, he de admitir que no sé gran cosa sobre él.

- Las doctrinas que acabas de exponer - replicó la Bodhisattva - son incapaces de llevar la salvación a los condenados y conducirles al cielo. Para lo único que sirven es para confundir a los mortales. Precisamente he traído conmigo el **Tripitaka** ²², tres colecciones de las leyes del Gran Medio de Buda. Esos textos sí que pueden llevar al cielo a los espíritus perdidos, librar a los que sufren de sus angustias y quebrar el ominoso ciclo de la transmigración, dotando a los cuerpos de inmortalidad.

Mientras discutían, el funcionario a cargo del incienso y de la supervisión de los diferentes salones fue al encuentro del emperador y le dijo:

- El Maestro estaba disertando sobre la Ley, cuando se vio interrumpido por los comentarios de dos bonzos andrajosos, que no saben ni dónde tienen la mano derecha. El emperador montó en cólera y ordenó su inmediato arresto. Cuando eran conducidos a la parte de atrás, se cruzaron con Tai-Chung, pero la Bodhisattva ni se inclinó ante él ni le hizo el menor saludo con la mano. Se limitó a mirarle de frente y a preguntarle:

- ¿Se puede saber qué es lo que queréis de mí, majestad?

- ¿No eres tú el monje que me trajo el otro día la túnica? - exclamó Tai-Chung, a su vez, reconociéndole.

- Así es - admitió la Bodhisattva.

- Si has venido a escuchar las explicaciones de los textos sagrados - le reprendió entonces Tai-Chung con cierta dureza -, deberías seguir escrupulosamente la dieta vegetariana y no enzarzarte en discusiones estériles con el Maestro. ¿Qué pretendes trayendo la discordia a la sala de estudio? ¿Alargar innecesariamente los oficios?

- Da la casualidad de que lo que estaba explicando ese maestro vuestro - contestó la Bodhisattva - son doctrinas del Pequeño Medio, incapaces totalmente de traer la salvación a los espíritus perdidos y llevarlos al cielo. Yo, por el contrario, conozco el Tripitaka, las leyes del Gran Medio de Buda, que pueden salvar a los condenados, liberar a los afligidos y tornar inmortal el cuerpo.

- ¿Y dónde está esa Ley del Gran Medio de Buda? - volvió a preguntar Tai-Chung, vivamente interesado.

- En la tierra de nuestro señor Tathagata - respondió la Bodhisattva -, en el Gran Templo del Trueno, que se halla situado en la India, concretamente en el Paraíso Occidental. Sus enseñanzas son tan comprometedoras que pueden desatar cien enemistades y acarrear desgracias inesperadas.

- ¿Puedes recordar algún fragmento? - insistió Tai-Chung en el mismo tono de excitación que antes.

- Por supuesto que sí - volvió a responder la Bodhisattva.

- En ese caso - concluyó Tai-Chung, loco de alegría -, que el Maestro haga subir a este monje al estrado y le permita exponer tan maravillosa doctrina.

La Bodhisattva y Moksa ascendieron a lo más alto de la plataforma, pero no tomaron allí asiento. Volaron por el aire, hasta posarse en una nube sagrada, revelando así su auténtica personalidad. La Bodhisattva sostenía en sus manos el jarrón con la rama de sauce, mientras Moksa aparecía de pie a su lado con una enorme barra de hierro. El Emperador de los Tang se sintió tan sobrecogido que inclinó la cabeza, adoptando una actitud de total veneración. El resto de los funcionarios, tanto militares como civiles, se echaron rostro en tierra y quemaron incienso. En todo el monasterio no quedó nadie que no agachara la cabeza - incluidos los bonzos, las monjas, los taoístas, las personas corrientes, los hombres de letras, los artesanos y los comerciantes - ni que exclamara, entre sobrecogido y excitado:

- ¡La Bodhisattva, la Bodhisattva!

De tan extraordinario fenómeno tenemos una canción que dice:

Cuanto vieron fue una neblina que todo lo abarcaba y al dharmakaya 23 envuelto en una luz santa. En la numinosidad de aquel aire celestial apareció, de pronto, la figura de una mujer. En la cabeza llevaba un tocado hecho con láminas de oro, en las que aparecían incrustadas flores de jade e incontables ristras de perlas. Vestía una túnica de seda azul de una tonalidad tan pálida que parecía, en realidad, blanca. A la altura de la cintura llevaba dos bolsitas para guardar perfume, de jade y perlas, que brillaban como la luna y se bamboleaban delicadamente al viento. Llevaba puesta, igualmente, una falda de seda tan blanca que daba la impresión de haber sido confeccionada por gusanos de hielo. Ribeteada en oro, conocía la belleza de las nubes de mil colores y de las cambiantes olas del mar de jaspe. Delante de ella revoloteaba una cacatúa de pico rojo y plumaje amarillento, que acostumbraba a vagar por el Océano Oriental y el mundo

entero fomentando obras de misericordia y piedad filial. En sus manos sostenía un jarrón, auténtico dispensador de bienes, del que salía una pequeña ramita de sauce, capaz de humedecer el azul del cielo y barrer del mundo todo mal. A sus pies crecía una flor de loto dorada, contrapunto cromático a los anillos de jade que unían no pocas porciones de su vestimenta. De esta guisa se dejó ver Kwang Shr-Ing 24, la liberadora de las penas y el dolor.

Tan inesperada visión entusiasmó tanto a Tang Tai-Chung que se olvidó por completo de los asuntos del imperio. Lo mismo les ocurrió a los funcionarios, tanto civiles como militares, quienes, dejando de lado la etiqueta de la corte, empezaron a gritar, entusiasmados:

- ¡Estamos con la Bodhisattva Kwang Shr - Ing! ¡Estamos con ella!

Tai-Chung hizo llamar al más reputado de los pintores de su reino y le ordenó que hiciera a toda prisa un boceto de la auténtica figura de la Bodhisattva. El elegido fue un tal Wu Tao-Tsu, retratista especializado en sabios y dioses por lo elevado y noble de sus concepciones. A él precisamente le fueron después confiados los retratos de personajes ilustres que figuraban en la Torre Ling-Yen. Sin pérdida de tiempo tomó su incomparable pincel y dejó plasmada para la posteridad la figura de la Bodhisattva. Apenas lo hubo concluido, se fueron difuminando poco a poco las nubes sagradas, hasta que, finalmente, desapareció del todo la luz dorada. En ese mismo momento descendió de lo alto un pliego de papel, en el que había sido escrito en un estilo "sung" ²⁵ lo siguiente:

Invitamos al Gran Gobernante de los Tang a ir en busca de las escrituras más sobresalientes del Occidente. Largo es, en verdad, el camino, pero sus sesenta mil kilómetros conducen directamente al Mahayana 26 o Gran Medio. Sólo sus enseñanzas son capaces de redimir a los espíritus condenados y conducirles al cielo. Quien se ofrezca voluntario para tan penoso viaje se convertirá en un buda de oro.

En cuanto Tai-Chung lo hubo leído, se volvió a los monjes y les dijo:

- Creo que lo mejor es que suspendamos la ceremonia hasta que alguien haya traído los textos del Gran Medio. Mientras tanto, esforcémonos por dar cuantos frutos de virtud podamos.

Todos los presentes estuvieron de acuerdo con la decisión del emperador, quien, volviendo a elevar la voz, preguntó:

- ¿Quién se presta a ir al Paraíso Occidental en busca de las escrituras sagradas?

Apenas había acabado de decirlo, cuando se adelantó el Maestro de la Ley e, inclinándose humildemente la cabeza, dijo:

- Aunque no soy más que un pobre monje sin instrucción, estoy dispuesto a mostraros la fidelidad propia de un perro o un caballo. Yo iré en busca de esas escrituras y, de esa forma, vuestro reino se mantendrá firme y duradero.

El Emperador de los Tang se mostró muy complacido. Se llegó hasta donde yacía el monje y, levantándole con sus propias manos, proclamó:

- Si estáis dispuesto a demostrarme de esa forma vuestra lealtad, sin importaros para nada la distancia o las molestias del viaje, mi deseo es que, antes de que lo emprendáis, establezcamos un pacto de hermandad.

Hsüan-Tsang volvió a echarse rostro en tierra y empezó a golpear repetidamente el suelo con la frente en señal de gratitud. El Emperador de los Tang era, en verdad, un hombre de palabra y, tomando a Buda por testigo, se inclinó cuatro veces seguidas ante Hsüan-Tsang, llamándole "mi hermano, el monje santo". Profundamente conmovido, Hsüan-Tsang replicó:

- Yo, majestad, no soy más que un pobre bonzo que no sabe hacer otra cosa que perseguir la perfección. No comprendo qué habéis visto en mí para tratarme con tanta

consideración y cariño. Os prometo que no ahorraré esfuerzos ni penalidades hasta que no haya alcanzado el Paraíso Occidental. No regresaré con las manos vacías, os lo aseguro. Prefiero la muerte y la eterna condenación en el infierno a volver sin las escrituras.

Se volvió a continuación hacia la imagen de Buda y, tomando en sus manos tres varillas de incienso, juró cumplir fielmente la misión que le había sido encomendada. Complacido, el emperador regresó en su carroza al palacio, donde redactó un documento por el que nombraba su representante al Maestro de la Ley. Su publicación quedó, no obstante, en suspenso, a la espera de un día y hora propicios para ello.

Una vez que todos se hubieron retirado, Hsüan-Tsang regresó, a su vez, al Templo de la Gran Bendición. Muchos de los monjes que en él residían y no pocos de sus discípulos, al enterarse del asunto de las escrituras, corrieron a su encuentro y le preguntaron:

- ¿Es verdad que habéis jurado ir al Paraíso Occidental?

- Así es - contestó Hsüan-Tsang, sincero.

- Pero yo he oído decir que el camino hasta ese lugar es largo y que está plagado de innumerables peligros - replicó, preocupado, uno de sus discípulos -. Eso sin contar los tigres, los leopardos y toda clase de monstruos que acechan, amenazadores, a los caminantes. ¿Cómo vais a libraros de ellos? ¿No se os ha ocurrido pensar que la marcha es fácil y el regreso muy inseguro?

- He hecho un juramento y estoy dispuesto a cumplirlo pase lo que pase - respondió Hsüan-Tsang -. Es más, he pactado con el cielo que, si no regreso con esas escrituras, caiga sobre mí la eterna condena del infierno. El emperador me ha concedido un gran honor confiándome una misión de tanta transcendencia y estoy decidido a pagarle con lealtad toda la confianza que ha depositado en mí. No puedo permitirme el lujo de defraudarle, aunque no sepa lo que me espera en el camino.

Cambió a continuación de tono y añadió:

- Nadie sabe en concreto el tiempo que estaré fuera. Quizá dos años, o tres, o seis, o siete. Lo único seguro es que, cuando veáis que las ramas de los pinos que hay plantados a la puerta señalan hacia el oeste, estaré a punto de concluir el viaje. De lo contrario, deberéis seguir esperando.

Los discípulos tomaron buena nota de esas palabras y agacharon la cabeza, apenados. A la mañana siguiente Tai-Chung celebró audiencia, acudiendo todos los funcionarios a su llamada. Juntos redactaron un documento formal, en el que se especificaba el propósito del viaje y se pedía se ofreciera a su portador toda la ayuda que precisara. Apenas habían acabado de estampar los sellos, cuando se presentó el encargado imperial de los estudios astronómicos y dijo:

- La posición de los planetas es hoy extremadamente favorable para el inicio de viajes especialmente largos.

Semejante informe agradó sobremanera al Emperador de los Tang. Al poco rato se presentó el Guardián de la Puerta Amarilla, quien anunció con voz solemne:

- El Maestro de la Ley espera ser recibido en audiencia.

El emperador le hizo entrar en seguida y le dijo, entusiasmado:

- Querido hermano, según los astros, hoy es un día propicio para el viaje. Acabamos, además, de redactar un salvoconducto que lleva estampado el sello imperial. Sería conveniente, por tanto, que iniciaras el camino cuanto antes. Quisiera que aceptaras como regalo esta escudilla de oro rojizo, que puedes usar a lo largo del viaje para pedir limosna. Te acompañarán dos personas y tendrás un caballo a tu entera disposición.

Complacido, Hsüan-Tsang aceptó los regalos con grandes muestras de agradecimiento y se puso inmediatamente en camino. El emperador montó en la carroza y salió a despedirle a las puertas de la ciudad, acompañado de gran número de funcionarios.

Todos los monjes del Monasterio de la Gran Bendición estaban esperándole allí con todas sus ropas, tanto de verano como de invierno. Al verles, el emperador ordenó que lo cargaran todo en uno de los caballos y pidió después a un oficial que le acercara un jarro de vino. Tai-Chung llenó una copa y, al disponerse a brindar, preguntó:

- ¿Qué otro nombre tienes, hermano, aparte del que ya conocemos?

- Yo, señor, soy tan pobre - respondió Hsüan-Tsang - que no tengo ni familia. ¿Cómo voy a poseer otro nombre?

- No importa - contestó Tai-Chung -. La Bodhisattva dijo que en el Paraíso Occidental había tres colecciones de escrituras. ¿Qué te parece si a partir de hoy te llamamos Tripitaka?

- A nadie podía habersele ocurrido un nombre más apropiado - volvió a responder Hsüan-Tsang. Sin embargo, no se atrevió a tomar el vino y añadió -: Deberíais saber, majestad, que el alcohol nos está totalmente prohibido. Yo, de hecho, no lo he probado en toda mi vida.

- Hoy es un día muy especial - replicó Tai-Chung -. Este viaje me ha dado muchísimas esperanzas. ¿Por qué no tomas una copa de vino vegetariano y brindamos juntos por el éxito de la empresa?

Hsüan-Tsang no se atrevió a decir que no. Cuando se disponía a llevarse el vino a la boca, vio que Tai-Chung se agachaba de pronto, cogía un poco de tierra y se lo echaba directamente en la copa. Tripitaka puso tal cara de sorpresa que el emperador soltó la carcajada y preguntó:

- ¿Cuánto tiempo calculas que puede llevarte este viaje al Paraíso Occidental?

- Probablemente estaré de vuelta dentro de tres años - respondió Tripitaka.

- Un tiempo muy largo para un viaje plagado de dificultades - comentó Tai-Chung -. Bebe, hermano, y recuerda esto: un poco de polvo de tu propio país es muchísimo más valioso que diez mil piezas de oro de otras tierras.

Tripitaka comprendió entonces el significado de lo que acababa de hacer y tomó la copa de un solo trago, agradeciendo al emperador cuanto había hecho por él. Sin más, salió por la puerta, abandonando la ciudad, mientras Tai-Chung regresaba, apenado, a su palacio.

No sabemos qué le ocurrió durante el viaje. Quien quiera averiguarlo deberá escuchar con atención a las explicaciones que se dan en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XIII

LA LIBERACIÓN DE LA ESTRELLA DE ORO EN LA GUARIDA DEL TIGRE. PUO-CHIN DETIENE AL MONJE EN LA CORDILLERA DE LA DOBLE BIFURCACIÓN

El poderoso Emperador de los Tang hizo público un documento, por el que encargaba a Hsüan-Tsang ir en busca de las fuentes del Zen. Estaba dispuesto a llegar hasta el Habitáculo del Dragón y a escalar el Pico del Buitre. ¿Cuántas naciones debería cruzar para lograr tan alto objetivo? Nadie dudaba que habría de trasponer más de diez mil montañas. Guiado por un ideal tan sublime, abandonó la corte y se dirigió hacia el oeste, para alcanzar el Gran Vacío con la sola ayuda de su ley y de su fe.

El doce del noveno mes del decimotercer año del período Chen-Kwan Tripitaka fue despedido a las mismas puertas de la ciudad de Chang-An por el emperador y no pocos de sus funcionarios. Durante dos días los caballos galoparon sin cesar y no tardaron en llegar al Monasterio de la Puerta de la Ley, donde salieron a recibirles el guardián y los quinientos monjes que en él residían. Después de ofrecerle un vaso de té, se sentaron a la mesa y tomaron una cena vegetariana. Apenas la hubieron concluido, comenzó a caer

la noche. Las sombras fueron tachonando poco a poco el cielo de estrellas, mientras hacía su aparición la luna, brillante como las aspiraciones de un hombre puro. A lo lejos una bandada de patos salvajes regresaba cansinamente a su nido. Todos los hogares se fueron quedando a oscuras, menos los monasterios de los monjes, que empezaron a recitar sus oraciones, sentados sobre esteras de bambú. Los rezos duraron hasta bien entrada la noche. Para entonces varios bonzos habían empezado ya a discutir sobre las doctrinas budistas y la conveniencia de desplazarse al Paraíso Occidental en busca de más escrituras. Algunos afirmaron que el viaje era largo en extremo, con amplios ríos que vadear y altísimas montañas que trasponer; otros dijeron que el camino estaba plagado de tigres, leopardos y otras bestias; un tercer grupo mantuvo que había cordilleras tan altas que ningún hombre las había escalado jamás; finalmente, los más imaginativos insistieron en que lo más peligroso eran unos monstruos a los que nadie había logrado dominar hasta la fecha. Mientras hablaban, Tripitaka mantuvo cerrada celosamente la boca, limitándose a sacudir la cabeza y a apuntar con el dedo a su corazón. Intrigados, muchos de los monjes doblaron las manos a la altura del pecho y le preguntaron, respetuosos:

- ¿Por qué señaláis sin cesar vuestro corazón y sacudís tanto la cabeza?

- Cuando la mente está en movimiento - respondió Tripitaka -, hace su aparición el reino de la destrucción y la muerte, mientras que, cuando permanece inactiva, la vida se hace más fuerte. En el Monasterio de la Metamorfosis, delante de la estatua de Buda, hice un juramento solemne y no me queda otra alternativa que hacer cuanto esté de mi mano por cumplirlo. No pararé, pues, hasta haber alcanzado el Paraíso Occidental, haberme entrevistado con Buda y haber conseguido las escrituras. De esta forma, la Rueda de la Ley 1 girará en nuestra dirección y el reinado de nuestro señor quedará asegurado para siempre.

Estas palabras hicieron nacer la admiración en todos los presentes, que exclamaron, respetuosos:

- ¡Qué maestro tan leal y valiente! - y, deshaciéndose en elogios, le acompañaron hasta el lecho.

Al poco tiempo los guardianes de la ciudad empezaron a hacer sonar las cañas de bambú, haciendo saber a todos sus habitantes que la luna acababa de ponerse. Los cantos de los gallos parecían querer forzar al sol a salir de su escondite nocturno. Muchos de los monjes abandonaron entonces el lecho y se pusieron a preparar el desayuno. Hsüan-Tsang vistió su túnica y se dirigió al templo a orar, diciendo:

- Yo, señor, soy vuestro discípulo Chen Hsüan-Tsang y me encuentro de camino hacia el Paraíso Occidental en busca de las escrituras. Sin embargo, mis ojos son demasiado débiles y les cuesta reconocer la auténtica figura del Buda viviente. Por eso, desearía haceros una promesa: quemaré incienso en cuanto monasterio encuentre a largo del camino, os prestaré adoración en dondequiera que me tope con vos, y barreré y adecentaré cuanta pagoda tenga el honor de vislumbrar. A cambio sólo os pido que seáis misericordiosos conmigo y me mostréis vuestro cuerpo de diamante de cinco metros de altura. Vos sabéis bien que mi único anhelo es conseguir las escrituras y traerlas a las Tierras del Este.

En cuanto hubo terminado la oración, regresó al monasterio y tomó un poco de comida. Para entonces sus dos acompañantes habían ensillado ya los caballos y preparado todo lo indispensable para el viaje. Tripitaka se despidió de los monjes a la puerta del monasterio, pero ellos se echaron a llorar y le acompañaron durante más de siete kilómetros. Tripitaka les vio partir con lágrimas en los ojos. Sin embargo, su meta era el Oeste y hacia allí se dirigió con decisión. Era a finales del otoño y los árboles aparecían totalmente desnudos. Sólo las altas columnas de los arcos dejaban caer alguna que otra

hoja roja. Muy pocos caminantes se aventuraban a lanzarse a los caminos, cubiertos de lluvia y lodo. Todo parecía conjurarse para llenar el corazón de pesadumbre y tristeza. No pasó mucho tiempo antes de que los juncales se vieran cubiertos de nieve. Desconcertados, los patos eran incapaces de encontrar el sitio exacto de sus nidos. Las nubes se extendían, amenazantes, sobre todo el paisaje cubierto de escarcha y hielo, mientras las golondrinas y los gansos salvajes se disponían a emigrar hacia otras tierras. Sus gritos sonaban urgentes y desesperados.

Después de viajar durante varios días, el maestro y sus acompañantes llegaron a la ciudad de Kung-Chou. Allí salieron a recibirles las autoridades en pleno, quienes insistieron en que se quedaran a pasar la noche. A la mañana siguiente continuaron su camino, no sin antes aprovisionarse de comida y bebida. Caminando de día y descansando de noche, llegaron a las dos o tres jornadas al distrito de He-Chou, que constituía el último baluarte del Gran Imperio Tang. Al enterarse el comandante en jefe de toda la frontera y los monjes del distrito que el Maestro de la Ley, un hermano del mismísimo emperador, se dirigía hacia el Paraíso Occidental en busca de escrituras, salieron a recibirles con todo el boato que se esperaba de ellos. Las autoridades religiosas les invitaron a pasar la noche en el Monasterio de Fu-Yüan, donde fueron agasajados por todos los monjes que en él residían. Después de la cena sus dos acompañantes, concedores de los deseos de su señor de proseguir el viaje cuanto antes, dieron de comer a los caballos para no perder ni un solo minuto a la mañana siguiente. Apenas hubo cantado el gallo, los monjes saltaron del lecho y prepararon el desayuno, para que tan ilustre visitante pudiera seguir su camino cuando le viniera en gana. En realidad, no era tan temprano, ya que a finales del otoño y durante todo el invierno los gallos suelen cantar un poco más tarde que en las otras estaciones. Aun así, cuando abandonaron las fronteras del imperio, todo estaba cubierto de escarcha y la luna brillaba como si fuera noche cerrada. A los veinte o treinta kilómetros se toparon con una cordillera tan alta que pronto comprendieron que les iba a ser extremadamente difícil atravesarla. En vano trataron de encontrar un paso, temiendo a cada momento equivocarse de rumbo. Cuando más nerviosos estaban, resbalaron los tres al tiempo y cayeron, caballo incluido, en el interior de una fosa muy profunda. Tripitaka estaba aterrado, lo mismo que sus compañeros, que no dejaban de temblar de miedo. Lo más alarmante de todo fue que empezaron a oír voces gritando:

- ¡Agarradlos! ¡Que no se escape ninguno!

Al punto se levantó un viento huracanado y apareció un grupo de cincuenta o sesenta ogros, que, tras echar mano de Tripitaka y de sus compañeros, les sacaron en volandas de la fosa. Sin dejar de temblar, el Maestro de la Ley miró a su alrededor y vio a un Rey Monstruo sentado en lo alto. Su figura era realmente aterradora y su cara poseía una fiera fuera de lo común. Sus ojos brillaban como rayos y su voz hacía temblar a las montañas, como si se tratara del trueno. Poseía unos dientes protuberantes y tan desiguales como sierras, que emergían de la comisura de los labios, como si de colmillos se tratara. Todo su cuerpo estaba cubierto de extrañas figuras, que en el espinazo adquirían la forma de espirales que ascendían por él como si fueran de humo. El vello que le cubría era acerado y las garras, sólidas e imponentes, parecían espadas recién afiladas. Incluso el bravo Hwang-Kung 2 de Tung-Hai se habría echado a temblar al ver al Rey de la Montaña del Sur con sus cejas blancas.

Tripitaka estaba tan aterrado que sintió cómo le abandonaba el espíritu, y los huesos y tendones se le entumecían de golpe. El Rey Monstruo ordenó que les ataran y, echando mano de gruesas cuerdas, los ogros obedecieron sin rechistar. Cuando se disponían a devorarlos, se oyó fuera un rumor de voces y alguien informó:

- Acaban de llegar el Oso Señor de la Montaña y el Buey Ermitaño.

Tripitaka levantó la cabeza y vio que el primero era un tipo atezado, de aspecto valiente y cuerpo fornido. Su fuerza era tanta que era capaz de separar el agua de los mares. Recorría sin cesar los bosques, sólo para mostrar lo irreductible de su poder. Aunque soñar con osos ha sido interpretado desde siempre como buen augurio ³, éste movía a la sumisión y al temor. Era, de hecho, tan fuerte que podía, según le viniera en gana, subirse o quebrar los árboles que quisiera. Poseía, además, una inteligencia tan profunda que era capaz de predecir la cercanía del invierno. No es extraño que fuera conocido como el Señor de la Montaña.

El otro estaba dotado de un impresionante par de cuernos y de una no menos llamativa joroba. Vestía una túnica verdosa y su modo de andar era cansino, denotando un modo de ser más bien tranquilo. Era hijo de un toro y una vaca y se mostraba muy servicial con los hombres, especialmente a la hora de arar. No en balde era conocido por doquier con el nombre de Buey Ermitaño.

Los dos entraron contoneándose con cierta jactancia y el Rey Monstruo se apresuró a darles la bienvenida.

- Debo felicitaros, general Yin - exclamó el Oso Señor de la Montaña -. Se nota que el tiempo no pasa por vos y que estáis en tan buena forma como siempre.

- Es algo ciertamente increíble - confirmó el Buey Ermitaño -. El general Yin cada vez parece más joven.

- Hacía muchísimo tiempo que no os veía, caballeros - dijo, a su vez, el Rey Monstruo, tratando de cambiar de conversación -. ¿Se puede saber dónde habéis estado?

- Haraganeando por ahí un poco - contestó el Señor de la Montaña.

- Haciendo lo que se puede - respondió casi al mismo tiempo el Buey Ermitaño, y todos tomaron asiento.

Uno de los acompañantes de Tripitaka había sido atado con tal rudeza que empezó a gemir de dolor. Sorprendido, el fortachón se volvió y preguntó:

- ¿Cómo han llegado esos tres hasta aquí?

- No lo sé - contestó el Rey Monstruo -. Ellos solitos se presentaron ante mi puerta, sin que nadie les llamara.

- ¿Podéis servirnoslos para cenar? - preguntó el Buey Ermitaño, soltando la carcajada.

- ¡Por supuesto que sí! - exclamó el Rey Monstruo, complacido.

- Creo que lo mejor es que no terminemos con todos - sugirió el Señor de la Montaña -. Comámonos dos y dejemos el otro para más adelante.

El Rey Monstruo aceptó la idea sin rechistar. Llamó a sus servidores y les ordenó que descuartizaran y sacaran las tripas a los acompañantes de Tripitaka. Las cabezas, corazones e hígados fueron para los invitados, el anfitrión dio buena cuenta de las extremidades y los otros ogros se encargaron de devorar la carne que sobraba. Parecían auténticos tigres. Mascarón con tanta rapidez que a los pocos segundos no quedaba ni la médula de los huesos. Tripitaka estaba tan aterrado que creía estar teniendo una pesadilla. Era la primera prueba a la que se veía sometido después de abandonar Chang-An, pero no dudó ni un solo segundo de la bondad de su empresa.

Poco a poco empezó a dibujarse por el este una tímida línea de luz. Los dos monstruos permanecieron sentados hasta que hubo amanecido del todo. Se pusieron entonces de pie y se despidieron de su anfitrión, diciendo:

- Estamos en deuda con vuestra generosa hospitalidad. Tened por seguro que, en cuanto dispongamos de la menor oportunidad, os pagaremos con la misma moneda - y se marcharon.

El sol estaba ya alto en el cielo. Tripitaka se encontraba sumido en tal sopor que era incapaz de distinguir el norte del sur y el este del oeste. En ese estado le pareció ver, de pronto, a un anciano con un bastón acercarse a él con paso cansino. Al llegar a su altura,

sacudió las manos y todas sus ropas se pusieron en movimiento. Sopló después sobre Tripitaka y éste pareció recobrar el aliento. Se dejó caer sobre el suelo y dijo:

- Os agradezco que me hayáis salvado la vida.

- Levantaos - replicó el anciano, tras aceptar su gratitud -. ¿No os dejáis aquí nada?

- Mis dos acompañantes han sido devorados por los monstruos - contestó Tripitaka -. Por lo que respecta al caballo y al equipaje, no tengo ni idea de dónde pueden estar.

- ¿No es aquél vuestro caballo? - volvió a preguntar el anciano, al tiempo que señalaba con su bastón.

Tripitaka se dio la vuelta y vio que tanto el animal como las alforjas habían sufrido el menor desperfecto. Sorprendido, miró al anciano de frente y le preguntó:

- ¿En qué lugar estamos? ¿Cómo es posible que andéis solo por estos parajes?

- Ésta - respondió el anciano - es la Cordillera de la Doble Bifurcación, un lugar plagado de tigres y lobos. ¿Cómo te las has arreglado para llegar hasta aquí?

- Abandoné el Distrito de He - Chou con el primer canto del gallo - contestó Tripitaka -. Me temo que mis compañeros y yo deberíamos haber esperado a que hubiera amanecido, porque nos perdimos y empezamos a dar trompicones entre la niebla. Fue así como fuimos a parar a manos del terrible Rey Monstruo. Al poco rato se presentaron el Oso Señor de la Montaña y el Buey Ermitaño, dos bestias de aspecto feroz que se empeñaron en llamar General Yin al Monstruo. Entre los tres se zamparon a mis dos acompañantes en una cena que duró justamente hasta el amanecer. No sé por qué me respetaron a mí.

- El Buey Ermitaño - explicó el anciano - es, en realidad, el espíritu de un toro salvaje; el Señor de la Montaña, el de un oso, y el General Yin, el de un tigre. En cuanto a los otros, os diré que se trata de demonios de árboles y montañas, y de espíritus de muy variada procedencia. No pudieron hacer nada contra vos, porque poseéis un natural piadoso y puro. Seguidme, si lo deseáis, y os enseñaré el camino que debéis seguir.

Tripitaka no encontraba palabras para agradecerse. Ajustó las cinchas al caballo y, tomándolo por las riendas, caminó con cuidado detrás del anciano. Así pudo abandonar la fosa en la que había caído y regresar al sendero principal. Estaba tan agradecido cuando se halló en terreno seguro, que quiso echarse rostro en tierra; pero, al darse la vuelta, tras atar el caballo a unos arbustos, comprobó que el anciano había desaparecido. En aquel mismo momento se levantó una suave brisa y le vio elevarse hacia lo alto montado en una garza blanca de cabeza sonrosada. Poco a poco fue amainando el viento y entonces cayó una hojita de papel en la que aparecía escrito con esmerada caligrafía lo siguiente:

Soy el Planeta Venus y he acudido en tu auxilio por expresa orden del Cielo. No desfallezcas y sigue adelante. Recuerda que, mientras dure tu noble misión, siempre gozarás de nuestra ayuda.

En cuanto Tripitaka lo hubo leído, se inclinó ante el cielo y dijo:

- Gracias, Estrella de Oro, por haberme liberado - y, agarrando las riendas del caballo, continuó su solitario y melancólico viaje.

Los parajes por los que ahora discurría eran fríos y batidos de continuo por la lluvia y el viento. A veces se oía el leve murmullo de las aguas de un arroyo y se percibía el tímido aroma de las flores silvestres. Las rocas se apilaban unas sobre otras, como inaccesibles murallones, a medida que ascendía. A lo lejos se escuchaban gritos de monos y berridos de ciervos entre esporádicos gorjeos de pájaros. La calma era absoluta; estaba claro que no había hombre alguno en varios kilómetros a la redonda. Eso hizo que el monje cayera nuevamente presa de la ansiedad y que el mismo caballo se sintiera tan intranquilo que empezaron a fallarle las patas.

Descorazonado, pero dispuesto a sacrificar su vida por la misión a la que se había

comprometido, Tripitaka continuó su penosa ascensión por la cordillera, que se hacía más escabrosa con cada paso que daba. Caminó durante medio día y en todo ese tiempo no se topó con un solo hombre o lugar habitado. La punzada del hambre se hacía cada vez más intensa y las fuerzas le iban fallando. Para colmo de males, se encontró con que dos tigres terribles le cortaban el paso, mientras a sus espaldas serpenteaban varias culebras enormes y a su derecha e izquierda se movían, amenazantes, infinidad de bestias de la más variada procedencia. A Tripitaka no le quedó más remedio que encomendarse a la decisión protectora de los Cielos. Poco podía hacer por escapar, pues el caballo estaba totalmente derrengado y parecía incapaz de dar un solo paso más. Tanta era su debilidad que dobló las patas delanteras y se quedó tumbado en el suelo. No había forma de moverle. Los palos no servían de nada y tirar de las riendas hubiera resultado completamente inútil. Lo peor era que al Maestro de la Ley apenas le quedaba espacio para poner los pies. Desesperado, se resignó a su suerte, dispuesto a ceder ante la muerte.

Sin embargo, aunque la situación era francamente peligrosa, la salvación estaba ya en camino. Cuando se disponían a saltar sobre él, algo hizo huir a las bestias, a los tigres dispersarse y a las serpientes esconderse. Tripitaka levantó la vista, desconcertado, y vio venir a un hombre con un tridente de acero en las manos y un arco sujeto a la cintura. No podía negarse que se trataba de un héroe. Llevaba cubierta la cabeza con una piel de leopardo salpicada de amatistas y vestía una túnica hecha de piel de cordero, sobre la que se habían estampado varios bordados de seda negra. Su cintura la ceñía una correa, en cuya hebilla se apreciaba la figura de un rey bárbaro con cabeza de león. Sus botas eran llamativamente altas y habían sido confeccionadas con arte. Tenía unos ojos tan saltones que parecían los de un ahorcado, mientras que lo descuidado de su barba le hacía parecer un dios guerrero. Así lo atestiguaban el arco y las flechas envenenadas que llevaba colgados a la cintura y el tridente de acero puro que sostenía en las manos. Su voz recordaba al bramido del trueno y era capaz de llenar de temor a todas las criaturas que habitaban en el bosque.

Cuando Tripitaka vio que se encontraba a una distancia suficiente para ser entendido, se echó rostro en tierra y gritó:

- ¡Tened compasión de mí! ¡Os lo suplico!

El hombre se llegó hasta donde estaba el monje, clavó el tridente en el suelo y, ayudándole a levantarse con inesperada dulzura, dijo:

- No tengáis miedo. Yo soy incapaz de hacer mal a nadie. Para vuestra información os diré que me gano la vida cazando por estos parajes. Me llamo Liou Puo-Chin, aunque todo el mundo me conoce por el nombre Guardián de la Montaña. He salido a buscar algo de comer. Lo que menos sospechaba era que fuera a tropezarme con vos. Espero no haberos asustado.

- Yo - explicó entonces Tripitaka - soy un pobre monje que se dirige hacia el Paraíso Occidental en busca de los escritos de Buda por expreso deseo de su majestad el Emperador de los Tang. Antes de que llegarais, me vi rodeado por un número incalculable de tigres, lobos y serpientes y no pude seguir adelante. Afortunadamente, en cuanto os vieron acercaros, huyeron despavoridos y así pude salvar la vida. Estoy, pues, en deuda con vos.

No ha sido nada - se disculpó, tímido, Puo-Chin -. Las bestias salvajes me temen, porque, como ya os he dicho antes, me gano la vida matando tigres, lobos y leopardos, y cazando las serpientes y reptiles que puedo. Si venís del imperio de los Tang, no tenéis nada que temer. Este territorio es, de hecho, parte de él y yo soy uno más de sus súbditos. Por lo que se ve, los dos reverenciamos al mismo Hijo del Cielo y somos ciudadanos de la misma nación. Si queréis, podéis descansar en mi choza y proseguir

mañana el viaje.

Tripitaka se puso loco de contento, al escuchar esas palabras. Agarró al caballo de las bridas y siguió lentamente al cazador. Ascendieron por una pendiente muy pronunciada y a los pocos pasos volvió a escucharse el ulular del viento. Eso hizo que Puo-Chin se detuviera de pronto y dijera:

- Sentaos aquí y no os mováis. Algo me dice que anda cerca un leopardo. Voy a ver si lo cazo y así podré ofrecer os algo de comer.

Al oírlo, Tripitaka sintió cómo le martilleaba el corazón en el pecho. De nuevo volvieron a abandonarle las fuerzas y se quedó como clavado en el suelo. El Guardián de la Montaña, por su parte, tomó el tridente y avanzó con cuidado hacia delante. A los pocos pasos se topó de frente con un enorme tigre de piel estriada, que se dio a la fuga en cuanto le vio. Puo-Chin salió disparado tras él, gritando con su potente voz de trueno:

- ¡Maldita bestia! ¿Se puede saber adonde intentas huir?

Al darse cuenta de que la huida era inútil, el tigre se dio media vuelta, desplegó sus garras y se enfrentó con el temible tridente de su adversario. Tripitaka estaba tan aterrado que no podía moverse del sitio. Jamás había visto tanta violencia después de abandonar el vientre de su madre. El Guardián de la Montaña persiguió al tigre hasta el mismísimo pie de la montaña, donde hombre y bestia se enzarzaron en un formidable encuentro.

Los cabellos del Guardián se movían como remolinos de viento, mientras el animal levantaba nubes de polvo, que hablaban a las claras de su increíble fortaleza. Mostrando sus afilados dientes, lanzó un terrible zarpazo contra su adversario, que lo esquivó con un rápido movimiento de cintura. Después alzó el tridente y el sol se reflejó en su acero. El tigre levantó una nube de polvo con la cola y el golpe del cazador erró el pecho de la bestia. Los dos eran extremadamente ágiles y se esquivaban con la maestría de auténticos guerreros, de lo contrario uno de los dos hubiera ido a reunirse en seguida con el Rey Yama. Los rugidos del tigre se escuchaban en toda la montaña, sumiendo a las bestias y a los pájaros en un incontrolable temblor. Por su parte, los gritos del Guardián de la Montaña impresionaron de tal manera al firmamento que dejó ver al punto su tesoro de estrellas. La fiereza de uno hacía como si fueran a salirse los ojos de sus órbitas, pero poco eco encontraban en el corazón del otro semejantes baladronadas. El Guardián de la Montaña era un luchador excelente, que no desmerecía en nada de la impecable técnica del rey de los animales salvajes. Hombre y bestia luchaban por su vida, sabedores de que quien se descuidara sería el primero en perderla.

El encuentro duró aproximadamente una hora. Para entonces las garras del tigre comenzaron a hacerse cada vez más lentas y su cuerpo empezó a perder elasticidad. Eso terminó perdiéndole, porque al poco rato el Guardián de la Montaña acertó, por fin, a clavarle el tridente en el pecho. ¡Fue un espectáculo digno, en verdad, de lástima! El acero destrozó el corazón de la bestia y al punto se llenó de sangre todo el suelo. El Guardián de la Montaña lo agarró entonces por una oreja y lo arrastró ladera arriba. ¡Qué envidiable constitución la de aquel hombre! Apenas jadeaba, cuando llegó a la altura de Tripitaka; su rostro no había cambiado en absoluto de color.

- Hemos tenido suerte - dijo, feliz, al monje -. Este tigre nos proporcionará el sustento de un día por lo menos.

- En verdad sois un dios de la montaña - afirmó Tripitaka, celebrando su triunfo con entusiasmo.

- ¿Yo? - exclamó Puo-Chin, sorprendido -. ¿Qué he hecho, en definitiva, para merecer un título como éste? Todo ha sido producto de la buena suerte. Vamos. Hay que despellejarlo cuanto antes, para que podáis comer sin tardanza. Porque me figuro que

tendréis hambre, ¿no es así?

Con el tridente en una mano y arrastrando al tigre con la otra, se dispuso a abrir la marcha, seguido de Tripitaka y su caballo. Una vez transpuesta la empinada ladera, llegaron a una aldea perdida en la montaña, en cuyas calles abundaban las enredaderas salvajes y se veían las raíces de árboles centenarios. El aire era allí muy fresco, aunque desaparecía toda sensación ante la belleza del paisaje en el que se hallaba enclavada. Los senderos que conducían a ella estaban cubiertos de flores silvestres de un aroma tan intenso que quedaba para siempre impregnado en el cuerpo. Los cañaverales no eran abundantes, pero el verdor de su bambú era muy superior al de cualquier otro lugar. Aquella aldea parecía arrancada de un cuadro con sus porches cubiertos de hierba, sus patios vallados, sus puentes de piedra y sus paredes blanqueadas. ¡Qué rara elegancia la de aquel lugar tan humilde! La presencia del otoño se hacía notar en el fresco enérgico del viento, en las hojas amarillentas que festoneaban los caminos, en las nubes blanquecinas que desdibujaban las cumbres de las montañas... En la lejanía del bosque se escuchaban los cantos de las aves silvestres, mientras más cerca, en el interior mismo del pueblo, sólo se oía el alborotador ladrido de los perros.

Al llegar a la puerta de su casa, Puo-Chin dejó caer al suelo el tigre muerto y, levantando la voz, preguntó:

- ¿Hay alguien en casa?

Al instante salieron a su encuentro tres o cuatro sirvientes, de aspecto mezquino y desagradable, que llevaron a la bestia al interior de la casa. Puo-Chin les ordenó que la descuartizaran e hicieran con ella un guiso para su ilustre invitado. Se volvió a continuación hacia Tripitaka y le invitó a hospedarse en su hogar. El Maestro de la Ley no sabía cómo corresponder a tantas atenciones. Sin saber exactamente lo que decía, le agradeció nuevamente que le hubiera salvado la vida, a lo que Puo-Chin replicó con presteza:

- No necesitáis agradecerme nada. Al fin y al cabo, pertenecemos a la misma nación, ¿no es así?

Tras sentarse a tomar una taza de té, acudieron a dar la bienvenida a Tripitaka una anciana y una mujer que tenía todas las trazas de ser su nuera.

- Ésta - dijo Puo-Chin, señalando a la anciana - es mi madre y esa otra mi esposa.

- Permitidme que ceda el puesto de honor a vuestra respetable progenitura - pidió Tripitaka -. No está bien que yo, una persona más joven, goce de más consideración que ella.

- ¡De ninguna manera! - protestó la anciana -. Vos sois nuestro invitado y, además, venís desde muy lejos. Permaneced sentado, por favor, y no seáis tan educado.

- Este monje, madre - explicó Puo-Chin -, se dirige hacia el Paraíso Occidental en busca de los escritos de Buda por expreso deseo del Emperador de los Tang. Le encontré en la cordillera y, puesto que ambos pertenecemos a la misma nación, le invité a venir a descansar a nuestra casa. Mañana, si quiere, podrá proseguir su camino.

- ¡Qué bien! - exclamó la anciana, visiblemente complacida - No se te podía haber ocurrido una idea mejor. Este monje nos viene que ni caído del cielo. Precisamente mañana es el aniversario de la muerte de tu padre y he pensado que no estaría de más que presidiera algún tipo de oficio por él. Me figuro que le dará igual marcharse pasado mañana.

A pesar de ser cazador, el Guardián de la Montaña tenía un alto sentido de la piedad filial y aceptó en seguida la sugerencia de su madre. En un abrir y cerrar de ojos, preparó el incienso y el papel moneda y expuso todo el plan a Tripitaka. Mientras discutían los detalles, empezó a oscurecer. Los criados trajeron entonces sillas y una mesa, y empezaron a servir diferentes platos confeccionados con carne de tigre, algunos

de ellos al vapor. Puo-Chin invitó a Tripitaka a sentarse a la mesa, informándole oportunamente que el arroz no tardaría en llegar.

- ¡Santo cielo! - exclamó Tripitaka, juntando las manos -. Yo he sido monje toda mi vida y jamás he probado carne.

- Eso sí que es un problema - replicó Puo-Chin, apenado -, porque en esta casa jamás se ha seguido una dieta vegetariana. Me figuro que no nos sería muy difícil encontrar por ahí algo de bambú y alguna que otra verdura, pero por fuerza tendrían que ser cocinadas con grasa de tigre o de ciervo. Eso sin contar con que todas nuestras cazuelas están impregnadas de grasa animal hasta le médula. ¿Qué podríamos hacer? Perdonad que haya sido tan descuidado.

- No os preocupéis - trató de consolarle Tripitaka -. Disfrutad de la comida solo. Yo soy capaz de resistir el hambre tres o cuatro días seguidos. Si he de seros sincero, para mí todo es preferible a saltarme a la torera la dieta vegetariana.

- Suponed que os morís de hambre - protestó Puo-Chin -. ¿Qué va a pensar la gente de mi hospitalidad?

- Bastante amable habéis sido conmigo al salvarme de los tigres y los lobos - le tranquilizó Tripitaka -. Morir de hambre es mucho mejor que terminar siendo pasto de un tigre.

La madre de Puo-Chin oyó entonces la conversación y, dirigiéndose a su hijo, dijo:

- Deja de decir tonterías, por favor. Ahora mismo voy a prepararle un plato vegetariano.

- ¿Se puede saber de dónde vas a sacarlo? - exclamó Puo-Chin, sorprendido.

- Eso a ti no te importa - replicó la anciana -. Es asunto exclusivamente mío.

Pidió a su nuera que le bajara un puchero y lo calentó hasta que toda la grasa se hubo derretido. Después lo lavó con cuidado, restregándolo una y otra vez, y lo llenó de agua, que puso inmediatamente al fuego. Echó a continuación unas cuantas hojas de olmo y así preparó una sopa, a la que agregó un poco de arroz, unas cuantas mazorcas de maíz y dos o tres puñados de verduras secas.

- Tomad esto, maestro, y no os preocupéis - dijo a Tripitaka, a la hora de servírselo -. Os aseguro que ésta es la comida más pura y carente de inmundicias que mi nuera y yo hemos preparado en toda nuestra vida.

Tripitaka se sintió tan conmovido que se levantó para darle las gracias. Puo-Chin, por su parte, se cambió a otra mesa y al instante sus criados le sirvieron una cantidad increíble de platos de carne de tigre, de ciervo, de serpiente, de conejo y de venado curado. Cogió los palillos, pero, cuando se disponía a llevarse a la boca el primer trozo, vio que Tripitaka juntaba las manos y se ponía a recitar algo que no logró entender del todo. Corrido de vergüenza, volvió a dejar los palillos sobre la mesa y se puso respetuosamente de pie. Al verlo, Tripitaka dio por terminada su oración y dijo:

- Comed, antes de que se os quede frío.

- Se nota que os gusta recitar pequeños pasajes de las escrituras - comentó Puo-Chin, aliviado.

- ¿Quién os ha dicho que era un fragmento de las escrituras? - le corrigió Tripitaka -. Se trataba de una simple plegaria para antes de comer.

- ¡Cuidado que sois los monjes! - exclamó Puo-Chin -. Hasta para llevaros el alimento a la boca tenéis que rezar.

En cuanto hubieron terminado de cenar, los criados recogieron la mesa y Puo-Chin acompañó a Tripitaka a la parte de atrás de la casa. Era ya noche cerrada y se dirigieron hacia un cobertizo cubierto de paja. Entraron en él y encontraron unos cuantos arcos muy pesados con sus correspondientes carcajees colgados de la pared. De las vigas pendían dos espléndidas pieles de tigre, malolientes y llenas de sangre, que parecían dar sombra a un gran número de lanzas, cuchillos y tridentes que había clavados en la tierra

en uno de los rincones. En medio podían verse dos asientos, en los que Puo-Chin invitó a Tripitaka a sentarse, pero éste fue incapaz de soportar el olor de la sangre y volvieron a salir al frescor de la noche. Justamente detrás del cobertizo había un inmenso jardín lleno de canteros de crisantemos dorados y de arcos de llamativo color carmesí. Al punto se produjo entre el follaje una leve agitación y aparecieron unos cuantos ciervos, que no se asustaron en absoluto de su inesperada presencia. Sorprendido, Tripitaka dijo a su acompañante:

- Jamás sospeché que pudierais domesticar a tantos animales.

- En la ciudad de Chang-An - replicó Puo-Chin - la gente trata de hacer frente a un futuro incierto amontonando riquezas, arroz y cualquier otro tipo de grano. Aquí los cazadores hacemos lo mismo, pero con animales salvajes. Esto es todo.

Mientras hablaban, se hizo noche cerrada y decidieron volver al interior de la casa a descansar. A la mañana siguiente madrugaron todos mucho. Tras preparar un banquete vegetariano para un huésped de tanta importancia, le pidieron que diera comienzo a los oficios. Después de lavarse las manos, el monje se dirigió al salón de los antepasados, donde quemó incienso en compañía del Guardián de la Montaña. Se inclinó a continuación ante el altar familiar y, tras golpear su pez de madera, recitó las fórmulas para la purificación de la boca, a las que siguieron las de la mente y el cuerpo. En seguida se embarcó en el Sutra para la Salvación de los Muertos, suplicándole Puo-Chin, una vez concluido éste, que compusiera una oración particular para su padre, cosa a la que él accedió, complacido. Con voz sonora y acertado tono cantó seguidamente el Sutra del Diamante y el Sutra de Kwang-Ing. Después de un breve descanso para reponer fuerzas, leyó varios pasajes del Sutra del Loto y del Sutra de Amitaya, para terminar con el Sutra del Pavo Real y la narración de cómo Buda curó a un monje mendicante. Para entonces había vuelto a caer la noche, el momento ideal para quemar, junto con el incienso, las efigies de varios caballos de papel, los dibujos de diferentes deidades y la oración compuesta para tan solemne momento. Así se dio por terminada la ceremonia budista y todos se fueron retirando poco a poco a sus aposentos.

Las oraciones de Tripitaka resultaron tan efectivas que aquella noche el padre de Puo-Chin, un espíritu condenado que había vagado sin rumbo por el Reino Inferior desde el momento mismo de su muerte, se apareció en sueños a todos los miembros de su familia y les dijo:

- Durante mucho tiempo me he visto sometido a terribles tormentos en la Región de las Sombras, sin poder conseguir la salvación. Afortunadamente las súplicas de ese monje han contribuido eficazmente a la remisión de todas mis culpas y el Rey Yama ha decidido reencarnarme en una noble y rica familia de la respetable nación china. Deberíais, por tanto, agradecerle cuanto ha hecho por mí, mostrándoos generosos con él. Ahora me temo que debo abandonaros - y se retiró del sueño.

No existe, en verdad, fin más noble en la vida que la liberación de un muerto de todas sus penas y sufrimientos. Cuando la familia se despertó, había empezado ya a amanecer. Muy excitada, la esposa de Puo-Chin le agarró del hombro y le sacudió, diciendo:

- Anoche soñé que tu padre volvía a casa para decirnos que durante mucho tiempo se había visto sometido a terribles tormentos en la Región de las Sombras, sin poder conseguir la salvación. Afortunadamente las súplicas de ese monje habían contribuido eficazmente a la remisión de todas sus culpas. Tanto que el Rey Yama había decidido reencarnarle en una noble y rica familia de la respetable nación china. Me pidió después que le agradeciéramos cumplidamente cuanto había hecho por él y, aunque yo le supliqué que se quedara, se alejó a toda prisa de mi sueño. Apenada, me desperté en seguida y sólo te he visto a ti a mi lado.

- ¡Qué extraño! - exclamó Puo-Chin, sorprendido -. Yo también he tenido el mismo

sueño. Vamos a contárselo a nuestra madre.

Pero, cuando se disponían a salir de la habitación, oyeron gritar a la anciana:

- Puo-Chin, ven en seguida. Tengo algo importante que decirte.

Alarmados, entraron en su habitación y la encontraron sentada en la cama.

- Hijo, mío - dijo, alborozada, al verles -. Ayer soñé que tu padre volvía a casa y me ordenaba que agradeciéramos al monje cuanto había hecho por él, ya que, gracias a su acción mediadora, había obtenido por fin la remisión de sus pecados. También me informó de que estaba a punto de reencarnarse en una rica familia de la noble nación china.

Al oírlo, tanto el hombre como la mujer se echaron a reír ante la sorpresa de la anciana.

- Mi esposa y yo también hemos tenido un sueño como ése - explicó Puo-Chin, cuando pudo, por fin, dominar la risa -. Precisamente veníamos a decírtelo. Lo que menos nos esperábamos es que tú también hubieras soñado lo mismo.

Llamaron a cuantas personas habitaban en la casa y acudieron a los aposentos del monje a darle las gracias. En cuanto éste les abrió la puerta se echaron rostro en tierra y dijeron:

- Nunca os recompensaremos lo suficiente por haber librado a nuestro padre de los tormentos del infierno.

- ¿Qué he hecho yo para merecer tantas atenciones? - protestó Tripitaka, sorprendido, Puo-Chin le contó entonces el sueño que habían tenido los tres y Tripitaka se sintió complacido. En seguida le prepararon una comida vegetariana y le regalaron una bolsa llena de monedas de plata, que él rechazó con firmeza ante la desesperada insistencia de toda la familia.

- Para mí el dinero no tiene valor alguno - trató de hacerles comprender -. Ahora bien, si deseáis acompañarme durante una parte del viaje, os estaré eternamente agradecido.

A Puo-Chin, a su esposa y a su madre no les quedó, pues, más remedio que guardar el dinero y preparar a toda prisa unas cuantas tortas de harina sin cribar, que Tripitaka aceptó con visible satisfacción. Puo-Chin se puso a continuación las botas y se dispuso a acompañarle durante todo el tiempo que le fuera posible. Siguiendo los consejos de su madre, ordenó a varios criados que cogieran las armas y les sirvieran de escolta. Pertrechados de esa forma, salieron a la carretera principal, contemplando, asombrados, la indescriptible belleza de las montañas y cumbres.

Así continuaron aproximadamente durante medio día. Cuando el sol parecía estar en su cenit, se toparon con una montaña tan alta y escabrosa que su cima se perdía en el infinito azul del firmamento. No tardaron en llegar a su pie. El Guardián se detuvo un momento, miró lo empinado de su falda y empezó a ascender por ella, como si estuviera andando por un terreno totalmente llano. A media ascensión, sin embargo, se detuvo de pronto, se dio media vuelta y dijo al monje:

- Me temo que sólo puedo acompañaros hasta aquí. A partir de ahora tendréis que proseguir solo el camino.

Al oírlo, Tripitaka desmontó de su cabalgadura y le suplicó con manifiesta ansiedad:

- Seguid un poco más, por favor.

- No puedo hacerlo - se disculpó Puo-Chin -. ¿No comprendéis que ésta es la Montaña de las Dos Fronteras? La parte oriental está bajo el dominio de los Tang, pero la occidental pertenece ya a los tártaros. Me temo que los tigres y lobos que allí habitan no me consideran su soberano y de poco puede valerlos, por tanto, mi protección. Eso sin contar con que no me está permitido cruzar la frontera. Os lo repito. Es preciso que sigáis solo.

Un miedo mortal se abatió sobre Tripitaka. Sin saber lo que hacía agarró las mangas del cazador y se puso a llorar sin ningún pudor sobre ellas. La situación se hacía tensa por

momentos, pero era claro que el momento de la separación había llegado. Fue entonces cuando del fondo de la montaña se oyó una voz que decía:

- ¡Mi maestro acaba de llegar! ¡Mi maestro acaba de llegar!

Tripitaka se quedó mudo y hasta el mismo Puo-Chin se puso a temblar.

No sabemos quién era el que gritaba de esa forma. El que desee averiguarlo tendrá que escuchar las explicaciones que se brindan en el próximo capítulo.

CAPITULO XIV

VUELTA DEL MONO DE LA MENTE AL CAMINO DE LA VERDAD Y DEL BIEN. LA DESAPARICIÓN DE LOS SEIS BANDIDOS 1

La Mente es Buda y Buda es la Mente; ambos poseen la misma importancia. Quien llega a comprender que no existen ni objetos ni mente está en posesión del dharmakaya de la auténtica inteligencia. El dharmakaya carece de forma y se manifiesta bajo la apariencia del brillo de una perla, en el que todo está contenido. El auténtico cuerpo es el que carece de él y la forma más real es la que no tiene ninguna. No existen ni la forma, ni el vacío, ni la nada, ni el ir, ni el volver, ni el darse la vuelta, ni la igualdad, ni lo contrario, ni el ser, ni el no-ser, ni el dar, ni el recibir, ni el desear. Todo el universo y el reino de Buda caben en un solo grano de arena; en la mente y el cuerpo se contiene todo el cosmos. Para llegar a conocer en profundidad todo esto, es preciso someterse a Sakyamuni y renunciar a todo obrar.

Decíamos que Tripitaka y Puo-Chin, desconcertados y muertos de miedo, oyeron una voz estruendosa, que decía: - ¡Mi maestro acaba de llegar! ¡Mi maestro acaba de llegar!

- Lo más seguro es que ése sea el mono que lleva varios siglos encerrado en el interior de la montaña - exclamaron, temblando, los criados.

- ¡Claro que sí! - confirmó el Guardián de la Montaña -. Por fuerza tiene que ser él.

- ¿De qué mono estáis hablando? - preguntó Tripitaka. - Antiguamente este lugar era conocido como la Montaña de las Cinco Fases - explicó el Guardián -, pero cambió a su nombre actual tras las heroicas campañas, que, con el fin de asegurar la parte occidental de su imperio, llevó a cabo el Emperador de los Tang. Hace años oí decir que esta montaña cayó de los cielos con un mono dentro. Tan extraño fenómeno sucedió en la época en que Wang-Mang ² usurpó el trono de los Han. Según los ancianos, el animal sobrevivió al hambre, al frío y al calor, observado siempre por los espíritus de la tierra, que le alimentaron con bolas de hierro y apagaron su sed con bronce líquido. No me cabe la menor duda de que es él el que está gritando de esa forma. Pero no tengas miedo. Es totalmente inofensivo. ¿Por qué no bajamos al pie de la montaña a echar un vistazo?

A Tripitaka no le quedó más remedio que aceptar y, volviendo grupas, descendió por la empinada ladera a lomos de su caballo. Después de desandar unos cuantos kilómetros, se toparon con un habitáculo de piedra, en cuyo interior, efectivamente, había un mono que no paraba de agitar las manos ni de decir en un estado de extrema agitación:

- ¿Por qué habéis tardado tanto en llegar, maestro? Llevo esperándoos yo qué sé la de siglos. Sacadme de aquí y juro que os protegeré de cuantos peligros encontréis de aquí a las tierras del Paraíso Occidental.

El monje se acercó para verle mejor y comprobó que poseía una boca protuberante, un rostro totalmente plano y dos ojos tan penetrantes que parecían emitir fuego. Llevaba tanto tiempo encerrado que le habían crecido líquenes en la cabeza, hierbajos en las orejas, musgo en las sienes y cardos en la barbilla, justamente en el lugar que debía haber ocupado una espesa y poblada barba. Sus cejas y narices estaban, además, totalmente cubiertas de barro y eso le daba una apariencia de condenado que ha perdido

toda la esperanza. Su cuerpo estaba tan sucio que era difícil distinguir sus manos y pies de las escarpadas rocas que le rodeaban. Afortunadamente sus ojos y su lengua no parecían haber sufrido el menor anquilosamiento, cosa que no podía afirmarse de otras partes menos favorecidas de su cuerpo. A estado tan lamentable había quedado reducido el que, quinientos años atrás, se había otorgado a sí mismo el título de Gran Sabio. Su castigo estaba, sin embargo, a punto de concluir.

El Guardián de la Montaña se armó de valor y, acercándose a tan repelente criatura, le arrancó unos cuantos cardos de la barbilla y un poco de musgo de las sienas y le preguntó:

- ¿Quieres decir algo?

- Sí, pero no a ti - contestó el mono -. Es con el monje con el que desearía hablar. Tengo que preguntarle algo.

- ¿Qué es lo que quieres saber? - replicó en seguida Tripitaka.

- ¿Te ha enviado el emperador de las Tierras del Este en busca de las escrituras sagradas? - inquirió el mono.

- Así es - admitió Tripitaka -. ¿Quieres decirme por qué lo preguntas?

- Yo - respondió el mono - soy el Gran Sabio, Sosia del Cielo, y hace aproximadamente quinientos años sembré de confusión el Palacio Celeste. Eso hizo que Buda me castigara encerrándome bajo esta mole de piedra. Hace cierto tiempo, sin embargo, acertó a pasar por aquí la Bodhisattva Kwang-Ing, la cual me informó que se dirigía a las Tierras del Este en busca de un hombre justo que estuviera dispuesto a ir por las escrituras. Yo le pedí entonces que me ayudara y ella me hizo prometerle que jamás me volvería a ver envuelto en desórdenes como los que en su día protagonicé. De esta forma, acepté las leyes de Buda, comprometiéndome, al mismo tiempo, a proteger al futuro Peregrino durante toda la duración de su viaje hacia el Oeste. No me cabe duda de que entonces me serán perdonadas mis ofensas y recibiré una recompensa sustanciosa. Esto explica que haya estado esperándoos día y noche, pues sólo vos podéis sacarme de aquí. A cambio me convertiré en discípulo vuestro y os brindaré toda la protección que preciséis.

- ¿Cómo puedo liberarte? - exclamó Tripitaka, desconcertado -. A pesar de tus buenas intenciones y de lo que te dijo la Bodhisattva, no tengo a mano nada para hacer agujeros, ni siquiera una simple hacha.

- ¿Quién está hablando de instrumentos? - protestó el mono -. Para liberarme sólo necesitas quererlo de verdad.

- ¡Por supuesto que lo quiero! - replicó Tripitaka -. Pero ¿puedes decirme cómo hacerlo?

- Muy sencillo - respondió el mono -. En la cima de esta montaña hay una losa de piedra con un texto que escribió el mismo Buda con letras de oro. Cógela y apártala de la cumbre. Eso bastará para que pueda abandonar esta mazmorra.

Tripitaka accedió a hacer inmediatamente lo que le pedía. Se volvió pues, hacia Puo-Chin y le suplicó, diciendo:

- Acompáñame hasta lo alto de esta montaña, por favor. - ¿Crees que está diciendo la verdad? - preguntó Puo-Chin, desconfiado.

- ¡Claro que sí! - protestó el mono con energía -. ¿Cómo iba a atreverme a mentiros en la situación en la que me encuentro?

A Puo-Chin no le quedó más remedio que llamar a sus criados y ordenarles que agarraran a los caballos de las bridas. De esta forma iniciaron su penosa ascensión a la cima de la montaña, a la que lograron llegar asiéndose a zarzas y a hierbas salvajes. La cumbre era el pico más alto de toda la cordillera, sobre el que confluían diez mil rayos de luz dorada. Como había dicho el mono, allí se levantaba una losa enorme, en la que

habían sido escritas las siguientes palabras: "Om mani padme hum". Tripitaka se llegó hasta ella, se arrodilló y se quedó mirándola con detenimiento. Tocó después varias veces el suelo con la frente y, volviéndose hacia el oeste, oró, diciendo:

- Yo, vuestro indigno discípulo Chen Hsüan-Tsang, he sido elegido para ir en busca de los textos sagrados. Si, en verdad, ese mono ha sido predestinado para ser seguidor mío, permitidme que pueda arrancar esas letras de oro y así quedará libre para acompañarme hasta la Montaña del Espíritu. Por el contrario, si no es más que un monstruo cruel que sólo busca engañarme y arruinar la empresa a la que me he comprometido, haced que ni siquiera pueda moverlas del sitio.

Tras tocar nuevamente el suelo con la cabeza, se dirigió hacia la piedra y arrancó con increíble facilidad las letras de oro que había incrustadas en ella. Al instante se levantó un viento aromático, que arrancó la losa y la elevó hacia lo alto, mientras se oía una voz que decía:

- Yo soy el carcelero del Gran Sabio, cuya condena concluye hoy. Regreso, por tanto, al lado de Tathagata a entregarle el sello que en su día me confió.

Tripitaka, Puo-Chin y los criados se sintieron tan aterrados que se dejaron caer al suelo, sin atreverse a mirar hacia lo alto. Cuando descendieron, por fin, de la montaña, se llegaron hasta la mazmorra de piedra y dijeron al mono:

- La losa ha sido levantada, así que puedes salir cuando quieras.

- Si no os importa - replicó el mono, loco de contento -, me gustaría que os apartarais un poco. De esa forma, cuando salga, no os asustaréis tanto de mi aspecto.

Puo-Chin llevó a Tripitaka y a los criados a una distancia de tres o cuatro kilómetros hacia el este, pero el mono gritó:

- ¡Más lejos! ¡Un poco más lejos!

Tripitaka y sus acompañantes se vieron obligados a alejarse tanto que terminaron abandonando la montaña. Se produjo entonces un temblor tan fuerte que por un momento pareció como si la montaña se hubiera derrumbado o la tierra se hubiera partido en dos. Todos estaban sobrecogidos de temor. Pero, antes de que pudieran darse cuenta, el mono se había colocado ya delante del caballo de Tripitaka y, arrodillándose en el polvo, dijo, visiblemente emocionado:

- ¡Estoy libre, maestro! ¡Libre!

Se inclinó cuatro veces ante Tripitaka y, poniéndose de pie de un alto se dirigió respetuosamente a Puo-Chin, diciendo:

- Os agradezco las molestias que os habéis tomado al acompañar hasta aquí a mi maestro y el gesto que habéis tenido al arrancarme las hierbas de la cara.

Apenas hubo acabado de decirlo, fue a asegurar con una cuerda el equipaje de su maestro. Pero, al verle, el caballo se puso muy nervioso y a punto estuvo de encabriolarse. Como el mono había sido el encargado de los caballos-dragón en los establos celestes, su autoridad entre esos animales era tanta que se ponían a temblar en cuanto le veían. Tripitaka comprendió que se trataba de alguien con intenciones honestas, un auténtico servidor de la causa budista, y, llamándole, le preguntó:

- ¿Cómo te llamas, discípulo?

- Yo - contestó el mono - me apellido Sun.

- Permíteme, en ese caso, que te busque un nombre religioso. Así me será más fácil dirigirme a ti.

- Semejante gesto os honra, maestro - replicó el mono - y yo os lo agradezco de todo corazón. Sin embargo, ya poseo un nombre religioso. De hecho, me llamo Sun Wu-Kung.

- He de admitir que te cae muy bien - afirmó Tripitaka, complacido -. Sin embargo, pareces un monje mendicante. ¿Qué te parece si a partir de hoy te llamo el Peregrino

Sun?

- ¡Excelente! - exclamó Wu-Kung.

Al ver que el Peregrino Sun había terminado los preparativos para continuar la marcha, Puo-Chin se volvió hacia Tripitaka y le dijo, respetuoso:

- Sois afortunado, al haber encontrado aquí a un discípulo como este. Enhorabuena. Parece una persona excelente y estoy seguro de que será un buen compañero de viaje. Por mi parte, me temo que he de regresar cuanto antes a casa.

Jamás podré agradeceros lo que habéis hecho por mí - replicó Tripitaka, inclinando la cabeza -. Pido disculpas a vuestra madre y a vuestra esposa por las molestias que se han tomado conmigo y decidles que para mí será un honor saludarlas a la vuelta.

Puo-Chin asintió y se alejó, seguido de sus criados. El Peregrino Sun pidió entonces a Tripitaka que montara en el caballo y reiniciaron la marcha. El mono iba delante con el equipaje a la espalda. Al poco tiempo de dejar atrás la Montaña de las Dos Fronteras, vieron a un tigre de aspecto feroz, que rugía, amenazante, - sus ojos parecían echar fuego. Nervioso, Tripitaka tiró de las riendas y se puso a temblar. El Peregrino, por su parte, se echó a un lado y dijo a su maestro, alegre como si acabara de encontrar un tesoro:

- No temáis. Éste es un regalo que el cielo ha puesto en mi camino, pues, como comprenderéis, no puedo ir por ahí totalmente desnudo.

Dejó el equipaje en el suelo y, llevándose la mano a la oreja, sacó una aguja pequeñita, la sacudió contra el viento y al punto se convirtió en una barra de hierro tan gruesa como un cuenco de arroz. La miró con satisfacción y exclamó, sonriendo:

- Durante más de quinientos años no he hecho uso de este tesoro. Ahora va a proporcionarme una vestimenta calentita y cómoda.

De dos zancadas se llegó hasta donde estaba el tigre y gritó:

- ¡Maldita bestia! ¿Adonde crees que vas?

El tigre se agachó, como si fuera un gatito, y permaneció agazapado contra el suelo, sin atreverse a moverse. El Peregrino Sun levantó la barra de hierro y la dejó caer con fuerza sobre la cabeza de la bestia. El cráneo se hizo añicos y el cerebro saltó como si fueran diez mil pétalos rojizos de flor de melocotón. Al mismo tiempo, los dientes volaron por el aire, como incontables esquivas de jade blanco. Chen Hsüan-Tsang estaba tan asustado que se cayó del caballo y empezó a gritar, mordiendo las uñas:

- ¡Santo cielo, esto es francamente increíble! Para reducir el otro día al tigre, el Guardián de la Montaña se vio obligado a luchar con él casi medio día. Sun Wu-Kung, por el contrario, lo ha hecho añicos hoy con un solo golpe de su barra. Ahora comprendo el dicho que afirma: "Por muy fuerte que seas, siempre hay otro más fuerte que tú".

- Maestro - sugirió el Peregrino, trayendo a rastras al tigre -, ¿por qué no os sentáis un rato, mientras le quito la piel? No os preocupéis. Seguiremos el viaje en cuanto haya hecho con ella un vestido apropiado para mí.

- Pero te llevará mucho tiempo - protestó Tripitaka -. Además, no tienes utensilios a mano.

- Por eso no os preocupéis - le tranquilizó el Peregrino -. Dispongo de mis propios medios. Ya veréis.

Se arrancó unos cuantos pelos y soplando sobre ellos una bocanada de aire mágico, gritó:

- ¡Transformaos!

Al punto se convirtieron en un cuchillo curvo y sumamente afilado, con el que descuartizó el tigre. Su pericia era tan grande que consiguió la piel entera. Le quitó después las zarpas y la cabeza y, de esta forma, obtuvo una pieza rectangular. La

levantó en alto y, tras calcular sus medidas a ojo, concluyó:

- Me parece que es un poco grande para mí. Lo mejor es que la parta por la mitad.

Cogió el cuchillo y la dividió en dos partes iguales. Guardó una y la otra se la ciñó a la cintura, sujetándola con una especie de juncos que crecían a la misma vera del camino.

- Ya está, maestro - dijo entonces, satisfecho -. Cuando nos topemos con alguna casa y dispongamos de tiempo suficiente, pediré prestado un poco de hilo y lo coseré mejor. Ahora podemos proseguir nuestro camino.

Volvió a sacudir la barra de hierro y al instante se transformó en una aguja pequeñita, que de nuevo se metió en la oreja. Tras cargar con el equipaje, ayudó al maestro a montar en el caballo y continuaron el viaje.

- ¿Dónde has metido la barra con la que acabas de matar al tigre? - preguntó, sorprendido, el monje -. No me irás a decir que ha desaparecido.

- No, no - respondió el Peregrino, sonriendo -. No tenéis ni idea de lo poderosa que es. La conseguí en el Palacio del Dragón del Océano Oriental. Se llama la Guardiana de la Vía Láctea, aunque también es conocida como la Barra Complaciente de los Extremos de Oro. Cuando me rebelé contra el cielo, me sirvió de gran ayuda, ya que puede convertirse en lo que yo quiera, sin importar la forma o el tamaño. Precisamente acabo de transformarla en una diminuta aguja de bordar y, así, he podido metérmela en la oreja. La volveré a sacar cuando lo necesite.

- ¿Por qué se quedó quieto el tigre cuando te vio? - volvió a preguntar Tripitaka -. ¿Cómo explicas que no hiciera nada por defenderse?

- Hasta un dragón se hubiera comportado de la forma como lo hizo esa bestia - contestó Wu-Kung -. Aunque no lo creáis, tengo poder para dominar los dragones, domesticar a las fieras, hacer que los ríos se desborden y los océanos se piquen. Soy capaz, además, de descubrir el carácter de una persona con sólo mirarle a la cara y de averiguar si lo que está diciendo es verdad o no según sea el tono de su voz. Si quiero, puedo llegar a ser tan grande como el mismo universo o tan pequeño como el vello más insignificante. Tengo, en suma, poder para transformarme en lo que me dé la gana e incluso hasta para convertirme en invisible. ¿Qué hay de raro, pues, en que haya dominado al tigre con tanta facilidad? Esperad a que nos encontremos en auténticas dificultades y entonces comprobaréis con vuestros propios ojos lo que soy capaz de hacer.

Al oírlo, Tripitaka se sintió más tranquilo y espoleó a su caballo. No pararon de hablar ni un solo segundo y, así, el viaje se les hizo más llevadero. Al poco rato el sol comenzó a ponerse por el oeste, tiñendo las nubes lejanas de un rojo que por momentos iba perdiendo intensidad. Los pájaros buscaban cobijo en los bosques, llenando el crepúsculo con la nerviosa algarabía de sus cantos. Las bestias salvajes regresaban a sus guaridas en parejas, aunque también se veían, de vez en cuando, grupos mayores. La luna, garfio luminoso rodeado de un halo, había aparecido ya en el cielo, escoltada por los diez mil puntos luminosos de las estrellas.

- Debemos darnos prisa, maestro - dijo el Peregrino, levantando la vista -, porque se está haciendo muy tarde. Allí se ve un tupido grupo de árboles y me figuro que se levantará un pueblo o, cuando menos, una alquería. Tendremos que apresurarnos, si queremos encontrar alojamiento.

Tripitaka espoleó el caballo y no tardaron en llegar a una casa. Mientras el monje desmontaba, el Peregrino se dirigió hacia la puerta y empezó a aporrearla, gritando:

- ¡Abrid! ¡Abrid!

Al poco rato apareció un anciano, que se servía de un bastón para caminar. La puerta rechinó lastimosamente y el hombre casi se muere del susto, al ver al Peregrino con la piel de tigre arrollada a la cintura y un aspecto tan horripilante que parecía un dios del trueno. Preso del pánico, empezó a gritar:

- ¡Socorro! ¡Un fantasma! ¡Un fantasma! - y otras tonterías por el estilo.

Tripitaka se acercó en seguida a él y, agarrándole del brazo, le dijo:

- No tengáis miedo. Éste no es ningún fantasma, sino mi discípulo.

El anciano levantó la vista y, al ver los atractivos y bien proporcionados rasgos de Tripitaka, se avino por fin a razones y preguntó:

- ¿A qué monasterio pertenecéis y por qué habéis osado llegaros hasta mi puerta con un personaje tan siniestro como éste?

- Yo, señor - contestó Tripitaka -, vengo de la corte de los Tang y me dirijo hacia el Paraíso Occidental en busca de las escrituras de Buda. Al pasar por aquí, se nos hizo de noche y decidimos llegarnos hasta vuestra casa en busca de cobijo. Os doy mi palabra de que no nos quedaremos mucho tiempo. De hecho, pensamos proseguir la marcha en cuanto haya amanecido. Por lo que más queráis, no nos dejéis pasar la noche a la intemperie.

- Es posible que tú seas un súbdito de los Tang - replicó el anciano -, pero dudo mucho de que también lo sea ese tipo tan siniestro que viene contigo.

- ¡No sé para qué tienes tú los ojos! - exclamó Wu-Kung, levantando la voz -. Hasta un ciego puede darse cuenta de que éste, un ciudadano del imperio Tang, es mi maestro y yo su discípulo. En cuanto a mí, te diré que me importan poco las distinciones que acabas de hacer. Al fin y al cabo, todavía sigo siendo el Gran Sabio, Sosia del Cielo. Por cierto, tu familia y tú mismo deberíais recordarme, pues no es la primera vez que nos vemos.

- ¿Se puede saber dónde nos hemos visto? - preguntó, despectivo, el anciano.

- ¿No te acuerdas de que, cuando eras joven, me tirabas verduras a la cara y me ponías leña delante de los ojos? - contesto Wu-Kung.

- ¡Tonterías! - exclamó el anciano -. ¿En dónde vivías tú y dónde estaba yo para tirarte verduras a la cara y ponerte leña delante de los ojos?

Aquí el único capaz de decir tonterías eres tú - afirmó Wu-Kung -. Eso demuestra que todavía no me has reconocido. Acércate y mírame detenidamente. Soy el Gran Sabio que se encontraba prisionero en la mazmorra de piedra de la Montaña de las Dos Fronteras.

- Ahora que lo dices, te pareces un poco a él - dijo el anciano, tratando de recordar -. Pero ¿cómo has logrado escapar de allí?

Wu-Kung le explicó entonces cómo la Bodhisattva le había convertido y le había pedido que esperara la llegada del monje Tang, que le liberaría, como así había ocurrido, de su encierro y después le haría discípulo suyo. El anciano se inclinó entonces ante ellos y les suplicó que entraran en su casa. Llamó a continuación a su mujer y a sus hijos y les pidió que trataran lo mejor que pudieran a huéspedes tan respetables. Cuando les contó lo ocurrido, todos se mostraron encantados. No pasó mucho tiempo antes de que se sirviera el té, momento que aprovechó el anciano para preguntar a Wu-Kung:

- ¿Cuántos años tienes, Gran Sabio?

- ¿Y tú? - replicó Wu-Kung.

- Así, como quien no quiere la cosa, llevo ciento treinta años viviendo en este mundo - contestó el anciano.

- En ese caso - concluyó el Peregrino -, eres mi tataranieta. Si he de ser sincero, no me acuerdo de cuándo nací. Lo único que sé es que he pasado más de quinientos años debajo de esa montaña.

- Sí, sí, - confirmó el anciano -. Recuerdo que mi tatarabuelo me contó una vez que la montaña esa cayó repentinamente del cielo y que dentro tenía encerrado a un mono de origen divino. ¡Pensar que has tenido que esperar tanto tiempo para volver a gozar de

libertad! Me acuerdo de que, cuando te vi la primera vez, tenías hierbajos en la cabeza y la cara totalmente cubierta de barro. Sin embargo, no me asusté lo más mínimo. Por cierto, ahora que te los has arrancado, pareces un poco más delgado, aunque con esa piel de tigre a la cintura eres el vivo retrato de un demonio.

Todos se echaron a reír al oírlo. El anciano era, no obstante, un hombre decente y ordenó que les prepararan una comida vegetariana.

- ¿A qué familia perteneces tú? - preguntó Wu-Kung.

- A la de los Chen - contestó el anciano.

Tripitaka abandonó su asiento y corrió a presentarle sus respetos, diciendo:

- Según parece, tenemos los mismos antepasados.

- ¿Cómo puede ser eso, si vos os apellidáis Tang? - protestó Wu-Kung.

- No, no - negó Tripitaka -. Mi auténtico apellido es Chen y soy originario de la aldea de Chü-Sien, Hung-Nung, Distrito de Hai-Chou. Mi nombre religioso, de hecho, es Chen Hsüan-Tsang. Si ahora uso el apellido Tang, es porque nuestro Gran Emperador Tang Tai-Chung hizo un pacto de hermandad conmigo. De ahí que algunos me conozcan como Tripitaka o el monje Tang a secas.

El anciano se alegró mucho de que ambos tuvieran el mismo apellido.

- Perdona - dijo el Peregrino, dirigiéndose a él -, pero la verdad es que llevo sin lavarme quinientos años. ¿Te importaría pedir a tus criados que nos preparen un poco de agua caliente para bañarnos mi maestro y yo? Cuando nos marchemos, sabremos recompensártelo a nuestra manera.

Al instante el anciano mandó poner el agua al fuego e hizo traer unas tinajas y varios hachones. Después de bañarse, se sentaron junto al fuego y el Peregrino volvió a decir:

- Me temo, viejo Chen, que aún me queda un nuevo favor que pedirte. ¿Podrías prestarme una aguja y un poco de hilo?

- ¡Por supuesto! - exclamó el anciano y ordenó a uno de sus criados que fuera inmediatamente a por ellos.

El Peregrino tenía una vista muy aguda y pudo, así, percatarse de que Tripitaka se había quitado una camisa de sarga blanca y no había vuelto a ponérsela después del baño. Se la apropió con indescriptible alegría y empezó a coser pacientemente la piel de tigre. Cuando hubo concluido, volvió a enrollársela a la cintura y, paseando una y otra vez delante de su maestro, le preguntó:

- ¿Qué os parece el aspecto que tengo hoy comparado con el de ayer?

- Totalmente distinto - contestó Tripitaka -. Ahora pareces un auténtico Peregrino. Si crees que esa camisa no está muy gastada, puedes quedarte con ella.

- Gracias por el regalo, maestro - replicó Wu-Kung con respeto y salió a por un poco de heno para los caballos. En cuanto los hubo alimentado, se retiraron todos a descansar.

A la mañana siguiente Wu-Kung se despertó muy temprano y preparó el equipaje, mientras Tripitaka terminaba de vestirse. Cuando se disponían a marcharse, el anciano les trajo agua para que se lavaran y un poco de comida vegetariana. Nada más terminar de desayunar, Tripitaka montó en su caballo y reanudaron el viaje. El Peregrino iba adelante, abriendo la marcha. A los pocos días de camino hizo su presencia el invierno. Por doquier se veían árboles desnudos y arces abrasados por la escarcha. Sólo de vez en cuando podía contemplarse el verdor inalterable de los pinos y los cipreses. A principios del undécimo mes, sin embargo, los días se tornaron momentáneamente tan calurosos como en primavera y las flores del ciruelo esparcieron su aroma por todo el paisaje. Pero eso duró poco. Mientras pasaban por un puente hecho de ramas de árbol, que unía las dos orillas de una torrentera, vieron flotar sobre sus cabezas nubes grisáceas preñadas de nieve. El viento era tan frío y recio que hacía llorar. Por la noche las temperaturas bajaban tanto que resultaba imposible dormir al sereno.

Los dos caminantes llevaban cubierta una buena parte de su trayecto, cuando les salieron al encuentro seis hombres gritando como locos y armados con lanzas, espadas y arcos. Se pararon justamente en el centro del sendero y, levantando la voz, dijeron:

- Párate, monje, y bájate del caballo. Si quieres seguir adelante, tendrás que darnos todo lo que llevas.

Tripitaka estaba tan aterrado que sintió cómo el espíritu se le salía del cuerpo, cayéndose del caballo, incapaz totalmente de articular palabra. El Peregrino corrió hacia él y, ayudándole a levantarse, le dijo:

- No os asustéis, maestro. Esta gente ha venido a ofrecernos ropa y un poco de dinero para el viaje.

- ¿Estás sordo o es que no has oído lo que han dicho? - exclamó Tripitaka -. ¡Quieren que les demos el caballo y cuanto llevamos encima! ¿Cómo puedes afirmar que han acudido a socorrernos?

- Vos quedaos aquí cuidando de nuestras cosas - le sugirió el Peregrino -. Yo voy a acercarme hasta ellos a ver lo que pasa.

- ¿A ver lo que pasa? - repitió Tripitaka -. Por muy bueno que sea un puñetazo, siempre será inferior en efectividad a dos puños, y éstos a cuatro manos. ¿No lo entiendes? Tenemos ante nosotros a seis tiarrones y tú posees una constitución más bien débil. ¿Quieres decirme cómo vas a hacerles frente?

Valiente como era, el Peregrino no se avino a más razones. Se dirigió hacia ellos con los brazos cruzados y, tras saludarlos, les preguntó con inesperado desparpajo:

- ¿Se puede saber, caballeros, por qué habéis cerrado el paso a un monje tan pobre como éste?

- Somos los reyes del camino y los señores de la Montaña de la Relación Humana. Desde siempre hemos sido muy famosos, aunque tú parezcas desconocerlo. Entregadnos lo que lleváis y os dejaremos pasar. De lo contrario, os haremos picadillo.

- También yo he sido rey y señor de una montaña durante siglos replicó el Peregrino -. Sin embargo, he de admitir que en todo ese tiempo no he oído hablar de vosotros. Disculpadme, pero no sé cómo os llamáis.

- ¿Que no lo sabes? - repitió uno de ellos -. Está bien. Te voy a presentar a todos. Uno es el Ojo-que-ve-y-se-complace-en-ello, otro el Oído-que-oye-y-lo-graba-en-la-memoria, otro la Nariz-que-huele-y-se-deleita, otro la Lengua-que-saca-sabor-a-las-cosas-y-después-las-anhela, otro la Mente-que-percibe-y-codicia-la-posesión-de-lo-percibido y otro el Cuerpo-que-aguanta-y-sufre.

- Vosotros lo que sois - replicó Wu-Kung, soltando la carcajada - es unos bandidos que no sabéis reconocer a vuestro amo. ¿Cómo os atrevéis a cerrarme el paso? Sacad todo lo que habéis robado y divididlo en siete partes iguales, si queréis seguir con vida.

Al oírlo, algunos de los ladrones se echaron a reír, otros se pusieron furiosos y los menos se echaron a temblar. Todos, sin embargo, reaccionaron a la postre de la misma manera, ya que se lanzaron sobre él, gritando:

- ¡Maldito monje! No tienes nada que ofrecernos y encima nos exigas que repartamos contigo nuestro botín. ¿Quién te has pensado que eres?

Blandiendo sus lanzas y espadas, rodearon al Peregrino y descargaron sobre su cabeza no menos de setenta u ochenta golpes. Pero Wu-Kung se comportó como si no pasara nada.

- ¡Cuidado que tiene la cabeza dura este monje! - exclamó, asombrado, uno de los bandidos.

- No demasiado - le corrigió el Peregrino, riéndose -. Me parece que tanto ejercicio os está cansando un poco, ¿no es así? Es hora de que saque ya la aguja y me divierta un rato con vosotros.

- ¡No me digas que eres acupunturista! - se burló otro de los ladrones -. ¿Para qué vas a sacar la aguja, si ninguno de nosotros está enfermo?

El Peregrino se llevó entonces la mano a la oreja y cogió su pequeña aguja de bordar. La sacudió un poco cara al viento y al instante se convirtió en una barra de hierro del grosor de un cuenco de arroz. La agarró fuertemente con las dos manos y gritó con potente voz:

- ¡No corráis, cobardes! ¡Dadme la oportunidad de probar en vosotros mi barra!

Los seis ladrones se desperdigaron en todas las direcciones, pero él de dos zancadas les dio alcance, rodeándoles con felina destreza. Después los fue matando uno a uno, les quitó las ropas y les desposeyó de cuanto de valor llevaban consigo.

- Ya podéis continuar, maestro - dijo, volviéndose sonriente hacia Tripitaka -. Los bandidos han sido exterminados.

- Lo que has hecho ha sido algo terrible - le regañó Tripitaka -. Es posible que fueran unos salteadores, pero tú no tenías ningún derecho a juzgarlos y condenarlos a muerte de la forma en que lo has hecho. ¿Por qué les has matado a todos? Deberías haberte limitado a hacerles huir. ¿Cómo puedes considerarte un monje, cuando vas por ahí asesinando a la gente sin ton ni son? Quienes nos dedicamos a la vida del espíritu tenemos la obligación de "cerciorarnos de que no hay ninguna hormiga en el suelo, cuando barremos, para que no sufra daño alguno; incluso debemos rodear las velas con pequeñas pantallas, para evitar que las polillas mueran abrasadas". ¿Cómo puedes tú matar a quien te venga en gana, sin detenerte a distinguir lo blanco de lo negro? ¡Es increíble que te muestres tan poco compasivo con los demás! Menos mal que nos encontramos en un descampado y aquí está descartada toda investigación sobre los hechos. Imagina que esto hubiera sucedido en una ciudad. ¿Crees que ibas a seguir en libertad después de golpear con tu barra de hierro al que te apetezca?

- Pero, maestro - protestó Wu-Kung, desconcertado -, si no los hubiera matado, ellos habrían terminado con nosotros.

- Los monjes - sentenció Tripitaka - tenemos la obligación de morir antes que emplear la violencia. Además, hay una gran diferencia entre perder la vida uno y morir asesinados seis. No existe ninguna justificación para lo que has hecho. Incluso si fueras el juez, tendrías que admitir que tu conducta ha sido del todo desacertada.

- Cuando era rey de la Montaña de las Flores y Frutos, hace aproximadamente quinientos años - trató de defenderse el Peregrino -, maté a yo qué sé la de gente; si no llega a ser por eso, jamás habría llegado a Gran Sabio, Sosia del Cielo.

- ¿Pero es que no comprendes - replicó Tripitaka - que sufriste ese tremendo castigo, precisamente porque, al actuar sin ningún tipo de escrúpulos ni control, atrajiste sobre ti la cólera de la Tierra y la condena del Cielo? Si, después de abrazar la fe budista, aún insistes en practicar la violencia y en seguir matando a la gente como antes, no eres digno de ser un monje ni de acompañarme al Paraíso Occidental, porque simplemente eres un malvado.

El mono no estaba acostumbrado a que nadie le riñera. Al principio trató de controlarse, pero, como Tripitaka no paraba de regañarle, terminó perdiendo la paciencia y exclamó, malhumorado:

- ¡Está bien, está bien! Si consideras que no merezco ser un monje ni acompañarte hasta el Paraíso Occidental, ahora mismo me marcho y asunto concluido. ¡Basta ya de tanta reprimenda!

Antes de que Tripitaka tuviera tiempo de responder, el Peregrino dio un salto y se perdió en lo alto, después de gritar:

- ¡Allá voy!

Tripitaka levantó la cabeza, pero el mono había desaparecido ya. Sólo quedó flotando

en el aire un sonido silbante, que se desplazó como una exhalación hacia el este. El monje sacudió entonces la cabeza y suspiró:

- ¡Qué hombre! ¡Qué poco le gusta ser adoctrinado! No comprendo cómo ha podido desaparecer tan pronto y todo porque le he dicho simplemente lo que pensaba. Está bien. Se ve que mi destino es no tener ningún compañero de viaje, porque a ése no le hago volver ni aunque le llame. ¿Cómo voy a poder hacerlo, si ni siquiera sé dónde está? No me queda más remedio que seguir adelante solo - y se dispuso a continuar el camino hacia el Oeste, aunque hubiera de perder la vida en el intento o no volver a hablar con nadie en mucho tiempo.

No le quedó, pues, más remedio que coger el equipaje y cargarlo sobre el caballo. El animal parecía tan derrengado por el peso que no se atrevió a montar en él. Con las riendas en una mano y el bastón en la otra siguió su triste camino hacia las Tierras del Oeste. No se había alejado mucho, cuando se topó con una anciana que lucía una túnica de seda y llevaba en la cabeza un tocado con muchas flores. En cuanto la vio, Tripitaka se hizo deferentemente a un lado para dejarla pasar.

- ¿De dónde venís y por qué viajáis solo? - preguntó la anciana.

- Yo, señora - contestó Tripitaka, respetuoso -, me dirijo hacia el Paraíso Occidental a buscar, de parte del gran rey de las Tierras del Este, las auténticas escrituras de Buda.

El Gran Buda del Oeste - comentó la anciana - vive en la India, en el Templo del Trueno, un lugar que se encuentra aproximadamente a cincuenta mil kilómetros de distancia. ¿Cómo piensas hacer tú solo un viaje tan largo sin nadie que te acompañe?

- Hace unos días - respondió Tripitaka - me agencí un discípulo, pero tenía un carácter muy fuerte y no le gustaba que nadie se metiera en su vida. Precisamente me ha dejado solo porque le reprendí un poco. Se ve que no tenía mucho interés en aprender.

- Una auténtica lástima - exclamó la mujer -. Traigo conmigo una túnica de seda y una corona con incrustaciones de oro, que pertenecieron a mi hijo. Fue monje solamente tres días, al cabo de los cuales murió de una repentina enfermedad. Precisamente ahora vengo del monasterio en el que buscó el camino de la perfección. El luto ha concluido y su maestro me ha entregado estas cosas para que me ayuden a guardar para siempre su recuerdo. ¡Como si no fuera a mantenerlo eternamente vivo en mi corazón! A mí, en realidad, no me sirven para nada. Puesto que vos tenéis un discípulo, os las regalo para él.

- Os lo agradezco mucho - replicó Tripitaka -, pero no me atrevo a aceptarlo. Como acabo de deciros, me abandonó un poco antes de que me encontrara con vos.

- ¿Adonde se fue? - insistió la anciana.

- No lo sé - contestó Tripitaka -. Lo único que puedo deciros es que oí como una especie de silbido que se desplazaba hacia el este.

- ¡Qué casualidad! - exclamó la anciana -. Mi casa se encuentra también en esa dirección. Lo más probable es que haya ido allí. Conozco, además, un conjuro para controlar la mente que podéis aprender sin ninguna dificultad. Memorizadlo y no se lo enseñéis jamás a nadie. Ahora voy a ver si le alcanzo y logro convencerle para que vuelva con vos. En cuanto regrese, entregadle la túnica y la corona. Si se obstina en no obedeceros, recitad el conjuro en voz baja y os aseguro que no se atreverá a dejaros solo nunca más ni a ceder a la tentación de la violencia.

En prueba de agradecimiento, Tripitaka agachó la cabeza. La anciana se transformó entonces en un rayo de luz que se desplazó a toda velocidad hacia el este. De esta forma, Tripitaka cayó en la cuenta de que se trataba de la Bodhisattva Kwang-Ing. Sin pérdida de tiempo cogió un poco de arena y lo espolvoreó como si fuera incienso, inclinado hacia el este. Tomó después la corona y la túnica y las metió en la bolsa. Se sentó a continuación a la vera del camino y repitió una y otra vez el conjuro para

dominar la mente, hasta que terminó aprendiéndoselo de memoria.

Wu-Kung, mientras tanto, había viajado hasta el Océano Oriental, donde abrió un sendero en el agua que le llevó directamente al Palacio de Cristal de Agua. Al enterarse de su llegada, el Rey Dragón salió personalmente a darle la bienvenida, diciendo:

- Hasta mis oídos han llegado las nuevas de vuestra liberación, cosa de la que, ciertamente, me congratulo. Disculpadme, Gran Sabio, que no os haya felicitado todavía por ello. Supongo, de todas formas, que habréis estado muy ocupado poniendo en orden vuestra montaña y la caverna que un día habitasteis.

- Eso es lo que me hubiera gustado hacer - admitió Wu-Kung -. Sin embargo, me he convertido en un monje.

- ¿En un monje? - repitió el Rey Dragón, sorprendido -. ¿Qué clase de monje?

- Todo ha sido obra de la Bodhisattva de los Mares del Sur, que me convenció para que me dedicara a la práctica del bien y a la búsqueda de la verdad. Me comprometí, al mismo tiempo, a acompañar al monje Tang hasta las Tierras del Oeste en busca de las escrituras de Buda. Como prueba de ese compromiso, ahora se me conoce por el nombre del Peregrino.

- ¡Eso es, francamente, encomiable! - exclamó el Rey Dragón -. No es nada fácil abandonar las sendas del mal para seguir el camino del bien. Sin embargo, si lo que acabas de decirme es verdad, ¿cómo es que ahora te diriges hacia el este?

- Ese monje Tang desconoce totalmente la naturaleza humana replicó el Peregrino, soltando la carcajada -. Nos salieron al encuentro unos cuantos bandidos con la intención de robarnos y yo acabé con ellos en un santiamén. Pero, en vez de darme las gracias, ese bonzo empezó a reñirme y a echarme en cara lo supuestamente equivocado de mi acción. No pude aguantarlo y le dejé con la palabra en la boca. Precisamente me dirigía hacia mi montaña, cuando me dije que por qué no te hacía una visita y tomaba contigo una taza de té.

- ¡No sabes cuánto te lo agradezco! - volvió a exclamar el Rey Dragón y al instante aparecieron sus hijos y nietos con vasos de un té aromático.

En cuanto el Peregrino hubo apurado el suyo, se dio la vuelta y, al ver colgada de la pared una pintura que representaba el incidente de los zapatos del puente I, preguntó, interesado:

- ¿Qué es lo que quiere decir este dibujo?

- La escena que en él aparece - respondió el Rey Dragón - ocurrió cierto tiempo después de que tú nacieras. Es posible, por tanto que no lo recuerdes. De todas formas, es extraño que no hayas oído hablar de la triple entrega de los zapatos.

- ¿La triple entrega de los zapatos? - repitió el Peregrino.

- Eso es - asintió el Rey Dragón -. El inmortal de la pintura se llamaba Hwang Shr-Kung y el joven que hay arrodillado ante él, Chang-Liang 4. Shr-Kung estaba sentado en el puente I, cuando de pronto se le cayó un zapato y pidió a Chang-Liang que fuera a recogerse. El joven así lo hizo, viéndose obligado a arrodillarse para volver a ponérselo. Esto sucedió tres veces seguidas, pero Chang-Liang no dio la menor muestra de fastidio o impaciencia, cosa que le valió el cariño de Shr-Kung, el cual le enseñó en una sola noche el contenido del libro celeste y le pidió que apoyara a la casa de los Han. Chang-Liang "realizó después proyectos militares, sentado cómodamente en una tienda de campaña, que hicieron posible la obtención de victorias a varios miles de kilómetros de distancia" 5. Cuando la dinastía Han estuvo firmemente asentada, renunció a su cargo y se retiró a las montañas, donde siguió las enseñanzas de la Semilla del Pino Rojo 6 Taoísta, llegando a alcanzar la luz de la inmortalidad. Si no acompañas ahora al monje Tang y no te sometes a sus consejos y enseñanzas, ten por seguro, Gran Sabio, que toda tu vida serás un inmortal revoltoso. No pienses que a tu edad ya has conseguido todos

los Frutos de la Verdad, porque todavía te queda mucho por aprender.

Wu-Kung escuchó con atención esas palabras y reflexionó después sobre ellas en completo silencio. Eso dio ánimos al Rey Dragón para añadir:

- Esto es algo que sólo a ti te compete decidir, Gran Sabio, pero opino que es de tontos hipotecar el futuro por unos instantes de comodidad.

- No necesitas decir nada más - le atajó Wu-Kung con decisión - Ahora mismo voy a volver al lado de mi maestro.

- Si ése es tu deseo - concluyó el Rey Dragón -, no seré yo quien te detenga junto a mí ni un solo segundo. Es más, si no me lo tomas a mal, te pediría que no le hicieras esperar más tiempo y volvieras cuanto antes a su lado.

El Peregrino se dispuso en seguida a abandonar el océano y, tras despedirse del Rey Dragón, montó en una nube y se elevó por los aires. Al poco tiempo se topó con la Bodhisattva de los Mares del Sur, que le recriminó, severa:

- ¿Por qué no me hiciste caso y te negaste a acompañar al monje Tang? ¿Qué estás haciendo ahora aquí?

Desconcertado, el Peregrino la saludó desde lo alto de las nubes y respondió:

- No podéis figuraros lo agradecido que os estoy por cuanto habéis hecho por mí. Como dijisteis, se presentó en mi prisión un monje de la corte de los Tang, que rompió el hechizo y me salvó la vida. En prueba de gratitud, me convertí en seguida en discípulo suyo, pero me acusó después de ser demasiado agresivo y le abandoné. Pero sólo temporalmente. Puedes creerme. De hecho, ahora me dirijo otra vez a su lado.

- Más vale que te des prisa, antes de que cambies otra vez de opinión - se burló la Bodhisattva y continuaron su camino.

No tardó el Peregrino en ver al monje Tang sentado, muy abatido, a la vera del camino y, acercándose a él, le preguntó:

- ¿Se puede saber qué es lo que estáis haciendo aquí, maestro?

¿Por qué habéis renunciado a seguir adelante?

- ¿Dónde has estado? - replicó Tripitaka, levantando la vista -. Al desaparecer tan de repente, no me quedó otro remedio que sentarme aquí a esperarte, sin osar moverme.

- Sólo fui al Océano Oriental a pedir un poco de té a mi viejo amigo el Rey Dragón - contestó el Peregrino.

- Los que se dedican a la práctica de la virtud no deberían mentir - sentenció Tripitaka -. Has estado fuera aproximadamente media hora y ¿quieres hacerme creer que has estado tomando el té en la mansión del Rey Dragón? ¡Vamos! ¿Por quién me tomas?

- He de deciros - respondió el Peregrino, sonriendo - que soy capaz de andar por las nubes y que uno solo de mis saltos puede llevarme a una distancia de cuatrocientos o quinientos kilómetros. Ése es el motivo por el que he ido y he vuelto tan pronto.

- Te marchaste hecho una fiera, porque te regañé un poco más de lo debido - le echó en cara Tripitaka -. Está bien. Fuiste a pedir un poco de té. Una persona con tus poderes puede hacer prácticamente lo que le de la gana. Pero ¿te has detenido a pensar que a mí no me quedaba otra opción que sentarme y pasar hambre? ¿Te parece eso bonito?

- En absoluto - reconoció el Peregrino -. Si lo que tenéis es hambre, ahora mismo voy a pedir algo de comida para vos.

- No habrá necesidad de mendigar nada - informó Tripitaka - porque todavía me queda en la bolsa un poco de lo que me dio la madre del Guardián de la Montaña. Lo que sí te agradecería es que me alcanzaras un cuenco de agua. Podremos proseguir nuestro viaje en cuanto haya comido.

El Peregrino desató la bolsa y encontró unas cuantas galletas hechas con harina sin cribar. Las cogió y se las entregó en seguida al maestro. Pero vio también el pálido brillo de la túnica de seda y la corona con incrustaciones de oro y le preguntó,

interesado:

- ¿Habéis traído esto de las Tierras del Este?

- Esa corona y esa túnica siempre han sido mías - contestó Tripitaka sin pensarlo -. Las lucí en mi niñez y puedo asegurarte que quien se las ponga podrá recitar las escrituras, sin haberlas aprendido jamás, y practicar todo tipo de ceremonias, sin haberlas estudiado nunca.

- Si es así - concluyó el Peregrino, entusiasmado -, permitid que me las ponga en seguida.

- Lo más seguro es que no te valgan - comentó Tripitaka -, pero, si quieres, puedes probártelas. A mí no me importa.

Loco de contento, el Peregrino se quitó la túnica de sarga blanca y se puso inmediatamente la de seda, que parecía haber sido hecha especialmente para él. Lo mismo le ocurrió con la corona. Cuando Tripitaka vio que la llevaba en la cabeza, dejó al punto de comer y empezó a recitar en voz baja un conjuro.

- ¡Oh, mi cabeza! - se quejó entonces el Peregrino - ¡Me duele muchísimo! ¡No sé si voy a poder soportarlo!

El monje siguió repitiéndolo una y otra vez y el dolor se hizo tan intenso que el Peregrino se tiró por el suelo, tratando inútilmente de arrancarse la corona con las manos. Temiendo que fuera a romperla, Tripitaka dejó de recitar el conjuro y el dolor cesó al instante. El Peregrino se llevó la mano a la cabeza y comprobó que la fina capa de metal se había incrustado en ella como si hubiera echado raíces. Trató de arrancársela, pero todos sus esfuerzos resultaron en vano. Sacó entonces la aguja de la oreja, la metió entre el metal y la carne y empezó a apalancar como un loco. Temiendo, una vez más, que fuera a quebrarla, Tripitaka volvió a su recitación y el Peregrino comenzó a verse aquejado de nuevo por terribles dolores de cabeza. Eran tan insostenibles que empezó a dar volteretas y saltos mortales, la cara y las orejas se le pusieron totalmente rojas, los ojos se le tornaron saltones y una extraña debilidad se apoderó de todo su cuerpo. Al verlo, el monje se sintió conmovido y dejó de recitar el conjuro. El dolor desapareció al instante y el Peregrino comentó, aliviado:

- Me habéis embrujado, maestro. No cabe la menor duda.

- ¿Embrujado? - repitió Tripitaka -. Yo sólo estaba repitiendo un sutra.

- Recitadlo otra vez, a ver lo que pasa - sugirió el Peregrino.

Tripitaka volvió a su cantinela y al instante se reanudaron los dolores.

- ¡Parad, por favor! ¡Parad! - suplicó el Peregrino -. ¿No os lo decía? En cuanto abríis la boca, siento como si me fuera a estallar la cabeza.

- ¿Prometes obedecerme siempre? - preguntó Tripitaka.

- ¡Sí, sí! - respondió el Peregrino -. ¡Lo prometo!

- ¿Y que nunca vas a hacer nada contrario a nuestras normas? - insistió Tripitaka.

- ¡Lo prometo, lo prometo! - volvió a decir el Peregrino, pero no estaba dispuesto a ceder con tanta facilidad.

Sacudió la aguja y al instante adquirió el grosor de un cuenco de arroz. Con ella en las manos se volvió contra el monje Tang, pero, antes de que pudiera descargar el golpe, éste recitó el conjuro dos o tres veces más y él cayó por tierra, presa de un insostenible dolor. Era tan intenso que ni siquiera podía levantar las manos. Sólo le quedó en el cuerpo la fuerza suplicante para decir:

- ¡He aprendido la lección, maestro! ¡Parad, por lo que más queráis!

- ¿Cómo puedes ser tan malvado? - bramó Tripitaka -. Jamás imaginé que fueras capaz de intentar abatirme con tu barra.

- ¿Quién os ha dicho que pensaba hacer semejante cosa? - replicó el Peregrino -. Por cierto, ¿os importaría decirme quién os ha enseñado ese conjuro?

- Una anciana - contestó Tripitaka.

- No necesitáis decirme más - comentó el Peregrino, gruñendo malhumorado -. Esa mujer era Kwang Shr-Ing, estoy seguro. Lo que no comprendo es por qué quiere que sufra de esta forma tan atroz. Ahora mismo voy a ir a los Mares del Sur a pedirle cuentas.

- Reflexiona un poco - le aconsejó Tripitaka -. Ella conoce los efectos del conjuro. ¿No comprendes que puedo hacerte morir, recitándolo unas cuantas veces seguidas?

El Peregrino hubo de admitir que tenía razón y no se atrevió a moverse del sitio. Arrepentido, se arrodilló a los pies de Tripitaka y dijo:

- No me queda más remedio que acompañaros hasta el Oeste. El método que la Bodhisattva ha ideado para controlarme es francamente extraordinario. Os prometo que no iré a molestarla, pero vos, por favor, no volváis a pronunciar el conjuro. Os seguiré de buena gana y jamás os abandonaré.

- En ese caso - concluyó Tripitaka, satisfecho -, ayúdame a montar en el caballo y prosigamos cuanto antes nuestro viaje.

El Peregrino desechó para siempre todo intento de rebeldía. Se arremangó la túnica, se cargó el equipaje a la espalda y continuaron su camino hacia las Tierras del Oeste.

No sabemos lo que les acaeció después, por lo que todo aquel que desee conocerlo deberá escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XV

EN LA MONTAÑA DE LA SERPIENTE ENROSCADA MUCHOS DIOSES APORTAN SU AYUDA SECRETA.

EL CABALLO DE LA VOLUNTAD ES DOMADO EN EL TORRENTE DEL ÁGUILA AFLIGIDA

Durante varios días el Peregrino y el monje caminaron bajo un cielo helado propio de mediados de invierno. Soplaba sin cesar un viento gélido, viéndose por doquier las agujas de los carámbanos. Siguiendo un tortuoso sendero trazado entre precipicios y desfiladeros, fueron escalando, una tras otra, las altísimas cumbres de una cordillera. Tripitaka, que iba montado a caballo, pareció oír de pronto el lejano sonido de un torrente. Se volvió hacia el Peregrino y le preguntó:

- ¿De dónde procede ese ruido, Wu-Kung?

- Si mal no recuerdo - contestó el Peregrino -, este lugar se llama la Montaña de la Serpiente Enroscada. En ella se encuentra el Torrente del Águila Afligida y me figuro que es de sus aguas el murmullo que estamos oyendo.

No había acabado de decirlo, cuando llegaron a la orilla de una corriente de agua. Tripitaka detuvo el caballo y se puso a disfrutar de la espléndida belleza de la torrentera. Las aguas que por ella fluían parecían surgir de las nubes. Su murmullo era tan intenso que durante la noche podía escucharse en los valles más distantes. El sol pintaba la corriente de rojo al ponerse y la hacía parecer de jade a la hora del amanecer.

El monje y el mono estaban mirando atentamente a las aguas, cuando de pronto surgió de ellas un dragón, que se lanzó como una flecha contra Tripitaka; afortunadamente el Peregrino actuó con rapidez y, tirando al suelo el equipaje, se abalanzó sobre su maestro y le arrastró pendiente arriba. El dragón no pudo alcanzarlos, pero se tragó el caballo, arneses incluidos, y regresó tranquilamente a las aguas. El Peregrino dejó al monje en un lugar seguro y volvió en busca del caballo y del equipaje. Los paquetes yacían desperdigados por el suelo, pero no había ni rastro del animal.

- No hay ni huella de ese maldito dragón - dijo, cuando regresó al lado de su maestro -.

Lo malo es que ha espantado al caballo y no lo veo por ninguna parte.

- ¿Al caballo dices? - exclamó Tripitaka, alarmado -. Tenemos que encontrarlo en seguida.

- Tranquilizaos, por favor - replicó el Peregrino -. No puede andar muy lejos. Voy a ver si lo encuentro - y se elevó por el aire de un formidable salto.

Haciendo pantalla con la mano, escudriñó con sus ojos de fuego todo el paisaje, pero no halló el menor rastro del animal. Descendió de las nubes e informó a su maestro, diciendo:

- No he podido ver a nuestro caballo por ninguna parte, de lo que deduzco que ha debido de ser devorado por ese dragón.

- ¿Tan grande tienen esas bestias la boca? - preguntó, incrédulo, Tripitaka -. Es imposible que pueda habérselo tragado con arneses y todo. ¡No, no! Lo más seguro es que se haya asustado y esté ahora corriendo como un loco por el valle. ¿Por qué no echas otro vistazo?

- No tenéis ni idea de mis poderes - contestó el Peregrino -. Mis ojos son capaces de distinguir el bien del mal en un radio de mil kilómetros. A esa distancia puedo incluso ver a una libélula extender las alas. Que yo sepa, un caballo es muchísimo más grande y os aseguro que no está por ningún valle.

- ¿Cómo voy a continuar el viaje sin caballo? - se lamentó Tripitaka -. Hay miles de colinas y de corrientes de agua entre estas montañas y las Tierras del Oeste. ¡Jamás podré llegar a pie! - y se echó a llorar.

Al ver sus lágrimas, el Peregrino se puso furioso y le regañó, diciendo:

- ¡Dejad de llorar como si fuerais un crío! ¡Sentaos aquí y no os mováis! Voy a ver si encuentro a esa bestia y le pido que nos devuelva el caballo. Así dejaréis de preocuparos de una vez y os comportareis como lo que en realidad sois.

- ¿Dónde vas a ir a buscarlo? - exclamó Tripitaka, agarrándose nervioso a él -. Imagina que aparece por cualquier parte, cuando tú te hayas ido. Me devoraría sin ninguna piedad y yo, aparte del caballo, perdería también la vida.

Al oír eso, el Peregrino se puso más furioso todavía.

- ¡Sois un cobarde! ¡Un auténtico cobarde! - bramó con voz de trueno. Queréis viajar en caballo, pero, al mismo tiempo, no me dejáis partir en su busca. ¿No desearíais, más bien, sentaros aquí y haceros viejo cuidando de nuestro equipaje?

Cuando más voceaba, oyó que alguien le decía desde lo alto:

- No te pongas tan furioso, Gran Sabio, y deja de gritar de esa forma al hermano del Emperador de los Tang. Somos un grupo de dioses enviados por la Bodhisattva Kwang-Ing para protegeros en vuestro empeño de ir en busca de las escrituras.

- Al oírlo, el monje se echó rostro en tierra, mientras el Peregrino preguntaba, sin moverse del sitio:

- ¿Os importaría decirme cómo os llamáis, para que sepamos a qué tenemos?

- Nosotros - contestaron al instante - somos los Seis Dioses de la Luz y los Seis Dioses de las Tinieblas, los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, los Cuatro Centinelas y los Dieciocho Protectores de los Monasterios. Nos vamos turnando para que no sufráis ningún mal.

- ¿A quién le toca hoy? - volvió a preguntar el Peregrino.

- A los Dioses de la Luz y de las Tinieblas - respondieron ellos -. Después les corresponderá a los Centinelas y a los Protectores. Los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales están siempre de servicio, excepción hecha del Guardián de la Cabeza de Oro.

- En ese caso - concluyó el Peregrino -, que se queden protegiendo a mi maestro los Seis Dioses de las Tinieblas, el Centinela del Día y los Guardianes. Los demás pueden

retirarse. Yo, por mi parte, voy a buscar a ese maldito dragón y a pedirle que nos devuelva el caballo.

Los dioses aceptaron la sugerencia y Tripitaka pareció tranquilizarse por fin. Se sentó sobre una roca y suplicó al Peregrino que tuviera cuidado.

- No os preocupéis - replicó el Rey de los Monos y, arremangándose la túnica de seda y la piel de tigre, se dirigió hacia la torrentera con la barra de hierro en las manos.

En cuanto llegó a la orilla, montó en una nube y empezó a gritar, suspendido encima del agua:

- ¡Lagarto sin fe ni principios, devuélveme cuanto antes el caballo!

El dragón estaba tumbado en el fondo del torrente cultivando su espíritu, pero, cuando oyó que alguien le exigía con semejante lenguaje la devolución del caballo, no pudo dominar su amor propio y se puso en seguida de pie. Como una flecha, abandonó su refugio de agua y preguntó, malhumorado:

- ¿Quién osa insultarme de esa forma?

- ¡Devuélveme inmediatamente el caballo! - exigió el Peregrino furioso, y descargó sobre la cabeza de la bestia un terrible mandoble de su barra de hierro. El dragón se hizo a un lado y replicó con un golpe no menos feroz de sus garras y mandíbulas.

Jamás habían contemplado los siglos una batalla más sangrienta que la que se desarrolló a orillas del torrente. El dragón manejaba sus zarpas con una maestría que encontraba su justa réplica en la forma como el mono hacía uso de la barra de hierro. Ambos eran criaturas formidables. Lo atestiguaban en uno sus enormes bigotes, férreos y hermosos como hilos de jade, y en el otro sus vivos ojos, brillantes como lámparas o el reflejo del oro. El dragón echaba por las narices una especie de humo de mil colores, que dispersaba en seguida el viento que levantaba el mono con su barra. A pesar de todo, se parecían como dos gotas de agua, porque éste era un monstruo que había desafiado a los dioses y aquél un ser maldito que había traído la deshonra sobre sus padres. Por eso, ambos habían sufrido su castigo y ahora se empeñaban en obtener la victoria, dando rienda suelta a su indescriptible poderío.

Atacando y reulando, midieron una y otra vez sus armas, hasta que finalmente el dragón se rindió al cansancio y no pudo seguir luchando. Comprendiendo que no tenía nada que hacer, se dio media vuelta y se lanzó como una flecha al agua, refugiándose en el fondo del torrente. De nada sirvieron los insultos del Rey de los Monos. El dragón estaba decidido a no volver a salir e hizo como si estuviera sordo. Al Peregrino no le quedó, pues, más remedio que regresar al lado de Tripitaka, diciendo:

- He hecho lo que he podido, maestro. A fuerza de insultos arranqué a ese monstruo de su escondite, pero, después de luchar conmigo durante mucho tiempo, huyó despavorido, refugiándose en el torrente. Dudo que vuelva a salir, porque sabe que, si lo hace, hallará una muerte cierta.

- ¿Estás seguro de que ha devorado el caballo? - inquirió Tripitaka.

- ¡Por supuesto que sí! - afirmó el Peregrino con decisión -. Si no lo hubiera hecho, no habría medido sus armas conmigo.

- Cuando mataste el tigre - comentó Tripitaka, burlón -, dijiste que eras capaz de domar a los dragones y a las bestias. ¿Por qué te está costando tanto dominar a éste?

El mono no estaba acostumbrado a que se dudara de sus poderes y, poniéndose de pie, exclamó, ofendido:

- ¡No digáis ni una sola palabra más! Ahora mismo voy a enseñaros lo que soy capaz de hacer.

De dos zancadas se llegó hasta la orilla del torrente y, haciendo uso su magia para trastornar los ríos y los mares, transformó las límpidas aguas del Torrente del Águila Afligida en la turbia corriente del Río Amarillo durante la marea alta. Eso incomodó

tanto al dragón que no podía ni sentarse ni tumbarse en el cieno del fondo. Descorazonado, suspiró:

- ¡Cuánta verdad encierra eso de que "aunque la buena fortuna jamás se repite, las desgracias nunca vienen solas"! Hace apenas un año que me refugié aquí, escapando de la ejecución decretada contra mí por el Cielo, y ahora me veo obligado a hacer frente a un maldito monstruo que lo único que busca es mi ruina.

Cuanto más lo pensaba, más nervioso se ponía. Al fin no pudo aguantarlo más y, rechinando amenazadoramente los dientes, saltó fuera del agua y preguntó, malhumorado:

- ¿Qué clase de monstruo eres tú y de dónde procedes, para que estés empeñado en buscarme, sin más, la ruina?

- Eso a ti no te importa - contestó el Peregrino -. Yo lo único que deseo es que me devuelvas el caballo. Si lo haces, juro que te perdoné la Vida.

- ¡Eso es imposible! - replicó el dragón -. Me lo he tragado y está ya en mi estómago. ¿Cómo voy a devolvértelo? Aunque quisiera, no podría hacerlo.

- Si no me devuelves el caballo - repitió el mono -, tendrás que habértelas con esta barra de hierro. Me figuro que serás capaz de encontrar una solución, ya que es tu vida la que está en juego.

De nuevo volvieron a medir sus armas, pero a los pocos asaltos el dragón no pudo aguantar el ataque. Sacudió el cuerpo y al instante se convirtió en una pequeña culebra de agua, que se perdió entre la vegetación de la orilla. El Rey de los Monos separó la hierba con la barra de hierro, pero no pudo encontrar ni rastro del animal. Eso le enfureció tanto que se le reventaron los Tres Gusanos ¹ del cuerpo y al punto empezó a salirle una especie de humo por las siete aperturas. Recitó a continuación un conjuro que empezaba con la letra "om" y al instante aparecieron el espíritu local y el dios de la montaña. Tras saludarle respetuosamente, dijeron:

- En cuanto nos ha sido posible, hemos acudido a tu llamada.

- Eso es cierto - admitió el Peregrino -, pero estoy tan furioso que desearía golpearos cinco veces en las palmas con mi barra.

- Puesto que no hemos hecho nada - le suplicaron -, deberíais mostraros más benigno con nosotros. Además, Gran Sabio, tenemos algo que deciros.

- ¿De qué se trata? - preguntó el Peregrino.

- De nada realmente importante - contestaron ellos -. Sólo que no sabíamos que hubierais sido puesto en libertad y que por eso precisamente no hemos venido antes a daros la bienvenida. Os suplicamos, por tanto, que perdonéis tamaña descortesía.

- Está bien, está bien. Por esta vez no os castigaré - concluyó el Peregrino -. Pero quisiera preguntaros algo. ¿Sabéis de dónde procede el dragón del Torrente del Águila Afligida y por qué se tragó el caballo de mi maestro?

- ¿Qué queréis decir con eso del caballo de vuestro maestro? - preguntaron los dos dioses, sorprendidos -. Vos siempre habéis sido un inmortal de envidiable posición y jamás os habéis sometido a nadie del cielo o de la tierra. ¿Cómo es que ahora sacáis a relucir a un maestro?

- Por lo que se ve, no estáis al tanto de lo ocurrido - respondió el Peregrino -. Durante estos últimos quinientos años he tenido que sufrir el castigo del cielo por mi modo de ser orgulloso y altanero. Afortunadamente la Bodhisattva Kwang-Ing me hizo volver al buen camino Y prometió liberarme por mediación de un monje procedente de la corte de los Tang, a quien debía acompañar, como discípulo, hasta el Paraíso Occidental para hacerse con las auténticas escrituras de Buda. Precisamente, al pasar por aquí, mi maestro se quedó sin caballo.

- Eso lo explica todo - exclamaron a una los dos dioses -. De todas formas, es raro que

vuestro maestro haya perdido aquí la cabalgadura, porque este torrente no está embrujado. Lo único que tiene de malo es que es muy ancho y profundo, y posee unas aguas tan claras que puede verse su fondo sin ninguna dificultad. Tanto que las águilas y otras aves de considerable tamaño no se atreven a volar sobre él, ya que al verse reflejadas en el agua, piensan que son otros animales de su misma especie y se lanzan contra el torrente. De ahí precisamente le viene el nombre, pues suponemos que no ignoráis que ésta es la torrentera del Águila Afligida. Hace algunos años, sin embargo, Bodhisattva Kwang-Ing pasó por aquí en busca de un Peregrino y, tras salvar de la muerte a un dragón, le ordenó que esperara su llegada, prohibiéndole, al mismo tiempo, hacer daño a nadie. Sólo se le permitió llegar hasta la orilla y cazar algún que otro pájaro o antílope, cuando tuviera hambre. El resto del tiempo debía pasarlo meditando y haciendo penitencia. Nos extraña que se haya mostrado descortés con vos, Gran Sabio.

- Al principio - comentó el Peregrino - midió sus armas conmigo, pero sólo pudo resistir un par de asaltos o tres. Después, al comprender que estaba en clara desventaja, se escondió en el torrente y no se atrevió a salir. Para arrancarle del fondo, tuve que hacer uso de la magia para trastornar los ríos y los mares, pero después de una pequeña lucha, de la que, por supuesto, volví a salir vencedor, se convirtió en una serpiente de agua y se perdió entre la hierba. Inmediatamente traté de echarle mano, pero no pude encontrar ni rastro de él.

- Deberíais saber, Gran Sabio - le informó el espíritu local -, que a lo largo de estas orillas hay infinidad de agujeros y pequeños desagües, por los que el torrente se comunica con no pocos de sus afluentes. Lo más probable es que el dragón se haya metido en uno de ellos. Si queréis capturarlo, lo mejor que podéis hacer, en vez de enfadaros inútilmente, es pedir a Kwang Shr - Ing que venga y os aseguro que la bestia se rendirá sin necesidad de luchar más.

Al oírlo, el Peregrino les condujo ante Tripitaka y contó al monje lo que le habían dicho.

- Pero, si vas en busca de la Bodhisattva - replicó Tripitaka, temblando de inquietud -, lo más seguro es que me muera de hambre o de frío. Porque me imagino que tardarás bastante en volver, ¿no es así?

No había acabado de decirlo, cuando el Guardián de la Cabeza de Oro levantó la voz y dijo desde lo alto:

- No hay necesidad de que te marches, Gran Sabio. Iré yo a buscar a la Bodhisattva.

- Gracias por tomarte esa molestia - gritó el Peregrino, complacido -. De todas formas, te agradecería que te dieras un poco de prisa.

Sin pérdida de tiempo, el Guardián montó en una nube y se dirigió directamente hacia los Mares del Sur. El Peregrino pidió entonces al dios de la montaña y al espíritu local que protegieran a su maestro mientras el Centinela del Día buscaba algo de comida vegetariana y él vigilaba la orilla del torrente.

El Guardián de la Cabeza de Oro no tardó en llegar a los Mares del Sur. Tras bajar de la nube, fue directamente a la gruta de bambú rojo que se abría en la Montaña Potalaka y pidió a Moksa y a los centinelas que anunciaran inmediatamente su llegada.

- ¿Se puede saber a qué has venido? - le preguntó la Bodhisattva.

- El monje Tang perdió el caballo en el Torrente del Águila Afligida, que, como bien sabéis, se halla en la Montaña de la Serpiente Enroscada, y al Gran Sabio se le ha presentado un problema de muy difícil solución - contestó el Guardián -. Por una parte, debería castigar al culpable. Pero los dioses del lugar le han informado de que el dragón que devoró la cabalgadura es un enviado vuestro y no se atreve a darle su merecido. Solicita, por tanto, vuestra colaboración para poder seguir adelante con el viaje.

- Ese dragón - comentó la Bodhisattva - es uno de los hijos de Ao-Jun, el señor del

Océano Occidental. Su propio padre le acusó de traición por haber prendido fuego al palacio en el que vivían y haber destruido todas las perlas que en él había. Un tribunal celestial le condenó a muerte, pero conseguí que el Emperador de Jade le indultara, para que ayudara al monje Tang en su largo viaje hacia el oeste. No comprendo cómo, en vez de eso, se ha comido su caballo. Creo que lo mejor será que vaya a ver qué es lo que ha ocurrido.

La Bodhisattva descendió de su estrado de loto y salió de la gruta. Montó después en la misma nube que el Guardián y cruzó con él los Mares del Sur. De tan extraordinaria hazaña nos ha quedado un poema, que dice:

Buda predicó la Verdad Suprema, que la Diosa proclamó después en la venturosa ciudad de Chang-An. Su contenido era tan maravilloso que el Cielo y la Tierra se pusieron a temblar de contento. ¿Qué otra doctrina podía, en efecto, salvar los espíritus de los condenados? La Cigarra de Oro cayó en la Rueda de la Transmigración, pero Hsüan-Tsang enmendó con creces sus pasados errores. Al pasar por el Torrente del Águila Afligida, el hijo de un dragón le cerró el paso. Sin embargo, la bestia se convirtió en caballo y halló el perdón de sus pasadas culpas.

La Bodhisattva y el Guardián no tardaron en llegar a la Montaña de la Serpiente Enroscada. Desde la nube vieron al Peregrino lanzando improperios contra el torrente. La Bodhisattva pidió al Guardián que fuera a buscarle y él obedeció sin rechistar. Descendió de la nube y, poniéndose justamente encima de él, anunció:

- ¡La Bodhisattva acaba de llegar!

El Peregrino se elevó de un salto por los aires y se encaró con ella, diciendo:

- No comprendo cómo te llaman la Maestra de los Siete Budas y la fuente de la Misericordia. Si lo fueras, no habrías tratado de buscarme la ruina, valiéndote de engaños.

- ¡Cuidado que eres ignorante y desagradecido! - exclamó la Bodhisattva -. Desde luego no vales más que para ser un vulgar mozo de cuadra. Con no poco esfuerzo seleccioné al hombre ideal para ir en busca de las escrituras, al que pedí que te salvara la vida, y tú, en vez de agradecerme, me lo echas en cara, como si no te hubiera hecho favor alguno.

- Me salvaste la vida. Lo reconozco - admitió el Peregrino -. Pero, si de verdad hubieras querido liberarme, me habrías dejado divertirme a mi gusto sin necesidad de torturarme como a un criminal. El otro día, sin ir más lejos, cuando nos encontramos encima del océano, podías haberme aconsejado que sirviera al monje Tang con más dedicación, y eso hubiera bastado. ¿Por qué tuviste que entregarle esta corona de oro y obligarle a ponérmela con el único propósito de hacerme sufrir? Tú sabías que iba a echar raíces en mi cabeza. Pero eso no te pareció suficiente, ¡no! Enseñaste a mi maestro un conjuro, para que me atormentara cuando le diera la gana. Si esto no es buscarme la ruina, dime tú qué es.

- ¡Cuidado que eres! - exclamó la Bodhisattva, soltando la carcajada -. Ni haces caso a nadie ni te interesan los frutos de la verdad. Si no hubiera ideado esa forma de controlarte, seguro que a estas horas ya te habrías rebelado otra vez contra el Cielo y nadie habría podido dominarte. Además, el dolor te será de gran ayuda para entrar en el templo del Yoga.

- Vistas así las cosas... - replicó el Peregrino -. No cabe duda de que todo tiene su aspecto positivo. Sin embargo, ¿por qué tuviste que traer aquí a ese condenado dragón? ¿No sabías que podía tragarse el caballo de mi maestro? Es culpa tuya todo lo que ha ocurrido. Al fin y al cabo, el que colabora con un malhechor es tan digno de castigo como él.

- Yo misma le pedí al Emperador de Jade que indultara a ese dragón con el único fin de

que ayudara al monje - se defendió la Bodhisattva -. Hasta ahora, que yo sepa, ningún caballo mortal ha sido capaz de vadear diez mil cursos de agua y escalar un millar de cordilleras. ¿Cómo pensabais llegar a la Montaña del Espíritu, a las mismísimas tierras de Buda, con un jamelgo vulgar y corriente? ¡Es absolutamente imposible! Sólo puede hacerlo un dragón convertido en caballo. ¿Comprendes ahora por qué le traje aquí?

- Todo eso está muy bien - admitió el Peregrino -. Pero me ha cogido tal pánico que no se atreve a abandonar el escondite en el que se ha refugiado. ¿Quieres decirme qué podemos hacer para que salga?

La Bodhisattva se volvió hacia el Guardián y le ordenó;

- Ve a la orilla del torrente y di simplemente esto: "Sal, hijo del Dragón Ao-Jun. Está aquí la Bodhisattva de los Mares del Sur y quiere verte".

El Guardián así lo hizo y al instante parecieron cobrar vida las aguas del torrente. De un salto el dragón se llegó hasta la orilla y tomó la forma de hombre. Montó a continuación en una nube y, llegándose junto a la Bodhisattva, la saludó, diciendo:

- Os reitero las gracias por haberme salvado la vida. Sin embargo, todavía no ha pasado por aquí el personaje que me anunciasteis.

- Estás equivocado, dragón - le corrigió la Bodhisattva -. Ese que ves ahí es su discípulo, así que no puede andar muy lejos.

- ¿Ése? - exclamó el dragón, incrédulo -. Ése es enemigo mío. Ayer tenía mucha hambre y me comí su caballo. Al verlo, se puso tan furioso que se empeñó en matarme. Yo me defendí lo mejor que pude, pero su fuerza es extraordinaria y terminó derrotándome. ¿Qué otra cosa podía hacer para salvar la vida que esconderme? No sabía que estuviera relacionado con vos. Jamás mencionó nada sobre las escrituras.

- Como iba a hacerlo, si ni siquiera me preguntaste ¿cómo me llama? - le echó en cara el Peregrino.

- ¡Eso no es verdad! - se defendió el Dragón -. Lo hice, pero tú me respondiste que no era asunto mío, que lo único que querías era que te devolviera el caballo. Que yo recuerde, ni una sola vez pronunciaste la palabra Tang.

- ¡Este mono sólo se fía de sí mismo! - exclamó la Bodhisattva -. ¿Cuando llegará la hora en que empiece a confiar un poco en los demás? Recuerda - agregó, volviéndose hacia el Peregrino - que a lo largo del camino se os unirán dos o tres personas más. Así que, si quieres evitar problemas, lo mejor es que saques a relucir lo de las escrituras, en cuanto te pregunten el nombre. ¿De acuerdo?

El Peregrino recibió de buen talante el consejo. La Bodhisattva se acercó entonces al dragón y le arrancó el collar de perlas brillantes que llevaba al cuello. Metió después la ramita de sauce que siempre portaba en la mano en su florero de rocío, dulce como la ambrosia, y aspergió el cuerpo de la bestia. Sopló a continuación sobre ella y le ordenó:

- ¡Transfórmate!

El dragón se convirtió al instante en un caballo exactamente igual al que se había tragado y le ordenó, severa:

- Debes hacer cuanto esté de tu parte para superar todos los obstáculos con los que vas a topar. Recuerda que, si no escatimas sacrificio alguno, dejarás de ser un dragón ordinario y tu cuerpo se convertirá en oro, como los frutos de la Verdad.

En prueba de asentimiento, el dragón sacudió la cabeza y mordió te brida. La Bodhisattva pidió entonces a Wu-Kung que le llevara ante Tripitaka y se despidió de él, diciendo:

- Me parece que es hora ya de que vuelva a mi océano. Pero el Peregrino se agarró a ella y exclamó, agobiado:

- ¡No puedo seguir adelante! ¡No puedo hacerlo! El camino que Conduce al Oeste está lleno de grandes peligros y ese monje es tan lento que no sé cuándo llegaremos. Son

tantas, por otra parte, las desgracias que nos aguardan que lo más seguro es que pierda la vida en el intento. ¿Y todo para qué? ¡No! ¡No quiero continuar!

Hace muchos años - contestó la Bodhisattva -, cuando aún no habías adquirido la forma humana, estabas ansioso por recibir la iluminación. No comprendo cómo puedes mostrar tan poco interés por la verdad ahora que, por fin, has escapado al castigo divino. Deberías saber que el nirvana que proclamamos en nuestras enseñanzas no puede ser obtenido sin fe ni perseverancia. Si en un momento dado del viaje tu vida se encuentra en peligro, no dudes en acudir al paraíso y te aseguro que él te liberará. No olvides que hasta la Tierra acudirá en tu ayuda y, por si esto no te bastara, yo misma correré a rescatarte. Acércate, que voy a otorgarte poderes mayores de los que ya tienes.

Arrancó tres hojas de su ramita de sauce y, tras colocarlas en el cogote del Peregrino, gritó:

- ¡Transformaos! - y al instante se convirtieron en tres pelos dotados del poder de proteger la vida.

- Cuando te encuentres en una situación desesperada - agregó, compasiva -, haz uso de ellos y te aseguro que al instante te verás libre.

El Peregrino agradeció, emocionado, tan valioso regalo, pero, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, se levantó un remolino de viento aromático que transportó a la Bodhisattva hasta Potalaka.

Cuando el Peregrino se hubo repuesto de su sorpresa, agarró el caballo de las riendas y se lo entregó a Tripitaka, diciendo:

- Aquí tenéis vuestra cabalgadura, maestro.

- ¿Dónde la has encontrado? - preguntó Tripitaka -. Además, ¿cómo es posible que esté más gordo y más fuerte que antes?

- ¡Desde luego, no estáis al tanto de cuanto ocurre a vuestro alrededor! - exclamó el Peregrino -. ¿Es que no tenéis ojos? ¡Por supuesto que éste es otro caballo! El Guardián de la Cabeza de Oro fue en busca de la Bodhisattva, la cual convirtió al dragón en este animal, en todo igual al que tenáis antes con excepción de los arneses, que se han perdido para siempre.

- ¿Dónde está la Bodhisattva? - volvió a preguntar Tripitaka -. Lo menos que puedo hacer es darle las gracias.

- No os preocupéis por eso - le aconsejó el Peregrino -. Lo mas seguro es que la Bodhisattva ya haya llegado a estas horas a los Mares del Sur.

Decepcionado, Tripitaka cogió un puñado de tierra e, inclinándose hacia el sur, lo esparció por el suelo como si se tratara de incienso. El Peregrino, mientras tanto, despidió al dios de la montaña y al espíritu local y dio a los Guardianes y Centinelas las oportunas órdenes para proseguir el viaje. Trató después de ayudar al maestro a montar, pero Tripitaka protestó, diciendo:

- ¿Cómo voy a cabalgar en un caballo sin arneses? Creo que lo más aconsejable es que crucemos el torrente y decidamos después lo que debemos hacer.

- ¡Sois el tipo menos práctico que he visto en mi vida, maestro! - exclamó el Peregrino, burlón -. ¿Queréis decirme cómo vais a encontrar un bote en un sitio como éste? Si deseáis cruzar el torrente, lo más normal es que lo hagáis a lomos de vuestro caballo. Ha vivido aquí durante mucho tiempo y conoce a la perfección estas aguas. ¿No os parece?

Tripitaka hubo de admitir que tenía razón, no quedándole, por tanto, más remedio que montar en la cabalgadura a pelo seco. Mientras lo hacía, el Peregrino cogió el equipaje y se dirigió hacia la orilla del torrente, donde vieron a un viejo pescador bateando corriente abajo en una balsa de troncos. Wu-Kung sacudió las manos y gritó:

- ¡Eh, pescador, venid aquí! Somos de las Tierras del Este y nos dirigimos en busca de las escrituras sagradas. Mi maestro no se atreve a cruzar el torrente, por lo que te

agradecería que nos llevaras a la otra orilla en tu balsa.

El pescador condujo la embarcación hacia la ribera y el Peregrino ayudó a su maestro a subir en ella, tras lo cual embarcó el equipaje y el caballo. El viejo pescador bateó entonces con fuerza y la balsa se lanzó, como una flecha, a través del Torrente del Águila Afligida, atracando al poco tiempo en la otra orilla. Agradecido, Tripitaka pidió al Peregrino que sacara unas cuantas monedas de uno de los paquetes y se las diera al pescador, pero éste las rechazó, diciendo, al tiempo que volvía a meter la pértiga en el agua:

- Yo no quiero dinero. En realidad, no lo necesito - y se perdió corriente abajo. Pese a ello, Tripitaka continuó con las manos cruzadas en señal de gratitud. El Peregrino le miró, sorprendido, y le dijo:

- No hay necesidad de mostrarnos tan ceremonioso, maestro. ¿O es que acaso, no lo habéis reconocido? Es el dios de este torrente y estaba nervioso por no haber venido antes a darnos la bienvenida. El muy pícaro temía que fuera a darle una paliza; por eso no ha aceptado el dinero. Es lamentable, pero en este mundo nadie hace nada desinteresadamente.

Tripitaka no sabía si creerle o no. Volvió a montar a pelo en el caballo y continuó su camino, dispuesto a llegar cuanto antes a la montaña del Espíritu. El sol no tardó en ponerse y poco a poco las sombras fueron cubriendo todo el paisaje. La luna empezó a abrirse camino por el velo de las nubes, descubriendo un cielo preñado de escarcha y frío. El ulular del viento se aliaba con las bajas temperaturas, haciendo temblar los cuerpos. Los pájaros regresaban a sus nidos, tiritando como si fueran hojas secas. A lo lejos el crepúsculo teñía de rojo las montañas, mientras la fuerza del viento arrancaba gemidos de ramas en los bosques cercanos. De vez en cuando se oían los gritos de un mono solitario. La soledad parecía haberse adueñado, de hecho, de toda la tierra. Ningún viajero se aventuraba a transitar a aquellas horas por los caminos y en la mar no quedaba ya bote alguno.

Montado en el caballo, Tripitaka escudriñó la distancia y logró atisbar en lontananza la inconfundible silueta de un caserío.

- Wu-Kung - dijo, entusiasmado -, un poco más adelante hay un grupo de casas. Podemos llegarnos hasta ellas y pedir posada para esta noche.

- Ésas no son casas ordinarias - comentó el Peregrino, levantando la vista.

- ¿Qué te hace pensar semejante cosa? - preguntó Tripitaka.

- Si lo fueran - contestó el Peregrino -, no tendrían esas decoraciones de peces voladores y bestias recostadas. Deduzco, por tanto, que se trata de un templo o de un monasterio.

Hablando de esta forma, no tardaron en llegar a la puerta principal de aquel armonioso conjunto. Al desmontar, Tripitaka vio que en el dintel habían escrito con letras grandes: "Santuario de Li-She". Entraron en él y no tardaron en toparse con un anciano que llevaba un rosario colgado al cuello. El monje cruzó las manos a la altura del pecho y les dio la bienvenida, diciendo:

- Pasad, maestro, y tomad asiento.

Tras devolverle el saludo, Tripitaka se dirigió al salón principal a presentar sus respetos a los dioses. El anciano, mientras tanto, ordenó a un joven que sirviera el té.

- ¿Por qué se llama este lugar el Santuario de Li-She? - preguntó Tripitaka, una vez concluidas sus oraciones.

- Esta región - contestó el anciano - es parte del Reino Hamil, que, como bien sabéis, está regido por los bárbaros occidentales. Detrás del santuario hay un pequeño pueblo, al que debe su existencia, ya que sus habitantes son tan piadosos que vendieron todo lo que tenían para poder construirlo. El carácter Li hace referencia precisamente a la tierra

en la que se halla enclavado el pueblo, y She es el nombre del dios local. Los campesinos siembran en primavera, aran en verano, recolectan en otoño y almacenan en invierno, pero al principio de cada estación todas las familias traen una vaca, una oveja, un cerdo ² e incontables flores y frutas y se los ofrecen a los dioses. De esta forma, consiguen atesorar buena suerte y obtienen abundantes cosechas, junto con espléndidos ejemplares de animales domésticos ³.

Tripitaka movió la cabeza en señal de aprobación y dijo:

- Razón tiene el proverbio, al afirmar: "A tres kilómetros de tu hogar las costumbres son totalmente diferentes". En la región de la que nosotros procedemos las familias no son tan piadosas como aquí.

- ¿De dónde sois, maestro? - inquirió el anciano.

- Hemos sido enviados por el Gran Emperador de los Tang al Paraíso Occidental en busca de las escrituras de Buda - respondió Tripitaka -. Al pasar por vuestro santuario, se nos hizo de noche y decidimos pedir alojamiento en un lugar tan sagrado como éste. En cuanto se haga de día, continuaremos nuestro viaje.

- ¡Sed bienvenidos a este humilde recinto! - exclamó el anciano, encantado. Llamó después al joven y le ordenó que preparara algo de comer, cosa que Tripitaka agradeció sobremanera.

El Peregrino, práctico en extremo, vio una cuerda de colgar ropa junto al alero. La cogió sin encomendarse a nadie, la partió por la mitad y usó uno de los cabos para atar el caballo.

- ¿En dónde habéis robado ese jamelgo? - volvió a preguntar el anciano, soltando la carcajada.

- Ten mucho cuidado con lo que dices, anciano - le reconvino el Peregrino -. Nosotros somos monjes de camino hacia las tierras de Buda y no acostumbramos a robar nada.

- Si no lo habéis robado - insistió el anciano -, ¿cómo es que no tiene arneses? Además, no puedes negar que acabas de apropiarte de mi cuerda de tender la ropa.

- Este discípulo mío siempre es igual de impulsivo - trató de disculparle Tripitaka -. Si querías atar el caballo - agregó, volviéndose hacia Wu-Kung -, ¿por qué no pediste una soga a este caballero? ¿Qué necesidad tenías de tomar la cuerda que usaba para colgar la ropa?

Tras regañar al Peregrino, pidió disculpas al anciano, diciendo:

- Espero que no se lo toméis a mal. Ayer, al llegar al Torrente de Águila Afligida procedentes del este, disponía de un caballo totalmente pertrechado, pero apareció un dragón y se lo tragó con riendas y todo. Afortunadamente mi discípulo posee poderes especiales y se las arregló para traer a la Bodhisattva Kwang-Ing y dominar a la bestia. Fue ella precisamente la que le hizo tomar la forma que había tenido mi caballo, de lo contrario me hubiera resultado prácticamente imposible poder continuar el viaje hacia el Paraíso Occidental. Como el torrente del que os hablo está a menos de un día de vuestro santuario, aún no hemos tenido tiempo de encontrar otros arneses.

- No os preocupéis - contestó el anciano -. A los viejos como yo nos gusta tomar el pelo a la gente. De todas formas, no tenía ni idea de que vuestro discípulo se tomara todo en serio. De joven dispuse de cierto dinero y gocé cuanto pude del placer de cabalgar. Después me salió al encuentro la desgracia y, entre muertes y fuegos, me fui quedando sin nada. Menos mal que ahora estoy a cargo de este santuario y vivo de lo que buenamente me da la gente del pueblo, cuando viene a quemar incienso. Por cierto, todavía conservo unos arneses, que tengo en mucha estima y de los que no he querido desprenderme jamás, a pesar de la pobreza. No los vendería por nada del mundo. Sin embargo, una vez oído cómo la Bodhisattva os libró de las asechanzas de ese dragón y le convirtió después en un caballo para que pudierais continuar vuestro viaje, creo que

lo mejor que puedo hacer es regalároslos. Espero que me hagáis el honor de aceptarlos. Mañana os los sacaré, porque ahora ya es un poco tarde.

Tripitaka no sabía cómo agradecerse. El muchacho trajo al poco rato la cena y todos se sentaron a la mesa. Mientras daban buena cuenta de las viandas, el joven encendió hachones y preparó las camas. Los viajeros estaban tan cansados que no tardaron en acostarse. A la mañana siguiente el Peregrino dijo a su maestro en cuanto se levantó:

- No os olvidéis de pedir al guardián los arneses que os prometió ayer. Sería una pena renunciar a ellos.

No había terminado de decirlo, cuando se presentó el anciano con una silla de montar, unas riendas y todo lo necesario para cabalgad. Con no poco cuidado lo puso en el suelo y dijo:

- Maestro, aquí tenéis lo que os prometí. Es todo vuestro.

Tripitaka aceptó, complacido, el regalo y pidió al Peregrino que ensillara el animal. Wu-Kung cogió los arreos y los examinó uno a uno detenidamente. Eran magníficos en verdad. La silla había sido cuidadosamente labrada y estaba tachonada de estrellas de plata. Su porción superior brillaba de una forma muy peculiar, ya que había sido confeccionada con hilos de oro. Las mantas eran de lana finísima y las riendas estaban hechas de tres cordones gruesos de seda color púrpura. El cuero de las bridas, por otra parte, poseía la forma de flores, de las que colgaban pequeñas figuritas de oro que representaban bestias bailando. El acero de las anillas y el freno eran de primerísima calidad y aparecía adornado con borlas de un tejido tan especial que jamás se mojaban.

Aunque no dijo nada, el Peregrino se sintió profundamente satisfecho de regalo tan espléndido. Comenzó a ensillar el animal y comprobó que los arneses parecían haber sido hechos a su medida. Tripitaka se había inclinado mientras tanto en prueba de gratitud ante el anciano, que se apresuró a obligarle a levantar la cabeza, diciendo:

- No necesitáis agradecerme nada. Al fin y al cabo, ¿qué es esto para una persona como vos?

El anciano, de todas formas, no insistió para que se quedaran en el monasterio. Al contrario, urgió a Tripitaka para que montara cuanto antes. No queriendo parecer descortés, el monje se llegó hasta la puerta y se encaramó en la silla. El Peregrino le siguió con el equipaje a las espaldas. Inesperadamente el anciano sacó de la manga una fusta con la empuñadura forrada de cuero y la correa hecha con ligamentos de tigre, y, corriendo hacia el sendero, se lo ofreció a Tripitaka, diciendo:

- Me había olvidado de la fusta. Espero que no la rechacéis.

- Gracias por vuestro regalo - replicó Tripitaka, aceptándolo -. Muchas gracias.

No había acabado de decirlo, cuando el anciano desapareció. Sorprendido, el monje se volvió hacia el Santuario de Li-She y sólo vio un terreno llano y totalmente vacío.

- Monje santo - se oyó decir entonces desde el cielo -, lamento no haber podido daros un recibimiento mejor. Soy el espíritu local de la Montaña Potalaka y he sido enviado por la Bodhisattva para regalaros los arneses. Sed diligentes en vuestro empeño y proseguid vuestro viaje hacia el Oeste.

Tripitaka se sintió tan desconcertado que se bajó inmediatamente del caballo e, inclinándose hacia el cielo, se disculpó, diciendo:

- Perdonadme por no haber reconocido en vos el semblante de la divinidad, pero no debéis olvidar que mis ojos y mi cuerpo son mortales. Disculpad mi ceguera y dad las gracias a la Bodhisattva de mi parte - y empezó a golpear repetidamente el suelo con la frente.

Al poco rato el Gran Sabio soltó la carcajada y, llegándose hasta su maestro, le ayudó a levantarse, diciendo:

- ¿Se puede saber qué es lo que estáis haciendo? El dios ese se ha marchado hace ya

mucho tiempo. ¿Para qué seguir golpeando la tierra con la cabeza? Ni siquiera puede oírlos, así que dejad de lado tanta reverencia.

- Tienes razón - admitió Tripitaka, cuando se hubo repuesto de su sorpresa -. Sin embargo, quisiera que me explicaras por qué no has inclinado ni una sola vez la cabeza, mientras yo me partía la frente contra las piedras.

- ¿Estáis seguro de que no sabéis la razón? - replicó el Peregrino -. Ese dioscecillo merecía una paliza por jugar con nosotros de la forma en que lo ha hecho. Si no le he apaleado, ha sido por la Bodhisattva. Así que deberíais darme las gracias, en vez de quejaros de si me he inclinado o he dejado de inclinarme ante él. Además, desde joven yo he sido siempre un héroe y no me he inclinado jamás ante nadie. Incluso cuando vi a Lao-Tse y al Emperador de Jade, me limité a saludarlos y asunto concluido.

- ¡Deja de decir tonterías, por favor! - le regañó Tripitaka -. Tenemos una misión que cumplir y no podemos permitirnos el lujo de perder más tiempo - volvió a montar en el caballo y continuó el viaje hacia el Oeste.

Durante dos meses aproximadamente gozaron de un camino apacible, ya que sólo se toparon con bárbaros, tigres, lobos y leopardos. El tiempo transcurrió veloz y, sin apenas darse cuenta, se echó encima la primavera. La montaña se revistió de un verde que recordaba al jade y empezó a brotar la hierba. Hacía tiempo que el ciruelo había perdido sus flores y los sauces comenzaron a llenarse de frágiles capullos de hojas verdes. Mientras maestro y discípulo admiraban el maravilloso resurgir de la primavera, el sol terminó de ponerse. Tripitaka echó las riendas al caballo y, aguzando la vista, logró vislumbrar en la distancia la oscura silueta de unos cuantos edificios y torres.

- Mira aquellas construcciones de allí, Wu-Kung - dijo al mono -. ¿Qué lugar será ése?

- No es ni un templo ni un monasterio. De eso estoy seguro - contestó el Peregrino, estirando el cuello cuanto pudo para ver mejor -. Vamos a llegarnos hasta allí a pedir alojamiento.

Tripitaka aceptó, complacido, la sugerencia y espoleó al dragón-caballo. No sabemos la clase de lugar al que llegaron. Quien quiera descubrirlo tendrá que escuchar las explicaciones que se ofrecen en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XVI

LOS MONJES DEL MONASTERIO DE KWANG-ING TRATAN DE APODERARSE DEL TESORO. UN MONSTRUO ROBA LA TÚNICA EN LA MONTAÑA DEL VIENTO NEGRO

Tras espolear al caballo, no tardaron en llegar ante las puertas del edificio, que, en contra de lo que habían calculado, se trataba de un monasterio con torres y torreones. El silencio era absoluto. Encima de la puerta del templo podía verse una extraordinaria panoplia de nubes de mil colores, que parecían competir con las nieblas rojizas que giraban sin cesar alrededor del Salón de las Cinco Bendiciones. Todo el recinto estaba rodeado de bambúes y pinos, que, con su inalterable verdor, simbolizaban la firmeza de la virtud. En su interior podía verse un bosquecillo de cipreses y enebros, que hablaban de la belleza de lo puro con el lenguaje de sus débiles tonalidades. La armonía de la naturaleza no desdecía en nada de la torre de la campana, de la serenidad de la pagoda, de los monjes sumidos en callada meditación, ni del melifluido canto de los pájaros. Todo parecía pensado para un retiro absoluto, que es el auténtico, de la misma manera que la inactividad del Tao es la inactividad total. De aquel lugar afirmaba un poema:

El templo, como ocurre en Jetavana, está enclavado en un bosque dominado por el verdor del jade. La belleza de sus alrededores sobrepasa incluso a la de Sadvarsa. No podía esperarse

menos de un lugar sagrado, en el que los monjes se dedican de continuo a la práctica de la perfección.

Asombrados ante tanta belleza, Tripitaka se bajó del caballo y el Peregrino dejó en el suelo todos los bultos. Cuando se disponían a trasponer la puerta, apareció un monje con un sombrero de paja y túnica llamativamente limpia. Llevaba en las orejas un par de dientes de latón, traía la cintura ceñida con una faja de seda y portaba en la mano un pez de madera. Sus ademanes eran serenos y tranquilos, como el movimiento de sus sandalias de paja, que parecían marcar el ritmo de las letanías que musitaba sin parar. No cabía la menor duda de que se trataba de un humilde buscador de sabiduría. Tripitaka le saludó juntando las manos y llevándoselas a la frente. El monje respondió de la misma manera y exclamó, sonriendo:

- Disculpadme, pero creo que no os he visto nunca. ¿Os importaría decirme de dónde venís? Entrad a tomar un poco de té.

- Procedemos de las Tierras del Este - contestó Tripitaka - y nos dirigimos hacia el Templo del Trueno en busca de las escrituras de Buda. Se está haciendo tarde y hemos pensado que, quizá, podáis permitirnos pasar la noche en vuestro templo.

- Contad con ello - replicó el monje -. Pasad y tomad asiento.

Tripitaka se volvió entonces hacia el Peregrino y le pidió que metiera el caballo. El monje no se había fijado en su cara hasta ese momento y exclamó, asustado:

- ¿Qué es eso que lleva de las riendas a vuestro caballo?

- Hablad más bajo - le sugirió Tripitaka -. Tiene un carácter muy irascible y, si os oye tratarle como una cosa, lo más seguro es que se ponga hecho una fiera. Ahí donde le veis, es mi discípulo.

- ¿Cómo habéis podido tomar un discípulo tan horripilante? - volvió a preguntar el monje, mordiendo con nerviosismo las uñas.

- Ciertamente no es ninguna beldad - admitió Tripitaka -, pero es una de las personas más prácticas que he visto en mi vida.

Aunque temblando, al monje no le quedó más remedio que acompañar a Tripitaka y al Peregrino al interior del monasterio. En el dintel del edificio principal podía leerse en grandes caracteres: "Salón Zen de Kwang-Ing". Eso alegró sobremanera a Tripitaka, que dijo:

- Durante el viaje he recibido múltiples beneficios de la Bodhisattva, pero no he tenido oportunidad de agradecerse como debiera. Es una suerte, por tanto, que haya venido a parar a un lugar como éste. Es como si me hubiera encontrado, de hecho, con la Bodhisattva en persona.

Al oír eso, el monje ordenó a uno de los sirvientes taoístas que abriera las puertas del recinto sagrado, para que Tripitaka rezara cuanto quisiera. El Peregrino ató el caballo, dejó el equipaje en el suelo y acompañó a su maestro al interior del templo. Cuando se hallaron ante la imagen dorada, Tripitaka se echó rostro en tierra y empezó a golpear el suelo con la frente, mientras el monje redoblaba el tambor y el Peregrino hacía sonar la campana. Tripitaka oró con fervor durante un largo rato. En cuanto hubo terminado, el monje dejó de tocar el tambor, pero el Peregrino continuó tañendo la campana, sin importarle que su maestro hubiera finalizado los rezos. A veces lo hacía a un ritmo llamativamente lento, para pasar a renglón seguido a otro sorprendentemente trepidante. Sin salir de su asombro, el monje le preguntó:

- ¿Por qué sigues tañendo la campana, cuando el oficio ha terminado hace ya bastante tiempo?

- ¿De verdad no lo sabes? - contestó el Peregrino -. Estoy obedeciendo el proverbio que dice: "Si eres monje de un día, toca la campana un día entero".

Para entonces todos los monjes del monasterio, sin importar la edad o el rango, estaban

ya nerviosos por aquellos tañidos incontrolados y, abandonando al unísono sus aposentos, preguntaron, malhumorados:

- ¿Se puede saber quién es el loco que está castigando de esa forma la campana?

- ¡Vuestro abuelo Sun! - contestó el Peregrino, saliendo fuera del templo -. ¿Quién otro podía ser?

Al verle, todos los monjes sintieron tal pánico que se dejaron caer rostro en tierra y murmuraron, respetuosos:

- ¡Oh, venerable dios del trueno!

- Ese del que habláis es mi nieto - se burló el Peregrino -. Venga, venga. Levantaos y no tengáis miedo. Sólo somos dos monjes procedentes de la Gran Nación de los Tang.

Los monjes no se atrevían a creerle, pero, en cuanto vieron a Tripitaka, hubieron de convencerse de que así era. El guardián del monasterio se destacó entonces de todos los demás y dijo:

Tened la amabilidad de acompañarnos a la parte de atrás, para que podamos obsequiaros con té.

Tras desatar el caballo y coger el equipaje, se dirigieron al pabellón posterior del monasterio, donde tomaron asiento siguiendo un orden riguroso de dignidad. En cuanto hubieron concluido el té, el guardián del monasterio ordenó que les fueran servidos unos cuantos platos vegetarianos, aunque todavía era muy temprano para la hora de cena. Tripitaka le dio las gracias por tantas atenciones. Apenas había acabado de hacerlo, cuando apareció un monje de una edad tan avanzada que sólo podía caminar sostenido por otros más jóvenes. Llevaba puesto un sombrero Vairocana, coronado por un espléndido topacio una túnica cubierta de bordados realizados con hilos de oro y plumas de marfil pescador. Caminaba apoyándose en un bastón cubierto de piedras preciosas, que no desdecían en nada de la delicadeza de sus zapatos, en los que aparecían representados los Ocho Tesoros. Tenía la cara totalmente cubierta de arrugas, algunas tan profundas que le hacían parecer la Vieja Bruja de la Montaña Li. Sus ojos poseían una viveza tal que recordaban a los del Rey Dragón del Océano Oriental, aunque era claro que apenas podían ver ya. Su edad, como lo atestiguaban lo encorvado de su espalda y su absoluta carencia de dientes, era avanzada en extremo. Al verle aparecer, todos los monjes exclamaron con respeto:

- Acaba de llegar el patriarca.

- Venerable maestro - le saludó Tripitaka, inclinándose ante él.

El anciano le devolvió el gesto lo mejor que pudo y tomó asiento. Después dijo, volviéndose hacia sus invitados:

- En cuanto me he enterado de que acababan de llegar dos monjes procedentes de la corte de los Tang, me he apresurado para darles la bienvenida.

- Si hubiéramos sabido que íbamos a causaros tantas molestias - respondió Tripitaka -, no habríamos osado poner los pies en vuestro respetable templo. Os ruego nos disculpéis.

- ¡Por favor! - exclamó el monje anciano -. ¿Puedo preguntaros qué distancia hay entre la Tierra del Este, de la que, según tengo entendido, procedéis, y este humilde santuario?

- Tras abandonar la ciudad de Chang-An - volvió a responder Tripitaka -, viajé aproximadamente dos mil kilómetros, alcanzando, así, la Montaña de las Dos Fronteras, donde me agencié el discípulo que ahora me acompaña. Continuamos después nuestro viaje por el reino Hamil de los bárbaros occidentales, llegando a cubrir en dos meses de camino otros dos mil quinientos o dos mil seiscientos kilómetros antes de alcanzar vuestra noble región.

- Eso quiere decir - concluyó el monje anciano - que habéis cubierto una distancia de,

poco más o menos, cinco mil kilómetros. Puede decirse que yo jamás he hecho nada de tanto mérito en toda mi vida, pues nunca he llegado a trasponer la puerta de este monasterio. Me he limitado, como afirma el proverbio, a "sentarme en el interior de un pozo y a mirar desde allí el firmamento". No es extraño que ahora me haya convertido en un trozo de leña seca.

- ¿Cuántos años tenéis, si me permitís la curiosidad? – preguntó Tripitaka.

- Así, como quien no quiere la cosa - contestó el anciano -, he cumplido nada más y nada menos que doscientos setenta años.

- ¡Qué pocos! - exclamó el Peregrino -. Con esa edad podríais ser un descendiente mío de la diezmilésima generación.

- Ten cuidado con lo que dices - le amonestó Tripitaka -. No está bien ofender con insolencias a quien nos trata con respeto.

- Y vos - preguntó el monje anciano, dirigiéndose al Peregrino -, ¿cuántos años tenéis?

- No me atrevo a decíroslo - respondió el Peregrino.

El anciano pensó que se trataba de una baladronada y no le prestó más atención. En vez de seguir preguntando, prefirió tomar un poco de té y ordenó que le sirvieran un vaso. Al instante apareció un bonzo joven con una bandeja de jade tan blanco como la leche, sobre la que descansaban tres copas esmaltadas con el reborde de oro. Casi inmediatamente se presentó otro joven con una tetera de cobre y las fue llenando de un té aromático en extremo, de un color más fuerte que los capullos de camelia y más fragante que las flores de casia. Tripitaka, al ver semejante lujo, se deshizo en elogios, diciendo:

- ¡Qué maravilla! ¡Jamás había visto cosa más fina ni brebaje más aromático!

- Nada de esto merece vuestros elogios - replicó el monje anciano -. Como vos mismo habéis dicho, procedéis de la corte de una gran nación y estoy seguro de que habréis visto infinidad de tesoros realmente extraordinarios. Nuestras humildes posesiones no pueden ser dignas de vuestra respetable alabanza. Por cierto, ¿habéis traído con vos algo valioso que podáis enseñarnos?

- ¡Qué lástima! - exclamó Tripitaka, sacudiendo la cabeza -. En las Tierras del Este no poseo absolutamente nada de valor. Por otra parte, si lo hubiera tenido, tampoco podría haberlo traído en un viaje tan como éste.

- ¿Cómo que no? - replicó en seguida el Peregrino -. El otro día vi en vuestra bolsa una espléndida túnica, que no tiene que envidiar en nada al mejor de los tesoros. ¿Por qué no se la enseñáis a nuestro anfitrión?

Al oírlo, los otros monjes soltaron la carcajada y el Peregrino se enfrentó con ellos, diciendo, malhumorado:

- ¿Se puede saber de qué os reís?

- No podéis negar - contestó el guardián - que es gracioso comparar una túnica con un tesoro. Además, personas como nosotros tenemos veinte o treinta vestimentas como las que tú acabas de mencionar. Nuestro patriarca, sin ir más lejos, posee alrededor de setecientas, cosa nada rara teniendo en cuenta que ha sido monje durante más de doscientos cincuenta años - se volvió después hacia el anciano y le sugirió -: ¿Os importaría sacarlas para que las vean nuestros ilustres huéspedes?

Complacido, el anciano pidió a sus hermanos taoístas que abrieran los almacenes y sacaran los arcones. Así lo hicieron ellos, escogiendo doce y llevándolos directamente a uno de los patios. Los monjes abrieron los candados y empezaron a sacar ropas. Eran tantas que, para colgarlas, hubieron de tensarse cuerdas alrededor de todo el recinto. Querían que Tripitaka las viera bien y no se ahorraron esfuerzos. Los bordados eran, en verdad, magníficos. El Peregrino los fue examinando detenidamente uno por uno. Comprobó, de esta forma, que la seda era de primera calidad y que en los bordados no

se había escatimado oro, pero, a pesar de ello, soltó la carcajada y exclamó, despectivo:
- ¡Muy bien, muy bien! ¡Ya están vistos todos! Podéis guardarlos, si queréis. Ahora nos toca a nosotros enseñaros lo nuestro.

- Por favor - le suplicó Tripitaka en voz baja, llevándole aparte -. No está bien competir con la riqueza de los demás. Tú y yo, por otra parte, no somos más que dos viajeros que se hallan a mucha distancia de su hogar. Es posible, por tanto, que lo que estás sugiriendo sea algo que después tengamos que lamentar.

- ¿Qué vamos a tener que lamentar? - protestó el Peregrino -. Mirad vuestra túnica. No hay otra igual bajo las estrellas.

- Considéralo bajo otro punto de vista - insistió Tripitaka -. Los antiguos decían, y con mucha razón, por cierto, que "las cosas valiosas nunca deben ser mostradas a una persona avara, porque, en cuanto las vea, sufrirá la tentación de hacerse con ellas y, una vez tentada, cavilará la manera de poseerlas". En casos como éste conviene mostrarnos prudente, de lo contrario, lo más seguro es que uno pierda la vida, y eso es algo a lo que nadie debe exponerse jamás.

- Os estáis preocupando sin motivo alguno - trató de tranquilizarle el Peregrino -. Yo cargo con toda la responsabilidad - y cerró, de esta forma, la discusión.

Se lanzó sobre el equipaje y lo desató con increíble facilidad. Al instante se vio un resplandor que recordaba los primeros rayos del sol naciente. Desenvolvió a continuación la túnica y la sacudió delicadamente para quitarle las arrugas producidas por los dobleces. Una luz rojiza se abatió entonces sobre el patio, mientras todo el monasterio parecía sumirse en una atmósfera celeste. Los monjes sintieron tal admiración que sus labios eran incapaces de expresar lo que experimentaban sus corazones. La túnica era magnífica, en verdad. Las perlas que la adornaban, únicas en su especie, sólo podían proceder del mismo tesoro de Buda. La seda de la que estaba hecha era de primerísima calidad, lo mismo que el oro con el que habían sido realizados todos sus bordados. Lo más asombroso, sin embargo, eran los extraordinarios poderes de los que estaba dotada. Quien la vistiera era capaz de matar fantasmas y de arrojar a los demonios al infierno, como si fueran piedras en un estanque. No en balde había sido confeccionada por dioses para regalo de personas virtuosas y justas.

Cuando el monje anciano vio tanta perfección, quiso hacerla suya al instante y, arrodillándose ante Tripitaka, dijo con fingido abatimiento:

- ¡Qué mala suerte la mía, maestro!

- ¿Por qué decís eso? - preguntó Tripitaka, ayudándole a levantarse.

- Porque mis ojos son ya muy débiles y apenas pueden ver - contestó el monje anciano al borde de las lágrimas -. No me iréis a decir que eso no es mala suerte. Si fuera de día o hubiera un poco más de luz...

- Eso tiene fácil arreglo - replicó Tripitaka -. Que traigan unos cuantos hachones y así podréis apreciar mejor los detalles.

- Me temo que ésa tampoco será una solución aceptable - comentó el monje anciano -. Vuestra túnica está tan plagada de piedras preciosas que la luz de las antorchas se reflejará en ellas y no podré soportar tanta luminosidad. Haga lo que haga, nunca me será dado gozar de su belleza.

- ¿Es que no hay manera de que apreciéis la perfección de su hechura? - volvió a preguntar Tripitaka, conmovido.

- Sí, pero no me atrevo a sugeríroslo - respondió el monje anciano, para añadir inmediatamente -: Si me permitierais llevarla a mis aposentos, podría pasarme la noche estudiándola con detenimiento Os la devolvería mañana, antes de que continuarais vuestro viaje hacia el Oeste. ¿Qué os parece?

Sin saber qué hacer, Tripitaka se volvió hacia el Peregrino y le regañó en voz baja,

diciendo:

- ¡Todo esto es culpa tuya!

- ¿A qué tenéis miedo? - replicó el Peregrino -. Permitidme envolverla y prestársela al anciano. Ya me encargaré yo de llamarle al orden, si algo sale mal. No os preocupéis.

Poco podía hacer Tripitaka, salvo entregársela al anciano.

- Está bien - concluyó bien a su pesar -. Os la presto. Pero debéis devolvérmela mañana por la mañana tal y como ahora os la confío. Por lo que más queráis, procurad que no sufra el menor desperfecto.

El monje anciano sonrió, complacido, y ordenó a uno de los bonzos que la llevara a sus aposentos. Pidió a continuación a varios monjes que barrieran la gran sala del monasterio y dejó encargado que al día siguiente, muy temprano, estuviera dispuesto el desayuno de los huéspedes, para que pudieran seguir el viaje cuando les apeteciera. Sin más, se retiraron todos a descansar.

El anciano volvió a la parte de atrás del monasterio, colocó la túnica bajo unas antorchas y, sentándose frente a ella, comenzó a llorar a voz en grito. El guardián, pensando que le ocurría algo, no se atrevió a tumbarse en el lecho. Uno de los bonzos jóvenes, por su parte, corrió, emocionado, a informar a los otros monjes.

- Nuestro venerable patriarca - dijo - no ha dejado de llorar desde que nos acostamos. Ya veis. Acaban de dar la segunda vigilia y todavía sigue sumido en llanto.

Dos de los discípulos preferidos del anciano se llegaron hasta él y le preguntaron con sumo respeto:

- ¿Se puede saber por qué no habéis parado de llorar en toda la noche?

- Porque no puedo mirar el tesoro del monje Tang - contestó el -. Sólo por eso.

- Nuestro respetable patriarca está empezando a desvariar - contó, apenado, uno de ellos. Se volvió después hacia su maestro y añadió -: No es necesario que lloréis de esa forma. ¿Acaso no tenéis la túnica ante vos? Todo lo que debéis hacer, pues, es sacarla de su envoltorio y mirarla cuanto deseáis.

- Sí, pero no podré hacerlo todo el tiempo que quiera - replicó el anciano -. No necesito recordaros que tengo ya doscientos setenta años. ¿De qué me ha servido coleccionar todas las túnicas que poseo, si ninguna supera en belleza a la del monje Tang? ¿Es que tendré que convertirme en él para adueñarme de semejante maravilla?

- No sabéis lo que decís - le regañaron los discípulos -. Tripitaka es un monje mendicante, que se pasa la vida yendo de un lugar a otro. Deberíais conformaros con vuestra suerte y gozar cuanto podáis de la paz de vuestros últimos años. ¿Para qué lanzaros, sin más, a las incomodidades del camino?

- No puedo negar que me sería imposible encontrar en otra parte la vida relajada que aquí llevo - admitió el anciano -. Pero ansío tanto llegar a poseer esa túnica que, si no lo logro, me parecerá que mi paso por este Mundo de la Luz no habrá tenido sentido alguno.

- ¡Tonterías! - exclamó uno de los discípulos -. Si lo que deseáis es vestir esa prenda, pediremos a nuestros huéspedes que se queden un día más y podréis ver satisfecho vuestro deseo. De todas formas, si no os parece suficiente, les haremos permanecer a nuestro lado durante un par de semanas y vos luciréis esa maravilla todo el tiempo que deseáis. Creo que no podemos hallar una solución más aceptable. Ahora, por lo que más queráis, dejad de llorar de una vez.

- Si les obligamos a quedarse aquí durante un año - replicó el anciano, apenado -, sólo podré disfrutar de esa belleza doce meses, un tiempo ciertamente ridículo. Además, en cuanto quieran marcharse, tendré que devolvérsela sin rechistar y todos nuestros esfuerzos habrán sido inútiles. ¿Qué podríamos hacer para alargar indefinidamente el tiempo del préstamo?

- Nada hay más fácil que eso - sentenció un monje llamado Sabiduría Perfecta.

¿Quieres explicarnos ese plan que acaba de ocurrírsete? - le pidieron los otros monjes, esperanzados.

- El monje Tang y su discípulo - respondió Sabiduría Perfecta bajando conspiratoriamente el tono de voz - han gastado no pocas energías a lo largo de su viaje. De hecho, ahora están durmiendo a pierna suelta en el gran salón. No nos será difícil, por tanto, acabar con ellos. Para más seguridad, podemos encargar el trabajo a los más fuertes de entre nosotros. Todos sellaremos después un pacto de silencio, de tal forma que nadie fuera de nuestro grupo sabrá jamás que están enterrados en el patio de atrás. Para mayor seguridad nos desharemos también del caballo y del equipaje. Por lo que respecta a la túnica, la guardaremos como si de una reliquia se tratara. ¿No os parece que este plan soluciona el problema de una forma definitiva?

- ¡Es perfecto! - exclamó el monje anciano, secándose, esperanzado, las lágrimas -. ¡La obra de un auténtico genio! - y al instante pidió que fueran a por las lanzas y los cuchillos.

- A pesar de lo que digáis, a mí no me parece un plan tan bueno - afirmó otro monje, llamado Grandes Designios, que era condiscípulo de Sabiduría Perfecta -. Si queréis deshacerlos de ellos, es preciso analizar la situación con más detenimiento. Pienso que no será nada difícil acabar con el de la piel más clara, pero tengo mis reservas con respecto a su discípulo. Si, por un motivo u otro, no logramos darle muerte de un solo tajo, lo más seguro es que seamos nosotros los que terminemos en la fosa. Yo he ideado un plan en el que no será necesario el uso de espadas y lanzas.

- ¿Quieres explicarnos de qué se trata? - le pidió el monje anciano.

- Por supuesto que sí - contestó Grandes Designios -. Convocaremos a todos los monjes y les diremos que es conveniente, por el bien de toda la comunidad, purificar el ala este del monasterio. Consecuentemente, cada cual habrá de aportar un haz de leña, que servirá para prender fuego al salón Zen. Previamente habrán sido selladas todas sus puertas y ventanas y, de esta forma, arderá hasta el caballo. Quien no esté al tanto de nuestro propósito pensará que habrá sido un accidente y nosotros continuaremos con las manos totalmente limpias - ¿Qué más da que caiga alguno de nuestros hermanos? Lo importante es hacerse con la túnica. ¿No os parece?

- ¡Este plan es mucho mejor que el otro! - exclamaron, a coro, los demás monjes -. ¡Es prácticamente imposible superarlo! - e inmediatamente partieron en busca de la leña.

¡Qué irresponsabilidad la de aquellos hombres! Su pérfido plan provocó la muerte de un monje venerable y la total destrucción del Templo Zen de Kwang-Ing. El monasterio poseía un total de setenta aposentos, en los que vivían alrededor de doscientos monjes. Muchos de se apresuraron a ir en busca de leña, que fueron amontonando alrededor del salón Zen, hasta que no hubo lugar para un solo haz más.

Ajenos al plan irracional de los monjes, Tripitaka y su discípulo descansaban tranquilamente en el interior. El Peregrino, sin embargo, era un mono entregado por completo a las prácticas espirituales y, aunque parecía estar profundamente dormido, se encontraba, en realidad, realizando ejercicios de respiración. Se percató en seguida del incansable trasiego de los monjes y del ruido que éstos hacían al partir la madera.

- ¡Qué raro! - se dijo, abandonando al punto su meditación -. Es su hora de descansar y, sin embargo, ahí fuera hay un increíble trasiego de gente. ¿Serán ladrones que planean algo contra nuestras personas?

De un salto abandonó el lecho y se dirigió hacia la ventana. Pero cayó en la cuenta de que podía despertar a su maestro y, de una sacudida, se convirtió en una abeja. Era tan idéntica a las reales que poseía una boca llena de dulzor, un aguijón cargado de veneno, una cintura mínima y un cuerpo llamativamente ligero. Era capaz de moverse entre las

flores y los sauces a la velocidad de una flecha, buscando el preciado tesoro del polen. A pesar de lo débil de su cuerpo, podía transportar una gran cantidad de esencia de flores. No en balde sus alas conocían el secreto de la navegación sobre el viento.

Wu-Kung se elevó hacia el techo y se abrió camino entre las vigas para ver lo que pasaba. Para su asombro, descubrió que los monjes estaban amontonando heno y leña alrededor del salón en el que ellos se encontraban descansando, con el fin de prenderle fuego.

- ¡Así que se ha hecho realidad lo que temía mi maestro! - volvió a decirse con amargura -. Quieren acabar con nosotros para hacerse con la túnica. No cabe la menor duda al respecto. Debería sacar la barra y terminar con todos ellos en menos que canta un gallo. Pero, si lo hago, mi maestro se pondrá furioso conmigo y me acusará de haber cedido a tentación de la violencia. No, no. Es mejor que esta vez actúe con un poco más de astucia. Lo importante, de todas formas, es que a éstos les salga el tiro por la culata y tengan que marcharse a otro sitio.

De un salto se llegó hasta la Puerta Sur de los Cielos. Los guardianes Pang, Liu, Kou y Pi se sintieron tan desconcertados ante tan inesperada aparición que se echaron rostro en tierra y los ilustres Ma Chao, Wen y Kwan inclinaron respetuosamente la cabeza.

- ¡El cielo nos proteja! - pensaron, atemorizados, para sus adentros -. ¡Otra vez está aquí el tipo que sembró de confusión el reino de lo alto!

- No es necesario que os mostréis tan ceremoniosos conmigo - dijo por su parte, el Peregrino -. Sólo he venido a ver a Virupaksa, el Devaraja de los Ojos Anchos. Así que no tengáis miedo.

No había terminado de decirlo, cuando se presentó el mismo Devaraja en persona y exclamó, tras saludar al Peregrino:

- ¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! Por cierto, no hace mucho oí comentar que la Bodhisattva Kwang-Ing había solicitado al Emperador de Jade que los Cuatro Centinelas, los Seis Dioses de la Luz y de las Tinieblas, y los Doce Guardianes pudieran encargarse de la protección del monje Tang, mientras iba al Paraíso Occidental en busca de las escrituras. Además, ella misma me dijo que os había tomado como discípulo. ¿Cómo os encontráis hoy aquí? ¿Es que vuestro maestro os ha dado vacaciones?

- Nada de eso - respondió el Peregrino -. El monje Tang se ha topado con unos malvados, que están a punto de quemarle vivo. Precisamente he venido a pedirte prestada tu manta contra el fuego. Así que, si no te importa, dámela cuanto antes. Prometo devolvértela cuando haya terminado todo.

- Estás equivocado - comentó el Devaraja -. Si esos malvados quieren quemar a tu maestro, deberías ir en busca de agua, en vez de venir aquí. ¿Para qué quieres una manta contra el fuego?

- No has captado mi idea - contestó el Peregrino -. Con agua podría, ciertamente, solucionarlo todo, pero eso beneficiaría a nuestros enemigos. Si quiero la manta es para que sólo el monje Tang resulte ileso. Los demás me traen absolutamente sin cuidado. Por mí, que se quemem todos. Vamos, date prisa. Si me demoro un poco más, será demasiado tarde.

- Seguro que no estás planeando nada bueno - replicó el Devaraja, soltando la carcajada -. Es la primera vez, de hecho, que te veo preocuparte de los demás.

- Déjate de tonterías y date prisa - le urgió el Peregrino -. De lo contrario, echarás abajo todo mi plan.

El Devaraja no se atrevió a negárselo y le entregó la manta. El Peregrino descendió con ella a toda velocidad, entró en el salón Zen y cubrió al monje, el caballo y el equipaje. Después voló al tejado del aposento del monje anciano para proteger la túnica. Cuando vio que los otros bonzos prendían fuego a los haces de leña, hizo un signo mágico,

cruzando los dedos, y recitó el oportuno conjuro. Se volvió a continuación hacia el suroeste y, llenando cuanto pudo el pecho de aire, sopló con todas sus fuerzas. Al punto se levantó un fortísimo viento que convirtió la hoguera en un fuego incontrollable. Las llamas se elevaron majestuosas, mientras el humo, negro y denso, borraba las estrellas del manto de la noche. El incendio adquirió tales proporciones que era visible a varios centenares de kilómetros. Al principio las lenguas de fuego parecían diminutas culebrillas de oro, pero pronto se transformaron en caballos henchidos de sangre. Las Tres Fuerzas y el Dios del Fuego desplegaron toda su irresistible potencia. Ni el mismísimo Sui-Ren ¹ pudo sospechar jamás que su extraordinario hallazgo pudiera llegar a alcanzar un día tales proporciones. Las llamas eran tan intensas que parecían provenir del horno de Lao-Tse. Nadie podía detener la ira del fuego, acrecentada por los perversos designios de quienes lo originaron. El viento lo expandió en todas las direcciones, llegando a alcanzar una altura de ocho mil pies. Las cenizas ascendieron hasta el Noveno Cielo, como si fueran petardos de las celebraciones de año nuevo. Los chasquidos de cuanto iba devorando el fuego recordaban el rugido de los cañones en el campo de batalla. Incluso la imagen de Buda cayó presa de las llamas; los Guardianes del Templo fueron, igualmente, incapaces de encontrar un lugar en el que esconderse. Tal destructor y voraz incendio recordaba al que se produjo durante la Campaña del Acantilado Rojo ², y superó con mucho al que terminó con el magnífico palacio de O-Pang ³.

Con razón afirma el dicho que "una pequeña chispa es capaz de destruir diez mil hectáreas de tierra". En un abrir y cerrar de ojos, el fuerte viento avivó de tal forma las llamas que el Templo de Kwang-Ing parecía una gema roja. Aterrorizados, los monjes empezaron a sacar armarios, baúles, mesas y utensilios de cocina. Los gritos de angustia llenaron en seguida todo el patio. El Peregrino observaba los esfuerzos, totalmente inútiles, de los bonzos por salvar lo que podían. A excepción del salón Zen, lo demás se había convertido en una hoguera gigantesca, que iluminaba el cielo y teñía todo el entorno de una horripilante tonalidad dorada. No es extraño que atrajera la atención de un monstruo de la montaña.

A siete kilómetros aproximadamente al sur del Templo de Kwang-Ing se elevaba la Montaña del Viento Negro, donde se hallaba enclavada la caverna del mismo nombre. Al darse una vuelta en el lecho el monstruo que la habitaba, vio que entraba por las ventanas un extraño resplandor. Al principio pensó que había amanecido, pero, después de levantarse, comprobó que tan desconcertante claridad provenía de un incendio en el norte.

- ¡Santo cielo! - se dijo, alarmado -. Debe de haberse desatado un fuego en el Templo de Kwang-Ing. ¡Qué poco cuidado tienen esos monjes! Creo que lo mejor es que vaya a ver si puedo echarles una mano.

Montó en su nube y se dirigió inmediatamente al lugar del que parecía provenir el humo. Horrorizado, descubrió que el fuego estaba a punto de destruir el monasterio. En seguida se dispuso a ir en busca de agua, pero para su asombro constató que el pabellón de la parte posterior permanecía totalmente intacto. Además, encima del tejado había alguien azuzando las llamas. Se acercó a mirar con más detenimiento y vio que encima de una mesa de los aposentos del monje anciano había una túnica que emitía una luz multicolor, a pesar de estar envuelta en una manta azul. La desenvolvió con cuidado y descubrió que se trataba de una vestimenta de seda profusamente adornada con bordados. No le cupo la menor duda de que ante sí tenía un valiosísimo tesoro budista. Comprendiendo la realidad de lo ocurrido - ¡con cuánta facilidad corrompe la riqueza la mente del hombre! -, no hizo el menor intento por apagar el fuego o ir en busca de agua. Agarró la túnica y, aprovechando la confusión reinante, volvió a montarse en la nube y

regresó, sin ser visto, a la caverna de la montaña.

El fuego duró hasta la quinta vigilia. Sin dejar de llorar ni de ulular como lobos, comenzaron a hurgar entre las cenizas, tratando desesperadamente de salvar de la ruina algo valioso. Algunos intentaron erigir un abrigo temporal entre los muros que aún quedaban en pie, mientras otros improvisaban fogones abiertos para poder cocinar arroz. Raro era el que no se deshacía en llanto por lo ocurrido.

El Peregrino, mientras tanto, cogió la manta contra el fuego y de salto se presentó ante la Puerta Sur del Cielo. Sin ninguna ceremonia se la devolvió al Devaraja de los Ojos Anchos, diciendo simplemente:

- Gracias por habérmela prestado.

- Veo que sois más honrado de lo que en un principio pensé - contestó el Devaraja -. He de reconocer que me tenía preocupado la posibilidad de que no me devolvierais tanpreciado tesoro. Me alegro de que hayáis cumplido vuestra palabra.

- Yo no acostumbro a robar - se defendió el Peregrino -. Además, como dice el proverbio, "quien devuelve lo prestado, tiene la posibilidad de volver a pedirlo de nuevo".

- Hacía mucho tiempo que no os veía y quisiera invitaros a pasar una temporada en mi palacio - dijo el Devaraja -. ¿Qué os parece la idea?

- No, no - respondió el Peregrino -. Si lo hiciera, volvería a las andadas, perdiendo el tiempo en charlas que no conducen a nada. Tengo, además, la obligación de proteger al monje Tang y no dispongo de tiempo libre. Para otra vez será.

Tras despedirse del Devaraja, montó en la nube e inició el camino de vuelta. Llegó al salón Zen cuando el sol apuntaba ya por el horizonte. Sacudió el cuerpo y se transformó nuevamente en una abeja. Eso le permitió meterse en el edificio sin ser notado. Cuando se halló en el interior, volvió a tomar su forma habitual, comprobando que su maestro estaba todavía dormido. Se llegó hasta él y le urgió:

- Levantaos. ¿No veis que ya es de día?

Tripitaka abrió los ojos y, dándose la vuelta, dijo:

- Tienes razón.

Después de vestirse a toda prisa, abrió la puerta y salió al aire libre. A su alrededor reinaba la desolación más absoluta. Sólo quedaban en pie algunas paredes aisladas; los torreones y el resto de las construcciones habían desaparecido del todo. Sorprendido ante tan desoladora visión, dio un salto y exclamó, aterrado:

- ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo es que todo se ha venido abajo y sólo quedan muros ennegrecidos?

- No penséis que estáis soñando - le aconsejó el Peregrino -. Si todo se encuentra en tan lamentable estado, es porque anoche se declaró un incendio.

¿Cómo es posible que yo ni siquiera me haya enterado? - preguntó Tripitaka -. Es raro, por otra parte, que no haya sufrido el menor daño.

- Eso es porque yo me encargué de la protección del salón Zen - explicó el Peregrino -. Vi que dormíais profundamente y no me atreví a molestaros.

- Si tenías poder para proteger este salón - replicó Tripitaka - - ¿por qué no apagaste el fuego de los otros edificios?

- Para que descubrierais la verdad, que vos mismo predijisteis anoche - respondió el Peregrino -. Se encapricharon de vuestra túnica y planearon quitaros de en medio, valiéndose de un incendio. Si no hubiera permanecido alerta, ahora estaríamos los dos reducidos a cenizas.

- ¿Estás seguro de que fueron ellos los que provocaron el fuego? - inquirió Tripitaka, alarmado.

- ¿Quién otro podría haberlo hecho? - replicó el Peregrino.

- ¿No será que lo hiciste tú, para vengarte de lo mal que te trataron anoche? - insistió Tripitaka.

- Yo no soy de los que se dedican a hacer atrocidades como ésta - se defendió el Peregrino -. Debéis aceptar de una vez que fueron ellos los que provocaron esta catástrofe. Cuando vi la malicia con la que obraban, desistí de ayudarles a apagar el fuego. Es más, lo avivé provocando un poco de viento.

- ¡Santo cielo! - exclamó Tripitaka, horrorizado -. Lo primero que hay que hacer, cuando se inicia un incendio, es ir en busca de agua. ¿Cómo se te ocurrió provocar viento?

- Por fuerza tenéis que haber oído lo que decían los antiguos - contestó el Peregrino -: "Si el hombre no hace ningún daño al tigre, el tigre tampoco se lo hará a él". Si ellos no hubieran jugado con fuego, tampoco lo habría hecho yo con el viento.

- ¿Dónde está la túnica? - exclamó Tripitaka, de pronto -. ¿Se ha quemado también?

- En absoluto - respondió el Peregrino -. No ha sufrido el menor daño. Yo mismo me encargué de que el fuego no llegara a los aposentos del monje anciano. Como sabéis, se encontraba allí.

- Más vale que sea así - replicó Tripitaka, cediendo al resentimiento -. Si ha sufrido algún daño, te aseguro que voy a recitar lo que tú bien sabes y no voy a parar hasta que hayas muerto.

- ¡No lo hagáis, por favor! - suplicó el Peregrino, preocupado -.

Os devolveré la túnica inmediatamente. En cuanto la recupere, proseguiremos nuestro viaje.

Tripitaka agarró las riendas del caballo, mientras el Peregrino cargaba con el equipaje. Juntos abandonaron el salón Zen y se dirigieron a los aposentos de la parte posterior. Al verlos, los monjes, que continuaban lamentándose como plañideras, pensaron que se trataba de espíritus y gritaron, despavoridos:

- ¡Esos fantasmas han vuelto a vengarse de nosotros!

- ¿Quién ha dicho que seamos espíritus? - replicó el Peregrino -. Todavía estamos vivos y lo único que queremos es que nos devolváis nuestra túnica.

- Del obrar injusto nacen los enemigos, y de una deuda un acreedor - sentenciaron ellos, echándose rostro en tierra -. Nosotros no tenemos nada que ver con lo ocurrido. Fueron el monje anciano y Grandes Designios los que planearon todo esto. ¡Por lo que más queráis, permitidnos seguir viviendo! ¿Qué vais a ganar vengándoos de gente inocente?

- ¡Malditas bestias! - exclamó el Peregrino -. ¿De dónde habéis sacado que queramos vengarnos? Sólo exigimos la devolución de lo que es nuestro. ¿Dónde está la túnica?

- Se suponía que habíais muerto en el incendio del salón Zen - dijeron dos de los monjes más atrevidos -. ¿Cómo habéis logrado salir ilesos? ¿En qué quedamos: sois hombres o espíritus?

- ¡Maldito atajo de idiotas! - volvió a exclamar el Peregrino, soltando la carcajada -. ¿Es que no sabéis dónde se declaró el incendio? Id a echar un vistazo al salón Zen y, así, os convenceréis de que aún continuamos vivos.

Los monjes así lo hicieron y comprobaron, asombrados, que el fuego no había tocado ni una pizca de la gran sala en la que habían pasado la noche. Eso les convenció de que Tripitaka era un monje venido del cielo y el Peregrino, su guardaespaldas. Inmediatamente se volvieron hacia ellos y, echándose nuevamente rostro en tierra, dijeron:

Tenemos, ciertamente, ojos, pero parecemos ciegos. ¿Cómo es posible que no hayamos reconocido en vosotros a dos seres celestes? Vuestra túnica se encuentra en la parte de atrás, en la residencia del viejo Patriarca.

A Tripitaka se le cayó el alma a los pies, al ver el estado en el que había quedado todo.

Pero, al acercarse a los aposentos del Patriarca, comprobó, aliviado, que también habían sido respetados por las llamas.

- Anciano venerable - gritaron los bonzos -, el monje Tang por fuerza tiene que ser un dios. El fuego ni siquiera le ha tocado, mientras que nosotros hemos perdido todo lo que teníamos. Devolvedle su túnica, por favor.

Desgraciadamente el monje anciano no pudo hallarla. Se encontraba en un estado tal de abatimiento que apenas sabía lo que decía. Se sentía culpable de lo ocurrido. Preso de remordimiento, se dobló hacia delante, tomó impulso y estrelló la cabeza contra la pared. El golpe fue tan fuerte que se le rompió el cráneo y la sangre fluyó abundantemente, cayendo muerto al suelo, como si fuera un saco de arena. ¡Qué final tan lamentable! De poco le sirvió vivir tanto tiempo. Se empeñó en poseer la túnica, sin percatarse de que era un regalo del mismísimo Buda. ¡Qué mal servicio le hicieron Grandes Designios y Sabiduría Perfecta! Quien piense que puede alcanzar con facilidad lo eterno está condenado al sufrimiento y al fracaso. Horrorizados, los monjes exclamaron:

- ¿Qué podemos hacer ahora que el Patriarca se ha suicidado y no podemos encontrar la túnica?

- Seguro que la habéis robado vosotros y después la habéis escondido - bramó el Peregrino -. Salid de aquí inmediatamente y dadme una lista completa de todos vuestros nombres. Voy a comprobarlos uno por uno.

Sin pérdida de tiempo los monjes de mayor autoridad confeccionaron una relación de cuantos habitaban en el monasterio, incluidos los bonzos, los dhutas, los aspirantes y los practicantes del taoísmo. En total fueron doscientos treinta nombres los que pusieron en manos del Peregrino. Tras obligar al guardián a sentarse en medio, Wu-Kung fue pasando lista, forzando a cada uno a despojarse de todas sus ropas, pero la túnica no apareció. Se registraron, incluso, todos los baúles que habían podido salvarse del incendio; sin embargo, no se obtuvieron resultados. Desesperado, Tripitaka volcó sobre el Peregrino toda la frustración que sentía y empezó a recitar el conjuro. El mono cayó al suelo y, agarrándose la cabeza con las manos, incapaz totalmente de aguantar el dolor, suplicó, gritando como un condenado:

- ¡Deteneos, por favor! ¡No pronunciéis más esa fórmula! ¡Os doy mi palabra de que encontraré la túnica!

Preso del pánico, los monjes se arrodillaron ante Tripitaka y le pidieron que parara aquel tormento, cosa a la que él accedió de buen grado. En cuanto se vio libre del dolor, el Peregrino se puso de pie de un salto y se sacó la barra de la oreja, con el ánimo de acabar de una vez con todos aquellos bonzos. Pero Tripitaka le detuvo a tiempo, gritando:

- ¿Quieres un poco más de mi remedio? No comprendo cómo puedes ser tan irresponsable. ¿Es que has olvidado que no hay cosa que más me repugne que la violencia? Déjame interrogarlos a mí.

-Perdonadnos la vida - le suplicaron los monjes, temblando -. Tenéis que creernos: nosotros ni siquiera hemos visto vuestra túnica. El culpable de todo esto es ese viejo demonio que acaba de morir. En cuanto se hizo anoche con vuestro tesoro, empezó a llorar, sin que ninguno encontrara medio de consolarle. Lo único que deseaba era arrebatársela para siempre. Por eso decidió quemaros vivo. Sin embargo, se levantó un viento terrible y las llamas se volvieron contra nosotros. En aquellos momentos lo único que nos preocupaba era sofocar cuanto antes el incendio y salvar lo que pudiéramos. No tenemos ni idea de dónde puede encontrarse la túnica.

- El Peregrino entró, furioso, en los aposentos del Patriarca, agarró el cadáver y lo desnudó del todo. Pero no halló ni rastro del tesoro de su maestro. Era como si se lo

hubiera tragado la tierra. El Peregrino, sin embargo, no se dio por vencido. Después de reflexionar durante unos minutos, preguntó:

- ¿Hay por aquí cerca algún monstruo que se haya convertido en espíritu?

- Al sureste de aquí - respondió el guardián del monasterio destruido - se levanta la Montaña del Viento Negro, en la que se halla enclavada la caverna del mismo nombre. En ella habita el Gran Rey Negro, con quien solía discutir de taoísmo uno de nuestros compañeros ya fallecido. Es el único monstruo que hay por aquí cerca.

- ¿A qué distancia está la montaña? - volvió a preguntar el Peregrino.

- A seis o siete kilómetros - contestó el guardián -. Su cumbre se ve desde aquí mismo.

- No os preocupéis más por vuestra túnica, maestro - aconsejó el Peregrino a Tripitaka -. Con toda seguridad ha sido robada por el monstruo negro.

- Ese lugar se encuentra a siete kilómetros, por lo menos - replicó Tripitaka -. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que ha sido él?

- Vos no visteis el incendio de anoche - respondió el Peregrino -. Era tan enorme que, por fuerza, tuvo que verse desde muy lejos. Calculo que sería visible desde el Tercer Cielo. Siete kilómetros son una distancia muy corta. No me cabe la menor duda de que vio el resplandor y aprovechó la ocasión para llegarse en secreto hasta aquí. Cuando comprobó que vuestra túnica era un auténtico tesoro, se valió de la confusión para hacerse con ella y huir a toda prisa. Dejadme ir a buscarle.

- ¿Quién cuidará de mí, mientras tú te hallas fuera? - exclamó Tripitaka, preocupado.

- No os preocupéis por eso - le tranquilizó el Peregrino -. Gozáis de la protección de todos los dioses. Ya me encargaré yo, de todas formas, de que los monjes se preocupen de vuestra seguridad.

Tras reunirlos a todos, les ordenó:

- Que unos entierren a ese viejo demonio, mientras los demás se ocupan de mi maestro y del caballo - los monjes obedecieron sin rechistar y él agregó, amenazante -: Los que cuiden de mi maestro deben mostrarse simpáticos y agradables en todo momento. Los que se encarguen del caballo procurarán que no le falte agua ni comida. La más mínima negligencia os hará probar mi barra de hierro. Así que cuidado con lo que hacéis.

No había terminado de decirlo, cuando sacó la barra, la volvió contra un muro de ladrillo y, de un golpe, no sólo lo pulverizó, sino que echó abajo otras seis o siete paredes más. Cuando los monjes lo vieron, se quedaron aterrados. Se echaron rostro en tierra y, sin dejar de golpear el suelo con la frente, le suplicaron:

- No seáis tan severo con nosotros. Tened la seguridad de que no escatimaremos medios para tratar a vuestro maestro como se merece. Podéis marcharos con toda tranquilidad.

De un solo salto el Peregrino fue a parar a la Montaña del Viento Negro en busca de la túnica. De todos estos sucesos existe un poema, que dice:

La Cigarra de Oro abandonó Chang-An 4 en busca de la Verdad. Cargado de regalos se dirigió hacia el Oeste, dejando tras sí infinidad de montañas azul-verdosas. En su camino se topó con lobos y tigres y algún que otro comerciante. Solamente la envidia de un monje estúpido osó poner en peligro su vida. Afortunadamente, gozó de la protección del Gran Sabio, que le libró del terrible incendio que destruyó el Templo del Zen. Fue entonces cuando un oso negro robó la túnica de los bordados.

No sabemos si el Peregrino encontró la túnica o no, ni si el resultado de su búsqueda fue fructuoso o no. Es necesario, por tanto, oír la aplicación que se ofrece en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XVII

PEREGRINO SUN ROMPE LA PAZ DE LA MONTAÑA DEL VIENTO NEGRO. KWANG SHR-ING SOMETE AL OSO

Al ver elevarse hacia lo alto al Peregrino, los monjes, los dhutas, los novicios y los estudiosos del taoísmo se sintieron tan aterrados que, echándose rostro en tierra, exclamaron:

- ¡Ahora sabemos que sois un dios encarnado, capaz de cabalgar sobre la niebla y de navegar por encima de las nubes! Con razón no sufristeis el menor daño durante el incendio. ¡Qué ciego fue nuestro viejo patriarca! Usó su inteligencia para traer la ruina sobre nuestras cabezas.

- Levantaos inmediatamente - les urgió Tripitaka -. No hay tiempo para los remordimientos. Si logra encontrar la túnica, todo irá bien. De lo contrario, me temo que tendréis que despediros del mundo de los vivos. Mi discípulo tiene un carácter muy irascible y acabará con todos vosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando los monjes lo oyeron, cayeron presos del pánico y suplicaron al Cielo que le ayudara a encontrar la túnica, para que todos pudieran seguir con vida.

El Gran Sabio Sun, mientras tanto, tras elevarse hacia lo alto y mover ligeramente el cuerpo, fue a parar a la Montaña del Viento Negro. Miró con detenimiento y comprobó que se trataba de un lugar realmente espléndido, sobre todo en aquella época del año. Infinidad de arroyos fluían por doquier entre riscos de inmarcesible belleza. Los pájaros se contaban a millares, pero no había el menor rastro humano. Hasta los árboles emitían aroma, como si fueran flores. Cuando llovía, la atmósfera se cubría de un manto de humedad azulado, mientras que los pinos parecían biombos de jade sacudidos por el viento. Adondequiera que se mirara se veía brotar la vida (flores y hierbas salvajes árboles cubiertos de capullos, vistarias 1...) en un paisaje en el que se entremezclaban las mesetas y los riscos. Resultaba imposible imaginar que no hubiera por allí ningún leñador. Las garzas bebían en parejas de los arroyos, mientras los monos no se cansaban de jugar sobre las rocas. Por doquier las ramas de los árboles esparcían su lujurioso verdor por encima de la luminosa neblina de la montaña.

El Peregrino estaba disfrutando de la belleza del paisaje, cuando de pronto oyó voces que parecían venir de un prado cercano. Se escondió sin hacer ruido detrás de una roca y se puso a espiar con cuidado. De esta forma, descubrió a tres monstruos sentados en el suelo: el del centro era un tipo muy moreno, el de la izquierda no podía negar que fuera taoísta, y el de la derecha se trataba, a todas luces, de un hombre de letras. Los tres mantenían una conversación muy animada, discutiendo sobre la purificación de los objetos usados en la alquimia 2, el refinamiento del mercurio y la obtención de la nieve blanca, temas predilectos del taoísmo heterodoxo. El tipo moreno cambió inesperadamente de tema y dijo:

- Como sabéis, pasado mañana es mi cumpleaños. ¿Querriais acompañarme en una fecha tan señalada?

- Todos los años hemos celebrado juntos esa fecha - contestó el literato -. ¿Cómo íbamos a faltar precisamente éste?

- Ayer - añadió el tipo moreno, visiblemente satisfecho - me topé con un tesoro, al que no dudo en considerar la túnica bordada de Buda. Es extremadamente elegante y pienso lucirla el día de mi cumpleaños. Quiero dar un espléndido banquete, al que invitaré a todos nuestros amigos taoístas de las diferentes montañas. Creo que no estaría nada mal llamar a ese convite el Festival de la Túnica de Buda. ¿Qué os parece la idea?

- ¡Fantástico, francamente fantástico! - exclamó el taoísta -. Será una espléndida ocasión para reunimos todos.

El Peregrino no tuvo que pensar mucho para darse cuenta de que la túnica de la que hablaban no podía ser otra que la de su maestro. Incapaz de controlar el enfado, abandonó su escondite y se lanzó sobre los tres desconcertados amigos, gritando, al tiempo que blandía amenazante, la barra de hierro:

- ¡Maldito monstruo! ¿Así que fuiste tú el que robaste el tesoro de mi maestro? ¡Ya te daré yo a ti buen Festival de la Túnica de Buda! vuélvemela cuanto antes, y no trates de huir, porque no te servirá de nada!

Antes de que hubiera terminado de hablar, descargó un tremendo golpe sobre sus cabezas. El tipo moreno logró escapar, montándose en el viento; otro tanto hizo el taoísta, cabalgando en una nube; sólo al literato le fue imposible la huida. El golpe le agarró de lleno y resultó muerto en el acto. Cuando el Peregrino le dio la vuelta, comprobó que no era más que el espíritu de una serpiente con manchitas blancas. Tras descuartizarla, se adentró en la montaña en busca del tipo moreno. Escaló picos altísimos que le condujeron ante una caverna abierta al borde mismo de un precipicio. Una espesa neblina protegía su boca, camuflada por el umbroso verdor de cipreses y pinos. La caverna estaba enclavada en un paraje, que, de alguna manera, recordaba la belleza del Monte Peng-Lai 3.

El Peregrino se llegó hasta la puerta y la encontró firmemente cerrada. En el dintel había sido colocada una losa de piedra en la que podía leerse: "La Montaña del Viento Negro. Caverna del Viento Negro". Sun Wu-Kung golpeó la puerta con su barra, gritando:

- ¡Abre inmediatamente!

- ¿Quién eres tú para osar llamar de esa forma en nuestra caverna inmortal? - preguntó un pequeño demonio que parecía estar de guardia.

- ¡Condenada bestia! - le insultó el Peregrino -. ¿Qué clase de lugar es éste para que le arrogues, sin más, el título de inmortal? ¡Ésa es una palabra que no mereces ni siquiera pronunciar! Entra en seguida y dile a ese tipo moreno que saque inmediatamente la túnica de mi maestro. Si lo haces, os perdonaré a todos la vida.

- ¡Gran Rey! - informó el pequeño demonio a su señor -. Me temo que no podréis celebrar el Festival de la Túnica de Buda. Ahí fuera hay un monje con la cara cubierta totalmente de pelos y una voz de trueno que exige la entrega inmediata de esa prenda.

El tipo moreno acababa de llegar a la cueva. Ni siquiera había tenido tiempo de sentarse.

- ¿De dónde será ése - se dijo -, para atreverse a presentarse ante ""Puerta con semejante arrogancia?

Pidió su armadura y, después de ajustársela al cuerpo, salió de la cueva con una lanza negra en las manos. El Peregrino le esperaba a un lado de la puerta con su barra de hierro. El monstruo ofrecía un aspecto realmente marcial con su yelmo negro de acero bruñido, su coraza de oro negro que brillaba como el mismo sol, una túnica de seda negra con las mangas llamativamente anchas, y una faja con los flecos igualmente negros. En la mano sostenía una lanza negra y, por si esto no fuera suficiente, calzaba unas botas de cuero negro. Extrañamente tenía unos ojos de pupilas doradas que recordaban el latigazo del rayo Tal era el ser al que llamaban el Rey del Viento Negro.

- Este tipo - se dijo el Peregrino a punto de soltar la carcajada - parece un minero o alguien que trabaje en un horno. Debe de dedicarse a vender carbón. De lo contrario, no me explico cómo puede ser tan negro.

- ¿Qué clase de monje eres tú para atreverte a ser tan insolente? - le increpó el monstruo con voz potente.

- ¡Déjate de decir tonterías! - replicó el Peregrino, lanzándose contra él con su barra de hierro -. Menos hablar y devuélveme inmediatamente la túnica de mi maestro.

- ¿De qué monasterio eres y dónde perdiste la túnica de la que hablas para venir a exigirme su devolución? - preguntó el monstruo.

- Mi túnica se encontraba en los aposentos de la parte de atrás del Templo de Kwang-Ing, al norte de aquí. Aprovechándote de la confusión creada por el incendio, te hiciste con ella y ahora quieres organizar un Festival de la Túnica de Buda para celebrar tu cumpleaños. No lo puedes negar. Devuélvemela y te perdonaré la vida. De lo contrario, allanaré la Montaña del Viento Negro y destruiré tu caverna. Te aseguro que no quedará ni uno solo de tus demonios.

- ¡Qué bravucón eres! - replicó el monstruo, riéndose con desprecio -. Fuiste tú el que provocó el fuego, avivando el viento desde lo alto del tejado. Admito que me llevé la túnica. ¿Y qué? ¿Qué piensas hacer para que te la devuelva? No sé ni de dónde eres ni cómo te llamas. ¿Qué poderes posees, además, para venir a exigírmelo con palabras tan desvergonzadas como las que acabas de usar?

- ¡Así que no me reconoces! - contestó el Peregrino -. Soy discípulo del maestro Tripitaka, hermano del gobernante de la Gran Nación de los Tang. Mi nombre completo es Sun Wu-Kung y, en lo que a mis poderes respecta, te diré que son suficientes para hacerte temblar como una hoja.

- En ese caso - se burló el monstruo -, tus hazañas serán prácticamente incontables.

- Así es - afirmó el Peregrino -. Agárrate, porque ahora mismo te las voy a relatar. Desde mi más temprana juventud he poseído habilidades mágicas, siendo capaz de convertirme en algo tan etéreo como el viento. No contento con eso, inicié el estudio del Tao y, así, logré escapar a la rueda del karma. Mi búsqueda de la Verdad me llevó hasta el Monte Ling-Tai, donde residía un inmortal anciano, que acababa de cumplir ciento ocho mil años. No tardó en convertirse en mi maestro. Precisamente a él le debo el conocimiento del secreto de la longevidad. Me enseñó que en nuestro propio interior está la respuesta a todos los misterios, haciéndome, así, partícipe de la ciencia de los dioses. Si no llega a ser por él, no habría podido seguir adelante en mi empeño. Fue él quien hizo brillar mi luz interior, haciendo que el sol y la luna copularan dentro de mi cuerpo. Eso me libró de todos mis pensamientos y deseos. En consecuencia, mi cuerpo se fortaleció y se purificaron mis seis sentidos ⁶. ¡Qué cerca me encontraba del mundo de los sabios! Tres años sin perder una sola gota de mis esencias corporales me otorgaron una naturaleza semidivina y me colocaron por encima de los padecimientos normales de un mortal. Me movía libremente entre los Diez Islotes y las Tres Islas ⁷, llegando a tocar incluso el Cielo. Entonces, sin embargo, no había ascendido todavía hasta el Noveno Paraíso. Era un simple domador de dragones que logró hacerse con el inestimable tesoro de una barra con las puntas de oro, Señor de la Montaña de las Flores y Frutos que consiguió reunir a su alrededor gran número de monstruos en la Caverna de la Cortina de Agua. No es extraño que el Emperador de Jade me otorgara el título supremo de Sosia del Cielo. En tres ocasiones sumí el Palacio de la Niebla Divina en el más absoluto de los desconciertos. En una de ellas me hice con todos los melocotones de Wang-Mu. Eso hizo que fueran enviados contra mí más de cien mil guerreros celestes armados hasta los dientes con lanzas y espadas. El Príncipe Nata sufrió una derrota vergonzosa y el Devaraja hubo de regresar sin honor a los Cielos. Con el Maestro Hsien-Shang ⁸ fue distinto. También conocía todos los secretos de la metamorfosis y nuestro encuentro fue memorable. Lao-Tse, Kwang-Ing y el Emperador de Jade lo contemplaron, impacientes por el resultado, desde la Puerta Sur. Viendo que las cosas no iban según su gusto, Lao-Tse decidió ayudar a Er-Lang y me vi conducido ante la corte celeste. El juez determinó que fuera atado a una columna de descuartizar monstruos y mi cuerpo reducido a pequeños trocitos. Pero las hachas y cuchillos no pudieron nada contra mí. Ordenaron después que fuera expuesto al poder destructor de

los rayos, pero el fuego, igualmente, fue incapaz de reducirme. Se me metió a continuación en el horno de Lao-Tse con idénticos resultados. En cuanto levantaron la tapa, me escapé y golpeé con mi barra de hierro a todos los que osaron interponerse en mi camino, sin que nadie pudiera detenerme. Los Treinta y Seis Cielos conocieron el poder destructor de mi cólera. Al final, Tathagata logró dominarme y me encerró bajo la Montaña de las Cinco Fases, donde permanecí quinientos años, transcurridos los cuales, Tripitaka me liberó y ahora me dirijo con él hacia el Oeste para entrevistarme con el de las Cejas de Jade 9 en el Palacio del Trueno. Si no me crees, pregunta a los cuatro puntos del cosmos y ellos te hablarán de mi fama y de mis hazañas.

- ¿Así que tú eres el "pi-ma" que sumió a los cielos en un total desorden? - exclamó el monstruo, soltando la carcajada.

No había cosa que más sacara de quicio al Peregrino que ese nombre. En cuanto lo oyó, se puso furioso y gritó, fuera de sí:

- ¡Maldito monstruo! Tienes la obligación de devolver la túnica que robaste y, en vez de hacerlo, te pones a insultar a un monje santo. ¡No te escapes, que quiero que pruebes el sabor de mi barra!

El monstruo se hizo a un lado y esquivó el golpe por muy poco. Agarró con fuerza la lanza y se abalanzó contra su adversario, dando comienzo a un espléndido combate. Los dos luchadores desplegaron todo su sabor guerrero delante de la caverna, multiplicando los golpes dirigidos contra la cabeza y el corazón. Afortunadamente, la técnica de ambos era perfecta y los esquivaron una y otra vez. Mientras uno abría la zarpa como un tigre escalando una montaña, el otro se revolvía por el suelo como un dragón retozando. No en balde eran el Gran Sabio, Sosia del Cielo, y el Gran Rey Negro, dos monstruos con poderes propios de dioses enfrentados a muerte por la posesión de una túnica.

Más de diez veces cruzaron las armas sin que, a eso del mediodía, se destacara un claro vencedor. Valiéndose de la lanza para inmovilizar temporalmente la barra de hierro, el monstruo tomó un respiro y dijo:

- Dejemos de momento las armas a un lado y vayamos a tornar algo. Después continuaremos la batalla. ¿De acuerdo?

- Maldita bestia! - exclamó el Peregrino -. ¿Y tú quieres ser un héroe? Debería darte vergüenza. Sólo llevas luchando medio día y ya quieres ponerte a comer. Piensa en mí, que estuve prisionero debajo de una montaña durante más de quinientos años y no probé ni una sola gota de agua en todo ese tiempo. Así que déjate de excusas y no te escapes. Si quieres que te deje ir a comer, tendrás que devolverme antes la túnica.

El monstruo estiró sin mucho entusiasmo la lanza y corrió hacia el interior de la caverna, cerrando oportunamente la puerta tras él. Sin importarle las protestas del Peregrino, llamó a sus sirvientes y les ordenó que prepararan un banquete, encargándose personalmente de escribir las invitaciones para los Reyes Monstruo de las otras montañas.

El Peregrino, mientras tanto, hizo cuanto pudo por echar abajo la puerta, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles y hubo de regresar al Templo de Kwang-Ing. Los bonzos habían enterrado ya al monje anciano y se encontraban reunidos en uno de los aposentos posteriores, sirviendo la comida a Tripitaka, que hacía poco que había terminado el desayuno. Al ver al Peregrino, dejaron de echar la sopa e inclinaron respetuosamente la cabeza, dándole la bienvenida.

- Así que has vuelto, Wu-Kung - exclamó Tripitaka -. ¿Qué hay de mi túnica?

- He encontrado al que os la robó - contestó el Peregrino -. Menos mal que no maté a ninguno de estos monjes, porque, como sospechábamos, el ladrón fue el monstruo de la Montaña del Viento Negro. Como recordaréis, fui en su busca y le encontré en una pradera hermosísima, charlando animadamente con un literato vestido de blanco y un

anciano taoísta. Sin ser torturado, estaba haciendo, en cierto sentido, una confesión. Decía que a los dos días iba a ser su cumpleaños y que pensaba invitar a todos los monstruos de la región. También mencionó que anoche había encontrado una túnica bordada de Buda, motivo por el que iba a dar un espléndido banquete, al que quería denominar el Festival de la Túnica de Buda. Al oír eso, abandoné mi escondite y descargué sobre ellos un golpe de mi barra, pero tanto el tipo moreno como el taoísta se las arreglaron para escapar. No tuvo la misma suerte el literato vestido de blanco, que cayó al suelo fulminado, convirtiéndose en una serpiente moteada. Sin pérdida de tiempo, corrí en persecución del monstruo, que logró refugiarse en su caverna. Le exigí que saliera a luchar y, aunque reconoció haber robado la túnica, nos enzarzamos en una batalla que duró aproximadamente medio día, sin que ninguno de los dos resultara vencedor. Inesperadamente, el monstruo regresó a su caverna, alegando que tenía hambre y quería comer. Cerró a cal y canto las puertas y se negó a seguir luchando, así que decidí venir a ver qué tal os iban las cosas e informaros de lo ocurrido. De todos modos, ahora que ya sé dónde se encuentra la túnica, no me preocupa que quiera devolvérmela o no.

- ¡Bendito sea Amitabha! - exclamaron, aliviados, los monjes, algunos arrodillándose al suelo -. Eso quiere decir que nuestras vidas no corren ya ningún peligro. ¡El paradero de la túnica ha sido, por fin, encontrado!

- No cantéis victoria tan pronto - les aconsejó el Peregrino -. Que sepa dónde está no quiere decir que la haya recuperado. Además, mi maestro aún sigue aquí. Si os mostráis indolentes con él, recordad que tendréis que habéroselas conmigo. ¿Le habéis dado de comer los manjares más exquisitos? ¿Y qué habéis hecho con el caballo? ¿Le habéis facilitado todo el heno que ha querido?

- ¡Sí, sí, sí! - se apresuraron a contestar los monjes -. Os aseguramos que a ninguno le ha faltado de nada.

- Eso es cierto - confirmó Tripitaka -. Ya ves, sólo has estado fuera medio día y me han servido tres veces té y me han dado a comer platos vegetarianos en dos ocasiones. Te aseguro que no han podido ser más diligentes. Deberías darte prisa en recuperar la túnica, para evitarles tantas molestias como les estoy ocasionando.

- No hay prisa - replicó el Peregrino -. Ahora que sé dónde está, tened por seguro que os la devolveré. Estad tranquilo.

Mientras hablaban, el guardián del monasterio trajo unas cuantas viandas vegetarianas para Sun Wu-Kung. El Peregrino comió un poco y, montándose en la nube, partió en busca del monstruo. Mientras iba por el aire, vio a un demonio con una caja de madera de peral bajo el brazo. En seguida sospechó que pudiera llevar algo importante y, levantando la barra de hierro, la dejó caer con fuerza sobre la cabeza del demonio, que quedó reducido a carne para empanada. El Peregrino abrió la caja y descubrió que en su interior había una invitación en la que podía leerse:

Vuestro discípulo y servidor, el Oso, se dirige con todo respeto a vos, el respetable decano del Estanque Dorado. Os estoy profundamente agradecido por los magníficos regalos que me habéis hecho llegar en diferentes ocasiones. Lamento no haber podido ayudaros la noche pasada, cuando fuisteis visitado por el Dios del Fuego. Espero que vuestra eminencia no se haya visto afectado por él en modo alguno.

Por pura casualidad, ha llegado hasta mis manos una túnica de Buda y he pensado que tan buena suerte bien merecía una celebración. He preparado, por tanto, un poco de vino de primerísima calidad, que deseo compartir con vuestra respetable eminencia. El acto al que vuestro discípulo y servidor se refiere tendrá lugar dentro de dos días.

Al terminar de leerlo, el Peregrino se echó a reír y dijo:

- Si encontrar la muerte no es verse afectado, que venga alguien a explicarme qué es.

¿Así que el viejo era amigo del monstruo? No me extraña que llegara a alcanzar la edad de doscientos setenta años. Me figuro que esa bestia le enseñaría un poco de magia y, así, pudo lograr la longevidad. Todavía recuerdo cómo era. Me convertiré en él e iré a la caverna a ver dónde se encuentra la túnica. Procuraré hacerme con ella sin gastar energías a lo tonto.

Tras recitar un conjuro y volverse cara al viento, cambió al instante sus rasgos por los del monje anciano. Escondió la barra de hierro y, llegándose con paso vacilante hasta la cueva, gritó:

- Abrid la puerta.

En cuanto le vio el demonio que cuidaba de la puerta, corrió a informar a su señor:

- Ha llegado el anciano del Estanque Dorado, señor.

- ¡Qué raro! - exclamó, sorprendido, el monstruo -. Acabo de enviarle una invitación. No ha tenido ni tiempo de recibirla. ¿Cómo ha podido venir tan deprisa un hombre tan entrado en años como él? Lo más seguro es que Sun Wu-Kung le haya pedido que venga a por la túnica Así que escondedla inmediatamente y no se la dejéis ver.

Una vez transpuesta la puerta principal, el Peregrino vio el verdor de los pinos y bambúes que crecían en el patio interior, los melocotoneros y ciruelos que parecían competir entre sí en belleza, y las mil especies de flores que llenaban hasta el último rincón de aquel lugar tan privilegiado. El aire estaba totalmente impregnado del aroma de las orquídeas. Se trataba, en verdad, de una caverna de origen celeste. En las jambas de una segunda puerta Sun Wu-Kung vio pegadas dos tiras de papel en las que podía leerse:

Un retiro en el interior de la montaña, donde no llegan las preocupaciones mundanas. Una apartada caverna divina, en la que se disfruta de la serenidad.

- Se nota que este monstruo - pensó el Peregrino - conoce a la perfección el destino de todo lo viviente y hace cuanto puede por apartarse de la suciedad y el barro.

Cruzó una tercera puerta y se topó con una construcción de aleros profusamente decorados y amplios ventanales cubiertos de adornos. El monstruo no tardó en aparecer. Llevaba puesta una túnica de seda color verde oscuro, lucía en la cabeza un gorro del mismo color y calzaba un par de botas de cuero. Al ver entrar al Peregrino, se ajustó las ropas y, saliendo a su encuentro, dijo a manera de bienvenida:

- ¡Mi querido amigo, cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! ¡Sentaos, por favor!

El Peregrino le devolvió el saludo y los dos se sentaron a tomar el té. En cuanto lo hubieron concluido, el monstruo se inclinó reverentemente y dijo:

- Acabo de enviaros una nota invitándoos a venir a mi humilde mansión pasado mañana. ¿A qué debo el honor de gozar hoy de vuestra compañía?

- Venía a presentaros mis respetos, cuando me crucé con vuestro mensajero - contestó el Peregrino -. Al enterarme de que pensáis celebrar el Festival de la Túnica de Buda, no pude aguantar la impaciencia y me vine corriendo a ver tal maravilla.

- Debéis de estar equivocado, mi querido amigo - exclamó el monstruo, soltando la carcajada -. Esa túnica perteneció al monje Tang, que, según tengo entendido, es huésped vuestro. ¿Por qué habéis venido a verla, cuando lo más seguro es que ya hayáis tenido la suerte de gozar de su belleza?

- Con ese fin se la pedí prestada - admitió el Peregrino -, pero no pude hacerlo, porque vos os hicisteis antes con ella. Eso sin contar con que el monasterio y cuanto en él guardábamos ha sido pasto de las llamas. Por cierto, el monje Tang se ha puesto furioso por la pérdida de su tesoro. Yo mismo lo creí perdido en el incendio, sin sospechar que vos habíais tenido la enorme fortuna de encontrarlo. Ése es precisamente el motivo por el que he venido a visitaros.

Mientras hablaban, llegó uno de los demonios que habían salido de patrulla e informó a su señor:

- Qué horrible desgracia, Gran Rey! El oficial que enviasteis a entregar las invitaciones ha sido asesinado por el Peregrino Sun y su cuerpo yace sin vida al lado del camino. Sospecho, por tanto, que nuestro enemigo ha tomado la figura del anciano del Estanque Dorado y está tratando de robaros la túnica de Buda.

- ¿Así que es él? - se dijo el monstruo, alarmado -. Ya me parecía a mí que había venido demasiado deprisa.

Sin pérdida de tiempo, agarró su lanza y la lanzó contra el Peregrino. Sun Wu-Kung afortunadamente detuvo el golpe con la barra de hierro y asumió la forma que le era habitual. Sin dejar de luchar con fiereza, pasaron del salón de invitados al patio, y de allí, al exterior de la caverna. Todos los monstruos que la habitaban, sin distinción de posición o edad, se pusieron a temblar de espanto. El combate fue, en verdad, el más fiero que había tenido lugar en aquellas montañas. No en vano el Rey de los Monos convertido en monje y el monstruo ladrón de túnicas eran dos luchadores excelentes. Sus reflejos les harían responder a los golpes con musitada precisión. ¡Cuánto valor tenía para ellos aquel inestimable tesoro! Si el demonio de la patrulla no hubiera hablado, ninguno de los dos habría desplegado tanta energía. La lanza y la barra entrechocaron una y otra vez, llenando todo el espacio de fragor guerrero. Eran rivales dotados de poderes idénticos, pues, si bien Wu-Kung dominaba el arte de las transformaciones, el monstruo conocía infinidad de fórmulas mágicas. Uno estaba empeñado en devolver a su maestro la túnica, mientras que el otro la quería para festejar su cumpleaños. ¿Cómo iban a renunciar a ella de buen grado? No es extraño que esta vez la lucha pareciera interminable. Ni el mismo Buda en persona hubiera sido capaz de detenerla.

Sin dejar de guerrear un solo segundo, los dos se llegaron hasta el pico de la montaña. Pero no se detuvieron allí, sino que continuaron izando las armas por encima de las nubes. Levantando oleadas de viento, niebla y rocas, lucharon sin parar hasta que el sol se puso por el oeste. Ninguno de los dos, sin embargo, obtuvo una ventaja apreciable. Llegado aquel momento, el monstruo sugirió:

- ¡Eh, Sun!, ¿por qué no lo dejamos para mañana? Se está haciendo muy tarde y no podemos seguir luchando. Si te parece bien, en cuanto amanezca, reanudaremos la lucha. ¿De acuerdo?

- Si quieres luchar - replicó el Peregrino -, compórtate como un guerrero y no me vengas con excusas de que se está haciendo tarde.

No había terminado de decirlo, cuando dejó caer sobre la cabeza de su adversario una lluvia de golpes, pero el monstruo se transformó una vez más, en una liviana brisa y se refugió en la caverna. Acto seguido, cerró fuertemente las puertas de piedra y se negó a salir de allí. Al Peregrino no le quedó, pues, más remedio que regresar al Templo de Kwang-Ing. Tripitaka se alegró mucho de verle, pero, al comprobar que no traía la túnica, temió lo peor y le preguntó:

- ¿Cómo es que no traes contigo lo que fuiste a buscar?

- Da la casualidad, maestro - contestó el Peregrino, sacando la invitación de la manga y entregándosela a Tripitaka - que el monstruo y ese vejestorio eran amigos. De hecho, envié aquí a uno de sus pequeños demonios con una invitación para que asistiera al gran Festival de la Túnica de Buda. Afortunadamente le maté y tomé la forma del anciano monje, para poder entrar en la caverna. Logré engañarle, pero, cuando le pedí que me enseñara vuestro tesoro, se negó de plano. Mientras tomábamos el té, llegó una de sus patrullas y le informó de todo lo ocurrido, tras lo cual nos enzarzamos en una violenta lucha. La batalla duró hasta hace poco y, como ocurrió la primera vez, terminó en

empate. Cuando el monstruo vio que se estaba haciendo tarde, se escurrió al interior de la caverna y cerró con firmeza las puertas de piedra, por lo que no me quedó más remedio que regresar a vuestro lado.

- ¿Qué tal luchador eres, comparado con él? - volvió a preguntar Tripitaka.

- Me temo - respondió el Peregrino - que nos parecemos bastante y que ambos estamos excelentemente equipados para la lucha.

Tripitaka leyó, una vez más, la invitación, se la entregó a continuación al guardián del monasterio y le preguntó:

- ¿Qué posibilidades hay de que vuestro maestro fuera un espíritu monstruo?

- Ninguna - contestó en seguida el guardián, cayendo de rodillas -. De hecho, era totalmente humano. Puesto que el Rey Negro alcanzó el grado de humanidad que ahora posee valiéndose de la meditación, venía con cierta frecuencia al monasterio a discutir con mi maestro sobre las escrituras sagradas. A cambio le enseñaba alguna que otra práctica mágica, tal como el dominio de la respiración y el cultivo de las propias esencias. Fue así como llegaron a hacerse grandes amigos.

- Estos monjes no tienen apariencia de monstruos - comentó el Peregrino -. Todos poseen, de hecho, una cabeza redondita que apunta hacia el cielo y un par de pies bien asentados sobre la tierra. Quizás sean un poco más altos y pesados que yo, pero, desde luego, son monstruos. ¿Os habéis fijado en la firma de la invitación? "Vuestro servidor el Oso." De ello deduzco que esa criatura debe ser un oso negro que se ha convertido en espíritu.

- He oído decir a los antiguos - afirmó Tripitaka - que el oso y el mono pertenecen a la misma familia. En otras palabras: ambos son bestias. ¿Cómo ha podido convertirse en espíritu?

- Yo también soy una bestia - dijo el Peregrino, riéndose -, sin embargo, llegué a ser el Gran Sabio, Sosia del Cielo. ¿Qué diferencia hay entre animales y hombres? Todos los seres de este mundo que posean las nueve aperturas pueden llegar a ser inmortales, practicando el Gran Arte.

- Tú mismo acabas de reconocer que los dos poseéis, poco más o menos, las mismas habilidades - le echó en cara Tripitaka -. ¿Cómo piensas derrotarle y conseguir mi túnica?

- No os preocupéis por eso - le tranquilizó el Peregrino -. Sé cómo hacerlo.

Mientras discutían sobre ello, los monjes les sirvieron la cena. Una vez concluida la colación, Tripitaka pidió unos hachones y se retiró a descansar al salón Zen. La mayoría de los monjes pasaron la noche bajo unos toldos que apoyaron sobre los maltrechos muros, reservando los aposentos de la parte de atrás para los bonzos de mayor dignidad. La hora era ya muy avanzada. La vía láctea brillaba como si fuera un arroyo de plata, el aire era purísimo y el cielo aparecía tachonado de rutilantes estrellas. Todos los sonidos se habían disuelto en la placidez de la noche, como si las montañas se hubieran visto vaciadas, de pronto, de pájaros. En los ríos lejanos se iban apagando, una a una, las luces de los pescadores, mientras las lámparas de las pagodas se tornaban cada vez más mortecinas. Hacía tiempo que los tambores y campanas habían enmudecido, teniéndose a veces la impresión de escuchar sollozos lejanos de bestias desconocidas.

Tripitaka pasó la noche muy intranquilo, pensando en su túnica. ¿Cómo iba a poder dormir bien? En una de sus muchas vueltas en el lecho, vio que las ventanas se iban tiñendo, poco a poco, de claridad, y levantándose al instante, gritó a su discípulo:

- Es ya de día, Wu-Kung, así que vete inmediatamente a por túnica.

El Peregrino abandonó su descanso de un salto y vio que los monjes estaban trayendo agua para las abluciones matutinas.

- Cuidad de mi maestro como se merece - les ordenó el Peregrino -. Debo ausentarme y

espero que no os mostréis remisos con él.

- ¿Se puede saber adonde vas? - le preguntó Tripitaka, agarrándose a él.

- Todo este asunto demuestra bien a las claras la irresponsabilidad de la Bodhisattva Kwang-Ing - contestó el Peregrino -. Es incomprensible que haya disfrutado de las ofrendas de las gentes de este lugar y, al mismo tiempo, haya permitido a un monstruo andar rondando por aquí cerca. Voy a ir, pues, a los Mares del Sur a tener con ella una pequeña conversación y a pedirle que venga aquí y exija del monstruo la inmediata devolución de vuestra túnica.

- ¿Cuándo estarás de vuelta? - volvió a preguntar Tripitaka.

- Probablemente después del desayuno - respondió el Peregrino -. A mucho tardar, regresaré alrededor del mediodía, cuando esté solucionado ya todo. Vosotros - repitió, dirigiéndose a los monjes - encargaos de cuidar de mi maestro.

No había acabado de decirlo, cuando desapareció de su vista. En un abrir y cerrar de ojos llegó a los Mares del Sur. Detuvo la nube en la que viajaba y, mirando a su alrededor, vio la inmensa extensión del océano, en cuya lejanía parecían fundirse el agua y el cielo. Una luz tenue, preñada de buenos auspicios, parecía envolver toda la tierra, llenándola de la brillantez de lo santo. Las olas, coronadas de una espuma tan blanca que parecía nieve, rompían contra la costa, elevándose sin cesar hacia lo alto. El constante rugido del agua recordaba el rolar de la tormenta. La montaña llena de tesoros en la que habitaba la Bodhisattva parecía estar sumida en un arco iris, en el que destacaba la viveza del rojo, del amarillo, del verde, del púrpura y del azul. ¡Qué espléndido lugar el de Potalaka de los Mares del Sur! La aguja rocosa del pico de la montaña se asemejaba a un cuchillo que cortaba limpiamente el espacio. En ella crecían miles de flores exóticas y mas de cien clases de hierbas sagradas. El viento sacudía los árboles, mientras el sol reverberaba en los lotos dorados. El Templo de Kwang-Ing aparecía cubierto de baldosines multicolores. Frente a la Caverna del Sonido de la Marea habían sido esparcidos incontables caparazones de tortuga. En su interior, a la sombra de los sauces, cantaban los loros; los pavos reales les respondían, escondidos entre el bambú. Los guerreros encargados de defender tan paradisiaco lugar se encontraban apostados tras las rocas. Entre ellos sobresalía, solemne y heroico, Moksa, siempre atento ante un mar de cornalina.

El Peregrino no podía apartar sus ojos de tanta belleza. Se las arregló sin embargo, para descender de su nube y dirigirse hacia el bosquecillo de bambú. Las diferentes deidades que allí se encontraban salieron en seguida a darle la bienvenida, diciendo:

- Hace cierto tiempo la Bodhisattva nos informó de vuestra conversión, hecho por el que todos nos congratulamos. Teníamos entendido, sin embargo, que os hallabais acompañando al monje Tang. ¿Cómo acabéis abandonado vuestras responsabilidades para venir aquí?

- No lo he hecho - se defendió el Peregrino -. Si he venido a este santo lugar, ha sido precisamente porque me he topado con una tremenda dificultad, que espero pueda solventar la Bodhisattva. Así que os agradecería le anunciarais mi llegada.

Las deidades así lo hicieron y la Bodhisattva accedió al instante a entrevistarse con él. Sin pérdida de tiempo el Peregrino se arrodilló ante el loto cubierto de joyas.

- ¿Se puede saber qué has venido a hacer aquí? - le preguntó Kwang-Ing.

- Hace dos días - explicó el Peregrino - mi maestro llegó a uno de vuestros templos Zen. Ya sabéis, una de esas pagodas en las que la gente os ofrece sacrificios e incienso. Lo que no comprendo es por qué habéis permitido a un Espíritu Oso vivir por allí cerca. El resultado es que ha robado la túnica a mi maestro y, aunque he tratado de recuperarla varias veces, todos mis esfuerzos han resultado infructuosos. Así que espero que solucionéis vos el problema.

- ¡Cuidado que eres insolente! - exclamó la Bodhisattva -. ¿Por qué has venido a solicitar mi ayuda, cuando lo más probable es que ese Oso se haya hecho con la túnica de tu maestro por tu manía de querer enseñársela a todo el mundo? Además, fue culpa tuya que mi templo se viniera abajo. ¿A quién se le ocurre avivar las llamas de la forma que lo hiciste? Es increíble que ahora vengas a pedirme cuentas.

Al oírla hablar de esa manera, el Peregrino comprendió que la Bodhisattva poseía el conocimiento de lo pasado y de lo porvenir. Agachó la cabeza con inesperada humildad y dijo:

- Os suplico perdonéis mi modo de hablar. Todo ocurrió como acabáis de decir. He de confesar que me ha molestado muchísimo que el monstruo se haya negado a devolverme la túnica. Por otra parte mi maestro está siempre amenazándome con recitar el conjuro. ¡No puedo soportar el terrible dolor de cabeza que produce! De ahí que me haya comportado de la forma en que lo he hecho. Apiadaos de mí y ayudadme a capturar al monstruo, así recuperaré la túnica y podremos continuar nuestro viaje hacia el Oeste.

- Ese monstruo posee muchos poderes mágicos - afirmó la Bodhisattva -. De hecho, es tan fuerte como tú. No mereces que te ayude pero lo voy a hacer por el monje Tang.

Agradecido, el Peregrino inclinó la cabeza aún más y pidió a la Bodhisattva que no se demorara. Montaron en las nubes sagradas y no tardaron en llegar a la Montaña del Viento Negro, donde siguieron un sendero que conducía directamente a la caverna. Al poco rato vieron a un taoísta bajando por la ladera de la montaña con una bandeja de cristal, sobre la que podían apreciarse dos píldoras mágicas. El Peregrino corrió hacia él, blandió la barra de hierro y la dejó caer con fuerza sobre la cabeza de aquel infeliz. El golpe le destruyó el cráneo y le produjo una terrible hemorragia en el cuello. Horrorizada, la Bodhisattva exclamó:

- ¡Sigues siendo tan irracional como siempre! ¿Se puede saber por qué le has matado? No fue quien te robó la túnica. Además, no te había hecho nada. ¿Por qué has tenido que acabar con su vida?

- Es posible que no le reconozcáis - respondió el Peregrino -. Se trata de uno de los amigos del Oso Negro. Precisamente los vi ayer charlando en el prado con un literato vestido de blanco. Hablaban de la celebración del Festival de la Túnica de Buda y del cumpleaños del espíritu que nos la ha robado. Por cierto, este taoísta dijo que pensaba pasar el día de hoy con su amigo, lejos del bullicio que, sin duda, habrá mañana. Por eso le he reconocido. Lo más seguro es que se dirigiera a celebrar el cumpleaños del monstruo.

- En ese caso - concluyó la Bodhisattva -, no tengo nada que objetar.

El Peregrino se llegó hasta el taoísta y descubrió que se trataba de un lobo gris. En la bandeja, que había caído a su lado, podía leerse una inscripción, que decía: "Fabricada por Lin Hsü-Tse" ¹⁰.

- ¡Qué suerte! - exclamó el Peregrino, alborozado -. Esto va a ahorrarnos no pocas dificultades y energías. Sin ser sometido a tortura este monstruo acaba de hacernos una confesión muy valiosa, que puede llevar a la tumba hoy mismo a su desprevenido amigo.

- ¿Se puede saber de qué estás hablando? - preguntó la Bodhisattva.

- Yo suelo mencionar mucho un proverbio que dice: "Todo plan debe ser contrarrestado con otro" - respondió el Peregrino -. Desconozco, de todas formas, si estáis dispuesta a aceptar mi estrategia.

- ¡Habla de una vez! - le urgió la Bodhisattva.

- Como podéis ver - dijo el Peregrino -, en esta bandeja hay dos píldoras mágicas, que vamos a regalar al monstruo. Es una suerte que en ella aparezca grabado eso de que ha

sido fabricada por Lin Hsü-Tse. Si hacemos lo que tengo pensado, podemos prescindir de las armas y hasta renunciar a la lucha. En un abrir y cerrar de ojos el monstruo se topará con la muerte y nosotros recobramos la túnica de Buda. Si, por el contrario, os negáis a seguir mi plan, podemos dar por perdido ese tesoro y Tripitaka habrá hecho en vano un viaje tan largo.

- Se nota que no te falta labia - exclamó la Bodhisattva, riendo.

- No puedo quejarme - admitió el Peregrino, satisfecho -. De todas formas, se trata tan sólo de un plan sin ninguna importancia.

- ¿Te importaría explicármelo? - insistió la Bodhisattva.

- Con mucho gusto - contestó el Peregrino -. Teniendo en cuenta la inscripción que hay en esta bandeja, deduzco que el tal Lin Hsü-Tse no es otro que el taoísta al que acabo de dar muerte. Si no tenéis nada que objetar, podíais adoptar su personalidad. Yo me comeré una de las píldoras y me transformaré en otra un poco más grande que la que quede. La pondréis después en la bandeja y se la ofreceréis al Monstruo como regalo de cumpleaños. Me encargaré de que nos devuelva la túnica en cuanto se la haya tragado. Si se niega a hacerlo, soy capaz de tejer otra nueva con sus propias tripas.

A la Bodhisattva le pareció un plan excelente y asintió varias veces con la cabeza.

- Bien. ¿A qué esperáis? - preguntó el Peregrino, sonriendo.

La Bodhisattva no perdió tiempo alguno en mostrar su misericordia e ilimitado poder. Haciendo uso de su infinita capacidad de transformación, sintonizó la mente con la voluntad y al instante adoptó la figura del inmortal Lin Hsü-Tse.

- ¡Fantástico! - exclamó el Peregrino al verlo -. ¡Francamente extraordinario! ¿Es el monstruo la Bodhisattva, o es la Bodhisattva monstruo?

- Wu-Kung, la Bodhisattva y el monstruo caben en un simple pensamiento, puesto que al principio no eran nada - afirmó la Bodhisattva, sonriendo.

Iluminado por aquellas palabras, el Peregrino se dio la vuelta y se convirtió en una píldora mágica. Nadie conocía su fórmula, aunque era brillante y tan perfecta como una perla. En su interior se escondían los hexagramas del tres por tres y el seis por seis ¹¹, como si hubiera sido creada con la ayuda de Shao Wang ¹² o hubiera sido formada en los montes de Kou-Lou ¹³. Poseía el brillo del mosaico y del oro amarillo; su luz era la del sol y parecía emanar de su propio interior. Una capa de mercurio la protegía de los ataques del exterior, aunque su poder era tan inmenso que no necesitaba, en realidad, protección.

La píldora en la que se transformó el Peregrino era un poco mayor que la otra. La Bodhisattva tomó buena nota de ello y, cogiendo la bandeja de cristal, se dirigió a la caverna del monstruo. Antes de llegar, miró a su alrededor y vio una serie impresionante de precipicios y riscos. Las nubes se agolpaban, como rebaños, en la cumbre de la montaña. Por doquier se apreciaba el verdor de pinos y cipreses que el viento azotaba despiadado. Aquél era, en verdad, un lugar para monstruos, no para hombres, aunque tal vez alguien pensara que no podía existir sitio mejor para que un anacoreta buscara el Camino. Por las laderas de la montaña se precipitaba un torrente, cuyas aguas recordaban el sereno murmullo de un laúd. Ningún sonido podía ser más apto para purificar los oídos. Un ciervo descansaba sobre una roca, mientras a lo lejos se oía, perdido en la espesura del bosque, el canto de las garzas. Era tan melodioso que al punto levantaba el ánimo, como si se tratara de la mismísima música de las esferas. La belleza del paisaje pareció complacer profundamente a la Bodhisattva, que se dijo:

- Si esa bestia ha sido capaz de elegir como morada un sitio tan extraordinario, quiere decir que está plenamente capacitada para recibir la iluminación del Tao - y eso la predispuso favorablemente hacia él.

Al acercarse a la entrada de la caverna, fue reconocida por los demonios que montaban

guardia y que gritaron, alborozados, al verla:

- ¡Acaba de llegar el inmortal Lin Hsü - Tse!

Mientras unos corrían a anunciar su llegada, otros le saludaron con incomparable respeto. El monstruo no tardó en aparecer.

- ¡Qué honor tan grande hacéis con vuestra presencia a un lugar humilde como éste! - exclamó el monstruo, dándole la bienvenida.

- Sólo he venido a traeros una píldora mágica como regalo de cumpleaños - replicó la Bodhisattva.

Se inclinaron respetuosamente y tomaron asiento. El monstruo hizo varios comentarios sobre lo ocurrido el día anterior, pero la Bodhisattva no dijo nada. Se limitó a coger la bandeja y a sugerir a su anfitrión:

- Aceptad, os suplico, esta prueba de reconocimiento por parte de un taoísta sin importancia - escogió la píldora más grande y, ofreciéndosela al monstruo, añadió -: Esta pequeña maravilla os hará vivir durante más de mil años.

- En ese caso - concluyó el monstruo, entregando la otra a la Bodhisattva -, me gustaría compartir esta otra con vos.

El monstruo se la llevó a la boca, pero no hubo de hacer el menor esfuerzo por tragarla, porque ella misma se deslizó garganta abajo. El Peregrino no tardó en hacer de las suyas en el interior del cuerpo de la bestia. El monstruo cayó al suelo, incapaz de soportar el dolor. La Bodhisattva recobró entonces la forma que le era habitual y arrebató al monstruo la túnica de Buda. Acto seguido, el Peregrino salió de su cuerpo por las narices, pero, temiendo que pudiera valerse de alguna treta, la Bodhisattva le tiró a la cabeza una pequeña corona de hierro. En cuanto se hubo puesto de pie, el monstruo trató, en efecto, de hacerse con la lanza y atacar por la espalda al Peregrino. Al verlo, la Bodhisattva se elevó por el aire y recitó un conjuro. Al instante el monstruo sintió un dolor insoportable y, arrojando la lanza a un lado, se revolcó, desesperado, por el suelo. El Rey de los Monos dio un salto Y casi no se muere de risa, al ver el sufrimiento del Oso Negro.

- ¡Maldita bestia! - exclamó la Bodhisattva -. ¿Es que no piensas rendirte?

- ¡Me rindo! - respondió el monstruo, sin pensarlo dos veces -. ¡Libradme cuanto antes de este dolor!

Pensando en lo mucho que le había costado reducirle, el Peregrino quiso rematarle allí mismo, pero la Bodhisattva le detuvo, diciendo: No le hagas daño, porque tengo pensado asignarle una misión.

- ¿Una misión? - repitió el Peregrino -. Este monstruo sólo sirve para ser pasto de los gusanos.

- La parte posterior de la Montaña Potalaka está desguarnecida - explicó la Bodhisattva - y quiero que se encargue él de protegerla. No dudo que le gustará ser nombrado Dios Guardián de la Montaña.

- En verdad sois una diosa salvadora y llena de misericordia - dijo el Peregrino, sonriendo -, incapaz de hacer el menor daño a cualquier ser viviente. Si conociera un conjuro como ése, lo recitaría por lo menos diez mil veces más. Así acabaría con todos los osos negros que hay por aquí.

El monstruo tardó bastante tiempo en recobrar la conciencia. El dolor había sido tan insoportable que, en cuanto volvió en sí, se echó rostro en tierra y dijo:

- ¡Perdonadme la vida! ¡Estoy dispuesto a someterme de buen grado a la Verdad!

La Bodhisattva abandonó la sagrada luminosidad de su nube y, tocándole gentilmente la cabeza, le convirtió en sirviente suyo. De esta forma, el Oso Negro abandonó su loca ambición de poder, convirtiéndose en esclavo de la virtud.

- Ya puedes marcharte, Wu-Kung - ordenó la Bodhisattva al Peregrino -. Procura no

causar más problemas y ocúpate de que no le falte de nada al monje Tang.

- Os agradezco que hayáis venido desde tan lejos a ayudarnos - replicó el Peregrino, respetuoso -. Por eso, opino que es mi deber acompañaros de vuelta a vuestra residencia.

- Créeme que no será necesario - contestó la Bodhisattva.

El Peregrino se inclinó ante ella y se marchó. La Diosa de Misericordia, por su parte, no tardó en regresar al Gran Océano, acompañada por el oso. De todo ello trata un poema, que afirma:

Una luz de mil colores rodea su figura, que posee la perfección del oro. Ella es la dulce auxiliadora del género humano, vigilando la marcha del mundo desde su Loto de Oro. Acudió en ayuda del buscador de escrituras, retirándose, casta y pura, a su mansión, en cuanto le hubo rescatado del peligro. Al enemigo transformó en discípulo y retornó a su morada de aguas, una vez recobrada la túnica cubierta de bordados de Buda.

No sabemos lo que ocurrió después. Quien desee descubrirlo tendrá que escuchar con atención lo que se dice en el próximo capítulo.

CAPITULO XVIII

MONJE TANG ESCAPA DEL PELIGRO EN EL TEMPLO DE KWANG-ING. EL GRAN SABIO SE DESHACE DEL MONSTRUO EN EL PUEBLO DE GAO

Tras despedirse de la Bodhisattva, el Peregrino descendió de la nube, colgó la túnica de un cedro que había por allí cerca y se internó en la Caverna del Viento Negro. Pero no encontró ni un solo demonio. Todos habían huido, despavoridos, en cuanto vieron quién era la Bodhisattva y el tremendo castigo que estaba infligiendo a su señor. Eso no mermó las ansias de venganza del Peregrino. Esparció una gran cantidad de leña por todos los corredores de la cueva y la prendió fuego. Al poco rato la Caverna del Viento Negro quedó convertida en la Cueva de la Brisa Roja. Una vez terminada la obra, el Peregrino cogió la túnica, montó en la nube y se dirigió hacia el norte.

Tripitaka, mientras tanto, esperaba ansiosamente su vuelta, preguntándose, impaciente, si la Bodhisattva habría accedido a ayudarles o si todo no habría sido más que una estratagema del Peregrino para abandonarle a su suerte. Tales pensamientos estaban cebándose en su espíritu, cuando vio acercarse una nube roja muy brillante, de la que descendió el Peregrino.

- ¡Maestro - gritó, alborozado, echándose rostro en tierra -, aquí tenéis vuestra túnica! Tripitaka se mostró encantado, lo mismo que los otros monjes, que no dejaron de decir, entusiasmados:

¡Qué bien! Nuestras vidas no corren ya el menor peligro.

- Al marcharte - regañó, no obstante, Tripitaka a su discípulo, cogiendo la túnica -, dijiste que estarías de vuelta después del desayuno o, como mucho, alrededor del mediodía. ¿Quieres decirme por qué has tardado tanto? Me figuro que te habrás dado cuenta de que el sol se está ya poniendo.

El Peregrino relató entonces cómo había solicitado la ayuda de la Bodhisattva y cómo habían dominado entre los dos al monstruo. Al oírlo, Tripitaka tomó un poco de incienso y, volviéndose hacia el sur lo ofreció a su benefactora en señal de gratitud. Una vez terminada la ofrenda, se volvió hacia su discípulo y le ordenó:

- Puesto que ya hemos recobrado la Túnica de Buda, recojamos nuestras cosas y marchémonos cuanto antes.

- ¿A qué viene tanta prisa? - replicó el Peregrino -. Se está haciendo tarde. ¿Por qué no esperamos hasta mañana por la mañana para proseguir nuestro viaje?

- El anciano Sun tiene razón - opinaron todos los monjes, poniéndose de rodillas -. Está anocheciendo. Además, nosotros tenemos una promesa que cumplir. Ahora que hemos sido liberados y vos habéis recobrado vuestro tesoro, desearíamos compartir con vuestras respetables reverencias nuestra humilde mesa 1. Mañana podréis continuar vuestra marcha hacia el Oeste.

- ¡Fantástico! - exclamó el Peregrino -. ¡Una idea francamente excelente!

Los monjes sacaron de los bolsos todo lo que habían logrado salvar del incendio y se lo regalaron a tan distinguidos huéspedes. Prepararon después ofrendas vegetarianas, quemaron papel moneda para los espíritus y recitaron varios fragmentos de las escrituras, apropiados para evitar las desgracias y el acoso del mal. El oficio duró hasta bien entrada la noche. A la mañana siguiente ensillaron el caballo y cargaron con el equipaje. Los monjes les acompañaron durante un largo tramo del camino. El Peregrino iba abriendo la marcha. La primavera había estallado con todo su fulgor y los cascotes del caballo dejaban en la hierba un tenue sendero de plantas tronchadas. Las ramas de los sauces aparecían cubiertas de rocío y los melocotoneros se repetían con insistencia de bosque. Por doquier crecían, en delicados arabescos, enredaderas salvajes. Bandadas de patos tomaban el sol a la orilla de los ríos, mientras las flores más aromáticas parecían domar a las mariposas. Había transcurrido el otoño, el invierno había terminado y la primavera se hallaba justamente en su cenit. ¿Cuándo podrían conseguirse, por fin, las auténticas escrituras?

Maestro y discípulo vagaron por la espesura durante una semana. Un día, cuando estaba empezando ya a oscurecer, vieron un pueblo en la lejanía y Tripitaka exclamó, alborozado:

- ¡Mira. Wu-Kung, allí hay un lugar habitado! ¿Qué te parece si pedimos alojamiento y continuamos el viaje mañana?

- Antes de tomar una decisión - contestó el Peregrino -, debemos saber si se trata de un lugar bueno o malo.

Tripitaka tiró de las riendas y el Peregrino escudriñó con sus potentes ojos el pueblo. Las casas se arremolinaban en racimos, protegidas por cercas de bambú. Delante de cada puerta había plantado un árbol que se perdía en la altura. Sus elegantes formas se reflejaban en un arroyuelo que cruzaba el pueblo de parte a parte. Los sauces que jalonaban el sendero lucían, orgullosos, su cresta verde, compitiendo en suavidad con el aroma de las flores que crecían en cada patio. El crepúsculo iba rápidamente dando paso a las sombras, mientras los pájaros no dejaban de alborotar en sus nidos. De cada hogar surgía una cresta de humo blanco, al tiempo que el ganado retornaba mansamente a sus establos. Cerdos y gallinas, lustrosos y bien alimentados, dormían plácidamente a la sombra de cada casa. De una de ellas surgía una canción tan melancólica como la noche que estaba a punto de caer.

- Creo que podemos seguir adelante, maestro - dijo el Peregrino después de su rápida inspección -. Parece un pueblo habitado por buena gente. Opino, por tanto, que es un buen lugar para pasar la noche.

El monje espoleó el caballo y no tardaron en llegar al sendero que conducía directamente a la aldea. Allí se encontraron con un joven que llevaba puestos un gorro de algodón y una chaqueta azul. Portaba un paraguas en la mano y un bulto, al parecer muy pesado, a la espalda. Los pantalones los tenía recogidos, dejando ver un par de sandalias de paja con tres lazos. Cuando el Peregrino le echó mano, venía caminando a grandes zancadas, como si fuera una persona de mucha resolución.

¿Adonde vas tan deprisa? - le preguntó Wu-Kung -. Si no te importa, me gustaría que

nos dijeras cómo se llama este lugar.

- ¿Es que no hay nadie más en este pueblo? - se quejó el hombre, tratando de librarse de él -. ¿Por qué tienes que preguntarme precisamente a mí?

- No te enfades - le aconsejó el Peregrino -. "Quien ayuda a otro se ayuda, en realidad, a sí mismo." ¿Quieres explicarme qué tiene de malo decirme el nombre de esta aldea? A lo mejor da la casualidad de que puedo ayudaros a solucionar los problemas que tengáis.

- ¡Ésta sí que es buena! - exclamó el hombre, fuera de sí, tratando de soltarse del Peregrino dando unos saltos increíbles -. ¡Cómo si no tuviera bastante con los quebraderos de cabeza de mi familia! No he resuelto ni uno solo y tengo que toparme para mi desgracia con un tipo calvo como éste.

- Te dejaré marchar, si logras abrirme la mano - dijo el Peregrino divertido.

El hombre se retorció a izquierda y derecha, pero no consiguió nada. Era como si estuviera firmemente sujeto por un par de tenazas de hierro. Estaba tan furioso que arrojó al suelo el fardo y el paraguas y trató, sin resultado, de pegar y arañar al Peregrino. Sosteniéndole con una mano y agarrando con la otra el equipaje, Wu-Kung le mantuvo a suficiente distancia como para evitar que le alcanzara alguno de los golpes. Cuanto más lo intentaba, más fuerte apretaba el Peregrino. El hombre echaba fuego por los ojos.

- ¿No viene por ahí alguien? - preguntó de pronto Tripitaka -, Pregúntale y deja marchar a éste. No comprendo por qué la tienes tomada con él.

- ¿No lo entendéis, maestro? - replicó el Peregrino, riendo -. Si le dejo irse, se me acabará la diversión.

Comprendiendo que era inútil seguir luchando, el hombre respondió finalmente:

- Este lugar se llama el pueblo del señor Gao y se halla enclavado dentro del Reino del Tíbet. La mayoría de las personas que viven en esta aldea se apellidan Gao. De ahí que tenga ese nombre. Ahora, si no te importa, me gustaría seguir mi camino.

- No vas vestido como para dar un paseo por los alrededores - replicó el Peregrino -. Así que dime la verdad: ¿adonde vas y con que objeto? Si lo haces, te prometo que te dejaré marchar.

- Pertenezco a la familia del viejo señor Gao - explicó el hombre, comprendiendo que no le quedaba más remedio que hacer lo que se le exigía -. Me llamo, por tanto, Gao Tse-Ai. La hija menor del señor Gao tiene veinte años y todavía no ha sido prometida a nadie en matrimonio, No hay nada de extraño en ello, ya que hace aproximadamente tres años fue raptada por un monstruo que la tomó por esposa. Al señor Gao no le hizo mucha gracia tener un monstruo por yerno, porque como él mismo dijo, la reputación de su familia ha sufrido un duro golpe y no hay manera de entrar en relación con la del marido de su hija. ¿Quién puede enorgullecerse de tener amistad con un monstruo? Durante todo este tiempo ha tratado de conseguir la anulación de ese matrimonio, cosa a la que el monstruo se ha negado con firmeza. Es más, ha encerrado a la muchacha en la parte de atrás de su morada y no la ha permitido ver a su familia durante casi medio año. Desesperado, el viejo me entregó unas cuantas onzas de plata y me pidió que fuera en busca de alguien capaz de ayudarlo a capturar al monstruo. Desde entonces no he descansado ni un solo día y lo único que he conseguido ha sido entrevistarme con tres o cuatro monjes sin ningún poder y otros tantos taoístas por el estilo. Ninguno ha podido dominar a la bestia. Como es natural, acabo de recibir una buena reprimenda por mi incompetencia. Lo peor, de todas formas, es que sólo dispongo de media onza de plata para seguir buscando. Como ves, lo único que me faltaba era toparme contigo, ave de mal agüero. Por tu culpa tendré que retrasar el viaje. En fin, todo esto es lo que quería decir, cuando te comenté que los problemas de mi familia eran prácticamente insolubles. Ahora que te he contado la verdad me gustaría seguir mi camino. Por cierto,

ese truco tuyo para agarrar a la gente es, francamente, maravilloso.

- Has tenido suerte que lo haya utilizado contigo - respondió el Peregrino -. Tus problemas y mis poderes se complementan como el cuatro y el seis en el juego de dados. A partir de ahora no necesitarás seguir viajando ni malgastar tu dinero. Aunque te cueste creerlo, nosotros no somos monjes sin valor ni taoístas sin poderes. Tenemos, de hecho, cierta experiencia en capturar monstruos. Como muy bien afirma el dicho, "no sólo has cuidado del médico, sino que incluso le "as curado la vista". Regresa junto al cabeza de tu familia y dile que has tenido la enorme fortuna de toparte con dos monjes enviados por el Señor de las Tierras del Este al Paraíso Occidental en busca de las escrituras de Buda. No necesito recordarte que estamos especializados en atrapar monstruos y demonios.

- ¡No te burles de mí, por favor! - exclamó Gao Tse-Ai -. Estoy de este asunto hasta la coronilla. Espero que comprendas que, si me engañas y no tienes ningún tipo de poder para arrestar bestias, lo único que vas a conseguir es aumentar mis problemas, en vez de solucionarlos.

- Te garantizo que todo saldrá bien - le tranquilizó el Peregrino -. Llévanos hasta tu casa, por favor.

Puesto que no perdía nada por probar si lo que decía era cierto o no, el hombre volvió a coger el fardo y el paraguas y condujo a los dos viajeros hasta la puerta de su hogar.

- Esperad aquí un momento, mientras voy a avisar al dueño de la casa - dijo el hombre.

El Peregrino le dejó entonces en libertad y, poniendo en el suelo el equipaje, ayudó al maestro a bajar del caballo. Mientras esperaban pacientemente a la puerta, Gao Tse-Ai entró en la mansión y se dirigió hacia el salón principal, que se encontraba justamente en el centro de la casa. Allí se topó con el señor Gao, que exclamó, malhumorado, al verle:

- ¡Maldito caradura! ¿Se puede saber por qué has vuelto? ¿Cómo es que no has ido en busca de un domador de monstruos?

- Permittedme informaros de lo que ha pasado - suplicó, inseguro, Gao Tse-Ai, poniendo el fardo en el suelo -. Justamente al final de la calle me topé con dos monjes muy extraños. Uno iba montado en un caballo y el otro llevaba a la espalda un hatillo de ropa. Antes de que pudiera hacer nada, me agarraron y se negaron a soltarme hasta que no les dijera adónde iba. Al principio me negué de plano a complacerles, pero se mostraron extremadamente persuasivos y, por otra parte, no podía liberarme de ellos. Fue entonces cuando les conté la desgracia que se ha abatido sobre nuestra familia. El que me tenía agarrado se mostró muy contento y dijo que él se encargaría de dominar a la bestia.

- ¿De dónde son esos monjes? - preguntó, interesado, el señor Gao.

Uno dice ser hermano del Emperador de las Tierras del Este - respondió Gao Tse-Ai - y se dirigen hacia el Paraíso Occidental con el fin de presentar sus respetos a Buda y hacerse con sus escrituras.

- Si han llegado aquí desde tan lejos - concluyó el señor Gao -, eso quiere decir que, ciertamente, poseen poderes muy especiales. ¿Dónde están ahora esos hombres?

- Ahí fuera esperando - contestó Gao Tse-Ai.

El señor Gao se cambió a toda prisa de ropas y salió, acompañado de Gao Tse-Ai, a darles la bienvenida, diciendo:

- ¡Qué placer poder gozar de la compañía de vuestras reverencias!

Tripitaka se dio la vuelta a toda prisa y se encontró con tan efusivo anfitrión delante mismo de sus narices. Era un hombre entrado ya en años con un gorro de seda negra, una túnica de seda de Szchwang profusamente bordada, una faja verde oscura y un par de botas muy toscas hechas de piel de buey. Sin dejar de sonreír amablemente, añadió:

- Aceptad mis respetos, venerables viajeros.

Tripitaka le devolvió el saludo, pero el Peregrino no movió un solo músculo. Al percatarse, a su vez, el anciano de su extraña apariencia, no se atrevió a dirigirle la palabra. El Peregrino se sintió profundamente ofendido y se encaró con él, diciendo:

- ¿Se puede saber por qué no me saludas?

- Alarmado, el anciano se volvió a Gao Tse-Ai y le regañó, diciendo:

- ¿Por qué has tenido que hacerme esto? ¿No teníamos, acaso, bastante con un monstruo, para que ahora tengas que traer a mi propia casa un espíritu del trueno? ¿Es que nunca voy a poder solucionar mis problemas?

- ¿De qué te ha servido llegar a una edad tan avanzada, si eres incapaz de distinguir lo bueno de lo malo? - le recriminó el Peregrino -. No es de sabios ir juzgando a la gente por su apariencia. Es posible que yo sea muy feo, pero poseo poderes muy especiales. Me encargaré de capturar al monstruo, después lo exorcizaré y te devolveré a tu hija. ¿Te parece suficiente? ¡No sé a qué viene eso de fijarse solamente en las apariencias!

El anciano se echó a temblar de miedo, pero se las arregló para armarse del suficiente valor y decir:

- Pasad, por favor.

El Peregrino tomó entonces las riendas del caballo y pidió a Gao Tse-Ai que se hiciera cargo del equipaje. Sin ningún respeto por las normas, cogió una silla con la pintura levantada e invitó a su maestro a sentarse. El mismo acercó otra y tomó asiento, sin que nadie se lo pidiera.

- Se ve que sabéis poneros cómodo, ¿eh? - exclamó el señor Gao.

- Yo sólo me siento cómodo en un sitio, cuando paso en él medio año por lo menos - replicó el Peregrino.

- Mi pariente acaba de informarme de que vuestras reverencias vienen de las Tierras del Este - empezó diciendo el señor Gao, una vez que todos se hubieron sentado.

- Así es - admitió Tripitaka -. El emperador nos ha encargado ir al Paraíso Occidental en busca de las escrituras de Buda. Llevamos varios días sin descansar y nos gustaría pasar la noche en esta aldea. Nuestra intención es continuar el viaje mañana por la mañana.

- ¿Así que sólo andáis buscando hospedaje? - exclamó, decepcionado, el señor Gao -. ¿Cómo habéis dicho que sois cazadores de monstruos?

- Ciertamente buscamos un sitio para pasar la noche - ratificó el Peregrino -. Pero eso no quiere decir que, para divertirnos un rato, no vayamos a capturar a todos los monstruos que sean necesarios. Por cierto, ¿cuántos tenéis en vuestra casa?

- ¡Santo cielo! - exclamó el señor Gao, llevándose las manos a la cabeza -. ¡Que cuántos tengo aquí! ¡Como si no me hubiera dado bastantes quebraderos de cabeza el que ahora es mi yerno! ¡Con él tengo más que suficiente!

- Cuéntame todo lo que sepas de él - le pidió el Peregrino -: cómo llegó a este lugar, qué clase de poderes tiene... en fin, cosas así. Empieza por el principio y no omitas un solo detalle. Es esencial conocerle bien para poder capturarlo.

- Desde antiguo - comenzó explicando el señor Gao - este pueblo jamás ha tenido problemas con fantasmas, monstruos o demonios. Mi única desgracia ha sido no tener ningún hijo varón. Mis tres vástagos han sido, desgraciadamente, mujeres. La mayor se llama Orquídea Olorosa, la del medio, Orquídea de Jade, y la tercera, Orquídea Verde. Desde su más tierna infancia las dos primeras han estado prometidas con personas de esta misma aldea, pero yo esperaba que la tercera pudiera casarse con un hombre que accediera a vivir bajo este techo y diera a sus hijos mi apellido. A cambio se convertiría en mi heredero y se ocuparía de mí, cuando me faltaran las fuerzas. Hace tres años aproximadamente se presentó un joven de aspecto pasablemente atractivo. Dijo

proceder de la montaña de Fu-Ling y afirmó apellidarse Chu. Explicó que no tenía padres ni hermanos y que, por tanto, no le importaría llevar mi apellido. Yo le acepté en seguida, pensando que alguien sin lazos familiares era la persona más adecuada para llevar a cabo mi plan. Al principio, debo admitirlo, se mostró muy cortés y diligente. Trabajó duro en los campos, arándolos, incluso, sin la ayuda de un carabao. Cuando llegó el tiempo de la siega, recogió la cosecha sin servirse para nada de la hoz. Llegaba tarde a casa por las noches y se levantaba muy temprano. No es extraño que todos estuviéramos muy contentos con él. El único problema es que su aspecto comenzó a cambiar.

- Explícame esos cambios - le instó el Peregrino.

- Bueno... - continuó diciendo el señor Gao -, al principio era tipo moreno y robusto, pero después se fue convirtiendo en un auténtico imbécil con unas orejas muy grandes, un hocico llamativamente protuberante y un copete de cerdas muy fuertes detrás de la cabeza. Lo malo es que su cuerpo ha seguido una evolución semejante, transformándose en algo pesado y totalmente carente de atractivo. Se parece, de hecho, a un cerdo. No es extraño que tenga un apetito insaciable. En cada comida se toma entre tres y cinco arrobas de arroz; para él un pequeño tentempié consiste en más de cien bollos y otras tantas galletas. ¡Menos mal que sigue una dieta vegetariana! Si le diera por devorar carne y vino, estoy seguro de que terminaría con todas mis posesiones en menos de medio año.

- A lo mejor tiene tanto apetito porque, como vos mismo habéis reconocido, trabaja demasiado - comentó Tripitaka.

- Eso no es lo peor - replicó el señor Gao -. Lo más preocupante es que le gusta cabalgar sobre el viento y no es raro verle desaparecer por los aires a lomos de una nube. Por si esto fuera poco, no para de amontonar suciedad y tirar piedras, con lo que la paz ha desaparecido de mi casa y de la de los otros vecinos. Para colmo, ha encerrado a Orquídea Verde en la parte de atrás y no la hemos visto durante más de medio año, por lo que no sabemos si ha muerto o todavía vive. No nos cabe la menor duda de que es un monstruo. Por eso hemos decidido exorcizarle y echarle de aquí.

No hay cosa más fácil - diagnosticó el Peregrino -. Estáte tranquilo. Esta misma noche le echaré mano y le exigiré que firme el acta de repudio. De esta forma, podrás recobrar a tu hija. ¿De acuerdo?

- Que aceptara mis condiciones - dijo el señor Gao, visiblemente complacido - no serviría de nada, teniendo en cuenta que ha arruinado mi buen nombre y ha alejado de mí a muchos de mis parientes. Me doy por contento con que le capturéis. ¿A quién le importa ya que obtengáis su renuncia? ¡Sólo quiero deshacerme de él!

- Eso es facilísimo - repitió el Peregrino -. En cuanto caiga la noche, lo verás.

El anciano no cabía en sí de contento. En seguida ordenó que pusieran la mesa y les fuera servido un banquete vegetariano. La noche había caído ya, cuando hubieron terminado de comer.

- ¿Qué armas y cuánta gente necesitaréis? - preguntó el anciano entonces -. Es mejor que lo tengamos todo preparado.

- Tengo mis propias armas - contestó el Peregrino.

- ¿De verdad? - contestó el anciano, sorprendido -. Sólo veo que lleváis un bastón. No me digáis que pensáis enfrentaros al monstruo con eso.

El Peregrino se sacó la aguja de la oreja, la cogió con cuidado en las manos y, tras agitarla una sola vez cara al viento, se convirtió en una barra del grosor de un cuenco de arroz.

- ¡Mirad esta barra! - ordenó al señor Gao -. ¿Existe un arma mejor que ella? ¿Creéis que será suficiente para enfrentarme con ese monstruo?

- Me figuro que sí - reconoció el señor Gao -. De todas formas, necesitaréis algunos refuerzos.

- No necesito ninguno - afirmó el Peregrino -. Lo único que quiero es que a mi maestro no le falte la compañía. Puedes llamar a alguien lo suficientemente virtuoso para que charle con él, mientras yo esté ausente. Atraparé al monstruo y le haré prometer públicamente su intención de marcharse. Así os libraréis para siempre de él.

El anciano mandó inmediatamente a uno de sus criados en busca de algunos familiares y amigos íntimos, los cuales no tardaron en aparecer. Después de las presentaciones el Peregrino dijo a su maestro:

- Aquí estaréis seguro. Ahora debo marcharme.

Con la barra en alto, agarró al señor Gao y le ordenó:

- Llévame a la parte de atrás, donde el monstruo tiene su morada, para que pueda echar un vistazo.

El anciano le condujo hasta la misma puerta y el Peregrino añadió:

- Saca la llave.

- ¿Por qué no echáis vos solo un vistazo? - replicó el anciano - - Si tuviera la llave de aquí, no necesitaría vuestra ayuda. Creedme.

- ¡Cuidado que eres tonto! - exclamó el Peregrino -. A pesar de tus años, eres incapaz de distinguir cuándo se habla en serio y cuándo no. Estaba tomándote el pelo y tú interpretaste al pie de la letra mis palabras.

Inmediatamente se adelantó y tocó la cerradura. Había sido soldada con cobre fundido y no había manera de abrirla. El Peregrino derribó la puerta con la barra y encontró que en su interior reinaba la más densa oscuridad.

- Viejo Gao - sugirió el Peregrino -, llama a tu hija, a ver si está ahí dentro.

- ¡Hija tercera! - gritó el anciano, armándose de valor.

- ¡Padre! - contestó la muchacha débilmente, reconociendo su voz. Estoy aquí.

El Peregrino traspasó la densa oscuridad con sus doradas pupilas al rojo y vio que el pelo de la mujer parecía una nube de tormenta, de lo desgredado y sucio que lo tenía. Su rostro, que había poseído la dulzura del jade, aparecía sin expresión y cubierto de mugre. Aunque todavía era posible apreciar en ella una cierta finura, se la veía cansada y triste. Sus labios, antaño rojos como una cereza, carecían ahora de color. Su cuerpo estaba encorvado y hecho un ovillo. A causa de la inocupación y la pena, sus cejas, delicadas como las alas de una mariposa, poseían una extraña palidez. Había perdido, además, tanto peso, que su voz sonaba extremadamente débil. Con pasos vacilantes se llegó hasta la puerta y, al ver que se trataba de su padre, se abrazó a él y empezó a sollozar.

- ¡Deja de llorar! - le urgió el Peregrino -. ¿Dónde está el monstruo?

- No sé adonde ha ido - respondió la muchacha -. Últimamente se marcha por la mañana y no vuelve hasta bien entrada la noche. Siempre va envuelto en neblinas y nubes y jamás me dice lo que piensa hacer durante el día. Lo único cierto es que, desde que se ha oído que mi padre está tratando de deshacerse de él, ha empezado a tomar muchas precauciones. Por eso precisamente regresa por la noche y se ausenta en cuanto amanece.

No necesito saber más - concluyó el Peregrino. Se volvió después hacia el señor Gao y añadió -: Lleva a tu hija a la parte delantera y disfruta cuanto quieras de su compañía. Yo me voy a quedar aquí esperando. Si el monstruo no aparece, no me echas la culpa de nada. Pero, si viene, ten por seguro que arrancaré todos tus problemas de raíz.

Loco de contento, el señor Gao llevó a su hija a la parte de la casa habitada, mientras el Peregrino sacudía el cuerpo y, valiéndose del poder de su magia, se transformaba en la imagen exacta de la muchacha. Después se sentó a esperar al monstruo. Al poco rato se

levantó un viento tan fuerte que arrancaba las piedras y producía asfixiantes nubes de polvo. Al principio no era más que una brisa ligera y suave, pero pronto se transformó en un auténtico ciclón, que nadie podía detener. Las flores y las ramas del sauce parecían pájaros arrancados de su nido, mientras las plantas y los árboles cedían ante su fuerza como mieses recién cortadas. Era tan huracanado que el mar se embravecía, llenando de terror a dioses y espíritus, y las rocas y montañas se partían por la mitad, sumiendo el Cielo y la Tierra en un indescriptible espanto. Los ciervos comedores de flores eran incapaces de encontrar el sendero que conducía a sus guaridas. Otro tanto les ocurría a los monos recogedores de frutas, perdidos, como ciegos, en la furia del vendaval. La pagoda de los siete pisos se hundió sobre la cabeza de Buda y las banderas que ondeaban en sus ocho costados se desplomaron sobre el templo, produciéndole daños irreparables. Al suelo cayeron las vigas de oro y las columnas de jade, mientras las tejas volaban por doquier, como bandadas de gorriones. Los barqueros estaban tan atemorizados que hicieron la promesa de sacrificar todos sus animales domésticos. Hasta el mismísimo espíritu local abandonó su santuario. Los Reyes Dragón de los cuatro mares presentaron sus votos al cielo, al comprobar que el barco de Yaksa había encallado y más de la mitad de los muros de la Gran Muralla se habían desplomado.

Cuando, por fin, amainó viento tan destructivo, apareció volando el monstruo más feo que imaginarse pueda. Tenía un rostro cubierto totalmente de cerdas negras, un hocico muy saliente y unas orejas enormes. Vestía una túnica de algodón azul verdosa, aunque era difícil determinar con exactitud su color, y llevaba anudado a la cabeza una especie de pañuelo de algodón moteado.

- Así que éste es el tipo con el que tengo que enfrentarme - se dijo, sonriendo, el Peregrino.

No dijo nada al verle entrar, ni siquiera una frase de saludo. Permaneció tumbado en la cama, fingiendo estar enfermo y quejándose sin parar. Al monstruo no parecía importarle. Se llegó hasta él y, pensando que se trataba de su esposa, exigió que le diera un beso.

- Se ve que quiere jugar un poco conmigo - volvió a decirse el Peregrino a punto de soltar la carcajada.

Valiéndose de uno de sus trucos, le agarró del hocico y se lo retorció violentamente, haciéndole caer en el suelo cuan largo era. Tras levantarse como pudo, el monstruo se apoyó en la cama y preguntó:

- ¿Por qué estás tan enfadada conmigo hoy? ¿Es porque he llegado más tarde que de costumbre?

- ¿Quién te ha dicho que estoy enfadada? - replicó el Peregrino.

- Si no lo estás, ¿se puede saber por qué me has pegado esa costalada? - volvió a preguntar el monstruo.

- ¡No comprendo cómo puedes ser así! - se quejó el Peregrino -. Ves que no me encuentro muy bien hoy y exiges que te abrace y te dé un beso. Si no hubiera estado enferma, te habría esperado levantada y te habría abierto yo misma la puerta. Desvístete y métete en la cama.

Sin sospechar nada, el monstruo se quitó la ropa. El Peregrino saltó de la cama y se sentó en el orinal en el momento mismo en que la bestia se dejaba caer sobre el lecho. Palpó meloso a su alrededor, pero, al no encontrar a nadie, preguntó preocupado:

- ¿Dónde te has metido, querida? Desvístete y ven a dormir conmigo.

- Puedes dormirte, si quieres - le urgió el Peregrino -. Yo voy a tardar todavía un poco. Aún no he descargado.

El monstruo se estiró y se hizo dueño del lecho. Cuando estaba a punto de conciliar el sueño, el Peregrino exclamó con un suspiro:

- ¡Qué mala suerte la mía!

- ¿Se puede saber qué es lo que te preocupa? - preguntó el monstruo, sorprendido -. ¿Qué quieres decir con eso de que tu suerte es mala? Es cierto que, desde que entré a formar parte de tu familia, he comido y he bebido bastante, pero también he trabajado lo mío, no te creas. Piensa, si no, en las cosas que he hecho por vosotros: he limpiado los campos, he abierto acequias, he cocido ladrillos y tejas, he plantado muros y preparado la argamasa, he arado y desbrozado las tierras, y he plantado trigo y arroz. Me he ocupado, en resumen, de la marcha de toda la hacienda. Y con mucho provecho, por cierto. De lo contrario, ¿cómo ibas a vestir encajes y a lucir adornos de oro? Durante todo el año no te faltan ni flores ni frutos y en tu mesa siempre hay verduras frescas. No te puedes quejar. ¿Quieres explicarme qué es lo que te hace suspirar de esa forma y exclamar que la suerte no te sonrío?

- No todo es como tú lo pintas - contestó el Peregrino -. Mis padres me han puesto hoy de vuelta y media, por haber levantado un muro entre la porción de la casa que ellos habitan y la que ocupamos nosotros. Es más, han tirado ladrillos y tejas a nuestro patio.

- ¿Que te han regañado tus padres? - exclamó el monstruo

- Así es - ratificó el Peregrino -. Aunque has renunciado a tu familia para entrar a formar parte de la nuestra, no puedes negar que tus modales dejan mucho que desear. Para empezar, una persona tan fea como tú es totalmente impresentable. No puedes reunirte con tus otros cuñados o parientes. Además, como ahora te dedicas a cabalgar sobre la neblina y las nubes, no sabemos a qué familia perteneces realmente ni cuál es tu nombre auténtico. De hecho, has destrozado el buen nombre de la nuestra. Esto es lo que más me han echado en cara mis padres y por eso estoy tan preocupada.

- Yo soy bastante casero - se defendió el monstruo -. Además, no es culpa mía que no sea un poco más guapo. De eso ya discutimos cuando vine aquí por primera vez. Tu padre me aceptó sin poner un solo reproche. ¿Por qué me viene ahora con tanta queja? Mi familia es originaria de la Caverna de los Senderos de Nubes, que se halla enclavada en la montaña de Fu-Ling. Por otra parte, mi apellido hace referencia a la apariencia que tengo, pues, como bien sabrás, Chu significa en realidad cerdo, y Kang-Lier, vello acerado. Si alguien vuelve a importunarte, le dices lo que acabo de decirte. ¿De acuerdo?

- Este monstruo es bastante sincero - se dijo el Peregrino, complacido -. Ha hecho una confesión completa sin necesidad de acudir a la tortura. Una vez conocidos su nombre y el lugar del que procede, no me costará mucho dominarle - levantó después la voz y añadió -: Mis padres están tratando de hallar a alguien capaz de derrotarte.

- Ve a dormir, anda - dijo el monstruo, soltando la carcajada - No te preocupes por eso. Puedo metamorfosearme en lo que me dé la gana y tengo un arma indestructible de nueve puntas. ¿Cómo voy a tener miedo a los bonzos, taoístas y monjes? Incluso si tu padre fuera lo suficientemente religioso para hacer bajar del Noveno Cielo al Patriarca Destructor de Monstruos, me las arreglaría para hacerme pasar por pariente suyo y no se atrevería a hacerme nada.

- Todo eso está muy bien - replicó el Peregrino -, pero ellos me han dicho que piensan traer a un tal Sun, conocido también por el Gran Sabio, Sosia del Cielo, que hace aproximadamente quinientos años causó un gran revuelo en el Palacio Celeste. Según tengo entendido, le han pedido que venga a capturarte.

- Si es verdad lo que dices - concluyó el monstruo, alarmado -, ahora mismo me voy. No podemos seguir viviendo como marido y mujer.

- Pero ¿cómo vas a marcharte tan pronto? - protestó el Peregrino.

- Quizás no lo sepas - contestó el monstruo -, pero ese "pi-ma-wen" del que acabas de hablar es un tipo realmente poderoso. Me temo que no le llego a la altura de los zapatos

y, desde luego, no me hace ninguna gracia perder mi fama a manos de él.

Apenas hubo terminado de decirlo, volvió a vestirse, abrió la puerta y abandonó la estancia. Afortunadamente el Peregrino logró ríe mano y, adquiriendo la forma que le era habitual con un simple movimiento del rostro, gritó:

- ¿Adonde vas tan deprisa, monstruo? Fíjate bien en quién soy. El monstruo se dio la vuelta y, horrorizado, vio los dientes saltones, boca amenazante, los ojos fulgurantes, las pupilas encendidas, la cabeza puntiaguda y la vellosa cara del Peregrino, que parecía un auténtico dios del trueno. El monstruo se sintió tan aterrado que las fuerzas le abandonaron y apenas podía sostenerse en pie. Reaccionó, no obstante, con rapidez y, convirtiéndose de nuevo en un viento huracanado, logró escapar del Peregrino, rasgando su propia túnica. Wu-Kung salió tras él, golpeando sin parar al viento con la barra de hierro. Él monstruo se transformó entonces en una miríada de lenguas de fuego que huyeron a toda prisa hacia su montaña. El Peregrino se montó en una nube y trató de cortarles la retirada, gritando:

- ¡No tienes escapatoria posible! Si subes al Cielo, te perseguiré hasta el mismísimo Palacio de la Estrella Polar, y, si penetras en la tierra, te seguiré hasta el corazón del propio Infierno.

¡Santo cielo, qué persecución más extraordinaria! No sabemos hasta dónde les llevó ni cuál fue el resultado de la lucha en la que a continuación se enfrascaron. Quien quiera descubrirlo tendrá que escuchar lo que se dice en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XIX

WU-KUNG ECHA MANO A BA-CHIE EN LA CAVERNA DE LOS SENDEROS DE NUBES. TRIPITAKA RECIBE EL SUTRA DEL CORAZÓN EN LA MONTAÑA DE LA PAGODA

La persecución llevó al Gran Sabio y a su enemigo hasta una montaña muy alta, donde el monstruo volvió a juntar las lenguas de fuego y recobró su forma original. Se metió a toda prisa en una caverna y cogió una especie de tridente de nueve puntas.

- ¡Maldito monstruo! - exclamó el Peregrino -. ¿De dónde eres y cómo es que conoces tan bien mi historia? ¿Qué clase de poderes posees tú? Dímelo en seguida y te perdonaré la vida.

- ¡Así que desconoces mis poderes!, ¿eh? - repitió el monstruo -. Sube hasta aquí y te lo diré. Siempre he poseído una mente lenta y he valorado por encima de todo la indolencia. Jamás me he preocupado de cultivarme ni de practicar la Verdad. En mi juventud mi vida era una continua sucesión de días confusos, hasta que me topé con un inmortal auténtico, que me habló del calor y del frío, para terminar diciéndome: "Arrepiéntete y abandona tu modo de obrar despreocupado. De lo contrario, conocerás lo que es el dolor y, cuando llegues al final de tus días, no podrás escapar a las ocho pruebas 1 y a las tres penas" 2. Le hice caso y acepté lo que me proponía. Me arrepentí de mi anterior modo de obrar y busqué con decisión el camino de la virtud. Mi maestro me desveló los secretos del Cielo y la Tierra, siéndome concedido probar las Píldoras Maravillosas de las Nueve Transformaciones. Día y noche me dediqué a tan alto empeño. La Verdad se apoderó de mí, alcanzando desde la Mansión de Barro 3 de mi coronilla hasta los Puntos Productores de Primavera 4, que se hallan en las plantas de los pies. El jugo renal fluyó libremente en el Estanque de Flores 5, reavivando, así, mi Campo de Mercurio 6. La energía del corazón y los riñones se aparearon como el yin y el yang, mientras el plomo y el cinabrio se mezclaron como el sol y la luna 7. El Dragón Li y el Tigre Kan firmaron dentro de mí una alianza matrimonial y la tortuga espiritual

absorbió toda la sangre del gallo de oro ⁸. En mi cabeza se fundieron las tres flores ⁹ y retornaron a su primigenio estado de raíz. Las cinco energías se hicieron una sola. Cuando hubieron concluido todos estos trabajos, ascendí a lo alto, donde fui recibido por las parejas de inmortales que habitan en lo alto. El viaje lo hice a bordo de unas nubes rosadas que expelían una luz muy brillante. Así pude mirar de frente el Arco de Oro. El Emperador de Jade ofreció un banquete a todos los dioses, que se fueron sentando según su rango y dignidad. Al finalizar el convite, me nombró mariscal del Río Celeste y tomé bajo mi mando todas las fuerzas navales. Pero cometí al poco tiempo una tremenda imprudencia. Wang-Mu ofreció el Banquete de los Melocotones y yo tuve la suerte de contarme entre los invitados que le presentaron sus respetos en el Estanque de Jaspe. Desgraciadamente bebí más de la cuenta y vagué, borracho del todo, de un salón a otro. Así llegué hasta el Palacio Lunar, donde me encontré con una dama extremadamente bella y delicada. En cuanto contemplé la finura de su rostro, caí preso de una pasión irresistible. Sin preocuparme para nada de la etiqueta o el rango, agarré a Chang-Er y le pedí que se acostara conmigo. Tres o cuatro veces me rechazó, escondiéndose donde buenamente podía. Se notaba que estaba furiosa, pero mi pasión era tan inmensa como el cielo y por poco no echo abajo las puertas del Palacio Celeste. El Inspector General ¹⁰ informó de todo ello al Emperador de Jade y la desgracia se abatió sobre mi cabeza. La huida me era totalmente imposible, porque el Palacio Lunar fue rodeado por los guardias imperiales. Cuando los dioses lograron arrestarme, aun no me había desaparecido la borrachera y todo parecía dar vueltas a mi alrededor. El Emperador de Jade, ante quien fui conducido cargado de cadenas, determinó mi inmediata ejecución. Pero la Estrella de Oro del Planeta Venus, el Venerable Li, se arrodilló ante su majestad y suplicó que me fuera conmutada la pena. En vez de morir ajusticiado, me aplicaron dos mil azotes, que me rasgaron la carne y a punto estuvieron de quebrarme los huesos. Pero estaba vivo y en seguida abandoné el Cielo, viniendo a refugiarme a la montaña de Fu-Ling. Me perdió mi mal obrar. Como habrás averiguado, mi nombre completo es Chu Kang-Lier.

- Así que tú eres el Dios del Agua de los Juncales Celestes! - concluyó el Peregrino -. No me extraña que conocieras mi nombre.

- ¡Maldito rebelde "pi-ma-wen"! - gritó el monstruo -. No sabes que nos hiciste, al levantarte contra el Cielo. Se ve que no tienes remedio y estás tratando otra vez de arruinar mi vida. Pero no os creas que voy a estarme quieto. ¡Antes tienes que probar el sabor de tridente!

El Peregrino esquivó el golpe, levantando la barra de hierro y dejándola caer sobre la cabeza de su adversario. De esta forma, dio comienzo una batalla increíble en el corazón mismo de la montaña. Aunque era noche cerrada, las pupilas del Peregrino brillaban como ascuas encendidas y de los redondeados ojos del monstruo surgían unos rayos, que, de alguna forma, recordaban el fulgor de la plata. Moviéndose con sorprendente agilidad, uno levantaba oleadas de neblina de mil colores, mientras el otro agitaba las nubes rojizas que envuelven a los inmortales. La barra de los extremos de oro y el tridente de las nueve puntas se entrechocaban una y otra vez, produciendo una cascada de chispas que iluminaban la noche. Los dos contendientes eran héroes de reconocida y respetada destreza. Uno era el Gran Sabio, desterrado de los cielos, y el otro, un afamado mariscal obligado a habitar en la tierra. Por su lascivia éste se convirtió en monstruo, mientras que aquél escapó al castigo divino por someterse a los consejos de un monje. El tridente parecía un dragón con las zarpas abiertas; la barra de hierro, por el contrario, se movía con la agilidad de un fénix volando por encima de las flores. Sin dejar de intercambiar golpes, el monstruo gritaba:

- Quien destroza un matrimonio es un auténtico parricida. A lo que contestaba el

Peregrino:

- Quien trata de violar a una doncella no debería gozar de libertad.

Inútil palabrería, porque en aquel momento las que hablaban eran las armas. Empezaba a clarear por el este y el monstruo comenzó a sentir un extraño cansancio en los brazos. La lucha había comenzado a la hora de la segunda vigilia y se prolongó hasta el amanecer. En ese momento el monstruo no pudo aguantar más y huyó a toda prisa. Volvió a transformarse en un viento huracanado, que penetró en la caverna, de donde se negó a salir. El Peregrino le persiguió hasta la misma puerta, encima de la cual podía verse una inscripción que decía: "Caverna de los Senderos de Nubes".

Para entonces se había hecho ya de día y, comprendiendo que el monstruo no iba a salir, el Peregrino se dijo:

- Lo más seguro es que mi maestro me esté esperando y no sepa qué ha sido de mí. Lo mejor es que vuelva cuanto antes a informarle. Ya tendré tiempo después de atrapar al monstruo.

Se montó en la nube y no tardó en llegar a la aldea del señor Gao Tripitaka no había dormido en toda la noche, charlando amigablemente con los amigos y deudos de su anfitrión. Estaba, de todas formas, preguntándose qué habría sido de su discípulo, cuando apareció el Peregrino, arreglándose las ropas y guardando la barra en la oreja.

- Ahora mismo acabo de llegar, maestro - dijo, a manera de saludo.

- Gracias por las molestias que os habéis tomado con nuestra familia - exclamaron los allí reunidos, inclinándose respetuosamente.

- Suponemos que, después de haber pasado toda la noche fuera, habrás capturado al monstruo - dijo Tripitaka -. ¿Se puede saber dónde le has metido?

- Ese monstruo - explicó el Peregrino - no es un demonio de este mundo ni una bestia de las montañas, sino la encarnación del Mariscal de los Juncales Celestes. A la hora de reencarnarse, siguió un camino equivocado y adoptó la forma de un cerdo. Pero no por eso ha desaparecido todo su poderío de ser espiritual. Si obedece al nombre de Chu Kang-Lier, es por la apariencia que ahora tiene, no porque sea una especie de puerco salvaje. Cuando me lancé sobre él con la barra de hierro, trató de escapar convirtiéndose en un viento huracanado, pero descargué sobre él toda mi furia y se transformó en unas lenguas de fuego, que buscaron refugio en la caverna de la que es originario. Allí se hizo con un tridente de nueve puntas y guerreó conmigo durante toda la noche. Al amanecer, empezaron a fallarle las fuerzas y huyó al interior de la cueva, de donde rehusó volver a salir. Quise derribar la puerta y acabar con él, pero pensé que podíais estar preocupado por mi tardanza y opté por venir a daros cuenta de lo ocurrido -

- Venerable monje - dijo el señor. Gao arrodillándose ante él -, me temo que no me queda más remedio que suplicaros que terminéis vuestra labor. Aunque le habéis alejado de aquí, lo más seguro es que regrese en cuanto os hayáis marchado. ¿Qué podremos hacer entonces contra él? Apresadlo y, así, terminarán para siempre nuestros problemas. Os aseguro que sabré recompensar con largueza vuestros esfuerzos. Todo el mundo sabe que soy una persona generosa. Estoy dispuesto a redactar ahora mismo, delante de todos estos parientes y amigos, un documento comprometiéndome formalmente a dividir con vos todas mis posesiones. Lo único que deseo es arrancar el mal de raíz, para que no vuelva a ser empañado jamás el buen nombre de la familia Gao.

- ¿No te parece que eres demasiado exigente? - replicó el Peregrino, sonriendo -. El monstruo me contó que, aunque su apetito es, ciertamente, enorme y ha consumido grandes cantidades de comida, ha hecho mucho por tu familia. Tanto que el progreso que has experimentado durante estos últimos años es, en realidad, obra suya. Vamos, que no todo lo que come es de balde. No comprendo por qué quieres deshacerte de él.

Según su propio testimonio, se trata de un dios, que lo único que ha hecho desde su llegada a la tierra ha sido aumentar las riquezas de tu familia. Es más, a tu hija no le ha hecho el menor daño y te aseguro que hay muy pocos yernos como él. ¿A qué tiene toda esa cháchara de que ha estropeado el buen nombre de los tuyos y de toda la comunidad en la que vives? Opino que deberías aceptarle tal cual es y asunto concluido.

- Aunque este asunto no va, es verdad, en contra de las normas morales aceptadas por doquier - reconoció el anciano señor Gao -, sus repercusiones sobre nuestro buen nombre han sido desastrosas. Nos guste o no, la gente suele decir: "Los Gao han aceptado a un monstruo como yerno". Son esos comentarios los que, poco a poco, van minando nuestra seguridad. ¿No lo comprendéis?

- Wu-Kung, si te has tomado hasta ahora tantas molestias con este nombre - dijo Tripitaka, compadecido del anciano -, lo normal es que no dejes tu trabajo a medio hacer. ¿No te parece?

Estoy totalmente de acuerdo con vos - respondió el Peregrino. Sólo le estaba probando un poco. Ya sabéis cuánto me gusta divertirme. Ahora mismo voy a ir a apresar a esa bestia y tened la seguridad de que la traeré ante vosotros, cueste lo que cueste. No te preocupes, señor Gao. Cuida de mi maestro, mientras esté fuera.

No había acabado de decirlo, cuando desapareció de la vista de todos los presentes. Tras rodear la montaña, se llegó hasta la puerta de caverna. La hizo añicos de un golpe y gritó:

- ¿Se puede saber en dónde te has metido, gordinflón? Sal de tu escondite y enfréntate a mí.

El monstruo estaba tumbado en la caverna, jadeando como una parturienta, tratando de recobrar el aliento. Pero, al oírse llamar gordinflón y ver que su hogar era allanado de aquella forma, sacó fuerza de la flaqueza y, echando mano del tridente, salió corriendo, sin dejar de gritar:

- ¡No hay quien aguante a los "pi-ma-wen" como tú! ¿Se puede saber qué es lo que te he hecho yo para que hayas destrozado, así, las puertas de mi hogar? Quien hace una cosa semejante es culpable de invadir la propiedad privada y debe ser castigado con la muerte.

- ¡Qué estúpido eres! - le regañó el Peregrino, riendo -. Es posible que haya echado abajo la puerta, pero lo he hecho en defensa de la justicia. Tomaste a la fuerza a una mujer por esposa, renunciando a las casamenteras, a los testigos, a los regalos y al licor. Tú eres el único merecedor de la pena de muerte.

- ¡Basta de palabrería! - rugió el monstruo -. Ha llegado el momento de probar el sabor de mi tridente.

- ¿No es ése el tridente que usabas para plantar verduras y arar los campos de la familia Gao? - preguntó, guasón, el Peregrino, deteniendo el golpe con su barra -. ¿Cómo piensas que voy a tenerte miedo?

- Estás muy equivocado - le corrigió el monstruo -. Este tridente está por encima de este mundo. Si no me crees, escucha lo que voy a decirte: está hecho de un acero finísimo y ha sido bruñido con tal maestría que emite luz propia. El mismo Lao-Tse lo templó con un mazo enorme, mientras Marte avivaba el fuego de la fragua. Los Cinco Reyes de los Puntos Cardinales imprimieron en él su poder, siguiendo el ejemplo de los Seis Dioses de la Oscuridad y los Seis Dioses de la Luz. Fueron ellos los que diseñaron sus nueve puntas, afiladas y perfectas como dientes de jade, y lo adornaron con estas bandas de oro, en las que aparecen incrustadas cinco estrellas. Su longitud y todas sus otras medidas guardan proporción con el yin y el yang, el sol y la luna, y el interminable fluir de las estaciones. Los Seis Diagramas y las Estrellas de los Ocho Trigramas ¹¹, celosos guardianes de las normas celestes, le otorgaron el nombre de Tridente de Oro del Tesoro

Imperial y se lo regalaron al Emperador de Jade. Posteriormente, cuando me convertí en inmortal y fui nombrado Mariscal de sus juncales Celestes, me fue confiada tan valiosa arma como prueba de favor real. Si se la mantiene en posición vertical, emite llamas y luz; si, por el contrario, se la deja tumbada, levanta huracanes contra los que nada puede el afán del hombre. La temen los guerreros celestes y los Diez Reyes del Abismo se acobardan ante ella. ¿Existen, entre los hombres otras armas como ella? No puede encontrarse como el suyo en toda la amplitud de este mundo. Por si esto fuera poco, cambia de forma a voluntad, alargándose o encogiéndose según yo se lo ordene. Durante muchos años la he tenido junto a mí, como si fuera un amigo íntimo del que es imposible separarse. A mi lado ha estado mientras comía y no me he apartado de ella ni siquiera para dormir. Me acompañó al Festival de los Melocotones y a las audiencias imperiales. Ahora que el Cielo me ha enviado a este mundo de sombra y polvo como castigo a mi mal obrar, se ha convertido en una compañera inseparable. Sin ella no hubiera podido entregarme a una vida de desenfreno total, porque no sé si sabrás que en esta cueva he devorado a infinidad de hombres. Por eso precisamente decidí casarme con la hija del señor Gao y llevar una vida honrada. Sin embargo, ni siquiera entonces pude separarme de mi tridente. Es tan poderoso que los dragones y tortugas marinos se encuentran indefensos ante él y los tigres y lobos se ponen a temblar en su presencia. Todas las otras armas son como un grano de arena ante una jarra de oro. Jamás ha perdido, de hecho, una sola batalla. Aunque tu cabeza sea de bronce, tus sesos de hierro, y de acero todo tu cuerpo, mi tridente reducirá tu espíritu a agua y tendrás más goteras que una casa en ruinas.

- ¿A qué viene tanto hablar? - exclamó el Peregrino, poniendo a un lado la barra de hierro -. Ahora mismo voy a agachar un poco la cabeza, a ver si es verdad que tu tridente es capaz de reducir a agua mi espíritu. Me figuro que con un golpe bastará, ¿no? El monstruo levantó el tridente cuanto pudo y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza de su adversario. Se oyó un ruido tremendo y salió disparado hacia atrás entre un auténtico mar de chispas. ¡El Peregrino no sufrió, sin embargo, el menor rasguño! El Monstruo se sintió tan sorprendido que le abandonaron las fuerzas y a punto estuvo de caerse al suelo. En su desconcierto, sólo era capaz de farfullar:

- ¡Qué cabeza! ¡Santo cielo, qué cráneo!

- ¿Así que no sabías que soy indestructible, eh? - replicó, triunfante, el Peregrino -. Tras sumir al Cielo en un caos total y haber robado las píldoras mágicas, los melocotones inmortales y el vino imperial, fui atrapado por el Sabio Er-Lang y conducido al Palacio de la Estrella Polar. Allí trataron de descuartizarme con un hacha, apalearme con mil vergajos, partirme en dos con una cimitarra, atravesarme con una espada, quemarme a fuego lento y someterme a la acción del rayo, pero todo resultó inútil. Nadie logró hacerme el menor daño. Lao-Tse decidió entonces llevarme a su palacio y meterme en el Brasero de los Ocho Trigramas, donde fui refinado por un fuego divino hasta que adquirí unos ojos fulgurantes, unas pupilas de diamante, una cabeza de bronce y unos brazos de hierro. Si no quieres creerme, puedes darme unos cuantos golpes más, para que te convenzas.

- No, no. Si convencido estoy - reconoció el monstruo -. Por cierto, recuerdo que en la época de tu rebelión contra el Cielo, morabas en la Cortina de Agua de la Montaña de las Flores y Frutos, que, según tengo entendido, se halla en el país de Ao-Lai del Continente de Purvavideha. Se habló mucho de ti y después sobrevino un largo silencio. ¿Cómo es que, de pronto, te da por aparecer por aquí, empeñado en arrestarme a toda costa? ¿No me irás a decir que has hecho un viaje tan largo sólo porque mi suegro te lo pidió?

- ¡Por supuesto que no! - respondió el Peregrino -. Tu suegro ni siquiera sabía que

existía. Todo comenzó con mi abandono del taoísmo y mi posterior conversión al budismo. Eso me llevó a aceptar como maestro a un hermano del Emperador de los Tang, llamado Tripitaka. A él debo precisamente que me encuentre hoy aquí, ya que nos dirigimos hacia el Paraíso Occidental en busca de las escrituras de Buda. Al pasar por el pueblo en el que vive tu suegro, decidimos pedir alojamiento y el señor Gao sacó a relucir la triste historia de su hija, suplicándonos que la liberáramos de tus garras y te arrestáramos sin demora.

- ¿Dónde está ese Peregrino del que hablas? - preguntó vivamente interesado el monstruo, arrojando a un lado el tridente - ¡Llévame inmediatamente ante él, te lo suplico.

- ¿Para qué quieres verle? - preguntó el Peregrino.

- También yo soy un converso - explicó el monstruo -. La Bodhisattva Kwang Shr-Ing me recomendó que siguiera una dieta vegetariana y me ordenó que esperara aquí a un hombre que habría de pasar en busca de las escrituras sagradas. Me aconsejó, al mismo tiempo, que, si quería que me fueran perdonadas mis culpas y, así, alcanzar los frutos de la Verdad, debía convertirme en discípulo suyo y seguirle hasta el Paraíso Occidental. ¡Yo qué sé la de años que llevo esperándole! También tú podías haber dicho que ibas en busca de los escritos de Buda, en vez de lanzarte como un loco contra mí. ¿A qué viene tanta violencia en un servidor de la Verdad?

- No trates de engañarme, pensando que, de esa forma, puedes escapar - le aconsejó el Peregrino -. Si, como dices, estás decidido a acompañar en su viaje al monje Tang, vuélvete hacia el Cielo y jura que es verdad cuanto afirmas. Si lo haces, te llevaré inmediatamente ante mi maestro.

El monstruo se arrodilló al instante y, golpeando el suelo con la cabeza, como si estuviera machacando arroz, dijo, solemne:

- ¡Pongo por testigo a Amitabha, Namó Buda! Si no es verdad lo que digo, que sea castigado como quien se ha levantado contra el Cielo y mi cuerpo sea reducido a cachitos diminutos.

- Está bien - concluyó el Peregrino, al oír el juramento -. Haz una hoguera y reduce todo esto a cenizas. En cuanto hayas acabado, te llevaré conmigo.

El monstruo trajo unos cuantos manojos de zarzas y les prendió fuego. Al poco rato la Caverna de los Senderos de Nubes parecía el horno abandonado de un alfarero.

- Ya no hay nada que me ate aquí - dijo después al Peregrino -. Estoy dispuesto a seguirte adondequiera que desees llevarme. - Dame el tridente - ordenó el Peregrino.

El monstruo así lo hizo. Wu-Kung se arrancó entonces un pelo y gritó:

- ¡Transfórmate! - y al instante se convirtió en una soga de cáñamo de tres cordones, con la que se dispuso a atar las manos del monstruo.

La bestia no opuso la menor resistencia. El Peregrino le agarró entonces de la oreja y tiró de él, diciendo:

- Vamos, deprisa. Ya hemos perdido bastante tiempo.

- ¿No podías tener un poco más de cuidado? - le sugirió el monstruo -. Me estás haciendo un daño horroroso en la oreja.

- Lo siento, pero me es imposible - replicó el Peregrino -. Como muy bien afirma el dicho, "cuanto mejor es el cerdo, con más cuidado hay que atarle". Te soltaré en cuanto te hayas entrevistado con mi maestro y te haya encontrado digno de servirle.

Se elevaron a una distancia media entre las nubes y el cielo y se dirigieron directamente a la aldea de la familia Gao. De todo ello poseemos el testimonio de un poema, que afirma 12:

De la misma forma que el metal es más fuerte que la madera, el Mono domina con facilidad al Dragón. Sin embargo, cuando su odio se trueque en amor, la virtud y la bondad crecerán como

un árbol y llegarán hasta el último rincón del cosmos. Entre un anfitrión y su huésped 13 no debe levantarse el menor muro. No hay mi misterio mayor que el de las tres mezclas y sus correspondientes uniones 14. La naturaleza y los sentimientos quedan fundidos, mientras surge del Oeste la luz que ha de iluminar cuanto existe.

El Peregrino y el monstruo no tardaron en llegar a la aldea. Sin soltarle de la oreja, Wu-Kung dijo a su prisionero:

- ¿Ves a aquel que está allí sentado con la espalda erecta y las manos recogidas? Pues ése es mi maestro.

El señor Gao y sus parientes corrieron al patio a darle la bienvenida. No cabían en sí de gozo, pues jamás habían soñado con poder ver al monstruo con las manos atadas a la espalda y conducido ante ellos de tan grotesca manera.

- Ése es mi yerno - explicó el señor Gao a Tripitaka.

El monstruo no le prestó la menor atención. Se llegó hasta el monje Tang y, cayendo de hinojos, empezó a golpear el suelo con la frente, al tiempo que le suplicaba:

- Perdonadme, maestro, por no haber venido antes a daros la bienvenida. Si hubiera sabido que os hospedabais en casa de mi suegro, habría corrido a presentaros mis respetos, en vez de ocasionaros tantas molestias. Disculpad mi atrevimiento.

- ¿Cómo te las has arreglado para traerle hasta aquí? - pregunto Tripitaka a Wu-Kung.

Por toda respuesta, el Peregrino soltó al monstruo y, empujándole con el mango del tridente, le gritó:

- ¡Cuidado que eres tonto! ¿Es que no piensas decir nada?

El monstruo relató entonces sus muchas penalidades y cómo la Bodhisattva le había ganado para la causa budista. Conmovido, se volvió hacia el señor Gao y le preguntó:

- ¿Podéis prestarme una mesa y un poco de incienso?

El señor Gao accedió de inmediato y Tripitaka lo fue echando lentamente en el pebetero, después de purificarse las manos.

- Gracias, Bodhisattva, por la incomparable misericordia que mostráis hacia nosotros - suspiró, inclinándose respetuosamente hacia el sur.

Cuantos se hallaban a su alrededor se unieron a su oración y ofrendaron un poco más de incienso. Una vez concluida la acción de gracias, Tripitaka volvió a sentarse en el salón principal de la casa y pidió a Wu-Kung que desatara al monstruo. Con una leve sacudida del cuerpo Wu-Kung recuperó el pelo que se había transformado en una soga, y las manos del monstruo quedaron totalmente libres. Lejos de huir, la bestia se inclinó ante Tripitaka y le manifestó su deseo de acompañarle en su viaje hacia el Oeste. Se volvió a continuación hacia el Peregrino y le llamó "hermano mayor", dando así a entender que los dos tenían el mismo maestro.

- Puesto que estás dispuesto a seguirme y es mi voluntad aceptarte como discípulo - concluyó Tripitaka -, lo más adecuado es que te conceda un nombre religioso con el que poder dirigirme a ti.

- Al ponerme las manos sobre la cabeza y hacerme entrega de los mandamientos 15 - informó el monstruo -, la Bodhisattva me otorgó el nombre de Chu Wu-Neng.

- ¡Eso es maravilloso! - exclamó Tripitaka, sonriendo -. En verdad, parecemos formar una familia. Tu hermano se llama Wu-Kung y tú, Wu-Neng. ¿No es, francamente, fantástico?

- Desde el momento mismo de recibir los mandamientos de manos de la Bodhisattva - continuó diciendo Wu-Neng - no he probado ni uno solo de los cinco alimentos prohibidos o de las tres viandas impuras. En todo momento he seguido una dieta vegetariana, como bien podrá atestiguar mi suegro, aquí presente. Ahora que, por fin, os he encontrado, ¿no podríais dispensarme de comer exclusivamente verduras?

- ¡De ninguna de las maneras! - contestó Tripitaka con decisión -. Puesto que no has

probado los cinco alimentos prohibidos ni las tres viandas impuras, te pondré el nombre de Ba-Chie.

- Puesto que ésa es vuestra voluntad - dijo, encantado, el Idiota -, la aceptaré de buena gana - y a partir de aquel momento empezó a ser conocido como Chu Ba-Chie.

Al ver lo bien que terminaba el asunto que tanto le había preocupado, el señor Gao no cabía en sí de contento y ordenó a sus criados que prepararan un banquete para el monje Tang y sus respetables acompañantes. Ba-Chie le agarró de la manga y dijo:

- ¿Por qué no pides a mi mujer que salga a saludar a estos parientes?

- ¡Mi querido hermano! - exclamó el Peregrino, soltando la carcajada -. ¿Estás bien de la cabeza? Ahora no puedes seguir hablando de tu mujer, como si no hubieras abrazado la fe budista o no te hubieras hecho monje. Es posible encontrar a muchos taoístas casados, pero ¿cuándo has oído tú hablar de un bonzo con esposa? Así que siéntate y come lo que puedas de esta cena vegetariana. Mañana tenemos que levantarnos muy pronto para proseguir nuestro viaje hacia el Oeste.

El señor Gao colocó las mesas lo mejor que pudo y pidió a Tripitaka que ocupara el sitio de honor. El Peregrino y Ba-Chie se sentaron a su lado, mientras que el resto de los parientes y amigos lo hicieron donde pudieron. El señor Gao cogió entonces una botella de vino vegetariano, llenó un vaso y lo fue dejando caer lentamente sobre la tierra, como si se tratara de una libación. Volvió a llenarlo después y se lo ofreció a Tripitaka, que lo rechazó, diciendo:

- Aunque no lo creáis, he sido vegetariano toda mi vida y jamás he tocado ninguna vianda prohibida.

- Bien sé que sois totalmente casto y puro - replicó, avergonzado, el señor Gao -. Por eso, nunca me hubiera atrevido a ofreceros manjares contaminados. Este vino ha sido hecho, pensando precisamente en quienes siguen una dieta vegetariana. Os aseguro que no os hará el menor daño tomar un pequeño vasito.

- De todas formas, no me atrevo a probarlo - recalcó Tripitaka - El primer mandamiento que un monje debe cumplir es precisamente el de no tomar bebidas alcohólicas.

- ¿Qué decís? - exclamó, alarmado, Wu-Neng -. Aunque he seguido fielmente una dieta vegetariana, no he renunciado del todo al vino.

- Yo tampoco he renunciado a él - confesó Wu-Kung.

- En ese caso - concluyó Tripitaka, condescendiente -, podéis tomar un poco de ese vino. Lo único que os pido es que no os emborrachéis ni molestéis a nadie.

Antes de sentarse a comer, los dos dieron cumplida cuenta de tan refinado licor. Cuando tanto el maestro como los discípulos hubieron saciado su hambre, el señor Gao sacó una bandeja de laca roja con más de doscientas onzas de oro y plata, que ofreció a los tres religiosos como ayuda para los gastos del viaje. No contento con eso, les regalo tres abrigos de la mejor seda, que Tripitaka rechazó, diciendo:

- Como mendicantes que somos, vamos de pueblo en pueblo mendigando nuestro sustento. ¿Cómo podemos aceptar ahora todo este oro y esta plata?

El Peregrino, por su parte, cogió un puñado de dinero y dijo, entregándoselo a Gao Tse-Ai:

- Ayer te tomaste la molestia de traer aquí a mi maestro. Si no lo hubieras hecho, ahora no tendríamos a un nuevo discípulo con nosotros. Estamos, por lo tanto, en deuda contigo. Acepta esto en señal de gratitud. No es mucho, pero te alcanzará para comprar unas sandalias de esparto. Y, ya sabes, si encuentras por ahí a algún monstruo más, mándamele y te lo agradeceré de todo corazón.

Agradecido, Gao Tse-Ai cogió el dinero y se arrodilló ante el Peregrino.

- Si no queréis aceptar todo este oro, quedaos, al menos, con los abrigos - les suplicó el señor Gao -. Mirándolo bien, no son más que humildes muestras de buena voluntad.

- Si aceptamos un solo hilo de seda los que hemos renunciado a la familia - explicó Tripitaka -, podemos sufrir un castigo de más de diez mil kalpas. Si no os importa, nos quedamos con las sobras de la cena. Nos servirán de provisión para el camino.

- Comprendo que vosotros dos no queráis nada de esto - dijo Ba-Chie, dirigiéndose a su maestro y a su nuevo hermano -, pero yo he pertenecido a esta familia durante muchos años y puedo aseguraros que el pago por cuanto he hecho por ella supera con mucho las tres fanegas de arroz - se volvió a continuación al señor Gao y añadió -: Ayer por la noche mi hermano me hizo añicos la túnica y necesitareé otra nueva. Además, mis zapatos están ya muy gastados y me gustaría que me regalaras un par nuevo.

El señor Gao no se atrevió a negárselo y al punto envió a uno de los criados a comprarlo. Ba-Chie se inclinó ante él y le pidió en un tono extrañamente servil:

- Presentad mis respetos a mi suegra, a mi tía abuela, a mi tía segunda, a su respetable marido y a todos los demás parientes. No es culpa mía si no puedo despedirme personalmente de ellos. Bien sabéis que los monjes estamos sujetos a una disciplina muy férrea y que no podemos hacer todo lo que quisiéramos. Tened especial cuidado de mi otra mitad. Si fracasa nuestro empeño por obtener las escrituras, pienso volver a abrazar la vida seglar y, así, continuaré siendo vuestro yerno.

- ¡Cuidado que dices tonterías! - le regañó el Peregrino.

- No es ninguna tontería - se defendió Ba-Chie -. A veces tengo la corazonada de que todo va a salir mal. Si eso ocurre de verdad, no seré ni monje ni casado y habré perdido todas las ventajas que ambas vidas ofrecen.

- Menos hablar y más obrar - les urgió Tripitaka -. Debemos darnos prisa y continuar nuestro viaje cuanto antes.

Prosiguieron su camino, una vez que hubieron terminado de preparar el equipaje. Ba-Chie cargó con él, mientras Tripitaka montaba en el caballo y el Peregrino abría la marcha con la barra de hierro cruzada sobre los hombros. De su deambular hacia el Oeste trata un poema, que dice:

La tierra aparecía envuelta en un sudario de niebla, que tornaba los árboles más altos y amenazantes de lo que en realidad eran. El hijo de Buda de la corte de los Tang no conocía el descanso. Su alimento consistía en el poco arroz que podían darle las almas caritativas con las que se cruzaban. Sus vestidos, remendados una y otra vez, apenas podían protegerle del frío. Pero su determinación era fuerte y se asía al cuello del caballo de la voluntad. ¿Quién va a llorar por su suerte, llevando consigo al astuto mono de la inteligencia? No existe distinción entre la naturaleza y los sentimientos. Sólo aquel que experimenta una mutación interior es capaz de alcanzar la inmortalidad.

Durante un mes aproximadamente el viaje se realizó sin ningún incidente. Al pasar por la frontera del Tíbet, levantaron la vista y vieron una montaña muy alta. Tripitaka tiró de las riendas y preguntó a sus discípulos:

- ¿Habéis visto esa montaña que hay ahí delante? Debemos caminar con cuidado, si no queremos sufrir una desgracia.

- Ésa es la Montaña de la Pagoda ¹⁶ - informó Ba-Chie - y es tan segura como la calle de una ciudad grande. En ella habita un maestro del Zen, dedicado por completo a la ascesis. Yo le he visto un par de veces o tres.

- ¿Conoces sus logros? - preguntó Tripitaka.

- Lleva recorrida una gran parte del camino del Tao - contestó Ba-Chie. En cierta ocasión me invitó a practicar severas penitencias con él, pero yo no acepté y ahí quedó todo.

Charlando de esta forma, no tardaron en llegar a la montaña. La vista que ofrecía era, en verdad, espléndida. En su parte sur crecían pinos azulados y enebros tan verdes como el jade, mientras que la elegancia de los sauces y el rojo carmesí de los melocotoneros

mostraban toda su pujanza en la del norte. El aire estaba cargado de una tormenta de susurros, como si todas las aves que habitaban aquellos bosques se hubieran puesto a cantar al mismo tiempo. A media altura las garzas inmortales creaban la danza de su delicado vuelo, contrapunto en movimiento de los miles de flores de especies distintas que tapizaban el suelo. Su variedad competía con la de las plantas exóticas que se miraban en el espejo de un arroyo de aguas verdosas. Las nubes parecían pétalos grisáceos que se iban posando poco a poco en la cumbre de la montaña. Aquél era, en verdad, un lugar único por su belleza, un santuario de silencio en el que no se veía la menor huella del hombre.

Sin bajarse del caballo, Tripitaka oteó la distancia y vio una especie de nido, hecho de ramas y hierbas, en lo alto de un espléndido enebro. A su izquierda se veía una manada de ciervos portando flores en la boca, mientras podía contemplarse a su derecha una familia de monos cargados de frutos. Por encima del árbol revoloteaba una legión de fénix de un atractivo color azul-rosado, cuyos armoniosos cantos se mezclaban con el de una bandada de grullas negras y faisanes de plumajes brillantes.

- Aquél es el maestro Zen del Nido del Cuervo - dijo Ba-Chie, señalando el enebro.

Tripitaka espoleó el caballo y no tardó en llegar junto al árbol. Al verles acercarse, el maestro Zen dejó el nido y saltó a tierra. Tripitaka se bajó de la cabalgadura y se postró ante él, pero el maestro Zen le hizo levantar en seguida, diciendo:

Poneos en pie, por favor. Soy yo el que debiera postrarme ante vos. Perdonadme por no haber acudido antes a daros la bienvenida.

Recibid mi más respetuoso saludo, maestro - dijo Ba-Chie.

- ¿No eres tú Chu Kang-Lier de la montaña de Fu-Ling? - preguntó sorprendido, el maestro Zen -. ¿Cómo te las has arreglado para llegar hasta aquí con un monje tan santo como el que te acompaña?

- Hace cierto tiempo - contestó Ba-Chie - la Bodhisattva Kwang-Ing me arrancó la promesa de que un día seguiría como discípulo a este religioso tan venerable.

- ¡Espléndido! - exclamó el maestro Zen, visiblemente complacido -. ¿Y ése quién es? - volvió a preguntar, señalando al Peregrino.

- ¿Cómo es posible que le reconozcáis a él y a mí no? - se quejó el Peregrino, sonriendo.

- Muy sencillo - explicó el maestro Zen -. Porgue no he tenido todavía el placer de saludarte.

- Éste - informó Tripitaka - es mi discípulo Sun Wu-Kung.

- ¡Por supuesto! - exclamó, una vez más, el maestro Zen -. ¿Cómo he podido olvidarme de él?

Tripitaka se inclinó de nuevo y preguntó qué distancia había hasta el Gran Templo del Trueno, en el Paraíso Occidental.

- Mucha, ¡muchísima! - respondió el maestro Zen -. Lo peor, de todas formas, es que el camino es muy peligroso y está lleno de leopardos y tigres.

- Todo eso está muy bien. Pero ¿a qué distancia exacta se encuentra? - insistió Tripitaka.

- Está muy lejos de aquí - repitió el maestro Zen -. Pero no os preocupéis por eso, porque, tarde o temprano, llegaréis a él. Lo peor, no obstante, es que son muy difíciles de superar los obstáculos que los maras ¹⁷ os irán poniendo a lo largo del camino. Tened, sin embargo, la seguridad de que no podrán nada contra vos. Precisamente tengo aquí el Sutra del Corazón, un escrito que, como supongo sabéis, contiene cincuenta y cuatro renglones y un total de doscientos setenta caracteres. Cuando os topéis con las dificultades que, sin duda alguna, os enviarán los maras, recitadlo con devoción y no sufriréis el menor daño.

Tripitaka se echó rostro en tierra con el fin de recibir con el debido respeto tesoro tanpreciado. El maestro Zen se lo transmitió de viva voz en aquel mismo momento, diciendo:

"Sutra del Corazón de la Suprema Perfección de la Sabiduría": Cuando la Bodhisattva Kwang Tse-Tsai estaba a punto de alcanzar el grado máximo de iluminación, comprendió que los cinco conglomerados constituían, en realidad, un vacío total, y en ese mismo momento se colocó por encima de todo sufrimiento. La forma es idéntica al vacío y el vacío no difiere de la forma. Otro tanto puede decirse de sensaciones, la volición, las percepciones y la consciencia. Los dharmas son, pues apariencias huecas, incapaces de ser creados o destruidos, de aumentar de tamaño o, simplemente, perderlo. Es por esto por lo que en el vacío no existen las formas, ni la volición, ni las sensaciones, ni la consciencia, ni las percepciones, ni el ojo, ni el oído, ni la nariz, ni la lengua, ni el cuerpo, ni la mente. Las formas son pura apariencia, lo mismo que el oído, el olfato, el gusto, el tacto o cualquier creación de la mente. No existe auténtico reino de la vista, etc., hasta que no se logra privar a la mente de su propia consciencia. La ignorancia y su contrario son inexistentes, lo mismo que la vejez, la juventud, el nacimiento, la muerte, el sufrimiento, el gozo, el no existir y el estar presente en el mundo. Puesto que es inútil conseguir logro alguno, la mente de la Bodhisattva no posee, por obra y gracia de la Suprema Perfección de la Sabiduría, ningún límite. De esta forma, ha expulsado para siempre de su espíritu el temor, el error se ha desvanecido y ha alcanzado, finalmente, el nirvana. Todos los Budas de las tres edades 18 han seguido los pasos de la Sabiduría y, así, han alcanzado la suprema iluminación. La Sabiduría es de origen divino - no lo olvides -, nada hay superior a ella, ni nada la iguala. Su poder es tan absoluto que pone fin a los sufrimientos y a la muerte. No hay verdad más inmarcesible que ésta. Cuando quieras recitar, por tanto, el Conjuro de la Suprema Perfección de la Sabiduría, límitate a decir: "¡Más, más, más allá! ¡Transpórtate al más allá! ¡Oh, qué dichoso despertar!".

Puesto que el monje Tang poseía una preparación espiritual muy especial, con sólo oír una vez el Sutra del Corazón se le quedó para siempre grabado en la memoria. A él le debemos que haya llegado hasta nuestros días este clásico de la práctica de la verdad, el camino que conduce a la transformación en budas.

Tras hacer entrega del sutra, el maestro Zen montó en una nube muy luminosa y se dispuso a volver a su Nido del Cuervo. Pero Tripitaka le agarró de la túnica y le preguntó con cierta ansiedad sobre el largo trayecto que conducía al Oeste. El maestro Zen sonrió y dijo:

- El camino no es muy difícil, pero presta atención a lo que voy a decirte. Entre este lugar y el final de tu viaje hay no menos de diez mil montañas y otros tantos cursos de agua muy difíciles de vadear. A ello hay que añadir los duendes y trasgos. Pero no te preocupes. Cuando llegues a esos enormes riscos que parecen tocar el cielo, deja el temor a un lado y no pienses en lo que pueda pasarte. Para cruzar el Precipicio de la Oreja Frotada, deberás caminar de lado y con mucho cuidado. Procura tomar todas las precauciones que puedas en el Bosque de los Pinos Negros, porque tratará de cerrarte el paso una legión de espíritus de zorro. No debes olvidar que las ciudades que cruces estarán llenas de grifos, y las montañas, de monstruos. En ellas los tigres viejos actúan de magistrados, y los lobos ya canosos, de funcionarios. Los leones y los elefantes son allí reyes, a quienes tigres y leopardos sirven como cocheros. Cuando veas a un jabalí cargado con una pértiga, prepárate, porque no tardarás en encontrarte con una espléndida cortina de agua. Allí habita un anciano mono de piedra que, desgraciadamente, posee un carácter muy irascible. Te conviene, no obstante, hacerte amigo de él, porque conoce muy bien el camino que conduce hacia el Oeste.

- Prosigamos nuestro viaje cuanto antes - dijo el Peregrino, sonriendo con cierto desdén -. ¿Para qué seguir molestando a este hombre? Si queréis saber algo, preguntádmelo a mí.

Tripitaka no captó el sentido exacto de sus palabras. En aquel mismo momento el maestro Zen se convirtió en un rayo de luz que fue a parar al centro mismo del nido de

cuervo. El monje se inclinó a toda prisa hacia él en señal de gratitud. Furioso por la poca consideración que había mostrado hacia su maestro, el Peregrino cogió la barra de hierro y la lanzó con fuerza hacia lo alto. Pero, aunque aquella arma era capaz de allanar montañas y secar mares y ríos, no pudo tocar ni una brizna siquiera del nido de cuervo. Infinidad de guirnaldas de loto se fundieron con la luminosidad de las nubes, formando un escudo que nada podía atravesar. Al ver lo ocurrido, Tripitaka regañó al Peregrino, diciendo:

- ¿Se puede saber por qué quieres derribar el nido de un bodhisattva tan venerable como éste?

- Porque se ha marchado sin despedirse de nadie - contestó el Peregrino.

- ¿Cómo puede prestar atención a esas cosas quien vive de la virtud y estaba tratando de enseñarnos el camino que conduce al Paraíso Occidental?

- No os empeñéis en disculpar sus malos modales, por favor - le suplicó el Peregrino -. ¿Es que no os habéis dado cuenta? Al referirse a "un jabalí arrastrando una pértiga", estaba insultando, en realidad, a Ba-Chie, y, al hablar de "un anciano mono de piedra", se estaba burlando abiertamente de mí. ¿Cómo es posible que no lo hayáis comprendido?

Es mejor que no te enfades con el maestro Zen - le aconsejó Ba-Chie. Para ese hombre no encierran ningún misterio ni el pasado ni el porvenir. Vamos a ver si es verdad que un poco más adelante hay una cortina de agua. Déjale en paz y sigamos nuestro camino.

El Peregrino levantó la vista y vio la neblina sagrada y las flores de loto alrededor del nido. Comprendiendo que todo intento por derribarlo era inútil, ayudó a su maestro a montar en el caballo y prosiguieron el viaje hacia el Oeste, una empresa que muestra bien a las claras cuán raro es el azar en el destino del hombre y cómo gustan los monstruos y ogros de habitar en las montañas.

No sabemos lo que ocurrió a continuación. Quien desee averiguarlo tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se brindan en el capítulo siguiente.

CAPITULO XX

EL TANG SE TOPA CON LA DESGRACIA EN LA CORDILLERA DEL VIENTO AMARILLO. A LA MITAD DE LA MONTAÑA BA-CHIE SE AFANA POR SER EL PRIMERO.

El dharma nace de la mente y a la mente debe su destrucción. Es posible que te preguntes quién será capaz de destruirle o de darle el ser, pero la respuesta está en tí mismo. ¿Para qué molestar a los demás con preguntas inútiles, si tan poderoso agente es tu propia mente? Cuanto debes hacer es extraer sangre del mineral de hierro. Perfórate la nariz con una hebra de seda y átala a la nada del árbol de la pasividad. De esa forma, escaparás al vicio y al mal obrar. No consideres jamás el hurto como hijo de tus entrañas y olvídate de la mente y el dharma. Que nadie se burle de tí; golpéale tú primero. Lo que aparece como mente no lo es en realidad. Cuando el Toro 1 y el Hombre se diluyen, el cielo, verdoso como el jade, se torna luminoso y la luna de agosto alcanza su cenit. Son entonces tan iguales que nadie puede separarlos.

Tan enigmáticos versos 2 fueron compuestos por Hsüan-Tsang, maestro de la ley, en cuanto hubo dominado el Sutra del Corazón, en cuyo misterio penetró con toda la fuerza de su incomparable comprensión. Lo recitó con tanta frecuencia que un rayo de luz espiritual llegó hasta el último rincón de su ser.

Pero sigamos hablando de los tres intrépidos viajeros, que comían cara al viento, descansaban junto a los cursos de agua, se vestían de luna y se arrojaban con las estrellas. No tardó en llegar el verano y el cielo se tornó tórrido. Entristecidos, vieron

marchitarse las flores y los vuelos de las mariposas hacerse cada vez más pesados, mientras en lo alto de los árboles los cantos de las cigarras se volvían más chillones. Los gusanos se encerraban en sus capullos, las hermosas granadas se revestían de un rojo tan intenso que parecían de fuego y los estanques se llenaban de lirios nuevos. Estaba cayendo ya la tarde, cuando un vieron un caserío junto al camino.

- Wu-Kung - dijo Tripitaka, entusiasmado -, mira el sol poniéndose tras la montaña y la luna saliendo por el este. La bola de fuego se esconde y aparece la rueda de hielo. Menos mal que ahí delante hay unas cuantas casas. Vamos a pedir alojamiento. Mañana continuamos el viaje.

- No se os podía haber ocurrido una idea mejor - exclamó Ba-Chie -. Me estoy muriendo de hambre. Pidamos algo de comer en una de estas casas. Así recobraré las fuerzas y podré seguir portando el equipaje.

- ¡Eres incorregible! - le regañó el Peregrino -. Acabas de renunciar a la familia hace unos cuantos días y ya estás empezando a quejarte.

- Me temo, mi querido hermano, que yo soy como tú - se disculpó Ba-Chie -. Al menos me es imposible alimentarme de la niebla y el aire. Desde que decidí seguir a nuestro maestro, me he sentido todo el tiempo con hambre. ¿Qué quieres que haga? Yo soy así.

- Si sigues echando de menos las comodidades de la familia, no eres la persona adecuada para seguirme - sentenció Tripitaka, al oírle -. Lo mejor que puedes hacer es volverte adonde te encontré.

- Por favor, maestro - suplicó Ba-Chie, cayendo de rodillas -, no prestéis atención a lo que dice mi hermano. Es una persona a la que siempre le gusta echar la culpa a los demás. Ya veis, sin quejarme lo más mínimo, va y me acusa de hacerlo. Yo siempre digo lo que pienso y, como ahora tengo un hambre terrible, he dicho que sería buena idea llamar a una de esas puertas y pedir un poco de comida. ¿Es esa razón suficiente para afirmar que añoro la vida que acabo de dejar? La Bodhisattva me hizo entrega de los mandamientos y vos me otorgasteis vuestro perdón. Por eso, he decidido seguiros hasta el Paraíso Occidental. Os juro que no me arrepiento de ello y que estoy dispuesto a entregarme en cuerpo y alma a la práctica de la ascesis. Si me apartarais de vuestro lado, me moriría de pena.

- Si es verdad lo que dices - concluyó Tripitaka -, levántate y sigue con nosotros.

Sin dejar de murmurar, el Idiota se puso de pie de un salto y volvió a cargar con el equipaje. Tuvo que acelerar el paso para ponerse a la altura de sus compañeros, que habían llegado ya frente a una de las casas. Tripitaka bajó del caballo y el Peregrino se hizo en seguida con las riendas. Ba-Chie, por su parte, volvió a dejar el equipaje en el suelo. Por encima de sus cabezas se extendía el verde dosel de las ramas de un árbol. Tripitaka se dirigió hacia la puerta con su bastón de nueve nudos y su sombrero de paja para la lluvia. En el interior de la casa vio un anciano sentado sobre una estera de bambú que no paraba de repetir, con envidiable unción, el nombre de Buda. Tripitaka no se atrevió a levantar la voz, limitándose a decir en un leve murmullo:

- Aceptad nuestro humilde saludo.

El anciano se puso inmediatamente de pie y se arregló las ropas lo mejor que pudo. Abrió la puerta y devolvió el saludo a tan inesperados visitantes, diciendo:

- Perdonadme por no haber salido antes a daros la bienvenida. De dónde sois y cómo es que habéis venido a parar a mi modesta morada?

- Vuestro humilde servidor - contestó Tripitaka - es un monje procedente de la capital de los Tang, cuyo reino, como bien sabéis, se halla en el este. Siguiendo el deseo del emperador que lo rige, me dirijo hacia el Templo del Trueno con el fin de conseguir las escrituras de Buda. Como estaba haciéndose tarde cuando llegamos a este lugar, decidimos pedir cobijo para pasar la noche. De esta forma, mañana podremos continuar

el viaje con mayores energías.

- Estáis perdiendo el tiempo - exclamó el anciano, sacudiendo las manos y la cabeza -. Si lo que deseáis es haceros con las escrituras que decís, en vez de ir al Paraíso Occidental, cuyo acceso es extremadamente difícil, deberíais dirigiros al Oriental.

- ¡Qué raro! - se dijo Tripitaka, desconcertado -. La Bodhisattva me ordenó claramente ir hacia el Oeste. ¿Cómo es que este anciano ahora me sale con que debería haber iniciado el viaje en sentido contrario? Que yo sepa, en el Este no existen escrituras de ese tipo.

Pese a todo, cayó preso de la frustración y durante mucho tiempo se sintió incapaz de decir palabra alguna. El Peregrino no era tan considerado como él y, sin poderse contener, se acercó al anciano y le dijo:

- Es posible que tu edad sea muy avanzada, pero se ve que andas muy corto de sentido común. Hasta llegar aquí hemos recorrido un largo camino y lo que menos esperábamos es que una persona tan respetable como tú nos fuera a salir con ésas. Si no quieres alojarnos en tu casa, porque es demasiado pequeña y no hay lugar para todos, podemos pasar la noche bajo los árboles sin molestarte. ¿A qué viene eso de querer disuadirnos de nuestro empeño?

- Se nota que vos sois una persona más sensata que ese discípulo vuestro de la barbilla puntiaguda, las mejillas hundidas, los ojos rojos como la sangre y la boca de dios del trueno - dijo el anciano, dirigiéndose a Tripitaka -. Es la auténtica imagen de un demonio, pero eso no le da ningún derecho para insultar a una persona tan entrada en años como yo, ¿no os parece?

- ¿Tan entrada en años como tú? - repitió el Peregrino, soltando la carcajada -. Se ve que, aparte de otras cosas, te falta la capacidad de discernir. Los guapos sólo tienen de su parte la belleza, pero yo poseo algo que muchos ansían y muy pocos han llegado a conseguir.

- ¿Quieres decir que tus capacidades son incontables? - preguntó el anciano.

- No es que me las quiera dar de grande, pero así es - contestó el Peregrino.

- ¿Dónde vivías antes y por qué decidiste raparte y hacerte monje? - volvió a preguntar el anciano.

- Yo soy originario - explicó el Peregrino - de la Caverna de la Cortina de Agua, que se halla enclavada en la Montaña de las Flores y Frutos, en el país de Ao-Lai del Continente de Purvavideha. En mi juventud me dediqué al estudio de lo verdaderamente importante y, tras adoptar el nombre religioso de Wu-Kung, me convertí en el Gran Sabio, Sosia del Cielo. Pese a todo, en el mundo de lo alto no se me respetó como yo hubiera deseado y sumí en confusión el Palacio Celeste, cometiendo crímenes horrendos que trajeron la desgracia sobre mi cabeza. Tras sufrir un tremendo castigo, me convertí al budismo y empecé a cultivar los frutos de la Verdad. Por eso acompaño ahora a mi maestro, un hermano del Emperador de los Tang, en su viaje hacia el Paraíso Occidental con el fin de presentar sus respetos a Buda. ¿Por qué habría de tener miedo a la altura de las montañas, las añagazas del camino, la anchura de los cursos de agua o el impresionante fragor de las olas? Tengo poder para capturar monstruos, derrotar demonios, domar tigres, capturar dragones... Conozco, en suma, un poco de todo lo que una persona necesita saber para ascender a los cielos o adentrarse en el interior de la tierra. Si da la casualidad de que en tu familia se producen fenómenos tan extraños como que vuelen los ladrillos, las tejas bailen, los pucheros hablen o las puertas se abran solas, yo puedo acabar en un santiamén con todo eso.

- ¿Así que tú eres uno de esos monjes fanfarrones que van mendigando su sustento de puerta en puerta? - exclamó el anciano, soltando la carcajada, tras escuchar tan largo discurso.

- Aquí el único fanfarrón que hay es tu hijo - replicó el Peregrino - Yo, simplemente, no tengo tiempo para eso. Este viaje está resultando muy cansado y apenas me quedan ya fuerzas para hablar.

- Vamos, que si no estuvieras rendido y aún te quedaran unas pocas ganas de hablar, serías capaz de matarme con tu palabrería - se burló el anciano -. En fin, que arrestos no te faltan para llegar con bien al Oeste. ¿Cuántos sois los que habéis emprendido esa locura? Por mí no hay inconveniente en que descanséis bajo mi techo.

- Gracias por ser tan generoso con nosotros - contestó Tripitaka -. En total somos tres.

- ¿Dónde está el otro que falta, si puede saberse? - preguntó el anciano.

- Tus ojos no deben de estar muy bien que digamos - comentó el Peregrino con intención -. ¿No le ves allí, a la sombra?

El anciano poseía, en verdad, una vista muy débil. Levantó, pues, la cabeza y miró en la dirección que se le indicaba. En cuanto logró, por fin, ver el extraño rostro y la protuberante boca de Ba-Chie, cayó preso del pánico y corrió hacia el interior de la casa, tropezando a cada paso que daba.

- ¡Cerrad la puerta a toda prisa! - gritaba, excitado -. ¡Que viene un monstruo!

- No tengas miedo, hombre - le instó el Peregrino, agarrándole de la manga -. Ése no es un monstruo, sino mi hermano.

- ¡Ésta sí que es buena! - exclamó el hombre, temblando de pies a cabeza -. Si un monje es feo, el otro lo es más.

- Estás muy equivocado, si juzgas a la gente por su apariencia - dijo Ba-Chie, acercándose -. Es posible que seamos un poco feos, pero las verdades que poseemos son francamente envidiables.

Mientras el anciano hablaba con los tres monjes delante de su casa, por el extremo sur del caserío aparecieron dos hombres jóvenes al frente de una anciana y un grupo de niños. Todos llevaban las ropas arremangadas y los pies descalzos, ya que volvían de plantar. Al ver el caballo, el equipaje y la animación que había a la puerta de la casa, se llegaron hasta ella y preguntaron:

- ¿Qué hace aquí tanta gente?

Ba-Chie se dio la vuelta, sacudió las orejas un par de veces y estiró otras tantas su largo hocico. Al verle, los curiosos huyeron despavoridos en todas las direcciones, atropellándose como si acabaran de toparse con un fantasma. Preocupado, Tripitaka no dejaba de gritarles:

- No tengáis miedo. No somos monstruos, sino monjes en busca de escrituras sagradas.

El anciano salió a ayudar a la mujer, que había quedado tumbada en el suelo, y le dijo, tratando de ayudarla:

- Levántate y no tengas miedo. Éste es un monje muy virtuoso que viene de la corte de los Tang, y, aunque sus discípulos son feos en extremo, puedo asegurarte que poseen un corazón de oro. Ahora coge a los niños y mételes en la casa.

Con su ayuda la mujer recorrió los pocos metros que la separaban de la puerta, seguida de los niños y los dos jóvenes. Tripitaka se sentó entonces en la cama de bambú y empezó a regañar a sus discípulos, diciendo:

- ¡No comprendo vuestro modo de ser! Bastante tenéis con la fealdad de vuestro cuerpo, para que, encima, hagáis uso de un modo de hablar tan vulgar y desconsiderado. Habéis asustado a toda la familia y, lo que es peor, me estáis obligando a mí a pecar sin parar.

- Me extraña que afirméis eso - replicó Ba-Chie, sorprendido -. A decir verdad, desde que estoy con vos me comporto muchísimo mejor que antes. Cuando residía en la aldea del señor Gao, sólo tenía que mover una vez las orejas para que todos se sintieran muertos de miedo.

- Deja de decir tonterías - le reconvino el Peregrino -. ¿No has reparado nunca en lo feo que eres?

- ¡Mira quién fue a hablar! - exclamó Tripitaka -. La apariencia que tenemos no depende de nosotros. Se nos da a la hora de nacer,

- Todo eso está muy bien - admitió el Peregrino -. Pero éste podía hacer algo para disimular un poco su fealdad, ¿no? ¿Qué le costaría, por ejemplo, coger su morro de rastrillo y pegarlo contra el pecho todo lo que pueda? Además, debería echarse para atrás esas orejas de abanico de junco que tiene y no moverlas sin ton ni son.

Ba-Chie aceptó en seguida la sugerencia, escondiendo el morro y echando para atrás las orejas. Dobló después las manos a la altura de la cabeza y, de esta forma, la cara quedó totalmente tapada. El Peregrino se encargó de meter el equipaje y de atar el caballo en uno de los postes que había en el patio.

En aquel mismo momento el anciano ordenó a uno de los criados que trajera tres tazas de té en una bandeja de madera. En cuanto los huéspedes hubieron dado buena cuenta de ellas, se sirvió una comida vegetariana. Antes, otro de los sirvientes había sacado al patio una vieja mesa sin pintar y tres o cuatro taburetes con las patas rotas. Hacía mucho calor en el interior de la casa y se decidió que lo mejor sería cenar al aire libre. En cuanto se hubieron sentado, Tripitaka preguntó al anciano:

- ¿Cómo os apellidáis?

- Vuestro humilde servidor pertenece a la familia de los Wang - respondió el anciano.

- ¿Con cuántos herederos contáis? - volvió a inquirir Tripitaka.

- Exactamente tengo dos hijos y tres nietos - contestó el anciano.

- Os felicito - dijo Tripitaka -. ¿Y cuál es vuestra edad, si puede saberse?

- Así, como quien no quiere la cosa - respondió, una vez más, el anciano -, acabo de cumplir sesenta y un años.

- ¡Eso es fantástico! - exclamó el Peregrino -. A muy pocos les es dado iniciar un nuevo ciclo sexagenario.

- Al poco de llegar a tu puerta - dijo Tripitaka, cambiando de tema -, afirmasteis que las escrituras del Paraíso Occidental son muy difíciles de conseguir. ¿Podéis explicarnos por qué?

- No tanto las escrituras como el viaje en sí - aclaró el anciano -. El camino hasta allá está, de hecho, lleno de escollos prácticamente insalvables. A sesenta millas al oeste de aquí, sin ir más lejos, se levanta la Cordillera del Viento Amarillo, que tiene una longitud aproximada de mil seiscientos kilómetros. Lo peor, no obstante, es que está plagada de monstruos; eso es lo que yo entiendo por escollos insalvables. De todas formas, puesto que vuestros discípulos parecen tener poderes muy especiales, creo que no tendréis mucha dificultad en seguir adelante.

- Habéis dado de lleno en el clavo - exclamó el Peregrino, orgulloso -. Entre mi hermano y yo podemos dar buena cuenta de todos los monstruos que quieran importunarnos.

Mientras hablaban, uno de los hijos trajo un poco de arroz y dijo a los huéspedes:

- Comed cuanto deseéis.

Tripitaka dobló las manos y dio gracias al cielo. Antes, sin embargo, de que hubiera terminado la oración, Ba-Chie ya se había tragado un cuenco entero de arroz. Poseía un hambre tan feroz que, en un abrir y cerrar de ojos, engulló otros tres más.

- ¡Cuidado que eres tragón! - le regañó el Peregrino -. Te pareces a un preta 3.

El anciano era un hombre muy sensible y, en cuanto vio lo de prisa que comía Ba-Chie, dijo:

- Se ve que este respetable monje tiene un hambre increíble. Que traigan un poco más de arroz, por favor.

El Idiota tenía, en verdad, un enorme apetito. Sin levantar una sola vez la cabeza de la

mesa, dio buena cuenta de diez cuencos de arroz mientras Tripitaka y el Peregrino apenas habían tenido tiempo de terminar dos. Pero no por eso se dio por aludido y continuó comiendo como si tal cosa.

- Me temo que, con las prisas, no hemos podido preparaos nada realmente sabroso - se disculpó el anciano -. No me atrevo, por ello, a insistiros que comáis más. Sin embargo, tampoco me gustaría que os quedarais con hambre.

- No os preocupéis - trataron de tranquilizarle Tripitaka y el Peregrino -. Ha sido suficiente lo que nos habéis servido.

- ¿Suficiente? - protestó Ba-Chie -. Menos hablar y más hacer es lo que tú necesitas. ¿Se puede saber a qué estás jugando? ¿A qué viene eso de disculparse por algo que nunca has tenido intención de hacer? Saca un poco más de arroz, si lo tienes, y ya está.

El Idiota terminó con todo el arroz de la casa en una sola comida. Pero lo más asombroso fue que dijo que todavía no estaba lleno. Afortunadamente, nadie le hizo caso. Tras recoger la mesa, todos se retiraron a descansar. A la mañana siguiente muy temprano el Peregrino se encargó de ensillar el caballo, mientras Ba-Chie ponía en orden el equipaje. El señor Wang pidió a su esposa que les preparara algo de beber. Los tres lo tomaron con inesperada fruición y fueron a despedirse de su anfitrión, que se disculpó, diciendo:

- Perdonad que no os haya tratado como merecéis. De todas formas, sabed que, si os topáis con alguna desgracia a lo largo del camino, las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para vosotros y podéis regresar a ella cuando queráis.

- ¿Por qué quieres convertirte en ave de mal agüero? - le preguntó el Peregrino -. Nosotros no somos de los que nos volvemos atrás - y, tras cargar con el equipaje, espolearon el caballo y continuaron su periplo hacia el Oeste.

Sin embargo, como muy bien demostró su viaje, no existía seguridad alguna en los caminos que conducían al Paraíso Occidental. En ellos se agazapaban demonios horribles, que sólo pensaban en hacer el mal a quien osara transitar por allí. Apenas habían viajado medio día cuando llegaron a una montaña muy alta y escarpada. Tripitaka espoleó el caballo y se lanzó pendiente arriba. Pronto, no obstante, se detuvo y, sentándose de medio lado en la silla, miró curioso a su alrededor. La montaña era, en verdad, muy alta. Por doquier se veían riscos inaccesibles y precipicios sin fondo. A poca distancia de donde se encontraban los monjes había una gran depresión, por la que se precipitaba la arrolladora fuerza de un torrente. Las flores que crecían a sus orillas eran, no obstante, muy abundantes y llamativamente frescas. La cumbre de la montaña se perdía en lo azulado del cielo y era de suponer que el torrente que recogía todas sus aguas llegaría hasta las mismísimas puertas del infierno. La blancura de las nubes que la rodeaban contrastaba con las formas extrañas de las rocas, altísimas y sobrecogedoras. Tras ellas se adivinaba un auténtico laberinto de cavernas, en las que se escondían los dragones y se escuchaba el continuo gotear del agua. Tripitaka vio también en la lejanía el complicado trazado de las cornamentas de los ciervos, la mirada desconfiada y lerda de los antílopes, las rojas escamas de las serpientes pitón, los estúpidos rostros blanquecinos de los simios, el esfuerzo de los tigres que subían ladera arriba en busca de sus guaridas, y los inaccesibles cubiles de los dragones en los que descansaban hasta el amanecer. Las hojas marchitas emitían un chasquido seco al ser pisadas, alertando a los moradores de las cavernas y a toda clase de aves, que se alejaban, como dardos, batiendo sonoramente las alas. En el bosque las bestias lanzaban su rugido y al instante huían, despavoridas, más de diez mil bestias salvajes. Toda la montaña aparecía teñida de un color azul verdoso, que recordaba el jade. En las horas tempranas de la mañana, sin embargo, la niebla actuaba como un velo que difuminaba dulcemente los colores.

Tripitaka conducía con precaución su cabalgadura y el mismo Gran Sabio redujo el

ritmo de su caminar. Chu Wu-Neng, por el contrario, siguió andando como si se encontrara en un terreno totalmente llano. Todos ellos, no obstante, se sentían de alguna forma impresionados por la belleza de la montaña. Cuando más embelesados parecían estar, se levantó de pronto un viento huracanado y Tripitaka gritó alarmado:

- ¡Está empezando a levantarse el viento, Wu-Kung!

- ¿Y qué? - replicó Wu-Kung -. No me digáis que le tenéis miedo. Es la respiración del cielo y no cesa a lo largo de las cuatro estaciones. ¿A qué viene tanto temor?

- Todo eso está muy bien - contestó Tripitaka -. Pero ese viento es extremadamente fuerte y no se parece en nada al que viene directamente del cielo.

- ¿En qué lo notáis? - insistió el Peregrino.

- ¿Es que no has reparado en su fuerza? - dijo Tripitaka -. Su forma de soplar es, además, muy arrogante, cosa que raramente se da en el que tiene su origen en los cielos color de jade. ¿No oyes el crujido de los árboles, al pasar por la cordillera? Sus troncos se agitan como ramitas muertas. Junto a los cursos de agua los sauces parecen formar parte de los juncales. Por doquier vuelan flores marchitas y hojas desgajadas. Los pescadores han recogido a toda prisa las redes y amarrado las barcas, aunque las maromas están tensas y a punto de romperse. Los barcos más grandes han buscado lugares abrigados y han lanzado allí sus anclas. Los caminantes se han visto obligados a detener su viaje y los leñadores no han podido seguir adelante con sus pesados haces de leña a la espalda. Los monos han abandonado las copas de los árboles y no saben dónde esconderse. Los cervatillos huyen despavoridos, sin atreverse a volver a los macizos de flores, en los que encuentran cobijo. Los cipreses plantados al borde de los acantilados van cayendo por ellos uno a uno. La corriente de los ríos arrastra bambúes y pinos desgajados. El polvo forma una especie de neblina que dificulta la visión y no deja respirar. Hasta los mares y los ríos se han desbordado, sus olas arrollando cuanto encuentran.

- El maestro tiene razón - dijo Ba-Chie al Peregrino, tirándole, preocupado, de la manga -. Ese viento es demasiado fuerte. Lo mejor es que nos refugiemos en algún sitio hasta que haya amainado.

- Se nota que eres demasiado débil - se burló el Peregrino de él, soltando la carcajada -. ¿Sólo porque nos hemos topado con un huracán, ya quieres esconderte? ¿Puedes decirme qué harías, si te encontraras cara a cara con un monstruo?

- Quizá, querido hermano - replicó Ba-Chie -, no conozcas el proverbio que dice: "Huye de la sensualidad como de un enemigo, y del viento como una flecha". Nada perdemos, de todas formas, buscan refugio durante un rato.

- No sigas hablando y déjame agarrar y oler ese viento - le ordenó el Peregrino.

- ¡Cuidado que eres mentiroso! - exclamó Ba-Chie, riendo -. ¿Cuándo se ha oído que se pueda agarrar el viento para después olerlo? Es tan escurridizo que, cuando se intenta detenerlo, deja atrás las barreras y sigue tranquilamente su camino.

- No sé si lo sabrás - repitió el Peregrino -, pero yo poseo el poder de agarrar el viento - y, para demostrar que así era, lo agarró por la cola y la olfateó con cuidado.

La encontró tan repugnante que la soltó al instante y dijo:

- Teníais razón. Este viento no es nada bueno. Huele a tigre o a monstruo. En todo caso, no augura nada bueno.

No había acabado de decirlo, cuando por encima de uno de los riscos de la montaña apareció un tigre corpulento con un rabo que parecía un látigo. Tripitaka se asustó tanto al verlo que perdió el equilibrio y se cayó de cabeza, quedándose tumbado en el suelo no tanto por efecto del golpe como del miedo. Ba-Chie, por su parte, arrojó el equipaje a un lado y, agarrando el tridente, se lanzó contra la bestia, gritando:

- ¡Maldito animal! ¿Se puede saber adonde vas? - y le asestó un tremendo golpe en la

cabeza.

El tigre se elevó cuan largo era sobre sus patas traseras y se hizo un agujero en el pecho con la zarpa izquierda. Agarró después la piel y la rasgó de arriba abajo, produciendo un ruido escalofriante. Totalmente desollado, se quedó de pie junto al camino. La sangre le chorreaba por todo el cuerpo desnudo, formando un charco alrededor de sus patas traseras. Sólo en la parte de las sienes conservaba unos cuantos pelos, que más bien parecían dardos de fuego. Sus cejas aceradas apuntaban hacia el cielo, sus indestructibles colmillos poseían el albor de la muerte, y sus ojos amarillentos emitían rayos de luz escalofriante. A impresionante estampa había que añadir la fiereza de sus rugidos, que resonaban en todos los riscos, antes de perderse en la distancia.

- ¡Deteneos y no deis un paso más! - ordenó con ademán autoritario -. Soy la avanzadilla de las fuerzas mandadas por el Rey del Viento Amarillo, de quien he recibido la orden de vagar por estas montañas en busca de algunos humanos que poder llevarse a la boca como aperitivo ¿De dónde venís y quiénes sois para atreveros a volver vuestras armas contra mí?

- ¡Tú lo que eres es una bestia maldita! - repitió Ba-Chie -. Se ve que no nos has reconocido, ¿eh? Nosotros no somos mortales, sino discípulos de Tripitaka, hermano del Gran Emperador de los Tang de las Tierras del Este, que se dirige al Paraíso Occidental en busca de las escrituras de Buda. Lo mejor que puedes hacer, por tanto, es dejarnos pasar y no asustar a nuestro maestro. Si lo haces, te perdonaré la vida; en caso contrario, no mostraré hacia ti clemencia alguna y te destrozaré con mi tridente.

El monstruo creyó oportuno dar por terminada la arenga y, acercándose a Ba-Chie, le lanzó un tremendo zarpazo. Afortunadamente Wu-Neng se hizo a tiempo a un lado y descargó sobre su adversario todo el peso de su tridente. Comprendiendo que estaba en clara desventaja, el monstruo se dio media vuelta y huyó. Ba-Chie salió en su persecución, pisándole literalmente los talones. A media pendiente el monstruo se detuvo, revolvió unas rocas y sacó un par de cimitarras de bronce, con las que hizo frente a su perseguidor. Los dos contendientes midieron sus fuerzas una y otra vez, sin que ninguno de los dos obtuviera una ventaja apreciable. El Peregrino, mientras tanto, ayudó a levantar al monje Tang, diciendo:

- No tengáis miedo, maestro. Sentaos aquí y no os mováis. Voy a ayudar a Ba-Chie a dominar a ese monstruo, así podremos reanudar el viaje lo antes posible.

Solamente entonces hizo Tripitaka el suficiente acopio de fuerzas para sentarse. Sin embargo, estaba tan alterado que temblaba como una hoja en el seno de un huracán. Comprendiendo el mal ejemplo que estaba dando, empezó a recitar el Sutra del Corazón.

El Peregrino se había llegado, mientras tanto, hasta donde estaba Ba-Chie guerreando con el monstruo y, sacando la barra de hierro, gritó:

- ¡Agárrale y no le dejes escapar!

Eso dio nuevos ánimos a Ba-Chie, que intensificó la fiereza de sus asaltos; el monstruo, dándose cuenta de que estaba a punto de ser derrotado, se dio media vuelta y huyó a toda prisa.

- ¡Que no se escape! - volvió a gritar el Peregrino -. ¡Hay que agarrarlo! - y los dos se lanzaron en su persecución montaña abajo.

Consciente del peligro que corría, el monstruo recurrió al truco de la cigarra que cambia de caparazón y, dejándose caer pendiente abajo, volvió a transformarse en un tigre. El Peregrino y Ba-Chie no se arredraron por eso y aumentaron la velocidad de su carrera, dispuestos a terminar con él de una vez por todas. Al ver que su truco no había surtido el menor efecto, el monstruo arrojó la piel de tigre sobre una roca y se convirtió en un viento huracanado. Como una exhalación volvió a recorrer el camino que hasta

allí le había llevado, topándose con Tripitaka, que no paraba de recitar el Sutra del Corazón, tentado a la vera del camino. Felicitándose por tan buena suerte, el monstruo le agarró por los hombros y le arrastró monte arriba. ¡Qué mala fortuna la de Tripitaka, condenado a sufrir desde antes que le fuera impuesto el nombre "El-que-flota-en-el-río"! ¡En verdad es extremadamente difícil conseguir méritos a los ojos de Buda!

El monstruo no tardó en llegar a la caverna de su señor. Abandonó su disfraz de viento y, dirigiéndose a la bestia que guardaba la puerta, le dijo:

- Vete a informar al Gran Rey de que el Tigre de la Vanguardia ha capturado a un monje y se encuentra a la espera de sus órdenes.

El Señor de la Caverna le hizo entrar inmediatamente a su presencia. El Tigre de la Vanguardia llevaba a la cintura las dos cimitarras de bronce, mientras arrastraba al monje Tang con las manos en alto, Cuando se hubo hallado ante su señor, se arrodilló con respeto le dijo:

- Aunque vuestro humilde subordinado carece de toda habilidad, habéis confiado en él y le habéis concedido el mando de todas las patrullas que recorren la montaña. Mi agradecimiento por tan inmerecida confianza es, francamente, indescriptible. Pero lo que más me alegra es haber cumplido mi responsabilidad con total dedicación e indiscutible efectividad. Así, me complace comunicaros la captura del monje Tripitaka, Maestro de la Ley y hermano del Gran Emperador de los Tang de las Tierras del Este, que iba al Occidente en busca de las escrituras de Buda. Me cabe el honor de regalároosle, para que le devoréis, cuando buenamente os venga en gana.

- He oído decir - replicó el Señor de la Caverna, un tanto sorprendido - que ese tal Tripitaka es un monje muy santo, que se dirige, efectivamente, al Oeste a por las escrituras budistas por orden expresa del Emperador de los Tang. Tengo entendido que uno de sus discípulos, un tal Sun Wu-Kung, le acompaña en este viaje y que sus conocimientos de magia y su inteligencia no tienen parangón. ¿Cómo te las arreglados para atraparle y traerle hasta aquí?

- Me temo que no estáis muy bien informado - respondió el Tigre de la Vanguardia -, porque no es uno, sino dos los discípulos que le acompañan. El primero que vi blandía un tridente de nueve puntas y poseía unas orejas muy grandes y un hocico llamativamente largo. El otro se servía de una barra de hierro con los extremos de oro y tenía unas pupilas de diamante y unos ojos que parecían echar fuego. Ambos trataron de atraparme, pero logré burlarles usando el truco de la cigarra que muda de caparazón. Lo hice tan bien que no sólo conseguí dejarles atrás, sino que también capturé a su maestro. Espero que os guste, pues no dudo que le devoraréis en seguida.

- Ahora no tengo hambre - dijo el Señor de la Caverna -. Le dejaré para más tarde.

- "Sólo un caballo inútil rechaza la comida que se le ofrece" - citó el Tigre de la Vanguardia.

- Mira - le explicó el Señor de la Caverna -. Voy a ser sincero contigo. No tengo ningún empacho en comérmelo ahora mismo. Pero me temo que, si lo hago, sus discípulos no tardarán en presentarse aquí a exigirnos cuentas. Creo que lo mejor será que le atemos a uno de los postes del patio de atrás y le dejemos allí tres o cuatro días. Si esos dos no aparecen por aquí, nos habremos ahorrado una batalla y éste estará preparado para que le hinquemos tranquilamente el diente. Podremos comérmelos como más nos guste: cocido, frito, ahumado o al vapor. Nadie habrá que nos lo impida.

- Vuestra sabiduría y previsión son, ciertamente, dignas de encomio - comentó, admirado, el Tigre de la Vanguardia -. A nadie podía habersele ocurrido una decisión tan justa - se volvió después a los criados y les ordenó -: Llevaos al monje.

Seis o siete demonios se abalanzaron entonces sobre Tripitaka y le arrastraron afuera, donde le ataron con fuerza, como si fueran halcones persiguiendo gorriones. "El-que-

flota-en-el-río" se sintió totalmente abatido, pero, sacando fuerzas de flaqueza, llamó mentalmente a sus discípulos Wu-Kung y Wu-Neng, diciendo:

- Desconozco en qué montaña os halláis ahora cazando monstruos o en qué región dominando bestias. Sin embargo, quiero que sepáis que he sido capturado por el monstruo, de quien he recibido un trato francamente vejatorio. ¿Cuándo volveremos a vernos de nuevo? ¡Qué amarga desgracia se ha abatido sobre nosotros! Acudid en mi auxilio lo más rápido que podáis. De lo contrario, perderé la vida y todos mis esfuerzos habrán resultado vanos - y las lágrimas caían por sus mejillas, como la lluvia por la cárcava.

El Peregrino y Ba-Chie, mientras tanto, al ver caer al monstruo montaña abajo, pensaron que le habían atrapado y se dispusieron a atarle. El Peregrino cogió la barra y la lanzó con todas sus fuerzas contra el tigre, pero rebotó sobre la roca y volvió a sus manos, despellejándose las lastimosamente. Lo mismo le ocurrió a Ba-Chie con el tridente. De esta forma, descubrieron que lo que ellos creían monstruo no era más que una piel de tigre colocada con cuidado sobre una roca. Impotente, el Peregrino exclamó:

- ¡Oh, no! ¿Cómo hemos podido ser tan tontos? ¡Se ha burlado de nosotros usando el truco más sencillo del mundo!

- ¿De qué truco hablas? - le preguntó Ba-Chie.

- Del de la cigarra que muda de caparazón - contestó el Peregrino -. Ha abandonado la piel sobre una roca, pero él ha logrado escapar. Regresemos inmediatamente al lado de nuestro maestro. Espera que no le haya sucedido nada.

Volvieron a toda prisa sobre sus pasos, pero no lograron dar con Tripitaka.

- ¿Qué podemos hacer? - bramó el Peregrino, preocupado -. ¡Se ha llevado a nuestro mentor!

- ¡Cielo santo! - exclamó Ba-Chie, apenado, echando mano del caballo y empezando a llorar -. ¿Adonde podemos ir a buscarle?

- ¡No llores! - le ordenó el Peregrino con la cabeza enhiesta -. El que cede al llanto se siente ya derrotado. Por fuerza tiene que encontrarse en algún lugar de esta montaña. Partamos inmediatamente en su busca.

Sin pérdida de tiempo se adentraron en la cordillera, escalando picos y dejando atrás impresionantes riscos. Después de andar durante mucho tiempo, vieron aparecer una caverna colgada del murallón de un precipicio. Se trataba, en verdad, de un espléndido lugar. Era como una fortaleza inexpugnable, a la que se accedía por un tortuoso camino abierto en la roca. Encima de ella podía apreciarse el azul verde de los pinos, el frescor de los bambúes y el verdor de los sauces y otros árboles. En el fondo del precipicio se veían parejas de rocas con formas muy extrañas, sobre las que revoloteaban aves de especies desconocidas. Un arroyuelo saltaba entre la rocalla en busca de las lejanas orillas arenosas del mar. Por encima las nubes formaban racimos grisáceos que hacían resaltar el color verde de la vegetación. Zorros y liebres corrían por la espesura, mientras los ciervos hacían gala de su fuerza, entrechocando sus magníficas cornamentas. A mitad del acantilado se veía una viña cuya edad en nada desdecía de la de un cedro centenario que se elevaba un poco más allá. La majestad y grandeza de aquel lugar sobrepasaban a las del monte Hua 4. Era, además, tal la cantidad de flores y pájaros que en él había que ni siquiera el monte Tien-Tai podía vanagloriarse de superarla.

- Deja el equipaje en ese pliegue de la montaña - dijo el Peregrino a Ba-Chie -. Así se encontrará protegido de los vientos. Si quieres, puedes llevar a pastar al caballo. Yo solo me valgo para derrotar a ese monstruo. Es preciso que le capture antes de poner en libertad a nuestro maestro.

- No es preciso que me des tantas órdenes - replicó Ba-Chie -. Vete cuanto antes.

El Peregrino se desenrolló la túnica y se apretó el cinturón. Cogió después la barra de hierro y corrió hacia la puerta de la caverna, en cuyo dintel había sido grabada la siguiente inscripción: "Caverna del Viento Amarillo. Pico del Viento Amarillo".

El Peregrino se dispuso en seguida para la lucha. Abrió las piernas, adelantó ligeramente un pie y, agarrando con fuerza la barra, gritó:

- ¡Monstruo! ¡Deja salir inmediatamente a mi maestro, si no quieres que arrase tu guarida y destruya para siempre tu morada!

Cuando lo oyeron los demonios que guardaban la puerta, corrieron, presa del pánico, a informar a su señor, diciendo:

- ¡Qué terrible desgracia se ha abatido sobre nosotros, gran señor!

- ¿Se puede saber qué es lo que ocurre? - preguntó el Monstruo del Viento Amarillo.

- Ahí fuera, a la puerta misma de la caverna - explicó uno de los demonios -, hay un monje con apariencia de un dios del trueno y una barra muy gruesa de hierro en las manos, exigiendo la inmediata puesta en libertad de su maestro.

Temeroso, el Señor de la Caverna se volvió hacia el Tigre de la Vanguardia y le dijo:

- Te ordené que fueras a patrullar la montaña y me trajeras uno cuantos carabaos, jabalíes, ciervos bien cebados y cabras salvaje. ¿Cómo se te ocurrió apresar al monje Tang? Por tu culpa, su discípulo está ahí fuera buscando camorra. ¿Quieres decirme qué podemos hacer?

- Estad tranquilo y no os alarméis - le aconsejó el Tigre de la Vanguardia -. Aunque vuestro servidor carece de vuestra portentosa inteligencia, o le falta valor para salir al frente de cincuenta soldados y arrestar a ese tal Peregrino Sun. Os aseguro que hoy mismo os le serviremos a la mesa.

- Esperemos que así sea - dijo el Señor de la Caverna, más calmado -. Aparte de los oficiales, contamos con un número aproximado de setecientos soldados. Puedes coger a los que quieras para esta operación. Únicamente en el caso de que sea capturado el Peregrino, podremos disfrutar a nuestras anchas de la carne de su maestro. Si lo consigues, sellaré contigo un pacto de hermandad. De todas formas, me temo que, si fracasas, ninguno de los dos quedaremos para contarlo.

- Estad tranquilo - replicó el Tigre de la Vanguardia -. Con vuestro permiso voy a salir a presentarle batalla.

Inmediatamente convocó a filas a los demonios más fuertes, que empezaron a agitar los estandartes y a batir los tambores. Cogió después las dos cimitarras de bronce y, saliendo fuera de la caverna, gritó con voz potente:

- ¿Se puede saber de dónde vienes, monje mono, para osar romper la paz que aquí reina?

- ¡Maldita bestia mudadora de piel! - bramó el Peregrino -. Te serviste de un burdo truco para apresar a mi maestro, y ¿todavía te atreves a preguntarme qué es lo que hago aquí? En vez de hablar, lo mejor que podrías hacer es ponerle en libertad. De lo contrario, acabaré con tu vida.

- Atrapé a tu maestro con el fin de servírselo con un poco de arroz a mi señor - aclaró el Tigre -. Si fueras un poco listo y supieras lo que conviene, ahora mismo abandonarías el campo. Si no, te echaré mano y también tú acabarás sobre la mesa del Gran Rey. Será como un regalo extra.

Al oírlo, el Peregrino se puso furioso. Los dientes le rechinaban de rabia y parecía echar fuego por los ojos. Sin poder contenerse, levantó la barra de hierro y gritó:

- ¿Qué poderes tienes tú, para atreverte a hablarme de la forma en que lo has hecho? ¡No huyas y haz frente a mi barra!

El Tigre de la Vanguardia echó mano de las cimitarras y se dispuso a hacer frente a su adversario. Fue una batalla digna de figurar entre las más feroces de la historia. El

monstruo, sin embargo, era como un huevo de ganso empeñado en derrotar al huevo de piedra del que había surgido Wu-Kung. Frente al Hermoso Rey de los Monos las cimitarras de bronce se comportaban, en efecto, como huevos atacando rocas. ¿Cómo pueden los gorriones enfrentarse a los fénix o las palomas hacer frente a los halcones y águilas? El monstruo levantaba montañas de polvo con el viento de su aliento, pero Wu-Kung escupía una densa neblina que oscurecía el sol. Durante cinco asaltos se cruzaron sus armas, pero el Tigre de la Vanguardia empezó a sentir que las fuerzas le abandonaban y huyó, derrotado, para poder salvar la vida. Wu-Kung había sido herido en su amor propio y no estaba dispuesto a perdonarle.

El monstruo había alardeado tanto ante su señor de sus poderes que no se atrevió a refugiarse en la caverna y enfiló la pendiente. Pero el Peregrino no estaba esta vez dispuesto a dejarle escapar. Blandiendo la barra en todo momento, corrió tras él como un cazador tras su presa. No tardaron en llegar a un repliegue de la montaña, un lugar al abrigo del viento en el que precisamente estaba Ba-Chie cuidando del caballo. Al oír los gritos, se dio media vuelta y vio al Peregrino persiguiendo al Tigre derrotado. A toda prisa Ba-Chie dejó libre el caballo, alzó el tridente cuanto pudo y se lo clavó al monstruo en la cabeza. ¡Qué mala suerte la del Tigre de la Vanguardia! Creyó haberse salvado de la red y fue a parar, en realidad, al copo del pescador.

El tridente de Ba-Chie le hizo nueve agujeros terribles, por los que fluyó tal cantidad de sangre fresca que al monstruo se le secó el cerebro y la cabeza. Sobre tal hazaña de Ba-Chie existe un poema que dice:

Hace cierto tiempo se convirtió a la auténtica doctrina y desde entonces ha seguido una dieta pura que le ha de conducir hasta la Nada. Se ha propuesto servir a Tripitaka y ha dado muerte a un monstruo en fiera y desigual batalla.

Ba-Chie puso el pie sobre la espalda del monstruo y volvió a clavarle el tridente. Al verlo, el Peregrino se mostró muy satisfecho y dijo:

- Has hecho muy bien en darle muerte. Se lanzó contra mí al frente de un destacamento de demonios, pero eso no fue obstáculo para que le derrotara. Lo más desconcertante, no obstante, fue que, en lugar de refugiarse en la cueva, tratara de huir pendiente abajo. Menos que estabas tú aquí. De lo contrario, se habría vuelto a escapar.

- ¿Fue él el que se llevó a nuestro maestro? - preguntó Ba-Chie.

- El mismo - respondió el Peregrino.

- ¿Le preguntaste adonde se le ha llevado? - volvió a inquirir Ba-Chie.

- A la caverna de su señor - contestó el Peregrino -. Según confesión propia, se lo regaló para que lo comiera con un poco de arroz. Eso hizo que me pusiera furioso y me lanzara contra él. Sin embargo, has sido tú el que le ha dado muerte. El mérito es, por tanto, solamente tuyo. Si quieres, quédate aquí cuidando del caballo y el equipaje, mientras yo llevo el cuerpo del monstruo a la entrada de la caverna y reto a las bestias que la habitan. Es preciso que capture al Gran Rey antes de liberar a nuestro maestro.

- Tienes razón - reconoció Ba-Chie -. Vete cuanto antes y no olvides que yo estoy aquí. No estaría mal que le persiguieras como al otro y me permitieras rematarle.

Sosteniendo en una mano la barra de hierro y arrastrando con la otra al tigre muerto, el Peregrino regresó a la boca de la caverna. En su interior el Maestro de la Ley se vio sometido a una prueba terrible, pero nada pueden los espíritus salvajes contra quien mantiene en equilibrio los sentimientos y la mente.

No sabemos cómo se las arregló en esta ocasión el Peregrino para derrotar al monstruo y rescatar al monje Tang. Quien desee descubrirlo deberá escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el próximo capítulo.

CAPITULO XXI

LOS ESPÍRITUS GUARDIANES DEL MONASTERIO 1 PREPARAN ALOJAMIENTO AL GRAN SABIO. LING-CHI DE SUMERU APLASTA AL DEMONIO VIENTO

Los cincuenta demonios que acompañaban al Tigre de la Vanguardia corrieron al interior de la cueva con los estandartes tronchados y los tambores destrozados, gritando: - Nuestro paladín no ha podido con el monje cara de mono, que le persiguió montaña abajo hasta que logró reducirle. Suponemos que habrá acabado con él.

Al oírlo, el Señor de la Caverna se sintió profundamente abatido. Inclino la cabeza y se puso a pensar en silencio qué camino debería seguir. Pero fue interrumpido al poco tiempo por uno de los guardianes, que le presentó el siguiente informe:

- El monje cara de mono ha dado muerte al Tigre de la Vanguardia y ha arrastrado su cadáver hasta aquí. Está, de hecho, ahí fuera retándonos y lanzando obscenidades contra vos.

- ¡Ese tipo no tiene sentido de la medida! - exclamó el monstruo, mas furioso todavía -. Puesto que aún no he devorado a su maestro, debería haber perdonado la vida a nuestro aliado el Tigre. ¡Jamás he conocido a nadie tan despreciable como él! ¡Traedme inmediatamente la armadura! He oído hablar mucho de ese Peregrino Sun y estoy ansioso por salir ahí fuera para descubrir por mí mismo qué clase de persona es. Os juro que, aunque tenga nueve cabezas y ocho rabos, le haré pagar con creces la humillación que trajo sobre la cabeza del desventurado Tigre de la Vanguardia.

Los demonios trajeron la armadura a toda prisa y le ayudaron a ponérsela. Cuando todas las cintas estuvieron anudadas y las hebillas abrochadas, el monstruo tomó un tridente de acero y salió de la caverna al frente de todos sus demonios. Aunque el Gran Sabio no se movió del sitio al verle, quedó hondamente impresionado por la marcialidad de su porte. El sol se reflejaba en su yelmo de oro y reverberaba en la coraza del mismo metal. En lo alto del morrión flameaba una impresionante cola de faisán, mientras debajo de la coraza se apreciaba la finura de una túnica de seda amarilla y una faja con forma de dragón de tonalidades brillantes. Su armadura estaba tan finamente bruñida que parecía emitir luz propia. Sus botas, hechas totalmente de cuero, habían sido teñidas con flores de algarrobo y toda su figura aparecía adornada con hojas de sauce. Con el tridente en las manos recordaba la galanura del joven Er-Lang. Cuando se hubo encontrado al aire libre, llenó los pulmones y preguntó con voz potente:

- ¿Dónde está el Peregrino Sun?

- Aquí. ¿Es que no me ves? - contestó Wu-Kung con un pie sobre el cuerpo del tigre muerto y la barra de hierro en las manos -. ¡Deja inmediatamente en libertad a mi maestro!

El monstruo le miró con más detenimiento y, al ver la poca estatura del Peregrino - medía, de hecho, menos de cuatro pies - y sus mejillas hundidas, soltó la carcajada y dijo:

- Te tenía por un héroe invencible y ahora veo que no eres más que un espíritu enfermo, al que no le queda más que el esqueleto.

- ¡Qué poco observador eres! - exclamó el Peregrino, sonriendo -. Es posible que sea más bien bajito, pero te aseguro que, si osas descargar sobre mi cabeza un solo golpe de tu tridente, me convertiré en un ser de más de seis pies de alto.

- En ese caso - concluyó el monstruo -, tendrás que endurecerte bastante la cabeza - y le largó un tremendo mandoble.

El Gran Sabio no se arredró. Tras esquivar oportunamente el golpe, su cintura se estiró y adquirió una altura de diez pies, seis mas de los que poseía segundos antes. El

monstruo se sintió tan desconcertado que trató de hacerle volver a su estado normal con el tridente, gritando:

- ¿Cómo te atreves a venir ante mi puerta a mostrarme una magia tan imperfecta de protección corporal? Deja de usar trucos, de una vez, y mide conmigo tus auténticas capacidades.

- Como bien sabrás - replicó el Peregrino, soltando la carcajada -, existe un proverbio que dice: "El perdón debe mostrarse antes de levantar la mano". Me temo que la tuya es muy lenta y no podrá soportar siquiera un golpe de mi barra.

El monstruo no quiso seguir intercambiando improperios y, volviendo el tridente contra el Peregrino, trató de clavárselo en el pecho. El Gran Sabio no se alteró lo más mínimo, pues, como muy bien reza el dicho, "el maestro no necesita ejercitarse más". Levantó oportunamente la barra y, tras desviar la trayectoria del tridente con el movimiento que llaman del "dragón negro que barre el suelo", descargó un golpe terrible sobre la cabeza del monstruo. De esta forma, dio comienzo una terrible batalla delante mismo de la Caverna del Viento Amarillo.

El monstruo, ansioso por vengar la muerte del Tigre de la Vanguardia, descargó sobre el Gran Sabio toda su furia. A éste, por su parte, sólo le guiaba el afán por liberar a su maestro e hizo un magnífico despliegue de todos sus poderes. El tridente buscaba una y otra vez el cuerpo de su adversario, pero la barra le impedía alcanzar tal fin. Las dos armas eran dignas de las manos expertas que las blandían. Uno de los luchadores era rey de una caverna, mientras que el otro, el Hermoso Rey de los Monos, se había convertido en paladín de la Ley. Los primeros encuentros se llevaron a cabo en el polvo del suelo, pero poco a poco los dos guerreros se fueron elevando y terminaron luchando a media altura. Era espléndido ver al tridente de acero puro medirse con la barra de hierro de los extremos dorados. Uno de sus golpes era suficiente para mandar a cualquiera al Reino de las Tinieblas a entrevistarse con el Rey Yama. Para hacer frente a tan mortíferas armas era preciso poseer brazos ágiles, vista aguda, constitución de atleta y fuerza de gigante. Los dos valientes lucharon sin desfallecer durante horas, sin que pudiera vislumbrarse un seguro vencedor.

El monstruo y el Gran Sabio se enfrentaron durante más de treinta asaltos, pero el resultado de la batalla permanecía tan incierto como cuando se inició. Buscando una rápida victoria, el Peregrino decidió hacer uso del truco conocido como "el cuerpo detrás del cuerpo". Para ello, se arrancó unos cuantos pelos, los trituró con los dientes y gritó, al tiempo que los escupía con fuerza:

- ¡Transformaos!

Al punto se convirtieron en más de cien Peregrinos con sus correspondientes barras de hierro, que rodearon al monstruo con rapidez. Sobresaltado, el monstruo hubo de acudir también a sus profundos conocimientos de magia. Se volvió hacia el sudoeste, abrió tres veces la boca y sopló al suelo con todas sus fuerzas. Al instante se levantó un viento huracanado de un extraño color amarillento. Silbante y frío pareció cambiar de pronto la faz del Cielo y la Tierra. La arena que portaba actuaba como la neblina difuminando los contornos. Como un puñal penetró en los bosques y montañas, derribando pinos y cerezos, allanando cumbres y riscos, y levantando nubes de tierra y polvo. Las olas del Río Amarillo eran tan bravas que levantaban el cieno acumulado en su lecho. El Río Hsiang vio aumentar su caudal hasta extremos difíciles de imaginar. La fuerza desplegada por el huracán fue tal que hasta el Palacio de la Estrella Polar sintió sus efectos, el Salón de la Oscuridad a punto estuvo de derrumbarse, los Quinientos Arhats empezaron a gritar despavoridos y los Ocho Guardias de Aksobhya temblaron de miedo como vulgares doncellas. El león de la melena verde de Manjusri se escapó corriendo y Visvabhadrá hubo de renunciar a su elefante blanco 2. Lo mismo les ocurrió a la

serpiente y a la tortuga de Chen-Wu ³ y a la asustadiza mula de Tsu-Tung ⁴. Los mercaderes que se encontraban de viaje elevaron al cielo sus súplicas, mientras los marineros no dejaban de hacer costosísimas promesas. Las crestas de las olas y la fuerza de la marea jugaba con sus vidas, su fortuna y cuanto poseían. Bajo la acción del huracán las cavernas de los monstruos estaban tan oscuras como túneles y la isla de Peng-Lai había perdido su envidiable luminosidad. Lao-Tse no pudo seguir refinando el elixir de la inmortalidad y la Estrella Anciana hubo de recoger su abanico de hojas de vid. Wang-Mu se dirigía en aquel momento al Festival de los Melocotones y el viento le levantó, impúdico, la falda, antes de arruinar su peinado. No fue, sin embargo, la única en sufrir su influencia. Cuando se dirigía a Kwan-Chou, Er-Lang se perdió, a Nata le resultó imposible sacar su espada de la vaina, Li-Ching perdió la pequeña pagoda que portaba siempre en su mano, y Lu-Pan ⁵ hubo de desprenderse de sus herramientas de oro. Al mismo tiempo, se derrumbaron tres pisos del Templo del Trueno y el Puente de Piedra de Chao-Chou se partió en dos. Hasta el rojizo globo del sol emitía menos luz de lo habitual y las estrellas del cielo parecían haber perdido parte de su luminosidad. Los pájaros que moraban en las zonas australes volaron a las septentrionales, mientras los lagos del oriente salpicaban con sus aguas a los del occidente. Las parejas de aves fueron brutalmente separadas, poniendo fin a sus reclamos de amor. Idéntica suerte siguieron las madres y los hijos, que gritaron su desconsuelo hasta que se les quebraron las gargantas. Los Reyes Dragón recorrieron todos los océanos en busca de yaksas y los reyes del trueno se vieron obligados a recorrer distancias inmensas, recogiendo los rayos que habían perdido. Los Diez Reyes de Yama no sabían dónde hallar a sus jueces. En el corazón mismo de los Infiernos el Demonio Cabeza de Toro corría como un loco tras el de la Cara de caballo. El viento alcanzó, incluso, la Montaña Potalaka, arrebatando a la Bodhisattva Kwang-Ing un valiosísimo rollo de versos. Los capullos de los lotos blancos, brutalmente segados de sus tallos, fueron a parar lastimosamente al mar. Pero no terminaron ahí sus destrozos. De hecho, doce de los más espléndidos salones de la Bodhisattva se vinieron al suelo. Jamás se había conocido un viento como aquél desde los tiempos de Pan-Ku. Su poder destructor era tan grande que por poco no se desintegra el universo. Bajo su acción el mundo no era más que una masa que se movía sin propósito o norte alguno.

Tan violento huracán barrió a todos los pequeños Peregrinos que habían surgido de los pelos del Gran Sabio, y les mandó dando tumbos por el aire como si fueran rucas. ¿Cómo iban a lanzarse a la refriega, si no podían sostener las barras de hierro? Al Peregrino no le quedó, pues, más remedio que volver a sacudir el cuerpo y recobrar, así, todos sus pelos. Levantó después la barra de hierro, tratando de habérselas él solo con el monstruo, pero lo único que consiguió fue recibir una bocanada de viento amarillo en pleno rostro. Sus ojos de luego y sus pupilas de diamante experimentaron entonces tal irritación que no podía mantenerlos abiertos. Wu-Kung se vio forzado, de esta forma, a admitir la derrota y abandonó apresuradamente el campo.

Chu Ba-Chie, mientras tanto, al ver que el huracán amarillo sumía el cielo y la tierra en una densa oscuridad, llevó el caballo y el equipaje a un abrigo de la montaña y se tumbó a toda prisa en el suelo. Sin atreverse a levantar la cabeza ni abrir los ojos, empezó a recitar los nombres de Buda y a hacer promesas al cielo. Se preguntó después qué tal le estaría yendo al Peregrino en la batalla y si habría liberado ya a su Maestro, pero en ese mismo momento el viento cesó y el firmamento volvió a llenarse de luz. Tímidamente levantó la cabeza y dirigió la vista hacia la entrada de la caverna. Sin embargo, no percibió el menor movimiento guerrero ni apreció sonido alguno de tambores o gongs. Pensó en llegarse hasta la cueva, pero desistió de hacerlo porque no había nadie más que pudiera ocuparse del equipaje y el caballo. Cuando más intranquilo estaba por no saber

qué decisión tomar, vio aparecer por el oeste al Gran Sabio, que venía haciendo toda clase de ruidos. Ba-Chie se inclinó ante él y exclamó:

- ¡Menudo huracán! ¿Se puede saber dónde has estado todo este tiempo?

- Terrible en verdad - reconoció el Peregrino -. Jamás había visto en mi vida nada igual. El monstruo me atacó con un tridente de acero y yo me defendí con mi barra de hierro. Durante más de treinta asaltos medimos nuestras fuerzas, sin que ninguno de los dos pudiera arrogarse una clara ventaja. Viendo que la cosa iba para largo, decidí valerme de la magia del cuerpo detrás del cuerpo. Al verse rodeado, sintió pánico y produjo ese huracán formidable que tú mismo acabas de presenciar. Su fuerza era tan sobrecogedora que hube de suspender los ataques y escapar corriendo. ¡Menudo viento! Yo también tengo el poder de producirlo, pero puedo asegurarte que su poder destructor es mucho menor que el de ese monstruo.

- ¿Qué te ha parecido su conocimiento de las artes marciales? - preguntó Ba-Chie.

- Aceptable - contestó el Peregrino -. Es un auténtico maestro con el tridente y no exagero lo más mínimo si te digo que casi es tan buen luchador como yo. De no haberse servido de ese viento tan destructor, le habría derrotado sin ninguna dificultad.

- Eso nos complica las cosas - comentó Ba-Chie, preocupado -, porque ¿cómo vamos a rescatar a nuestro maestro?

- Tendremos que esperar un poco más de lo previsto - respondió el Peregrino -. Me pregunto si habrá por aquí cerca algún médico de ojos que pueda echar un vistazo a los míos.

- ¿Se puede saber qué es lo que les pasa? - volvió a preguntar Ba-Chie.

- Ese monstruo me echó en el rostro una bocanada de aire y los tengo tan irritados que no paran de llorarme - explicó el Peregrino.

- Es mejor que no pensemos en médicos - le aconsejó Ba-Chie - Nos hallamos en el corazón de una montaña y se está haciendo tarde. Lo malo es que ni siquiera disponemos de un lugar para pasar la noche.

- Eso no es problema - dijo el Peregrino -. Dudo que ese monstruo se atreva a hacer daño a nuestro maestro. Volvamos, por tanto, al camino principal y busquemos una casa en la que alojarnos. En cuanto se haga de día mañana, podemos volver a enfrentarnos con el monstruo.

- Tienes razón - reconoció Ba-Chie y, agarrando el equipaje, regresaron al camino.

El crepúsculo se iba diluyendo poco a poco y, mientras caminaban, empezaron a oír ladridos de perros, que parecían provenir de la vertiente sur de la montaña. Se detuvieron y vieron una pequeña alquería, en la que se apreciaba el tímido parpadeo de unas cuantas antorchas. Sin preocuparse por hallar un sendero, se dirigieron directamente hacia ella, no tardando en llegar ante sus puertas. La casa, toda ella construida en piedra, mostraba el inflexible paso del tiempo en el color grisáceo de sus muros y en su pátina de líquenes y musgo. Muy cerca se veía la tenue luminosidad de las luciérnagas, contrapunto de luz en un paisaje cubierto totalmente de sombras. El bosque cercano se presumía impenetrable, aunque el aroma de las orquídeas y el bambú recién plantado constituía una invitación a adentrarse en él. Un arroyuelo de aguas cristalinas fluía al otro lado de la alquería, alrededor de la cual se alzaban, orgullosos, incontables cedros centenarios. Aquél era un lugar apartado, al que muy raramente se acercaban los caminantes. Justamente delante de la puerta se veía un cantero de plantas silvestres en flor. No atreviéndose a entrar sin llamar, el Peregrino y Ba-Chie alzaron la voz, diciendo:

- ¡Abrid! ¿Es que no hay nadie ahí dentro?

Al punto apareció un anciano rodeado por un grupo de granjeros jóvenes armados con rastrillos, horcas y bieldas, que les preguntaron de mala manera:

- ¿Quiénes sois y qué queréis?

- Nosotros - respondió el Peregrino, inclinándose - somos discípulos de un monje santo procedente de la Gran Nación de los Tang, al este de aquí. Nos dirigimos hacia el Paraíso Occidental en busca de las escrituras de Buda y, al pasar por estas altitudes, nuestro maestro tuvo la mala fortuna de caer en poder del Rey del Viento Amarillo. Todavía no hemos podido rescatarle, pero, como se estaba haciendo de noche, decidimos aplazar la búsqueda hasta mañana y buscar un lugar en el que pasar la noche. Esperamos que nos permitáis hacerlo bajo vuestro techo.

- Disculpádnos por salir a recibirlos de esta forma - dijo el anciano, devolviéndoles el saludo -. Éste es el lugar en el que las nubes son más abundantes que las personas y, al oírlos llamar a la puerta temimos que pudiera tratarse de un zorro, un tigre o algún bandido de la montaña. Ése es el motivo por el que hemos aparecido armados hasta los dientes. Pasad, por favor, pasad.

Los monjes no esperaron a que se lo dijeran por segunda vez para meter el caballo y el equipaje. Tras atar al animal, saludaron nuevamente al anciano y tomaron asiento. Un sirviente entrado en años les sirvió el té y les ofreció a continuación unos cuantos cuencos de arroz con semillas de sésamo 6. En cuanto hubieron dado cuenta de vianda tan singular, el anciano ordenó a los criados que prepararan las camas, pero el Peregrino dijo:

- Todavía es un poco pronto para echarnos a dormir. ¿Hay por aquí cerca alguien que venda medicina para los ojos?

- ¿Quién de vosotros padece una afección ocular? - preguntó el anciano.

- A decir verdad - contestó el Peregrino -, los que hemos renunciado a la familia raramente caemos enfermos. De hecho, ésta es la primera vez que tengo los ojos malos.

- ¿Qué les ha pasado? - volvió a preguntar el anciano.

- Muy sencillo - explicó el Peregrino -. Mientras trataba de rescatar a mi maestro delante mismo de la Caverna del Viento Amarillo, el monstruo me echó en el rostro una bocanada de aire, que me irritó los ojos. Desde entonces no me han parado de llorar y ése es el motivo por el que quiero encontrar algún remedio para ellos.

- ¡Santo cielo! - exclamó el anciano -. ¿Cómo es posible que un monje tan joven como tú mienta de una forma tan descarada? Los huracanes producidos por el Rey del Viento Amarillo son terribles y no tienen ni punto de comparación con los vientos primaverales u otoñales, los que azotan los pinos o el bambú, y los que soplan desde los cuatro puntos cardinales.

- Me figuro que son capaces de destrozarse el cerebro, hacer llorar a las cabras y hasta producir dolor de cabeza. ¿No es así? - pregunto Ba-Chie.

- No, no - negó el anciano -. A sus huracanes se les conoce por el nombre de Viento Sagrado de Samadhi.

- ¿Puedes explicarnos cómo es? - le sugirió el Peregrino.

- Ese viento - empezó diciendo el anciano - puede oscurecer el Cielo y la Tierra y hacer temblar tanto a los dioses como a los espíritus. Es tan destructor que reduce a polvo las rocas. Ningún hombre es capaz de hacerle frente. Si de verdad te hubieras topado con él, a estas horas no estarías vivo. Únicamente podrías salir con vida, si fueras un inmortal.

- Exacto! - admitió el Peregrino -. Es posible que yo no sea un inmortal, pero le va a costar bastante acabar conmigo. De todas formas he de reconocer que ese viento me ha afectado de alguna manera a los ojos.

- Vamos - concluyó el anciano -, que poderes no te faltan. Por eso lamento todavía más que no haya ningún doctor en nuestra región. De todas formas, yo soy una persona a la que le lloran los ojos cuando el viento me da de frente, y una vez me encontré con un hombre excepcional que me recomendó un remedio bastante eficaz. Lleva el nombre de

las tres flores y las nueve simientes y es capaz de curar todas las dolencias oculares producidas por el viento.

Al oír eso, el Peregrino inclinó la cabeza y dijo con inesperada humildad:

- Desearía poder probarlo. ¿Os importaría prestarme un poco de ese unguento?

El anciano accedió a su petición y se retiró a una de las habitaciones interiores de la casa. No tardó en aparecer con un frasco de cornalina. Lo destapó y, valiéndose de una pequeña varilla de jade, extendió un poco de la pócima que contenía por los ojos del Peregrino. Le recomendó que los mantuviera cerrados toda la noche y que tratara de descansar cuanto pudiera. Si así lo hacía, podía estar seguro de que a la mañana siguiente sus ojos recobrarían su perdida lozanía. Dicho eso, el anciano volvió a coger el frasco y se retiró con sus criados. Ba-Chie hizo la cama y pidió al Peregrino que se acostara. Fiel a los consejos del anciano, Wu-Kung no se atrevió a abrir los ojos y se movió por la habitación tanteando con las manos extendidas. Al verlo, Ba-Chie soltó la carcajada y preguntó:

- ¿Dónde habéis dejado el bastón, señor?

- ¡Maldito estúpido! - protestó el Peregrino -. ¿Acaso crees que estoy ciego? Nunca sospeché que te gustara tanto hacer de lazarillo.

El Idiota se rió por lo bajo cuanto quiso y, al fin, se quedó dormido. El Peregrino, por su parte, se sentó en el colchón y empezó a hacer los ejercicios que le ayudaban a mantener sus poderes mágicos. Esas prácticas le mantuvieron despierto hasta poco después de la tercera vigilia. Pronto se echó encima la hora quinta y el oriente comenzó a teñirse de luz. Tras restregarse la cara con las dos manos, el Peregrino abrió los ojos y exclamó, aliviado:

- ¡Esa medicina es realmente fantástica! ¡Ahora veo cien veces mejor que antes!

Se dio media vuelta y comprobó, sorprendido, que no había ni alquería ni habitación alguna, sino simplemente unas cuantas acacias y algún que otro sauce. Tanto él como Ba-Chie yacían en una pradera. Justamente entonces el Idiota empezó a despertarse y preguntó con voz somnolienta:

- ¿Se puede saber por qué estás metiendo tanto ruido?

- Abre los ojos y míralo tú mismo - le aconsejó el Peregrino.

Ba-Chie levantó la cabeza y comprobó, atónito, que la casa había desaparecido. Pese a todo, se puso en pie de un salto y exclamó, visiblemente preocupado:

- ¿Dónde está el caballo?

- ¿No lo ves allí atado a un árbol? - contestó el Peregrino.

- ¿Y el equipaje? - insistió Ba-Chie en el mismo tono.

- Está a tu cabecera - volvió a responder el Peregrino -. Parece que el ciego eres tú.

- ¡Cuidado que es rara la familia que anoche nos ofreció hospedaje! - exclamó Ba-Chie

-. Si pensaban cambiarse de casa, deberían habérmelo dicho y nosotros les habríamos regalado algo de té y unas cuantas frutas. Me figuro que tenían algo que ocultar y huyeron a toda prisa por temor a que pudiéramos delatarles. Si no, no me explico la rapidez con la que han actuado. De todas formas, hemos debido de dormir como muertos. ¿Cómo es posible que no hayamos oído nada, mientras ellos dismantelaban toda la casa?

- ¡Deja de decir tonterías de una vez! - le instó el Peregrino Vete a aquel árbol de allí y echa un vistazo a ver lo que dice el papel que hay pegado en su tronco.

Ba-Chie así lo hizo y comprobó que se trataba de un poema de cinco líneas, que decía:

Ésta, que humilde morada parece, no lo es en absoluto. Los Guardianes de la Ley levantaron esta alquería, para poner en vuestras manos el bálsamo maravilloso que curara vuestras heridas. No temáis y haced cuanto esté de vuestra mano para derrotar a la bestia.

- Qué bandada de dioses caprichosos! - exclamó el Peregrino, malhumorado -. No he vuelto a solicitar su ayuda desde que convirtieron el dragón en un caballo. Se conoce que no les ha gustado mi actitud y han empezado a jugar conmigo.

- Deja de dártelas de grande, por favor - le pidió Ba-Chie -. ¿Cómo van a acudir los dioses en tu ayuda cuando se lo pidas? ¿Tan importante te crees?

- Tú no estás al tanto de ello - explicó el Peregrino -. Pero la verdad es que la Bodhisattva ordenó a los Dieciocho Protectores de los Monasterios, a los Seis Dioses de la Luz y a los Seis de las Tinieblas, a los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, y a los Cuatro Centinelas que protegieran en todo momento a nuestro maestro. Ellos mismos me revelaron sus identidades, pero, como acabo de decirte, desde que estás con nosotros no he vuelto a servirme de ellos.

- Si su misión es la de proteger en secreto a nuestro maestro, es natural que no se hayan dado a conocer - concluyó Ba-Chie -. De ahí que se hayan sacado de la manga la alquería que vimos anoche. No te enfades con ellos. Después de todo, te curaron los ojos y nos dieron una buena cena. Podemos decir, por tanto, que han cumplido al pie de la letra su misión. ¿A qué viene criticar su modo de actuar? En vez de hablar, lo que debemos hacer es ir a salvar cuanto antes a nuestro maestro.

- Tienes razón - reconoció el Peregrino -. Este lugar no está lejos de la Caverna del Viento Amarillo. Tú quédate aquí cuidando del caballo y el equipaje, mientras yo me acerco a ver qué tal sigue nuestro maestro. Después podemos enfrentarnos los dos a la bestia.

Excelente idea - dijo Ba-Chie -. Lo primero que tenemos que averiguar es si el maestro sigue vivo o ha muerto ya. Si ha abandonado este mundo, lo mejor que podemos hacer es dedicarnos a nuestros propios asuntos. Si, por el contrario, aún está vivo, debemos poner todo cuanto esté de nuestra parte por liberarle. Que nadie pueda acusarnos después de haber faltado a nuestras responsabilidades.

- ¿Se puede saber cuándo vas a dejar de decir tonterías? - le echó en cara el Peregrino -. Déjame pasar, anda.

De un salto se llegó hasta la entrada de la caverna, encontrando la puerta cerrada y a todos sus moradores profundamente dormidos. Sin hacer el menor ruido, por temor a despertarlos, hizo un signo mágico recitó su correspondiente conjuro y, con una leve sacudida del cuerpo se convirtió en un mosquito diminuto y delicado. De todo ello tenemos un poema, que afirma:

Aunque su cuerpo es llamativamente pequeño, posee un aguijón muy afilado y un zumbido que recuerda el terrorífico rollover del trueno. Experto en meterse por la tupida red de la gasa de los mosquiteros, precisa de un ambiente caluroso y húmedo. Sus únicos temores estriban en el humo del incienso y en el rápido batir de los abanicos. Las luces y lámparas le atraen como a un avaro el oro, y, pese a su frágil apariencia, posee una extraordinaria inteligencia y una asombrosa rapidez de movimientos. Así, no encuentra obstáculo alguno para adentrarse en la caverna de una bestia.

El demonio que supuestamente debería ocuparse de la vigilancia de la puerta yacía dormido en el suelo, roncando sonoramente. El Peregrino le picó en la cara, obligándole a darse la vuelta y a exclamar, medio despierto:

- ¡Menudo mosquito! Con una picadura me ha hinchado toda la cara - abrió del todo los ojos y añadió, sobresaltado -: ¡Arrea, si es ya de día!

En aquel mismo momento se oyó un crujido y se abrió una segunda puerta. El Peregrino aprovechó la ocasión y se coló a toda prisa por ella. El monstruo estaba recomendando a todos sus subordinados que pusieran especial cuidado en mantener bien vigiladas todas las entradas, mientras preparaban las armas.

- Si el huracán de ayer no terminó con ese Peregrino Sun - concluyó diciendo -, seguro que vuelve hoy otra vez. Pero no os preocupéis, porque, en cuanto llegue, acabaremos con él.

El Peregrino continuó volando y llegó a la parte de atrás de la caverna, donde se topó con una puerta cerrada a cal y canto. Metiéndose a duras penas por una rendija que había en ella, descubrió que conducía a un espléndido jardín, en cuyo centro estaba el monje Tang atado a un poste. El maestro no paraba de llorar, preguntándose dónde podrían estar Wu Kung y Wu-Neng. El Peregrino detuvo al punto su vuelo y, posándose en su calva, dijo:

- ¡Maestro!

- ¿En dónde te escondes, Wu-Kung? - preguntó Tripitaka, reconociendo su voz -. Llevo pensando en ti yo qué sé la de tiempo. ¿Puedes decirme dónde estás?

- En vuestra cabeza - contestó el Peregrino -. Calmaos y dejad de preocuparos. Antes de liberaros es preciso que capturemos al monstruo.

- ¿Has calculado cuándo podrás hacerlo? - volvió a preguntar el monje Tang.

- Ba-Chie ha dado ya muerte al Tigre que os raptó - explicó el Peregrino -. Pero ese monstruo no es tan fácil de dominar, porque posee la poderosa arma de su aliento. De todas formas, espero poder darle caza hoy mismo. Tranquilizaos y dejad de llorar. Ahora tengo que marcharme - y se dirigió volando hacia la parte delantera de la cueva.

El monstruo estaba sentado en un lugar destacado, pasando revista a los comandantes de sus ejércitos. En esto, entró corriendo un demonio, que informó, muy alterado:

- Estaba patrullando la montaña, cuando, de pronto, me topé con un monje que tenía un morro muy largo y unas orejas enormes. Estaba sentado en el bosque, no lejos de aquí. Si no llego a darme prisa, seguro que me habría echado mano. De todas formas, no vi por ninguna parte al mono peludo que vino ayer.

- Eso quiere decir - concluyó el monstruo - que, bien el huracán mató al Peregrino Sun, o bien ha ido en busca de ayuda.

- Sería de desear que estuviera muerto - comentó uno de los demonios -. Sin embargo, supongamos que no lo está. ¿Qué haremos, si logra traer consigo a un grupo de guerreros celestes?

- Yo no tengo miedo a esos desarrapados - se burló el monstruo -. Únicamente el bodhisattva Ling-Chi puede hacer frente a mi viento. Los demás son incapaces de hacernos el menor daño.

El Peregrino se encontraba justamente encima de él, colgado de una viga, y se alegró sobremanera de escuchar semejante confesión. Inmediatamente salió volando de la caverna y, tras adquirir su forma habitual, se dirigió al lugar donde había dejado a Ba-Chie.

- ¿Dónde te habías metido? - le preguntó éste, muy excitado -. Acabo de toparme con un monstruo, al que he perseguido sin lograr echarle mano.

- Te agradezco tu ayuda - dijo el Peregrino sonriendo -. Con el fin de entrar en la cueva y ver qué tal le iba a nuestro maestro, me convertí en un mosquito. Pude, así, verle atado a un poste del jardín llorando amargamente su suerte. Tras aconsejarle que no se rindiera a la desesperanza, volví al salón en el que estaban reunidos el monstruo y los suyos, para espiar. Al poco de mi llegada apareció, jadeando un pequeño demonio, el cual informó que habías tratado de darle caza, pero no había ni rastro de mí. El monstruo concluyó que mi ausencia obedecía a dos posibles causas: bien me había dado muerte el huracán o bien había ido en busca de ayuda. Después, sin que nadie se lo preguntara, dijo algo francamente fantástico.

- ¿A qué te refieres? - preguntó, una vez más, Ba-Chie.

- El muy engreído - contestó el Peregrino - afirmó que no temía a ningún guerrero

celeste, porque el único capaz de hacer frente al huracán de su aliento es el bodhisattva Ling-Chi. El problema es que no sé dónde vive ese monje.

Mientras hablaban, vieron acercarse a un anciano con paso ligero. A pesar de lo avanzado de su edad, poseía una robusta constitución que le hacía prescindir de bastón alguno para caminar. Su pelo y su barba eran tan blancos que parecían estar hechos de copos de nieve. Aunque no había duda alguna sobre la fortaleza de su espíritu, sus ojos daban la impresión de estar un tanto apagados. Su figura, de todas formas, denotaba una gran decisión, cualidad que cuadraba perfectamente con lo enjuto y membrudo de su cuerpo. Sus pasos eran, no obstante, muy lentos y caminaba con la cabeza agachada, mostrando más claramente lo poblado de sus cejas y el color rosáceo, juvenil totalmente, de su rostro. Quien le viera no podía dudar que se trataba de un hombre, aunque en realidad no era otro que la mismísima Estrella de la Vida Perdurable. Al verle, Ba-Chie dio un codazo al Peregrino y le dijo:

- Como muy bien reza el proverbio, "el que desconoce la dirección debe preguntársela a un caminante". ¿Por qué no abordas a ese anciano y le interrogas sobre lo que desees saber?

El Gran Sabio dejó a un lado la barra de hierro, se arregló las ropas lo mejor que pudo y, acercándose al anciano, dijo:

- Aceptad mis más humildes respetos.

El anciano hizo un gesto de desagrado y devolvió el saludo a regañadientes, preguntándole:

- ¿De dónde eres y qué estás haciendo en un lugar tan salvaje y apartado como éste?

- Nosotros - le explicó el Peregrino con respeto - somos monjes que nos dirigimos hacia el Oeste en busca de escrituras sagradas. Precisamente en este mismo lugar perdimos ayer a nuestro maestro, y necesitamos saber dónde vive el bodhisattva Ling-Chi, para poder liberarle. ¿Conocéis vos su dirección?

- Ling-Chi tiene su residencia a seis mil kilómetros al sur de aquí - respondió el anciano -, en una elevación conocida como el Monte Sumeru. En ella está enclavado el Monasterio de la Verdad, un lugar en el que el Bodhisattva imparte sin cesar sus enseñanzas. No hay sitio mejor para acudir en busca de escrituras. Vuestro viaje ha tocado, pues, a su fin.

- Mucho nos tememos que no es así - replicó el Peregrino -. De todas formas, no disponemos de tiempo para explicaciones. ¿Podrías indicarme cómo llegar hasta ese lugar?

- Sigue ese sendero - contestó el anciano, señalando hacia el sur con la mano.

- El Gran Sabio movió ligeramente la cabeza y el anciano aprovechó su distracción para convertirse en una brisa ligera y desaparecer sin dejar rastro. Al lado del camino, no obstante, apareció un trozo de papel en el que aparecían escritos los siguientes versos:

Permítasenos aclarar al Gran Sabio, Sosia del Cielo, que el anciano con el que acaba de toparse no es otro que el Inmortal Li. Es preciso que sepa, además, que en el Monte Sumeru se encuentra el Bastón del Dragón Volador, un arma invencible que Ling-Chi recibió hace ya muchos años de manos del propio Buda.

Tras leerlo con sumo cuidado, el Peregrino regresó al lado de Ba-Chie, que comentó, un tanto desanimado:

- Últimamente nuestra suerte no ha sido muy buena que digamos. Llevamos dos días topándonos con espíritus a plena luz. ¿Se puede saber quién era ese anciano que acaba de convertirse en brisa?

El Peregrino le entregó la hoja de papel y Ba-Chie volvió a preguntar:

- ¿Quién es ese Inmortal Li?

- Es uno de los nombres por los que es conocido el Planeta Venus del Oeste.

- ¡Es mi principal benefactor! - exclamó Ba-Chie, inclinándose ante el cielo -. Si no llega a ser porque la Estrella de Oro intercedió en mi familia ante el Emperador de Jade, ahora no estaría aquí.

- Vamos, vamos - le dijo en seguida el Peregrino -. Está bien que te muestres agradecido, pero no deberías exponerte tan fácilmente a los posibles ataques de nuestros enemigos. Escóndete entre los árboles y vigila el equipaje y el caballo. Yo voy a llegarme hasta el Monte Sumeru a solicitar la ayuda del Bodhisattva.

- Si ése es tu deseo... - replicó Ba-Chie -. Márchate cuanto antes y no te preocupes por mí. Domino a la perfección la táctica de la tortuga: cuando no hay necesidad de sacar la cabeza, lo mejor es mantenerla dentro.

De un salto el Gran Sabio montó en una nube y se dirigió hacia el sur. Su velocidad era tanta que, antes de que hubiera sacudido un poco la cabeza, había recorrido ya seis mil kilómetros, distancia que se multiplicó por tres en cuanto hubo sacudido imperceptiblemente el torso. No tardó, pues, en ver una montaña muy alta envuelta en un manto de neblina y nubes sagradas. En un lugar protegido de la misma se levantaba un templo, del que salía el armonioso sonido de las campanas y gongs, acompañado por las caprichosas volutas del incienso. Al acercarse a la puerta, el Gran Sabio vio a un taoísta con un collar alrededor del cuello que no paraba de recitar los nombres de Buda. Llegándose hasta él, el Peregrino dijo:

- Recibid mi humilde saludo.

- ¿De dónde venís, hermano? - preguntó el Taoísta, devolviéndole respetuosamente el saludo.

- ¿Es aquí donde expone sus doctrinas el bodhisattva Ling - Chi? - inquirió, a su vez, el Peregrino.

- Así es - reconoció el Taoísta -. ¿Deseáis hablar con alguien?

- Os estaría muy agradecido, si tuvierais la delicadeza de anunciarme - respondió el Peregrino -. Soy discípulo de Tripitaka, Maestro de la Ley y hermano del Gran Emperador de los Tang, de las Tierras del Este. Aunque en un tiempo fui conocido como Sun Wu-Kung, el Gran Sabio, Sosia del Cielo, ahora me llamo simplemente el Peregrino. Tened por seguro que, si no tuviera un asunto muy importante que tratar con el Bodhisattva, jamás habría osado venir a solicitarle una audiencia.

- Me temo - dijo el Taoísta, sonriendo tímidamente - que me habéis ofrecido una presentación demasiado larga para mi frágil memoria. Lo lamento, pero no podré recordar cuanto me habéis dicho.

- En ese caso - le tranquilizó el Peregrino -, decid simplemente que acaba de llegar Sun Wu-Kung, el discípulo del monje Tang.

El Taoísta no tuvo dificultades en memorizar ese nombre y corrió al salón de las enseñanzas a anunciar su llegada al Bodhisattva, que se cambió inmediatamente de túnica y ordenó quemar un poco más de incienso en deferencia a tan digno visitante. Impaciente, el Gran Sabio se llegó hasta la puerta y atisbo con cuidado por una rendija. El salón era francamente magnífico. Adondequiera que se dirigiera la vista se veían bordados y sedas, que otorgaban a todo el conjunto un aspecto de solemnidad y grandeza. Mientras los discípulos recitaban el Sutra del Loto, el maestro que los guiaba golpeaba suavemente el gong de oro. Delante de la imagen de Buda aparecían ofrendas de frutas y flores inmortales, junto con viandas y caprichos vegetarianos. Las llamas de los candelabros eran tan brillantes como arco iris que quisieran competir en belleza con el humo de color jade del aromático incienso. En un ambiente tan sereno era fácil asimilar las enseñanzas y después meditar sobre ellas, caminando por entre los pinos

que rodeaban el monasterio. Una vez muerto Mará, la espada de la sabiduría retornó lentamente a su vaina. Su envidiable perfección reinaba de una forma admirable en aquella selecta asamblea.

El Bodhisattva se estiró las ropas antes de dar la bienvenida al Peregrino, que tomó el asiento de los invitados. Casi inmediatamente se le ofreció un vaso de té, pero él lo rechazó, diciendo:

- No dispongo de mucho tiempo. La vida de mi maestro corre un grave peligro en la Montaña del Viento Amarillo. Ése es el motivo por el que me he atrevido a venir a pedirlos que hagáis uso del extraordinario poder de vuestro dharma, con el fin de derrotar a la bestia que le tiene encarcelado.

- Una petición muy justa - reconoció el Bodhisattva -. El mismo Tathagata me ha ordenado llamar al orden al Monstruo del Viento Amarillo. Para ello me ha entregado una perla capaz de detener toda clase de vientos y un bastón conocido como del dragón volador. Hace muchos años me valí de ellos para poner fin a sus destructoras correrías. Si entonces no acabé con su vida fue porque él mismo prometió retirarse a la montaña que ahora habita y no volver a matar a nadie. Lo que menos me esperaba, por tanto, es que fuera a secuestrar a tu maestro y a empezar a transgredir la ley. He de reconocer que fui un ingenuo al confiar en la palabra de un monstruo.

El Bodhisattva insistió en que le fuera servido al Peregrino algo de comer pero éste lo rechazó una vez más, habida cuenta del peligro que corría su maestro. Al Bodhisattva no le quedó, pues, más remedio que tomar el Bastón del Dragón Volador y elevarse por las nubes en compañía del Gran Sabio. En un abrir y cerrar de ojos llegaron a la Montaña del Viento Amarillo y el Bodhisattva le dijo al Peregrino:

- Creo que lo mejor será que me quede aquí arriba, mientras tú vas a retarle. Me tiene tanto miedo que, si me ve, no se atreverá a salir. Es esencial sacarle de su guarida para que yo pueda ejercer mi poder.

El Peregrino aceptó la sugerencia y descendió al punto de la nube. Sin esperar a ser anunciado, cogió la barra de hierro y destrozó con ella la puerta de la cueva, mientras gritaba acalorado:

- ¡Devuélveme inmediatamente a mi maestro, monstruo maldito!

Los demonios encargados de proteger la caverna estaban tan aterrados que corrieron a informar a su señor, diciendo:

- El mono ha hecho añicos nuestras defensas.

- Se ve que esa bestia no tiene ni idea de la etiqueta - comentó el monstruo, malhumorado -. En vez de venir a provocarme, ha decidido echar abajo las puertas de mi caverna. Él se lo pierde, porque, por maleducado, voy a destrozarle con mi viento sagrado.

De nuevo se puso la armadura y echó mano del tridente. Al ver al Peregrino, lanzó contra su pecho, sin previo aviso, un golpe tremendo. Afortunadamente el Gran Sabio se hizo a un lado y lo esquivó, contraatacando inmediatamente con la barra de hierro. Apenas habían luchado un par de asaltos, cuando el monstruo movió la cabeza hacia el sudoeste y llenó los pulmones de aire. En ese mismo momento el Bodhisattva arrojó desde lo alto el Bastón del Dragón Volador y recitó el correspondiente conjuro. Al instante se convirtió en un dragón de oro de ocho zarpas, con las que agarró al monstruo por la cabeza y le lanzó dos o tres veces seguidas contra las rocas del acantilado. La bestia adquirió entonces la forma que le era habitual y se transformó en un visón de pelaje rojizo. El Peregrino levantó la barra de hierro con ánimo de rematarle, pero el Bodhisattva se lo impidió, gritando:

- No le hagas ningún daño, porque tengo que conducirlo ante Tathagata. Como tú mismo puedes ver, este monstruo no era más que un vulgar roedor de la Montaña del

Espíritu que llegó a conocer la luz del Tao. Pero no pudo dominar del todo su natural salvaje y robó un poco del aceite puro que contiene el cáliz de cristal. Temiendo ser apresado por los vajra, huyó de allí a toda prisa. Tathagata opinó, sin embargo, que no era reo de muerte y me encargó traerle a esta región. Lo que nadie sospechaba es que fuera a enfrentarse contigo y tratara de devorar al monje Tang. Con ello su culpabilidad ha quedado definitivamente establecida y es preciso, por tanto, que Tathagata emita su sapientísima sentencia.

El Peregrino apenas tuvo tiempo de mostrar su agradecimiento al Bodhisattva. En cuanto hubo acabado de hablar, se elevó por los aires y se dirigió hacia el oeste. Ajeno a todo esto, Chu Ba-Chie estaba preguntándose qué tal le habría ido al Peregrino, cuando oyó que alguien le llamaba, diciendo:

- Trae el caballo y el equipaje, hermano Wu-Neng.

Reconociendo inmediatamente la voz del Peregrino, el Idiota corrió hacia la arboleda y le preguntó:

- ¿Qué tal te ha ido todo?

- Invité a venir al bodhisattva Ling - Chi y él mismo se ha encargado de capturar al monstruo con el Bastón del Dragón Volador - contestó el Peregrino -. La bestia no era más que un pequeño visón rojizo que llegó a alcanzar la perfección. Por eso, el Bodhisattva ha querido llevarle a la Montaña del Espíritu, para que Tathagata decida sobre su suerte. Vamos a la caverna a liberar a nuestro maestro.

El Idiota estaba encantado. En compañía del Peregrino, se lanzó a la conquista de la caverna, matando a todas las liebres, raposas y ciervos que se pusieron en su camino. Sin pérdida de tiempo se llegaron hasta el jardín de la parte de atrás y liberaron, por fin, a su maestro, que les preguntó, mientras salían:

- ¿Cómo os las habéis arreglado para capturar al monstruo?

El Peregrino relató entonces cómo había acudido al Bodhisattva en busca de ayuda y el maestro se lo agradeció de todo corazón. En la caverna encontraron algo de comida vegetariana y dieron buena cuenta de ella acompañándola con arroz y té. Después de comer se pusieron nuevamente en camino hacia el Oeste. No sabemos qué ocurrió a continuación. Quien quiera averiguarlo deberá escuchar las explicaciones que se ofrecen en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XXII

BA-CHIE LUCHA FERROZMENTE EN EL RÍO DE ARENA. MOKSA SOMETE A WU-CHING

El monje Tang y sus dos discípulos tardaron solamente un día en dejar atrás la Montaña del Viento Amarillo. Su camino transcurrió entonces a través de una inmensa meseta. El verano estaba tocando a su fin y se anunciaba ya la inminente llegada del otoño. Cuando vieron a la caída del primer día fue un grupo de saucos sobre el que agonizaban las cigarras y la gran bola de fuego que se desplazaba hacia el Oeste. Los viajeros no tardaron en toparse con un inmenso río de turbulentas aguas, cuyas olas recordaban las del mar.

- Mirad qué extensión tan vasta de agua se abre ante nosotros - exclamó Tripitaka -. ¿Cómo vamos a cruzarlo, si no hay por aquí ningún bote?

- Es demasiado turbulento para embarcaciones como las que decís - replicó Ba-Chie, mirando detenidamente a su alrededor.

El Peregrino, por su parte, se elevó por los aires y, usando la mano como pantalla, atisbo con cuidado la distancia. Incluso él mismo se sintió desanimado por lo que vio y

dijo:

Es extremadamente difícil vadear este río. No hablo, ciertamente, por mí, sino por vos, maestro. Como comprenderéis, yo podría atravesarlo con una simple sacudida del cuerpo, pero para vos es prácticamente imposible llegar a la otra orilla.

- No me extraña - reconoció Tripitaka -. Ni siquiera puedo verla desde aquí. ¿Sabes qué anchura tiene?

- Ochocientas millas aproximadamente - contestó el Peregrino.

- ¡Vamos! - se burló Ba-Chie -. ¿Cómo puedes determinarlo con tanta exactitud?

- A decir verdad - explicó el Peregrino - mis ojos pueden distinguir el bien del mal a una distancia de mil millas a plena luz del día. Cuando me encontraba ahí arriba hace un par de minutos, me fue imposible contemplar la longitud total del río, pero puedo asegurarte que su anchura ronda las ochocientas millas. Créeme.

Suspirando con manifiesta preocupación, Tripitaka tiró de las riendas y vio que en la orilla había una placa de piedra. Los tres se acercaron a ella y descubrieron que decía simplemente: "El Río de la Corriente de Arena". Un poco más abajo, no obstante, se ampliaban tan pocos datos con una caligrafía llamativamente inferior.

"El Río de la Corriente de Arena" se afirmaba "posee una anchura de ochocientas millas y una profundidad de tres mil. Sus aguas son tan voraces que ni una pluma de ganso puede mantenerse en ellas a flote. ¿Qué hay de extraño, pues, en que los juncos se hundan hasta el fondo?".

Mientras el maestro y sus discípulos leían tan curiosa inscripción, se agitaron de pronto las aguas del río y, levantando olas tan altas como las montañas, surgió de su seno un monstruo de salvaje y horripilante apariencia. Su cabeza estaba totalmente cubierta de una desmelenada cabellera que recordaba una hoguera; sus redondos ojos poseían un brillo tal que parecían lámparas recién encendidas; su rostro tenía una coloración azulada que a veces daba la impresión de ser negruzca o verde, para no parecer ni una cosa ni otra al minuto siguiente; su voz, finalmente, era la de un dragón y traía a la mente reminiscencias de tormenta o batir de tambores. Vestía una capa de color amarillento claro y llevaba anudada a la cintura una especie de falda hecha con juncos blancos. Un collar de nueve calaveras adornaba su pecho y, cosa sorprendente, en sus manos sostenía un espléndido báculo de corte sacerdotal.

Como un ciclón, la bestia se volvió hacia la orilla y se lanzó contra el monje Tang. Afortunadamente el Peregrino le agarró por los hombros y, de un salto, le llevó a un lugar más elevado y seguro. Ba-Chie, por su parte, dejó a un lado el equipaje y, echando mano del tridente, descargó un golpe terrible sobre su adversario. El monstruo lo detuvo diestramente con su báculo, dando así comienzo a una espléndida batalla en las orillas mismas del Río de Arena. Mortales enemigos eran, en verdad, el tridente de las nueve puntas y el báculo destructor de bestias. Quienes de armas tan extraordinarias se valían no tenían, nada que envidiarse, pues, si uno era el Mariscal de los Juncales Celestes, el otro ostentaba el título de Capitán Imperial Encargado-de-levantar-la-cortina. Antaño se habían encontrado más de una vez en el Salón de la Niebla Divina y ahora medían sus fuerzas a orillas de un río inmenso. El tridente de éste recordaba a un dragón abriendo sus terribles zarpas, mientras que el báculo de aquél traía a la mente la inquebrantable fortaleza de un elefante. Ambos mantenían en tensión todos sus miembros, tratando con cada golpe de quebrar la frágil jaula que formaban las costillas. Sus ataques no iban, de todas formas, dirigidos exclusivamente contra el pecho. El rostro y la cabeza eran también altamente codiciados por el mortal acero de sus armas. Los golpes se sucedían sin descanso ni pausa, dejando bien a las claras que, si uno era el espíritu devorador de hombres del Río de Arena, el otro tenía como única meta la consecución de la verdad y el establecimiento de la Ley y la Fe.

Durante más de veinte asaltos cruzaron sus armas, sin que ninguno de los dos pudiera arrogarse una clara ventaja. Durante todo ese tiempo el Gran Sabio se mantuvo al margen, protegiendo al monje Tang y cuidando del caballo y el equipaje. Pero a medida que pasaba el tiempo y veía la tremenda concentración que tanto el monstruo como Ba-Chie ponían en la lucha, la impaciencia se fue apoderando de él y empezó a frotarse las manos y a rechinarle los dientes. Finalmente no pudo aguantarlo más y, sacando la barra de hierro, dijo a su maestro:

- Sentaos aquí y no tengáis miedo. Creo que ha llegado el momento de que yo también vaya a jugar con esa bestia un poquito.

En vano le suplicó el maestro que se quedara a su lado. El Peregrino dio un grito y se lanzó a la refriega de un salto. El monstruo y Ba-Chie estaban tan enzarzados en la lucha que parecía que nadie iba ser capaz de separarlos. El Peregrino se las arregló, sin embargo, para meterse entre los dos y asestar al monstruo un golpe terrible en la cabeza. La bestia se tambaleó lastimosamente, pero logró saltar al agua y no tardó en desaparecer entre el oleaje del Río de Arena. Ba-Chie se puso furioso y, encarándose con el Peregrino, le preguntó:

- ¿Por qué has hecho eso? ¿Es que te mandó alguien venir? El monstruo se encontraba ya al límite de sus fuerzas. ¿No viste con qué dificultad esquivaba mis ataques? Otros cuatro o cinco asaltos más y le hubiera derrotado. ¿Por qué tuviste que lanzarte sobre él? Le asustaste con tus ojos de fuego y huyó como un cobarde, ¿Quieres explicarme qué vamos a hacer ahora?

- Reconozco que he obrado mal - admitió el Peregrino -. Pero deberías comprender que llevo más de un mes sin usar la barra de hierro. De hecho, no había vuelto a cogerla desde que derroté al Monstruo del Viento Amarillo. Al ver la perfección de tus golpes, sentí envidia y me lancé, sin pensarlo, a la refriega. Era como si mis pies no me obedecieran y mis brazos hubieran optado por seguir una vida distinta a la mía. Sólo quería divertirme un poco, te lo aseguro. Lo que no me esperaba es que ese dichoso monstruo fuera tan cobarde. Ahora ni de las bestias puede fiarse ya uno.

Esas palabras hicieron soltar la carcajada a Ba-Chie. Todo su enfado se desvaneció en un instante, como el humo, y, agarrando al Peregrino de la mano, le llevó al lado del monje Tang, sin dejar de bromear ni un solo segundo.

- ¿Habéis capturado ya al monstruo? - preguntó Tripitaka.

- Me temo que no - contestó el Peregrino -. No resistió nuestro ataque y se refugió en la turbulencia de las olas de este malhadado río.

- Seguro que ese monstruo lleva muchos años viviendo aquí - dijo Tripitaka, esperanzado -. Por fuerza tiene que conocer las porciones menos profundas de este inmenso caudal de agua. Con ello quiero decir que podría sernos de muchísima ayuda a la hora de vadearlo. Mirándolo bien, no se ve el más mínimo bote por ningún sitio y necesitamos que alguien nos lleve a la otra orilla. ¿Quién mejor que él, que conoce perfectamente toda esta región?

- Tenéis razón - admitió el Peregrino -. Como muy bien afirma el proverbio, "quien está cerca del cinabrio se tiñe de rojo y quien anda entre la tinta acaba manchándose de negro". Ese monstruo tiene que conocer bien estas aguas. Cuando le cacemos, le perdonaremos la vida y, así, podrá llevaros a la otra parte del río.

- ¿A qué estás esperando? - exclamó Ba-Chie -. Vete a por el, mientras yo cuido de nuestro maestro.

- Aunque no lo creas - replicó el Peregrino -, no es ninguna balandronada eso de atrapar a la bestia en su propio ambiente. Puedo, de hecho, hacerlo de dos maneras: bien usando el conjuro para apartar las aguas, bien convirtiéndome en un pez, en una gamba, en un cangrejo, en una tortuga. De todas formas, tengo que reconocer que me desenvuelvo

mucho mejor en tierra firme o en el aire que dentro del agua. Simplemente no es mi estilo guerrear en un medio tan denso como ése.

- Eso mismo me pasa a mí - dijo Ba-Chie -. Cuando desempeñaba el cargo de Mariscal del Río Celeste, tenía bajo mi mando una fuerza que superaba con mucho los ochenta mil hombres. Llegué, de hecho a adquirir un conocimiento bastante profundo de ese elemento, pero me temo que el monstruo pueda contar ahí abajo con la ayuda de algún aliado poderoso. ¿Cómo voy a hacerle frente, si me salen al encuentro sus siete u ocho parientes más cercanos? ¿Te imaginas lo que sería de mí, si me atraparan?

- Si lo que quieres decir con tanta palabrería es que te gustaría meterte en el agua, por mí no hay ningún inconveniente - contestó el Peregrino -. Es más, te sugeriría que le hicieras salir de su mundo y así podría ayudarte yo desde fuera. .

- Excelente idea - exclamó Ba-Chie -. Allá voy.

Al punto se quitó los zapatos y la túnica de seda azul, agarró el tridente con las dos manos y se abrió camino por las aguas. Valiéndose del conocimiento que había adquirido en el pasado, fue saltando de ola en ola hasta llegar al mismísimo lecho del río.

El monstruo, mientras tanto, se había retirado a su mansión con el amargo sabor de la derrota en los labios. Había empezado a recobrar las fuerzas, cuando oyó que alguien sacudía con manifiesta pericia las aguas. Levantó la vista y vio acercarse a Ba-Chie con el tridente. Cogió a toda prisa el báculo y salió a su encuentro, gritando:

- ¿Adonde crees que vas, monje entrometido? ¿No sabes que puedo destrozarte con este bastón?

- ¿Y tú cómo te atreves a entorpecer nuestro camino? - replicó Ba-Chie parando oportunamente el golpe de su adversario.

- ¿Así que no me conoces? - exclamó el monstruo -. Sábetete que yo no soy ningún demonio y que poseo un nombre y unos apellidos muy concretos.

- Si, como dices, no eres un diablo, ¿cómo es que te dedicas a matar gente? - preguntó Ba-Chie -. Dime cómo te llamas y, a lo mejor, te perdono la vida.

- Desde el momento mismo de mi nacimiento - explicó el monstruo - he poseído un espíritu de envidiable fortaleza, que me ha movido a recorrer el mundo entero. Por doquier se me recuerda como un héroe valeroso al que todos tratan de emular. El número de naciones que he visitado es prácticamente incontable, lo mismo que el de lagos y mares que he vadeado. Hasta el mismísimo confín del cielo me llegué con el fin de aprender el Tao, y hollé la superficie de toda la tierra con el único propósito de encontrar un buen maestro en ese arte. Durante muchos años pedí limosna, cubierto de harapos como si fuera un mendigo. Ni un solo día descuidé mi formación espiritual. No es extraño, por tanto, que recorriera la tierra centenares de veces, como si fuera una nube viajera. Sin embargo, en todo ese tiempo sólo me topé con un inmortal auténtico, que me enseñó el Gran Sendero de la Luz Dorada. Con absoluta dedicación me lancé a la mezcla de las esencias del riñón y el corazón, y a la mutación del mercurio y el plomo 1. De esta forma, el agua renal fue pasando lentamente del Salón Luminoso 2 al Estanque de las Flores, y el fuego hepático se precipitó sobre el corazón desde lo alto de la Torre de los Doce Anillos 3. Adquirí en aquel tiempo tantos méritos que se me permitió mirar de frente al cielo y me fue concedido inclinar la cabeza en el Salón de la Luz. El Emperador de Jade me colmó de honores, nombrándome Capitán-que-levanta-la-cortina. Nadie gozaba de mayor estima que yo en el Palacio de la Niebla Divina y a nadie se concedieron tantos honores en la Puerta Sur como a mí. De mi cintura colgaba el Escudo de la Cabeza de Tigre y mis manos jugueteaban continuamente con el Báculo de Destruir Demonios. El yelmo de oro que cubría mi cabeza brillaba más que la mismísima luz del día, mientras que de mi armadura salían potentes rayos que

atravesaban, incluso, las nieblas Celestes. No en balde era el jefe de todos los guardianes del trono y era considerado el primero de los servidores de la corte. Cuando Wang-Mu ofreció el Festival de los Melocotones a sus ilustres huéspedes en el Estanque de Jaspe, rompí sin querer un vaso de jade y todos los rostros se volvieron, iracundos, hacia mí. El mismo Emperador Celeste se puso furioso y convocó en seguida al consejo, que decidió privarme de todas mis atribuciones y sufrir después la pena de muerte. Sólo el Gran Inmortal de los Pies Descalzos salió en mi favor, solicitando respetuosamente la conmutación de la pena. Gracias a él me libré de la muerte, aunque se me expulsó de los cielos y hube de buscar refugio a orillas del Río de Arena. Cuando tengo hambre, sacudo las olas en busca de comida, y me dejo llevar mansamente por la corriente, cuando estoy saciado. No hay pescador que me vea que no acabe en mi estómago, suerte que corren también los caminantes que se acercan demasiado a mí. Son incontables los hombres que he devorado y las ofensas que he cometido contra el cielo, al destruir toda clase de vida Puesto que has osado traer la violencia hasta mi propia puerta, tú mismo terminarás tus días en mi estómago. No me importa que tu carne sea un poco dura. En cuanto te haya cazado, te haré picadillo y confeccionaré contigo una salsa exquisita.

- ¡Maldita bestia! - gritó Ba-Chie, furioso por lo que acababa de oír -. Se ve que no sabes distinguir tu mano izquierda de la derecha. A la gente se le hace la boca agua, en cuanto me ve, ¿y tú dices que mi carne es un poco dura y que piensas hacerme picadillo para confeccionar una salsa exquisita? Si tuvieras un poco más de vista, te darías cuenta de que lo que tienes delante es una excelente pieza de panceta. Así que ten cuidado con lo que dices, si no quieres tragarte este tridente.

Cuando el monstruo vio el golpe que se le venía encima, se sirvió del estilo del "fénix que mueve la cabeza" para esquivarlo. Los dos se lanzaron entonces a la lucha, pisoteando las aguas y saltando ágilmente de ola en ola. El combate que ahora iniciaron fue, de alguna manera, diferente del que habían sostenido horas antes. Tanto el Capitán-que-levanta-la-cortina como el Mariscal de los Juncales Celestes poseían extraordinarios conocimientos de técnicas mágicas. Si uno blandía con inimitable maestría el Báculo de Destruir demonios, el otro no le iba a la zaga en el manejo del tridente. Las olas que levantaban en sus continuos desplazamientos por las aguas eran de tal magnitud que cubrían las montañas y sumían todo el cosmos en una acuosa oscuridad. Ninguno de los dos contendientes olvidaba la causa por la que luchaba, tratando, uno, de proteger al monje Tang, y otro, de seguir siendo el señor de las aguas. Un solo golpe del tridente era capaz de producir en su víctima nueve heridas mortales, mientras que el báculo muy bien podía hacer desaparecer al espíritu de un hombre. Aquella era una batalla por la supervivencia y los dos guerreros midieron sus armas con la única intención de ganar. Estaba en juego la suerte del buscador de escrituras. La fiereza del combate era tal que las carpas y percas perdieron las escamas, y las tortugas sufrieron irreparables daños en sus conchas. Todas las gambas y cangrejos que habitaban en aquel río perdieron la vida. Los dioses del agua estaban tan aterrados que suplicaron la clemencia del cielo. Todo cuanto se oía era el rolar de las olas y los continuos envites de los luchadores, que, de alguna manera, recordaban el bramido del trueno. El cosmos estaba sumido en tal confusión que hasta el sol y la luna dejaron de brillar. El combate se prolongó durante más de dos horas sin que se vislumbrara un claro vencedor. Era como si un puchero de cobre se estuviera enfrentando con una escoba de hierro, o un gong de jade hubiera retado a una campana de oro.

Durante todo ese tiempo el Gran Sabio permaneció al lado del monje Tang. Con ojos saltones por la excitación observaba la formidable lucha que se desarrollaba sobre el agua, pero no se atrevió a moverse del sitio. Ba-Chie pareció de pronto perder terreno y,

fingiéndose derrotado, se dio media vuelta y huyó hacia la costa oriental. El monstruo salió en seguida en su persecución. Cuando estaba a punto de alcanzar la orilla del río, el Peregrino no pudo aguantar más. Dejó al maestro a su suerte, cogió la barra de hierro y, saltando entre los juncos, propinó al monstruo un golpe tremendo en la cabeza. Tambaleante, la bestia se negó a enfrentarse a él y decidió buscar refugio en las aguas.

- ¡Maldito "pi-ma"! - gritó Ba-Chie, furioso -. ¿Cómo puedes ser tan impulsivo? ¿Es que eres incapaz de tener un poco de paciencia? Si hubieras esperado a que le hubiera llevado un poco más arriba, le habríamos cortado el camino de vuelta al agua y le habríamos echado mano sin ninguna dificultad. ¿Cómo crees que vamos a hacerle salir otra vez de su escondite?

- Deja de gritar y vamos a hablar primero con nuestro maestro - sugirió el Peregrino. Malhumorado, Ba-Chie siguió a Wu-Kung hasta el lugar en el que les estaba esperando Tripitaka.

- Me figuro que debes de estar muy cansado - dijo, al verle, el maestro.

- Lo que menos me preocupa ahora es la fatiga - replicó Ba-Chie -. Es preciso que dominemos al monstruo cuanto antes y que nos conduzca al otro lado del río. Solamente entonces podremos pensar en descansar.

- ¿Qué tal te ha ido el combate con el monstruo? - preguntó Tripitaka.

Es un luchador casi tan bueno como yo y ninguno de los dos éramos capaces de obtener una clara ventaja sobre el otro. Por eso decidí cambiar de táctica y fingí estar al límite de mis fuerzas. Él salió en persecución mía, pero, al ver a Wu-Kung con la barra en alto, se asustó y volvió a refugiarse en las aguas.

- ¿Qué vamos a hacer ahora? - exclamó Tripitaka, preocupado.

- No os preocupéis por eso - trató de tranquilizarle el Peregrino -. Se está haciendo tarde y lo mejor que podemos hacer es descansar un poco. Sentaos en esa roca, mientras voy en busca de algo de comer. Ya encontraremos mañana una solución para nuestro problema. Con el estómago lleno se suele pensar mucho mejor.

- Tienes razón - admitió Ba-Chie -. Cuanto antes te marches, antes volverás.

Sin pérdida de tiempo el Peregrino montó en una nube y se dirigió hacia el norte con el fin de mendigar una escudilla de comida vegetariana para su maestro. No tardó en encontrar a una familia caritativa y regresó a toda prisa al lado de Tripitaka, que le dijo:

- ¿Por qué no vamos todos a la casa que acaba de darte esta limosna y preguntamos cómo cruzar el río? Mirándolo bien, es mucho más fácil que luchar con un monstruo. ¿No os parece?

- La casa de la que habláis está muy lejos de aquí - contestó el Peregrino, soltando la carcajada -. Calculo que nos separan de ella seis o siete mil millas. Es imposible que allí conozcan algo sobre este río. ¿Para qué perder el tiempo preguntándoles?

- ¡Cuidado que eres fanfarrón, hermano! - le echó en cara Ba-Chie -. ¿Cómo vas a haber cubierto tan rápidamente una distancia de seis o siete mil millas?

Se nota que no estás al tanto de mis paseos por las nubes - le explicó el Peregrino -. Aunque no lo creas, de un solo salto puedo recorrer ciento ocho mil millas. Así que, para cubrir seis o siete mil, lo único que tengo que hacer es mover un poco la cabeza y sacudir la cintura. No sé, la verdad, de qué te extrañas.

Si es tan fácil como dices - concluyó Ba-Chie -, deberías cargar el maestro y llevarle, sin más, a la otra orilla. ¿Para qué seguir luchando con el monstruo?

- ¿Por qué no lo haces tú? - replicó el Peregrino -. ¿Acaso no sabe navegar por las nubes?

- Me temo - respondió Ba-Chie - que la naturaleza mortal de nuestro maestro es tan pesada para mí como el monte Tai. Estoy seguro de que, con él a las espaldas, sería totalmente incapaz de elevarme por los aires. Hay una gran diferencia entre tus saltos y

mi manera de andar por ahí arriba.

- Básicamente son la misma cosa - explicó el Peregrino -. La única diferencia que hay entre ellos es que mis saltos pueden cubrir mayores distancias en menos tiempo. ¿Qué te hace pensar que yo puedo cargar con nuestro maestro, cuando tú eres incapaz de hacerlo? Existe un proverbio que dice: "Intenta mover el monte Tai y descubrirás que es tan liviano como una semilla de mostaza. Trata, sin embargo, de llevar sobre tus espaldas a un mortal y verás que no puedes moverte del sitio". Este monstruo de aquí, por ejemplo, conoce conjuros capaces de producir grandes huracanes, pero, a pesar de su fuerza, no puede levantar por el aire a ningún hombre. Por supuesto, yo conozco infinidad de trucos, que van desde hacerme invisible a acortar considerablemente las distancias, pero no puedo emplear ni uno solo en beneficio de nuestro propio maestro. ¿Sabes por qué? Porque es preciso que pase toda suerte de calamidades antes de verse liberado para siempre de este mar de infortunios. Por eso, cada paso que da se torna cada vez más difícil. Tú y yo no somos más que dos vulgares protectores de su vida, incapaces de ahorrarle todas estas calamidades u obtener por nosotros mismos las escrituras. Incluso si pudiéramos presentarnos ahora mismo ante Buda, estoy convencido de que no nos concedería lo que vamos a buscar, porque, como muy bien reza el adagio, "lo que se consigue con facilidad muy pronto cae en el olvido".

Cuando el Idiota escuchó esas palabras, las aceptó con sumisión, como si de una auténtica enseñanza se tratara. Se acercó después a su maestro y juntos prepararon una comida vegetariana. En cuanto la hubieron concluido, se retiraron a descansar a la orilla oriental del Río de Arena. A la mañana siguiente Tripitaka preguntó a Wu-Kung:

- ¿Qué vamos a hacer hoy?

- Me temo que no mucho - contestó el Peregrino -. En lo que a Ba-Chie respecta, tendrá que meterse otra vez en el agua.

- Es, francamente, increíble - exclamó Ba-Chie, un tanto malhumorado -. Te gusta estar siempre limpio y resulta que soy yo el que tengo que meterme en el agua.

- Te prometo que esta vez no seré tan impulsivo - dijo el Peregrino -. Esperaré a que le hayas traído hasta aquí arriba y entonces le cortaré la retirada. Así podremos atraparlo.

Ba-Chie se aseó lo mejor que pudo y, agarrando el tridente con las manos, se llegó hasta la orilla del río. Abrió un sendero por las aguas y se dirigió a la mansión del monstruo, como había hecho la vez anterior. La bestia acababa de despertarse, cuando oyó el chapoteo del agua. Se volvió a toda prisa y vio a Ba-Chie acercarse con el tridente. Sin pensarlo dos veces, dio un salto y trató de cerrarle el camino, gritando:

- Detente inmediatamente, si no quieres probar el poder destructor de mi báculo.

Ba-Chie levantó a tiempo el tridente y, tras esquivar el golpe, preguntó:

- ¿Quieres explicarme qué clase de arma es un bastón vulgar?

- Se nota que los tipos como tú no saben apreciar lo que tiene auténtico valor - replicó el monstruo -. Este báculo ha gozado durante siglos de justa fama. Formó al principio parte de un árbol de hoja perenne plantado en la luna. Wu-Kang le desgajó una rama y Lu-Pan se encargó de convertirla en un báculo, sirviéndose de su extraordinaria capacidad de artesano. Su parte central está constituida por un trozo de oro puro, alrededor del cual se han ido desarrollando ristas de perlas. No en vano es conocido por doquier como un tesoro para acabar con los demonios. Durante mucho tiempo formó parte del arsenal del Palacio de la Niebla Divina, ya que se trataba de un arma inestimable para dominar a las bestias. El Emperador de Jade me la confió después de ser nombrado capitán y puedo asegurarte que sus poderes superan con mucho su fama. A voluntad se alarga, se acorta y cambia de grosor. Se comprende, pues, que jamás me haya desprendido de ella ni para asistir al Festival de los Melocotones, ni para tomar parte en las audiencias del emperador. Ha visto inclinarse a muchos inmortales y sabios,

cuando se elevaba la cortina que separaba al Señor del Cielo de sus súbditos. Se trata, en definitiva, de un arma celeste de extraordinario poder, con la que no puede compararse ningún artefacto humano. Ni siquiera cuando se me expulsó del Palacio Divino me resigné a perderla y ha vagado desde entonces conmigo por todos los mares. Posiblemente no debiera enorgullecerme tanto, pero la verdad es que ni las espadas ni las lanzas hechas por el hombre pueden compararse con este báculo. Echa un vistazo, si no, a ese tridente oxidado que llevas en las manos. Para lo único que sirve es para azadonar los campos.

- ¡Maldito monstruo! - exclamó Ba-Chie, soltando la carcajada -. ¿Así que sólo vale para azadonar campos, eh? Espera un momento y te convencerás de que es más mortífera de lo que piensas. Sus nueve puntas son tan aceradas que, si no terminan con tu sucia vida, te producirán una infección crónica.

El monstruo levantó los brazos y se lanzó contra Ba-Chie. El combate se inició en el fondo del río, pero sus momentos más cruentos tuvieron lugar en la superficie. El báculo y el tridente volvieron a medirse de una forma más fiera que en las dos ocasiones anteriores. Por no perder ni un solo átomo de energía, los dos contendientes no intercambiaron palabra alguna. Decididos a ganar, levantaron un terrible oleaje que hablaba a las claras de su obsesión de victoria; las aguas del Río de Arena se tornaron de pronto tan destructoras como la acción del veneno. Los resuellos de los luchadores se oían a varias millas a la redonda. ¡Con cuánta ferocidad se movía el tridente y con qué maestría replicaba el báculo! Uno trataba de arrastrar a su oponente hacia la orilla, mientras el otro buscaba atraerle al centro del río, para que allí la corriente le ahogara. Parecían dioses del trueno empeñados en hacer enloquecer de miedo a los dragones y peces. Hasta los dioses y los demonios sintieron terror, al ver oscurecerse los cielos.

La batalla duró más de treinta encuentros, pero ninguno de los luchadores se mostró superior al otro. Ba-Chie volvió entonces a fingirse otra vez derrotado y huyó arrastrando penosamente el tridente. Pateando las olas, el monstruo corrió tras él, pero se detuvo a la misma orilla del río.

- ¡Maldita bestia! - gritó Ba-Chie, dándose la vuelta -. ¿Por qué no vienes aquí? Se lucha mucho mejor en terreno firme.

- No - replicó el monstruo, sacudiendo la cabeza -. Estás tratando de llevarme hasta ahí, para que tu compañero me corte la retirada. ¿Crees que no me he dado cuenta de tu juego? Si quieres proseguir el combate, tendrás que volver al agua.

El monstruo se había vuelto muy perspicaz y se negó a llegarse hasta la orilla, insultando a Ba-Chie desde la misma línea del agua - Cuando el Peregrino se convenció de que el monstruo no estaba dispuesto a abandonar la corriente, se puso furioso y toda su obsesión era capturarle cuanto antes. Sin poder contener su impaciencia, se volvió a Tripitaka y le dijo:

- Sentaos aquí, mientras hago sentir a esa bestia el terror de quien cae en poder de un águila - y, dando un salto en el aire, se lanzó contra el monstruo, que todavía seguía intercambiando insultos con Ba-Chie.

Al oír acercarse una especie de brisa, se dio media vuelta y vio al Peregrino descendiendo de lo alto a la velocidad del rayo. Cogió el báculo a toda prisa y se perdió entre las aguas. Impotente, el Peregrino recorrió la orilla una y otra vez, y al fin dijo a Ba-Chie:

- Ese monstruo es más inteligente de lo que habíamos pensado. -. ¿Qué podemos hacer para obligarle a salir de su escondite?

- Lo más desazonador es que no puedo con él - confesó Ba-Chie -.

Nuestras fuerzas están demasiado equilibradas para que alguien salga vencedor. ¡Nadie puede acusarme de no haber sido diligente!

- Lo mejor que podemos hacer es ir a hablar con nuestro maestro - concluyó el Peregrino, y, llegándose hasta el terreno alto en el que estaba descansando el monje Tang, le informaron de todo lo ocurrido.

- ¿Cómo vamos a cruzar este río - preguntó Tripitaka con los ojos anegados en lágrimas -, si es tan difícil capturar al monstruo?

- No os preocupéis, maestro - dijo el Peregrino, tratando de tranquilizarle -. Aunque ese monstruo se ha mostrado más inteligente de lo que en un principio pensábamos, tened la seguridad de que terminaremos con él. Por supuesto, no vamos a cometer la imprudencia de volver a retarle. Bastantes fuerzas hemos desperdiciado ya a lo tonto. No. He pensado en algo más práctico. Esperadme aquí, mientras voy a los Mares del Sur.

- ¿Qué piensas hacer allí? - le preguntó Ba-Chie.

- Todo este asunto de ir en busca de las escrituras fue idea de la Bodhisattva Kwang-Ing - contestó el Peregrino -. Estoy convencido, Por tanto, de que no nos dejará en la estacada. De hecho, fue ella la que nos libró de nuestras respectivas condenas y nos convirtió a la verdadera fe. Tenemos ante nosotros el obstáculo insalvable de este Río de Arena. ¿Cómo vamos a superarlo, si ella no nos ayuda? Pienso ir, por consiguiente, a solicitar su colaboración en tan ardua empresa, lo cual es mucho más razonable que luchar sin parar contra ese monstruo.

- Tienes toda la razón del mundo - admitió Ba-Chie -. Cuando la veas, agrádesele de mi parte todo lo que hizo por llevarme al camino recto.

- Si deseas ir a visitar a la Bodhisattva - le urgió Tripitaka -, lo mejor es que no te retrases más y partas hacia allá en seguida. De esa forma, estarás también antes de vuelta.

De un formidable salto, el Peregrino se elevó hacia las nubes y enfiló el camino de los Mares del Sur. No le llevó más de media hora divisar el extraordinario paisaje de la Montaña Potalaka. Bajó de la nube y se llegó hasta el bosquecillo de bambú púrpura, donde fue recibido por los Espíritus de los Veinticuatro Caminos, que le preguntaron:

- ¿Se puede saber qué asunto os trae hasta aquí?

- Las dificultades de mi maestro - contestó el Peregrino -. Son tantas que he decidido venir a solicitar la ayuda de la Bodhisattva.

- Sentaos, mientras vamos a anunciarle vuestra llegada - dijeron los espíritus.

Uno de ellos se dirigió inmediatamente a la entrada de la Caverna del Sonido de las Mareas e informó a la Bodhisattva:

- Sun Wu-Kung solicita una audiencia con vos.

La Bodhisattva estaba disfrutando de la belleza de las flores del Estanque del Tesoro de Loto en compañía de la Princesa Dragón Portadora-de-la-perla. Al oír tan inesperado anuncio, se dirigió hacia la caverna, abrió la puerta y ordenó que hicieran entrar al visitante. El Gran Sabio se postró ante ella con gran solemnidad.

- ¿Por qué no estás con el monje Tang? - le preguntó la Bodhisattva -. ¿Puede saberse qué es lo que te ha hecho venir hasta aquí?

- Bodhisattva - contestó el Peregrino, levantando la vista -. Como recordaréis, en el pueblo de los Gao mi maestro hizo un discípulo, a quien vos pusisteis el nombre religioso de Wu-Neng. Tras dejar atrás la Cordillera del Viento Amarillo, llegamos al Río de Arena, una enorme masa de agua de aproximadamente ochocientas millas de anchura, que el monje Tang es incapaz de vadear. Por si esto fuera poco, en el río habita un monstruo que es un auténtico maestro en las artes marciales. Wu-Neng se ha enfrentado con él tres veces dentro del agua, pero no ha logrado derrotarle, algo realmente digno de lamentar, ya que esa bestia parece haberse empeñado en no dejarnos llegar hasta la otra orilla. Eso es precisamente lo que me ha movido a venir a visitaros y

pediros vuestra ayuda.

- ¿Te sientes todavía tan orgulloso como para no aceptar que estás al servicio del monje Tang? - le regañó, severa, la Bodhisattva.

- Lo único que he tratado de hacer - se defendió el Peregrino - ha sido atrapar a ese monstruo y obligarle a transportar a mi maestro a la orilla opuesta. Aunque no lo creáis, no me desenvuelvo muy bien en el agua. Ése ha sido el motivo por el que Wu-Neng se ha encargado de llegar hasta su cubil y retarle con el poco tacto que en él es habitual. Me figuro que habrán intercambiado más de un insulto, pero doy por supuesto que no han hablado para nada del asunto de las escrituras.

- Da la casualidad de que el monstruo del Río de Arena - explicó la Bodhisattva - es nada más y nada menos que la reencarnación del Oficial-que-levanta-la-cortina, uno de mis servidores, a quien convencí, no sin mucha dificultad, para que acompañara a los buscadores de escrituras en su largo camino hacia el Oeste. Si le hubierais dicho que erais vosotros los Peregrinos procedentes de las Tierras del Este, no sólo no os habría impedido la marcha, sino que os la habría facilitado.

- Lo malo - explicó el Peregrino - es que ese monstruo no se atreve ya a acercarse a la orilla, prefiriendo permanecer a salvo en el fondo del río. ¿Cómo vamos a poder hablar con él? Lo más lamentable de todo es que mi maestro precisa de su ayuda para poder llegar a la otra orilla.

La Bodhisattva llamó en seguida a Huei-An, sacó de entre las mangas una pequeña calabaza roja y dijo, entregándosela:

- Toma esto y vete con Sun Wu-Kung al Río de Arena. Cuando llegues, acércate a la orilla y grita: "¡Wu-Ching!". Eso bastará para hacerle abandonar su escondite. Debes tratar entonces de obligarle a aceptar la autoridad del monje Tang. Coloca a continuación las nueve calaveras que lleva colgadas al cuello en la posición que ocupan los Nueve Palacios y pon la calabaza en el centro. De esa forma, conseguirás una especie de barco capaz de transportar al monje Tang a la otra orilla del Río de Arena.

Huei-An cogió la calabaza y abandonó a toda prisa la Caverna del Sonido de las Mareas, seguido del Gran Sabio. Sobre el momento de su Partida del bosquecillo de bambú de color púrpura existe un poema que dice:

Las Cinco Fases conocen el equilibrio de la Verdad celeste. Quien ha conseguido el refinamiento del propio yo en el crisol del Tao domina todas las causas y es capaz de distinguir el bien del mal. Todos los elementos se dan cita en su interior y, de esta forma, alcanza el vacío total.

Los viajeros no tardaron en llegar al Río de la Corriente de Arena donde se apearon de las nubes. Chu Ba-Chie reconoció en seguida a Moksa y corrió a darle la bienvenida. Tras inclinarse ante Tripitaka, Moksa saludó a Ba-Chie, que respondió entusiasmado:

- No sabéis cuánto os agradezco las enseñanzas que de vos he recibido. Sin ellas no hubiera conocido jamás a la Bodhisattva. Ni qué decir tiene que desde entonces he respetado a rajatabla la ley y me siento francamente orgulloso de haber entrado por la puerta del budismo. Perdonad que no os haya dado antes las gracias, pero la verdad es que no hemos parado de andar en mucho tiempo.

- Dejémonos de esas cosas y vayamos a ver cuanto antes a ese tipo - sugirió el Peregrino.

- ¿De quién estás hablando? - preguntó Tripitaka.

- Al entrevistarme con la Bodhisattva - contestó el Peregrino -, le conté cuanto había sucedido y ella me informó que el monstruo del Río de Arena no era otro que la reencarnación del Oficial-que-levanta-la-cortina. Por culpa de su desobediencia fue expulsado de los Cielos y vino a refugiarse en estas aguas, donde se convirtió en un monstruo. La Bodhisattva logró, no obstante, recuperarle para la causa y le ordenó que

os acompañara al Paraíso Occidental. Según ella, nos ha hecho frente porque en ningún momento hemos sacado a relucir el asunto de las escrituras. De ahí que haya venido Moksa con esta calabaza, que tiene el poder de transformar las bestias en una embarcación segura. Así lograréis, por fin, atravesar este río.

- En ese caso - concluyó Tripitaka, inclinándose repetidamente ante Moksa -, lo mejor que podéis hacer es concluir vuestra misión cuanto antes.

Sin pérdida de tiempo Moksa cogió la calabaza, montó en una nube y se desplazó por la superficie del Río de Arena, gritando con fuerte voz:

- ¡Wu-Ching, el buscador de escrituras lleva aquí mucho tiempo! ¿Cómo es que aún no le has prestado la ayuda que prometiste?

Temeroso del Rey de los Monos, el monstruo se había refugiado en el fondo del río y no se atrevía a salir de su guarida. Cuando oyó que le llamaban por su nombre religioso, supo en seguida que se trataba de la Bodhisattva Kwang-Ing y se le quitó de pronto todo el miedo. De un salto salió de las aguas y se alegró sobremanera de ver allí a Moksa. Sin dejar de sonreír, se llegó hasta él y dijo con voz meliflua:

- Perdonadme por no haber acudido antes a daros la bienvenida. ¿Dónde está la Bodhisattva?

- No ha venido - contestó Moksa -. Pero me ha enviado a deciros que debéis aceptar cuanto antes al monje Tang como maestro. Coged esta calabaza y las calaveras que adornan vuestro cuello, y colocadlas siguiendo el orden de los Nueve Palacios. De esta forma, construiréis un barco con el que habréis de transportar al monje a la otra orilla.

- ¿Dónde está el viajero de las escrituras? - preguntó Wu-Ching.

- Es aquel que está sentado en la orilla este - respondió Moksa con el dedo.

- ¡No me digas que es aquél! - exclamó Wu-Ching, pensando que era Ba-Chie -. No sé de dónde ha salido una criatura tan repugnante. Lo único que puedo decir es que ha luchado conmigo durante más de dos días enteros y en ningún momento ha sacado a relucir el asunto de las escrituras. Por lo que respecta a ese otro - añadió, refiriéndose al Peregrino -, es peor aún. Me extraña que me pidas que vaya hasta dónde ellos están.

- Aquél es Chu Ba-Chie - le explicó Moksa, tratando de tranquilizarle - y ese otro, el Peregrino Sun. Los dos son discípulos del monje Tang y, como tú mismo, han sido convertidos por la Bodhisattva en persona. Vamos, no tengas miedo. Te llevaré hasta donde se encuentra el monje.

Vencida toda reticencia, Wu-Ching dejó el báculo a un lado y se arregló lo mejor que pudo la túnica de seda amarilla. Se llegó hasta la orilla y, arrodillándose ante Tripitaka, dijo:

- Vuestro discípulo tiene ojos, pero, al parecer, le faltan las pupilas y ha sido incapaz de reconocerlos. Os pido disculpéis mi ceguera y hagáis caso omiso de la forma tan irrespetuosa en que os he tratado.

- ¡Bestia estúpida! - bramó Ba-Chie -. ¿Por qué no te rendiste, en vez de empeñarte en luchar conmigo? ¿Qué tienes que decir a eso?

- No seas tan duro con él, por favor - le aconsejó el Peregrino, sonriendo -. En realidad, la culpa fue nuestra por no sacar a relucir el asunto de las escrituras ni darle a conocer nuestros nombres.

- ¿Estáis realmente dispuesto a abrazar nuestra fe? - le preguntó el monje Tang.

- Ya lo he hecho, maestro - contestó Wu-Ching -. Me convirtió la Bodhisattva en persona. De ella recibí, además, el nombre religioso que ostento: Sha Wu-Ching. ¿Cómo voy a oponerme ahora a aceptaros como maestro?

- En ese caso - concluyó Tripitaka -, que Wu-Kung traiga la cuchilla y te afeite la cabeza al cero.

Así lo hizo el Gran Sabio. Concluida la ceremonia, Wu-Ching se volvió hacia

Tripitaka, Ba-Chie y el Peregrino y les presentó sus respetos, convirtiéndose, de esa forma, en discípulo del monje Tang. Tripitaka quedó gratamente impresionado por su forma de comportarse y le concedió el sobrenombre de Bonzo Sha.

- Puesto que tu conversión es un hecho irrefutable - concluyó Moksa -, no hay motivo para que demores por más tiempo tu compromiso de llevar al maestro hasta la otra orilla.

Wu-Ching se quitó al punto las calaveras que llevaba colgadas al cuello, las colocó en una posición que recordaba la de los Nueve Palacios y puso en el centro la calabaza de la Bodhisattva. Se volvió a continuación hacia el maestro y le dijo que podían abandonar la orilla cuando diera la orden. Tripitaka se colocó en el medio y, para su asombro, comprobó que se hallaba en una embarcación segura. Ba-Chie y Wu-Ching se pusieron cada uno a un lado, mientras el Peregrino y el caballo ocupaban la parte de atrás. Por si eso fuera poco, Moksa tomó posición por encima de ellos, volando literalmente sobre sus cabezas. De esta forma, el Maestro de la Ley comenzó la travesía del Río de Arena. El viento estaba totalmente en calma y ni una sola ola rizaba la superficie del agua. El cruce se realizó a la velocidad de una flecha y no tardaron en llegar a la otra orilla. Sus ropas estaban totalmente secas y ni una sola mota de barro aparecía en ellas. Era como si no hubieran hecho absolutamente nada.

Cuando se hallaron en terreno sólido, Moksa bajó de su nube. En ese mismo instante las calaveras se transformaron en nueve volutas de viento negro y se desvanecieron en el aire. Tripitaka se inclinó entonces ante Moksa y le dio las gracias, encargándole encarecidamente que hiciera llegar su gratitud a la Bodhisattva. El Príncipe prometió hacerlo y regresó a los Mares del Sur. Tripitaka, por su parte, montó en el caballo y continuó el viaje hacia el Oeste.

No sabemos cuánto tiempo les llevó conseguir los frutos de tan loable y arriesgado empeño. Quien desee averiguarlo deberá escuchar las explicaciones que se brindan en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XXIII

TRIPITAKA NO ECHA EN SACO ROTO SUS ORÍGENES. LOS CUATRO SABIOS PONEN A PRUEBA LA MENTE DEL MONJE.

Su única obsesión era completar un interminable viaje hacia las Tierras del Oeste, mientras las brisas del otoño traían ecos de las flores escarchadas del invierno. Para conseguir tan alto fin, es preciso que controle al mono astuto y no le deje escapar. Debe tratar, al mismo tiempo, de que el caballo no se desboque ni se lance a una irrefrenable carrera. Conviene tener bien mezclados y bajo control la madera, el plomo, el metal y el azufre. No existe misterio más profundo que éste: quien consiga abrir con la boca la bola de hierro alcanzará la perfección total y la sabiduría absoluta 1.

El fin primordial de este capítulo es dejar bien patente que la búsqueda de las escrituras es exactamente igual que la necesidad que todos tenemos de volcar nuestras energías sobre los aspectos más esenciales de la vida. Conscientes de la similitud de todo cuanto existe, el maestro y sus cuatro discípulos quebraron los lazos que les ataban al polvo. Atrás dejaron la corriente de arena y prosiguieron su camino hacia el Oeste sin que ningún obstáculo impidiera su imparable progresión hacia las tierras benditas. Escalaron incontables colinas cubiertas de verdor y vadearon infinidad de corrientes de agua azulada. Vieron crecer la hierba silvestre y fueron testigos del mudo madurar de las flores. El tiempo proseguía su marcha implacable y no tardó en hacer su aparición, de nuevo, el otoño. Las hojas del arce teñían de rojo toda la montaña, mientras el canto de

la cigarra se tornaba cada vez más lánguido y el lamento del grillo se volvía más triste. Las hojas del loto, rotas como la ilusión del pobre, parecían ábacos de seda verde y su decadencia contrastaba con la plenitud dorada de las naranjas. Las hileras de patos salvajes en la distancia daban la impresión de ser puntitos que se expandían lentamente por el cielo.

- Se está haciendo tarde - dijo Tripitaka, levantando la vista hacia a lo alto -. ¿Dónde podríamos pasar la noche?

- No nos parece muy acertado que preguntéis eso - comentó el Peregrino -. Los que hemos renunciado a la familia cenamos al aire libre, descansamos junto a las aguas, dormimos bajo la luna y yacemos sobre la escarcha. Cualquier lugar es, en suma, nuestro hogar. ¿Cómo es que ahora salís con eso de que dónde vamos a pasar la noche?

- Lo que a ti te pasa - le regañó Ba-Chie en seguida - es que estás obsesionado con avanzar todo lo que puedas y te traen sin cuidado las penalidades de los demás. Después de vadear el Río de Arena, no hemos hecho otra cosa que escalar montaña tras montaña y estoy ya harto de llevar a las espaldas todo este peso. A veces pienso que voy a ser incapaz de dar un solo paso más. ¿Qué hay de malo en buscar una casa y mendigar un poco de té o de arroz? Querámoslo o no, debemos recuperar las fuerzas perdidas.

- Parece como si hubieras aceptado esta empresa de mala gana - le regañó el Peregrino -. Estás muy equivocado, si crees que todavía estás en el pueblo de los Gao, donde gozabas de todas las comodidades sin mover un solo dedo. Olvídate, de una vez, de la vida fácil. Quien ha aceptado la fe budista debe estar dispuesto a sufrir y a padecer. Sólo así logrará convertirse en un discípulo auténtico.

- Tú no sabes lo que pesa este equipaje - protestó Ba-Chie.

- Por supuesto que no - admitió el Peregrino -. Desde que el Bonzo Sha y tú os unisteis al grupo, no he tenido oportunidad de cargar con él.

- Pues echa cuenta de lo que llevamos encima - replicó Ba-Chie -: cuatro esteras de mimbre grueso, ocho cuerdas de distinto tamaño, varias mantas impermeables contra la humedad y la lluvia, el báculo de nueve nudos de nuestro maestro, con sus incrustaciones de cobre y hierro, y la túnica de los bordados. A ello tienes que añadir el peso de la pértiga, tan resbaladiza como el hielo, y el de los clavos que hay en sus dos extremos. En vez de sermonearme, deberías tener un poco de compasión conmigo y darte cuenta de que durante todo el día voy cargado. Tú sólo te preocupas del maestro, mientras los demás trabajamos como esclavos.

- ¿Se puede saber a quién estás dirigiendo todas esas quejas? - Preguntó el Peregrino, soltando la carcajada.

- ¡A ti, por supuesto! - contestó Ba-Chie.

- Pues lamento decirte que te has equivocado de hombre - concluyó el Peregrino -. Como muy bien acabas de afirmar, mi única responsabilidad es la seguridad del maestro, mientras que la tuya y la del Bonzo Sha es cuidar del caballo y el equipaje. Sabed que, si no os mostráis dirigentes con lo que se os ha confiado, podéis recibir unos cuantos golpes de esta barra en la espinilla.

- No hables de golpes, por favor - le pidió Ba-Chie -. Esa forma de expresarse sólo sugiere aprovecharse de los demás, valiéndose simple y llanamente de la fuerza bruta. Soy consciente de que posees un modo de ser orgulloso y travieso que te impide cargar con el equipaje. Pero repara en el caballo que monta el maestro. A pesar de lo fuerte y lustroso que está, sólo lleva a un hombre sobre sus lomos. ¿Qué te cuesta cargarle un poco del equipaje? ¿No te parece que, de esta forma, mostrarías un poco de consideración hacia nosotros?

- ¿Así que crees que se trata de un caballo vulgar, eh? - le interrogó el Peregrino -. Pues sábetelo que estás muy equivocado, pues no es ni más ni menos que el hijo de Ao-Jun, el

Rey Dragón del Océano Occidental. Por prender fuego al palacio y destruir no pocas de sus perlas, su padre le acusó de desobediencia grave y fue condenado a muerte por los Cielos. Afortunadamente la Bodhisattva le salvó la vida y le mandó esperar la llegada del maestro en el Torrente del Águila Afligida. En un momento dado la propia Bodhisattva en persona se encargó de quitarle las escamas y los cuernos, transformándole en un caballo que habría de llevar al maestro hasta el Paraíso Occidental. Como puedes apreciar, cada uno de nosotros tenemos nuestra propia historia y no deberíamos, por tanto, entrometernos en las vidas de los demás.

- ¿De verdad es un dragón? - exclamó el Bonzo Sha, sorprendido.

- Así es - contestó el Peregrino.

- He oído decir - comentó Ba-Chie - que un dragón es capaz de echar por la boca neblinas y nubes, levantar auténticos remolinos de tierra y polvo, y saltar por encima de las montañas y cumbres. Aparte de eso, posee el divino poder de sacudir los mares y ríos. Si todo esto es cierto, ¿cómo es que ahora se mueve tan despacio?

- ¿Quieres que lo haga un poco más deprisa? - preguntó el Peregrino -. Fíjate bien en esto - y sacudió una sola vez la barra de hierro.

Al punto empezó a emitir incontables rayos de luz de colores. En cuanto el caballo lo vio, se puso de manos y escapó corriendo a la velocidad de los dardos. El maestro poseía unos brazos muy débiles y no pudo dominar el natural fogoso del corcel. Despavorido, el animal ascendió al galope la empinada ladera de una montaña. Afortunadamente, en cuanto hubo alcanzado la cumbre, volvió a cabalgar al trote y el maestro respiró más tranquilo. Fue así como descubrió en la distancia un grupo de casas bajo el llamativo verdor de los pinos. Habían sido construidas en un abrigo de incomparable belleza, en el que se entremezclaban las coníferas y los cedros y del que no faltaba el frescor de los bosquecillos de bambú. Las paredes parecían haber sido enjabelgadas no hacía mucho y su blancura contrastaba con el ocre de los ladrillos de las tapias. Junto a ellas se veían crisantemos silvestres cubiertos totalmente de escarcha y un pequeño torrente, en el que se reflejaba el eterno rubor de las orquídeas. Todo el conjunto poseía un aire noble y cargado de paz. Por ninguna parte se apreciaba la presencia de bueyes, ovejas, gallinas o perros. Era claro que después de la cosecha otoñal las tareas del campo se habían tornado más llevaderas.

Mientras el maestro gozaba de la belleza del paisaje, llegaron corriendo sus tres discípulos.

- ¡Menos mal que no os habéis caído del caballo! - exclamó el Peregrino, aliviado.

- ¡Mono hipócrita! - le regañó Tripitaka -. ¿Cómo puedes decir eso, si fuiste tú el que le asustaste? Ha sido una suerte que haya mantenido el equilibrio todo este tiempo.

- No me culpéis a mí solo de lo ocurrido - trató de disculparse el Peregrino, sonriendo -. Todo empezó cuando a Chu Ba-Chie se le ocurrió decir que vuestro caballo era demasiado lento. Para demostrarle lo equivocado que estaba le hice correr un poco. Eso es todo.

- Estoy que no me tengo - dijo el Idiota al límite de sus fuerzas. Había tratado de dar alcance al caballo y ahora resollaba como un animal herido -. Mirad qué vientre más flácido tengo. Me siento tan débil que ya no puedo ni con esta pértiga. Para colmo, he tenido que salir detrás de esta bestia a toda velocidad. De una cabalgadura desbocada puede esperarse cualquier cosa.

- Mirad allí - terció entonces el maestro -. Si la vista no me engaña, aquello parece un pueblo pequeño y es posible que encontremos algún lugar en el que pasar la noche.

El Peregrino levantó la vista y vio que la alquería estaba cubierta de nubes y neblinas santas. Eso le hizo caer en la cuenta de que se trataba de un pequeño villorrio edificado por inmortales y budas, pero no se atrevió a revelar a los que le acompañaban su origen

divino. Fingió estar de acuerdo con el plan del maestro y exclamó, entusiasmado:

- Eso es precisamente lo que andábamos buscando. Vayamos a pedir alojamiento cuanto antes.

Nada más desmontar, el maestro vio que la puerta de entrada estaba decorada con espléndidos lotos cincelados directamente en la madera. Las columnas mostraban, así mismo, llamativos elementos ornamentales que resaltaban el impecable dorado de las vigas. El Bonzo Sha se hizo cargo del equipaje, mientras Ba-Chie tomaba al caballo de las riendas y decía, esperanzado:

- Aquí debe de vivir una familia realmente rica.

El Peregrino hizo ademán de querer entrar en la casa, pero se lo impidió Tripitaka, diciendo:

- Los que hemos entregado nuestras vidas a la búsqueda de la perfección debemos obrar en todo momento con prudencia y no entrar jamás en casa alguna sin permiso. Esperemos, por tanto, a que salga alguien a recibirnos y nos invite a pasar aquí la noche.

Ba-Chie ató el caballo y se sentó apoyando la espalda contra la pared. Tripitaka, por su parte, lo hizo sobre unos dados de piedra, mientras el Peregrino y el Bonzo Sha se acomodaron a los pies mismos de la puerta. Así esperaron durante largo rato a que alguien apareciera, pero nadie salió a darles la bienvenida. Impaciente por naturaleza, el Peregrino se puso de pie y se aventuró en el interior del umbral. A pocos metros de él se abrían tres grandes salones orientados hacia el sur y con las cortinas corridas del todo. El dintel de la puerta estaba adornado con una pintura horizontal en la que abundaban los símbolos de vida y riquezas sin fin. Dos columnas lacadas hacían las veces de jambas. En ellas habían sido pegadas dos tiras de papel rojo con sendos versos en tinta dorada, que decían:

A la hora del crepúsculo los frágiles sauces parecen flotar como telarañas junto al puente. En el recoleto huerto la nieve salpica la fragancia primaveral de los ciruelos.

En el salón del centro había una pequeña mesa lacada en negro, sobre la que descansaba una urna de bronce que representaba a una bestia. Cerca de ella se veían seis sillas con los respaldos totalmente rectos. De las paredes oriental y occidental colgaban pinturas que unían el suelo con el techo. Cuando más embebido estaba el Peregrino en su contemplación, oyó ruido de pasos que parecían provenir de la parte posterior de la casa. Se volvió inmediatamente y vio a una mujer de mediana edad, que le preguntó con una voz extrañamente seductora:

- ¿Quién eres tú para osar penetrar en el hogar de una viuda sin permiso?

- Yo, señora - contestó el Gran Sabio, inseguro por la sorpresa - soy un insignificante monje originario del Gran Reino de los Tang, en las Tierras del Este, y me dirijo hacia el Oeste en busca de las escrituras de Buda. En realidad, no he hecho el viaje hasta aquí solo, sino en compañía de otros tres hermanos en religión. Al pasar por aquí, se nos hizo tarde y decidimos llegarnos hasta esta sagrada morada de bodhisattvas con el fin de solicitar cobijo por esta noche.

- ¿Dónde están tus otros tres compañeros? - volvió a preguntar la mujer, sonriendo dulcemente -. Diles que entren, por favor.

- Maestro - gritó entonces el Peregrino en voz alta -, podéis pasar.

No tardó en aparecer Tripitaka seguido de Ba-Chie y el Bonzo Sha, que con una mano tiraba del caballo, mientras sostenía el equipaje con la otra. La mujer les dio la bienvenida, bajo la lasciva mirada de Ba-Chie, que no le quitaba la vista de encima. Parecía sentirse particularmente atraído por su túnica de seda verde y totalmente cubierta de bordados. Encima llevaba puesta una vaporosa blusa de color rosa, que hacía juego con el amarillo pálido de una falda profusamente bordada. Entres sus

pliegues se apreciaba la delicadeza de dos diminutos zapatos de tacón alto. Un lazo negro coronaba su peinado, resaltando el complicado artificio de sus trenzas, que parecían dos dragones enroscados. Un par de horquillas de oro le sujetaban a la cabeza una artística peineta de marfil, de la que nacía una cascada de cabellos negros que se precipitaban espalda abajo. Sus pendientes estaban hechos de perlas finísimas, que parecían querer competir en delicadeza con el tono rojizo de sus mejillas. Todo su porte poseía una belleza y un atractivo más propios de una doncella que de una mujer madura. Su coquetería era tal que, al ver a los tres viajeros, sonrió con la delicadeza de las flores y les invitó a entrar en el salón principal, donde les fue servido el té. La encargada de hacerlo fue una joven doncella que apareció de improviso por detrás de un biombo con una bandeja de oro y varias tazas de jade blanco. El aire se llenó al instante del cálido aroma del té y de la inesperada fragancia de frutas exóticas.

La mujer se arremangó un poco las mangas, dejando al descubierto unos dedos tan delicados y largos como los tallos de las cebollas en primavera. Después fue llenado las tazas y ofreciéndoselas, con una leve inclinación de cabeza, a cada uno de sus huéspedes. No contenta con eso, impartió las oportunas instrucciones para que les fuera servida una comida vegetariana.

- ¿Podéis decirnos cómo os llamáis y cuál es el nombre de esta respetable región? - preguntó Tripitaka, inclinándose con respeto.

- Este lugar - contestó la mujer - pertenece al Continente Occidental de Aparagodaniya. De soltera me llamaba Irreal, aunque ahora llevo con honor el apellido de mi marido, que no es otro que Inexistente. Fue una pena que todos sus familiares murieran al poco de casarnos, con lo que heredamos una fortuna que sobrepasaba las diez mil onzas de plata y los quince mil acres de tierra de primera calidad. Pero semejantes riquezas no bastaron para hacernos felices, porque tuvimos tres hijas y no vimos colmado nuestro sueño de dar a luz a un hijo. Hace justamente dos años la desgracia volvió a abatirse sobre mí. Cuando mejor parecía ir todo, mi marido murió y me convertí en una viuda. Precisamente acabo de terminar el período de luto y he de admitir que me gustaría volver a casarme, pero, al no disponer de herederos, me es extremadamente difícil deshacerme de toda esta riqueza. Es una suerte, por tanto, que hayáis aparecido vosotros, ya que, al ser cuatro, podríais desposaros con mis tres hijas y conmigo. ¿Qué os parece la idea?

Tripitaka se quedó mudo de asombro, al oír semejante proposición. Se sentía tan turbado que todo empezó a dar vueltas a su alrededor. Sin embargo, cerró los ojos y, de esa forma, logró aquietar su mente. Su silencio era tan absoluto que la mujer añadió, un tanto intranquila:

- En concreto, poseemos más de trescientos acres de arrozales, cuatrocientos sesenta dedicados a otros cultivos y alrededor de quinientos de bosques y huertos. Por lo que a ganado respecta, tenemos más de mil cabezas de carabaos, manadas enteras de caballos y mulos, e incontables piaras de cerdos y rebaños de ovejas. Para alimentar a tantos animales, disponemos de más de setenta establos y graneros colocados estratégicamente por toda la hacienda. El grano que almacenamos en nuestros trojes es suficiente para alimentarlos a todos durante ocho o nueve años, la seda que guardamos en nuestros armarios bastaría para vestiros durante más de una década, y la plata y el oro que descansa en nuestros arcones podría proporcionaros una existencia de lujo y ocio durante todos los días de vuestra vida. ¿Puede haber algo superior a nuestras cortinas y sábanas de seda, que poseen, dicho sea de paso, la virtud de conservar siempre jóvenes los cuerpos que sobre ellas descansan? Eso es algo esencial, habida cuenta de que tendréis a vuestra disposición incontables esclavas y concubinas. Si os decidís a entrar a formar parte de la familia de vuestras esposas, todo este lujo y esta comodidad serán

exclusivamente vuestros. ¿No es eso infinitamente mejor que las calamidades que os aguardan a lo largo de vuestro camino hacia el Oeste?

Tripitaka parecía incapaz de articular una sola palabra, como si hubiera perdido el juicio o se hubiera vuelto mudo. Eso animó a la mujer a seguir diciendo:

- Yo nací a la hora del Gallo el día tres del tercer mes del año Ting - Hai. Eso quiere decir que, teniendo en cuenta que mi marido era tres años mayor que yo, mi edad actual es de cuarenta y cinco años. Por lo que respecta a mi hija mayor, se llama Chen-Chen y acaba de cumplir los veinte. La segunda, Ai-Ai, es dos años más joven que ella, y la última, Lien-Lien, se lleva exactamente cuatro años con la primera. No necesito deciros que ninguna de ellas ha estado jamás prometida a nadie. Su belleza está por encima de la de todas las mujeres de la región. Pero no acaban ahí sus virtudes, ya que dominan a la perfección la aguja de bordar y todas las restantes artes femeninas. Eso no quiere decir que no estén bien instruidas. Al no tener hijos varones, mi marido las educó, de hecho, como si de chicos se tratara, enseñándoles los clásicos confucianos y el difícilísimo arte de la versificación. A pesar, como veis, de habitar en las montañas, no son, en modo alguno, personas vulgares. Es más, las considero a todas capaces de hacer felices a cualquiera de vosotros. No me cabe la menor duda de que, si abandonáis todas vuestras inhibiciones y os dejáis crecer el pelo de nuevo, llegaréis a ser dueños y señores de toda esta casa. ¿Acaso los brocados y la seda que adornarán vuestros cuerpos no son infinitamente superiores a las túnicas de color negro, las sandalias de paja y los sombreros de hierbas que ahora lucís?

Sentado en el lugar de honor, Tripitaka parecía un muchacho sacudido por el rayo o una rana arrastrada por la torrentera. Con sus ojos saltones parecía incapaz de mantenerse un minuto más sobre la silla y daba la impresión de que iba a caerse al suelo de un momento a otro. Ba Chie, por su parte, al oír hablar de tanta riqueza y de tan inigualable belleza, se mostraba impaciente por aceptar cuanto antes una proposición tan ventajosa. Se movía, de hecho, sin parar sobre la silla, como si alguien estuviera pinchándole en el culo con una aguja. Llegó un momento en que no pudo seguir aguantando y, llegándose hasta donde estaba su maestro, le preguntó, al tiempo que le tiraba de la manga:

- ¿Cómo es posible que no hayáis prestado la menor atención a lo que esta dama os ha estado diciendo? Creo que es justo que consideréis su oferta.

- ¡Maldita bestia! - bramó Tripitaka con tanta fuerza que Ba-Chie regresó a toda prisa a su antiguo puesto -. ¿No comprendes que nosotros somos personas que hemos abandonado nuestro hogar? ¿Cómo vamos a ceder ante las promesas de riqueza o las tentaciones de la belleza?

- ¿Queréis explicarme qué hay de bueno en eso de abandonar el hogar? - preguntó la mujer, soltando la carcajada.

- ¿Y vos - replicó Tripitaka - podéis decirme qué es lo que hace tan deseable permanecer en él?

- Puesto que me lo pedís - replicó la mujer -, voy a deciros las ventajas de quien no renuncia a la familia que le vio nacer. Para que no digáis que mis puntos de vista son demasiado arbitrarios, voy a servirme de un poema que dice: "Cuando la primavera florece, me visto de seda. En el verano me adorno con encajes y me complazco en la belleza de los lirios. El otoño trae consigo la fragancia del vino de arroz recién fermentado, y en el invierno mis mejillas se tornan tan rojas como las llamas bajo la influencia del licor. A manos llenas gozo de sus frutos de los cuatro climas y de las incontables delicias de las ocho estaciones. Las sábanas y mantas de seda de mi lecho matrimonial superan con creces los cánticos budistas y la vida mendicante".

Es cierto - admitió Tripitaka - que quienes no abandonan el hogar. Pueden disfrutar de

riquezas y gloria, de manjares sabrosos y vestidos lujosos. Pueden gozar, incluso, de la presencia de los hijos. Nadie niega que se trate de una vida francamente dichosa. Pero, aunque no lo creáis, carece de ciertas ventajas que poseemos los que hemos abandonado el hogar. Como testimonio, yo también aporto un poema que afirma: "No es cosa corriente abandonar el hogar, ya que implica el desmantelamiento de la fortaleza del amor. Pero quien así lo hace encuentra la pared y en el interior de su cuerpo se equilibran de un forma envidiable el yin y el yang. Después, cuando ha logrado acumular el suficiente mérito, puede mirar de frente el Arco de Oro y regresar con la mente iluminada a su auténtico Hogar. Quien, por el contrario, se queda en su casa lleva una vida de avaricia y lujuria viendo cómo su cuerpo se va marchitando con el paso de los años y su carne se va tornando cada vez más fétida".

- ¿Cómo te atreves a ser tan insolente? - exclamó la mujer, muy enfadada -. Si no supiera que venís de las lejanas Tierras del Este, ahora mismo os expulsaría de esta casa. Aquí estoy yo pidiéndoos que entréis a formar parte de nuestra familia y, a cambio de tantas comodidades y riquezas, no se os ocurre otra cosa que insultarme con todo el descaro. Reconozco que habéis aceptado los mandamientos y habéis hecho la promesa de no volver jamás a la vida del siglo, pero por lo menos uno de vosotros podría aceptar mi proposición. ¿No os parece? ¿A qué viene mostrarse tan legalista?

- ¿Por qué no te quedas tú aquí, Wu-Kung? - preguntó Tripitaka, un tanto intimidado ante la energía desplegada por la mujer.

- Lo lamento - se disculpó el Peregrino -, pero yo de esos temas no sé absolutamente nada. Lo más acertado sería que se quedara Ba-Chie. ¿No os parece?

- No juegues conmigo, por favor - le pidió Ba-Chie -. Si ha de quedarse uno de nosotros, lo más natural es que lo discutamos antes entre todos.

- Si ninguno de los dos quiere hacerlo - concluyó Tripitaka -, que acepte Wu-Ching la proposición de la dama.

- Me extraña que habléis así - protestó el Bonzo Sha -. Tras ser convertido por la Bodhisattva, no he hecho otra cosa que esperaros. ¿Cómo voy a caer ahora en la tentación de las riquezas, si hace escasamente dos meses que os sigo y no he adquirido todavía el menor mérito? Os seguiré al Paraíso Occidental, aunque pierda la vida en el empeño. Estoy decidido a no dedicarme jamás a nada que no sea puro y santo.

Al ver que nadie aceptaba su proposición, la mujer desapareció a toda prisa por detrás del biombo, dando un sonoro portazo. De esta forma el maestro y los discípulos se quedaron totalmente solos, sin nadie que les sirviera más té o arroz. Ba-Chie perdió la paciencia y comenzó a culpar al monje Tang, diciendo:

- Está visto que no sabéis manejar estos asuntos. Con vuestra forma de hablar lo habéis echado todo a perder. Podíais haberos mostrado un poco más comprensivo y haberle ofrecido una respuesta un poco más vaga. Por lo menos ahora tendríamos algo que llevarnos a la boca y pasaríamos una velada agradable. Lo único que habéis conseguido con vuestra intransigencia ha sido cerrar todas las puertas. Tened por seguro que no va a salir nadie más a servirnos. ¿Queréis explicarme cómo vamos a pasar la noche entre estas cenizas y estas estufas apagadas?

- Si eso es lo que opinas - le reconvinó Wu-Ching -, ¿por qué no te quedas aquí y te conviertes en el yerno de esa dama?

- No te burles de mí y discutamos el asunto con más atención - replicó Ba-Chie.

- No hay nada que discutir - afirmó el Peregrino -. Si lo que deseas es vivir bien, el maestro y esa mujer quedarán emparentados y tú te convertirás en su yerno. Con tantas riquezas como posee esta familia recibirás una espléndida dote y un banquete nupcial propio de príncipes, del que, por supuesto, participaremos todos nosotros. No cabe la menor duda de que tu vuelta a la vida del siglo resultará beneficiosa para todas las

partes implicadas.

- Todo eso que dices está muy bien - contestó Ba-Chie -. Pero me parece ridículo abandonar la vida del siglo para volver otra vez a ella, o dejar a una mujer para tomar al poco tiempo a otra.

- O sea que tienes esposa - dijo el Bonzo Sha, sorprendido.

- ¿No lo sabías? - le preguntó el Peregrino -. Era el yerno del señor Gao, un rico terrateniente de la aldea del mismo nombre que se halla enclavada en el Reino del Tíbet. Al ser derrotado por mí, no le quedó más remedio que aceptar los mandamientos y convertirse en discípulo del maestro. Ése es precisamente el motivo por el que abandonó a su mujer, comprometiéndose a venir con nosotros en busca de las escrituras. Me figuro que esa separación no le resultó nada fácil. Es más, creo que ha estado meditando en ella de continuo y ahora que se ha hablado tan a las claras de matrimonio no ha podido por menos que sentirse tentado a aceptar su antiguo modo de vida. ¿Por qué no te casas con una de esas mujeres y asunto concluido? Te prometo que, con tal de que te muestres respetuoso conmigo, no recibirás de mí la menor reprimenda.

- ¡Tonterías! - exclamó el Idiota -. Todos hemos experimentado una tentación idéntica. Lo que ocurre es que estás tratando de ponerme a mí solo en evidencia. Al fin y al cabo, no va muy desencaminado el proverbio cuando afirma que los bonzos somos un auténtico saco de pasiones. ¿Quién de nosotros puede afirmar, con el corazón en la mano, que no se ha sentido atraído por la proposición de esa mujer? Ahora, ya veis, por nuestro poco tacto no tenemos a nadie que nos sirva ni nos encienda las lámparas. Nosotros podemos pasarnos una noche sin comer, pero dudo que el caballo sea capaz de resistir tanto tiempo sin probar bocado. Al fin y al cabo, mañana tiene que transportar al maestro a sus espaldas y, si no come, en muy poco tiempo se quedará en los huesos. Así que quedaos aquí, mientras yo lo saco a pastar un poco.

Ni corto ni perezoso, el Idiota desató las riendas y llevó el animal fuera.

- Quédate aquí acompañando al maestro - ordenó el Peregrino al Bonzo Sha -. Voy a ver si es verdad que va a llevar el caballo a pastar.

- Puedes hacer lo que te dé la gana pero, por favor, no le pongas en ridículo - le aconsejó Tripitaka.

- Tened por seguro que no lo haré - contestó el Peregrino y abandonó el salón principal.

En cuanto se hubo encontrado en la oscuridad, el Gran Sabio sacudió ligeramente el cuerpo y se convirtió en una libélula rojiza, que salió volando por la puerta principal. Allí precisamente dio alcance a Ba-Chie, que conducía el caballo hacia un recodo en el que parecía haber gran abundancia de hierba. Sin embargo, no lo dejó pastar allí. Sin dejar de gritar como un arriero, lo llevó hasta la puerta posterior de la mansión, donde encontró a la mujer y a las tres muchachas, que habían salido a disfrutar de la belleza de los crisantemos. En cuanto vieron a Ba-Chie acercarse, las muchachas corrieron a refugiarse al interior de la casa. Sólo la mujer permaneció en pie junto a la puerta y preguntó con sorna al Idiota:

- ¿Se puede saber adonde vais?

- ¡Oh, hola! - exclamó Ba-Chie, soltando las riendas y acercándose a ella -. He pensado que no estaría de más sacar a pastar un poco el caballo.

- Vuestro maestro parece un poco remilgado - comentó la mujer -. ¿No os parece que, si aceptara formar parte de nuestra familia, saldría mucho mejor parado que llevando a cabo ese viaje ridículo hacia el Oeste?

- Bueno - trató de defenderle Ba-Chie -, debéis comprender que se lo ordenó el mismo Emperador de los Tang en persona. ¿Quién puede oponerse al mandato de un príncipe? Ésa es la razón por la que tanto él como mis otros hermanos están decididos a llevar a término una empresa tan descabellada. Yo no soy como ellos. Por eso han estado

burlándose de mí en la parte anterior de la casa. De todas formas, me temo que, teniendo un hocico y unas orejas tan grandes, no me encontraréis lo suficientemente atractivo para aceptarme como esposo.

- Si he de seros sincera - replicó la mujer -, no había reparado en ello. En todo caso, siempre es mejor tener un cabeza de familia que no disponer de ninguno. No obstante, no os garantizo que mis hijas vayan a encontraros tan atractivo como yo.

- Debéis enseñarlas a escoger hombres de auténtica valía - dijo Ba Chie a toda prisa -. La belleza no es, de hecho, la mejor garantía de fidelidad. No niego que haya hombres mucho más guapos que yo, pero lo que sí puedo afirmar es que muy pocos me aventajan en diligencia y dedicación. Ante todo, señora, soy una persona de principios.

- ¿De qué principios habláis? - preguntó la mujer.

- Aunque, ciertamente, no soy muy favorecido - contestó Ba-Chie -, no conozco lo que es la pereza. Yo solo soy capaz de arar mil acres de tierra sin necesidad de animales ni reja. Para ello me sobro y me basto con mi tridente. Lo más asombroso, sin embargo, es que tengo poder para provocar lluvia en tiempos de sequía y hacer soplar el viento cuando sea necesario. Soy tan hacendoso que, si encontráis un poco baja vuestra casa, construiré sobre ella los pisos que sean precisos. Tened la seguridad de que no se caerán los anillos cuando tenga que desbrozar y limpiar las tierras. No hay tarea, por complicada que sea, que no sepa hacer, ya sea construir acequias o sacar, simplemente, agua.

- Si sois tan habilidoso como decís - concluyó la mujer -, deberías discutir otra vez el asunto con vuestro maestro. Si él no pone ninguna objeción, os aceptaremos como cabeza de este hogar.

- Mi maestro no tiene ni voz ni voto en mis decisiones, ya que no es pariente mío - explicó Ba-Chie -. Puedo hacer, por tanto, lo que mejor me venga en gana.

- Está bien - volvió a decir la mujer -. En ese caso, no me queda más que ir a consultárselo a mis hijas - y al punto se metió en la mansión, dando un sonoro portazo.

Ba-Chie no dejó que el caballo siguiera pastando y lo llevó otra vez hacia la parte delantera de la casa. Ni siquiera sospechaba que el Gran Sabio había oído todo cuanto había dicho a la mujer. Sin abandonar la forma de libélula, el Peregrino extendió las alas y regresó volando junto al monje Tang.

- Maestro - dijo, recobrando la figura que le era habitual -, Wu-Neng está a punto de regresar con el caballo.

- No esperaba menos de él - contestó el monje Tang -. Si hubiera dejado escapar al animal, le daría un castigo que no olvidaría jamás.

El Peregrino soltó entonces la carcajada y relató con todo detalle cuanto habían dicho la mujer y Ba-Chie. Tripitaka no sabía, sin embargo, si creerle o no. Por eso, al ver aparecer al Idiota con el caballo de las riendas, le preguntó:

- ¿Ha pacido mucho?

- Me temo que no hay mucha hierba por aquí cerca - contestó Ba-Chie -. Está todo tan desolado que ni siquiera hay lugar para que pazca un animal.

- Vamos - dijo el Peregrino con intención -, por aquí los pastos son pocos, pero las casamenteras² abundan como las piedras.

Al oír ese comentario, el Idiota supo en seguida que estaba al tanto de su secreto. Bajó la cabeza, mortificado, y se apartó un poco del grupo. Arrugó después el ceño y no dijo ni una sola palabra más. Afortunadamente al poco rato se oyeron ruidos de cerraduras y apareció un par de lámparas rojas, seguido de otros tantos quemadores de incienso. El perfume se elevaba por el aire en graciosas volutas; sin embargo, lo que más atrajo la atención de los cuatro monjes fue el sonido tintineante del jade. Levantando, desconcertados, la vista, vieron a la mujer con sus tres hijas, que al punto se inclinaron,

respetuosamente, ante los cuatro buscadores de escrituras. Chen-Chen, Ai-Ai y Lie Lien eran, en verdad, unas auténticas beldades. Sus cejas recordaban a las mariposas con sus delicados tonos azulados, que mantenían un difícil equilibrio con la suavidad de su maquillaje. ¡Qué seductora belleza la suya, qué encanto el de su porte! Sus afiligranados tocados resaltaban su gracia de una forma tal que las hacía parecer criaturas de otro mundo. Al sonreír, sus labios recordaban las cerezas maduras, y, al moverse con la autocomplaciente lentitud de la luna, esparcían por doquier un fino aroma de orquídeas. Las perlas y el jade de sus tocados parecían brotar de la negrura de sus cabellos, lo mismo que el ligero temblor de sus incontables horquillas de oro. Sus cuerpos exhalaban un aroma delicado que hacía palidecer la elegancia de sus túnicas totalmente confeccionadas con hilos de oro. Su encanto superaba, en definitiva, al de las damas de Chu, incluida la propia Chi-Dhzu 3. Eran como hadas que hubieran decidido abandonar los cielos o como la misma princesa Chang-Er en el momento exacto de salir de su Palacio Lunar.

Al verlas, Tripitaka inclinó la cabeza y juntó las manos a la altura del pecho. El Gran Sabio, por su parte, se quedó como mudo, mientras el Bonzo Sha se hacía tímidamente a un lado. Sólo Ba-Chie, preso de la pasión y la lujuria, tuvo la suficiente fuerza de ánimo para farfullar:

- ¡Qué honor tan grande gozar de la compañía de damas tan distinguidas! Por favor, decid a vuestras hijas que se retiren.

Las tres muchachas desaparecieron al instante detrás del biombo, dejando en el salón las dos lámparas.

- ¿Habéis decidido ya quién de vosotros va a desposarse con mis hijas?

- Hemos discutido largamente sobre ese asunto - contestó Wu-Ching - y hemos llegado a la conclusión de que el más indicado para entrar a formar parte de vuestra familia es un tal Chu.

- No te burles de mí, por favor - le pidió Ba-Chie -. Aún no hemos hablado de ello.

- ¿Qué más hay que decir? - exclamó el Peregrino -. Tú mismo te has encargado de arreglarlo todo con esta mujer en la puerta de atrás de su casa. ¿Para qué seguir fingiendo? El maestro será el representante del novio, la señora actuará por parte de la novia, yo haré de testigo y el Bonzo Sha será el intermediario. Ni siquiera habrá necesidad de consultar el calendario, ya que precisamente hoy es uno de los días propicios para casarse que hay en todo el año. Así que acércate e inclínate ante el maestro. Después puedes convertirte en el yerno de esta mujer.

- ¡Ni hablar! - protestó Ba-Chie -. ¡No comprendo tu interés en que sea yo el que me case!

- ¡Deja de fingir de una vez! - le aconsejó el Peregrino -. Te has dirigido a esta mujer como yerno yo qué sé la de veces. ¿Qué quieres decir con eso de que no quieres ni oír hablar del asunto? Acepta de una vez, y así podremos disfrutar de un buen banquete de bodas.

Antes de que pudiera reaccionar, agarró a Ba-Chie y a la mujer y le dijo:

- Llevaos a vuestro yerno, señora.

El Idiota se dirigió con paso indeciso hacia la puerta, mientras la mujer decía a uno de los criados:

- Saca unas mesas y unas sillas, límpialas bien y sirve una cena vegetariana a estos tres parientes nuestros. Yo voy a llevar adentro a nuestro nuevo señor.

Antes de desaparecer por la puerta, ordenó que prepararan un banquete de bodas para la mañana siguiente y los criados corrieron a cumplir puntualmente sus deseos. En cuanto los tres Peregrinos hubieron concluido la colocación, se retiraron a la habitación de los huéspedes.

Ba-Chie, mientras tanto, siguió con paso indeciso a su suegra al interior de la casa. Los escalones y pasillos se sucedían con inesperada frecuencia y Ba-Chie, totalmente desconcertado, perdió más de una vez el equilibrio.

- ¿No podríais andar un poco más despacio? - suplicó, nervioso, a su suegra -. No estoy familiarizado con esta mansión y temo que pueda perderme.

- Éstos son los graneros, los almacenes y las despensas - le explicó la mujer -. Debes darte prisa, porque aún no hemos llegado ni siquiera a las cocinas.

- ¿De verdad? - exclamó Ba-Chie, asombrado -. Jamás imaginé que fuera tan grande esta casa.

Sin dejar de tropezar aquí y allá, el Idiota continuó caminando durante largo rato, hasta que, por fin, llegaron a una de las habitaciones interiores de la casa.

- Uno de tus hermanos ha dicho que hoy era uno de los días mas propicios para casarse - dijo entonces la mujer -. Precisamente por eso te he aceptado a toda prisa. Sin embargo, no me parece del todo bien que no hayamos consultado a ningún astrólogo, ni hayamos hecho preparativo alguno para la adoración nupcial al Cielo y la Tierra.

Incluso hemos pasado por alto la ceremonia de esparcir granos y frutos por todo el lecho conyugal. ¿No crees, pues, que sería conveniente que te inclinaras ocho veces seguida ante el cielo?

- Tenéis razón - contestó Ba-Chie -. Además, es preciso que me incline también ante vos. De esa forma, mi adoración al Cielo y a la Tierra será, igualmente, expresión de mi agradecimiento hacia vos. No quiero que después me pase nada por no cumplir con todo lo que prescribe la tradición.

- Como quieras - respondió la mujer, sonriendo -. Se ve que eres un yerno que conoce bien sus obligaciones. Ahora mismo voy a sentarme para que me presentes tus respetos. Mientras el Idiota lo hacía, las velas brillaban de una forma muy peculiar en sus candelabros de plata. Una vez terminado el rito, Ba-Chie levantó la cabeza y preguntó a su suegra:

- ¿Cuál de vuestras hijas pensáis ofrecerme?

- Esa decisión me está resultando demasiado penosa - contestó la mujer -. En un principio tenía intención de darte a mi hija mayor, pero pronto caí en la cuenta de que, si lo hacía, la segunda se enfadaría mucho. Por otra parte, si a ésta la desposo contigo, es lógico que la tercera se ponga hecha una fiera. Dirás, entonces, que la pequeña es la candidata más aceptable. Pero, al ser la menor, las otras dos protestarán, a mi modo de ver, con toda la razón. Me encuentro, como ves, ante un dilema de muy difícil solución.

- Si tratáis de evitar un enfrentamiento familiar - concluyó Ba-Chie -, lo mejor que podéis hacer es entregarme a todas. De esa forma, os ahorraréis no pocas rencillas, que pueden muy bien dar al traste con la armonía que debe reinar en todo hogar.

- ¿Quieres decir que estás dispuesto a casarte con mis tres hijas? - preguntó la mujer.

- ¿Quién no tiene actualmente tres o cuatro concubinas? - replicó Ba-Chie -. Con mucho gusto aceptaré a vuestras tres hijas, y a más si las tuvierais. De joven aprendí ciertas técnicas amatorias y os aseguro que estoy capacitado para dejar satisfechas a todas ellas.

- No, no. Eso no estaría bien - opinó la mujer -. Te diré lo que vamos a hacer. Aquí tengo un pañuelo bastante grande. Te cubriré con él la cabeza, después te taparé los ojos y haré desfilar a mis hijas delante de ti. Se casará contigo a la que atrapes antes. ¿De acuerdo? Así será el destino quien decida.

El Idiota aceptó la idea y se dejó cubrir la cabeza con el pañuelo. Referente a ese momento disponemos de un poema que dice:

El tonto desconoce las auténticas causas de cuanto existe. No sabe que la espada de la belleza puede destruir cuanto se proponga. El Señor de Chou fijó hace muchísimo tiempo todos los ritos

y ceremonias. Sin embargo, aún hoy el novio sigue tapándose la cabeza.

- Ya podéis mandar salir a vuestras hijas - dijo el Idiota, en cuanto pudo comprobar que no veía nada.

- ¡Chen-Chen, Ai-Ai, Lien-Lien - gritó la mujer -, venid aquí inmediatamente! Hemos decidido que sea el destino quien determine la que ha de desposarse con este hombre.

Al punto se oyó el tintineante ruido del jade y un aroma de orquídeas se extendió por toda la habitación. Daba la impresión de que hubiera aparecido de pronto un grupo de hadas. El Idiota estiró las manos tratando de agarrar a una de las muchachas, pero, aunque lo intentó una y otra vez, no pudo atrapar a ninguna. Tenía la impresión de que se movían a su alrededor sin parar y que era justamente la delicadeza de sus gestos lo que las hacía totalmente inaprensibles. Como un loco, se lanzó hacia el este y lo único que consiguió atrapar fue el fuste de una columna. Se lanzó después hacia el oeste y se dio de narices contra una partición de madera. La fogosidad de sus movimientos le hizo perder pronto el equilibrio y dio una vez tras otra con todos sus huesos en el suelo. En una ocasión tropezó con uno de los escalones y fue a parar de cabeza contra un muro de ladrillos. De esta forma, terminó sentado con la cabeza cubierta de moratones y la boca hinchada.

- ¡Jamás imaginé que vuestras hijas fueran tan escurridizas! - exclamó por fin Ba-Chie, jadeando -. No he podido agarrar a una sola. ¿Queréis decirme qué voy a hacer ahora?

- No es que sean escurridizas - le corrigió la mujer, quitándole la venda de los ojos -. Lo que ocurre es que son muy tímidas y consideradas y no se atrevían a dejarse atrapar.

- Si no están dispuestas a aceptarme - sugirió Ba-Chie -, ¿por que no me tomáis vos como marido?

- Mi querido yerno - exclamó la mujer, soltando la carcajada - -, se ve que no tienes el menor respeto por la edad. ¿A quién se le ocurre querer casarse con su suegra? Mis hijas valen mucho más que yo. Te diré lo que vamos a hacer. Cada una de ellas ha bordado una camisa de seda con perlas. Pruébatelas y elige a la dueña de la que mejor te siente. ¿Te parece bien?

- Por supuesto que sí - reconoció Ba-Chie -. Sacad esas tres camias que decís para que pueda ponérmelas cuanto antes. Pero quiero dejar bien clara una cosa: si todas me valen, me casaré con tus tres hijas, ¿de acuerdo?

La mujer sonrió y fue en busca de las prendas. Apareció al poco rato con una espléndida camisa y se la entregó a Ba-Chie. El Idiota se quitó en seguida la suya, cogió la que le ofrecía la mujer y se la puso sin pensarlo dos veces. Antes de que hubiera terminado de abrocharla, cayó al suelo como si fuera un venado herido. ¡La camisa se había convertido en una auténtica madeja de cuerdas que le sujetaban fuertemente contra el suelo! Le apretaban tanto que apenas sí podía respirar. Sin embargo, poco podía hacer, porque las mujeres desaparecieron de pronto.

Había empezado a clarear por el este y Tripitaka, el Peregrino y el Bonzo Sha se desperezaron pesadamente en sus lechos. Abrieron los ojos y descubrieron con estupor que los salones y edificios se habían desvanecido. Nada quedaba de los dinteles esculpidos ni de las columnas doradas. De hecho, toda la noche la habían pasado en pleno bosque bajo las copas de cedros y pinos. Aterrados, Tripitaka y el Bonzo Sha empezaron a gritar:

- ¡Estamos perdidos! ¡Los fantasmas se han burlado de nosotros todo lo que han querido!

- ¿Se puede saber de qué estáis hablando? - preguntó el Gran Sabio, dándose cuenta de lo sucedido y sonriendo, comprensivo.

- ¿Cómo que de qué estamos hablando? - protestó el monje Tang -. ¿Es que no ves

dónde hemos estado durmiendo?

- No hay lugar más apacible que un bosque de pinos - comentó el Peregrino -. Me pregunto qué tal le habrá ido al Idiota en su prueba.

- ¿Quieres explicarme quién ha sido sometido a prueba? - inquirió el maestro.

- Las mujeres de esa casa - explicó el Peregrino - eran bodhisattvas que querían darnos una lección. Se deben de haber marchado durante la noche, por lo que veo. Desgraciadamente Chu Ba-Chie cayó en sus redes y ahora debe de estar pagándolo.

Tripitaka juntó las manos a la altura del pecho e hizo una promesa. Fue entonces cuando vio, agitado por el viento, un trozo de papel colgado de un viejo cedro. El Bonzo Sha lo cogió con rapidez y se lo entregó a su maestro. Se trataba de un poema de ocho líneas, que decía:

La dama del Monte Li 4, aunque no deseaba hacerlo, abandonó su morada por invitación expresa de Kwang-Ing. La acompañaron Manjusri y Visvabhadrá, que aceptaron de buena gana convertirse en doncellas de edad casadera. Sus tentaciones sólo sirvieron para afianzar la casta virtud del monje santo y mostrar el aspecto profano de la personalidad de Ba-Chie. De ahí que deba aquietar su corazón con el arrepentimiento y dominar su pereza con una vida de total diligencia.

No habían terminado de leerlo, cuando del interior del bosque llegaron unos gritos escalofriantes, que decían:

- ¡Estas cuerdas me están matando! ¡Por favor, maestro, salvadme! ¡Os prometo que no volveré a hacerlo nunca más!

- ¿No es ésa la voz de Wu-Neng? - preguntó Tripitaka, sorprendido.

- Así es - confirmó el Bonzo Sha.

- No os preocupéis por él y sigamos nuestro camino - sugirió el Peregrino.

- Aunque he de reconocer que el Idiota posee un natural sensual - admitió Tripitaka -, es bastante sincero y además tiene unos brazos muy fuertes. Sin él seríamos incapaces de transportar todo el equipaje. Liberémosle para que pueda continuar el viaje con nosotros y, así, llegue a buen término el destino que en un principio le asignó la Bodhisattva. Estoy seguro de que nunca más volverá a caer en tentaciones de este tipo.

El Bonzo Sha recogió las esteras sobre las que habían dormido y arregló un poco el equipaje. El Gran Sabio, por su parte, desató el caballo y condujo al monje Tang al corazón del bosque para ver lo que realmente había pasado. Este incidente muestra bien a las claras que quien quiera entrar en el Mundo del Espíritu debe poner especial cuidado en la adquisición de la Verdad y en la purificación de todos sus deseos.

De momento no sabemos qué destino aguardaba al Idiota. Quien desee descubrirlo tendrá que escuchar la explicación que se brinda en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XXIV

EL GRAN INMORTAL DETIENE A SU VIEJO AMIGO EN LA MONTAÑA
DE LA LONGEVIDAD. EL PEREGRINO ROBA EL GINSENG 1 DEL TEMPLO DE LAS
CINCO VILLAS

Los tres monjes no tardaron en encontrar al Idiota atado a un árbol. Ba-Chie no dejaba de chillar, como si fuera presa de un dolor insoportable. El Peregrino se acercó a él y exclamó, soltando la carcajada:

- ¡Mi querido yerno, con lo tarde que es y todavía no has vuelto a comunicar a tu maestro la nueva de tu matrimonio! ¿Cómo es, además, que no has dado las gracias a tus antepasados? Cuesta trabajo creer que estés aquí divirtiéndote, ajeno a las

ceremonias y ritos. ¿Dónde se han metido tu suegra y tu esposa? ¡Es inconcebible encontrar al novio atado y apaleado!

El Idiota se sentía tan avergonzado que apretó con fuerza los dientes para no dejar escapar ningún lamento más. El Bonzo Sha, por su parte, no pudo resistir verle de aquella manera y, dejando el equipaje en el suelo, corrió a desatarle. En cuanto se hubo sentido libre, el Idiota se echó rostro en tierra y comenzó a golpear frenéticamente el suelo con la frente. La vergüenza le corroía el alma. Sobre él tenemos un poema "tsu" que se acompaña con la música del "Sin-Chiang-Yüe" y que dice:

La pasión carnal es un arma peligrosa. Quien vive por entero dedicado a ella termina presa de su acero. Todas las doncellas, a pesar de lo tierno de su edad, son más peligrosas que un yaksa.

Más adelante se afirma:

Sólo disponemos de una suma importante y nadie puede añadir más ganancia a su bolsa. Es preciso guardar con cuidado tan preciado capital y no malgastarlo jamás.

Ba-Chie cogió un poco de tierra, lo esparció como si fuera incienso y se inclinó después ante el cielo.

- ¿Cómo es posible que no reconocieras a las bodhisattvas? - le preguntó el Peregrino.

- Estaba ciego - reconoció Ba-Chie -. ¿Cómo iba a reconocer a nadie?

El Peregrino le entregó la tira de papel y él bajó la vista, avergonzado.

- No te puedes quejar de tu suerte - dijo el Bonzo Sha para animarle -. Eres tan apuesto que nada menos que cuatro bodhisattvas querían casarse contigo.

- No me vuelvas a hablar de eso, por favor - le suplicó Ba-Chie -. De ahora en adelante prometo no volver a tocar esos temas. Cargaré con el equipaje del maestro sin rechistar, aunque su peso me parta el espinazo antes de llegar al Oeste.

- Me alegra oírte hablar con esa cordura - afirmó Tripitaka.

El Peregrino tiró entonces de las riendas y condujo al maestro al camino principal. Tras varias horas de viaje se toparon con una montaña extremadamente alta. Tripitaka se sintió tan impresionado al verla que al punto tiró de las riendas y dijo:

- A partir de ahora debemos andar con mucho cuidado, ya que lo más seguro es que tras esos riscos se escondan monstruos empeñados en buscarnos la ruina.

- ¿A qué tenéis miedo? - le increpó el Peregrino -. Vuestros tres discípulos están dispuestos a sacrificar su vida por defender la vuestra.

Esas palabras calmaron un tanto la ansiedad del monje Tang, que pudo abandonarse a la contemplación de la belleza de la montaña que tenía ante sí. La rugosidad de sus laderas era impresionante. No en balde poseía las mismas raíces que la cordillera Kun - Lun 2 y sus cumbres llegaban hasta el mismísimo cielo. Garzas blancas a menudo venían a posarse en sus enebros, mientras monos de pelajes negruzcos se columpiaban tranquilamente en sus parras. Cuando el sol iluminaba los impenetrables bosques que la cubrían, se veía elevarse sobre ellos volutas de niebla rojiza. A veces era el viento, al sopla encajonado por los acantilados, el que arrancaba de las profundidades retazos de nubes rosáceas. Extraños pájaros cantaban a sus anchas entre el verdor de los bambúes, mientras los faisanes se perseguían con indescriptible alboroto entre los espontáneos canteros de las flores silvestres. Desde la posición en la que se encontraba el maestro era posible ver las siluetas impactantes del Pico de los Mil Años, de la Cumbre de las Cinco Bendiciones 3, del Alto del Hibisco, de la Roca Sin Edad, del Risco de los Dientes de Tigre y del Peñasco de los Tres Cielos, de los que fluye sin cesar el viento sagrado. Más allá de los acantilados se apreciaban la fragilidad de la hierba nueva, la fragancia de los ciruelos, la pálida pureza de las orquídeas y las punzantes espinas de las rosas silvestres.

En el corazón del bosque el fénix reunía a millares de aves, mientras en la oscuridad de una inmensa caverna el unicornio hacía otro tanto con los monstruos y bestias. El torrente, con su curso irregular, parecía volver la cabeza hacia el lugar del que procedía. Las cumbres formaban una especie de circo que se repetía constantemente más allá de lo que la vista abarcaba. Por doquier la vegetación se mostraba exuberante. Frondosos eran, en verdad, los árboles huai 4, los bambúes, los pinos, los blancuzcos perales, los rojizos melocotoneros y los verdosos sauces. Todos parecían rivalizar entre sí con sus tonalidades de triple primavera. A lo lejos se escuchaban el canto de los dragones, el rugido de los tigres, los graznidos de las garzas, los gritos de los simios, los berridos de los ciervos, al desplazarse por entre los macizos de flores, y los cantos de los fénix al mirar de frente el sol. Sin duda alguna aquélla era una montaña sagrada, una tierra de bendiciones, un lugar escogido trasunto de Peng-Lai. Adondequiera que se dirigiera la vista se veían plantas en flor y bandadas de nubes escalando pacientemente las cumbres. Impresionado ante tanta belleza, Tripitaka dijo a sus discípulos:

- Muchas han sido las regiones por las que he pasado desde que inicié mi viaje hacia el Oeste. Pero puedo aseguraros que ninguna de ellas poseía una belleza tan extraordinaria como la que ahora estamos contemplando. Eso me hace suponer que no andamos muy lejos del Templo del Trueno, en cuyo caso deberíamos prepararnos para encontrarnos con el Ser más Respetable del Mundo.

- Es demasiado pronto para eso - afirmó el Peregrino, soltando la carcajada -. Aún nos queda muchísimo camino.

- ¿A qué distancia en concreto está de aquí el Templo del Trueno? - preguntó el Bonzo Sha.

- A ocho mil millas, de las cuales no hemos cubierto ni siquiera la décima parte - contestó el Peregrino.

- Si lo que dices es verdad, ¿cuántos años calculas que nos llevará llegar al final de nuestro viaje? - preguntó, a su vez, Ba-Chie.

- Si habláramos de vosotros dos - respondió el Peregrino -, no tardaríais más de diez días. Yo haría en una sola jornada cincuenta viajes de ida y vuelta y aún me sobrarían algunas cuantas horas de luz. Pero, llevando con nosotros al maestro, es difícil calcular el tiempo que invertiremos.

- Todo eso está muy bien - insistió el monje Tang -, pero ¿cuándo llegaremos a nuestro destino?

- Repito que no es nada fácil determinarlo - dijo el Peregrino -. La distancia es tan grande que muy bien podríais haber empezado a caminar en vuestra juventud y, cuando llegarais a viejo, aún estaríais de viaje. Serían, tal vez, necesarias mil reencarnaciones para alcanzar vuestro objetivo. Pero cuando, por vuestra propia fuerza de voluntad, seáis capaz de percibir la naturaleza búdica en todo cuanto existe y vuestros pensamientos se retrotraigan a la fuente misma de vuestra memoria, entonces, y no antes, llegaréis a la Montaña del Espíritu.

- De todas formas - se atrevió a decir el Bonzo Sha -, aunque ésta no sea la región del Templo del Trueno, por fuerza tiene que ser la morada de algún hombre santo. De lo contrario, no se explica tanta belleza.

- Así es - admitió el Peregrino -. Ni a duendes ni a demonios les estaría permitido habitar en un lugar como éste. Si no me equivoco, aquí reside un inmortal o un monje realmente virtuoso. En todo caso, gocemos cuanto podamos de su belleza.

Aquélla era, en efecto, la Montaña de la Longevidad. En ella se levantaba un templo taoísta, conocido por el nombre de las Cinco Villas, en el que habitaba un inmortal llamado Chen Yüan-Tse 5, aunque gozaba del título de Señor, Sosia de la Tierra. En dicho templo crecía un extraño tesoro: una raíz espiritual formada justamente después

de que el caos hubiera sido dividido y antes de que el Cielo y la Tierra se hubieran separado. Por una extraña cadena de circunstancias había ido a parar al Continente Occidental de Aparagodaniya, donde precisamente se hallaba enclavado el mencionado templo. Tan preciado tesoro había recibido el nombre de planta del mercurio alterado o fruto del ginseng. Aproximadamente tardó tres mil años en florecer, le llevó un tiempo similar dar fruto y permaneció maduro durante un período exactamente igual. Hubieron de transcurrir en total diez mil años antes de que alguien pudiera probarlo. Así se explica que sólo existieran treinta de esos frutos. Tenía la forma de un recién nacido, al que no le faltaban ni los cuatro miembros ni los cinco sentidos. Con sólo olerlo, un hombre podía vivir más de trescientos sesenta años, y quien tuviera la fortuna de comerlo alcanzaría con toda exactitud la edad de cuarenta y siete mil años.

Precisamente aquel día el inmortal Chen Yüan-Tse había recibido una carta del Primero de los Seres Celestes, en la que le invitaba a asistir a una conferencia en el Palacio Mi-Le del Cielo de la Suprema Pureza. El tema de la disertación era precisamente "El Fruto Taoísta del Origen Caótico". A lo largo de su vida el Gran Inmortal había enseñado a incontables discípulos a alcanzar el misterio de la inmortalidad, aunque, a decir verdad, sólo cuarenta y ocho de ellos habían conseguido la perfecta iluminación del Tao. Quizás por eso, o porque pertenecían a la Secta de la Verdad Completa, había aceptado vivir en su compañía. Aquel día ascendió a las Regiones Superiores a escuchar la conferencia, acompañado por cuarenta y seis de estos discípulos aventajados. Los dos más jóvenes hubieron de quedarse, pues, al cuidado del templo. Uno se llamaba Brisa Límpida y el otro Luna Brillante. Brisa Límpida tenía solamente dos mil doscientos veinte años, mientras que Luna Brillante acababa de cumplir los mil doscientos. Antes de partir, Chen Yüan-Tse convocó a los dos jóvenes y les dijo: No puedo rechazar la invitación del Primero de los Seres Celestes. Aunque no quiera, debo asistir a la conferencia que va a celebrarse en el Palacio Mi-Le. Vosotros quedaos aquí y tened bien abiertos los ojos, ya que espero la visita de un viejo amigo. No necesito deciros que debéis tratarle lo mejor que podáis. Tanto que os doy permiso para que arranquéis dos frutos de ginseng y se los ofrezcáis en recuerdo de nuestra pasada amistad.

- ¿Podéis decirnos quién es ese amigo vuestro? - preguntó uno de jóvenes -. Sabiéndolo de antemano, podremos tratarle con mayor herencia.

- Es un monje muy virtuoso procedente del Gran Imperio de los Tang, en las Tierras del Este - explicó el inmortal -. Se llama Tripitaka y se dirige al Paraíso Occidental en busca de las escrituras de Buda.

- Según Confucio - replicó uno de los jóvenes -, "no es aconsejable mantener contactos con quienes siguen un camino distinto al nuestro" 6. ¿Para qué relacionarnos con un monje budista, cuando nosotros pertenecemos al Misterio de la Gran Mónada?

- Has de saber - contestó el Gran Inmortal - que ese monje no es otro que la reencarnación de la Cigarra de Oro, segundo discípulo de Tathagata, el Anciano Sabio del Oeste. Entablé relación con él hace aproximadamente quinientos años en la Fiesta del Ullambana. En aquella ocasión varios seguidores de Buda me presentaron sus respetos y él tuvo la delicadeza de servirme el té con sus propias manos. Desde entonces no he dejado de tenerle por un amigo auténtico.

Tras esa explicación los dos jóvenes inmortales no pusieron más reparos a los deseos de su maestro, que les recalcó a la hora de marcharse:

- No olvidéis que esos frutos están contados. Podéis ofrecerle dos, ninguno más.

- La última vez que abrimos el jardín - comentó Brisa Límpida - comimos dos de esos frutos, así que deben de quedar unos veintiocho. Estad tranquilos. No cogeremos ni uno más de los que habéis dicho.

- Me temo, de todas formas - les advirtió el Gran Inmortal -, que los discípulos de

Tripitaka son un poco maleducados. Sería conveniente, por tanto, que no se enteraran de la existencia de estos frutos.

Tras repetir sus recomendaciones, el Gran Inmortal subió a las Regiones Superiores, seguido del resto de sus discípulos.

Mientras esto sucedía, el monje Tang y sus tres discípulos habían iniciado ya la ascensión de la montaña. Jadeantes, levantaron la cabeza y vieron un grupo de altas construcciones que se confundían con el verdor de los bambúes y los pinos.

- ¿Qué clase de lugar te parece que es aquél, Wu-Kung? - Preguntó el monje Tang.

- No es ni un templo taoísta ni un monasterio budista - contestó el Peregrino después de larga meditación -. Lleguémonos hasta él y descubramos algo más.

No tardaron en llegar a la puerta, desde la que se veía un pequeño otero cubierto de pinos y un sendero festoneado de frescos y exuberantes bambúes. Las garzas blancas entraban y salían sin cesar de aquel recinto, mientras familias enteras de simios vagaban por doquier en busca de frutas. Justamente al otro lado de la puerta había un estanque, sobre el que árboles centenarios dejaban caer el peso de sus sombras alargadas. Las rocas que delimitaban su perímetro aparecían totalmente cubiertas de líquenes y musgos, como si estuvieran empeñados en reducirlas a polvo con su frágil verdor. Los salones de la mansión poseían un atractivo color púrpura y sus torres parecían descender, como la lluvia, de las rojizas neblinas. No cabía duda de que aquella era una región santa. Por doquier se apreciaba una espiritualidad que, de alguna manera, recordaba la caverna de nubes de Peng-Lai. La tranquilidad y el silencio que allí reinaban eran ideales para el entrenamiento de la mente en los difíciles caminos del Tao. A veces se tenía, de hecho, la impresión de que extraños pájaros azulados traían nuevas de Wang-Mu y de que los fénix portaban en sus picos rollos escritos por el propio Lao-Tse. La riqueza de aquel noble paisaje taoísta era tal que la vista no se cansaba de recorrerlo una y otra vez. Sin lugar a dudas, aquella era una morada de auténticos inmortales.

Al bajar del caballo, el monje Tang vio a su izquierda una enorme laja de piedra, sobre la que se había grabado la siguiente inscripción: "La Tierra Sagrada de la Montaña de la Longevidad. Caverna Celeste del Templo de las Cinco Villas".

- ¡Así que se trata de un centro taoísta! - exclamó Tripitaka.

- A juzgar por el lugar en el que está enclavado - afirmó el Bonzo Sha -, debe de estar habitado por personas realmente virtuosas. ¿Por qué no entramos a echar un vistazo? Si nos gusta, podemos detenernos aquí en nuestro viaje de vuelta, aunque, a decir verdad, con la belleza de su paisaje es más que suficiente.

- Tienes razón - concedió el Peregrino y entraron en el interior.

A ambos lados de la segunda puerta había un par de tiras de año nuevo, en las que podía leerse: "Casa inmortal en la que la juventud es la única dueña y señora. Esta mansión posee la misma edad que los cielos".

- Con el fin de impresionar a la gente, estos taoístas son capaces de decir cualquier cosa - dijo, riendo, el Peregrino -. ¡Menuda forma de hablar! Cuando hace aproximadamente quinientos años sumí el Palacio Celeste en una total confusión, no encontré tan grandilocuentes palabras ni siquiera en la puerta de Lao-Tse.

- ¿Eso qué importa? - exclamó Ba-Chie -. Ahora lo que tenemos que hacer es entrar cuanto antes. ¿Quién sabe? A lo mejor estos taoístas tienen guardado ahí dentro algo realmente valioso.

No habían transpuesto la segunda puerta, cuando les salieron al encuentro dos jóvenes de aspecto saludable tanto corporal como espiritualmente. En la cabeza lucían unos extraños copetes de pelo y las túnicas que vestían eran tan amplias que parecían estar envueltos, en realidad, en neblinas. Poseían la ligereza de las plumas. Sus amplias

mangas recordaban de alguna forma el vuelo de ciertas aves. Por si eso no bastara, sus fajas aparecían adornadas con cabezas de dragones. Viendo lo selecto de sus vestimentas, era fácil colegir que no se trataba de vulgares muchachos. Eran, en efecto, dos mancebos divinos que respondían a los nombres de Brisa Límpida y Luna Brillante. Con inusitado respeto se inclinaron ante los caminantes y les dijeron:

- Perdonadnos por no haber salido antes a daros la bienvenida. Sentaos, por favor.

El maestro siguió a los dos jóvenes hasta el salón principal, que estaba constituido por cinco grandes compartimentos orientados hacia el sur y separados por grandes paneles cubiertos de relieves. En su parte superior eran totalmente traslúcidos, mientras que en la inferior eran tan sólidos como una roca. Los dos jóvenes recorrieron una sola de estas particiones e hicieron entrar al monje Tang en el compartimiento del centro. De una de las paredes colgaba un larguísimo rollo, en el que habían sido bordados, a cinco colores, los caracteres del Cielo y la Tierra. Justamente debajo de él había una mesa lacada de cinabrio rojo para el ofrecimiento de incienso, sobre la que descansaba una urna de oro amarillo. Junto a ella se veían varias varillas de productos aromáticos.

El monje Tang tomó un poco de incienso con la mano izquierda y lo depositó en el quemador. Se inclinó después tres veces seguidas y, volviéndose hacia los jóvenes, les dijo:

- No hay duda de que vuestro Templo de las Cinco Villas forma parte del Paraíso Occidental. ¿Cómo es posible, por tanto, que no prestéis culto a los Tres Puros, a los Reyes de los Cuatro Puntos Cardinales o a los diferentes Señores del Cielo Superior? ¿Podéis explicarme por qué junto al recipiente del incienso sólo están escritos los caracteres del Cielo y la Tierra?

- A decir verdad - contestó uno de los jóvenes, sonriendo -, eso más que una deferencia por parte de nuestro maestro, porque, mirándolo bien, sólo el Cielo es merecedor de nuestro reconocimiento.

- ¿Qué quieres decir con eso de que se trata de una pura deferencia? - volvió a preguntar Tripitaka.

- Muy sencillo - contestó el joven -. Los Tres Puros son amigos de nuestro preceptor, los Cuatro Reyes sus feudos, los Nueve Planetas sus compañeros, y el Dios del Año Nuevo una especie de huésped no muy bien recibido.

Al oírlo, el Peregrino se echó a reír de tal forma que apenas podía mantenerse en pie.

- ¿Se puede saber de qué te ríes? - le reconvino Ba-Chie.

- ¡Y decías que yo me las daba de grande! - exclamó a duras penas el Peregrino -. ¿Has oído la prosopopeya de este jovencito taoísta?

- ¿Dónde está vuestro maestro? - indagó Tripitaka.

- Ha sido invitado por el Primero de Todos los Seres a asistir a una conferencia sobre "El Fruto Taoísta del Origen Caótico" en el Palacio Mi-Le del Paraíso de la Pureza.

El Peregrino no pudo resistirlo más y exclamó:

- ¡Déjate de tanto título rimbombante! ¿Es que no sabes con quién estás tratando? ¿A quién quieres engañar con tanta palabrería altisonante? ¿Quién es ese Inmortal del Palacio Mi-Le que se ha dignado invitar a ese maestracho vuestro? Además, ¿qué clase de conferencia es esa de la que hablas?

Al ver lo acalorado que estaba el Peregrino, Tripitaka temió que los jóvenes fueran a incomodarse y reconvino a Wu-Kung, diciendo:

- Deja de mostrarte tan descortés, por favor. Si abandonamos este palacio nada más llegar, pueden tomarnos por maleducados. Como muy bien afirma el proverbio, "las garzas no comen carne de garza". ¿Para qué importunar a estos jóvenes, si su maestro no está aquí? Lleva el caballo a pastar, mientras el Bonzo Sha se encarga del equipaje y Ba-Chie va en busca de un poco de grano. Nosotros mismos nos encargaremos de

preparar la comida. Sólo necesitamos unos cuantos pucheros y un poco de leña. Venga, cada cual a lo suyo. Yo voy a quedarme aquí descansando un poco. Proseguiremos nuestro camino en cuanto hayamos terminado de comer.

Los tres obedecieron sin rechistar. Brisa Límpida y Luna Brillante se sintieron tan admirados por lo bien organizados que se mostraban que no pudieron por menos de comentar entre sí:

- ¡Qué determinación la de este monje! Con razón es la reencarnación de un Sabio del Oeste. Ahora debemos hacer lo que nos dejó encargado nuestro maestro y entregarle unos cuantos frutos de ginseng. Menos mal que sus tres discípulos se han marchado. De lo contrario, tendríamos serios problemas con ellos. ¿Te has dado cuenta de lo rudos que son sus modales?

- No vayamos tan deprisa - sugirió Brisa Límpida -. Mirándolo bien, no sabemos si es este monje el amigo de nuestro maestro. Deberíamos asegurarnos, antes de dar cualquier paso en falso.

Se llegaron, pues, hasta Tripitaka y le preguntaron:

- ¿Sois vos el monje Tang, hermano del emperador y eterno buscador de escrituras?

- Así es - contestó él, inclinando la cabeza -. ¿Cómo es que dos inmortales como vosotros conocen un nombre tan vulgar como el mío?

- Antes de marcharse - respondió uno de los jóvenes -, nuestro maestro nos dejó encargado que saliéramos a recibirlos a los pies de esta montaña. Lo que menos esperábamos es que fuerais a aparecer tan pronto. Sentaos, por favor, y permitidnos que os sirvamos un poco de té.

- No merezco tantas atenciones - protestó Tripitaka, pero Luna Brillante se había retirado ya a la parte de atrás de la casa y no tardó en regresar con una taza de té aromático.

En cuanto Tripitaka la hubo bebido, dijo Brisa Límpida:

- No debemos desobedecer a nuestro maestro. Así que, cuanto antes le entreguemos la fruta, mejor.

Los dos jóvenes se despidieron de Tripitaka y se retiraron a sus aposentos. Uno de ellos sacó un mazo de oro, mientras el otro se hizo con una bandeja de madera para servir elixir. Antes de salir hacia el Huerto del Ginseng, colocaron sobre ella varios mantelitos de seda.

Brisa Límpida se subió a un árbol y agitó con el mazo las ramas - Luna Brillante estaba debajo con la bandeja y logró hacerse con dos de las frutas que cayeron. Satisfechos, regresaron al salón principal y se las ofrecieron a Tripitaka, diciendo:

- El Templo de las Cinco Villas se encuentra ubicado en un paraje agreste y de difícil acceso. No son muchas, pues, las cosas de que disponemos para festejar vuestra llegada, pero, si queréis saciar vuestra sed, no hay cosa mejor que estas frutas que crecen en nuestro huerto.

- Santo cielo! - exclamó el monje, echándose hacia atrás y temblando de pies a cabeza -. ¿Cómo es posible que practiquéis el canibalismo en un lugar tan sagrado como éste? ¿Tan mal os van las cosas por aquí que lo único que tenéis para saciar mi sed son dos niños de apenas tres días de vida?

- ¡Pobre monje! - se dijo Brisa Límpida -. Lleva tanto tiempo en este mundo que es incapaz de reconocer los preciados tesoros que aquí tenemos. Sólo se sirve de los ojos mortales para ver y de la mente corrupta para pensar. ¿Cómo es posible que haya caído tan bajo quien ocupó los puestos más altos del cielo?

Comprendiendo su turbación, Luna Brillante se acercó a él y le explicó:

- Esto que veis aquí, maestro, no son niños, sino un fruto llamado ginseng. No hay nada de malo en que comáis por lo menos uno.

- No puedo hacerlo - exclamó en seguida Tripitaka -. Sólo el cielo conoce la cantidad de penalidades que han tenido que pasar sus padres para traer a la vida a estas criaturas. ¡Es increíble que tratéis de convencerme de que son sólo frutas, cuando bien a la vista está que son niños de no más de tres días!

- Os doy mi palabra de que proceden de un árbol - afirmó Brisa Límpida, solemne.

- ¡Tonterías! - volvió a exclamar Tripitaka -. ¿Cómo va la gente a crecer en los árboles? ¡Lleváoslos de mi vista! ¡No soporto los crímenes!

Comprendiendo que no había manera de convencerle, los dos jóvenes cogieron la bandeja y la llevaron a sus aposentos. Sabían que aquellos frutos eran tan especiales que, si no se comían en seguida, se volvían muy duros y no había manera de hincarles el diente. Se sentaron, pues, en las camas y empezaron a dar buena cuenta de ellos, desgraciadamente, sus aposentos colindaban con la cocina, de la que sólo les separaba un muro muy fino, y podía oírse todo lo que hablaban. Ba-Chie estaba preparando un poco de arroz y no pudo dejar de escuchar una conversación que llamó en seguida su atención, ya que giraba a cerca de un enigmático mazo de oro y una extraña bandeja para el elixir. Fue así como se enteró de que el monje Tang había rechazado, por ignorancia, los frutos del ginseng, obligando a los dos jóvenes a comérselos tranquilamente en sus aposentos. A Ba-Chie se le hizo la boca agua y se dijo, esperanzado:

- ¿Cómo podría arreglármelas para comer también yo uno?

No sabía, sin embargo, qué hacer para conseguirlo y decidió tratar del asunto con el Peregrino. Se desentendió totalmente de la comida y empezó a sacar la cabeza por la ventana para ver si le veía aparecer. Wu-Kung no tardó, en dejarse ver con el caballo. Lo ató a un árbol y empezó a andar hacia la parte de atrás de la casa, pero el Idiota llamó su atención, agitando las manos como un loco y diciendo:

- ¡Ven aquí inmediatamente!

- ¿Se puede saber por qué gritas tanto? - preguntó el Peregrino volviéndose y dirigiéndose hacia la puerta de la cocina -. ¿Acaso falta arroz? Si es así, que el maestro coma primero. Nosotros mendigaremos el sustento en las casas que vayamos encontrando a lo largo del camino.

- Pasa de una vez - le urgió Ba-Chie -. Lo que tengo que decirte no tiene nada que ver con el arroz. He averiguado que en este templo hay un tesoro de lo más extraño.

- ¿Quieres decirme de qué se trata? - volvió a preguntar el Peregrino.

- Por supuesto que sí - contestó Ba-Chie, sonriendo -. Pero te advierto que es algo que no has visto jamás. Es posible, por tanto, que, si te lo pongo delante de las narices, no seas capaz de reconocerlo.

- No sabes ni lo que dices - le regañó el Peregrino -. Cuando hace aproximadamente quinientos años me dediqué a la búsqueda de la inmortalidad, recorrí hasta el último rincón del cielo y el océano, y puedo asegurarte que no hay misterio que no haya comprendido ni tesoro que no haya visto.

- Todo lo que tú quieras - replicó Ba-Chie -. Pero ¿a que no has visto nunca un fruto de ginseng?

- Me temo que no - reconoció el Peregrino, desconcertado -. Sin embargo, he oído decir que es la planta del azufre metamorfoseado y que quien la come ve prolongada considerablemente su vida. ¿Quieres decirme dónde puedo encontrar esa maravilla?

- Aquí mismo - contestó Ba-Chie -. Esos dos muchachos se la ofrecieron al maestro, pero él pensó que se trataba de un niño de apenas tres días y no se atrevió a probarla. Opino que esos mozalbetes son un poco desconsiderados con nosotros, ya que debían habernos tratado exactamente igual que a nuestro mentor. ¿A qué viene eso de andar con secretitos? Los muy caraduras se han comido un fruta de ésas cada uno en la

habitación de al lado. Lo han hecho con tal fruición que he empezado a babear como un tonto, mientras mi mente cavilaba la forma de probarla yo también. Así, he caído en la cuenta de que no hay hombre con más recursos que tú. ¿Qué te parece si nos llegamos hasta su huerto y les robamos unos cuantos frutos de esos?

- No hay cosa más fácil - afirmó el Peregrino -. Puedes tomarlo por hecho - y, dándose la vuelta, empezó a caminar hacia la parte delantera de la casa. Afortunadamente, Ba-Chie logró detenerle, diciendo:

- Espera un momento. Mientras hablaban, les oí mencionar no sé qué de un mazo de oro. Es preciso hacerlo todo con la debida corrección para que nadie se dé cuenta de nuestros planes.

- Estáte tranquilo - dijo el Peregrino -. Ya sé cómo hacerlo.

El Gran Sabio se valió de la técnica del ocultamiento corporal para introducirse sin ser visto en los aposentos de los taoístas. Los dos jóvenes no estaban ya allí. Después de comer las frutas regresaron al salón principal para mantener entretenido al monje Tang. El Peregrino buscó por todas partes el mazo de oro y sólo pudo hallar una varilla de oro rojizo colgada de una ventana. Tenía aproximadamente una longitud de dos pies y un grosor que no superaba el de un dedo. Uno de sus extremos terminaba en una bolita del tamaño de una cabeza de ajo; en el otro había un pequeño agujerito con una cinta de lana verde.

- Éste debe de ser el mazo de oro - se dijo el Peregrino y lo descolgó con cuidado.

Sin perder un solo segundo, se dirigió a la parte de atrás de la casa, abrió una puerta de doble batiente y se encontró de pronto ante un huerto esmeradamente cuidado. Sus barandas, primorosamente labradas, habían sido pintadas de un atractivo color rojizo, que contrastaba con lo escarpado de sus colinas artificiales. En ellas crecían exóticas flores, que rivalizaban en luminosidad con el sol, y pequeños bosquecillos de bambúes, cuyo verdor se compaginaba perfectamente con el límpido añil de los cielos. Tras un gracioso pabellón se apreciaba una banda de sauces fijadores de niebla, junto a los que se levantaba una tribuna para gozar de la contemplación de la luna. Por doquier se veían pinos de un atractivo color azulado. El huerto era, en realidad, un mosaico de vivos y atractivos colores: el rojo brillante de los granados, el delicado verde de la hierba, el exuberante azul de las orquídeas, la límpida transparencia de las aguas de un arroyo. No lejos del pozo dorado ⁷ crecían infinidad de árboles, entre los que destacaban los wutung ⁸, los huai y los melocotoneros de tupidas copas y atractivos colores. Los crisantemos esparcían por doquier el milagro otoñal de su penetrante fragancia. Junto al pabellón de las peonías crecían diez mil variedades de tan preciadas flores. Adondequiera que se dirigiera la vista podían contemplarse bambúes que desafiaban la escarcha y pinos cargados de nobleza que se mofaban de la nieve. No muy lejos del estanque cuadrado y del lago circular se habían construido nidos para las garzas y establos para los ciervos. Al chocar contra las rocas, el agua de los arroyos parecía desintegrarse en diez mil esquirlas de jade. El viento invernal sacudía con fiereza la delicada blancura de los capullos del ciruelo, aunque se respiraba ya la cercanía de la primavera en la explosión de color de las begonias. Aquél era, en verdad, un auténtico paraíso, en el que el oro surgía del suelo como si fuera una planta más. Resultaba imposible imaginar que hubiera un lugar más hermoso que aquél en todo el occidente.

El Peregrino se sintió inmediatamente atraído por el embrujo de su belleza, pero continuó caminando y pronto se encontró con otra puerta. La abrió de par en par y se halló en un vergel, en el que crecía toda clase de verduras: espinacas, apio, colas de caballo, remolacha, jengibre, brotes de bambú, melones, berros, cebollinos, ajo, culantro, puerros, cebolletas, tallos de apio, flores de loto, su ⁹ amargo, calabaza, berenjenas, nabos blancos y verdes, espinacas rojas, repollos verdes y mostaza.

- Se ve que este taoísta consume lo que produce - se dijo, sonriendo, el Peregrino y continuó su camino.

Al otro extremo de este segundo huerto había una nueva puerta. La abrió y se encontró en un nuevo vergel, en cuyo centro crecía un árbol llamativamente alto. Sus ramas eran recias y bien proporcionadas, lo mismo que sus hojas, que, de alguna manera, recordaban las del llantén. Tanta perfección no dejaba de llamar la atención, ya que medía más de mil pies de alto y sesenta o setenta de grosor. El Peregrino se apoyó en su tronco y, levantando la vista, vio un fruto de ginseng en una de las ramas que miraban hacia el sur. Parecía, en verdad, un niño recién nacido. La brisa sacudía sin cesar sus miembros y su cabeza, otorgándole una indiscutible apariencia de vida. A veces se tenía incluso la sensación de que lloraba como si fuera un auténtico bebé.

- ¡Qué cosa más maravillosa! - volvió a decirse, asombrado, el Peregrino -. Jamás había visto cosa igual - y, de un salto, se encaramó a lo alto del árbol.

Para él no encerraba secreto alguno robar fruta. De hecho, no era la primera vez que lo hacía. Sin pérdida de tiempo, sacó el pequeño mazo de oro y golpeó con suavidad la fruta, que se desprendió al instante de la rama. El Peregrino se dejó caer sobre la hierba, pero, por mucho que lo intentó, no consiguió encontrar el ginseng. No había, simplemente, rastro de él.

- ¡Qué raro! - exclamó el Peregrino -. Me figuro que, al tener piernas, se habrá echado a correr. Sin embargo, ¿cómo se las habrá arreglado para saltar la tapia? ¡Ya sé lo que ha pasado! Seguro que lo ha escondido por alguna parte el espíritu de este huerto, para que no pueda comerlo.

En seguida hizo un signo mágico, al que añadió un conjuro que empezaba con la letra Om. Su gesto se tornó tan poderoso que no tardó en aparecer el espíritu del huerto, inclinándose respetuosamente y diciendo:

- ¿En qué puede servir este humilde esclavo vuestro, Gran Sabio?

- ¿No sabes que soy el ladrón más famoso del mundo? - preguntó, a su vez, el Peregrino -. Nadie se atrevió a despojarme de mi botín cuando me apropié de los melocotones inmortales, del vino del emperador y de las píldoras de la longevidad. ¿Cómo has tenido tú el valor de llevarte el fruto que acabo de arrancar a este árbol? Me extraña que hayas obrado con tanta ligereza. Mirándolo bien, lo que crece en árboles es patrimonio de todas las aves. ¿Por qué has tenido que quedarte con mi parte?

- Estáis muy equivocado, Gran Sabio - contestó el espíritu del huerto -. Yo no os he quitado nada. Este tesoro es propiedad de un inmortal de la tierra y yo no soy más que un vulgar espíritu. ¿Cómo iba a atreverme a cometer semejante desacato? A mí ni siquiera me está permitido oler esos frutos, así que tú verás.

- Si tú no lo has cogido - interrogó el Peregrino -, ¿cómo es que a desaparecido nada más caer al suelo?

- Es muy posible que estéis al tanto de sus propiedades para alargar la vida - respondió el espíritu -. Pero se ve que desconocéis absolutamente todo sobre él.

- ¿Qué quieres decir? - exclamó el Peregrino.

- Que este árbol tarda aproximadamente tres mil años en florecer, invierte otro tanto en dar fruto y lo conserva en sus ramas durante un período exactamente igual - explicó el espíritu -. Quien lo huela una sola vez puede vivir más de trescientos sesenta años, y quien tenga la fortuna de comerlo es capaz de alcanzar los cuarenta y siete mil años. Sin embargo, un fruto tan valioso se encuentra totalmente a merced de las Cinco Fases.

- ¿Y eso qué significa? - volvió a indagar el Peregrino.

- Muy sencillo - dijo el espíritu -: que se desprende al contacto con el oro, se seca con el de la madera, se disuelve con el del agua, se marchita con el del fuego y se diluye con el de la tierra. Ése es el motivo por el que has tenido que valerte de un objeto de oro

para arrancarlo. Tenías que haberte servido, además, de una bandeja cubierta con un mantelito de seda. De esa forma, hubieras evitado el contacto con la madera. Es más, a la hora de comerlo, es preciso disolverlo con un poco de agua en un recipiente de porcelana y mantenerlo alejado cuanto se pueda del fuego. Lo que ha ocurrido, en definitiva, ha sido que, al tocar la tierra, se ha asimilado totalmente a ella. Consiguientemente, esta porción de huerto se mantendrá lozana durante más de cuarenta y siete mil años. No deja de ser esto extraño, ya que en realidad es tres o cuatro veces más duro que el hierro y el acero no puede absolutamente nada contra él. Eso explica precisamente que quien lo coma pueda vivir tanto tiempo. Si no me crees, golpea el suelo todo lo fuerte que puedas y te convencerás.

El Peregrino cogió la barra de los extremos de oro y propinó un golpe terrible a la tierra. Pero rebotó como una gota de lluvia sobre la roca. En el suelo, sin embargo, no se apreciaba la menor señal.

- He de admitir que tienes razón - exclamó, sorprendido, el Peregrino -. Esta barra es capaz de hacer añicos una montaña entera y de producir una marca profunda en el mismo hierro. Sin embargo, no ha dejado la menor señal en el suelo. Perdona por haberte echado la culpa sin motivo. Si quieres, puedes marcharte.

Visiblemente complacido, el espíritu del huerto se inclinó y regresó a su morada oficial. El Gran Sabio volvió a subirse al árbol, hizo una especie de saco con su camisa de seda y, apartando cuidadosamente las hojas y las ramas, golpeó tres frutos con el pequeño mazo de oro, que fueron a parar al fondo del tejido. Loco de contento, saltó otra vez a tierra y corrió hacia la cocina.

- ¿Los has traído? - le preguntó Ba-Chie, sonriendo.

- ¿Son éstos los frutos de los que hablabas? - inquirió, a su vez, el Peregrino -. Ha sido más fácil conseguirlos de lo que esperaba. Así que llama al Bonzo Sha y que venga a probarlos. No está bien dejarle fuera de un banquete tan suntuoso como éste.

- ¡Ven aquí, Wu-Ching! - gritó Ba-Chie, moviendo las manos.

- ¿Se puede saber qué es lo que quieres? - preguntó el Bonzo Sha.

- Mira esto - le dijo entonces el Peregrino -. ¿Sabes lo que es?

- Frutos de ginseng - respondió el Bonzo Sha, sorprendido.

- Eso es - confirmó el Peregrino -. ¿Dónde los has probado?

- En ninguna parte - contestó el Bonzo Sha -. Cuando desempeñaba el cargo de Levantador de la Cortina, vi en cierta ocasión a varios inmortales regalárselos a la Reina Madre con motivo de su cumpleaños. Pero no los he probado jamás. ¿Piensas darme ahora esa oportunidad?

- Por supuesto - afirmó el Peregrino -. ¿Para qué crees que he traído tres?

Cada uno cogió el suyo. Ba-Chie poseía un enorme apetito y una boca que superaba toda medida. No esperó, pues, ni un solo segundo y se lo tragó, como si se tratara de una simple pepita de melón.

- ¿Se puede saber qué es eso que estáis comiendo? - preguntó, volviéndose hacia sus dos hermanos.

- Frutos de ginseng - contestó, sorprendido, el Bonzo Sha.

- ¿A qué sabe eso? - volvió a preguntar Ba-Chie.

- No le hagas caso, Wu-Ching - le aconsejó el Peregrino -. Él ya ha comido el suyo. ¿A qué viene tanta pregunta inútil?

- Me temo que lo he comido demasiado deprisa - confesó Ba-Chie. Yo no soy tan comedido como vosotros, que os gusta saborearlo con fruición. A mí no me va eso de masticar. Lo triste es que no me lo he tragado y ni siquiera sé si tenía pepita. ¿Por qué no vas y me traes otro? Vamos, no te hagas de rogar. Al fin y al cabo, es culpa tuya haberme agitado de esta forma los gusanos del estómago. Te prometo que esta vez lo

saborearé con cuidado.

- Se ve que no tienes remedio - exclamó el Peregrino -. Estos frutos no son como el arroz o los tallarines. En diez mil años sólo han madurado unos treinta. Deberías dar gracias al cielo por haberlos podido comer. Así que deja de decir tonterías de una vez.

Cogió el pequeño mazo de oro y, sin decir nada más, lo dejó caer en la habitación de al lado a través de un agujero que hizo en la ventana. Pero el Idiota no se arredró y continuó murmurando insensateces. Al poco tiempo los jóvenes taoístas regresaron a sus aposentos en busca de un poco de té para el monje Tang y oyeron quejarse a Ba-Chie de no haber saboreado como debiera el fruto del ginseng y de que mejor hubiera sido no habérselo llevado a la boca.

- ¿Has oído lo que acaba de decir el monje del morro saliente? - preguntó, intrigado, Brisa Límpida a Luna Brillante -. Ni más ni menos ha dado a entender que se ha zampado uno de nuestros preciados frutos. ¿Crees que habrán robado alguno esos bonzos zarrapastrosos? Con razón nos advirtió el maestro que tuviéramos cuidado con ellos.

- Todo esto me da muy mala espina - comentó Luna Brillante, dándose la vuelta -. Para empezar, el mazo de oro está en el suelo. Creo que lo mejor que podemos hacer es ir al huerto a echar un vistazo.

Los dos jóvenes corrieron a la parte de atrás de la casa y, para su sorpresa, encontraron abierta de par en par la puerta del jardín de las flores.

- ¡Qué cosa más rara! - exclamó Brisa Límpida -. Recuerdo muy bien haberla dejado cerrada.

Visiblemente preocupados, corrieron hacia el huerto de las verduras y lo hallaron abierto también. Sin poder contener ya la impaciencia, entraron en el jardín en el que crecía el ginseng y empezaron a contar sus frutos, mirando con ansiedad hacia arriba. Repitieron varias veces la operación, pero siempre obtuvieron el mismo resultado: veintidós frutos.

- ¿Has contado bien? - preguntó Luna Brillante.

- Sí. Y no sólo una, sino varias veces - contestó Brisa Límpida - - - ¿Cuántos te salen?

- En un principio había treinta - respondió Luna Brillante - Ante de marcharse, el maestro dividió dos entre todos nosotros, así que quedaban veintiocho. A éstos hay que restar los dos que ofrecimos al monje Tang. O sea, que en total debería haber veintiséis. ¿Cómo es posible que sólo hayamos contado veintidós? ¿Dónde están los otros cuatro? Aunque, mirándolo bien, la explicación no puede ser más clara: los ha robado ese grupo de ladrones. Vamos a pedir cuentas de todo ello al monje Tang.

Tras abandonar el jardín, se dirigieron al salón principal, donde pusieron de vuelta y media a Tripitaka, acusándole de ladrón y de amigo de ratas. Haciendo uso de un lenguaje irrespetuoso en extremo, continuaron insultándole durante mucho tiempo, hasta que finalmente el Tang no pudo aguantarlo más y dijo:

- ¿A qué viene tanto alboroto? ¿Es que no podéis calmaros y tratar del asunto que sea como personas educadas? Si tenéis algo que decirme, hacedlo con más tranquilidad y sin usar un lenguaje tan ofensivo. No me explico qué clase de inmortales sois vosotros.

- Por lo que se ve, estás totalmente sordo - le regañó Brisa Límpida -. Si te hablamos con un lenguaje tan soez, es porque estamos convencidos de que es el único que entiendes. ¿De qué otra forma podemos dirigirnos a quien ha robado los frutos del ginseng? ¿Qué quieres? ¿Que, encima, te alabemos?

- ¿Cómo son esos frutos que decís? - preguntó el monje Tang.

- Como un niño recién nacido - contestó Luna Brillante -. Al menos eso fue lo que tú mismo dijiste, cuando te los dimos a probar hace menos de media hora.

- ¡Bendito sea Amitabha Buda! - exclamó, escandalizado, el monje Tang -. ¿Cómo voy a atreverme a robar eso que decís, si con sólo mirarlo me pongo a temblar como si fuera una hoja? Ni aunque estuviera muerto de hambre sería capaz de probarlo. Mucho me temo que os habéis equivocado de persona.

- Es posible que tú no lo hayas hecho - reconoció Brisa Límpida -, pero no estamos tan seguros de tus discípulos. A ellos sí que les gustaría probar una delicia como ésta.

- No lo niego - admitió Tripitaka -. Pero ¿a qué viene eso de gritar como locos? Ahora mismo voy a preguntárselo y, si son ellos los culpables, os juro que les obligaré a resarciros de alguna manera.

- ¿Resarcirnos? - repitió, burlón, Luna Brillante -. No podrías hacerte con uno de esos frutos, ni aunque tuvieras todo el dinero del mundo.

- Si es verdad lo que dices - concluyó Tripitaka -, al menos podrán presentaros sus disculpas, pues, como muy bien dice el proverbio, "la honradez vale más que dos mil monedas de oro". Además, no estamos seguros del todo de que hayan sido mis discípulos los que han cogido vuestros frutos.

- ¿Qué quieres decir con eso? - preguntó Luna Brillante -. Nosotros mismos les hemos oído discutir sobre el tamaño de los trozos que se estaban repartiendo tan tranquilamente.

- ¡Venid aquí inmediatamente, discípulos! - gritó Tripitaka

Al oírlo, el Bonzo Sha exclamó, preocupado:

- ¡Vaya, lo que nos faltaba! Esos jovencitos taoístas nos han descubierto y han ido con el cuento a nuestro maestro. Por eso están armando todo ese alboroto.

- Nuestra situación es, ciertamente, comprometida - comentó el Peregrino -. De todas formas, se trata de un asunto de auténtica subsistencia. Si hemos robado, ha sido con el único propósito de matar el hambre. Así que lo mejor es negarlo de plano.

- Estoy de acuerdo contigo - asintió Ba-Chie -. Robar para comer no es delito - y, abandonando la cocina, se dirigieron hacia el salón principal.

No sabemos cómo se las apañaron para salir de aquel embrollo. Quien desee descubrirlo tendrá que escuchar las explicaciones que se ofrecen en el próximo capítulo.

CAPITULO XXV

EL INMORTAL CHEN YÜAN SALE EN PERSECUCIÓN DEL MONJE BUSCADOR DE ESCRITURAS. EL PEREGRINO SUN PRODUCE UN GRAN DESORDEN EN EL TEMPLO DE LAS CINCO VILLAS

En cuanto llegaron al salón principal, los tres Peregrinos se inclinaron respetuosamente ante su maestro y le preguntaron:

- ¿Por qué nos habéis hecho llamar? El arroz no está todavía preparado.

- No es de comida de lo que quiero hablaros - replicó Tripitaka -, sino de algo más serio. En este templo crece una fruta muy extraña, a la que llaman ginseng y que tiene la forma de un niño recién nacido. ¿Ha probado una alguno de vosotros?

- Yo no sé nada de eso - contestó Ba-Chie -. Ni siquiera he visto una fruta como la que decís en toda mi vida.

- ¡Ha sido el que se está riendo! - gritó Brisa Límpida, apuntando Peregrino.

- Yo nací con una propensión a la sonrisa - se defendió Wu-Kung -. Estás muy equivocado si crees que, porque has perdido algo, tienes derecho a prohibirme reír.

- No pierdas la compostura, por favor - le aconsejó Tripitaka -. A los que hemos renunciado a la familia no nos está permitido mentir ni probar comida robada. Si alguno de vosotros lo ha hecho, que se disculpe y asunto concluido. ¿A qué viene eso de

negarlo con tanta insistencia?

El Peregrino consideró que era razonable la argumentación de su maestro y confesó, diciendo:

- Lo siento, maestro. Me temo que fui yo quien lo hizo. De todas formas la culpa no fue sólo mía. Ba-Chie oyó comer a esos dos jóvenes un par de frutas de ginseng y quiso ver a qué sabían. Así que me convenció para que arrancara una para cada uno. Ya las hemos comido. ¿Qué otra cosa podíamos hacer con ellas?

- ¡Cuidado que eres mentiroso! - exclamó Luna Brillante -. Robaste cuatro frutas y ¿todavía pretendes no ser un ladrón? ¿Quieres explicarme qué es lo que entiendes tú por latrocinio?

- Si es verdad lo que dice este joven, ¿cómo es que sólo repartiste tres entre nosotros? - le echó en cara Ba-Chie -. ¡Cuidado que eres! Siempre tienes que estar engañando a todo el mundo - y empezó hacer aspavientos inútiles.

Cuando los jóvenes inmortales descubrieron la verdad, arreciaron aún más en sus insultos, cosa que terminó sacando de quicio al Gran Sabio. Sin poderse contener, empezó a apretar los dientes y a hacer gestos amenazadores con la boca, mientras blandía, amenazante, la barra de hierro.

- ¡Malditos jóvenes! - bramó, luchando por controlar sus instintos -. Se ve que saben zaherir a la gente con su sucia lengua. ¡Estoy hasta las narices de su arrogancia! ¿Quieren que nadie más coma del fruto del ginseng? Pues les voy a ayudar a conseguirlo.

Se arrancó un pelo del cogote y, echando sobre él una bocanada de aire mágico, gritó:

- ¡Transfórmate!

Y al instante se convirtió en una imagen exacta del Wu-Kung obediente y sumiso, que recibía sin rechistar los insultos. Pero mientras esa falsa imagen se mantenía al lado de Wu-Ching, Wu-Neng y el monje Tang, el auténtico Peregrino se elevó por las nubes y fue a parar al huerto en el que crecía el árbol del ginseng. Furioso, levantó la barra por encima de su cabeza y descargó sobre él un golpe terrible, que sacudió hasta los mismos cimientos de la montaña. El árbol sufrió un daño irreparable, perdiendo todas sus hojas y ramas y dejando al descubierto sus preciadas raíces. La planta del azufre transformado quedó, de esta forma, convertida en una auténtica ruina.

Pese a todo, el Gran Sabio buscó entre las ramas caídas unas cuantas frutas, pero no pudo hallar una sola. Como los extremos de la barra no eran de oro y su cuerpo de hierro - uno de los elementos metálicos -, el ginseng se desprendió por sí solo y se diluyó en la tierra, apenas hubo tocado el suelo. De ahí que resultaran inútiles los esfuerzos del Peregrino.

- Mejor así - se dijo, satisfecho -. Ahora podremos seguir tranquilamente nuestro viaje.

Se guardó en la oreja la barra de hierro y regresó a la parte anterior de la casa. Allí sacudió el cuerpo, recuperando, de esta forma, el pelo que había perdido. Nadie se dio cuenta de lo que realmente había pasado, ya que todos ellos poseían ojos de carne.

- Estos monjes tienen una voluntad de acero - comentó, asombrado Brisa Límpida con Luna Brillante -. Les hemos estado reprendiendo como si fueran vulgares polluelos y no nos han replicado ni una sola vez. ¿Será verdad que ellos no han robado las frutas? El árbol Ginseng es muy alto y su ramaje muy denso. Es posible que nos hayamos equivocado y que estemos regañando a quien no debemos. ¿Qué te parece si volvemos al huerto e investigamos más detenidamente todo este asunto?

- Es lo menos que podemos hacer - replicó Luna Brillante y los se dirigieron al jardín de los frutales.

Lo que vieron les llenó el alma de una profunda congoja. El árbol yacía en el suelo con las ramas partidas y las hojas desperdigadas. No se veía ni uno solo de sus frutos. Brisa

Límpida estaba tan abatido que sus piernas no pudieron seguir sosteniéndole y cayó en tierra como planta tronchada. Luna Brillante, por su parte, se balanceaba como si fuera un borracho. Los dos estaban tan asustados que no daban crédito a lo que veían. De tan singular momento tenemos un poema, que dice:

En su vagar hacia el Occidente Tripitaka se topó con la Montaña de la Longevidad, donde Wu-Kung derribó el árbol del azufre transformado. Todas sus ramas se quebraron y sus hojas fueron pasto del poder dispersor de los vientos. Brisa Límpida y Luna Brillante quedaron horrorizados al ver arrancadas las raíces divinas.

Los dos monjes taoístas se quedaron tumbados en el suelo, abatidos por la terrible desgracia que acababan de contemplar. Su lenguaje se tornó inconexo y sólo eran capaces de repetir una y otra vez:

- ¿Qué vamos a hacer ahora? Ha desaparecido la raíz del Templo de las Cinco Villas y se ha secado la semilla que mantenía viva esta santa morada. ¿Qué vamos a decir a nuestro maestro, cuando regrese?

- Deja de lamentarte como una plañidera - reconvino a Brisa Límpida Luna Brillante -. Lo que debemos hacer ahora es no alertar a esos monjes desalmados. Por fuerza han tenido que ser ellos los autores de este destrozo. Yo me inclino por el de la cara peluda y el aspecto de dios del trueno. Seguro que se ha servido de algún tipo de magia para llegarse hasta aquí sin ser visto y destrozar nuestro tesoro. Es inútil que tratemos de arrancarle una confesión. Lo negará todo y eso nos llevará a una nueva discusión, que muy bien puede terminar en una lucha bastante desigual. Mal que nos pese, nosotros somos dos y ellos cuatro. Lo mejor que podemos hacer es tratar de engañarlo diciendo que no falta ninguna de las frutas, que todo fue un error de cálculo y que, por lo tanto, les debemos una disculpa. Su arroz está ya casi a punto. Podemos ofrecerles unas cuantas viandas más y, cuando tengan los platos en las manos, cerramos las puertas de golpe y así no podrán escapar. Que nuestro maestro decida después lo que hay que hacer con ellos. Es muy posible que los perdone, teniendo en cuenta que el monje Tang y él fueron grandes amigos. Pero, al menos, nosotros quedaremos libres de toda responsabilidad y nadie podrá echarnos en cara que no hemos hecho cuanto hemos podido.

- Tienes razón - asintió Brisa Límpida -. Me temo que, si no hacemos como dices, vamos a recibir una buena reprimenda.

Se arreglaron las ropas lo mejor que pudieron y regresaron con caras sonrientes al salón principal. Se llegaron hasta donde estaba el monje Tang e, inclinándose ante él, dijeron con ademán humilde:

- Esperamos que no os haya ofendido nuestro lenguaje vulgar y rastroso. No debíamos haberlo empleado jamás.

- ¿A qué se debe este cambio en vuestra actitud? - preguntó, sorprendido, Tripitaka.

- A que hemos cometido una grave equivocación - respondió Brisa Límpida -. No faltaba ninguna de nuestras preciadas frutas. Lo que pasó es que nos equivocamos al contar, porque el árbol que las produce es muy frondoso y hay que tener una vista muy aguda. Precisamente venimos de echar una nueva cuenta, que ha puesto de manifiesto lo infundado de nuestras acusaciones.

- ¡Qué impulsiva es la juventud! - exclamó Ba-Chie -. Siempre condena sin averiguar antes lo que hay de verdad o mentira en el asunto. Es vergonzoso lanzar acusaciones sin fundamento contra personas inocentes. Espero que aprendáis la lección para la próxima vez.

El Peregrino comprendió, sin embargo, que estaban tratando ganar tiempo y, aunque no dijo nada, pensó:

- ¡Qué forma más descarada de mentir! ¿Cómo se atreverán a decir tonterías, cuando la verdad es que no quedó ni una sola fruta? A no ser, claro está, que ese árbol tenga poderes especiales y hay recuperado su perdido esplendor antes de lo que esperaba.

- En ese caso - concluyó Tripitaka, volviéndose hacia sus discípulos -, traed el arroz. Reanudaremos el viaje en cuanto hayamos comido.

Ba-Chie fue a por la cazuela, mientras el Bonzo Sha acercaba una mesa y unas sillas. Los dos jóvenes, por su parte, trajeron siete u ocho platos más, entre los que se contaban berenjenas en vinagre, rábanos en salsa de vino, alubias verdes en aceite, raíces de loto en salazón y platas secas de mostaza. También sacaron un puchero con el té más fino que pueda imaginarse y dos tazas. Después se colocaron discretamente a cada lado de la puerta. En cuanto los cuatro monjes cogieron las escudillas, abandonaron el salón a toda prisa, cerrándolo de un sonoro portazo. No contentos con eso, dieron dos o tres vueltas a la llave.

- ¡Qué tontos son esos jóvenes! - exclamó Ba-Chie, soltando la carcajada -. ¿A qué viene eso de cerrar la puerta sin haber probado bocado? A no ser, claro está, que se trate de una costumbre de este lugar.

- Así es - se burló Luna Brillante -. De aquí nadie sale hasta que no haya llenado la panza.

-¡Malditos ladrones glotones! - gritó, a su vez, Brisa Límpida -. Robasteis nuestras frutas y debéis pagar por vuestro atrevimiento, no os contentáis con coméros las, sino que, encima, tuvisteis que derribar el árbol sagrado y destrozar su raíz. Vais a recibir tal escarmiento que, si queréis ir al Paraíso Occidental a presentar vuestros respetos a Buda, tendréis que esperar a la próxima reencarnación para hacerlo.

Al oír eso, Tripitaka dejó caer su escudilla de arroz y se quedó sentado con los hombros caídos, como si sobre ellos descansara un peso insoportable. Los dos jóvenes, mientras tanto, cerraron todas las puertas del monasterio. Sólo cuando estuvieron seguros de que nadie podía escapar, regresaron al salón principal y empezaron a insultar una vez más a los monjes, llamándoles ladrones y bandidos. Así continuaron hasta que el hambre terminó venciendo y se retiraron a llenar la barriga.

- ¿Ves lo que has conseguido? - regañó el monje Tang al Peregrino -. No sabes más que buscar problemas. Deberías haber previsto todo esto, a la hora de robar y comer esas dichosas frutas. Además ¿por qué tuviste que derribar el árbol? Has obrado con tal desprecio hacia las normas establecidas que, de ser llevado ante el juez, no podrías escapar al castigo ni aunque fuera tu padre el presidente del tribunal.

- No me regañéis con tanta dureza, por favor - le suplicó el Peregrino -. ¿Qué nos importa que esos mozalbetes se hayan retirado a llenar la panza y a descansar? Nosotros seguiremos adelante con nuestro plan y partiremos esta misma noche.

- ¿Cómo vamos a poder salir de aquí, si todas las puertas han sido cerradas a cal y canto? - protestó el Bonzo Sha.

- ¿Eso qué importa? - replicó el Peregrino -. Ya encontraremos una manera de hacerlo.

- Desde luego, no te costará mucho - convino Ba-Chie -. Sólo tienes que transformarte en un insecto y salir volando por cualquier resquicio de la ventana. Pero ¿y nosotros? Nosotros no tenemos tus poderes y nos veremos obligados, por tanto, a permanecer aquí encerrados.

- Si hace eso y nos abandona a nuestra suerte - sentenció el monje Tang -, te aseguro que me pongo a recitar el Sutra del Tiempo Perdido y a ver si puede salir tan airoso del trance como pretende.

- ¿Se puede saber de qué estáis hablando? - preguntó Ba-Chie, a punto de soltar la carcajada -. He oído hablar del Sutra Surangama, del Loto, del Pavo Real, del de Kwang-Ing, del Diamante y de otros muchos más, pero jamás del Tiempo Perdido.

- Se ve que no estás al tanto de nada - contestó el Peregrino -. ¿Ves esta escama que llevo en la cabeza? Se la entregó al maestro la Bodhisattva Kwang-Ing en persona. Yo, como un tonto, accedí a probarla y echó raíces en mi cabeza, como si fuera una planta. Por mucho que quiera, ya no puedo arrancármela. Lo peor del caso es que el maestro conoce unos cuantos conjuros que me producen un insoportable dolor de cabeza, en cuanto salen de sus labios. Es una forma estupenda de atormentarme - se volvió a continuación hacia Tripitaka y le suplicó, diciendo -: No los recitéis, os lo suplico. Prometo no traicionaros jamás. Pase lo que pase, saldremos de aquí todos juntos.

Mientras hablaban, se hizo noche cerrada y la luna apareció por oriente. El Peregrino miró entonces hacia lo alto y dijo:

- Cuando todo está en calma y la bola de cristal parece más brillante, es la hora más apropiada para escapar.

- Deja de decir tonterías - le urgió Ba-Chie - ¿Cómo vamos a salir, si todas las puertas están cerradas?

- Si no me crees, mira - dijo el Peregrino y, cogiendo la barra de hierro realizó el acto mágico de abrir candados. Para ello no tuvo más que apuntar a las puertas con sus extremos de oro y todas las cerraduras saltaron al mismo tiempo, como si hubieran sido abiertas por una mano invisible.

- Qué maravilla! - exclamó Ba-Chie -. Ni un herrero podría haberlo hecho con más limpieza.

- Esto no es nada - dijo el Peregrino -. Al fin y al cabo, se trata de puertas vulgares y corrientes. Donde verdaderamente puede apreciarse el valor de mi barra es abriendo el mismísimo Puerta Sur del Cielo.

Sin pérdida de tiempo pidieron al maestro que montara en el caballo, mientras Ba-Chie cargaba con el equipaje y el Bonzo Sha abría el camino con paso ligero.

- No vayáis muy deprisa - les urgió el Peregrino -. Tengo pensado hacer dormir a esos taoístas durante más de un mes.

- No les hagáis el menor daño - le ordenó Tripitaka -. De lo contrario, serás culpable no sólo de latrocinio, sino también de asesinato.

- No os preocupéis - replicó el Peregrino y volvió a entrar en la mansión.

No tardó en dar con la habitación en la que los dos jóvenes estaban descansando. Todavía le quedaban algunos insectos provocadores de sueño, que había ganado en su día al Devaraja Virupaksa jugando a las adivinanzas en la Puerta Este del Palacio Celeste. Sacó dos y los metió por una rendija que había en la ventana. Los insectos en seguida picaron a los jóvenes en la cara, sumiéndolos en un sopor tan profundo que nada ni nadie sería capaz de despertarlos. Satisfecho, el Peregrino volvió sobre sus pasos y no tardó en alcanzar al monje Tang. De esta forma, pudieron continuar todos juntos el camino hacia Oeste. Caminaron sin parar durante toda la noche, hasta que por fin, cuando Ya empezaba a clarear por el oriente, el monje Tang se quejó, diciendo:

- Me estás matando, mono inútil. Si no llega a ser por tu bocaza, hubiera dormido toda la noche de un tirón.

- No os quejéis tanto, por favor - le urgió el Peregrino -. Aún no ha amanecido del todo. Si queréis, podéis tumbaros a descansar junto camino. Continuaremos la marcha en cuanto hayáis recobrado las fuerzas.

Al monje no le quedó más remedio que desmontar y usar como almohada una rugosa raíz de pino. El Bonzo Sha tampoco tardó en quedarse dormido, lo mismo que Ba-Chie, que encontró fácil acomodo en el hueco de una roca. El Peregrino, por su parte, tenía cosas más importantes que atender. Se subió a un árbol y empezó a saltar de rama en rama, divirtiéndose como un auténtico mono.

Mientras tanto, el Gran Inmortal abandonó el Palacio Tushita, un vez terminada la

conferencia. Acompañado por los otros inmortales de rango inferior, montó en las nubes sagradas y, dejando atrás el Cielo del Jaspe Verde, no tardó en llegar a la Montaña de la Longevidad, donde se alzaba el Templo de las Cinco Villas. Se extrañó de ver las puertas abiertas de par en par, pero pensó:

- Se ve que Brisa Límpida y Luna Brillante no son tan perezosos como había pensado. Normalmente no suelen levantarse hasta que el sol está muy alto, pero hoy han madrugado para abrir los portones y barrer los patios. Me alegra comprobar que, cuando yo no estoy, son tan responsables como cualquiera.

Los inmortales de rango inferior se mostraron igualmente satisfechos. Pero, al llegar al salón principal, no encontraron señal alguna de incienso, fuego o ser humano. Ni siquiera Brisa Límpida y Luna Brillante estaban allí.

- Esos dos han debido de aprovecharse de nuestra ausencia para robar todo lo que han querido - dijeron, enfurecidos, los inmortales.

- ¡Tonterías! - replicó el Gran Inmortal -. ¿Cómo van a hacer semejante cosa dos seguidores del Tao? Lo más seguro es que se olvidaran de cerrar las puertas antes de irse a dormir ayer y todavía no se han despertado.

Como una exhalación, se dirigieron a los aposentos de los dos taoístas. Encontraron cerradas las puertas, pero pudieron oír claramente el sonido atronador de sus ronquidos. Golpearon con fuerza la puerta tratando de despertarlos, pero todo resultó inútil. No había forma de despertar a los jóvenes. Con no poco esfuerzo se las arreglaron, por fin, los inmortales para abrir la puerta y arrancar a los dormilones de sus lechos. Sin embargo, ni por ésas lograron sacarlos de su sopor.

- Mis queridos muchachos! - exclamó, divertido, el Gran Inmortal - ¡Quienes han alcanzado la inmortalidad no deberían ser tan esclavos del sueño, ya que sus espíritus están libres de toda congoja. ¿Cómo es posible que estéis tan cansados?

Cambió después de expresión y añadió en un tono más preocupado:

- ¿No será que han sido víctimas de alguna suerte de encantamiento? Traedme inmediatamente un poco de agua.

Uno de los discípulos le puso en seguida en la mano una taza a medio llenar. El Gran Inmortal recitó un conjuro y después escupió un de líquido en el rostro de los dos durmientes, expulsando, así, de sus cuerpos al Demonio del Sueño. Los muchachos no tardaron en despertarse. Tras abrir los ojos con no poca dificultad y secarse la cara con las mangas, se mostraron muy sorprendidos de ver a su alrededor al Señor, Sosia de la Tierra, y a los otros inmortales. Totalmente despertados, no se les ocurrió otra cosa que echarse rostro en tierra y decir, al tiempo que golpeaban una y otra vez el suelo con la frente:

- Los monjes que vinieron del este, vuestros supuestos amigos, eran en realidad una banda de ladrones.

- Está bien, está bien - replicó el Gran Inmortal, tratando de tranquilizarlos -. Procurad calmaos y contadnos lo sucedido.

- Al poco tiempo de marcharos - explicó Brisa Límpida -, llegó, procedente de las Tierras del Este, un tal monje Tang. Le acompañaban tres discípulos y venía montado en un caballo. Siguiendo vuestros deseos, arrancamos dos frutos de ginseng y se los dimos a comer. Pero él los rechazó, incapaz de ver en ellos el preciado tesoro que durante milenios ha guardado este templo. Se empeñó en que eran niños renacidos y se negó de plano a probarlos, así que no tuvimos más remedio que comérnoslos nosotros. Lo que menos pensábamos es que uno de sus seguidores, un tal Sun Wu-Kung, fuera a descubrir nuestro secreto y a robar cuatro de nuestras valiosas frutas. Cuando lo descubrimos, tratamos de hacerle entrar en razón, pero él se negó a escucharnos y, valiéndose de la magia de abandonar el cuerpo en espíritu... ¡Oh!, me es imposible

seguir contando lo que pasó. ¡Resulta tan penoso! y los dos se echaron a llorar, presas de una terrible angustia.

- ¿Es que os pegó ese monje que decís? - preguntaron, sorprendidos otros inmortales.

- No - contestó Luna Brillante -. Fue peor que eso. ¡Derribó el árbol del ginseng!

Extrañamente, al oír tan grave noticia, el Gran Inmortal no se mostró enfadado. Trató de consolar a sus discípulos, diciendo:

- No lloreis más, por favor. Lo que no sabéis es que ese tipo del que habláis es un inmortal de la Gran Mónada. Es dueño de un extraordinario poder mágico y en su tiempo causó un gran revuelo en los Cielos. Ahora que nuestro árbol ha sido destruido, deseo que me digáis si podéis reconocer a esos monjes en cuanto los veáis.

- Por supuesto que sí - respondió Brisa Límpida.

- En ese caso - concluyó el Gran Inmortal -, venid conmigo. Los demás podéis ir preparando los instrumentos de tortura. Los azotaremos en cuanto regrese.

Los inmortales le obedecieron sin rechistar, mientras el Gran Inmortal, Brisa Límpida y Luna Brillante montaban en una nube y salían en persecución de Tripitaka. En un abrir y cerrar de ojos recorrieron mil kilómetros, pero no pudieron ver al monje Tang por ninguna parte. El Gran Inmortal miró entonces hacia el este y comprobó que le habían dejado novecientos kilómetros atrás. A pesar de galopar durante toda la noche sin parar, Tripitaka y los suyos sólo habían logrado avanzar ciento veinte kilómetros. El Gran Inmortal cambió la dirección de la nube y regresó sobre sus pasos.

- Aquel que está tumbado debajo de un árbol es el monje Tang - exclamó, muy excitado, uno de los jóvenes.

- Ya le veo - dijo el Gran Inmortal -. Vosotros regresad a preparar las cuerdas. Yo solo me encargaré de capturarlo.

Brisa Límpida y Luna Brillante volvieron al templo sin decir una sola palabra. El Gran Inmortal, por su parte, bajó de la nube y, sacudiendo ligeramente el cuerpo, se convirtió en un taoísta mendicante. Sus ropas parecían haber sido remendadas más de cien veces, lo mismo que su faja, que, de alguna manera, recordaba a la de Lü Dung-Ping ¹. En la mano llevaba un rabo de yak ², con el que, de vez en cuando, hacía sonar un pequeño tambor en forma de pez. Calzaba unas sandalias de hierbas con tres lazos y en la cabeza lucía un aparatoso turbante. Sus amplias mangas se movían libremente al compás del viento. Canturreando una canción sobre luna nueva, se llegó hasta donde estaba el monje Tang y le dijo e voz alta:

- Este pobre taoísta os saluda, levantando respetuosamente las manos.

- Perdonadme por no haberos saludado yo el primero - contestó Tripitaka inclinándose ante él.

- ¿De dónde venís y por qué os habéis detenido a meditar en un lugar como éste? - preguntó el Gran Inmortal.

- Procedo de la tierra de los Tang y me dirijo al Paraíso Occidental en busca de las escrituras sagradas - respondió Tripitaka.

- Si lo que decís es verdad - exclamó el Gran Inmortal, fingiendo sorpresa -, por fuerza habéis tenido que pasar por la montaña en la que habito.

- ¿Qué montaña es esa de la que habláis? - inquirió Tripitaka.

- La de la Longevidad - contestó el Gran Inmortal -. Yo vivo en un monasterio que hay allí y que lleva el nombre de las Cinco Villas.

- No, no. Estáis equivocado - dijo el Peregrino, en cuanto lo oyó -. No hemos pasado por allí. Hemos seguido, de hecho, otra ruta.

- ¡Maldito mono! - exclamó el Gran Inmortal, señalándole acusadamente con un dedo -. ¿A quién estás tratando de engañar? Crees que no sé que fuiste tú el que derribó el árbol del ginseng y después aprovechó la oscuridad de la noche para escapar? ¿Por qué tratas

de negarlo? Lo que tienes que hacer es traerme inmediatamente otro árbol.

El Peregrino se puso furioso al oír tales razones y echó mano de la barra de hierro. Sin mediar una sola palabra con el Gran Inmortal, descargó sobre su cabeza un golpe terrible. Afortunadamente el taoísta lo esquivó a tiempo, haciéndose a un lado y elevándose por los aires. El Peregrino montó en una nube y salió en su persecución, pero el Gran Inmortal recobró su forma habitual y le hizo frente. En la cabeza lucía un bonete de oro rojizo, que resaltaba la sencillez de su túnica adornada con plumas de garza. Llevaba ceñida la cintura con una faja de seda, cuyo color contrastaba con el de los zapatos que calzaban sus pies. Su cuerpo poseía la flexibilidad del de un muchacho y su rostro podría muy bien confundirse con el de una doncella, de no ser por su barba y sus llamativos bigotes. Unas cuantas plumas de curvo adornaban su cabello. Lo más llamativo, sin embargo, es que hizo frente al Peregrino sin valerse de arma alguna, excepción hecha de su abanico de cerdas de yak con el mango de jade que blandía, amenazador en sus manos.

El Peregrino descargó sobre él una andanada de golpes, pero el Gran Inmortal los fue esquivando uno tras otro con singular pericia. Después de dos o tres encuentros el taoísta recurrió al poder de su magia prodigiosa. Se encaramó en lo alto de una nube y, volviéndose cara al viento, abrió cuanto pudo una de las mangas. Era tan larga que llegó hasta el suelo y, con un movimiento circular que recordaba al de un criado barriendo, envolvió a los cuatro monjes y al caballo.

- ¡Qué horror! - exclamó Ba-Chie, desconcertado -. Estamos en el interior de una bolsa de ropa.

- ¡Cuidado que eres idiota! - le regañó el Peregrino -. Esto no es más que una manga.

- En ese caso, no nos será muy difícil salir de aquí - afirmó Ba-Chie -. Si quieres, puedo hacer un agujero con el tridente en esta tela. Después sólo tendremos que decir que fue incapaz de custodiarnos con el cuidado que de él se esperaba. Te aseguro que será el hazmerreír de todo el mundo.

Ni corto ni perezoso, el Idiota comenzó a agujerear el tejido con el tridente, pero no logró hacerle mella alguna. A pesar de tratarse de un material muy suave al tacto, era, en realidad, más duro que el acero del que estaba hecho el tridente.

El Gran Inmortal había, mientras tanto, dado la vuelta a la nube e iniciado el camino de regreso. En cuanto llegó al Templo de las Cinco Villas, se sentó en el salón principal y fue sacando a los Peregrinos uno por uno, como si fueran vulgares marionetas. El primero en salir fue el monje Tang, que no tardó en ser atado a una de las grandes columnas del salón. Idéntica suerte siguieron sus tres discípulos. El caballo fue conducido a un patio interior donde se le ofreció un poco de heno, mientras el equipaje era arrojado a uno de los corredores.

- Estos que veis aquí - dijo el Gran Inmortal a sus seguidores - son monjes, personas que han renunciado a una familia por seguir las sendas de la Verdad. No deben ser, pues, sometidos a la acción de hachas, lanzas o espadas. Sin embargo, han destruido nuestro árbol de ginseng y merecen un castigo ejemplar. Traedme el látigo, que pienso destrozales las espaldas, para que aprendan a respetar los bienes ajenos.

Los inmortales obedecieron sin rechistar. El látigo que pusieron en sus manos no era de piel de vaca, ni de oveja, ni de carabao, sino que estaba hecho con siete correas de piel de dragón. El Inmortal las metió en el agua y espero a que adquirieran una extraordinaria flexibilidad. Cuando todo estaba dispuesto, preguntó uno de los inmortales más robustos:

- ¿A quién queréis que azotemos primero?

- Tripitaka, por supuesto - contestó el Gran Inmortal -. Al fin y al cabo es el responsable de todo el grupo.

- El maestro no podrá resistir semejante castigo - se dijo, alarmado el Peregrino -. Si muere, sólo yo seré el responsable.

Incapaz de dominar su agitación, levantó la voz y añadió:

- Estás muy equivocado. El monje Tang no ha tenido nada que ver en todo este asunto. Fui yo el que robó los frutos y después se los comió. Además, derribé vuestro preciado árbol con mis propias manos. ¿Por qué no me azotáis a mí primero, en vez de ensañaros con mi pobre maestro, que no ha hecho absolutamente nada?

- Se nota que eres valiente y que no te falta labia - exclamó, sonriendo, el Gran Inmortal -. Está bien. Azotadle primero a él.

- ¿Cuántos latigazos le damos? - preguntó uno de los discípulos.

- Tantos como frutas había en el árbol - contestó el Gran Inmortal -. Treinta.

Uno de los inmortales de menor rango cogió el látigo y se dispuso a cumplir la orden de su señor. Temiendo que el castigo fuera a ser más fuerte de lo que en un principio había previsto, el Peregrino abrió cuanto pudo los ojos para averiguar el lugar en el que tenía pensado descargar el golpe. Fue así como descubrió que iba a flagelarlo las piernas. Moviéndose ligeramente el cuerpo y gritó:

- ¡Transformaos! - y al punto las dos piernas adquirieron la dureza del acero.

Rítmicamente el inmortal fue dejando caer sobre ellas los treinta latigazos. Cuando terminó, era cerca del mediodía y, levantando la vista al cielo, dijo el Gran Inmortal:

- Creo que deberíamos azotar ahora a Tripitaka por no saber dominar a sus discípulos y permitirles comportarse como auténticos bandidos.

El inmortal tomó de nuevo el látigo, pero el Peregrino le detuvo a tiempo, gritando:

- Eso que acabas de decir tampoco es muy exacto, porque, mientras yo robaba las frutas, mi maestro se encontraba en este mismo lugar hablando con tus dos discípulos, ajeno totalmente a lo que estaba ocurriendo. Posiblemente se le pueda acusar de no ser muy estricto con nosotros, pero de ninguna manera se le ha de culpar de algo que no ha cometido. Los únicos culpables de todo somos sus discípulos. Así que lo mejor que puedes hacer es azotarme otra vez.

- Aunque eres un mono que no siente respeto por nada - replicó el Gran Inmortal -, tienes sentimientos filiales y eso te honra. Que se cumpla, pues, tu deseo. ¡Azotadle otra vez! - y de nuevo volvió a recibir treinta latigazos.

En cuanto hubo concluido el castigo, el Peregrino bajó la vista comprobó que sus dos piernas brillaban como espejos. Sin embargo no sentía el menor dolor. Estaba empezando a anochecer y el Gran Inmortal ordenó:

- Meted el látigo en agua hasta mañana por la mañana. Las sesiones de castigo han terminado por hoy.

Los inmortales así lo hicieron. En cuanto hubieron terminado la colación vespertina, se retiraron a sus aposentos a descansar. El monje Tripitaka cayó entonces presa de la angustia y, con los ojos anegados en lágrimas, se quejó amargamente a sus discípulos de su suerte, diciendo:

- Siempre pasa lo mismo: vosotros quebrantáis la ley y después tengo yo que pagar las consecuencias. ¿Se puede saber cuándo vais a dejar de meterme en líos?

- Dejad de lamentaros de una vez - le urgió el Peregrino -. Al fin y al cabo, hasta ahora sólo me han azotado a mí. ¡No sé a qué viene tanta queja!

- Está bien - reconoció el monje Tang -. Te has sacrificado dos veces por mí. Pero esta cuerda me está destrozando las muñecas.

- Deberíais pensar que no sois el único que sufre - le echó en cara el Bonzo Sha -. Todos estamos en la misma situación.

- Dejad de discutir como mujerzuelas - les instó el Peregrino Dentro de muy poco estaremos en camino de nuevo.

- ¡Cuidado que te gusta fanfarronear! - exclamó Ba-Chie -. Estas cuerdas son de cáñamo mojado. No pienses que te va a resultar tan fácil librarnos de ellas. Esto no es como abrir cerraduras.

- Te aseguro que no estoy dándomelas de fuerte - dijo el Peregrino -. Mi magia puede con todo tipo de cuerdas, incluidas las de cáñamo mojado. Para ella una maroma del grosor de un cuenco de arroz es como un soplo de brisa otoñal.

El monasterio yacía en un silencio absoluto. Comprendiendo que era arriesgado seguir hablando, el Peregrino sacudió el cuerpo y al instante se vio libre de las cuerdas que le mantenían atado.

- Vamos, maestro. Prosigamos nuestro viaje cuanto antes - dijo a Tripitaka.

- ¿Es que a nosotros no piensas salvarnos? - preguntó, desconcertado, el Bonzo Sha.

- Por supuesto que sí - contestó el Peregrino -. Pero sería conveniente que hablaras un poco más bajo, ¿no te parece? - y desató a todos sus compañeros.

En seguida se vistieron, ensillaron el caballo y recogieron el equipaje, que aparecía desperdigado a lo largo de uno de los pasillos. Al llegar a la puerta del templo, el Peregrino se volvió hacia Ba-Chie y le dijo:

- Vete a aquel acantilado de allí y tráeme cuatro sauces pequeños.

- ¿Para qué los quieres? - indagó el Idiota.

- Para algo será, ¿no crees? - respondió el Peregrino -. Tú haz lo que te digo.

El Idiota poseía la fuerza de un auténtico bruto e hizo lo que se le mandaba. Hozando con el morro en la tierra logró derribar cuatro sauces jóvenes, hizo con ellos un manajo y regresó junto a sus compañeros. Sin pérdida de tiempo el Peregrino les quitó las ramas y los metió en el salón principal, donde los ató con las mismas cuerdas que habían servido para amarrarlos a ellos. Recitó a continuación un conjuro y, mordiéndose la punta de la lengua, escupió un poco de sangre, al tiempo que gritaba:

- ¡Transformaos!

Al instante uno se convirtió en el monje Tang, otro en el Peregrino y los otros dos tomaron la figura de Ba-Chie y del Bonzo Sha. Eran exactamente igual que ellos y lo más asombroso era que sabían sus nombres y lo que tenían que responder al ser preguntados. Terminada tan magnífica labor, Wu-Kung y el Idiota regresaron al lado de su maestro. Como había ocurrido la vez anterior, no se detuvieron a descansar ni una sola vez en toda la noche. Al amanecer Tripitaka estaba tan cansado que apenas podía mantenerse sobre la silla. Al verlo, el Peregrino se encaró con él, diciendo:

- ¡Cuidado que sois blandengue! No comprendo cómo una persona que ha abandonado su hogar puede ser tan débil. Fijaos en mí.

Podría pasarme sin dormir mil noches seguidas y no sentiría el menor cansancio. Pero, en fin, cada cual es como es. Así que lo mejor que podéis hacer es bajar de ese caballo, para que no puedan reírse de vos los caminantes con los que nos cruzamos. Hay que encontrar cuanto antes un lugar seguro en el que podáis descansar a vuestras anchas.

En cuanto empezó a clarear, el Gran Inmortal saltó del lecho y, tras tomar un pequeño refrigerio, ordenó a los suyos:

- Sacad el látigo del agua. Hoy le toca ser azotado a Tripitaka.

- Te voy a destroz - dijo el inmortal del látigo al monje Tang.

- Adelante - dijo el sauce y recibió sin rechistar los treinta azotes

El inmortal se volvió entonces hacia Ba-Chie y le anunció:

- Ahora te toca a ti.

- Muy bien - dijo el otro sauce y sufrió un castigo idéntico.

Lo mismo le ocurrió al árbol que representaba al Bonzo Sha, pero, cuando le llegó el turno al que encarnaba al Peregrino, el auténtico Wu-Kung dio un grito de dolor y exclamó:

- Algo no va bien.

- ¿Qué quieres decir? - preguntó Tripitaka, intrigado.

- Que al transformar los sauces en nosotros mismos, pensé que no me iban a volver a azotar y no me protegí con un conjuro adecuado. Eso quiere decir que ahora siento en mi carne los golpes que están dando a la madera. De ahí que no pueda estarme quieto. ¡Tengo que detener inmediatamente la acción de la magia! - y recitó una fórmula para poner fin al hechizo.

Al ver la transformación experimentada por los reos, los taoístas se pusieron a temblar de miedo. El que estaba ejecutando el castigo arrojó el látigo y corrió a informar a su maestro, diciendo:

- Os juro, señor, que empecé azotando al monje Tang, pero ahora tanto él como los otros se han convertido en troncos de sauce.

- ¡Eso es obra del Peregrino Sun! - exclamó el Gran Inmortal, riendo con amargura -. ¡Qué mono más extraordinario! Había oído decir que, cuando se rebeló contra el Cielo, se escapó incluso de las redes cósmicas, pero jamás lo creí. Ahora he de admitir que esos rumores eran totalmente ciertos. Nadie puede escapar así como así a mí poder. Ha sido muy ingenioso eso de hacer pasar unos sauces por personas, pero no por eso va a quedar sin castigo semejante atrevimiento. Ahora mismo voy a salir en su persecución. No había acabado de decirlo, cuando se elevó por encima de las nubes de un salto. Miró con fijeza hacia el Oeste y no tardó en ver a los cuatro monjes fugitivos. Uno de ellos iba a caballo, mientras los demás cargaban con el equipaje. El Gran Inmortal se lanzó como un águila sobre ellos, al tiempo que gritaba:

- ¿Adonde crees que vas, Peregrino Sun? ¡Devuélveme inmediatamente el árbol de ginseng!

- ¡Estamos perdidos! - exclamó Ba-Chie -. Otra vez tenemos encima a nuestro enemigo.

- De momento olvidémonos de la palabra amabilidad - sugirió el Peregrino -. Me temo que, para acabar con este monstruo y continuar tranquilamente nuestro camino, tendremos que emplear un poco de paciencia.

Al oírlo, el monje Tang se puso a temblar, incapaz por completo de articular palabra alguna. Por su parte, el Bonzo Sha echó mano del báculo y lo mismo hicieron Ba-Chie con el tridente y el Peregrino con la barra de hierro. Como un solo hombre se elevaron por los aires y, rodeando al Gran Inmortal, empezaron a descargar sobre él furibundos golpes. De la batalla que entonces dio comienzo existe un poema, que dice:

Wu-Kung no conocía al Inmortal Chen Yüan, el escurridizo y poderoso Señor, Sosia de la Tierra. Sobre él descendieron su potencia las tres armas de origen divino, pero sus golpes resultaron impotentes contra el rabo de yak. Con extraordinaria facilidad cubrió los cinco puntos cardinales y el ímpetu de los guerreros chocó infructuosamente contra él. La noche se había esfumado, amaneció un nuevo día y los Peregrinos continuaban sin poder escapar. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar antes de que pudieran llegar a las Tierras del Oeste?

Blandiendo sus armas, los tres monjes se lanzaron a una sobre el Gran Inmortal, pero éste les hizo frente con su humilde abanico de cerdas de yak. Cuando llevaban luchando aproximadamente media hora, el taoísta volvió a abrir la manga y, una vez más, capturó a los cuatro monjes, junto con su equipaje y el caballo. A continuación dio la vuelta a la nube y regresó a su monasterio, donde fue recibido por los otros inmortales. Sin pérdida de tiempo se sentó en el salón principal y empezó a sacar a sus prisioneros uno a uno. Esta vez el monje Tang fue atado a un pequeño huai que había en el patio, mientras el Bonzo Sha y Ba-Chie fueron encadenados a otros dos árboles que crecían a su lado. El Peregrino, por su parte, fue dejado a su aire en el suelo, aunque fuertemente amarrado.

- Me figuro que piensan interrogarme a mí primero - pensó el Peregrino.

Pero, en cuanto terminaron de atar a todos, los inmortales sacaron diez grandes piezas de tela y eso hizo soltar la carcajada al Peregrino al tiempo que decía:

- Por lo que se ve, Ba-Chie, este tipo tiene la intención de hacernos unos cuantos trajes. Podríamos aprovechar la ocasión y pedirle que, de paso, nos confeccione unas cuantas túnicas de monje 3.

El Gran Inmortal no prestó atención a sus palabras. Cuando todas las piezas de tela estuvieron listas, se volvió hacia sus subordinados y les ordenó:

- Ahora envolved en ellas a Tripitaka Tang, a Chu Ba-Chie y al Bonzo Sha.

Los inmortales cumplieron sin dilación sus órdenes.

- ¡Fantástico! - exclamó el Peregrino en el mismo tono irónico de antes -. No hay cosa que más nos atraiga que ser enterrados vivos.

Los taoístas trajeron entonces un bidón de laca que habían fabricado ellos mismos y, siguiendo las instrucciones del Gran Inmortal, cubrieron totalmente con ella a los Peregrinos. Sólo la cara les dejaron al descubierto.

- Está muy bien que no nos hayáis tocado la cabeza - dijo Ba-Chie -. Pero ¿os importaría hacernos un agujero en la parte de abajo para poder aliviarnos cuando nos venga en gana?

Sin prestar la menor atención a semejante salida, el Gran Inmortal ordenó traer una sartén enorme

- ¡Qué suerte, Ba-Chie! - gritó el Peregrino, riendo -. Según parece, tienen pensado darnos de comer.

- Por mí no hay ningún inconveniente en que lo hagan - afirmó Ba-Chie -. Así, si morimos, seremos por lo menos unos espíritus bien alimentados.

Los inmortales colocaron la sartén ante las escalinatas del salón principal. A instancias del Gran Inmortal hicieron una hoguera con madera seca y casi no pierden la razón de alegría, cuando oyeron decir a su señor:

- Ahora llenad la sartén de aceite y, cuando esté hirviendo, meted en ella al Peregrino Sun y freídle bien. Así pagará por haber destruido el árbol del ginseng.

Eso es precisamente lo que quiero - se dijo, muy complacido, el Peregrino -. Llevo muchísimo tiempo sin tomar un baño y la piel se me ha vuelto tan seca que a veces me produce insoportables picores Me sentará bien caldearme un poquito.

- No pasó mucho tiempo antes de que el aceite empezara a hervir. El Sabio tomó, no obstante, sus preocupaciones. Temiendo que pudiera tratarse de alguna forma extraordinaria de magia a la que no podría controlar una vez que estuviera dentro de la sartén, echó un vistazo rápido a su alrededor. Al este vio un pequeño promontorio con un reloj de sol, mientras que en el oeste se levantaba un artístico león de piedra. De un salto se llegó hasta él, se mordió la punta de la lengua y le escupió encima la sangre, diciendo:

- ¡Transfórmate!

Al instante se convirtió en su propia imagen. No le faltaba ni un solo detalle, incluidas las cadenas y su mirada de fuego. Satisfecho de tan espléndida obra, el auténtico Peregrino se elevó por los aires y se puso a contemplar lo que hacían los taoístas. Justamente en ese momento uno de los inmortales se llegó hasta donde estaba su señor y le informó, diciendo:

- El aceite está ya listo.

- En ese caso - concluyó el Gran Inmortal -, coged al Peregrino Sun y metedle dentro.

Cuatro de los jóvenes se dispusieron en seguida a cumplir la orden, pero, para su asombro, ni siquiera pudieron levantarlo del sitio. En seguida se les unieron ocho más; sin embargo, el resultado fue idéntico. Desconcertados, solicitaron la ayuda de otros cuatro compañeros. Todo fue inútil. No lograron moverle ni un solo milímetro.

Se ve que a este mono le gusta demasiado la tierra - comentó uno de los inmortales -. Si no, no me explico cómo no podemos levantarlo del suelo, porque muy grande no es.

Tuvieron que venir cuatro más para conseguir a duras penas hacerse con él y lanzarlo a la sartén. Su peso era tan enorme que el aceite saltó en todas las direcciones, quemando a los taoístas y produciéndoles horribles ampollas en la cara. Sin embargo, su atención se vio atraída por los gritos del que estaba atizando el fuego.

- ¡La sartén gotea! - decía, desesperado -. ¡Está perdiendo aceite por todas partes!

Era verdad. No había acabado de decirlo, cuando quedó completamente vacío. Fue así como descubrieron que lo que la había llenado de agujeros era un pesado león de piedra.

- ¡Maldito mono! - exclamó el Gran Inmortal, enfurecido -. Jamás he visto a nadie tan escurridizo como él. ¿Cómo es posible que se haya escapado delante de mis propias narices? Además, ¿por qué ha tenido que destruir mi sartén? ¿No le bastaba con escabullirse? He de reconocer que no hay manera de echarle mano, porque, cuando uno cree que lo ha conseguido, lo más seguro es que esté agarrando una sombra. Es como manejar mercurio o tratar de atrapar el viento. Está bien. Que se marche y nos deje tranquilos de una vez. Desatad a Tripitaka y traed una nueva sartén. Le freiremos a él para vengar la destrucción de nuestro árbol de ginseng.

- Los inmortales obedecieron al instante. Se llegaron hasta donde estaba el monje Tang y empezaron a arrancarle la tela cubierta de laca.

- El maestro se encuentra en una situación francamente desesperada - se dijo el Peregrino, alarmado, desde el aire -. Si le meten en esa sartén, el primer hervor le matará, el segundo le churruscará y el tercero y el cuarto le convertirán en un trozo de carne totalmente irreconocible. No me queda otro remedio que tratar de salvarle cuanto antes.

A toda prisa bajó de la nube y se dirigió al salón principal.

- Dejad en paz a mi maestro - gritó, poniéndose en jarras -. Si estáis decididos a freír a alguien, ¿por qué no me metéis a mí en la sartén?

- ¡Maldito mono! - exclamó, sorprendido, el Gran Inmortal -, ¿Cómo te atreves a mostrarte tan insolente después de haber arruinado mi otra sartén?

- Has tenido la mala suerte de toparte conmigo - respondió el Peregrino, soltando la carcajada -. Además, ¿a qué viene eso de echarme la culpa de todo? Justamente cuando estaba a punto de disfrutar de tu oleaginosa hospitalidad, me entraron ganas de mear. Temí que, de hacerlo en tu sartén, podría estropear el aceite y que después no serviría para cocinar. Por eso decidí escabullirme delante de tus propias narices. Pero ahora, que ya he hecho mis necesidades, no existe ese peligro y estoy dispuesto a zambullirme con mucho gusto en tu preciada sartén. ¿A qué viene eso de querer freír a mi maestro? Freídme a mí y ya está.

El Gran Inmortal soltó una risotada amenazadora y abandonó el salón dispuesto a echarle mano al Peregrino.

No sabemos qué tenía pensado decirle o si el Peregrino se las arregló para escapar de nuevo. El que desee averiguarlo tendrá que escuchar las explicaciones que se ofrecen en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXVI

SUN WU-KUNG BUSCA CURACIÓN EN LAS TRES ISLAS. KWANG SHR-ING HACE REVIVIR EL ÁRBOL CON UN POCO DE ROCÍO DULCE

En todos los asuntos de la vida es preciso tener en cuenta la paciencia. Se suele decir que la violencia es la única norma de la existencia. Sin embargo, conviene pensar tres veces las cosas antes de hacerlas y tratar de arrancar del alma el orgullo y la ira. Como viene afirmándose desde

hace muchísimo tiempo, los hombres respetables son los más pacíficos, y los más sabios siempre andan pensando en hacer el bien 1. Ésta es una verdad que durará tanto como el tiempo. Es sabido que el hombre fuerte siempre termina enfrentándose a otro más fuerte que él, que, a su vez, acabará sus días a manos de un tercero.

Decíamos que el Gran Inmortal Chen Yüan agarró de la túnica al Peregrino y bramó, enfurecido:

- Había oído decir que tus poderes eran prácticamente dos, pero en esta ocasión has hecho un uso indigno de ellos. De todas formas, te advierto que jamás lograrás escapar de mis manos. Es posible que consigas llegar al Paraíso Occidental y que, incluso, te entrevistes con el Patriarca Budista, pero te aseguro que no te dejaré tranquilo hasta que no me hayas devuelto un nuevo árbol de ginseng. Así que déjate, de una vez, de jugar a los magos.

- ¡Cuidado que eres mezquino! - exclamó el Peregrino, riendo -. No hay ninguna dificultad en conseguir otro árbol. Si lo hubieras dicho antes, nos habríamos ahorrado todos estos problemas.

- ¡Déjate de hablar de problemas! - replicó el Gran Inmortal -. ¿Crees que voy a dejarte escapar después de lo que has hecho?

- Desata a mi maestro y prometo que te daré otro árbol. ¿De acuerdo? - dijo el Peregrino.

- Si realmente tienes poder para hacer revivir el árbol - respondió el Gran Inmortal -, me inclinaré ocho veces seguidas ante ti y sellaré contigo un pacto de hermandad.

- Cálmate y vayamos por partes - sugirió el Peregrino -. Suelta a mis hermanos en religión y te aseguro que tendrás tu árbol nuevo.

El Gran Inmortal consideró que no tenían forma de escapar y accedió a sus deseos, mandando liberar al instante a Tripitaka, a Ba-Chie y al Bonzo Sha.

- Me pregunto - dijo este último a su maestro - qué clase de trucos estará planeando esta vez nuestro hermano.

- ¿Cómo que qué clase de trucos? - repitió Ba-Chie -. Esto es lo que se llama venderle a uno los ojos con un trozo de lana. El árbol está ya seco. ¿Cómo va a hacerlo revivir? Se trata simplemente de un engaño. Con el pretexto de ir en busca de algún remedio para el árbol se marchará de aquí y, si te he visto, no me acuerdo. ¿Tú crees que se preocupa de nosotros?

- Jamás nos abandonará - afirmó Tripitaka -. Vamos a preguntarle adonde piensa ir a por el remedio ese. - Llamó a continuación a Wu-Kung y le preguntó -: ¿Cómo te las has arreglado para engañar al Inmortal y conseguir que nos pusiera en libertad?

- Diciéndole la verdad - contestó el Peregrino -. Yo siempre lo hago. ¿Qué quieres decir con eso de que le he engañado?

- ¿Quieres explicarme dónde vas a encontrar una cura para el árbol? - replicó Tripitaka.

- Según un viejo proverbio - respondió el Peregrino -, "todas las curas provienen de los mares". He decidido, por tanto, llegarme hasta el Gran Océano Oriental y recorrer de cabo a rabo las Tres Islas y los Diez Islotes. Allí me entrevistaré con todos los Inmortales y los Sabios Ancianos y les pediré que me enseñen algún método de reanimación, que aplicaré después al árbol.

- ¿Cuánto tiempo calculas que estarás fuera? - preguntó Tripitaka.

- Sólo tres días - contestó el Peregrino.

- Está bien - dijo Tripitaka -. Te concedo tres días. Si vuelves en ese tiempo que tú mismo acabas de fijar, no ocurrirá nada. Pero, si no cumples tu palabra y te retrasas más de la cuenta, recitaré el conjuro que tú y yo sabemos.

- De acuerdo - protestó el Peregrino -. No necesitáis recordármelo a cada paso.

A toda prisa se estiró la túnica de piel de tigre y se dirigió hacia puerta. Allí se topó con

el Gran Inmortal, al que dijo:

- No te preocupes. Muy pronto estaré de vuelta. Lo único que pido es que cuides de mi maestro. Procura que no le falten tres comidas ni seis téis al día. Si se le arruga o ensucia la ropa, lávasela y dale un poco de almidón. No repares en gastos. Ya echaremos cuentas cuando vuelva. Si a mi vuelta le veo pálido o más delgado, te agujerearé todas las sartenes que tengas y no me marcharé jamás.

- Puedes irte tranquilo - dijo el Gran Inmortal, tratando de calmarle -. Procuraré que no se muera de hambre.

El Rey de los Monos dio un acrobático salto y, tras abandonar el templo de las Cinco Villas, se dirigió hacia el Gran Océano Oriental. Viajando por el aire a la velocidad de un meteoro, no tardó en llegar a inmortal región de Peng-Lai. A toda prisa bajó de la nube y echó una cuidadosa mirada a su alrededor. Se trataba, en verdad, de un lugar de extraordinaria belleza, sobre el que disponemos de un poema que dice:

El archipiélago de Peng-Lai calma los vientos y domina la ferosidad de las olas. No en balde es una tierra divina habitada exclusivamente por sabios. Sus caprichosas torres de jaspe se pierden en el seno del cielo, mientras el reflejo de sus gráciles arcos parece flotar en la bravía superficie del mar. Neblinas de cinco colores velan el verdor jade del firmamento, en el que brillan sin cesar el oro de las estrellas y la plata añeja de la luna. La Reina del Oeste acude con frecuencia a tan paradisíaco lugar a llevar melocotones a los Tres Inmortales que allí moran.

El Peregrino no se detuvo mucho en la contemplación del paisaje, adentrándose en seguida en él. A los pocos pasos se topó con tres ancianos que estaban jugando al ajedrez a la sombra de unos pinos junto a la boca de la Caverna de la Nube Blanca. Uno de ellos, la Estrella de la Longevidad, estaba, en realidad, mirando cómo jugaban los otros dos, la Estrella de las Bendiciones y la Estrella de la Riqueza. El Peregrino se llegó hasta ellos y, levantando la voz, los saludó, diciendo:

- Recibid todos mis respetos, hermanos.

Al verle, las Tres Estrellas dejaron a un lado el tablero de ajedrez y respondieron con idéntica cortesía a su saludo, para preguntarle a renglón seguido:

- ¿Podéis decirnos qué os ha traído hasta aquí, Gran Sabio?

- Nada en particular - contestó el Peregrino -. Sólo he venido a divertirme un poco con vosotros. - He oído decir - comentó la Estrella de la Longevidad - que habéis abandonado el taoísmo en favor del budismo y que os habéis convertido en el protector del monje Tang en su largo viaje hacia el paraíso Occidental en busca de las escrituras. Por cierto, me figuro que habréis llegado ya a las altas montañas. ¿Cómo os ha dado por venir a pasar un buen rato con nosotros?

- A decir verdad - reconoció el Peregrino -, a mitad de camino me he topado con un pequeño obstáculo y he decidido solicitar vuestra colaboración para solventarlo. No sé, de todas formas, si estaréis dispuestos a ayudarme.

- ¿De qué clase de obstáculo se trata y en qué punto concreto ha surgido? - preguntó la Estrella de las Bendiciones -. Decídnoslo sin ningún rodeo, para que podamos tomar una decisión en un sentido o en otro.

- Nuestro viaje - explicó el Peregrino - ha sufrido una inesperada interrupción en el Templo de las Cinco Villas, que se halla ubicado en la Montaña de la Longevidad.

- El Templo de las Cinco Villas es la morada del Gran Inmortal Chen Yüan - informó uno de los ancianos, muy sorprendido -. ¿No será que habéis comido sin permiso sus frutos de ginseng?

- Así es - reconoció el Peregrino, sonriendo -. Los he comido todos. Mirándolo bien, no eran tan valiosos, ¿no os parece?

- ¡Qué mono más loco! - exclamó otro de los ancianos -. ¿Es que no te das cuenta de lo

que has hecho? Quien huela uno de esos frutos puede llegar a alcanzar trescientos sesenta años de vida, y quien lo coma puede vivir más de cuarenta y siete mil. Por eso precisamente el árbol que los produce es conocido por el nombre de "Planta de la Vida Perdurable del Mercurio Metamorfoseado". No es de extrañar que el dominio que tiene del Tao el Gran Inmortal sea muy superior al de todos nosotros juntos. Al ser dueño de un tesoro como ése, puede alcanzar sin esfuerzo alguno la misma edad que los Cielos, mientras que nosotros nos vemos obligados a luchar cada día por fortalecer nuestra esencia espermática, dominar la respiración, fortalecer nuestro espíritu, conseguir la armonía entre el tigre y el dragón y equilibrar el cúmulo de contrarios que pululan en nuestro interior. Estamos forzados, en definitiva, a gastar no pocas energías y esfuerzo para obtener la inmortalidad. ¿Cómo os atrevéis, por tanto, a decir que esos frutos no son tan valiosos como afirmamos? Es la única raíz espiritual que existe en todo el mundo.

- ¡¿Qué raíz espiritual y qué cuernos?! - exclamó el Peregrino -. Yo mismo la he arrancado con mis manos.

- ¿Qué queréis decir con eso de que la habéis arrancado? - preguntó otro de los ancianos, visiblemente alarmado.

- Cuando llegamos el otro día al templo ese - explicó el Peregrino -, el Gran Inmortal había salido, por lo que se encargaron de dar la bienvenida a mi maestro dos de sus jóvenes discípulos. En prueba de amistad, le ofrecieron un par de frutos de ginseng, pero él no cayó en la cuenta de que se trataba de algo vegetal y lo rechazó de plano. Pensaba que eran niños que no habían cumplido todavía los tres días de existencia. Así que los jóvenes se comieron a escondidas los frutos y no nos dijeron absolutamente nada. Tanto secretismo me sacó de mis casillas. Fui, pues, y robé tres frutos, uno para cada uno de los seguidores del monje Tang. Sin embargo, los jóvenes lo descubrieron y, haciendo gala de un extraño sentido de la propiedad, nos insultaron cuanto quisieron, llamándonos ladrones y bandidos. Tanta desconsideración me enfureció aún más y derribé el árbol de un golpe. En cuanto hubo tocado el suelo, los frutos desaparecieron, las ramas se quebraron, las hojas se cayeron y las raíces quedaron al descubierto, secándose al instante. Los jóvenes trataron de retenernos, pero yo me las arreglé para romper los candados y escapar a toda prisa. A la mañana siguiente muy temprano el Gran Inmortal regresó a su mansión y, al ver lo ocurrido, salió en nuestra persecución. Al darnos caza, intercambiamos unos cuantos insultos que pronto degeneraron en lucha abierta. No obstante, en un abrir y cerrar de ojos abrió cuanto pudo las mangas y nos metió a todos dentro. Aunque durante todo aquel día fuimos encadenados, sometidos a un duro interrogatorio y posteriormente azotados, nos las arreglamos para volver a escapar aquella misma noche. Al amanecer, sin embargo, de nuevo nos dio caza y, una vez más, nos capturó. Lo más asombroso fue que para ello no se sirvió de arma alguna, sino de un simple rabo de yak. Con él esquivó todos nuestros golpes, saliendo incólume del ataque que montamos contra él los tres seguidores de Tripitaka. Lo más desazonador, sin embargo, fue que volvió a capturarnos, envolviendo a mi maestro en una pieza de tela cubierta de laca y lanzándome a mí al interior de una sartén llena de aceite hirviendo. Afortunadamente me las arreglé para escapar, no sin antes dejarle la sartén con más agujeros que un colador. Al comprender que iba a resultarle extremadamente difícil echarme mano, decidió avenirse a razones. Logré convencerle para que dejara en libertad al monje Tang y a sus seguidores, pero a cambio me exigió que le devolviera un árbol nuevo. Se inició, así, un período de tregua. Fue entonces cuando recordé el dicho que reza "la curación procede de los océanos" y decidí venir a haceros una visita a este lugar tan encantador en el que tenéis la suerte de habitar. Si disponéis de algún remedio para hacer revivir el árbol del ginseng, os ruego me lo

transmitáis, pues me resulta extremadamente duro ver a mi maestro sufriendo por algo que no ha comedido.

Al oír eso, las Tres Estrellas se mostraron muy preocupadas y exclamaron:

- ¡Qué poco conoces a la gente! Chen Yüan-Tse es un patriarca de los inmortales terrestres, mientras que nosotros pertenecemos al grupo, más antiguo, de los inmortales celestes. Tú mismo disfrutas de una posición envidiable en los cielos. Sin embargo, no puede decirse que seas un auténtico miembro del clan de la Gran Mónada. ¿Cómo piensas librarte de la inevitable venganza del Gran Inmortal? Si hubieras dado muerte a un animal, o a un pájaro, o a un insecto o a un simple pez, podrías hacerlo revivir con una gota de elixir de mijo. El árbol del ginseng, por el contrario, es la raíz de todas las plantas sagradas. ¿Cómo vas a restañar sus heridas, si no hay nada superior a él? Simplemente, no tiene curación.

Cuando el Peregrino oyó que no había curación posible, frunció el ceño y apretó, agresivo, los dientes.

- Que no haya curación aquí no quiere decir que no exista en otra parte - se apresuró a decir la Estrella de las Bendiciones -. No es necesario que te muestres tan abatido.

- No me importaría ir al lugar que fuera en busca de ese remedio - explicó el Peregrino -. Para mí no supone esfuerzo alguno llegarme hasta el extremo mismo del océano o recorrer de cabo a rabo los Treinta y Seis Cielos. Lo que ocurre es que el monje Tang no es muy magnánimo que digamos y sólo me ha concedido un plazo de tres días. Si no vuelvo con algo en ese tiempo, empezará a recitar su conjuro y mi cabeza se verá sometida a un tormento terrible.

- ¡Eso es fantástico! - exclamaron las Tres Estrellas, soltando la carcajada -. Si no llega a ser por ese conjuro del que hablas, seguro que a estas alturas habrías sumido ya el Cielo en una tremenda confusión.

- No te preocupes, Gran Sabio - le aconsejó la Estrella de la Longevidad -. Aunque el Gran Inmortal está por encima de nosotros, en realidad no nos conoce. Hace muchísimo tiempo que no vamos a verle, pero haremos por ti una excepción e iremos inmediatamente a visitarle. De esta forma, haremos llegar al monje Tang tu preocupación y le pediremos que no recite el conjuro que tanto te atormenta. Mirándolo bien, tres o cuatro días vienen a ser lo mismo. Para que estés más tranquilo, nos quedaremos allí hasta que vuelvas con el remedio.

- No sabéis cuánto os lo agradezco - exclamó el Peregrino, aliviado -. Ahora, con vuestro permiso, voy a continuar la búsqueda - y, tras despedirse de ellos, se elevó por los aires.

Las Estrellas, por su parte, montaron en sus nubes y se dirigieron directamente al Templo de las Cinco Villas. El monasterio parecía sumido en una gran actividad. Todos los inmortales levantaron la cabeza cuando en lo alto se escucharon los gruñidos de las garzas, anunciando la llegada de los Tres Ancianos. Una luz de buenos augurios se extendió por doquier, mientras el aire se llenaba de un penetrante aroma. Las nubes en las que viajaban tan ilustres visitantes adquirieron un vivísimo fulgor que desdibujó la pureza del plumaje de las garzas. Los inmortales flotaban en el aire sostenidos por una espesa neblina, que, de alguna forma, recordaba los pétalos. Por encima de sus cabezas revoloteaban bandadas de fénix verdes y rojos. De sus amplias mangas surgía una brisa aromatizada que en seguida se extendió por toda la tierra. Una alegría indescriptible manaba de sus cayados, que, más que ramas, parecían dragones suspendidos en el aire. Sus barbas eran tan luengas que se bamboleaban como si fueran livianos medallones de jade. Todo en ellos denotaba felicidad, juventud y total ausencia de preocupaciones o pena. ¿Cómo podía ser de otra forma, si su fortaleza era la de los auténticos bienaventurados? En sus manos sostenían rosarios de estrellas, que llenaban los palacios

marinos y que contrastaban vivamente con la rugosidad de las calabazas y los valiosísimos pergaminos que llevaban enrollados a la cintura. Su edad era tan avanzada que superaba con mucho las diez mil décadas. Así eran los habitantes de las Tres Islas y los Diez Islotes. A menudo descendían a la tierra a ofrecer sus favores a los mortales y a multiplicar por cien la felicidad de los hombres. De esta forma, a lo largo y ancho del mundo florecían la dicha y la riqueza. ¡Hermoso sino el de estos Tres Ancianos, poseedores de una bienaventuranza y una vida sin fin!

Los tres se llegaron hasta el salón principal del templo y al instante todo él se vio invadido de una calma y una paz imperecederas. Al verlo, uno de los jóvenes inmortales corrió a informar a su maestro, diciendo:

- Acaban de llegar las Tres Estrellas de los Mares del Sur.

Chen Yüan-Tse estaba en aquel mismo momento hablando con el monje Tang y sus discípulos. Al oírlo, dio por terminada la charla y corrió al patio a dar la bienvenida a visitantes tan ilustres. En cuanto vio Ba-Chie a la Estrella de la Longevidad, le agarró de la manga y exclamó, soltando la carcajada:

- ¡Vaya con el vejestorio este! La cantidad de tiempo que hacía que no le veía y todavía sigue tan fresco y lozano como siempre. ¡Si ni siquiera lleva gorro!

Se quitó a continuación el suyo de monje y se lo puso a la Estrella, al tiempo que palmoteaba con las manos como un chiquillo y no dejaba de gritar entre sonoras carcajadas:

- ¡Fantástico! Te cae de maravilla. Como muy bien reza el dicho, "no hay cosa mejor para aumentar las riquezas que ponerse un sombrero".

La Estrella de la Longevidad se quitó el gorro de un manotazo y replicó:

- ¡Sirviente estúpido! ¿Es que no tienes ni pizca de educación?

- Yo no soy ningún sirviente - se defendió Ba-Chie -. Aunque, mirándolo bien, ¿qué otra cosa se podía esperar de unos bravucones como vosotros?

- He dicho que eres un sirviente estúpido y no retiro ni una palabra - afirmó la Estrella de la Longevidad -. ¿A qué viene eso de llamarnos bravucones?

- Por supuesto que lo sois - reafirmó, a su vez, Ba-Chie, sin dejar de reír -. ¿Quién que no sea un engreído puede llamarse Incrementador de Edad, Incrementador de Felicidad e Incrementador de Riqueza

Tripitaka ordenó a Ba-Chie que se apartara, mientras él se arreglaba las ropas lo mejor que podía y saludaba con respeto a las Tres Estrellas. Éstos, a su vez, antes de tomar asiento, se volvieron hacia el Gran Inmortal y le presentaron sus respetos. En cuanto se hubieron sentado, la Estrella de la Riqueza dijo:

- Debemos disculparnos por haber dejado pasar tanto tiempo sin venir a presentaros nuestros respetos. Si nos hemos decidido por fin hoy a abusar de vuestra hospitalidad, ha sido porque hemos tenido noticia de que el Gran Sabio Sun ha estado por aquí haciendo de las suyas.

- ¿Ha ido a veros también a Peng - Lai? - preguntó el Gran Inmortal.

- Así es - contestó la Estrella de la Longevidad -. Dado que ha destrozado vuestro árbol de cinabrio, acudió a nosotros en busca de un remedio, pero al descubrir que no disponíamos de ninguno, se marchó en seguida a otro lugar. Se le notaba muy nervioso. Tenía miedo, de hecho, de que su búsqueda pudiera llevarle más de tres días, porque, según nos explicó, si no regresaba en ese tiempo, el monje Tang recitaría un conjuro que le produce un terrible dolor de cabeza. Otra de las razones de haber venido hoy - añadió, volviéndose hacia Tripitaka - es porque queremos pedirnos que ampliéis el plazo.

- Dadlo por hecho - replicó en seguida Tripitaka.

Mientras hablaban, se acercó Ba-Chie y empezó a importunar otra vez a la Estrella de las Bendiciones. Exigiendo que le dieran algo de comer, comenzó a mirar por las

amplias mangas de la Estrella, a palparle la cintura y a levantarle indecorosamente la túnica.

- ¿Se puede saber por qué eres tan maleducado? - le regañó Tripitaka, sin poder contener la risa.

- ¿Maleducado yo? - protestó Ba-Chie -. Lo único que estoy haciendo es seguir el proverbio que dice: "A cada vuelta que uno da se topa con las bendiciones del cielo".

Pese a todo, Tripitaka le ordenó que se retirara. Cuando se dirigía hacia la puerta, el Idiota se dio de pronto la vuelta y empezó a mirar a Estrella de las Bendiciones con ojos cargados de extraña fiereza.

- ¡Sirviente estúpido! - exclamó la Estrella, molesta -. ¿Quieres explicarme qué te he hecho de malo para que me mires de esa manera?

- Yo no estoy enemistado contigo - replicó Ba-Chie -. Lo único que estoy haciendo es poner por obra el dicho que afirma: "No tengas miedo en volver la cabeza y mirar las bendiciones de frente".

Al salir, el Idiota se topó con un joven que sostenía cuatro cucharillas en una mano, mientras con la otra se afanaba por colocar otras tantas tazas de té sobre una bandeja. De un manotazo Ba-Chie se hizo con las cucharillas y regresó corriendo al salón principal. Valiéndose de una piedra, empezó a golpearlas con fuerza, mientras bailaba como un loco alrededor de los comensales.

- Este monje se está portando cada vez peor - exclamó el Gran Inmortal, visiblemente molesto.

- Yo no me estoy portando mal - se defendió Ba-Chie, so riendo -. Esto es lo que se llama "festejar a los huéspedes de la suerte".

Mientras Ba-Chie se dedicaba a bromear, el Peregrino llegaba a la Montaña Fang-Chang. Se trataba de un lugar encantador, sobre el que existe un poema, que afirma:

La encumbrada Fang-Chang, un auténtico remedo del cielo donde los inmortales acostumbraban reunirse. En ella se levanta un palacio de cuyas torres color púrpura parten tres rayos de luz potente que alumbran otros tantos senderos. El penetrante aroma de las flores que crecen a su vera llega hasta la neblina de cinco colores que usan los inmortales en sus desplazamientos. En los arcos de nácar del palacio se posan a veces fénix de oro. ¿Qué duda cabe que allí se esconde el zumo del jade? Los melocotones rosados y las ciruelas rojizas recién maduras anuncian que un león acaba de transformarse en dios.

El Peregrino bajó de la nube, pero su estado de ánimo le impidió gozar de la belleza del paisaje que se extendía ante él. Mientras se adentraba en él, sintió el embriagador aroma de la brisa y oyó el extraño canto de las garzas negras. Poco después vio a lo lejos a un inmortal, del que manaban diez mil rayos multicolores que se esparcían por todo el cielo. Parecían querer rivalizar en fulgor con las neblinas sagradas, que flotaban sin cesar por lo alto. No existía ser con mas suerte que aquel inmortal, cuya edad era la misma que la de la montaña. Pese a todo, su apariencia era la de un joven robusto y sano. No en balde era el guardián del elixir que tornaba inmortal al mismísimo cielo. De su cintura colgaba un sello tan viejo como el mismo sol. En muchas ocasiones había traído la felicidad al género humano Y había salvado al mundo de indecibles desgracias. El Rey Wu le invitaba muchas veces a su palacio y no faltaba jamás al Festival de los Melocotones. Él mismo enseñó a no pocos monjes a romper sus lazos mundanos, mostrándose como luz y guía de su empeño. En más de una ocasión cruzó los mares con el único propósito de desear larga vida a un mortal. Por todo ello, se entrevistaba a menudo con Buda en la Montaña del Espíritu. Nada tiene de extraño que poseyera el título de Supremo Señor del Este, el primero entre todos los inmortales.

Sorprendido por su inesperada aparición, el Peregrino Sun se llegó hasta él y le saludó respetuosamente, diciendo:

- Os presento mis respetos con las manos en alto, Señor del Este. Perdonadme por no haber salido a recibirlos, Gran Sabio - dijo el Patriarca después de devolverle el saludo -. Hacedme el honor de venir a mi palacio a tomar un poco de té - y, tomando al Peregrino de la mano, le condujo al interior de su mansión.

Se trataba, en verdad, de un lugar sagrado, en el que podían apreciarse infinidad de arcos tachonados de conchas de ostras, estanques de jaspe y terrazas de jade. Tan pronto como hubieron tomado asiento, surgió de detrás de un biombo de piedra un joven vestido de una forma muy peculiar. Lucía una túnica taoísta de llamativos colores, una faja de seda pura, un sombrero del mismo material y unas llamativas sandalias de paja para recorrer las guaridas de las hadas. Durante mucho tiempo había refinado su personalidad, hasta conseguir arrojar de ella toda impureza ³. De esa forma, alcanzó grandes méritos y obró como buenamente le vino en gana. ¿Qué otra cosa podía esperarse de quien había descubierto la auténtica fuente del espíritu, el esperma y la respiración? Gozó de la plena confianza de su maestro y caminó muy lejos por el sendero del conocimiento. A gusto renunció a la fama, feliz de poseer una vida a la que no le afectaban el paso del tiempo, el discurrir de los meses, la eterna alternancia de las estaciones o la danza imparable de los minutos. Recorriendo una y otra vez las ascendentes rampas en caracol que conducían a lo alto de las torres, logró encontrar en tres ocasiones melocotones sagrados caídos del cielo. Tan singular inmortal se llamaba Dung Fang-Shuo ⁴ y, al abandonar su escondite tras las mamparas de jade, dejó tras sí un penetrante aroma que llenó toda la estancia.

En cuanto el Peregrino le vio, soltó la carcajada y exclamó:

- ¡Así que está aquí este pequeño bribón! Cosa rara, teniendo en cuenta que en la mansión del Señor del Este no hay melocotones que robar.

- ¡Viejo estafador! - gritó, a su vez, Dung Fang - Shuo, inclinándose ante él -. ¿Se puede saber a qué has venido? En el hogar de mi señor no hay ningún elixir del que tú puedas apropiarte.

- Deja de farfullar incoherencias, Man-Chien, y tráenos de beber - le ordenó el Señor del Este.

Hay que decir que el nombre religioso de Dung Fang-Shuo era Man-Chien, el cual obedeció sin rechistar, trayendo a los pocos segundos un par de tazas de té. Después de tomar la suya, el Peregrino levantó la vista y dijo:

- He venido a pedirlos un favor, que espero me concedáis.

- ¿De qué se trata? - preguntó el Señor del Este -. Si está en mi mano, tened por seguro que así lo haré.

- Como supongo sabréis - empezó explicando el Peregrino -, últimamente me he comprometido a proteger al monje Tang en su viaje hacia el Oeste. Al pasar por el Templo de las Cinco Villas, que se halla enclavado en la Montaña de la Longevidad, fuimos vejados por dos jóvenes, que nos insultaron cuanto quisieron. Eso hizo que me pusiera furioso y de un golpe derribé el Árbol del Fruto del Ginseng. Eso condujo a la detención del monje Tang, que se halla prisionero en el lugar que acabo de deciros. Como comprenderéis, su liberación sólo se producirá cuando encuentre un remedio para el árbol abatido. Me he tomado la libertad de venir a pedirloslo, pues no dudo de que vos tendréis alguno por ahí guardado.

- Si no causáis problemas, no estáis contento - le reprendió el Señor del Este -. Da la casualidad de que ese tal Chen Yüan-Tse del Templo de las Cinco Villas, también conocido como Señor, Sosia de la Tierra, no es nada más ni nada menos que el patriarca de los inmortales terrestres. ¿Cómo os las arreglasteis para ofenderle de la forma en que lo habéis hecho? El Árbol del Fruto del Ginseng es, en realidad, la planta del cinabrio reconvertido. Bastante castigo hubierais merecido por haber robado tan sólo uno de sus

extraños frutos. Así que no puedo ni imaginar siquiera la pena de la que os habéis hecho acreedor por haberlo arrancado de cuajo. ¿Creéis que vais a escapar así como así?

- Ya lo hemos hecho mis compañeros y yo en dos ocasiones - contestó el Peregrino -. Sin embargo, he de reconocer que no nos sirvió de mucho, porque nos dio alcance en seguida y nos metió por una de sus mangas, como si fuéramos vulgares pañuelos. Todo este asunto me está resultando demasiado enojoso. Me doy cuenta de que no puedo salir airoso de él sin la ayuda de alguien más poderoso que yo, porque he tenido que prometer al Gran Inmortal que iba a encontrar algún remedio para su árbol.

Yo tengo una gota de la Gran Mónada del cinabrio reconvertido - confesó el Señor del Este -. Es capaz de curar a todos los seres del mundo menos los árboles, porque, como bien sabes, éstos son espíritus del suelo y la madera debe su origen a la unión del Cielo y la Tierra. A ello hay que añadir que el Árbol del Fruto del Ginseng es de origen celeste y que su existencia se remonta al momento mismo de la creación. ¿Cómo voy a poder curarlo yo? No dispongo de remedio para algo tan valioso. Por si esto no fuera suficiente, la Montaña de la Longevidad se halla enclavada en una región sagrada y el Templo de las Cinco Villas es una de las cavernas más santas que existen en el Continente de Aparagodaniya.

- Si es verdad que no disponéis del remedio que ando buscando - concluyó el Peregrino -, lo mejor que puedo hacer es despedirme

El Señor del Este quiso ofrecerle una copa de néctar de jade, pero el Peregrino rechazó respetuosamente su invitación, diciendo:

- Disculpadme, pero no puedo entretenerme. El asunto que me tengo entre manos no admite la menor demora.

Se montó de nuevo en la nube y se dirigió hacia la isla de Ying-Chou, un lugar paradisíaco, sobre el que tenemos un poema que dice:

Entre neblinas de color rojizo se alza, brillante como el mismo sol, el árbol de las perlas 5. Pese a su innegable rareza, no es el único tesoro de Ying-Chou. Los palacios y torres que llenan la isla llegan hasta el mismo cielo, compitiendo en belleza con sus colinas verdosas, sus aguas azules y sus capullos de fino coral. Allí abundan el néctar de jade, el acero rojo 6 y la indestructible piedra del hierro. Cuando el sol empieza a despuntar por encima de las olas, el gallo de jade de cinco colores rompe el silencio con sus cantos chillones. A esa misma hora puede verse al fénix rojo exhalar su aliento color de escarlata. En vano tratan los mortales de fijar tan mágico momento en sus toscas pinturas. La primavera eterna está más allá de las formas de este mundo.

Al llegar a Ying-Chou, el Gran Sabio pudo ver junto a los acantilados rojizos a varias personas sentadas bajo los árboles de perla. Todas ellas tenían el pelo y la barba inmaculadamente blancos, aunque, por tratarse de inmortales, poseían una complexión llamativamente juvenil. Carecían estar muy entretenidas jugando al ajedrez, bebiendo vino, contando chistes y cantando canciones. Por encima de ellas flotaban nubes sagradas, que emitían cegadores rayos de luz. Por doquier se aspiraba un aroma muy penetrante. Fénix de todos los colores revoloteaban a la entrada de la caverna, mientras en lo alto de la montaña danzaban garzas de negro plumaje. Algunos de los inmortales mezclaban con el vino melocotones y raíces de loto, que recordaban, de alguna forma, el jade. Otros masticaban perlas mágicas y dátiles de fuego capaces de alargar indefinidamente la vida. Ninguno de ellos respondía jamás a las llamadas imperiales, aunque figuraban sus nombres en los registros del cielo. Su vida era tan despreocupada que no hacían otra cosa que pasear y divertirse. Ninguna cuita oscurecía sus días. Siempre hacían lo que les venía en gana. Lo más envidiable no obstante, era que los meses y años jamás pasaban por ellos y, así nunca envejecían. Podían desplazarse a cualquier lugar de la tierra y su libertad era absoluta. Parejas de simios negros se llegaban hasta ellos e, inclinando respetuosamente la cabeza, les ofrecían docenas de

frutas. Los ciervos blancos, totalmente sumisos, se tumbaban de dos en dos a su vera con ramilletes de flores en la boca.

Tan paradisíaca atmósfera fue de pronto rota por el Peregrino, que preguntó, levantando la voz:

- ¿Qué os parece si me dejáis divertirme un poco con vosotros?

En cuanto los inmortales le vieron, se levantaron de sus asientos y corrieron a recibirle. Sobre ese momento disponemos de un poema, que dice:

Después de abatir el árbol espiritual del fruto del ginseng, el Gran Sabio se vio obligado a visitar a no pocos dioses en busca de un remedio que lo hiciera florecer de nuevo. Una cegadora luz escarlata fluía de la caverna sagrada, cuando los Nueve Ancianos de Ying-Chou corrieron a darle la bienvenida.

- ¡Mis queridos amigos - exclamó el Peregrino, reconociéndoles a todos -, no sabéis cuánto me alegra veros tan felices!

- Si hubierais perseverado en la búsqueda del bien y no os hubierais rebelado contra el Cielo, ahora nos sentiríamos todavía más felices - replicaron ellos -. De todas formas, nos complace encontraros tan bien. Hemos oído decir que habéis vuelto al camino de la Verdad y que os dirigís hacia el Oeste en busca de las escrituras budistas. ¿De dónde habéis sacado tiempo para venir a hacernos una visita tan inesperada?

El Peregrino les contó entonces lo ocurrido, incluido su compromiso de encontrar algún remedio eficaz para el árbol. Desconcertados, los Nueve Ancianos exclamaron:

- ¡Cómo podéis ser tan irresponsable! Siempre andáis metido en líos. Lo más lamentable, de todas formas, es que nosotros tampoco disponemos del remedio que andáis buscando.

- Si es así - concluyó el Peregrino -, lo mejor es que me despida cuanto antes de vosotros.

Los Nueve Ancianos le invitaron a beber un poco de néctar de jade y a comer unas cuantas raíces de loto, pero él no se quiso sentar. Por no desairarles, tomó lo que se le ofrecía de pie y, abandonando a toda prisa la isla de Ying-Chou, se dirigió hacia el Gran Océano Oriental. Dados sus poderes, no tardó en divisar la Montaña Potalaka. Descendió de la nube y se encaminó directamente a lo alto de la montaña, donde encontró a la Bodhisattva Kwang-Ing adoctrinando a los guardianes celestes, a las damas-dragón y a Moksa en la Caverna del Bambú de Color Púrpura. Sobre ese momento disponemos de un poema que afirma:

La ciudad de la dama del mar se asienta sobre un acantilado y se halla rodeada de un viento sagrado. En su interior se ocultan incontables tesoros que nadie ha logrado ver jamás. El más valioso, sin embargo, es un conjunto de sutras que hablan de la vacuidad de todo lo existente. Las cuatro verdades 7 darán fruto a su tiempo y los seis caminos 8 terminarán trayendo la libertad. En el bosquillo que rodea la mansión de la diosa, los árboles están siempre cubiertos de flores y los frutos conservan eternamente su primigenia fragancia. Tal es la tierra de los placeres y la verdad.

La Bodhisattva se percató en seguida de la llegada del Peregrino y pidió al Gran Guardián de la Montaña que saliera a darle la bienvenida. En el límite mismo de la arboleda levantó la voz, diciendo:

- ¿Se puede saber adonde vas, Sun Wu-Kung?

- ¡Maldito oso! - exclamó el Peregrino, levantando la cabeza -. ¿Quién te ha dado permiso para pronunciar ese nombre? Deberías tener un poco más de respeto conmigo. Si no me hubiera mostrado compasivo contigo en la Montaña del Viento Negro, a estas horas no serías más que un putrefacto cadáver. Por suerte para ti, te has convertido en

un ferviente seguidor de la Bodhisattva, lo cual te ha abierto las puertas de una vida virtuosa y te ha dado la oportunidad de habitar en una montaña tan sagrada como ésta. No todos los que tienen el privilegio de escuchar a diario las enseñanzas sobre el dharma. Ahora posees una inteligencia iluminada por el bien obrar. ¿Por qué te niegas, entonces, a llamarme venerable?

Al Peregrino no le faltaba razón. Si el Oso Negro ostentaba ahora el cargo de Gran Guardián de la Montaña Potalaka, se lo debía a él. A la antigua bestia no le quedó, pues, más remedio que sonreír y decir:

- ¿A qué viene remover el pasado? Como muy bien afirmaban lo antiguos, "el hombre justo no tiene necesidad de recordar sus viejas culpas". Remitámonos, pues, al presente y dejemos en paz el tiempo muerto. Si he salido a recibirte, ha sido porque la Bodhisattva me lo ha ordenado. Nada más.

Al oír eso, el Peregrino adoptó una actitud solemne y siguió al Gran Guardián al interior del bosquecillo. No tardaron en llegar hasta donde la Bodhisattva. Wu-Kung la saludó inclinándose respetuosamente ante ella, pero Kwang-Ing no quiso saber nada de etiquetas y le regañó, diciendo:

- ¿Es que nunca vas a aprender? ¿Por qué has vuelto a dejar solo al monje Tang? ¿En dónde está ahora?

- En la Montaña de la Longevidad - contestó el Peregrino -, que, como bien sabéis, se halla enclavada en el continente de Aparagodaniya.

- ¿En la Montaña de la Longevidad? - repitió la Bodhisattva -. Allí se levanta el Templo de las Cinco Villas, donde tiene establecida su morada el Gran Inmortal Chen Yüan. ¿Os habéis topado con él?

- ¿Que si nos hemos topado? - exclamó el Peregrino, golpeando el suelo con la frente -. Todo ha sido culpa mía. Yo no sabía nada sobre ese inmortal y cometí la imprudencia de ofenderle arrancando de cuajo su árbol. Por eso se niega a dejar marchar a mi maestro, convirtiéndole en prisionero suyo.

- ¡Habrás visto mono más malvado! - le regañó la Bodhisattva, que estaba ya enterada de todo lo ocurrido -. ¿Es que no puedes pasarte un solo día sin hacer alguna de las tuyas? El Árbol del Fruto de Ginseng poseía una naturaleza espiritual. No en balde fue plantado por el Cielo y cuidado con especial cariño por la Tierra. Eso sin cortar con que Chen Yüan-Tse es el patriarca de los inmortales terrestres. Hasta yo misma me veo a veces en la obligación de mostrarme respetuosa con él. No comprendo por qué tuviste que destrozar su árbol.

- Yo no sabía que fuera tan valioso - replicó el Peregrino, agachando aún más la cabeza -. Cuando llegamos al templo, Chen Yüan-Tse había ido y salieron a recibirnos dos jóvenes inmortales. Fue Chu Wu-Neng el que descubrió lo de los frutos del ginseng y se empeñó en probar uno. Yo me encargué de robar tres, que repartí galantemente entre mis hermanos. Cuando los jóvenes lo descubrieron, nos insultaron sin ningún respeto, hasta que no pude aguantar más su insolencia y eché abajo el árbol. Al día siguiente, cuando el maestro se enteró de lo ocurrido, salió en persecución nuestra. No tardó en darnos alcance, barriéndonos como si fuéramos basura y encerrándonos en el interior de su manga. No contento con eso, nos cubrió de cadenas y nos hizo azotar, interrogándonos y torturándonos durante un día completo. Logramos escapar a la caída de la noche, pero de nuevo volvió a darnos alcance y nos hizo regresar a su monasterio. Esto se repitió dos o tres veces, hasta que nos convencimos de que era prácticamente imposible escapar de sus garras y tuve que prometerle que, ocurriera lo que ocurriera, yo curaría su árbol. Me vi obligado, en consecuencia, a recorrer las Tres Islas en busca de un remedio apropiado, pero ninguno de los inmortales pudo facilitármelo. Por eso he venido a vuestros dominios a suplicaros humildemente que os apiadéis de mí y me

otorguéis la medicina que ando buscando. Si no lo hacéis, el monje Tang no podrá proseguir su viaje y jamás llegará a las Tierras del Oeste.

- ¿Por qué no viniste a verme antes, en vez de perder el tiempo saltando de isla en isla?
- le reconvinó la Bodhisattva. El tono de su voz era de auténtico reproche, pero el Peregrino se puso loco de contento y se dijo, esperanzado:

- ¡Qué suerte la mía! Eso quiere decir que la Bodhisattva conoce algún remedio - y se echó rostro en tierra en señal de súplica.

Eso hizo que la Bodhisattva se mostrara más comprensiva y que dijera en un tono más calmado:

El dulce rocío de mi florero sagrado puede curar los árboles espirituales y sanar las raíces santas.

- ¿Lo habéis probado alguna vez? - preguntó el Peregrino.

- Así es - contestó la Bodhisattva.

- ¿Cuándo? - insistió el Peregrino.

- Hace algunos años - explicó la Bodhisattva -, Lao-Tse cogió mi ramita de sauce y la metió en su estufa de refinar el elixir. Cuando estuvo totalmente seca y chamuscada, me la devolvió y yo volví a ponerla en mi florero. Al cabo de un día y una noche estaba tan verde como siempre y sus hojas parecían no haber sufrido el menor castigo.

- ¡Qué suerte la mía! - exclamó, aliviado, el Peregrino -. ¿Qué dificultad hay para que un árbol vuelva a la vida, cuando una simple ramita de sauce resurgió de sus propias cenizas?

La Bodhisattva se volvió hacia sus discípulos y les ordenó:

- Quedaos aquí cuidando el bosquecillo. No tardaré mucho en volver - y se elevó por los aires con el jarrón sagrado en las manos.

Delante de ella volaba el loro blanco, mientras el Gran Sabio la seguía, respetuoso, un poco más atrás. De ese momento tenemos un poema testimonial, que afirma:

Nadie en el mundo es capaz de describir con exactitud su santidad y su pureza. Es la diosa de misericordia que dispersa a nuestros enemigos y nos cubre de bendiciones. Conoció la santidad de Buda y ahora posee un cuerpo sin mancha. Sólo ella puede calmar el mar de la pasión, porque la profundidad de sus principios no conoce la sombra del egoísmo. ¿Qué hay de extraño, pues, en que su dulce rocío pueda devolver a la vida al árbol sagrado?

El Gran Inmortal estaba charlando amigablemente con los Tres Ancianos, cuando, al levantar la vista, vio descender de las nubes al Gran Sabio Sun, que no dejaba de gritar, muy excitado:

- La Bodhisattva se acerca. ¡Salid inmediatamente a darle la bienvenida!

Como un solo hombre, las Tres Estrellas, Chen Yüan-Tse, Tripitaka y sus discípulos se pusieron al punto de pie y salieron a toda prisa del salón principal. Antes de inclinarse ante las Tres Estrellas, la Bodhisattva saludó con inesperado respeto a Chen Yüan-Tse. Eso no fue obstáculo para que ocupara el puesto de honor. El Peregrino condujo entonces ante ella al monje Tang, a Ba-Chie y al Bonzo Sha, que se echaron rostro en tierra. Lo mismo hicieron a continuación todos los inmortales que habitaban en aquel templo.

- No perdamos más tiempo en ceremonias inútiles - sugirió el Peregrino al Gran Inmortal -. Preparad la mesa con el incienso, para que la Bodhisattva pueda curar cuanto antes vuestro árbol.

- ¿Como os habéis tomado la molestia de venir hasta aquí? - preguntó el Gran Inmortal, inclinándose, una vez más, ante la Bodhisattva -. El asunto que nos traemos entre manos es demasiado trivial para que vos le prestéis vuestra valiosísima atención.

- El monje Tang es discípulo mío - explicó la Bodhisattva -. Si Sun Wu-Kung os ha

ofendido, es lógico que yo responda por él y os devuelva vuestro incomparable árbol.

- En ese caso, no hay más que hablar - concluyeron las Tres Estrellas -. Vayamos cuanto antes al huerto y veamos lo que sois capaz de hacer.

Sin más dilación el Gran Inmortal ordenó que prepararan el incienso y barrieran la parte posterior del huerto. La Bodhisattva abrió la marcha, seguida de los Tres Ancianos, Tripitaka, sus discípulos y todos los inmortales que habitaban en aquel templo. Todos lanzaron un grito de dolor, al ver el árbol por el suelo, sus raíces al aire, sus hojas ya secas y sus ramas tronchadas.

- Estira la mano, Wu-Kung - ordenó la Bodhisattva.

El Peregrino así lo hizo. Ella metió entonces la ramita de sauce en el jarrón, y usándola a manera de brocha, untó la palma izquierda de mi Sun Wu-Kung con el rocío que allí guardaba. Al instante el Peregrino adquirió un poder vivificador. La Bodhisattva le ordenó que pusiera la mano en la base del árbol muerto y la mantuviera allí hasta que notara que un manantial de agua estaba a punto de surgir de la tierra. El Peregrino cerró la mano y la colocó entre la maraña de raíces. No tardó en manar de la tierra un arroyuelo de agua límpida. Visiblemente satisfecha, la Bodhisattva anunció:

- Esta agua no debe ser tocada por ningún instrumento que contenga una sola de las Cinco Fases. Sólo puede ser recogida por un cucharón de jade. Poned el árbol en su posición original y verted sobre él el agua de este manantial sagrado. Eso bastará para que las raíces y la corteza recobren su perdida vitalidad, las hojas crezcan de nuevo y las ramas se tornen tan verdes como antes. Nada impedirá entonces que sus frutos se multipliquen como las flores en primavera.

- Traed inmediatamente un cazo de jade - pidió a los taoístas el Peregrino.

- Me temo que aquí no tenemos ningún cazo de ese material - respondió, apenado, Chen Yüan-Tse -. Al fin y al cabo, vivimos en el campo y no gozamos de las comodidades de la corte. ¿Os es lo mismo una taza o una copa de jade?

- Por supuesto que sí - contestó la Bodhisattva -. Están hechas del material que precisamos y, además, son capaces de contener líquidos. ¿Qué nos importa ahora su uso específico?

Aliviado, el Gran Inmortal pidió a sus discípulos que trajera treinta tazas de té y cincuenta tazas de vino, todas ellas de jade, y llenaran del agua que manaba de la tierra. Sin pérdida de tiempo el Peregrino, Ba-Chie y el Bonzo Sha colocaron el árbol en su posición original y taparon sus raíces con la arena que había alrededor. Ellos mismos se encargaron de ir entregando una a una las copas a la Bodhisattva, la cual, valiéndose de su ramita de sauce, fue vertiendo su contenido sobre el árbol seco, mientras recitaba un conjuro. No pasó mucho tiempo antes de que el verdor volviera a enseñorearse de todas sus hojas y ramas. En las más altas podía apreciarse con toda claridad la delicadeza de veintitrés frutos de ginseng. Tras contarlos con cuidado, Brisa Límpida y Luna Brillante exclamaron, sorprendidos:

- Cuando hace unos días descubrimos que faltaban unos cuantos, contamos exactamente veintidós frutos. ¿Cómo es que ahora ha revivido uno?

- El tiempo se encargará de poner al descubierto la razón que ahora indagáis - sentenció el Peregrino -. De todas formas, por si os sirve de algo, os diré que, aunque el otro día arranqué tres frutos, se me cayó otro al suelo, que desapareció antes de que pudiera echarle mano. El dios local me explicó que había sido absorbido por la tierra. Ba-Chie opinó, sin embargo, que me lo había comido a escondidas y empezó a dudar de mi honradez. Me alegro de que, por fin, todo se haya aclarado.

- Lo que acabas de decir es verdad - confirmó la Bodhisattva - Las Cinco Fases se absorben mutuamente. Por eso he ordenado antes que no se empleara ningún instrumento que contuviera una sola de ellas.

Visiblemente complacido, el Gran Inmortal ordenó traer el mazo de oro y arrancó con él diez de sus preciados frutos. A continuación pidió a la Bodhisattva y a los Tres Ancianos que volvieran al salón principal, donde celebró en su honor un Festival de Frutos de Ginseng. Los inmortales pusieron en orden las mesas y sacaron las bandejas de cinabrio, mientras la Bodhisattva ocupaba el puesto de honor, los Tres Ancianos se sentaban a su izquierda, el monje Tang se colocaba a su derecha, y Chen Yüan-Tse, como anfitrión que era, se situaba en una posición de deferente respeto. Sobre tan brillante momento tenemos un poema que dice:

Los frutos del ginseng maduran cada nueve mil años en la mansión de un respetable inmortal que se levanta en la inaccesible Montaña de la Longevidad. ¡Qué pena sintieron todos sus moradores, cuando sus raíces quedaron al descubierto y sus hojas y ramas se secaron sin remedio! Afortunadamente fueron regadas por el dulce rocío de la diosa y los frutos sagrados volvieron a mostrar su pujante lozanía. Los Tres Ancianos pudieron, por fin, probarlos y los cuatro monjes recobraron su perdida libertad. Todos saborearon los frutos del ginseng y, así, se convirtieron en inmortales que no envejecen jamás.

La Bodhisattva y los Tres Ancianos comieron uno; el monje Tang, convencido, por fin, de que se trataba de una mera fruta, dio buena cuenta de otro, lo mismo que sus tres discípulos. Por no dejar solos a sus invitados, Chen Yüan-Tse se sirvió también uno y el último fue repartido entre todos sus seguidores. El Peregrino agradeció a la Bodhisattva y a las Tres Estrellas cuanto habían hecho por él. Sonriendo, las divinidades se despidieron de todos los representantes y regresaron respectivamente a la Montaña Potalaka y a la Isla de Peng-Lai. Cuando se hubieron marchado, Chen Yüan-Tse ordenó servir un banquete vegetariano, sellando a la conclusión del mismo un pacto de hermandad con el Peregrino. Con razón dice el proverbio que "para conocer bien a una persona es preciso haber luchado antes con ella". De esta forma, budistas y taoístas entraron a formar parte de una misma familia. La alegría se reflejaba en todos los rostros y maestro y discípulos pasaron en vela aquella noche. Todos habían tenido la enorme fortuna de haber probado el fruto del mercurio reconvertido, Preparándose, así, para hacer frente a las grandes pruebas por las que aún debían pasar.

De momento desconocemos si lograron, por fin, partir de aquel lugar a la mañana siguiente. Quien desee saberlo tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XXVII

TRES VECES SE BURLA EL DEMONIO CADÁVER DE TRIPITAKA. EL MONJE SANTO EXPULSA DE SU LADO AL HERMOSO REY DE LOS MONOS

Tripitaka y sus discípulos hicieron todos los preparativos para reanudar la marcha a la mañana siguiente, pero Chen Yüan-Tse había cobrado gran afición al Peregrino y se negaba a dejarlos marchar. Tras sellar con él un pacto de hermandad le había cogido tal cariño que en seguida dio órdenes para que les festejaran sin parar durante cinco o seis días. Sin embargo, tanto el espíritu como el cuerpo de Tripitaka se habían fortalecido de una forma increíble después de probar el fruto del cinabrio reconvertido y se negó de plano a quedarse allí un solo día más. Estaba decidido a conseguir las escrituras al precio que fuera y partieron en cuanto hubo amanecido. A las pocas horas de camino se toparon con una montaña muy alta y Tripitaka dijo a sus discípulos:

- Me da la impresión de que esa cordillera que tenemos delante es demasiado alta y escarpada para mi caballo. Sugiero, por tanto, que caminemos despacio y con mucho

cuidado.

No debéis temer nada, maestro - contestó el Peregrino -. Sabéis vencer cualquier tipo de dificultades. Prueba de ello es que hemos llegado hasta aquí. ¿No os parece?

Como muestra de su indiscutible competencia, se encargó personalmente de abrir la marcha, pasándose la barra por encima de los hombros y abriendo un difícil sendero a lo largo de las empinadísimas pendientes. Los picos desfiladeros se sucedían sin cesar uno tras otro. Se presentía la presencia de impracticables torrentes en el seno de profundísimas simas, por las que se desplazaban, agazapadas, manadas enteras de tigres y lobos. A lo lejos se veían grandes rebaños de ciervos y gamos, mientras incontables familias de jabalíes llenaba el aire de chillidos y carreras alocadas. Aquella montaña estaba literalmente plagada de zorros y liebres. Pero no todos los animales que la poblaban eran tan benignos, porque entre sus frondas se escondía la enorme pitón de más de mil pies de largo y la terrible serpiente que alcanzaba los diez mil pies de longitud. Las dos expelían por las narices una especie de vapor envenenado que sembraba el aire de muerte y destrucción. Los caminos estaban festoneados de cardos y espinos, aunque en los picos más altos crecían, esplendorosos, los cedros y los pinos. Adondequiera que se dirigiera la vista podían verse enredaderas silvestres, cuya fragancia ascendía, libre, hacia los cielos, haciendo olvidar el venenoso y fétido aliento de las sierpes. Ante los viajeros se levantaban miles de cumbres cubiertas de nieve, que brillaban, como si fueran de plata, bajo la tenue caricia de los rayos del sol. En sus desfiladeros y gargantas se escondía el soplo divino del que todo había surgido.

Sobrecogido, Tripitaka detuvo el caballo y se puso a temblar de miedo. Su temor contrastaba abiertamente con la seguridad del Gran Sabio, siempre pronto a hacer ostentación de sus muchos poderes. Sosteniendo con firmeza la barra de hierro, dejó escapar un grito tan salvaje que los lobos y serpientes corrieron a refugiarse en sus madrigueras, mientras los tigres y leopardos huían despavoridos, como si fueran doncellas. De esta forma, pudieron ascender por la montaña sin que ninguna bestia los molestara. Cuando llegaron, por fin, a la cima, Tripitaka dijo a Wu-Kung:

- Llevamos viajando todo el día y están empezando a flaquearme las fuerzas. ¿Por qué no vas por ahí a mendigar algo de comida vegetariana para mí?

- ¡Cuidado que sois comodón! - replicó el Peregrino, tratando de calmarle con una sonrisa -. Estamos en un lugar totalmente salvaje y no se ve ningún lugar habitado. ¿Dónde queréis que vaya a por la comida? No podría conseguirla ni aunque dispusiéramos de todo el dinero del mundo.

- ¡Maldito mono! - exclamó Tripitaka, visiblemente enfada con su discípulo -. ¿Tan pronto has olvidado la clase de vida que llevabas en la Montaña de las Dos Fronteras? Tathagata había coloca encima de ti una cordillera entera y no podías mover un solo músculo, a excepción de la boca. Me debes la vida. Recuérdalo siempre. Pero, si eso no te parece suficiente, ten presente que accediste a convertirte en discípulo mío tras mi imposición de manos y tu aceptación de todos los mandamientos. ¿Por qué te niegas, una y otra vez, a practicar la humildad? ¿Es que no puedes mostrarte un poco más diligente?

- Que yo sepa - se defendió el Peregrino -, jamás he rehuido el menor esfuerzo. ¿De dónde sacáis que soy un esclavo de la pereza?

- ¿No es suficiente prueba la contestación que acabas de darme? - replicó Tripitaka -. ¿Por qué te obstinas en no ir a mendigar un poco de comida vegetariana para mí? ¿Cómo voy a poder continuar el viaje, si tengo el estómago totalmente vacío? Debilitado por el hambre y estos pestilentes vapores que manan por doquier, no tardaré en caer enfermo y jamás lograré alcanzar el Monasterio del Trueno. ¿Quién será el culpable de tan estrepitoso fracaso? ¡Di! ¿Quién?

- Está bien, está bien - contestó el Peregrino -. Os entiendo perfectamente. Poseéis un natural arrogante y orgulloso, que os hace enfurecer por cualquier trivialidad. Lo malo es que siempre echáis mano de vuestro conjuro para mortificarme a tiempo y a destiempo. Pero, en fin, no se hable más. Bajad del caballo y descansad un rato, mientras yo voy a ver si encuentro a alguien al que pedir un poco de comida.

No había acabado de decirlo, cuando dio un salto y se elevó por encima de las nubes. Usando las manos a manera de visera, miró a su alrededor, pero no pudo ver ningún pueblo. El camino que conducía hacia el Oeste estaba totalmente deshabitado. Los bosques y arbustos se contaban a millares, pero no había la menor señal de asentamiento humano. El Peregrino, no obstante, no se desanimó y continuó atisbando la distancia durante un buen rato. Por fin descubrió hacia el sur una montaña muy alta, en cuya ladera oriental le pareció ver unos cuantos puntitos de color rojo. A toda prisa descendió de las nubes e informó a su maestro, diciendo:

- Creo que he descubierto algo de comer.

El maestro le preguntó de qué se trataba y él añadió:

- Por estos lugares no hay ni una sola cabaña en la que podamos mendigar un poco de arroz. Sin embargo, en una montaña al sur de aquí he descubierto unos cuantos puntos rojos, que, o mucho me equivoco, o son melocotones silvestres totalmente maduros. Si me permitís llegar hasta ese lugar, os traeré unos cuantos para que saciéis vuestro apetito.

- ¿Cómo voy a negarme a dejarte partir? - exclamó Tripitaka, satisfecho -. Para quien ha renunciado a la familia los melocotones son una auténtica bendición.

El Peregrino cogió la escudilla de mendigar y montó en una nube sagrada. Le imprimió tal velocidad que fue dejando tras sí una estela de vapor blancuzco y frío, mientras se dirigía directamente hacia la montaña del sur en busca de los melocotones.

Sin embargo, como muy bien afirma el proverbio, "no hay cumbre sin monstruo ni cima en la que no habite un demonio". La que había escogido Tripitaka para descansar no era excepción a esa norma. Se trataba de un espíritu femenino, al que molestó seriamente la repentina partida del Gran Sabio. A lomos de un siniestro viento oscuro se asomó por encima de las nubes y, al ver al monje Tang sentado en el suelo, exclamó, incapaz de refrenar su alegría:

- ¡Qué suerte la mía! Durante años enteros mis parientes no han hecho más que hablar del viaje del monje Tang, una locura que le habría de llevar desde las Tierras del Este al Paraíso Occidental, donde piensa aprender la doctrina del Gran Medio. Lo asombroso, sin embargo, es que ese monje es, en realidad, la reencarnación de la Cigarra de Oro. Su cuerpo se ha purificado, pues, de tal manera durante sus diez últimas transmigraciones que quien coma un trozo de su carne no sabrá lo que es la corrupción. ¡Es una suerte que haya venido a parar precisamente a mis dominios!

Cuando se disponía a saltar sobre Tripitaka, vio a dos guerreros a su lado y desistió de hacerlo por el momento. Los aguerridos protectores del monje no eran otros que Ba-Chie y el Bonzo Sha. Por muy inútiles y egoístas que pudieran parecer, ambos habían ocupado grandes puestos militares y su autoridad no había sufrido una merma irreparable. ¿Qué otra cosa podía esperarse de quienes en su día habían ostentado los títulos de Mariscal de los Juncas Celestes y Gran Capitán de la Cortina Imperial? El monstruo estaba enterado de su pasado y no se atrevió a acercarse a ellos. Poco a poco, sin embargo, fue sacando fuerzas de flaqueza y se dijo finalmente:

- Voy a reírme un poco de ellos a ver lo que pasa.

Se bajó a toda prisa del viento oscuro en el que cabalgaba y con una leve sacudida del cuerpo, se convirtió en una doncella con el rostro tan delicado como la luna y tan hermoso como las flores. Su belleza era tal que no podía ser descrita acertadamente con

palabras. Poseía unos ojos cargados de pasión, unas cejas de elegante trazo, unos dientes llamativamente blancos y unos labios tan rojos como una cereza. En la mano izquierda llevaba un cántaro de arenisca azul, y en la derecha un jarrón de porcelana verde. Caminando lentamente en dirección oeste-este, se dirigió hacia donde estaba el monje Tang, que al punto se sintió atraído por ella. Era difícil resistirse a la delicadeza de sus manos, que se movían rítmicamente mientras andaba, y a la gracia de sus diminutos pies, entrevistados apenas entre los pliegues de su falda de seda de Hunan. El sudor que perlaba su rostro la hacía parecer una flor cubierta de rocío, mientras las motas de polvo que se habían fijado en sus cejas recordaban, de alguna manera, los retazos de niebla que aprisionan los sauces. Tripitaka no podía apartar de ella los ojos. Sentía que venía directa hacia él y el corazón empezó a latirle con fuerza. Por fin logró reponerse y, dirigiéndose a Ba-Chie y al Bonzo Sha, exclamó:

- ¿Por qué diría Wu-Kung que ésta es una región totalmente despoblada? ¿No es un ser humano ése de ahí?

- Así es - contestó Ba-Chie -. Quedaos con el Bonzo Sha, mientras voy a echar un vistazo.

El Idiota dejó a un lado el tridente, se arregló las ropas lo mejor que pudo y, adoptando una actitud educada, corrió hacia la mujer. Con razón afirma el proverbio que "desde lejos no puede apreciarse la verdad y sólo se ve con claridad lo que se mira de cerca". La belleza de la muchacha era, en verdad, cautivadora: poseía una piel tan blanca como el hielo, bajo la que se adivinaban unos huesos tan consistentes como el jade. La misma blancura de su cuello presagiaba unos senos firmes y bien formados. Sus cejas recordaban de alguna manera a sauces eternamente verdes y sus almendrados ojos brillaban como si fueran estrellas de plata. Toda su figura emitía una coquetería propia de seres celestes, aunque nadie se atrevería a poner en duda la pureza de sus intenciones. Su cuerpo era como el de una golondrina que hubiera anidado en un sauce. No en balde su voz traía a la mente el delicado canto de una oropéndola resonando en la espesura del bosque. Su porte, al andar, era el de una peonía recién abierta, que mostraba, tentadora, todo su encanto. Cuando el Idiota vio lo hermosa que era no pudo evitar exclamar, azorado:

- ¿Se puede saber adonde vais tan sola, señora? ¿Qué es eso que lleváis en las manos?

El disfraz de la bestia era tan perfecto que Ba-Chie no sospechó lo más mínimo de su naturaleza demoníaca. Eso la animó a decir a toda prisa con manifiesta coquetería:

- En el jarro azul llevo tortas de vino hechas con arroz aromatizado, y en el verde un poco de gluten de trigo frito. Hace tiempo prometí alimentar a todos los monjes con los que me topara y desde entonces no he hecho otra cosa que recorrer estos parajes, buscando la manera de cumplir lo mejor posible mi promesa.

Ba-Chie se sintió profundamente halagado al oír eso. Se dio la vuelta a toda prisa y corrió hacia donde estaba Tripitaka, sin dejar de gritar como un cerdo atormentado por los parásitos:

- "Al hombre de bien nunca le falta la ayuda del Cielo." Puesto que el hambre os corroía las entrañas, mandasteis a nuestro hermano mayor a mendigar un poco de comida vegetariana. Lo malo es que no sabemos adónde ha ido ni el tiempo que tardará en regresar con los melocotones. Eso sin contar con que esas frutas son un tanto indigestas y le llenan a uno el estómago de gases. Pero, mira tú por dónde, nuestra suerte no ha cambiado lo más mínimo, porque ahí viene una beldad dispuesta a alimentarnos por el mero hecho de ser monjes.

- ¡No bromees con el estómago, por favor! - le urgió, incrédulo, el monje Tang -. Llevamos recorriendo el mundo yo que sé la de tiempo y todavía no hemos encontrado a una persona como la que dices. Dudo que haya alguien que pase el tiempo dando de

comer a los monjes.

- No es tan raro como pensáis - afirmó Ba-Chie con decisión -. Ahí tenéis a una dama que se dedica precisamente a eso.

Al verla a su lado, Tripitaka dio un salto y, doblando las manos a la altura del pecho, preguntó, muy nervioso:

- ¿De dónde sois y a qué familia pertenecéis? ¿Por qué hicisteis ese extraño voto de alimentar a todos los monjes con los que os toparais?

A pesar de ser un auténtico demonio, Tripitaka tampoco la reconoció. El monstruo jamás había pensado llegar tan lejos, así que hubo de inventarse sobre la marcha un pasado apropiado para satisfacer la curiosidad del monje Tang.

- Esta montaña - empezó diciendo, tratando de engañar a su interlocutor - es conocida por el nombre del Tigre Blanco, debido a la enorme cantidad de serpientes y bestias que moran en ella. Mi hogar está hacia el oeste de aquí. Mis padres son personas muy piadosas, que se pasan el día recitando sutras y haciendo obras de caridad. De ellos precisamente he adquirido la costumbre de dar de comer a todos los monjes que se aventuran a cruzar estos parajes. Hasta muchos años después de casados no tuvieron ningún hijo y, si no llega a ser por intervención de los dioses, tampoco yo hubiera nacido. Les hubiera gustado casarme con algún joven de familia noble, pero, dada su avanzada edad, lo pensaron mejor y decidieron adoptar a un yerno. Así no les faltaría de nada ni en esta vida ni después de la muerte.

- Perdonadme - replicó Tripitaka -, pero encuentro algo extraña vuestra manera de explicar las cosas. Como afirman los escritos del sabio "mientras viven nuestros padres, no tenemos necesidad de viajar muy lejos y, si lo hacemos, es para visitar lugares que conocemos bien". Vos misma acabáis de decir que vuestros progenitores aún no han muerto y que han adoptado a un yerno para que cuide de ellos. ¿No sería más lógico que vuestro marido fuera el encargado de cumplir vuestra promesa? No está bien que una mujer como vos recorra sola las montañas sin ningún criado ni nadie que os acompañe. Disculpad mi sinceridad, pero me parece demasiado peligroso para una dama.

- Mi marido - explicó entonces la mujer, sonriendo, comprensiva- se encuentra al norte de esta montaña arando los campos con unos cuantos criados. Precisamente iba a llevarles la comida, cuando me he encontrado con vosotros. No disponemos de muchos sirvientes y, como mis padres son ya muy viejos, me he ofrecido a llevarles estas tortas para que coman. Sin embargo, al verlos de lejos, he sentido la urgencia de seguir el ejemplo de mis progenitores y he corrido a invitaros a participar de mis humildes viandas. Espero que no las consideréis indignas de vuestro paladar y las aceptéis como muestra de reconocimiento y respeto.

- Os lo agradezco de todo corazón - contestó Tripitaka -, pero uno de mis discípulos ha ido a recoger fruta y no tardará mucho en volver. Además, no está bien que comamos nosotros lo que habéis preparado para vuestro marido. Lo más seguro es que os riñera al enterarse de lo ocurrido, y, francamente, no queremos cargar con esa responsabilidad.

Al ver que el monje Tang se negaba a aceptar la comida, el monstruo acentuó la seductora dulzura de su sonrisa y exclamó, divertida:

- ¿Cómo podéis ser tan considerado? Mi marido es tan caritativo como mis padres y jamás ha sentido celos. No os digo más que se pasa la vida construyendo puentes y reparando caminos para facilitar sus desplazamientos a los pobres y a los ancianos. Si llega a enterarse de que os he entregado toda la comida que traía, en vez de enfadarse, me colmaría de más cariño del que habitualmente me muestra. Así que, ya veis, lejos de crearme un problema, me haríais un gran favor. Os lo aseguro.

Pero Tripitaka no dio su brazo a torcer. Ba-Chie, por el contrario mostró muy enfadado y no dejaba de lamentarse, diciendo:

- ¡Con la cantidad de monjes virtuosos que hay en el mundo y he tenido que venir a dar con el más puntilloso de todos! Nos sirven el arroz en una bandeja y el muy cretino se niega a aceptarlo, alegando que un vulgar mono ha ido en busca de unos melocotones que, a buen seguro, estarán todavía más verdes que una corteza de árbol.

Sin pedir permiso a nadie, el Idiota se acercó al jarro de las viandas y se dispuso a dar buena cuenta de ellas, moviendo, goloso, el morro. Fue una suerte que en aquel mismo momento regresara por los aires el Peregrino, cargado con los melocotones que había cogido en las cumbres del sur. Cuando se halló encima de sus hermanos, abrió cuanto pudo sus ojos de fuego y sus pupilas de diamante y descubrió con asombro que la mujer con la que estaba hablando su maestro era, en realidad, un monstruo. A toda prisa sacó la barra de hierro. Pero, cuando se disponía a descargarla sobre la cabeza de la bestia, Tripitaka le agarró de las mangas y exclamó, furioso:

- ¿Te has vuelto loco, Wu-Kung? ¿Por qué quieres descargar tu furia sobre quien no debes?

- La muchacha que tenéis ante vos - contestó el Peregrino - no es tal, sino un monstruo que se ha acercado hasta aquí con la única intención de engañaros.

- Me extraña que hables así de ella - replicó Tripitaka -. Normalmente eres bastante comedido en tus apreciaciones. ¿Cómo es que hoy te ha dado por decir esas tonterías? Esta dama ha tenido la delicadeza de venir a invitarme a comer. ¿De dónde sacas que es un monstruo sin entrañas?

- ¿Qué sabéis vos de esas cosas? - exclamó el Peregrino, soltando la carcajada -. Yo hacía lo mismo en la Caverna de la Cortina de Agua, cuando quería probar carne humana. Me convertía en una moneda de oro, o en un saco de plata, o en un edificio abandonado, o en un borracho gracioso, o en una mujer hermosa, o en... ¿qué se yo? De esa forma lograba atraer a mi caverna a los incautos y después los hervía o los cocía al vapor. Si no lograba comerlos de una sola sentada, dejaba secar las sobras al sol y las guardaba para otra ocasión. Os aseguro que, si hubiera tardado un poco más en volver, habríais caído en sus redes para siempre.

Pero todos sus esfuerzos se vieron condenados al fracaso. El monje Tang se negó a creer en lo que decía, repitiendo una y otra vez que aquella mujer era una persona muy piadosa y digna de toda confianza.

- Conozco bien lo que está pasando - insistió el Peregrino -. Es natural que os sintáis ofuscado por la belleza de esta joven. Si queréis gozar de ella, no tenéis nada más que decirlo. Ba-Chie se encargará de buscar la madera, el Bonzo Sha recogerá la hierba que pueda y yo os construiré aquí mismo una cabaña, en la que podréis consumir vuestros deseos. Eso marcará el fin de nuestra colaboración y cada cual podrá marcharse adonde buenamente le venga en gana. ¿No opináis que es lo más acertado? ¿Para qué molestarnos en proseguir un viaje tan largo en busca de escrituras o de lo que sea?

El monje Tang era una persona muy tímida y, al oír esas palabras, sintió tal vergüenza que la cabeza se le puso totalmente roja. Eso no amainó, no obstante, la furia del Peregrino, quien, echando mano de su barra, descargó sobre el monstruo un golpe terrible. La bestia sabía unos cuantos trucos y, al ver acercarse el arma de Wu-Kung, decidió valerse del conocido como "la liberación del cadáver". Abandonando el cuerpo que había tomado prestado, se elevó por los aires sin preocuparse más de él. Al punto cayó muerto al suelo, abatido por el certero golpe del Peregrino. Horrorizado, Tripitaka exclamó sin atreverse a creer lo que acababa de ver:

- ¡No hay nadie más salvaje en todo el mundo que este mono! A pesar de repetírselo yo que sé la de veces, la vida humana le trae absolutamente sin cuidado.

- Calmaos y no seáis tan duro conmigo - le suplicó el Peregrino -. Ahora acercaos y ved lo que hay en estos jarros.

El Bonzo Sha agarró de la mano a Tripitaka y le condujo adonde estaban los dos recipientes. Las tortas de vino se habían esfumado como por encanto y de su fragancia no quedaba absolutamente nada. Todo lo que podía verse era un puñado de gusanos muy largos y repugnantes. El gluten de trigo frito, por otra parte, se había convertido en unas cuantas tortugas y en varias parejas de ranas, que no dejaban de saltar como locas. Eso convenció al monje Tang de que debía de ser verdad al menos el treinta por ciento de lo que acababa de decir Peregrino. Ba-Chie, sin embargo, no logró dominar del todo el resentimiento que le consumía y añadió más leña al fuego, gritando:

- No creáis ninguna de sus patrañas, maestro. Esta mujer no es más que una campesina que vivía por aquí cerca. Se encontró con nosotros por pura casualidad, ya que, como ella misma afirmó, se dirigía hacia la otra parte de la montaña a dar de comer a los jornaleros de su marido. ¿Cómo va a ser un monstruo alguien tan caritativo y bien dispuesto como ella? Vos sabéis que nuestro hermano mayor es muy aficionado a usar su barra de hierro. Así que, en cuando regresó, se inventó esa absurda historia y la dejó caer con fuerza sobre la cabeza de esta infortunada. No digo que su intención fuera matarla, sino que no calculó bien las fuerzas y terminó, sin querer, con ella. Después, temiendo que fuerais a recitar ese conjuro que le produce tantos dolores, decidió valerse de la magia para haceros creer lo que no es. Para él todo está bien, incluso burlarse de vos, con tal de salvarse de ese tormento.

Las palabras de Ba-Chie produjeron en Tripitaka el efecto deseado. Furioso con el más fiel de sus discípulos, hizo el gesto mágico con una mano y comenzó a recitar el conjuro en voz alta. El dolor se cebó al punto en el Peregrino, que no paraba de gritar:

- ¡Mi cabeza! ¡Me va a explotar! ¡Parad, os lo suplico! Si tenéis algo que decirme, hacedlo y asunto concluido. ¿A qué viene atormentarme de esta forma?

- ¿Qué quieres que te diga? - replicó el monje Tang -. Los que hemos renunciado a la familia debemos ser amables con la gente en todo momento y no abrigar pensamientos de destrucción y muerte. "Cuando barremos el suelo, debemos apartar las hormigas a un lado y poner pantallas a las lámparas para que las polillas no sufran daño alguno." Pero tú... ¡tú te complaces cada vez más en la práctica de la violencia! ¿De qué te vale ir en busca de las escrituras, si a cada paso que das siegas una vida? Con una actitud así es mejor no sacrificarse. Por mí, puedes regresar.

- ¿Adonde queréis que regrese? - preguntó el Peregrino, sorprendido.

- Adonde te dé la gana - contestó el monje Tang -. No quiero que me sigas como discípulo.

- Si os abandono - replicó el Peregrino -, me temo que jamás llegaréis al Paraíso Occidental.

- Mi vida está en manos del Cielo - contestó el monje Tang -. Si está determinado que he de acabar mis días en el estómago de algún monstruo, no seré yo quien mueva un solo dedo para impedirlo, ni aun a sabiendas de acabar cocido o estofado. Además, ¿quién eres tú para librarme de todos los peligros que me acechan? ¿Acaso puedes hacer frente a mi propia muerte? ¡Márchate inmediatamente de mi lado!

- Si ése es vuestro deseo, así lo haré - concluyó el Peregrino -. Sin embargo, aún no os he pagado adecuadamente cuanto habéis hecho por mí.

- ¿Se puede saber de qué estás hablando? - le increpó el monje Tang.

El Gran Sabio cayó al punto de hinojos y, sin dejar de golpear el suelo con la frente, respondió:

. - Después de sumir el Palacio Celeste en una confusión terrible, hice acreedor a un tremendo castigo que Buda se encargó de ejecutar, encerrándome, como sabéis, bajo la mole enorme de la Montaña de las Dos Fronteras. Por haberme librado de su peso y haberme concedido los mandamientos, mi agradecimiento hacia vos y hacia la

Bodhisattva Kwang-Ing es, en verdad, inexpresable. Si no me permitís acompañaros hasta el Paraíso Occidental, no podré devolveros el bien que por mí habéis hecho y, así, mi nombre será maldito para siempre. ¿Cómo va a ser considerado honrado quien no corresponde a la amabilidad que recibe de los demás?

El monje Tang poseía un corazón muy tierno y pronto a la compasión. Al ver al Peregrino expresarse con tanta sinceridad y tanto arrepentimiento, se sintió profundamente conmovido y cambió al punto de parecer, diciendo:

- Está bien. Por esta vez te perdono. Pero recuerda que, si vuelves a hacer uso de la violencia, recitaré el conjuro que tú bien conoces por lo menos veinte veces seguidas.

Por mí, podéis hacerlo hasta treinta - contestó el Peregrino, alborozado -. Todo me parece poco con tal de permanecer a vuestro lado. Os juro que no volverá a ocurrir de nuevo.

Se levantó en seguida del suelo y ayudó al monje Tang a montar en el caballo, al tiempo que le ofrecía los melocotones que había cogido. Tripitaka comió unos cuantos y, de esta forma, calmó momentáneamente el hambre que le atormentaba.

El monstruo se había elevado mientras tanto hacia lo alto, logrando salvar así la vida. El golpe del Peregrino no le hizo el menor daño, porque, como queda dicho, se valió de la magia y su espíritu se remontó a tiempo por los aires. Tomó asiento en lo alto de las nubes y, rechinándole los dientes de rabia, se dijo, llena de odio hacia el Peregrino:

- Llevo años oyendo hablar a la gente de los muchos poderes de que goza ese mono. Hoy he descubierto, muy a mi pesar, que su fama estaba bien fundada. Fue una pena, porque el monje Tang había picado ya el anzuelo y la boca se le hacía agua, pensado en mis viandas. Si se hubiera agachado un poco para olerlas, le habría agarrado y nadie podría haberle librado de mis garras. Lo que menos sospechaba es que fuera a aparecer de pronto ese mono entrometido, dando al traste con todos mis planes. Lo peor, sin embargo, ha sido que casi me destroza con su barra. De todas formas, no estoy dispuesta a dejar marchar a ese monje así como así. Sería la primera vez que no terminara una empresa. Tengo que bajar de nuevo y reírme de él todo lo que pueda.

No había acabado de decirlo, cuando saltó de la oscura nube en la que estaba sentada. Fue a parar a un recodo de piedras que había un poco más adelante y, sacudiendo el cuerpo ligeramente, se convirtió en una mujer de ochenta años. En la mano llevaba un bastón de bambú con la empuñadura llamativamente curva. Andando con no poca dificultad, se dirigió hacia los caminantes, sin dejar de llorar a voz en grito. Al verla, Ba-Chie exclamó, sobresaltado:

- ¿Qué vamos a hacer, maestro? Esa mujer viene buscando a quien vos y yo sabemos.

- ¿De quién estás hablando? - preguntó el monje Tang, sorprendido.

- De la muchacha que acaba de matar nuestro hermano. No me cabe la menor duda de que esa anciana es su madre, que ha salido en su busca, al ver lo mucho que tardaba.

- Deja de decir tonterías, por favor - le pidió el Peregrino -. La joven de la que hablas apenas había cumplido los dieciocho años y esta mujer tiene más de ochenta. ¿Cómo iba a poder dar a luz a los sesenta y tantos? Os aseguro que, o mucho me equivoco, o estamos ante un nueva celada. Voy a echar un vistazo.

De dos zancadas se llegó hasta donde se encontraba el monstruo, que acababa de convertirse en una anciana. Su transformación no podía ser más perfecta. El pelo que asomaba por sus sienes era tan blanco como la nieve, y su deambular, lento e inseguro. Todo su cuerpo poseía una fragilidad que cuadraba perfectamente con la inseguridad de sus pasos. Su rostro, marchito como una hoja seca, poseía la rugosidad de las rocas, sensación que acentuaban sus protuberantes mejillas y sus labios caídos. En ella se apreciaban claramente las grandes diferencias que distinguen la juventud de la vejez. El rostro es, en verdad, como una hoja de loto: lozana y fresca cuando se nace, y rugosa y

seca cuando se está a punto de morir.

Sin embargo, tampoco esta vez logró el monstruo burlar al Peregrino. Reconociéndola al instante, levantó la barra y la dejó caer con fuerza sobre su cabeza. Pero la bestia se valió nuevamente de la magia y, lanzando su espíritu hacia lo alto, permitió que el hierro destrozara su disfraz. El cuerpo de la anciana quedó, pues, tumbado junto al camino, inerte del todo. Al ver lo ocurrido, el monje Tang sintió que le abandonaban las fuerzas y cayó del caballo, como si fuera un muñeco. Estaba tan afectado que, sin moverse siquiera del suelo, recitó el conjuro veinte veces seguidas. El Peregrino experimentó tal dolor que tenía la sensación de que la cabeza se le había convertido en una calabaza con la forma de un reloj de arena. Era tan insoportable que se tiró al suelo y empezó a dar vueltas como un loco, mientras suplicaba a su maestro:

- ¡Por lo que más queráis, dejad de recitar ese conjuro! Si deseáis decirme algo, hacedlo sin echar mano de la tortura.

- ¿Qué necesidad hay de hablar? - exclamó el monje Tang -. Para evitar caer en los tormentos del infierno, los que han renunciado a la familia siguen sin cesar el sendero de la virtud. Yo he tratado una y otra vez de hacerte ver la conveniencia de obrar rectamente en todo momento, pero tú has hecho oídos sordos a mis palabras. ¿Por qué te empeñas en obrar siempre con violencia? ¿Qué explicación puedes darme por haber acabado, sin ton ni son, con otra vida humana?

- Se trataba de un monstruo - explicó, desesperado, el Peregrino.

- Creo que has perdido el juicio - replicó el monje Tang -. ¿Tan obsesionado estás con los monstruos que los ves donde uno menos se lo espera? La verdad es que tienes una innata propensión a obrar el mal y careces totalmente de voluntad para entregarte a la práctica del bien. Lo mejor que puedes hacer es marcharte a otra parte. Con verte me dan ganas de vomitar.

- ¿En tan poco aprecio me tenéis? - se quejó el Peregrino amargura -. Está bien, me iré. Pero antes quiero dejar bien claro cierto asunto.

- ¿De qué se trata? - inquirió el monje Tang.

- ¿De qué va a ser? - replicó en seguida Ba-Chie -. Éste quiere que repartáis con él el equipaje. Lleva mucho tiempo a vuestro lado para marcharse ahora con las manos vacías y la bolsa a medio llenar. Si queréis libraros de él, tendréis que regalarle una de vuestras túnicas viejas y ofrecerle la mitad de todo el dinero que llevéis.

Al oír eso, el Peregrino perdió los estribos y, saltando como si hubiera perdido el juicio, se encaró con Ba-Chie, gritando:

- ¡Eres un estúpido que no sabe decir más que tonterías! Tras aceptar de buen grado el principio de la pobreza absoluta, jamás he dado muestras de envidia o avaricia. ¿Cómo te atreves a afirmar que lo único que ando buscando es llevarme la mitad del equipaje de nuestro maestro?

- ¿Por qué no te marchas de una vez, si es verdad eso de que jamás te has rendido a la avaricia y a la envidia?

- Se ve que no me conocéis bien - contestó el Peregrino -. Hace más de quinientos años, cuando moraba en la Caverna de la Cortina de Agua, en el corazón mismo de la Montaña de las Flores y Frutos, me rendían pleitesía todos los demonios de las setenta y dos cuevas y obedecían mis órdenes sin rechistar no menos de cuarenta y siete mil diablillos. Era considerado como un héroe y no me faltaba absolutamente de nada. Sobre mi cabeza lucía una corona de oro rojizo, vestía una túnica roja y gualda que ajustaba a la cintura con un valiosísimo cinturón de jade, calzaba unas sandalias capaces de hollar las nubes y sostenía en mis manos, a manera de cetro, la complaciente barra de los extremos de oro. Pese a todo, cuando comprendí que sólo el nirvana podía librarme de mis pecados y decidí hacer voto de absoluta pobreza, renuncié de buena gana a mi

vida pasada de lujos y desenfreno. ¿Qué he obtenido a cambio de mi fidelidad? Sólo esta tira de hierro que se me clava sin piedad en la cabeza cada vez que vos recitáis ese conjuro. Si, en verdad, estáis decidido a apartarme de vuestro lado, arrancádmela de una vez, para que pueda volver con la frente muy alta junto a los que me consideran como un héroe y no un siervo. No podéis negarme ese favor. Es lo menos que podéis hacer por mí por todos los años que os he servido con absoluta fidelidad, profundamente conmovido, el monje Tang respondió:

- Lo siento mucho, Wu-Kung, pero no sé cómo arrancarte esa tira de la cabeza. La Bodhisattva no me lo enseñó.

- En ese caso - concluyó el Peregrino -, no os queda más remedio que llevarme con vos.

- Levántate, anda - dijo entonces el monje Tang, comprendiendo que no le quedaba otro remedio que volver a aceptarle en su compañía -. Te perdono otra vez, pero con la condición de que no vuelvas a nunca más uso de la violencia.

- Renuncio a ella de ahora en adelante - prometió el Peregrino y, poniéndose de pie, volvió a ayudar al maestro a montar en el caballo.

El monstruo, mientras tanto, feliz de no haber sido alcanzado tampoco esta vez por el arma del Peregrino, se sentó en una nube y se aliviada, al tiempo que se limpiaba el sudor de la frente: ¡Qué mono más extraordinario! ¡Qué maravillosa percepción la suya! Hasta vestida de vieja fue capaz de reconocerme. Lo malo es que tanto él como sus hermanos están avanzando con más rapidez de lo que en un principio había pensado. Otras cuarenta millas más y habrán abandonado para siempre mis dominios. Si caen en poder de los diablillos y demonios de otra región, se burlarán de mí hasta que las costillas les duelan de tanto reírse y yo veré menoscabada mi fama. Lo mejor es que vuelva a bajar y me burle otro poco de ellos.

De nuevo saltó del viento negro en el que cabalgaba y fue a caer en un abrigo de la montaña. Sacudió ligeramente el cuerpo y al instante se transformó en un anciano con el pelo más blanco que el de Peng-Tse 3 y una barba tan poblada que recordaba los carámbanos de la Estrella de la Edad. En las orejas lucía un pendiente de jade, cuyo brillo parecía rivalizar con el de sus ojos, puro y penetrante como el de una estrella de oro. Vestía una ligera túnica de plumas de garza que le llegaba hasta los pies y en las manos sostenía un rosario del que se valía para recitar un sutra budista. Al verle, el Tang se mostró muy complacido y exclamó, gratamente impresionado:

- Se nota que el Oeste es una región verdaderamente santa. Mirad a ese anciano. Apenas tiene fuerzas para caminar y, sin embargo, aún le quedan arrestos para recitar sutras.

- Dejad vuestro entusiasmo para otro momento - le aconsejó Ba-Chie -. Ese hombre viene a pedirnos cuentas.

- ¿Qué quieres decir con eso? - preguntó el monje Tang.

- Que se ha enterado de que hemos matado a su mujer y a su hija y ha decidido vengar su muerte - contestó Ba-Chie -. No tenemos escapatoria. Somos culpables de esos crímenes. Vos, por tanto, seréis condenado a muerte, el Bonzo Sha tendrá que hacer trabajos forzados durante el resto de sus días y yo me veré obligado a servir en el ejército hasta el final de mi vida. A nuestro hermano mayor, por supuesto no le ocurrirá nada, ya que echará mano de la magia y desaparecerá de aquí como la neblina barrida por el sol.

- ¡Cuidado que eres idiota! - le regañó el Peregrino -. ¿A qué viene alarmar inútilmente a nuestro maestro? Ni siquiera sabemos quién es ese anciano. Si no os importa, voy a echar un vistazo.

Dejó a un lado la barra de hierro y, acercándose al demonio, le preguntó:

- ¿Se puede saber adonde vais y por qué recitáis un sutra mientras camináis?

El monstruo pensó que esta vez se había salido con la suya y que, a pesar de todo, el Gran Sabio no era tan difícil de engañar como en un principio había creído.

- Yo, señor - respondió el falso anciano -, he vivido en este lugar toda mi vida. Desde joven me he dedicado a la práctica del bien, dando de comer a los Peregrinos, empapándome del contenido de las escrituras sagradas y recitando sin cesar sutras. Como el cielo se negó a darme un hijo varón, hube de adoptar a un yerno, al que desposé con la única hija que mi esposa trajo a este mundo. Precisamente salió de casa esta mañana muy temprano con un poco de comida y, como aún no ha regresado, temo que pueda haber sido pasto de tigres y otras alimañas por el estilo. Lo malo es que no es ella sólo la que falta de casa, porque mi esposa, impaciente por su tardanza, salió en su búsqueda hace varias horas y tampoco ha vuelto. No tengo ni idea de lo que ha podido pasarles. Por eso me he decidido a seguir sus pasos para ver si logro dar con ellas. No soy muy optimista respecto a hallarlas con vida. Si, como creo, han muerto, me sentiré feliz con poder encontrar sus huesos y enterrarlos después en el panteón de mi familia.

- ¡Jamás me he topado con nadie tan bromista como tú! - exclamó el Peregrino, soltando la carcajada -. ¿Crees que puedes engañarme sacándote de la manga una historia como ésa? No soy tan tonto como parezco. A las claras se nota que eres un monstruo.

La bestia se sintió tan desconcertada que no pudo decir nada en su defensa. El Peregrino agarró a toda prisa la barra de hierro, pero, estaba a punto de descargar el golpe, se dijo, alarmado:

- Si no acabo con él, intentará apoderarse de mi maestro todas las veces que quiera. Pero, si lo hago, mi mentor recitará el conjuro y acabará volviéndome loco.

Se trataba de un dilema de muy difícil solución, por lo que continuó diciéndose:

- Si no mato a la bestia, corro un peligro inútil, porque en la primera oportunidad que se le presente echará mano de mi maestro y yo tendré que emplearme a fondo para librarle. Creo que lo mejor será que acabe con él cuanto antes. Así me ahorraré no poco esfuerzo. ¿Qué importa que el maestro recite su maldito conjuro? Como muy afirma el dicho, "ni los tigres más sanguinarios devoran a los de su especie". Además, labia no me falta. Poseo una lengua rápida y no costará convencerle.

Al punto hizo acudir a su presencia al espíritu local y al dios de la Montaña y les dijo:

- Este monstruo se ha burlado de mi maestro tres veces seguidas. Estoy decidido, por tanto, a acabar con él de una vez. Para ello necesito que os coloquéis a media altura y no le dejéis escapar. Los dioses no se atrevieron a contravenir sus órdenes y se colocaron estratégicamente por encima de la franja de nubes. El Gran Sabio levantó entonces la barra de hierro y la dejó caer con fuerza sobre el demonio. Esta vez la suerte no le sonrió y su luz espiritual se extinguió como si fuera el frágil parpadeo de una vela.

Al verlo, el monje Tang sintió tal horror que durante mucho tiempo no pudo articular la menor palabra. Ba-Chie, sin embargo, se llevó las manos a la cabeza y exclamó con cierta malicia:

- ¡Este Peregrino está realmente loco! En menos de medio día de se ha cargado ya a tres personas.

Ese comentario hizo que el monje Tang recuperara el aplomo y se dispusiera a recitar el conjuro de nuevo. Pero el Peregrino se arrojó a los pies del caballo, gritando:

- ¡No lo hagáis, por favor! ¡No lo hagáis! Venid primero a echar un vistazo a lo que ha quedado de esa bestia.

Delante de ellos sólo había un montón de huesos tan blanco como la harina.

- Ese hombre acaba de morir - comentó, muy alterado el monje Tang -. ¿Cómo es que se ha convertido tan pronto en un esqueleto?

- No era más que un cadáver viviente, que sólo buscaba hacer daño a la gente - explicó

el Peregrino -. Ahora que ha muerto ha revelado, por fin, su auténtica naturaleza. Vos mismo podéis leer los caracteres que hay escritos en su columna vertebral: "Ésta es la Dama de los Huesos Blancos".

El monje Tang parecía estar dispuesto a creerle esta vez, pero Ba-Chie se resistía a dejar pasar así como así el incidente y dijo:

- Wu-Kung no tiene remedio. Goza mostrando la fortaleza de su brazo y matando a la gente. Lo ha hecho ya mil veces y volverá a hacerlo otras tantas. Tiene miedo, de todas formas, a vuestro conjuro y, para librarse de tan justo castigo, ha transformado el cadáver de este anciano en un simple montón de huesos. No le importa engañaros, con tal de renunciar al dolor.

El monje Tang poseía un carácter muy voluble y una vez más se dejó llevar por las palabras de Ba-Chie, comenzando al punto a recitar su temible conjuro. Al límite de sus fuerzas, el Peregrino logró arrodillarse a duras penas a la vera del camino y suplicó, desesperado, a su maestro:

- ¡Parad, por lo que más queráis! ¡Parad! Si tenéis algo que decirme, hacedlo cuanto antes y no me atormentéis de esta manera.

- ¡Mono cabezota! - le increpó el monje Tang -. ¿Qué quieres que te diga? Las buenas obras de los que han renunciado a la familia son como la hierba de un jardín en primavera: nadie nota que va creciendo, pero se muestra más lozana cada día que pasa. El que, por el contrario, se dedica al mal obrar se parece a una piedra de amolar: aunque nadie se percata de ello, su tamaño se va reduciendo con el paso del tiempo. Has podido escapar a la acción de la justicia después de haber dado muerte a tres personas, sólo porque nos encontramos en un lugar desolado y no hay aquí nadie que pueda hacerte frente. Suponte, sin embargo, que llegamos a una gran ciudad y, de pronto, te da por golpear a la gente con tu pesada barra sin tener en cuenta para nada la moral y las leyes. ¿Cómo crees que ibas a salir de semejante trance? Todos nos encontraríamos en un lío terrible y no podríamos proseguir nuestro viaje. Opino, por tanto, que lo mejor es que regreses al lugar del que has partido.

- Estáis muy equivocado, maestro - trató de defenderse el Peregrino. Este cadáver que aquí veis era, en realidad, un monstruo que andaba buscando vuestra ruina. Lo único que he hecho ha sido defenderos de sus asechanzas, pero vos os empeñáis en no querer reconocerlo. Preferís creer los comentarios calumniosos de un Idiota que no sabe ni dónde tiene su mano derecha. ¿Por qué deseáis deshaceros de mí a toda costa? Como muy bien reza el proverbio, "es prácticamente posible que una misma cosa se repita tres veces". Me lo habéis ordenado con tanta insistencia que, si, en verdad, no me marchó de vuestro lado, daré la impresión de ser un tipo sin vergüenza ni principios. Está bien. Vos ganáis. Me voy. Pero os aseguro que no ganáis nada con mi marcha, porque entonces no tendréis a nadie que os sirva tan desinteresadamente como yo.

- ¡Este mono cada vez se está volviendo más irrespetuoso! - exclamó el monje Tang, perdiendo la paciencia -. ¡Como si a mi alrededor no hubiera más personas dignas de confianza que él! ¿Quién te has creído que eres? ¿Acaso Wu-Neng y Wu-Ching son menos fieles que tú?

El Gran Sabio se sintió profundamente herido por esos comentarios. Estaba tan abatido que sólo pudo decir:

- ¡Qué frágil es la memoria de los hombres! Acordaos de cuando no teníais más compañero de viaje que Liou Puo-Chin en los lejanos tiempos de vuestra partida de Chang-An. Después de librarme de la prisión de la Montaña de las Dos Fronteras y hacerme vuestro discípulo, no tuve el menor empacho en meterme en peligrosísimas cavernas y en bosques impenetrables con el único propósito de derrotar monstruos y capturar demonios. Fui yo quien, tras correr incontables riesgos, dominó a Ba-Chie y

agregó al Bonzo Sha a nuestro grupo. Hoy parecéis haberlo echado todo en saco roto y, "renunciando a la sabiduría en favor de la locura", exigís que me marche de vuestro lado. Sé que siempre ocurre así y que el proverbio tiene toda la razón del mundo, al afirmar: "Cuando las aves desaparecen, se guarda el arco y, cuando perecen las liebres, se sacrifica a los perros" 4. De acuerdo. El mundo está montado de esta forma. Antes de irme, sólo quiero dejar bien sentado un asunto: el conjuro que vos y yo bien sabemos.

- Estáte tranquilo - dijo el monje Tang -. No voy a recitarlo nunca más.

- Eso es fácil decirlo - comentó el Peregrino -. Pero estoy convencido de que, cuando os encontréis cara a cara con esos terribles demonios que han jurado buscaros la ruina y Ba-Chie y el Bonzo Sha se muestren incapaces de libraros de sus escalofriantes tormentos, el miedo os hará recitarlo con más insistencia que hasta ahora. ¿Qué será de mí entonces? Aunque me encuentre a cien mil kilómetros de distancia de vos, me asaltarán esos terribles dolores de cabeza y me veré obligado a acudir de nuevo a vuestro lado. Eso es algo que quiero evitar a toda costa. Así que, cuanto antes dejemos solventado ese asunto, mejor.

Al ver lo precavido que se mostraba el Peregrino, el monje Tangs se puso aún más furioso y, bajándose a toda prisa del caballo, ordenó al Bonzo Sha que sacara papel y un pincel de una de las alforjas. Tras coger un poco de agua de un arroyuelo que pasaba por allí cerca y disolver en ella un poco de tinta, escribió una carta de compromiso, que entregó al Peregrino, diciendo:

- Guarda esto, mono cabezota. Es un compromiso de que nunca más volveré a aceptarte como discípulo. Si alguna vez me vuelvo atrás, que sea pasto del Infierno Avici 5.

- No tenéis necesidad de jurar nada - dijo el Peregrino, cogiendo la carta a toda prisa -. Vuestra palabra es para mí más que suficiente - y se metió el escrito por la manga.

No obstante, creyó conveniente antes de partir calmar el enfado del monje Tang y añadió:

- Si os he seguido durante tanto tiempo, ha sido por deseo expreso de la Bodhisattva. Temo, por tanto, que, al abandonaros a mitad del viaje, no vaya a alcanzar los méritos que en un principio me fueron prometidos. Deseo, pues, que toméis asiento, para que pueda mostraros mis respetos y, así, parta con la conciencia tranquila y en paz.

El monje Tang se dio media vuelta y sólo acertó a balbucir:

- Yo soy un monje virtuoso y no puedo aceptar las muestras de respeto de un ser tan malvado como tú.

Al ver que el monje Tang se negaba a avenirse a sus deseos, el Gran Sabio decidió valerse de la práctica mágica conocida como "cuerpo detrás del cuerpo". Se arrancó tres pelos de la nuca y, echando sobre ellos una bocanada de aliento mágico, gritó:

- ¡Transformaos!

Al punto se convirtieron en otros tantos Peregrinos que rodearon a maestro. De esta forma, adondequiera que se volviera Tripitaka se topaba con un Wu-Kung arrodillado ante él. Cuando el Gran Sabio consideró que sus deseos habían sido cumplidos, se puso de pie y, sacudiendo ligeramente el cuerpo, recuperó los pelos que se había arrancado. Se volvió después hacia el Bonzo Sha y le dijo:

- Sé que eres una buena persona. Debes cuidarte, por tanto, de no prestar atención a las estúpidas ocurrencias de Ba-Chie. Recuerda que toda prudencia es poca para terminar con bien este viaje. Si algún monstruo se apodera de nuestro maestro, dile que el Rey de los Monos es el más aventajado de sus discípulos y le soltará al instante. Esas bestias son muy toscas y ninguna posee poderes superiores a los míos. Por eso no se atreverán a hacerle el menor daño.

- No necesito tu ayuda para nada - dijo el monje Tang, displicente -. Soy un monje virtuoso y jamás mezclaré mi nombre con el de un ser tan poco escrupuloso como tú.

¡Márchate de una vez! No sé a qué estás esperando.

El Gran Sabio comprendió entonces que el maestro no iba a dar su brazo a torcer y, agachando la cabeza, se alejó de su lado. Las lágrimas le corrían por las mejillas, como si fueran un caudaloso torrente, sabía que los consejos que había dado al Bonzo Sha no serían suficientes para superar las terribles pruebas a las que había de enfrentarse, pero poco podía hacer para dominar su dolor. Se sentía tan abatido que de buena gana hubiera clavado la cabeza en el suelo y hubiera horadado la roca hasta alcanzar el centro mismo de la tierra. Poderes no le faltaban, ya que era capaz de volver boca abajo las montañas y los mares. Una sensación de impotencia parecía haber mermado su fuerza de voluntad, pero se sobrepuso en seguida y, dando un salto tremendo, montó en una nube sagrada con la intención de dirigirse hacia la Caverna de la Cortina de Agua en la Montaña de las Flores y Frutos. Solo y derrotado, se desplazó como una exhalación por los aires, hasta que, de pronto, oyó el formidable estruendo de las aguas. Inmediatamente detuvo la nube y comprobó que se hallaba justamente encima del Gran Océano Oriental. Eso le hizo acordarse del monje Tang y las lágrimas fluyeron libremente por sus mejillas. Durante largo rato permaneció suspendido en el aire, abúlico del todo, sin decidirse a seguir adelante.

No sabemos lo que le aconteció a partir de ese momento. Quien desee descubrirlo tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el próximo capítulo.

CAPITULO XXVIII

UN GRUPO DE DIABLILLOS CELEBRA UNA REUNIÓN EN LA MONTAÑA DE LAS FLORES Y FRUTOS. TRIPITAKA SE TOPA CON LOS DEMONIOS EN EL BOSQUE DEL PINO NEGRO

Al avistar el Gran Océano Oriental, el Gran Sabio se vio asaltado por una extraña mezcla de arrepentimiento y nostalgia y exclamó, sin dejar de llorar:

- Llevo quinientos años sin pasar por aquí.

El océano parecía surcado por inmensas corrientes capaces de unir la Tierra con la Vía Láctea. Sus olas eran tan rítmicas y violentas que daban la impresión de marcar el pulso del universo. El ruido atronador de las mareas recordaba el bramido del trueno en el palacio de la primavera. Al ver su fuerza, se comprendía que las aguas barrieran las bahías, impelidas por las terribles galernas de finales del verano. Hasta los mismos dioses temían adentrarse en su inabarcable vastedad y los jóvenes inmortales se negaban a cruzarla. A lo largo de la costa no se veía asentamiento humano alguno ni la frágil elegancia de los botes de pesca. Las olas, al romper, levantaban tal cantidad de espuma blanca que parecía como si toda la nieve de mil años se hubiera acumulado en sus crestas. El viento bramaba con tal fuerza que ningún animal se aventuraba a abandonar la seguridad de su guarida. Sólo algunas aves salvajes se atrevían, diestras, a hacerle frente, mientras las ánades marinas se zambullían sin cesar en las turbulentas aguas. No se veía ningún pescador y lo único que podía oírse era el desagradable bullicio de las gaviotas. Se adivinaba, no obstante, la alegría de los peces nadando despreocupadamente en las profundidades del mar y el meditativo silencio de los dragones que la hitaban.

El Peregrino cruzó de un salto el Gran Océano Oriental, yendo a parar al corazón mismo de la Montaña de las Flores y Frutos, A toda prisa bajó de la nube, pero lo que vio le dejó atónito: las flores y plantas habían desaparecido, las neblinas se habían esfumado, las mesetas se habían hundido y los árboles se habían secado. ¿Qué había sido de su pasado esplendor? Tras ser llevado prisionero su dueño y señor a las

Regiones Superiores, la montaña había sido reducida a cenizas por el Ilustre Sabio Er-Lang, que la arrasó totalmente con la inestimable colaboración de la Hermandad de la Montaña de los Ciruelos.

Al ver tanta destrucción, el Gran Sabio sintió aún más el insoportable peso del dolor y, siguiendo los cánones antiguos, compuso esta larga elegía:

Miro esta montaña sagrada y no puedo evitar que las lágrimas manen, copiosas de mis ojos. Contemplo su ruina y la pena se multiplica en mi interior como la continua repetición del eco. Este lugar que yo antaño creí indestructible yace ahora en la más completa desolación. Digno de odio es, en verdad, el Pequeño Sabio Er-Lang, que me alejó de mis dominios para reducirlos a irre recuperables cenizas. Sin causa alguna desenterró a mis padres y profanó las tumbas de mis antepasados. Con razón se han desvanecido las neblinas celestes y el viento ha barrido las nubes sagradas que protegían esta tierra, convirtiéndola en improductivos eriales. Ya no se escuchan los rugidos del tigre en las cumbres que se elevaban, orgullosas, en el oriente, ni se aprecian los juegos despreocupados de los simios blancos que antaño moraban en las laderas del occidente, ni queda el menor rastro de zorros o liebres en las estrechas gargantas del norte, ni se ve el acompasado movimiento de las familias de ciervos que antes poblaban las cañadas del sur. Las rocas verdosas que rivalizaban en galanura con el cielo han quedado reducidas a mero polvo para hacer ladrillos. La arena de los caminos, limpia como el mismo sol, está cubierta ahora de suciedad y rastros de muerte. No queda ni uno solo de los altos pinos que marcaban, orgullosos, la entrada de la caverna. Idéntica suerte han corrido los soberbios cedros, los gigantescos castaños, los olorosos sándalos, los humildes abetos y los caprichosos enebros. Todos ellos han sido devorados cruelmente por el fuego. Idos son también los melocotoneros, los perales, los ciruelos, almendros y las palmeras datileras que llenaban el aire de aromas y los estómagos de perdidas fuerzas. ¿Cómo van a seguir alimentándose los gusanos de seda, si no queda ni una sola morera? Sin humedad los bambúes no pueden crecer ni los pájaros vienen ya a posarse sobre los sauces. Todas las rocas se han transformado en polvo y el arroyuelo se ha secado, llevándose consigo el inmarcesible verdor de la hierba. Las orquídeas se niegan a crecer en estos eriales y las enredaderas no dibujan ya su arabesco a lo largo de los inexistentes caminos. ¿A qué lejana región han emigrado los pájaros que antaño anidaron aquí? ¿A qué desconocida montaña han huido las bestias que aquí tuvieron su morada? ¡Desolado lugar este que las serpientes y leopardos desprecian y las garzas y ofidios rehuyen! ¡Cuánto sufro al contemplar su duro destino! Grandes han debido de ser mis culpas pasadas para que un lugar al que yo tanto amaba sea ahora pasto de tamaña desolación.

Mientras el Gran Sabio aventaba de esta forma su dolor, se acercaron saltando siete u ocho monos, que no tardaron en reconocerle. Locos de alegría, se lanzaron a sus pies, gritando entusiasmados:

- ¡Por fin habéis vuelto, Gran Sabio! Creíamos que no ibais a hacerlo nunca.

- ¿Cómo es que no estáis divirtiándoos? - les preguntó el Hermoso Rey de los Monos -. ¿Por qué todo el mundo se ha escondido, como si fuera una banda de malhechores? Llevo aquí un buen rato y todavía no he visto a nadie. ¿A qué se debe tanta prudencia?

Al oír eso, los monos se echaron a llorar y le explicaron con no poca dificultad:

- Tras ser vos conducido a las Regiones Superiores, los cazadores se abatieron sobre nosotros y hemos llevado una vida de calamidades e infortunios. Por todas partes nos acosaban con arcos, flechas, mastines, halcones, redes y lanzas. ¿Cómo íbamos a salir a divertirnos, cuando los enemigos nos cercaban y temíamos constantemente por nuestras vidas? No encontramos lugar más seguro que las cuevas de la otra parte de la montaña. Sólo nos aventurábamos a abandonarlas, cuando el hambre nos acuciaba y la sed nos atormentaba como a prisioneros. Entonces salíamos a las praderas a arrancar un poco de hierba y nos llegábamos hasta el arroyo en busca de agua. Si hoy hemos prestado oídos sordos a la llamada de la prudencia, ha sido porque hemos oído vuestra voz y hemos querido expresaros nuestro reconocimiento. Tomadnos de nuevo bajo vuestra protección, gran señor.

-¿Cuántos quedáis por aquí? - preguntó el Gran Sabio, hondamente conmovido por lo

que acababa de oír.

- Alrededor de mil, entre jóvenes y viejos - respondieron los monos.

- Antiguamente - comentó, apenado, el Gran Sabio - había por estos parajes no menos de cuarenta y siete mil. ¿Podéis decirme dónde han ido los demás?

- Después de marcharos - contestaron los monos -, el bodhisattva Er-Lang quemó la montaña y más de la mitad parecieron pasto de las llamas. Sólo unos cuantos logramos salvar la vida, lanzándonos de cabeza en los pozos, buscando refugio en el torrente o simplemente escondiéndonos bajo el puente de hierro. Cuando el fuego por fin se extinguió y el humo dejó de elevarse hacia lo alto, salimos de nuestros escondites y descubrimos con horror que no quedaba nada de las flores y frutos que antaño hicieron famoso a este lugar. Resultaba extremadamente difícil encontrar algo que llevarse a la boca y el hambre terminó echando de aquí a la mitad de los pocos que aún quedábamos. Los que decidimos permanecer fieles a la tierra pasamos calamidades sin cuento, aunque, mirándolo bien, estos dos últimos años han sido los peores, ya que los cazadores no han dejado de acosarnos. De esa forma, nuestro número ha quedado reducido en muy poco tiempo, otra vez, a la mitad.

- ¿Por qué os acosan esos cazadores? - preguntó el Gran Sabio.

- ¿Por qué va a ser? - replicaron los monos -. Son gente que no conoce lo que significa la palabra piedad. Se llevan a los que matan con sus arcos y flechas para comida. Tras quitarles la piel y los huesos, los condimentan con una salsa especial, o los cuecen al vapor y después los rocían de vinagre, o los fríen o, simplemente, los salazonan como si fueran vulgares pescados. A los que atrapan vivos les enseñan a saltar a la comba, o a actuar, o a dar saltos mortales. Después los obligan a ir por las calles tocando el gong o el tambor y haciendo toda clase de números para entretenimiento de los viandantes.

- ¿Quién está al cargo de la caverna? - volvió a preguntar el Gran Sabio, furioso por lo que acababa de oír.

- Los mariscales Ma y Lu y los generales Peng y Pa - respondieron los monos.

- Id a informarles inmediatamente de mi llegada - ordenó el Gran Sabio.

Los monos se lanzaron al interior de la caverna, gritando:

- ¡Acaba de llegar el Gran Sabio! ¡Nuestro señor ha regresado por fin!

A los venerables Ma, Lu, Peng y Pa les faltó tiempo para salir corriendo de la cueva y echarse rostro en tierra ante el recién llegado. Tras aceptar su pleitesía, el Gran Sabio entró en la caverna y tomó asiento mientras los demás monos se colocaban, respetuosos, a ambos lados.

- Hemos oído decir que habéis recobrado la libertad con el fin de acompañar al monje Tang hasta el Paraíso Occidental, donde piensa conseguir unas escrituras valiosísimas - dijeron los diablillos -. ¿Cómo es que habéis cambiado de rumbo y habéis regresado a esta montaña?

- El monje Tang no sabe distinguir entre los que realmente valen y los que no son más que charlatanes. Por él he desplegado toda la panoplia de mis poderes, enfrentándome sin parar a demonios y diablos. Más de una vez me he visto obligado a acabar con los monstruos que nos salen al paso, pero él, en vez de ensalzar mis hazañas, me ha acusado de violento y sanguinario y me ha arrojado de su lado. Se ha negado a seguir considerándome discípulo suyo, firmando incluso una carta en la que se compromete a no volver a solicitar jamás mis servicios.

- ¡Qué suerte para nosotros que haya sido así! - exclamaron los monos, expresando su alegría con risotadas y aplausos -. ¿Para qué empeñarse en ser monje? Éste es vuestro hogar y no necesitamos deciros lo contentos que estamos con vuestra vuelta. ¡Venga! Sacad un poco de vino de coco para celebrar la vuelta de nuestro señor.

- No tomemos nada de momento - pidió el Gran Sabio -. Antes de abandonarnos a la

despreocupación de la fiesta, permitidme que os pregunte una cosa. ¿Con qué frecuencia vienen esos cazadores a nuestra montaña?

- ¿Frecuencia? - repitieron los mariscales Ma y Lu -. Todos los días se presentan por aquí.

- Si es verdad lo que decís, ¿por qué no han aparecido todavía hoy? - inquirió el Gran Sabio.

- El día aún no ha concluido - contestaron los mariscales -. Esperad y los veréis aparecer en cualquier momento.

Subid a lo alto de la montaña y traedme todas las rocas calcinadas que podáis - les ordenó el Gran Sabio -. Haced montones de treinta o sesenta y ponedlos por aquí, que tengo pensado un plan.

Los monos actuaron con la efectividad de un enjambre de abejas. En seguida se esparcieron por toda la montaña, recogiendo trozos de roca con los que hicieron varios montones. Cuando el Gran Sabio consideró que había ya suficientes, les dijo:

- Ahora id a esconderos en la caverna. Creo que ha llegado mentó de hacer un poco de magia.

Subió al punto más alto de sus dominios y vio acercarse desde sur a más de mil hombres a caballo. Con gran fanfarria de tambores y gongs se fueron aproximando a la Montaña de las Flores y Frutos. Los precedía una jauría de mastines e iban armados con espada y lanzas. Algunos llevaban halcones y otras aves amaestradas El Rey de los Monos los observó con cuidado y no tardó en convencerse de que se trataba de hombres aguerridos y fieros. Su apariencia no podía ser, en efecto, más salvaje. Llevaban la cabeza cubierta con pieles de zorro, que les caían por la espalda, y vestían unas túnicas de seda llenas de extraños bordados. Sus carcajas estaban repletas de flechas hechas con dientes de lobo ¹ y sus arcos habían sido cuidadosamente labrados. Eran como tigres que cabalgaran sobre dragones. Delante de ellos corrían incontables mastines tan sedientos de sangre como los halcones que descansaban sobre sus hombros. En grandes cestas portaban mortíferos ingenios de fuego ², cuya efectividad era comparable a la de las águilas amaestradas que llevaban consigo. Por si eso no bastara, centenares de criados iban cargados con cepos para atrapar zorros, lazos para cazar conejos, redes muy parecidas a las usadas por los cabezas-de-toro y complicadas trampas urdidas por el mismísimo Rey Yama. Lo más escalofriante, sin embargo, eran los gritos que proferían y que sumían todo el paisaje en una indescriptible confusión.

Cuando el Gran Sabio los vio adentrarse en sus dominios, cayó presa de una cólera incontenible. Tras hacer un signo mágico con los dedos y recitar el correspondiente conjuro, se volvió hacia el suroeste, tomó aliento y lo expulsó con fuerza. Al punto se levantó un viento huracanado, que levantó montañas de polvo y diezmó los bosques, derribando sin piedad la mitad de sus árboles. Las olas del océano se tornaron tan altas como cordilleras y arrasaron con su furia incontenible toda la costa. El universo quedó sumido en una densa oscuridad y el sol y la luna perdieron por completo su brillo. El huracán sacudió sin piedad los pinos, arrancando de sus cortezas un ruido tan penetrante que recordaba los rugidos de los tigres. Lo mismo les ocurría a los bambúes, que emitían un sonido muy parecido al canto de un dragón. Lo más destructor, sin embargo, fue la lluvia de rocas que, pronto, se abatió sobre los despreocupados asaltantes. Por un momento creyeron que el cielo había abierto sus compuertas, descargando sobre ellos todo el furor de su ira.

El Gran Sabio no dejaba de soplar, complacido en el vuelo destructor de las rocas, que se esparcieron como la paja por todo el paisaje. ¡Desventurada suerte la de aquellos cazadores! Las piedras caían, pesadas, sobre sus cabezas, mientras los remolinos de arena cegaban lastimosamente los caballos que montaban. En aquella confusión de

muerte habían dejado de existir las diferencias entre plebeyos y nobles. Su sangre se mezclaba libremente por el suelo, tan rojo que parecía estar compuesta de cinabrio. Ninguno pudo regresar jamás a su hogar. Los cadáveres cubrían la totalidad de la montaña, mientras lejos, muy lejos, las esposas y concubinas de los cazadores esperaban inútilmente su retorno. Con razón afirma el poema:

¿Cómo iban a regresar al lugar del que habían partido, si los jinetes habían perdido la vida y los caballos yacían exánimes en el polvo? Sus espíritus vagaban, solitarios y enmarañados a la vez, como si fueran fibras de esparto lanzadas a la corriente del viento. ¡Qué triste sino el de aquellos esforzados cazadores, cuya sangre fue absorbida, como gotas de lluvia, por la arena de la montaña!

Cuando vio que no quedaba ninguno de los asaltantes, el Gran Sabio descendió de la nube y, sin dejar de reír, exclamó, alborozado:

- Desde el momento mismo en que acepté la superioridad espiritual del monje Tang y me convertí en monje, mi maestro no dejó de repetirme: "Aunque practiques el bien durante más de mil días, no conseguirás traer la perfección a este mundo. Pero, si cedés una sola vez al empuje del mal, contribuirás a que el odio se apodere para siempre de él". ¡Cuánta verdad tenía! Cuando, siendo discípulo suyo, mataba a algún monstruo, en seguida me reprendía por haberme valido de la violencia. Sin embargo, ya veis, hoy acabo de dar muerte a esos cazadores en un abrir y cerrar de ojos - satisfecho, levantó la voz y dijo -: ¡Ya podéis salir! El peligro ha pasado.

Al oír que el Gran Sabio los llamaba, los monos abandonaron su escondite saltando y dando tumbos.

- Bajad por la ladera sur de la montaña y quitadles las ropas a los cazadores muertos - les ordenó el Gran Sabio -. No dejéis ni una sola. Lavadles después las manchas de sangre y no tengáis ningún reparo en vestirlos con ellas. Son excelentes para resguardaros contra el frío. Los cadáveres podéis tirarlos en el profundo lago que hay allá. Por lo que respecta a los caballos, traedlos aquí. Su piel es excelente para hacer botas y su carne es francamente exquisita. Dejadla secar al sol y consumidla según vuestras necesidades. No os olvidéis de los arcos, las flechas, las espadas y las lanzas. Reunidlas todas y reanudad cuanto antes los ejercicios militares de antaño. Desearía, igualmente, que me entregarais todos sus estandartes. Les tengo reservado ya un uso.

Los monos obedecieron sin rechistar. Reunieron los estandartes y, tras lavarlos con cuidado, se los confiaron al Gran Sabio, que hizo con ellos una bandera única. Satisfecho, escribió con letras grande lo siguiente: "La Montaña Reconstruida de las Flores y Frutos. La Restaurada Caverna de la Cortina de Agua. El Gran Sabio, Sosia del Cielo".

A la entrada misma de la cueva fue erigido un altísimo mástil sobre el que no tardó en ondear tan colorista estandarte. A lo largo del día el Gran Sabio fue convocando, uno tras a otro, a sus antiguos feudos, agenciándose, de esta forma, gran cantidad de comida. Jamás volvió a oírse en sus dominios la palabra monje. Su poder crecía por momentos y su círculo de amistades se ensanchaba de continuo. No tuvo ningún empacho, pues, en pedir a los Reyes Dragón de los Cuatro Océanos un poco de agua sagrada con el fin de lavar la montaña y tornarla tan verde como antes. Él mismo se encargó después de plantar olmos, sauces, pinos, cedros, melocotoneros, perales, ciruelos y palmeras datileras. Cuando hubo concluido las tareas de reconstrucción, se dispuso a gozar de tan espléndidos logros, por lo que, de momento, no volveremos a hablar más de él.

Sí lo haremos, sin embargo, del monje Tang, que, como queda ya dicho, cometió la imprudencia de escuchar al Astuto y arrojar de su lado al Monje de la Inteligencia. Una vez consumada la ruptura, montó en el caballo y continuó el viaje hacia el Oeste como

si nada hubiera pasado. Ba-Chie abría la marcha y la cerraba el Bonzo Sha, cargado con el equipaje. Tras dejar atrás la Montaña del Tigre Blanco, se toparon con un inmenso bosque plagado de cepas, enredaderas, pinos y cedros.

- Por si caminar por las montañas no fuera difícil, resulta que ahora nos encontramos con un bosque como éste - comentó Tripitaka -. Debemos extremar cuanto podamos la precaución, pues es muy posible que no tardemos en toparnos con demonios y monstruos.

Al Idiota no pareció importarle esa llamada a la prudencia. Haciendo acopio de todas sus energías, ordenó al Bonzo Sha que se encargara del caballo, mientras abría con el tridente un sendero que conducía directamente al interior del bosque. De esta forma, el monje Tang pudo continuar la marcha con menos dificultades de las que en un principio había presumido. Pero no por eso quedaron satisfechos todos sus deseos, porque al poco tiempo detuvo el caballo y dijo:

- Me está entrando hambre, Ba-Chie. ¿Crees que podrías encontrar por aquí un poco de comida vegetariana?

- Si tenéis la amabilidad de desmontar - contestó Ba-Chie -, puedo ir a buscar algo.

El monje Tang bajó al punto del caballo, mientras el Bonzo Sha entregaba a Ba-Chie la escudilla de pedir limosna.

- Ahora debo irme - anunció el Idiota.

- ¿Se puede saber adónde? - preguntó, sobresaltado, Tripitaka.

- Eso no tiene ninguna importancia - contestó Ba-Chie -. Con tal de conseguir alimento para vos, soy capaz de hacer las cosas más inverosímiles. Estad tranquilo.

No tardó en dejar atrás el bosque de pinos, pero siguió caminando unas diez millas en dirección oeste, sin que, desgraciadamente, se topara con ningún lugar habitado. Se trataba de un paraje frecuentado más por tigres y lobos que por personas. Cuando las fuerzas empezaron a faltarle y el cansancio comenzó a cebarse en sus piernas, el idiota se dijo:

- Cuando el Peregrino se encontraba entre nosotros, siempre satisfacía todos los deseos del maestro. Ahora me toca a mí hacerlo, pero, como muy bien dice el proverbio, "uno sólo sabe el precio del arroz y la madera cuando se hace cargo de una casa; hasta que uno no cría a un niño, no se da cuenta de los sacrificios de sus padres". ¿Dónde podría mendigar yo un poco de comida?

No había dado dos pasos, cuando volvió a decirse, abatido casi:

- Si vuelvo ahora y le digo al maestro que no he podido encontrar a nadie a quien pedir algo de comida, tras andar durante tanto tiempo, seguro que no me cree. Lo mejor será que deje pasar otra hora, antes de regresar a su lado. Como no hay pasatiempo más llevadero que el sueño, me echaré una siestecita aquí mismo y asunto concluido.

No había acabado de decirlo, cuando se dejó caer al suelo, recostando plácidamente la cabeza sobre la hierba. Tenía la intención de dormir un ratito e iniciar en seguida la vuelta, pero estaba tan cansado que, en cuanto su cuerpo sintió la blandura del césped, se puso a roncar como un tronco. El tiempo fue pasando inexorable y la inquietud de Tripitaka se hizo tan insostenible que no pudo por menos de volverse hacia el Bonzo Sha y preguntarle:

- ¿Por qué no ha regresado todavía Wu-Neng? - le dolían los ojos de tanto atisbar el bosque y los oídos le zumbaban de tanto escuchar la distancia.

- Me extraña que no lo entendáis - contestó el Bonzo Sha -. En estas Regiones del Oeste hay infinidad de gente piadosa que se muere de ganas por dar de comer a los monjes. Ba-Chie posee un estómago tan grande y una inclinación tan marcada hacia la gula que no regresará hasta que no haya saciado del todo su hambre. Nosotros contamos muy poco para él.

- Tienes razón - admitió Tripitaka -. Pero ¿cómo vamos a dar con él, si se queda en la casa de cualquier desconocido a llenar su insaciable barriga? Se está haciendo tarde y no es aconsejable pasar la noche al sereno. Lo mejor que podemos hacer es buscar un sitio en el que guarecernos.

- No os preocupéis - le aconsejó el Bonzo Sha -. Sentaos aquí, mientras voy en su busca.

- Sí, sí. Hazlo - le urgió Tripitaka -. No me importa si disponemos o no de comida. Ahora lo más urgente es hallar cuanto antes un lugar en el que pernoctar.

El Bonzo Sha agarró supreciado báculo y abandonó el bosque en busca de Ba-Chie. El monje Tang, al sentirse solo en aquel sombrío ambiente, se sintió tan fatigado que ni fuerzas tenía para ponerse de pie. De todas formas, para librarse de la depresión que le atenazaba, puso el equipaje en un sitio y ató el caballo a un árbol. Se quitó después el sombrero, clavó el báculo en la tierra y, tras arreglarse un poco la túnica, se dispuso a dar un paseo por el bosque. Le llamó la atención la pujanza de la hierba y la belleza de las flores silvestres, pero, al mismo tiempo, no dejó de notar la ausencia inexplicable de pájaros que regresaran a sus nidos. En aquel bosque existían muy pocos senderos y el maestro terminó perdiéndose. Había tratado de matar el aburrimiento y, de paso, dar con Ba-Chie y el Bonzo Sha, pero, en vez de dirigirse hacia el oeste, como habían hecho ellos, empezó a andar en círculos que le llevaron hacia el sur. Al salir del bosque levantó la cabeza y vio ante él un relampagueo de luz dorada, que parecía provenir de una singular neblina de muchos colores. Miró con más detenimiento y vio que se trataba de una pagoda cubierta de piedras preciosas, cuya cúpula de color dorado brillaba intensamente bajo la acción de los rayos del sol poniente.

- Soy, en verdad, el hombre más inconstante que existe - se dijo -. Al partir de las Tierras del Este, prometí quemar incienso en todos los templos que encontrara, hice voto de inclinarme ante todas las imágenes de Buda con las que me topara y me comprometí a barrer todas las pagodas que se levantaran en mi camino. Pocas oportunidades he tenido, sin embargo, hasta la fecha de cumplir tan piadoso programa. Por suerte, ante mí tengo una pagoda dorada. ¿Cómo es posible que no la haya visto antes? Con toda seguridad hay un templo junto a ella y un monasterio que se encarga de su culto. Creo que lo más conveniente es que me llegue hasta él. ¿Para qué preocuparme del caballo y el equipaje, si por aquí no pasa nadie? De todas formas, esperaré a que regresen mis discípulos para pedir alojamiento, si es que ahí dentro disponen de suficiente espacio libre.

Poco sospechaba el maestro que había llegado para él la hora de la prueba. Siguió caminando con decisión y subió la pequeña pendiente que conducía a la pagoda. Allí las rocas adquirían una altura de más de diez mil pies y los riscos se perdían en el cielo, verdoso ya a aquellas horas de la tarde. Sus raíces parecían adentrarse en el interior de la tierra, mientras sus cumbres tocaban la misma línea del cielo. A ambos lados se levantaban miles de árboles de todas las especies y por doquier, en un radio que superaba con mucho los cien kilómetros, podía verse el enmarañado tejido de las zarzas y enredaderas. Eso no impedía que las flores crecieran pujantes en los escasos retazos de hierba verde, que el viento sacudía con fuerza. La luna se reflejaba en el curso de un torrente, al que también se asomaban las nubes. En el fondo de los barrancos se amontonaban los troncos de árboles derribados por el rayo, mientras las cumbres aparecían cubiertas de ramaje ya seco. Bajo un puente de piedra fluía un arroyuelo de agua cristalina. Un poco más arriba, en un ribazo de fina pendiente, crecían capullos tan blancos como la harina. Visto desde lejos, el paisaje en el que estaba asentada la pagoda parecía el Paraíso de las Tres Islas, mientras que desde cerca recordaba a la encantadora Peng-Lai. Bambúes de color púrpura y pinos de penetrante aroma marcaban el cauce del

arroyo, en el que abrevaban cornejas, urracas y monos. Fuera de una caverna se apreciaba el continuo ir y venir de bestias salvajes, mientras se veía en los bosques el incesante revoloteo de aves de toda especie. Semejante eclosión de vida parecía encontrar un eco en el inmarcesible verdor de los árboles y en el embriagador aroma de las flores, que mostraban su pujanza por doquier. Pese a todo se trataba de un lugar maligno, al que el monje Tang tuvo la mala suerte de dirigir sus pasos.

Con paso decidido se llegó hasta la puerta de la pagoda, que halló cubierta con una cortina hecha con pequeños trocitos de bambú. La corrió para entrar en lo que él creía ser un lugar sagrado y se encontró con un monstruo dormido en una especie de lecho de piedra. La bestia poseía un rostro azulado, colmillos muy largos y una boca llamativamente grande. Su cabello, sucio y enmarañado, era tan rojo que parecía haber sido teñido a propósito. Idéntica coloración tenían sus barbas, no por escasas menos fuertes, que, de alguna forma, recordaban a ramas de lechías. Tenía una nariz tan curvada como el pico de un loro y sus ojos brillaban como las estrellas poco antes del amanecer. Llamaba la atención el tamaño de sus manos, grandes como los cuencos que usan los monjes para pedir limosna. Sus pies, más proporcionados y cubiertos totalmente de venas azuladas, tenían la forma de ramas que colgaran libremente de un acantilado. A falta de túnica, cubría la mitad de su cuerpo una vestimenta de color amarillo, que parecía competir con el brillo de una enorme cimitarra que sostenía en las manos. Eso no era obstáculo para que durmiera plácidamente sobre una losa de piedra. Se apreciaba con claridad que aquel monstruo no era una bestia cualquiera. De hecho, había enseñado a otros diablillos a ejercitarse para la guerra, formando columnas tan ordenadas como las de las hormigas y tan bien organizadas como las de las abejas. Su apariencia era, en verdad, impresionante y todos sus súbditos sentían por él tal respeto que le llamaban "padre y señor". Más de una vez había brindado con vinos de dulce sabor a la salud de su eterna amiga la luna 3, aunque su afición al té era tanta que el cansancio se apoderaba de sus brazos de tanto llevarse la taza a los labios. Si grande era su fortaleza física, sus poderes mágicos eran aún mayores. En un abrir y cerrar de ojos podía recorrer la vastedad de los cielos, permitiendo a serpientes y dragones que durmieran en sus aposentos, mientras el bosque se llenaba de cantos de aves y pájaros. Todo era posible en un mundo en el que los inmortales cultivaban jade blanco en sus campos y los taoístas purificaban cinabrio en sus templos de fuego. El monje Tang sabía que la puerta de aquella caverna no conducía al Infierno Avici, pero aquel monstruo recordaba por su fealdad a un yaksa cabeza-de-toro.

En cuanto le vio, Tripitaka trató de volver a toda prisa sobre sus pasos. Pero el miedo le había arrancado la fuerza del cuerpo y las piernas le temblaban, incapaces por completo de sostenerle. Pese a todo, hizo un último esfuerzo e intentó alejarse de allí corriendo. No había llegado a la puerta, cuando el monstruo, que poseía un natural muy despierto, abrió sus demoníacos ojos de pupilas de fuego y ordenó a sus subalternos:

- Id a ver quién está ahí fuera.

Uno de los demonios que le atendían asomó la cabeza por la puerta y vio que se trataba de un simple monje con la cabeza rapada.

- Señor - informó sin pérdida de tiempo a la bestia -, es un mendicante de cabeza redonda, cara alargada y unas orejas tan carnosas que le llegan hasta los hombros. A juzgar por la finura de su piel parece muy tiernecito. Vos mismo podéis constatar con vuestros propios ojos que se trata de un monje apetitoso en extremo.

Al oír eso, el monstruo soltó la carcajada y exclamó:

- Vamos, que, como afirma el proverbio, "la comida acude por sí misma al plato, como las moscas que van a posarse a la cabeza de una serpiente". Id tras él y traédmele en seguida. El que logre echarle mano recibirá una gran recompensa.

Los diablillos salieron corriendo por la puerta como si fueran un enjambre de abejas. Cuando Tripitaka los vio, trató de escapar a la velocidad de las flechas, pero el miedo atenazaba su cuerpo y, en vez de volar, sus pies se movían con la pesadez de un anciano enfermo ya de muerte. Por si eso fuera poco, el camino era extremadamente abrupto, el bosque yacía en una oscuridad total y estaba anocheciendo a pasos agigantados. ¿Cómo iba a moverse con la rapidez requerida? Los diablillos no tardaron en darle caza. Era como si un dragón se hubiera metido en aguas poco profundas y las gambas se hubieran burlado abiertamente de él, o como un tigre despreciado por los perros, porque su carrera en un terreno llano no era tan rápida como la que desarrolla en otro más abrupto. Por muy noble que sea una empresa, siempre termina topándose con obstáculos insalvables. ¿Qué no iba a aguardarle al monje Tang en su empeño por llegar a las Tierras del Oeste?

Locos de contento, los diablillos le llevaron a la pagoda y, dejándole junto a la cortina de bambú, entraron a informar a su señor.

- Siguiendo vuestros deseos - dijeron -, hemos apresado al monje y le hemos traído hasta aquí.

El monstruo estudió con detenimiento a Tripitaka y comprobó que, en efecto, tenía una espléndida cabeza y un rostro muy agraciado. Impresionado por la nobleza de su porte, la bestia no pudo por menos de decirse:

- Con toda seguridad este monje procede de una nación distinguida y sabia. Es conveniente, por tanto, que emplee con él toda mi crueldad. De lo contrario, ¿cómo va a someterse a mí de buena gana? Sólo el poder logra anonadar y, afortunadamente, yo lo poseo a espaldas.

Puso todos sus pelos de punta, como un zorro que se hubiera topado con un tigre, y, abriendo cuanto pudo los ojos, bramó, autoritario:

- ¡Traed ante mí a ese monje!

- Ahora mismo, señor - respondieron los diablillos e hicieron entrar a empujones a Tripitaka.

Como muy bien afirma el proverbio, "quien permanece mucho tiempo de pie bajo un tejado no muy alto, por fuerza se ve obligado a inclinar la cabeza". Eso fue lo que le ocurrió a Tripitaka. Consciente de lo desesperado de su situación, dobló con respeto las manos y saludó a la bestia, levantándolas a la altura del pecho.

- ¿De dónde vienes y adonde vas, monje? - le interrogó el monstruo sin ninguna contemplación -. Dínoslo en seguida, si no quieres sufrir un castigo ejemplar.

- Yo - contestó Tripitaka, muerto de miedo - soy un monje de la Gran Nación de los Tang y me dirijo hacia el Paraíso Occidental en busca de las escrituras sagradas por expreso deseo de su emperador - Al pasar por esta venerable montaña y ver una pagoda tan digna de respeto, decidí presentar mi humilde consideración al sabio que la atiende. Lo que menos me esperaba es que fuera a molestaros con mi atrevimiento. Os ruego, por tanto, que perdonéis mi audacia - Puedo aseguraros que, cuando me halle de nuevo en las Tierras de Este, tras llevar a buen término la misión que me ha sido encomendada, vuestro ilustre nombre será recordado con respeto por todas las acciones venideras.

- Con razón me había dicho que provenías de una nación distinguida y sabia - exclamó el monstruo, soltando la carcajada, al oírle hablar de esa manera -. No me he equivocado lo más mínimo y puedo asegurarte que tú eres la clase de persona a la que precisamente estaba pensando comerme. Ha sido una suerte que hayas venido por tu propio pie. ¿Cómo te iba a haber dado caza, si no? Estaba predestinado, por lo que se ve, que habías de terminar tus días en mi boca. Nadie te ha obligado a comparecer ante mí, por lo que, aunque quisiera dejarte marchar, no podría hacerlo. Éste es tu sino y está fijado en las

estrellas. Así que no trates de escapar, porque no lo lograrías ni aunque acudieras a los dioses.

Se volvió después a sus súbditos y les ordenó:

- ¡Atadle!

- Los diablillos se abalanzaron sobre él y le sujetaron con fuerza al poste de las ejecuciones. El monstruo cogió entonces su pesada cimitarra y volvió a preguntar:

- ¿Cuántas personas venían contigo, porque no irás a decirnos que emprendiste tú solo un viaje tan largo?

- Por supuesto que no - contestó Tripitaka inocentemente, al verle echar mano de su cimitarra -. Viajan conmigo dos discípulos que responden a los nombres de Chu Ba-Chie y el Bonzo Sha. Han ido al bosque en busca de un poco de comida. Pero no penséis por ello que carezco de medios, porque junto a los pinos he dejado el equipaje y un caballo blanco.

- ¡Menuda suerte! - exclamó, complacido, el monstruo -. Dos y tú tres, y, si contamos el caballo, cuatro. Más que suficiente para una comida.

¡Vayamos cuanto antes a por ellos! - dijeron, entusiasmados, los diablillos.

- No, no salgáis ahora - les ordenó el monstruo -. Es mejor que cerréis la puerta. Si han conseguido algo de comer, esos dos discípulos regresarán en busca de su maestro y, al no encontrarle, de buen seguro acudirán a nuestra puerta a preguntar por él. Como muy bien reza el Proverbio, "los asuntos son más fáciles de resolver a la puerta de casa". Conviene, por tanto, no apresurarnos, porque tarde o temprano terminarán cayendo en nuestras manos.

Los diablillos aceptaron su sugerencia y cerraron al punto la puerta. Mientras esto sucedía, el Bonzo Sha se adentraba en el bosque en busca de Ba-Chie. Aunque caminó más de diez kilómetros, no pudo ver ningún caserío. Con el fin de otear mejor el horizonte subió una pequeña elevación, pero, más que el paisaje, atrajo su atención la conversación que parecía estar manteniendo algún desconocido un poco más abajo. Apartó con cuidado unas ramas y vio que era el Idiota, que estaba hablando en sueños. De dos zancadas se llegó hasta él y, tirándole con fuerza de las orejas, exclamó:

- ¡Qué bonito! El maestro te envió a por comida y tú aquí durmiendo. ¿Quieres decirme cuándo te dio permiso para descansar a tus anchas?

- ¿Qué... qué hora es? - preguntó el Idiota, abriendo los ojos sobresaltado.

- Levántate en seguida - le urgió el Bonzo Sha -. El maestro ha dicho que le trae ya sin cuidado que encontremos o no comida. Lo que ahora quiere es que busquemos un lugar en el que pasar la noche.

El Idiota cogió el cuenco de las limosnas y siguió al Bonzo Sha, arrastrando el tridente como si fuera un espíritu. Cuando llegaron al punto en el que habían dejado a su maestro, no pudieron dar con él. Impaciente, el Bonzo Sha se volvió hacia Ba-Chie y le regañó, diciendo:

- Todo ha sido culpa tuya. Si no hubieras tardado tanto en ir a por comida, a estas horas el maestro no estaría en poder de ningún monstruo.

- Deja de decir tonterías, por favor - replicó Ba-Chie, soltando la carcajada -. Este bosque es un lugar muy tranquilo y, por mucho que te empeñes en hacérmelo creer, no puede ser morada de ningún monstruo. Lo más seguro es que se haya cansado de estar sentado y haya ido a dar una vuelta por ahí. Vamos a buscarle.

Tras ponerse el sombrero, cogieron el equipaje, agarraron de las riendas al caballo y comenzaron la búsqueda. Afortunadamente la hora del monje Tang no había llegado todavía, aunque ellos no lo sabían. Más preocupados a medida que el tiempo iba pasando, miraron por todos los rincones del bosque, sin que pudieran dar con él. Por fin vieron hacia el sur unos extraños rayos de luz dorada y Ba-Chie dijo al Bonzo Sha:

- Está visto que siempre recibe bendiciones quien menos las necesita. ¿Ves aquella pagoda cubierta de joyas que hay allí? Tengo la completa seguridad de que el maestro ha encontrado acomodo en ella. En lugares como ése no se niega a nadie la hospitalidad. Seguro que han preparado una comida vegetariana y nuestro preceptor está disfrutando de ella a dos carrillos. ¿A qué estamos esperando para sentarnos también nosotros a la mesa? Cuanto antes lleguemos, antes saciaremos el hambre.

- No debemos precipitarnos - aconsejó el Bonzo Sha -. Aún no sabemos si se trata de un lugar seguro. Opino que deberíamos echar antes un vistazo.

Sin tomar, de todas formas, precauciones especiales, se llegaron hasta la puerta y se extrañaron de encontrarla cerrada. Encima del dintel había una placa de jade blanco, en la que había sido escrito lo siguiente: "Montaña de la Cacerola, Caverna de la Corriente Lunar".

- ¿Lo ves? - exclamó el Bonzo Sha -. Esto no es un monasterio, sino la morada de un monstruo. De encontrarse aquí el maestro, dudo mucho que pudiéramos verle.

- No seas tan pesimista - le aconsejó Ba-Chie -. Ata el caballo y cuida del equipaje. Voy a preguntar unas cuantas cosas a los de ahí dentro.

Con el tridente en las manos se acercó aún más y comenzó a gritar:

- ¡Abrid la puerta! ¿Es que pensáis dejarnos aquí toda la noche?

Al verles por un pequeño agujero, los diablillos encargados de la vigilancia corrieron a informar a su señor, diciendo:

- Acaban de llegar.

- ¿Quién acaba de llegar? - inquirió el monstruo. - Dos monjes muy extraños - respondieron los diablillos -. Uno tiene las orejas muy largas y la boca muy grande, y el otro posee un aspecto muy raro.

- ¡Por fuerza tienen que ser Chu Ba-Chie y el Bonzo Sha! - exclamó el monstruo, muy excitado -. Saben dónde ir a buscar lo que sea. Es raro que hayan dado tan pronto con la pagoda. ¿Cómo se las habrán arreglado? En fin, puesto que se muestran tan atrevidos, no es cuestión de menospreciarlos y tomarlos a la ligera. Traedme en seguida la armadura.

Los diablillos así lo hicieron y le ayudaron a ceñírsela. Cuando hubieron terminado, el monstruo cogió la cimitarra y salió de su mansión. Ba-Chie y el Bonzo Sha se quedaron de una pieza, al verle aparecer tan de improviso. El aspecto que ofrecía era, en verdad, horripilante con su cara verde, su barba rojiza y su cabello lacio de color escarlata. Su coraza, por el contrario, poseía una extraña belleza: estaba hecha de oro y relucía como si estuvieran incrustadas sobre ella todas las estrellas del cielo. Llevaba ceñido un cinturón de conchas y alrededor del pecho portaba una banda hecha de seda. Su furia era tal que cuando se quedaba en la montaña, el viento le acompañaba y silbaba con increíble e incontenible fuerza. De la misma manera, cuando recorría los mares en busca de remedio para sus momentos de depresión, las olas se levantaban y arrasaban toda la costa. Sus manos, cubiertas totalmente de venas marrones y azuladas, no soltaban en ningún momento una temible cimitarra de destrozar espíritus. Tan poderosa criatura era conocida como el Monstruo de la Túnica Amarilla.

- ¿De dónde venís y por qué osáis llegaros hasta mi puerta a romper la paz que aquí se respira? - preguntó, desafiante.

- ¿No me reconoces? - replicó, a su vez, Ba-Chie con ironía -. Soy tu antepasado y me dirijo hacia el Paraíso Occidental por deseo expreso del Gran Emperador de los Tang, cuyo hermano no es otro que mi maestro, el respetable Tripitaka. Te ruego, por tanto; que, si se hospeda en tu casa, le permitas salir al instante. De lo contrario, arrasaré tu mansión con la ayuda de este tridente.

- Dices bien - respondió el monstruo soltando la carcajada -. Soy anfitrión del monje

Tang, al que no he podido negar las mieles de mi hospitalidad. Por cierto, acabo de prepararle unos bollos rellenos de carne humana. Si queréis probarlos vosotros también, no dudéis en entrar en mi humilde casa. ¿Qué os parece?

El Idiota habría aceptado de inmediato su invitación, si no le hubiera detenido el Bonzo Sha, diciendo:

- ¿No comprendes que te está engañando? ¿Desde cuándo has empezado a comer carne humana?

El Idiota comprendió entonces sus intenciones y se aprestó para la lucha. Levantó el tridente y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre el rostro del monstruo, pero éste lo esquivó, haciéndose a un lado y levantando oportunamente la cimitarra. Valiéndose de sus poderes mágicos, los dos contendientes montaron en un nube y continuaron luchando por el aire. El Bonzo Sha dejó el equipaje y el caballo en un lugar seguro y se unió a la refriega, blandiendo, amenazante, su preciado báculo. Los dos monjes se enfrentaron, así, a un monstruo feroz en el límite mismo del reino de las nubes. El tridente y el báculo se movían con rapidez, pero sus golpes eran detenidos una y otra vez por el vuelo de la cimitarra. El monstruo se valía para ello de sus muchos poderes. Poco podían contra ellos las armas de los dos monjes, aunque eran tan mágicas como el aliento que mantenía viva a la bestia. Desde el principio conjugaron sus esfuerzos, atacándola por detrás y por delante, por el norte y por el sur, pero el Monstruo de la Túnica Amarilla no dio muestra alguna de desfallecimiento. El acero de su cimitarra brillaba como si fuera plata, dando a entender, de esa forma, la pureza de su naturaleza mágica. Aunque la lucha se desarrollaba en lo alto del cielo, una nube de polvo seguía las evoluciones de los contendientes, saltaban rocas de la montaña y se hundían acantilados enteros. Ambas partes se jugaban mucho en aquel encuentro, pues si uno lo había aceptado por mor de su fama, los otros se habían avenido a luchar por poner en libertad a su maestro. De ahí que ninguna de ellas diera muestras del menor decaimiento. Los encuentros se repitieron una y otra vez, sin que nadie obtuviera una clara ventaja.

No sabemos cómo se las arreglaron los discípulos para rescatar al monje Tang. Quien desee averiguarlo deberá, por tanto, escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el próximo capítulo.

CAPITULO XXIX

LIBRE DEL PELIGRO QUE LE ACECHABA, EL-QUE-FLOTA-EN-EL-RÍO LLEGA AL REINO. UNA VEZ OBTENIDO PERMISO, BA-CHIE INVADE EL BOSQUE

Incapaz es la fuerza de destruir los pensamientos insubstanciales. ¿Para qué afanarse, entonces, en usarla? La única forma de conseguirlo es ejercitando la mente en presencia de Buda. ¿Acaso no son la misma cosa la iluminación y la ilusión? El iluminado alcanza la perfección en un abrir y cerrar de ojos, mientras que el que permanece en la oscuridad se ve sumergido en más de diez mil kalpas. Quien se muestra incapaz de conectar sus pensamientos con la Verdad comete un pecado tan grande como los vastos arenales del Ganges.

Decíamos que, aunque Ba-Chie y el Bonzo Sha midieron sus armas más de treinta veces con el monstruo, el combate permaneció tan indeciso como en el momento mismo de iniciarse. La fuerza del monstruo era increíble y, si no llega a ser porque la hora del monje Tang aún no había llegado, la bestia hubiera dado buena cuenta de ellos en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera veinte monjes hubieran bastado para hacerle frente. Si Ba-Chie y el Bonzo Sha se mostraron tan efectivos, fue porque gozaron en secreto de la

ayuda de los Seis Dioses de la Luz y los Seis Dioses de las Tinieblas, los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, los Cuatro Centinelas y los Dieciocho Espíritus Protectores de los Monasterios.

Mientras el combate alcanzaba su punto más álgido de virulencia y fiereza, el monje Tang lloraba amargamente en la caverna, al acordarse de sus discípulos. Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas y se decía, presa de una terrible turbación:

- ¿En que aldehuela te has topado, Wu-Neng, con un amigo de la Verdad, que se ha empeñado en llenar de comida tu zurrón? Y tú, Wu-Ching, ¿dónde has ido a buscarle, para que todavía no le hayas encontrado? ¿No sabéis que he sido víctima de las asechanzas de un demonio y ahora me encuentro penando en este horrible lugar? ¿Cuándo volveré a veros? ¿Cuándo podré escapar de este tormento para proseguir mi viaje hacia la Montaña del Espíritu?

Mientras se lamentaba de forma tan conmovedora, vio salir del interior de la caverna a una mujer, que le preguntó, llegándose hasta lugar en el que se encontraba atado:

- ¿De dónde sois y por qué os han amarrado aquí?

Tripitaka volvió hacia ella sus ojos anegados en lágrimas y comprobó que tenía alrededor de treinta años.

- No es necesario que me preguntéis nada más, bodhisattva – contestó, hondamente apenado -. En cuanto entré por esa puerta, el destino determinó que no había de abandonarla jamás. Si deseáis devorarme, podéis hacerlo con toda tranquilidad. ¿Para qué molestaros en interrogarme?

- Yo no acostumbro comer a la gente - respondió la mujer -. Mi hogar se encuentra a trescientos kilómetros al oeste de aquí, en una ciudad conocida por el nombre de Reino del Elefante Sagrado. Soy, de hecho, la hija tercera del señor que la rige y desde niña todos me han llamado Vergüenza de las Cien Flores. Hace aproximadamente trece años estaba contemplando la belleza de la luna, cuando ese monstruo me raptó y me trajo aquí a lomos de un viento huracanado. Tan triste suceso ocurrió concretamente la noche del quince del octavo mes. Desde entonces me he visto obligada a compartir su lecho y a traer al mundo a todos sus hijos, sin poder comunicar a la corte mi paradero ni volver a ver a mis padres una sola vez, aunque, como comprenderéis, he pensado en ellos de continuo. Pero, en fin, ésa es otra historia. ¿De dónde sois y cómo os echó mano?

- He sido enviado al Paraíso Occidental en busca de las escrituras sagradas - dijo el monje Tang -. Al cruzar estas montañas, decidí dar un paseo y vine a parar aquí. Si aún no me ha devorado, ha sido porque ha determinado cazar también a mis discípulos y cocernos a todos juntos al vapor.

- No os preocupéis por vuestra suerte - le aconsejó la princesa, sonriendo -. Puesto que sois un buscador de escrituras, voy a hacer cuanto pueda por ayudaros a escapar. El Reino del Elefante Sagrado no está muy lejos de aquí y, además, os pilla de camino. Lo único que os pido a cambio es que entreguéis una carta a mis padres. A pesar de ser una bestia, mi marido me quiere de verdad y os dejará marchar, si yo se lo digo.

- En ese caso - concluyó el monje Tang -, con mucho gusto haré de mensajero vuestro. Todo pago es poco con tal de salvar la vida.

La princesa regresó corriendo a sus aposentos y escribió a toda prisa una carta, que ella misma se encargó de sellar. Volvió después al poste de las ejecuciones y se la entregó al monje Tang, no sin antes desatarle. En cuanto el maestro se sintió libre, se inclinó ante la mujer y dijo:

- Gracias por salvarme la vida, señora. En cuanto llegue a vuestro reino, tened la seguridad de que haré entrega de esta carta al señor que lo rige. Me temo, de todas formas, que, tratándose de una separación tan larga, vuestros padres se hayan olvidado ya de vos. ¿Qué haré yo entonces? ¿No es justo que me tilden de mentiroso?

- No ocurrirá eso - afirmó la princesa -. Mis padres no tienen ningún hijo varón y estoy segura de que, en cuanto vean la carta, se acordarán de mí y os facilitarán todo lo que preciséis.

Tripitaka dobló el escrito y se lo metió por la manga. Volvió a dar las gracias a la princesa y se dirigió con decisión hacia la puerta.

- No salgáis por ahí - le sugirió, asustada, la princesa -. Los monstruos y diablillos que aquí moran están ahí afuera animando al Gran Rey con sus tambores, estandartes y gongs. Vuestros discípulos le han desafiado a un duelo y están batiéndose valientemente con él. Es mejor que utilices la puerta de atrás. De todas formas, creo que deberías esperar un poco, porque lo más que puede ocurrirte, si te encuentra mi marido, es que te interrogue de nuevo. Pero, si te echan mano los diablillos, acabarán contigo en un abrir y cerrar de ojos, sin preguntarte siquiera quién te ha liberado. Lo más aconsejable, por cierto, es que salga yo primero e interceda en tu favor ante el Gran Rey. Si accede a mi petición, vuestros discípulos lo considerarán un gran favor y depondrán las armas.

Al oír esas razones, Tripitaka se echó rostro en tierra y empezó a golpear el suelo con la frente. Cuando la mujer hubo desaparecido, salió por la puerta de atrás, pero no se aventuró a alejarse mucho, prefiriendo esconderse entre los arbustos y esperar a ver qué pasaba.

La princesa maduró aún más su plan, mientras trataba de abrirse camino entre los monstruos que se habían congregado delante de la puerta principal. Sólo podía oír el fragor de las armas, pero levantó la vista y gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Señor de la Túnica Amarilla!

El monstruo estaba enfrascado en un duro combate con Ba-Chie y Bonzo Sha, pero, en cuanto oyó los gritos de la princesa, abandonó a los contrincantes a su suerte y descendió a toda prisa de las nubes. Sin dejar de sostener la cimitarra en una mano, agarró con la otra princesa y le preguntó:

- ¿Se puede saber qué es lo que quieres?

- Hace un momento, mientras dormía en mi lecho de cortinillas de seda, vi en sueños a un dios con una armadura de oro - contestó la mujer.

- ¿Qué quería ese dios de la armadura de oro? - volvió a preguntar el monstruo.

- Cuando era joven y aún residía en el palacio - respondió la princesa -, prometí a los dioses que, si encontraba un buen marido, subiría a las montañas sagradas, visitaría las moradas de los inmortales y daría de comer a todos los monjes con los que me topara a lo largo de mis días. He de reconocer que he encontrado tanta felicidad a vuestro lado que me he olvidado por completo de esa promesa. Si no llega a ser por ese dios que ha venido a recordármela en sueños, jamás la hubiera cumplido. Se mostraba tan duro y daba tales voces por mi inesperado olvido que terminó despertándome. Aunque sabía que se trataba de un simple sueño, me sentí tan intranquila que decidí venir inmediatamente a relatároslo. Al hacerlo, me topé con un monje atado al poste de las ejecuciones, con lo que mi sobresalto se hizo aún mayor. Os ruego que os mostréis clemente con él y le dejéis marchar por donde ha venido. Hacedlo por mí, os lo suplico, ya que difícilmente puede dar de comer a los monjes quien se alimenta de ellos. ¡Recordad la promesa que hice, señor!

- ¡Cuidado que eres alarmista! - exclamó el monstruo, más tranquilo -. Pensé que se trataba de algo más serio. Está bien. Le dejaré marchar. Mirándolo bien, este monje no tiene nada de especial. Cuando quiera comer hombres, puedo encontrar en otra parte a los que me dé la gana.

- Es mejor que se vaya por la puerta de atrás - sugirió la princesa.

- Que se marche y ya está - replicó el monstruo -. ¿Qué más da que sea por la puerta de delante o la de atrás?

Agarró después la cimitarra con las dos manos y gritó:

- ¡Eh, tú, Chu Ba-Chie, baja aquí un momento! Aunque no te tengo el menor miedo, no voy a seguir luchando contigo. Es más, acabo de poner en libertad a tu maestro, porque mi esposa me lo ha pedido. Así que, si quieres verle, vete a la puerta de atrás y continua tranquilamente tu viaje hacia el Oeste. Pero recuerda que, si vuelves a pasar por mis dominios, no te perdonaré más la vida.

Al oírlo Ba-Chie y el Bonzo Sha sintieron tal alivio que por un momento les pareció que acababan de dejar atrás las puertas del infierno. Agarraron a toda prisa el equipaje y el caballo y se dirigieron, corriendo como ratones, a la parte de atrás de la Caverna de la Corriente Lunar. Cuando llegaron allí, levantaron la voz y gritaron con sus fuerzas:

- ¡Maestro!, ¿dónde estáis?

El monje Tang los reconoció en seguida y les respondió, aliviado, desde su escondite de zarzas. El Bonzo Sha fue el primero en verle y, llevándole de la mano hasta donde estaba el caballo, le ayudó a montar. Fue una suerte que, estando a punto de convertirse en bocado del monstruo del rostro azulado, se topara con la dulce y piadosa Vergüenza de las Cien Flores. Tripitaka se sentía como un salmón que hubiera escapado del engañoso fulgor de un anzuelo de oro: sin dejar de agitarse en el agua, nadaba, feliz, en la dirección que le marcaban las olas.

Ba-Chie abría la marcha y la cerraba, con el equipaje a las espaldas, el Bonzo Sha. No tardaron en abandonar el bosque y en hallar el camino principal. Pero, lejos de alegrarse, empezaron a discutir, culpándose el uno al otro de lo ocurrido. La discusión llegó a tal extremo que Tripitaka tuvo que emplear toda su autoridad para apaciguarles. A la caída de la tarde buscaron un lugar en el que pasar la noche, pero el canto del gallo los sorprendió bajo cielo abierto. Esto se repitió un día tras otro y, de esta forma, recorrieron no menos de doscientos noventa y nueve kilómetros. Un día levantaron la vista y vieron, por fin, a lo lejos una hermosa ciudad. No cabía la menor duda de que se trataba del Reino del Elefante Sagrado. Valía la pena haber hecho un viaje tan largo, porque su belleza era, en verdad, inigualable y pocas tierras conocían la prosperidad de que ella gozaba. Como si fuera morada de inmortales, se hallaba envuelta en una neblina multicolor, con la que la luna competía de continuo en luminosidad. A lo lejos se la veía una franja de verdes montañas, desplegada como si fuera una pintura interminable. Se presentía la presencia de un arroyuelo de aguas serenas, cuya espuma por fuerza habría de recordar al jade blanco. La campiña estaba cubierta de campos unidos entre sí por una tupida red de caminos y senderos. El arroz se mostraba granado y en sazón. Pero aquélla no era exclusivamente tierra de campesinos. En algunas de las casas se secaban al sol redes de pescador, mientras que en otras se veían grandes montones de leña, hacinados por la experta mano de un leñador. Tanta riqueza estaba protegida por altos murallones, que hacían posible que todos los hogares compitieran entre sí en felicidad y despreocupación. A ellos estaban adosadas nueve torres tan hermosas que parecían la antesala de otros tantos palacios. Sus tejas de porcelana, auténticas teselas, las hacían brillar como si fueran faros. En su interior se alzaban el Pabellón del Gran Último, el de la Cobertura Brillante, el Salón para Quemar Incienso, la Sala para Revisar los Textos, el Palacio para Hacer-públicas-las-decisiones-de-gobierno y el Gran Salón de los Sabios. Todos estos edificios habían sido construidos uno detrás de otro y poseían entradas de jade y escaleras de oro, por las que no dejaban de circular auténticos enjambres de funcionarios civiles y militares. Pese a su innegable magnificencia, no podían compararse con el Pabellón de la Luz Cegadora, el del Sol Brillante, el del Eterno Placer, el de la Claridad Inmarcesible, el de la Memoria Sempiterna y el del Final Inalcanzable. De todos ellos manaba una auténtica sinfonía de

quejas femeninas y añoranza primaveral, acompañadas por el estridente sonido de carillones, tambores, gaitas y flautas. Pero su triste y lánguida belleza era inferior a la del jardín que se adivinaba al final de tan serenos e impresionantes palacios. En él, más que verse, se presentía la presencia de rostros tan frescos como flores cubiertas de rocío y talles tan delgados como ramitas de sauce danzando libremente en alas del viento. Tanta dulzura estaba reservada exclusivamente para alguien que vestía muníficamente y montaba en una carroza tirada por cinco caballos. Tal era su importancia que siempre le protegían arqueros tan diestros que eran capaces de lanzar sus dardos contra la niebla y recobrarlos con el cuerpo muerto de unos halcones ¹. Aquel jardín tan espléndido estaba lleno de parterres, sauces y pabellones, en los que la música no dejaba de sonar y la brisa traía recuerdos del Puente de Luoyang. La sugerencia era tan fuerte que el buscador de escrituras no pudo por menos de traer a la mente la corte de los Tang y la añoranza le desgarró las entrañas. Lo mismo les ocurrió a sus discípulos, que pronto se abandonaron a sus propios sueños. Irremediamente la vista del Reino del Elefante Sagrado los transportaba a otro lugar más familiar. Poco a poco, no obstante, se fueron recobrando y se llegaron hasta una casa de postas, donde descansaron un poco. El monje Tang se dirigió después a una puerta del palacio real y dijo al oficial que lo guardaba:

- Informad a vuestro señor que acaba de llegar un monje de la de los Tang y solicita ser recibido en audiencia, para obtener de su generosidad permiso para cruzar sus tierras.

El Guardián de la Puerta Amarilla corrió al interior del palacio y, echándose rostro en tierra ante los peldaños de jade blanco, dijo con sumo respeto:

- Ahí fuera, majestad, hay un monje de la Corte de los Tang, que solicita audiencia para poder cruzar vuestros dominios.

El rey se mostró muy complacido ante semejante anuncio y ordenó:

- Hacedle pasar inmediatamente.

Tripitaka se llegó hasta los escalones dorados y saludó con tal respeto al señor de aquel reino que todos los funcionarios, civiles y militares que se hallaban allí reunidos comentaron entre sí, gratamente impresionados:

- En verdad este hombre proviene de una nación noble en extremo. No hace falta más que ver lo exquisito de sus modales.

- ¿Se puede saber por qué habéis decidido venir a nuestro reino? preguntó el rey.

- Vuestro humilde siervo - respondió Tripitaka, agachando ligeramente la cabeza - es un monje budista de la corte de los Tang, que se dirige hacia el Oeste en busca de escrituras por orden expresa de su majestad imperial. Al iniciar el viaje, se me dijo que debería solicitar de vos un permiso especial para cruzar vuestras tierras, y ése es el motivo por el que he osado molestaros. Traigo, por otra parte, un escrito para vos de mi dueño y señor.

- Si lo que dices es cierto - concluyó el rey -, me gustaría echarle vistazo.

Tripitaka alargó las dos manos y, sin atreverse a levantar la vista del suelo, colocó el documento sobre la mesa real. En él se decía lo siguiente:

Escrito de puño y letra del Hijo del Cielo de los Tang, que rige con ayuda de lo alto los destinos del Gran Imperio situado en el Continente Austral de Jambudvīpa. Conscientes de nuestra indignidad y falta de acendrada virtud, nos declaramos descendientes de una tradición imperecedera. Atentos al servicio de los dioses y al gobierno de los hombres, luchamos por mantenernos alerta día y noche, como si estuviéramos acercándonos a una sima profunda o camináramos sobre hielo. Hace cierto tiempo fuimos incapaces de salvar la vida al Respetable Dragón del Río Ching, siendo consecuentemente castigados por el Augustísimo Emperador de los Cielos. Nuestro espíritu se adentró en la Región de las Sombras, pero nuestros días no se habían cumplido y el Señor de la Tiniebla, a quien nunca ponderaremos lo suficiente, nos permitió regresar al mundo de los vivos. En prueba de agradecimiento, celebramos una gran ceremonia por los difuntos, ofreciendo sacrificios sin cuento por las almas de los que nos

precedieron en este mundo de luz. Fue entonces cuando la que salva de sus desdichas al género humano la Bodhisattva Kwang Shr-Ing, se mostró a nosotros tal cual es y nos reveló que en el Oeste existe un cuerpo de escrituras budistas capaz de redimir a los muertos y dar sosiego a los espíritus que andan errantes. Por eso hemos encargado a Hsüan Tsang, respetable y muy digno Maestro de la Ley, que trasponga las miles de montañas que separan nuestro imperio de las bienaventuradas tierras del Oeste y consiga dichas escrituras. Esperamos que los señores de las incontables naciones que ha de cruzar se muestren comprensivos con nuestros deseos y le permitan pasar libremente por sus dominios. Documento otorgado un día favorable del otoño del año decimotercero del período Chen-Kwan de los Gran Tang. Escrito imperial. (En él aparecían estampados los nueve sellos sagrados.)

En cuanto el rey hubo concluido su lectura, tomó el sello de jade de sus propios dominios y lo añadió a los que ya figuraban en documento de tanto valor. Sin más, se lo devolvió a Tripitaka, que, tras agradecer su gesto, dijo:

- Existe un segundo motivo que me ha forzado a venir a presentaros mis respetos y no es otro que el de entregaros una carta de un familiar vuestro,

- ¿De un familiar? - repitió el rey, sorprendido.

- Así es - confirmó el monje -. De vuestra hija, la princesa tercera, que fue raptada en su día por el Monstruo de la Túnica Amarilla y que actualmente mora en la Caverna de la Corriente Lunar de la Montaña de la Cacerola.

- Son trece ya los años que llevamos sin verla - exclamó el rey con los ojos anegados en lágrimas -. A causa de su desaparición hemos castigado a incontables funcionarios, tanto civiles como militares, y condenado a muerte a no pocos eunucos y damas de compañía. En un principio pensamos que se había alejado del palacio y no había sabido regresar. Locos por el dolor de su ausencia, interrogamos a todos los habitantes de la ciudad, pero nadie supo darnos razón de su paradero. Simplemente había desaparecido sin dejar rastro alguno. ¿Cómo íbamos a sospechar que un monstruo la había raptado? Perdonadme, pero al oírlos hablar de ella, no he podido controlar la emoción y la tristeza ha sembrado mis ojos de lágrimas.

Emocionado, Tripitaka metió las manos por la manga y sacó la carta. Al ver la dirección que figuraba en el sobre, el rey se puso a temblar y, aunque lo intentó repetidas veces, no pudo abrir el sobre. Hubo de hacerlo el Gran Secretario de la Academia Han-Lin 2, que se encargó, igualmente, de su lectura. Todos los funcionarios de la corte, tanto civiles como militares, escucharon su contenido con mal disimulada emoción, lo mismo que las concubinas y damas del palacio, que se apostaron discretamente tras unos artísticos biombo. El Gran Secretario extendió el escrito y leyó con voz clara:

Vergüenza de las Cien Flores, hija poco piadosa, toca el suelo con su frente más de cien veces seguidas ante su padre rey, hombre adornado con las más sublimes virtudes, en el Palacio del Dragón y el Fénix. Que el Cielo conserve sus días hasta el final de los tiempos. Me inclino, igualmente, ante mi madre reina, señora de los Tres Palacios, en el Pabellón del Sol Brillante, y ante todos los dignos ministros, tanto civiles como militares, que prestan sus inestimables servicios a la corte. Desde que mi buena fortuna determinó que naciera en el palacio de tan altos soberanos, no he hecho más que daros quebraderos de cabeza y proporcionaros incontables momentos de insoportable tristeza. Lamento no haber contribuido más activamente al incremento de vuestra felicidad, entregándome de lleno al cumplimiento de mis obligaciones filiales. Hace trece años la noche del día quince del octavo mes mi augusto padre ordenó, con el fin de celebrar como se exigía festividad tan señalada, que en todos los palacios se prepararan espléndidos banquetes, de forma que cuantos se encontraban a su servicio pudieran disfrutar de la belleza de la luna en el maravilloso Festival de los Cielos Puros. Desgraciadamente, en el momento más señalado de la celebración, se levantó de pronto un golpe de viento muy aromático 3, a lomos del cual viajaba un demonio de pupilas de oro, rostro azulado y pelo verdoso, que se llegó hasta mí y me arrebató hacia lo alto. A bordo de una nube luminosa me llevó a una región deshabitada situada a media altura de la montaña que constituye su morada, prohibiéndome

abandonarla bajo concepto alguno. Valiéndose de sus poderes mágicos, me obligó a aceptarle por esposo, sufriendo durante todos estos años tan vergonzosa ignominia. Dos veces fructificó en mí su simiente de bestia, dándole otros tantos hijos monstruos. Sacar a relucir hechos tan luctuosos es, en realidad, una forma de corromper las relaciones humanas y socavar los principios mismos de nuestra moralidad. No debería, por tanto, hacer llegar a vuestras manos una carta tan insultante para vos, pero me temo que, si deo escapar esta ocasión, jamás podré daros oportuna noticia de las aberraciones a las que me he visto sometida. Mientras meditaba sobre todo esto, reconfortada, de alguna forma, por la dulzura de vuestro recuerdo, llegó a mis oídos que el monstruo había tomado igualmente cautivo a un digno monje procedente de la ilustre nación de los Tang. Fue entonces cuando me decidí a escribiros esta carta con los ojos anegados en lágrimas, armándome, al mismo tiempo, de valor para solicitar de mi demoníaco esposo la liberación del religioso, que se ofreció de buen grado a hacer de mensajero. Suplico a mi ilustre padre que no cierre sus oídos a la llamada de la compasión y envíe a sus más dignos generales de la Caverna de la Corriente Lunar en la Montaña de la Cacerola, para que capturen a la Bestia de la Túnica Amarilla y faciliten mi vuelta a la corte que siempre constituyó mi hogar. Éste será para mí el más valioso favor que jamás haya recibido. Perdonad, os suplico, mi falta de respeto, al escribiros una carta cuyo contenido no he meditado en ningún momento. Espero poder deciros cara a cara lo que ahora me es imposible expresar. Vuestra indigna hija, Vergüenza de las Cien Flores, se inclina respetuosamente ante vos una y otra vez.

En cuanto el Gran Secretario hubo terminado de leer la carta, el rey dejó escapar unos gritos tan desgarradores de dolor que los moradores de los tres palacios no pudieron contener las lágrimas y todos los funcionarios experimentaron el peso de un insoportable dolor. Cuando por fin pudo sobreponerse a tan profunda pena, se volvió hacia sus oficiales, tanto militares como civiles, y les preguntó:

- ¿Quién de entre vosotros está dispuesto a hacerse cargo de la tropa que ha de capturar al monstruo y liberar a la princesa Cien Flores?

Varias veces repitió la pregunta, pero nadie se atrevió a responderla. Al parecer no había en toda la corte una persona con la valentía suficiente para emprender una misión tan arriesgada. Todos se quedaron completamente mudos, como si fueran generales esculpidos en madera o ministros moldeados en arcilla. Desesperado, el rey empezó a llorar con insoportable amargura. Las lágrimas fluyeron por sus mejillas, como si fueran torrentes. Muchos oficiales se echaron entonces rostro en tierra y dijeron:

- Renunciad a tanto sufrimiento y aceptad de una vez por todas que habéis perdido para siempre a la princesa. Son muchos trece años para borrarlos de un solo plumazo. Aunque, por otra parte, parece cierto que vuestra hija se ha topado con este digno monje de la corte de los Tang y se ha valido por su medio para haceros llegar una carta, no estamos suficientemente informados de su situación actual. Eso sin contar con que vuestros humildes servidores no somos más que criaturas mortales. Hemos estudiado a lo largo de nuestras vidas gran número de manuales y tácticas militares, pero los conocimientos que de ellos hemos adquirido se circunscriben a la defensa de las fronteras de nuestra nación de cualquier ataque de hombres como nosotros. Ese monstruo, sin embargo, es alguien que se vale de la niebla para avanzar y viaja a lomos de una nube. ¿Cómo vamos a poder capturarlo y liberar a la princesa, si nunca da la cara y nos supera en astucia y poder? Pensamos, por otra parte, que este digno Peregrino de las Tierras del Este es un monje santo, que, además, procede de una muy noble nación. No dudamos, pues, que sea capaz de dominar a tigres y dragones y de ahuyentar a espíritus y demonios. Por fuerza tiene que estar versado en el arte de atrapar monstruos. Por si esto fuera poco, como muy bien afirma el proverbio, "quien se encarga de comunicar una noticia no puede desentenderse después de ella". Pidámosle, por tanto, que se encargue él de dominar al monstruo y rescatar a la princesa. ¿No opináis que es la solución más aceptable?

Al oír eso, el rey se volvió inmediatamente hacia Tripitaka y le dijo:

- Si, en verdad, conocéis la forma de liberar la energía de vuestro dharma, para capturar al monstruo y, así, permitir la vuelta de mi hija, tened por seguro que no necesitaréis proseguir vuestro viaje hacia las Tierras del Oeste. Podéis dejaros crecer de nuevo el pelo y estableceré con vos un pacto de hermandad. Todas mis riquezas serán vuestras, incluidos este palacio y el trono del dragón, desde el que rijo los destinos de este pueblo. ¿Cuál es vuestra respuesta?

- Yo, gran señor - se apresuró a decir Tripitaka -, apenas sé recitar los nombres de Buda. ¿Cómo voy a poder dominar monstruos?

- Si no fueras capaz de hacerlo - le rebatió el rey -, no te habrías atrevido a iniciar un viaje tan largo con el único propósito de buscar los escritos de Buda.

Tripitaka no pudo seguir ocultando por más tiempo la verdad y hubo de sacar a colación a sus dos discípulos, diciendo:

- Tenéis razón. Para mí solo hubiera sido una empresa totalmente inalcanzable. Pero traigo conmigo a dos discípulos tan capaces que ni las más altas montañas ni los ríos más caudalosos son obstáculos insalvables para su ingenio. Si no llega a ser por su ayuda, jamás habría llegado hasta aquí.

- ¿Cómo podéis ser tan insensible? - exclamó el rey, reprendiéndole -. Sí, como decís, tenéis dos discípulos, ¿por qué no les habéis traído a verme? Aunque, quizás, no les hubiera recompensado, les habría ofrecido por lo menos algo de comer.

- Mis discípulos, señor - explicó Tripitaka -, son bastante feos y ellos mismos no se han atrevido a entrar sin permiso en vuestro palacio. Temían que pudieran daros un susto de muerte.

- ¿Habéis oído cómo habla este monje? - preguntó el rey, soltando la carcajada -. ¿Crees realmente que iba a asustarme de ellos?

- ¡Quién sabe! - contestó Tripitaka -. El mayor de ellos se apellida Chu y tiene dos nombres: Wu-Neng y Ba-Chie. No puede ser más feo. Posee un morro llamativamente largo, unos dientes tan afilados como colmillos, unas cerdas, que recuerdan al acero, en la nuca y unas enormes orejas que parecen abanicos. Por si esto fuera poco, es tan tosco y rudo que, cuando camina, levanta oleadas de viento. Por lo que respecta a mi segundo discípulo, os diré que se apellida Sha, siendo sus nombres los de Wu-Ching y Bonzo. Mide doce pies de altura y posee unos hombros llamativamente anchos. Su cara es azulada, su boca recuerda el barreño de un carnicero, sus ojos brillan como el fuego y sus dientes parecen una fila de clavos. Con físicos así, ¿cómo van a atreverse a comparecer ante vos, sin ser invitados de antemano?

- Dado que nos habéis ofrecido una descripción tan acertada de ellos - concluyó el rey -, creo que estamos preparados para conocerlos sin sufrir el menor sobresalto. Hacedlos llamar en seguida.

La orden fue redactada en una placa de oro, que fue enviada inmediatamente a la casa de postas. En cuanto el Idiota la vio, comentó con el Bonzo Sha:

- Decías que, a pesar de todo, quizás no hubiera sido buena idea de entregar la carta de la princesa. Esto demuestra que estaba completamente equivocado. Lo más seguro es que, una vez cumplida su misión, nuestro maestro haya sido invitado a un espléndido banquete por el rey (ya conoces la alta estima que los monarcas suelen de los mensajeros) y, al ser incapaz de terminar con toda la comida él solo, ha mencionado a su graciosa majestad nuestros nombres. De ahí que hayamos recibido esta placa de oro. Vamos, démonos prisa. No está bien hacer esperar una buena comida. Con el estómago lleno reanudaremos mañana mismo el viaje.

- No te precipites - le aconsejó el Bonzo Sha -. Mirándolo bien, desconocemos aún el motivo de esta repentina invitación. De todas formas, creo que no nos queda más remedio que ir a averiguarlo.

Pidieron al posadero que se hiciera cargo del caballo y el equipaje y, agarrando sus armas, se dirigieron hacia el palacio real. Cuando llegaron a los escalones de jade blanco, hicieron una leve reverencia y se quedaron tranquilamente de pie. Eso provocó la ira de todos los funcionarios, tanto civiles como militares, que comentaron indignados Entre sí:

- ¿Quiénes se habrán creído que son estos monjes? Aparte de feos, no tienen la menor idea de la etiqueta. ¿Cómo es posible que no se echen rostro en tierra, al comparecer ante nuestro señor? ¡Es indignante que sólo se hayan inclinado! ¡Jamás se había visto cosa tan vergonzosa!

Para colmo, Ba-Chie oyó sus quejas y exclamó:

- No sé a qué viene tanto cuchicheo. Nosotros somos así y asunto concluido. A primera vista parecemos un poco feos, pero, en cuanto os acostumbréis, comprobaréis que hasta nuestros modales son bastante distinguidos.

El rey parecía muy alterado, sobre todo después de oír lo que el Idiota acababa de decir. Temblaba de tal manera que por poco no se cae del trono del dragón. Afortunadamente le agarraron a tiempo dos de sus subalternos y se mantuvo firme en su sitio. Comprendiendo lo delicado de la situación, el monje Tang se echó rostro en tierra y, sin dejar de golpear el suelo con la frente, suplicó a su majestad:

- ¡Soy digno de diez mil condenas de muerte! Ya os advertí que mis discípulos eran tan feos que bajo ningún concepto debían ser admitidos a entrar en palacio. Por mi culpa vuestro cuerpo de dragón se ha puesto a temblar y toda la corte ha caído presa del pánico.

Sin dejar de temblar, el rey se dirigió hacia donde yacía tumbado Tripitaka y, ayudándole a levantar, dijo:

- Os agradezco que me lo hayáis advertido. Si no lo hubierais hecho a buen seguro que me hubiera muerto del susto.

Pareció entonces dominar el nerviosismo que le embargaba y volviéndose hacia Ba-Chie y el Bonzo Sha, les preguntó:

- ¿Quién de vosotros está especializado en atrapar monstruos?

- Yo - respondió el Idiota, sin pensarlo.

- Soy el Mariscal de los Juncales Celestes - contestó Ba-Chie, orgulloso -. Como no obedecí en una ocasión las órdenes del Señor del Cielo, fui confinado en esta región de sombras, donde me cupo la enorme fortuna de aceptar la verdad y hacerme monje. No es de extrañar, por tanto, que a lo largo de este viaje haya dominado toda clase de monstruos.

- Dado que eres un guerrero celestial que ahora vive en la tierra - comentó el rey -, debes de dominar a la perfección las técnicas de la transformación mágica. ¿No es así?

- No es que quiera dármelas de grande - respondió Ba-Chie -, pero es cierto cuanto acabáis de decir. Conozco, en efecto, unos cuantos trucos.

- ¿Por qué no te transformas en algo para que pueda verlo? - sugirió el rey.

- Elegid vos mismo lo que deseéis - contestó, una vez más, Ba-Chie.

- En ese caso - concluyó el rey, complacido -, transfórmate en algo realmente grande.

Ba-Chie conocía treinta y seis formas de metamorfosis, por lo que no le costó mucho satisfacer a su anfitrión. Se puso enfrente de los escalones, hizo un gesto mágico con los dedos y, tras recitar el oportuno conjuro, gritó:

- ¡Crece!

El pecho se le estiró de una forma increíble y en un abrir y cerrar de ojos alcanzó una altura de ochenta a noventa pies, como si fuera un dios encargado de otear el horizonte. Al ver semejante prodigio las dos filas de funcionarios, tanto civiles como militares, se pusieron a temblar de miedo, mientras el rey castañeteaba los dientes de espanto. Uno

de los generales encargados de la guardia del palacio se las arregló, sin embargo, para armarse de valor y preguntar con voz insegura:

- ¿Podéis crecer más? ¿Tiene algún límite vuestra capacidad?

- Eso depende del viento - comentó el Idiota, sin poder resistir su ansias de lucimiento - . Puedo aumentar de tamaño tanto como quiera, si soplan los aires del este o del oeste. Pero, si se levanta el viento del sur, mis poderes se disparan y soy capaz de hacer con la cabeza un agujero grandísimo en el cielo.

- ¡Basta, basta! - exclamó el rey, horrorizado -. Ya veo que para ti las metamorfosis no encierran el menor secreto. Adopta tu tamaño normal, por favor.

Ba Chie así lo hizo, permaneciendo orgulloso de pie frente a la escalinata. Más aliviado, el rey se atrevió a preguntarle: - ¿Qué clase de armas vas a usar para enfrentarte a ese monstruo?

- Lo único que preciso es esto - contestó Ba-Chie, enseñándole el tridente.

- ¿Sólo eso? - volvió a exclamar el rey, un tanto burlón -. Aquí tenemos látigos, mazas, cimitarras, lanzas, hachas de guerra, espadas y toda la clase de ingenios para la lucha. Nuestro arsenal es muy amplio y puedes servirte de él a tu antojo. ¿Cómo es posible que consideres ese tridente como un arma?

- Se ve que desconocéis sus poderes - respondió Ba-Chie -. Aunque parece tosco, me he servido de él en más de mil batallas. Cuando estaba al mando de los ochenta mil marineros que componían la fuerza naval del Río Celeste, me valía exclusivamente de su acero para imponer la disciplina. Posteriormente, habitante ya de este mundo mortal, lo puse al servicio de mi maestro, allanando con él guaridas de tigres y lobos de montaña y arrasando con su fuerza moradas de dragones y serpientes.

- El rey se sintió muy satisfecho de cuanto oía y no quiso seguir importunando a guerrero tan indomable. Se volvió hacia las damas de la corte y les ordenó:

- Sacad algo de ese vino especial que guardo en mis bodegas. Traed una botella entera para que pueda brindar, como se merece, a la salud de este héroe.

En cuanto las damas hubieron cumplido su encargo, llenó él mismo una copa y dijo, ofreciéndosela a Ba-Chie:

- Este brindis, respetable maestro, es por el éxito de la empresa que estáis a punto de emprender. Cuando hayáis capturado al monstruo y puesto en libertad a mi hija, os ofreceré un opíparo banquete y no menos de mil piezas de oro. Mi agradecimiento será tal que hasta los dioses desearán encontrarse en vuestro lugar.

El Idiota tomó en seguida en sus manos la copa que se le ofrecía. Aunque era rudo y maleducado, sabía ser cortés cuando se lo proponía e, inclinándose ante Tripitaka, dijo:

- A vos os compete, maestro, probar primero este vino. Sin embargo, no puedo rechazar, así como así, el ofrecimiento del rey. Permitidme, por tanto, que beba antes que vos esta copa. No dudo que el vino me ayudará a capturar más fácilmente al monstruo.

El Idiota vació la copa de un trago, para volverla a llenar al instante y ofrecérsela respetuosamente a Tripitaka. Pero éste la rechazó diciendo:

- Sabes bien que yo no bebo. ¿Por qué no se la ofreces a tu hermano?

El Bonzo Sha aceptó, complacido, la copa. No había acabado de tomarla, cuando a los pies del Idiota se formó una especie de alfombra de nubes, que le catapultaron hacia lo alto. Asombrado, el rey exclamó:

- ¡Cuántos poderes posee el sabio Chu! ¡Hasta por las nubes es capaz de andar!

El Bonzo Sha no le prestó ninguna atención. En cuanto hubo vaciado la copa de un solo trago, se volvió hacia su maestro y le dijo:

- Mientras os hallabais en poder del Demonio de la Túnica Amarilla, Ba-Chie y yo fuimos incapaces de dominarle, aunque éramos dos contra uno. Me temo que, si ahora

nuestro hermano se enfrenta solo a él, va a terminar siendo aplastado como una flor diminuta frente a una manada de caballos.

- Tienes razón - admitió Tripitaka -. Lo mejor que puedes hacer es ir detrás de él y tratar de prestarle toda la ayuda que puedas.

El Bonzo Sha no lo pensó dos veces. De un salto se elevó hacia lo alto, desapareciendo al poco rato entre las nubes. El rey se sintió tan sobrecogido que, agarrando al monje Tang de la túnica, le suplicó, diciendo:

- Sentaos, por favor, un momento y no tratéis también vos de caminar por las nubes.

- ¿Caminar yo por las nubes? - repitió el monje Tang -. ¡Ojalá pudiera hacerlo! Os aseguro que soy incapaz de dar un solo paso por ahí arriba.

El Bonzo Sha no tardó en alcanzar a Ba-Chie. Cuando se encontró a su altura, le saludó con la mano y le dijo:

- Aquí me tienes otra vez.

- ¿Por qué me has seguido? - le preguntó Ba-Chie.

- El maestro me ha pedido que te preste toda la ayuda que pueda - explicó el Bonzo Sha.

- No esperaba de él otra reacción - contestó Ba-Chie, complacido -. Bienvenido a mi bando. No me cabe la menor duda de que, si unimos nuestras fuerzas, el monstruo no tendrá absolutamente nada hacer. En cuanto le hayamos capturado, nuestra fama se extenderá como el humo por todo el reino y hasta el mismísimo rey se inclinará ante nosotros.

Hablando de sus sueños, no tardaron en abandonar los dominios del padre de la princesa cautiva. Iban dejando una estela de luz, mientras volaban por el cielo. Su obsesión era llegar cuanto antes a la caverna de la montaña y capturar a la bestia que la habitaba, dando, así, cumplimiento a los deseos reales. No tardaron, en efecto, en llegar a la boca de la cueva. Saltaron inmediatamente de las nubes y, levantando el tridente, Ba-Chie lo dejó caer con tal fuerza sobre la puerta de piedra que hizo en ella un agujero del tamaño de un barril. Desconcertados, los demonios encargados de su vigilancia corrieron a informar a su señor, diciendo:

- ¡Qué terrible desgracia, Gran Rey! Acaban de volver el monje del hocico largo y las orejas grandes y el bonzo de aspecto tétrico. Están tan furiosos que, de un golpe, han hecho añicos la puerta.

- Por fuerza tienen que ser Chu Ba-Chie y el Bonzo Sha – exclamó, sorprendido, el monstruo -. No comprendo cómo se han atrevido a volver en busca de camorra, después de haber dejado en libertad a su maestro.

- A lo mejor se han olvidado de algo y han vuelto a por ello - dijeron, temblando, algunos de los diablillos.

- ¡Tonterías! - volvió a exclamar el monstruo -. El que se olvida de algo no regresa haciendo añicos las puertas. Tiene que existir alguna otra razón.

A pesar de no dar con ella, se puso la armadura a toda prisa, agarró la cimitarra y, saliendo fuera de la cueva, gritó:

- ¿Queréis explicarme por qué habéis vuelto a destrozar la puerta de mi morada? ¿Acaso no le he perdonado la vida a vuestro maestro?

- Por supuesto que sí - admitió Ba-Chie -. Sin embargo, has hecho algo peor que eso.

- ¿Se puede saber qué? - inquirió el monstruo.

- Raptar a la tercera princesa del Reino del Elefante Sagrado y forzarla a convertirse en tu esposa - contestó Ba-Chie -. Han pasado trece años desde entonces y pensamos que ha llegado ya el momento de que la dejes en libertad. De hecho, si estamos aquí ahora, es por orden expresa del rey, que nos ha encargado que te capturemos y te conduzcamos ante él. Así que ríndete y déjate apresar. Si lo haces, nos evitarás a todos molestias

innecesarias.

El monstruo se puso furioso, al oír tales razones. Se sentía tan humillado que los dientes le rechinaban y los ojos le daban vueltas en sus órbitas, como si fueran a abandonarlas de un momento a otro. Levantó la cimitarra por encima de la cabeza y la dejó caer con fuerza sobre Ba-Chie. Afortunadamente, éste se hizo a un lado y el golpe se perdió en el vacío. El Bonzo Sha no tardó en sumarse a la lucha, blandiendo a izquierda y derecha su pesado báculo. El combate tuvo lugar en la cumbre misma de la montaña y fue totalmente distinto del que se había desarrollado horas antes. Los contendientes lanzaban sin cesar insultos, que avivaban el fuego del odio y hacían que la lucha fuera más encarnizada. Los golpes de la cimitarra iban dirigidos contra las cabezas de sus adversarios, mientras los del tridente buscaban sin cesar el rostro de su oponente. El báculo de Sha Wu-Ching era menos selectivo, por lo que el monstruo encontraba más difícil desviar su carga mortal. Ninguna de las dos partes cedía terreno, atacando y retrocediendo sin apenas moverse del sitio. No podía ser de otra forma el enfrentamiento entre un monstruo espiritual y dos monjes con pretensiones de dioses. Sin embargo, era en el terreno de los insultos donde más virulencia alcanzaba su furia:

- Mereces la muerte por haberte burlado de todo un reino - decía uno.

- Eso no es asunto tuyo y harías muy bien en no enfadarte por lo que de ninguna manera te atañe - replicaba el otro.

- Has violado a una princesa, condenándola a una existencia de oprobio y vergüenza - acusaba un tercero.

- ¡Eso a ti ni te va ni te viene! - se defendía, una vez más, el segundo -. Lo mejor que puedes hacer, por tanto, es no meterte donde no te llaman.

Tal intercambio de sinrazones había tenido su origen en el desafortunado envío de una carta. Por su culpa los monjes y el demonio habían visto rota la paz de su existencia.

Ocho o nueve veces llevaban medidas sus fuerzas, cuando Ba-Chie comenzó a caer presa de la fatiga. Se sentía tan débil que apenas podía levantar el tridente. Las energías le iban abandonando a ojos vistas ¿Cómo explicar ese cambio? La verdad era que la vez anterior había logrado resistir sus embates, porque, sin él saberlo, había gozado de la ayuda de los dioses protectores del dharma, que no se apartaban ni un solo momento del monje Tang. Al estar prisionero en la caverna, habían apoyado con indecible tesón a sus discípulos, pero, ahora que se había quedado en el Reino del Elefante Sagrado, les habían retirado del todo su apoyo. Bien lo comprendió el Idiota, al ordenar al Bonzo Sha:

- Continúa luchando tú con él, mientras yo voy a hacer mis necesidades.

Sin preocuparse lo más mínimo del Bonzo Sha, se dejó caer desde lo alto, yendo a parar a un enmarañado grupo de zarzas. Las espinas se cebaron en su carne, llenándole la cara de arañazos y produciéndole profundas heridas. Pero no pareció importarle, porque se escondió entre ellas, negándose a reincorporarse a la lucha. Sólo dejó fuera media oreja para ver qué tal iba la batalla, una causa perdida ya totalmente.

Al ver, en efecto, que Ba-Chie abandonaba el campo, el monstruo descargó toda su furia sobre el Bonzo Sha, que ni siquiera tuvo tiempo de escapar. La bestia se apoderó de él en un abrir y cerrar de ojos, conduciéndole al interior de la caverna, donde fue atado de pies y manos por los regocijados diablillos que en ella moraban.

No sabemos de momento si su vida corrió o no algún peligro. Quien desee averiguarlo deberá, por tanto, prestar atención a las explicaciones que se ofrecen en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXX

EL DEMONIO ATACA AL AUTÉNTICO DHARMA. EL CABALLO DE LA VOLUNTAD LLAMA EN SU AYUDA AL MONO DE LA INTELIGENCIA

Una vez que hubo capturado al Bonzo Sha, el monstruo se negó a torturarlo o a matarlo. Es más, ni siquiera le insultó, cubriéndole de improperios, como suelen hacer con sus prisioneros los guerreros vencedores. En vez de eso, agarró la cimitarra y se dijo:

- El monje Tang es miembro de una noble nación, que, por fuerza, ha de poseer un sentido muy desarrollado de la justicia. No acabo de comprender cómo ha podido enviar a sus discípulos a capturarme después de haberle perdonado la vida. No encaja con su modo de ser. ¡Ahora caigo! - exclamó, de pronto -. Todo esto es obra de mi mujer, que se las ha arreglado para enviar una carta a sus padres por medio de esos monjes. No puede ser de otra forma. Ahora mismo voy a preguntarle.

Sentía tal indignación que su único deseo era acabar cuanto antes con la princesa, que no sabía nada sobre lo ocurrido. Después de acicalarse se disponía a dar un paseo, cuando vio acercarse al monstruo con los ojos saliéndole de las órbitas, el ceño totalmente fruncido y los dientes rechinándole de rabia. La mujer estaba acostumbrada a repentinos cambios de humor y no se asustó. Al contrario, sonrió dulcemente y le preguntó:

- ¿Se puede saber qué es lo que os preocupa de esa manera?

- ¡Maldita puta! - gritó el monstruo por toda respuesta -. ¿Es que no tienes en ninguna estima las relaciones humanas? Cuando te traje aquí, no proferiste ni una palabra de protesta. Te encantaba vestirme de seda y cubrirte de adornos de oro. Si deseabas algo, me faltaba tiempo para traértelo, como si fuera esclavo tuyo. Todo me parecía poco con tal de hacerte feliz. Has disfrutado de cuanto pueda desear una mujer y jamás te ha faltado de nada. ¿No te he tratado, acaso, con comprensión absoluta y perfecto cariño? ¿Por qué sigues pensando todavía en tus padres, sin valorar en nada a tu actual familia?

Al oír eso, la princesa se dejó caer en tierra y, presa del pánico, preguntó con entrecortada voz:

- ¿Por qué habláis así? Parece como si hubierais decidido separaros de mí.

- La única que ha pensado eso has sido tú - replicó el monstruo -. Capturé al monje Tang y me sentí la bestia más feliz de todo el mundo, porque desde siempre había soñado con probar la tierna carne de un bonzo. ¿Por qué prometiste liberarlo antes, incluso, de que hubieras tratado el asunto conmigo? ¡Yo sé bien por qué lo hiciste! Escribiste en secreto una carta a tus padres y le pediste que hiciera de mensajero. De lo contrario, ¿cómo explicas que se hayan presentado esos dos monjes ante mi puerta, exigiéndome que te deje regresar a tu hogar de soltera? ¡No puedes negarlo! ¿Lo hiciste o no?

- Estáis muy equivocado en lo que decís - contestó la princesa -. ¿Queréis decirme cuándo he enviado yo carta alguna sin vuestro consentimiento?

- No va a servirte de nada tratar de engañarme - afirmó el monstruo -, porque acabo de capturar a alguien que va a testificar en contra tuya.

- ¿De quién habláis? - preguntó la princesa, visiblemente alterada.

- Del Bonzo Sha, el discípulo segundo del monje Tang.

Nadie está dispuesto, sin embargo, a aceptar la muerte de buen talante, aun siendo plenamente consciente de su inminencia. Eso explica que la princesa continuara insistiendo en su inocencia, diciendo:

- Calmaos y vayamos a interrogarlo, como parece ser vuestro deseo. Si se demuestra la existencia de la carta que decís, me prestaré de buen grado a ser muerta a palos. Pero, si jamás ha existido ese escrito del que habláis, ¿no cometeréis una gran injusticia

condenándome a muerte?

El monstruo aceptó sin más dilación esa propuesta. Alargó su mano azulada del tamaño de un biello y, agarrando a la princesa del pelo, la arrastró hasta la parte delantera de la caverna. Al llegar frente al prisionero, la tiró sin ningún miramiento al suelo y, con la cimitarra en la mano, interrogó al Bonzo Sha, diciendo:

- ¿Por qué habéis venido, tú y tu compañero, a retarme a las puertas de mi propia casa? ¿Os envió el padre de esta mujer, enterado de su paradero por la carta que ella misma le remitió por medio vuestro?

Al ver lo furioso que estaba el monstruo, que hasta quería matar a su esposa con la cimitarra, el Bonzo Sha pensó:

- Es cierto que envié una carta, pero también salvé a mi maestro y ése es un favor que nadie podrá devolverle jamás. Si admito que lo hice, esa bestia le dará muerte sin pensarlo dos veces y, en vez de una recompensa, recibirá un castigo ejemplar. En fin, llevo yo qué sé la de tiempo siguiendo a mi maestro y todavía no he hecho nada que valga realmente la pena. Ahora que estoy prisionero y cargado de cadenas es una buena ocasión para devolverle una ínfima parte de todo lo que he hecho por mí.

Levantó, pues, la voz y reprendió al monstruo, diciendo:

- ¿Cómo puedes ser tan bruto? ¿Quieres decirme qué había en esa carta que, según tú, escribió tu mujer, para que ahora desees quitarle la vida? Yo jamás he visto ese documento del que hablas. El motivo de haber venido a exigirte la liberación de la princesa es, de hecho, otro. Cuando mi maestro se encontraba en la misma situación que yo ahora, tuvo oportunidad de verla varias veces. No le fue difícil, por tanto, identificar en ella a la muchacha de la que continuamente hablaba el Rey del Elefante Sagrado, cuando llegamos a sus dominios y le solicitamos permiso para transitar por ellos. Nos hizo muchas preguntas sobre ella e incluso nos mostró un retrato suyo. Todo su afán era saber si la habíamos visto o no. Nuestro maestro describió entonces a la dama que había visto en este mismo palacio y el rey supo enseguida que se trataba de su hija. Nos invitó a brindar con él y nos ordenó que viniéramos aquí a capturarte y a liberar a la princesa, a la que debíamos conducir sin dilación alguna a su palacio. Te juro que esto fue lo que ocurrió. ¿A qué viene sacarte de la manga una carta que no existe? Si quieres matar a alguien, mátame a mí y no hagas daño a un inocente que nada tiene que ver en todo este asunto. ¿Qué necesidad tienes de aumentar a lo bobo el caudal de tus crímenes?

Al ver con cuánta determinación había hablado el Bonzo Sha, el monstruo arrojó a un lado la cimitarra y levantó a la princesa del suelo con sus dos manos, diciendo:

- Me temo que me he mostrado muy rudo contigo. Por fuerza he tenido que ofenderte más de la cuenta. Te suplico, por tanto, que me perdones.

La ayudó a arreglarse el cabello y a poner en orden sus vestidos con inesperadas muestras de afecto y ternura. A continuación la abrazó y, sin dejar de bromear con ella, la llevó al interior de la caverna. Allí le pidió que se sentara en la silla que ocupaba su centro y se disculpó lo mejor que pudo. La princesa era una mujer de carácter muy voluble y, al ver lo sumiso que se mostraba el monstruo, se arrepintió de lo sucedido y le suplicó con voz melosa:

- Si en algo valoras nuestro amor, haz que le aflojen un poco las cuerdas al Bonzo Sha.

El monstruo ordenó al instante desatar al monje y encerrarle en una mazmorra. Al sentirse solo, el Bonzo Sha recapacitó sobre lo ocurrido y se dijo, esperanzado:

- Como muy bien afirmaban los antiguos, "la consideración hacia los demás es, en realidad, consideración hacia uno mismo". Si no me hubiera mostrado amable con esa dama, seguro que no habrían ordenado desatarme.

Para congraciarse con la princesa y apaciguar todos sus temores, el monstruo pidió que les sirvieran vino y algo de comer. Cuando estaban medio borrachos, la bestia se puso

una túnica roja brillante y se ciñó a la cintura una espada dorada.

- Tú quédate en casa bebiendo un poco más - pidió a la princesa, acariciándola con una mano -. Cuida de nuestros dos hijos y no dejes escapar al Bonzo Sha. Ahora que el monje Tang está todavía por aquí, voy a congraciarme con los míos.

- ¿A congraciarte con quién? - repitió la princesa.

- Con tu padre el rey - contestó el monstruo -. Mirándolo bien, soy su yerno, y él, suegro mío. ¿Existe alguna razón que me impida congraciarme con él?

- No puedes hacer eso - exclamó la princesa.

- ¿Se puede saber por qué no? - preguntó el monstruo.

- Mi padre - explicó la princesa - no ganó su imperio a lomos de un caballo, sino que lo recibió en herencia de sus antepasados. Desde que ascendió al trono, ni siquiera una vez ha abandonado las puertas de la ciudad. Además, no tiene a su cargo hombres de aspecto tan terrible y fiero como el tuyo. Si te entrevistas con él, lo único que conseguirás será asustarle y eso no te traerá provecho alguno. Opino, por tanto que no es aconsejable que vayas ahora a congraciarte con él.

- Si es eso lo que te preocupa - concluyó el monstruo -, me transformaré en un tipo guapo y asunto concluido.

- De acuerdo - consintió la princesa -. Transfórmate en un caballero y déjame ver qué tal quedas.

El monstruo sacudió allí mismo el cuerpo y se convirtió en una persona de aspecto gentil. Sus rasgos eran atractivos en extremo y completaban la indescriptible belleza de su cuerpo. Hablaba con la elegancia de un mandarín y se movía con la gracia de un joven noble. Estaba tan dotado para la rima como Tsao-Chr 2 y superaba en belleza al mismísimo Pan-An 3, cuando las mujeres lanzaron sobre él cestos enteros de fruta. En la cabeza lucía un gorro con forma de cola de corneja, que resaltaba el atractivo de su lengua cabellera. Vestía una túnica de seda blanca con amplias y ondulantes mangas. Calzaba unas botas de cuero negro, que contrastaban con el brillo del cinturón de cinco colores que llevaba ceñido a la cintura. Era, en definitiva, el Arquetipo del hombre atractivo: guapo, alto, respetable y lleno de fortaleza. La princesa pareció tan complacida con el cambio que el monstruo soltó la carcajada y preguntó:

- ¿Te parece bien así?

- Por supuesto - contestó la princesa -. Es francamente maravilloso. Pero debes tener siempre esto presente: puesto que mi padre es un hombre que nunca rechaza a sus parientes, todos los funcionarios de la corte, tanto civiles como militares, te invitarán a infinidad de banquetes. Debes tratar de ser comedido y no beber más de la cuenta. De lo contrario, puedes mostrar sin darte cuenta la forma que te es habitual y todo el mundo huirá despavorido.

- No tengo necesidad de esos consejos - respondió el monstruo -. Ya sé yo lo que tengo que hacer.

Montó en una nube y no tardó en llegar al Reino del Elefante Sagrado. Se dirigió directamente a la corte y anunció al oficial que guarda la puerta:

- El tercer yerno del emperador solicita ser recibido por su augusto suegro. Os ruego tengáis la bondad de anunciarme.

El Guardián de la Puerta Amarilla corrió a las escalinatas de jade blanco e informó a su señor, diciendo:

- El tercer yerno de vuestra majestad solicita ser recibido por vos. Se encuentra ahí fuera a la espera de vuestra decisión.

El rey se encontraba en aquellos momentos hablando con el monje Tang. Al oír que se trataba de su tercer yerno, se volvió hacia sus ministros y les comentó, sorprendido:

- Sólo tengo dos yernos. ¿De dónde ha podido salir ese otro?

- No nos cabe la menor duda - explicaron varios ministros - de que se trata del monstruo que raptó a vuestra hija.

- ¿Pensáis que es prudente hacerle entrar? - volvió a preguntar el rey.

- ¡Se trata de un monstruo, majestad! - exclamó el monje Tang temblando de pies a cabeza -. Por si eso fuera poco, es extremadamente inteligente. Tanto que es capaz de viajar a lomos de las nubes y de predecir el futuro. Estoy seguro de que entrará cuando le deis permiso para ello, pero, si se lo denegáis, no os hará el menor caso y se presentará ante vos de todas las maneras. Opino, por tanto, que lo mejor es que otorguéis vuestro consentimiento.

Así lo hizo el rey, que dio órdenes para que el monstruo fuera conducido ante los escalones dorados. La bestia presentó sus respetos al monarca de una forma tan elegante que todos quedaron gratamente impresionados. Es más, al ver los funcionarios lo guapo que era, no se atrevieron a considerarle un monstruo. Fiándose de sus ojos mortales, le tomaron por un hombre de bien. El mismo rey, al comprobar lo comedido de sus ademanes, pensó que se trataba de un hombre de inigualables cualidades que le capacitaban para regir con justicia el mundo. Complacido, el monarca le preguntó:

- ¿De qué región eres y dónde tienes establecido tu hogar? ¿Cuándo te casaste con la princesa y por qué no has venido antes a conocer a tu familia?

- Vuestro humilde servidor - contestó el monstruo, rostro en tierra - es oriundo de una región situada al este de esta ciudad, concretamente en la Caverna de la Corriente Lunar, la cual se halla enclavada en la Montaña de la Cacerola.

- ¿A qué distancia se encuentra de nuestro palacio? - volvió a preguntar el rey.

- No muy lejos, señor - respondió el monstruo -. Creo que alrededor de trescientos kilómetros.

- ¿Trescientos kilómetros? - exclamó el rey, asombrado -. ¿Cómo se desplazó la princesa hasta allí para desposarse contigo?

El monstruo era sumamente inteligente y trató de confundir a su locutor, diciendo:

- Desde su más temprana juventud vuestro siervo ha gozado de los placeres del tiro con arco y las grandes galopadas, ya que siempre se ha dedicado a la caza. Hace trece años, cuando me disponía en compañía de decenas de criados a dejar sueltos a los halcones y mastines, vi cerca de mí a un enorme tigre. Venía montaña abajo y llevaba en las fauces a una muchacha. Vuestro servidor abatió a la bestia con una sola flecha y llevó a la joven a su residencia, donde fue reanimada con la ayuda de diferentes remedios. Al preguntarle sobre su procedencia, ni siquiera una sola vez mencionó la palabra princesa. Si hubiera afirmado que era la hija tercera de vuestra majestad, tened por seguro que no habría cometido la insolencia de casarme con ella sin haber obtenido antes vuestro consentimiento. Me habría llegado hasta este palacio dorado y habría tratado de entrevistarme con vos con el fin de hacerme digno de su amor, a pesar de la indiscutible humildad de mis orígenes. Sin embargo, ella me hizo creer que era la hija de unos campesinos y eso me animó a suplicarle que se quedara para siempre a mi lado. Parecíamos estar hechos el uno para el otro y los dos deseábamos compartir nuestras vidas. Llevamos casados, de hecho, trece años. Tras la ceremonia nupcial quise dar muerte al tigre y ofrecer a mis parientes su carne, pero la princesa pidió que no lo hiciera, expresando con estos versos la razón de tan extraña decisión: “El Cielo y la Tierra nos han convertido en marido y mujer, sin que hayan mediado casamenteras ni testigos. Desde tiempos remotos nuestros pies han estado unidos con cintas de seda roja 4, de ahí que el tigre haya sido, en realidad, nuestro mediador”. Ante tales razones vuestro súbdito liberó al tigre y le perdonó la vida. La bestia escapó a prisa con la flecha clavada en el cuerpo, las zarpas extendidas y el rabo estirado. Poco sospechaba yo entonces que unos años más iba a convertirse en un espíritu de montaña con ayuda de la

meditación. Lejos de dominar su fiero natural, eso le avivó aún más, atrayendo gente incauta a su guarida y devorándola después. Vuestro siervo oyó hablar de ciertos Peregrinos, todos ellos monjes, que habían sido enviados en busca de escrituras sagradas por el Gran Emperador de los Tang y decidió esperar su llegada para agasajarles como merecían. Desgraciadamente, esa noticia llegó también a oídos del tigre, que los devoró sin piedad alguna. No contento con eso apoderó de sus documentos de viaje y, tras adoptar su personalidad se llegó hasta vuestro palacio con el fin de engañaros. Creo que es mi deber informaros, señor, que ese que está sentado junto a vos en un cojín cubierto de brocados no es otro que el tigre que arrancó la princesa de vuestro lado hace exactamente trece años. De monje sólo tiene la apariencia. Nada más.

Los ojos carnales del rey no sólo no fueron incapaces de reconocer al monstruo, sino que, encima, aceptaron como verdadero cuanto decía. Sumamente agradecido, le preguntó:

- ¿Qué razones tienes para afirmar que este monje es el tigre que apartó de mi lado a la princesa?

- Vuestro siervo se pasa la vida entre tigres - contestó el monstruo -. De ellos se alimenta y se viste, con ellos duerme y se levanta a la misma hora que ellos. ¿Cómo no voy a reconocerlos, en cuanto los veo?

- En ese caso - concluyó el rey -, haz que adquiera la forma que le es habitual.

- Dadme una taza llena de agua hasta la mitad - dijo el monstruo - y veréis complacido vuestro deseo.

Sin pérdida de tiempo el rey ordenó traer un poco de agua para su yerno. El monstruo la tomó en sus manos y se dispuso a poner en práctica la magia conocida por el nombre de "oscurecedora de ojos y transformadora de cuerpos". Para ello recitó un conjuro, escupió sobre el monje Tang un poco de agua y gritó:

- ¡Transfórmate!

El cuerpo del monje se hizo totalmente invisible, apareciendo en su lugar la figura feroz de un tigre. Su cabeza era redonda y sus ojos tan amenazadores que parecían emitir centellas y rayos. Tenía las zarpas abiertas y poseía veinte garras tan afiladas que parecían guadañas de guerra. Su boca aparecía llena de dientes que superaban en finura al acero de los puñales. Sus orejas eran puntiagudas y sus cejas formaban una línea continua por encima de sus amenazadores ojos. Su apariencia no podía ser más salvaje, aunque no se diferenciaba mucho de la de un gato de grandes proporciones. Su alzada era, de hecho, la de un ciervo macho, pero era claro que no poseía su mansedumbre de rumiante. Al contrario, estaba tan furioso que tenía todos los pelos de punta, su lengua había adquirido una escalofriante tonalidad rojiza y fétido aliento encerraba premoniciones de muerte cierta. Jamás había visto nadie en aquel palacio una bestia más aterradora y feroz. Su intensa respiración se extendía, amenazante, por todos los corredores, llenando a los cortesanos de un irreprimible terror.

El rey sintió que le abandonaba el espíritu, aunque tuvo la entereza de no huir en busca de cobijo, como hicieron muchos de sus subalternos. Sólo unos cuantos oficiales se armaron del valor suficiente para agarrar las armas y acosar al tigre. Si no llega a ser porque la hora del monje Tang no había llegado aún, hubiera sido reducido allí mismo a auténtico picadillo. Afortunadamente desde el aire gozaba de la secreta protección de los Dioses de la Luz y las Tinieblas, los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales y los Protectores de la Fe, y no sufrió daño alguno. Las armas se mostraron incapaces de infligirle el menor rasguño ante la desesperación de los que las blandían. El alboroto duró hasta la caída de la tarde, momento en que los oficiales decidieron capturarlo vivo, cargarle de cadenas y encerrarle en una jaula de hierro, que fue colocada en la cámara más segura de todo el palacio.

Aliviado, el rey ordenó entonces al encargado de organizar las fiestas de la corte que preparara un espléndido banquete para agradecer, así, a su yerno que le hubiera salvado de las garras del falso monje. Cuando todos los oficiales hubieron abandonado la corte, el monstruo pasó al Salón de la Paz de Plata, donde fue agasajado por las dieciocho damas más jóvenes y atractivas de todo el palacio. Las muchachas cantaron y bailaron sin desfallecer para él, y le sirvieron licores y vinos. El monstruo no podía sentirse más satisfecho. Sentado en el lugar de honor y rodeado de tan espléndidas beldades, bebió sin medida, gozando de ellas cuanto pudo. A la hora de la segunda vigilia la embriaguez se apoderó de su cuerpo y se mostró incapaz de seguir adelante con el engaño. De un salto se puso de pie, lanzó una escalofriante risa histérica y adquirió el aspecto que le era habitual. Eso hizo que renacieran en él sus antiguos instintos y, agarrando con su enorme mano de biello a una de las muchachas que estaban tocando el pipá 5, le arrancó la cabeza de cuajo. Las otras diecisiete estaban tan aterradas que huyeron como locas a esconderse donde buenamente pudieron. Sus expresiones de pánico recordaban el ruido de la lluvia nocturna golpeando sin piedad los hibiscos. Sus carreras alocadas traía a la mente los movimientos de las peonías cuando son sacudidas por fuerte viento de primavera. Ansiosas por escapar con vida, redujeron a polvo los pipás y destrozaron las cítaras. Estaban tan aturcidas que no sabían si daban al norte o al sur las puertas por las que huían, o si se hallaban orientados al este o al oeste los salones por los que corrían despavoridas. En su intento por salvar la vida se empujaban unas a otras sin piedad y sin preocuparse por las que quedaban tendidas en el suelo. A pesar de todo, conservaron la suficiente serenidad para no levantar la voz y evitar, así, despertar a su majestad. Temblando como hojas sacudidas por el viento, buscaron el refugio bajo los aleros del palacio.

El monstruo, por su parte, se quedó tranquilamente en el salón bebiendo una copa tras otra. Antes de servirse de nuevo, cogía el cadáver cubierto totalmente de sangre y le daba un par de mordiscos. Mientras se divertía de esta forma en el interior del palacio, la gente de fuera empezó a esparcir el rumor de que el monje Tang era, en realidad, un monstruo. Tan absurda historia no tardó en llegar a la casa de postas, en la que se habían hospedado los bonzos a su llegada a la ciudad. Estaba totalmente vacía, a excepción del caballo blanco, que se encontraba en los establos comiendo plácidamente paja y heno. Como se recordará, había sido el Príncipe Dragón del Océano Occidental, pero, al no acatar el mandato del cielo, le fueron arrancados los cuernos y las escamas. Posteriormente fue transformado en un brioso corcel blanco, para que el monje Tang pudiera hacer sobre sus lomos el largo viaje hacia el Oeste. Al oír comentar a la gente que su dueño era un tigre, se dijo, alarmado:

- Mi maestro es un hombre sin tacha. No me cabe la menor duda, por tanto, de que todo esto es obra de ese monstruo, que le ha convertido en un tigre con el único fin de buscarle la ruina. ¿Qué podría hacer? Sun Wu-Kung hace mucho que se marchó y no sé qué ha sido del Bonzo Sha ni de Ba-Chie.

Intranquilo, esperó hasta la segunda vigilia y volvió a decirse:

- Si no hago ahora algo para rescatar al monje Tang, no lo haré nunca, porque las oportunidades se habrán acabado.

Incapaz de contener por más tiempo su impaciencia, se arranco las riendas de un mordisco y se sacudió de encima la silla de montar. Tras adoptar, una vez más, la forma de dragón, montó en una nube y se elevó hacia lo alto. De tan espléndido momento tenemos un poema que dice:

El digno monje partió hacia las Tierras del Oeste a presentar sus respetos al Ser-más-digno-del-mundo. Incontables demonios y fieras trataron de bloquearle el camino, ninguna tan salvaje como aquella que le transformó en un tigre blanco. Afortunadamente el caballo se deshizo de sus

riendas y partió a liberar a su maestro.

Desde lo alto el joven Príncipe Dragón vio que el Salón de la Paz de Plata estaba profusamente iluminado. En su interior había ocho candelabros enormes con todas sus velas encendidas. Tras saltar de la nube, el dragón miró con cuidado y vio al monstruo sentado en la cabecera de la mesa, hartándose de vino y de carne humana.

- ¡Qué tipo más despreciable! - pensó el dragón, sonriendo con misericordia -. Ahora está demostrando precisamente lo que vale. Siempre he pensado que no era muy elegante comer gente. En fin, como no sé dónde se halla el maestro, creo que lo mejor que puedo hacer es entrar a preguntar a esa bestia. No me será muy difícil controlarla. Si todo se me da bien, es muy posible que logre capturarla y, así, abriré a mi señor las puertas de la libertad.

El dragón sacudió ligeramente el cuerpo y al instante se convirtió en una doncella de fina figura y atractiva apariencia. Con ademán decidido se dirigió hacia donde estaba el monstruo e, inclinándose ante él, dijo con inesperado respeto:

- No me hagáis ningún daño, por favor. Sólo he venido a servirlos un poco de vino.

- En ese caso, no pierdas el tiempo y sírveme - ordenó el monstruo.

El joven dragón cogió la jarra y empezó a llenar una copa. Cuando estuvo totalmente llena, continuó echando vino, pero, lejos de derramarse el licor siguió aumentando de volumen, como si se encontrara en el interior de un recipiente de cristal. Para ello el dragón se sirvió de la magia conocida por el nombre de "sumisión de los líquidos".

Asombrado, el monstruo exclamó:

- ¡Vaya! Se ve que no te faltan habilidades.

- Si lo deseáis - contestó el dragón -, puedo echar un poco más. El aire es capaz de contenerlo todo.

- ¡Sí, sí, hazlo! - volvió a exclamar el monstruo, complacido -. Sigue echando hasta que yo te lo ordene.

El joven dragón así lo hizo. Pronto la altura del vino superó la de una pagoda de treinta pisos, incluido su remate. Lo más asombroso fue que no cayó al suelo ni una sola gota. Satisfecho, el monstruo se llevó la copa a los labios y bebió de un trago tan espléndida construcción. Dio después un nuevo mordisco al cadáver y preguntó:

- ¿Sabes cantar?

- Un poco - contestó el dragón y al instante empezó a interpretar una melodía cargada de ternura. En cuanto la hubo concluido, ofreció otra copa al monstruo, que volvió a preguntarle, complacido:

- ¿Sabes bailar?

- Me temo que sólo un poco - contestó el dragón -. De todas formas, hacerlo con las manos vacías puede resultar un poco aburrido para vos.

El monstruo se levantó la túnica, se quitó la espada que llevaba a la cintura y, sacándola de la vaina, se la ofreció al dragón. La falsa muchacha la cogió con cuidado y empezó a bailar delante de la mesa. Su técnica era francamente admirable. Con inusitada maestría movió el arma a derecha e izquierda y arriba y abajo, creando complicadísimos movimientos. Cuando pensó que el monstruo estaba totalmente mareado, se volvió contra él y le lanzó un golpe mortal. La bestia logró hacerse a tiempo a un lado, consiguiendo que el dragón marrara por muy poco el golpe. Sin desanimarse, el servidor del monje Tang lanzó un nuevo tajazo, que fue a estrellarse contra un candelabro de hierro puro, que el dragón levantó por encima de su cabeza, a pesar de tener un peso que sobrepasaba los ochenta o noventa kilos. No había ya lugar para los engaños. El dragón recobró la forma que le era habitual y, abandonando el Salón de la Paz de Plata, se elevó por los aires, donde se enzarzó con la bestia en un estremecedor y singular combate. La

oscuridad era total, pero eso no impidió que la lucha alcanzara cotas raramente conseguidas.

No en balde uno de los contendientes era un monstruo originario de la Montaña de la Cacerola, y el otro, el dragón heredero de Océano Occidental. Éste lanzaba unos rayos de luz tan luminosa como la que pintan en los cielos los relámpagos, mientras aquel expelía aliento fétido que se expandía por el aire formando una nube rojiza. Eran tan radicalmente diferentes que el dragón recordaba a un elefante de blanquísimos colmillos, y el monstruo, a un tigre sanguinario con las zarpas de oro. Con razón uno había sido comparado con un pilar de jade sobre el que se sustenta el firmamento, y el otro, con el puente de oro que une las dos riberas del océano. El dragón de plata volaba con la gracia de una bailarina, mientras que el monstruo de tez amarillenta se limitaba a saltar grotescamente arriba y abajo. La espada no dejaba de lanzar tajos mortales, que eran repelidos por la precisión con la que se movía el candelabro.

Tras medir sus fuerzas durante ocho o nueve asaltos seguidos en el límite mismo de las nubes, el dragón empezó a sentir un desazonador entumecimiento en manos y brazos. Después de todo, el monstruo era extremadamente fuerte y poderoso. Sabiendo que no tenía nada que hacer, el dragón lanzó contra su adversario la espada como si se tratara de una lanza. La bestia había previsto tan desesperada táctica y, levantando una mano, la agarró por el filo, al tiempo que soltaba el candelabro con todas sus fuerzas. El dragón no pudo hacerse a un lado a tiempo y el hierro le golpeó de lleno en una de sus patas traseras. Se dejó caer de las nubes a toda prisa, yendo a parar al foso del palacio imperial, salvando, de esta forma, la vida. El monstruo trató de darle caza, pero él se hundió en el agua y se hizo invisible. La bestia desistió de su empeño y, cogiendo la espada y el candelabro de hierro, regresó al Salón de la Paz de Plata, donde continuó bebiendo hasta que perdió el sentido y rodó, como un fardo, por los suelos.

El dragón, mientras tanto, permaneció escondido en el fondo del foso. Al cabo de media hora de absoluto silencio apretó con fuerza los dientes para soportar el dolor que le atenazaba la pierna y saltó por encima de las nubes. De esta forma, pudo regresar a la casa de postas, donde, una vez más, se convirtió en un caballo, dejándose caer, abatido, en el suelo. Su estado no podía ser más lastimoso. Mojado hasta los huesos y con la pata herida, sólo podía inspirar compasión a quien lo viera. Como la empresa que había iniciado, hacía ya tanto tiempo, su Maestro.

El Caballo de la Voluntad y el Mono de la Inteligencia habían dejado de aunar sus esfuerzos, lo mismo que el Señor del Metal y la Madre Madera 6. ¿Quién puede alcanzar sus propósitos, cuando la mente y la voluntad se encuentran tan divididas?

Es hora ya, de todas formas, de que dejemos de hablar de las desgracias de Tripitaka y de la derrota del dragón y pasemos a ocuparnos de Chu Ba-Chie. Tras abandonar a su suerte al Bonzo Sha, escondió la cabeza entre los arbustos y empezó a hozar en el barro como el cerdo que era. A pesar del miedo, no tardó en rendirse al cansancio, roncando como si se encontrara en el lecho mismo de un rey. Tan intempestiva siesta duró hasta bien entrada la noche. Cuando, por fin, abrió los ojos y recobró la consciencia, no sabía ni dónde estaba. Tuvo que frotarse varias veces los ojos para recordar lo ocurrido. Aguzó cuanto pudo los oídos y sólo escuchó el desazonante clamor del silencio. Hasta aquella montaña no llegaban jamás los ladridos de los perros ni el alborotador canto del gallo. Más tranquilo, levantó los ojos al cielo y calculó que debía de ser alrededor de la tercera vigilia.

- Creo - se dijo, tranquilo del todo - que debería tratar de liberar al Bonzo Sha, pero, como suele decirse, "un hilo de seda no es lo mismo que una hebra". Además, tampoco "se puede aplaudir con una sola mano". Así que lo mejor será que vaya a ver al maestro. Si consigo convencer al rey para que mande refuerzos, mañana mismo trataré de

rescatar al Bonzo Sha.

El Idiota montó a toda prisa en una nube y regresó a la ciudad. No tardó mucho, de esa forma, en llegar a la casa de postas. La luna había alcanzado su cenit y todo parecía tranquilo. Pero, a pesar de registrar con cuidado todas las habitaciones, fue incapaz de encontrar al maestro. Al único que vio fue al caballo tirado lastimosamente en el suelo. Tenía el cuerpo totalmente mojado y en una de sus patas traseras se apreciaba un moratón tan grande como un cacharro para cocer arroz.

- ¡Esto sí que es extraño! - exclamó Ba-Chie, más sorprendido todavía -. Que yo sepa, este animal no se ha movido de aquí y, sin embargo, está sudando y herido, como si hubiera hecho un viaje larguísimo. Pero eso es imposible. Deduzco, por tanto, que el maestro ha debido de ser víctima de unos bandidos, que se han ensañado con este pobre bruto.

Al darse cuenta el caballo blanco de que era Ba-Chie, recobró la capacidad de hablar y dijo:

- Hermano...

Al oírlo, al Idiota le entró tal pánico que le abandonaron las fuerzas y cayó al suelo del susto. El mismo miedo le hizo ponerse de pie al poco rato. Pero, cuando se disponía a salir corriendo de allí, el caballo le agarró de la túnica con los dientes y volvió a decir:

- Hermano, no entiendo por qué me tienes tanto miedo.

- ¿Cómo es que hasta hoy no te ha dado por hablar? - exclamó Ba-Chie, temblando aún de pies a cabeza -. Ha tenido que suceder desgracia muy grande para que te hayas decidido a romper tu silencio.

- ¿No sabes la prueba a la que ha sido sometido nuestro maestro? - preguntó, a su vez, el caballo.

- No - contestó Ba-Chie, intrigado.

- ¡Claro que no! - exclamó el dragón con cierto resentimiento -. El Bonzo Sha y tú os pusisteis a alardear de vuestros poderes ante el rey, pensando que podíais capturar vosotros solos al monstruo, y en realidad os convertisteis en sus víctimas. No os culpo por ello, porque sé lo fuerte y poderoso que es. Pero podíais habernos avisado por lo menos de vuestra derrota. ¿Qué importa que ello os hubiera supuesto la pérdida de vuestra recompensa? ¡Teníais que haber venido a decírnoslo! Ese maldito monstruo se hizo pasar por un atractivo y elegante literato e irrumpió en la corte, afirmando ser el yerno del rey. Pero eso no fue lo peor, porque convirtió a nuestro maestro en un tigre feroz, que hubo de ser encerrado en una jaula de hierro. Al enterarme de lo ocurrido, sentí como si me hubieran atravesado el corazón con una espada. Hacía un par de días que os habíais marchado vosotros y temí que, de no actuar con rapidez, el maestro podía muy bien ser asesinado. Así que no me quedó más opción que ir a liberarle. En la corte no pude dar con él, topándome, por el contrario, con el monstruo en el Salón de la Paz de Plata. Adopté la forma de una doncella y traté de hacerle caer en la trampa. La cosa me fue al principio tan bien que él mismo me pidió que bailara la danza de la espada. Aprovechando su embeleso, intenté atravesarle con ella, pero fallé el golpe y logré derrotarme valiéndome de un pesado candelabro de hierro. En el último momento lancé la espada contra él con todas mis fuerzas, pero ese monstruo posee una agilidad endiablada y me hirió en una pata de atrás. Fue una suerte que cayera en el foso del palacio; de lo contrario, no sé cómo hubiera salvado la vida. No necesito decirte que el moratón que tengo en esta anca fue producido por el candelabro.

- ¿Es verdad todo eso? - preguntó Ba-Chie, alarmado.

- ¿Por qué iba yo a engañarte? - protestó el dragón.

- ¿Qué podemos hacer? - exclamó Ba-Chie, profundamente preocupado -. ¿Puedes moverte?

- ¿Para qué lo preguntas? - inquirió el dragón con cierto desprecio.

- Para ver si puedes regresar por tus propios medios al océano del que procedes - contestó Ba-Chie -. Esta empresa está totalmente arruinada. Por lo que a mí respecta, ahora mismo voy a coger todas mis cosas y voy a regresar en busca de mi esposa a la aldea del viejo Gao.

Al oír eso, el dragón tiró con fuerza de la túnica, impidiéndole seguir adelante con sus planes.

- No comprendo cómo puedes ser tan indolente - le echó en cara llorando de pena -. No está bien renunciar a lo que se ha emprendido.

- ¿Por qué no? - protestó Ba-Chie -. El Bonzo Sha se halla en poder de ese monstruo y yo soy incapaz de derrotarle. Creo que ha llegado ya la hora de marcharnos cada cual por nuestro lado. No hay nada que podamos hacer para remediar esta situación.

El dragón reflexionó en silencio durante unos segundos y dijo después con los ojos anegados en lágrimas:

- Creo que no deberías hablar tan pronto de marcharnos al lugar del que procedemos. Si de verdad deseas salvar al maestro, no tienes más que ir en busca de una persona y traerla aquí.

- ¿De quién se trata? - preguntó Ba-Chie, sorprendido.

- De nuestro hermano mayor - respondió el dragón -. Opino que deberías montar en una nube e ir cuanto antes a la Montaña de las Flores y Frutos. Es preciso que convezas al Peregrino Sun de que venga aquí sin pérdida de tiempo. No cabe duda de que él posee un dharma lo suficientemente poderoso para dominar al monstruo y liberar a nuestro maestro. De esa forma, veremos vengada nuestra derrota.

- No, no - replicó Ba-Chie, sacudiendo la cabeza -. Es mejor que vaya otro. Ese mono y yo no nos llevamos muy bien que digamos, ¿sabes? Cuando dio muerte a la Dama de los Huesos Blancos en la Montaña del Tigre, se enemistó para siempre conmigo, porque aconsejé al maestro que recitara el conjuro que le produce esos terribles dolores de cabeza. Reconozco que obré muy a la ligera, pero la verdad es que en ningún momento pensé que iba a hacerme caso y, menos aún, que fuera a arrojar de su lado a nuestro hermano. Estoy seguro de que me odia con toda su alma y de que, diga lo que le diga, jamás se avendrá a regresar conmigo. Supón que nos ponemos a discutir. Ya sabes lo fuerte y pesada que es su barra de hierro. Si la vuelve contra mí y me arrea un porrazo con ella, mal me las veré para seguir con vida.

- Sabes que jamás hará una cosa así - contestó el dragón -. Mal que te pese, se trata de una persona recta y de nobles sentimientos. Cuando le veas, no le digas que el maestro está en peligro. Coméntale simplemente que no deja de pensar en él y haz todo lo que se te ocurra para hacerle volver. En cuanto venga y vea lo que está sucediendo, se pondrá furioso y retará a ese monstruo sin entrañas. Así, cuando le haya derrotado, salvará a nuestro maestro y podremos proseguir el viaje.

- Está bien - concluyó Ba-Chie -. Si no hago lo que dices, todo el mundo pensará que soy un irresponsable y un desagradecido. Así que iré en busca del Peregrino y, si no se niega a acompañarme, regresaré con él. Pero te advierto una cosa: si no accede a venir conmigo, no me esperes, porque yo tampoco pienso volver.

- Vete cuanto antes - le urgió el dragón -. Le conozco bien y sé que vendrá.

El Idiota puso a un lado el tridente y se arregló un poco la ropa. Se elevó después por los aires y, tras montar en una nube, se dirigió hacia el este. Era claro que la hora del monje Tang no había llegado todavía. De ahí que el viento soplara con fuerza en la dirección que él llevaba. Era, de hecho, tan fuerte que el Idiota no tuvo más que desplegar sus enormes orejas para desplazarse a toda velocidad a través del Océano Oriental. Parecía como si dispusiera de velas y las hubiera izado de espaldas al viento.

El sol acababa de salir, cuando llegó al final del viaje y saltó de la nube. No había dado diez pasos, cuando creyó oír a alguien hablando. Miro con cuidado en la dirección en que venían las voces y vio al Peregrino sentado en una roca enorme que se levantaba en el centro mismo de un valle. Ante él había más de mil doscientos monos alineados en formación militar, que gritaban entusiasmados:

- ¡Viva nuestro padre, el Gran Sabio!

- ¡Qué maravilla! - exclamó para sí Ba-Chie -. Ahora comprendo por qué no quiere seguir siendo un monje. Aquí está mucho mejor servido que por los caminos. Basta mirar a esos monos para darse cuenta cariño y la devoción que le profesan. Si yo tuviera una granja tan espléndida como este lugar, también renunciaría al monacato, pero desgraciadamente no es ése mi caso. ¿Qué puedo hacer ahora? Creo que lo mejor será que me deje ver cuanto antes.

Pero el Idiota tenía miedo del Peregrino y no se atrevió a dejarse ver abiertamente. Se deslizó por la hierba a cuatro patas y, sin atreverse a levantar la vista del suelo, se adentró entre las abigarradas filas de los monos. Pero no había contado con la aguda vista del Gran Sabio que, se percató en seguida de su presencia y, levantando la voz, preguntó.

- ¿Quién es ese salvaje que anda rompiendo el orden que reina en nuestras filas? ¿Puede saberse de dónde ha salido? ¡Traedle inmediatamente a mi presencia!

Apenas había acabado de decirlo, cuando los monos empujaron a Ba-Chie hacia delante con la efectividad de un enjambre de abejas y le forzaron a mantener el rostro pegado al suelo.

- ¿Puede saberse de dónde eres, salvaje? - preguntó el Peregrino.

- No necesito deciros el gran honor que me hacéis, al dirigirme la palabra - contestó Ba-Chie, sin atreverse a levantar la cabeza -. De todas formas, he de advertiros que no soy ningún salvaje, sino un viejo conocido vuestro.

- ¡No me digas! - exclamó el Peregrino -. Todos los monos bajo mi mando poseen unos rasgos muy parecidos que en nada recuerdan a ese rostro tan repulsivo que tú tienes. Por fuerza debes de ser algún monstruo de una región muy distante de aquí. Si deseas convertirte en súbdito mío, lo que tienes que hacer es escribir tu nombre, tu edad y todos tus demás datos en una tablilla y entregársela a cualquiera de mis subalternos. Ya te llamaremos a filas, cuando llegue el momento oportuno. Si te he llamado salvaje, ha sido porque te has presentado ante mí sin tener en cuenta la más mínima etiqueta. ¿Cómo te has atrevido a hacer una cosa así?

- Siento haberos ofendido - respondió Ba-Chie con la cabeza inclinada del todo -, pero, aunque no lo creáis, he sido hermano vuestro durante un buen número de años. Si me habéis tildado de salvaje, ha sido porque, simplemente, no me habéis reconocido.

- ¿De verdad? - volvió a exclamar el Peregrino -. Levanta la cabeza para que te vea bien.

Tímidamente el Idiota levantó el morro y dijo, temblando de pies a cabeza:

- Espero que, aunque no os acordéis de mí, recordéis al menos mi inconfundible morro.

El Peregrino pudo aguantar la risa y exclamó:

- ¡Chu Ba-Chie!

- Sí, sí. Chu Ba-Chie - gritó, a su vez, el Idiota, poniéndose de pie de un salto -. ¡Yo soy Chu Ba-Chie! - Después se dijo, más calmado -: Ahora, que me ha reconocido, no me costará tanto trabajo expresarme como es debido.

- Se puede saber por qué no estás acompañando al monje Tang en su noble intento de hacerse con las escrituras sagradas? No me digas que también tú le has ofendido y por eso te ha apartado, como a mí, de su lado. ¿Te ha entregado alguna carta de despido? Si es así, me gustaría verla.

- ¿Por qué habría de entregarme una carta de ese tipo, si ni le he ofendido ni me ha expulsado de su compañía? - replicó Ba-Chie.

En ese caso - insistió el Peregrino -, ¿por qué estás aquí y no junto a él?

- El maestro no ha dejado de pensar en ti ni un solo momento y me ha pedido que venga a rogarte que vuelvas a su lado.

- Eso no es verdad - protestó el Peregrino -. Ni ha pensado en mí ni te ha pedido hacer lo que afirmas. El día que me expulsó de su compañía juró ante el Cielo que no lo haría jamás. ¿Cómo va a volverse atrás ahora? Además, aunque fuera cierto, no estoy dispuesto a humillarme de nuevo ante él.

- ¡Pero es cierto que te ha tenido presente en todo momento! - mintió Ba-Chie con vehemencia -. ¡Jamás ha dejado de pensar en ti!

- ¿Puedes darme algún dato concreto de cuándo sucedió eso? - preguntó el Peregrino, incrédulo aún.

- Al poco de marcharte, el maestro iba montado en su caballo, levantó la voz y nos llamó a su lado, pero ni el Bonzo Sha ni yo pudimos oírle. Fue como si, de pronto, nos hubiéramos vuelto sordos. Eso le hizo al maestro acordarse de ti, tildándonos de inútiles y poniéndote por las nubes. Dijo que tú respondías al instante a sus llamadas y que poseías una inteligencia tan despierta que para cualquier tipo de problema siempre disponías por lo menos de diez soluciones. Fue así como te sacó a colación. No pasó después mucho tiempo antes de que me enviara a pedirte que regreses a su lado. Obedécele, por favor. Si quieres hacerlo por él, hazlo al menos por la molestia que me he tomado al venir desde tan lejos a transmitirte la orden del maestro.

Al oír eso, el Peregrino saltó de la enorme roca en la que estaba sentado y, agarrando de las manos a Ba-Chie, dijo:

- Lamento que por mi culpa hayas tenido que hacer un viaje tan largo. Creo que lo mejor que puedo hacer ahora por ti es festejarte como mereces.

- No, no - protestó Ba-Chie -. Este lugar está un poco apartado y no me gusta hacer esperar demasiado al maestro. Sería conveniente que nos fuéramos cuanto antes.

- Después de todo - insistió el Peregrino -, es la primera vez que vienes aquí. ¿Qué te cuesta echar un vistazo a mi montaña?

El Idiota no se atrevió a negarse otra vez y siguió, sin rechistar a su hermano. Agarrados de la mano, se dirigieron hacia el punto más alto de la Montaña de las Flores y Frutos. Los otros monos siguieron en silencio sus pasos. La montaña había sufrido una completa remodelación después de la vuelta del Gran Sabio. Él mismo se encargó de devolverle su antiguo esplendor, trabajando duramente con sus propias manos. Aparecía, pues, tan cubierta de verdor que recordaba una pieza labrada de jade, y tan alta que su cumbre se perdía entre las nubes. Por doquier se veían tigres agachados y dragones enrollados, que escuchaban, impertérritos, los continuos gritos de los simios y las garzas. Al amanecer, las nubes parecían dormitar sobre la cima y a la caída de la tarde el sol daba la impresión de querer acostarse sobre el bosque. En la atmósfera flotaba un murmullo de aguas que recordaban el tintineante sonido del jade y las notas salteadas de un enorme salterio. Enfrente de la montaña se elevaban altísimas cordilleras de empinados acantilados, mientras que en su parte posterior se extendían interminables alfombras de flores y bosques impenetrables. Ella misma poseía una altura tal que su cumbre tocaba el recipiente celeste en el que se lava el cabello la Doncella de Jade, uniendo la tierra con un afluente del Río Celeste. La belleza de cuanto allí se contemplaba superaba con mucho a la de Peng-Lai. Se trataba, en verdad, de un habitáculo surgido del primer aliento que dio vida al cosmos. Era un lugar tan perfecto que ningún artista podía llevarlo al papel, resultando difícil, incluso para un inmortal, plasmarlo en un rollo de seda. Las extrañas formas de sus rocas parecían salidas de las

manos de un afamado escultor, lo mismo que los colores que se apreciaban en la cumbre, obra indiscutible de algún maestro pintor. Hasta el sol parecía complacerse en su belleza, resaltando con la fuerza de sus rayos la perfección de todos los contornos. Una atmósfera de beatitud reinaba en aquel paraíso, en el que moraban las neblinas rojizas de la felicidad. Aquélla era, en verdad, una caverna un santo lugar sin comparación con ningún otro, una extraordinaria montaña llena de flores frescas y frondosos árboles. Embelesado ante el esplendor de cuanto veía, Ba-Chie no pudo por menos exclamar:

- ¡Éste es un lugar ciertamente encantador! Dudo que halla en el mundo otra montaña como ésta.

- ¿No te gustaría pasar aquí el tiempo? - le tentó el Peregrino.

- ¡Vaya forma de hablar que tienes! - volvió a exclamar Ba-Chie, sonriendo -. Éste es un lugar en el que el cielo ha vertido todas sus bendiciones y ¿me hablas de pasar aquí el tiempo? ¡Debes de estar bromeando!

Durante horas y horas los dos charlaron amigablemente, sentados en la cumbre de aquella montaña sagrada. Cuando, por fin, se decidieron a bajar, se encontraron con una hilera interminable de monos que sostenían en sus manos bandejas llenas de uvas de color púrpura, aromáticas peras, melocotones de un atractivo dorado brillante y fresas de color rojo oscuro. Se arrodillaron a un lado del camino y, levantando la voz, dijeron:

- Tomad lo que queráis, Gran Sabio. Es la hora del desayuno y tono habéis tomado nada.

- Mi hermano Chu tiene un apetito insaciable, pero no le gusta desayunar fruta - replicó el Peregrino, soltando la carcajada -. Espero, de todas formas, que no lo tome a mal y acepte todo esto a manera de simple aperitivo.

- Si bien es cierto que poseo un extraordinario apetito, mi lema siempre ha sido amoldarme a las costumbres de los lugares que visito. Así que no os llevéis todo esto. Si no os importa, voy a probar un poco de estas frutas.

Sin más, los dos se pusieron a comer vorazmente. El sol estaba ya alto cuando acabaron de desayunar. Temiendo que no quedara mucho tiempo para salvar al monje Tang, el Idiota trató de meter prisa a su compañero, diciendo:

- Tenemos que darnos prisa. El maestro debe de estar esperándonos con cierta impaciencia.

- ¿A qué viene tanta premura? - protestó el Peregrino -. Antes de partir, deseo que te diviertas un poco más conmigo en la Caverna de la Cortina de Agua.

- Te lo agradezco de veras - respondió Ba-Chie, declinando la invitación -, pero el maestro debe de estar muy intranquilo por nuestra tardanza. Ya entraremos en tu caverna la próxima vez que pase por aquí.

- En ese caso - concluyó el Peregrino -, no voy a demorar más tu marcha. Nos despediremos aquí mismo.

- ¿Es que no piensas venir conmigo? - exclamó Ba-Chie, muy intranquilo.

- ¿Adonde? - preguntó el Peregrino -. Éste es mi lugar. Ni el Cielo ni la Tierra tienen poder alguno sobre él. Aquí gozo de una libertad total. ¿Qué necesidad tengo de renunciar a todo esto para convertirme de nuevo en un monje sin futuro? Lo siento mucho, pero no pienso moverme de aquí. Me temo que tendrás que marcharte tan solo como has venido. Dile al monje Tang que no vuelva a pensar más en mí. Si no, que no me hubiera apartado de su lado de la forma como lo hizo.

El Idiota no se atrevió a insistir, por temor a que el Peregrino perdiera la paciencia y le diera unos cuantos golpes con su barra de hierro. No le quedó, pues, más remedio que despedirse de él e iniciar el camino de vuelta. Al verle partir tan cabizbajo, el Peregrino ordenó a dos monos que le siguieran y escucharan con atención lo que dijera. Apenas

había cubierto tres o cuatro kilómetros montaña abajo, cuando el Idiota se dio de pronto la vuelta y, apuntando con un dedo en la dirección en la que debía de encontrarse el Peregrino, gritó con inusitada rabia:

- ¡Maldito mono! ¿Así que renuncias a ser un monje para convertirte en un monstruo de mala calaña? ¡Está bien! ¡Allá tú! Yo he venido con toda intención a pedirte que volvieras, pero no has querido hacerme caso. Nadie podrá echarme jamás nada en cara. Yo he hecho lo que tenía que hacer. ¡Libre eres tú de obrar como te plazca!

Dio unos cuantos pasos más y de nuevo empezó con sus imprecaciones. Los dos monos corrieron junto a su señor y le informaron cuanto habían visto, diciendo:

- Ese Chu Ba-Chie anda un poco mal de la cabeza. No deja de injuriaros mientras camina.

- ¡Traedle ante mí inmediatamente! - gritó el Peregrino, fue de sí.

Los monos salieron en persecución de Ba-Chie, que se vio sometido en un abrir y cerrar de ojos. Algunos le agarraron de los pelos, otros le tiraron sin ninguna consideración de las orejas y los más se cebaron con su frágil rabo. De esta forma, no tardó en quedar reducido, siendo posteriormente conducido a la caverna de su antiguo hermano.

No sabemos cómo fue tratado allí ni lo que le pasó. Quien desee averiguarlo tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXI

CHU BA-CHIE HACE RENACER EN EL REY DE LOS MONOS EL SENTIMIENTO DE LA CABALLEROSIDAD. CON AYUDA DE LA SABIDURÍA EL PEREGRINO SUN DERROTA AL MONSTRUO

El dharma recobra su auténtico modo de ser, cuando el justo obrar se hermana con los sentimientos más nobles. Entonces el dócil metal y la madera gentil se compenetran de una manera tan perfecta que producen el mismo fruto. El Mono de la Mente y la Madre Madera constituyen, así, el auténtico elixir, alcanzando ambos la suprema felicidad y llegando juntos a las puertas de la Verdad Absoluta 1. No existe camino más seguro para alcanzar la perfección que los sutras. Quien los recita se hace uno con el espíritu universal de Buda. Los hermanos son como ramas de un mismo árbol, mientras que los demonios y monstruos son seres sujetos al sufrimiento de las Cinco Fases. Sólo quien sea capaz de poner fin al sendero de las bifurcaciones 2 será capaz de alcanzar el Gran Palacio del Trueno.

Decíamos que, en cuanto los monos dieron alcance al Idiota, le destrozaron la túnica y le llevaron a la caverna de su antiguo hermano. Ba-Chie estaba tan aterrado que no dejaba de murmurar:

- Todo se ha acabado. El Peregrino tiene un carácter tan colérico que no parará hasta que me haya reducido a pulpa con su barra.

Los monos eran tan ágiles que no tardaron en llegar a la entrada de la cueva. El Gran Sabio estaba sentado en lo alto de una roca y, al ver aparecer al Idiota, gritó, enfurecido:

- ¡Jamás imaginé que pudieras ser tan tonto! ¿Por qué has tenido que insultarme? ¿Es que no te parecía suficiente continuar tranquilamente tu camino?

- Yo nunca te he insultado - se defendió Ba-Chie, echándose rostro en tierra -. Si lo hubiera hecho, ten por seguro que ahora mismo me arrancaría la lengua. Sólo he dicho que, si no querías venir conmigo nadie podía obligarte a hacerlo. Estás en tu derecho al quedarte aquí, y no soy yo quién para juzgarte. ¿De dónde has sacado que yo te he insultado?

- No trates de engañarme - le aconsejó el Peregrino -. Sabes muy bien que con el oído

izquierdo tapado soy capaz de oír cualquier conversación que tenga lugar en el Trigésimo Tercer Cielo y que, si me tapo el derecho con la mano, puedo descubrir lo que estén discutiendo ahora mismo los Diez Reyes del Infierno con sus funcionarios. Sé que, mientras caminabas, no dejabas de despotricar contra mí. ¿Cómo puedes pretender que no lo haya oído con mis propias orejas?

- No, no. A mí no me engañas - contestó Ba-Chie, sacudiendo la cabeza -. Te conozco demasiado bien y sé que no hay hombre más astuto que tú. Lo más seguro es que te hayas convertido en cualquier criatura y me hayas seguido. ¿A qué viene eso de tu finura de oído? ¡No es más que una burda patraña!

- Coged una caña y dadle, para empezar, veinte golpes en las piernas - ordenó el Peregrino a sus subalternos -. Después propínadle otros veinte en la espalda. Yo mismo me encargaré de redondear el castigo con mi barra de hierro.

Ba-Chie estaba tan aterrado que empezó a golpear el suelo con la frente, sin dejar de gritar:

- ¡Perdonadme, por el recuerdo de nuestro maestro!

- ¡Qué me importa ya el maestro! - exclamó el Peregrino -. ¡Otro que tal!

- Si no lo hacéis por él - insistió Ba-Chie -, hacedlo, al menos, por la Bodhisattva. ¡Perdonadme, os lo suplico!

Al oír hablar de la Bodhisattva, el Peregrino pareció amainar su furor y dijo:

- Si retiras de buen grado todo lo que has dicho en mi contra, no te azotaré de momento. Pero debes decirme la verdad y no tratar de engañarme más. ¿A qué clase de prueba está sometido el monje Tang, para que te hayas decidido a venir a solicitar mi ayuda?

- A ninguna - contestó Ba-Chie -. Como te he dicho antes, no para de pensar en ti. Eso es todo.

- Eres tan idiota que parece como si te gustara ser azotado una y mil veces - exclamó el Peregrino -. ¿Por qué te empeñas en hacerme ver lo que no es? Aunque mi cuerpo ha regresado a la Caverna de la Cortina de Agua, mi corazón sigue al lado del buscador de escrituras. Su empresa es tal que, a cada paso que da, le sale al encuentro un peligro insalvable. Es su sino sufrir sin medida en cada uno de los lugares por los que va pasando. Así que, si no quieres ser despellejado con estos vergajos, lo mejor es que me digas cuanto antes de qué se trata.

Al oír esa confesión, Ba-Chie aceleró el ritmo de sus inclinaciones de cabeza y dijo, asombrado:

- Reconozco que estaba tratando de hacerte venir conmigo, sirviéndome de una mentira vulgar. Si lo he hecho, ha sido porque no sabía lo inteligente y noble que eres. Ahórrame el castigo y déjame ponerme de pie. Así podré contarte lo que ha sucedido.

- Está bien - concluyó el Peregrino -. Ponte de pie y habla de una vez.

Los monos soltaron al Idiota al mismo tiempo y empezaron a mirar a derecha e izquierda con ademán salvaje. Ba-Chie, por su parte, comenzó a estudiar detenidamente el terreno, haciendo una serie de gestos extraños.

- ¿Se puede saber para qué haces esas tonterías? - le increpó el Peregrino.

- Para ver por dónde puedo escapar mejor - contestó Ba-Chie con inesperada sinceridad.

- ¿Y adónde crees que ibas a ir? - replicó el Peregrino -. Te alcanzaría, aunque me llevaras tres días de ventaja. Así que es mejor que hables cuanto antes, porque, si me haces perder la paciencia de nuevo, ten por seguro que te mandaré azotar.

- Está es la verdad, hermano - respondió Ba-Chie -: después de dejarnos, seguimos adelante y no tardamos en llegar a un bosque de pinos muy oscuros. El maestro desmontó y me ordenó que fuera a mendigar un poco de comida vegetariana. Aunque

anduve como un loco, fui incapaz de hallar una sola alquería. Lo peor fue que el paseo me cansó más de la cuenta y hube de tumbarme en la hierba a echar una pequeña siesta. Al ver que tardaba en regresar más de lo esperado, el Bonzo Sha salió en mi busca, dejando solo al maestro. Ya sabes que es un hombre que no puede estarse quieto ni un segundo y empezó a andar por el bosque sin rumbo alguno. Fue así como llegó ante una especie de pagoda tan luminosa que parecía estar cubierta de oro y piedras preciosas. Él creyó que se trataba de un monasterio y no tomó ningún tipo de precauciones. A decir verdad, resultaba difícil imaginar que aquélla fuera la morada de un monstruo llamado de la Túnica Amarilla, que le capturó sin ninguna dificultad con el fin de comerle aquella misma noche. Cuando el Bonzo Sha y yo regresamos al punto en el que le habíamos dejado, sólo encontramos el equipaje y el caballo. Del maestro no había el menor rastro. Preocupados, le buscamos por todas partes, hasta que también nosotros fuimos a parar a la puerta de la caverna, donde nos enfrentamos con el monstruo. Mientras luchábamos, el maestro tuvo la suerte de toparse con una estrella salvadora, que resultó ser, nada más y nada menos, que la tercera princesa del Reino del Elefante Sagrado. Hacía muchos años que había sido secuestrada por la bestia, que la obligó a casarse con él. A toda prisa escribió una carta para los suyos y pidió al maestro que se la llevara personalmente. Por esa razón persuadió al monstruo para que renunciara a devorarnos y nos dejara marchar. Cuando llegamos al Reino del Elefante Sagrado, cumplimos lo mejor que pudimos el encargo de la princesa. Pero la cosa se complicó, al pedir el rey a nuestro maestro que apresara al monstruo. Pero ¿cómo iba a hacer una cosa así un monje tan timorato como él? Tuvimos que encargarnos nosotros de cumplir los deseos de su majestad, retando a la bestia y enfrentándonos a ella en singular batalla. Sin embargo, sus poderes mágicos eran incalculables y el Bonzo Sha cayó presa de sus artes. Yo logré escapar a duras penas, escondiéndome oportunamente entre la hierba. Envalentonado, el monstruo se transformó en un literato de aspecto tan distinguido y atractivo que fue aceptado de inmediato en la corte, donde obtuvo el reconocimiento imperial. El maestro, por otra parte, fue convertido en un tigre tan fiero que hubo de ser inmediatamente encerrado en una jaula. Fue una suerte que aquella misma noche el caballo-dragón fuera en su busca. Por supuesto, no pudo llegar hasta donde él estaba, pero, al pasar por el Salón de la Paz de Plata, vio al monstruo emborrachándose y se transformó en una doncella. Le sirvió todo el vino que pudo, llegando incluso a bailar la danza de la espada con la intención de darle muerte en cuanto se descuidara. Las cosas, sin embargo, no salieron como había previsto y recibió un golpe terrible con un candelabro muy pesado. Fue el dragón el que me sugirió que viniera a buscarte. Dijo que eras una persona de sentimientos nobles a la que repugna el mal obrar, y que, en cuanto te enteraras de lo sucedido, acudirías sin duda alguna a liberar al maestro. Eso mismo es lo que yo pienso de ti. Por eso, ahora te pido que recuerdes el dicho de que "quien ha sido una vez tu maestro se convierte en padre tuyo para toda la vida", y vayas sin pérdida de tiempo a ayudarlo.

- ¡Qué estúpido eres! - le regañó el Peregrino -. ¿No te advertí la hora de despedirme que, si el maestro caía presa de un monstruo, debías decirle que yo era discípulo suyo? ¿Se puede saber por qué no lo hiciste?

Antes de contestar, Ba-Chie se dijo:

- Provocar a un guerrero es mucho más efectivo que hablar con él. Así que voy a tratar de irritarle un poco.

Levantó después la voz y añadió:

- Hubiera sido mucho mejor no hablarle de ti, porque, en cuanto oyó tu nombre, se puso aún más fanfarrón.

- ¿Qué quieres decir? - preguntó el Peregrino.

- Cuando vi aparecer al monstruo - contestó Ba-Chie -, le dije: "Deja tu orgullo a un lado y permite marchar a mi maestro, porque el mejor de sus discípulos es el Peregrino Sun. No necesito recordarte que sus poderes mágicos son inigualables y que, por lo tanto, puede dominar a cuantos monstruos se le pongan por delante. Si no haces lo que te digo, te hará picadillo antes de que hayas elegido el lugar de tumba". Pero, lejos de amedrentarse, el monstruo se puso todavía más furioso y replicó: "¿Quién es ese Peregrino Sun? Te juro que, si aparece por aquí, le despellejaré vivo, le arrancaré los tendones y los huesos y después le comeré el corazón. Me trae sin cuidado que ese maldito mono esté gordo o delgado, porque, tras hacerle picadillo, pienso freírle en mi sartén".

Al oír eso, el Peregrino se puso tan furioso que empezó a saltar como un loco y a arañarse las mejillas de rabia, mientras gritaba:

- ¿Quién es ese monstruo que osa burlarse de esa forma de mí?

- Cálmate, por favor - le aconsejó Ba-Chie -. Te he dicho ya antes que se trataba del Demonio de la Túnica Amarilla.

- Levántate, anda - ordenó el Peregrino -. Tengo que enfrentarme cuanto antes a esa bestia. No estaré tranquilo hasta que no le haya derrotado. ¡Jamás me ha tratado nadie con tan poco respeto como él! Hace quinientos años, cuando sumí al Cielo en la confusión que ya sabes, todos los guerreros celestes se inclinaban ante mí en cuanto me veían. Me tenían tanto respeto que me llamaban Gran Sabio. ¿Cómo se atreve ese monstruo fanfarrón a burlarse de esa forma de mí? Sólo capturándole y reduciéndole a picadillo podré reparar mi honor ofendido. Regresaré aquí en cuanto lo haya hecho.

- Eso es exactamente lo que acabo de pedirte - respondió Ba-Chie -. Atrapa primero al monstruo y, cuando hayas lavado tu buen nombre, vuelve a tus dominios, si es eso lo que deseas.

De un salto el Gran Sabio bajó de la roca en la que estaba sentado y entró a toda prisa en la caverna. Allí se despojó de sus vestimentas de monstruo, cambiándolas por su camisa de seda y su túnica de piel de tigre. Vestido de esa guisa, salió al poco rato con la barra de hierro en las manos. Desconcertados, los monos se negaban a dejarle partir, preguntándole con insistencia:

- ¿Se puede saber adónde vais? ¿No es mejor para todos que os quedéis aquí a nuestro lado, protegiéndonos y disfrutando cuanto queráis?

- Tened cuidado con lo que habláis - les aconsejó el Peregrino -. No es un asunto sin importancia que me haya convertido en protector del monje Tang. El Cielo y la Tierra están enterados de que yo, Sun Wu-Kung, soy su discípulo. Cuando me alejé de su lado, no lo hizo para siempre, sino que me encargó que descansara cuanto pudiera y me uniera después de nuevo a su empresa. Las cosas están así y no hay vuelta de hoja. Cuidad de todo esto y no os olvidéis de plantar sauces y pinos. Regresaré a vuestro lado cuando el monje Tang haya conseguido las escrituras y las haya llevado, sano y salvo, a las Tierras del Este. Sólo entonces habré alcanzado un mérito imperecedero y podré volver a vuestro lado a gozar de los placeres de la naturaleza.

Ante tales razones los monos no se atrevieron a seguir oponiéndose a sus planes. El Gran Sabio montó entonces en una nube y, abandonando la caverna en compañía de Ba-Chie, cruzó el Gran Océano Oriental. Al alcanzar la orilla occidental, detuvo de pronto la luminosidad en la que viajaba y dijo a su hermano:

- Permíteme detenerme un momento, para que pueda purificarme en las aguas del océano.

- ¿Qué necesidad tienes de bañarte? - le regañó Ba-Chie -. Andamos muy cortos de tiempo.

- No lo comprendes - le explicó el Peregrino -. Aunque no son muchos los días que

llevo lejos de vosotros, he adquirido un hedor de monstruo que ni yo mismo lo soporto. Sé lo mucho que el maestro valora la limpieza y temo que, si me presento ante él de esta forma, vaya a enfadarse conmigo.

Sólo entonces cayó Ba-Chie en la cuenta de cuan honrado y sincero era el Peregrino. El Gran Sabio no empleó mucho tiempo en bañarse, por lo que no tardaron en proseguir su viaje en dirección oeste. Al poco de reanudada la marcha, vieron el brillo cegador de lo que parecía ser una pagoda de oro. Ba-Chie la señaló con el dedo y dijo:

- Ésa es la morada del Monstruo de la Túnica Amarilla. No necesito recordarte que el Bonzo Sha está todavía en su interior.

- Quédate aquí, mientras yo voy a enfrentarme con ese maldito demonio - ordenó el Peregrino -. Ya es hora de que le dé su merecido.

- No lo hagas - sugirió Ba-Chie -. El monstruo no está ahora en casa.

- Ya lo sé - contestó el Peregrino y, pese a todo, saltó de la nube.

En cuanto hubo tocado tierra, se dirigió directamente a la entrada de la cueva, donde se encontró con dos muchachos jóvenes jugando a la pelota. Uno tenía entre ocho y nueve años, mientras que el otro no hacía mucho que había cumplido los diez. El Peregrino se llegó hasta ellos y, sin importarle la edad o la familia a la que pudieran pertenecer, los agarró por los pelos, levantándolos en alto. Aterrados, los niños empezaron a gritar de tal manera que los diablillos que guardaban la entrada de la Caverna de la Corriente Lunar corrieron a informar a la princesa de lo sucedido, diciendo:

- Alguien se ha llevado a los dos jóvenes príncipes, señora. ¡Los niños eran, en efecto, los hijos de la princesa y el monstruo. Al oír aquélla tan alarmantes nuevas, corrió, desesperada, al exterior de cueva. El Peregrino estaba de pie en lo alto de un acantilado con los chicos fuertemente agarrados y, según todos los indicios, dispuesto a dejarlos caer entre la rocalla.

- ¡Eh, tú! - gritó la princesa, espantada -. ¿Por qué has atrapado a esas criaturas, si no ha mediado entre nosotros conflicto alguno? Te advierto que su padre es muy colérico y que, si llega a pasarles algo, te lo hará pagar muy caro.

- ¿No me reconoces? - preguntó el Peregrino -. Soy Sun Wu-Kung el discípulo más antiguo del monje Tang, y sé que tenéis prisionero a mi hermano, el Bonzo Sha. Si le pones en libertad, te devolveré estos dos niños. Sales ganando con el cambio. Al fin y al cabo, te ofrezco dos por uno.

La Princesa corrió al interior de la cueva y ordenó a los monstruos que guardaban la puerta que se hicieran a un lado. Ella misma se encargó después de desatar al Bonzo Sha.

705

- Es mejor que no lo hagas, princesa - le aconsejó éste -. Si tu marido vuelve a casa y exige entrevistarse conmigo, seguro que va a ponerse otra vez como una fiera contigo.

- Sois mi benefactor - afirmó la princesa -. No sólo enviasteis la carta que os pedí, sino que incluso me salvasteis la vida. Estaba tratando de encontrar la forma de liberaros, cuando se ha presentado Sun Wu-Kung exigiéndome que os libere.

Al oír el nombre de Sun Wu-Kung, el Bonzo Sha sintió como si la cabeza le estuviera dando vueltas a causa del licor y su corazón se hallara inmerso en un baño de dulce rocío. La alegría parecía desbordarle por todos los poros de su cuerpo y el rostro se le iluminó como si fuera parte del milagro de la primavera. Su reacción no fue la de quien oye anunciar la llegada de alguien, sino la de quien acaba de descubrir un lingote de hierro o un bloque de jade. Sin dejar de sacudirse el polvo con las manos, salió fuera de la caverna e, inclinándose ante el Peregrino, dijo, alborozado:

- ¡Habéis venido que ni llovido del Cielo! Tened compasión de mí, os lo suplico.

- ¡Cuidado que eres inconstante! - exclamó el Peregrino, sonriendo -. Cuando el

maestro recitó su conjuro, no dijiste ni una sola palabra en favor mío. ¿Por qué no lo hiciste? Además, ¿se puede saber qué es lo que haces aquí vagueando, en vez de acompañar al maestro en su largo periplo hacia el Oeste?

- ¿Por qué os mostráis tan duro conmigo? - protestó el Bonzo Sha -. Como todo el mundo afirma, un caballero auténtico siempre perdona y olvida. Nosotros no somos más que comandantes de un ejército totalmente aplastado. ¿De qué nos sirven ahora las razones? ¡Apiadaos de nosotros y salvadnos!

- Está bien - concluyó el Peregrino -. Sube aquí.

El Bonzo Sha se llegó de un salto hasta lo alto del acantilado. Al verle abandonar su prisión, Ba-Chie se dejó caer desde lo alto, gritando, loco de alegría:

- ¡Qué mal has tenido que pasarlo! ¡Qué prueba más horrible!

- ¿Se puede saber dónde te habías metido? - inquirió el Bonzo Sha.

- Después de ser derrotado - explicó Ba-Chie -, entré de noche en la ciudad, donde por medio del caballo me enteré de que el maestro se encontraba en un grave aprieto. El monstruo de la Túnica Amarilla le había convertido en un tigre y el alazán me sugirió que convenciera a nuestro hermano para que volviera.

Dejémonos ahora de cotilleos - dijo el Peregrino -. Coged a estos críos y llevadlos a la ciudad del Elefante Sagrado. No dudo de que el monstruo se pondrá furioso al verlos y os seguirá hasta aquí. Procurad provocarle, para que pueda darle muerte con más facilidad.

- ¡Cómo quieres que le provoquemos? - preguntó el Bonzo Sha.

- Montad en una nube y colocaos exactamente encima del Palacio los Carillones de Oro - sugirió el Peregrino -. Después sólo tenéis que hacer una cosa: tirar a los niños, procurando que caigan lo más cerca posible de los escalones de jade blanco. Si alguien os pregunta de quién son hijos, responded simplemente que del Monstruo de la Túnica Amarilla y que los habéis capturado vosotros solitos. Cuando el monstruo se entere, tratará de daros caza y vosotros le traeréis aquí. No quiero enfrentarme a él en el interior de la ciudad, porque la lucha levantará oleadas de lodo y polvo, y toda la población y hasta la misma corte sufrirían las consecuencias.

- No sé cómo te las arreglas - respondió Ba-Chie, sonriendo -, pero siempre que haces algo, nos toca a nosotros la peor parte.

- ¿Qué quieres decir? - preguntó el Peregrino.

- Esos dos críos están que no caben en sí de miedo - contestó Ba-Chie -. Tú mismo puedes verlo. Han gritado tanto que están totalmente afónicos. Por si eso fuera poco, decides que mueran estrellados contra el suelo y convertidos en un amasijo irreconocible de carne. ¿Crees que el monstruo nos va a dejar escapar, en cuanto nos eche mano? ¡Ni lo pienses! En un descuido que tengas acabará con nosotros. Además, nadie nos garantiza que no tengas que retirarte en un momento dado. ¿No es eso dejarnos a nosotros con la peor parte?

- Si se vuelve contra vosotros, traedle hacia aquí - repitió el Peregrino -. Este paraje es ideal para una batalla. Recordad que aquí estaré esperándole.

- Tienes razón - admitió el Bonzo Sha -. Venga. Vayámonos cuanto antes.

No había acabado de decirlo, cuando echaron mano a los chicos, montaron en una nube y se dirigieron hacia la ciudad. El Peregrino, por su parte, saltó de la roca en la que estaba sentado y se encaminó hacia la puerta de la pagoda.

- ¡Eh tú! - le gritó la princesa -. ¿Siempre cumples así tus promesas? No hay quien pueda fiarse de ti. Dijiste que soltarías a los niños en cuanto liberara a tu amigo. Yo he cumplido con mi parte. ¿por qué no has hecho tú lo mismo? Además, ¿adónde los has enviado?

- No os enojéis conmigo, princesa - respondió el Peregrino riendo -. Lleváis demasiado

tiempo aquí y he pensado que sería conveniente confiar a su abuelo el cuidado de vuestros hijos.

- Debes andarte con cuidado, monje - le aconsejó la princesa -. Mi marido, el Monstruo de la Túnica Amarilla, no es una persona común. Si asustas a los niños, tendrás que calmarlos antes de que los vea.

- ¿Sabéis cuál es el crimen mayor que puede cometer en este mundo un ser humano? - preguntó el Peregrino.

- Por supuesto que sí - contestó la princesa.

- ¿Cómo puedes saberlo, si no eres más que una mujer? - volvió a preguntar el Peregrino.

- Me lo enseñaron mis padres en el palacio, cuando yo era muy pequeña - respondió la princesa -. Recuerdo que en un viejo libro se afirmaba: "Con los cinco castigos ³ pueden resarcirse más de tres mil crímenes, el mayor de los cuales es desoír las exigencias de la piedad filial ⁴".

- Me temo que vos no os habéis distinguido precisamente por esa virtud - comentó el Peregrino -. Recordad lo que dice el poema: "Mi padre me engendró y mi madre cuidó con esmero de mí. ¡Cuántas calamidades han padecido los dos por sacarme adelante ⁵!". La piedad filial es, en efecto, la fuente de la moralidad y el firme cimiento sobre el que se asienta la virtud. ¿Cómo pudisteis entregaros por esposa a un monstruo, olvidándoos por completo de vuestros padres? ¿No cometisteis, al hacerlo, una falta terrible contra la piedad filial?

La princesa se sintió tan avergonzada que agachó la cabeza y se puso roja como la grana. Cuando, por fin, pudo reponerse a su turbación, dijo con timidez:

- Sé que vuestras palabras os las ha dictado un sentido profundo de la justicia. Os preguntáis, con razón, cómo he podido olvidarme de mis padres. Pero debéis recordar que todos mis problemas comenzaron cuando el monstruo me secuestró y me trajo aquí a la fuerza. Como comprenderéis, posee un carácter muy fuerte y no me permite viajar a lugar alguno. Aparte de eso, está el problema de la distancia. Es tan enorme que no pude pedir ayuda alguna. Al principio pensé en suicidarme, pero después recapacité y caí en la cuenta de que mis padres, lejos de sospechar la desgracia que se había abatido sobre mí, creerían que me había fugado con algún amante desconocido. Mirándolo bien eso les serviría de consuelo y yo opté por seguir viviendo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sin embargo, sé que eso no me justifica y que en todo el mundo no hay una persona más malvada que yo.

- No tenéis necesidad de apenaros tanto - le aconsejó el Peregrino al ver el mar de lágrimas en el que poco a poco se había ido sumergiendo -. Chu Ba-Chie me contó que salvasteis la vida a mi maestro y le entregasteis una carta para vuestros padres. Eso demuestra que aún los lleváis en el corazón y que vuestro amor por ellos no ha desaparecido del todo. Puedo aseguraros que los días del monstruo están contados. En cuanto le haya dado su merecido, podréis regresar a la corte. Allí os desposaréis con un caballero digno de vos y cuidaréis de vuestros padres, cuando les llegue la hora amarga de la vejez.

- Me parece que estáis dando muchas cosas por seguras - replicó la princesa -. Ya veis. Vuestros hermanos poseen una constitución muy fuerte y, sin embargo, no pudieron dominar a mi marido, el monstruo de la Túnica Amarilla. ¿Cómo vais a hacerlo vos, que sois infinitamente más enclenque y os parecéis a un espíritu de lo flaco que estáis? Sois todo huesos, como un vulgar cangrejo o un esqueleto viviente. ¿Qué clase de poderes tenéis para pretender ser un cazador de monstruos?

- Se ve que no sabéis juzgar a las personas - exclamó el Peregrino, soltando la carcajada -. Como muy bien afirma el proverbio, "por muy larga que sea una burbuja de

orina, no pesa nada, mientras que un trocito de hierro siempre resulta pesado". Eso mismo ocurre conmigo y mis hermanos. Es posible que parezcan muy fuertes, pero, en realidad, no valen para mucho. Son como montañas huecas totalmente por dentro. Las enormes cantidades de alimento que toman no les sirven de gran cosa, porque sus músculos están totalmente atrofiados. Yo, por el contrario, admito que tengo una constitución más débil, pero puedo aseguráros que soy infinitamente más duro que ellos.

- ¿De verdad poseéis poderes especiales? - insistió la princesa.

- Como nunca los habéis visto - confirmó el Peregrino -. Sin embargo, mi especialidad es dominar monstruos y demonios,

- En ese caso - concluyó la princesa -, es mejor que no me busquéis más problemas de los que ya tengo.

- Podéis estar segura de que no lo haré - la tranquilizó el Peregrino.

- De todas formas, ¿queréis explicarme cómo vais a capturarlo? - insistió la princesa.

- Cuando empiece la lucha, os aconsejo que os escondáis - contestó el Peregrino -, así me sentiré más libre. Me temo que todavía le queréis y no podré golpearle a mis anchas, sabiendo que vos estáis husmeando por ahí.

- ¿Qué queréis decir con eso? - exclamó la princesa.

- Que ese monstruo y vos habéis sido marido y mujer durante más de trece años - contestó el Peregrino -. Un tiempo demasiado largo para que no sintáis por él un gran afecto. Os aseguro que, cuando me enfrente a él, no voy a andarme con contemplaciones. Mi barra de hierro es prácticamente indestructible y mis puños son capaces de desmoronar montañas. Con esto quiero deciros que, antes de llevaros de vuelta al lugar en el que nacisteis, tendré que matarle.

La princesa consideró acertada la sugerencia del Peregrino y se retiró a un lugar apartado. Era como si hubiera comprendido que su matrimonio con el monstruo estaba a punto de acabar y no había ya nada que hacer por remediarlo. Los decretos del cielo, por muy duros que parezcan, siempre han de encontrar cumplimiento.

En cuanto la princesa se hubo escondido, el Rey de los Monos sacudió una sola vez el cuerpo y se convirtió en su réplica exacta. Disfrazado de esta guisa, entró en la caverna y se puso a esperar al monstruo.

Mientras tanto, Ba-Chie y el Bonzo Sha llevaron a los dos niños al Reino del Elefante Sagrado y los arrojaron sin ningún miramiento contra las escaleras de jade blanco. Sus cuerpos quedaron reducidos a pura papilla, manchándolo todo con su sangre.

- ¡Qué cosa más espantosa! - gritaron, aterrados, los funcionarios reales -. Ahora, en vez de llover, caen niños de los cielos.

- Esos dos muchachos eran los hijos del Monstruo de la Túnica Amarilla - dijo Ba-Chie desde arriba -. Los hemos capturado el Bonzo Sha y yo.

El monstruo estaba durmiendo tranquilamente la borrachera en el Salón de la Paz de Plata, cuando le pareció oír de pronto que alguien gritaba su nombre. Se dio pesadamente la vuelta y, al mirar hacia arriba, vio a Chu Ba-Chie y al Bonzo Sha de pie sobre una nube sagrada.

- ¡No puede ser! - se dijo el monstruo, desconcertado -. No tendría ningún reparo en admitir que se trata de Chu Ba-Chie, pero no del Bonzo Sha. De hecho, se encuentra en mi mansión atado y bien atado. ¿Cómo puede estar ahora aquí? Estoy seguro de que mi esposa no le ha dejado escapar así como así. Además, ¿cómo han ido mis dos hijos a parar a sus manos? ¿Será todo una argucia de ese Chu Ba-Chie para forzarme a luchar con él? Está bien. Si es eso lo que quiere, le daré el gusto. Pero, ¡santo cielo!, tengo una resaca tan terrible que apenas puedo mantenerme en pie. En estas condiciones no puedo enfrentarme a su tridente. Si lo hago, sufriré una derrota cierta y todo mi prestigio se vendrá abajo en un abrir y cerrar de ojos. Lo mejor que puedo hacer es regresar a casa a

ver si se trata realmente de mis hijos. Después ya veremos lo que puede hacerse con esos monjes.

Sin despedirse siquiera del rey, se dirigió a toda prisa hacia la montaña en la que estaba enclavada su caverna. Para entonces toda la corte sabía ya que se trataba de un monstruo. Para nadie era un secreto que durante la noche había devorado a una de las doncellas. De hecho, las otras diecisiete que habían logrado escapar informaron en seguida de lo ocurrido al rey, que tuvo noticia de hecho tan lamentable incluso antes de la quinta vigilia. Lo repentino de su partida no hizo más que confirmar lo que todo el mundo ya conocía. Al rey no le quedó, pues, más remedio que ordenar a sus soldados que guardaran con cuidado al tigre que permanecía encerrado en el interior del palacio.

El monstruo no tardó en llegar a la caverna. Al verle, el Peregrino trazó a toda prisa un plan. Apretó los párpados con tanta fuerza que las lágrimas fluyeron de sus ojos con la fuerza de un torrente. Al mismo tiempo, empezó a golpearse con fuerza el pecho, gritando como una loca y llenando toda la cueva con el escalofrío de sus alaridos. Al encontrarla en semejante estado, el monstruo no se percató de que no se trataba de su esposa y, llegándose hasta ella, la abrazó con cariño y le preguntó, preocupado:

- ¿Se puede saber qué te pasa?

Haciendo acopio de su mucha imaginación, el Gran Sabio contestó, intensificando el ritmo de sus lamentos:

- ¡Qué terrible desgracia, esposo y señor! Como muy bien afirma el proverbio, "un hombre sin mujer desperdicia sus riquezas, mientras que una mujer sin marido se encuentra a merced de todos los vientos". ¿Por qué no volviste después de saludar a mis parientes? Si hubieras regresado ayer mismo, habrías impedido que Chu Ba-Chie liberara al Bonzo Sha y, lo que es peor, que secuestrara a nuestros hijos. Con lágrimas en los ojos le supliqué que los dejara tranquilos pero él contestó que iba a llevárselos a mi padre para que se encargara de su educación. Ha transcurrido un día entero y no he recibido ninguna noticia de ellos, por lo que no sé si están vivos o muertos ¿Por qué has tardado tanto en volver? Si hubieras hecho lo que te dije no habría pasado eso y yo no estaría ahora tan intranquila.

- ¿Es verdad todo eso? - preguntó el monstruo, fuera de sí.

- ¡Por supuesto que sí! - contestó el Peregrino -. Ba-Chie se llevó a nuestros hijos.

- ¡Maldito sea mil veces su espíritu! - bramó el monstruo, loco de dolor y saltando desesperado de un lugar a otro -. Ese imbécil ha matado a nuestros hijos, tirándolos desde una altura increíble. ¡Nada hay ya que pueda devolverlos a la vida! Lo único que puedo hacer es capturar a ese monje y darle su merecido. Es inútil llorar y lamentarse. Las lágrimas no conducen nunca a nada. Trata de sobreponerte y descansa un poco.

- Me encuentro bien - respondió el Peregrino -. Pero no puedo remediar echar de menos a los niños ni apaciguar esta pena que me está destrozando el corazón. Espero que mis lágrimas no te molesten.

- No te preocupes - trató de tranquilizarle el monstruo -. Ponte de pie. Aquí tengo un remedio infalible contra el dolor. Frótatelo en el punto exacto en el que sientas la molestia y al instante te sentirás aliviada. Debes evitar, sin embargo, tocarlo con el dedo pulgar; de lo contrario, me mostraré ante ti como verdaderamente soy.

- ¡Qué monstruo más estúpido! - se dijo el Peregrino, sonriendo -. Nunca sospeché que pudiera ser tan sincero. Ya ves. Sin ser sometido a tortura, ha confesado más de lo que quería. En cuanto me traiga ese remedio tan maravilloso del que habla, meteré en él mi dedo gordo y, así, descubriré la clase de monstruo que es.

El monstruo abrazó al Peregrino y le condujo al interior de la cueva. Allí abrió con cuidado la boca y sacó una cosa, que, por la forma y el tamaño, parecía un huevo de gallina. Se trataba, en realidad, de un elixir tan blanco y cristalino como las cenizas de

un buda después de ser purificadas por el fuego 6.

- ¡Qué cosa más extraordinaria! - exclamó para sí el Peregrino, profundamente satisfecho -. Sólo el Cielo sabe la cantidad de horas de meditación, de años de pruebas y sufrimientos, de uniones de los principios masculinos y femeninos que han tenido que transcurrir antes de que esta maravilla tomara forma. Está visto que hoy es mi día de suerte.

El mono cogió con cuidado el remedio y, aunque no sentía dolor alguno se frotó con él todo el cuerpo. En cuanto hubo concluido, estiró el pulgar y lo metió entero en tan benéfico unguento. Aterrado, el monstruo alargó el brazo y trató de quitárselo de las manos. Pero el mono era muy ágil y escurridizo y, metiéndoselo a toda prisa en la boca, se lo tragó en un abrir y cerrar de ojos. El monstruo levantó el puño y lo dejó caer contra el Peregrino, que lo paró sin ninguna dificultad con el brazo. Se pasó a continuación la mano por la cara, recobrando, así, la forma que le era habitual, y gritó:

- ¡No seas tan desconsiderado, monstruo! ¡Mírame bien! ¿Sabes quién soy?

- ¡Santo cielo! - exclamó el monstruo, aterrado de ver lo que veía -. ¿Cómo te las has arreglado, esposa mía, para cambiarte el rostro de esa forma?

- ¡Cuidado que eres crédulo! - se burló el Peregrino -. ¿Quieres decirme quién es tu esposa? Eres tan tonto que ni a tus antepasados puedes reconocer.

- Creo que ya sé quién eres - replicó el monstruo, cayendo en la cuenta de lo que estaba sucediendo.

- Voy a darte otra oportunidad, antes de molerte a palos - dijo el Peregrino -. Mírame con cuidado.

- He de reconocer que tu cara me resulta muy familiar, aunque, a decir verdad, de momento no recuerdo tu nombre - contestó el monstruo -. ¿Quieres decirme tú mismo quién eres y de dónde procedes? ¿Por qué has adoptado, además, la forma de mi mujer y has tenido la osadía de robarme mi preciado unguento? Tienes que admitir que eso no está nada bien.

- Así que no me reconoces, ¿eh? - repitió el Peregrino, un tanto defraudado -. Soy el primer discípulo del monje Tang y me llamo el Peregrino Sun Wu-Kung. Por lo que veo, soy también antepasado tuyo, puesto que mi edad supera con mucho los quinientos años.

- ¡Eso no es verdad! - protestó el monstruo -. Cuando capturé al monje Tang, me dijo que sólo tenía dos discípulos: uno llamado Chu Ba-Chie, y el otro, Bonzo Sha. Jamás mencionó que tuviera otro apellidado Sun, de lo que deduzco que no debes de ser más que un vulgar demonio, que has venido hasta aquí con la única intención de engañarme.

- En parte tienes razón - reconoció el Peregrino -. Pero debes saber que, si no me mencionó, fue porque se había enemistado conmigo a causa de un incidente que tuvimos con un monstruo, al que di muerte. Como habrás comprobado, mi maestro es una persona muy sensible y compasiva. ¿Qué hay de extraño, pues, en que me apartara de su lado, al ver tanta sangre? Ése es el motivo de que no estuviera con él, cuanto tú le capturaste. ¿No caes todavía en la cuenta de quién soy?

- Lo que eres es un ser despreciable - bramó el monstruo, despectivo -. Te expulsa tu maestro de su lado y ¿todavía tienes la desfachatez de mirar de frente a la gente?

- ¡Monstruo desvergonzado! - gritó el Peregrino -. Se ve que para ti no encierra sentido alguno eso de que "quien ha sido una vez tu maestro se convierte en padre para toda la vida". O aquello otro de que "entre padre e hijo jamás puede existir auténtica enemistad". ¿Cómo no iba a acudir en auxilio de mi maestro, sabiendo que estabas tratando de buscarle la ruina? Pero no te conformaste sólo con eso, ¡no!, sino que, encima, me insultaste cuanto quisiste. ¿Qué tienes que decir sobre eso?

- ¿Quieres explicarme cuándo te he insultado yo? - protestó el monstruo.

- ¡No lo niegues! - insistió el Peregrino -. El mismo Chu Ba-Chie me lo ha dicho.
- No le creas - le aconsejó el monstruo -. Ese Chu Ba-Chie tiene la lengua de una vieja celestina. No comprendo cómo puedes prestar atención a sus palabras.

- Eso no tiene nada que ver - respondió el Peregrino -. Ya ves, llevo en tu casa todo el día y todavía no me has dado muestras de la hospitalidad que se debe a alguien que ha venido desde tan lejos. Es posible que no tengas comida ni vino suficiente, pero te advierto que a mí me da igual. Tú estira la cabeza y déjame arrearle un buen golpe con mi barra. Para mí será como si hubiera tomado un opíparo banquete.

- ¡No sabes ni lo que dices, Peregrino Sun! - exclamó el monstruo, soltando la carcajada -. Si querías luchar, no tenías que haberme traído hasta aquí. Tengo cientos de diablillos de todas las edades a mi cargo. Podías enfrentarte a ellos tranquilamente y asunto concluido. Todavía estás a tiempo de hacerlo. Trata de salir por esa puerta y, aunque tengas más brazos que un insecto, ya verás lo que te pasa.

- ¡No trates de asustarme con esas fruslerías! - le aconsejó el Peregrino -. ¿Qué son para mí, en definitiva, varios cientos de demonios? Terminaría sin ninguna dificultad con todos ellos, aunque fueran cientos de miles. Si quieres hacer la prueba, no tienes más que llamarlos. Te aseguro que ni uno solo se librará de la marca de mi barra. Todos desaparecerán como la pelusa de los árboles. ¡Garantizado!

El monstruo levantó la voz y ordenó a sus monstruos y diablillos que rodearan inmediatamente la montaña. En un abrir y cerrar de ojos las bestias ocuparon los puntos más estratégicos de la caverna, bloqueando con efectividad todas sus puertas. El Peregrino parecía encantado de semejante despliegue. Agarró con fuerza la barra y gritó:

- ¡Transfórmate! - y al instante se convirtió en un ser de tres cabezas y seis brazos. Con una simple sacudida, la barra de los extremos de oro se multiplicó por tres.

Blandiéndolas con indecible efectividad, el Peregrino se lanzó contra aquella masa de diablillos y demonios, como si fuera un tigre atacando un rebaño de ovejas o un águila aleteando sobre una camada de polluelos. Las cabezas de los monstruos quedaron reducidas a añicos, mientras su sangre fluía como el agua. El Peregrino cargaba sobre ellos una y otra vez, como si fuera un ejército invadiendo una región extremadamente poblada. Al concluir sus ataques, sólo quedó ante él el monstruo, que le obligó a salir de la caverna, gritando:

- ¡Maldito mono! ¡Pocos seres hay tan malvados y crueles como tú! ¿Cómo te atreves a venir a hostigar a la gente a su propia puerta?

El Peregrino se volvió a toda prisa hacia él y replicó, haciéndole señas con las manos:

- ¡Ven! ¡Hasta que no haya terminado contigo, nada de cuanto he hecho tendrá valor alguno!

El monstruo levantó la cimitarra y descargó un terrible golpe sobre la cabeza de su adversario, antes de hacerse a un lado. Afortunadamente el Peregrino levantó a tiempo la barra de hierro y esquivó tan mortífero tajo. El encuentro entre contendientes tan expertos tuvo lugar en lo alto de la montaña, a medio camino entre las nubes y la neblina. Si grandes eran los poderes mágicos del Gran Sabio, no le iban a la zaga los del monstruo. Ambos eran expertos luchadores, que golpeaban sin cesar los flancos de sus adversarios con la barra de hierro y la cimitarra de acero. Ésta brillaba con luz propia entre la neblina, mientras que aquélla dispersaba con inimaginable energía el denso colorido de las nubes. Los guerreros daban vueltas sin parar, avanzaban y retrocedían, tratando de proteger la cabeza y de mantener incólume el cuerpo. Todas las precauciones eran pocas. No en balde, uno cambió de apariencia dejándose llevar por el viento y otro tanto hizo el otro con los pies bien asentados en el suelo. El Peregrino abría cuanto podía sus fieros ojos de mono, respondiéndole el monstruo con sus

dilatadas pupilas de tigre y un elástico movimiento de cintura, más propio de un tigre que de un demonio. Golpe a golpe de cimitarra y de barra, el combate fue desgranando su rosario de mortíferos golpes. El Rey de los Monos se ajustaba en todo al arte de la lucha, lo mismo que el monstruo, que en todo momento seguía las normas de la guerra. ¿Qué importaba que uno desplegara tan vasto poder para proteger al monje Tang y el otro para afianzarse en su posición de monstruo - señor de una montaña? La creciente fiereza del Rey de los Monos encontraba su justa réplica en la ascendente violencia del monstruo. Ajenos a la vida o la muerte, lucharon sin descanso en el aire, todo por el empeño del monje Tang de hacerse con las escrituras sagradas. Más de cincuenta veces seguidas midieron sus armas, sin que se vislumbrara un posible vencedor. Lejos de desanimarse por ello, el Peregrino se dijo, complacido:

- La cimitarra de este monstruo es digna rival de mi barra de hierro. Veamos si él también lo es. Voy a tenderle una trampa a ver si es capaz de descubrirla.

Agarró la barra con las dos manos y la levantó por encima de la cabeza, valiéndose del estilo conocido como "prueba del caballo". El monstruo no se percató de que se trataba de un simple truco. Al ver las facilidades que se le ofrecían, agarró la cimitarra con fuerza y lanzó un tajo terrible contra la parte inferior del cuerpo del Peregrino. Éste recurrió a la técnica llamada del "nivel medio" para contrarrestar el efecto de la cimitarra, echando a continuación mano del estilo conocido como "hurtador de melocotones bajo las hojas". Valiéndose de su fuerza, logró descargar sobre la cabeza del monstruo un golpe tan certero que se desintegró totalmente. Al volverse a mirar, el Peregrino no pudo encontrarle por parte alguna.

- Es raro que resistas tan poco - exclamó para sí, sin creérselo del todo -. Un solo golpe ha sido suficiente para derrotarte. Sin embargo, es extraño que no haya quedado ni rastro de ti. ¿Cómo es posible que no se vea ni sangre, ni pus, ni nada? A mí no puedes engañarme tan fácilmente. Lo más probable es que hayas escapado en un descuido.

Para comprobarlo, se llegó de un salto hasta el límite mismo de las nubes. Miró detenidamente en todas direcciones, pero no pudo apreciar movimiento alguno.

- ¡Qué extraño! - volvió a decirse el Rey de los Monos -. Estos ojos míos son capaces de ver todo lo que repte en diez mil kilómetros a la redonda. Cómo ha podido ese monstruo desvanecerse con tanta facilidad? ¡Ahora caigo! Dijo que me conocía de algo y eso, sin duda alguna, quiere decir que no se trataba de un monstruo cualquiera de este mundo, sino de un espíritu del mismo cielo.

Incapaz de dominar el enfado que le embargaba, el Gran Sabio dio una extraordinaria vuelta de campana, que le llevó directamente a la Puerta Sur del Cielo. Al verle aparecer tan de improviso con la barra de hierro en las manos, los capitanes Pang, Liu, Kou, Pi, Tang, Hsin, Chang y Tao se quedaron tan sorprendidos que se inclinaron ante él a ambos lados de la puerta, sin atreverse a detenerle o a preguntarle nada. No tardó, pues, en llegar al Salón de la Luz Perfecta, donde los preceptores divinos Chang, Gao, Hsü y Chiou osaron, por fin, decirle:

- ¿Cómo es que el Gran Sabio se ha dignado a hacernos el honor de venir a visitarnos?

- Siguiendo los pasos del monje Tang - respondió el Peregrino -, llegué al Reino del Elefante Sagrado, donde me topé con un monstruo que tiempo ha había seducido a una princesa y ahora buscaba la ruina de mi maestro. Como podéis suponer, medí con él mis fuerzas, pero en medio de la lucha desapareció totalmente de mi vista. Eso me ha hecho pensar que no se trata de un monstruo corriente, sino de un espíritu del mismo cielo. Si estoy ahora aquí es precisamente para investigar si ha abandonado su puesto alguno de los dioses de rango inferior.

Al oír eso, los Preceptores Divinos se precipitaron al interior del Salón de la Niebla Divina a informar de todo ello al Señor del Cielo. Inmediatamente se dictó una orden

instando a los Nueve Planetas, las Doce Divisiones Horarias, las Cinco Estrellas de los Cinco Puntos Cardinales, los incontables dioses de la Vía Láctea, los dioses de las Cinco Montañas y los Cuatro Ríos a acudir sin demora ante el Emperador Celeste. Todas las deidades respondieron con prontitud a la llamada, por lo que hubo de proseguirse la investigación más allá del Gran Palacio del Mirlo. Allí se contaron las Veintiocho Constelaciones una y otra vez, descubriéndose que sólo había veintisiete. Para sorpresa de todos, faltaba la Estrella del Lobo del Bosque 7. Los preceptores volvieron entonces al Salón del Trono e informaron a Su Majestad, diciendo:

- La Estrella del Lobo del Bosque se encuentra en las Regiones Inferiores, señor.

- ¿Cuánto tiempo lleva ausente del Cielo? - preguntó el Emperador de Jade.

- Cuatro llamadas ordinarias - contestaron los preceptores -, lo que hace un total de trece días, señor.

- Trece días del Cielo son trece años en la Tierra - concluyó el Emperador de Jade, quien en seguida dio orden al departamento de la propia estrella para que la hiciera regresar cuanto antes al Cielo.

Una vez recibida la orden, las Veintisiete Constelaciones abandonaron la Puerta Celeste y recitaron un conjuro que hizo regresar al instante a la Estrella del Lobo del Bosque. Se trataba, en realidad, de un guerrero que había sufrido directamente las consecuencias de la rebelión del Gran Sabio, cuando sumió al Cielo en una profunda turbación. En aquellos momentos la Estrella se hallaba escondida en un arroyo de la montaña, cuyo vapor había cubierto totalmente su nube de monstruo. Eso explicaba que nadie pudiera verle. Sin embargo, al oír los conjuros de sus compañeras, se armó de valor y decidió regresar a las Regiones Superiores. En la puerta se encontró con el Gran Sabio. Estaba tan furioso que quiso golpearle con la barra, cosa que, afortunadamente, evitaron las otras Estrellas.

Sin pérdida de tiempo el monstruo fue conducido a presencia del Emperador de Jade. Allí se le retiró la placa de oro que llevaba a la cintura y, tras arrodillarse ante los escalones de jade y golpear repetidamente en ellos la frente, reconoció lo equivocado de su conducta.

- Estrella del Lobo del Bosque - le interrogó el Emperador de Jade con severidad -, ¿por qué decidiste visitar en secreto la Región Inferior? ¿Es que no te parecían suficientes los placeres y la belleza que reinan en los Cielos?

- Perdonad, señor, la grave ofensa de vuestro indigno súbdito – suplicó, sin dejar de golpear el suelo con la frente la Estrella -. La princesa del Reino del Elefante Sagrado no es un mortal ordinario, sino la Muchacha de Jade encargada del incienso en el salón del mismo nombre. Desde siempre ha querido hacer el amor conmigo, cosa a la siempre me negué por temor a deshonorar con ese acto la sagrada región del Palacio Celeste. Ella no se desanimó por ello, dirigiéndose al Mundo Inferior, donde tomó forma humana en el interior mismo del palacio imperial. No deseando desairarla, me vi obligado a transformarme en un monstruo. Me hice dueño después de una montaña y, tras secuestrarla y llevarla a mi caverna, nos convertimos en marido y mujer. Lo hemos sido, de hecho, durante más de trece años. Pero, como todo está determinado de antemano, quiso la fortuna que nos topáramos con el Gran Sabio Sun y todos nuestros planes se vinieron, de pronto, abajo.

El Emperador de Jade ordenó entonces que le fuera arrancada la placa de oro. Determinó, al mismo tiempo, que fuera desterrado al Palacio Tushita, donde debía ponerse a las órdenes de Lao-Tse, hasta que hiciera los suficientes méritos para que le fuera devuelta su antigua posición. En caso de no mostrarse diligente, recibiría un castigo aún mayor.

Al ver la decisión adoptada por el Emperador de Jade, el Peregrino se volvió hacia el

trono, complacido, e inclinó ligeramente la cabeza. Se dirigió después hacia las otras deidades y les dijo:

- Gracias por las molestias que os habéis tomado.

- ¡Cuidado que es engreído este mono! - exclamó uno de los preceptores, soltando la carcajada -. Hemos capturado por él a un monstruo-dios y, en vez de mostrarnos su gratitud como debiera, se limita a inclinar ligeramente la cabeza y, si te he visto, no me acuerdo.

- Debemos alegrarnos de que no nos haya causado mayores quebraderos de cabeza y haya abandonado los Cielos en paz - comentó, aliviado, el Emperador de Jade.

El Gran Sabio, mientras tanto, montó en su nube luminosa y se dirigió hacia la Caverna de la Corriente Lunar, en la Montaña de la Cacerola, donde se topó con la princesa. Cuando se disponía a relatarle cuanto había ocurrido, oyó gritar a Ba-Chie y al Bonzo Sha desde lo alto:

- Déjanos a algunos diablillos, para que podamos darles una paliza.

- Me temo que no ha quedado ni uno - contestó el Peregrino.

- En ese caso - concluyó el Bonzo Sha -, nada nos detiene ya aquí. Cojamos a la princesa y devolvámosla cuanto antes a sus padres. ¿Qué os parece si, para ganar tiempo, nos servimos de la magia "acortar la tierra"?

A la princesa le pareció oír un viento huracanado y de pronto se encontró en el interior de la ciudad. Los tres monjes la condujeron al Palacio de los Carillones de Oro, donde se inclinó ante sus padres con sumo respeto y saludó con cariño a sus hermanas. Al poco rato se presentaron los diferentes funcionarios imperiales y le expresaron su profundo reconocimiento.

- Debemos estar muy agradecidos al Honorable Peregrino Sun - dijo la princesa, dirigiéndose al trono -. El poder de su dharma es tan extraordinario que él solo logró derrotar al Monstruo de la Túnica Amarilla y traerme sana y salva a vuestra presencia.

- ¿Qué clase de monstruo era ése de la Túnica Amarilla? - preguntó curioso, el rey.

- Vuestro yerno, majestad - respondió el Peregrino -, no era otro que la Estrella del Lobo del Bosque, un ser de las Regiones Superiores, lo mismo que vuestra hija, que es la Muchacha de Jade encargada del incienso del salón del mismo nombre. Ambos suspiraban por este mundo y, así, lograron descender a la tierra y tomar forma humana. Estuvieron prometidos en una existencia anterior, pero, al no poder consumar el matrimonio, hubieron de esperar a ésta para ver cumplidos sus deseos. Cuando decidí acudir al Palacio Celeste e informar de todo ello al Emperador de Jade, se descubrió que el monstruo no había acudido a cuatro llamadas seguidas de la corte. Eso demostraba que llevaba trece días ausente del Cielo, tiempo que equivalía a trece años de la Tierra, ya que los días de allí son tan largos como los años de aquí. El Emperador de Jade ordenó a las constelaciones de su departamento que le hicieran regresar a las Regiones Superiores, y ha sido desterrado al Palacio Tushita, hasta que haya borrado de su espíritu toda mácula de desobediencia. Solucionado, de esta forma, todo el asunto, se me permitió volver a entregaros a vuestra hija perdida.

Tras agradecer al Peregrino cuanto había hecho, el rey dijo:

- Vayamos a ver cómo sigue vuestro maestro.

Los tres discípulos siguieron al rey. Tras abandonar la sala del tesoro, entraron en un amplio salón. Al poco rato aparecieron varios soldados con una jaula de hierro y soltaron las cadenas que mantenían atado al tigre. Sólo el Peregrino era capaz de ver en él a un hombre. Presa de una magia diabólica, el maestro podía entender cuanto sucedía a su alrededor, pero era incapaz de moverse a su gusto o de abrir los ojos y la boca.

- ¿Cómo es que vos, que siempre habéis sido un monje excelente, os habéis convertido en un tigre tan fiero? - preguntó el Peregrino, soltando la carcajada -. Me apartasteis de

vuestro lado, porque pensabais que era demasiado malvado o violento. Para vos no había cosa más importante que la práctica de la virtud. Con tales principios, ¿cómo habéis experimentado una metamorfosis tan horrenda?

- Deja de burlarte de él y sálvale de ese hechizo, por favor - suplicó Ba-Chie.

- Tú fuiste quien le predispuso en contra mía - replicó el Peregrino -. Además, te has convertido en su discípulo favorito. ¿Por qué no le salvas tú? Recuerda lo que te dije; que, después de derrotar a la bestia, regresaría de inmediato al lugar del que procedo.

- No hagas eso, por favor - intercedió el Bonzo Sha, echándose rostro en tierra -. Los antiguos aconsejaban obrar el bien no sólo por los monjes, sino por Buda. ¡Hazlo por el Perfecto! No te cuesta nada salvarle, ahora que estás aquí. Si pudiéramos hacerlo nosotros, ten por seguro que no habríamos recorrido un camino tan largo para ir a pedírtelo a ti.

- ¿Por quién me habéis tomado? - exclamó, por fin, el Peregrino, levantando las manos -. ¿Cómo voy a negarme a salvarle? ¡Traed inmediatamente un poco de agua!

Ba-Chie corrió a la casa de postas y sacó de entre el equipaje la escudilla de oro rojizo para pedir limosna. La llenó de agua hasta la mitad y voló a dársela al Peregrino. El Rey de los Monos recitó un conjuro, bebió un poco y el resto lo aspergió sobre el tigre. Al instante desapareció la magia diabólica, disolviéndose por completo la falsa imagen del tigre. El monje pudo entonces abrir los ojos y, al reconocer al Peregrino, tomó sus manos entre las suyas y preguntó, emocionado:

- ¿De dónde has salido, Wu-Kung?

- El Bonzo Sha se puso de pie y relató con todo detalle cuanto había sucedido. Sin saber cómo expresar su gratitud, Tripitaka exclamó:

- ¡Qué discípulo más fiel! ¡No sabes cuánto te debo! Espero que no tardaremos ya mucho en llegar al Oeste. Cuando nos encontremos de nuevo en las Tierras Orientales, informaré al Emperador de los Tang de todo cuanto has hecho por el bien de la empresa.

- No lo hagáis, por favor - le suplicó el Peregrino, sonriendo -. Si queréis recompensarme de alguna manera, dejad de recitar esa cosa que vos y yo bien sabemos y os estaré eternamente agradecido.

El rey dio las gracias a los cuatro monjes por todo lo que habían hecho por su casa y ordenó la preparación de un espléndido banquete vegetariano en el ala oriental del palacio. Tras gozar algunos días de los favores reales, el maestro y los discípulos se despidieron de su majestad y continuaron su camino hacia el Oeste. El monarca y todos sus ministros los acompañaron durante un largo trecho, sabedores de que aquel grupo que se dirigía al Palacio del Trueno a presentar sus respetos a Buda había contribuido no poco a asegurar su imperio.

No sabemos lo que ocurrió después ni cuándo alcanzaron, por fin, el Paraíso Occidental. Quien quiera averiguarlo, deberá escuchar con atención lo que se dice en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXII

EL CENTINELA LLEVA UN MENSAJE A LA MONTAÑA ALTÍSIMA. LA MADERA MADRE SE TOPA CON LA DESGRACIA EN LA CAVERNA DE LA FLOR DE LOTO

Decíamos que, una vez reintegrado al grupo el Peregrino Sun, el monje Tang y sus discípulos continuaron el camino hacia el Oeste, tan unidos en cuerpo y espíritu como si se tratara de un solo ser. Tras haber liberado a la princesa del Elefante Sagrado y recibir todos los honores de su agradecido padre, caminaron sin parar durante días enteros, alimentándose cuando el hambre y la sed los atacaban, viajando de día y descansando

cuando el sol se ponía. No tardó en llegar la temporada de la Triple Primavera, una temporada en la que la brisa sacude las verdosas hojas de los sauces con la suavidad de la seda y todo parece estar cargado de poesía. El aire se llena de los trinos de los pájaros y la dulzura de las flores, cuyos capullos se abren sin cesar. Es un tiempo para gozar del esplendor de la primavera, cuando las golondrinas acuden a los árboles hai-tang ¹, como si fueran cortesanos convocados por el emperador. Las calles de la ciudad imperial se llenan de un polvo rojizo ², se oye por doquier el sonido de flautas y otros instrumentos de cuerda, los viandantes visten sus mejores galas de seda, y las callejuelas se ven inundadas de juegos y de gentes que no paran de brindar.

Mientras discípulos y maestro caminaban con lentitud, gozando de la serena belleza del paisaje, se toparon con una montaña altísima, que hizo exclamar al monje Tang:

- ¡Extremad cuanto podáis la precaución! O mucho me equivoco o en esa enorme mole que tenemos ante nosotros se esconde una gran cantidad de lobos y tigres, dispuestos a no dejarnos seguir adelante.

- Maestro - replicó el Peregrino -, quien ha renunciado a la familia no debe hablar como quien aún goza de ella. ¿Acaso habéis olvidado ya las palabras del Sutra del Corazón que os entregó el Monje del Nido del Cuervo? "Los obstáculos no tienen ninguna entidad, de ahí que el temor y el terror carezcan totalmente de sentido. Quien así obra no conoce las sendas del error." Cuanto debéis hacer para lograr tan alto fin es limpiar de toda broza vuestra mente y lavar con cuidado el polvo que se ha ido acumulando en vuestros oídos. Nunca seréis un hombre entre los hombres, si no llegáis a probar el más insoportable de los dolores. No debéis preocuparos, maestro, porque, teniéndome a vuestro lado, todo os saldrá bien, aunque desaparezca el mundo y los cielos se derrumben. ¿A qué viene, pues, ese temor a los tigres y lobos?

- Tras mi partida de Chang-An, siguiendo el deseo imperial - contestó el maestro, tirando de las riendas del caballo -, mi único propósito ha sido contemplar la imagen de oro de Buda que se alza en la sagrada pagoda de Sari y gozar de la serenidad de sus cejas de jade blanco ³. Con tal fin, no he dudado en vadear incontables ríos y escalar montañas que jamás había hollado el pie humano. Las neblinas han penetrado al interior de mis huesos y las olas me han cubierto, al romper, con su espuma. ¿Cuándo podré descansar de tanta fatiga?

- Si lo que deseáis es descansar, no hay cosa más fácil de conseguir - replicó el Peregrino, soltando la carcajada -. Cuando hayáis conseguido la perfección, dejarán de existir para vos las Doce Causas ⁴ y reinará por doquier la nada. Entonces afluirá hacia vos el descanso como la cosa más natural del mundo.

Al oír tan reconfortantes palabras, el monje Tang no pudo por menos de dejar de lado la inquietud que le embargaba y espoleó su caballo. De esa forma, comenzaron la ascensión de la montaña, que era, en verdad, abrupta y encerraba mil y un peligros. Su cumbre era altísima y tenía una desazonadora forma puntiaguda, que contrastaba abiertamente con la profundidad de una oscura garganta labrada durante siglos por un serpenteante torrente. Sus aguas levantaban montañas de espuma, que se perdían inútilmente en la altura. Por encima de los acantilados podía verse los tigres moviendo tranquilamente la cola, y, un poco más arriba, la hoja de piedras del pico atravesar el verdor de los cielos. El cañón que se abría a sus pies, por el contrario se mostraba tan profundo y oscuro como el mismo empíreo. Ascender por montaña tan peculiar era como hacerlo por una escalera, y, descender por ella, como adentrarse poco a poco en una fosa. Se trataba de una elevación tan abrupta que hasta el buscador de hierbas medicinales encontraba difícil caminar por ella y el leñador se mostraba incapaz de avanzar un solo centímetro con facilidad. Las cabras montesas, los caballos salvajes, las liebres y los toros de montaña se veían precisados a moverse en manadas por los

empinados riscos. La altura de aquella mole era tal que a veces obnubilaba el sol y las estrellas. ¿Qué había de raro que en ella moraran lobos blancos y criaturas extrañas? El caballo de Tripitaka se movía con manifiesta dificultad por aquella maraña de arbustos y rocas. Sus esfuerzos eran tales que uno se preguntaba cómo se las arreglaría para llevar a su dueño al Templo del Trueno y presentar allí sus respetos a Buda.

Mientras el maestro luchaba por mantenerse a lomos de su cabalgadura, levantó la vista y vio a un leñador unos cuantos pasos más adelante. Llevaba un sombrero viejo de fieltro azul para la lluvia y una túnica de monje de lana negra. Semejante vestimenta no dejaba de ser totalmente inapropiada, ya que difícilmente podía guarecerse contra la humedad y el sol con un sombrero y una túnica de esa especie. ¿Dónde se había visto, por otra parte, que un monje usara una prenda tan extraña? Parecía más una burla que una señal de respeto. Llevaba en las manos un hacha de acero bruñida con singular esmero y en el cinto lucía un machete de cortar ramas. No resultaba difícil colegir, por su estilo de vida, que no le abrumaban las cuitas y sí, en cambio, gozaba de la bendición de las Tres Estrellas 5. Aquél era hombre que había aceptado su suerte y al que no le importaban la gloria o los fracasos de este mundo.

El leñador estaba cortando troncos junto al camino, cuando, al ver acercarse al monje Tang, dejó el hacha a un lado y corrió decidido hacia él, sin dejar de gritar a grandes voces:

- Deteneos un momento, maestro que os dirigís al Oeste, porque tengo algo importante que deciros. Existe en esta montaña una banda de monstruos sin entrañas que se dedican a devorar a cuantos viajeros osan pasar por aquí camino del Poniente.

Al oír eso, Tripitaka sintió que le abandonaban las fuerzas y el espíritu se le salía del cuerpo. Estaba tan alterado que apenas podía mantenerse sobre el lomo del caballo. Se volvió inmediatamente hacia sus y les preguntó:

- ¿Habéis oído lo que acaba de decir el leñador sobre esos monstruos que nos aguardan un poco más adelante? ¿Quién se atreve a indagar más pormenores?

- Tranquilizaos, maestro - le aconsejó el Peregrino -. Yo mismo me llegaré hasta ese hombre y le pediré más detalles sobre tan descorazonador anuncio.

Se adelantó a sus hermanos y, dirigiéndose al leñador como "hermano mayor", dobló las manos y le saludó con inesperado respeto. El leñador le devolvió el saludo, diciendo:

- ¿Se puede saber qué propósito os ha traído hasta aquí?

- A decir verdad - contestó el Peregrino -, hemos recibido del Señor de las Tierras del Este el encargo de hacernos con las escrituras del Paraíso Occidental. Aquel que veis a lomos de un caballo es mi maestro. Se trata de una persona bastante timorata y, al oír hablar de demonios y monstruos, se ha puesto a temblar y me ha pedido que os pregunte más detalles sobre ello. ¿Cuántos años llevan viviendo aquí esas bestias, por ejemplo? ¿Se trata de auténticos profesionales o de simples aprendices? Es preciso que lo sepa con exactitud, para poder solicitar del espíritu local y del dios de la montaña que los aleje de aquí cubiertos de cadenas.

El leñador levantó los ojos al cielo y, tras soltar una sonora carcajada, exclamó:

- ¡Se ve que estás loco de remate!

- Yo no estoy loco - protestó el Peregrino - y lo que acabo de decirte es la pura verdad. Deberíais haberos percatado de que soy una persona honrada.

- No te adules tanto, por favor - se burló el leñador -. Si fueras tan honrado como pretendes, no hablarías de alejar a nadie de aquí cubierto de cadenas.

- ¿Estás relacionado con esos monstruos? - indagó el Peregrino.

- ¿Qué te hace pensar semejante cosa? - replicó el leñador.

- La forma como ponderas sus poderes y el modo como nos has echado el alto - contestó el Peregrino -. Si no eres pariente de estas bestias, por fuerza debes de ser

vecino o amigo suyo.

- ¡Estás completamente loco! - repitió el leñador, arreciando en sus carcajadas -. No sabes ni lo que dices. Yo soy un hombre que siempre procura hacer el bien. Por eso, he hecho todo lo posible para haceros llegar el mensaje que ya sabéis. Es preciso que obréis siempre con prudencia y toméis todas las precauciones que podáis. Por lo que se ve, tú has malinterpretado mis intenciones y, en vez de agradecerme lo echas en cara mi modo de actuar. En fin, supongamos que conozco el origen de esos monstruos. ¿Quieres explicarme qué vas a hacer para apartarlos de tu camino? Me gustaría saber cuáles son tus planes.

- Si son monstruos celestes - contestó el Peregrino -, les ordenaré que vayan a ver al Emperador de Jade. Si, por el contrario, su origen es terrestre, les haré ir al Palacio de la Tierra. De esta forma, los del Oeste volverán junto a Buda, los del Este regresarán al lado de los sabios, los del Norte retornarán al de Chen-Wu 6, y los del Sur correrán al encuentro del Dios del Fuego 7. Si son espíritus de dragones serán enviados sin demora ante los Señores de los Océanos, y, si se trata de ogros, deberán comparecer ante el mismísimo Rey Yama. Cada clase de monstruo posee su propio lugar y puedo aseguráros que estoy familiarizado con todos ellos. Lo único que tengo que hacer es promulgar una orden y todos partirán inmediatamente hacia su destino, aunque sea de noche y no se vea nada.

Lejos de apaciguar la risa del leñador, esas palabras la avivaron aún más.

- ¡No me cabe la menor duda! - exclamó, una vez más, el leñador -. ¡Estás totalmente loco! Lo más seguro es que hayas visitado algunos lugares sagrados y hayas aprendido un poco de magia y algún que otro conjuro con agua. No lo pongo en duda. Es más, admito que seas capaz de dominar monstruos y expulsar espíritus. Pero te advierto que en toda tu vida te has encontrado con bestias tan crueles como éstas de las que te he hablado.

- ¿Qué te hace insistir tanto en su crueldad? - inquirió el Peregrino.

- Esta cordillera - respondió el leñador - posee una longitud que supera con mucho los seis mil kilómetros y es conocida por doquier por el nombre de la Montaña Altísima. En ella se abre una caverna llamada de la Flor de Loto, donde habitan dos monstruos, auténticos maestros en el arte del engaño, que se han empeñado en devorar al monje Tang. Si venís de una región que no tenga nada que ver con ese imperio, no tenéis nada que temer. Pero, como estéis asociados de alguna manera con la palabra "Tang", tened por seguro que de aquí no pasaréis.

- Nuestro viaje se inició precisamente en la corte de los Tang - confesó el Peregrino.

- Es a vosotros a los que están esperando para matar su hambre - afirmó el leñador.

- ¡No me digas! - exclamó el Peregrino, burlón -. ¿Quieres explicarme cómo piensan devorarme?

- ¿Por qué preguntas eso? - replicó el leñador.

- Porque, si piensan empezar a comernos por la cabeza - contestó el Peregrino -, la cosa no es tan seria como si deciden hacerlo primero por los pies.

- ¿Qué diferencia existe en eso? - preguntó el leñador, sorprendido -. Se empieza por donde se empieza, el resultado es siempre el mismo.

- Se ve que no tienes mucha experiencia en eso - comentó el Peregrino -. Si nos comen empezando por la cabeza, después del primer mordisco no sentiremos dolor alguno, aunque a continuación nos frían, nos asen o nos cuezan a fuego lento. Si, por el contrario, comienzan por los pies, pasan acto seguido a las piernas y, de ahí, a las pantorrillas y a la pelvis, mastica que te mastica y roe que te roe; es muy posible que, cuando lleguen a la cintura, todavía no hayamos muerto. ¿Te imaginas el sufrimiento que eso puede producir? Como ves, la diferencia es grande.

- No te preocupes por eso - respondió el leñador -. Esas bestias no van a tomarse tantas molestias. Mirándolo bien, no son tan refinadas como parecen. Lo que harán será atarte a un poste y ponerte al fuego. Cuando estés bien churruscadito, te comerán entero y asunto concluido.

- ¡Eso es mejor de lo que me esperaba! - exclamó el Peregrino, aliviado -. ¡Mucho mejor! No nos dolerá nada. La pena será que estaremos un poco tiesecitos y duros.

- No seas tan caradura, por favor - le aconsejó el leñador -. Esos monstruos tienen en su poder cinco tesoros que poseen un gran caudal de poderes mágicos. Aunque seas el pilar de jade que sostiene los Cielos o el puente de oro que une las dos orillas del océano, esas bestias te harán perder el equilibrio, cuando trates de pasar al monje Tang sano y salvo por sus dominios.

- ¿Quieres decirme cuántas veces me marearé? - inquirió el Peregrino.

- Tres o cuatro - contestó el leñador.

- ¡Bah, eso no es nada! - exclamó, una vez más, el Peregrino -. ¿Qué son tres o cuatro veces para quien se maree al cabo del año setecientas u ochocientas veces? Un pequeño vahído y ¡ya está! ¡Atrás quedó el peligro para siempre!

El Gran Sabio no sentía, en verdad, miedo alguno. Estaba tan ansioso por servir de guía al monje Tang que dejó al leñador y, de dos grandes zancadas, se llegó hasta donde estaba parado el caballo y dijo al maestro:

- No se trata de nada serio. Sólo un par de monstruos sin ninguna importancia. Lo que ocurre es que la gente de por aquí es bastante miedosa y se asusta por cualquier cosa. Además, me tenéis a vuestro lado. Así que lo mejor es que prosigamos nuestro camino.

A Tripitaka no le quedó más remedio que seguir adelante. Pero, al pasar junto al leñador, éste se desvaneció de pronto y el maestro preguntó, sobresaltado:

- ¿Cómo es posible que la persona encargada de traernos ese mensaje tan desalentador haya desaparecido tan de repente?

- ¡Qué mala suerte la nuestra! - se quejó Ba-Chie -. ¡Hasta a plena luz del día nos topamos ya con los espíritus!

- ¿Cómo puedes decir tantas tonterías? - le regañó el Peregrino -. Lo más seguro es que ese hombre se haya escurrido al interior del bosque en busca de madera. Voy a echar un vistazo.

El Gran Sabio abrió cuanto pudo sus ojos de fuego y sus pupilas de diamante, pero, aunque escudriñó la montaña con sumo cuidado, no pudo hallar ni rastro del leñador. Sorprendido, levantó después la cabeza y vio al Centinela del Día sentado sobre una franja de nubes. Montó a toda prisa en una y salió en su persecución, sin dejar de gritar:

- ¡Maldito espíritu!

Cuando llegó a su altura, le reconvinó, diciendo:

- Si tenías algo que advertirnos, ¿por qué no lo hiciste con toda claridad? ¿A qué viene eso de disfrazarte y tomarnos descaradamente el pelo?

El Centinela estaba tan asustado que sólo acertó a inclinar respetuosamente la cabeza y a responder:

- Perdonad, Gran Sabio, mi tardanza en transmitir el mensaje, pero esos monstruos poseen extraordinarios poderes mágicos y son capaces de transformarse en lo que les venga en gana. Ahora os corresponde a vos valeros de vuestra portentosa inteligencia para proteger a vuestro maestro de la forma que estiméis más oportuna. Os advierto que, si no obráis con presteza, no podréis pasar de aquí y jamás alcanzaréis el Paraíso Occidental.

El Peregrino dejó al Centinela proseguir su camino, aunque tomó buena cuenta de su advertencia. Al regresar, sin embargo, a la montaña y ver al maestro, a Ba-Chie y al Bonzo Sha avanzar entre las rocas con no poca dificultad, se dijo:

- Si les cuento cuanto acaba de relatarme el Centinela, con toda seguridad se echarán a llorar. ¡Posee el maestro un espíritu tan débil! Por otra parte, si no le digo la verdad, puede seguir adelante sin tomar ningún tipo de precauciones. Como muy bien afirma el proverbio, "al adentrarse en un pantano, nadie puede asegurar si es profundo o no". Si el maestro cae en poder de esos monstruos, tendré que emplearme a fondo y gastar yo qué sé la de energía. Creo que lo mejor será enviar a Ba-Chie por delante a ver cómo se desenvuelven esos monstruos. Si sale vencedor del trance, toda la gloria será suya. Pero, si fracasa y cae en poder de esas bestias, ya dispondré después de tiempo para ponerle en libertad. Su desgracia me brindará la ocasión de mostrar mis poderes y eso aumentará aún más mi fama.

Mientras calibraba la viabilidad de estos planes, interrogando a la inteligencia con la mente, volvió a decirse:

- De todas formas, Ba-Chie es tan vago que a buen seguro se negará a hacer de avanzadilla. Eso sin contar con que el maestro le protege de una forma increíble. Tendré que servirme, pues, de la astucia para convencerle.

¡A cuántos engaños hubo de recurrir el Gran Sabio! Se frotó los ojos durante un buen rato y, de esta forma, logró que las lágrimas fluyeran copiosas por sus mejillas, mientras se dirigía con paso inseguro a donde se encontraba su maestro. Al verle tan abatido, Ba-Chie exclamó en seguida:

- Deja la pértiga en el suelo, Bonzo Sha, y pon ahí el equipaje. Creo que ha llegado la hora de dividirlo.

- ¿Se puede saber por qué lo vamos a dividir? - preguntó, sorprendido, el Bonzo Sha.

- ¡Haz, de una vez, lo que te digo! - gritó Ba-Chie -. Cuando tengas la parte que te corresponda, vuelve al Río de Arena y conviértete en monstruo. Por mi parte, pienso regresar al pueblo de Gao a ver qué tal sigue mi esposa. Venderemos el caballo y con lo que saquemos compraremos un ataúd para el maestro. Ha llegado la hora de dispersarnos. No tiene ningún sentido sacrificarnos por llegar al Paraíso Occidental.

- Maldito esclavo! - bramó Tripitaka sobre el caballo -. Aún no hemos concluido el viaje. ¿Se puede saber a qué viene tanta tontería?

- Sólo los niños las dicen - replicó Ba-Chie -. ¿No veis al Peregrino Sun que viene hacia aquí llorando como una doncella? Como bien sabéis, es un luchador experimentado, que no tiene miedo ni al hacha ni al fuego y que es capaz de adentrarse tanto en el Cielo como en la Tierra. Sin embargo, se le ve decaído y sin ánimo alguno. Una actitud así sólo se explica por lo infranqueable de esta montaña y lo peligroso de los monstruos que la habitan. ¿Cómo queréis que sigamos adelante nosotros, que somos mucho menos fuertes que él?

- ¡Te repito que dejes de decir tonterías! - insistió el maestro -. En realidad, no sabemos lo que le pasa. Vamos a preguntárselo, antes de tomar cualquier decisión.

Cuando comprendió que el Peregrino estaba lo suficientemente cerca para poder oírle, levantó la voz diciendo:

- Si hay algo que te desazona, no estaría de más que lo compartieras con nosotros. ¿Se puede saber por qué te muestras tan abatido? No querrás asustarnos con esa cara tan lúgubre que traes, ¿verdad?

- Acabo de descubrir que el mensajero que nos ha anunciado todas esas desgracias era nada más y nada menos que el Centinela del Día. Me ha confirmado que los monstruos que nos esperan más adelante son tan crueles que no dejan pasar a nadie por sus dominios. Éstos, por otra parte, son tan abruptos que hasta la fecha no ha podido trasponerlos ningún ser humano. Creo que tampoco nosotros seremos capaces de hacerlo, así que lo mejor es que lo dejemos para otra ocasión.

Al oír eso, el maestro se puso tan nervioso que agarró, desesperado la túnica de piel de

tigre del Peregrino y le dijo:

- Llevamos cubierta ya más de la mitad del viaje. ¿Cómo puedes hablar ahora de esa forma tan descorazonadora?

- Me debo totalmente a vuestra causa - afirmó el Peregrino -, pero me temo que esos monstruos son mucho más fuertes que nosotros y no podremos hacerles frente sin ayuda. Como muy bien reza el dicho, "aunque el hierro esté ya en el interior del horno, nunca se sabe los tornillos que se pueden sacar de él".

- En eso tienes razón - admitió el maestro -. Es muy difícil para una sola persona salir airoso de este trance, pues, como suelen afirmar los libros de tácticas militares, "unos pocos no pueden derrotar a un ejército completo". Pero aquí somos cuatro. Debes contar también con Ba-Chie y el Bonzo Sha. Te doy permiso para que dispongas de ellos como mejor te plazca. Me figuro que te servirán de mucha ayuda protegiéndote los flancos. En fin, tú sabes mucho más que yo de esas cosas. Lo que importa es que todos colaboremos y podamos llegar sin mayores tropiezos a la otra parte de esta montaña. ¿No habremos dado, así, un paso más para conseguir nuestros propósitos?

Toda la comedia del Peregrino estaba encaminada a arrancar del maestro precisamente esas palabras. Satisfecho de su triunfo, se limpió las lágrimas y dijo:

- Si deseáis, en verdad, cruzar esta montaña, es preciso que Chu Ba-Chie acepte llevar a cabo dos misiones que tengo pensadas para él. Sólo entonces dispondremos de un tercio de posibilidades de salir airosos de nuestro empeño. Si, por el contrario, no se aviene a ayudarme, podéis olvidaros de todo el asunto.

- ¡No, no! - protestó Ba-Chie, sacudiendo la cabeza -. Es mejor que cada cual nos vayamos por donde hemos venido. No comprendo por qué ahora quieres liarme.

- No seas tan impulsivo, por favor - le aconsejó el maestro -. Enterémonos primero de qué es lo que quiere Wu-Kung que hagas.

- Está bien - replicó el Idiota, volviéndose hacia el Peregrino - ¿Cuáles son esas dos misiones de las que hablabas?

- La primera - respondió el Peregrino -, que cuides del maestro, y la segunda, que vayas a patrullar la montaña.

- No me parecen muy compatibles - opinó Ba-Chie -. Cuidar del maestro implica quedarme aquí sentado, mientras que salir de patrulla exige que me aleje de su lado. No querrás que me siente unos minutos y camine otros pocos, ¿verdad? Es imposible que haga las dos cosas a un tiempo. ¿No lo comprendes?

- Claro que sí - reconoció el Peregrino -. Sin embargo, nadie ha pedido eso, sino que elijas una de las dos.

- Eso es fácil de decidir - comentó Ba-Chie, sonriendo - ¡ De todas formas, antes necesito saber qué tengo que hacer para proteger el maestro o para salir por ahí a recorrer la montaña. Quien no conoce de antemano sus obligaciones no puede afirmar que vaya a ser capaz de llevarlas a buen término.

- Cuidar del maestro - explicó el Peregrino - implica permanecer a su lado cuando quiera hacer sus necesidades, acompañarle cuando desee moverse por ahí, e ir a mendigar algo de comida vegetariana cuando sienta hambre. Pero recuerda bien esto: si no te muestras diligente con él, recibirás una buena paliza, lo mismo que si su tez pierde algo de color o si sus fuerzas flaquean un poco.

- ¡Pero eso es extremadamente difícil! ¡Difícilísimo! - protestó Ba-Chie, alarmado -. No separarme de él en ningún momento no implica dificultades mayores. Aunque tuviera que llevarle a cuevas de aquí para allá, no me costaría gran cosa. Pero, si me envía a mendigar comida y me encuentro con alguien incapaz de reconocer en mí a un monje en busca de escrituras sagradas, mi vida puede correr un grave peligro. No en balde soy un puerco sano y de una corpulencia llamativa. ¿Quién no va a intentar darme caza con

horcas y estacas, al verme tan rollizo y bien criado? Lo más seguro es que, después de darme muerte, me lleven a sus casas y me dejen secar, para que pueda servirles de alimento durante un año completo. ¿No supone eso meterme yo mismo en la boca del lobo?

- En ese caso - concluyó el Peregrino -, deberás salir de patrulla.

- ¿Y eso qué conlleva? - inquirió Ba-Chie.

- Adentrarte en la montaña y tratar de descubrir cuántos monstruos se esconden en ella - respondió el Peregrino -. De esa forma, podremos hacer planes para atravesarla sin problemas.

- Eso para mí no es nada - reconoció, aliviado, Ba-Chie -. Ahora mismo voy a salir de patrulla - y, agarrando su túnica y el tridente, se dirigió, decidido, hacia el interior de la montaña.

Al verle partir con aire tan despreocupado, el Peregrino no pudo evitar una sonrisa socarrona. Eso le valió una regañina del maestro, que exclamó, ofendido:

- ¡Maldito mono sin entrañas! Ves a tu hermano marchar directamente hacia la muerte y, encima, te burlas de él. ¿Cuándo vais a dejar de envidiaros? Es vergonzoso haberte servido de esas artes para obligarle a salir en lo que tú has llamado de patrulla. ¿Por qué tienes que ser tan astuto y valerte de la palabrería y el engaño? Pero, lejos de contentarte con eso, te burlas y te ríes de él. ¿Cómo puedes ser así?

- Yo no me burlo de nadie - se defendió el Peregrino -. Mi risa obedece, en realidad, a otros motivos. Aunque Ba-Chie acabe de marcharse, os aseguro que ni patrullará esta montaña ni se enfrentará a monstruo alguno. Lo que hará será esconderse en algún lugar seguro y después volverá a contarnos alguna historia absurda que él mismo se haya inventado.

- ¿Cómo puedes afirmar semejante cosa? - le reconvino, una vez más, el maestro.

- Algo me dice que es eso lo que hará - contestó el Peregrino -. Si no me creéis, podéis ir tras él y comprobarlo por vos mismo. De todas formas, es mejor que lo haga yo. Si por casualidad se topa con algún monstruo, puedo ayudarle y comprobar, al mismo tiempo, si es auténtico o no su compromiso de servir fielmente a Buda.

- Me parece una idea excelente - dijo el maestro, más tranquilo - Pero, por favor, procura no burlarte más de él.

El Peregrino prometió que así lo haría y se lanzó corriendo montaña arriba. Sacudió después ligeramente el cuerpo y se transformó en una pequeña avispa. Sus alas se movían sin esfuerzo alguno en el seno del viento, contrastando su fuerza con la delicadeza de su cintura, tan delgada como un alfiler. La velocidad de sus movimientos era tal que se desplazaba por entre los juncos y plantas con la celeridad de un cometa. Sus ojos poseían un delicado brillo, que se conjugaba a la perfección con el casi imperceptible zumbido de su vuelo. A pesar de ser uno de los insectos más pequeños que existen, posee la inteligencia de otros mayores que él. Cuando se detiene a descansar en los parajes más recónditos del bosque apenas nadie se percató de su nerviosa presencia.

El Peregrino batió con fuerza las alas y no tardó en ponerse a la altura de Ba-Chie. Se posó después en su cuello y de ahí pasó a unas cerdas muy duras que tenía justamente en la terminación de las orejas. El Idiota ni siquiera se percató de que alguien había aterrizado en su cuerpo. Tras caminar durante siete u ocho kilómetros, dejó caer su pesado tridente, se volvió de improviso hacia donde se encontraba el monje Tang y, sin dejar de agitar cómicamente los pies y las manos, empezó a maldecir su suerte, diciendo:

- ¡Qué bien se lo están pasando el loco de mi maestro, el de desaprensivo "pi-ma-wen" y el mariquita del Bonzo Sha, mientras yo veo me obligado a hollar los caminos sin

parar! Todos esperamos alcanzar la perfección y acumular méritos, consiguiendo las escrituras sagradas, pero soy sólo yo el que tiene que sacrificarse, saliendo a patrullar estas montañas. Si, en verdad, hay por aquí cerca unos monstruos terribles lo que teníamos que hacer era tratar de pasar totalmente desapercibidos. Pero no, ¡no es suficiente eso para ellos! Sin pedir mi opinión, me obligan a ir en busca de esas bestias. ¡Arreglados andan conmigo, porque ahora mismo voy a tumbarme a echar una siesta! Cuando me despierte, iré a contarles lo primero que se me ocurra y asunto concluido.

Todo parecía conjurarse para facilitar los planes del Idiota. A dos pasos de donde se encontraba, en un recodo de la montaña, abrió un manto de hierba rojiza y hacia allá se dirigió, arrastró el tridente. Inmediatamente se dejó caer en el suelo y exclamó, estirándose voluptuosamente:

- ¡Qué comodidad! ¡Ni siquiera un "pi-ma-wen" puede gozar de placeres tan exquisitos como éste!

El Peregrino, que continuaba agarrado a una de sus cerdas de detrás de la oreja, no pudo contenerse al oír semejantes desatinos y voló hacia lo alto, dispuesto a estropearle sus planes. Volvió a sacudir ligeramente el cuerpo y al instante se convirtió en un pequeño pájaro carpintero. La dureza de su pico no tenía en nada que envidiar a la del acero, cosa que contrastaba con el brillo y la delicadeza de su plumaje. Sus uñas, por el contrario, eran tan afiladas como clavos de acero. De ellas se servía para agarrarse con fuerza a los troncos de los que se alimentaba, aunque, a decir verdad, le gustaban más los que habían sido ya carcomidos por los insectos y los que crecían, solitarios y viejos, en algún lugar apartado. Eran inconfundibles sus ojos redondos, su cola en forma de abanico, su manera de posarse en las ramas y el ruido monótono de su constante picoteo.

El pájaro en el que se convirtió el Peregrino no era ni demasiado grande ni demasiado pequeño, no pesando, de hecho, más de unas cuantas onzas. Con su pico rojo, duro como el bronce, y sus garras negruzcas, resistentes como el hierro, se dejó caer desde lo alto sobre el desprevenido Ba-Chie. El Idiota estaba ya roncando con la cabeza hacia arriba y recibió en el morro un picotazo tan terrible que se puso inmediatamente de pie, sin dejar de gritar como un loco:

- ¡Un monstruo! ¡Acaba de alcanzarme un monstruo con su lanza! ¡Santo cielo, cómo me duele el morro!

Se lo frotó con una mano y descubrió que estaba sangrando. Eso le hizo quejarse de su suerte, diciendo:

- ¡Qué mala pata! ¡Siempre me ocurre lo mismo! ¿Es que nunca va a quererme sonreír la fortuna?

Pero, pese a la sangre que teñía aparatosamente sus manos, nada se movía a su alrededor. Todo parecía estar tan tranquilo como antes.

- ¡Qué raro! - volvió a exclamar -. No se ve a ningún monstruo. Si no ha sido una bestia, ¿quién ha podido darme un lanzazo en la boca?

En ese momento levantó la cabeza hacia arriba y descubrió a un pequeño pájaro carpintero revoloteando por encima de los árboles Rechinándole los dientes de rabia, gritó, enfurecido:

- ¡Maldita bestezuela! ¡Como si no fueran suficientes los malos tratos del "pi-ma-wen" para que, encima, vengas tú a incordiar-me. ¡Ahora me lo explico! Lo más seguro es que ese pájaro haya pensado que no soy humano, confundiendo mi morro con un tronco carcomido y lleno de gusanos. No me cabe duda de que está buscando insectos y por eso me ha dado ese picotazo. Será mejor, por tanto, que esconda cuando antes la jeta en el pecho - y de nuevo se dejó caer en el suelo para seguir durmiendo.

Pero el Peregrino volvió a lanzarse contra él desde lo alto, propinándole un tremendo

picotazo en la misma base de la oreja. El Idiota dio un salto y exclamó, una vez más, furioso:

- ¡Bestia maldita! ¡Se ve que la ha tomado conmigo! Debe de tener el nido por aquí cerca y se ha debido de creer que he venido a robarle los huevos o los polluelos. Eso explica su manía de atacarme. Está bien, está bien. Me marchó. Ya encontraré en otro sitio un lugar para dormir más tranquilo.

Cogió el tridente y, tras abandonar la placidez del prado de hierba roja, salió de nuevo al camino. El Peregrino, por su parte, se partía de risa, diciéndose, divertido:

- ¡Qué tonto! ¡Ni con los ojos abiertos de par en par ha sido capaz de reconocermelo!

Volvió a sacudir otra vez el cuerpo y se convirtió en un pequeño saltamontes, que se agarró con fuerza a las impresionantes cerdas que el Idiota tenía detrás de la oreja. Tras adentrarse en la montaña cuatro o cinco kilómetros, Ba-Chie llegó a un valle en el que se levantaban tres espigones cuadrados de roca verde, del tamaño de una mesa normal. El Idiota dejó a un lado el tridente y se inclinó respetuosamente ante las piedras. El Peregrino no pudo evitar soltar la carcajada, diciéndose:

- ¡Realmente está como una regadera! ¡Ni que estas rocas fueran hombres y pudieran hablar y devolver el saludo! ¿A qué viene, entonces de inclinarse ante ellas? ¡No tiene sentido mostrarles tanto respeto!

Pero el Idiota estaba haciendo como si aquellos bloques de piedras en realidad, fueran el monje Tang, el Bonzo Sha y el Peregrino. Se trataba de hecho, de una especie de ensayo de lo que pensaba decirles a su vuelta.

- Cuando vuelva junto al maestro - afirmó -, les diré que hay infinidad de monstruos. Si me preguntan qué clase de montaña es ésta, les responderé que ha sido moldeada con arcilla, a la que después se le ha añadido barro, se la ha envuelto en estaño y cobre y, finalmente, se le ha pintado con un pincel, no sin antes cubrirle los agujeros con papel y espolvorearle un poco de harina. Si responden que eso son tonterías, les diré que es una montaña extremadamente abrupta. Seguro que entonces me preguntarán de qué tipo es la caverna en la que habitan los monstruos y yo les contestaré que muy bien protegida por rocas prácticamente inaccesibles. Querrán saber a continuación de qué clase son sus puertas y yo les responderé que de láminas de acero reforzadas con clavos muy anchos. Eso reavivará su imaginación y les llevará a inquirir sobre la profundidad de la cueva, a lo que yo contestaré que consta de tres porciones bien definidas. Si insisten en que les diga más detalles, tales como cuántos clavos hay en cada uno los batientes de la puerta, me limitaré a aclararles que estaba demasiado nervioso para fijarme en detalles de tan poca importancia. Bueno, ahora que lo tengo ya todo preparado, creo que ha llegado el momento de volver a engañar a ese engreído "pi-ma-wen".

Satisfecho de su plan, el Idiota agarró el tridente y volvió lentamente sobre sus pasos. Desgraciadamente, desconocía que el Peregrino lo había oído todo, escondido detrás de su oreja. Al ver que sus predicciones estaban a punto de cumplirse, Wu-Kung desplegó sus alas y se dejó llevar por el viento hasta donde estaba su maestro. Allí volvió a tomar la forma que le era habitual y saludó a sus dos hermanos.

- Así que ya has vuelto - comentó el maestro -. ¿Cómo es que no viene Wu-Neng contigo?

- Estará aquí dentro de muy poco - contestó el Peregrino, luchando por ahogar la risa -. Se ha retrasado un poco inventando algunas mentiras.

- Una persona como él, que tiene los ojos cubiertos totalmente por las orejas, por fuerza tiene que ser un estúpido - dijo el maestro -. ¿Se puede saber de qué mentiras se trata? Espero que no sea ninguno de tus planes para ponerle en ridículo ante mí.

- ¿Por qué siempre tratáis de esconder todos sus defectos? - se quejó el Peregrino -. Yo no me he inventado lo que os he dicho, sino que lo he oído directamente de sus labios -

y le relató con todo detalle cómo el Idiota se había tumbado en la hierba a echar una siesta cómo se lo había impedido el inoportuno ataque del pájaro carpintero, cómo se había inclinado ante las rocas del valle y había labrado aquella absurda historia de los monstruos de la montaña y de la caverna de puertas de acero en la que habitaban.

No había acabado de decirlo, cuando vieron a lo lejos acercarse al Idiota. Venía con la cabeza inclinada, repasando una y otra vez lo que tenía pensado decir, pues temía olvidar algún detalle de lo que él mismo se había inventado.

- ¿Se puede saber qué es eso que vas murmurando? - le gritó el Peregrino, burlón.

Ba-Chie levantó en seguida las orejas y respondió, mirando a su alrededor:

- Nada, que es siempre un placer encontrarnos de nuevo con quienes constituyen nuestro hogar.

Acto seguido, se echó a los pies del maestro, que le levantó del suelo, diciendo:

- No seas tan educado. Me figuro que debes de estar muy cansado.

- Así es - reconoció Ba-Chie al punto -. No hay cosa más agotadora que subir y bajar montañas.

- ¿Has averiguado si hay algún monstruo? - preguntó el maestro.

- Sí, sí - contestó Ba-Chie a toda prisa -. Hay una auténtica legión de ellos.

- ¿Y qué tal te han tratado? - volvió a inquirir el maestro.

- Muy bien - mintió Ba-Chie -. Me tomaron por antepasado suyo llamándome respetuosamente Abuelo Cerdo. Me prepararon, incluso un poco de comida vegetariana y una sopa a base de tallarines, comprometiéndose a servirnos de escolta mientras atravesáramos esta montaña.

-¿Eso lo oíste cuando dormías tumbado sobre la hierba? - preguntó burlón, el Peregrino.

El Idiota se quedó tan sorprendido ante esa pregunta que perdió lo menos dos centímetros de su altura habitual.

- ¡Cómo te has enterado de que he estado durmiendo? - balbuceó

Enfadado, el Peregrino se llegó hasta él y, agarrándole de la ropa, exclamó:

- ¡Ven aquí, que quiero preguntarte algo!

Eso alarmó aún más al Idiota, que replicó, temblando de pies a cabeza:

- Puedes preguntarme lo que quieras, pero no tienes ninguna necesidad de agarrarme de esta forma.

- ¿Qué clase de montaña es ésta? - le preguntó el Peregrino sin ninguna consideración.

- Muy abrupta - contesto Ba-Chie.

- ¿Y qué me dices de la caverna de los monstruos? - inquirió el Peregrino.

- Protegida con rocas prácticamente inaccesibles - respondió Ba-Chie, más sereno.

- ¿Qué tipo de puertas posee? - insistió el Peregrino.

- De hierro guarnecido con clavos muy anchos - volvió a contestar Ba-Chie.

- ¿Cuál es la profundidad de esa caverna? - continuó el Peregrino su interrogatorio.

- Mucha - aclaró el Idiota -. Posee, de hecho, tres porciones.

- No necesito preguntarte más - concluyó el Peregrino.

- La última porción la recuerdo con bastante claridad - dijo Ba-Chie, recuperado del todo.

- ¡No sigas mintiendo, por favor! - le echó en cara el Peregrino -. Todo esto te lo he preguntado, para que viera el maestro que no estaba mintiendo. Ahora puedo proseguir tu informe, sin que tú digas una sola palabra.

- ¡No comprendo cómo puedes ser tan engreído! - exclamó Ba-Chie a su vez -. ¿Cómo vas a terminar tú mi informe, si ni siquiera fuiste conmigo?

- ¿Cuántos clavos había en las puertas? - preguntó de pronto el Peregrino, soltando la carcajada -. Bueno, digamos que estabas demasiado nervioso para recordarlo ahora con

toda claridad. ¿No es así?

El Idiota estaba tan asustado que al punto se dejó caer sobre el suelo. El Peregrino continuó su ataque, diciendo:

- ¿Te parece bonito inclinarte ante un grupo de rocas y hablarles con todo respeto, como si fuéramos nosotros tres? ¡Di! ¿Te parece justo? Además, ¿por qué tuviste que decir "ahora que ya tengo mi historia puedo volver a engañar a ese engreído de "pi-ma-wen"? ¿Quieres explicarme qué forma de hablar es ésta?

- Por lo que has dicho - concluyó el Idiota, golpeando sin parar el suelo con la frente -, deduzco que no te apartaste de mí ni un segundo, cuando salí a patrullar la montaña.

- ¡Vago asqueroso! - le regañó, fuera de sí, el Peregrino -. Éste es un lugar muy especial. Si no lo fuera, no te hubiéramos enviado a patrullarlo, pero tú, en vez de hacerlo, te echaste a dormir tranquilamente una siesta. Si el pájaro carpintero no se hubiera cebado en tu morro, seguro que a estas horas todavía estarías roncando. Sin embargo, no te conformaste con eso, sino que, encima, te inventaste esa patraña que acabas de contarnos. ¿No te das cuenta de que has estado a punto de arruinar una empresa tan importante como la nuestra? Súbete la túnica, que voy a darte como recuerdo cinco azotes en las piernas.

- ¡Pero tu barra es demasiado dura! - exclamó, horrorizado, Ba-Chie -. Con apenas tocarla, la piel se desgarró y los tendones se quiebran, como si fueran viejos hilos de seda. Cinco golpes me supondrán con toda seguridad la muerte.

- ¿Por qué mientes, si tienes tanto miedo al castigo? - le recrimino el Peregrino.

- Te prometo que no volveré a hacerlo nunca más - dijo Ba-Chie con voz llorosa.

- Está bien - concedió el Peregrino -. Por esta vez te daré tres golpes.

- ¿Es que no lo comprendes? - gritó Ba-Chie, desesperado - ¡Ni siquiera medio golpe seré capaz de soportar!

Comprendiendo que no tenía escapatoria, el Idiota agarró al maestro y le suplicó:

- ¡Por lo que más queráis, interceded en mi favor!

- Cuando Wu-Kung me contó que habías urdido esa patraña - contestó el maestro -, me negué de plano a creerle. Pero ahora que se ha descubierto la verdad, mereces que se te aplique un castigo ejemplar. De todas formas, estamos tratando de cruzar esta montaña y precisamos de toda la ayuda que podamos obtener. Así que, Wu-Kung - añadió, dirigiéndose al Peregrino -, es aconsejable que de momento le perdones. Cuando hayamos atravesado estos parajes, haz con él lo que mejor te parezca. ¿De acuerdo?

- Los antiguos opinaban - contestó el Peregrino - que "obedecer a los propios padres es una expresión de piedad filial". Si el maestro quiere que no te azote, no lo haré de momento. Pero debes partir de nuevo a patrullar la montaña y ten presente que, si vuelves a echarte una siesta o a complicar las cosas, no rebajaré ni uno solo de los golpes que pienso darte.

Al Idiota no le quedó, pues, más remedio que ponerse de pie y hollar, una vez más, el camino. Esta vez, mientras caminaba, tenía la sensación de que el Peregrino seguía cada uno de sus pasos, convertido en algo que él mismo desconocía. Cuando se topaba con algo nuevo, en seguida pensaba que se trataba de Wu-Kung. De esta forma, recorrió siete u ocho kilómetros, hasta encontrarse con un tigre tremendo, que corría pendiente arriba. Sin perder la compostura, levantó el tridente y preguntó con cierto fastidio:

- ¿Por qué has tenido que seguirme para escuchar mis mentirillas? ¿Acaso no he prometido cumplir esta vez con mis obligaciones?

Un poco más adelante un golpe de viento derribó un árbol ya seco, que fue rodando hacia donde él estaba. A punto de perder la paciencia el Idiota se golpeó en el pecho, diciendo:

- ¿Por qué has hecho eso? ¿No dije que no iba a engañarte más? ¿Por qué has tenido

que convertirte en un árbol y asustarme de la forma como lo has hecho?

Continuó caminando y a los pocos pasos vio en el aire una picaza con el cuello blanco que graznaba con insistencia y volvió a exclamar:

- ¿No te da vergüenza? Te dije que no iba a mentirte más. ¿Por qué te has convertido en una picaza vieja? Es incomprensible tu afán de escuchar a escondidas cuanto digo.

Pero esta vez el Peregrino no le siguió. Todo era producto de su imaginación y sus sospechas, por lo que, de momento, no hablaremos más de él. Sí lo haremos, sin embargo, de la montaña que estaba a punto de explorar. Era conocida por el nombre de Altísima y en ella se hallaba enclavada la Caverna de la Flor de Loto, que servía de morada a dos monstruos: uno era conocido como el Gran Rey del Cuerno de Oro y el otro, el Gran Rey del Cuerno de Plata. Aquel día estaban sentados tranquilamente en la cueva, cuando Cuerno de Oro dijo de improviso a Cuerno de Plata:

- ¿Cuánto tiempo hace que no salimos a patrullar la montaña?

- Por lo menos, medio mes - contestó Cuerno de Plata.

- En ese caso - concluyó Cuerno de Oro -, prepárate para hacerlo hoy.

- ¿Por qué precisamente hoy? - protestó Cuerno de Plata.

- Últimamente he oído comentar - explicó Cuerno de Oro - que el Emperador de los Tang, cuyo imperio abarca las Tierras del Este, ha enviado a su hermano, el monje Tang, al Oeste en busca de las escrituras sagradas de Buda. Según tengo entendido, le acompañan otros tres monjes, que responden a los nombres de Peregrino Sun, Chu Ba-Chie y el Bonzo Sha. Si contamos al caballo, hacen un total de cinco personas. Sería fantástico que anduvieran por aquí cerca y pudieras capturarlos para mí.

- Si lo que deseas es comer carne humana, puedes cazar en otra parte a los hombres que quieras - le aconsejó Cuerno de Plata -. ¿Para qué molestar a esos pobres monjes? Déjales seguir tranquilamente su camino.

- Se ve que no estás al tanto de la importancia de esos viajeros - comentó Cuerno de Oro -. Al abandonar las Regiones Superiores, oí decir que el monje Tang es, en realidad, la reencarnación de la Cigarra de Oro, un hombre que se ha dedicado a la práctica de la ascesis durante más de diez existencias y que jamás ha malgastado un solo gramo de yang. Por tanto, si alguien logra probar un solo trocito de su carne, verá alargada ostensiblemente su edad.

- Si lo que dices es verdad - preguntó Cuerno de Plata, más interesado en la empresa -, ¿qué necesidad tenemos de practicar ejercicios, luchar por conciliar al dragón y al tigre, y esforzarnos por conseguir la unión de los principios masculinos y femeninos? Nos bastar con devorar a ese monje. Ahora mismo voy a capturarlo.

- No seas tan impulsivo - le aconsejó Cuerno de Oro -. En asuntos como éste lo principal es no precipitarse. Si sales por esa puerta y echas mano del primer monje que encuentres, habrás violado la ley a lo tonto. Por cierto, aún recuerdo cómo es ese monje Tang. Mandaré hacer unos cuantos retratos suyos y de sus discípulos, y, así, no tendrás ningún problema a la hora de identificarlos. Cuando veas a algún bonzo, comparas su faz con la de las pinturas y, si se le parece, le traes en seguida para acá.

No tardaron en estar listas las pinturas, a las que Cuerno de Oro añadió debajo su correspondiente nombre. Cuerno de Plata las guardó con cuidado en el bolsillo y abandonó la cueva, seguido de no menos de treinta diablillos.

La mala fortuna de Ba-Chie quiso que no tardara en toparse con ellos. Cuando más descuidado estaba, se vio rodeado por un grupo de demonios, que le preguntaron con energía:

- ¿Quién eres? Detente y dinos tu nombre.

Sorprendido, el Idiota levantó la cabeza y echó en seguida las orejas para atrás. Al ver que se trataba de demonios, se puso a temblar de miedo y se dijo, muy alterado:

- Si les respondo que soy un monje que va en busca de escrituras, seguro que se apoderarán de mí en un abrir y cerrar de ojos. Así que lo mejor será que les diga que no soy más que un vulgar caminante.

Los demonios escucharon sin ninguna sorpresa su respuesta y volaron a informar a su señor, diciendo:

- Se trata de un simple caminante, señor.

Pero junto a los que no pudieron reconocer a Ba-Chie, había otros que encontraron su rostro muy familiar y, señalándole con insistencia, afirmaron, muy exaltados:

- Ese monje se parece muchísimo al retrato de Chu Ba-Chie. ¿No os parece, señor?

El viejo demonio ordenó que colgaran la pintura para poder examinarla con mayor atención. En cuanto Ba-Chie la vio, se dijo, muy alterado:

- Ahora me explico por qué últimamente me encuentro como sin fuerzas. ¡Estas bestias han encerrado mi espíritu dentro de ese retrato!

Mientras los demonios sostenían la pintura colgada de sus lanzas, Cuerno de Plata la estudió con detenimiento, murmurando para sí:

- Ese que va montado en un caballo blanco es el monje Tang, y ese otro que tiene la cara toda llena de pelos, el Peregrino Sun.

- ¿Veis como yo no estoy ahí? - exclamó, un tanto aliviado, Ba-Chie -. Si me dejáis partir, os regalaré tres cabezas de cerdo y más de veinticuatro jarros del mejor vino que podáis imaginar.

El Idiota continuó prometiendo lo primero que se le venía a la cabeza, pero el monstruo no le prestó la menor atención.

- Ese otro - prosiguió, como si no hubiera sido interrumpido -, a juzgar por su pelo extremadamente largo, es el Bonzo Sha, y aquel de más allá no puede ser otro que Chu Ba-Chie. Su hocico y sus orejas son francamente inconfundibles.

Al oír eso, el Idiota agachó cuanto pudo el morro, tratando inútilmente de esconderlo en el pecho.

- ¿Por qué escondes la boca de esa forma? - le interrogó el monstruo. Estírala un poco, para que podamos verla bien.

- No puedo - mintió Ba-Chie -. Se trata de un defecto de nacimiento. Espero que lo comprendáis, gran señor.

Impertérrito, el demonio ordenó a sus subalternos que cogieran unos ganchos y se lo sacaran a la fuerza. Ba-Chie sacó el morro a toda prisa y dijo a manera de excusa:

- Toda mi familia tiene una jeta como ésta. Si tanto os gusta mirarla, no tenéis más que decírmelo. ¿A qué viene usar garfios? ¡Aquí está a vuestra disposición, gran señor!

Al darse cuenta de que se trataba de Ba-Chie, el monstruo sacó su espada mágica y lanzó contra él un tajo terrible, que afortunadamente el Idiota esquivó, al tiempo que decía:

- ¡No seas tan impulsivo, muchacho, y presta atención a mi tridente!

- A mí los hombres que se hacen monjes a mediana edad no me meten ningún miedo - se burló el monstruo, soltando la carcajada.

- ¡Vaya con el muchacho! - exclamó Ba-Chie en el mismo tono -. Se ve que tiene un poquito de inteligencia. ¿Quién te ha dicho que yo me he hecho monje ya de mayorcito?

- Si sabes usar ese tridente - contestó el monstruo con desprecio -, es porque lo robaste, después de arar con él incontables jardines y campos.

- Estás muy equivocado, muchacho - replicó Ba-Chie -, porque esta maravilla jamás ha labrado la tierra. Mírala bien y te convencerás. Sus puntas tienen forma de garras de dragón y son de un oro purísimo. Pero si bella es su hechura, su efectividad en el combate no va a la zaga, porque es capaz de levantar un viento gélido y lanzar proyectiles de llamas luminosas. A mil monstruos ha vencido en su deambular hacia el

Oeste, siempre al servicio del intrépido monje Tang. Cuando se la sostiene en las manos, emite una neblina que oscurece la luna y el sol. Si se la levanta por encima de la cabeza, la oscuridad que genera es tan densa que roba todo brillo a la estrella polar. Es capaz de derribar el Monte Tai, sumiendo en pánico a todos los monstruos que lo habitan, y de dar la vuelta a los océanos, haciendo que los dragones tiemblen de miedo. No dudo de que tú poseas poderes muy especiales, pero te aseguro que este tridente abrirá nueve heridas horribles en tu asqueroso cuerpo.

A pesar de la vehemencia de esas palabras, el monstruo no retrocedió. Al contrario, blandió su espada de siete estrellas y se lanzó contra Ba-Chie. La montaña fue testigo de su cruel encuentro. Más de veinte veces midieron sus armas, sin que se destacara un claro vencedor. Ba-Chie hizo gala de una creciente fiereza y de un desprecio total por su propia vida, que sumieron a su oponente en un progresivo temor. No podían dejar de impresionarle la forma como movía sus enormes orejas, ni la corriente de saliva que fluía de su boca, ni los gritos que sin cesar daba. El monstruo optó, pues, por abandonar el campo, encargando a los demonios que continuaran la batalla. Si se hubieran enfrentado a Ba-Chie uno a uno, habrían salido derrotados de su intento, pero eran demasiados para un solo contendiente. Así lo entendió el Idiota, que se dio la vuelta y trató de huir a toda prisa. El terreno era, sin embargo, muy accidentado y tropezó con cuantas vides y zarzas se topó en su camino. Eso aumentó aún más su ansiedad, hasta que, finalmente, uno de los demonios logró agarrarle de las piernas, haciéndole caer de cabeza en el suelo, como si fuera un perro tratando de comer mierda. Los otros demonios cayeron sobre él como un enjambre, agarrándole de las piernas y tirándole sin ningún respeto del rabo, las orejas y los pelos. De esta forma, cargaron con él y le llevaron a la caverna. ¡Qué suerte tan aciaga la del Idiota! Cuando los demonios se apoderan de un cuerpo, no hay quien pueda derrotarlos. Nadie es capaz ya de expulsarlos de él, aunque rara es la vez que no lo suman en más de diez mil enfermedades.

No sabemos qué peligros corrió la vida de Ba-Chie. Quien quiera descubrirlo tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se brindan en el próximo capítulo.

CAPITULO XXXIII

LA HEREJÍA DESTRUYE LA AUTÉNTICA NATURALEZA. EL ESPÍRITU SALE EN AUXILIO DE LA MENTE

Al llegar a la caverna, los demonios levantaron la voz, gritando satisfechos:

- ¡Hemos logrado cazar a uno, señor! ¡Aquí le traemos!
- Acercadle un poco, para que pueda verle bien - ordenó el demonio de más edad.
- Es todo tuyo - dijo, orgulloso, el que le había atrapado.
- Me temo que has cazado al que no debías - comentó el primero -. Este monje no vale para nada.

Al oír eso, Ba-Chie pensó que no podía dejar escapar esa oportunidad, dando un salto, exclamó con indecible ansiedad:

- Es un crimen capturar algo que no tiene valor alguno, ¿no os parece? Lo mejor que podéis hacer, gran señor, es dejarlo otra vez en libertad.
- No le hagas caso - dijo el demonio que le había atrapado -. Aunque no sirva para nada, es uno de los acompañantes del monje Tang, concretamente el que responde al nombre de Chu Ba-Chie. Opino, por tanto, que lo mejor que podemos hacer es meterle en el estanque que hay en la parte de atrás. Cuando se le hayan caído los pelos que cubren su cuerpo, podemos cubrirle de sal y dejarle secar al sol. Nos servirá de aperitivo

más adelante. Tiene que estar exquisito con vino.

- ¡Qué mala suerte la mía! - exclamó Ba-Chie al oír eso -. ¿Quién iba a decirme que habría de toparme con un monstruo especializado en salazones?

Pese a sus protestas, los diablillos cargaron con él y le llevaron a la parte de atrás, arrojándole sin ningún miramiento en un estanque totalmente lleno de agua. Mientras tanto, Tripitaka se sentía cada vez más intranquilo. Aunque no se había movido del sitio, el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y un sudor frío cubría todo su cuerpo. Sin poder resistirlo más, levantó la voz y preguntó:

- ¿Cómo es posible que Wu-Neng no haya vuelto todavía? ¿Tan difícil es patrullar esta montaña?

- Se ve que no conocéis cómo funciona su mente - dijo el Peregrino por toda respuesta.

- ¿Qué quieres decir con eso? - volvió a inquirir Tripitaka.

- Que si, en verdad, esta montaña estuviera plagada de monstruos - explicó el Peregrino -, no habría dado un solo paso y habría regresado a toda prisa a informarnos de yo qué sé qué abstrusa historia. De todo ello deduzco que no hay trazas de esos supuestos monstruos y que el camino está tan expedito que nuestro hermano ha seguido hacia delante, sin preocuparse de venir a contarnos lo que ha visto.

- Si es verdad lo que dices - concluyó Tripitaka -, ¿cuándo volveremos a verle? Esta región es demasiado salvaje y no se parece en nada a un pueblo o a una ciudad.

- No os preocupéis por eso - le tranquilizó el Peregrino -. Haced el favor de montar. Si espoleáis un poco vuestra cabalgadura, no dudo de que podamos darle alcance más pronto de lo que pensáis. Ese Idiota es un vago redomado y se mueve con una lentitud exasperante. Ya veréis.

El monje Tang aceptó la sugerencia y montó en el caballo, mientras el Bonzo Sha cargaba con el equipaje y el Peregrino abría la marcha montaña arriba.

En ese preciso instante el monstruo de más edad comentaba con el más joven:

- Si has capturado a Ba-Chie, quiere decir que el monje Tang no debe de andar muy lejos. Sal a patrullar otra vez la montaña y asegúrate de echarle mano.

- Así lo haré - contestó el segundo monstruo y se adentró en la montaña, seguido de unos cincuenta diablillos.

Mientras caminaban, vieron un grupo de nubes luminosas y el monstruo exclamó, regocijado:

- ¡Ahí está el monje Tang!

- ¿Dónde? - preguntaron los diablillos, mirando en todas direcciones-. Nosotros no vemos a nadie.

- Como bien sabéis - les explicó el monstruo -, la luz se posa sobre la cabeza de un hombre virtuoso, mientras que la de uno malvado emite una especie de éter negro que llega hasta el mismísimo cielo. El monje Tang es, en realidad, la reencarnación de la Cigarra de Oro, una persona extremadamente virtuosa que ha practicado la ascesis durante más de diez existencias seguidas, y es normal que su cuerpo se vea rodeado por esa aura de luz.

A pesar de todo, los diablillos no sabían adonde mirar. El monstruo tuvo que extender la mano y señalar en la dirección en la que se encontraba Tripitaka, diciendo:

- Está allí. ¿No le veis?

Tripitaka sintió al punto un tremendo escalofrío, que se repitió otras tres veces más, exactamente el número que el monstruo reiteró su gesto. Eso hizo que el maestro experimentara una extraña ansiedad, que le hizo preguntar a sus discípulos:

- ¿Podéis explicarme por qué siento estos escalofríos?

- Eso es cosa del estómago - se aventuró a decir con rapidez el Bonzo Sha -. Estáis preocupado por algo y eso se traduce en una sacudida involuntaria de todo vuestro

cuerpo.

- ¡Tonterías! - exclamó al punto el Peregrino -. Esta montaña es demasiado difícil de escalar y el maestro ha perdido parte de su seguridad. Eso es todo. Os aseguro, sin embargo, que no hay nada que temer. Para que veáis que es verdad lo que os digo, voy a mostraros el reflejo que tengo de la barra de hierro.

Mientras caminaba delante del caballo, Wu-Kung empezó a hacer una serie de ejercicios con la barra, moviéndola diestramente de arriba abajo y de izquierda a derecha, según dictan los cánones clásicos de las artes marciales. Sus evoluciones poseían tal perfección que el maestro comenzó a sentirse un poco más sosegado. Aquella demostración de destreza no podía, en efecto, compararse con ninguna otra en el mundo. Eso hizo que el monstruo que le observaba atentamente desde lo alto de la montaña cayera presa del pánico y comentara temblando con los diablillos que le rodeaban:

- Había oído hablar mucho del Peregrino Sun, pero ahora puedo comprobar que los hechos superan con mucho su fama.

- ¿A qué viene eso de "engrandecer a los demás para menospreciarse a sí mismo"? - trataron de animarle varios diablillos, acercándose a él -. ¿Se puede saber de quién habláis con tanto respeto?

- Del Peregrino Sun - contestó el monstruo -. Hay que admitir que posee unos poderes mágicos francamente extraordinarios por mucho que queramos, no podremos probar la carne del monje Tang.

- Si consideráis que vuestra fuerza no basta para enfrentaros a él - le aconsejaron los diablillos -, permitidnos ir a informar de todo ello al Gran Señor y solicitar más refuerzos. Juntos formaremos un sólido frente de batalla y vos podréis capturarlo sin ninguna dificultad.

- ¿Habéis visto la barra de hierro que lleva? - preguntó el monstruo -. Es tan potente que de un solo golpe puede mandar al otro mundo a más de diez mil enemigos. Nuestras fuerzas, por otra parte ascienden a cuatro o cinco mil soldados, un número ciertamente ridículo para un arma tan poderosa como ésa.

- Vistas así las cosas - concluyeron los diablillos -, el monje Tang jamás nos servirá de comida. Opinamos, además, que hemos cometido un grave error capturando a Chu Ba-Chie. Debemos dejarle en libertad cuanto antes.

- ¡Ni hablar! - protestó en seguida el monstruo -. Ni hemos cometido un error ni vamos a dejarle tan pronto en libertad. Nuestro fin último es devorar al monje Tang y no debemos renunciar a él, aunque de momento nos veamos obligados a aplazarlo.

- ¿Queréis decir que hay que esperar unos cuantos años? - volvieron a preguntar los diablillos.

- No tantos - respondió el monstruo -. Para capturar a ese monje Tang, más que de violencia, debemos servirnos de obras que posean un cierto viso de virtud. Por la fuerza no conseguiremos arrancarle ni un solo pelo. La única táctica a nuestro alcance es fingirnos extremadamente sencillos y virtuosos. De esa forma, confiará plenamente en nosotros y podremos echarnos sobre él cuando menos lo piense.

- Por lo que se ve - comentaron los diablillos -, tenéis trazado ya un plan para capturarlo. ¿Necesitáis de nuestra colaboración para llevarlo a efecto?

- No - contestó el monstruo -. Podéis regresar al campamento, pero no digáis ni una sola palabra de esto al Gran Señor, porque entonces mi plan se vendrá estrepitosamente abajo. Conozco muchas técnicas de transformación y puedo aseguraros que yo solo me sirvo y me basto para echarle mano.

Los diablillos se inclinaron ante él e iniciaron el camino de vuelta. El monstruo dio entonces un salto y, sacudiendo ligeramente el cuerpo, se transformó en un anciano

taoísta. Lucía una gorra en forma de estrella, que a duras penas cubría un cabello enmarañado y profusamente salpicado de canas. Vestía una túnica hecha con plumas de ave y llevaba la cintura ceñida con una faja de seda. Calzaba unos zapatos amarillos de tela, que realzaban su ascética figura. Sus rasgos eran muy finos y sus ojos tenían el brillo de un hombre poseído por la divinidad. Pese a la delgadez de su cuerpo, parecía gozar de una salud tan inquebrantable como la de la Estrella de la Edad. Era claro que, aunque sus años eran muchos, su apariencia tenía un toque juvenil que en nada tenía que envidiar al Taoísta del Búfalo Verde 1. Su vigor era, de hecho, el de un joven maestro en el difícilísimo arte de predecir el futuro. Pero todo no era más que apariencia, un velo de bondad que escondía las intenciones más perversas. ¡Qué efectiva resulta la mentira, cuando se disfraza de verdad!

El monstruo se dejó caer junto al camino, simulando tener la pierna rota. Se había aprendido tan bien su papel que no dejaba de lamentarse con voz plañidera, diciendo:

- ¡Salvadme, por favor! ¡Tened compasión de este viejo taoísta!

Confiado en la fuerza del Gran Sabio y del Bonzo Sha, Tripitaka seguía tranquilamente su camino, pero, al oír esos gritos tan angustiosos de "¡Salvadme!", detuvo en seco la cabalgadura y exclamó:

- ¡Santo cielo! No hay ni un solo pueblo en esta montaña. ¿Cómo es posible que alguien se esté quejando de esa forma? Seguro que alguno ha caído en las garras de un tigre o un leopardo.

Tripitaka volvió a tirar con fuerza de las riendas y, levantando la voz, preguntó:

- ¿Quién sufre de esa manera? ¿Por qué no se deja ver?

El monstruo salió arrastrándose entre unos arbustos y comenzó a golpear el suelo con la frente, sin apartar los ojos del caballo del maestro. Al ver Tripitaka que se trataba de un taoísta anciano, se apiadó de él y, tras desmontar de su jamelgo, le ayudó a levantarse, diciendo:

- Poneos de pie, por favor.

- ¡Me duele muchísimo! - se quejó el monstruo.

Tripitaka se percató entonces de que sangraba profusamente de la pierna y volvió a preguntarle, solícito:

- ¿De dónde venís y cómo os habéis hecho esa herida?

- Al oeste de esta montaña - explicó el monstruo con su modo de hablar pausado y cargado de serenidad - se levanta un templo taoísta, del que yo soy el encargado.

- Si es verdad lo que decís - le interrumpió Tripitaka -, ¿cómo es que no estáis en vuestra pagoda quemando incienso y recitando los textos sagrados? ¿Qué os ha hecho abandonar la placidez de vuestro retiro?

- Hace dos días - explicó el monstruo - uno de los grandes señores que habitan en la parte sur de esta montaña me pidió que fuera a su mansión a solicitar a las estrellas paz y prosperidad para toda su casa. A la vuelta, creo que fue ayer por la noche, mi discípulo y yo nos topamos con un tigre en el fondo de un desfiladero. Con increíble destreza la bestia se apoderó de mi acompañante y le llevó arrastrando monte arriba. Yo estaba tan aterrorizado que traté de huir por entre los peñascos, rompiéndome la pierna al caer sobre un grupo de rocas. Eso hizo que me desorientara del todo y fuera incapaz de proseguir mi camino. Afortunadamente el Cielo ha querido que nuestros destinos se cruzaran, trayéndoos directamente hasta donde yo me encontraba sin apenas poder moverme. Os suplico, pues, que os apiadéis de mí y me salvéis la vida. Juro que, en cuanto lleguemos a mi templo, os pagaré con creces todo lo que hayáis hecho por mí, aunque para ello tenga que venderme como esclavo.

Tripitaka tomó esas palabras al pie de la letra y exclamó a toda prisa:

- No habléis así, por favor. Aunque yo sea un monje y vos un taoísta, nuestros empeños

son idénticos. ¿Qué importa que nuestras vestimentas sean diferentes, si nuestras prácticas ascéticas y nuestros principios son, en realidad, los mismos? Si me negara a prestarte ayuda, no sería digno de contarme entre los que han renunciado a la familia. Veamos a ver si podéis caminar un poco.

- ¿Cómo voy a caminar, si ni de pie puedo ponerme? - protesto el monstruo.

- Está bien, está bien - concluyó Tripitaka -. Si no sois capaz de hacerlo, yo sí puedo. Montad en mi caballo. Ya me lo devolveréis, cuando lleguemos a vuestro templo.

- No sabéis cuánto os agradezco vuestra amabilidad - dijo monstruo -. Sin embargo, me duele muchísimo la parte inferior de muslo y me temo que no podré cabalgar.

- Ya veo - contestó Tripitaka, comprensivo. Se volvió después al Bonzo Sha y añadió -: Coloca el equipaje en el caballo y carga con este anciano.

- Como ordenéis - respondió el Bonzo Sha.

Pero el monstruo le lanzó una mirada rápida y se apresuró a decir:

- Como comprenderéis, ese tigre me ha dado un susto de muerte, del que aún no me he repuesto del todo. No lo toméis a mal, pero el caso es que este monje tiene un aire muy lúgubre y me da miedo dejarme llevar por él.

- En ese caso - concluyó Tripitaka -, que cargue Wu-Kung con vos.

- Con mucho gusto - respondió a toda prisa el Peregrino -. Yo le llevaré a mis espaldas.

El monstruo pareció conforme con esa decisión y no volvió a decir nada más. El Bonzo Sha no pudo contener la risa y exclamó:

- ¡Cuidado que sois estúpido! Preferís que sea él quien cargue con vos, pero os aseguro que, en cuanto no le vea el maestro, os restregará por las rocas hasta destrozáros los tendones.

Mientras el Peregrino se disponía a cargar con el monstruo a sus espaldas, empezó a sonreír de una manera extraña y a murmurar entre dientes:

- ¡Malditos demonios! ¿Cómo te atreves a venir a provocarme de esta forma? Antes de hacerlo, deberías haberte informado de los años que llevo dominando monstruos. Es posible que logres engañar al monje Tang, pero conmigo no tienes nada que hacer. ¿De dónde has sacado que podrías burlarte de mí con tanta facilidad? Sé bien que eres uno de los monstruos que viven en esta montaña y que tu único propósito es devorar a mi maestro. ¿Por qué quieres dar cuenta de él, si no es más que una persona vulgar y corriente? En fin, eso es cosa tuya. De todas formas, deberías haber considerado que yo no iba a dejártelo hacer con tanta facilidad.

- Maestro - dijo entonces el monstruo, levantando, nervioso, la voz -, yo no soy ningún monstruo. Procedo de una buena familia y he consagrado mi vida a la práctica de la virtud. Si me encuentro aquí solo es porque, como ya os he dicho, mi mala fortuna ha querido que hoy me topara con un tigre.

- Si tanto miedo tienes a los tigres y a los lobos - le echó en cara el Peregrino -, ¿por qué no recitas el Clásico del Mirlo del Norte 2?

- ¡Mono descarado! - le regañó Tripitaka, que acababa de encaramarse en lo alto de su cabalgadura -. "Salvar una vida es diez mil veces más meritorio que erigir una pagoda de siete pisos." Carga con él de una vez y déjate del Clásico del Mirlo del Norte o del Mirlo del Sur.

- ¡Qué suerte tiene esta bestia! - exclamó el Peregrino -. No puedo negar que mi maestro es una persona compasiva y entregada por completo a la práctica de la virtud, pero se deja llevar en exceso por las apariencias. Es totalmente incapaz de percibir la bondad que subyace en el fondo de los demás. Si no cargo contigo, me echará una bronca y no quiero que eso suceda. Pero que quede una cosa clara: si quieres cagar o mear, dímelo antes. No me gustaría nada que lo hicieras en mis espaldas, porque por aquí cerca no hay ningún sitio en el que pueda lavarme y durante mucho tiempo no

podré arrancarme el hedor de la ropa.

- ¿Crees que a mi edad voy a hacer lo que has dicho? - le tranquilizó el monstruo -. ¡Yo no soy ningún desaprensivo!

Más tranquilo, el Peregrino se decidió, por fin, a cargar con él y reanudar el camino hacia el Oeste en compañía del maestro y el Bonzo Sha. No tardaron en llegar a un punto en que el sendero se hizo, de pronto, pedregoso y extremadamente sinuoso. Wu-Kung tomó entonces la precaución de aminorar el ritmo de la marcha, haciendo que el monje Tang fuera el primero. A los cuatro o cinco kilómetros el maestro y el Bonzo Sha se perdieron tras un recodo de la montaña y el Peregrino se dijo, visiblemente molesto:

- El maestro tiene tan poca cabeza que a veces dudo de que sea un hombre hecho y derecho. Caminar por estos parajes es ya de por sí bastante cansado para que, encima, tenga que cargar con un monstruo. Me dan ganas de tirarle por la pendiente abajo, pero es mejor que no le diga nada. Aunque fuera una buena persona, moriría sin remisión alguna. Debería arrojarle al suelo y rematarle aquí mismo. ¿Para qué seguir adelante con él?

Cuando estaba el Gran Sabio a punto de llevar adelante este plan, el monstruo se percató de sus intenciones y resolvió hacer uso de la magia de mover montañas y secar océanos. Sin bajarse de la espalda del Peregrino, hizo un gesto con los dedos y recitó el correspondiente conjuro. Al punto se levantó por los aires el Monte Sumeru y fue a caer directamente sobre la cabeza del Peregrino. Un poco aturdido por el golpe, el Gran Sabio movió a un lado la cabeza y la montaña sobre su hombro izquierdo. Soltó a continuación la carcajada y exclamó:

- ¿Se puede saber de qué clase de magia te estás valiendo para intentar aplastarme? Me parece muy bien que de vez en cuando practiques todo lo que sepas, pero te advierto que es bastante incómodo llevar sobre los hombros un peso desequilibrado.

- Así que una montaña es incapaz de aplastarle, ¿en? - se dijo el monstruo -. Pues ahora va a ver.

Volvió a recitar el conjuro y acto seguido la Montaña O-Mei se elevó por los aires. Como ocurriera la vez anterior, el Peregrino movió ligeramente la cabeza y la mole de la montaña fue a parar sobre su hombro derecho. Eso no fue obstáculo, sin embargo, para que siguiera los pasos del maestro a la velocidad de un meteoro. Era tal la rapidez con la que se movía que hasta al monstruo le entró miedo y se dijo, sudando de pies a cabeza:

- ¿Este hombre es increíble! Jamás hubiera pensado que fuera capaz de transportar montañas con tanta facilidad.

Sin embargo, no se dio por vencido y una vez más recitó el conjuro. El Monte Tai cayó entonces sobre la cabeza del Peregrino, presionando sobre ella con indecible potencia. El Gran Sabio empezó a sentir que le flaqueaban las fuerzas y sus músculos perdían elasticidad. El peso que soportaba era tan enorme que se le reventaron los tres gusanos del cuerpo y empezó a sangrar por las siete aperturas.

En cuanto se hubo deshecho del Peregrino, el monstruo montó en un viento huracanado y no tardó en dar caza al monje Tang. Estiró cuanto pudo los brazos para derribarle del caballo, pero se lo impidió Bonzo Sha, arrojando al suelo el equipaje y blandiendo, amenazador, su báculo de dominar bestias. El monstruo comprendió que había llegado el momento de la verdad y desenvainó a toda prisa la espada de las siete estrellas. La batalla que a continuación se desarrolló fue, francamente, formidable. Las dos armas eran tan extraordinarias que lanzaban rayos de luz mortífera. No en vano uno de los contendientes que las blandían parecía un dios de la muerte, y el otro había ostentando el cargo de Capitán-encargado-de-levantar-la-cortina. El monstruo desplegó todo su poder con el fin de atrapar a Tripitaka Tang, mientras que el discípulo, comprometido

en la defensa de su maestro, trató por todos los medios de alejar de su lado la sombra de la muerte. Los dos se entregaron con tal pasión a la batalla que sus golpes se escucharon en el mismísimo Palacio Celeste y el polvo que levantaron sus pies llegó hasta las estrellas más lejanas. La lucha se prolongó hasta que el sol se fue tornando rojizo y, poco a poco fue perdiendo luminosidad. Para entonces los dos guerreros habían medido la fuerza de sus armas ocho o nueve veces. Desgraciadamente la suerte no estaba del lado del Bonzo Sha y todos sus esfuerzos resultaron estériles por evitar la derrota.

El monstruo era feroz en extremo. Los golpes de su espada caían sobre su adversario con tan certera profusión que parecían una lluvia de meteoros. Eso hizo que el Bonzo Sha fuera perdiendo poco a poco las fuerzas y al final no pudiera seguir luchando. Comprendiendo que todo estaba perdido, trató de huir, pero fue atrapado al instante por una mano enorme, que le metió bajo el sobaco izquierdo del monstruo. Suprimidos todos los obstáculos, el demonio agarró al monje Tang con la mano derecha, cogió el equipaje con la punta de los pies y asió con la boca las crines del caballo. Recitó después un conjuro y los llevó a la Caverna de la Flor de Loto a lomos de un viento huracanado. Al llegar, alzó la voz y anunció su presencia, diciendo:

- ¡Acabo de capturar a todos los monjes!

- Tráeles aquí, para que pueda verlos - dijo, complacido, el otro monstruo -. ¿Son éstos? - preguntó después, un tanto decepcionado -. Lamento desilusionarte, pero te has equivocado de bonzos.

- ¿Cómo que me he equivocado? - protestó el otro -. ¿Acaso no es ése el monje Tang?

- Por supuesto que sí - admitió el primer monstruo -. Pero tenías que haber atrapado también al Peregrino Sun. No podemos disfrutar de la carne del monje Tang hasta que no le hayamos capturado. ¿No lo comprendes? Ese mono posee extraordinarios poderes mágicos y es un maestro en el difícil arte de las transformaciones. ¿Qué crees que hará si devoramos, sin más ni más, a su maestro y matamos a sus hermanos? Vendrá a exigirnos cuentas y nunca más podremos vivir en paz.

- Sólo tú eres capaz de alabar con tanto entusiasmo las virtudes de los demás - se burló el segundo monstruo, soltando la carcajada Según lo que acabas de decir, no hay otro mono como él en todo universo. Pero te aseguro que ni sus poderes son tantos ni su fuerza tan invencible.

- ¿Quieres decir que también le has echado mano? - preguntó, incrédulo el primer monstruo.

- Así es - confirmó el segundo -. Ese Peregrino se encuentra ahora bajo tres montañas altísimas que yo mismo lancé sobre él. Son tan pesadas que ni siquiera se puede mover un milímetro. ¿Cómo crees que iba a haber traído hasta aquí, si no, al monje Tang, al Bonzo Sha y al caballo con el equipaje?

- ¡Menuda suerte! - exclamó, visiblemente complacido el primer monstruo. Si lo que dices es cierto, no hay ningún obstáculo para que ahora mismo nos merendemos al monje Tang.

Se volvió después hacia un grupo de diablillos y les ordenó:

- Sacad un poco de vino y ofrecédselo a nuestro querido amigo en prueba de reconocimiento.

- Es mejor que no bebamos aún - opinó el segundo monstruo -. Antes debemos sacar a Chu Ba-Chie del agua y ponerle a secar. Al poco rato el Idiota estaba colgado en la parte oriental de la caverna, mientras que el Bonzo Sha ocupaba la occidental y el monje Tang pendía lastimosamente del centro de la misma. El caballo blanco, por su parte, fue conducido a los establos, donde inmediatamente se le sirvió una buena ración de heno.

- ¡Jamás imaginé que fueras tan habilidoso! - dijo, sonriendo, el primer monstruo al segundo -. En dos salidas que has hecho has capturado nada menos que a tres monjes.

De todas formas, aunque el Peregrino-Sun está enterrado bajo el peso de esas montañas, creo que sería conveniente traerle aquí y ponerle a secar con los otros.

- Si es eso lo que quieres - concluyó el segundo monstruo, satisfecho - no hay necesidad de movernos de esta caverna. Siéntate y ordena a un par de diablillos que le metan en dos de los preciados objetos guardamos en nuestro tesoro.

- ¿A cuáles te refieres? - preguntó el primer monstruo.

- A mi calabaza de oro y a tu jarrón de jade - contestó el segundo.

El monstruo primero sacó tan preciados tesoros y volvió a preguntar:

- ¿A quién crees que debemos enviar?

- A Demonio Taimado y a Gusano Astuto - respondió el segundo Monstruo.

Ambos fueron llamados a su presencia y recibieron la siguiente orden:

- Coged estos tesoros y escalad el pico más alto de las tres montañas. Cuando os encontréis en la cumbre, ponedlos boca abajo y gritad con todas vuestras fuerzas el nombre del Peregrino. Si os responde, será inmediatamente succionado y no tendréis más que tapar el recipiente con esa tira de papel, en la que aparece escrito: "Que Lao-Tse cumpla con rapidez esta orden" 4. En menos de una hora y tres cuartos el Peregrino Sun quedará reducido a una papilla muy parecida al pus.

Los dos diablillos inclinaron respetuosamente la cabeza y partieron a cumplir la misión que les había sido encomendada.

El Gran Sabio, mientras tanto, apenas podía respirar por la presión que ejercían sobre su pecho aquellas montañas tan altas. Pero la angustia no le impidió acordarse de Tripitaka y exclamó con indescriptible piedad:

- ¿Os acordáis, maestro, de cuando fuisteis a la Montaña de los Dos Reinos y levantasteis la tablilla que me tenía aprisionado? Gracias a ese gesto tan desinteresado pude escapar al terrible castigo que estaba padeciendo y me fue posible abrazar la pobreza total. La Bodhisattva me hizo entrega entonces de un decreto dharma, por el que vos y yo jamás nos separaríamos y nos dedicaríamos juntos a la búsqueda de la perfección. De esta forma, nuestra iluminación y conocimiento de la Verdad serían prácticamente idénticos y ambos nos pareceríamos cada vez más. ¿Cómo iba yo a sospechar entonces que habría de ser encerrado de nuevo bajo la mole de estas montañas? ¡Qué mala suerte la nuestra, toparnos con monstruos tan poderosos! Por no prestar atención a los avisos del Centinela, tanto vos como Ba-Chie, el Bonzo Sha y el pequeño dragón, que no dudó en convertirse en caballo para haceros más cómodo el viaje, vais a morir de una forma indigna de vuestra virtud. Con razón afirma el dicho: "Los árboles atraen al viento y éste los mece con increíble suavidad. Pero, aunque la fama de un hombre siempre le preceda, tarde o temprano termina destrozándole".

Al terminar de decirlo, las lágrimas fluían por sus mejillas como torrentes desatados. Pero sus lamentos conmovieron profundamente al dios de la montaña y al espíritu local, que desconocían totalmente la identidad del que los profería. Hubieron de venir a revelársela los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales y el Guardián de la cabeza de Oro.

- ¿De quién son esas montañas? - preguntó este último.

- Nuestras - contestó el espíritu local.

- Sabéis el nombre del que está encerrado en ellas? - insistió él.

- No, no lo sabemos - volvió a contestar el espíritu local.

- ¡¿Así que no lo sabéis?! - exclamó el Guardián -. Pues no es otro que el Gran Sabio, Sosia del Cielo, el Peregrino Sun Wu-Kung, que hace alrededor de quinientos años sumió el Cielo en un indescriptible caos. Tras cumplir su castigo, abrazó el verdadero camino y se convirtió en discípulo del monje Tang. ¿Cómo habéis cometido la osadía de prestar vuestras montañas a un monstruo para encerrarle de nuevo? Podéis iros

preparando. ¿Creéis que no va a exigirnos cuentas, si algún día logra salir de ese encierro? Lo menos que puede pasarte, espíritu local, es que seas enviado como criado a una posada cualquiera, y a ti, dios de la montaña, que seas llamado a filas, donde te asignarán las tareas más pesadas y peligrosas.

- ¡No sabíamos que se trataba de él! - exclamaron a coro el dios de la montaña y el espíritu local, muy alterados -. Oímos que el monstruo recitaba el conjuro para transportar montañas y nosotros hicimos simplemente lo que se nos ordenaba. ¿Cómo íbamos a sospechar siquiera que se trataba del Gran Sabio Sun?

- En ese caso - trató de tranquilizarlos el Guardián -, no temáis. La ley establece que "no puede ser condenado quien desconoce la existencia de una norma". Creo que lo mejor será que analicemos con tranquilidad el asunto y tratemos de encontrar la forma de sacarle de allí. Quizás así lograremos que no nos apalee.

- ¡Pero eso es ridículo! - protestó el espíritu local -. ¿Cómo va a apalearnos después de dejarle en libertad?

- No tenéis idea de su carácter - explicó el Guardián -. Es sumamente colérico y, por si eso fuera poco, posee una barra con los extremos de oro que nadie ha logrado vencer jamás. Un golpe produce una muerte segura, y un simple roce, heridas prácticamente incurables. Para ella no son nada ni la piel, ni los tendones, ni los músculos, que quedan reducidos a simples guñapos con sólo tocarla.

Cada vez más intranquilos, el dios de la montaña y el espíritu local se avinieron a discutir de todo el asunto con los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales. Se llegaron después hasta donde se hallaban las tres montañas y, levantando la voz, dijeron:

- Somos el dios de la montaña, el espíritu local y los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, y venimos a hablar con vos, Gran Sabio.

Aunque momentos antes el Peregrino pudo dar la impresión de ser un simple tigre acabado, recobró al punto su entereza y replicó con voz segura:

- ¿Se puede saber para qué queréis verme?

- Permitidme explicároslo de la mejor manera, Gran Sabio - contestó el espíritu local -. Deseamos solicitaros permiso para levantar las montañas que os tienen aprisionado y, así, podáis recobrar la libertad. Esperamos que, cuando lo hagáis, os mostréis benigno con nosotros por no haberos reconocido y haber seguido las instrucciones del monstruo que os atrapó.

- Si devolvéis estas montañas a su lugar - prometió, solemne, el Peregrino -, tened la seguridad de que no os haré daño alguno.

Semejante promesa era como un anuncio de perdón oficial. Más tranquilos, los dos dioses empezaron a recitar una serie de conjuros y las montañas regresaron al instante a sus antiguas ubicaciones. En cuanto se sintió libre, el Peregrino se puso en pie de un salto, se sacudió el polvo con esmero y se ajustó la túnica. Sacó después la barra de detrás de la oreja y, dirigiéndose al dios de la montaña y al espíritu local, dijo:

- Mostradme en seguida las nalgas, que voy a daros dos golpes, para que, de alguna forma, pueda resarcirme de lo mal que lo acabo de pasar.

- ¡Pero acabáis de prometernos que no ibais a castigarnos! - protestaron los dos dioses -. ¿Cómo podéis haber cambiado tan pronto de opinión? ¿A qué viene esa obsesión por castigarnos?

- A que tenéis más miedo a los monstruos que a mí - contestó el Peregrino.

- No podemos negar que sentimos por ellos un gran respeto - confirmó el espíritu local -. Esos monstruos poseen extraordinarios poderes mágicos, a los que somos incapaces de hacer frente. Valiéndose de conjuros y encantamientos, nos hacen acudir a su caverna, donde nos vemos obligados a prestar servicios poco comunes.

Al oír eso, el Peregrino pareció turbarse hasta el fondo de su corazón. Levantó después la cabeza hacia lo alto y exclamó con voz potente:

- Después de la separación del caos y de la creación del Cielo y la Tierra, vi la luz en la Montaña de las Flores y Frutos. A partir de ese momento busqué con ahínco por todo el mundo a alguien que me enseñara las secretas fórmulas de la inmortalidad. Quiso mi buena suerte que me topara con un maestro para el que la longevidad no encerraba el menor secreto y con el que aprendí a convertirme en viento, domar tigres y dominar dragones. Mis conocimientos eran tan vastos que llegué a sumir el Palacio Celeste en una gran confusión, arrogándome, incluso, el título de Gran Sabio. Pero, pese a todas estas locuras, jamás me he permitido la insolencia de dar orden alguna a un espíritu local o al dios de una montaña. ¡Cuan despreciables son, en verdad, esos monstruos! ¿Cómo pueden ser tan arrogantes y forzar a estos dignos espíritus a convertirse en esclavos suyos? ¿Cómo es, cielo santo, que, habiéndome dado a mí el ser, hayáis hecho lo mismo con criaturas tan despreciables como ésas?

Mientras se quejaba de esta forma, levantó los ojos y vio a lo lejos unos rayos de luz vivísima, que provenían de uno de los pequeños valles que se abrían en aquella montaña. Se volvió hacia el dios y el espíritu locales y les preguntó:

- ¿Qué clase de objetos emiten esa luz tan potente? Debéis saberlo, puesto que, según vuestra propia confesión, habéis estado en esa caverna infinidad de veces.

- Por fuerza tienen que ser los tesoros más valiosos de los monstruos - contestó el espíritu local -. Me figuro que se los ha confiado a sus diablillos más valientes, para que vengan a dominaros.

- ¡Qué interesante! - exclamó el Peregrino -. ¿Podéis decirme con qué clase de gentes se reúnen esos monstruos en su caverna?

- Con los Taoístas de la Secta de la Verdad Absoluta - respondió el espíritu local -. Les tienen un especial cariño, porque lo que más gustan de hacer esas bestias es refinar el elixir y preparar pócimas a base de hierbas.

- Ahora me explico por qué uno de ellos se disfrazó de taoísta para ganarse la confianza de mi maestro - dijo el Peregrino -. Está bien, dejaremos vuestro castigo para otra ocasión. Ahora, si queréis, podéis marcharos. Creo que ha llegado el momento de darles su merecido a esos desaprensivos.

- Visiblemente aliviados, los dioses se elevaron por el aire y dejaron de verse. El Gran Sabio, por su parte, sacudió ligeramente el cuerpo y se convirtió en un viejo buscador del camino de la Verdad. Lucía en la cabeza dos moños descuidados y vestía una túnica de bonzo. En las manos portaba una carraca de bambú en forma de pez ⁵ y llevaba ceñida la cintura con una faja del estilo de las del maestro Lü ⁶. A toda prisa se escondió en un recodo del camino y esperó con impaciencia la llegada de los monstruos, que no tardaron en entrar en su campo de visión. Cuando llegaron a su altura, estiró la barra de los extremos de oro y uno de los diablillos se enredó con ella, cayendo lastimosamente al suelo. Al incorporarse, vio al Peregrino y exclamó, furioso:

- ¡Maldito abusón! Ten por seguro que, si nuestros dos grandes señores no fueran tan aficionados al arte que tú practicas, te haría picadillo ahora mismo.

- ¿Por qué te lo tomas tan a pecho? - replicó el Peregrino -. ¡Ni que fuéramos enemigos! Mirándolo bien, los taoístas formamos una familia.

- ¿Se puede saber por qué te tumbaste en el suelo y me echaste la zancadilla? - preguntó, a su vez, el diablillo.

- Por una razón muy sencilla - contestó el Peregrino -. Cuando un taoísta joven como tú se encuentra con otro tan entrado en años como yo, debe presentarle inmediatamente sus respetos. Digamos, por tanto, que tu caída ha sido una especie de saludo obligado, un regalo de presentación.

- Nuestros señores sólo exigen unas cuantas onzas de oro - comentó, sorprendido, el diablillo -. No me digas que tú eres de otra región y que allí dais más importancia a las caídas que al dinero. Si es así, he de reconocer que vuestras costumbres son extrañas en extremo. ¿Eres de por aquí cerca?

- En parte sí y en parte no - respondió el Peregrino -. De hecho, soy de las montañas de Peng-Lai.

- Pero Peng-Lai es una isla que se encuentra en el Reino de los Inmortales - exclamó el diablillo.

- Exactamente - afirmó el Peregrino -. Si no soy yo un inmortal, dime tú a mí quién lo es.

El diablillo tornó al punto su enfado en dulzura y, acercándose a él, dijo en tono zalamero:

- Disculpádmeme, inmortal, por no haberos reconocido, pero debéis tener en cuenta que mis ojos son de carne y sólo ven lo que tienen delante. Si os he ofendido con mis irreflexivas palabras, os ruego tengáis a bien perdonarme.

- No te echas la culpa de cuanto ha sucedido - trató de tranquilizarle el Peregrino -. Como muy bien afirma el dicho, "los inmortales raramente abandonan su morada para ir a visitar a los que no lo son". ¿Por qué habrías de saber tú que yo procedo de Peng-Lai? La razón de que haya venido a esta montaña es porque deseo transmitir a alguien mis conocimientos y convertirle, así, en inmortal. ¿Quién de vosotros está dispuesto a seguirme por la luz del Tao?

- Yo, maestro - respondieron a la vez Demonio Taimado y Gusano Astuto.

Aunque ya sabía la respuesta, el Peregrino volvió a preguntarles:

- ¿De dónde venís?

- De la Caverna de la Flor de Loto - respondió uno de los diablillos.

- Eso está muy bien - insistió el Peregrino -, pero ¿adonde vais?

- Nuestros señores nos han enviado a capturar al Peregrino Sun - contestó el mismo diablillo.

- ¿A capturar a quién? - exclamó con fingida sorpresa el Peregrino.

- Al Peregrino Sun - repitió el diablillo.

- ¿Te refieres al bonzo que acompaña al monje Tang en busca de las escrituras? - inquirió, una vez más, el Peregrino.

- A ése exactamente - confirmó el diablillo -. ¿Vos también le conocéis?

- ¡¿Que si le conozco?! - exclamó el Peregrino -. Es un mono sin ningún respeto, al que tengo metido entre ceja y ceja. Creo que es mi ayudarnos a echarle el guante. Digamos que eso va a servirnos de ascesis en vuestro recién inaugurado camino hacia la perfección.

- No es necesario que malgastéis vuestras energías con él - dijo el diablillo -. Nuestros señores poseen extraordinarios poderes mágicos y han logrado dominar a esa bestia, sepultándola bajo tres pesadísimas montañas. Precisamente ahora vamos a sacarla de allí con ayuda de estos valiosísimos objetos.

- ¿De qué objetos habláis? - preguntó el Peregrino.

- De la calabaza roja que yo llevo y del jarrón de jade que porta mi compañero - explicó Demonio Taimado.

- ¿Así que vais a meterle ahí dentro? - volvió a preguntar el Peregrino -. ¿Se puede saber cómo vais a hacerlo?

- Poniéndolos boca abajo y llamando a la bestia por su nombre - respondió el diablillo -. En cuanto responda, será absorbido por estos recipientes, cuya boca debemos tapar con una tira de papel en la que puede leerse: "Que Lao-Tse cumpla con rapidez esta orden". En menos de una hora y tres cuartos quedará reducido a una pasta muy parecida al pus.

- ¡Francamente extraordinario! - exclamó para sí el Peregrino, un tanto alarmado -. Éstos deben de ser dos de los cinco tesoros de que me habló el Centinela del Día. ¿Cómo serán los otros tres? - levantó después la voz y añadió, dirigiéndose a los diablillos -: ¿Me permitís echar un vistazo a esos objetos tan maravillosos?

Sin pensar lo que hacían, los dos diablillos metieron las manos por las mangas y sacaron, orgullosos, lo que se les pedía. El Peregrino cogió con cuidado la calabaza y el jarrón y se dijo, maravillado:

- ¡Qué cosa más extraordinaria! Podría sacudir una sola vez la cola y marcharme para siempre de aquí con estos dos tesoros. Si alguien me pregunta que dónde los he conseguido, puedo decir que se trata de unos regalos que me han hecho. Pero no - añadió en seguida -, eso no estaría bien. Sería privar a los demás de lo que es suyo a plena luz del día y eso arruinaría mi buena fama de persona honrada.

Devolvió, por tanto, sus tesoros a los diablillos y les dijo:

- Guardadlos con cuidado y no los perdáis. Su valor es casi tan incalculable como el de las maravillas que traigo conmigo.

- ¿De qué maravillas habláis? - inquirió uno de los diablillos -. ¿Sería demasiado atrevimiento pedirnos que nos las enseñéis? No dudamos que nos servirán de protección contra las adversidades.

El Peregrino estiró la mano y se arrancó un pelo de la cola. Lo apretó con dos dedos y gritó:

- ¡Transfórmate! - y al instante se convirtió en una enorme calabaza de oro de aproximadamente medio metro de altura.

- ¿Queréis echar un vistazo a mi calabaza? - les preguntó a continuación, visiblemente satisfecho.

Gusano Astuto la examinó con cuidado y comentó, respetuoso:

- Vuestra calabaza posee un tamaño excepcional y una figura tan perfecta que los ojos no se cansan de mirarla. Sin embargo, dudo de que tenga alguna utilidad.

- ¿Qué quieres decir con eso? - exclamó el Peregrino.

- Que nuestros tesoros, aunque son mucho más pequeños, puede contener en su interior a más de mil personas - respondió el diablillo.

- Muy bien, pero eso no es tan extraordinario - comentó el Peregrino -. Mi calabaza, por ejemplo, puede absorber todo el Cielo.

- ¿De verdad? - preguntó el diablillo.

- Así es - confirmó el Peregrino.

- Me parece que estás mintiendo - se atrevió a comentar el diablillo -. El Cielo no cabe en un espacio tan reducido como ése. Si quieres que te creamos, tendrás que enseñarnos cómo lo haces.

- Normalmente, si el Cielo me pone de mal humor - explicó el Peregrino -, le hago meterse en mi calabaza siete u ocho veces al mes. Si, por el contrario, no se ocupa de mí, puede pasar hasta medio año sin que yo tampoco le moleste.

- ¡Es francamente extraordinario! - exclamó Gusano Astuto -. ¡Una calabaza que puede contener en su interior todo el Cielo! Cambiémosla por nuestros tesoros.

- Dudo que quiera hacerlo - comentó Demonio Taimado -. Al fin y al cabo, sólo pueden contener gente.

- Ya, pero son dos y mi jarrón es muy bonito - insistió Gusano Astuto -. A lo mejor prefiere lo bello a lo práctico. ¿Por qué no probamos ver?

- Lo normal sería cambiar una calabaza por otra, pero éstos están empeñados en añadir también el jarrón de jade - se dijo el Peregrino, complacido -. ¡No está mal trocar dos cosas por una! Eso es lo que se llama un negocio justo.

Para animales a decidirse, se llegó hasta Gusano Astuto y, agarrándole del brazo, le

preguntó:

- ¿Estarías dispuesto a cambiar tu tesoro por mi calabaza, si ahora mismo meto el Cielo dentro de ella?

- Por supuesto que sí - contestó el diablillo -. Pero te advierto que, si fallas en el intento, nos burlaremos de ti todo lo que queramos.

- De acuerdo - concluyó el Peregrino -. Si me muestro incapaz de hacer lo que digo, podéis reiros de mí cuanto deseéis.

El Gran Sabio inclinó respetuosamente la cabeza y, tras hacer un signo mágico y recitar el correspondiente conjuro, hizo venir a su presencia al Dios-que-patrulla-el-día, al Dios-que-patrulla-la-noche y a los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, a los que ordenó:

- Informad de inmediato al Emperador de Jade que he aceptado el camino de la Verdad, comprometiéndome a llevar al monje Tang al Paraíso Occidental, donde piensa conseguir los escritos de Buda. Desgraciadamente, nos hemos topado con una montaña altísima y unos Monstruos muy poderosos, que se han empeñado en no dejarnos seguir adelante. Su fuerza se basa en unos tesoros francamente extraordinarios, que quieren cambiar por una calabaza sin valor que yo poseo. Para engañarlos preciso de la ayuda de Su Majestad. Suplicadle en mi nombre, con el debido respeto, que me preste los Cielos durante media hora, para que pueda llevar a buen término los planes que me he trazado. Advertirle de todas formas que, caso de negarse a mi petición, subiré de inmediato al Salón de la Niebla Divina y daré comienzo a una nueva guerra.

Tras cruzar la Puerta Sur del Cielo, los dioses corrieron a informar de todo ello al Emperador de Jade, que exclamó, visiblemente ofendido:

- ¡Qué mono más engreído! Se ve que su forma de hablar no ha cambiado nada en todo este tiempo. Cuando Kwang-Ing vino a comunicarme que le había puesto en libertad para que acompañara al monje Tang, no sólo no me opuse a su liberación, sino que incluso asigné a los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales y a los Cuatro Centinelas para que se turnaran en brindarle toda la protección que precisara. Ahora, sin embargo, me exige que le preste el Cielo para meterlo yo qué sé dónde. ¿Cómo puede existir algo que contenga el mismísimo cielo?

No había acabado de decirlo, cuando el Príncipe Nata dio un paso al frente y afirmó:

- Eso no es tan difícil como pensáis, majestad.

- ¿Quieres explicarte un poco mejor? - le invitó el Emperador de Jade.

- Al dividirse el caos original - empezó diciendo el Príncipe -, lo que era luminoso y puro constituyó el Cielo, mientras que lo que era oscuro y estaba cargado de impurezas dio origen a la Tierra. Eso explica que el Cielo sea una masa redonda de éter transparente, sobre el que se sustentan el Palacio de Jaspe y las Murallas Celestes. En principio, el Cielo no puede ser contenido por nada. Sin embargo, el hecho de que el Peregrino Sun haya accedido a acompañar al monje Tang en su largo periplo hacia el Oeste con el fin de hacerse con las escrituras sagradas es una fuente de bendiciones tan alta como el mismísimo Monte Tai y tan profunda como los mares. Opino, por tanto, que deberíamos hacer cuanto esté en nuestra mano por ayudarle a conseguir tal objetivo.

- Pero, como tú mismo acabas de reconocer, lo que pide es imposible de alcanzar - replicó el Emperador de Jade -. ¿Qué ayuda podemos prestarle?

- Muy sencillo, majestad - volvió a responder el Príncipe Nata -. Pedid a Chen-Wu, Señor de la Puerta Norte, que os preste su estandarte de plumas negras. Lo extenderéis a lo largo de la Puerta Sur, tapando así, el sol, la luna y las estrellas, y se extenderá por el mundo una oscuridad tan total que nadie podrá ver al que tenga delante de sus narices. Eso hará creer a los diablillos que el Cielo ha sido, en verdad, encerrado en la calabaza del Peregrino Sun y su misión recibirá un gran espaldarazo por vuestra parte.

El Emperador de Jade dio su conformidad a tan inteligente plan y encargó al príncipe que se dirigiera de inmediato a la Puerta Norte a entrevistarse con Chen-Wu. Al enterarse éste de qué se trataba, se prestó de buen grado a hacer entrega de su estandarte de plumas.

El Dios-que-patrulla-el-día volvió a toda prisa al lado del Gran Sabio y le susurró al oído:

- El Príncipe Nata ha salido en apoyo de vuestro plan y el Emperador de Jade ha otorgado su consentimiento.

El Peregrino levantó la vista hacia lo alto y vio acercarse una nube extremadamente luminosa. Eso le cercioró de que se trataba de un dios. Seguro del éxito de su plan, se volvió a los diablillos y les dijo:

- De acuerdo, voy a meter el Cielo en mi calabaza.

- Adelante - le urgió uno de ellos -. Pero ¿puede saberse por qué postras los pies de esa forma?

- Simplemente estaba recitando un conjuro - respondió el Peregrino.

Los diablillos se quedaron de pie y abrieron los ojos cuanto pudieron decididos a averiguar cómo iba a arreglárselas el anciano taoísta para meter el Cielo en un espacio tan reducido. El Peregrino sacudió con fuerza la calabaza y la arrojó hacia lo alto. Como, en realidad, no era más que un simple pelo, el viento la llevó de aquí para allá durante más de media hora. El Príncipe Nata, mientras tanto, llegó a la Puerta Sur con el preciado estandarte, lo desplegó del todo y al instante quedaron cubiertos el sol, la luna y la totalidad de los planetas. El cosmos pareció teñirse de tinta y el mundo quedó sumido en una atmósfera azul oscuro. Los monstruos exclamaron, sorprendidos:

- ¿Cómo es que es ya la hora del crepúsculo, si hace un momento era mediodía?

- ¿Cómo se os ocurre hablar de horas? - les recriminó el Peregrino -. El tiempo ha dejado de existir. ¿No comprendéis que el Cielo está dentro de mi calabaza?

- Sí, pero ¿por qué está tan oscuro? - gritaron, aterrados.

- Muy sencillo - contestó el Peregrino -. Porque el sol, la luna y las estrellas están en el interior de mi tesoro. Es normal que la oscuridad se haya adueñado del mundo, ¿no os parece? No queda por ahí ninguna luz.

- ¿Dónde estáis, maestro? - inquirió, aterrado, uno de los diablillos.

- ¿Cómo que dónde estoy? - repitió el Peregrino -. Delante de ti, por supuesto.

El diablillo estiró las manos cuanto pudo, pero no logró tocarle. Eso hizo que su temor se tornara aún más intenso y dijo, a punto de perder el juicio de miedo:

- ¿Se puede saber dónde estamos, maestro? Puedo oír vuestra voz, pero no logro ver vuestro rostro.

- No os mováis - gritó entonces el Peregrino, dispuesto a reírse un poco de ellos -. Nos hallamos justamente en el golfo de Chr-Li. Su costa es tan abrupta que, si dais un paso en falso, tardaréis siete u ocho días en alcanzar el fondo del acantilado que se abre a vuestros pies.

- ¡Detened vuestro experimento al instante! - suplicaron a coro los dos diablillos -. Sabemos que vuestra calabaza es capaz de contener todo el Cielo. ¿Por qué no le devolvéis la libertad? Es peligrosísimo andar por ahí sin saber dónde se pisa. Si no nos andamos con cuidado, es posible que caigamos al mar y no podamos salir nunca más de él.

Cuando el Peregrino se convenció de que los dos diablillos habían tomado su juego como cierto, volvió a recitar el conjuro. El Príncipe enrolló el estandarte y al instante se vio de nuevo en el Cielo la luz del sol.

- ¡Fantástico! ¡Realmente fantástico! - exclamaron los diablillos, riendo nerviosamente

-. Si no cambiáramos ese tesoro por las baratijas que nosotros poseemos, seríamos

tontos de remate.

Demonio Taimado y Gusano Astuto sacaron entonces la calabaza de oro y el jarrón de jade y se lo entregaron de buen grado al Peregrino. Éste, a su vez, puso en su mano la enorme calabaza que podía albergar en su interior todo el Cielo. Una vez realizado el trueque, el Peregrino quiso asegurarse de que los diablillos no se iban a echar atrás. Se arrancó un pelo de la barriga, sopló sobre él y al instante se convirtió en una moneda de cobre, que entregó a uno de ellos, diciendo:

- Vete a comprar un poco de papel, por favor.

- ¿Se puede saber para qué lo queréis? - preguntó el diablillo.

- Para redactar un contrato - respondió el Peregrino -. Al fin y al cabo, vuestros tesoros son dos, mientras que mi calabaza es sólo una. No quiero que con el paso del tiempo lleguéis a pensar que eso no es justo y me exijáis que os devuelva uno de ellos. Por eso, ahora quiero que firmemos un contrato que evite esa eventualidad.

- ¿Cómo vamos a redactar un documento, si ni siquiera tenemos a mano tinta ni pincel?

- protestó uno de los diablillos -. En un sitio como éste es imposible escribir nada. ¿Por qué no nos comprometemos con un juramento?

- ¿Qué clase de juramento? - preguntó el Peregrino.

- Que, si alguna vez exigimos que nos devuelvas uno solo de nuestros tesoros, caigamos víctimas de la enfermedad y que jamás volvamos a recobrarlos.

- Aunque yo jamás me echaré atrás - dijo, a su vez, el Peregrino -, si falto a mi palabra, que corra la misma suerte que vosotros.

Una vez concluido el juramento, el Gran Sabio sacudió la cola y llegó a la Puerta Sur del Cielo, donde agradeció al Príncipe Nata su colaboración, al enrollar y desenrollar el estandarte de plumas. Satisfecho, el príncipe corrió a informar al Emperador de Jade de todo lo ocurrido, devolviendo poco después a Chen-Wu su preciado tesoro.

El Peregrino se quedó suspendido en el aire, mirando fijamente a los diablillos.

No sabemos lo que sucedió después. Quien desee averiguarlo tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se brindan en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIV

EL REY DEMONIO IDEA UN PLAN MUY ASTUTO PARA ATRAPAR AL MONO DE LA MENTE. EL GRAN SABIO LOGRA HACERSE CON LOS TESOROS

Los dos diablillos se pelearon por tener la calabaza en sus manos y analizarla a sus anchas. Cuando menos lo esperaban, levantaron la cabeza y vieron que el Peregrino había desaparecido.

- Me temo que ese inmortal se ha burlado de nosotros - dijo entonces Gusano Astuto -. Prometió enseñarnos el camino de la inmortalidad, una vez que hubiéramos intercambiado nuestros regalos, y se ha esfumado sin despedirse siquiera de nosotros.

- ¿A qué viene preocuparse de esa forma? - le regañó Demonio Taimado -. Al fin y al cabo, somos nosotros los que hemos salido ganando. ¿Qué más da que se haya marchado? Déjame la calabaza para practicar un poco cómo meter el Cielo dentro de ella.

En cuanto la tuvo en sus manos, la lanzó hacia lo alto, pero volvió a caer en seguida, sin obtener el menor resultado.

- ¿Por qué ahora no funciona? - exclamó, desconcertado, Gusano Astuto. ¿Es posible que el Peregrino Sun se haya disfrazado de inmortal para cambiarnos una calabaza auténtica por otra falsa?

- ¡No digas tonterías, anda! - le reconvino Demonio Taimado -. El Peregrino Sun se

halla prisionero bajo el peso de tres montañas altísimas - ¿Cómo va a haberse escapado sin la ayuda de nadie? Déjame probar a mí. Voy a recitar el conjuro que él empleó y ya verás cómo esta vez el Cielo no se nos resiste.

De nuevo volvió a lanzarla hacia lo alto, pero esta vez añadió:

- Si se opone a mis planes, subiré al Salón de la Niebla Divina y comenzaré otra guerra. Sin embargo, no había acabado de decirlo, cuando la calabaza dio con todo su peso en el suelo.

- ¡No funciona! - gritó, desesperado, el otro diablillo -. ¡Tiene que ser un engaño por fuerza!

El Gran Sabio escuchó sus quejas desde lo alto. Temiendo que, de tanto probar, pudieran terminar descubriendo la verdad, sacudió ligeramente el cuerpo y al instante recuperó el pelo que horas antes había convertido en una calabaza. Los dos diablillos se encontraron, de esta forma, con las manos totalmente vacías.

- ¡Devuélveme inmediatamente la calabaza! - exigió Demonio Astuto a su compinche.

- ¿Cómo que te la devuelva? - protestó Gusano Taimado -. Eras tú el que la tenías en las manos. ¡No me digas que ha desaparecido así como así!

Desesperados, buscaron como locos por todas partes, incluidas sus ropas, pero no lograron dar con ella.

- ¿Qué podemos hacer? - se preguntaron, temblando de pies a cabeza -. Nuestros señores nos confiaron esos tesoros con el fin de capturar al Peregrino Sun, cosa que no sólo no hemos hecho, sino que jamás podrá nadie llevar a efecto. ¿Qué vamos a decir a nuestros amos? Cuando se enteren de que hemos perdido el jarrón y la calabaza, seguro que nos muelen a palos. ¿Qué podríamos hacer?

- Es mejor que nos vayamos - decidió Gusano Astuto al cabo de un rato de reflexión.

- ¿Adonde? - exclamó Demonio Taimado.

- Eso no tiene ninguna importancia - respondió Gusano Astuto - - Lo importante es escapar, porque, si volvemos y confesamos que hemos perdido los tesoros, con toda seguridad perderemos nuestras vidas.

- No, no - protestó Demonio Taimado -. Opinó que debemos regresar. Tú eres un protegido de nuestro segundo señor y eso nos ayudará a solucionarlo todo. Me echaré la culpa de lo ocurrido. Si está de buen humor, nos perdonará la vida. En cualquiera de los casos, prefiero morir en mi casa a tener que pasar el resto de mis días vagando de acá para allá. Soy de la opinión, por tanto, de que la huida no solucionará nuestro problema.

Tras discutirlo seriamente, decidieron regresar juntos a la caverna de la que habían partido. El Peregrino, que había seguido desde el aire sus deliberaciones, sacudió ligeramente el cuerpo y se convirtió en una mosca. De esta forma, pudo seguirlos sin ser visto. Os preguntaréis dónde guardó todos sus tesoros, porque es claro que, si los dejaba junto al camino o los escondía entre la hierba, alguien podía cogerlos y todos sus esfuerzos hubieran resultado en vano. Por eso, decidió llevárselos escondidos entre las ropas. Sin embargo, ¿cómo podía cargar con ellos, ya que, en definitiva, el cuerpo de una mosca, no es mucho mayor que un gusano? Muy sencillo. Como ocurría con la barra de los extremos de oro, los tesoros de los monstruos poseían el carácter de complacientes, ajustándose de buen grado al tamaño e intenciones de la persona que tenía la suerte de ser su dueño. De ahí que pudiera con ellos una mosca tan diminuta como la que acababa de adoptar el Peregrino como disfraz. El insecto siguió a los dos diablillos hasta que llegaron a la caverna. Los monstruos estaban todavía bebiendo, cuando los vieron entrar y sintieron cómo se arrojaban, respetuosos, a sus pies. El Peregrino se posó en el marco de la puerta y esperó a ver lo que ocurría.

- Grandes señores... - dijeron los dos diablillos, temblando de pies a cabeza.

- ¿Así que ya habéis vuelto? - comentó el monstruo segundo, poniendo la copa sobre la

mesa.

- Sí, gran señor - contestaron los diablillos.

- ¿Habéis capturado al Peregrino Sun? - volvió a preguntar el monstruo segundo.

Los dos diablillos comenzaron a golpear el suelo con la frente, sin atreverse a decir nada. El monstruo repitió la pregunta, pero obtuvo la misma respuesta que la vez anterior. Los diablillos parecían haberse olvidado de todo menos de sacudir como locos la cabeza. El monstruo insistió ofendido una y otra vez, hasta que finalmente logró que dijeran:

- ¡Suplicamos vuestro perdón, porque nos hemos hecho acreedores de más de diez mil muertes seguidas! Al llegar aproximadamente a la mitad de la montaña, nos topamos con un inmortal procedente de la mismísima isla de Peng-Lai. Nos preguntó que adonde íbamos y nosotros le respondimos que a capturar al Peregrino Sun. Eso pareció agradaarle sobremanera, ya que, según nos explicó, tenía contra él viejos pleitos, y se decidió a prestarnos su colaboración. Le explicamos que no precisábamos de ayuda alguna, porque poseíamos unos objetos capaces de almacenar en su interior a la gente. Esa confesión no pareció sorprenderle lo más mínimo, pues él mismo era dueño una calabaza en la que podía encerrarse todo el Cielo. Movidos por la avaricia y otras falsas esperanzas, decidimos intercambiar nuestros tesoros. Al principio sólo teníamos pensado hacer el trueque de las calabazas, pero Gusano Astuto fue del parecer de añadir también el jarrón de jade. Lo que menos esperábamos es que el tesoro del inmortal no soportara el contacto de manos impuras y que desapareciera, cuando estábamos tratando de repetir el portento que habíamos visto realizar al inmortal. Él mismo se desvaneció, apenas cerramos el trato. Por todo ello, suplicamos humildemente vuestro perdón.

El monstruo primero se puso furioso al oír esa confesión, y exclamó con voz potente:

- ¡Maldita sea! Eso es obra del Peregrino Sun, que se hizo pasar por un inmortal con el fin de engañarlos. Ese mono tiene muchísimos poderes y una gran cantidad de amigos. Seguro que se ha servido de la ayuda de algún dioscecillo para hacerse con nuestros preciados tesoros.

- No te pongas así, por favor - le aconsejó el monstruo segundo - Jamás pensé que ese mono pudiera ser tan insolente. Comprendo que quisiera escaparse de la prisión de rocas en que le encerré, pero ¿por qué habría de codiciar nuestros preciosos tesoros? Tengo que capturarlo de nuevo; de lo contrario, nuestro buen nombre sufrirá un serio revés.

- ¿Quieres explicarme cómo vas a echarle mano esta vez? - inquirió el monstruo primero.

- Muy sencillo - respondió el segundo -. Aunque el Peregrino Sun se ha hecho con dos de nuestros tesoros, todavía nos quedan tres. Malo será que uno de ellos no termine derrotándole.

- ¿Se puede saber de qué tres tesoros estás hablando? - volvió a preguntar el monstruo primero.

- Dos los tenemos aquí con nosotros - contestó el monstruo segundo -. Ya sabes, la espada de las siete estrellas y el abanico de hojas de palma. El tercero, la cuerda de oro, se encuentra en la Caverna del Dragón Aplastado, ubicada en la montaña del mismo nombre y que constituye la morada de nuestra anciana madre. Opino que deberíamos enviar a dos diablillos a invitarla a venir a comer un poco de carne del monje Tang. Podemos aprovechar la ocasión para pedirle que traiga la cuerda de oro con la que habremos de atar al Peregrino Sun.

- ¿A quién te parece que debemos enviar esta vez? - preguntó, una vez más, el monstruo primero.

- Por supuesto no a estos dos inútiles - gritó el segundo, señalando a Demonio Taimado y Gusano Astuto -. ¡Poneos de pie, de una vez!

- ¡Menuda suerte hemos tenido! - comentaron, aliviados, los diablillos. No sólo no nos han mandado azotar, sino que, incluso, hemos escapado a una buena regañina. ¡Vamonos, antes de que nuestros señores se vuelvan atrás!

- ¿Por qué no hacemos venir a Tigre de la Montaña y a Dragón del Océano, que, como bien sabes, me acompañan en todas mis correrías? - sugirió el segundo monstruo.

Los dos diablillos no tardaron en aparecer. Se echaron rostro en tierra y el monstruo se apresuró a advertirles:

- Debéis tener muchísimo cuidado.

- Siempre lo tenemos, señor - contestaron ellos, respetuosos.

- Debéis extremarlo en esta ocasión - insistió el monstruo.

- Así lo haremos. Estad tranquilos - repitieron ellos.

- ¿Sabéis dónde está la mansión de nuestra madre? - preguntó el monstruo.

- Sí, señor - respondieron ellos.

- En ese caso - concluyó el monstruo -, id a verla y decidle que está invitada a probar un poco de carne del monje Tang. Pedidle, así mismo, que traiga la cuerda de oro, para atrapar con ella al Peregrino Sun.

Los diablillos salieron disparados de la caverna. Su ansia de obediencia era tal que ni siquiera se detuvieron a pensar que el Peregrino pudiera haber oído toda la conversación que habían mantenido con sus señores. Nada más verlos abandonar la cueva, el Gran Sabio remontó el vuelo y se posó en el hombro de uno de ellos. En un principio había pensado matarlos, cuando se hubieran alejado tres o cuatro kilómetros, pero después recapacitó y se dijo:

- No será muy difícil acabar con ellos, pero la verdad es que no sé dónde vive esa Anciana Dama que parece ser la dueña de la cuerda de oro. Creo, por tanto, que, antes de darles muerte, lo mejor será que les haga unas cuantas preguntas.

Zumbando como un moscardón, se adelantó a los monstruos unos cien metros aproximadamente. Sacudió ligeramente el cuerpo y se convirtió en un pequeño monstruo con una gorra de piel de zorro en la cabeza y una túnica de piel de tigre. Dejó que los diablillos pasaran de largo y después corrió tras ellos, gritando:

- ¡Eh, esperadme! ¡No vayáis tan deprisa!

- ¿Se puede saber de dónde sales tú? - preguntó Dragón del Océano, dándose la vuelta.

- ¿Cómo que de dónde salgo? - repitió el Peregrino -. Parece mentira que no reconozcas a uno de tu propio grupo.

- Tú no perteneces a nuestro grupo - sentenció el diablillo.

- ¿Cómo que no? - protestó el Peregrino -. Mírame bien.

- No me resultas muy conocido - insistió el diablillo -. Me temo que es la primera vez que te veo por aquí.

- Es posible, porque yo pertenezco a la sección de afuera - explicó el Peregrino -. ¿Se puede saber adonde vais tan deprisa?

- A invitar a la Anciana Dama, de parte nuestro señor, a probar un poco de carne del monje Tang y, al mismo tiempo, pedirle que nos deje la cuerda de oro para capturar al Peregrino Sun - contestó el diablillo.

- Ya lo sé - dijo el Peregrino -. Os lo he preguntado para ver qué respondíais.

- ¿Qué quieres decir con eso? - exclamó el diablillo, ofendido.

- Que vengo precisamente de parte de nuestros señores a deciros que os deis prisa y no os retraséis por ahí - respondió el Peregrino -. Bien saben ellos lo mucho que os gusta jugar y no quieren que perdáis inútilmente el tiempo, porque la empresa que os han confiado es de vital importancia.

Los diablillos no vieron nada extraño en lo que les decía el Peregrino y eso terminó convenciéndoles de que se trataba, en efecto, de un miembro de su mismo grupo.

Aceleraron el paso cuanto pudieron, manteniéndolo constante durante ocho o nueve kilómetros.

- Me parece que vamos demasiado deprisa - comentó el Peregrino, aparentando un cansancio que, en realidad, no sentía -. ¿Cuánto llevamos recorrido?

- Alrededor de dieciséis kilómetros - contestó uno de los diablillos.

- ¿Tanto? - exclamó el Peregrino -. ¿Cuánto nos queda todavía para llegar?

- No mucho - respondió Dragón del Océano, señalando hacia delante con la mano -. ¿Ves aquel bosque tan frondoso? Pues allí es.

El Peregrino levantó la cabeza y no muy lejos de donde se encontraban vio un bosque llamativamente oscuro. Eso le hizo comprender que no muy lejos de allí se encontraba la morada de algún viejo monstruo. Pensando que había llegado el momento de actuar, dejó que los diablillos le pasaran y descargó sobre ellos un tremendo golpe con su barra de hierro. Los dos desgraciados quedaron reducidos al instante a una masa informe de carne, que el Peregrino se apresuró a esconder entre unos arbustos que crecían a lo largo del camino. Se arrancó después un pelo y, soplando sobre él una bocanada de aire mágico, gritó:

- ¡Transfórmate! - y al instante se convirtió en la imagen exacta de Tigre de la Montaña, al tiempo que él adquiría la de Dragón del Océano.

Los dos falsos monstruos se dirigieron entonces a la Caverna del Dragón Aplastado a hacer entrega de su invitación a la dama que la habitaba. ¡Qué amplios poderes mágicos poseía el Gran Sabio, para el que no representaban secreto alguno las setenta y dos formas de metamorfosis! De dos o tres saltos se adentró en lo más espeso del bosque. No tuvo que caminar mucho para descubrir dos enormes puertas de piedra a medio abrir. Sin atreverse a entrar sin llamar, tentó la voz y dijo:

- ¡Abran la puerta, por favor!

Al poco tiempo apareció un monstruo femenino, que preguntó:

- ¿De dónde vienes?

- De la Caverna de la Flor de Loto, que, como sabéis, se halla enclavada en la Montaña Altísima - contestó el Peregrino -. Traemos una invitación para la Anciana Dama.

- En ese caso, pasad - les ordenó la monstruo.

Después de trasponer una segunda puerta, el Peregrino aguzó la vista y vio a una mujer entrada ya en años, sentada en el centro mismo de una amplia habitación. Su cabello, blanco como la nieve, aparecía totalmente alborotado y sus ojos poseían un brillo tan intenso que parecían estrellas. Su rostro estaba surcado por profundas arrugas y resultaba llamativa su casi total ausencia de dientes, pero era claro que su espíritu no había perdido ni un ápice de la viveza de la juventud. Poseía, de hecho, la elegancia de un crisantemo cubierto por la escarcha y la rugosidad de un tronco de pino después de la lluvia. En la cabeza lucía un turbante de seda blanca, cuya belleza parecía competir con la de los pendientes que adornaban sus frágiles orejas.

El Gran Sabio no se atrevió a entrar inmediatamente, sino que se quedó cabizbajo junto a la puerta, sollozando en silencio. Os preguntaréis que por qué hacía semejante cosa. ¿Es que le había aterrado, acaso, tan repentina visión? De todas formas, quien siente miedo no suele llorar; eso sin contar con que el Gran Sabio era valiente en extremo y acababa de dar muerte a dos diablillos extremadamente peligrosos. ¿Por qué sollozaba entonces? Era capaz de meterse de buena gana en un recipiente de aceite hirviendo y no derramar una sola lágrima, aunque estuvieran friéndole siete u ocho días. Lo que le movía al llanto era la cantidad de sacrificios que debía aceptar por acompañar al monje Tang en su intento por conseguir las escrituras sagradas.

- Si me he convertido en un diablillo con el único propósito de invitar a esta dama a ir a la mansión de mi supuesto señor - se dijo el Rey de los Monos -, no hay razón alguna

que justifique que le dirija la palabra de pie. Tendré que arrodillarme ante ella y golpear después el suelo con la frente. Toda mi vida he sido un héroe y únicamente me he arrodillado ante tres personas desde que existo: Buda del Paraíso Occidental, Kwang-Ing de los Mares del Sur y mi Maestro. Ante éste lo hice cuatro veces seguidas, tras librarme del terrible castigo al que estaba sometido en la Montaña de los Dos Reinos. Por él he aceptado toda clase de sacrificios y renunciado a la posición que por mi origen me correspondía. ¿Tanto vale un simple rollo de escritura? ¿Por qué tengo que renunciar a mi orgullo y postrarme ante un monstruo que no merece mis respetos? Si no lo hago, descubrirá mi impostura y todo el plan se vendrá abajo. ¡Qué horrible dilema! En último caso, es la vida de mi maestro la que está en juego y, por salvarla, no debo ahorrarme ninguna humillación, por dura que pueda parecerme.

Al llegar a este punto de su reflexión, entró con decisión en la habitación en la que se encontraba la monstruo y, arrodillándose ante ella, dijo:

- Recibid, señora, mis respetos.

- Levántate, por favor - dijo la monstruo a toda prisa.

- Eso está bien - se dijo el Peregrino más animado -. Se ve que es más honrada de lo que creía.

- ¿De dónde vienes? - preguntó la monstruo.

- De la Caverna de la Flor de Loto, que se halla ubicada en la Montaña Altísima - contestó el Peregrino -. Mis dos señores me han ordenado venir a invitaros a ir a probar un poco de carne del monje Tang. Al mismo tiempo, os suplican que llevéis con vos la cuerda de oro para capturar al Peregrino Sun.

- ¡Qué piedad la de mis hijos! - exclamó, complacida, la monstruo y al instante ordenó traer su silla de manos.

- Quién lo hubiera pensado! - volvió a decirse el Peregrino -. ¡Hasta los monstruos viajan en esas sillas!

Al poco rato aparecieron dos monstruos femeninos con una litera de madera aromática y a la que no faltaban ni cortinas de seda. La monstruo anciana salió de la caverna, seguida de un grupo de diablasas que portaban perfumes y cosméticos, espejos, toallas y todo lo necesario para el maquillaje.

- ¿Por qué os empeñáis todas en acompañarme? - preguntó la anciana -. Al fin y al cabo, no voy a una casa ajena. ¿Acaso pensáis que allí no va a haber nadie que pueda servirme? No necesito vuestra ayuda. Volved al interior de la cueva y cerrad bien las puertas.

Las diablasas obedecieron sin rechistar. Sólo quedaron dos para cargar con la litera. La anciana se volvió entonces hacia el Peregrino y su sombra y les preguntó:

- ¿Cómo os llamáis vosotros?

- Éste - respondió el Peregrino a toda prisa - es Tigre de la Montaña, y yo, Dragón del Océano.

- Id delante de mí - ordenó la anciana -. Necesito que alguien me vaya abriendo el camino.

- ¡Qué mala suerte! - se dijo el Peregrino -. Para conseguir las escrituras, me tengo que convertir hasta en esclavo de un monstruo.

Pero no se atrevió a negarse a complacer a la anciana. Tras recorrer cuatro o cinco kilómetros, se sentó en una piedra a esperar a las Bestias que portaban la litera. Cuando llegaron a su altura, les preguntó:

- ¿No queréis descansar un poco? Me figuro que debéis de tener los hombros hechos polvo.

Las diablasas no sospecharon nada y en seguida dejaron la litera en el suelo. El Peregrino se puso detrás de ellas. Se arrancó un pelo del pecho y lo convirtió en una

torta de gran tamaño, que empezó a masticar con fingida fruición.

- ¿Se puede saber qué estáis comiendo? - le preguntó una de las diablesas.

- Me da vergüenza decíroslo - contestó el Peregrino -. La verdad es que hemos recorrido un camino muy largo para transmitir la invitación de nuestros señores a la Anciana Dama y no se ha dignado darnos la menor recompensa. ¿Qué hay de extraño en que nos hayamos detenido a recobrar fuerzas antes de reanudar la marcha? El hambre no perdona a nadie.

- ¿Os importaría compartir con nosotras vuestra torta? - volvieron a preguntar las diablesas.

- Por supuesto que sí - respondió el Peregrino -. ¿A qué viene tanto miramiento? Al fin y al cabo, pertenecemos a la misma familia.

Las diablesas se acercaron al Peregrino para recoger su parte, pero en vez de la torta prometida, recibieron un tremendo golpe en la cabeza. El Gran Sabio las golpeó con tal fuerza que una de ellas quedó reducida a una pulpa informe, mientras la otra agonizaba a su lado gimiendo lastimosamente. La anciana sacó la cabeza para ver lo que pasaba y el Peregrino volvió a descargar sobre ella todo el peso de su barra de hierro. La sangre manó a borbotones y las cortinas de la litera quedaron tiznadas de masa cerebral. El Peregrino la sacó arrastras de la silla de manos y vio que se trataba de un zorro de nueve colas 1.

- ¡Maldita bestia! - exclamó el Peregrino, soltando la carcajada -. ¿Se puede saber quién eres tú para que todo el mundo te llame Anciana Dama? Si eres merecedora de tal título, yo soy uno de tus antepasados.

Tras registrarla con cuidado, no tardó en descubrir entre sus ropas la cuerda de oro, que guardó a toda prisa entre las mangas.

Es posible que esos demonios sean muy poderosos - se dijo, satisfecho -, pero ya tengo en mi poder tres de sus más preciados tesoros.

Se arrancó otros dos pelos, que al punto se convirtieron en Tigre de la Montaña y Dragón del Océano, mientras que los de antes adoptaron la figura de las diablesas. Él mismo se disfrazó de anciana y tomó asiento en la litera. De esta forma, prosiguieron el viaje como si nada hubiera ocurrido. Al poco rato llegaron a la Caverna de la Flor de Loto y los diablillos que abrían la marcha - pelos, en realidad, del Peregrino- gritaron con todas sus fuerzas:

- ¡Abrid la puerta!

- ¿Sois Tigre de la Montaña y Dragón del Océano? —preguntaron los que hacían guardia en el interior de la cueva.

- Así es - respondieron los pelos.

- ¿Dónde está la Anciana Dama a la que fuisteis a invitar? - volvieron a preguntar los diablillos.

- Ahí está dentro, en su litera - contestaron los pelos -. ¿Es que no la veis?

- Quedaos aquí —dijo uno de los guardianes—, mientras voy a comunicar vuestra llegada a nuestros señores.

En cuanto los dos monstruos oyeron que había llegado la Anciana Dama, ordenaron preparar incienso, cosa que satisfizo enormemente al Peregrino, que se dijo:

- La suerte no me ha abandonado del todo. Ahora me toca a mí recibir toda clase de honores. Cuando me disfracé de diablillo para ir a invitar a esa vieja monstruo, hube de inclinarme respetuosamente ante ella. Ahora, sin embargo, que he adoptado su figura, convirtiéndome en progenitura de estas bestias, les corresponde a ellas presentarme sus respetos. Posiblemente no sea gran cosa, pero últimamente no es corriente que se incline ante mí un par de cabezas.

El Gran Sabio descendió de la litera y, tras sacudirse el polvo, volvió a recobrar los

cuatro pelos que se había arrancado. Los diablillos que hacían guardia a la puerta cargaron con la silla de manos y se dirigieron al interior de la caverna. El Peregrino los siguió con paso lento, imitando el modo pausado de caminar de la anciana. Dentro le estaba esperando un auténtico enjambre de monstruos de todas las edades, que corrieron a darle la bienvenida batiendo tambores y haciendo sonar sus flautas, mientras se elevaban volutas de humo aromático del pebetero de Po-Shan 2. Sin dejar de responder a sus saludos, el Peregrino se llegó hasta el salón principal, donde tomó asiento, mirando hacia el sur. Los dos monstruos se arrodillaron ante él y dijeron respetuosos, mientras golpeaban sin cesar el suelo con la frente:

- Os damos la bienvenida, madre.

Levantaos, hijos míos —les urgió el Peregrino.

En ese mismo momento Chu Ba-Chie, que estaba colgado de una viga soltó la carcajada y el Bonzo Sha le regañó, diciendo:

- ¡Esa sí que es buena! Te condenan a muerte y no se te ocurre otra cosa que echarte a reír como un loco.

- Si me río - se defendió Ba-Chie -, es porque tengo razón para ello, ¿no te parece?

- ¿Qué razón puedes tener en una situación como ésta? —volvió a preguntar el Bonzo Sha.

- Hasta hace un rato - explicó Ba-Chie - esperábamos con aprensión la llegada de la Anciana Dama, porque eso iba a suponer nuestra muerte. Pero ahora veo con alivio que esa vieja no es tal, sino nuestro querido salvaje.

- ¿De qué salvaje estás hablando? - exclamó el Bonzo Sha, sorprendido.

- De nuestro "pi-ma", por supuesto - respondió Ba-Chie, a punto de soltar la carcajada -

. ¿No te das cuenta de que esa anciana es él?

- ¿Cómo has podido reconocerle? - volvió a preguntar el Bonzo Sha.

- Al inclinarse para devolver el saludo a sus supuestos hijos y decirles "Levantaos, por favor", dejó ver un poco del rabo - contestó Ba-Chie -. Sólo yo he podido percatarme de ello, porque estoy colgado más alto que todos los demás.

- Es mejor que dejemos de hablar y escuchemos con atención lo que dice - sugirió el Bonzo Sha.

- Tienes razón - admitió Ba-Chie.

El Gran Sabio se sentó en medio de la sala y preguntó con voz zalamera:

- ¿Por qué me habéis invitado a venir, hijos míos?

- Durante días enteros no hemos tenido oportunidad de cumplir con nuestros deberes filiales - contestó uno de los monstruos -. Esta mañana, sin embargo, la suerte nos sonrió y logramos echar mano al monje Tang, un hombre de probada virtud procedente de las Tierras del Este. Su santidad es tal que decidimos compartirle con vos, brindándoos la oportunidad de cocerle al vapor y, de esta forma, prolongar vuestra vida.

- Si he de seros sincera, hijos míos - dijo el Peregrino -, no me atrae mucho la idea de devorar al monje Tang. No obstante, tengo entendido que las orejas de su discípulo Chu Ba-Chie son, francamente, extraordinarias. ¿Por qué no se las cortáis y me las ofrecéis como aperitivo, acompañadas de un poco de vino?

- ¡Maldito mono! - exclamó Ba-Chie, sorprendido ante lo que acababa de oír -. ¿Así que has venido aquí con el único propósito de hacerme cortar las orejas? Da gracias que no digo en alto quién eres tú, de lo contrario tu suerte no sería mucho mejor que la mía.

Desgraciadamente, tan estúpido comentario por parte del Idiota puso al descubierto todos los planes del Rey de los Monos. Precisamente en ese momento regresaron unos diablillos que habían salido a patrullar la montaña e informaron a sus señores de lo ocurrido, diciendo:

- ¡Qué gran desgracia se ha abatido sobre nuestra familia! El Peregrino Sun ha dado

muerte a la Anciana Dama y ha adoptado su figura para venir a burlarse de todos nosotros.

- El primero de los monstruos no quiso averiguar nada más. Sacó la espada de siete estrellas y lanzó contra el rostro del Peregrino un tajo mortal. Afortunadamente el Gran Sabio sacudió una sola vez el cuerpo y al instante la caverna se vio invadida por una luz rojiza y de un brillo extraordinario, que le permitió escapar a toda prisa de ella. Sus poderes eran tantos que este episodio no fue para él más que una ocasión de puro entretenimiento. Nadie, en verdad, dominaba como Wu-Kung el difícil arte de las transformaciones. Si entró en la cueva adoptando la figura de una anciana, de ella escapó diluyéndose en el éter. Cuantos moraban en la caverna se sintieron tan sobrecogidos que unos perdieron el sentido, mientras otros se mordían nerviosamente las uñas o sacudían, incrédulos, la cabeza. El mayor de los monstruos se volvió entonces hacia su hermano y le dijo:

- Coge al monje Tang, al Bonzo Sha, a Ba-Chie, el caballo y el equipaje y devuélveselos al Peregrino Sun. No quiero ver destruido para siempre mi hogar.

- ¿Se puede saber qué te pasa? - le reconvino el monstruo segundo -. No tienes ni idea de lo mucho que me ha costado pergeñar este plan y traer hasta aquí a todos esos monjes. ¡Es ridículo devolvérselos ahora a esa bestia sin nada a cambio! ¿Qué te ocurre? ¿Es que ahora te meten miedo el brillo del acero y los mandobles de la espada? ¡No me digas que has perdido el juicio! Siéntate tranquilamente y déjame obrar a mí. Soy consciente de que el Peregrino Sun posee incontables poderes mágicos, pero aún no se ha enfrentado a mí cara a cara. Tráeme la armadura y permíteme cruzar tres veces mis armas con las tuyas. Te aseguro que, si en esos tres intentos no logra derrotarme, el monje Tang se convertirá en nuestra cena. Si, por el contrario, es el sonreído por la fortuna, ya tendremos tiempo más adelante de llevar a término nuestros propósitos.

- Tienes razón - admitió el monstruo mayor y al punto ordenó que le trajeran la armadura.

En cuanto se la hubieron ajustado al cuerpo, el monstruo salió fuera de la caverna con la espada en la mano y, levantando voz, pregunto:

- ¿Dónde te has metido, Peregrino Sun?

El Gran Sabio había transpuesto ya el mundo de las nubes, pero, al oírse llamado por su nombre, dio media vuelta y miró con detenimiento al monstruo. En la cabeza lucía un casco de fénix tan blanco como la nieve y llevaba protegido el cuerpo por una espléndida armadura de acero persa. Ceñía su cintura un ancho cinturón hecho de tendones de dragón y calzaba unas botas de piel de cabra, por las que sobresalían unas polainas que recordaban, por su forma, la flor del cerezo. Su porte era tan marcial como el del Señor de Kuan-Kou 3 y tan impresionante como el del Espíritu Poderoso. Sereno y alto como una torre, sostenía en sus manos, invicto, la espada de las siete estrellas.

- ¡Peregrino Sun! - volvió a gritar -. Si ahora mismo me entregas a mi madre y todos los tesoros que me has robado, te prometo que dejaré partir al monje Tang en busca de las escrituras.

- ¡Qué monstruo más estúpido estás hecho! - exclamó el Gran Sabio, incapaz de contener por más tiempo la carcajada -. Estás muy equivocado, si piensas que voy a dejarte marchar así como así. Si deseas salir bien parado de ésta, tendrás que entregarme no sólo a los míos, el equipaje y el caballo, sino también un poco de dinero para sufragar los gastos que se nos puedan presentar en nuestro camino hacia el Oeste. Si te atreves a darme un no por respuesta, ya puedes irte colgando de una cuerda, porque eso es precisamente lo que pienso hacerte.

El monstruo dio un salto y, tras elevarse con inesperada rapidez entre las nubes, descargó sobre el Peregrino un mandoble de su espada, que fue oportunamente

rechazado. La batalla que entonces se inició fue digna de auténticos maestros. Fue como si dos consumados artistas del ajedrez se hubieran enfrentado en una partida de imprevisible final o un general hubiera decidido medir sus armas con el mejor de sus guerreros. Ambos se sentían orgullosos de poder mostrar su poderío ante un rival de tanta categoría. El ardor que desplegaban les hacía parecerse a dos tigres de la Montaña del Sur enfrascados en una pelea, o a dos dragones pendencieros del Mar del Norte. Sus escamas relucían como brasas y sus zarpas y dientes buscaban con insistencia la carne del contrario, como si fueran garfios de plata. Uno se valía de mil formas de ataque, mientras el otro no daba cuartel a su pericia guerrera. La barra de los extremos de oro se acercaba a veces hasta una distancia inferior a tres décimas de centímetro de la cabeza de su enemigo, pero otro tanto hacía con el suyo la espada de las siete estrellas. La lucha se desarrolló durante más de treinta encuentros sin que de ellos saliera un claro vencedor. Eso alegró sobremanera al Peregrino que se dijo, satisfecho:

- Es francamente asombroso que este monstruo haya resistido todos los ataques de mi barra de hierro. Sin embargo, tengo en mi poder tres de sus más preciados tesoros. Si continúo luchando con tanta fiereza, es posible que las fuerzas me fallen y mi vida corra peligro. ¿Para qué demorar por más tiempo lo que tengo pensado hacer? La calabaza y el jarrón me servirán para atraparle y aplicarle el destino que él tenía previsto para mí.

Lo pensó, sin embargo, mejor y añadió al poco rato:

- No, no. No estaría bien. El proverbio afirma, con razón, que "cada cosa tiene su dueño". Si trato de derrotarle con sus propias armas, es muy probable que sea yo el que salga peor parado. Sacaré la cuerda de oro y, en cuanto se descuide, se la pasaré por la cabeza.

Así lo hizo. Pero el monstruo conocía dos conjuros - uno para librarse de la acción de la cuerda y otro para hacerla más efectiva - y se sirvió del que mejor cuadraba con su situación. Si hubiera sido él el atacante, habría recitado este último, pero se valió del primero para arrancarle al Peregrino la cuerda de las manos y volverla efectivamente contra él. El Gran Sabio decidió hacer uso de la magia para tornar el cuerpo lo más delgado posible, pero el monstruo recitó en ese mismo momento el segundo conjuro y todos sus esfuerzos resultaron inútiles. El Peregrino cayó en sus propias redes y no pudo liberarse de ellas. El lazo que le atenazaba el cuello se cerró con tanta firmeza que parecía como si se hubiera convertido en una férrea argolla de oro. El monstruo no tuvo más que tirar levemente de ella para que el Peregrino perdiera el equilibrio y cayera dando tumbos entre las nubes, momento que aprovechó la bestia para descargar sobre su desprotegida cabeza siete u ocho mandobles de espada. Sin embargo, no le produjeron el menor rasguño.

- ¡Qué cabeza más dura tiene este mono! - exclamó, asombrado, el monstruo -. Es inútil seguir golpeándola. Le llevaré a la caverna y allí le torturaré cuanto quiera. Antes deberá entregarme, sin embargo, los dos tesoros que me ha robado.

- ¿Quieres decirme cuándo te he robado yo algo? - preguntó el Peregrino, leyéndole el pensamiento -. No es justo exigir la devolución de lo que no se tiene.

Pero poco le sirvieron esos embustes, porque el monstruo le registro con cuidado y no tardó en encontrar la calabaza y el jarrón. Valiéndose después de la cuerda, le arrastró, como si fuera un animal hasta la caverna y, alzando la voz, anunció, orgulloso de su hazaña:

- ¡Le he capturado, hermano! ¿No te lo dije?

- ¿A quién has capturado? - preguntó el monstruo primero.

- Al Peregrino Sun - respondió el segundo -. Si te asomas, comprobarás que es verdad lo que te digo.

El monstruo primero así lo hizo y vio que, en efecto, se trataba del Peregrino. Su

satisfacción fue tanta que gritó, sin poder contenerse:

- ¡Es él, es él! Atémosle a uno de los postes y divirtámonos un poco a su costa.

Así lo hicieron, pero, en vez de mofarse de él, los dos monstruos se retiraron al interior de la caverna a brindar por su buena fortuna. El Gran Sabio quedó tendido junto al poste sin apenas espacio para moverse. Ba-Chie le vio en seguida y, soltando la carcajada, exclamó desde la viga a la que había sido atado:

- ¿Así que pensabas comerme las orejas, eh? ¿Te gusta el plato que te han dado?

- ¿Estás cómodo ahí arriba, Idiota? - replicó el Peregrino -. Si no es así, ahora mismo voy a subir a liberaros a todos.

- ¿No te da vergüenza decir eso? - le regañó Ba-Chie -. ¿Cómo te atreves a hablar de liberar a los demás, cuando tú mismo eres incapaz de moverte? Deja de soñar y acepta, de una vez, tu destino. Vamos a morir todos juntos, así que lo mejor es que tratemos de encontrar el camino más directo que ha de llevarnos a la Región de las Sombras.

- ¡Deja de decir tantas tonterías, por favor! - le urgió el Peregrino -. Mírame bien y verás cómo me escapo de aquí.

- Si tú lo dices... - replicó Ba-Chie, burlón.

Mientras hablaba con Ba-Chie, el Gran Sabio no apartaba los ojos de los dos monstruos. Los vio bebiendo en el salón más amplio de caverna, rodeados de un enjambre de diablillos que no paraban servirles licor y manjares sabrosísimos. En un momento de distracción de los guardias el Gran Sabio cogió la barra de hierro, sopló sobre ella y gritó:

- ¡Transfórmate! - y al instante se convirtió en una lima de acero puro con la que logró deshacerse de la argolla que pugnaba por destrozarle el cuello.

En cuanto se vio libre de ella, se arrancó un pelo y le ordenó tomar su propia imagen. Acto seguido sacudió ligeramente el cuerpo, convirtiéndose en un diablillo, que se puso al lado del falso prisionero.

- ¡Qué mala suerte! - exclamó, una vez más, Ba-Chie desde lo alto de la viga -. El atado es falso del todo, mientras que el que cuelga es auténtico.

- ¿Se puede saber qué es lo que grita Chu Ba-Chie? - preguntó el monstruo primero, dejando a un lado la copa.

El Peregrino, que se había convertido en un diablillo, se acercó a él a toda prisa y contestó:

- Está tratando de convencer al Peregrino Sun para que se transforme en algo raro y se escape cuanto antes, pero parece ser que éste no está por la labor. De ahí que Chu Ba-Chie haya perdido la paciencia y esté gritando de esa forma.

- ¡Y nosotros que pensábamos que ese Chu Ba-Chie no era un tipo astuto! - exclamó el monstruo segundo -. ¡Qué lengua la suya! Merecía que le diéramos en la boca veinte golpes seguidos con una caña. Ni corto ni perezoso, el Peregrino agarró un trozo de bambú y se dispuso a cumplir la orden.

- Es mejor que no me des muy fuerte - le suplicó Ba-Chie en voz baja -. De lo contrario, me pondré a vocear y descubriré quién eres.

- Lo hago por todos vosotros - contestó el Peregrino en el mismo tono -. Además, ¿quieres explicarme por qué me descubriste antes? Ningún monstruo de esta caverna es capaz de reconocerme. ¿Quieres explicarme cómo puedes hacerlo tú?

- Muy sencillo - contestó Ba-Chie, burlón -. Porque, aunque todos tus rasgos se han metamorfoseado, tu culo no lo ha hecho. ¿No te das cuenta de que sigues teniendo los mismos callos? ¿Cómo quieres que no te reconozca con esos dos trozos de carne roja al aire?

El Peregrino se escurrió a toda prisa hacia la cocina y, con un poco de hollín que logró arrancar de los pucheros, se ennegreció el culo lo mejor que pudo. Al verle regresar, Ba-

Chie exclamó, a punto de soltar la carcajada:

- ¿Dónde se habrá metido este mono para aparecer de golpe y porrazo con el culo totalmente negro?

El Peregrino no le prestó mayor atención, porque lo único quería era robarles a los monstruos sus valiosísimos tesoros. Como era extremadamente inteligente, se llegó hasta donde estaban sentados los monstruos y dijo, medio arrodillado:

- Perdonad que os interrumpa, pero ¿os habéis fijado cómo el Peregrino Sun no deja de dar vueltas alrededor de la columna a la que está atado? Si sigue así, va a terminar rompiendo la cuerda de oro ¿No opináis que deberíamos atarle con algo más sólido?

- Tienes razón - contestó el monstruo primero y se quitó el cinturón, que tenía una hebilla con forma de cabeza de león.

Loco de contento, el Peregrino fue hasta la columna y ató con él a su falsa imagen, al tiempo que se metía hábilmente la cuerda por una de las mangas. Se arrancó a continuación otro pelo, que, tras recibir el poder de su aliento, se transformó en otra cuerda de oro. Regresó con ella al salón donde los monstruos se divertían a sus anchas y se la ofreció al mayor con las manos estiradas, pero éste estaba más preocupado del vino que de otra cosa y la guardó sin mirarla siquiera. A esto se refieren los dos versos que hasta nosotros han llegado: "El Gran Sabio, hábil como el pensamiento, no se cansa de demostrar sus poderes. Cualquiera de sus pelos puede convertirse en una cuerda de oro".

En cuanto se hubo hecho con el tesoro, abandonó la caverna de un salto y, recobrando la forma que le era habitual, gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Monstruos!

- ¿Se puede saber quién eres y por qué osas gritar de esa forma. - le reprendió uno de los diablillos que hacían guardia a la puerta.

- Entra a informar cuanto antes a tus señores que está aquí el está aquí el Peregrino Sun - contestó él.

El diablillo obedeció al instante y el monstruo primero exclamo, desconcertado:

- ¿Cómo es posible? El Peregrino Sun está ya en poder nuestro. ¿Quiere explicarme alguien cómo puede haber otro ahí fuera?

- No debemos tenerle miedo - sugirió el monstruo segundo -. Al fin y al cabo, todavía no hemos perdido ninguno de los tesoros. Voy a por la calabaza y le atraparé en un abrir y cerrar de ojos.

- Ten cuidado - le aconsejó pese a todo el monstruo primero.

El segundo se llegó hasta la puerta, donde se encontró con alguien que parecía ser la imagen exacta del Peregrino Sun. La única diferencia estribaba en que, a primera vista, resultaba un poco más bajito.

- ¿De dónde sales tú? - le preguntó con arrogancia.

- A pesar del anuncio que te he hecho llegar - contestó el Gran Sabio soy el hermano del Peregrino Sun. En cuanto me he enterado de que le habías capturado, he venido corriendo a pedirte cuentas.

- Yo mismo me he encargado de echarle mano - confesó, jactancioso, el monstruo -. Para tu información, te diré que está encerrado en el interior de la caverna y que tu viaje ha sido totalmente en vano, porque no pienso medir mis armas contigo. Eso sí, me gustaría pronunciar tu nombre una sola vez. Si lo hago, ¿estarías dispuesto a responderme?

- Yo no te tengo ningún miedo - contestó el Peregrino -. En caso de que mil veces pronuncies mi nombre, otras tantas responderé a tu llamada.

El monstruo se elevó entonces por los aires y, poniendo la calabaza boca abajo, gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Hermano del Peregrino Sun!

Wu-Kung no se atrevió a responderle, porque en seguida cayó en la cuenta de sus intenciones y se dijo:

- Si hago lo que me pide, la calabaza me absorberá en su interior y quedaré reducido a mera pulpa. Es mejor, por tanto, que me quede calladito.

- ¿Se puede saber por qué no me respondes? - preguntó, ansioso, el monstruo.

- Soy un poco duro de oído y no logro escuchar con claridad lo que dices - contestó el Peregrino -. Lámame más fuerte, por favor.

- ¡Hermano del Peregrino Sun! - volvió a gritar el monstruo.

El Peregrino comenzó a hacer cálculos con los dedos, al tiempo que se decía:

- Mirándolo bien, ésa no es mi auténtica identidad. Es claro que esa calabaza tiene poder para absorber a la gente, si se le dice la verdad, pero ¿ocurrirá lo mismo si se recurre a la mentira?

Pronto pudo comprobar, para desgracia suya, que sus cálculos habían resultado erróneos. En cuanto abrió la boca, la calabaza le tragó y no pudo salir de ella. A aquel tesoro le traía simplemente sin cuidado que la respuesta fuera verdadera o falsa. En cuanto alguien respondía a la pregunta que se le hacía, le tragaba y asunto concluido.

El Gran Sabio se encontró en su interior con una oscuridad absoluta. Varias veces trató de sacar la cabeza, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Su boca era, de hecho, extremadamente angosta no podía asomar por ella ni uno solo de sus cabellos. Eso hizo que el nerviosismo se apoderara de él y se dijera, cada vez más intranquilo:

- Los diablillos con los que me topé en la montaña me confesaron que, si alguien caía en el interior de esta calabaza, podía quedar reducido a mero pus en una hora y tres cuartos. ¿Seguiré también yo una suerte así?

Él mismo se tranquilizó al poco rato, añadiendo:

- ¡Es imposible! Simplemente no puedo ser destruido con tanta facilidad. Cuando hace aproximadamente quinientos años sumí en el caos el Palacio Celeste, fui refinado durante más de cuarenta y nueve días seguidos en el brasero de Lao-Tse. Eso me otorgó un corazón tan fuerte como el oro, unas entrañas tan duras como la plata, una cabeza tan resistente como el bronce, una espalda tan indomable como el acero, unos ojos tan penetrantes como el fuego y unas pupilas tan inquebrantables como el diamante. ¿Cómo puedo quedar reducido a pus en menos de una hora y tres cuartos? Será mejor que no haga nada hasta que me encuentre en el interior de la caverna y vea lo que hace.

El monstruo segundo entró en seguida en la cueva y dijo a su hermano:

- Acabo de capturarle.

- ¿Capturar? - exclamó el monstruo primero -. ¿A quién acabas de capturar?

- Al hermano del Peregrino Sun - contestó el monstruo segundo -. Está ya metidito aquí dentro.

- Toma asiento, por favor, y no muevas de momento la calabaza - dijo, visiblemente satisfecho, el monstruo primero -. La sacudiremos después y levantaremos la tapa, en cuanto no se oiga nada dentro de ella.

Al oírlo, el Peregrino se dijo:

- Es preciso que me convierta cuanto antes en líquido. Ya se lo que voy a hacer. Mearé un poco y, así, parecerá que me he disuelto en esta impenetrable oscuridad. Cuando la sacudan, sonará como si todo en su interior fuera agua.

Sin embargo, lo pensó mejor y añadió:

- No, no. Mirándolo bien, ésa no es tan buena idea. Las meadas siempre producen ruido y lo dejan todo perdido. Es mejor que espere a muevan la calabaza. Cuando lo hagan, escupiré toda la saliva que pueda. Eso les hará creer que su magia ha surtido efecto sobre mi cuerpo y, en cuanto levanten la tapa, me escaparé.

El Gran Sabio se preparó con cuidado para ese momento, pero el monstruo estaba

demasiado ocupado con la bebida y no volvió a acordarse para nada de la calabaza. Eso movió a Wu-Kung a idear un nuevo plan y a gritar de pronto con todas sus fuerzas:

- ¡Cielo santo, han desaparecido mis pantorrillas!

Los monstruos no prestaron ninguna atención a esos gritos y el Gran Sabio se vio en la necesidad de gritar de nuevo:

- ¡Madre querida, se me está disolviendo la cadera!

Esta vez su táctica surgió efecto, porque casi inmediatamente oyó decir al monstruo primero:

- En cuanto se le diluya la cintura, estará todo terminado y podremos levantar la tapa a ver lo que ha pasado.

El Gran Sabio se arrancó a toda prisa un pelo y gritó:

- ¡Transfórmate! - y al instante se convirtió en medio cuerpo pegado al fondo de la calabaza, al tiempo que él mismo se metamorfoseaba en un insecto diminuto y se colocaba estratégicamente junto a la boca.

Tan pronto como el monstruo segundo levantó la tapadera, el Gran Sabio salió volando, tomando al poco rato la figura de Dragón del Océano, el diablillo que fue enviado en su momento en busca de la Dama. Mientras el monstruo primero miraba en el interior de la calabaza, él permaneció prudentemente a un lado. La bestia pudo ver con toda claridad un cuerpo disolviéndose penosamente en su fondo y, sin detenerse a pensar si era verdadero o no lo que veía, ordenó visiblemente nervioso, a su hermano:

- ¡Vuelve a tapanlo en seguida! Ese infeliz no se ha disuelto todavía del todo.

El monstruo segundo obedeció al instante, sin percatarse de que el Gran Sabio estaba precisamente a su lado, burlándose abiertamente le él.

- ¡Qué ciego estás! - se dijo el Rey de los Monos -. Ni siquiera eres capaz de verme junto a ti.

El monstruo primero cogió una jarra de vino, llenó un vaso y se lo ofreció a su hermano con las dos manos, diciendo:

- Brindemos a tu salud.

- ¿No te parece que ya hemos bebido bastante? - replicó el monstruo segundo -. ¿A qué viene eso de brindar otra vez a salud mía?

- Quizá no sea gran cosa capturar al monje Tang, a Ba-Chie y al Bonzo Sha - respondió el monstruo primero -, pero lo que sí tiene un mérito fuera de toda duda es capturar al Peregrino Sun y encerrar a su desdichado hermano en nuestra calabaza. Eso es una hazaña de tal magnitud que exige no sólo uno, sino mil brindis seguidos.

El monstruo segundo se sintió halagado por el honor que se le hacía y no se atrevió a rehusar la copa. Sin embargo, como tenía la calabaza en la mano, no podía agarrarla como exigía la etiqueta y hubo de entregar el tesoro a Dragón del Océano. Lo que no sabía es que éste fuera, en realidad, el Peregrino Sun, que no dejaba de estudiar con cuidado todas sus reacciones.

- ¡No, no! ¡No es preciso que brindes por mí! - exclamó el monstruo primero -. No he hecho nada para merecerlo. Ahora, si deseas seguir bebiendo, puedo acompañarte a tomar otra copa.

Los dos monstruos continuaron cambiándose cumplidos durante bastante tiempo bajo la atenta mirada del Peregrino, que en ningún momento se desprendió de la calabaza. Cuando se cercioró de que estaban más interesados en el vino que en lo que él pudiera estar haciendo, se la metió a toda prisa por una manga, se arrancó un pelo y lo convirtió en una copia exacta de tesoro tanpreciado. Medio borracho, el monstruo se lo arrancó de las manos al poco rato, sin preocuparse de examinarlo con atención. Es más, volvió a levantar la copa y continuó brindando a la salud de su hermano. El Gran Sabio, por su parte, se dio la vuelta y se dijo, visiblemente satisfecho de su astucia:

- Aunque a este monstruo no le faltan recursos, el caso es que la calabaza todavía sigue en mi poder.

No sabemos, de momento, lo que tuvo que hacer para acabar con los monstruos y rescatar a su maestro. El que quiera descubrirlo tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se brindan en siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXV

LAS FALSAS DOCTRINAS SE VALEN DE LA FUERZA PARA INTENTAR DOMINAR LA VERDAD Y LA JUSTICIA. EL MONO DE LA INTELIGENCIA DOMINA A LOS MONSTRUOS TRAS HACERSE CON SUS TESOROS

Perfecta es su naturaleza, ya que sólo él es el único conocedor del Tao. Con un giro apenas perceptible del cuerpo se libera de las trampas y la red. No es arte fácil el de las metamorfosis ni empresa sencilla alcanzar la longevidad. Sin embargo, él logra transformarse en toda clase de seres vivientes, sin importarle que sean puros o impuros. Su poder es tal que se libera a voluntad de los kalpas que el destino le había impuesto. Sólo él es auténticamente libre por toda la eternidad, un rayo de divinidad suspendido para siempre del vacío.

Las maravillas descritas en este poema se ajustan como anillo al dedo al estado de perfección alcanzado por el Gran Sabio Sun a lo largo del interminable sendero del Tao. En cuanto se hubo hecho con el tesoro del monstruo, lo metió por una de las mangas y dijo:

- Aunque esta bestia se ha empeñado en echarme mano, sus esfuerzos han resultado tan inútiles como el que se empeñó en sacar la luna fuera del agua con una simple caña. Sin embargo, para mí capturarlo será tan fácil como derretir hielo junto a una hoguera.

Apretó la calabaza con fuerza, salió al exterior de la caverna y, adoptando la forma que le era habitual, gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Abrid la puerta, monstruos inmundos!

- ¿Se puede saber quién eres tú para osar venir a romper la paz que aquí reina? - preguntó un diablillo.

- Corre a informar a tus señores de que acaba de llegar el Peregrino Sun - contestó el Gran Sabio.

El diablillo obedeció a toda prisa y dijo, sorprendido, a sus amos:

- Ahí fuera hay un tipo que dice llamarse Peregrino Sun.

- ¡Qué mala fortuna la nuestra! - exclamó, sobrecogido, el monstruo primero -. La desgracia nos persigue como si fuéramos enemigos personales suyos. Analiza, si no, en frío la situación: tú mismo te encargaste de capturar al Peregrino Sun con la cuerda de oro y a su hermano con la calabaza sagrada. ¿Cómo es que ahora aparece así, de repente, otro más? Por fuerza su familia debe de ser muy amplia se ha dado cita precisamente en nuestra cueva.

- No te preocupes por eso - trató de tranquilizarle el monstruo segundo -. Nuestra calabaza es capaz de contener a más de mil personas y hasta la fecha en su interior no hay más que una. ¿Para qué preocuparse por este nuevo e inesperado Peregrino Sun? Ahora mismo voy a salir a ver si es igual que los otros. Como no sea un poco más listo que los anteriores, te aseguro que caerá presa de la calabaza, en cuanto haya pronunciado su nombre.

- Ten mucho cuidado - le aconsejó, de todas formas, el monstruo primero.

El más joven no le hizo caso. Cogió su tesoro, salió al exterior de la caverna y, levantando la voz, preguntó con inquebrantable seguridad -

- ¿Quién eres tú para atreverte a venir aquí a montar todo este alboroto?

- Así que no me reconoces, ¿eh? - replicó el Peregrino -. Durante siglos he habitado en la Montaña de las Flores y Frutos y he hecho de la Caverna de la Cortina de Agua mi hogar. Sufrí un castigo tremendo por sumir los Cielos en una confusión absoluta, pero me cupo la suerte de abandonar los senderos del Tao para seguir los pasos de un monje empeñado en llegar al Templo del Trueno y hacerse con las escrituras de la Verdad y el conocimiento recto. Ese empeño me ha hecho enfrentarme con incontables monstruos, a los que he dominado con la fuerza de mi magia. Te aconsejo, por tanto, que me devuelvas al monje Tang, para que podamos proseguir cuanto antes nuestro camino y alcancemos lo más rápidamente posible las Tierras del Oeste. Si así lo haces, daré por terminada nuestra enemistad y cada cual podrá seguir gozando de una vida tranquila y serena. Si, por el contrario, te niegas a avenirte a mis pretensiones, terminarás sucumbiendo a mi ira y todo tu mundo se vendrá irremediabilmente abajo.

- Se nota que has venido hasta aquí con ánimos guerreros, pero no voy a darte la satisfacción de luchar contra ti - replicó el monstruo -. Me voy a limitar a pronunciar tu nombre una sola vez. ¿Estás dispuesto a responderme, si lo hago?

- En caso de que grites el nombre por el que todos me conocen - respondió el Peregrino, sonriendo -, ten por seguro que no permaneceré callado. Sin embargo, me gustaría saber si tú harías lo mismo si fuera yo el que te llamara a ti.

- Si te he hecho esa propuesta - contestó el monstruo -, ha sido poseo una calabaza que tiene el poder de absorber a la gente. ¿Quieres explicarme por qué deseas que repita mi mismo gesto?

- Muy sencillo - contestó el Peregrino -. Porque también yo soy dueño de una calabaza como ésa.

- Me parece poco probable - replicó el monstruo -. De todas formas me gustaría echarle un vistazo a ver si es verdad lo que dices.

Sin dejar de sonreír, el Peregrino sacó la calabaza de la manga y dijo:

- ¡Mírala bien, monstruo sin escrúpulos! - y, tras sacudirla delante de sus mismas narices, la volvió a esconder entre las mangas. Era claro que temía que el monstruo pudiera quitársela de las manos.

- ¿De dónde has sacado esa calabaza? - preguntó la bestia, sorprendida -. He de admitir que es exactamente igual que la mía, lo cual no deja de ser, francamente, desconcertante, ya que, en el caso improbable de que hubieran surgido de la misma mata, su forma y tamaño deberían ser por fuerza totalmente distintos. ¿Cómo es que son tan parecidas?

- ¿De dónde has sacado tú la tuya? - preguntó, a su vez, el Peregrino, que, por supuesto, desconocía su historia.

El monstruo, sin embargo, no se percató de que se trataba de un simple truco y explicó su origen con todo lujo de detalles, diciendo:

- Mi calabaza maduró en los tiempos lejanos en los que el caos sufrió la división de todos conocida, dando, así, comienzo al Cielo y a la Tierra. Existió entonces un Anciano Primordial, que, valiéndose de la muerte, se convirtió en Nü-Gua 1 y adoptó su nombre. Fue ella la que fundió rocas con el fin de reparar los cielos y, de esa forma, salvó de la nada al mundo. Cuando se disponía a cubrir una grieta que se había producido en las regiones del noroeste - concretamente al pie del Monte Kun-Lun -, descubrió una especie de enredadera inmortal, de la que al poco tiempo brotó esta calabaza de oro. Se trata, como puedes ver, de un tesoro que ha pasado directamente de las manos de Lao-Tse a las mías.

Al oír eso, el Gran Sabio se inventó su propia historia y dijo:

- Mi calabaza procede del mismo lugar.

- ¿Cómo es posible eso? - preguntó el monstruo, incrédulo.

- Cuando se realizó la división de lo puro y lo impuro - explicó el Peregrino -, la parte noroccidental de los Cielos quedó sin completar y lo mismo le ocurrió a la porción sudoriental de la Tierra. Como muy bien acabas de decir, el Supremo Patriarca Taoísta se convirtió con ayuda de la muerte en Nü-Gua y comenzó su ardua labor de reparar los Cielos. Eso la llevó hasta el mismísimo pie del Monte Kun-Lun, donde se topó con una enredadera sagrada, de la que surgieron dos calabazas: una masculina y otra femenina.

- No hay necesidad de hacer esas distinciones - protestó el monstruo -. Si también ella es capaz de absorber a la gente, hay que concluir que se trata de un buen tesoro.

- Tienes razón - contestó el Gran Sabio -. Para que veas que tengo confianza en ella, te voy a dejar probar primero a ti la tuya.

Complacido, el monstruo se elevó por los aires, puso la calabaza boca abajo y gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Peregrino Sun!

El Gran Sabio tomó aliento y, de un tirón, repitió siete u ocho veces seguidas su nombre. Pero nada le ocurrió esta vez. Desconcertado, el monstruo se dejó caer desde lo alto y, sin dejar de golpearse el pecho, gritó, presa de la desesperación:

- ¡Santo cielo! ¡Y después decimos que en este mundo ha habido muchos cambios! Incluso un tesoro como éste tiembla en presencia de su pareja. Está visto que, cuando se encuentran lo masculino y lo femenino, pierden todo su potencial.

- ¿Por qué no tiras, de una vez, esa calabaza? - exclamó el Peregrino, soltando la carcajada -. Ahora me toca a mí probar la mía.

De un salto se elevó por los aires y, poniéndose justamente encima del demonio, gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Gran Rey del Cuerno de Plata!

El monstruo no pudo sustraerse a contestar y la calabaza le absorbió al instante, como si se tratara de un puñado de algodón. El Peregrino le dio a continuación la vuelta y la tapó con la cinta en la que aparecía escrito: "Que Lao-Tse cumpla con rapidez esta orden".

El Peregrino no cabía en sí de contento y se dijo, complacido:

- Me parece que hoy vas a probar algo realmente nuevo.

Bajó de la nube sin soltar la calabaza y se dirigió directamente a la Caverna de la Flor de Loto con la única intención de salvar a su maestro. El camino era muy tortuoso y eso le hacía sacudir de continuo el preciado tesoro de los monstruos. De su interior salía como un rumor de aguas y el Peregrino pensó que se trataba de alguna estratagema de la bestia que acababa de capturar. La verdad era, sin embargo, que aunque era capaz de montarse en las nubes y viajar a lomos de la niebla, su naturaleza no era del todo diamantina y se disolvió en cuanto hubo tocado el fondo de la calabaza.

- Conmigo no te valen estas tretas - dijo el Peregrino en tono burlón. Probablemente estés meando o haciendo gárgaras, pero te aseguro que no voy a ser tan inocente como tú. Conozco bien todos tus trucos y por lo menos en siete u ocho días no voy a destapar este tesoro. Me figuro que para entonces ya te habrás disuelto en los líquidos que contiene. ¿Para qué apresurarse? Cuando pienso en lo fácil que me resultó salir de ella, me dan ganas de tenerte ahí dentro unos mil o dos mil años.

Hablando de esta forma, no tardó en llegar a la entrada de la caverna. Agitó la calabaza con más energía y se oyó un chapoteo, que, de alguna manera, recordaba el vaivén del mar.

- Esto se parece a la carraca de un adivino - volvió a decirse -. Creo que me va a servir de mucha ayuda para liberar a mi maestro de una vez por todas.

¿Sin dejar de sacudir la calabaza, empezó a recitar el "I Ching del Rey Wen, el Sabio Confucio, el Maestro Chou de la Dama del Capullo de la Flor del Melocotón 2, el

Maestro Kwei-Ku Tse 3...".

Al verle, los diablillos se precipitaron al interior de la caverna, gritando, muy asustados:

- ¡La desgracia se ha abatido sobre nosotros, señor! El Peregrino Sun ha metido a vuestro hermano en la calabaza y ahora la está usando para predecir el futuro.

El monstruo primero se sintió tan abatido que el espíritu le abandonó como los polluelos el nido, los huesos se le volvieron tiernos como una hoja nueva de ciruelo y los tendones se negaron a obedecerle. Se dejó caer al suelo y empezó a gritar a lágrima viva:

- ¡Mi hermano del alma! Cuando abandonamos en secreto las Regiones Superiores para refugiarnos en este mundo mortal, nuestra única ambición era convertirnos en señores eternos de esta montaña y gozar para siempre de riquezas y fama. ¿Cómo iba a esperar yo que tu vida iba a terminar a manos de un monje vulgar y que nuestro lazo fraternal iba a disolverse para siempre?

Sus lamentos eran tan sinceros que todos los diablillos de la caverna rompieron a llorar, emocionados. Al oír sus llantos, Chu Ba-Chie levantó la voz y dijo:

797

- Deja de lamentarte de una vez, monstruo. Si te sirve de consuelo, permíteme decirte que el Peregrino Sun y sus dos supuestos hermanos son, en realidad, la misma persona. Domina a la perfección el arte de las setenta y dos transformaciones y puede metamorfosearse en cuanto le venga en gana. De hecho, fue él, y nadie más que él, el que se hizo con vuestros tesoros y encerró para siempre a vuestro hermano en uno de ellos. Debéis tratar de controlar vuestro dolor, ya que vuestro hermano ha muerto y no hay nada que pueda devolverle a la vida. Sería aconsejable, por tanto, que limpiarais todos vuestros pucheros y cazuelas y prepararais algunas setas secas, unos cuantos champiñones frescos, brotes de bambú, pastelillos de soja, tortas de harina de trigo y alguna que otra verdura. Tened la seguridad de que por un banquete así mi maestro recitará con mucho gusto el Sutra de la Vida.

- Pensé que eras una persona sin muchas luces, pero ahora veo que te faltan también los escrúpulos - replicó el monstruo, furioso -. ¿Cómo te atreves a burlarte de mí en un momento como éste?

Se volvió hacia los otros diablillos y les ordenó:

- Dejad de llorar y desatad a Chu Ba-Chie. Quiero que le cozáis hasta que esté tiernecito y suave. Creo que, antes de vengar la muerte de mi hermano, debo recuperar las fuerzas que la tristeza me ha hecho perder.

El Bonzo Sha se burló al punto de Ba-Chie, diciendo:

- ¿No es fantástico? Ya te advertí que no hablaras tanto. ¿Ves a lo que te ha llevado tu propio juicio? Aunque, mirándolo bien, no está tan mal terminar cocidito y listo para ser devorado.

El Idiota no sabía qué hacer. Afortunadamente uno de los diablillos salió en su defensa, diciendo:

- Disculpadme, señor, pero opino que no está bien cocer a Chu Ba-Chie.

- ¡Buda Amitabha! - exclamó, un tanto aliviado, Ba-Chie -. Debe de haber algún santo varón por ahí haciendo méritos por mí. Siempre he opinado que mi destino no era el de morir cocido.

- Estoy de acuerdo con mi compañero - dijo otro diablillo -. No debemos cocer a Chu Ba-Chie hasta que no le hayamos arrancado la Piel.

- ¿Para qué? - protestó Ba-Chie, horrorizado -. Así como soy estoy muy bien. Es verdad que mis huesos y mi pellejo son un poco duros, pero mi carne es tan suave que con un

solo hervor bastará para estar totalmente cocida.

Mientras discutían de esta manera, apareció un diablillo que informó a su señor, diciendo: El Peregrino Sun no cesa de lanzar improperios contra vos ante vuestra misma puerta.

- Ese maleducado se porta así, porque cree que aquí dentro no hay nadie que pueda enfrentarse a él - comentó el monstruo -. Volved a colgar a Chu Ba-Chie y mirad a ver cuántos tesoros me quedan todavía.

- Tres exactamente - dijo un diablillo que se encargaba de la intendencia.

- ¿Cuáles? - preguntó el monstruo. - La espada de las siete estrellas, el abanico de hojas de palma, y el jarrón de jade puro - contestó el diablillo.

- El jarrón no sirve para nada - exclamó el monstruo -. Se suponía que era capaz de absorber a todo el que contestara a su nombre, pero hasta la fecha lo único que ha hecho ha sido tragar a nuestro pobre hermano. ¿Para qué voy a usarlo yo otra vez? ¡No! No quiero terminar en su panza como un vulgar cuenco de arroz. Traedme la espada y el abanico.

El diablillo se los entregó al instante. El monstruo escondió entonces el abanico en un repliegue que formaba su túnica justamente bajo la nuca y agarró la espada con las dos manos. Convocó a continuación a más de trescientos monstruos de todas las edades y les ordenó armarse hasta los dientes con lanzas, porras, cuerdas y cuchillos. El mismo demonio se protegió la cabeza con un yelmo, al tiempo que se ceñía al cuerpo una espléndida coraza, que cubrió con una capa de seda tan roja como las llamas. Los monstruos salieron de la caverna, formando un ejército bien disciplinado, cuya única ambición era capturar al Gran Sabio Sun. Para entonces el Peregrino estaba ya convencido de que el monstruo segundo se había disuelto en el interior de la calabaza, por lo que se la ciñó a la cintura y echó mano de la barra de hierro con los extremos de oro. Su concentración para el combate era total. Los estandartes flameaban, orgullosos, al viento.

El monstruo no tardó en aparecer a la puerta de la caverna. Su morrión tremolaba bajo la acción de los rayos del sol. La coraza que protegía su cuerpo parecía estar hecha de escamas de dragón, mientras que la capa que la cubría daba la impresión de ser una hoguera de altísimas llamas. Sus ojos eran tan fieros que emitían rayos, como si fueran el alma de las tormentas. En la mano derecha sostenía con firmeza la espada de las siete estrellas, cuya formidable potencia se veía realzada por el abanico de hojas de palma, cuidadosamente escondido detrás de los hombros. Su forma de andar recordaba las nubes que transportan la tormenta por encima de las olas del mar y su voz era tan fuerte que las montañas temblaban y los arroyos serpenteaban con mayor impaciencia. Se trataba, en verdad, de un guerrero tan fiero que no habría dudado ni un segundo en enfrentarse al mismísimo cielo por defender su honor. ¡Qué marcial resultaba su figura, al aparecer como un espejismo a la puerta misma de su caverna! Tras ordenar a todos sus subalternos que ocuparan sus puestos de batalla, levantó la voz y dijo:

- ¡Maldito mono sin principios ni conciencia! Asesinaste a mi hermano y, de esa forma, destruiste todos los lazos de hermandad que me ataban a este mundo. No hay, por ello, en todo el universo ser más despreciable que tú.

- Estás suplicando a la muerte que te salga al encuentro - replicó el Peregrino -. No comprendo cómo puedes afirmar que la vida de un solo monstruo es superior a la de mi maestro, mis dos hermanos en religión y el caballo que viaja con nosotros. ¿Cuáles piensas que fueron mis sentimientos, cuando los vi colgados en el interior de tu inmundada caverna? ¿Cómo quieres que dé mi beneplácito a un hecho tan deleznable como ése? Si los pones en libertad de inmediato, nos entregas un poco de dinero en concepto de ayuda para el viaje y desistes de medir tus armas con las mías, te perdonaré

la vida, permitiéndote seguir viviendo en esta inhospitalaria montaña.

El monstruo no se avino, como era de esperarse, a razón alguna. Levantó la espada y lanzó contra la cabeza del Gran Sabio un tajo terrible, que éste logró detener con su barra de hierro. De esta forma, dio comienzo una espléndida batalla, en la que la espada de las siete estrellas y la barra de los extremos de oro midieron una y otra vez su portentosa fuerza, levantando cascadas de chispas tan brillantes como un aluvión de relámpagos. Las nubes de polvo que producían eran tan densas que los desfiladeros y picos quedaron sumidos en una oscuridad total que impedía el paso de los rayos benéficos del sol. A consecuencia de ello, un frío insoportable se extendió de inmediato por toda la tierra. Se comprendía que uno luchara por la memoria de sus lazos fraternales recientemente destruidos, y el otro por mantener expedito el camino que habría de llevar a su maestro a la consecución de las escrituras sagradas. A ambos los embargaba el mismo odio y los reconsumía la misma hostilidad. Lucharon hasta que el Cielo y la Tierra quedaron sumidos en una oscuridad total, que hizo temblar por igual a dioses y espíritus. El sol se fue tornando opaco, mientras la tiniebla se espesaba y los tigres y dragones cedían al espanto. Sólo los contrincantes parecían ajenos al terror que levantaban. Los dientes de uno rechinaban por la furia, como si estuvieran hechos de jade, mientras los ojos del otro emitían llamaradas de odio. Moviendo con inimitable pericia la espada y la barra, tan espléndidos guerreros demostraron con creces que su fama no se asentaba sobre una burda mentira. Más de veinte veces seguidas midieron sus armas, sin que ninguno pudiera arrogarse una clara ventaja. El monstruo levantó entonces la voz y ordenó a los suyos:

- ¡Subid aquí inmediatamente!

Los trescientos diablillos obedecieron al instante, rodeando al Peregrino. El Gran Sabio no se sintió por ello arredrado. Al contrario, les hizo frente con su barra de hierro, protegiendo efectivamente cada uno de sus flancos. Sin embargo, aquéllos no eran diablillos corrientes. Todos poseían poderes especiales y cuanto más luchaban, más aguerridos se tornaban. Llegó un momento en que se pegaron a las piernas y a la cintura del Peregrino, como si fueran copos de algodón sobre un cuerpo sudoroso, y a punto estuvieron de derribarle por tierra. Al Gran Sabio no le quedó, pues, más remedio que valerse de la magia del cuerpo más allá del cuerpo. Se arrancó a toda prisa un puñado de pelos del sobaco izquierdo y, tras triturarlos con los dientes, los escupió, al tiempo que gritaba:

- ¡Transformaos!

Al punto cada uno de ellos se convirtió en la imagen exacta del Peregrino. Eran, de hecho, tan idénticos a él que cada uno blandía una barra de hierro igual a la suya. Así pudo hacer frente a los diablillos, que aunque lucharon con inesperado arrojo, terminaron rindiendo sus armas al valor de los pelos. Incapaces de explicarse la causa de la derrota, corrieron hacia donde se encontraba su señor, gritando:

- ¡No podemos seguir luchando! ¡Todo está perdido! La montaña está llena de Peregrinos Sun. ¿Cómo vamos a luchar contra un ejército tan formidable?

La magia del cuerpo más allá del cuerpo hizo retroceder al enjambre de diablillos, dejando solo y a su suerte al viejo demonio. Era claro que no tenía adónde huir. El terror se apoderó de su espíritu, pero se acordó del abanico de la hoja de palma y echó en seguida mano de él. Se volvió hacia el sur (la dirección del fuego), cambió el abanico de mano y lo sacudió con energía una sola vez. Al punto brotaron del suelo yermo unas llamas impresionantes. Ésta era, precisamente, la virtud de aquel, en apariencia, humilde tesoro. El fuego avivó la sed de venganza del monstruo, que volvió a sacudir el abanico siete u ocho veces seguidas. Al punto se desató un incendio pavoroso. No se parecía en nada al que se origina en los cielos, ni al que nace en el brasero, ni al que surge,

espontáneo, en los prados, ni al que se enciende en el hogar. La suya era una fuerza espiritual que brotaba directamente de las Cinco Fases. A la vista de llamas tan espléndidas se comprendía que el abanico no tuviera nada en común con este mundo mortal ni hubiera sido creado por mano de hombre. Sus orígenes se remontaban a los tiempos lejanos de la separación del caos. No en vano era capaz de crear incendios tan magníficos como éste, que, por una parte, recordaba al rayo y, por otra, a un tupido velo de diminutas gotitas de fuego. No había la menor señal de humo. Adondequiera que se dirigiera la vista, sólo podía verse una especie de montaña de llamas escarlata, que transformaba los pinos en antorchas y los cedros en teas. Las bestias que habitaban en las cavernas abandonaban sus guaridas, presa del pánico, corriendo, despavoridas, en todas las direcciones. ¡Qué poco podían hacer por salvar sus vidas! Las aves trataban de escapar al azote de las llamas, volando hacia lo alto y luchando por que ningún pabito se cebara en sus frágiles plumas. El fuego era tan intenso que las rocas se derretían, los ríos se secaban y la tierra adquiría una llamativa coloración rojiza.

Hasta el Gran Sabio se sintió impresionado ante incendio tan formidable y se dijo, alarmado:

- La cosa se está poniendo realmente mal. No es que me falten arrestos para hacerle frente. Lo que ocurre es que mis pelos son demasiado débiles y pueden caer fácilmente presa de las llamas.

Sacudió ligeramente el cuerpo y todos se reincorporaron a él, menos uno, que se transformó en su copia exacta e inició de inmediato la huida. El Peregrino auténtico, por su parte, hizo con los dedos el signo que le hacía inmune a las llamas y, de un salto, se elevó por los aires dejando atrás el incendio. Sin pérdida de tiempo se dirigió a la Caverna de la Flor de Loto con el fin de rescatar a su maestro. Al llegar a la entrada de la cueva, bajó de la nube y se topó con más de cien diablillos, que ofrecían un aspecto francamente lamentable. Todos mostraban heridas en la cabeza y algún que otro miembro roto. Eran los afortunados supervivientes de la batalla que había dado al traste con el ejército del monstruo, aunque sus gritos y lamentos hacían pensar más en víctimas de la fortuna que en protegidos del destino. En cuanto vieron al Gran Sabio, agarraron las armas y trataron de impedirle la entrada. El Peregrino los redujo en poco tiempo a un montón informe de carne macilenta. ¡Qué lástima que concluyera así un esfuerzo de muchos años por conseguir la apariencia humana! Todas las privaciones de la ascesis quedaron reducidas en un abrir y cerrar de ojos a la más pura nada.

El Gran Sabio entró corriendo en la caverna, guiado por el deseo de liberar cuanto antes a su maestro. A las pocas zancadas vio un resplandor muy vivo, que le hizo detenerse y gritar, sobresaltado:

- ¡Menuda contrariedad! Si se ha declarado también aquí un incendio, me va a resultar extremadamente difícil salvar a mi maestro.

Afortunadamente, aguzó cuanto pudo la vista y descubrió que aquella luz tan intensa no era la avanzadilla del fuego, sino un simple rayo dorado. Intrigado por su origen, siguió con la vista su rectilíneo trazado y pudo ver que surgía del interior del jarrón de jade. Sonriendo satisfecho, se dijo:

- ¡Qué tesoro más extraordinario! Ahora que recuerdo, brillaba ya intensamente cuando los diablillos lo subieron a lo alto de la montaña para caer al poco rato en mis manos. Fue una lástima que el monstruo me lo volviera a quitar. ¡Es increíble que todavía continúe brillando!

Olvidándose por completo de su maestro, cogió el jarrón con cuidado y abandonó, una vez más, la caverna. Casi en la misma puerta se topó con el monstruo, que volvía del sur con la espada en una mano y el abanico en la otra. El Gran Sabio no tuvo tiempo de esconderse, cosa que aprovechó el monstruo para levantar la espada y lanzarle un

terrible tajo a la cabeza. Afortunadamente, el Gran Sabio dio un salto y desapareció de su vista.

El monstruo vio entonces desparramados por doquier los cuerpos sin vida de los espíritus que habían estado bajo su poder y no pudo evitar las lágrimas fluyeran, abundantes, por sus mejillas. Desesperado, levantó los ojos al Cielo y se lamentó de su mala fortuna, diciendo:

- ¡Cuánta miseria! ¡Cuánta inexpresable amargura!

Sobre tan trágico momento disponemos de un poema que dice:

¡Cuan profundo e irrefrenable era el odio del mono astuto y del corcel brioso! Las semillas divinas cayeron en la tentación de abandonar el Cielo y descendieron a este mundo de polvo, yendo a parar a esta montaña en la que ahora se están enfrentando. ¡Qué amarga pena se apodera del alma cuando se dispersan, como la escarcha, las bandadas de aves! Tal fue el sentimiento que embargó al monstruo, al ver a su ejército destruido del todo. ¿Cuándo terminará esta loca batalla, el castigo llegará a su fin y los dos contendientes volverán a adquirir el ser que en un principio poseyeron?

Abrumado por el dolor, el monstruo se adentró en la caverna con paso lento, al tiempo que gritaba desesperado. Aunque los muebles y todo lo demás permanecían en su sitio, no se veía a nadie. El silencio era total. Eso hizo que su tristeza se tornara aún más profunda. Con el peso de la soledad sobre su corazón se sentó en la cueva, dejó caer pesadamente la cabeza sobre la mesa de piedra y, poniendo a un lado la espada y el abanico, se abandonó al reclamo del sueño. Pronto se apoderó de él un profundo sopor. Con razón reza el proverbio: "Cuando te sientes feliz, tu espíritu se mantiene alerta, pero, cuando el abatimiento se apodera de él, acude a ti, raudo, el sueño".

El Gran Sabio, mientras tanto, había cambiado, una vez más, el rumbo de la nube en la que estaba viajando y se quedó parado frente a la montaña, pensando en la forma de rescatar a su maestro. Ató el jarrón con el cinturón y volvió a la entrada de la caverna a ver lo que pasaba. Para su sorpresa, encontró las dos puertas abiertas de par en par, pero no pudo escuchar ni un solo murmullo. Se adentró en la cueva con pasos sigilosos y no tardó en descubrir al monstruo profundamente dormido sobre la mesa de piedra. Tenía sobre la cabeza, medio cubriéndosela, el abanico de hoja de palma, y junto a la mesa, la espada de las siete estrellas. El Gran Sabio se llegó hasta el monstruo, sin hacer el menor ruido, y le quitó el abanico con todo el cuidado que fue capaz. Pero, al darse la vuelta, no pudo evitar que el abanico le rozara ligeramente el pelo y la bestia se despertó al instante. Levantó la cabeza y, al ver que el Peregrino le había robado uno de sus preciados tesoros, salió tras él, blandiendo amenazador la espada. El Gran Sabio metió a toda prisa el abanico en la faja e hizo frente al monstruo, agarrando fuertemente la barra de hierro con las dos manos. La batalla que a continuación se desarrolló fue una de las más espléndidas que han tenido lugar a lo largo de los siglos.

El monstruo estaba tan furioso que el yelmo parecía que iba a salirse de la cabeza bajo el empuje de sus empinados cabellos. Daba la impresión de que de un momento a otro iba a tragarse a su adversario. ¡Vana ilusión, porque el Peregrino era, en verdad, un luchador formidable! Pese a todo, la bestia no dejaba de reconvenirle, gritando, airado:

- ¡Maldito mono, bastante te has burlado ya de mí! No contento con acabar con todos los míos, me has ido robando, uno a uno, mis preciados tesoros. Te juro que esta vez no pararé hasta que no haya terminado contigo. ¡Sólo la muerte será capaz de aliviar las ofensas que me has infligido!

- ¡No sabes ni lo que dices! - replicó el Gran Sabio -. ¿Cómo puede un estudiante vulgar derrotar a su maestro? Te aseguro que es imposible que un huevo haga añicos una roca.

Los golpes de la espada se multiplicaban como la lluvia de otoño, pero todos los detenía certeramente la barra de hierro. No había la menor concesión por parte de cada uno de los contendientes. Estaban totalmente volcados en la batalla y no hubo técnica marcial de la que no echaran mano. A causa del monje buscador de escrituras en la Montaña del Espíritu, el Fuego y el Metal guerrearón entre sí con inusitada fiereza. Las Cinco Fases perdieron su habitual equilibrio y se entremezclaron en indescriptible confusión. Los dos luchadores recurrieron a todos los poderes mágicos que un día habían aprendido, levantando nubes de polvo y lanzando por los aires pesadísimas rocas. La batalla se prolongó hasta el anochecer. Para entonces las fuerzas del monstruo habían disminuido considerablemente y no tuvo más remedio que retirarse. Fueron, de todas formas, más de treinta las veces que midió sus armas con las del Gran Sabio. Estaba ya oscureciendo, cuando la bestia se dirigió, huyendo, hacia el sudoeste, camino de la Caverna del Dragón Aplastado.

El Gran Sabio, por su parte, descendió de la nube, corrió hacia el interior de la Caverna de la Flor de Loto y desató al monje Tang, a Ba-Chie y al Bonzo Sha. En cuanto se sintieron libres, dieron las gracias al Peregrino y le preguntaron:

- ¿Adonde han ido los monstruos?

- El menor de ellos fue absorbido por la calabaza y me figuro que a estas horas estará ya totalmente disuelto - contestó el Peregrino -. Por lo que respecta al mayor, acaba de sufrir una ignominiosa derrota y ha huido hacia el sudoeste, camino de la Caverna del Dragón Aplastado. Los diablillos que custodiaban este lugar no han sufrido mejor suerte. Más de la mitad sucumbieron a mi magia de división corporal y el resto encontró la muerte aquí mismo poco después. He creído oportuno derrotarlos a todos antes de venir a liberaros.

- Has debido de pasarlo muy mal - exclamó el monje Tang, profundamente agradecido.

- No lo sabéis bien - replicó el Peregrino, sonriendo -. Mientras vosotros colgábais tranquilamente de esas vigas, yo no he podido descansar ni un solo segundo. He tenido que mover las piernas más que un mensajero. De todas formas, no me puedo quejar de tanto ir y venir, porque no sólo he derrotado a esos monstruos, sino que además me he hecho con todos sus tesoros.

- ¿Por qué no sacas la calabaza y nos dejas mirar en su interior? - sugirió Chu Ba-Chie -. Calculo que el menor de los monstruos se habrá desintegrado del todo.

El Gran Sabio desató el jarrón, sacó la cuerda de oro y mostró a sus hermanos el abanico, pero se opuso a que miraran dentro de la calabaza, diciendo:

- Es mejor que no lo hagáis. Yo mismo fui absorbido por este extraordinario tesoro y logré escapar de él gracias a que pude engañar al monstruo, haciéndole creer que había sido disuelto del todo. El muy tonto levantó la tapa y salí volando. Creo que no debemos hacer nosotros lo mismo, pues nadie nos asegura que ese sonido de aguas no sea uno de sus trucos. ¿Os dais cuenta de la situación en la que nos encontraríamos, si lograra escapar de ahí?

Maestro y discípulos pensaron que se trataba de una opinión prudente y registraron de arriba abajo la caverna. No tardaron en encontrar arroz, tallarines y unas cuantas verduras, así como todo lo indispensable para cocinar. Tras calentar el agua, prepararon una comida vegetariana y comieron hasta hartarse. Aquella noche la pasaron en la caverna.

El monstruo, mientras tanto, había llegado a la Montaña del Dragón Aplastado, donde convocó a todas las diablesas que allí habitaban y les contó con todo lujo de detalles cómo su madre había sido muerta a golpes, su hermano había sucumbido al poder de la calabaza, su ejército había sido barrido del todo y habían desaparecido cuatro de sus preciados tesoros. Las diablesas rompieron a llorar, lanzando escalofriantes gritos de

dolor. Eso dio nuevas fuerzas al monstruo, que les suplicó, diciendo:

- Dejad de lamentaros de esta forma. Todavía tengo conmigo la espada de las siete estrellas y no todo está perdido. Es mi intención partir con algunas de vosotras a la parte posterior de esta Montaña del Dragón Aplastado a solicitar algunos refuerzos a mi tío materno. Es mi deber capturar al Peregrino Sun y vengarme cumplidamente de él.

No había acabado de decirlo, cuando se presentó una diablesa, informó con el debido respeto:

- Señor, vuestro Tío Materno está ahí fuera al frente de su ejército. El monstruo se puso en seguida sus ropas de luto de impecable seda blanca y salió a dar la bienvenida a visitante tan ilustre. Era el hermano menor de su madre y ostentaba el título de Gran Rey Zorro Número Siete. Sus patrullas le habían informado de que el Peregrino Sun había dado muerte a su hermana, adoptando después su figura para hacerse con los tesoros de su sobrino, con el que se había enfrentado durante días en la cumbre de la Montaña Altísima. Tras escuchar nuevas tan desazonadoras, llamó a filas a doscientos de sus soldados y partió de su mansión, dispuesto a vengar tan imperdonable afrenta. Antes, no obstante, decidió pasarse por la caverna de su hermana para ver si era verdad que había muerto. Lo que menos se esperaba era encontrar allí al monstruo vestido de luto. Al verle, rompió a llorar y sus gritos se escucharon en toda la montaña. La bestia se arrodilló ante él y, con voz entrecortada, le relató cuanto había ocurrido. Fuera de sí, Número Siete ordenó al monstruo que se despojara de sus ropas de luto, que echara mano de su espada mágica y que llamara a filas a todas las diablesas. Tan espléndido contingente montó a lomos del viento y se dirigió a toda prisa hacia el noreste.

El Gran Sabio estaba pidiendo al Bonzo Sha que preparara el desayuno para poder proseguir cuanto antes el viaje, cuando oyó de pronto el extraño silbido del viento. Salió a toda prisa de la caverna y vio acercarse desde el sudoeste a un ejército enorme de diablillos y monstruos. Desconcertado, volvió a entrar a toda prisa en la cueva y dijo a Ba-Chie:

- Se está aproximando el monstruo con nuevas tropas de refresco.

- ¿Qué podemos hacer? - exclamó Tripitaka con el rostro demudado por el miedo.

- Tranquilizaos - le aconsejó el Peregrino, sonriendo condescendentemente - y dadme esos tesoros.

Sin pérdida de tiempo ató el jarrón y la cadena a la cintura, escondió la cuerda de oro en una de las mangas y colgó del cuello el abanico de hoja de palma. Tomó a continuación la barra de hierro y ordenó al Bonzo Sha que cuidara del maestro, mientras Ba-Chie y él salían a hacer frente a tan inesperados adversarios.

Los monstruos se habían desplegado para dar comienzo a la batalla. Los comandaba el Gran Rey Zorro Número Siete, que poseía un rostro que recordaba el jade, una barba extremadamente larga, unas cejas siempre fruncidas y unas orejas tan puntiagudas como cuchillos. Sobre la cabeza lucía un casco de oro y protegía el cuerpo con una coraza de malla muy tupida. En las manos traía una alabarda muy afilada, que blandió con fiereza, al tiempo que gritaba:

- ¡Maldito monstruo! ¿Por qué te has comportado de una forma tan lamentable? No sólo has robado nuestros tesoros, asesinado a nuestros parientes y dado muerte a todos nuestros guerreros, sino que incluso has tenido la desfachatez de apoderarte de nuestra mansión. Sal en seguida de ahí, para que pueda darte muerte y así quede vengada mi hermana.

- Se ve que no sabes con quién estás hablando, bestia peluda - replicó en tono burlón el Peregrino -. No huyas y prueba el sabor de mi barra.

La bestia se hizo a un lado, escapando por poco a la muerte. Lejos de arredrarse, levantó la alabarda y la descargó con todas sus fuerzas sobre el Peregrino. De esta

forma, dio comienzo una batalla singular. Tres o cuatro veces midieron los guerreros sus armas a lo largo y ancho de la montaña, pero, aunque su técnica era perfecta, el monstruo vio mermadas sus fuerzas y escapó corriendo. El Peregrino salió tras él a toda velocidad, topándose a los pocos pasos con el sobrino, que le presentó una firme defensa. Eso concedió un respiro al Zorro Número Siete, que no tardó en reincorporarse al ataque. Al verlo, Ba-Chie levantó en alto su tridente de nueve puntas y abortó su estrategia. De esta forma, quedaron emparejados los dos monjes y los dos monstruos, luchando con denuedo durante un tiempo llamativamente largo, que no produjo ningún claro vencedor. Comprendiendo que aquella situación podía demorarse durante días enteros, el monstruo ordenó a los diablillos y diablesas que se lanzaran a la batalla.

El monje Tang estaba sentado en el interior de la caverna, cuando oyó unos gritos tan aterradores que hacían temblar la tierra. Eso le movió a volverse hacia el Bonzo Sha y a ordenarle: Vete a ver qué tal les va a los nuestros en la lucha.

El Bonzo Sha agarró el báculo y se lanzó hacia el exterior, gritando como un salvaje. Su ímpetu era tal que en un abrir y cerrar de ojos dio muerte a incontables bestias. Al percatarse Número Siete de que la suerte los estaba abandonando, se dio la vuelta y echó a correr, pero Ba-Chie logró alcanzarle en la espalda con su tridente. Al punto brotaron nueve fuentes de sangre que enrojecieron toda la montaña. El monstruo fue forzado, de esta forma, a regresar al mundo del que había surgido. Cuando Ba-Chie le dio la vuelta para despojarle de sus vestimentas, se encontró con que el Gran Rey no era más que el espíritu de un vulgar zorro.

Al ver la otra bestia el triste final de su tío materno, dejó al Peregrino, volviendo su espada contra Ba-Chie, que, afortunadamente, paró con el tridente su golpe mortal. El Bonzo Sha se encontraba muy cerca de ellos y corrió en ayuda de su hermano. El monstruo no pudo soportar el ataque combinado de los monjes y, montándose en el viento, huyó precipitadamente hacia el sur. Ba-Chie y el Bonzo Sha corrieron tras él, pisándole literalmente los talones. Al ver lo que pasaba, el Gran Sabio se elevó por los aires, cogió la calabaza y gritó, dirigiéndola hacia el monstruo:

- ¡Rey del Cuerno de Oro!

La bestia pensó que se trataba de uno de sus subordinados y constó, sin caer en la cuenta de que era el Peregrino. Inmediatamente fue absorbido por la calabaza, que el Gran Sabio tapó a toda prisa con la cinta en la que aparecía escrito: "Que Lao-Tse cumpla con rapidez esta orden". La espada de las siete estrellas cayó al suelo, pasando, de esta forma, a poder del Peregrino.

- ¡Qué suerte la tuya! - exclamó Ba-Chie, llegándose hasta él -. Ya tienes la espada, pero ¿se puede saber dónde está el monstruo?

- En la calabaza - contestó el Peregrino, satisfecho.

Al oír tan inesperada nueva, el Bonzo Sha y Ba-Chie se sintieron encantados. Eso les dio nuevas fuerzas para acabar con todos los ogros y monstruos. En cuanto hubieron concluido su labor, regresaron a la caverna, donde informaron a Tripitaka de lo ocurrido diciendo:

- Toda la montaña está ya libre de bestias. Creemos que es hora de proseguir nuestro viaje.

Feliz por tan espléndido resultado, Tripitaka terminó tranquilo el desayuno en compañía de sus discípulos, quienes, antes de reanudar la marcha, prepararon el equipaje y limpiaron el caballo. Apenas habían abandonado la caverna, cuando les salió al encuentro un ciego, que agarró el caballo del maestro y dijo:

- ¿Se puede saber adonde vas tan deprisa, monje? ¡Devuélveme inmediatamente todos mis tesoros!

- ¡Estamos perdidos! - exclamó Ba-Chie, temblando de pies a cabeza -. ¡Otro monstruo

que quiere lo que no es suyo!

El Peregrino estudió al ciego con cierto detenimiento y llegó a la conclusión de que era el mismísimo Lao-Tse en persona. Se acercó a él a toda prisa e, inclinándose respetuosamente, le preguntó:

- ¿Adonde vais, respetable maestro?

El Patriarca se sentó en su trono de jade y se elevó por el aire, deteniéndose a media altura, al tiempo que exigía:

- ¡Devuélveme mis tesoros, Peregrino Sun!

- ¿Se puede saber de qué tesoros habláis? - preguntó el Gran Sabio, elevándose también por los aires.

- Los que has robado a esos monstruos - contestó Lao-Tse -. En la calabaza guardaba yo mi elixir, en el jarrón vertía el agua, con la espada dominaba a los monstruos y demonios, el abanico me servía para avivar el fuego y la cuerda de oro era, en realidad, el cinturón con el que me ceñía la túnica. Esos monstruos a los que acabas de dar muerte fueron en su día jóvenes taoístas, a los que confié respectivamente el cuidado de mi brasero de plata y de mi purificador de oro. Los he estado buscando durante muchísimo tiempo, porque se adueñaron indebidamente de objetos tan valiosos y abandonaron a escondidas las Regiones Superiores. He de reconocer que has sido muy hábil, al dar con ellos antes que yo.

- No puede decirse que seáis muy respetable, cuando permitís a los vuestros convertirse en demonios - replicó el Gran Sabio -. Deberíais mostraron más diligente en la administración de todos vuestros asuntos.

- Yo no tengo nada que ver con lo ocurrido - se defendió Lao Tse -, así que harías bien en no echarme la culpa. Tres veces me pidió la Bodhisattva de los Mares del Sur que le prestara esos jóvenes. Quería transformarlos en monstruos, para ver si vuestra intención de ir en busca de las escrituras era auténtica o se trataba, por el contrario, de un capricho pasajero.

- ¡Qué lenta es esa Bodhisattva! - se dijo el Gran Sabio, un tanto malhumorado -. Cuando me concedió la libertad y me pidió que acompañara al Oeste al monje Tang, me advirtió que el viaje iba a resultar extremadamente penoso. Pero, al mismo tiempo, me prometió que acudiría en nuestra ayuda, cuando nos topáramos con dificultades prácticamente insalvables. ¿En qué ha quedado esa promesa, cuando ella misma envía a monstruos con la intención de entorpecernos el camino? No me gusta nada su modo de obrar. Es tan falsa que merecería quedarse solterona para el resto de su vida.

Se volvió a continuación hacia Lao-Tse y le dijo:

- Si no hubieras venido personalmente a exigirme la devolución de estos tesoros, no os los habría entregado jamás. Pero, ya que habéis tenido la delicadeza de hacerlo, no tengo ningún inconveniente en devolveros lo que es vuestro.

En cuanto Lao-Tse tuvo los cinco tesoros en sus manos, cogió la calabaza y, tras quitarle la cinta que la sellaba, le dio media vuelta. Al instante salieron de ella dos masas informes de éter sagrado. Las tocó ligeramente con la punta de sus dedos y al punto se convirtieron en dos jóvenes, que se colocaron el uno a su izquierda y el otro a su derecha. Diez mil rayos de luz celestial se apoderaron de ellos, llevándolos directamente hacia el Palacio Tushita, erigido en el punto más privilegiado de los Cielos.

De momento, desconocemos lo que ocurrió después o si el Gran Sabio y su protegido el monje Tang lograron, por fin, llegar al Paraíso Occidental. Quien desee averiguarlo tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXVI

LOS NIDANAS 1 DEJAN DE EJERCER SU INFLUENCIA, CUANDO EL MONO DE LA MENTE CAMBIA SU MODO DE OBRAR. LA LUNA BRILLA CON TODO SU ESPLENDOR, CUANDO SE DISIPAN LAS FALSAS DOCTRINAS

El Peregrino descendió de lo alto y relató a su maestro lo que la Bodhisattva había exigido a los dos jóvenes y cómo se había visto obligado a devolver a Lao-Tse sus tesoros. Tripitaka se sintió tan emocionado que al punto decidió redoblar sus esfuerzos por llegar hasta el Oeste sin escatimar sacrificios ni esfuerzos. Esperanzado, montó en el caballo, mientras Ba-Chie cargaba con el equipaje, el Bonzo Sha tomaba de las riendas el caballo y el Peregrino abría la marcha montaña abajo con su indestructible barra de hierro. Nos falta espacio para relatar cómo descansaban junto a los cursos de agua y comían a campo abierto, cómo la escarcha los cubría por las noches y el rocío empapaba sus ropas al amanecer. Recorrieron un largo camino y de nuevo se encontraron con que una altísima montaña les cerraba el paso.

- ¿Os habéis fijado en lo alta y rugosa que es esa montaña? - preguntó Tripitaka a sus discípulos, levantando la voz -. Creo que deberíamos extremar las precauciones, pues no me cabe la menor duda de en ella habitan manadas enteras de monstruos, deseosas de acabar con nosotros.

- Dejad de pensar en esas cosas - le sugirió el Peregrino -. No os rindáis pánico y evitad a toda costa que vuestra mente divague por los tortuosos caminos del temor. Tened la seguridad de que no os sucederá nada.

- ¿Por qué resulta tan penoso llegar hasta el Paraíso Occidental? - suspiró Tripitaka -. Desde que abandoné la ciudad de Chang-An el verano ha seguido a la primavera y el invierno al otoño yo qué sé de veces. Han debido de transcurrir por lo menos cuatro o cinco años. ¿Cómo es que todavía no hemos alcanzado nuestro destino?

- Aún es demasiado pronto para eso - contestó el Peregrino, soltando la carcajada -. Puede decirse que todavía no hemos cruzado la puerta principal de la mansión de la que hemos partido.

- ¡Deja de decir tonterías, por favor! - le reconvino Ba-Chie -. En el mundo no existen palacios tan grandes.

- Quieras o no admitirlo - replicó el Peregrino -, hasta ahora no hemos hecho otra cosa que vagar de un salón a otro.

- No sigas hablando así, o de lo contrario vas a lograr meternos a todos el miedo en el cuerpo - le suplicó el Bonzo Sha, sonriendo nerviosamente -. Es un hecho que no existen mansiones tan extensas como de las que tú hablas. Además, caso de existir, carecerían totalmente de techumbre, porque ¿dónde iban a encontrarse vigas tan enormes?

- En lo que a mí respecta - respondió el Peregrino -, el cielo es mi techo, el sol y la luna mis ventanas, y las cinco montañas sagradas las columnas que sostienen todo el edificio. Mirándolo bien, el Cielo y la Tierra no son más que un amplísimo salón.

- Si es verdad lo que dices - suspiró Ba-Chie, apesadumbrado -, lo mejor que podemos hacer es darnos la vuelta y regresar al lugar del que procedemos.

- Es mejor que no sigamos hablando de eso - sugirió el Peregrino -. Si tenéis miedo, lo único que podéis hacer es cerrar los ojos y seguirme.

Decidido, el Gran Sabio se pasó la barra por los hombros y se lanzó en línea recta montaña arriba, seguido del monje Tang. Más tranquilo, el maestro miró a su alrededor y contempló un paisaje realmente extraordinario. Las rugosas cumbres acariciaban el titilar de las estrellas y las copas de los árboles parecían unir, como si fuera nubes, la

tierra con el cielo. Una neblina azulada cubría hasta donde alcanzaba la vista. De los valles lejanos llegaba el griterío de los monos, que no lograban apagar los cantos de las grullas que fluían, como un río de sombras verdosas, de debajo de los pinos. En los arroyos se agazapaban espíritus que se mofaban con sus gritos de los leñadores. Otro tanto hacían con los cazadores las almas de los zorros desde lo más escarpado de los riscos. ¡Aquella era, en verdad, una montaña fuera de lo común! ¡Sus laderas no podían ser más empinadas ni más profundos sus precipicios! Los pinos que en ella crecían eran portadores de doseles verdes, bajo los que brotaban incontables enredaderas y viñas. Donde menos se esperaba surgía un curso de agua, cuya humedad penetraba, como un cuchillo acerado, en los huesos de los caminantes. La rocosidad era tan majestuosa que sumía a quien la contemplara en un estado de temeroso sobrecogimiento. De vez en cuando se oía el rugido de bestias salvajes, mezclado con el sosegador de canto de las aves. Manadas de ciervos cruzaban los claros, saltando como locos, en busca de algo que llevarse a la boca. La presencia humana había desaparecido de aquellos parajes. En los cañones se escondían los monstruos y los lobos corrían en manadas por los desfiladeros. En semejante mundo de aves y bestias ni el mismo Buda sería capaz de concentrarse y meditar. Sobrecogido ante tal espectáculo, el maestro se puso a temblar, pero no dijo nada, mientras se adentraba en aquel mundo de sombras y malos augurios. A medida que avanzaban, sin embargo, la melancolía se iba apoderando de él. Al final no pudo aguantarlo más y, tirando de las riendas, exclamó:

- ¡Qué duro es este peregrinaje, Wu-Kung! Nadie me forzó a emprenderlo. Yo mismo me lancé a él voluntariamente, abandonando de buen grado familia y patria. He cruzado llanuras y valles cubiertos juncos, haciendo reventar de cansancio a mi caballo. Por poseer el espíritu de Buda y hacerme con las escrituras no he renunciado a vadear ríos inmensos ni a trasponer elevadísimas cumbres. ¿Cuándo podré dar por terminado este viaje y regresar al punto del que partí? ¡Ansío tanto inclinarme ante mi augusto hermano y presentarle mis respetos!

- ¡No seáis tan impaciente, maestro! - exclamó el Gran Sabio, soltando la carcajada -. Tranquilizaos y seguid caminando. Os aseguro que, "cuando hayáis hecho los suficientes méritos, el triunfo acudirá a vos de una forma totalmente natural". Para cada cosa existe su tiempo maestro. No lo olvidéis.

Mientras disfrutaban de la belleza del paisaje, el sol se fue ocultando tras la línea del poniente. No se veía ningún caminante, pero resultaba apaciguador contemplar el tímido titilar de las estrellas. A aquella hora regresaban al punto del que partieron todos los barcos que surcaban los Ocho Ríos y cerraban sus puertas los siete mil poblados que existían sobre la tierra. Los Señores de las Seis Mansiones y los Cinco Departamentos se habían retirado ya a descansar y los Pescadores de los Cuatro Mares y los Tres Ríos habían recogido sus redes. Las dos torres altas emitían una continua sinfonía de tambores y gongs, mientras el círculo brillante de la luna llenaba con su luz el universo entero.

El maestro no dejaba de atisbar el paisaje. Fue así como descubrió, en un recodo de la montaña, un conjunto de edificaciones de varios pisos. Esperanzado, se volvió hacia sus discípulos y les dijo:

- Nuestra suerte es mejor de lo que pensábamos. Se está haciendo de noche y ante nosotros se alza un inesperado refugio. O mucho me equivoco o esos edificios de ahí delante son un templo taoísta o un monasterio budista. Creo que deberíamos descansar y proseguir mañana el viaje. Espero que no se nieguen a darnos alojamiento.

- Vuestro plan es magnífico - comentó el Peregrino -. De todas formas, no conviene precipitarse. Es mejor que nos cercioremos antes de que se trate de un lugar seguro.

No había acabado de decirlo, cuando el Gran Sabio se elevó por los aires. Tras un

detenido reconocimiento llegó a la conclusión de que, en verdad, se trataba de un monasterio budista. Poseía un muro curvo de ladrillo pintado de rojo, sus puertas aparecían claveteadas en oro y se apreciaba que parte de sus dependencias habían sido excavadas en la roca. La Torre de los Diez Mil Budas ² se elevaba frente al Salón de Tathagata, mientras que la del Sol Naciente se erguía junto a la Puerta del Gran Héroe ³. Las nubes descansaban sobre la Torre de la Pagoda, sirviendo de oportuno fondo a los rayos de luz beatífica que emitían los tres budas sagrados. Frente a las dependencias de los monjes se erguía el Estrado de Manjusri, alzándose un poco más allá el Salón de Maitreya, que parecía estar unido con el de la Gran Misericordia. Una luz azulada se cernía sobre el Pabellón de la Contemplación, mientras que sobre la Torre del Vacío se veían enjambres de nubes color púrpura. Los aposentos del abad y de los restantes monjes se adivinaban limpios y bien cuidados. Por fuerza, los oficios que se celebraban en aquel monasterio debían de ser solemnes y carentes de artificios, lo mismo que el continuo meditar de sus moradores. Los monjes se adentraban en el conocimiento del Zen en las salas de estudio y profundizaban en el dominio de instrumentos musicales en las de arte. Ante el estrado de la Extraordinaria Profundidad caían sin cesar pétalos de udumbara ⁴ y bajo la Plataforma para la Explicación de la Ley crecían exuberantes, las hojas de parra. Jamás bosque alguno había protegido tierra tan sagrada como esta de las Tres Joyas. La montaña en la que se hallaba enclavado el monasterio constituía una extraordinaria protección contra todo intento de hollar un reino sánscrito tan puro como éste. De sus paredes colgaban incontables hachones, cuyo humo parecía competir en fragancia con las nubes de incienso de los pebeteros.

El Gran Sabio bajó a toda prisa de la nube en la que había estado sentado e informó a su maestro de cuanto había visto, diciendo:

- No estabais equivocado. Se trata, en verdad, de un monasterio budista. Creo, por tanto, que no corremos ningún peligro solicitando alojamiento.

El maestro espoleó el caballo y se dirigió a toda prisa hacia la puerta principal.

- ¿Sabéis qué monasterio es éste? - preguntó el Peregrino.

- ¿Cómo se te ocurre preguntar eso? - replicó Tripitaka -. ¿No ves que todavía tengo los pies en los estribos y el caballo aún no se ha parado? ¡No comprendo cómo puedes ser tan poco considerado!

- Puesto que toda vuestra vida habéis sido un monje - se defendió el Peregrino -, doy por sentado que habréis estudiado los clásicos confucianos, antes de pasar al aprendizaje de los dharmas y sufras. Además, sólo quien conoce a fondo la literatura y la filosofía es capaz de recibir favores tan altos como los que os ha otorgado el Emperador de los Táng. ¿Cómo es que, entonces, no sabéis leer los caracteres que aparecen escritos en el dintel de la puerta de este monasterio?

- ¡Qué poco respetuoso eres! - le increpó el maestro -. De tres palabras que dices dos son tonterías. ¿No te has dado cuenta de que el sol me daba en los ojos y me impedía ver con claridad? Además, esas letras de las que hablas estaban totalmente cubiertas de polvo y no he podido descifrarlas con la suficiente precisión. ¿Comprendes ahora por qué no he podido leer el nombre de este lugar?

Al oír eso, el Peregrino se estiró cuanto pudo y al instante adquirió una altura que superaba con mucho los veinte pies. Limpió con cuidado las letras y dijo:

- Me figuro, maestro, que ahora no tendréis la menor dificultad en descifrarlas - ¿Os importaría echar un vistazo?

Se trataba de siete caracteres llamativamente grandes, que decían: "Monasterio de la Gruta Sagrada, construido por orden imperial".

Tras recuperar su tamaño habitual, el Peregrino volvió a preguntar al maestro:

- ¿Quién queréis que entre a pedir alojamiento?

- Yo mismo lo haré - contestó Tripitaka -. Me temo que vuestra apariencia es un tanto repulsiva, vuestro modo de hablar muy poco respetuoso, y vuestros ademanes demasiado engreídos. Es de suponer que, si los monjes se sienten, de alguna manera, ofendidos, se negarán a brindarnos la protección de su techo y nuestros esfuerzos habrán resultado inútiles.

- En ese caso, entrad cuanto antes - sugirió el Peregrino -. No hay necesidad de malgastar más palabras.

El maestro se arregló las ropas lo mejor que pudo y atravesó la puerta principal con las manos respetuosamente dobladas. Tras unas verjas pintadas de rojo se topó con dos guardianes Vajra, cuya apariencia no podía ser más terrorífica. Uno poseía un rostro de aspecto metálico y unas barbas tan aceradas que daban la impresión de ser auténticas y no simplemente labradas. Lo mismo les ocurría a los ojos y a las cejas del otro, llamativamente pobladas éstas y extrañamente redondeados aquéllos. El de la izquierda tenía unos puños tan membrudos que parecían estar hechos de mineral de hierro, mientras que las palmas del de la derecha eran tan rugosas que recordaban el bronce a medio fundir. Sus armaduras, de oro pulido, brillaban con luminosidad propia de astros y sus fajas de seda jugueteaban libremente en las alas del viento. Ante ellos había generosas ofrendas, cuyo aroma se entremezclaba con el del incienso que ardía sobre trípodes de piedra. Al verlo, Tripitaka movió la cabeza, dio un suspiro y exclamó con cierta tristeza:

- Si en las Tierras del Este hubiera personas capaces de modelar bodhisattvas tan grandes como éstos y lo suficientemente generosas como para presentar ofrendas tan espléndidas como las que aquí se muestran, no tendría necesidad de viajar al Paraíso Occidental.

Pensando en esto, no tardó en trasponer la segunda puerta. En su interior se alzaban, majestuosas, las imágenes de los cuatro Devarejas: la de Dhrtarastra, la de Vaisravana, la de Virudhaka y la de Virupaksa. Todas ellas ocupaban el lugar que les correspondía según su rango y estaban orientadas, respectivamente, hacia el este, el norte, el sur y el oeste. Cada una sostenía los símbolos de su extraordinario poder, capaz de amainar la fuerza del viento y de distribuir a su debido tiempo la lluvia. En cuanto hubo dejado atrás la segunda puerta, vio cuatro pinos altísimos, cuyas copas recordaban a un dosel de extraordinarias proporciones. Levantó la cabeza y comprobó, con cierta sorpresa, que se hallaba ante el Salón del Gran Héroe. Dobló las manos con sumo respeto y, echándose rostro en tierra, oró con indescriptible devoción. Después se levantó y continuó caminando hasta alcanzar la puerta de atrás. Allí se encontró con una imagen yacente de Kwang-Ing, la protectora de todos los seres de los Mares del Sur. Las paredes estaban cubiertas de bajorrelieves de peces, gambas, tortugas y cangrejos, realizados con inimitable maestría. Todos tenían las cabezas y las colas fuera del agua y saltaban, felices, de ola en ola. El maestro sacudió de nuevo la cabeza y volvió a suspirar, diciendo:

-¡Qué pena más grande! ¿Cómo es que los hombres se niegan a someterse al dictamen de la fe, cuando hasta las criaturas del mar no dudan en reconocer la supremacía de Buda?

Mientras pensaba en eso, apareció por la tercera puerta un criado del monasterio. Al ver los atractivos rasgos del rostro de Tripitaka, se dirigió a toda prisa hacia él y le preguntó, tras saludarle respetuosamente:

- ¿Podéis decirme de dónde venís?

- De las Tierras del Este - contestó Tripitaka - y me dirijo al Paraíso Occidental en busca de las escrituras sagradas por deseo expreso del Gran Emperador de los Tang. Al pasar por estos parajes, comenzó a hacerse de noche y decidí llegarme hasta este lugar

de recogimiento a suplicar que me sea concedido pasar aquí la noche.

- No toméis a mal mis palabras - suplicó el sirviente -, pero yo no puedo asumir la responsabilidad de lo que solicitáis. En realidad, no soy más que un vulgar criado encargado de barrer los suelos y de tañer la campana. El guardián del monasterio es un anciano que se encuentra ahí dentro. Si me lo permitís, voy a ir inmediatamente a verle y, si accede a vuestra petición, saldré inmediatamente a comunicároslo. En caso contrario, me temo que tendréis que buscar otro lugar para pasar la noche.

- Lo entiendo perfectamente - respondió Tripitaka - y os pido disculpas por causaros tantas molestias.

El sirviente se retiró a toda prisa a los aposentos del abad y le informó de la llegada del maestro, diciendo:

- Ahí fuera hay un hombre que desea veros.

El monje se levantó al punto y se cambió a toda prisa de ropas, vistiendo una espléndida túnica y ordenando que le trajeran el sombrero Vairocana. De esta guisa, caminó, solemne, hacia la puerta con el ánimo de dar la bienvenida a personaje tan distinguido. Pero al llegar a ella se detuvo, boquiabierto, y preguntó, despectivo, al sirviente:

- ¿Es ése el hombre que decías, el que está justamente detrás del salón principal?

Tripitaka no podía ofrecer un aspecto más lamentable. Su cabeza estaba totalmente rapada, su túnica de bodhidharma se había convertido en auténticos harapos, y sus sandalias aparecían mojadas y cubiertas de barro. Al verle apoyado contra la puerta, el monje se puso furioso y vituperó al sirviente, diciendo:

- ¡Mereces que te mande azotar! ¿Todavía no sabes que un monje de mi categoría sólo sale a dar la bienvenida a ricos caballeros de la ciudad que se llegan hasta aquí a ofrecer incienso? Por monjes tan andrajosos como ése yo no muevo jamás un solo dedo. ¿Cómo se te ha ocurrido hacerme creer que se trataba de una persona importante? Basta mirar su cara para darse cuenta de que ése no es un hombre respetable, sino uno de esos despreciables mendicantes, que, en cuanto ven que se está haciendo de noche, se llegan a la primera casa que encuentran y piden, sin más, alojamiento. No estoy dispuesto a dejarle trasponer esta puerta. Así que, si quiere dormir, que se acomode lo mejor que pueda en uno de esos pasillos. ¿Para qué molestarme en dirigirle siquiera la palabra? - y, dándose la vuelta, se retiró inmediatamente a sus aposentos.

Pese a la distancia, el maestro no pudo evitar escuchar esas palabras y pronto las lágrimas se agolparon en sus ojos, al tiempo que se decía, profundamente apenado:

- ¡Qué lástima! Con razón reza el dicho que "un hombre alejado de su hogar no vale gran cosa". Desde mi más temprana edad renuncié a la familia para hacerme monje. Puedo afirmar que mis pocos años no me indujeron a atiborrarme de carne, mientras aparentaba llevar una vida de ascesis y sacrificios. Jamás he recitado con odio las escrituras, ni he arrojado piedras contra la imagen de Buda o arrancado el oro del rostro de un arhat. ¡Qué pena me produce, pese a todo, ser tratado así! Desconozco en qué reencarnación ofendí de tal manera al Cielo y a la Tierra que ahora sólo me topo con personas sin sentimientos ni entrañas. Si no quieres ofrecerme alojamiento, estás en tu derecho de hacerlo. ¿Pero por qué tienes que decir cosas tan desagradables como esa de que sólo soy digno de dormir en los pasillos? Es mejor que no se lo diga al Peregrino, de lo contrario, es capaz de reducir todo esto a ruinas con su invencible barra de hierro. En fin, de nada sirve lamentarse. Como muy bien afirma el proverbio, "el hombre debe anteponer a todo la etiqueta y el decoro". Creo que lo mejor que puedo hacer es entrar ahí dentro y suplicarle, una vez más, que nos permita pasar la noche bajo su techo.

Siguiéndole los pasos, el maestro llegó hasta la mismísima puerta de los aposentos del abad. El monje se había despojado ya de sus vestiduras y, a juzgar por lo ceñudo de su

expresión, era claro que seguía tan furioso como antes. No es extraño que no hubiera comenzado a recitar sutras ni a redactar ningún tipo de oración. No debía de ser, de todas formas, muy aficionado a dichos menesteres. El monje Tang, de hecho, sólo podía ver junto a él una mesa sobre la que descansaba una altísima pirámide de papeles. Pese a todo, Tripitaka no se atrevió a molestarle y, en vez de entrar de improviso, prefirió esperar fuera, al tiempo que decía levantando la voz:

- Jamás me ha cabido tanto honor como el que ahora tengo de saludaros.

El abad se sintió molesto por el hecho de que Tripitaka le hubiera seguido, pero no le quedó más remedio que tragarse su orgullo y hacer como si le devolviera el saludo, preguntando a su vez:

- ¿De dónde venís?

- De las Tierras del Este - contestó Tripitaka -. Por deseo expreso del Gran Emperador de los Tang me dirijo hacia el Paraíso Occidental en busca de las escrituras del Buda Viviente. Al pasar por estos respetables parajes, comencé a hacerse de noche y creí conveniente venir a pedir os alojamiento. Mi intención es proseguir el viaje tan pronto como haya amanecido. Os suplico, dignísimo abad, que tengáis a bien concederme tan nimio favor.

- ¿Así que vos sois Tripitaka Tang? - volvió a preguntar el abad, levantándose de su asiento.

- Así es - admitió Tripitaka.

- Sí, como decís, os dirigís al Paraíso Occidental - objetó el monje -, ¿cómo explicáis que os halléis tan alejados del camino que allí conduce?

- Me temo que es la primera vez que hago un trayecto semejante - se disculpó Tripitaka.

- Opino que deberíais regresar cuanto antes a la carretera principal - insistió el monje -. Precisamente pasa a cuatro o cinco kilómetros al oeste de aquí. No tenéis pérdida, porque allí se levanta una posada llamada de las Treinta Millas, en la que podréis descansar y comer lo que os plazca. Para vos es mucho más conveniente que os hospedéis allí. Eso sin contar que yo no sabría cómo tratar a una persona de vuestro calibre, que, para colmo, ha recorrido un larguísimo camino hasta llegar aquí.

- Los antiguos solían decir - replicó Tripitaka con las manos respetuosamente recogidas - que "los templos taoístas o los monasterios budistas son el hogar de todo monje que a ellos acude y que, por el mero hecho de serlo, tiene derecho a un poco de comida". ¿Por qué os empeñáis en negarme vuestra hospitalidad?

- ¡Maldito monje mendicante! - gritó el abad, perdiendo la paciencia -. ¿Es que no sabéis hacer otra cosa que adular y colmar de halagos a quien tiene la mala fortuna de escucharos?

- ¿Qué queréis decir con eso? - inquirió Tripitaka.

- ¿Acaso habéis olvidado lo que decían los antiguos? - contestó el abad -. "Cuando un tigre llega a una aldea, todo el mundo cierra en seguida las puertas de su casa. De esta forma, no puede expresar su fiero natural y su fama declina a ojos vista."

- ¿Podéis explicarme el significado de ese dicho? - insistió Tripitaka.

- Hace unos cuantos años - respondió el abad - llegó inesperadamente a este monasterio un grupo de monjes mendicantes. Se sentaron delante de la puerta principal y a mí me dio lástima verlos tan pobres, con las cabezas rapadas del todo, descalzos y a medio vestir. En seguida los invité a entrar, les hice sentarse en los puestos de honor y les di de comer cuanto quisieron. No contento con eso, les di túnicas nuevas y les pedí que se quedaran hasta que hubieran recuperado todas las fuerzas. Poco me imaginaba yo que su avaricia era tal que, en vez de quedarse unos cuantos días, fueron ocho los años que pasaron antes de que se decidieran a marcharse. A decir verdad, no me hubiera

importado demasiado, si no se hubieran entregado a toda clase de desenfrenos y conducta censurable.

- ¿Qué fue lo que hicieron? - preguntó, una vez más, Tripitaka.

- Cuando no tenían nada que hacer - explicó el abad -, se dedicaban tirar piedras contra las cercas, y, cuando se sentían aburridos, arrancaban uno a uno los clavos que tachonaban las puertas. En el invierno arrancaban las ventanas y hacían con ellas hogueras, mientras en el verano se llevaban las puertas y las dejaban tiradas por los caminos. No contentos con eso, destrozaron casi todos los estandartes, haciendo vendas que se ataban a los pies para defenderse del frío. Acabaron con casi todos nuestros nabos y nuestro aceite, argumentando que pasaban hambre y que lo que les dábamos de comer no les bastaba para hacerles recobrar las fuerzas perdidas. Su gula era desmedida y a veces daban la impresión de hacer apuestas entre ellos a ver quién comía más.

- Es una lástima que este hombre piense que soy tan desconsiderado como ellos - se dijo, entristecido, Tripitaka.

Era tal el abatimiento que sentía que a punto estuvo de ceder al llanto, pero temió que el abad pudiera burlarse de él y no dejó traslucir sus auténticos sentimientos. Se tragó lo mejor que pudo el orgullo y, limpiándose a escondidas las lágrimas con la orla de su túnica, se dirigió a toda prisa al encuentro de sus discípulos. Cuando el Peregrino vio lo enfadado que estaba, se acercó a él y le preguntó:

- ¿Os han pegado los monjes de este monasterio?

- No - contestó el monje Tang.

- ¿Cómo es que, entonces, tenéis la voz demudada? - replicó Ba-Chie.

- ¿Os han regañado? - insistió el Peregrino.

- Tampoco - volvió a responder el monje Tang.

- ¿Por qué estáis tan inquieto, si es verdad que no os han tratado mal?- inquirió, una vez más, el Peregrino -. ¿Acaso seguís echando de menos el lugar del que partisteis?

- Me han dicho - afirmó Tripitaka con pena - que éste no es un lugar apropiado para mí.

- ¿Queréis decir que los de ahí dentro son taoístas? - exclamó el Peregrino soltando la carcajada.

- Sólo hay taoístas en los templos del Tao - contestó el monje Tang con rabia -. Los de aquí son monjes.

- ¡No digáis? - volvió a exclamar el Peregrino -. Si son monjes, no hay ninguna diferencia entre ellos y nosotros. Como muy bien afirma el proverbio, "los que se reúnen al lado de Buda son idénticos en todo". Sentaos aquí, mientras voy a echar un vistazo a este monasterio.

Tras arremangarse la túnica y ajustarse la corona que llevaba en la cabeza, el Peregrino se dirigió directamente hacia el Salón del Gran Héroe, sin soltar ni un solo segundo la barra de hierro. Con ella apuntó a los tres budas y dijo, amenazante:

- Vosotros no sois más que unas vulgares estatuas de barro y cubiertas de oro. Vuestro poder es, por tanto, nulo del todo, ¿o no? Yo como bien sabéis, me dirijo con mi maestro, el monje Tang, al Paraíso Occidental en busca de las escrituras sagradas y desearía pasar aquí la noche. ¿Es eso tanto pedir? Así que os aconsejo que anunciéis mi llegada cuanto antes a la persona encargada de todo este tinglado Si no lo hacéis, tened la seguridad de que os reduciré a añicos con esta barra y dejaré al descubierto que no sois más que un montón de barro sin ningún valor.

Mientras el Gran Sabio profería esas amenazas, apareció un sirviente con unas varillas encendidas de incienso en las manos y las colocó en una urna que había delante de las imágenes de Buda. De un empujón, el Peregrino le lanzó rodando por el suelo. Cuando el sorprendido criado levantó la cabeza y vio su cara, sintió tal pavor que de nuevo volvió a caerse. El mismo pánico le hizo cobrar ánimos y, trastabillando una vez tras

otra, logró llegar, con no poca dificultad, a los aposentos del abad.

- Ahí fuera - dijo temblando - hay un monje.

- ¡Todos los sirvientes merecéis ser azotados! - bramó el abad -. ¿No os ordené antes que llevarais a toda esa gente a los pasillos y les dejarais pasar allí la noche? ¿A qué viene molestarme otra vez con lo mismo? ¡Si vuelves a abrir la boca, ten por seguro que te haré dar veinte latigazos!

- Éste es otro monje - se defendió el sirviente -. Además, su aspecto es francamente horroroso.

- ¿Puedes describirmele? - preguntó el abad.

- Tiene los ojos redondos, las orejas puntiagudas, el rostro cubierto totalmente de pelos y una forma de hablar que recuerda la de un dios del trueno - explicó el aterrado sirviente -. Por si esto fuera poco, blande una pesadísima barra de hierro con la clara intención de apalear al primero que se le ponga delante. Rechina, además, los dientes de una forma francamente escalofriante.

- Voy a ver cómo es - dijo el abad y abrió un poco la puerta.

El Peregrino se había metido ya hasta allí sin ser invitado y el pobre abad se puso a temblar. Jamás había visto un rostro tan mal formado, unos ojos tan relucientes, una frente tan hundida y una mandíbula tan saliente. Parecía un cangrejo cocido. El monje sintió tal pánico que cerró a toda prisa la puerta. Pero en un abrir y cerrar de ojos el Peregrino la redujo a astillas y después ordenó:

- Date prisa y adecenta mil habitaciones, que quiero echar una siesta.

El abad, que todavía pugnaba por encontrar un sitio en el que esconderse, se volvió hacia el sirviente y exclamó:

- ¡No me extraña que sea tan feo! Todos los que hablan con arrogancia terminan teniendo una cara tan horrible como la suya. Ya ves, aquí, como mucho, disponemos de trescientas habitaciones, y eso contando mis aposentos, los salones de Buda, las torres de los tambores y campanas, y los dos pasillos. Sin embargo, este tipo exige nada menos que mil para poder echarse una siesta. ¿De dónde vamos a sacar tantas habitaciones?

- Perdonadme que os diga que todo mi valor se ha esfumado - confesó el sirviente -. Me temo que tendréis que encontrar vos una respuesta a tan grande dilema.

Temblando de pies a cabeza, el abad levantó la voz y dijo:

- Os ruego que me escuchéis con atención. Este monasterio es tan humilde e insignificante que no podremos servirlos como merecéis. Os sugiero, por tanto, que vayáis a otro lugar más adecuado para pasar la noche.

La barra del Peregrino adquirió el grosor de una palangana. Con tan poderosa el Gran Sabio golpeó tres veces el suelo y dijo:

- Eso que acabáis de decir tiene una fácil solución. Marchaos de aquí y asunto arreglado.

Pero nosotros hemos residido en este monasterio desde que éramos jóvenes - protestó el abad -. Nuestros antepasados en la fe se lo confiaron a nuestros maestros y ellos a nosotros. Es nuestro deber hacérselo llegar a las personas que un día han de ocupar el puesto que ahora disfrutamos nosotros. ¿Qué clase de hombre sois para exigirnos, sin más ni más, que abandonemos la heredad de nuestros mayores?

- Es mejor que no discutamos con él - sugirió el sirviente -. ¿Por qué no nos vamos? Si no hacemos lo que dice, va a reducir todo a añicos con esa barra.

- ¡Es imposible rendirnos a sus exigencias! - exclamó desesperado, el abad -. Entre jóvenes y ancianos hacemos un total de quinientos monjes. ¿Adonde puede ir una masa tan ingente de personas? Además, si nos marchamos de aquí, jamás encontraremos otro lugar en el que asentarnos.

- Comprendo vuestra situación - dijo el Peregrino, al oír eso -. Pero tengo una fácil

solución. Aceptaré que os quedéis, si uno de vosotros se ofrece voluntario para recibir unos cuantos golpecitos de mi barra.

- Sal tú y recibe ese castigo por mí - ordenó el abad al sirviente, que replicó, muerto de miedo:

- ¿Cómo se os ocurre pedirme una cosa así? ¿No veis lo enorme que es esa barra?

- El proverbio afirma con razón que "se requieren más de mil días para formar un ejército, pero sólo basta uno para destruirlo" - explicó el abad -. ¿Comprendes ahora por qué es preciso que salgas tú y no yo?

- ¡Es inhumano que me ordenéis recibir un castigo semejante! - protestó con decisión el sirviente -. Esa barra es tan grande que, en cuanto me roce, quedaré reducido a puro picadillo.

- Así es - admitió el abad -. Y, si ese bruto se queda ahí con ella, cualquiera puede perder la vida, al chocar distraídamente contra ella por la noche.

- ¿Y aún queréis que salga? - volvió a protestar el sirviente.

Su negativa produjo la indignación del abad, que empezó a regañarle con inusitada crudeza. Pero el sirviente se mantuvo en sus trece y se inició entre ellos una acalorada discusión. Al oírla, el Peregrino se dijo:

- Está claro que ninguno va a aceptar mi proposición. De un solo golpe podría matarlos a los dos, pero eso volvería al maestro en mi contra y no conseguiría nada. Creo que lo mejor es que descargue mi fuerza sobre cualquier otra cosa, para que comprendan esos tontos lo que soy capaz de hacer.

Levantó ligeramente la cabeza y vio que junto a la puerta de los aposentos del abad había un león de piedra. Sin encomendarse a nadie, levantó la barra y la dejó caer sobre la estatua, que al instante quedó reducida a polvo. Al ver lo ocurrido, el monje sintió tal pánico que se metió debajo de la cama, mientras el sirviente trataba de escurrirse al interior de la cocina por un agujero que allí había, sin dejar de gritar:

- ¡Esa barra es demasiado pesada! ¡No puedo someterme de buen grado al castigo que me ordenáis! ¡Es excesivamente dura para mí!

- Sal de ahí, anda - ordenó el Peregrino al abad -. Si dices la verdad, te perdono la vida. ¿Cuántos monjes habitan en este monasterio?

- Hay un total de ochenta y cinco habitaciones, por lo que somos quinientas las personas que aquí residimos.

- Convócalos a todos y diles que salgan con sus mejores galas a recibir a mi maestro - le ordenó el Peregrino -. Si lo haces, te perdonaré la vida y no te rozaré con mi barra.

- Por eso soy capaz de llevarle yo mismo en hombros hasta el salón principal - exclamó, aliviado, el abad.

- No sé a qué esperas entonces - le urgió el Peregrino.

El abad se volvió al sirviente y le dijo:

- No me digas que no te queda ni rastro de valor, porque, aunque las piernas no te respondan y te haya dejado de latir el corazón, tienes que avisar a los demás para que salgan inmediatamente a recibir al Tang.

Al sirviente no le quedó, pues, más remedio que arriesgar su vida. No se atrevió, sin embargo, a salir por la puerta y hubo de hacerlo arrastrándose penosamente por un agujero que conducía directamente a la parte anterior del salón principal. Sin pérdida de tiempo empezó a tañer la campana del oeste y a batir el tambor del este. Los monjes se levantaron a toda prisa y se lanzaron en tropel a los pasillos, visiblemente alarmados. Al llegar al salón principal, preguntaron:

- ¿Como es que estás batiendo el tambor y tañendo la campana, si todavía no ha amanecido?

- Cambiaos inmediatamente de ropa y salid a la puerta principal a dar la bienvenida a

un ilustre maestro que acaba de llegar directamente de la corte del Gran Emperador de los Tang.

Así lo hicieron los monjes, alineándose según su dignidad. Algunos lucían espléndidas túnicas, mientras que otros vestían togas más humildes y los que carecían de rentas se limitaron a pasarse por encima de los hombros unas piezas de tela descolorida. Al verlos, les preguntó el Peregrino:

- ¿Se puede saber qué clase de vestido es el vuestro?

- No nos maltratéis, por favor - suplicaron ellos, temblando de miedo al percatarse de la fealdad de su rostro y de la fiereza de su mirada -. Estas telas nos fueron regaladas hace tiempo por ciertas familias piadosas que habitan en la ciudad, pero, como aquí no hay sastres, hemos tenido que coserlas nosotros mismos. Como podéis apreciar, nuestra pericia con la aguja no es mucha, aunque a este estilo le llamamos "protección contra el infortunio".

El Peregrino no pudo por menos que sonreír y ordenó a los monjes que continuaran caminando hacia la puerta. Al llegar a ella, se arrodillaron y empezaron a golpear el suelo con la frente. El abad levantó entonces la voz y dijo:

- Respetable maestro Tang, hacednos el honor de ocupar los aposentos de nuestro abad y descansad en ellos cuanto deseéis.

- No creáis ni una palabra de lo que dice - le aconsejó Ba-Chie, al ver lo que pasaba -. Si mal no recuerdo, os han tratado con tanto desprecio que las lágrimas inundaban vuestros ojos y parecía como si os hubieran colgado de los labios dos recipientes pequeños de aceite. ¿Queréis decirme qué ha podido hacerles cambiar tan pronto de actitud? Con toda seguridad todo esto obedece a alguna artimaña de Wu-Kung, de lo contrario, no me explico que se arrodillen ante vos con tanto respeto.

- ¡Qué tonto eres! - le reprendió Tripitaka -. Se ve que no tienes ni idea de lo que está pasando. No debes olvidar que, como bien reza el proverbio, "hasta los espíritus tienen miedo de los feos".

Al verlos arrodillados, el monje Tang se sintió muy intranquilo y, acercándose a ellos, les dijo con visible nerviosismo:

- Levantaos, por favor.

Pero los monjes continuaron golpeando el suelo, respetuosos, al tiempo que le suplicaban:

- Interceded por nosotros ante vuestro discípulo y pedidle por lo que más queráis que no nos pegue con esa barra de hierro que tiene. Si accede a ello, quizás nos atrevamos a miraros de frente a los ojos. En caso contrario, continuaremos arrodillados toda nuestra vida.

- No los pegues, Wu-Kung - ordenó el monje Tang.

- No pienso hacerlo - replicó el Peregrino -. Soy consciente de que podría acabar con todos ellos de un solo golpe.

Al oírlo, los monjes se levantaron a un tiempo. Algunos tomaron de las riendas al caballo, mientras otros cargaban con el equipaje y los más cogieron a hombros al monje Tang, a Ba-Chie y al Bonzo Sha y los llevaron con inesperado fasto al interior del monasterio. En cuanto hubieron tomado asiento, todos los monjes se acercaron a ellos y les rindieron pleitesía. Tripitaka se sintió muy incómodo ante tales muestras de respeto y, dirigiéndose al abad, dijo:

- No es preciso que os mostréis tan ceremoniosos conmigo. Al fin y al cabo no soy más que un pobre monje y todos servimos a un mismo maestro: Buda.

- Aunque nos aten los mismos vínculos de hermandad - contestó el abad-, vos sois un enviado imperial, que habéis hecho un penosísimo viaje para llegar hasta aquí. Todo lo que hagamos por vos será, en verdad, muy poco, sobre todo teniendo en cuenta que en

un principio fuimos incapaces de reconocer en vos a una persona de indudable alcurnia. Permitidme preguntaros si deseáis tomar una comida corriente o preferís probar nuestros platos vegetarianos.

- Jamás he probado carne en mi vida - respondió Tripitaka.

- Ye habéis oído lo que ha dicho nuestro respetable maestro – dijo el abad, dirigiéndose a los suyos -. Id inmediatamente a preparar un banquete.

- También nosotros somos vegetarianos - anunció el Peregrino, levantando la voz -. Hemos mantenido, de hecho, esa dieta desde el momento mismo de nuestro nacimiento.

- ¿Cómo es posible? - exclamó, sorprendido, el abad -. Jamás imaginé que hombres tan violentos como vosotros se alimentaran sólo de verduras.

El Peregrino arrugó el ceño, ofendido. Afortunadamente otro de los monjes se acercó en seguida a él y le preguntó:

- ¿Cuánto arroz queréis que cozamos?

- ¡Cuidado que sois tacaños! - exclamó, malhumorado, Ba-Chie -. ¿A qué viene preguntar eso? Nosotros no exigimos nada. Dadnos lo que creáis conveniente.

Los monjes inclinaron, respetuosos, la cabeza y corrieron a lavar los potes y las cazuelas. Algunos se retiraron al interior del monasterio y trajeron hachones y luces, mientras otros ponían la mesa.

En cuanto los Peregrinos hubieron saciado su hambre, los monjes retiraron las sobras y Tripitaka dio las gracias al abad, diciendo:

- Estamos en deuda con vos por vuestra inestimable hospitalidad.

829

- En absoluto - contestó el abad a toda prisa -. En realidad, no hemos hecho nada por vos.

- ¿Tenéis la amabilidad de indicarnos el lugar en el que vamos a pasar la noche? - preguntó Tripitaka.

- No os preocupéis por eso, maestro - respondió el abad tengo todo pensado - se volvió a uno de los sirvientes y le preguntó - ¿Queda libre algún criado?

- Creo que sí, señor - contestó el sirviente.

- En ese caso - concluyó el abad -, que dos o tres se encarguen de dar de comer al caballo de nuestro huésped. Los demás que vayan a la parte delantera y adecen tres de las habitaciones del Zen, sin olvidarse de las sábanas y los mosquiteros. Es preciso que nuestros hermanos se encuentren entre nosotros lo más cómodamente posible.

Los sirvientes obedecieron sin rechistar. En cuanto hubieron acabado su cometido, regresaron junto al monje Tang y le invitaron a retirarse a descansar. Al llegar a las habitaciones del Zen, vieron que estaban iluminadas como si formaran parte de un palacio y que las camas habían sido hechas con inusitado esmero. Pese a todo, el Peregrino ordenó a uno de los sirvientes que trajera el caballo y lo atara junto a sus lechos. Tripitaka tomó asiento en el lugar más iluminado y al instante se vio rodeado por los monjes del monasterio - quinientos en total -, que no se atrevían a retirarse a descansar hasta que no hubieran recibido su venia. Comprendiendo su estado de ánimo, Tripitaka se levantó y les dijo:

- Retiraos, por favor, a vuestros aposentos. Creo que entonces yo mismo podré abandonarme a un descanso reparador.

Pero ellos se negaron a marcharse, porque el abad les había ordenado que no se apartaran de su lado hasta que no hubieran provisto al monje Tang de cuanto necesitara. Fue preciso, pues, que el maestro les dijera una vez más:

- No necesito nada más, gracias.

Ellos se levantaron entonces y, poco a poco, se fueron retirando: En cuanto se hubieron marchado, el monje Tang pareció sentirse más relajado. Se asomó a la puerta y, al ver el

puro resplandor de la luna, llamó a sus discípulos, diciendo:

- Venid, acercaos.

Tanto el Peregrino como Ba-Chie y el Bonzo Sha dejaron lo que estaban haciendo y acudieron a su lado. Emocionado por el límpido resplandor de la luna, un disco brillante que iluminaba toda la tierra, Tripitaka compuso en estilo antiguo un largo poema, que dejaba traslucir, de alguna manera, su añoranza por las tierras de las que había partido. El poema era como sigue:

Suspendido en lo alto, el globo de luz se asemeja a una piedra preciosa cuidadosamente tallada. Su fulgor es tal que nada de cuanto existe sobre la tierra escapa a él. Muros de jaspes y torres de jade se llenan de la claridad de su luz. Sus rayos se extienden normalmente durante más de diez mil millas, pero esta noche poseen una luminosidad mayor que la de todas las noches de un año juntas. Parece un enorme pastel de escarcha emergiendo de la azulada oscuridad del mar, o un disco de hielo suspendido con un inmenso clavo del verdor de jade del cielo. En una oscura posada que se alza junto a un camino el frío de la noche hace quejarse a uno de los huéspedes, mientras que en una aldea de la montaña un anciano descansa tranquilamente en la humildad de su cabaña. Todo lo contempla la luna con sus ojos de plata. Irrumpe con dureza en la corte de los Han, sumiendo en un extraño desasosiego a los ancianos, y hace que las prostitutas se maquillen con cuidado, cuando su luz comienza a ascender poco a poco por los muros de las Torres de Chin 5. Por ella escribió Yü-Liang los poemas que contiene La Historia de Tsin, y Yüan-Hung 6 surcó en su bote innumerables ríos. Cuando se refleja en el borde de copas y tazas, su luz parece lánguida y fría, pero, cuando muestra todo su poder embriagador de luz en los claros de los bosques, recuerda la insuperable potencia de los dioses. Al contemplarla, detrás de cada ventana se escucha la canción de la bola de nieve y se oye en cada hogar el tañido de instrumentos musicales con las cuerdas de hielo 7. Esta noche su sosegadora belleza viene a posarse sobre un monasterio. ¿Cuándo volveré a verla reclinada sobre el tejado de mi hogar?

- La luz de la luna os trae la añoranza de vuestra tierra - dijo el Peregrino, acercándose a él -, pero no debéis olvidar que ella es también el símbolo de los muchos cambios que se producen en la naturaleza. El ser es, en realidad, una pura apariencia que cambia continuamente de forma. Cuando el ciclo lunar alcanza su trigésimo día, se disuelve todo el metal que contiene su yang, mientras que el agua de su yin alcanza tal nivel que termina desbordándose sobre todo el orbe. De ahí que a ese día se le conozca por el nombre de "oscuro", ya que la luna se ha visto despojada de toda su luz y yace en la más absoluta tiniebla. Es precisamente en ese momento cuando copula con el sol y durante dos días queda preñada de su incomparable luz. Al tercero surge una porción de yang, que se multiplica por tres, al llegar al octavo. Para entonces la mitad de su yang habrá invadido justamente la mitad de su yin, quedando su porción inferior completamente sumida en la oscuridad. De ahí que a este ciclo del mes se le llame "cuarto creciente" o "arco superior". Al cabo de otros siete días, es decir, al decimoquinto, habrán madurado otras tres porciones más de yang, obteniéndose, así, una unión absoluta y perfecta. Es el momento de la luna llena y en ese instante se dice que está mirando de frente al sol, conociéndose también ese período por este nombre. El día decimosexto, sin embargo, se habrá formado ya una porción de yin, que se multiplicará por dos en cuanto se alcance el vigésimo segundo día. En ese preciso instante, la mitad de su yin invadirá la mitad justamente de su yang, quedando su porción inferior completamente sumida en la oscuridad. De ahí que a este ciclo del mes se le llame "cuarto menguante" o "arco inferior". Al llegar al trigésimo día, estarán ya dispuestas todas las porciones de yin y la luna habrá alcanzado, una vez más, un estado de oscuridad total y absoluta. Todo esto es el símbolo del proceso de constante purificación que se lleva a cabo en el seno de la misma naturaleza. De hecho, en el momento que consigamos que los Dos Ochos se conviertan en el Nueve Veces Nueve 8, seremos capaces de ver cara a cara al mismísimo Buda y podremos regresar tranquilamente a nuestro hogar. Por eso, afirma el poema:

"Entre el primero y el último cuarto se mezclan los elementos del elixir y se adquiere la suprema perfección. Antes, no obstante, hay que refinarlo todo en la retorta, de lo contrario, la constancia jamás dará su fruto y nunca podrá llegarse al Paraíso Occidental".

El maestro se sintió al punto iluminado y comprendió a la perfección el significado de estas palabras capaces de conseguir la inmortalidad. Su satisfacción era tal que no dejaba de agradecer a Wu-Kung lo que había dicho. El Bonzo Sha, sin embargo, sonrió enigmáticamente y dijo:

- Tengo que reconocer que nuestro hermano ha explicado con toda claridad que el primer cuarto lunar corresponde al yang y el segundo al yin, obteniéndose el metal de agua justamente en la mitad de tan extraordinario proceso. No obstante, no ha hecho mención alguna a la circunstancia de que, una vez mezclados el fuego y el agua, su atracción es prácticamente irresistible, dependiendo de la decisión de la Madre Tierra que dicha unión se lleve a efecto o no. Esto se produce sin ningún tipo de enfrentamiento, ya que el agua procede del Gran Río y la luna se encuentra suspendida en el cielo.

D nuevo volvió a hacerse la claridad en la mente del maestro, repitiéndose el fenómeno de que, en cuanto la verdad alcanza el corazón, se adueña de todo el ser. De la misma forma, cuando alguien logra resolver el problema del no-nacimiento, se convierte en un dios.

Ba-Chie se llegó entonces hasta su maestro y, tirándole de la manga dijo:

- No prestéis atención a tanta palabrería. Lo que le pasa a la luna es que después de borrarse del cielo, vuelve a hacerse de nuevo redonda. Vamos, que, mirándolo bien, es tan imperfecta como pueda serlo yo. Ya veis, a la hora de comer todo el mundo me echa en cara que tengo un hocico demasiado protuberante y que con él no se me escapa ni un gramo de arroz. Además dicen que soy un estúpido redomado, mientras que ellos poseen la bendición de la inteligencia y la comprensión. Una cosa tengo, sin embargo, lo suficientemente clara, y es que, en cuanto hayamos conseguido las escrituras, habremos dado por terminados los tres senderos del karma y podremos subir al cielo con un ligero movimiento de nuestras cabezas y rabos.

- En fin - suspiró Tripitaka, dando por terminada la discusión -. Debéis de estar extenuados. Id a dormir, mientras yo medito un poco más sobre las escrituras.

- Me parece que estáis equivocado - se atrevió a decir el Peregrino -. Toda vuestra vida habéis sido un monje, de lo que deduzco que debéis de estar familiarizado con todas las escrituras que estudiasteis en vuestra juventud. Posteriormente el Emperador de los Tang os pidió que hicierais el largo viaje que conducía al Paraíso Occidental y obtuvierais el auténtico Canon del Mahayana. ¿Queréis explicarme sobre qué porción de escritura deseáis meditar, cuando aún no habéis conseguido la perfección suficiente para ver a Buda cara a cara y no os habéis hecho, por consiguiente, todavía con sus escritos?

- Desde el momento en que abandoné Chang-An - contestó Tripitaka -, no he hecho otra cosa más que viajar. Eso me ha hecho temer a veces que pudiera olvidar lo que aprendí en mi juventud. Esta noche se presenta, por fin, una oportunidad única para meditar y no quisiera desaprovecharla.

- En ese caso - concluyó el Peregrino -, lo mejor será que nos vayamos a dormir primero nosotros.

No había acabado de decirlo, cuando los tres se retiraron a sus respectivos lechos. El maestro cerró entonces las puertas del salón del Zen y, tomando en su mano una luz, desenrolló un pergamino y comenzó a meditar sobre él. En la torre sonó la primera vigilia y al punto cesó por doquier toda actividad humana. Hasta en las orillas de los ríos se apagaron todas las luces que hasta entonces habían estado brillando sobre los

barcos de los pescadores.

No sabemos cómo el maestro partió de aquel monasterio. Quien desee conocerlo, tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se ofrecen en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXVII

LA VISITA NOCTURNA DEL REY FANTASMA A TRIPITAKA. WU-KUNG CONDUCE AL JOVEN DE LA MANO, TRAS EXPERIMENTAR UNA SERIE DE EXTRAORDINARIAS METAMORFOSIS

A la luz de las lámparas Tripitaka meditó durante largo rato sobre la Letanía Acuática del Rey Liang ¹, abandonándose a continuación a la lectura del Auténtico Sutra del Pavo Real. A la tercera vigilia enrolló, por fin, las escrituras y las devolvió a la funda que las había protegido durante años. Cuando se disponía a retirarse a descansar, escuchó con claridad el lúgubre lamento de un viento inusualmente fuerte. Temiendo que pudiera apagársele la lámpara, trató de protegerla a toda prisa con la manga de la túnica. La llama osciló peligrosamente, pero él estaba ya tan cansado que dejó caer pesadamente la cabeza sobre la tapa del escritorio y se quedó medio dormido. Aunque sus ojos estaban cerrados, su espíritu se mantenía en un estado de semivigilia, que le permitía escuchar con claridad continuo suspiro del viento en el exterior de su ventana.

Parecía un viento, en verdad, extraño, pues silbaba de una forma poco habitual y producía un ruido muy raro, al arrastrar las hojas caídas y al dispersar, uno tras otro, los rebaños de nubes. Las estrellas y planetas desaparecieron de la vista, pues toda la tierra se mostraba cubierta de andanadas de polvo y la arena parecía cubrirlo todo. Aquel viento a veces daba la impresión de ser extremadamente fiero, y otras, comprensiblemente suave. Los bambúes y pinos se mecían en esos momentos con su gracia habitual en el aire, mientras que en aquéllos lagos se veían surcados por olas gigantescas y los ríos arrancados sin ninguna consideración de sus cauces. Soplaba con tal fuerza que las aves de la montaña eran incapaces de hacerle frente y se les desgarraban las gargantas de tanto gritar. En el mar los peces olvidaban el significado de la palabra paz y se veían sometidos a incontables tumbos. De todos los salones, tanto orientales como occidentales, se desgarraban ventanas y puertas, y los dioses y espíritus no sabían qué decisión tomar. En el gran salón de Buda el jarrón de la flor fue a parar al suelo, el recipiente de aceite se tambaleó peligrosamente y la lámpara de la sabiduría estuvo a punto de apagarse. La urna del incienso sufrió peor suerte, yendo a parar al suelo y viendo, impotente, cómo sus cenizas se esparcían en todas las direcciones. Los candelabros se mantenían milagrosamente de pie, aunque ya no servían para mucho, porque lo único que sostenían eran pequeñas columnitas de humo. Las banderas y estandartes sagrados habían sido desgarrados sin ninguna consideración, mientras en lo alto de las torres el tambor y la campana se tambaleaban con peligro de caerse desde una altura tan considerable. En cuanto se hubo disipado el vendaval, al maestro le pareció oír en su duermevela una voz muy débil, que le llamaba desde fuera, diciendo:

- ¡Maestro!

Tripitaka se levantó a toda prisa y preguntó, sobresaltado:

- ¿Quién sois? ¿No seréis, por casualidad, un demonio o un fantasma que se ha llegado hasta aquí con el único fin de burlarse sin ninguna consideración de mí? Si es así, sabed que yo no soy una persona avariciosa y sin conciencia, sino un monje simple y de recto obrar. Si estoy aquí, es porque en su día el Emperador de los Tang, Señor de las Tierras del Este, me ordenó ir al Paraíso Occidental en busca de las escrituras sagradas, no por

mi propia voluntad. Tengo conmigo a tres discípulos, hombres valientes capaces de domar tigres y dominar dragones. Su destreza en las artes marciales es tal que pueden repeler a cualquier demonio y acabar con cuanto monstruo se le ponga por delante. Si te ven, ten la seguridad de que no pasara mucho tiempo antes de que te veas reducido a polvo y lodo. Repara, por tanto, en lo comprensivo de mi actitud, pues yo mismo soy conocedor de no pocas técnicas mentales para acabar con el mal. Te conmino, pues, a que abandones este lugar ahora que todavía dispone de tiempo, y no cometas la osadía de llegarte hasta las puertas de este magnífico salón de Zen en el que estamos descansando.

Para entonces el ser que estaba fuera había empezado a empujar puerta, al tiempo que replicaba:

- Estás muy equivocado, maestro. Aquí fuera no hay ningún monstruo ni demonio.

- Si es verdad lo que decís - contestó Tripitaka -, ¿por qué permanecéis levantado hasta tan tarde?

- Si no me creéis - respondió la voz -, abrid los ojos y echadme un vistazo.

El maestro así lo hizo y pudo ver que el visitante llevaba sobre la cabeza una especie de sombrero que se elevaba hacia lo alto y traía ceñida la ropa con un cinturón de jade verde. Vestía una túnica roja con bordados de fénix danzarines y dragones voladores. Calzaba, igualmente, unas botas adornadas con dibujos de nubes y en sus manos sostenía un bastón de jade en el que se habían grabado las estrellas y planetas. Su rostro recordaba el del rey inmortal del Monte Tai y toda su figura traía a la mente el recuerdo del muy culto rey Wen-Chang 2. Al ver la nobleza de su porte, Tripitaka perdió el color y, arrodillándose precipitadamente ante él, preguntó con voz indecisa:

- ¿A qué dinastía pertenecéis, majestad? Tomad asiento, por favor - y extendió las manos hacia el visitante, pero lo único que logró asir fue el viento.

Desconcertado, se dio la vuelta y se dejó caer sobre una silla. El hombre estaba, incomprensiblemente, a su lado y, sacando fuerzas de flaqueza, volvió a preguntarle:

- ¿De qué país sois rey? ¿Cuál es el nombre del imperio que regís? ¿Habéis tenido que escapar de vuestros dominios para poder salvar la vida a causa de la traición de vuestros ministros o de algún tipo de discordia civil? Responded, os suplico, a estas preguntas.

Antes de hacerlo, las lágrimas fluyeron libremente por sus mejillas y la tristeza le hizo arquear significativamente las cejas.

- Maestro - dijo por fin -, mi hogar se encuentra a unos cuarenta kilómetros al oeste de aquí. Allí se levanta la ciudad que constituye el centro y el eje de mi reino.

- ¿Cómo se llama? - inquirió Tripitaka.

- Al fundarlo - contestó el hombre -, le dimos el nombre de Reino del Gallo Negro.

- ¿Puedo preguntaros por qué parecéis tan asustado y cuál es el motivo que os ha traído hasta aquí? - indagó, cada vez más sorprendido, Tripitaka.

- Hace aproximadamente cinco años - explicó el hombre - se produjo en esta región una sequía tan pertinaz que toda la vegetación terminó secándose y la gente comenzó a morir de hambre. ¡Fue horrible, en verdad!

- Debéis recordar, majestad - le interrumpió Tripitaka, sonriendo y sacudiendo la cabeza -, que los antiguos afirmaban que "el Cielo favorece a los reinos en los que se respeta la justicia". De vuestra palabras deduzco que en esos momentos de prueba no fuisteis lo suficientemente compasivo con vuestros súbditos. ¿Por qué tratasteis con mano dura vuestras tierras, cuando la sequía lo devastaba todo y el hambre se había adueñado de vuestros dominios? En semejante situación, deberíais haber abierto de par en par vuestros graneros aliviando, así, el dolor de vuestro pueblo. Teníais, así mismo, la obligación de haberos arrepentido de todos los desmanes que hubierais cometido, comprometiéndoos a no volver a caer en ellos jamás. De esa forma, cuando hubieran

sido puestos en libertad los acusados y condenados injustamente, el Cielo se habría apiadado también de vuestro reino y las lluvias habrían caído en sazón en vuestros desolados campos.

- Al poco de iniciarse la sequía - contestó el hombre -, todos los graneros de mi reino estaban completamente vacíos y no quedaba la menor reserva de comida. Mis colaboradores, tanto civiles como militares, dejaron de recibir su salario y en mi mesa no volvió a servirse jamás carne. Todos mis esfuerzos estuvieron encaminados a seguir los pasos del rey Yü, cuando logró dominar la inundación que a punto estuvo de acabar con su reino. Míos fueron los sufrimientos de mi pueblo. Para aliviarlos, recurrí a las purificaciones rituales, practiqué una estricta dieta vegetariana y me entregué de lleno a la abstinencia. Durante tres años ofrecí día y noche al cielo sacrificios y ofrendas, pero todo resultó inútil. Nuestros ríos continuaron sin cauce y nuestros pozos siguieron tan secos como antes. Cuando más desesperados estábamos, apareció de improviso, procedente del Monte Chung-Nan, un taoísta que decía pertenecer a la Secta de la Verdad Absoluta ³ y que afirmaba poseer poderes capaces de levantar los vientos y traer la lluvia. Se comentaba, igualmente, que tenía la facultad de transformar las piedras en oro. Un día se presentó ante mis subalternos y solicitó tener una audiencia conmigo. Esperanzados por su oferta, le invitamos a ocupar la plataforma litúrgica y a elevar al cielo sus oraciones, que se mostraron tan eficaces que, en cuanto las hubo concluido, el firmamento se deshizo en una lluvia realmente torrencial. Todos pensábamos que con un metro de agua sería más que suficiente, pero él afirmó que la sequía había sido extremadamente severa y que, para remediar sus efectos, se precisaría por lo menos otro medio metro más. Al comprobar su magnanimidad, decidí hacer con él un pacto de hermandad y en poco tiempo concluimos la Ceremonia de las Ocho Inclinaciones.

- No dudo - comentó Tripitaka - que vuestro gozo sería entonces completo.

- ¿Por qué decís eso? - preguntó el hombre.

- Porque sus poderes eran tales que, en cuanto precisarais de agua, él os la facilitaría y otro tanto haría con el oro, cuando vuestras arcas estuvieran a punto de vaciarse - respondió Tripitaka -. Lo que no comprendo es cómo, con un hombre así a vuestro lado, habéis tenido que abandonar la ciudad y llegaros hasta aquí.

- Durante dos años lo compartimos todo - dijo el hombre, continuando con su narración -. La primavera llegó, una vez más, a nuestro reino y los melocotoneros y albaricoqueros se llenaron de flores bellas en extremo. Eran tan hermosas que todos los habitantes del reino salieron a gozar de su seductora belleza. Tampoco nosotros escapamos a su hechizo. En cuanto los funcionarios se hubieron retirado a sus mansiones y las concubinas a sus aposentos, el taoísta y yo salimos al jardín imperial agarrados de la mano. Al llegar junto a un pozo con el brocal octogonal recubierto totalmente de mármol, arrojó algo en él que comenzó a emitir una atractiva luz dorada. Intrigado, me acerqué aún más al pozo para ver de qué se trataba. Pero la traición se apoderó de su corazón y me arrojó sin ninguna piedad a las aguas, cubriendo a continuación el brocal con una pesada losa de piedra. No contento con eso, selló el pozo con lodo y barro, apañándose incluso para trasplantarle un árbol de tupida copa. ¡Qué mala suerte la mía! Llevo muerto tres años ⁴ sin que mi espíritu haya encontrado el ansiado descanso, porque mi muerte no ha sido todavía vengada.

Al oír que aquel hombre era, en realidad, un fantasma, el monje Tang mudó de color y todos los pelos se le pusieron de punta. Pero poco podía hacer, salvo decir a tan inusitado visitante:

- Hay algo que no logro entender sobre cuanto me habéis relatado. Si, como decís, lleváis tres años muerto, ¿no resulta extraño que vuestros ministros no os hayan echado de menos ni hayan organizado la búsqueda de vuestro cadáver? Mirándolo bien, tienen

la obligación de reunirse con vos cada tres días.

- No conocéis los poderes de ese taoísta - replicó el hombre -. Son tan extraordinarios que dudo que haya alguien en todo el mundo capaz de igualarlos. Después de asesinarme, sacudió una sola vez el cuerpo y al instante se convirtió en una copia exacta de mí mismo. No es extraño que no le haya costado ningún trabajo hacerse con mi reino. Nadie se ha dado cuenta en todo el imperio de que se trata de un impostor. Ni mis cuatrocientos colaboradores directos, tanto civiles como militares, ni mis esposas y concubinas, ni las incontables damas que sirven con dedicación en los tres palacios. Todo es ahora suyo.

- Me da la impresión, majestad - se aventuró a decir Tripitaka - de que sois un tanto tímido.

- ¿Qué os ha hecho pensar eso? - inquirió el hombre.

- No discuto que ese malvado - contestó Tripitaka -, valiéndose de sus malas artes, se las haya apañado para adoptar vuestra figura, usurpar vuestro reino y confundir a vuestras mujeres y colaboradores más cercanos. Es claro que ninguno de ellos ha podido darse cuenta del cambio. Pero, aunque muerto, vos en ningún momento habéis sido ajeno a él. ¿Cómo no habéis acudido, entonces, al Reino de las Sombras y habéis presentado una querrela ante el mismísimo Rey Yama? Es preciso que el Más Allá tenga puntuales noticias de su censurable modo de obrar.

- No es tan sencillo como pensáis - respondió el hombre -. Es íntimo amigo de la mayoría de los funcionarios celestes. No os digo más que el dios protector de la ciudad bebe con él con cierta frecuencia, los dragones de los océanos son parientes suyos, el Sosia del Cielo del Monte Tai se cuenta entre sus amistades más firmes y los Diez Reyes de ultratumba han hecho con él pactos de hermandad. ¿Adónde voy a ir yo a presentar una queja contra él?

- Si el Reino de las Sombras está de su parte, ¿por qué no acudís al de la Luz? - insistió Tripitaka.

- ¿Cómo iba a estar aquí ahora hablando con vos, si no lo hubiera hecho? - replicó el hombre -. Puedo aseguraros que no ha resultado nada fácil, porque mi espíritu es aún imperfecto y no me está permitido entrevistarme con nadie del Reino Superior. A ello ha habido que añadir que los diferentes devas, los Seis Dioses de la Luz y las Seis Deidades de las Tinieblas, los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, los Cuatro Centinelas y los Dieciocho Protectores de la Fe son defensores vuestros y no dejan a nadie acercarse a vos. Afortunadamente el Dios-que-patrulla-la-noche me trajo hasta aquí a lomos de su viento huracanado y les dijo que se habían cumplido ya los tres años de sufrimiento acuático que les aguardan a todos los muertos, por lo que tenía derecho a que me fuera concedida una audiencia con vos. Ante tales razones no pusieron ningún inconveniente, informándome, incluso, de que viaja con vos un hombre capaz de acabar con los monstruos y de terminar con los demonios, conocido como el Gran Sabio, Sosia del Cielo. Eso me ha movido a venir a suplicaros que os dirijáis a mí reino y hagáis cuanto podáis por poner en evidencia al impostor que se ha apoderado de mis dominios. En prueba de agradecimiento, os prestaré en el futuro toda la protección de que sea capaz, enriqueciéndoos, al mismo tiempo, sin medida.

- ¿Así que habéis venido hasta aquí para pedir a mi discípulo que os ayude a deshaceros de ese monstruo? - concluyó Tripitaka.

- Exactamente - contestó el hombre.

- He de reconocer que no hay nadie como mi discípulo a la hora de atrapar monstruos y dominar demonios - comentó Tripitaka -. Es más, de buen grado os prestará toda la ayuda que preciséis. Pero me temo que esa empresa va a resultarle extremadamente difícil.

- ¿Queréis explicarme por qué? - preguntó el hombre, descorazonado.

- Porque si ese demonio posee tales poderes que se ha convertido en vuestra copia exacta, vuestras mujeres y ministros sentirán por él una simpatía y una fidelidad por encima de toda duda - respondió Tripitaka -. He de advertiros que mi discípulo, aunque es extremadamente valiente, no es amigo de la violencia. Eso sin contar con que, si caemos en poder de vuestros soldados y nos acusan de alta traición, muy bien podemos terminar en la más lóbrega de vuestras mazmorras por atentar contra la seguridad de vuestra ciudad. ¿No habrán resultado entonces nuestros esfuerzos tan inútiles como quien desea dibujar una garza o un tigre y sólo consigue bosquejar un pato y un perro?

- No, porque todavía cuento en la ciudad con un partidario mío - contestó el hombre.

- Eso está muy bien - exclamó Tripitaka, más animado -. Me figuro que se tratará de algún príncipe, descontento del actual gobernador del imperio por haber sido enviado a algún puesto peligroso y lejano.

- Me estoy refiriendo a mi hijo - aclaró el hombre - y aún sigue viviendo en el palacio.

- Me extraña que no haya sido eliminado por ese monstruo - comentó Tripitaka.

- No ha tenido tiempo para eso - dijo el hombre -. De momento le ha mantenido encerrado en el Salón de los Carillones de Oro, discutiendo sobre los clásicos y encargándose de pequeños problemas de estado. Pero en estos tres años no le ha permitido ver a su madre ni una sola vez y eso le ha acarreado su enemistad.

- ¿Por qué ha sido tan duro con él? - preguntó, una vez más, Tripitaka.

- Muy sencillo - respondió el hombre -. Desde el principio el monstruo ha temido que, si madre e hijo tuvieran la oportunidad de encontrarse a solas, podría salir a la luz toda la verdad y venirse abajo su maléfico plan.

- Aunque no me cabe duda de que tu mala fortuna ha sido prefijada de antemano por el Cielo, he de reconocer que tiene cierto paralelismo con mi propia historia - reveló Tripitaka -. Hace mucho tiempo mi padre fue asesinado por un bandido que acabó desposándose a la fuerza con mi madre. A los tres meses de tan luctuoso suceso me dio a luz a mí, librándome de la muerte gracias a que tuvo la feliz idea de confiarme a las aguas. Tuve la buena fortuna de que me librara de ellas el virtuoso maestro del Monasterio de la Montaña de Oro, quien me cuidó como si fuera hijo suyo. Pensándolo bien, desde mi más tierna infancia me vi privado de mis padres, lo mismo que vuestro hijo el príncipe. ¡Qué lástima que exista por doquier tanto sufrimiento! Pero no es mi intención lamentarme de mi propio pasado. Quisiera que me informarais cómo voy a poder entrevistarme con vuestro hijo.

- ¿Por qué lo preguntáis? - exclamó el hombre.

- Como acabáis de decir se encuentra tan vigilado por ese monstruo que no le deja ver ni siquiera a su madre. Mirándolo bien, yo no soy más que un simple monje. ¿Cómo voy a conseguir una audiencia a solas con él?

- Eso no es ningún problema - respondió el hombre -. Mañana mismo tiene pensado salir de la corte.

- ¿Puedo preguntaros con qué objeto? - replicó Tripitaka.

- Para ir a cazar en las afueras de la ciudad - contestó el hombre -. De hecho ha seleccionado ya a los tres mil hombres que han de acompañarle y ha escogido los mejores caballos, perros y halcones. No dispondréis de una ocasión mejor que ésta, os lo aseguro. Transmitidle lo que yo os diga y estad seguros de que os creará.

- Todo eso está muy bien - objetó Tripitaka -, pero sus ojos son mortales, y su naturaleza, humana. ¿Cómo va a creer lo que yo le diga, si ha sido engañado por ese monstruo hasta el punto de pensar que es su auténtico padre?

- Por si eso ocurriera - aclaró el hombre -, estoy dispuesto a ofrecer os un signo ante el que no dudará.

- ¿De qué se trata? - preguntó Tripitaka, curioso.

- De esto - dijo el hombre, poniendo en sus manos un disco de jade blanco con incrustaciones de oro.

- ¿Queréis explicarme qué es? - volvió a preguntar Tripitaka.

- Tras adoptar mi figura, el taoísta se dio cuenta de que le faltaba este pequeño disco para ser en todo igual a mí. Para salir del paso, dijo que se lo había robado el mago de la lluvia, por lo que lleva más de tres años sin verlo. Estoy seguro de que, en cuanto caiga en manos del príncipe, se acordará de su auténtico dueño y hará cuanto esté de su por vengarme.

- Está bien - concluyó Tripitaka -. Prestádmelo y, si me lo permitís, voy a tratar de todo ello con mi discípulo. ¿Deseáis quedaros aquí, mientras hablo con él?

- Me temo que no me queda mucho tiempo - contestó el hombre -. Mi deseo es pedir al Dios-que-patrulla-la-noche que me lleve hasta el palacio a lomos de su viento huracanado, con el fin de mostrarme en sueños a mi esposa y ponerla al tanto de todo. De esa forma, madre e hijo estarán absolutamente de vuestra parte y no dudarán de vuestra palabra.

- Es una idea excelente - comentó Tripitaka, sacudiendo afirmativamente la cabeza -. Podéis marcharos cuando deseéis.

El hombre se despidió de Tripitaka con una leve inclinación. El maestro trató de acompañarle hasta la puerta, pero inesperadamente cayó al suelo. Miró entonces hacia arriba y comprobó que todo había sido un sueño. Intranquilo por lo ocurrido, se quedó mirando a oscuridad, mientras repetía con voz temblorosa:

- ¡Discípulos, discípulos míos!

- A qué viene tanto grito? - preguntó Ba-Chie, agitándose pesadamente en su lecho -. Antaño fui un hombre poderoso que se pasaba el día devorando seres humanos. ¡Qué placer probar el sabor de la carne y de la sangre! Todo, sin embargo, se vino abajo, cuando aparecisteis vos y me pedisteis que os acompañara en vuestro viaje. Pensé que, al aceptar, me convertiría en un monje, pero, en realidad terminé siendo un esclavo. De día cargo con una pértiga y conduzco de la bridas al caballo, mientras que de noche me veo obligado a ocuparme del orinal y a oler el tufo de vuestros pies, cuando tenemos la oportunidad de compartir el mismo lecho. ¿Por qué no os retiráis a dormir, de una vez, y dejáis de molestar a los que con tanta devoción os siguen?

- Me quedé dormido sobre la mesa y me asaltó una horrible pesadilla - informó Tripitaka, sin recuperarse del todo.

- Siempre tenéis la mala costumbre de dejaros llevar por vuestros sueños - comentó el Peregrino, poniéndose al punto de pie -. Antes de escalar una montaña, tenéis ya miedo de los monstruos que puedan habitar en ella. Os atormenta la distancia que aún os queda por recorrer hasta el Templo del Trueno y no dejáis de pensar en Chang-An, preguntándoos si algún día seréis capaz de volver a ella. Vuestra mente es tan inquieta que se ve asaltada de continuo por sueños y pesadillas. Deberíais aprender de mí. Ya veis, todos mis esfuerzos están encaminados a alcanzar el Oeste y eso me permite descansar tranquilamente, sin que me asalte la menor desazón.

- La pesadilla que he tenido es de una índole muy distinta - dijo Tripitaka -. No tenía nada que ver con la añoranza de mi tierra. Al cerrar los ojos, se levantó un viento huracanado que trajo hasta aquí a un Hijo del Cielo. No se atrevió a entrar en estos aposentos, prefiriendo quedarse a la puerta. Me informó que era el Señor del Reino del Gallo Negro, pero todo su cuerpo parecía estar mojado y lloraba sin consuelo.

El maestro relató entonces la conversación que había mantenido con el desconocido.

- No tenéis que decirme más - concluyó el Peregrino, en cuanto hubo escuchado -. Si se ha presentado tan de improviso ante vos en sueños, ha sido porque deseaba que me

ocupara de su caso. Con toda seguridad un monstruo ha usurpado su trono y se ha hecho con su antiguo reino. Creo que es mi obligación desenmascarar a esa bestia, cosa, por otra parte, nada difícil, teniendo en cuenta la bien probada efectividad de mi barra.

- No seas tan impulsivo, por favor - le aconsejó Tripitaka -. Recuerda que los poderes de ese monstruo son extraordinarios.

- No os preocupéis por eso - contestó el Peregrino -. Por muy grandes que sean, no tendrá lugar adonde huir, cuando haya puesto mis pies en el palacio que ahora habita.

- ¡Ahora que recuerdo! - exclamó Tripitaka de pronto -. Me dejó algo como prenda de que lo que decía era verdad.

- Es mejor que no perdáis el tiempo buscándolo - sugirió Ba-Chie -. Mirándolo bien, no se trataba más que de un simple sueño. ¿Para qué seguir hablando de esas tonterías?

- No estoy de acuerdo contigo - replicó el Bonzo Sha -. Como reza el dicho, "quien no cree en la honradez del honrado debe precaverse de los malos modales del amable". Lo mejor será que cojamos unas antorchas y salgamos a echar un vistazo. Nadie podrá acusarnos de no hacer todo lo que estaba en nuestra mano.

El Peregrino abrió la puerta y salieron todos a mirar. No tardaron en encontrar, a la luz de las estrellas y la luna, un disco de jade blanco con incrustaciones de oro. Estaba tirado en uno de los escalones y, extrañamente, todos lo vieron al mismo tiempo.

- ¿Se puede saber qué es esto? - preguntó Ba-Chie, cogiéndolo dado con cuidado.

- Como ves, es un disco de jade, uno de los tesoros más preciados de ese rey fantasma - contestó el Peregrino -. Eso demuestra que el sueño de nuestro maestro ha sido auténtico. Ahora todo depende de mí. No obstante - añadió, volviéndose a Tripitaka -, es preciso que vos asumáis tres actitudes.

- ¡Estupendo! - exclamó Ba-Chie, burlón -. No sólo tenemos que creer en un sueño, sino que, encima, debemos hacer cuanto podamos por que se haga realidad. No será muy difícil. A nuestro hermano le encanta burlarse de todo el mundo.

- ¿A qué te refieres con eso de que debo asumir tres actitudes? - preguntó Tripitaka a Wu-Kung, entrando en la habitación.

- Mañana - contestó el Peregrino - debéis echaros la culpa de todo, someteros a un castigo injusto y aceptar de buen grado los insultos.

- ¡Como si no fuera suficiente uno de esos sufrimientos! - exclamó Ba-Chie, soltando la carcajada -. ¿Quieres explicarnos cómo va a arreglárselas para soportar los tres al mismo tiempo?

El monje Tang era una persona sumamente inteligente y preguntó a Wu-Kung:

- ¿Puedes aclarar lo que acabas de decir?

- No es necesario - contestó el Peregrino -. Bastaos de momento con que guardéis estos dos objetos que ahora mismo voy a entregaros.

Se arrancó un par de pelos, exhaló sobre ellos una bocanada de aliento divino y gritó con todas sus fuerzas:

- ¡Transformaos! - y al instante se convirtieron en una caja lacada en rojo y recubierta de oro. Metió en ella el disco de jade blanco y añadió -: En cuanto amanezca, poneos vuestra túnica, sentaos en el salón principal con esto en las manos y recitad todos los sutras que sepáis. Mientras tanto iré a la ciudad a ver lo que ocurre. Si, en verdad hay allí algún monstruo, acabaré en seguida con él y eso nos proporcionará nuevos méritos para poder proseguir nuestro camino. Si, por el contrario, no existe ni sombra de él, me temo que, cuando menos nos habremos hecho acreedores al ridículo.

- Tienes razón - reconoció Tripitaka.

- Si el príncipe no sale de la ciudad, pocas oportunidades tendré de hacer algo positivo - prosiguió el Peregrino -. Si, siguiendo vuestro sueño, lo hace, tened la seguridad de que le traeré inmediatamente ante vos.

- Todo eso está muy bien - protestó Tripitaka -. Pero ¿qué voy a decirle, cuando le vea?
- Yo entraré primero con la excusa de anunciaros su llegada - contestó el Peregrino -. Vos levantaréis ligeramente la tapa de la caja y me meteré dentro, tras convertirme en un monje diminuto de unos cuantos centímetros de alto. Debéis tratar de no agitarla mucho y de sostenerla con firmeza. En cuanto llegue, lo más seguro es que el príncipe quiera presentar sus respetos a Buda. No le interrumpáis. Dejadle, más bien, inclinarse cuantas veces desee. Calculo que no tardará mucho tiempo en percatarse de vuestra presencia. Cuando lo haga, no le saludéis ni le dirijáis la palabra. Eso le hará ponerse furioso y exigirá de vos una explicación. Es posible, incluso, que os golpee y ordene que os arresten y os corten la cabeza, pero, ocurra lo que ocurra, vos no debéis ni siquiera protestar.

- ¡Eh, eh, un momento! - protestó Tripitaka, agitando las manos -. Ese príncipe es una alta autoridad militar. ¿Qué hago, si me manda ajusticiar?

- No os pasará nada - trató de tranquilizarle el Peregrino -. ¿Acaso habéis olvidado que yo estaré a vuestro lado? Si llega ese momento, protegeré vuestra vida con todos los medios a mi alcance. Si os pregunta quién sois, respondedle que un monje enviado por el Señor de las Tierras del Este al Paraíso Occidental para presentar sus respetos a Buda y obtener las escrituras sagradas. Caso de que os pregunte que regalos pensáis hacerle, decidle que la túnica bordada que lleváis puesta, aunque se trata, claramente, de un presente que no dudaréis en calificar de tercera categoría. Con vos lleváis, de hecho, otros objetos de bastante más valor, que superan con mucho a la túnica. Cuando indague más sobre ellos, mostradle la caja e informadle que es tan especial que conoce cuanto ha sucedido en los últimos quinientos años, en los quinientos actuales y en los quinientos por venir, por lo que su potencial de conocimiento alcanza un total de mil quinientos años. En ese momento apareceré yo y le contaré al príncipe cuanto vos oísteis en vuestro sueño. Si nos cree, partiré inmediatamente a la caza de ese monstruo, vengando así a su padre y sentando en este reino la base de nuestra fama. Si, por el contrario, se niega a creerme, le mostraré el disco de jade blanco, aunque, a decir verdad, me temo que sea demasiado joven para reconocerlo.

- ¡Es un plan maravilloso! - exclamó Tripitaka, satisfecho -. Sin embargo, tengo una duda. Antes has hablado de tres regalos, pero hasta ahora sólo sé el nombre de dos: la túnica y el disco de jade blanco. ¿Quieres decirme qué nombre te dará a ti? .

- El de Rey Creador - respondió el Peregrino.

Tripitaka no tuvo nada que objetar y memorizó tan desconcertante título. Con tan inesperados acontecimientos aquella noche ni el maestro ni los discípulos pudieron dormir. Su impaciencia por la llegada del día era tal que lamentaron no poder barrer todas las estrellas del cielo con su aliento ni arrancar al sol de su lecho de sombras con un simple movimiento de cabeza. Al poco rato, sin embargo, comenzó a clarear por el este. El Peregrino se volvió entonces hacia Ba-Chie y el Bonzo Sha y les aconsejó:

- Procurad no molestar a los monjes, para que no dé la impresión de que el monasterio ha perdido la paz que en él suele reinar. En cuanto haya hecho lo que debo hacer, proseguiremos nuestro viaje.

No había acabado de decirlo, cuando dio un salto formidable y se elevó por los aires. Abrió cuanto pudo sus ojos de fuego y, tras mirar hacia el oeste, comprobó que, en efecto, allí se levantaba una ciudad. No tardó mucho en descubrirla, porque se encontraba a una distancia aproximada de cincuenta kilómetros. Al acercarse a ella, pudo ver que estaba envuelta en una neblina feérica y continuamente azotada por un viento demoníaco. Apenado, el Peregrino suspiró y dijo:

- Cuando un rey virtuoso ocupa un trono, sobre sus dominios se extiende una luz cargada de buenos auspicios. Aquí, sin embargo, prueba inequívoca de que un demonio

se ha adueñado del trono de un dragón, sólo se ven nubes negras y una atmósfera preñada de malos augurios.

No había terminado de decirlo, cuando oyó un lejano tronar de cañones. En ese mismo instante se abrió la puerta oriental y apareció un grupo de hombres a caballo, que pronto se destacó como una partida de caza de impresionante apariencia.

Era claro que, si abandonaban la capital tan temprano, era con la única finalidad de ir a cazar a los llanos. Los estandartes, desplegados del todo, parecían competir en luminosidad con el sol naciente, mientras los blancos corceles pugnaban por dejar atrás al viento. Los tambores de piel de lagarto no dejaban de sonar, al tiempo que los lanceros se emparejaban a las puertas mismas de la ciudad. Los halconeros ofrecían un aspecto feroz, al igual que los monteros, musculosos y ágiles al mismo tiempo. El retumbar de los cañones hacía temblar el cielo. Cada hombre portaba una aljaba de flechas y su arco correspondiente. Los ayudantes extendieron redes por los ribazos y cubrieron los caminos con redes tensas. A una señal convenida, que recordaba el bramar de una tormenta, mil corceles se lanzaron en persecución de osos y leopardos. Su destreza era tal que ni las liebres se mostraban capaces de salvar sus vidas. Los ciervos se ahogaban de tanto correr, los zorros comprendían que poco podían hacer para escapar de la muerte y los antílopes se dejaban caer al suelo desfallecidos. ¿Cómo iban las aves salvajes a salir ilesas del trance, si hasta los faisanes era incapaces de remontar el vuelo? Los cazadores peinaron toda la montaña en busca de animales salvajes, derribando árboles centenarios en su intento de acabar con todos los seres que volaban.

Tras abandonar la ciudad, los cazadores se dirigieron hacia el este, no tardando en llegar a los arrozales que se extendían en terrazas a unos treinta kilómetros de distancia. Entre aquel grupo de aguerridos caballeros destacaba uno muy joven. Lucía un espléndido yelmo, una coraza en la que se reflejaban los rayos del sol y una faja de llamativos colores. Blandía en las manos una valiosísima espada de acero azulado y montaba un caballo zaino especialmente adiestrado para la batalla. La nobleza de sus rasgos daba a entender que se trataba de un rey y sus movimientos tan armónicos y distinguidos recordaban los de un dragón.

- Por fuerza tiene que ser ése el príncipe - se dijo el Peregrino, complacido desde el aire -. Voy a burlarme un poco de él.

Cambió el rumbo de la nube y se lanzó como una flecha contra el grupo de monteros. Cuando estuvo a pocos pasos de ellos, sacudió ligeramente el cuerpo y se transformó en un pequeño conejo blanco, que por poco no tropieza con el caballo del príncipe. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro, al verlo. Sacó a toda prisa una flecha, tensó el arco y disparó contra él.

El Gran Sabio hizo como si le hubiera alcanzado y se dejó caer en el suelo. En realidad, se las apañó para agarrar a tiempo la flecha y simuló estar herido. De hecho, se levantó inmediatamente e inició una alocada carrera. Ávido por la presa, el príncipe espoleó el caballo y salió en su persecución, sin darse cuenta de que se iba alejando cada vez más del grupo. Cuando el caballo iba al galope, el Peregrino corría como el mismísimo viento, mientras que, cuando aflojaba el paso, se acomodaba astutamente a él, manteniéndose en todo momento a la misma distancia. Kilómetro a kilómetro el príncipe fue distanciándose de los suyos, hasta que se encontró finalmente ante las puertas del Monasterio de la Gruta Sagrada. Tras clavar la flecha en uno de los dinteles de la puerta, el Peregrino recobró la forma que le era habitual y corrió hacia donde se encontraba su maestro, gritando:

- ¡Es él! ¡Está aquí!

Antes de que Tripitaka tuviera tiempo de reaccionar, se transformó en un monje diminuto de unos cuantos centímetros de alto y se metió en la caja de laca.

El príncipe, mientras tanto, no sabía explicarse la repentina desaparición del conejo. Miró por todas partes y lo único que pudo ver fue la flecha con la pluma de águila clavada en el dintel. Desconcertado, sintió cómo se le desvanecía el color de la piel y se dijo:

- ¡Qué cosa más rara! Estoy seguro de que alcancé a ese conejo de lleno. ¿Como es que ahora ha desaparecido y sólo queda la flecha? Lo más seguro es que se haya convertido en un espíritu. No cabe otra explicación.

Al arrancar la flecha, levantó la cabeza y vio que sobre la puerta del monasterio había una lápida, en la que podía leerse: "Monasterio de la Gruta Sagrada. Construido por orden imperial".

- Ahora caigo - volvió a decirse el príncipe -. Hace algunos mi padre ordenó a unos cuantos funcionarios del Salón del Carillón de Oro traer a este lugar cierta cantidad de oro con el fin de que los monjes restauraran las salas y las imágenes. Jamás pensé que fuera a venir un día a sus puertas. Con razón decía el poeta: "A la sombra de los bambúes con un monje me encontré y, al hablar con él la tarde entera, hallé una paz como la que nunca había sentido en un mundo tan cargado de tedio como éste" 7. Será mejor que entre a echar un vistazo.

El príncipe saltó del caballo y se dirigió hacia la puerta. No había llegado a ella, cuando aparecieron los tres mil hombres a caballo que le servían de séquito. Todos siguieron a su señor al interior del monasterio. Con grandes muestras de respeto los monjes los condujeron al salón principal para que pudieran presentar sus respetos a Buda. Pero, al entrar en él, vieron que en el centro mismo de la nave había un bonzo, que no se dignó siquiera a levantar la vista hacia ellos. Semejante descortesía hizo perder los estribos al príncipe, que exclamó, malhumorado:

- ¡Jamás me había topado con un monje más maleducado! Este monasterio se mantiene en pie gracias a las aportaciones que recibe directamente del trono. ¿Por qué no ha movido ni un dedo, al vernos? Reconozco que me he presentado sin avisar, pero eso no le excusa de salir a dar la bienvenida a quien se acerca a esta puerta montado a caballo. Apresadle.

Apenas lo hubo dicho, se lanzó sobre el monje Tang un grupo de soldados con cuerdas en las manos. Sabedor del peligro que corría su maestro, el Peregrino recitó a toda prisa el siguiente conjuro, sin moverse del interior de la caja:

- A vosotros me dirijo, Protectores de la Fe, Seis Dioses de las Tinieblas y Seis Dioses de la Luz. Como sabéis, acabo de idear un plan para dominar a un demonio, pero este príncipe, ignorante totalmente de lo que ocurre, se ha empeñado en cargarle de cuerdas, como si fuera un malhechor. Os conmino a que le brindéis toda la ayuda que precise. Si ese muchacho se sale con la suya, la culpa será solamente vuestra.

¿Cómo iban esos dioses a desobedecer las precisas órdenes del Gran Sabio? Su protección fue tan efectiva que ninguno de los soldados pudo tocar la rapada cabeza de Tripitaka. Parecía como si entre ellos y el monje se hubiera levantado una pared invisible de ladrillo, que les impedía acercarse a él. Desconcertado, el príncipe le preguntó:

- ¡De dónde provienes para que poseas esos poderes mágicos que tan efectivamente usas contra mí?

Tripitaka se llegó hasta él y, tras saludarle, respondió:

- Aunque no lo creáis, mis artes mágicas no aventajan en efectividad a las del monje más humilde que podáis encontrar en este indigno monasterio. Yo, señor, procedo de las Tierras del Este y no soy más que un humilde sacerdote que va de camino al Paraíso Occidental, con el único fin de obtener las escrituras sagradas y regalar a Buda unos cuantos tesoros que llevo conmigo.

- ¿De qué tesoros se trata?, ya que, según tengo entendido, las Tierras del Este no son más que una llanura extensísima, cuyas riquezas no pueden compararse con las de este reino - inquirió el príncipe -. ¡Habla, de una vez!

- Uno es la túnica que llevo puesta - respondió Tripitaka -, aunque he de reconocer que es de tercera categoría y nada tiene que ver con los otros dos, que no dudaría en calificar de segunda y primera clase.

- Esa túnica sólo cubre una parte de tu cuerpo - comentó el príncipe, despectivo -. La otra está totalmente al aire. ¿Tanto vale, para consideres tesoro un harapo semejante?

- Reconozco que no me tapa todo el cuerpo - admitió Tripitaka -. Pero existe un poema que habla de sus excelencias mucho mejor de lo que yo mismo pudiera hacer: "La túnica de Buda sólo cubre medio cuerpo, pero esconde lo Auténtico y está libre totalmente de las imperfecciones de este mundo de polvo. Incontables son sus hebras e infinitas sus puntadas. No en balde debe su existencia a la fusión de ocho tesoros y nueve perlas con el espíritu primordial. Un grupo de doncellas celestes la confeccionó con indescriptible respeto para que un simple monje pudiera purificar con ella todas sus imperfecciones". Espero que comprendáis las razones que me han movido a no saludaros con la consideración que, por vuestros orígenes, merecéis. Pero debo deciros que, mientras no borréis la ignominia de vuestro padre, vuestra vida habrá resultado totalmente en vano.

- ¡Qué cantidad de estupideces se le ocurren a este monje! - bramó el príncipe, más furioso todavía -. Se ve que posee una mente ágil y una lengua rápida, de lo contrario, no hubiera podido ensalzar esa túnica de la forma en que lo ha hecho. De todos modos, me gustaría que me aclarara eso de borrar la ignominia de mi padre.

Tripitaka dobló las manos a la altura del pecho, se acercó aún más al joven príncipe y preguntó:

- ¿Cuántos favores pensáis que recibe un hombre a lo largo de su vida en este mundo?

- Cuatro - contestó el príncipe.

- ¿Queréis explicarme cuáles son? - volvió a preguntar Tripitaka.

- Con mucho gusto - respondió el príncipe -. La protección que el Cielo y la Tierra le brindan, la luminosa presencia de la luna y el sol, las molestias que por él se toma su señor, y los sacrificios que por él hacen sus padres.

- Veo que sois juicioso y que vuestras palabras son acertadas en extremo - comentó Tripitaka, sonriendo -. En la vida del hombre no existe, en verdad, nada comparado con la protección que el Cielo y la Tierra le brindan, la luminosa presencia de la luna y el sol y las molestias que por él se toma su señor. Sin embargo, no estoy muy seguro sobre los sacrificios que por él hacen sus padres. ¿Podéis explicármelo con más claridad?

- ¡Qué desagradecido es este monje! - volvió a exclamar el príncipe, furioso -. Se ha rapado la cabeza para cometer con absoluta impunidad la mayor ingratitud que pueda imaginar un hombre. Si no se sacrificaran por nosotros nuestros padres, ¿de dónde íbamos a sacar el cuerpo y todo lo que constituye nuestro ser?

- Me temo que desconozco la respuesta a esa pregunta - contestó Tripitaka -. Pero dentro de esta caja hay un tesoro que puede hacerlo por mí. Se llama Rey Creador y para él no encierra secreto alguno lo ocurrido en los últimos quinientos años, en los quinientos actuales y en los quinientos por venir. Son en total mil quinientos años que abarca su portentoso conocimiento y podrá decírnos, por tanto, si existe eso que vos habéis calificado de sacrificio paterno. A sus consejos debo, por otra parte, que os haya estado esperando aquí durante mucho tiempo.

- Traedle inmediatamente a mi presencia, para que pueda verle - ordenó el príncipe.

Tripitaka levantó la tapa de la caja lacada y salió de ella el Peregrino.

- ¿Cómo va a saberlo este enanito? - exclamó el príncipe.

El Peregrino se sintió vivamente ofendido y decidió recurrir a la magia. Estiró ligeramente el pecho y al instante adquirió una altura de un metro.

- Si continúa creciendo a esa velocidad - comentaron los soldados entre sí, desconcertados -, tardará muy pocos días en llegar hasta el cielo.

El Peregrino, sin embargo, se conformó con la altura que normalmente tenía. Cuando el príncipe comprendió que no iba a seguir creciendo, le dijo en tono burlón:

- Este monje afirma que para vos el presente y el futuro no encierran el menor misterio y que poseéis un conocimiento absoluto del bien y del mal. ¿Os servís para vuestras prácticas adivinatorias de caparazones de tortuga y tallos de plantas o hacéis uso de libros para fijar el destino de quien os consulta?

- No me valgo absolutamente de nada - contestó el Peregrino -. Me basta mi lengua, pues, como muy bien habéis dicho, mi conocimiento de cuanto sucede es absoluto.

- Se nota que también vos sois un charlatán de primer orden - replicó el príncipe -. Desde tiempos inmemoriales el I Ching, obra del Gran Chou, ha sido considerado como el medio más efectivo para conseguir el bien y evitar el mal. Como sabéis, para ello se vale de caparazones de tortuga y tallos de plantas. Vos pretendéis que con vuestra palabra es más que suficiente. ¿Podéis ofrecernos alguna prueba de que así es? Mucho me temo que vuestra lengua sólo sirve embaucar a incautos.

- No seáis tan precipitado en vuestros juicios, por favor - suplicó el Peregrino -. Ya que solicitáis una prueba, os la voy a dar. Vos sois hijo del Señor del Reino del Gallo Negro. Hace aproximadamente cinco años sufristeis una sequía tan terrible que tanto el rey como el pueblo no cesaban de elevar oraciones a lo alto. Pero la lluvia continuó sin caer. Cuando más desesperada parecía la situación, apareció un taoísta que decía provenir del monte Chung-Nan. Poseía extraordinarios poderes y no tardó en provocar la lluvia, haciendo que se levantaran los vientos y trajeran las nubes hasta aquí. El rey se mostró tan agradecido con él que hasta llegó a firmar un pacto de hermandad. ¿Voy bien hasta ahora?

- Sí, sí - respondió el príncipe, entusiasmado -. Pero decid más, por favor.

- Al cabo de tres años - prosiguió el Peregrino - el taoísta desapareció. ¿Sabéis, sin embargo, quién es el que sigue utilizando el "nosotros" que aparece al pie de todas las órdenes imperiales?

- He de reconocer que mi padre, en efecto, tenía en tal estima a ese taoísta del que habláis que incluso llegó a hacer con él un pacto de hermandad - admitió el príncipe -. Juntos comían y juntos descansaban. Desgraciadamente, hace tres años, mientras gozaban de la belleza del jardín imperial y valiéndose de que nadie los veía, el taoísta se hizo de pronto con el disco de jade recubierto de oro que mi padre sostenía en sus manos y voló hacia el Monte Chung-Nan a lomos de un viento huracanado. Pese a tanta desconsideración, mi padre no ha dejado ni un solo segundo de echarle de menos, ordenando la inmediata clausura de los jardines imperiales y prohibiendo que nadie entre en ellos. Me extraña, de todas formas, la pregunta que me habéis hecho. ¿Podéis decirme quién ocupa el trono, si no es el hombre que me engendró?

El Peregrino hizo como si no le hubiera oído y empezó a sonreír. El príncipe repitió la pregunta, pero Wu-Kung no cambió de actitud.

- ¿Se puede saber por qué no me respondes? - exclamó el príncipe, fuera de sí -. ¡Es increíble que te burles así de mí!

- Tengo mucho que deciros al respecto - afirmó, por fin, el Peregrino -. Pero me temo que hay mucha gente presente y no me parece prudente hablaros con toda franqueza.

El príncipe consideró apropiado su modo de ver las cosas y, moviendo ligeramente las mangas, ordenó a los soldados que se retiraran. El capitán que los comandaba hizo que se retiraran inmediatamente al patio del monasterio. El salón no tardó en quedar

totalmente vacío, con excepción del príncipe, el maestro y el Peregrino. Cuando todos se hubieron retirado, Wu-Kung se llegó hasta él y le dijo:

- El que se marchó a lomos del viento fue vuestro padre. El taoísta que trajo la lluvia es el hombre que ahora se sienta en el trono.

- ¡Tonterías! - replicó con decisión el príncipe -. Tras la marcha del taoísta, mi padre ha gobernado con tanta virtud y prudencia que la lluvia ha continuado cayendo y los vientos soplando, la prosperidad reina en todo el país y la gente se siente segura. ¿Cómo voy a poner en duda que el hombre que ocupa el trono es mi padre? Da gracias al cielo por que soy joven y poseo una paciencia a toda prueba; de lo contrario, serías apresado y terminarías tus días descuartizado - y se alejó con desprecio del Peregrino.

- ¿Lo veis? - exclamó éste, volviéndose al monje Tang -. Os advertí que no iba a creernos y así ha sido. Sacad el tesoro que guardáis y entregádselo, de una vez. Así podremos continuar nuestro viaje hacia el Paraíso Occidental.

Tripitaka no dudó en poner en sus manos la caja lacada. En cuanto la tuvo en sus manos, el Peregrino sacudió ligeramente el cuerpo y se esfumó en el aire. No en balde se trataba de uno de sus pelos. Se dirigió después hacia el príncipe y, con inesperado respeto, le hizo entrega del disco de jade blanco.

- ¡Tú no eres un monje, sino el taoísta que hace cinco años quiso privar a estas tierras de todas sus riquezas! - exclamó el príncipe, al verlo. Lo que no comprendo es por qué te has disfrazado así para venir a entregarme esto. ¡Apresadle inmediatamente!

El maestro cayó presa del pánico y, señalando, amenazador, al Peregrino, gritó:

- Maldito encargado de los establos! ¿Por qué tienes que causarme siempre problemas?

- No gritéis, por favor - dijo el Peregrino al príncipe, tratando de hacerle entrar en razón

-. Es preciso que nadie se entere de cuanto os he dicho. Puede ser muy peligroso para vos. Para demostraros que es verdad cuanto acabo de confesaros, os diré que mi nombre auténtico no es el de Rey Creador.

- ¿Y cuál es, si es que puede saberse? - preguntó el príncipe, cada vez más furioso -. El departamento de justicia necesita conocerlo para dictar contra ti la sentencia de muerte.

- Me llamo Sun Wu-Kung y soy discípulo de este monje al que me honro en servir - contestó el Peregrino -. Nos dirigimos al Paraíso Occidental en busca de escrituras sagradas y, al pasar por aquí ayer al anochecer, decidimos pedir alojamiento en este digno monasterio. Como es una persona muy virtuosa, mi maestro pasó la mayor parte de la noche recitando sutras. A eso de la tercera vigilia cayó presa del cansancio y soñó con vuestro padre. Fue él precisamente el que le reveló que había sido víctima del taoísta, que le dio muerte arrojándole al pozo octogonal de mármol que hay justamente en el centro de los jardines. Tras su crimen el taoísta suplantó la personalidad de vuestro padre, sin que sus ministros ni vos mismo, dado lo tierno de vuestra edad, os percatarais del cambio. Pese a tantas precauciones, ese malvado no las tiene todas consigo. Eso explica que os haya prohibido entrevistaros con vuestra madre y no permita a nadie entrar a los jardines imperiales. ¿Cómo va a descubrirse la verdad, si todo el mundo ha aceptado de buen grado sus órdenes? Por eso, vuestro padre me suplicó anoche que hiciera cuanto estuviera en mi mano para dominar a ese monstruo. He de reconocer que al principio no estaba muy seguro de que se tratara de un demonio, pero, al contemplar la ciudad desde el aire, pude ver con toda claridad que estaba regida por un espíritu maligno. Me dispuse en seguida a enfrentarme a él, pero en ese mismo momento aparecisteis vos a las puertas de la ciudad y hube de desistir de ese plan. De hecho, el conejo blanco que abatisteis con una de vuestras flechas era yo. Hube de recurrir a ese medio con el fin de traeros hasta aquí y hacer que os entrevistarais con mi maestro. Juro que es verdad cuanto acabo de deciros. Reflexionad sobre ello. Si habéis podido reconocer este disco de jade blanco, no os costará mucho trabajo recordar el cariño de

vuestro padre e idear la mejor manera de vengar su muerte.

El príncipe se sintió entonces abrumado por la pena y se dijo a punto de abandonarse al llanto:

- Aunque me niegue a creerle, he de reconocer que por lo menos el treinta por ciento de lo que dice tiene cierto viso de verdad. Pero ¿cómo voy a hacer frente al rey, si doy crédito a sus palabras?

Siempre es duro avanzar o retroceder. En esas situaciones es la mente la que se somete al dictamen de las palabras, por lo que es preciso armarse de paciencia y pensar muy bien las cosas.

Al percatarse el Peregrino de lo indeciso que estaba, añadió:

- No hay motivo para tanta indecisión. Lo mejor que podéis hacer es regresar a vuestro reino y preguntar a vuestra madre. Preguntadle si son los mismos los sentimientos que ahora abriga por su marido, si no ha notado en él cambio alguno en estos tres años. Esa simple pregunta os convencerá de la verdad. Os lo aseguro.

- Ahora mismo voy a preguntárselo - concluyó el príncipe, convencido.

Montó a toda prisa en el caballo y, agarrando el disco de jade blanco, hizo además de espolear al animal. El Peregrino apenas tiempo de agarrarle de las bridas y decir:

- Si regresan con vos todos esos hombres, por fuerza habrá alguno que se deje llevar por la lengua. Si lo hace, me resultará extremadamente difícil salir después airoso del lance. Os aconsejo, por tanto, que no os dejéis ver y volváis solo. No uséis la puerta principal, la del sol, para entrar en el palacio, sino la de atrás, la de los criados. Cuando os entrevistéis con vuestra madre, no habléis alto ni de una forma exaltada, sino más bien todo lo contrario: bajito y con una calma absoluta. Es probable que ese monstruo pueda oír hasta los susurros y, si se entera de lo que habláis, vuestras vidas correrán un grave peligro.

El príncipe aceptó, sin rechistar, esas sugerencias. Salió al patio y ordenó a los oficiales:

- Acampad aquí y no os mováis. Tengo algo urgente que resolver. En cuanto vuelva, regresaremos juntos a la ciudad.

No había terminado de impartir esas órdenes a sus tropas, cuando se dirigió a la capital de su reino a una velocidad tal que parecía cabalgar a lomos del viento.

Por el momento, desconocemos qué clase de conversación mantuvo con su madre. Quien desee enterarse tendrá que escuchar con atención las explicaciones que se brindan en el próximo capítulo.

CAPÍTULO XXXVIII

AL INTERROGAR A SU MADRE, EL MUCHACHO DESCUBRE LA VERDAD BASCARA AL MALVADO. AL ALCANZAR LAS PROFUNDIDADES, EL METAL Y LA MADERA DISTINGUEN LO FALSO DE LO VERDADERO

"Cuando nos volvamos a ver, hablaré con vos únicamente de las causas de la generación. Así llegaréis a ser miembro de la asamblea de Ru-Lai 1. Sólo una mente en calma es capaz de contemplar a Buda en este reino de polvo y sombras. No podemos ver más que a los dioses que logramos dominar. Si deseáis conocer, respetable príncipe, la verdad del hoy, deberéis interrogar a vuestra madre sobre lo que tuvo lugar en el pasado. Existe otro mundo que vos jamás habéis visto y hacia el que os dirigís irremediabilmente con cada paso dais."

El príncipe no tardó en regresar al Reino del Gallo Negro. Siguiendo los consejos del Gran Sabio, no anunció su llegada ni hizo su entrada por la puerta principal del palacio,

sino por la reservada a los criados. Estaba protegida por un destacamento de eunucos, que no se atrevieron a echarle el alto. El príncipe espoleó el caballo y entró al galope en la corte. Sin pérdida de tiempo se dirigió al Pabellón de la Fragancia de los Bordados, donde se encontraba la reina madre atendida por una cohorte de doncellas, que no cesaban de agitar sus abanicos. La reina no parecía muy feliz. Al contrario, estaba reclinada sobre la balaustrada del pabellón, mientras las lágrimas fluían incesantemente de sus ojos. El motivo era que a eso de la cuarta vigilia había tenido un sueño, del que sólo recordaba la mitad. Estaba tratando de descifrar el resto, cuando de pronto vio desmontar al príncipe. El joven se arrodilló ante el pabellón y dijo:

- Madre.

- ¡Qué alegría, hijo mío! ¡Qué alegría! - exclamó ella, luchando por parecer más contenta de lo que, en realidad, estaba -. Durante estos últimos dos o tres años habéis permanecido todo el tiempo junto a vuestro padre y no he podido veros ni una sola vez. ¡Si supierais cuánto os he echado de menos! ¿Cómo es que hoy habéis hecho un alto en vuestros estudios y habéis decidido venir, por fin, a visitarme? ¡Qué alegría más grande! Sin embargo, ¿por qué parecéis tan triste, hijo mío? Vuestro padre se está haciendo viejo y no tardará en llegar el día en que el dragón regrese a los Mares de Jade y el fénix vuelva a los Cielos de Color Escarlata. Entonces heredaréis vos el trono. ¿Qué es lo que perturba vuestro ánimo?

- Desearía preguntaros algo, madre - dijo el príncipe, echándose rostro en tierra -. ¿Quién es la persona que se sienta en el trono y usa el mayestático "nos"?

- ¡Este chico está perdiendo el juicio! - exclamó, apenada, la madre -. Vuestro padre, por supuesto. ¿Por qué hacéis esas preguntas!

- Os suplico que disculpéis mi atrevimiento - contestó el príncipe -. Sólo entonces tendré las fuerzas suficientes para haceros una nueva pregunta. De lo contrario, jamás me atreveré a hacerlo.

- Entre madre e hijo no puede interponerse el rencor - afirmó la reina, sonriendo -. Daos, pues, por disculpado. Sabéis que podéis hablar conmigo con toda confianza.

- Permitidme preguntaros entonces esto - concluyó el príncipe, más animado -. ¿Son vuestras relaciones con mi padre tan cariñosas y tiernas como hace tres años?

Al oírlo, la reina sintió cómo la abandonaba el espíritu y las fuerzas le fallaban. Pese a todo, salió corriendo del pabellón y, abrazando fuertemente al príncipe, dijo, sin dejar de llorar:

- Llevo sin veros yo qué sé la de tiempo. ¿Cómo es que, de pronto se os ocurre venir al palacio a hacerme una pregunta así?

- Si tenéis algo que decirme, hacedlo inmediatamente - la urgió el príncipe -. Si os negáis a colaborar, sabed que con vuestro silencio podéis poner en grave peligro un asunto de vital importancia.

La reina despidió a todas sus sirvientas y declaró, llorando con inesperada serenidad:

- Si no me lo hubieras preguntado, ese secreto se habría venido conmigo a la tumba y jamás lo habría sabido persona alguna. Pero ya que lo habéis hecho, permitidme que os diga lo siguiente: hace tres años vuestro padre era cariñoso y amable, pero desde entonces se ha tornado tan frío como el hielo. Cuando nos encontramos en el lecho y le exijo una prueba más de amor, él me rechaza, diciendo: "Lo siento, pero me encuentro muy débil, las fuerzas me van flaqueando y me estoy haciendo viejo".

Al oír eso el príncipe se libró de su madre y montó en el caballo. La mujer se agarró a él con desesperación y le preguntó:

- ¿Podéis explicarme qué os pasa? ¿Por qué queréis marcharos antes de haber terminado de hablar?

El príncipe volvió a arrojarse rostro en tierra y respondió:

- No me atrevo a hacerlo, aunque sé que os debo una explicación. Esta mañana, mientras mi padre celebraba las primeras audiencias, salí de caza con su permiso, rodeado de halcones y monteros. Por pura casualidad me topé con un monje enviado por el Señor de las Tierras del Este al Paraíso Occidental en busca de escrituras sagradas. Lleva con él a un discípulo que responde al nombre de Peregrino Sun y dice ser un auténtico especialista en el arte de dominar monstruos. Fue él quien me confió que mi auténtico padre había sido asesinado en el jardín imperial, reposando su cuerpo en el pozo octogonal de paredes de mármol. Tras cometer tan incalificable felonía, el taoísta tomó la personalidad de mi padre y usurpó impunemente el trono del dragón. Anoche, sin embargo, mi augusto padre se apareció en sueños al monje y le pidió que enviara a la ciudad a su discípulo, para que pudiera vengarle. En un principio me negué a creerle, pero después lo pensé mejor y decidí venir a preguntaros personalmente. Ahora que me habéis hablado con toda sinceridad sé que habita con nosotros un espíritu maligno.

- ¿Cómo podéis creer con tanta facilidad las palabras de un extraño? - le echó en cara la reina.

- No lo hice - se defendió el príncipe -. Sin embargo, mi padre les dejó una prueba.

Al preguntarle la reina de qué se trataba, el príncipe sacó el disco de jade con incrustaciones de oro y se lo entregó. La reina lo reconoció al punto y, sin poder contener las lágrimas, exclamó:

- Si lleváis muerto más de tres años, ¿por qué no habéis venido a decírmelo primero a mí? ¿Por qué me habéis pospuesto a un monje y a vuestro propio hijo?

- ¿Se puede saber de qué estáis hablando? - la interrogó el príncipe.

- Ayer por la noche, a eso de la cuarta vigilia, también yo tuve sueño. Calado hasta los huesos, tu padre se colocó junto a mí y me confesó que estaba muerto. También me dijo que había ido a pedir al monje Tang que dominara al monstruo y rescatara su cuerpo. Recuerdo con claridad estas palabras, pero hay una parte que no logro descifrar del todo. Precisamente estaba cavilando sobre ello, cuando a aparecisteis vos y me empezasteis a hacer esas preguntas. Si no os importa, me gustaría quedarme con ese disco de jade. Vos id a decir a ese monje que haga cuanto antes lo que debe hacer, para que nos veamos libres de la influencia demoníaca de ese impostor y la verdad salga a la luz. Creo que no hay forma mejor de pagar a vuestro padre las molestias que se tomó a la hora de educaros.

El príncipe volvió a montar en el caballo, salió del palacio por la puerta de los criados y abandonó la ciudad, Las lágrimas pugnaban por fluir de sus ojos, mientras se dirigía, como una flecha, al encuentro del monje Tang. No tardó en avistar el monasterio. Al verlo, los soldados acudieron en seguida a ayudarlo a desmontar. Para entonces el sol estaba empezando ya a ponerse. El príncipe les ordenó que permanecieran en sus puestos y corrió al encuentro del Peregrino a pedirle su ayuda. En aquel mismo momento el Rey de los Monos salía del salón principal. Al verle, el príncipe se dejó caer de rodillas y dijo:

- Acabo de regresar, maestro.

- Levantaos, por favor - le pidió el Peregrino, acercándose a él -. ¿Habéis hecho en la ciudad las gestiones que os encomendé?

- Así es - contestó el príncipe y le relató con todo detalle la conversación que había mantenido con su madre.

- Si es tan frío como decís - concluyó el Peregrino -, debe de ser la reencarnación de algún tipo de criatura de sangre fría. Pero no os preocupéis. Yo me encargaré de darle su merecido. Se está haciendo ya tarde y me temo que hoy no podré hacer nada. Es mejor que regreséis a la ciudad. Yo lo haré mañana por la mañana.

- Prefiero quedarme a vuestro lado - replicó el príncipe, golpeando sin cesar el suelo

con la frente 2 -. Así haremos el viaje juntos.

- Opino que eso no es muy acertado - dijo el Peregrino -. Si nos ven entrar juntos en la ciudad, el monstruo sospechará algo y pensará que has venido a buscarme **exprofeso**. Eso le sacará aún más de quicio y te echará a ti la culpa de todo lo ocurrido.

- Eso mismo ocurrirá, si regreso ahora - comentó el príncipe -

- ¿Por qué? – preguntó el Peregrino.

La respuesta está clara, ¿no os parece? - contestó el príncipe -. Esta mañana me dio permiso para abandonar la ciudad con mis halcones y perros. Si regreso al palacio sin ninguna pieza, puede acusarme de incompetencia y hacerme encerrar en Yu-Li 3. ¿En quién vais a confiar entonces para poder entrar en la ciudad por la mañana? Salvo yo y mi madre, nadie más está enterado de lo que ocurre.

- ¿Por qué no me lo habéis dicho antes? - exclamó el Peregrino -. Eso tiene fácil arreglo. Ahora mismo voy a traeros unas cuantas piezas.

De un salto se elevó por encima de las nubes, hizo un gesto mágico y recitó un conjuro, que decía: "Que Om y Ram purifiquen el reino del dharma".

Al instante aparecieron el espíritu local y el dios de la montaña, que se inclinaron respetuosamente ante él y le preguntaron:

- ¿Qué deseáis de nosotros, Gran Sabio? ¿Por qué habéis hecho venir a vuestra presencia a deidades tan insignificantes como nosotros?

- He llegado hasta aquí acompañando al monje Tang y tengo ahora intención de atrapar a un espíritu maligno - explicó el Peregrino. Desgraciadamente durante la cacería el príncipe no ha logrado atrapar ninguna pieza y no se atreve a regresar al palacio con las manos vacías. Ése es el motivo de que haya decidido pedirnos un pequeño favor. Traedme unos cuantos ciervos, algunos antílopes y liebres, y unas pocas aves salvajes. Creo que con esas piezas quedará a salvo su honor.

El espíritu local y el dios de la montaña no se atrevieron a contravenir sus deseos. Al contrario, preguntaron que cuántas cabezas serían precisas, a lo que respondió el Gran Sabio:

- Es lo mismo. Con unas pocas será más que suficiente.

Los dos dioses hicieron venir en seguida a su presencia a los soldados-espíritu que tenían bajo sus órdenes y les ordenaron acorralar a los animales salvajes con un denso viento huracanado. De esta forma lograron atrapar incontables urogallos, faisanes, ciervos, zorros, tejones, tigres, leopardos y lobos. Al ver tantos animales juntos, el Peregrino aclaró, satisfecho:

- Como os he dicho, estos animales no son para mí, sino para el príncipe. Rompedles los tendones de las patas y esparcidlos a lo largo del camino de cincuenta kilómetros que conduce a la ciudad, así no tendrán que valerse de los halcones y los perros. No preciso deciros que estoy plenamente satisfecho de vuestra efectividad.

Los dioses inclinaron la cabeza, agradecidos, y cumplieron cuanto se les había ordenado, haciendo que amainara el viento y esparciendo las piezas a lo largo del camino. El Peregrino descendió entonces de lo alto e informó al príncipe:

- Regresad a la capital y no os preocupéis de nada. A lo largo del camino que a ella conduce encontraréis una gran cantidad de piezas.

Al ver los extraordinarios poderes de que estaba dotado el Peregrino, al príncipe se le despejaron todas las dudas. Antes de salir al patio del monasterio a ordenar a sus soldados que iniciaran el camino de vuelta, se echó una vez más rostro en tierra, despidiéndose así de su benefactor. Los monteros se quedaron asombrados de ver a lo largo del camino tanta cantidad de piezas salvajes. Para hacerse con ellas no tuvieron necesidad de soltar a los perros ni a los halcones. Les bastó con alargar simplemente la mano. Todos estaban tan entusiasmados que no dejaban de gritar hurras al príncipe,

felicitándole por la gran cantidad de caza con la que aquel día se topaban. Por supuesto, desconocían que todo aquello fuera obra del Rey de los Monos. Su estado de ánimo era tal que no dejaban de entonar himnos de victoria, mientras se dirigían a la capital con la cabeza bien alta.

El Peregrino, por su parte, regresó al lado de Tripitaka. Aquella noche los monjes del monasterio se mostraron con ellos más respetuosos incluso que la anterior. No en balde habían sido testigos de la inesperada amistad que les unía con el príncipe heredero. No pusieron ningún inconveniente a que les fuera servida una cena vegetariana. En cuanto hubieron concluido tan frugal colación, el monje Tang se retiró a descansar al salón del Zen. Cuando sonó la primera vigilia, el Peregrino no se había dormido todavía, sumido, como estaba, en sus reflexiones. A esa hora saltó, por fin, de la cama y se dirigió hacia donde yacía el monje Tang.

- Maestro - le susurró al oído.

Tripitaka tampoco había conciliado todavía el sueño, pero sabía lo inquieto que era el Peregrino y no le contestó, haciendo como si estuviera dormido. El Peregrino le agarró de la cabeza y empezó a agitársela al tiempo que gritaba:

- ¿Cómo es posible que estéis dormido ya?

- ¡Maldito mono! - exclamó el monje Tang, perdiendo la paciencia-. ¿Es que, acaso, no es hora de descansar? ¿Por qué tienes que montar todo este alboroto?

- Hay algo que quisiera discutir con vos - aclaró el Peregrino.

- ¿De qué se trata? - preguntó el maestro.

- Hoy no he hecho otra cosa que alardear ante el príncipe de mis poderes, induciéndole a creer que son tan altos como una montaña y tan amplios como el mismísimo océano - respondió el Peregrino -. Llegué a decirle, incluso, que capturar a ese monstruo sería tan fácil como sacar algo del bolso. Todo lo que tenía que hacer era alargar la mano y hacerme con eso. Llevo recapacitando sobre eso cierto tiempo y he llegado a la conclusión de que va a ser un poco más complicado. De ahí que no pueda dormir.

- Si piensas que va a resultar tan difícil - trató de tranquilizarle Tripitaka -, es mejor que desistas de tu empeño.

- No puedo hacerlo - replicó el Peregrino -. Tengo que atraparle cueste lo que cueste, aunque, a decir verdad, no sé cómo voy a justificar una acción así.

- ¡Cuidado que eres! - exclamó el monje Tang -. Ese monstruo ha dado muerte a un príncipe y ha usurpado su trono. ¿Qué quieres decir con eso de que no sabes cómo vas a justificar una acción semejante?

- Vos sólo sabéis meditar, recitar sutras y celebrar las grandezas de buda - contestó el Peregrino -. ¿Conocéis, acaso, los principios legales que dejó establecidos Hsiao-He 4? El proverbio afirma que "quien arreste a un ladrón debe capturar antes lo que haya robado". Ese monstruo ha ocupado el trono durante más de tres años, pero nadie se ha percatado de su auténtica naturaleza. De hecho, ha dormido con las damas de los tres palacios y ha regido con prudencia los destinos de su pueblo, buscando el apoyo de sus ministros, tanto civiles como militares. Caso de que logre echarle mano, me va a resultar extremadamente difícil aportar pruebas de su crimen. Jamás podrá condenársele.

- ¿Por qué no? - preguntó el monje Tang.

- Aunque su modo de hablar sea tan pobre como el de una calabaza -contestó el Peregrino -, seguro que dirá algo para defenderse. ¿No imagináis lo que va a decir? Me parece estar oyéndole ya: "Soy el Señor del Reino del Gallo Negro. ¿Queréis decirme qué crimen he cometido contra los Cielos para que vengáis a arrestarme, como si fuera un vulgar ladrón?". ¿De qué pruebas dispongo yo para echar por tierra todos sus argumentos?

- ¿Tienes trazado ya algún plan? - volvió a preguntar el monje Tang.
- Sí - reconoció el Peregrino, mirándole a los ojos -, pero existe un obstáculo muy serio para su realización y es que vos, con el debido respeto, tenéis la costumbre de ser excesivamente parcial.

- ¿Qué quieres decir con eso? - protestó el monje Tang.

- Por poneros sólo un ejemplo - explicó el Peregrino -, Ba-Chie tiene el cerebro de un mosquito; sin embargo, vos siempre estáis de su parte.

- ¿Cómo que siempre estoy de su parte? - volvió a protestar con más energía el monje Tang.

- Si no lo estáis - concluyó el Peregrino -, no os importará quedaros aquí con el Bonzo Sha, mientras Ba-Chie y yo vamos al Reino del Gallo Negro y registramos los jardines imperiales. Abriremos el pozo de mármol y sacaremos el cadáver del auténtico rey. De esta forma, cuando mañana por la mañana regresemos a la ciudad, no tendremos que preocuparnos de otra cosa que de atacar a la bestia. Si nos dice algo, le enseñaremos el esqueleto y le acusaremos de su crimen, gritando con todas nuestras fuerzas: "¡Tú mataste a este hombre!". Eso tiene además la ventaja de que, en cuanto hayan reconocido al muerto, el príncipe, la reina y todos los demás oficiales se pondrán de nuestra parte. De esta forma, me sentiré con las manos totalmente libres para luchar como yo sé hacerlo. Esto es lo que yo llamo una causa digna de nuestra colaboración, porque disponemos de algo sólido en que sustentarnos.

El monje Tang quedó complacido de su argumentación, pero sacudió ligeramente la cabeza y dijo:

- Todo eso está muy bien, pero me temo que Ba-Chie no quiera contigo.

- ¿Lo veis? - replicó el Peregrino, soltando la carcajada -. ¡Para que después digáis que no es vuestro preferido! ¿De dónde habéis sacado que no quiere acompañarme? Si me permitís explicarle todo este asunto, estoy seguro de que lograré convencerle con esta lengua tan sana y flexible que yo tengo. Me trae sin cuidado que sea Chu Ba-Chie. Aunque fuera Chu Chiou-Chie 5, le haría venir conmigo. Os lo aseguro.

- Esta bien - reconoció el monje Tang -. Vete a despertarle.

El Peregrino se llegó hasta el lecho de Ba-Chie y le gritó al oído:

- ¡Despiértate, de una vez!

El Idiota estaba rendido de fatiga. Era, además, de esos hombres que en cuanto colocan la cabeza sobre la almohada, no hay quien los despierte. Al Peregrino no le quedó, pues, otro remedio que agarrarle de las orejas y tirarle de los pelos sin ninguna consideración. Lo hizo con tanta dedicación que Ba-Chie dejó por fin de roncar y, abriendo los ojos, se quejó a gritos:

- ¡Déjate de juegos y vete a dormir de una vez! ¿No te das cuenta de que mañana tenemos que proseguir nuestro viaje?

- Nadie está jugando - replicó el Peregrino -. Es preciso que te levantes. Hay un asunto que debemos solucionar sin pérdida de tiempo.

- ¿De qué se trata? - preguntó Ba-Chie.

- No oíste lo que dijo el príncipe? - inquirió, a su vez, el Peregrino.

- ¿Cómo voy a oírlo, si ni siquiera le he visto? - se quejó Ba-Chie.

- Es lo mismo. Te lo voy a decir yo - mintió el Peregrino -. Simplemente me confié que el monstruo posee un tesoro capaz de derrotar él solo a diez mil soldados. Cuando mañana entremos en la ciudad, por fuerza tendremos que medir nuestras armas con las de esa bestia. Pero, si se le ocurre sacar el tesoro ese, no podremos hacer absolutamente nada y sufriremos una ignominiosa derrota. He pensado, por tanto que sería conveniente que hiciéramos algo antes del combate. Ya me entiendes. No estaría de más que esa maravilla pasara a nuestro poder.

- ¿Estás sugiriendo que me convierta en un ladrón? - se quejó Ba-Chie -. En fin, tú ganas. Sin embargo, quiero dejar bien clara una cosa. Después de habernos hecho con el tesoro y haber derrotado a la bestia no quiero que empecemos a discutir sobre quién se queda con él. Exijo que sea para mí solo. ¿De acuerdo?

- ¿Para que lo quieres? - preguntó el Peregrino.

- Mira - respondió Ba-Chie -, yo no hablo tan bien como tú y me cuesta muchísimo ir por ahí a mendigar. ¿Qué quieres que haga? Soy demasiado torpe y mis palabras no convencen a nadie. Soy tan tonto que ni siquiera puedo recitar sutras. Pero con ese tesoro todo sería distinto. Los campesinos temblarían al verme y no se atreverían a negarme lo que les pida. Eso sin contar con que podría cambiarlo por comida en un momento de apuro.

- De acuerdo - convino el Peregrino -. Por mí no hay j conveniente en que te quedes con él. A mí sólo me interesa la fama, no los tesoros.

El Idiota se puso tan contento que no dudó en lanzarse de la cama. Se vistió a toda prisa y salió detrás del Peregrino. Como muy bien afirma el dicho, "de la misma forma que el vino pinta de rojo la cara del hombre, el oro mueve la mente del Tao".

Ba-Chie y el Peregrino abrieron con cuidado la puerta y se alejaron de donde yacía Tripitaka. Montaron a continuación en una nube y se dirigieron hacia la ciudad. No tardaron mucho en llegar a ella. Era justamente la hora de la segunda vigilia, cuando pusieron sus pies en las calles. El Peregrino levantó la cabeza y dijo:

- ¿Has oído? Acaban de dar la segunda.

- Así es - confirmó Ba-Chie -. Todo el mundo duerme a pierna suelta.

En vez de dirigirse hacia la puerta del sol, dieron un rodeo y se encaminaron hacia la de atrás. Antes de llegar a ella oyeron, reverberando en la noche, los pasos de los soldados que la guardaban.

- ¡Qué mala suerte! - exclamó el Peregrino -. También esta puerta está protegida. ¿Cómo vamos a entrar?

- ¿Qué clase de ladrón eres tú? - le incriminó Ba-Chie -. ¿Cuándo has visto que los rateros entren tranquilamente por la puerta? Es mejor que saltemos la muralla.

El Peregrino aceptó la sugerencia y, de un salto, se encontró en el interior del palacio. Ba-Chie no tardó en seguirle. Buscaron con cuidado el camino que conducía a los jardines imperiales y no pasó mucho tiempo antes de que dieran con él. La puerta estaba rematada por una pequeña espadaña, en la que aparecían escritos tres caracteres, brillantes a la luz de las estrellas y la luna, que decían: "El Jardín Imperial".

El Peregrino se acercó a ella, movido por la curiosidad, y comprobó que estaba cerrada y sellada con unas franjas anchas de papel. Se volvió hacia Ba-Chie y le pidió que hiciera algo. El Idiota levanto el rastrillo y lo dejó caer sobre la puerta con todas sus fuerzas, reduciéndola a añicos. El Peregrino no tuvo ninguna dificultad en proseguir su camino. Pero tan pronto como puso el pie en el jardín, empezó a saltar y a lamentarse de una forma tan extraña que Ba-Chie cayó presa del pánico agarrándole del brazo, exclamó:

- ¡Menudo susto me has dado! ¡Jamás he visto a un ladrón que se comporte como tú lo haces! ¿Qué pretendes, despertar a todo el mundo, para que nos echen mano y nos conduzcan ante el juez? Aquí son tan severos con los extranjeros que, caso de que logremos salvar la vida, tendremos que pasar el resto de nuestros días en el ejército.

- Es natural que te preguntes a qué viene todo este alboroto - reconoció el Peregrino -. Pero no he podido evitarlo, al ver la ruina que se ha abatido sobre esas barandas cubiertas de relieves, esos templetos y torrecillas a medio hundir, esos canteros de flores abandonados y cubiertos de lodo, y esas peonías totalmente secas. ¿No has visto acaso, que las rosas y jazmines han perdido su fragancia, los lirios y las orquídeas han dejado

de florecer, los hibiscos han dado paso a los espinos y zarzales, y todas las flores extrañas se han marchitado? Los montículos se han desplomado, los estanques se han secado y los peces que en ellos bullían se pudren en el cieno. Los pinos verdosos y los rojizos bambúes, que antaño fueron el orgullo de este privilegiado lugar, sólo sirven para ser pasto de las llamas. Los senderos han sido invadidos por plantas salvajes que no emiten ningún aroma. Las ramas de los melocotoneros están quebradas y las raíces de los ciruelos y perales han quedado al descubierto. Hasta el laberinto de puentes está cubierto de musgo verdoso. ¡Te juro que jamás había visto un jardín tan abandonado!

- Comprendo tus sentimientos - dijo Ba-Chie, tratando de consolarle -, pero ¿qué vas a adelantar, lamentándote de esa manera? No vale la pena malgastar en esto el aliento. Lo que tenemos que hacer es terminar cuanto antes nuestro trabajo.

Aunque la visión de aquel jardín sumió al Peregrino en una profunda tristeza, no olvidó en ningún momento el sueño del monje Tang y, así, recordó que el pozo se encontraba bajo un llantén. No tardó en hallarlo. Su exuberancia era tal que parecía pertenecer a otro jardín, dada la desolación que crecía a su alrededor. Por fuerza sus raíces debían de poseer una naturaleza espiritual. No en balde es tenido como el símbolo de la vacuidad absoluta. Sus ramas poseen la finura del papel y sus hojas recuerdan a los pétalos. Pero semejante fragilidad es, en realidad, engañosa, porque en su interior late un corazón de mercurio. La lluvia nocturna es capaz de sumirlo en la tristeza. Su sensibilidad es tan pronunciada que los vientos otoñales lo hacen temblar de espanto. Sin embargo, su crecimiento viene regido por los mismos Cielos y se alimenta directamente de la fuerza que dio origen a todo cuanto vemos. No es extraño que sus usos sean tantos y tan variados. No hay nada que lo iguale para fabricar parasoles y abanicos. Ni siquiera las plumas del fénix pueden compararse con él. Las gotas de rocío resbalan por su tallo con el cuidado con que pudieran hacerlo sobre una columna de humo. Es tal su delicadeza que los patos salvajes no se atreven a posarse en él ni nadie osa atar un caballo bajo su sombra. El frío le hace perder sus fuerzas y la luz de la luna sus colores, pero es capaz de hacer frente al calor y al poder canicular del sol. Avergonzado de no poseer la gracia de los perales y melocotoneros, se elevaba solitario a la izquierda del muro blanco.

- Pongámonos manos a la obra - urgió el Peregrino a Ba-Chie - El tesoro está enterrado justamente debajo de este llantén.

El Idiota levantó el tridente con las dos manos y, de un solo golpe, arrancó el solitario llantén. Después hundió su morro en la tierra y comenzó a hozar en busca del tesoro. Cuando llevaba removido aproximadamente un metro de arena, se topó con una losa de piedra y exclamó, entusiasmado:

- ¡Qué suerte la nuestra! Creo que he dado con el tesoro. ¿Qué otra cosa puede haber bajo esta enorme laja? Me pregunto si estará metido en una caja o en un cuenco de barro.

- ¿Por qué no levantas la piedra y lo ves? - sugirió el Peregrino.

Así lo hizo el Idiota con ayuda de sus colmillos. En cuanto hubo removido la losa, surgieron del interior unos rayos extraordinariamente luminosos, que le hicieron exclamar, de nuevo:

- ¡Menuda suerte! ¡Este tesoro brilla como si fuera de oro!

Pero miró más detenidamente y comprobó que lo que él creía brillar era el reflejo de las estrellas y la luna en el agua de un pozo.

- Si quieres hacerte con el tesoro - dijo, visiblemente desanimado -, tendrás que bajar tú mismo a por él.

- ¿Qué quieres decir? - preguntó el Peregrino.

- Que es un pozo - contestó Ba-Chie -. Si me lo hubieras dicho en el monasterio, habría traído las cuerdas que usamos para atar el equipaje y no me habría costado ningún

trabajo bajar por ahí. ¿Cómo voy a hacerlo con las manos vacías? Es prácticamente imposible descender por un muro como éste.

- ¿Estás dispuesto a bajar? - volvió a preguntar el Peregrino.

- Por supuesto que sí - respondió Ba-Chie -, pero, como acabo de decirte, no dispongo de cuerdas.

- Eso se arregla fácilmente - afirmó el Peregrino -. Quítate la ropa, anda.

- Me temo que mis vestidos no son muy buenos - dijo Ba-Chie -. Si exceptuamos esta camisa, lo demás no vale para nada.

El Gran Sabio cogió la barra de los extremos dorados y, agarrándola por las puntas, exclamó:

- ¡Alárgate! - y al instante adquirió una longitud de nueve o diez metros.

El Peregrino se volvió a Ba-Chie y añadió:

- Agárrate a uno de los extremos y te iré bajando poco a poco.

- De acuerdo - convino Ba-Chie -, pero detente cuando llegue a la altura del agua.

- Estáte tranquilo - dijo el Peregrino.

El Idiota agarró un extremo de la barra, mientras el Peregrino le iba bajando con cuidado al interior del pozo. Ba-Chie no tardó en alcanzar el agua y gritó, levantando la cabeza hacia arriba:

- Estoy tocando ya el agua.

Pero en vez de detenerse, el Peregrino hundió la barra en el pozo con todas sus fuerzas. Sorprendido, el Idiota cayó de cabeza, soltó la barra y, sin dejar de tragar agua, se dijo:

- ¡Maldito Peregrino! Le advertí que se detuviera en cuanto llegara a la altura del agua, pero, en vez de hacerlo, me ha hundido en ella cuando menos lo esperaba.

- ¿Has encontrado ya el tesoro? - gritó el Peregrino desde arriba, soltando la carcajada.

- ¿De qué tesoro estás hablando? - preguntó, a su vez, Ba-Chie -. Aquí sólo hay agua.

- Debe de haberse hundido - explicó el Peregrino -. ¿Por qué no buceas un poco y miras a ver si lo encuentras?

El Idiota estaba familiarizado con la naturaleza del agua e inmediatamente hizo lo que se le aconsejaba. Sin embargo, aquel pozo era extremadamente profundo. Volvió a sumergirse una segunda vez y, al abrir los ojos, vio un edificio tan alto como una torre, en el que aparecían escritas estas tres palabras: "Palacio de Cristal de Agua".

- ¡Vaya! - se dijo Ba-Chie, desalentado -. Me he equivocado de camino y, sin darme cuenta, he venido a parar nada menos que al océano. ¿En qué otro lugar puede existir un Palacio de Cristal de Agua? A no ser, claro está, que haya uno en este pozo, lo cual me parece bastante improbable.

Lo que Ba-Chie no sabía era que se encontraba en la residencia del Rey Dragón de los Pozos. En aquel mismo momento abrió la puerta del palacio un yaksa que se encontraba de guardia y, al ver lo que vio, corrió a informar a su señor, diciendo:

- ¡Qué terrible desgracia se ha abatido sobre nosotros, gran señor! Hay afuera hay un monje con una nariz muy larga y unas orejas enormes. Además está totalmente desnudo y no parece muerto, porque no para de hablar.

- Debe de ser el Mariscal de los Juncales Celestes - concluyó, vivamente sorprendido, el Rey Dragón de los Pozos -. El Dios-que-pa-trulla-la-noche vino aquí ayer con una orden imperial de lo alto en la que se me instaba a dejar en libertad el espíritu del Señor del Reino del Gallo Negro, para que pudiera entrevistarse con el monje Tang. Todos estaban interesados en pedir al Gran Sabio, Sosia del Cielo, que capturara al monstruo que le dio muerte. Eso explica la presencia del Mariscal de los Juncales Celestes. Procurad tratarle bien y dadle una bienvenida acorde con su rango.

Tras cambiarse de ropa, el mismo Rey Dragón salió a la puerta del palacio seguido de todos los suyos y, levantando la voz, dijo:

- Hacednos el honor de aceptar nuestra hospitalidad, Mariscal de los Juncales Celestes.

- ¡Menos mal! - exclamó Ba-Chie para sí -. Por lo que se ve, los de aquí son amigos.

Sin preocuparse para nada de las normas de la etiqueta, el Idiota entró totalmente desnudo en el Palacio de Cristal de Agua y ocupó el asiento principal.

- He oído comentar, mi querido mariscal - dijo entonces el Rey Dragón - que escapasteis a la sentencia de muerte gracias a vuestra decisión de abrazar la fe budista y a vuestro compromiso de acompañar al monje Tang al Paraíso Occidental con el fin de obtener las escrituras sagradas. ¿Puedo preguntaros qué os ha traído hasta aquí?

- Estaba a punto de decíroslo - contestó Ba-Chie -. Sun Kung, mi hermano en religión, deseaba, en primer lugar, transmitir os su más respetuoso saludo, y, en segundo, pedir os que le hicierais entrega de cierto tesoro que tenéis aquí escondido.

- Lo lamento mucho - se disculpó el Rey Dragón -, pero la verdad es que aquí no tengo ningún tesoro. Yo no soy tan rico como los Reyes Dragón de ríos tan importantes como el Yang-Tse, el Amarillo, el Hwai y el Chr. Pueden volar por los aires y metamorfosearse en la criatura que les venga en gana. No en balde son dueños de tesoros cuyos orígenes se remontan al principio mismo de los tiempos. Yo, por el contrario, llevo aquí encerrado yo qué sé la de siglos, tantos que he olvidado la apariencia que tenían el sol y la luna. Comprenderéis que mis finanzas no sean todo lo boyantes que yo mismo desearía.

- No os andéis con excusas y sacad inmediatamente lo que os he pedido - le urgió Ba-Chie.

- Os aseguro que yo no tengo ningún tesoro - insistió el Rey Dragón. ¿Cómo queréis que os entregue lo que no poseo? Si queréis, podéis comprobarlo vos mismo.

- De acuerdo - concluyó Ba-Chie -. No esperaba menos de vos.

El Rey Dragón se dirigió hacia el interior del palacio, seguido del Idiota. Después de dejar atrás el Palacio de Cristal de Agua, se adentraron en un pasillo larguísimo, en el que yacía un cadáver que debía medir alrededor de seis pies.

- Éste - dijo el Rey Dragón, señalándole con la mano - es el único tesoro que tenemos aquí.

Ba-Chie se acercó a él y comprobó que se trataba de un rey muerto. De hecho, todavía llevaba puesta la corona y vestía una inconfundible túnica roja, unas botas de inmejorable calidad y un cinturón de jade. Debía de llevar muerto muchísimo tiempo, porque estaba tan rígido como una losa. El Idiota se pasó la mano por la nariz y dijo:

- Esto no es ningún tesoro. Recuerdo que en mis tiempos de monstruo me alimentaba precisamente de cadáveres como éste. No me preguntéis cuántos he devorado a lo largo de mi vida, porque no lo recuerdo. Lo que sí puedo decir es que han sido muchísimos. Insisto en que me extraña sobremanera que consideréis como un tesoro algo que carece absolutamente de valor.

- Se ve que no estáis al tanto de lo que aquí ha ocurrido - afirmó el Rey dragón -. Éste, de hecho, es el cadáver del Señor del Reino del Gallo Negro. En cuanto llegó al fondo de este pozo, me tomé la molestia de momificarle con una perla conservadora de rasgos, para que el agua no terminara descomponiéndole. Estoy seguro de que, si se lo lleváis al Gran Sabio, Sosia del Cielo, que, por cierto, está muy interesado en su vuelta a la vida, conseguiréis algo más que un tesoro, pues, en cuanto resucite, os colmará de riquezas y honores.

- En ese caso - concluyó Ba-Chie, más animado -, cargaré con él. Pero ¿quién va a pagarme los portes?

- Me temo que yo no - respondió el Rey Dragón -. Como ya os he dicho antes, no tengo dinero.

- ¡Ésta sí que es buena! - se quejó Ba-Chie -. Aquí todo el mundo quiere que haga las

cosas gratis. ¡Sabed que estoy cansado ya de trabajar por la cara!

- Si no estáis dispuesto a cargar con él - concluyó el Rey Dragón -, lo mejor que podéis hacer es marcharos de aquí.

Ba-Chie así lo hizo, sin despedirse de él ni darle las gracias. Pese a todo, el Rey Dragón ordenó a dos yaksas fornidos que cogieran el cadáver y lo arrojaran fuera del Palacio de Cristal de Agua. Al llegar a la puerta, le arrancaron la perla repulsora de líquidos y al instante las aguas se abalanzaron sobre él, como si fueran un torrente. Al oír el estrépito, Ba-Chie miró para atrás, pero le fue imposible ver la puerta del Palacio de Cristal de Agua. La presión del agua era asfixiante y, desesperado, estiró los brazos, logrando asirse al cadáver del rey. Ba-Chie sentía una profunda repulsión por los muertos, pero aquélla era la única forma que tenía de escapar de morir ahogado. El cadáver ascendía, de hecho, hacia la superficie con la velocidad de una flecha. En cuanto sacó la cabeza del agua, Ba-Chie luchó con todas sus fuerzas para asirse a las resbaladizas paredes del pozo, al tiempo que gritaba:

- ¡Baja la barra de hierro y sálvame!

- ¿Has dado con el tesoro? - preguntó el Peregrino.

- No hay ninguno aquí abajo - contestó Ba-Chie -. El Rey Dragón que habita en este pozo me pidió que sacara a un muerto de las aguas, cosa a la que me negué de plano. Sin embargo, las agua lo invadieron todo y hube de agarrarme a él para poder llegar hasta aquí. No necesito decirte que las piernas me temblaban y los brazos se negaban a obedecerme, pero ¿qué otra cosa podía hacer, si no quería morir ahogado? Por lo que más quieras, sácame de aquí cuanto antes.

- Ese muerto del que hablas es, precisamente, el tesoro en el que yo estaba interesado - confesó el Peregrino -. ¿Por qué no lo subes aquí?

- ¡Cómo que por qué! - protestó Ba-Chie -. Este hombre debe de llevar muerto muchísimo tiempo. ¡No me atrevo a cargar con él!

- En fin allá tú - concluyó el Peregrino -. Yo me voy.

- Se puede saber adónde? - gritó, alarmado, Ba-Chie.

- Al monasterio a descansar un poco - respondió el Peregrino.

- ¿Quieres decir que no vas a esperarme? - volvió a gritar Ba-Chie.

- Si subes, sí - contestó el Peregrino -, pero, por lo que se ve, eres incapaz de hacerlo.

- ¡Espera un minuto! - bramó Ba-Chie, aterrado ante la perspectiva de tener que escalar él solo las paredes del pozo -. ¿Es que no lo comprendes? Esto es mucho peor que subir por las murallas de la ciudad. Para empezar, es más largo, termina en una pequeña boca y es totalmente redondo. Por si esto fuera poco, hace muchísimo tiempo que nadie saca agua de este pozo y sus paredes están cubiertas de musgo, lo cual las torna aún más resbaladizas. ¿Cómo voy a poder salir de aquí, si tú no me ayudas? Apelo a tus sentimientos fraternos. Por mi parte, estoy dispuesto a cargar con este muerto.

- Eso parece mejor - dijo el Peregrino -. Hazlo en seguida, para que pueda retirarme a descansar de una vez.

El cadáver había vuelto a hundirse y Ba-Chie tuvo que meter de nuevo la cabeza bajo el agua. No tardó en dar con él. Lo cargó sobre sus espaldas y nadó con fuerza hacia la superficie. Allí volvió a apoyarse en las resbaladizas paredes y gritó:

- Ya lo tengo.

El Peregrino miró dentro del pozo y vio que, en efecto, el cadáver del rey descansaba sobre sus espaldas. Sólo entonces se avino a meter la barra en el agua. El Idiota estaba al borde de sus fuerzas. Al ver acercarse la barra, abrió la boca y se asió con los dientes a uno de sus extremos. De esta forma, pudo, por fin, ser elevado hasta el mismo brocal. En cuanto se sintió en tierra firme, dejó caer el cadáver y se vistió con los harapos, que se hallaban en el mismo lugar en que los había tirado. Mientras se ponía la ropa, el

Peregrino se acercó al rey. Para su sorpresa, comprobó que estaba intacto y, más que muerto, parecía totalmente vivo.

- ¿Cómo no se habrá podrido, si lleva muerto más de tres años? – se preguntó el Peregrino, sorprendido.

- Se ve que no estás al tanto de lo ocurrido - replicó Ba-Chie -. El dragón del pozo me informó que le había momificado con ayuda de una perla. De ahí que sus rasgos no hayan cambiado lo más mínimo.

- ¡Qué suerte! - exclamó el Peregrino -. Eso quiere decir que su venganza ha de cumplirse y que, por lo tanto, nosotros saldremos vencedores. Vuelve a cargar con él y vamos.

- ¿Adonde quieres que le lleve? - protestó Ba-Chie.

- A que le vea el maestro - explicó el Peregrino.

- ¡Qué clase de vida es ésta! - se quejó, una vez más, Ba-Chi Estaba durmiendo tan tranquilamente, cuando este maldito mono me embaucó con su palabrería para que le hiciera un trabajo tan ingrato como éste. ¿A quién se le ocurre hacer cargar a uno con un muerto? ¡Es asqueroso! Por fuerza tiene que escapársele algún líquido maloliente y sanguinolento que terminará empapando todas mis ropas. Ni aunque las lave diez mil veces, lograré liberarlas de ese olor pútrido Tendré que tirarlas. No me queda otro remedio. ¿Cómo voy a volver a ponérmelas, para que todos me miren con asco?

- Deja de protestar, de una vez - le aconsejó el Peregrino -. Tú llévale con cuidado y, cuando lleguemos al monasterio, te cambio la túnica y asunto concluido. ¿De acuerdo?

- ¡Debería darte vergüenza! - le reconvino Ba-Chie -. Tus vestidos son aún peores que los míos. ¿Cómo se te ocurre hacerme una proposición semejante?

- ¡Cuidado que te gusta hablar! - se quejó el Peregrino -. ¿Vas a cargar con él, de una vez, o no?

- ¡No! - contestó Ba-Chie, gritando.

- En ese caso - ordenó el Peregrino, malhumorado -, bájate los calzones, para que pueda darte veinte o treinta golpes con mi barra de hierro.

- ¡Tu barra es demasiado pesada! - exclamó Ba-Chie, temblando de pies a cabeza -. Si me das todos esos azotes, voy a terminar como este rey.

- Lo mejor que puedes hacer, si tanto miedo tienes al castigo - le aconsejó el Peregrino -, es cargar con el cadáver y seguirme sin chistar.

Ba-Chie tenía, en efecto, un miedo horrible a ser azotado. Disimuló como mejor pudo su repugnancia y se echó el muerto a la espalda. En cuanto hubieron salido del jardín, el Gran Sabio hizo con los dedos un gesto mágico, recitó un conjuro y, volviéndose hacia el sudoeste, hinchó los pulmones de aire. Al expelerlo con todas sus fuerzas, se levantó un viento huracanado, que transportó a Ba-Chie fuera del palacio. No tardaron tampoco en dejar atrás la ciudad. Poco a poco fue, sin embargo amainando el huracán y hubieron de seguir el camino a pie. Aunque no decía nada, el Idiota estaba furioso y no hacía más que pensar la forma de vengarse del Peregrino.

- Este mono se ha burlado de mí todo lo que ha querido - iba pensando mientras andaba -, pero ya me las arreglaré para pagarle con la misma moneda, cuando lleguemos al monasterio. Le diré al maestro que es indispensable que el rey vuelva a la vida y, cuando este mono maldito se muestre incapaz de hacerlo, le convenceré para que recite ese conjuro que tan fuertes dolores de cabeza le produce. Entonces me reiré a mis anchas y me olvidaré del mal rato que me ha hecho pasar.

Pero a los pocos pasos cambió de idea y volvió a decirse:

- No, no. Eso no dará resultado. Es capaz de ir a ver al Rey Yama y conseguir que este hombre vuelva a la vida. No es la primera vez que lo hace. Debo prepararlo todo de tal manera que no pueda llegar al Mundo de las Sombras. Es preciso que el rey recobre la

vida, sin acudir a los señores de ultratumba.

No había acabado su discurso, cuando llegaron a las puertas del monasterio. Ba-Chie se dirigió directamente al salón del Zen y, dejando caer el cadáver en el suelo, gritó:

- Maestro, levantaos y venid a echar un vistazo a esto.

Tripitaka no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Estaba precisamente comentando con el Bonzo Sha cómo se las había arreglado el Peregrino para arrastrar consigo al perezoso Ba-Chie. Se sentía intranquilo por su tardanza, pero, al oír sus voces, se levantó a toda prisa y preguntó:

- ¿Qué quieres que mire?

- A este antepasado del Peregrino, que he tenido que traer a mis espaldas - contestó Ba-Chie.

- ¡Maldito Idiota! - exclamó el Peregrino -. ¿Desde cuándo tengo yo antepasados?

- Si este tipo no es familia tuya - respondió Ba-Chie -, no comprendo cómo te has tomado la molestia de obligarme a cargar con él. ¡No puedes hacerte ni idea de lo que me ha costado!

El monje Tang y el Bonzo Sha comprobaron, asombrados que los rasgos del rey se mantenían tan lozanos como cuando estaba vivo. Sin embargo, eso mismo hizo que la tristeza se abatiera sobre el maestro y exclamara, visiblemente apenado:

- ¿En qué vida anterior os granjeasteis, majestad, un enemigo tan terrible que ha terminado asesinandoos en ésta? ¡Qué mala fortuna la vuestra, al ser privado de vuestro hijo y de vuestra esposa! Nadie está enterado de vuestro aciago destino, ni siquiera la mujer que compartió durante tantos años con vos su vida. ¿Cómo iban a ofreceros vuestros súbditos incienso y libaciones?

Estaba tan emocionado que no pudo seguir hablando. Las lágrimas fluían a raudales por sus mejillas.

- ¿Se puede saber qué tiene que ver su muerte con vos, maestro? - preguntó Ba-Chie, sonriendo -. Que yo sepa, no pertenece a vuestra familia. ¿A qué viene llorar de esa manera por él?

- Para los que hemos abandonado la familia - explicó el monje Tang - el primer principio que rige nuestras vidas es la compasión. No comprendo cómo puedes ser tan insensible.

- ¿Insensible yo? - se defendió Ba-Chie -. Si estoy tranquilo es porque el Peregrino me dijo que era capaz de devolverle a la vida. De lo contrario, no hubiera cargado con él. Eso tenedlo por seguro.

El maestro era tan crédulo que parecía tener una cabeza llena de agua. Al oír tan desconcertante confesión, levantó la voz y dijo:

- Si en verdad tienes, Wu-Kung, el poder de devolverle a la vida, tus méritos son mucho mayores que los de quienes mandan construir un templo de siete pisos. Eso sin contar las ventajas que a todos nos reportaría. Sería como si ya hubiéramos presentado nuestros respetos a Buda en la Montaña del Espíritu.

- ¡No sé cómo podéis creer las tonterías que se le ocurren a un Idiota! - exclamó el Peregrino, malhumorado -. Sabed que, cuando un hombre muere, pasa por períodos de tres o cinco veces siete. Antes de que pueda reencarnarse de nuevo, tiene que pasar setecientos días por lo menos purgando los pecados que cometió en este mundo de luz. ¿Cómo voy a devolverle a él, si lleva muerto más de tres años?

- Lo entiendo - dijo Tripitaka, desalentado.

- No le creáis, maestro - insistió Ba-Chie con manifiesto resentimiento -. Yo sé que puede hacerlo. Para probarlo, no tenéis más que conjuro que vos y yo sabemos. Es tan efectivo que hará cuanto esté de su mano para devolver a ese hombre a la vida.

Así lo hizo el monje Tang. El mono empezó a sentir un dolor tan insoportable que los

ojos se le salían de las órbitas.

No sabemos cómo se las arregló para sanar al rey muerto. Quien desee averiguarlo deberá prestar atención a las explicaciones que se ofrecen en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXXIX

EL HALLAZGO EN LOS CIELOS DE UNA PÍLDORA DE ELIXIR DE MERCURIO. LA VUELTA A LA VIDA EN LA TIERRA DE UN REY QUE LLEVABA MUERTO TRES AÑOS

Incapaz de soportar el dolor, el Gran Sabio no dejaba de gritar, desesperado:

- ¡Por lo que más queráis, no sigáis recitando ese conjuro! ¡Haré lo que me pedís! ¡Devolveré la vida a ese hombre!

- ¿Cómo vas a hacerlo? - inquirió el maestro.

- Yendo al Mundo de las Sombras y enterándome en qué aposento de los Diez Reyes está encerrado su espíritu - respondió el Peregrino -. En cuanto lo haya logrado, no me costará mucho traerlo hasta aquí

- No le creáis, maestro - insistió Ba-Chie -. Él mismo me confesó que no había necesidad de realizar ese viaje, que sus poderes eran tales que hasta en el mismísimo Mundo de la Luz era capaz de encontrar una solución.

El maestro dio crédito a las palabras de Ba-Chie y recitó, una vez más el conjuro. El Peregrino sentía tal dolor que no le quedó más remedio que decir:

- ¡Acudiré al Mundo de la Luz! ¡Acudiré al Mundo de la Luz!

- No os detengáis, maestro - urgía, por su parte, Ba-Chie al monje Tang - • Seguid recitando ese conjuro.

- ¡Maldita bestia! - bramó el Peregrino -. ¿Qué ganas con mi sufrimiento?

- ¿Crees que eres el único que puedes burlarte de los demás? - replicó Ba-Chie riendo a carcajada limpia -. Pues ya ves que no. También yo puedo hacerlo.

- ¡Por favor, maestro! - suplicó el Peregrino al límite de sus fuerzas -. Haré lo que me digáis. Acudiré al Mundo de la Luz y hallaré algún remedio para el rey.

- ¿Cómo vas a llegar hasta allí? - preguntó Tripitaka.

- Con uno de mis saltos mortales - contestó el Peregrino -. No es la primera vez que traspongo con su ayuda la Puerta Sur de los Cielos. Para no perder tiempo, no me dirigiré al Salón de la Niebla Divina, sino que iré directamente al Trigésimo tercer Cielo, el de la Suprema Felicidad, donde se levanta el Palacio Tushita. Allí me entrevistaré con Lao-Tse y le pediré una píldora del Elixir de los Nueve Cambios, que, como sabéis, es capaz de devolver un espíritu a su antiguo cuerpo, y, de esta forma, el rey recobrará la vida.

- Vete inmediatamente y no tardes en volver - le urgió Tripitaka encantado de tan espléndido plan.

- Ahora es aproximadamente la hora de la tercera vigilia - dijo el Peregrino -, así que calculo que estaré de vuelta hacia el amanecer. De todas formas, es conveniente que alguien se lamente y llore por este hombre. No puede continuar ahí tumbado, como si fuera un simple trozo de madera. Como muerto que es, debería ofrecérsele algún tipo de exequias.

- No, no - exclamó Ba-Chie, sacudiendo la cabeza -. Tú lo que quieres es que me encargue yo de todo eso, ¿no?

- Exactamente - respondió el Peregrino -. Pero sé que no lo harás y, si no lo haces, jamás conseguire que vuelva a la vida.

- En ese caso, oraré por él - concluyó Ba-Chie -. Estáte tranquilo. Nadie se habrá

lamentado tanto por un muerto como yo. Ya lo veras.

- Hay muchas clases de lamentos - afirmó el Peregrino -. Cuando están desconectados totalmente del corazón, son simple griterío; cuando van acompañados de lágrimas, reciben el calificativo de llanto respetuoso; pero, cuando a las lágrimas y a los gritos va unido el sentimiento auténtico, se llaman lamento.

- Si me permites - dijo Ba-Chie, animado -, voy a darte un ejemplo de cómo lo hago.

En seguida sacó un trozo de papel, lo partió en pequeñas tiras y empezó a hacerse cosquillas en las narices. No tardó en ponerse a estornudar como un loco. Los ojos se le llenaron de lágrimas, momento que aprovechó para lamentarse, como si, en verdad, hubiera muerto algún miembro de su familia. Lo hizo tan bien que hasta el monje Tang perdió la compostura y terminó abandonándose al llanto.

- Así es como quiero que lo hagáis - dijo el Peregrino, soltando la carcajada -. Pero recordad que no debéis parar en ningún momento. Si piensas Ba-Chie, que, en cuanto me haya ido, puedes tumbarte tranquilamente a descansar, estás muy equivocado. Ya sabes que tengo un oído excelente y que puedo castigarte cuando quiera. Por cierto, mi barra de hierro está ansiosa por golpear a alguien.

- Vete tranquilo - respondió Ba-Chie, sollozando lastimosamente -. Te aseguro que, una vez que haya empezado a lamentarme, no habrá quien me detenga en dos días por lo menos.

El Bonzo Sha comprendió que los gritos no eran suficientes para complacer al Peregrino. Cogió, pues, unas cuantas varillas de incienso y se las ofreció al difunto.

- Eso está mejor - comentó el Peregrino, sin dejar de reírse -. Creo que puedo marcharme tranquilo. Cuando una familia se dedica a algo, el éxito está asegurado.

Era aproximadamente medianoche, cuando el Gran Sabio se despidió del maestro y de sus otros dos hermanos. De un salto, se coló por la Puerta Sur de los Cielos, pero, como había prometido, no se detuvo, en el Salón de la Niebla Divina, sino que se dirigió directamente hacia el Trigésimo tercer Cielo, el de la Suprema Felicidad, donde se levantaba el Palacio Tushita. En cuanto puso en él el pie, vio a Lao-Tse sentado en el Salón del Elixir. Su concentración era absoluta, porque Sen aquel preciso instante estaba elaborando tan extraordinario remedio, ayudado por unos cuantos jóvenes, que no dejaban de avivar el fuego con unos espléndidos abanicos de llantén. Eso no fue obstáculo para que se percatara en seguida de su presencia. Al verle, aconsejó a sus jóvenes ayudantes:

- Tened mucho cuidado. Acaba de llegar el desalmado que un día osó robarnos el elixir.

- No seas tan precavido, por favor - exclamó el Peregrino, saludándole y sonriendo maliciosamente -. ¿A qué viene tomar conmigo tantas precauciones? Deberíais saber que ya no me dedico a esas cosas.

- Hace aproximadamente quinientos años - replicó Lao-Tse - sumiste el Cielo en una terrible confusión, robaste nuestro elixir y bebiste cuanto quisiste de él. Posteriormente, después de que el Sabio Er-Lang lograra arrestarte y traerte prisionero a este Reino de Luz, fuiste refinado en el interior de mi brasero durante más de cuarenta y nueve días, esfuerzo inútil que me hizo malgastar yo qué sé la cantidad de carbón. Tuviste suerte al aceptar la fe budista y al comprometerte a acompañar al monje Tang en su esfuerzo por alcanzar el Paraíso Occidental en busca de las escrituras sagradas. La verdad es que no has cambiado gran cosa. Trabajo me costó, sin ir más lejos, que me devolvieras los tesoros que arrebataste a los monstruos de la Montaña Altísima. ¿Cómo quieres que confíe en ti? Ahora, si no te importa, me gustaría que me dijeras cuál es el motivo de tu visita.

- Que yo recuerde, jamás he sido descortés con vos - se disculpó el Peregrino -. De hecho, os devolví los tesoros de los que habláis, en cuanto me los pedisteis. ¿A qué

viene tanta suspicacia?

- ¿Por qué no estás en los caminos, en vez de venir a meter las narices en mi palacio? - replicó Lao-Tse.

- Tras despedirnos de vos - explicó el Peregrino -, continuamos nuestro viaje sin ninguna novedad hasta que llegamos al Reino del Gallo Negro. Allí nos enteramos de que el auténtico rey había sido asesinado por un monstruo, que en su día se había hecho pasar por un taoísta con poderes para dominar la lluvia y el viento. La bestia adoptó la personalidad del rey y lleva años ocupando el trono del Salón de los Carillones de Oro 1. La noche de nuestra llegada mi maestro la pasó leyendo sutras, que, por cierto, no pudo concluir, ya que el espíritu del rey asesinado se le apareció en sueños y le suplicó que me permitiera acabar con la bestia que le había dado muerte. Tras sopesar cuidadosamente todas las posibilidades, decidí registrar el jardín imperial en compañía de Ba-Chie con el fin de reunir pruebas. Encontramos su cadáver, en perfecto estado de conservación, en el interior de un pozo de mármol de paredes octogonales. Cargamos con él y se lo enseñamos a nuestro maestro, que se emocionó tanto al verle que me exigió que le devolviera a la vida. Puso, sin embargo, unas cuantas condiciones, entre las que destacaba que en ningún momento habría de acudir al Reino de las Sombras en busca de su espíritu, sino que habría de llevar a cabo tan difícil empresa con la sola ayuda del de la Luz. El único camino disponible, por tanto, era venir a veros y pedirnos mil píldoras del Elixir de los Nueve Cambios, para que ese rey pueda recobrar, por fin, la vida.

- ¡No sabes ni lo que dices! - exclamó Lao-Tse -. Abres la boca y, ¡venga! allá van mil o dos mil píldoras. ¿Se puede saber para qué quieres tantas? ¡Ni que te las comieras con arroz! Además, son extremadamente difíciles de hacer. Como si crecieran en el barro y no tuvieras más que alargarse la mano para hacerte con ellas. ¡Venga, rápido, quiero todas las que pueda encontrar! Pues, para tu información, te diré no tengo ninguna.

- De acuerdo. Mil píldoras son muchas - admitió el Peregrino -. ¿Qué te parecen cien, entonces?

- No tengo ninguna - repitió Lao-Tse.

- ¿Y diez? - insistió el Peregrino.

- ¡Cuidado que es pesado este mono! - exclamó, enfadado, Lao-Tse -. Te he dicho que no me queda ninguna, así que lo mejor que puedes hacer es marcharte.

- ¿De verdad no tiene ni una sola? - preguntó el Peregrino, sonriendo con intención -. En ese caso, tendré que acudir a otra puerta en busca de ayuda.

- ¡Márchate! - bramó Lao-Tse.

Sin decir nada más, el Gran Sabio se dio la vuelta y abandonó el palacio. Pero, lejos de tranquilizar a Lao-Tse, tan inesperado gesto le hizo ponerse aún más nervioso.

- ¡No me fío de ese mono! - se dijo, intranquilo -. Es raro que me haya obedecido con tanta rapidez. Lo más seguro es que ha ido a la parte de atrás a ver qué puede robarme.

Para evitar males mayores, mandó a uno de sus asistentes que hiciera volver al Peregrino, y le dijo:

- Parece como si te dieran calambres en los pies o en las manos. ¿Es que no sabes esperar? De acuerdo. Te daré una píldora de mi elixir.

- Sabiendo, como sabéis, las habilidades que poseo - contestó el Peregrino -, deberíais ser más generoso y dividir conmigo a partes iguales todo el elixir de oro que tengáis por ahí. De lo contrario, os dejaré tan mondo y lirondo como la cabeza de un bonzo.

El Patriarca cogió su calabaza, la puso boca abajo y sacó de ella una única píldora de oro. Se la entregó a continuación al Peregrino e insistió.

- Es la única que tengo. Cógela. Cuando el rey recupere su espíritu, el mérito será absolutamente tuyo, no mío.

- No tan deprisa, por favor - sugirió el Peregrino -. Voy a probarla yo primero, porque, como comprenderéis, no me gustaría nada cargar con una píldora falsa.

No había acabado de decirlo, cuando se la metió en la boca. El patriarca se quedó tan desconcertado que en un principio no supo qué hacer. Se abalanzó después sobre el Peregrino y, agarrándole de la cabeza, le amenazó con el puño en alto:

- ¡Maldito mono! Si la tragas, te mato.

- ¡Vergüenza debería daros! - replicó el Peregrino, soltando la carcajada -. ¡Cuidado que sois tacaño y remilgado! ¿Quién os ha dicho que iba a comerme vuestros potingues? Mirándolo bien, no valen gran cosa, pero me he tomado la molestia de proteger vuestra píldora como si fuera un tesoro. ¿Os parece bien aquí?

El mono tenía una especie de bolsa debajo de la mandíbula y allí fue precisamente donde había guardado el elixir de oro. Aun así, el patriarca se cercioró de que no se trataba de ninguna de sus estratagemas, palpándola con los dedos. Cuando hubo comprobado que, en efecto, era la misma píldora que acababa de entregarle, gritó, malhumorado:

- ¡Márchate y no me molestes más, anda!

El Gran Sabio le dio las gracias y abandonó el Palacio Tushita. No tardó en dejar atrás las arcadas de jade, que despedían incontables rayos de luz bienaventurada. Volvió a montar en una nube y en un abrir y cerrar de ojos regresó a este mundo de sombra y polvo. El sol estaba apuntando por el oriente, cuando llegó, por fin, a la puerta del Monasterio de la Gruta Sagrada. Los lamentos de Ba-Chie se oían desde muy lejos, pero estaba pendiente de todo y, al ver acercarse al Peregrino, dijo al maestro:

- Acaba de llegar Wu-Kung.

- ¿Has traído el elixir que prometiste? - le preguntó, esperanzado, Tripitaka.

- Así es - contestó el Peregrino -. ¿Cómo iba a atreverme a regresar sin él?

- Era de esperarse - comentó Ba-Chie -. Aquí todos estábamos convencidos de que lo obtendrías, aunque tuvieras que robarlo.

- Es mejor que no te metas en esto - le aconsejó el Peregrino -. Ya no te necesito para nada. Así que sécate los ojos y vete a llorar a otra parte, si quieres - se volvió a continuación hacia el Bonzo Sha y añadió -: Tráeme un poco de agua.

El Bonzo Sha corrió hacia el pozo que había en la parte de atrás. Con ayuda de un cubo sacó poco más de medio cuenco de agua y se lo entregó al Peregrino, que disolvió en él el elixir y se lo acercó a los labios del rey. Con no poco esfuerzo logró separarle las mandíbulas vertiendo poco a poco en su boca tan maravilloso líquido. Al cabo de media hora su estómago comenzó a emitir una serie de ruidos extraños, pero su cuerpo permaneció tan inmóvil como hasta entonces.

- ¡Qué extraño! - exclamó el Peregrino -. Ese elixir debería haberle vuelto ya a la vida. ¿Se habrá propuesto el rey buscarme la ruina?

- ¡Tonterías! - trató de tranquilizarle Tripitaka -. No existe razón alguna que le impida regresar a este mundo. De hecho, está volviendo a él a pasos agigantados. ¿Cómo iba a poder, si no, tragar esa agua después de llevar muerto tanto tiempo? ¿No oyes, además, esos borborismos? Eso quiere decir que entre el pulso y la circulación se ha establecido, una vez más, una relación armónica. Su respiración se mantiene, no obstante, bloqueada todavía y no puede funcionar como antes. ¿Qué otra cosa podía esperarse de un hombre que ha permanecido en el interior de un pozo durante más de tres años? En un tiempo tan largo hasta el hierro más resistente termina cubierto de hollín. Debemos hacerle la respiración boca a boca, pues es claro que su aliento primigenio está totalmente agotado.

Ba-Chie se aprestó en seguida a hacerlo, pero se lo impidió Tripitaka diciendo:

- Déjasele hacer a Wu-Kung. Es nuestro hermano mayor y a él le compete cargar con

toda la responsabilidad.

La verdad era, sin embargo, que desde su juventud Chu Ba-Chie había sido devorador de hombres y su aliento era impuro. El Peregrino, por su parte, se había dedicado a la práctica de la virtud desde su nacimiento y no había probado otra cosa que no fuera frutas y verduras. De ahí que su aliento no poseyera impureza alguna. El Gran Sabio se inclinó, pues, sobre el rey, colocó sobre sus labios su protuberante jeta de dios del trueno y sopló con todas sus fuerzas. La potencia de su aliento descendió por la garganta del muerto, hasta alcanzar la Torre del Palacio de la Respiración, donde invadió los Campos de Mercurio. Allí cambió de dirección y regresó a gran velocidad hacia la glotis. El rey tosió sonoramente y su respiración y su espíritu se hicieron una misma cosa. En seguida se dio la vuelta y, arrodillándose ante Tripitaka, exclamó con voz agradecida:

- ¡Qué poco esperaba yo, cuando vine en sueños a solicitaros vuestra ayuda, que en sólo una noche iba a pasar del Mundo de los espíritus al de la Luz!

- Majestad - replicó Tripitaka, tratando de hacerle levantar del suelo -, yo no he hecho absolutamente nada. Todo el mérito es de mi discípulo. A él solo debéis agradecer vuestra buena fortuna.

- ¿Se puede saber qué estáis diciendo? - replicó el Peregrino, soltando la carcajada -. Con razón afirma el proverbio: "Para que una casa funcione bien, sólo precisa de una cabeza rectora". Es justo, por tanto, que aceptéis su reconocimiento.

Tripitaka no sabía, de todas formas, qué camino seguir. Extendió las dos manos y, tras hacerle levantar del suelo, condujo al rey al interior del salón del Zen. Antes de tomar asiento, su majestad insistió en dar las gracias personalmente al Peregrino, a Ba-Chie y al Bonzo Sha. En aquel mismo momento los monjes del monasterio entraron con el desayuno en la habitación y, al ver al rey con las ropas mojadas de pies a cabeza, empezaron a temblar y a hacerse toda clase de descabelladas preguntas. Pero el Peregrino trató de tranquilizarlos, diciendo:

- No os asustéis, Este que veis aquí no es otro que el Señor del Reino del Gallo Negro, vuestro auténtico dueño. Hace tres años fue asesinado por un monstruo, pero me las he arreglado para devolverle a la vida. Nuestra intención es acompañarle a la ciudad, para desenmascarar al impostor. Así que, si habéis preparado algo de comer, traédnoslo para que podamos dar cumplida cuenta de nuestros planes.

Sin pérdida de tiempo los monjes trajeron un poco de agua caliente para que el rey pudiera lavarse y cambiarse de ropa. La túnica rojiza de rey fue descartada al instante, siéndole sustituida por unos ropajes que le regaló el mismo guardián del monasterio. Fue, igualmente, despojado de sus botas y de su cinturón de jade, vistiéndolo a cambio una faja y unas sandalias totalmente monacales.

Antes de ensillar el caballo, se sentaron a la mesa y el Peregrino y preguntó a Ba-Chie:

- ¿Cuánto pesa el equipaje?

- Llevo cargándolo a las espaldas yo qué sé la de tiempo - contestó Ba-Chie -, pero desconozco su peso exacto.

- No importa - respondió el Peregrino -. Divídelo en dos partes y dale una al rey - Es preciso que lleguemos cuanto antes a la ciudad.

- ¡Esto sí que es buena suerte! - exclamó Ba-Chie, complacido -. Cargué con él hasta aquí, creí que todo iba a ser en vano. Pero ahora veo que fue una buena idea cargar con su cuerpo. ¿Quién iba a decirme que iba a ser mi salvación a las pocas horas?

El Idiota hizo de buen grado lo que le había ordenado el Peregrino, pero el cargó con la parte más ligera y dio la más pesada al rey.

- Espero que no os parezca mal la familiaridad con que os tratamos - dijo el Peregrino, volviéndose al rey -. No es corriente vestir de monje a un Hijo del Cielo y hacerle cargar

después con una pértiga, como si fuera un vulgar porteador.

-Para mí sois como mis padres - contestó el rey, postrándose de hinojos -. No en balde acabáis de traerme de nuevo a la vida. Para mí ha sido como si hubiera vuelto a nacer. ¿Qué puede importarme cargar la mitad del equipaje? Es más, estoy dispuesto a renunciar a todo y a seguir al maestro hasta el Paraíso Occidental.

- No hay necesidad de que lo hagáis - explicó el Peregrino -. Sin embargo, es preciso que ahora colaboréis con nosotros de esta forma. En cuanto hayamos entrado en la ciudad y capturado al monstruo, podréis ser de nuevo rey y nosotros continuaremos con nuestro empeño de hacernos con las escrituras.

- ¿Quieres decir que sólo va a cargar con esto unos cincuenta kilómetros - preguntó Ba-Chie, desilusionado -. Yo pensaba que iba a acompañarnos hasta el final de nuestro viaje.

- Deja de decir tonterías y abre la marcha - le aconsejó el Peregrino.

Mientras lo hacía, el Bonzo Sha ayudó a montar al maestro. Precavido como siempre, el Peregrino ocupó la retaguardia. Los quinientos monjes que habitaban en aquel monasterio los acompañaron hasta la puerta en un orden riguroso y haciendo sonar sin cesar sus instrumentos musicales.

- No es necesario que vengáis con nosotros - les dijo el Peregrino, sonriendo -. Si os ven los funcionarios reales, sospecharán algo y nuestra empresa se verá abocada al más completo de los fracasos. Si queréis colaborar, lo mejor que podéis hacer es arreglar las ropas del rey y esperar pacientemente nuestra vuelta. En cuanto al cinturón de jade, esta noche o, a más tardar, mañana por la mañana enviadlo al palacio y seréis ampliamente recompensados por vuestra prudencia.

Los monjes regresaron a sus aposentos, mientras el Peregrino se llegaba con grandes zancadas adonde estaba el maestro.

La búsqueda de la Verdad en el misterioso occidente es siempre digna de loa. Cuando el metal y la madera se encuentran en armonía, el espíritu inicia su camino de purificación. En vano recuerda la madre, una y otra vez, un sueño sin sentido, mientras el hijo se queja impotente, de su falta de fuerza. Es preciso buscar al gran rey en el fondo del pozo y solicitar después la ayuda de Lao-Tse en el Palacio Celeste. Cuando se contempla en este mundo es puro vacío, del que sólo se salva el mismo Buda.

Apenas llevaban medio día caminando, cuando el maestro y los discípulos vieron a lo lejos una ciudad.

- ¿No es ése el Reino del Gallo Negro? - preguntó Tripitaka a Wu-Kung.

- Sí - respondió el Peregrino -. Ése es exactamente. Es preciso que entremos cuanto antes en la ciudad, para concluir el asunto que hasta aquí nos ha traído.

La capital estaba en plena efervescencia y su población parecía extremadamente cortés. Pronto descubrieron los peregrinos las Torres del Dragón y las Atalayas del Fénix. Sobre su grandeza y belleza disponemos de un poema, que afirma:

Su arquitectura eran tan espléndida como la de los Tang. En su interior se adivinaba el continuo trajín de gentes selectas. Los signos de riqueza eran manifiestos hasta en la forma de ondear de las banderas y estandartes. El conjunto ofrecía una sensación de paz absoluta, que no rompían las constantes hileras de nobles que entraban y salían del palacio.

- Creo que deberíamos renovar nuestros salvoconductos - dijo Tripitaka, al bajar del caballo -. De esa forma, nos evitaríamos yo qué sé la de problemas burocráticos.

- Me parece acertado - opinó el Peregrino -. Si no tenéis inconveniente, entraremos con vos. He podido constatar que os expresáis mejor cuando os sentís respaldado por nuestra presencia.

- Como queráis - respondió Tripitaka -. De todas formas, no estaría de más que os

mostrarais corteses. Antes de hablar, debéis presentar vuestros respetos al señor de estas tierras.

- ¿Queréis decir que habremos de postrarnos en tierra? – preguntó el Peregrino.

- Así es -contestó Tripitaka -. La etiqueta dicta que nos inclinemos cinco veces seguidas y golpeemos otras tres el suelo con nuestras frentes.

- ¡No sabéis lo que decís! - exclamó el Peregrino -. ¿Cómo vais a mostraros tan respetuoso con un monstruo como ése? Permitidme entrar a mí primero para echar un vistazo y decidir lo que hay que hacer. Si nos dirige la palabra, dejadme contestar a mí. Si me inclino, hacedlo vos también y, si me siento, ocupad la silla que encontréis más a mano.

Sin encomendarse a nadie, el Rey de los Monos se dirigió a la puerta del palacio y dijo al oficial que la guardaba:

- Hemos sido enviados al Occidente por el Gran Emperador de los Tang, con el fin de presentar nuestros respetos a Buda y obtener las escrituras sagradas. Deseamos, por tanto, que nos hagáis entrega de un salvoconducto, para que podamos cruzar vuestras tierras sin ningún contratiempo. Eso es lo que queremos que informéis a vuestro rey. Hacedlo pronto. De lo contrario, sufriremos un retraso innecesario y el éxito de nuestra empresa correrá un grave peligro.

El oficial encargado de la guardia de la Puerta Amarilla corrió hacia el salón principal y, arrojándose rostro en tierra ante los escalones rojos, dijo:

-Acaban de llegar cinco monjes que afirman dirigirse hacia el Paraíso Occidental, por orden del Emperador de los Tang, en busca de escrituras sagradas de Buda. Humildemente solicitan de vos un salvoconducto para poder proseguir su viaje. Si no han entrado a pedíroslo personalmente, ha sido porque esperan vuestro consentimiento.

El Rey Monstruo ordenó que fueran conducidos a su presencia. El primero en entrar fue el monje Tang, seguido por el rey que acababa de volver a la vida. Sus ojos estaban totalmente anegados en lágrimas y no paraba de decirse:

- ¡Qué pena! ¡Jamás pensé que me fuera arrebatado un imperio tan guardado y defendido como éste!

- Tratad de controlar vuestra tristeza, majestad - le urgió el Peregrino en voz baja -. Si no lo hacéis, nuestra personalidad quedará al descubierto y no podremos seguir adelante con nuestro plan. Tranquilizaos y tened presente que la barra que guardo en mi oreja es prácticamente invencible. Con ella derrotaré a ese monstruo y podréis recuperar vuestro perdido reino.

El rey hizo en seguida suyo ese consejo. Se limpió las lágrimas con la orla de su túnica y siguió al maestro con paso decidido en dirección hacia el Salón de los Carillones de Oro. Todos los funcionarios, tanto civiles como militares, estaban allí reunidos. Eran cuatrocientos en total y sus actitudes no podían ser más nobles y dignas. El Peregrino pasó entre ellos, como si no existieran, y continuó andando hasta toparse con los escalones de jade blanco. Allí se detuvo, pero no hizo ninguna inclinación. Desconcertados, los funcionarios murmuraron entre sí:

- ¿Cómo puede ser tan estúpido y maleducado este monje? ¿Por qué no se postra ante nuestro rey y ensalza sus incomparables virtudes? ¡Ni siquiera ha inclinado la cabeza! ¡Es el colmo de la audacia y la grosería!

Antes de que acabaran de decirlo, el Rey Monstruo levantó la voz y preguntó:

- ¿De dónde viene este monje?

- De la Gran Nación de los Tang - contestó el Peregrino con valentía -, que se halla ubicada en las Tierras del Este del continente de Jambudvīpa. He sido enviado por orden expresa del emperador al Monasterio del Trueno, en los Territorios Occidentales, en busca de las escrituras sagradas. Al pasar por aquí, comprendí que necesitaba un

salvoconducto y decidí venir en seguida a solicitároslo.

- ¡Así que eres originario de las Tierras del Este! - bramó el rey monstruo, malhumorado -. ¿Cómo es que no te inclinas ante mí, si mi reino no es vasallo del que tú procedes y no mantiene con él relación alguna?

- No comprendo cómo se os ocurre decir semejante cosa - replicó el Peregrino, soltando la carcajada -. El Reino de las Tierras del Este ha durado desde el principio de los tiempos, motivo por el cual ha sido tenido por el más respetable de cuantos han existido, existen y existirán. El vuestro, por el contrario, no goza de ningún predicamento y apenas es conocido más allá de sus propias fronteras. ¿Acaso no habéis oído el proverbio que afirma que "el señor de un reino poderoso es padre y legislador, mientras que el de uno sin poder es hijo y, por lo tanto, está sujeto a la obediencia"? ¿Cómo os atrevéis a echarme en cara que no me he inclinado ante vos, cuando no me habéis ofrecido el recibimiento que merezco?

- ¡Apresad a este mono tan maleducado y protestón! - gritó el Rey Monstruo dirigiéndose a sus funcionarios.

Al punto todos hicieron ademán de abalanzarse sobre el Peregrino, que los detuvo, agitando contra ellos un dedo, al tiempo que les advertía:

- Renunciad a vuestro empeño.

Todos se quedaron clavados en el sitio, incapaces de dar un solo paso al frente. Los aguerridos capitanes de los ejércitos imperiales parecían simples estatuas de madera, mientras que los mariscales recordaban a figuras modeladas en la arcilla. Al comprobar la facilidad con que el Peregrino había inmovilizado a sus más inmediatos servidores, el rey monstruo saltó del trono, dispuesto, al parecer, a cumplir él mismo la orden que acababa de dar.

- ¡Esto va bien! - se dijo el Rey de los Monos, satisfecho -. Va a hacer exactamente lo que yo quería. En cuanto se acerque un poco más, le voy a hacer un agujero en la cabeza con mi barra, aunque sea de acero puro.

Pero en el mismo instante en que se disponía a descargar el golpe, apareció el príncipe y desbarató todos sus planes. Raudo como una flecha agarró al Rey Monstruo de la manga y, arrodillándose ante él, dijo:

- No os abandonéis a la ira, os lo suplico.

- ¡Qué queréis decir con eso?

- Permittedme contaros algo - contestó el príncipe -. Hace tres años oí comentar que el Emperador de los Tang, Señor de las Tierras del Este, había enviado a un monje muy virtuoso al Paraíso Occidental en busca de escrituras sagradas. Ahora veo que aquellos rumores eran ciertos. Y que tenemos el honor de contar entre nosotros con personajes tan ilustres. Sé que poseéis un carácter fuerte y no dado a las componendas. Pero, si apresáis a este monje y le mandáis ejecutar, el Señor de los Tang se sentirá muy ofendido y volverá sus ejércitos contra los nuestros. Recordad que, no contento con reunificar el imperio, Li Shr-Min conquistó no pocos reinos con ayuda de su astucia y su portentosa inteligencia. ¿Qué creéis que hará, cuando se entere de que habéis dado muerte al monje que él envió y que es, al mismo tiempo, su hermano? Con toda certeza reunirá un gran ejército y se lanzará sobre nuestras fronteras. No habrá entonces lugar para las lamentaciones, pues a la vista de todos está que nuestros ejércitos son reducidos y a nuestros generales les falta la confianza y el arrojo que a los suyos les sobra. Os suplico que permitáis interrogar personalmente a estos monjes, para aclarar por qué no se han arrodillado ante vos.

El príncipe era una persona muy prudente y pensó que, si no intervenía a tiempo, el monje Tang podía salir malparado. De ahí que decidiera hacer cuanto estuviera en su mano para aplacar la ira del monstruo. Lo que menos pensaba él es que el Peregrino

estuviera a punto de atacar. El Rey Monstruo aceptó su consejo y volvió a sentarse en el trono, al tiempo que preguntaba en voz alta:

- ¿Cuándo salió este monje de las Tierras del Este y por qué le pidió el Emperador de los Tang que fuera en busca de las escrituras?

- Mi maestro - contestó el Peregrino con la misma arrogancia que antes - estableció con él un pacto de hermandad, recibiendo el nombre honorífico de Tripitaka. Uno de los principales consejeros del señor Tang, Wei-Cheng, tuvo que ejecutar por orden del Cielo al dragón del río Ching, motivo por el que se vio obligado a recorrer en sueños el Mundo de las Tinieblas. En cuanto volvió a la vida, celebró una ceremonia en favor de los espíritus de todos los fallecidos, que presidió mi maestro. Fue él quien dirigió las plegarias y recitó los sutras que habían de mover el compasivo corazón de la Bodhisattva Kwang Shr-Ing de los Mares del Sur. Su labor intercesora alcanzó tales grados de perfección que la misma Madre de la Misericordia le manifestó que debería emprender cuanto antes un largo viaje hacia el Oeste, el maestro aceptó sin dilación su sugerencia, ofreciéndose de buena gana a sacrificar su bienestar personal por el de todo el pueblo y poniéndose en seguida en camino. El emperador en persona se encargó de organizar una empresa que dio comienzo el día decimosegundo del noveno mes del año decimotercero del período Chen-Kwan de los Grandes Tang. Tras varias jornadas de marcha el maestro llegó a la Montaña de las Dos Fronteras, donde me aceptó como discípulo. Mi nombre es Sun Wu-Kung, aunque todo el mundo me conoce por el Peregrino. Juntos hicimos el camino que nos separaba del Tíbet, reino al que pertenece el pueblo de la Familia Gao. Allí el maestro tomó el segundo discípulo, perteneciente a la familia de los Chu, a quien otorgó el nombre religioso de Wu-Neng, aunque también es conocido como Ba-Chie. En el Río de la Corriente de Arena se nos unió un tercer discípulo llamado Sha Wu-Ching, aunque siempre nos referimos a él como el Bonzo Sha. Finalmente, al pasar ayer por el Monasterio de la Gruta Sagrada se ofreció a seguirnos uno de los taoístas mendicantes que allí viven. Su ofrecimiento no podía llegarnos en mejor momento, ya que el camino es cada vez más duro y precisábamos de alguien que cargara con el equipaje.

Tras escuchar una relación tan detallada, el Rey Monstruo no encontró nada que pudiera incriminar al monje Tang y mucho menos aún al Peregrino. Se volvió, pues, hacia el rey que acababa de volver a la vida y dijo:

- He de reconocer que vosotros tres formáis un grupo homogéneo, cosa que no puede decirse de ese taoísta. Hay algo en él que desentona abiertamente con vosotros. No sé por qué, tengo la impresión de que ha sido arrancado a la fuerza de algún lugar que por el momento desconozco. ¿Os importaría decirme cómo se llama y si dispone de algunos papeles que demuestren su condición de monje? Obligadle a acercarse, para que pueda interrogarle.

- ¿Qué voy a hacer? - preguntó el rey a Wu-Kung, temblando de pies a cabeza -. Yo no tengo una imaginación como la vuestra y jamás he sido sometido a un interrogatorio como el que me aguarda.

- No tengáis ningún miedo - le aconsejó el Peregrino, dándole un pellizco -. Yo responderé por vos.

Antes de que nadie pudiera detenerle, dio un paso al frente y dijo en voz alta al monstruo:

- Debéis disculpadle, majestad. Este taoísta no sólo es mudo, sino también es un poco sordo. Si le hemos admitido en nuestra compañía, ha sido porque conoce el camino que conduce al Paraíso Occidental, pues él mismo lo transitó cuando era joven. Puedo aseguraros, de todas formas, que conozco hasta el último detalle de su vida, el nombre de sus antepasados y progenitores, sus altibajos de fortuna... En fin, todo. Si me lo

permitís, puedo responder por él a todas las preguntas que penséis formularle.

- Está bien - asintió el Rey Monstruo -. Pero hacedlo escuetamente y sin faltar para nada a la Verdad. De lo contrario, podéis ser juzgado y condenado a severísimas penas.

- Este taoísta - explicó el Peregrino - posee una edad muy avanzada, lo cual explica en parte que sea sordomudo y posea un carácter bastante apocado. Es originario de estas tierras y la desgracia se abatió sobre él hace aproximadamente cinco años. En aquellos tiempos el cielo se negó a dejar caer una sola gota de lluvia, adueñándose la sequía tanto de los campos como del ánimo de los hombres. En vano ayunaron y presentaron al Cielo sus plegarias el rey y todos sus súbditos. En diez mil kilómetros a la redonda no se veía un sola nube. La gente se moría de hambre, como si estuviera colgada patas arriba y no supiera llevarse la comida a la boca. Cuando más desesperada parecía su situación, apareció, procedente de Chung-Nan, un truhán de la Verdad Absoluta, que convocó a los vientos e hizo que la lluvia cayera por fin. Sin embargo, acabó asesinando al rey y arrojando su cadáver al fondo de un pozo que se abría en el centro del jardín imperial. No contento con eso, usurpó, sin que nadie se percatara de ello, el trono, haciéndose pasar por un descendiente directo del dragón. Ha sido una suerte que nuestro viaje nos haya traído hasta aquí, porque eso nos brinda la oportunidad de aumentar nuestros, ya de por sí, abultados méritos. Como prueba de que no miento, hicimos que el muerto volviera a la vida. Su agradecimiento fue tal que no dudó en ofrecerse a seguirnos hasta el Oeste, como si de un monje mendicante se tratara. Este taoísta es, en fin, el auténtico y justo señor de estas tierras.

El Rey Monstruo se sintió tan asustado por lo que oía que el corazón comenzó a latirle como si fuera un ciervo desbocado y la vergüenza tiñó su rostro de rojo. Hubiera querido huir, pero no tenía ninguna arma a mano. Desesperado, se dio la vuelta y vio que uno de los capitanes de su guardia tenía una espléndida cimitarra de acero. El oficial había sido víctima de la magia inmovilizadora del Peregrino y, más que una persona, parecía un vulgar muñeco. En un abrir y cerrar de ojos, el monstruo le arrebató el arma y se elevó por los aires, tratando de escapar a lomos de una nube. Ante el cariz que iban tomando los acontecimientos, Chu Ba-Chie y el Bonzo Sha gritaron al Peregrino:

- ¿Cómo puedes ser tan imprudente? ¡Es incomprendible que le hayas desenmascarado de la forma en que lo has hecho. Debería haberte valido de la astucia, tendiéndole una trampa de la que no pudiera escapar. Ahora es ya demasiado tarde. ¿Cómo vamos a dar con él, si se ha remontado con tanta facilidad por los aires?

- ¿A qué viene gritar de esa forma? - les increpó el Peregrino, soltando la carcajada -. Hay tiempo para todo. Antes de salir en persecución de ese monstruo, es conveniente que el príncipe rinda pleitesía a su padre y la reina presente sus respetos a su auténtico marido. Recitaré a continuación un conjuro y todos estos oficiales se verán libres de la magia que los atenaza, para que también ellos puedan estar al tanto de lo ocurrido y reconozcan las virtudes de su auténtico señor. Sólo entonces partiré en busca de esa bestia.

En cuanto hubo cumplido lo que acababa de decir, volvió a llamar a Ba-Chie y al Bonzo Sha y les dijo:

- Cuidad del rey, de sus súbditos, de su familia y del maestro, mientras yo esté fuera - y, antes de que alguien pudiera abrir la boca, desapareció de su vista.

El Peregrino se elevó por encima del Noveno Cielo y, abriendo los ojos cuanto pudo, miró en todas las direcciones. No tardó en descubrir que el monstruo huía en dirección noreste. Hacia allá se lanzó, como si fuera un dardo. Cuando estuvo a su altura, gritó en tono triunfal:

- ¿Se puede saber adonde vas tan deprisa? Por mucho que corras no lograrás burlarme.

- ¡Cuidado que eres fanfarrón, Peregrino Sun! - respondió, a su vez, el monstruo,

desenfundando la cimitarra -. Es cierto que usurpé el trono a un mortal, pero no comprendo por qué has hecho de ello un asunto de honor personal. Mirándolo bien, ¿a ti qué más te daba? Se ve que te gusta meterte donde nadie te llama.

- ¿Así que piensas que debería haberte permitido seguir siendo rey - preguntó el Peregrino, soltando la carcajada -. ¡Menudas pretensiones las tuyas! Eres tan engreído que no comprendiste a tiempo que había llegado la hora de la huida. Es incomprensible que, habiéndome reconocido, optaras por interrogar a mi maestro, solicitando de él una confesión completa. ¿Cómo has podido ser tan ciego? La confesión te la voy a dar yo ahora mismo. Así que no trates de huir, porque es preciso que pruebes mi barra de hierro.

El monstruo se hizo a un lado y, con la ayuda de la cimitarra, esquivó el terrible golpe del Peregrino. De esta forma, dio comienzo una batalla francamente espléndida. A la fiera del Rey de los Monos el monstruo oponía su fuerza, haciendo que la cimitarra y la barra de hierro se encontraran una vez tras otra. El polvo que levantaban los dos contendientes pronto oscureció las Tres Regiones, pero a nadie pareció importarle, porque aquel día un rey depuesto volvió a ocupar su antiguo trono.

Al cabo de varios encuentros las fuerzas del monstruo empezaron a flaquear y no pudo seguir resistiendo los ataques del Rey de los Monos. Pero, lejos de continuar huyendo, decidió regresar a la ciudad de la que había sido señor. Se metió entre las apretadas filas de funcionarios reales que se hallaban de pie ante las escalinatas de jade blanco y, tras sacudir ligeramente el cuerpo, se convirtió en la imagen exacta del monje Tang. Eran tan idénticos que nadie sabía decir cuál era el auténtico. Para colmo de confusiones, los dos se colocaron en el mismo sitio. El Gran Sabio trató de descargar su barra sobre el impostor, pero el monstruo le dijo:

- ¿Por qué quieres golpearme? ¿Es que no ves que soy yo? - y no supo qué hacer.

Desconcertado, se volvió hacia el auténtico monje Tang, que también le preguntó:

- ¿Por qué quieres golpearme? ¿Es que no ves que soy yo?

- Si acabo con el monstruo - comentó, indeciso, el Peregrino -, todo el mundo alabará mi hazaña. Pero, si me equivoco y doy muerte al maestro, mi mérito se transformará en una imborrable vergüenza.

Se volvió hacia Ba-Chie y el Bonzo Sha y les preguntó:

- ¿Podéis decirme quién es el monstruo y quién el maestro? Señaladme al falso y le daré muerte al instante.

- Me temo que no podemos ayudarte - contestó Ba-Chie -. También a nosotros nos cuesta distinguirlos. Estabais ahí arriba gritando y luchando, y, de pronto, aparecieron dos maestros. ¡Averigua tú cuál es el verdadero!

El Peregrino recitó un conjuro e hizo una serie de gestos mágicos con las manos. Al instante acudieron a su llamada los Seis Dioses de las Tinieblas y los Seis Dioses de la Luz, los Guardianes de los Cinco Puntos Cardinales, los Cuatro Centinelas, los Dieciocho Protectores de la Fe, el espíritu local y el dios de aquella región montañosa.

- Estoy tratando de dar muerte a un monstruo, pero se ha convertido en la copia exacta de mi maestro y no puedo distinguirlos - explicó el Peregrino -. Sé que para vosotros esto no entraña la menor dificultad, por lo que os agradecería que hicierais avanzar a mi maestro unos cuantos pasos, para que cuanto antes pueda dar su merecido al impostor.

El monstruo era un consumado maestro en el arte de la magia y no tuvo la menor dificultad en escuchar lo que decía. Así, no había acabado de hablar con los dioses, cuando él se adelantó en dirección al Salón de los Carillones de Oro. El Peregrino levantó la barra de hierro por encima de su cabeza y la dejó caer con inusitada fuerza sobre la del desprevenido monje Tang. Si no llega a ser por los dioses que él mismo había mandado llamar, el golpe hubiera reducido a picadillo no a uno, sino a veinte

monjes Tang. Fue una suerte, por tanto, que entre todos ellos lograran contrarrestar el poder destructor de la barra.

- Ese monstruo conoce más magia de la que suponíais, Gran Sabio – le dijeron a manera de explicación -. De hecho, es el que se ha movido.

El Peregrino corrió tras él, pero el monstruo se las arregló, una vez más, para volver junto al auténtico monje Tang y la situación continuó tan confusa como al principio. El Peregrino no sabía qué camino tomar. Se sentía tan poco contento de sí mismo que, cuando vio a Ba-Chie sonriendo como un tonto, se enfadó con él y le preguntó:

- ¿Se puede saber qué es lo que te pasa? Ahora estás mucho peor que antes, porque, en vez de un maestro, tienes dos a los que obedecer y servir.

- ¿Tanta gracia te hace eso?

- Dices que soy tonto - replicó Ba-Chie -, pero, por lo que veo, tú eres muchísimo más tonto que yo. ¿A qué viene malgastar energía, sólo porque no sabes distinguir al auténtico maestro del falso? Yo tengo la solución, pero, como siempre sueles hacer, no me has preguntado mi opinión. Ahora todo depende de si estás o no dispuesto a aguantar un pequeño dolor de cabeza. Si lo estás, pide al maestro que recite ese conjuro que tú y yo sabemos, y el Bonzo Sha y yo nos encargamos de desenmascarar al impostor. El que no recite el conjuro será el monstruo. Bueno, ¿qué te parece la idea?

- Excelente - confesó el Peregrino -. He de reconocer que no te falta astucia. Ese conjuro sólo lo conocen tres personas: el Buda Tathagata, que lo ideó, la Bodhisattva Kwang-Ing, que se lo transmitió al maestro, y Tripitaka, que era su único destinatario. Adelante, maestro, no tengas miedo. Estoy dispuesto por vos a soportar todo el dolor que sea preciso.

Aunque a regañadientes, el monje Tang empezó su recitado. El monstruo por su parte, no tuvo más remedio que recurrir a la farsa, mascullando palabras que no querían decir, en realidad, nada. Pero el engaño no pasó desapercibido a Ba-Chie, que dijo en seguida:

- ¡Este que está murmurando tonterías es el monstruo!

Sin encomendarse a nadie levantó el tridente y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre el monstruo, que se elevó de inmediato hacia lo alto y trató de huir, escondiéndose por entre las nubes. Ba-Chie no perdió el tiempo. Dando un sonoro grito, se encaramó en una nube e inició la persecución. El Bonzo Sha le siguió a toda prisa, dejando a su suerte al monje Tang y blandiendo su báculo, ansioso por entrar en combate. Sólo entonces se decidió Tripitaka a poner fin a la recitación del conjuro. El Gran Sabio se repuso pronto del terrible dolor de cabeza y se lanzó hacia lo alto, arrastrando su maravillosa barra de hierro. La batalla se prometía, en verdad, espléndida. Los tres monjes, fieros como el mejor de los guerreros, rodearon al monstruo y no dejaron de descargar golpes sobre él. Ba-Chie se encargó de hacerlo por la derecha, mientras que el Bonzo Sha lo hacía por la izquierda. El Peregrino, por su parte, les dijo:

- Si le ataco de frente, hará cuanto esté en su mano por escapar, pues está familiarizado con mi forma de luchar y sabe que no tiene nada que hacer conmigo. Es mejor, por tanto, que me coloque en una posición más elevada y descargue sobre él uno de esos golpes conocidos como machacadores de ajo. Creo que eso acabará con él.

El Gran Sabio montó en una nube sagrada y no tardó en alcanzar el Noveno Cielo. Pero, cuando se disponía a descargar su golpe definitivo, oyó que alguien le gritaba desde una nube de colores que se veía hacia el noreste:

- ¡No hagas eso, Sun Wu-Kung!

El Peregrino miró con más detenimiento y comprobó que se trataba de la bodhisattva Manjusri. Dejó a un lado la barra de hierro e, inclinando respetuosamente la cabeza, preguntó:

- ¿Adónde vais, bodhisattva?

- A atrapar a ese monstruo por vos - respondió Manjusri.

- Muchas gracias por las molestias que os habéis tomado – dijo el Peregrino.

La Bodhisattva sacó de las mangas un espejo para reflejar monstruos y lo dirigió hacia la bestia. Al punto se vio en él la forma que le era habitual. El Peregrino ordenó a Ba-Chie y al Bonzo que fueran a presentar sus respetos a la Bodhisattva y a echar una mirada a lo que reflejaba el espejo. Su apariencia no podía ser, en efecto, más feroz. Poseía unos ojos tan grandes como una copa de cristal, una cabeza que recordaba una tinaja, un cuerpo tan verde como las praderas en el verano, unas garras que traían a la mente las escarchas otoñales, unas orejas que le caían sobre los hombros, como cascadas, de voluminosas que eran, un rabo tan largo como una escoba, un cabello verdoso que exudaba ganas de guerrear, unos ojos tan rojizos que parecían emitir rayos de oro, unas hileras de dientes tan planos y bien formados que daban la sensación de ser lascas de jade, y, por último, un vello tan tosco y fuerte que hacía recordar las lanzas. Tal era la terrorífica imagen que se reflejaba en el espejo y que no era otra que la del león de la mismísima Bodhisattva Manjusri.

- ¡Con que ése es vuestro león de pelo verdoso! - exclamó, desconcertado el Peregrino -. ¿Podéis decirme cuándo se os escapó y vino a refugiarse a este lugar? Me figuro que le atraparéis ahora mismo.

- No se escapó - aclaró la Bodhisattva -. Si se encuentra aquí, es por expreso deseo de Buda.

- ¿Queréis decir que se hizo monstruo y arrebató un reino a su legítimo señor por orden del mismo Buda? - volvió a exclamar el Peregrino -. Debería haberseme informado de esa situación, así nos habríamos librado todos de las pruebas que hemos tenido que pasar aquí ninguna razón aparente.

- Se ve que desconoces la mitad de la historia - comentó la Bodhisattva -. El Señor del Reino del Gallo Negro era una persona virtuosa, dedicada de lleno al cultivo de las buenas obras y al cuidado de los monjes. Su corazón era tan sincero que Buda me encargó que le llevara al Oeste para que le fuera concedido el cuerpo de oro de un arhat. Por supuesto, no me aparecí a él tal como soy, sino bajo la forma de un monje vulgar y corriente que se hallaba en la necesidad de llevarse algo a la boca. Intercambié con él unas palabras un tanto arrogantes y eso le confundió. Incapaz de reconocer en mí a una persona entregada a la práctica del bien, me cargó de cadenas y me arrojó a uno de sus fosos. Allí estuve tres días y tres noches, hasta que, finalmente, los Seis Dioses de las Tinieblas acudieron en mi ayuda y me volvieron a llevar al Oeste. Informado de su inesperada conducta, Tathagata hizo venir aquí a esta bestia con la orden de arrojarle al interior de un pozo, donde había de pasar tres años, tantos como días me tuvo a mí encerrada en la lobreguez de sus fosos. Así se ve que nada de cuanto sucede escapa a la predestinación, ni siquiera un sorbo o un leve mordisco. Por eso, precisamente, hemos tenido que esperar tu llegada, brindándote, al mismo tiempo, la oportunidad de aumentar tus, ya de por sí, abundantes méritos.

- Todo eso está muy bien - comentó el Peregrino -. Pero no parece muy justo que por un sorbo o un leve mordisco, como vos misma habéis dicho, haya salido perjudicada tanta gente como la que se ha visto obligada a satisfacer los deseos de esta bestia.

- Os aseguro que no ha hecho daño a nadie - afirmó la Bodhisattva -. En estos tres años que ha ocupado el trono los vientos han sido favorables, las lluvias han caído en el momento más oportuno y la prosperidad se ha extendido por todo el reino. ¿Podéis facilitarme el nombre de alguien al que haya dañado?

- De momento, no - respondió el Peregrino -. Admitamos que lo que decís es verdad. Pero no podemos tampoco olvidar que ese monstruo se ha acostado con todas las damas que moran en los tres palacios. Y no una vez, sino muchas. No me digáis que eso es

hacer el bien, porque con su lascivia esa bestia se ha burlado abiertamente del respeto que merecen las más íntimas de las relaciones humanas.

- ¿No os parece que exageráis un poco? - replicó la Bodhisattva, sonriendo con cierta malicia -. Por si acaso no lo sabíais, os diré que ese león está castrado.

Al oír tan inesperada confesión, Ba-Chie se llegó hasta la bestia y, dándole unas palmaditas en el lomo, dijo en tono burlón:

- ¡Cualquiera lo hubiera dicho! Este monstruo es como esos hombres que tienen la nariz roja, sin haber probado una sola gota de alcohol. ¡Lo que hace la fama!

- Está bien - concluyó el Peregrino -. Podéis llevároslo. Pero tened clara una cosa: si le perdono la vida, es porque vos me lo habéis pedido.

Agradecida, la Bodhisattva recitó un conjuro. Después, levantando la voz, preguntó a la bestia:

- ¿A qué esperas para volver al camino recto?

El monstruo recobró entonces la forma que le era habitual y la Bodhisattva colocó sobre su lomo el trono de flor de loto. En cuanto el león sintió su peso, se elevó por los aires y los peregrinos no volvieron a verle más. Se dirigió directamente al monte Wu-Tai ³ a escuchar las explicaciones de los sutras, que tenían lugar a los pies del trono de loto.

No sabemos si el monje Tang y sus discípulos pudieron abandonar por fin, la ciudad. Quien desee averiguarlo deberá escuchar con atención lo que se dice en el próximo capítulo.